MONARQUÍA INDIANA

Fray Juan de Torquemada

VOLUMEN SEIS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

TABLA DE CORRESPONDENCIAS

Los distintos libros de la *Monarquía indiana* en esta tercera edición aparecen en la siguiente forma:

Volumen	I	libros	I	—	III
Volumen	II	libros	IV	—	V
Volumen	III	libros	VI	—	X
Volumen	IV	libros	XI	—	XIV
Volumen	V	libros	XV	—	XVIII
Volumen	VI	libros	XIX	—	XXI

De este modo, los volúmenes I y II de la presente edición corresponden al tomo I de las ediciones anteriores, los volúmenes III y IV al II y los V y VI al III.

El volumen VII incluirá los distintos estudios sobre el autor, sus fuentes y obra, así como los correspondientes índices analíticos.

LIBRO DIEZ Y NUEVE

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada de la Provincia de el Santo Evangelio en Nueva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO DIEZ Y NUEVE

Fúndase la provincia de el Santo Evangelio en esta Nueva España. Ponen mucho cuidado los indios en fundar casas y monasterios a los frailes. A los de Quauhtitlan, Xuchimilco y Cholulla, quitan los frailes por la falta que había de ministros. Solicitan su vuelta y la alcanzan. Los de Tehuacan y Teotihuacan padecen muchos trabajos por tener doctrina de los frailes franciscos. Echan los ministros que tienen y consiguen su pretensión. Los de Quauhtinchan no consienten otros ministros que los franciscos. Padecen persecución y vencen en su porfía. Deja la provincia de el Santo Evangelio algunas casas. Fúndase la provincia de Mechoacan, la de Yucatan, la de Guatemala, la de Nicaragua y Zacatecas, y custodia de Tampico. Dícese el número de comisarios que ha habido en esta Nueva España. Y los provinciales de esta provincia del Santo Evangelio y casas que hay de religiosos y partidos de clérigos, obispos y obispados

PRÓLOGO

AL LIBRO DIEZ Y NUEVE

ABIENDO TRATADO LAS COSAS DE LA CONVERSIÓN, en que estas gentes han ido a más en la fe que recibieron, y algunas en que han ido a menos por estorbos que han tenido, resta seguirse libro en que se dé cuenta de la asistencia y lugares en que viven los ministros de esta doctrina; porque, como dice el Filósofo,[1] muchas cosas indistintas parecen confusión. Y si confusa e indistintamente tratásemos esta materia, causárnosla hía muy grande. Y así decimos que por haber sido Mexico la cabeza de toda esta monarquía y haber tenido en el principio la religión cristiana y todas las provincias de esta Nueva España, se comienza dél en la distribución que hacemos de los lugares. Y aunque por los que cuento en este libro pudiera hacer una larga historia me contento solamente con decir breve y sucintamente de todas estas dichas provincias su origen; porque después que le tuvo en Mexico, Tetzcuco, Tlaxcalla y Huexotzinco, que fueron las casas primeras en que se repartieron los primeros religiosos, cuando vinieron, se fueron con el tiempo acrecentando no sólo en esta tierra de Mexico, pero por la de los reinos de Mechoacan, Galicia, Campeche y Huaxteca, y otras partes de esta de Anahuac; y así fue necesario dividir el gobierno eclesiástico según son divisos los dichos reinos para mejor acudir al ministerio y obra de la conversión, como se hizo. Aunque a los principios sola esta mexicana quedó con nombre de provincia y las otras con el de custodias de esta dicha provincia, hasta que por tiempo se fueron erigiendo en provincias distintas y sin relación a esta dicha de Mexico (como decimos en sus lugares); pero como mi intención no ha sido sólo tratar de las cosas de mi orden, sino en general de todas las que he podido averiguar en común de todos, por eso hago memoria de todo lo perteneciente a la asistencia de ministros eclesiásticos, según que están divididos por doctrinas, haciéndola también de los obispos y obispados en que está dividida la tierra y qué ha movido en ellos, aplicando a todas estas cosas algunos particulares capítulos, según que hay de cada cosa noticia. Y de las provincias de Mechoacan, Xalisco, Quauhtemala, Campeche y todas las otras que se siguen a éstas, aunque son de frailes franciscos, trataré poco de su fundación y algunos religiosos santos que en ellas florecieron, remitiéndome en todo lo demás de sus aumentos y sucesos a lo que otros historiadores escribieron. Y yo, como hijo de esta santa provincia, llamada del Santo Evangelio, doy

[1] Lib. 1. de Coelo et Mundo.

más razón de ella que de las otras, por saberle los rincones más que a las otras; y también por ser la primera y más principal entre todas las de las Indias Occidentales, y forma y dechado de la conversión de los indios para las otras. Y así digo su fundación por extenso y casos que en ella han sucedido que son muy de notar. También pongo los provinciales que la han regido porque hasta el día de hoy han sido personas muy notables. Y porque de todos ellos no hacemos mención en el libro de los ministros evangélicos, aunque han sido religiosos de muy aprobada vida, también la hago de los comisarios que ha habido en estas Indias desde sus principios, porque se vea con cuanto fundamento se comenzó esta asistencia de ministros franciscos en esta Nueva España y ha permanecido hasta los tiempos presentes. Todo esto contiene este libro y otras cosas que en él se verán más por extenso, en las cuales hay muy grande motivo de alabar a Dios, porque los lugares y gentes que el demonio tenía para su falsa adoración y servicio, se los quitó y trajo a su santo conocimiento y de ellos se sirve ahora como de propios, y con mucha curiosidad y cuidado grande de los ministros evangélicos que los poseen. Por lo cual le damos alabanzas eternas. Amén.

CAPÍTULO I. *De la fundación y principios de la provincia del Santo Evangelio, en esta Nueva España, que fue la primera de todas las Indias que descubrió Cortés y sus compañeros*

A PROVINCIA DEL SANTO EVANGELIO en esta Nueva España tuvo origen y principio el año de 1524, que fue el mismo en que llegaron los santos doce religiosos, fray Martín de Valencia y sus compañeros a esta tierra, donde hallaron otros cinco frailes (como en el libro de la conversión,[1] dejamos dicho) y aunque por el orden que de España traían pudieran pasar adelante con el gobierno con que habían venido, no quiso el venerable padre fray Martín que se guardase; antes, usando de la libertad que traían para elegir prelado, juntó sus frailes y renunciando su comisión, procedió en la elección de custodio a dos de julio de este mismo año, día de la Visitación de Nuestra Señora, para que la virgen los visitase en aquella elección, con parte de la gracia de que iba llena y hinchió la de Zacarías cuando llegó a ella. En la cual elección fue electo el santo fray Martín con todos los votos de sus frailes. El marqués y este bendito padre, según se ha visto, renunciaron ambos sus poderes y derecho que tenían al gobierno, poniéndolo en la libertad de los suyos para que escogiesen a su voluntad, que aun hasta en esto fueron semejantes estos conquistadores famosos espiritual y temporal.

Hecha esta elección y erigida esta provincia en custodia llamáronla Santo Evangelio; y con mucha propriedad, porque los padres que la fundaban eran varones evangélicos, y de aquellos mismos que fundaron la provincia de San Gabriel, que cuando la erigieron en custodia le pusieron por nombre la de el Santo Evangelio aunque después, cuando fue hecha provincia, la nombraron de el Arcángel San Gabriel, por particulares motivos que tuvieron los prelados de aquel tiempo, como parece en el *Memorial* de aquella provincia hecho por el padre fray Juan Bautista Moles, que anda impreso. Pero porque el título que estos apostólicos varones habían dado a su primera custodia no faltase diéronsele a esta segunda que en estas Indias fundaron; y con mucha más razón que a la primera, pues en aquellas tierras ya era conocido Cristo nuestro señor y su doctrina de muchos años atrás, cuando la fundaron y no les movía entonces otra cosa para darle este nombre de el Santo Evangelio que ser varones apostólicos y querer guardar su regla estrecha y rigurosamente, no sólo en lo forzoso de ella, sino según los consejos de el Santo Evangelio, como lo comenzaron. Pero en esta de la Nueva España fue cosa nueva su predicación y muy necesaria la introdución de el evangelio para que los moradores de ella consiguiesen la

[1] Supra lib. 15. cap. 10 et 12.

presencia de Dios en los cielos y para que juntamente con lo que enseñasen de palabra hiciesen demonstración con obras ser muy verdaderos hijos de el evangelio; guardándolo en todo lo que les era posible y sus fuerzas alcanzaban.

Hecha pues esta elección y electo (aunque con mucha repugnancia de su gusto) el santo padre fray Martín de Valencia se dividió la custodia en cuatro monasterios, que fueron Mexico, Tetzcuco, Huexotzinco y Tlaxcalla; que éstas fueron las primeras cuatro casas donde nació la predicación de el evangelio en estas Indias; y en ellas se recogió esta pequeña grey, y de ellas salían sus moradores á todas las cuatro partes de este nuevo mundo, como dejamos dicho en el libro de la conversión, mostrando en esta cruz que hacían la que predicaban de Cristo crucificado.

Tuvo nombre de custodia once años, sin dependencia a ninguna provincia de la orden (como lo están las demás custodias) y fue su primer custodio el padre fray Martín, como hemos dicho; el segundo fray Luis de Fuensalida y el tercero el mismo fray Martín, y el cuarto fray Jacobo de Testera. Luego el año de 1535 fue esta custodia eregida en provincia en el capítulo general de Nisa. Y el año de 1536 fue el primer capítulo provincial que se celebró en ella, en el cual fue el primero ministro fray García de Cisneros, uno de los doce primeros y compañero de el santo fray Martín. Diósele el nombre de provincia porque se habían ya aumentado sus casas en mucho número y porque era razón que le tuviese la que fue y ha sido madre de todas las que hay en esta Nueva España, de las cuales diremos en su lugar.

Tiene más de setenta conventos y monasterios, e incluye en su ámbito y contorno el arzobispado de Mexico y el obispado de Tlaxcalla. Tiene longitud de oriente a poniente distancia de ochenta leguas, y de latitud tiene otras treinta leguas. Incluye en sí las tierras más abastecidas y más pobladas de las Indias. Su convento primero y principal es el de la ciudad de Mexico, donde asiste el virrey, la Audiencia y Santa Inquisición.

Fue el primer prelado de esta provincia el dicho padre fray Martín de Valencia, no sólo custodio de los frailes, sino también delegado del pontífice para las cosas de la religión cristiana, así en la jurisdicción espiritual como temporal. Y el primer concilio que se celebró (como decimos en otra parte) fue en San Francisco de Mexico, donde presidió el dicho santo fray Martín, teniendo a su lado al gobernador de estas Indias don Fernando Cortés, con cinco clérigos y cuatro letrados seculares.

Todos los conventos de esta provincia están situados en tierras muy templadas, porque ni la más fría obliga a particulares abrigos, ni la más caliente a usar de poca ropa. Tiene las casas muy cerca unas de otras y la que más lejos, seis o ocho leguas, de manera que se puede andar toda la provincia sin hacer noche en convento ni casa ajena.

Tiene una custodia a su cargo que se llama de San Salvador, en Tampico. Tiene a su cargo las casas que hay en lo que se llama Nuevo Mexico, trescientas y más leguas de esta ciudad de Mexico; que como esta provincia tiene en sí la Corte y es la mayor de esta Nueva España, tiene frailes para dar a cualquier jornada que se ofrece a tierras nuevas y de infieles.

Tiene esta provincia a su cargo en la ciudad de Mexico tres conventos de monjas de Santa Clara, y en la ciudad de los Ángeles uno, y el colegio de Santa Cruz de los indios en este convento de Tlatelulco.

El sello de esta santa provincia es la estampa de mi padre San Francisco, predicando en un púlpito y muchos indios alrededor, sentados, oyendo la palabra de Dios; y su evangélico sello es (ciertamente) muy vistoso y digno de mucha consideración.

CAPÍTULO II. *De el cuidado y ansia con que los indios procuraron tener frailes en sus pueblos y edificarles con brevedad sus monasterios y casas*

UNA DE LAS NOTABLES COSAS QUE SUCEDIERON en la conversión de estos indios de la Nueva España fue la devoción grande y deseo que mostraron de tener frailes de San Francisco de asiento en sus pueblos, para que los doctrinasen, predicasen y ayudasen a ser buenos cristianos. Y por alcanzar esto que (como ellos dicen) deseaba mucho su corazón, no había trabajo ni fatiga, ni otro interés que se les pusiese por delante.

Luego como abrieron los ojos y entendieron las cosas de nuestra santa fe comenzaron a entender en ésta su pretensión importunando sobre ello al que era prelado, y poniendo por medianeros las personas que entendían serían parte para alcanzarlo, mayormente cuando los frailes se adjuntaban en sus capítulos; entonces era tanto el concurso de gente de los pueblos, que pedían religiosos, que los capitulares no sabían qué hacerse, ni qué medios tomar para consolarlos: porque no se podía cumplir con todos, sino con muy pocos, conforme al poco número de ministros que eran enviados, y venían de España, para entender en esta obra, porque acá eran muy poquitos los que tomaban el hábito de la orden y éstos se habían de ir criando y instruyendo por largo tiempo en las cosas de la religión. De suerte que si de nuevo se tomaba monasterio en dos o tres partes, dejaban de tomarlo en otras veinte o treinta que insistían con la misma demanda; y como no los llevaban quedaban los indios de aquellos pueblos muy desconsolados, y los religiosos no menos, en ver su tristeza irremediable por entonces; especialmente por ser algunos de ellos de lejos y haber venido todos ellos con presentillos de aves, pan y frutas de muchas maneras, miel, pescado y las demás cosas que se hacían en sus tierras, con que se sustentaban los frailes del capítulo (que no era menester buscar quien hiciese la costa.)

Los que llevaban frailes iban que no cabían de gozo y adelantábase el que más podía para dar la nueva y ganar las albricias de los vecinos de su pueblo. Y cuando sabían que ya llegaban los frailes (porque para ello tenían puestas espías o atalayas) salían a recibirlos, barridos los caminos y llenos de muchas flores, música (la que tenían) y bailes de grande regocijo. Si no tenían edificado el monasterio, no tardaban en hacerlo de la forma

Tiene esta provincia a su cargo en la ciudad de Mexico tres conventos de monjas de Santa Clara, y en la ciudad de los Ángeles uno, y el colegio de Santa Cruz de los indios en este convento de Tlatelulco.

El sello de esta santa provincia es la estampa de mi padre San Francisco, predicando en un púlpito y muchos indios alrededor, sentados, oyendo la palabra de Dios; y su evangélico sello es (ciertamente) muy vistoso y digno de mucha consideración.

CAPÍTULO II. *De el cuidado y ansia con que los indios procuraron tener frailes en sus pueblos y edificarles con brevedad sus monasterios y casas*

UNA DE LAS NOTABLES COSAS QUE SUCEDIERON en la conversión de estos indios de la Nueva España fue la devoción grande y deseo que mostraron de tener frailes de San Francisco de asiento en sus pueblos, para que los doctrinasen, predicasen y ayudasen a ser buenos cristianos. Y por alcanzar esto que (como ellos dicen) deseaba mucho su corazón, no había trabajo ni fatiga, ni otro interés que se les pusiese por delante.

Luego como abrieron los ojos y entendieron las cosas de nuestra santa fe comenzaron a entender en ésta su pretensión importunando sobre ello al que era prelado, y poniendo por medianeros las personas que entendían serían parte para alcanzarlo, mayormente cuando los frailes se adjuntaban en sus capítulos; entonces era tanto el concurso de gente de los pueblos, que pedían religiosos, que los capitulares no sabían qué hacerse, ni qué medios tomar para consolarlos: porque no se podía cumplir con todos, sino con muy pocos, conforme al poco número de ministros que eran enviados, y venían de España, para entender en esta obra, porque acá eran muy poquitos los que tomaban el hábito de la orden y éstos se habían de ir criando y instruyendo por largo tiempo en las cosas de la religión. De suerte que si de nuevo se tomaba monasterio en dos o tres partes, dejaban de tomarlo en otras veinte o treinta que insistían con la misma demanda; y como no los llevaban quedaban los indios de aquellos pueblos muy desconsolados, y los religiosos no menos, en ver su tristeza irremediable por entonces; especialmente por ser algunos de ellos de lejos y haber venido todos ellos con presentillos de aves, pan y frutas de muchas maneras, miel, pescado y las demás cosas que se hacían en sus tierras, con que se sustentaban los frailes del capítulo (que no era menester buscar quien hiciese la costa.)

Los que llevaban frailes iban que no cabían de gozo y adelantábase el que más podía para dar la nueva y ganar las albricias de los vecinos de su pueblo. Y cuando sabían que ya llegaban los frailes (porque para ello tenían puestas espías o atalayas) salían a recibirlos, barridos los caminos y llenos de muchas flores, música (la que tenían) y bailes de grande regocijo. Si no tenían edificado el monasterio, no tardaban en hacerlo de la forma

y traza que se les daba y pedía. Era cosa maravillosa la brevedad con que los acababan, siendo de cal y canto, que apenas tardaban medio año y cuando mucho un año entero. Y algunos se prevenían teniéndolo ya hecho y acabado, para cuando los frailes llegaban.

A los que quedaban sin frailes (ya que más no podían) consolábanlos de palabra, diciendo que sería el Señor servido de enviar obreros a esta su viña, y entonces se les daría el recaudo que deseaban; y en el entretanto no dejarían de visitarlos a menudo y socorrerlos en todas sus necesidades espirituales, como siempre lo habían hecho. Mas como los pueblos eran tantos y los frailes venían de tarde en tarde y no muchos, no los podían proveer ni dar ministros a todos como ellos deseaban y habían menester.

Indios hubo que acudieron a los capítulos más de quince o veinte veces, con una increíble perseverancia por alcanzar a tener frailes, porque en lo que ellos mucho desean y pretenden son incansables.

En esta necesidad tan grande y falta de ministros no se descuidaban los de acá en escribir a España a los prelados generales de la orden y al rey y a su Consejo de Indias, pidiendo la ayuda que habían menester. Y oyendo acá decir, como muchos, así de la misma orden como de fuera de ella, persuadían y estorbaban a los buenos frailes que se movían para venir, afligíanse en grandísima manera y clamaban a Dios suplicándole volviese por su obra y por su nueva iglesia y planta que se iba edificando y cultivando en estas regiones. Y aunque les llegaba al alma carecer de un fraile de los que acá trabajaban, puesto que fuese por muy poco tiempo, cuanto y más habiendo de tardar tanto y no sabiendo lo que de él sucedería, por la mucha distancia que hay de aquí a España y tantos peligros de mar y tierra, con todo eso lo posponían todo y enviaban de cuando en cuando algún religioso que solicitase la venida de frailes en España. Y siempre nuestros reyes católicos, siendo informados de la falta que había, acudían con muchas veras al cumplimiento de este menester escribiendo a los prelados convidasen a este apostolado a sus frailes y entre ellos escogiesen los más idóneos; y cuando habían de embarcarse mandábanlos proveer con mucha largueza de el matalotaje y lo demás que les era necesario.

En tiempo de la mayor necesidad (que fue entre los años de treinta y cuarenta) teniendo noticia de esta falta de ministros el buen emperador don Carlos Quinto, de perpetua memoria, pidió y alcanzó un breve de el pontífice Paulo III en que mandaba al general de los frailes menores de observancia que diesen ciento y veinte frailes para esta Nueva España, y los recogió de diversas provincias fray Jacobo de Testera, que siendo custodio fue al capítulo general de Nisa, y entre ellos trajo frailes muy doctos y muy principales que ilustraron esta provincia y las demás que de ella se fundaron. Empero antes que este socorro llegase fue grande la penuria que pasaron y cosa de lástima lo que se sintió entre los indios esta falta; porque no sólo no había ministros para todo, pero aun de los que se habían puesto en muchas partes fue necesario quitar; y de los que por entonces se quitaron y del sentimiento que los indios hicieron cuando se vieron desposeídos de ministros, a diferencia de el poco que tuvieron nuestros cristianos los espa-

ñoles cuando los ocasionaron para que se saliesen de Mexico, diré lo que pasó en algunas partes.

CAPÍTULO III. *De el sentimiento que hicieron los indios de Quauhtitlan, entendiendo que les querían quitar los frailes que les habían dado*

AUNQUE DESDE EL AÑO DE 24, QUE FUE EL PRIMERO en que llegaron los religiosos a estas partes, hasta el de 38 (que fueron por todos 14 años) pretendieron estos ministros evangélicos ampliarse y dilatarse por muchos de los pueblos máyores y más convenientes de esta Nueva España; con la ayuda de compañeros que de Castilla les venían y con el celo de la conversión y de ganar almas para el cielo se habían extendido, persiguiendo al demonio enemigo que le llevaban vencido, como los que en una batalla siguen el alcance sin reparar en inconvenientes, muchas veces sucede que advirtiendo el daño se retiran, y recogen dejando aun de las manos parte de la presa, por guarecer la vida y redimir las personas; así ni más ni menos, viendo estos apostólicos varones, que por derramarse mucho y pasar adelante dejaban mucho más atrás y al enemigo del género humano, haciéndoles guerra a las espaldas y que para la observancia de su vida monástica y recogimiento convenía dejar algunas casas, tuvieron capítulo en Mexico, año de 1538, por el mes de mayo. Y consultaron el medio mejor y más suave que podía haber para dejar las casas que pretendían, sin que la frecuencia de la doctrina se ofendiese, ni los indios dejados se agraviasen. Y el medio que les pareció más fácil y tolerable fue determinar que los conventos que más se avecindaban y distaban menos entre sí, se hiciese de dos uno; y que el que quedase de los dos sin frailes fuese visitado del otro de aquellos mismos ministros, declarando que los dejados no fuesen conventos, sino como vicarías, sujetas a los otros, y de allí los proveyesen los guardianes de frailes que los tuviesen a cargo y enseñasen con aquella sujeción de ser visitados y regidos por los guardianes de los conventos.

Esto así ordenado salió la voz y sonó de otra manera en los oídos de los indios; es a saber, que los dejaban sin frailes y que se los quitaban del todo. Y como se leyó la tabla del capítulo (que siempre la están esperando los indios y los principales tienen puestos mensajeros, como postas, a trechos, para saber a quién les dan por guardián o por predicador en su lengua) y en algunas casas no se nombraron frailes señalados, dejándolas para que de otras se proveyesen, fue una de ellas Quauhtitlan, pueblo grande y de mucha autoridad en aquellos tiempos, y ahora de los mejores que han quedado, que dista cuatro leguas de esta ciudad de Mexico. Como fue la nueva al señor y principales de que no les daban frailes, en un punto se congregó la mayor parte del pueblo y fueron clamando y llorando al monasterio de

ñoles cuando los ocasionaron para que se saliesen de Mexico, diré lo que pasó en algunas partes.

CAPÍTULO III. *De el sentimiento que hicieron los indios de Quauhtitlan, entendiendo que les querían quitar los frailes que les habían dado*

AUNQUE DESDE EL AÑO DE 24, QUE FUE EL PRIMERO en que llegaron los religiosos a estas partes, hasta el de 38 (que fueron por todos 14 años) pretendieron estos ministros evangélicos ampliarse y dilatarse por muchos de los pueblos máyores y más convenientes de esta Nueva España; con la ayuda de compañeros que de Castilla les venían y con el celo de la conversión y de ganar almas para el cielo se habían extendido, persiguiendo al demonio enemigo que le llevaban vencido, como los que en una batalla siguen el alcance sin reparar en inconvenientes, muchas veces sucede que advirtiendo el daño se retiran, y recogen dejando aun de las manos parte de la presa, por guarecer la vida y redimir las personas; así ni más ni menos, viendo estos apostólicos varones, que por derramarse mucho y pasar adelante dejaban mucho más atrás y al enemigo del género humano, haciéndoles guerra a las espaldas y que para la observancia de su vida monástica y recogimiento convenía dejar algunas casas, tuvieron capítulo en Mexico, año de 1538, por el mes de mayo. Y consultaron el medio mejor y más suave que podía haber para dejar las casas que pretendían, sin que la frecuencia de la doctrina se ofendiese, ni los indios dejados se agraviasen. Y el medio que les pareció más fácil y tolerable fue determinar que los conventos que más se avecindaban y distaban menos entre sí, se hiciese de dos uno; y que el que quedase de los dos sin frailes fuese visitado del otro de aquellos mismos ministros, declarando que los dejados no fuesen conventos, sino como vicarías, sujetas a los otros, y de allí los proveyesen los guardianes de frailes que los tuviesen a cargo y enseñasen con aquella sujeción de ser visitados y regidos por los guardianes de los conventos.

Esto así ordenado salió la voz y sonó de otra manera en los oídos de los indios; es a saber, que los dejaban sin frailes y que se los quitaban del todo. Y como se leyó la tabla del capítulo (que siempre la están esperando los indios y los principales tienen puestos mensajeros, como postas, a trechos, para saber a quién les dan por guardián o por predicador en su lengua) y en algunas casas no se nombraron frailes señalados, dejándolas para que de otras se proveyesen, fue una de ellas Quauhtitlan, pueblo grande y de mucha autoridad en aquellos tiempos, y ahora de los mejores que han quedado, que dista cuatro leguas de esta ciudad de Mexico. Como fue la nueva al señor y principales de que no les daban frailes, en un punto se congregó la mayor parte del pueblo y fueron clamando y llorando al monasterio de

que los religiosos que estaban en casa ya recogidos se maravillaron, no sabiendo la causa de su alteración y sentimiento, porque aun de lo proveído por el capítulo, y en la tabla, estaban ignorantes que había pocas horas que se había leído en Mexico el día antes de la vigilia de la Ascensión de el Señor, ya tarde, y esto era poco después de anochecido.

Sabido por los frailes por qué hacían aquel llanto, consoláronlos lo más eficazmente que pudieron, diciéndoles que se sosegasen y se fuesen a reposar que por ventura los habrían engañado. Despedidos los indios de el monasterio, muchos de ellos no sosegando con la nueva, teniéndola por verdadera, partiéronse luego del pueblo y vinieron a amanecer a esta ciudad y derechos a la presencia del provincial, hablándole con tanta angustia que el provincial que los oía no pudo reprimir las lágrimas y lloró con ellos. Y con la ternura que llevaban y la que hallaron en el ministro le dijeron las palabras de los discípulos de San Martín a su maestro. ¿Por qué, padre, nos quieres dejar? O ¿a quién nos dejas encomendados, tan desconsolados? ¿No somos vuestros hijos, que nos habéis bautizado y enseñado? Ya sabes, padre, cuán flacos somos si no hay quien nos hable y esfuerze y guíe en lo que hemos de hacer, para servir a Dios y salvar nuestras ánimas; no nos dejes, padre, por amor de Dios. Y dijeron más: los enfermos, ¿quién los confesará? Cada día se morirán sin confesión y sin aparejo. ¿Quién bautizará tantos niños, como cada día nacen? ¿Quién confesará las preñadas, para que no peligren sus almas, cuando tengan a riesgo sus vidas en el parto? ¿Qué haremos de nuestros hijos chiquitos, que se crían y enseñan en la casa de Dios? ¿Quién mirará por ellos y por los cantores de la iglesia, para que no yerren en la celebración de el culto divino? ¿Quién nos dirá los días que son de ayuno y las fiestas de guardar? Las grandes fiestas y Pascuas que solíamos celebrar con tanto regocijo y alegría, ahora se nos tornarán en lágrimas y tristeza; o cuán sola quedará nuestra iglesia y pueblo, sin nuestros padres. Y nosotros andaremos como huérfanos, sin bien y sin consuelo. A estas palabras de tanto sentimiento añadieron otras de no menor dolor, diciendo: ¿Cómo y el santísimo sacramento, que nos guarda y abriga, nos lo habíadeis de quitar? ¿En lugar de aprovechar y ir adelante habíamos de volver atrás y quedar como gente sin Dios, como cuando no éramos cristianos?

Pregunto yo a los que dudan de la cristiandad de estas gentes, ¿si son éstas razones de hombres que no son cristianos? Finalmente, con éstas y con otras palabras que decían, poderosas a quebrantar corazones de piedra, estaba el provincial pasmado y no sabía qué responderles; y, suspenso con su devoción, lloraba con ellos sin valerle la fuerza que hacía para resistir las lágrimas; pero vencido de piedad y rendido de sus razones, aunque anudada la garganta de paternal dolor, los consoló con breves razones, mandando a dos frailes que se fuesen con ellos; el uno de los cuales era el guardián que habían tenido, que había sido nombrado en la tabla en otra parte; y esto hizo porque mejor fuese consolado aquel pueblo. Partiéronse luego de mañana y saliéronlos a recibir por casi todo el camino que hay de Quauhtitlan a Mexico, como si fuera Jesucristo en persona, con ramos

y flores y muchos cantares, limpiando los caminos y apartando las piedras, llorando y sollozando de placer.

Llegados al pueblo y entrando en la iglesia los que pudieron caber, quísoles aquel padre hablar y consolar, pero dichas cuatro o cinco palabras comenzaron todos a llorar que no se podía oír de las voces y clamores; de suerte que la plática no pudo pasar adelante; y por ser ya tarde los dejó y se entró a descansar, que bien era necesario por las cuatro leguas de camino. Querían los porteros cerrar las puertas, pero no podían echar la gente de la iglesia. Pero ya que fue fuerza irse no se descuidaron en poner guardas toda la noche porque la presa que tenían no se les fuese.

Otro día de mañana, que era la fiesta de la Ascensión del Señor, predicóles aquel religioso y no faltaron lágrimas y sollozos en el sermón. El cual acabado hízose procesión por el patio, que para esto estaba muy adornado. Y después de dicha la misa no se quiso salir mucha gente de la iglesia, ni del patio, ni cuidaron mucho de ir a comer; porque bien sabían que aquellos dos religiosos no habían venido para residir en el pueblo, sino para volverse.

Después de medio día juntáronse los principales, así del pueblo como de la provincia y hablaron con el religioso una larga y lastimosa plática. Y aunque él les decía que no los dejaban, que siempre tendrían religiosos que les ayudasen y consolasen, no se satisfacían, ni dejaban de llorar; y dijéronle con humildad las palabras siguientes: Bien sabemos, padre, y vemos que tú no has de estar aquí, pues te mandan ir a otra casa; pero querémoste detener hasta que vengan otros padres que tengan cargo de nosotros; por esto te suplicamos que nos perdones. El religioso, que más atendía a obedecer a su prelado que a darles gusto, les dijo que mirasen lo que hacían, porque él tenía mandato de su prelado para irse otro día de mañana, y que aquel mandato era como si un ángel se lo mandara de parte de Dios, y que si ellos se lo estorbaban era ir contra la voluntad de Dios, que por ello los castigaría. Los indios, atendiendo a su provecho y deseo, volvieron a insistir en sus ruegos, pidiéndole los perdonase en lo que hacían y que escribiese en su favor para que les diesen otros frailes, ya que no era posible su quedada.

Estando en estas pláticas trajeron algunos enfermos y llegaron otros sanos para que los confesase y entre ellos una mujer, llorando, le rogaba la confesase, pues en la Cuaresma había venido y, por la mucha gente que había, no se había podido confesar, y que no había comido carne ni la comería, hasta haberse confesado. El religioso los confesó y consoló a todos y en esto se pasó el día y a la noche tornaron los del pueblo a poner guardas.

Otro día viernes, queriéndose este religioso partir con su compañero, como salieron al patio, comenzaron los indios con lágrimas y clamores, a rogarle que no se fuese y que no los dejase huérfanos y sin padre. Y como ya quisiesen salir del patio para seguir su camino cercáronlos tanta gente de hombres, mujeres y niños que no los dejaron pasar adelante, con tantos llantos y clamores que al cielo llegaban, y poniendo a Dios por testigo

que en esto no pretendían ofenderlos sino lo que era de su servicio y bien de sus almas, que oírlo era grandísima compasión. Hubiéronse de volver los religiosos al convento, visto lo que pasaba; y llamando al señor y principales del pueblo, rogáronles que mandasen a aquella gente que los dejase ir adonde la obediencia les mandaba; mas ellos se excusaban diciendo: ¿Qué aprovechará, padres, que se lo digamos? ¿Qué les hemos de hacer? Que no nos querrán obedecer y se volverán contra nosotros, como contra gente que les estorbamos su bien y remedio. Entonces, disimulando como que se quedaban, dejando toda la gente en el patio, buscaron una parte secreta por donde se salieron y comenzaron a caminar por otro camino y no por el de Mexico; mas antes que anduviesen un cuarto de legua supo la gente por dónde iban, y fueron tras ellos exhalados para detenerlos. Y viéndolos el religioso se volvió a ellos y riñéndolos con alguna pesadumbre les dijo: Hijos, mirad que nos dais pena, ¿no queréis que obedezcamos a nuestro prelado? Ellos respondieron: Sí, queremos que obedezcáis; pero también querríamos que no nos dejaseis solos y tan desabridos, hasta que vengan otros padres que nos consuelen.

Para este tiempo ya habían enviado a Mexico a decir al provincial cómo no los dejaban ir hasta que enviasen otros en su lugar; y certificándoles que no dejarían de venir otros, tornáronles a rogar que por amor de Dios los dejasen e hiciesen un poco de calle. Y dándoles lugar iba toda la gente llorando tras ellos, que ninguna cosa aprovechaba rogarles que se volviesen. Ya que habían andado un poco, cuando pensaron que estaban libres, llega un escuadrón de gente por delante de ellos para detenerlos y cercarlos; mas con ruegos y palabras sentidas, que aquel religioso les dijo, los dejaron pasar. Y fue, por ventura, sabiendo que habían de caer en manos de otros que los aguardaban.

Éstos, que en otro puesto tenían cerrado el paso, era un escuadrón de mancebos que se determinaron de hacer de hecho lo que pensaron sin atender a razones ni palabras. Y como llegaron los religiosos al paraje donde estaban, disimulando con ellos y fingiendo irles a besar la mano (como los que se conjuraron contra Julio César, aunque no para matarlos como esotros traidores) apechugaron con ellos y levantándolos sobre sus brazos, con la mayor reverencia que pudieron, dieron la vuelta con ellos para su pueblo y no los dejaron hasta meterlos por la portería del convento; y por el camino iban diciendo al religioso (que había sido su guardián): padre, no te enojes contra nosotros; tú nos ajuntaste, andando desparramados y sueltos, y guiaste a los que andabamos descaminados y como padre nos llevaste a la casa de Dios; ahora nosotros, como hijos tuyos, te llevamos a tu casa, perdónanos, que no te querríamos dar enojo, ni ofender, más que sacarnos los ojos. ¿Por ventura enojarse ha Dios con nosotros, porque buscamos quien nos enseñe sus carreras y mandamientos? Vosotros nos decís que mira Dios los corazones; pues nuestro corazón no piensa que ofende a Dios en hacer lo que hacemos. Metidos los frailes en el convento no tardó de llegar la nueva de cómo tenían alcanzado del provincial que luego enviaría otros para asistir allí. Y apenas llegó esta nueva, cuando llegó otra, que

ya venían los frailes por el camino. Entonces dieron lugar a los otros para que libremente se fuesen. Partidos éstos encontraron con los otros y contáronle extensamente cómo los habían traído cercados y atajados hasta llevarlos en hombros. Llegados al pueblo estos religiosos recién venidos, fueron recibidos con grande alegría y consolación de todos.

CAPÍTULO IV. *De el sentimiento que por lo mismo hicieron los de Xuchimilco y Cholulla, y la diligencia que pusieron para que volviesen los frailes*

A OTRA SEGUNDA CASA QUE SE DEJÓ POR VICARÍA, sujeta al convento de Mexico, fue la de Xuchimilco, otras cuatro leguas de esta ciudad, por la laguna dulce o por tierra (como las quisieren andar). Era este pueblo entonces, y al presente lo es, de los mejores de la Nueva España, con título de ciudad. Los vecinos de ella (aunque la tabla del capítulo se leyó por la tarde) luego aquella noche supieron la nueva. Otro día por la mañana fueron casi todo el pueblo al monasterio y entraron en la iglesia (que aunque es muy grande no cupieron todos, porque eran más de diez mil personas los que habían concurrido), y ellos, y los que quedaban fuera en el patio, todos de rodillas y postrados ante el santísimo sacramento, comenzaron un clamoroso llanto, rogando y suplicando a Dios no consintiese que tal cosa pasase, ni los dejasen tan tristes y desconsolados, pues los había hecho a su imagen y semejanza y había muerto por ellos en la cruz, y los había traído de sus pecados y gran ceguedad al conocimiento de su santísimo nombre y fe católica. Y cada uno por sí, después, componía palabras de oración viva, que era cosa de ver y de oír lo que decían y todos llorando, con mucho sentimiento y a veces con voz en grito, y lo mismo hacían y decían los que estaban fuera en el patio. Muchos se iban a llorar con los frailes que estaban en el monasterio; los cuales, viéndolos tan doloridos no podían dejar de llorar con ellos. Y decían los indios a los frailes que bien sabían que les mandaban ir a morar a otras partes; pero que los perdonasen, que no los habían de dejar salir, sino ponerles guardas que de día y de noche los guardasen.

En esto se les pasó la mayor parte del día, allegándose siempre gente de la comarca y lugares sujetos para ir todos juntos a Mexico; mas los principales los detuvieron porque no fuese junta tanta gente. Con todo eso fueron hartos, y entre ellos también fueron mujeres, y ni los que iban, ni los que quedaban, se acordaban de comer. Llegaron a Mexico a hora de misa y entraron de golpe en la iglesia de San Francisco, y postrados ante el santísimo sacramento, con mucha copia de lágrimas, presentaban sus quejas a Dios de que sus padres y maestros los querían desamparar. Algunos de ellos imploraban la intercesión de la reina del cielo; otros llamaban a San Francisco; y otros invocan a los santos ángeles.

ya venían los frailes por el camino. Entonces dieron lugar a los otros para que libremente se fuesen. Partidos éstos encontraron con los otros y contáronle extensamente cómo los habían traído cercados y atajados hasta llevarlos en hombros. Llegados al pueblo estos religiosos recién venidos, fueron recibidos con grande alegría y consolación de todos.

CAPÍTULO IV. *De el sentimiento que por lo mismo hicieron los de Xuchimilco y Cholulla, y la diligencia que pusieron para que volviesen los frailes*

A OTRA SEGUNDA CASA QUE SE DEJÓ POR VICARÍA, sujeta al convento de Mexico, fue la de Xuchimilco, otras cuatro leguas de esta ciudad, por la laguna dulce o por tierra (como las quisieren andar). Era este pueblo entonces, y al presente lo es, de los mejores de la Nueva España, con título de ciudad. Los vecinos de ella (aunque la tabla del capítulo se leyó por la tarde) luego aquella noche supieron la nueva. Otro día por la mañana fueron casi todo el pueblo al monasterio y entraron en la iglesia (que aunque es muy grande no cupieron todos, porque eran más de diez mil personas los que habían concurrido), y ellos, y los que quedaban fuera en el patio, todos de rodillas y postrados ante el santísimo sacramento, comenzaron un clamoroso llanto, rogando y suplicando a Dios no consintiese que tal cosa pasase, ni los dejasen tan tristes y desconsolados, pues los había hecho a su imagen y semejanza y había muerto por ellos en la cruz, y los había traído de sus pecados y gran ceguedad al conocimiento de su santísimo nombre y fe católica. Y cada uno por sí, después, componía palabras de oración viva, que era cosa de ver y de oír lo que decían y todos llorando, con mucho sentimiento y a veces con voz en grito, y lo mismo hacían y decían los que estaban fuera en el patio. Muchos se iban a llorar con los frailes que estaban en el monasterio; los cuales, viéndolos tan doloridos no podían dejar de llorar con ellos. Y decían los indios a los frailes que bien sabían que les mandaban ir a morar a otras partes; pero que los perdonasen, que no los habían de dejar salir, sino ponerles guardas que de día y de noche los guardasen.

En esto se les pasó la mayor parte del día, allegándose siempre gente de la comarca y lugares sujetos para ir todos juntos a Mexico; mas los principales los detuvieron porque no fuese junta tanta gente. Con todo eso fueron hartos, y entre ellos también fueron mujeres, y ni los que iban, ni los que quedaban, se acordaban de comer. Llegaron a Mexico a hora de misa y entraron de golpe en la iglesia de San Francisco, y postrados ante el santísimo sacramento, con mucha copia de lágrimas, presentaban sus quejas a Dios de que sus padres y maestros los querían desamparar. Algunos de ellos imploraban la intercesión de la reina del cielo; otros llamaban a San Francisco; y otros invocan a los santos ángeles.

Los españoles seglares que estaban en la iglesia quedaron espantados de verlos de aquella manera; y aunque no sabían de raíz la causa de su lloro, trabajaban de acallarlos, mas no aprovechaba hasta que hubieron de venir algunos de los frailes del capítulo para quietarlos y consolarlos.

Cuando los indios los vieron comenzaron a decirles: Padres nuestros, ¿por qué queréis desampararnos? ¿Aún apenas hemos recibido la leche de la fe y de la cristiandad y tan presto nos queréis dejar? Acordaos que muchas veces nos deciades que por nosotros habíades venido de Castilla, dejando a vuestros deudos y conocidos y todo vuestro consuelo, y que Dios os había enviado para nosotros, necesitados y huérfanos; pues ¿cómo ahora nos queréis así dejar? ¿A dónde iremos? Que los demonios otra vez nos querrán engañar y tragar, trayéndonos a su servicio y errores pasados.

A esto les respondían los religiosos: No queremos, hijos, dejaros, mirad, que os han engañado, que así como hasta aquí os amábamos y queríamos y procurábamos vuestro bien, así ahora os amamos y queremos, y no dejaremos de trabajar con vosotros, hasta la muerte, visitándoos y consolándoos en todo lo que os estuviere bien y conviniere. Por ventura, ¿podrá olvidar o dejar la madre al hijo? (que es lo que dice Dios);[1] y si ella lo dejare, nosotros no os hemos de dejar, pues sois nuestros hijos, que por la palabra del evangelio de nuestro señor Jesucristo os hemos engendrado; para morir con vosotros venimos, como otras veces os lo tenemos dicho. Bien sabéis que no buscamos ni queremos haciendas, ni deleites, ni otra cosa del mundo, sino vuestro aprovechamiento y veros perfectos en el amor de Jesucristo; esto procurad vosotros que de nuestra parte nunca os faltará el ayuda; y así no temáis que os dejaremos.

Estaba la iglesia llena y los que en ella no cabían estaban en las puertas, y otros en el patio, porque debían de ser todos tres mil personas. Muchos españoles que se hallaron presentes estaban maravillados, y otros, oyendo lo que pasaba, vinieron a ver lo que no creían y volvían espantados, y muchos de ellos compungidos con lágrimas de ver la armonía que aquellos pobrecillos tenían con Dios y con Santa María, y que no cesaban de rogar que los oyesen. De aquella manera se estuvieron en la iglesia, que no quisieron salir de ella hasta que los frailes acabaron de comer y vinieron allí a dar las gracias (como lo tienen de costumbre) y entonces el provincial, hecho silencio, los consoló de palabra cuanto pudo. Y viendo que no aprovechaban palabras, compadeciéndose de ellos, les dio dos frailes que llevasen consigo y los enseñasen y predicasen. Con esto fue tanta la consolación que sintieron que toda su tristeza se les convirtió en alegría; y para más consolarlos les dijo que no los dejasen venir, salvo si fuesen otros en su lugar.

Dieron, pues, la vuelta estos pobrecillos, mudado el tono del sentimiento que habían traído, en nueva manera de gozo, muy acallados y contentos con sus padres. Como los niños que habían perdido a sus madres y llorando las habían buscado y halladas, mudan las lágrimas de tristeza en

[1] Isai. 49.

lágrimas de alegría. Y en el camino les iban contando el desconsuelo que ellos y los que quedaban en el pueblo habían sentido; y cada uno trabajaba de más llegarse a ellos, como hacen los polluelos, debajo de las alas de su madre. Como iban otros delante con la nueva salieron casi los más que quedaban al camino a recibirlos con el mismo gozo.

Llegados los religiosos al monasterio y hecha primero oración en la iglesia hablaron y consolaron a todos, certificándoles que venían de asiento, para quedarse con ellos. Mas con todo eso los indios pusieron guardas que de día y de noche velasen porque no se les fuesen sus maestros y padres; y ellos sosegados y consolados, fuéronse a sus casas.

En este mismo capítulo (que arriba dije se celebró en Mexico) quedaba otra casa sin título de guardianía, sujeta al convento de Huexotzinco, para que fuera visitada de los religiosos de aquel convento, como vicaría; éste era el pueblo y ciudad de Cholulla, que ahora es de las mejores casas que tenemos y que ha muchos años que sustenta estudio de mozos, y hay de continuo treinta y más moradores en esta casa; y la gente del pueblo es de la más rica de todas las Indias, porque los vecinos de él (casi todos) son mercaderes.

Éstos, cuando supieron la nueva para ellos penosa y desgraciada, concurrieron muchos al monasterio con el mismo sentimiento que tuvieron los de Xuchimilco y lloraron amargamente en la iglesia, delante del santísimo sacramento, y después con otros tres frailes que había en aquella casa; los cuales, llorando también con ellos de compasión, procuraban de consolarlos; pero no había consuelo para quien tanto sentía la pérdida que ellos imaginaban si los frailes les faltaban; antes creció tanto su dolor y el deseo de alcanzar su remedio que acordaron de ir luego a Mexico, no espantándolos la distancia del camino (que son diez y nueve o veinte leguas) ni curando de aguardar mucho matalotaje. Y así vinieron luego no tres o cuatro, como procuradores, sino más de ochocientos, y hubo muchos que dijeron ser más de mil; y quisieron venir muchas indias con ellos, mas no lo consintieron los principales por ser tan lejos.

Llegados a esta ciudad entraron en el convento de San Francisco, con el ímpetu y sentimiento que queda dicho de los otros (porque esta gente ha sido muy devota en esta Nueva España) haciendo y diciendo tantas lástimas que el provincial no pudo dejar de enviarlos consolados, dándoles frailes que asistiesen en su monasterio, como lo había hecho con los de Cuauhtitlan y Xuchimilco. Y obró Dios lo que suele con los misericordiosos[2] (según se lo tiene prometido) que estando entonces los frailes de la provincia muy descuidados de que les viniese socorro de España, porque estaban certificados que el general de la orden no quería dar frailes y los provinciales, por el consiguiente, no consentían que se les sacase alguno de sus provincias. Cerrada la puerta de toda esperanza humana apenas hubieron proveído aquellas tres casas de religiosos cuando tuvieron nueva que habían llegado al puerto veinte y cinco; los primeros de los ciento y

[2] Math. 5.

veinte que iba sacando fray Jacobo, en virtud de la bula que dio el papa Paulo III, a pedimento del muy católico emperador. Con esta tan buena ayuda se pudo fácilmente suplir la falta que los indios y frailes de la provincia padecían y hubo para enviar nuevos obreros a Yucatán y Guatemala; con que toda la tierra quedó consolada.

CAPÍTULO V. *De lo que hicieron los indios de el pueblo de Quauhtinchan por no perder la doctrina de los frailes de San Francisco, y lo que pasaron por no querer recibir religiosos de otra orden*

MUCHOS HAN SIDO LOS PUEBLOS DE ESTA Nueva España que han padecido grandes trabajos y puesto de su parte suma diligencia por no perder la doctrina de los frailes de San Francisco que los convirtieron primeramente a la fe y los criaron con la leche y manjar de el santo evangelio; aunque algunos no pudieron salir con ello por la falta que en aquella sazón hubo de frailes de esta orden para cumplir con todos; pero otros, por su buena diligencia, tuvieron dicha de alcanzarlo. De éstos contaré dos o tres ejemplos, por haber sido notables y de grande consideración para nuestros españoles, en orden de estimar, reverenciar y querer a los ministros evangélicos.

El año de 1554 un padre provincial de cierta orden, que después fue obispo en una iglesia de estas Indias, rogó al provincial de los franciscos que a la sazón era el siervo de Dios fray Juan de San Francisco (cuya heroica y apostólica vida se dice en su crónica) que pues no tenía frailes en el pueblo de Quauhtinchan (que es seis leguas de la ciudad de los Ángeles, entre el oriente y medio día) sino que lo visitaban de el convento de Tepeaca, que se lo dejase a su cargo y que él pondría frailes que asistiesen de asiento y diesen recaudo de doctrina y sacramentos a aquellos indios, porque no tenían monasterio de su orden en toda aquella comarca de la ciudad de los Ángeles, a cuya causa su convento, que en ella tenían, padecía mucha necesidad por falta de alguna ayuda y socorro. El provincial francisco, condescendiendo fácilmente con su ruego, dijo que por lo que a él y a su orden tocaba, pusiese frailes con la bendición de Dios en Quauhtinchan, que él, ni los suyos, por ninguna vía se lo estorbarían, ni contradirían. Alegre con esta respuesta el otro provincial que lo pretendía, no quiso fiar de otro la conclusión de un negocio que tanto él y sus frailes deseaban; mas antes se aprestó para ir en persona a tomar la posesión y ganar la voluntad de los indios, pareciéndole que por ser provincial le tendrían más respeto y que con sus buenos medios tendría más eficacia para atraerlos. Y así, tomando por su compañero a otro padre viejo (ambos en realidad de verdad santos religiosos) fueron derechos a Quauhtinchan, donde llegaron un martes, diez días de el mes de junio de el dicho año. En este medio ya los indios habían oído decir cómo el provincial de San Francisco había dado su

veinte que iba sacando fray Jacobo, en virtud de la bula que dio el papa Paulo III, a pedimento del muy católico emperador. Con esta tan buena ayuda se pudo fácilmente suplir la falta que los indios y frailes de la provincia padecían y hubo para enviar nuevos obreros a Yucatán y Guatemala; con que toda la tierra quedó consolada.

CAPÍTULO V. *De lo que hicieron los indios de el pueblo de Quauhtinchan por no perder la doctrina de los frailes de San Francisco, y lo que pasaron por no querer recibir religiosos de otra orden*

MUCHOS HAN SIDO LOS PUEBLOS DE ESTA Nueva España que han padecido grandes trabajos y puesto de su parte suma diligencia por no perder la doctrina de los frailes de San Francisco que los convirtieron primeramente a la fe y los criaron con la leche y manjar de el santo evangelio; aunque algunos no pudieron salir con ello por la falta que en aquella sazón hubo de frailes de esta orden para cumplir con todos; pero otros, por su buena diligencia, tuvieron dicha de alcanzarlo. De éstos contaré dos o tres ejemplos, por haber sido notables y de grande consideración para nuestros españoles, en orden de estimar, reverenciar y querer a los ministros evangélicos.

El año de 1554 un padre provincial de cierta orden, que después fue obispo en una iglesia de estas Indias, rogó al provincial de los franciscos que a la sazón era el siervo de Dios fray Juan de San Francisco (cuya heroica y apostólica vida se dice en su crónica) que pues no tenía frailes en el pueblo de Quauhtinchan (que es seis leguas de la ciudad de los Ángeles, entre el oriente y medio día) sino que lo visitaban de el convento de Tepeaca, que se lo dejase a su cargo y que él pondría frailes que asistiesen de asiento y diesen recaudo de doctrina y sacramentos a aquellos indios, porque no tenían monasterio de su orden en toda aquella comarca de la ciudad de los Ángeles, a cuya causa su convento, que en ella tenían, padecía mucha necesidad por falta de alguna ayuda y socorro. El provincial francisco, condescendiendo fácilmente con su ruego, dijo que por lo que a él y a su orden tocaba, pusiese frailes con la bendición de Dios en Quauhtinchan, que él, ni los suyos, por ninguna vía se lo estorbarían, ni contradirían. Alegre con esta respuesta el otro provincial que lo pretendía, no quiso fiar de otro la conclusión de un negocio que tanto él y sus frailes deseaban; mas antes se aprestó para ir en persona a tomar la posesión y ganar la voluntad de los indios, pareciéndole que por ser provincial le tendrían más respeto y que con sus buenos medios tendría más eficacia para atraerlos. Y así, tomando por su compañero a otro padre viejo (ambos en realidad de verdad santos religiosos) fueron derechos a Quauhtinchan, donde llegaron un martes, diez días de el mes de junio de el dicho año. En este medio ya los indios habían oído decir cómo el provincial de San Francisco había dado su

beneplácito al otro de la otra orden, para que pusiese allí frailes de su mano y orden, aunque no lo habían tenido por cierto. Mas como el indio portero de la iglesia, llamado Pedro Gálvez, vio aquellos dos padres que venían tan determinados y derechos a la iglesia, recelándose de que fuese verdad lo que se había dicho y no atreviéndose a abrirles la puerta de el aposento donde se acogían los religiosos que venían a decirles misa y doctrinarlos, sin sabiduría de el gobernador y alcaldes, fuese corriendo para las casas de cabildo, donde estaban juntos con otros principales, y díjoles cómo habían llegado dos religiosos de tal orden, y entrado a hacer oración en la iglesia y que venía a preguntarles si les abriría el aposento donde solían dormir sus frailes.

El gobernador, llamado don Felipe de Mendoza, y alcaldes, Domingo de Soto y Juan López, y los demás que allí estaban alborotáronse en oír esta nueva, porque dieron luego crédito a lo que se había dicho y entendieron que aquellos padres venían de hecho a meterse en posesión de su iglesia y casa; y mandaron al portero Gálvez que se escondiese y no pareciese delante de aquellos padres, porque en ninguna manera querían que entrasen en aquel aposento. Hízolo así el portero y ellos todos hicieron lo mismo, yéndose cada uno a recoger a su casa y ninguno pareció en la iglesia por aquella tarde.

Esta mala nueva para ellos fue luego de mano en mano divulgándose por todo el pueblo; y sabida por todos no pequeña niebla de tristeza cubrió sus corazones y comenzaron a andar desasosegados y como asombrados, temiendo en lo que había de parar aquel negocio, como si estuvieran en vísperas propincuas de haber de ser entregados en manos de algunos enemigos.

El provincial y su compañero, acabada de hacer su oración en la iglesia, fueron a la puerta de el aposento y halláronla cerrada, y luego entendieron que el portero se había desaparecido por no abrirles. De aquí sintieron la poca voluntad que el pueblo tenía de recibirlos. Mas con todo esto acordaron de hacer de su parte todas las diligencias posibles, y así salieron a los caminos y calles que iban para las casas a ver si parecía alguna gente para decirles que les llamasen al portero o alguno de los principales; más en viéndolos de lejos algún indio, luego daba a huir y se escondía. De manera que perdiendo en esto un rato de tiempo, y haciéndose ya tarde, no tuvieron otro remedio, sino volverse a la iglesia y quebrantar la puerta de el aposento, como lo hicieron y metieron dentro su hato y pusieron los caballos por allí cerca, donde mejor y más seguros pudieron estar; y comieron de lo que traían consigo y así pasaron aquella noche.

Otro día miércoles, por la mañana, ellos mismos tañeron la campana a misa y se dispusieron y aparejaron para decirla. Los indios principales, porque no les arguyesen que no eran cristianos, pues no acudían a la iglesia a oír misa, diciéndose en el pueblo y también por saber de aquellos padres qué era lo que pretendían, determinaron de ir a oírla. Dicha la misa el provincial se asentó, como para predicarles o decirles algo y ellos también se asentaron; y habiéndoles reprehendido con blandura porque ninguno de

ellos había parecido el día antes, para darles recaudo, siendo ellos religiosos y viniendo a aconsejarlos espiritualmente y darles doctrina para salud de sus almas; luego los saludó y dijo: que antes que les declarase la causa de su venida quería preguntarles ¿hasta dónde solían antiguamente llegar los términos de aquel su pueblo y cuánto se solía extender su jurisdicción? Levantáronse entonces dos de los más ancianos y viejos y respondieron diciendo: Has de saber (padre) que antiguamente, antes que hubiese memoria de Tepeaca, ni de Acatzinco, ni Tecali, nuestros antepasados ya tenían fundado este pueblo de Quauhtinchan y toda la tierra de esta comarca donde ahora están fundados estos dichos pueblos era de nuestros abuelos; porque en todo ello no había entonces nombre de otro pueblo, sino de Quauhtinchan.

Teniendo ya motivo el provincial para su intento, atajóles la razón diciendo: Bien está eso y me huelgo de haberlo oído, porque hace mucho a nuestro propósito; y así, sabed, hijos míos, que la causa porque ahora venimos este padre y yo, es por el celo que tenemos de la salvación de vuestras almas, y de que vuestro pueblo sea honrado, ampliado y engrandecido con la presencia, asistencia y favor de los religiosos que os tendrán a cargo; porque bien sabéis que si Tepeaca es ciudad y está tan engrandecida y enoblecida es por el ser que le han dado los religiosos de San Francisco, que están allí de asiento y lo mismo es de otros pueblos comarcanos y de los demás, donde residen religiosos. Y si este vuestro pueblo está tan desmedrado (y lo estará, si vosotros no abrís los ojos) es porque os sujetáis a ir a misa y acudir a las demás cosas espirituales a Tecali y no tenéis frailes de asiento, ni los padres franciscos los pueden dar, que son pocos y tienen muchos pueblos a su cargo. Y esto ya veis cuán grande afrenta sea para vuestro pueblo que en los otros más nuevos y que habían de ser sujetos a él (según vosotros mismos contáis) haya ministros de asiento y que antiguamente era la cabecera de todos ellos no los tengáis. Lo cual también resulta en daño de vuestras ánimas y de vuestros hijos; porque no teniendo sacerdotes que residan en vuestro pueblo, no dejarán de morirse hartos niños sin bautismo y otros enfermos sin confesión. Por esta causa nosotros habemos venido a ayudaros en esta necesidad; porque yo os dejaré dos sacerdotes que estén aquí de asiento y os confiesen, prediquen, digan misa y bauticen a vuestros hijos y hagan lo más que os conviniere. Y esto, sabed, que lo hago con consentimiento y voluntad de el padre provincial de San Francisco, el cual, por vuestro provecho, huelga de ello y me ha certificado de que no vendrán más a visitaros los frailes de su orden.

Hecha esta plática levantáronse el gobernador, alcaldes y principales y respondieron brevemente diciendo: Sea por amor de Dios, padre, tu buen celo y deseo de aprovecharnos; nosotros te lo agradecemos; más entiende que si vosotros queréis tener cargo de nosotros, nosotros no queremos que lo tengáis, ni residáis en nuestro pueblo. El provincial (aunque afrentado de esta respuesta) disimuló la razón y díjoles: ¿Qué es la causa, hermanos, porque no queréis que los religiosos de mi orden vengan aquí? Los indios respondieron: No te debes maravillar, padre, que digamos esto, porque

bien sabes que cuando un niño está criado a los pechos de su madre o de el alma que le da leche, desde que nació, y viene a tener ya un poco de conocimiento, se le hace muy dificultoso desamparar a su madre o a la que le dio el pecho y estar en brazos de otra persona extraña que nunca conoció, ni trató, aunque sean muchos los regalos que le haga y caricias que le muestre. Así nosotros, como los hijos de San Francisco fueron los que nos escaparon de las uñas de nuestros enemigos los demonios y nos sacaron de las tinieblas de nuestra antigua infidelidad, y en sus manos fuimos regenerados y de nuevo nacimos por el agua de el santo bautismo que nos administraron, y nos han sustentado con la leche y mantenimiento de la doctrina cristiana, y nos han criado y amparado como a niños de poca edad, como si fuéramos sus hijos muy regalados, no es mucho que rehusemos de dejar padres tan conocidos por llegarnos a otros que nunca conocimos, ni sabemos cómo nos irá con ellos. Los frailes de San Francisco nos han sufrido hasta aquí, ellos recibieron con paciencia la podredumbre y hediondez de nuestros abominables pecados que cometimos en tiempo de nuestra infidelidad; ellos nos lavaron y alimpiaron, como si fueran nuestras madres; ellos nos conocen y nos han confesado y confiesan siempre, y muchos de nosotros hemos recibido de su mano el santísimo sacramento de la comunión; han pasado por nosotros grandes trabajos y fatigas; hanse quebrado las cabezas y rompido sus pechos (que es modo de hablar suyo) por predicarnos y doctrinarnos; y ésta es la causa porque no queremos que vosotros quedéis aquí, porque ahí están nuestros padres, los hijos de San Francisco, en los cuales tenemos puesto nuestro corazón. El provincial, oyendo estas palabras y otras semejantes a los indios, dijo: Basta, hermanos, que estáis muy aficionados a los frailes de San Francisco, pues hágoos saber que estáis muy engañados, porque ya ellos os han desamparado y por su intercesión venimos aquí nosotros, que nos lo han encomendado, porque ellos no han de volver más acá. A lo cual los indios respondieron: Aunque ellos nos hayan desamparado y desechado nosotros no los hemos de dejar. Viéndolos tan determinados el provincial les tronó a decir: Ahora bien, hermanos, no recibáis pena por esto, idos ahora con la bendición de Dios que él os pondrá en los corazones lo que más os convenga. Descansad y reposad, que nosotros ya estamos en nuestra casa; con esto se salieron todos los indios.

Habiendo oído todas estas pláticas el indio fiscal de la iglesia, llamado Gerónimo García, llamó aparte al portero Pedro Gálvez y díjole que ya había entendido de cierto cómo aquellos religiosos habían venido a quedarse de asiento (cosa que a ellos por ninguna vía les convenía), por tanto, que a la noche, cuando durmiesen, sacase de la iglesia todos los ornamentos de ella y el recaudo de la misa y lo escondiese en parte secreta y segura; porque aquellos padres no se lo llevasen, y después se viesen en trabajo para sacárselo de su poder. El indio portero lo cumplió así, y sacando todos los ornamentos y aderezos de la iglesia, con sus arcas, donde se guardaba, llevólo a esconder en casas particulares de indios, lejos de la iglesia, adonde se guardó todo hasta su tiempo, sin faltar cosa alguna.

Otro día, vista por aquellos padres la poca gana que aquel pueblo tenía de recibirlos, y que les habían escondido todo el recaudo de la iglesia, acordaron de usar de alguna cautela para tomar posesión de la casa y sitio para su orden, y con este fundamento llevar el negocio por vía y tela de justicia, pues que en el provincial de San Francisco no habían de tener contradición ni resistencia.

Para esto llamaron al indio portero Pedro Gálvez, que andaba por allí y a otros dos indios cocineros, llamados Juan Bautista y Diego Vázquez, y metiéndolos dentro de el aposento hiciéronlos desnudar y con sus proprias mantas les ataron las manos, y puesta una soga delante de ellos les dijo el provincial, que los habían atado y tenían aquella soga para ahorcarlos, si no hacían lo que les decían. Que pues los principales les eran contrarios y no querían consentir en que ellos quedasen allí, que los dichos cocineros y portero consintiesen y dijesen que holgaban de que los religiosos de su orden entrasen allí a tener cargo de su doctrina y administración de sacramentos; porque estos sus dichos se escribirían y llevarían a la Real Audiencia de Mexico; y que si ellos hacían esto les prometían de favorecerles y hacer por ellos, de manera que en todo fuesen mejorados y aventajados sobre todos los principales del pueblo.

Los indios, así atados, respondieron: padres, nosotros no somos señores ni principales para que sea de algún valor nuestro consentimiento, que no somos sino vasallos populares de los que se llaman macehuales, que servimos a otros. Mas aunque somos así gente baja y común, decimos que no queremos que tengáis cargo de nosotros porque los frailes de San Francisco nos bautizaron y casaron y nos confesaron, y nos quieren y aman y sufren como a hijos, y por esto les tenemos mucha afición y no los queremos dejar. El provincial les dijo otra vez que mirasen que los frailes de San Francisco ya no habían de volver más allí; y tornó a hacerles mayores promesas si daban su consentimiento como se lo pedían; mas ellos respondieron que por ninguna vía dirían otra cosa, sino que no querían.

Viendo esto el provincial soltólos y echólos fuera, mandándoles que no volviesen más a la iglesia, ni sirviesen en ella. Y sabido por los principales lo que con estos indios había pasado, juntáronse todos y trataron entre sí de lo que deberían hacer. Y conformando en los pareceres dijeron todos a una voz: Nosotros hacemos voto, desde aquí, de no recibir a otros ministros si no fueren los hijos de San Francisco; los cuales, aunque nuestros abuelos no los vieron, ni nosotros hemos merecido alcanzarlos de asiento en nuestro pueblo, ya los hemos visto, conversado y conocido y sabemos su manera de vivir en lo cual nuestro Señor nos ha hecho mucha merced. Y aunque ahora nos desampara y nos desecha el provincial de San Francisco, y nos pone en manos de otros extraños, con todo esto nosotros no los hemos de dejar, aunque muramos por ello; porque a San Francisco nos ofrecemos y en sus manos nos ponemos, él haga lo que quisiere; y si esotros frailes nos persiguieren y afligieren, mátennos y ninguno se escape, que todo lo damos por bien empleado sobre este caso.

Dicho esto concertaron entre sí que ninguno diese cosa de comer, ni be-

ber a ninguno de aquellos frailes (que por fuerza se querían entrar en su pueblo) mientras allí estuviesen. Concertaron más, que el domingo todos ellos, así principales como plebeyos, fuesen a oír misa a Tecali y a Tepeaca, donde había monasterios de frailes franciscos; y que ninguno quedase allí a oír misa, ni entrase a ver aquellos frailes. Lo cual cumplieron inviolablemente, que todo el tiempo que allí estuvieron aquellos venerables y sufridos religiosos no hubo indio, ni india, que les diese un jarro de agua, ni que entrase a ver si querían algo, de que ellos recibieron mucho desconsuelo y pasaron harto trabajo, porque ellos mismos iban de casa en casa a encender lumbre, cuando la habían menester. Y su comida eran algunas mazorcas de maíz que hallaron de la ofrenda de la iglesia, tostadas al fuego. Para beber un poco de agua aguardaban en el camino a los indios o a las indias, que la traían de pozos para sus casas y tomaban de ella lo que habían menester. Para decir misa hubieron de enviar por el recaudo a uno de sus monasterios con los mozos que traían para curar de los caballos, porque ninguna cosa, chica ni grande, se les dio, ni parecía gente para ello.

CAPÍTULO VI. *En que se prosigue la materia de el pasado, cerca de lo sucedido en el pueblo de Quauhtinchan*

EL SÁBADO SIGUIENTE COMO ESTOS RELIGIOSOS no tenían noticia de lo que pasaba, porque no había quien de los indios les hablase, ni hiciese rostro, quisieron saber qué pecho tenían los principales y si habían por ventura ablandado alguna cosa. Para esto procuraron hacerlos venir ante sí, dándoles a entender que les cumplía lo que les querían decir. Venidos que fueron a su presencia, el padre provincial, disimulando el mal tratamiento que les habían hecho y mostrando más contento del que tenía, les dijo: Hijos míos, heos hecho llamar para que me digáis qué es lo que nuestro Señor os ha inspirado y puesto en vuestros corazones, para que lo sepamos; porque nosotros ya estamos aquí, como en nuestra casa, y ninguna cosa nos da pena.

Los principales, que oyeron la resolución del provincial, respondieron: No tenemos, padre, qué decirte, ni qué responderte más de lo respondido; si estáis contentos aquí en nuestro pueblo y casa, como estáis, estaos en buen hora que nadie os echa de ella. Y si decís misa, decidla, con la bendición de Dios, que ninguno os lo estorba; pero sabed que nosotros hemos de acudir a Tepeaca y Tecali, adonde están nuestros padres. Allí queremos ir a oír misa y confesarnos y llevar nuestros hijos que nacieren para que los bauticen; porque es grande la afición que tenemos a los frailes de San Francisco y no los hemos de dejar; y mañana domingo veréis cómo no queda hombre en este pueblo a oír vuestra misa, que todos se irán a oírla de sus conocidos padres, porque les quieren mucho y les hacen limosna y les darán cuanto tienen de muy buena gana, y ninguna tienen de recibiros

ber a ninguno de aquellos frailes (que por fuerza se querían entrar en su pueblo) mientras allí estuviesen. Concertaron más, que el domingo todos ellos, así principales como plebeyos, fuesen a oír misa a Tecali y a Tepeaca, donde había monasterios de frailes franciscos; y que ninguno quedase allí a oír misa, ni entrase a ver aquellos frailes. Lo cual cumplieron inviolablemente, que todo el tiempo que allí estuvieron aquellos venerables y sufridos religiosos no hubo indio, ni india, que les diese un jarro de agua, ni que entrase a ver si querían algo, de que ellos recibieron mucho desconsuelo y pasaron harto trabajo, porque ellos mismos iban de casa en casa a encender lumbre, cuando la habían menester. Y su comida eran algunas mazorcas de maíz que hallaron de la ofrenda de la iglesia, tostadas al fuego. Para beber un poco de agua aguardaban en el camino a los indios o a las indias, que la traían de pozos para sus casas y tomaban de ella lo que habían menester. Para decir misa hubieron de enviar por el recaudo a uno de sus monasterios con los mozos que traían para curar de los caballos, porque ninguna cosa, chica ni grande, se les dio, ni parecía gente para ello.

CAPÍTULO VI. *En que se prosigue la materia de el pasado, cerca de lo sucedido en el pueblo de Quauhtinchan*

EL SÁBADO SIGUIENTE COMO ESTOS RELIGIOSOS no tenían noticia de lo que pasaba, porque no había quien de los indios les hablase, ni hiciese rostro, quisieron saber qué pecho tenían los principales y si habían por ventura ablandado alguna cosa. Para esto procuraron hacerlos venir ante sí, dándoles a entender que les cumplía lo que les querían decir. Venidos que fueron a su presencia, el padre provincial, disimulando el mal tratamiento que les habían hecho y mostrando más contento del que tenía, les dijo: Hijos míos, heos hecho llamar para que me digáis qué es lo que nuestro Señor os ha inspirado y puesto en vuestros corazones, para que lo sepamos; porque nosotros ya estamos aquí, como en nuestra casa, y ninguna cosa nos da pena.

Los principales, que oyeron la resolución del provincial, respondieron: No tenemos, padre, qué decirte, ni qué responderte más de lo respondido; si estáis contentos aquí en nuestro pueblo y casa, como estáis, estaos en buen hora que nadie os echa de ella. Y si decís misa, decidla, con la bendición de Dios, que ninguno os lo estorba; pero sabed que nosotros hemos de acudir a Tepeaca y Tecali, adonde están nuestros padres. Allí queremos ir a oír misa y confesarnos y llevar nuestros hijos que nacieren para que los bauticen; porque es grande la afición que tenemos a los frailes de San Francisco y no los hemos de dejar; y mañana domingo veréis cómo no queda hombre en este pueblo a oír vuestra misa, que todos se irán a oírla de sus conocidos padres, porque les quieren mucho y les hacen limosna y les darán cuanto tienen de muy buena gana, y ninguna tienen de recibiros

a vosotros; por tanto, tened entendido que será tiempo perdido andar en más demandas y respuestas.

El provincial, oyendo estas palabras, tan desnudas y libres, a los indios, estuvo un rato baja la cabeza de puro afrentado; mas disimulando todo lo que pudo al cabo de rato les dijo: Pues tened entendido, hermanos, que aunque respondáis eso y lo que más quisiéredes, todo os lo sufriremos y no nos hemos de ir. Y aunque no nos deis cosa alguna de comer, no por eso hemos de salir de aquí, que ésta es nuestra casa y aquí hemos de quedar; y ahora escribo a mis frailes que vengan algunos de ellos y aquí hemos de estar más de lo que pensáis; por eso consolaos y habed placer.

Dichas estas palabras, sin más respuesta, se despidieron los indios de el provincial y compañero y saliéronse fuera. Y viendo que tan reacios se hacían aquellos religiosos y que ni con palabras, ni obras los podían vencer, para obligarlos a que se fuesen sino que mostrando contento decían que allí habían de permanecer, mal que les pesase, no era poca la aflicción que su espíritu tenía. Encontrados los unos y los otros con el sentimiento, los religiosos, en ver a los indios tan absolutos, y los indios en ver que los religiosos sufrían y callaban, y permanecían; y aunque desde el día que allí se les entraron no se descuidaron en solicitar y prevenir a todos los que sabían ser alguna parte para su favor, entonces se dieron mayor priesa en acudir a unos y a otros.

Muchos de ellos, así principales como populares, vinieron a Mexico a la presencia de el virrey don Luis de Velasco, el Primero, y llevando consigo intercesores con muchas lágrimas le suplicaban no permitiese se les hiciese aquella fuerza de darles, contra su voluntad, los ministros que ellos no querían, quitándolos de la doctrina y manutenencia de los frailes franciscos que los habían criado. El virrey no sabía qué remedio darles; porque sabía que el mismo provincial de San Francisco los había ya dejado y puesto en manos de frailes de otra orden. Lo que más hacía era remitirlos al mismo provincial de San Francisco, y al obispo de Tlaxcalla, como a su ordinario. A otras muchas personas principales ponían los indios por medianeros para con el provincial fray Juan de San Francisco, para que no los desamparase. Y de los mismos frailes franciscos ninguno dejaron de los antiguos y de los guardianes de las más principales casas, que no les moviesen a compasión, con sus llantos y quejas, y les suplicaban se apiadasen de ellos; pero los frailes, condoliéndose de su aflicción, los consolaban con buenas palabras y les daban cartas de favor para su provincial; al cual ningún ruego ni intercesión podía mover, ni mudar de lo dicho por haber dado su palabra en lo contrario. Al mismo provincial escribieron también en este tiempo los mismos indios de Quauhtinchan muchas cartas, sin cesar, una tras otra, que eran para ablandar las penas, tan sentidas y llenas de lástimas que bastaban a enternecer los corazones más duros que diamantes. El padre fray Gerónimo de Mendieta dice de estas cartas las palabras formales que se siguen: De las cartas de los indios de Quauhtinchan yo hube en mi poder algunas de ellas (porque en aquella sazón anduve

con el provincial algunos días de camino) y las traje conmigo harto tiempo para aprovecharme de los curiosos vocablos y maneras de hablar que contenían en su lengua; pero en sustancia y sentencia me acuerdo que decían estas palabras: Padre nuestro, muy amado, ¿qué pecados tan graves, qué males tan irremediables hemos cometido tus hijos los de Quauhtinchan? ¿Qué malos tratamientos hemos hecho a tus hermanos y padres nuestros, los hijos de San Francisco? ¿Qué ingratitud se ha visto en nosotros? O ¿en qué te hemos ofendido a ti para que nos hayas desamparado así, y enajenado en manos de gente extraña, que no conocemos? Verdad es que malos somos, flacos y desventurados somos; y bien conocemos que como gente de poco saber no acertamos a hacer cosa a derechas, antes en todo lo que deberíamos hacer, a cada paso, faltamos; mas para esto ha de ser la prudencia, paciencia, caridad y reportación de vosotros, que sois nuestros padres. Si nosotros no fuéramos tan miserables, como somos, y si Dios nos hubiera comunicado mayores talentos, no tuviéramos necesidad de padres y maestros piadosos que, como madres, nos llevasen a cuestas en sus brazos, y sin cansarse, nos sufriesen nuestras importunidades y flaqueza, y sin asco nos quitasen los pañales y nos alimpiasen y lavasen las manchas de nuestras miserias. ¿Ahora dejas, padre, de saber quién son los indios? ¿Ahora ignoras nuestra necesidad? ¿Ahora tienes por entender cuán casada y aprobada está la necesidad y voluntad de los indios, con los frailes de San Francisco? ¿Por ventura conocemos otros padres, ni otras madres, ni otro abrigo, ni otro amparo, después de Dios? Pues si esto se consta, ¿qué corazón te basta para decir que nos quieres dejar? ¿Con qué conciencia te atreves a hacernos tanto daño? ¿Cómo puedes usar de tanta crueldad con nosotros que (sin habértelo merecido) nos privas para siempre del bien y consuelo que tienen nuestras almas? ¿No sabes que si una vez quedan de asiento en nuestro pueblo frailes de otra orden, nunca más veremos, ni verán nuestros hijos a nuestros frailes de San Francisco que nos criaron? Si no tienes al presente frailes que darnos para que estén de asiento en nuestro pueblo, no te aflijas por ello, que no te los pedimos, ni te molestaremos por ellos. Y si ninguna vez pudieren venir tus hermanos a consolarnos nosotros tomaremos de muy buena gana el trabajo de ir siempre a Tepeaca o a Tecali a oír misa y a confesarnos y a bautizar nuestros hijos y a lo demás que fuere menester; solamente con que nos des un hábito de los que vestís y usáis, que tengamos por prenda en nuestro pueblo, quedaremos satisfechos, porque aquél guardaremos en señal de posesión y haremos cuenta que aquél es nuestra defensa, para que no entren en nuestro pueblo clérigos, ni frailes de otra religión y nos dará esperanza de que algún día, habiendo más religiosos de vuestra orden, usaréis con nosotros de misericordia.

Éstas y otras muchas cosas más sentidas escribieron los de Quauhtinchan al provincial fray Juan de San Francisco; el cual, aunque en lo interior se compadecía de ellos, por no volver atrás de su palabra no solamente no les daba esperanza de consuelo ni les mostraba en su respuesta alguna blandura, antes, por evadirse más presto de su importunación, despedía

desgraciadamente (a manera de hombre enojado) los mensajeros y no los quería oír, ni ver, ni recibir las cartas que le traían.

Todo esto fue grande angustia, desconsuelo y desmayo para los indios, aunque no para hacerles volver punto atrás de su propósito; más antes viendo que ya todo lo tenían andado y que no bastaba para alcanzar del provincial francisco siquiera una buena palabra, y que el otro estaba apoderado de su iglesia y aposento, determinaron (si el negocio pasaba adelante) de desamparar su pueblo y avecindarse en otros donde residían los frailes de San Francisco; y así, muchos de ellos fueron a Tepeaca a pedir sitios para poblar de nuevo. Y en Tecali (que entonces se ponía en traza el pueblo, por industria de los frailes franciscos, que eran allí recién entrados y hallaron a sus moradores muy derramados y sin concierto) se halló que ochocientos hombres casados de Quauhtinchan habían ya tomado solares para edificar allí sus casas, extrañándose de su propria patria y dejando las casas y tierras que en ella tenían.

Mas no permitió nuestro Señor que la tribulación de estos pobres llegase hasta el cabo, ni durase mucho tiempo, sino que como padre de misericordia y Dios de toda consolación, después de probados por algún espacio, les envió brevemente el deseado consuelo y fue por la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII. *Donde se concluye la materia de los dos capítulos pasados, y se dice el fin que tuvo la perseverancia de estos indios*

EL PROVINCIAL Y SU COMPAÑERO HABÍA ya nueve días que estaban reacios y permanecientes en el pueblo de Quauhtinchan; al cabo de los cuales les pareció que bastaba haber tenido novenas en aquel ermitorio, con tanta soledad, comiendo maíz tostado y desconfiados de que los indios hiciesen más virtud con ellos, de la qué hasta allí habían hecho, si no fuese invocando el auxilio de quien los pudiese apremiar; acordaron de ir a la presencia del obispo de Tlaxcalla, que era entonces don fray Martín de Hojacastro, de la orden de San Francisco, en cuya diócesi cae aquel pueblo, y querellarse del mal tratamiento que de aquellos indios habían recibido, y pedirle les compeliese a que los recibiesen como a religiosos y ministros suyos, y les diesen lo necesario a su sustento y acudiesen a oír sus misas y predicación, y a recibir de su mano los santos sacramentos, pues no tenían otros sacerdotes, pues el provincial de San Francisco les había hecho dejación de aquella su visita.

Acordado esto fuéronse aquella tarde a un pueblezuelo de su visita, llamado Huehuetlan, donde mataron la hambre que llevaban y durmieron aquella noche. Otro día siguiente se partieron para la ciudad de los Ángeles, y llegados allá se fueron derechos a las casas del obispo y le contaron

desgraciadamente (a manera de hombre enojado) los mensajeros y no los quería oír, ni ver, ni recibir las cartas que le traían.

Todo esto fue grande angustia, desconsuelo y desmayo para los indios, aunque no para hacerles volver punto atrás de su propósito; más antes viendo que ya todo lo tenían andado y que no bastaba para alcanzar del provincial francisco siquiera una buena palabra, y que el otro estaba apoderado de su iglesia y aposento, determinaron (si el negocio pasaba adelante) de desamparar su pueblo y avecindarse en otros donde residían los frailes de San Francisco; y así, muchos de ellos fueron a Tepeaca a pedir sitios para poblar de nuevo. Y en Tecali (que entonces se ponía en traza el pueblo, por industria de los frailes franciscos, que eran allí recién entrados y hallaron a sus moradores muy derramados y sin concierto) se halló que ochocientos hombres casados de Quauhtinchan habían ya tomado solares para edificar allí sus casas, extrañándose de su propria patria y dejando las casas y tierras que en ella tenían.

Mas no permitió nuestro Señor que la tribulación de estos pobres llegase hasta el cabo, ni durase mucho tiempo, sino que como padre de misericordia y Dios de toda consolación, después de probados por algún espacio, les envió brevemente el deseado consuelo y fue por la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII. *Donde se concluye la materia de los dos capítulos pasados, y se dice el fin que tuvo la perseverancia de estos indios*

EL PROVINCIAL Y SU COMPAÑERO HABÍA ya nueve días que estaban reacios y permanecientes en el pueblo de Quauhtinchan; al cabo de los cuales les pareció que bastaba haber tenido novenas en aquel ermitorio, con tanta soledad, comiendo maíz tostado y desconfiados de que los indios hiciesen más virtud con ellos, de la qué hasta allí habían hecho, si no fuese invocando el auxilio de quien los pudiese apremiar; acordaron de ir a la presencia del obispo de Tlaxcalla, que era entonces don fray Martín de Hojacastro, de la orden de San Francisco, en cuya diócesi cae aquel pueblo, y querellarse del mal tratamiento que de aquellos indios habían recibido, y pedirle les compeliese a que los recibiesen como a religiosos y ministros suyos, y les diesen lo necesario a su sustento y acudiesen a oír sus misas y predicación, y a recibir de su mano los santos sacramentos, pues no tenían otros sacerdotes, pues el provincial de San Francisco les había hecho dejación de aquella su visita.

Acordado esto fuéronse aquella tarde a un pueblezuelo de su visita, llamado Huehuetlan, donde mataron la hambre que llevaban y durmieron aquella noche. Otro día siguiente se partieron para la ciudad de los Ángeles, y llegados allá se fueron derechos a las casas del obispo y le contaron

por extenso lo que les había sucedido, encareciéndole el trabajo y penuria que aquellos días habían pasado, y acriminando la culpa de los indios por el descomedimiento que con ellos habían tenido, así con palabras, con que los habían afrentado y menospreciado, como en la crueldad que por obra con ellos usaron, no les queriendo dar pan, ni agua, ni venir a oír su misa; y propusieron su demanda conforme a lo arriba dicho.

Al obispo bien le pareció que aquellos padres no tenían razón de pretender quedar en Quauhtinchan por fuerza, contra la voluntad de los indios, mayormente con tanta violencia y riesgo de la destruición de aquel pueblo; mas porque no dijesen que favorecía a los indios, por la devoción que tenían a los frailes de San Francisco, disimuló con los querellantes y los consoló, prometiéndoles que él enviaría luego por los principales de aquel pueblo y en su presencia los castigaría y les daría, en todo lo que en sí fuese, entera satisfacción; y con esto los envió a descansar a su convento.

En la misma hora envió por los indios de Quauhtinchan, de los cuales no vinieron sino el gobernador, un alcalde y el fiscal de la iglesia, porque los demás andaban descarriados fuera del pueblo, buscando su remedio. Traídos, pues, estos tres a la presencia del obispo; y hallándose presentes los padres agraviados, el obispo mostró luego cómo entraron grande indignación contra ellos, y reprehendiólos agria y ásperamente por el poco caso que de aquellos padres tan venerables y siervos de Dios habían hecho, yendo ellos con celo de caridad a administrarles doctrina y ayudarles a salvar sus ánimas. Y luego, sin aguardarles respuestas y sin admitirle excusa alguna, mandó que los llevasen a la cárcel y les echasen dos pares de grillos, y allí los tuvo dos días, por dar gusto y contento a los religiosos que los acusaban.

Estos benditos religiosos, luego que se despidieron del obispo, se fueron a verlos a la cárcel; y para atraerlos a lo que pretendían dijéronles cómo el obispo estaba muy enojado contra ellos, y que les enviaba allí para saber su determinación, porque ellos le habían suplicado les perdonase y mandase soltar, como de su parte no hubiese resistencia y viniesen a recibirlos de su voluntad en su pueblo, y que así se lo había prometido; y donde no quisiesen estaba determinado de afligirlos con mucho rigor. Los indios respondieron a esto: Padres, no gastéis tiempo con nosotros, que si el señor obispo nos quisiese afligir por esto, para eso venimos y estamos aquí para acabar (si menester fuere) la vida, en prosecución de nuestra demanda; ya estamos aquí presos, senténciennos cuando quisieren y en la condenación que le pareciere. Oído esto se salieron confusos aquellos padres que no supieron qué replicarles a tan resolutas palabras. Al segundo día, habiendo venido otra vez los mismos religiosos a casa del obispo, mandó que sacasen los indios de la cárcel y los trajesen a su presencia para ver qué pecho tenían, y si acaso habían mudado parecer. Como entraron los indios en su presencia con los hierros en los pies, luego se pusieron de rodillas; y el obispo les dijo: Veis aquí, hermanos, que estos padres no hacen sino rogarme que no proceda contra vosotros, porque os aman y os quieren tener por hijos, agradecédselo, y mirad que os mando que los llevéis a vuestro

pueblo para que tengan cargo de doctrinados y administraros los santos sacramentos. Respondedme luego qué es vuestra voluntad, porque después no haya otra cosa. Los indios respondieron: besamos las manos de su señoría, porque en lo espiritual te tenemos por señor y en todo nos haces merced; mas sábete que lo que queremos es morir por la administración de los frailes de San Francisco, y en esta demanda hemos de acabar sin faltar un punto de buscarlos, ni dársenos nada por otros, porque no los hemos de recibir ni llevar con nosotros.

El obispo, conociendo en su semblante y determinación que no los habían de mover de aquel propósito, ni trocarlos en su determinación, vuelto a los religiosos que estaban a su lado les dijo en voz sumisa y baja, que le parecía no debían tratar más de aquel negocio sino disimular el caso, pues se arriesgaba a perder honra y no a sacar ningún provecho y quedar afrentados con su pertinencia; porque a los indios no permitía el rey que se les hiciese fuerza en aquel caso; y que puesto que ellos dijesen de sí, por temor, ya no les podrían tener el amor que se requería para aficionarlos a su trato; y también que doctrina de por fuerza y contra tu gusto no les podría ser útil, ni provechosa. A los religiosos les pareció bien lo que el obispo decía; el cual, vuelto a los indios que todavía estaban de rodillas les dijo: Levantaos y quiten os esos hierros e idos con la bendición de Dios a vuestras casas y allá aguardaréis a los padres que luego los enviaré tras vosotros. Ellos volvieron a responder que en ninguna manera querían que fuesen allá. Mas el obispo hizo que no los oía y dejólos ir a sus casas.

Por no dejar aquellos padres cosa que no probasen, ni piedra que no moviesen, por ver si aprovecharía, enviaron otro día siguiente uno de sus frailes hechadizo, como que pasaba de camino, para ver cómo lo recibirían. Llegado este religioso a Quauhtinchan, como los indios lo vieron todos se escondieron, que no pareció hombre de ellos, ni hubo quien les abriese la puerta de la iglesia; y así durmió aquella noche en un portal y hubo de pasar sin cena. Otro día de mañana, no aguardando a hacer más pruebas, tomó el camino de Tepeaca donde fue a comer con los frailes de San Francisco y contó lo que le había sucedido, y de allí se volvió a dar de ello cuenta a su provincial.

Visto por el obispo que no llevaba remedio que los indios de Quauhtinchan recibiesen otros ministros, sino a los frailes franciscos, escribió al provincial rogándole mucho que volviese a encargarse de aquel pueblo, dándole doctrina y consolando aquellos pobres indios que habían andado distraídos y descarriados, con harto daño y menoscabo de sus hacenduelas y casas, que todo lo habían desamparado y dejado por haí perdido, estimando en más ser administrados de frailes de San Francisco que poner cuidado y cuenta en la guarda de las cosas de su casa.

El provincial, entonces compadeciéndose de ellos, atento que ya habían dejado su pretensión los padres de la otra orden, y él había cumplido de su parte la palabra que había dado, fue en persona a quietarlos y consolarlos.

Cuando los indios supieron su venida no se puede decir el placer y ale-

gría con que lo salieron a recibir, barriendo los caminos y levantando arcos de muchas flores, de trecho a trecho, con tantas músicas, danzas y regocijos, que todo el pueblo no se ocupaba en otra cosa. Llegados a la iglesia, el provincial se excusó de la queja que contra él podían tener, diciendo que si los dejaba en poder de otros religiosos no era por falta de amor y voluntad, sino por mostrar la mucha que les tenía para que tuviesen ministros ordinarios y de asiento, que siempre acudiesen a sus necesidades espirituales y temporales, pues que él no los tenía para dárselos, que estuviesen en aquel pueblo de asiento; pero que pues ellos se contentaban con lo que los frailes de San Francisco hacían en su ministerio, que esto no les faltaría; ni tampoco frailes de asiento, cuando se los pudiese dar. Tras esto les predicó un sermón muy provechoso, como letrado que era y hombre de gran espíritu y lengua mexicana muy aventajada.

De esta manera quedaron los indios de Quauhtinchan contentísimos a cargo de la orden de San Francisco, siendo visitados por algún tiempo de el convento de Tepeaca. Mas luego, en el capítulo siguiente, fue electo el padre fray Francisco de Bustamante en ministro provincial y les dio frailes que de continuo asistiesen. Y fue con cuidado de ver su mucha fe y perseverancia y por quitarles la sospecha con que andaban de ser otra vez entregados a otros ministros. Y desde ha poco que tuvieron ministros edificaron un muy gracioso monasterio y una solemne iglesia de bóveda; y es ahora de los más quietos y agradables pueblos de esta Nueva España, aunque de poca gente, por haber ido en diminución como los demás pueblos de indios.

Esto se cuenta, con la extensión que se ha referido, solo para que se entienda la cordial afición que los indios de esta Nueva España cobraron a los religiosos de la orden de mi glorioso padre San Francisco; y no por menoscabo de los religiosos de la otra orden, que pretendieron introducirse en la doctrina de aquel pueblo; que cierto, los religiosos que pretendieron tomar la posesión de él eran verdaderamente varones apostólicos y muy observantes de su vida religiosa; y que hablando verdad estos indios no los merecieron por ser, como eran, ambos a dos verdaderos apóstoles en su vida y doctrina, y no serían de menor espíritu los que les darían para su enseñanza y consuelo; que entonces se preciaban las tres órdenes mendicantes que había en esta Nueva España, de apóstoles, cuidadosos de sus nuevamente convertidos y con este cuidado vivían santa y loablemente. Y si estos benditos religiosos pusieron tanta diligencia por entrar en aquel pueblo, fue por la mucha necesidad que para la comodidad de su orden tenían de aquel asiento, y por caridad espiritual que tenían al bien de las almas, y éste fue su motivo principal.

CAPÍTULO VIII. *De lo que pasaron y padecieron los indios naturales de San Juan Teotihuacan por tener doctrina de los frailes de San Francisco*

L PUEBLO DE SAN JUAN TEOTIHUACAN, en el principio de su conversión a la fe, fue doctrinado de los frailes de San Francisco, como lo fueron todos los demás de esta Nueva España. Después de algunos años, por haber entrado y fundado monasterio, una legua de allí, religiosos de otra orden tomaron por cercanía la visita de San Juan y tuvieron cargo de aquellos indios por algún tiempo. Sucedió en el año de 1557 que aquellos religiosos que los tenían a cargo, considerando que aquel pueblo de Teotihuacan era de buena poblazón (porque en aquel tiempo tenía más de dos mil vecinos y que en su provincia sobraban religiosos para ponerlos en él de asiento) acordaron de edificar también allí monasterio, y comenzáronlo a tratar con los indios de el mismo pueblo, a los cuales parece que no satisfizo esta determinación. Lo uno (según ellos después dijeron) porque temieron la costa y trabajo en que los habían de poner, haciendo grandes edificios; y lo otro porque también tenían esperanza de alcanzar (andando el tiempo) frailes de San Francisco. Y como los indios no quisiesen venir en ello, por esto y por otras cosas que juntamente se debieron de ofrecer, se desgraciaron con aquellos religiosos que los tenían a su cargo; y acudieron a un capítulo que los franciscos celebraban en Mexico en aquel año de 57, y pidieron les diesen frailes que asistiesen en su pueblo.

Era esto en tiempo del padre fray Francisco de Mena, comisario general de esta Nueva España y el padre fray Francisco de Bustamante, provincial de esta provincia del Santo Evangelio, los cuales los despidieron diciendo que no tenían frailes que darles y que se contentasen con la buena doctrina de los religiosos que los visitaban y tenían a cargo. No obstante esta respuesta, dijeron los indios que no habían de quietar su espíritu hasta que les concediesen y diesen los ministros que pedían. Y aunque los frailes de San Francisco no los querían oír en el caso, no dejaban ellos de solicitar su negocio por todas las vías y maneras que podían.

Sabido por los religiosos, que los tenían a su cargo, lo que aquellos indios andaban procurando, envió luego el provincial de aquella orden dos religiosos para que asistiesen en aquel pueblo; mas no acudió persona ninguna de todas las del pueblo a verlos, ni a su llamado, más que si nunca los hubieran conocido. Viendo esto los religiosos dieron noticia de ello al virrey y al arzobispo de Mexico, suplicándoles lo mandasen remediar.

Fueron a esta revuelta o alteración, por mandado del virrey, el alcalde mayor de Tetzcuco, que a la sazón lo era Jorge Serón, y por el arzobispo, su provisor, el licenciado Manjarrés. Llegado el alcalde mayor a San Juan Teotihuacan, entre los que luego encontró fue un alcalde ordinario al cual, con enojo que cobró, quebró la vara y al otro se la quitó y mandó azotar

públicamente en la plaza a todos los alguaciles. El provisor, por otra parte, hizo azotar a todos los indios de la iglesia, y los tuvieron desnudos y maniatados mientras se dijo una misa; y todo esto se hizo en orden de rebeldía, porque no querían obedecer a sus ministros.

Hecho este castigo partiéronse de allí el provisor y alcalde mayor, dejando a los religiosos en posesión del monasterio; los cuales, por más aficionar a sus indios, hicieron pintar en la portería al santo patrón de su orden, y otro santo o santos de la misma orden, y también, por muestra de estar aposesionados de aquella casa y ser aquel su monasterio, anduvieron los religiosos ministros muy solícitos y cuidadosos en estas pinturas; pero una mañana (sin poder saber quien lo hizo) hallaron borradas las imágenes de los santos. Viendo los religiosos el atrevimiento y desacato hecho la noche antes, encerraron en un aposento (sobre sospecha) a un indio que se llamaba Juan Marín, y lo azotaron reciamente y a otros con él. Estándolos azotando para saber de ellos quién había hecho aquella insolencia (que en realidad de verdad fue grave culpa y de manos temerarias y sacrílegas) llegaron unos religiosos dominicos a la portería; y para abrirles y recibirlos y hacer caridad dejaron encerrados aquellos indios en el lugar que los tenían. Pero mientras cumplían los religiosos en dar recaudo a los huéspedes, hicieron los indios un agujero en la pared de el aposento y por allí huyeron.

Querelláronse los religiosos al arzobispo de el desacato que los de aquel pueblo habían tenido con las imágenes de los santos, y volvió otra vez el provisor sobre ello y castigó algunos, por sola sospecha, aunque nunca se pudo saber de cierto quién lo hubiese hecho, ni jamás pareció indicio alguno. Y visto por aquellos padres que de cada día iban empeorando los indios, pidieron al virrey que enviasen allí un juez y gobernador indio de otro pueblo, para que los apaciguase y pusiese en orden y concierto; el cual envió a un principal del pueblo de Culhuacan, llamado don Andrés, con ambos cargos de juez y gobernador.

Luego que este gobernador y juez llegó al pueblo de Teotihuacan prendió algunos principales y otros algunos de la gente común y popular, y los puso en la cárcel con prisiones y en el cepo; mas como casi todo el pueblo era de una voz y opinión, una noche agujerearon la cárcel y sacaron todos los presos y los pusieron en fuga y cobro. En este tiempo había en el pueblo solos cinco o seis indios de parte de los religiosos (porque siempre, en las grandes conjuraciones que constan de muchos conjurados, no falta quien se deshace de lo prometido y se acoje a la parte contra quien la conjuración se hace), éstos descubrieron al indio juez dónde tenía el pueblo más de cuatro mil pesos escondidos de la comunidad, en dinero y otras cosas. El juez los recogió y volvió a meter en la casa y caja de la comunidad.

Estos mismos indios avisaban a los religiosos de todo lo que el pueblo y principales hacían y concertaban. Venido a saberse esto por el común de la gente, cogieron algunos de ellos en sus casas y a otros donde quiera que los encontraban, y los trataron muy mal, hasta dejarlos por muertos; y demás de esto les aportillaron y escalaron las casas y los iban echando de el pueblo. Sabido este atrevimiento por los religiosos, salieron una vez

a favorecer a uno de ellos y comenzaron a maltratar a otros de los contrarios; por donde se alborotaron los indios y se les descomedieron notablemente, apartándolos de sí a rempujones; y al juez, que también salió en su favor, lo trataron mal, y corriera riesgo su vida si acaso no se hallara en el pueblo el encomendero Alonso de Bazán, que con la espada desnuda (por amedrentar con ella a los indios) los hizo retirar y hacer afuera, y con ayuda y amparo se volvieron los religiosos a su monasterio, y Alonso de Bazán se llevó al juez y gobernador consigo.

Visto por estos padres que tan mal les iba con estos indios, ocurrieron otra vez al virrey y Audiencia Real, diciendo que el pueblo de San Juan Teotihuacan estaba alzado; proveyó que fuese luego allá el doctor Zorita, uno de los oidores, hombre muy buen cristiano y por su bondad amado comúnmente de los indios, llevó consigo hasta diez españoles. Y por otra parte fue el alcalde mayor de Tetzcuco, con algunos hombres. Sabida por los indios la venida de el oidor, salióle a recibir dos leguas antes de el pueblo, el cacique llamado don Francisco Verdugo, señor natural, con todos los indios, hombres y mujeres. Diéronle unas rosas o ramilletes, de cuyos extremos pendían unas hojuelas de oropel (cosa que mucho han acostumbrado y acostumbran los indios) y no faltó quien luego dijo que le habían dado rosas de oro para cohecharle, y que así no haría justicia. Súpolo el oidor, y para mayor justificación suya se las envió a los religiosos para que viesen lo que era.

Llegado al pueblo hizo juntar todos los indios, y hallando por la información y causa, que fulminó ser el pleito de Fuente Ovejuna, y que no había que culpar más a unos que a otros. Y por sólo que no dijesen que había ido por cumplimiento y con superficial ánimo y voluntad, hizo prender hasta sesenta indios y de éstos mandó echar en obrajes los veinte, para que sirviesen por seis meses, en escarmiento y aviso de los otros; y a los cuarenta mandó soltar, y con esto se volvió a Mexico.

Partido de allí el oidor, parecióles a los religiosos que el mejor camino era atraer los indios por medio y persuasión de los religiosos de San Francisco; y entre otros que llevaron para este efecto fue uno el guardián de Otumpa, fray Juan de Romanones, a quien los indios tenían grande amor y respeto, por ser varón santo y saber muy cumplidamente su lengua. Este religioso les predicó muy a su contento, hasta que llegó al punto de persuadirles que se sosegasen y quietasen, mostrándose agradecidos a la merced que Dios les hacía, en darles por ministros aquellos padres que tenían cargo de doctrinarlos, y que no curasen de pretender otra cosa porque no la habían de alcanzar.

A estas palabras luego se alborotaron y alzaron juntamente un alarido tan alto y tan confuso, que no lo dejaron pasar adelante, y así se hubo de bajar de el púlpito. Subióse luego en él otro de los dos que residían en aquella casa, para decirles que por qué no oían la predicación de aquel tan venerable padre y callaban, poniendo atención a lo que decían; y, en comenzándoles a hablar diéronle tanta grita y dijéronle tantos denuestos y afrentas, que aunque las disimulaba y hacía instancia porque callasen, no pudo

ser oído; y con esta confusión de voces y mucha mayor de su espíritu los hubieron de dejar. Y por mucho que algunos religiosos franciscos, en veces les aconsejaron e importunaron que recibiesen con contento aquellos religiosos que los querían y administraban, nunca aprovechó.

Viendo pues que los indios perseveraban en su porfía, suplicaron al virrey mandase prender al cacique don Francisco y a los más principales de ellos, y los trajesen a esta ciudad, a la cárcel de Corte, porque hasta aquel tiempo no habían entendido muy claramente que este dicho don Francisco, con con sus aliados y parciales, les eran contrarios; sino que el común de el pueblo era el que se alborotaba sin tener ayuda, ni favor de las cabezas. El virrey dio luego mandamiento para que Jorge Serón, alcalde mayor de Tetzcuco, los prendiese. Pero fueron los indios avisados y lo más secretamente que pudieron se salieron de el pueblo, y tras ellos la mayor parte de la gente, llevándose consigo todo lo que tenían de comunidad, sin dejar cosa alguna que les causase dolor haberla dejado, ni que fuese de provecho para otros que quisiesen hacerles guerra con ella.

Con este hecho, a lo público y a lo descubierto, les faltó la comida y el servicio a los religiosos, porque hasta entonces nunca dejaron de darles lo necesario para estas dos cosas, como gente, que aun de el todo no estaba descubierta por enemiga; hasta que con esta fuga quitaron el rebozo y dieron a entender que todos eran los que se disgustaban y no querían tenerlos en su pueblo, ni darles cosa de lo necesario, que mientras el cacique hizo rostro y con él los principales, todo les sobró y no les faltó nada. Y como se vieron estos sufridos religiosos penados en las temporalidades por no desamparar la casa, enviaban por comida y lo demás necesario al convento que tenían de allí una legua.

Pero llegó a tanto el atrevimiento, que a los indios que enviaban salían otros de través y les quitaban las cartas que llevaban, y a otros la comida que traían, y aun a algunos pusieron las manos y los maltrataron; todo esto a fin que los religiosos se exasperasen y de cansados se fuesen. Y llegó a punto el caso que apurados los religiosos, y no sabiendo ya qué medio tomar para vencer a tanto rebelde y fugitivo, determinaron de irse a ver con su provincial para ver qué se debía hacer en tanta rebeldía. Hiciéronlo así. Cuando su provincial los vido recibió gran disgusto y pena, porque luego adivinó lo que los indios hicieron. Los cuales, sabiendo que los frailes se habían ido, acudió el cacique con todos los demás de su alianza al monasterio de noche, y secretamente abrieron todas las puertas y sacaron todos los ornamentos, y lo demás que había en la casa, sin dejar cosa ninguna; y dejaron el monasterio todo aportillado, sin dejar lugar de él que fuese de provecho para morarle o asistirle.

Volvieron los religiosos a cabo de dos o tres días, y como hallaron la casa tan mal parada y con tanta ruina fueles fuerza volverse a su convento. Y de esta vez nunca más volvieron a Teotihuacan de asiento, porque sucedió que el pueblo estuvo casi despoblado por tiempo y espacio de tres meses.

Como vio el cacique don Francisco que en este medio ni los frailes volvían, ni la justicia venía a prenderlos, vínose a una visita, o aldea de su

pueblo, que se llama Santa María, media legua de la cabecera, y allí juntó toda su gente, y estuvieron por algunos días sosegados, acudiendo a misa al convento de Otumpa, y a veces algunos religiosos caminantes se la decían en aquel pueblo, donde se habían alojado.

Tuvo el virrey noticia de cómo estaban en aquel lugar todos juntos y algo sosegados, y envió a prender al cacique y principales; pero no tuvo efecto esta misión, porque antes que viniesen tuvieron noticia de lo proveído, y la noche antes que llegasen los ejecutores de este mandato, que fue a tres de el mes de febrero a las diez horas de la noche, salió el cacique don Francisco y sus principales, y todo el pueblo tras ellos, hombres y mujeres, sin quedar persona alguna en el lugar (siendo la noche muy obscura y tempestuosa de agua), y de esta salida les sucedieron grandes trabajos y desastres y se les murieron sesenta personas sin confesión y veinte niños sin el agua del bautismo.

Estuvieron fuera de sus casas un año entero; gastaron de lo que tenían en su comunidad más de cuatro mil pesos, y de particulares, perdidos y hurtados, más de seis mil. Con todos estos trabajos, viendo que no podían alcanzar lo que pretendían, hicieron una información de todo lo pasado y enviáronla a España, con el relator Hernando de Herrera, el cual les trajo de vuelta una cédula real, en que su majestad mandaba que no se les hiciese fuerza a recibir otros religiosos que los doctrinasen, sino los que ellos querían y pedían, de la orden de el padre San Francisco. Pero antes que esta cédula llegase fueron consolados, porque mientras el relator iba y volvía de España, como aquel pueblo pasaba tan intolerables trabajos fuera de sus casas y por tierras ajenas, juntáronse muchos indios e indias de la gente pobre, y vinieron a Mexico más de cuatrocientas personas, y entraron así como iban, desarrapados y miserables, ante el virrey y Audiencia Real, clamando todos a una voz y pidiendo justicia, diciendo el grande agravio que se les hacía, trayéndolos así muertos de hambre, peregrinando tanto tiempo fuera de sus casas.

Moviéronse aquellos señores a grande compasión de ver tantos descarriados, miserables, pobres y desnudos, y respondiéronles que se volviesen a ellas y que se les haría justicia. Interpusiéronse para este negocio algunas personas principales y de respeto, que intercedieron con el virrey para sus buenos fines. Entonces el virrey, como padre que más usa de clemencia que de rigor, libró un perdón general para todo el pueblo, y en particular para don Francisco y principales, y licencia juntamente para que fuesen a la doctrina donde ellos querían.

Y porque mejor se asegurasen y quietasen, rogó el mismo virrey al provincial de los franciscos, que a la sazón era fray Francisco de Toral, obispo que después fue de Yucatán, que les diese frailes que los doctrinasen. Y con esto, dentro de tres días se pobló el pueblo como antes estaba; que en las cosas de gusto lo que por muchos días deshace un pesar, en muy pocos lo recupera el contento.

Duró esta aflicción de los indios de San Juan Teotihuacan por espacio de dos años, en que padecieron tantos y tan grandes trabajos que no se

pudieran contar sin muy larga historia, y aquí se suman con la brevedad posible. Y es cierto que padecieran todo cuanto se les ofreciera hasta morir todos, o alcanzar lo que deseaban. Cuando lo alcanzaron fue tanta su alegría que olvidaron todas las angustias pasadas, y con gran contento hicieron en breves días un devoto monasterio, y una muy buena iglesia. Y están en paz y tienen doctrina, y es de la mejor y más dócil gente de esta Nueva España. Nuestro Señor los tenga de su mano y a todos nos dé buena muerte y su gloria.

CAPÍTULO IX. *De lo que les sucedió a los indios de el pueblo de Tehuacan, por no perder la doctrina de los frailes franciscos que tenían, y es capítulo muy de notar*

EL PUEBLO DE TEHUACAN (como en otra parte dijimos) fue de los segundos donde poblaron los doce primeros evangelizadores por la buena comarca que tenía de otras muchas provincias que caen algo lejos de Mexico, y como en aquel tiempo que poblaron no tenían ojo sino a la conversión de las almas, edificaron su monasterio en el mismo lugar donde los señores y más principales residían, sin advertir que aquel sitio era pestífero, por muy caliente y húmedo, por estar en lugar bajo y en abrigo de unos muy grandes cerros, que no dan lugar a correr algún aire saludable; a cuya causa era aquella habitación muy enferma y en ellas apenas se criaban niños, que luego se morían los más de ellos. Esto se echó de ver después de andado el tiempo, porque no iba fraile a morar aquella casa que luego no enfermase. Y lo mismo experimentaban en los indios de aquel sitio, que a mucha priesa iban en disminución, en especial por no criarse niños, que son los que conservan las poblazones.

Por esto persuadieron los religiosos a los principales que se mudasen a otro sitio, que con mucho cuidado eligieron, en lugar templadísimo, airoso y de buena tierra, donde hoy día se hacen las mejores uvas, granadas, membrillos que hay en esta Nueva España, y muchos melones. A los principales (convencidos de la sobrada razón que para ello había) les pareció muy bien y lo aceptaron de palabra, sin alguna contradición, y tomaron sus solares; mas venidos al efecto de pasarse a ellos, como estaban hechos a sus casas antiguas y de su natural son tardíos y flojos, y mucho más los de tierra caliente; y por otra parte jamás les falta ocupación en servicio de españoles, nunca acababan de ejecutarlo, sino que de hoy a mañana lo iban dilatando, cumpliendo de sola palabra con los frailes, y en esto se pasaron algunos años.

Ofrecióse en el de 1568, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro, que fue necesario desamparar algunos monasterios, porque en aquel tiempo, más que en otro, hubo mucha falta de frailes, por no haber venido en aquella sazón (como solían) de España, y acá eran pocos los que tomaban

pudieran contar sin muy larga historia, y aquí se suman con la brevedad posible. Y es cierto que padecieran todo cuanto se les ofreciera hasta morir todos, o alcanzar lo que deseaban. Cuando lo alcanzaron fue tanta su alegría que olvidaron todas las angustias pasadas, y con gran contento hicieron en breves días un devoto monasterio, y una muy buena iglesia. Y están en paz y tienen doctrina, y es de la mejor y más dócil gente de esta Nueva España. Nuestro Señor los tenga de su mano y a todos nos dé buena muerte y su gloria.

CAPÍTULO IX. *De lo que les sucedió a los indios de el pueblo de Tehuacan, por no perder la doctrina de los frailes franciscos que tenían, y es capítulo muy de notar*

EL PUEBLO DE TEHUACAN (como en otra parte dijimos) fue de los segundos donde poblaron los doce primeros evangelizadores por la buena comarca que tenía de otras muchas provincias que caen algo lejos de Mexico, y como en aquel tiempo que poblaron no tenían ojo sino a la conversión de las almas, edificaron su monasterio en el mismo lugar donde los señores y más principales residían, sin advertir que aquel sitio era pestífero, por muy caliente y húmedo, por estar en lugar bajo y en abrigo de unos muy grandes cerros, que no dan lugar a correr algún aire saludable; a cuya causa era aquella habitación muy enferma y en ellas apenas se criaban niños, que luego se morían los más de ellos. Esto se echó de ver después de andado el tiempo, porque no iba fraile a morar aquella casa que luego no enfermase. Y lo mismo experimentaban en los indios de aquel sitio, que a mucha priesa iban en disminución, en especial por no criarse niños, que son los que conservan las poblazones.

Por esto persuadieron los religiosos a los principales que se mudasen a otro sitio, que con mucho cuidado eligieron, en lugar templadísimo, airoso y de buena tierra, donde hoy día se hacen las mejores uvas, granadas, membrillos que hay en esta Nueva España, y muchos melones. A los principales (convencidos de la sobrada razón que para ello había) les pareció muy bien y lo aceptaron de palabra, sin alguna contradición, y tomaron sus solares; mas venidos al efecto de pasarse a ellos, como estaban hechos a sus casas antiguas y de su natural son tardíos y flojos, y mucho más los de tierra caliente; y por otra parte jamás les falta ocupación en servicio de españoles, nunca acababan de ejecutarlo, sino que de hoy a mañana lo iban dilatando, cumpliendo de sola palabra con los frailes, y en esto se pasaron algunos años.

Ofrecióse en el de 1568, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro, que fue necesario desamparar algunos monasterios, porque en aquel tiempo, más que en otro, hubo mucha falta de frailes, por no haber venido en aquella sazón (como solían) de España, y acá eran pocos los que tomaban

el hábito. Tanto que se hubieron de dejar siete o ocho casas o monasterios, con acuerdo de que fuesen los más remotos de el corazón de la provincia. Y como Tehuacan era uno de éstos y donde menos los frailes quisiesen ir a morar, húbose también de dejar, viendo que los indios no cumplían lo puesto de mudarse al buen sitio que tenían elegido; y también, porque ya no era tan necesario, como lo fue a los principios, por estar ya pobladas de otros religiosos las provincias que allí acudían al bautismo y sacramentos. Esta dejada de casas (porque fuera imposible tener efecto si los indios de aquellos pueblos tuvieran de ella noticia) ordenóse con grandísimo secreto y cautela. De manera que en un mismo día llegasen las cartas de el provincial a todas aquellas casas en que mandaba, por obediencia y con pena de excomunón *ipso facto*, a los frailes que en ellas residían, que con todo secreto y disimulación posible se saliesen de ellas y cada uno fuese a la parte que se le señalaba.

En Tehuacan estaba ya fuera el guardián, y sólo un sacerdote se halló en casa cuando llegó este mandato. Y para poderlo cumplir de secreto, como se le mandaba, escribió a un clérigo su devoto y amigo que residía cinco leguas de allí, rogándole le enviase media docena de indios de carga, cada uno con su cesto, de los que ellos usan de acarreo, como que los quería para enviarle con ellos alguna fruta de la mucha que por allí se hace (y no era sino para sacar en ellos los libros que los frailes tenían en aquel convento de su uso y enviarlos a otra parte, que así se lo mandaba el provincial). Venidos los indios que le envió el clérigo, cargólos de los libros; y enviólos más de dos horas antes del día, porque no fuesen sentidos. Mas los principales de Tehuacan, que estaban avisados (según después dijeron) de cómo los querían dejar los frailes, tenían puestas guardas por todas partes. Y viendo que se despachaban indios de otro pueblo, cargados con tanto secreto y a tal hora, dieron aviso y salieron a ellos quince o veinte de el pueblo y quitáronles los libros y otras cosas que llevaban y guardáronlos en la casa de su comunidad, sin decir nada al fraile; pero como los indios que iban cargados dieron razón de lo hecho al clérigo, dio luego aviso por carta al fraile de lo que había pasado. El cual, por cumplir con el mandato de el prelado de que fuese el caso secreto, quiso desvelarlos, dando otra salida al caso sucedido; pero declarándose ellos más, le dijeron que no pensase de engañarlos; porque de antes estaba sobre aviso y ahora se certificaban de lo que les habían dicho, que los querían dejar; por tanto, que les perdonase, porque ellos lo habían de guardar con mucho cuidado y no lo habían de dejar salir de su monasterio, pues estaban obligados a mirar por lo que cumplía a su pueblo. Otro día siguiente amanecieron cerradas a piedra y lodo todas las entradas del patio de la iglesia; sólo dejaron una pequeña puerta, echándole llave, porque nadie entrase ni saliese sin que supiesen quién era, qué quería y qué llevaba. Otro día siguiente amaneció tapiada la portería del monasterio, dejando solamente un pequeño agujero por donde entrase y saliese a gatas un indio. De día venían al patio muchas indias con sus criaturas y traían sus piedras de moler y allí molían y hacían su comida, y lo demás del tiempo hilaban su algodón, ar-

mando sus tendezuelas que les hacían sombra. Y esto era para hacer su guarda, porque los hombres la hacían de noche.

Las cartas que venían para aquel religioso no se las daban sin examinarlas primero, porque si eran del provincial no viniesen a sus manos. Con todas estas prevenciones estaban estos indios; pero no les valió para que el religioso no recibiese una de su prelado, en que le mandaba, por censuras, que pues no podía sacar de el convento los libros y ropa de los frailes, procurase, por todas vías, de salirse, dejándolo todo. Para cumplir esto buscaba el tiempo que le parecía más oportuno, y acometió de salirse algunas veces, mas en queriéndolo intentar, hallaba que se ponían delante un escuadrón de mujeres, hechas una piña. Como sabía que el fraile no había de poner sus manos en ellas, ni hacerles mal, en especial echaban las preñadas delante, porque menos se atreviese a alargar el paso, a cuya causa no le era posible cobrar ni un solo pie de camino, antes le hacían volver atrás.

Avisado de esto su prelado escribiéndole con cierto caballero que para ir a Guatemala, había de pasar por allí, le mandó que en ninguna manera les dijese misa, ni les administrase algún sacramento; porque no siéndoles de ningún provecho su asistencia le dejasen salir. Y como a esta persona principal no le podían impedir el hablar con el fraile, húbole de dar la carta, sin saber lo que venía en ella, más de cuanto había prometido al provincial de dársela en su mano. Y éste fue el remedio eficaz para que lo dejasen ir al cabo de tres meses, o poco menos que lo tenían encerrado; porque dándoles a entender lo que se le mandaba y que sin remedio ni excusa lo había de cumplir a la letra, viendo que su estada no les había de ser de provecho y al pobre fraile lo habían de tener afligido y desconsolado, diéronle lugar para que se fuese, aunque con increíble sentimiento.

El religioso, por no ver lo que harían al tiempo de su partida, acordó de madrugar muy de mañana y salir buen rato antes que amaneciese, entendiendo que en aquella hora todos estarían durmiendo en sus casas; pero sucedió muy de otra manera de lo que él pensaba; porque saliendo de la portería, para ir a su camino, halló que todo el pueblo, no sólo de la cabecera, sino también de las aldeas y sujetos, estaba en el patio, hombres y mujeres, con muchas hachas de tea encendidas, con tanta claridad como si fuera de día; y en viendo salir al fraile por la puerta todos ellos levantaron un llanto y alarido que parecía día del juicio, y consolándolos él, luego comenzaron a ponerse en procesión, los hombres por una parte y las mujeres por otra, e hicieron dos hileras (conforme a su uso) que tomaban casi una legua, hasta una iglesia que se dice San Pedro, donde les amaneció, que hasta allí no lo quisieron dejar, y allí, por su ruego, les dijo misa; y dicha, se volvieron a Tehuacan, aunque no todos, porque algunos de los principales y aun sus mujeres, fueron tras él hasta Tecamachalco, que son diez leguas de camino.

Es de advertir que todo el tiempo que tuvieron a este religioso detenido anduvieron los principales del pueblo ocupados en venir a Mexico y a otras partes, remudándose a veces, solicitando a los religiosos viejos que habían

sido sus guardianes y a otras personas principales, tomándolos por terceros para que no les quitasen los frailes. Y lo mismo comenzaron a proseguir, después que salió el que tenían para que se lo volviesen; mas fue en balde su diligencia, porque apenas había salido cuando luego el obispo de Tlaxcalla, que estaba a la mira, aguardando que el fraile saliese, envió de presto un clérigo honrado, que tenía por visitador de su obispado, llamado Luis Velázquez, para que tomase la posesión de aquella casa e iglesia, como desamparada de ministros, y asistiese allí en su nombre, administrando a aquellos indios los santos sacramentos. Y puesto que los indios no quisieron dar lugar a ello, no lo pudieron resistir, porque fue metido allí el clérigo con mano y autoridad de la justicia; y así quedaron debajo de su ministerio contra toda su voluntad.

Pasados algunos pocos días sucedió que un fraile francisco, sacerdote de la provincia de Guatemala, llamado fray Juan de Ocaña, habiendo venido a Mexico a sus negocios, daba la vuelta para su provincia pasando por Tehuacan, que es el camino real; y llegado al pueblo el clérigo le recibió con caridad en el monasterio, donde durmió aquella noche. Los indios, viendo que tenían dentro del monasterio fraile francisco, no se les sufrió el corazón de dejar perder aquella tan buena y deseada ocasión, y concertaron, entre sí, lo que otro día siguiente pusieron por obra: y fue que, cuando el religioso, por la mañana, dijo misa y tomó un bocado para irse agradeciendo la caridad y buen hospedaje, salióle acompañando el clérigo; y en llegando a la portería, por buen comedimiento, salió el clérigo primero, dejando al fraile dentro. Los indios (que estaban hablados entre sí, y concertados para ello) como vieron al clérigo fuera de la puerta y al fraile dentro, cerraron de golpe el postigo de la portería dejando al beneficiado de parte de fuera. Luego acudieron algunos de ellos a su aposento, donde tenía su ropa y cama y tomándola toda echáronsela por la ventana del coro, diciéndole, que se fuese con Dios y los dejase, que aquella casa era de San Francisco y a él no le habían menester.

El fraile encerrado hallóse confuso allá dentro y mucho más el clérigo allá fuera; y no pudo (ni aun con amenazas) ponerse en su libertad. Los indios (que luego la casa se hinchió de ellos) le rogaban con lágrimas que los redimiese de la fuerza que sin culpa les había hecho en quitarles los frailes en quien tenían todo su consuelo y abrigo. Y tanto le movieron que hubo de condescender con su petición y quedarse con ellos.

El buen clérigo Luis Velázquez, por la parte de fuera, comenzó hacer bramuras; mas viendo que no le habían de aprovechar porque ya todo el pueblo, hombres y mujeres, grandes y chicos, estaban con el buen fraile, y a él amenazando que se fuese por bien y le llevarían su ropa y hato; y donde no quisiese que todo se le perdería. Tuvo por bien de dejarlos, acordando de buscar el remedio por mano de la justicia, acudiendo a su prelado el obispo de Tlaxcalla. Y habiéndose ido y presentado ante él, lo despachó luego y con una petición suya y querella a la Real Audiencia de Mexico, fue proveído que el alcalde mayor de Tepeaca, que entonces lo era Jorge Serón, como antes lo había sido de Tetzcuco, para la causa de San Juan Teo-

tihuacan, fuese ahora a castigar aquellos indios y a compelerlos que recibiesen al clérigo. Mas como ellos supieron por aviso de sus espías, que Jorge Serón iba con acompañamiento de españoles, levantaron rancho todo el pueblo junto y, llevando consigo al fraile para que les consolase en lo espiritual, fuéronse por los montes y lugares despoblados, teniendo por menor mal desamparar las casas de su habitación que perder el abrigo y amparo que tenían, debajo del hábito de nuestro padre San Francisco; y así no tuvo efecto la ida de Serón. De esta manera anduvieron peregrinando, como los hijos de Israel por el desierto, por espacio de dos o tres meses, hasta que les pareció que su negocio estaría olvidado de parte de el obispo, y por el consiguiente, de parte de la justicia; y volvieron al pueblo haciendo su asiento como solían.

Siendo avisado de esto Jorge Serón, y dejándolos descuidar por algunos días, cuando menos se cataron, dio sobre ellos con mano armada y prendiendo a los más principales hizo castigo en los que le pareció, porque si culpa había en lo hecho todos en general eran culpados y así lo confesaban. Y amenazándoles con la horca si no quisiesen recibir al clérigo por su ministro, todos se ofrecían a la muerte diciendo, sin algún temor, que luego los podía ahorcar, porque en ninguna manera habían de recibir en su pueblo otros ministros si no fuesen frailes de San Francisco.

Sobre esto hubo muchas demandas y respuestas, muchas idas y venidas a Mexico, padeciendo en este intervalo de tiempo muchos de ellos prisiones, otros azotes, y otros andando huidos y desterrados de su natural; hasta que el doctor Villalobos, que presidía en la Real Audiencia de Mexico, por falta de virrey, siendo informado de la calidad de la gente que era la de Tehuacan, y la entrañable devoción que siempre había tenido y tenía a la orden de mi padre San Francisco, y que los frailes solamente los habían dejado por no quererse mudar de el mal sitio donde estaban, al bueno que habían elegido, porque aquel pueblo no se perdiese dio orden cómo el obispo desistiese de la querella puesta y pretensión que tenía; y que los frailes franciscos volviesen a tener cargo de aquellos indios; aunque para este tiempo (según se dijo) habían faltado de el pueblo más de quinientos vecinos, de ellos muertos con los muchos trabajos que pasaron y de ellos huidos. Los que quedaron escarmentando en lo pasado dejaron luego el sitio viejo, contrario a la salud, y en muy breve tiempo poblaron el nuevo donde, con el aliento y calor de los frailes, edificaron un alegre monasterio con su iglesia (que entonces fue de bóveda y por haberse caído la han cubierto ahora de madera), que en el tiempo presente es de mucha consolación para los que allí moran.

El bendito clérigo Luis Velázquez, que de aquellos indios fue desechado, vino a ser canónigo, por sus buenas prendas, de la catedral de Mexico y al cabo, conocida la vanidad de las pompas de el mundo y lo mucho que se gana dejándolo como vano, renunciólo todo y tomó el hábito de nuestro padre San Francisco y en él vivió algunos años, trabajando como siervo de Dios en la obra y ministerio de los indios (porque sabía bien su lengua); y en el mismo hábito murió el año de 1589, en el mismo convento de San

Francisco de los Ángeles, de esta provincia de el Santo Evangelio, donde está sepultado y descansa en paz.

Otro tanto, como lo que se ha dicho de Tehuacan, sucedió en otro pueblo, diez leguas más adelante y cincuenta de esta ciudad, llamado Teotitlan, donde tuvieron encerrado a otro religioso más de tres meses, y padecieron los indios muchos y grandes trabajos, hasta venir las mujeres principales con sus maridos y otras con sus hijos a esta ciudad a pedir a voces, con lágrimas y sollozos, a la Real Audiencia, que les mandasen volver los frailes de San Francisco que los habían dejado y les quitasen un clérigo que el obispo de Guaxacac allí les había metido contra su voluntad; mas estos pobres no alcanzaron la buena dicha que los de Tehuacan, por la mucha falta que en aquel tiempo hubo de frailes, y no haber paño para todos, y a esta causa quedaron en perpetuo desconsuelo; a los que de sus hijos han quedado, consuélelos Dios, como puede.

CAPÍTULO X. *Donde se dice cómo esta provincia de el Santo Evangelio dejó algunas casas y conventos, después de haberlos morado, y el intento que tuvo en dejarlas*

STANDO LAS COSAS EN ESTE SER y habiéndose ampliado y extendido el ministerio de esta nueva conversión por este modo: distribuidos ya y repartidos los ministros del evangelio por provincias distintas, segregadas y apartadas unas de otras, quedándose esta de el Santo Evangelio con las ciudades de Mexico y la de los Ángeles y sus contornos, llegaron el año de 1557 a hallarse faltos de religiosos; y la causa fue porque en aquella sazón murieron de golpe muchos de los viejos antiguos, que estaban ya cascados y quebrantados de los trabajos, y entonces también comenzaron a irse otros a España, movidos por los disfavores que recibían, en parte de los obispos de esta Nueva España y en parte de algunos oidores de la Real Audiencia, de los que quedaron solos, cuando murió el virrey don Luis de Velasco, el primero, y en otras ocasiones, y de algunos otros que vinieron por visitadores a esta Nueva España.

Esta falta de frailes fue causa que desde el año dicho de 57, siempre que los religiosos de esta provincia se juntaban a capítulo, siempre en ellos trataban de dejar algunos monasterios de los que tenían poblados, como cosa que de fuerza les convenía, para poderse conservar, aunque sobre ello no dejó de haber opiniones y diversidad de pareceres (como en todas las cosas la suele haber), porque algunos, teniendo respecto solamente a los graves daños en que habían de incurrir los indios, si fuesen desamparados de los religiosos, compadeciéndose de ellos, decían que era cosa recia dejarlos, no obstante que la sustentación de tantas casas, con tan pocos frailes, les fuese tan trabajoso e intolerable, y que por menor mal tenían que estuviese medio fraile solo en cada monasterio de aquellos, que se habían de dejar, o un

Francisco de los Ángeles, de esta provincia de el Santo Evangelio, donde está sepultado y descansa en paz.

Otro tanto, como lo que se ha dicho de Tehuacan, sucedió en otro pueblo, diez leguas más adelante y cincuenta de esta ciudad, llamado Teotitlan, donde tuvieron encerrado a otro religioso más de tres meses, y padecieron los indios muchos y grandes trabajos, hasta venir las mujeres principales con sus maridos y otras con sus hijos a esta ciudad a pedir a voces, con lágrimas y sollozos, a la Real Audiencia, que les mandasen volver los frailes de San Francisco que los habían dejado y les quitasen un clérigo que el obispo de Guaxacac allí les había metido contra su voluntad; mas estos pobres no alcanzaron la buena dicha que los de Tehuacan, por la mucha falta que en aquel tiempo hubo de frailes, y no haber paño para todos, y a esta causa quedaron en perpetuo desconsuelo; a los que de sus hijos han quedado, consuélelos Dios, como puede.

CAPÍTULO X. *Donde se dice cómo esta provincia de el Santo Evangelio dejó algunas casas y conventos, después de haberlos morado, y el intento que tuvo en dejarlas*

STANDO LAS COSAS EN ESTE SER y habiéndose ampliado y extendido el ministerio de esta nueva conversión por este modo: distribuidos ya y repartidos los ministros del evangelio por provincias distintas, segregadas y apartadas unas de otras, quedándose esta de el Santo Evangelio con las ciudades de Mexico y la de los Ángeles y sus contornos, llegaron el año de 1557 a hallarse faltos de religiosos; y la causa fue porque en aquella sazón murieron de golpe muchos de los viejos antiguos, que estaban ya cascados y quebrantados de los trabajos, y entonces también comenzaron a irse otros a España, movidos por los disfavores que recibían, en parte de los obispos de esta Nueva España y en parte de algunos oidores de la Real Audiencia, de los que quedaron solos, cuando murió el virrey don Luis de Velasco, el primero, y en otras ocasiones, y de algunos otros que vinieron por visitadores a esta Nueva España.

Esta falta de frailes fue causa que desde el año dicho de 57, siempre que los religiosos de esta provincia se juntaban a capítulo, siempre en ellos trataban de dejar algunos monasterios de los que tenían poblados, como cosa que de fuerza les convenía, para poderse conservar, aunque sobre ello no dejó de haber opiniones y diversidad de pareceres (como en todas las cosas la suele haber), porque algunos, teniendo respecto solamente a los graves daños en que habían de incurrir los indios, si fuesen desamparados de los religiosos, compadeciéndose de ellos, decían que era cosa recia dejarlos, no obstante que la sustentación de tantas casas, con tan pocos frailes, les fuese tan trabajoso e intolerable, y que por menor mal tenían que estuviese medio fraile solo en cada monasterio de aquellos, que se habían de dejar, o un

hábito de San Francisco, siquiera vestido en un palo para que con esto tuviesen recurso los indios a la doctrina de los frailes, aunque fuese de tarde en tarde, que desampararlos de el todo, pues se sabía por experiencia que habían de perder mucha parte de la doctrina recibida y en lo temporal habían de padecer muchas vejaciones y agravios, y se vendrían por esto a consumir, como por la mayor parte acaecía en pueblos donde no había religiosos. Otros, aunque no les faltaba esta compasión de los naturales que habían de padecer, pero considerando el daño más común de los mismos naturales en que iban a dar, por evitar el particular de algunos y que se destruían a sí mismos por favorecer aquellos indios, lo cual era más universal distracción de la doctrina en toda esta tierra, perseveraron de continuo en esta demanda, en especial algunos de los que tuvieron cargo de regir y gobernar la provincia; porque veían más a la clara los inconvenientes que de tener tantos y tan derramados conventos se les seguía. De los cuales algunos se volvieron a los reinos de España, solamente por no poder salir en su tiempo con cosa que tan necesaria les parecía para la conservación de su estado regular.

El capítulo donde de hecho se determinó que se dejaran estas casas fue el que se celebró en la ciudad de los Ángeles, en principio de enero de el año de 1564, donde salió por provincial el padre fray Diego de Olarte, que había sido conquistador y profeso en esta santa provincia, porque ya entonces se veían los prelados de la orden en grande estrechura para haber de proveer los monasterios; lo cual, como antes de el capítulo se dijese y se tuviese por muy cierto, el virrey don Luis de Velasco el primero (que Dios tenga en el cielo), como padre verdadero que fue de estos naturales y padre de las religiones y de toda la tierra, previno a la ejecución de este negocio y fue causa de que por entonces no se pusiese en efecto; porque escribió al provincial y difinidores, rogándoles con el mayor encarecimiento que pudo a ellos y a todo el capítulo que por entonces se sobreseyese en aquel negocio, y en ninguna manera se determinasen a dejar casas, hasta que él escribiese a su majestad y a su Real Consejo de Indias, la grande necesidad que había de frailes y que sin falta su majestad los mandaría proveer con toda brevedad. Y cuando no viniesen frailes de España, entonces, con más razón y justo título, lo podrían ejecutar.

El provincial y difinidores respondieron a esta carta, esta que se sigue. Ilustrísimo y cristianísimo señor. Harta necesidad tuvimos en el capítulo pasado de la presencia de vuestra señoría y del favor y calor que con ella nos dio para quedar, en alguna manera, consolados, y para esforzarnos a pasar adelante con el trabajo intolerable que sentimos en hallarnos tan solos y en irnos acabando más de cada día (como vuestra señoría sabe), que de pocos años a esta parte han fallecido muchos religiosos de nuestra orden, y de España han venido muy pocos para sustentar las casas, que con celo de la salvación de estos naturales tenemos tomadas. Lo cual parece que nos va constriñendo a querer dejar algunas de ellas. Y así tenemos por averiguado que hubiera tenido efecto en el otro capítulo, si vuestra señoría no estuviera de por medio, dejando satisfechos a los padres de esta

provincia, que presentes se hallaron, con esperanza que su majestad sería servido de mandar proveer de remedio, para la necesidad en que estamos y falta que hay de religiosos. Así por esto, como por no deservir, ni desplacer, a quien tanto procura hacernos toda merced y dar todo favor para lo que pretendemos (que es el remedio de esta pobre gente, como vuestra señoría siempre lo ha hecho) estos padres capitulares, oyendo lo que vuestra señoría de nuevo nos mandaba por su carta, acordaron de no hacer mudanza en este capítulo, sobre este caso, quedando con la buena esperanza que vuestra señoría nos da, de lo que su majestad mandará poner para nuestro remedio. Guarde nuestro señor, &c.

En este mismo capítulo escribieron el provincial y difinidores a su majestad; y entre otras cosas que le dieron de aviso (como él lo tenía pedido y mandado a los religiosos) se le escribió, acerca de la necesidad que había de frailes, el párrafo o capítulo siguiente. Para mayor recogimiento nuestro y para esforzarnos mejor unos a otros, en la prosecución de esta obra, queríamos dejar en este último capítulo y en el pasado, algunas casas de las que tenemos tomadas; porque de pocos años a esta parte, se nos han muerto muchos religiosos y venido pocos de los reinos de España; y de veinte y cuatro que (por hacernos merced) vuestra majestad nos envió antaño, con fray Miguel Navarro, casi todos se ahogaron y murieron en los bajos, que llaman de los Jardines. Y aunque tratamos esto de dejar casas entre nosotros, no pudo ser tan secreto que vuestro virrey no lo entendiese; el cual, movido de celo de la salvación de esta pobre gente, nos lo ha estorbado, con promesa de alcanzar de vuestra majestad sea servido de mandar que seamos proveídos y ayudados de los demás religiosos, que ser pudiere, pues ahora es buena coyuntura por celebrarse en España nuestro capítulo general, donde enviamos a este padre por nuestro custodio y discreto, como persona muy religiosa y experimentada en las cosas de esta tierra; porque ha trabajado y servido a Dios y a vuestra majestad mucho en ella, predicando y confesando en la lengua de los indios y haciendo lo demás en que les ayudamos; y, sobre todo, va a procurar el remedio de esta necesidad que tenemos de frailes. Suplicamos a vuestra majestad sea servido de mandarlo con todo calor y de ser informado de cómo se cumple; porque de la provisión que vuestra majestad en este caso mandare hacer, depende el remedio de nuestra consolación y de la cristiandad de los naturales, y faltando esto no podemos dejar de desamparar muchas provincias que quedarán sin doctrina y desmayar en la ejecución del apostolado en que entendemos.

Después de esta ocasión y suspensión de la determinación que estos padres tenían y solicitación por cartas del remedio, en todas las flotas y navíos que de estas partes partían para España, a lo menos en los más de ellos, se escribía a su majestad y a su Real Consejo de Indias, suplicando esto mismo con toda la instancia posible. Y aunque había toda esta diligencia y cuidado, no se acudía a nada; porque como los ojos del rey no penetran las aguas del mar, ni alcanzan a ver de las orillas y riberas del mar de España éstas de estas Indias, no puede satisfacer bien a las necesidades de ellas; o porque cuando llegan los avisos es ya tarde; o porque

cuando llegan los avisos es ya tarde; o porque cuando los recibe no se le relatan con la puntualidad necesaria. De donde nace o que no haya remedio o que si lo hay, no sea el necesario; no porque de su santa y celosa intención no sea el desearlo, sino porque no todas las cosas se las dicen desnudas de apariencias y vestidas de verdad. Porque aunque todos los que aconsejan parecen buenos, algunos y muchos hay que van con manos fingidas de Esaú; y aunque en la voz pueden ser conocidos (como Jacob de su padre) no lo son del rey; porque fiando un oficio de un hombre, que muestra tener saber y conciencia, ¿por qué no ha de ser razón que le dé crédito en lo que le dijere? Pero aunque esto debe ser así, no siempre son los hombres lo que parecen; y en las honras y oficios (como dijo discretísimamente el otro sabio) descubren la condición que tienen; y aunque parecían otros no son sino aquello malo o bueno que muestran. De esta doctrina, pienso yo que nacía el poco cuidado que ya se tenía en enviar ministros a estas tierras.

Y después de algunos años, que fue en el de 1561, escribió de España un fraile que había ido de estas partes, que su majestad tenía proveído y mandado que viniesen cien frailes de la orden de San Francisco para la Nueva España. Y con esta confianza esperaron la flota en que vino por virrey el marqués de Falces, en la cual no vino más que el padre fray Juan de Mansilla que volvía del capítulo general con otros cuatro o cinco religiosos, sus compañeros, los cuales trajeron poca claridad de esto. Sólo dijeron que si su majestad daba el favor necesario a los religiosos, vendrían sin falta muchos en la flota siguiente.

Aguardaron otro año, con este aviso, hasta que llegó la flota donde vinieron el licenciado Muñoz y el doctor Carrillo, que fue por el mes de octubre del año de 67. Y entonces, visto que no venía ni un solo fraile, ni había memoria de que quedasen para venir adelante, ya perdida totalmente la esperanza que poco a poco iban entreteniendo, y pareciéndoles que con lo aguardado habían cumplido con Dios y con todo el mundo, y con el qué dirán y que el pasar de aquella manera adelante era cosa imposible, fueles forzoso tener congregación para concluir este negocio, como de facto se concluyó; y votó y firmó por todos los difinidores y guardianes, y otros padres antiguos que se juntaron, que se dejasen once casas, que son las siguientes: El monasterio y pueblo de Xalatzinco, Tlatlauhquitepec, San Juan Iztacmixtitlán, Hueytlalpan, que es a la parte del norte, en la serranía que cae a la mitad del camino que hay de esta ciudad de Mexico a la de la Vera Cruz, aunque apartado de él algunas leguas, Tepexic, que llaman el pueblo de la seda, Tehuacan y Teotitlan, camino de Guatemala, a cuarenta o cincuenta leguas de esta ciudad, Chietla, en tierra caliente, a la parte del medio día. Éstas quedaron de el todo fuera de la orden; y luego que las dejaron los religiosos entraron clérigos en ellas, como parece en la de Tehuacan, y queda dicho atrás, aunque se volvió a recuperar. Otras tres fueron, Ehecatepec, tres leguas de esta ciudad, a la parte del norte, que quedó por visita de la orden. Otra en el valle, que llaman de Guadiana, algunas leguas adelante de las minas de Zacatecas, la cual fundó un lego llamado

fray Jacinto de San Francisco, que comúnmente le llamaban todos fray Cintos, conquistador que había sido y pobló aquella casa, con ansias y deseos de conquistar espiritualmente las almas de aquellos que con armas había ayudado a conquistar los cuerpos. Esta casa se dio a la custodia de Mechoacan (cuando lo era) y después quedó en la de Zacatecas, cuando se dividió, como queda dicho en su erección y nombrameinto. Otra fue la del pueblo de Querétaro, en el principio de la tierra que llaman de Chichimecas, la cual se dio a los frailes de Mechoacan y es ahora de las mejores de aquella provincia.

Dieron noticia de esta dejada de casas, estos padres, al virrey que entonces era el marqués de Falces, por petición que le presentaron, que contenía lo dicho, y protestando no dejarlas por no querer doctrinarlas, ni trabajar en ellas, sino por no poder sustentar su doctrina. Y prometiendo que si el rey les mandase volverlas a recibir, como les diese ministros que les ayudasen, volverían a ellas. Y con esto quedó este caso en el estado dicho.

CAPÍTULO XI. *Que prosigue la materia del pasado*

CUANDO LOS INDIOS DE LAS PROVINCIAS Y pueblos dichos se vieron desamparados de los frailes, rodeados de grande desconsuelo recurrieron al virrey y Audiencia Real, pidiendo justicia de aquel agravio que decían hacerles los frailes de San Francisco. Y aunque de este caso ya estaba enterado el virrey, pues por petición se lo habían manifestado y pedido, diese o mandase dar aquellos pueblos a otros ministros de los que había; y asimismo los oidores de la Real Audiencia estaban ya informados y advertidos del caso, para lo que sucediese. Con todo esto, como vino la queja y demanda a su acuerdo, hubieron de proveer entonces, como jueces, lo contrario de lo que como personas particulares habían aprobado; y mandaron que el provincial de San Francisco volviese los frailes a sus casas y cuidasen de aquellas ovejas, como de las otras de que estaban encomendados.

Cuando se proveyó este auto ya estaban en Hueytlalpan, Tlatlauhquitepec y San Juan Iztacmixtitlan puestos clérigos por el obispo de Tlaxcalla, que entonces era; porque no hicieron los frailes más que salir por una parte de los pueblos y entrar ellos por otra y aun en Hueytlalpan estaba ya en una visita de la cabecera administrando; y ésta fue gran parte para dejar aquel monasterio, por el desconcierto que se podía recrecer entre los ministros de la cabecera y los de los sujetos y visita, teniéndose los unos por de Cefas, y los otros por de Apolo; y aunque son todos unos ministros y que van todos en orden de un mismo fin, son divérsos los modos con que los unos ministros y los otros enseñan y doctrinan. También en Tehuacan lo había, aunque sucedió en este pueblo volver los frailes, como decimos en el capítulo noño de este libro. En el de Tepexic entraron frailes

fray Jacinto de San Francisco, que comúnmente le llamaban todos fray Cintos, conquistador que había sido y pobló aquella casa, con ansias y deseos de conquistar espiritualmente las almas de aquellos que con armas había ayudado a conquistar los cuerpos. Esta casa se dio a la custodia de Mechoacan (cuando lo era) y después quedó en la de Zacatecas, cuando se dividió, como queda dicho en su erección y nombrameinto. Otra fue la del pueblo de Querétaro, en el principio de la tierra que llaman de Chichimecas, la cual se dio a los frailes de Mechoacan y es ahora de las mejores de aquella provincia.

Dieron noticia de esta dejada de casas, estos padres, al virrey que entonces era el marqués de Falces, por petición que le presentaron, que contenía lo dicho, y protestando no dejarlas por no querer doctrinarlas, ni trabajar en ellas, sino por no poder sustentar su doctrina. Y prometiendo que si el rey les mandase volverlas a recibir, como les diese ministros que les ayudasen, volverían a ellas. Y con esto quedó este caso en el estado dicho.

CAPÍTULO XI. *Que prosigue la materia del pasado*

CUANDO LOS INDIOS DE LAS PROVINCIAS Y pueblos dichos se vieron desamparados de los frailes, rodeados de grande desconsuelo recurrieron al virrey y Audiencia Real, pidiendo justicia de aquel agravio que decían hacerles los frailes de San Francisco. Y aunque de este caso ya estaba enterado el virrey, pues por petición se lo habían manifestado y pedido, diese o mandase dar aquellos pueblos a otros ministros de los que había; y asimismo los oidores de la Real Audiencia estaban ya informados y advertidos del caso, para lo que sucediese. Con todo esto, como vino la queja y demanda a su acuerdo, hubieron de proveer entonces, como jueces, lo contrario de lo que como personas particulares habían aprobado; y mandaron que el provincial de San Francisco volviese los frailes a sus casas y cuidasen de aquellas ovejas, como de las otras de que estaban encomendados.

Cuando se proveyó este auto ya estaban en Hueytlalpan, Tlatlauhquitepec y San Juan Iztacmixtitlan puestos clérigos por el obispo de Tlaxcalla, que entonces era; porque no hicieron los frailes más que salir por una parte de los pueblos y entrar ellos por otra y aun en Hueytlalpan estaba ya en una visita de la cabecera administrando; y ésta fue gran parte para dejar aquel monasterio, por el desconcierto que se podía recrecer entre los ministros de la cabecera y los de los sujetos y visita, teniéndose los unos por de Cefas, y los otros por de Apolo; y aunque son todos unos ministros y que van todos en orden de un mismo fin, son divérsos los modos con que los unos ministros y los otros enseñan y doctrinan. También en Tehuacan lo había, aunque sucedió en este pueblo volver los frailes, como decimos en el capítulo noño de este libro. En el de Tepexic entraron frailes

dominicos, y en el de Chietla los padres agustinos y en Teotitlan un clérigo que puso el obispo de Huaxacac, por ser de su obispado y jurisdicción; y en demanda y respuestas se pasó algún tiempo y se fue el marqués de Falces, y en el tiempo medio de su ida y venida de otro, gobernó la Audiencia y el presidente de ella, el doctor Villalobos, dio traza, como en Tehuacan se pusiesen frailes, como dejamos dicho, y los otros pueblos que merecieron trueque de religiosos se quitaron y quedaron con los que de presente tienen.

Los de la sierra, como deseosos de perseverar con los padres que los habían criado, no sosegaban en la demanda que traían y en cada ocasión que se ofrecía presentaban su reclamo. Vino por virrey, después del marqués de Falces, don Martín Enríquez; y como estas tres casas caen algo en comarca del camino de la Vera Cruz (como hemos dicho) saliéronle al encuentro y presentáronle su querella y queja y pidiéronle, con grandes encarecimientos, la restitución de los frailes. Y como le supieron hablar, supieron también moverle y tomarle palabra de que los consolaría en su petición. Llegó a Mexico y acordándose de la palabra dada y por nueva instancia de los indios, volvió sobre ello y pidió al provincial, que entonces era fray Miguel Navarro, que diese frailes a aquellos indios; sobre lo cual puso calor e hizo mucha instancia; y apurado el provincial de sus continuos mandatos y peticiones respondió que no tenía frailes, y que si su majestad se los daba los pondría luego, como obediente ministro, como antes había respondido; y a esto añadió otras razones que sólo eran para el pecho del virrey.

Con esto se quedó el caso en este estado, aunque al pueblo de Ehecatepec se le dieron frailes, algunos años después. Con esto quedó esta provincia recogida y amparados unos conventos con otros, porque antes estaba muy distante y derramada; y como los prelados andaban todos a pie, muchos de ellos no tenían lugar de visitar personalmente su provincia, de que hacían escrúpulo y también los frailes distantes y apartados se desconsolaban, no pudiendo gozar la presencia de su pastor, para casos que se les ofrecía de su quietud y consuelo.

CAPÍTULO XII. *De la fundación de la provincia de Mechoacan, y de los primeros religiosos que en ella florecieron*

MECHOACAN, EN LENGUA MEXICANA, se deriba de michi, que quiere decir pescado; y así, Mechoacan, significa lugar donde hay abundancia de pescado, como lo hay en aquella tierra, porque hay en ella una hermosa laguna (como en otra parte dejamos dicho) de donde se saca mucho y muy buen pescado. Era reino por sí Mechoacan, antes que los españoles viniesen a estas partes; y aunque no cae muy lejos de Mexico (porque comienzan los términos y mojones, menos de treinta leguas hacia el po-

dominicos, y en el de Chietla los padres agustinos y en Teotitlan un clérigo que puso el obispo de Huaxacac, por ser de su obispado y jurisdicción; y en demanda y respuestas se pasó algún tiempo y se fue el marqués de Falces, y en el tiempo medio de su ida y venida de otro, gobernó la Audiencia y el presidente de ella, el doctor Villalobos, dio traza, como en Tehuacan se pusiesen frailes, como dejamos dicho, y los otros pueblos que merecieron trueque de religiosos se quitaron y quedaron con los que de presente tienen.

Los de la sierra, como deseosos de perseverar con los padres que los habían criado, no sosegaban en la demanda que traían y en cada ocasión que se ofrecía presentaban su reclamo. Vino por virrey, después del marqués de Falces, don Martín Enríquez; y como estas tres casas caen algo en comarca del camino de la Vera Cruz (como hemos dicho) saliéronle al encuentro y presentáronle su querella y queja y pidiéronle, con grandes encarecimientos, la restitución de los frailes. Y como le supieron hablar, supieron también moverle y tomarle palabra de que los consolaría en su petición. Llegó a Mexico y acordándose de la palabra dada y por nueva instancia de los indios, volvió sobre ello y pidió al provincial, que entonces era fray Miguel Navarro, que diese frailes a aquellos indios; sobre lo cual puso calor e hizo mucha instancia; y apurado el provincial de sus continuos mandatos y peticiones respondió que no tenía frailes, y que si su majestad se los daba los pondría luego, como obediente ministro, como antes había respondido; y a esto añadió otras razones que sólo eran para el pecho del virrey.

Con esto se quedó el caso en este estado, aunque al pueblo de Ehecatepec se le dieron frailes, algunos años después. Con esto quedó esta provincia recogida y amparados unos conventos con otros, porque antes estaba muy distante y derramada; y como los prelados andaban todos a pie, muchos de ellos no tenían lugar de visitar personalmente su provincia, de que hacían escrúpulo y también los frailes distantes y apartados se desconsolaban, no pudiendo gozar la presencia de su pastor, para casos que se les ofrecía de su quietud y consuelo.

CAPÍTULO XII. *De la fundación de la provincia de Mechoacan, y de los primeros religiosos que en ella florecieron*

MECHOACAN, EN LENGUA MEXICANA, se deriba de michi, que quiere decir pescado; y así, Mechoacan, significa lugar donde hay abundancia de pescado, como lo hay en aquella tierra, porque hay en ella una hermosa laguna (como en otra parte dejamos dicho) de donde se saca mucho y muy buen pescado. Era reino por sí Mechoacan, antes que los españoles viniesen a estas partes; y aunque no cae muy lejos de Mexico (porque comienzan los términos y mojones, menos de treinta leguas hacia el po-

niente), nunca los reyes de Mexico los pudieron sujetar, por ser gente belicosa la de aquella provincia, y más corpulenta y dispuesta que la mexicana.

Venidos los españoles, como Motecuhzuma vio que el capitán don Fernando Cortés no se quería retirar, habiéndoselo él rogado mucho, sino que pretendía llegar a Mexico, envió sus mensajeros al rey de Mechoacan, confederándose con él (porque antes eran enemigos y siempre se hacían guerra) y pidiéndole socorro para que ambos se ayudasen contra los españoles, porque no se apoderasen de la tierra y privasen de los reinos y señoríos que poseían. Y puesto que a los principios le pareció bueno el consejo al rey, y aceptase la embajada, después, mejor aconsejado, sin hacer aparato de guerra, se ofreció a la obediencia del emperador y rey de Castilla, dándose de paz sin ninguna resistencia.

Estando las cosas en este punto de haberse confederado con los castellanos, y reconociendo al rey de Castilla por señor, llegaron los doce religiosos franciscos a esta Nueva España. Y sabido por este rey cómo habían llegado a Mexico, vino en persona a esta ciudad a verlos luego el año siguiente que fue el de 1525, y satisfecho de cómo enseñaban a los naturales de Mexico, bautizóse y llamóse Francisco en el bautismo; y pidió, con mucha instancia, al padre fray Martín de Valencia, que le diese uno de sus compañeros para que enseñase la ley de Dios a sus vasallos y naturales de Mechoacan.

El varón santo, que vido ser justificada su petición, y de la persona suprema del reino (que son los que más fácilmente reducen a los menores a las cosas que quieren) diole a fray Martín de Jesús, que por otro nombre se llamaba de la Coruña, con otros dos o tres compañeros religiosos, de los que después de los doce habían venido de España. Aunque el memorial de la orden que recopiló el ilustrísimo señor Gonzaga, que fue dignísimo general nuestro, le da cinco compañeros, llamados fray Ángel de Saliceto o Saucedo; fray Gerónimo; fray Juan Vadia o Vadillo, francés; fray Miguel de Bolonia; y fray Juan de Padilla. Si éstos son los compañeros no pudieron ir luego el año de 25 con fray Martín de Jesús, porque no eran de los doce, ni tampoco vinieron religiosos de España, hasta el año 27, de donde se infiere o que no fueron estos religiosos a Mechoacan el año de 25, que fue cuando el señor de aquella tierra vino a Mexico, a verse con los religiosos; y si fue luego, no fueron éstos los primeros compañeros, sino dos o tres de los diez y siete que estaban ya en la tierra, como dejamos dicho en el principio de el libro de la conversión.[1] Aunque yo me persuado a que serían de los que después vinieron; porque no es de creer que habiendo tan pocos ministros evangélicos en la tierra, hubiesen de ir tantos para un solo reino, dejando otros mayores.

Pero séase entonces, o algún año después, la verdad es que el varón apostólico fray Martín de Jesús, fue a Mechoacan y fundó casa en la ciudad de Zinzonza, ciudad de las mejores de aquel reino, y está a la orilla de su famosa laguna, de la vocación de Santa Ana. Y estos dichos padres

[1] Supra lib. 15. cap. 12.

fueron los que comenzaron a predicar el santo evangelio y fundaron la fe católica y religión cristiana en aquel reino y provincia. Y tras ellos fueron otros a ayudarles, así como iban viniendo de España. Y por ser tan religiosos y observantes los frailes que en aquellos principios venían, fundaron su religión en aquella tierra con grande pobreza y rigor de penitencia. Y después de esta provincia del Santo Evangelio (que fue la madre y cabeza de todas las de esta Nueva España) siempre tuvo aquella de Mechoacan más copia de varones santos que otra alguna de las Indias.

Fueron casas sujetas a esta provincia de Mexico las de aquel reino de Mechoacan, desde el año de 25 hasta el de 35, en el cual año fue eregida y levantada en custodia, y fue la primera que engendró esta religiosísima provincia del Santo Evangelio; porque este mismo año tomó esta del Evangelio título de provincia, y haciéndose provincia quedó Mechoacan por custodia; que hasta este año, esto de Mexico y aquello de Mechoacan, todo era una custodia; y los guardianes de aquellas casas se congregaban a capítulo con los de estotras, donde quiera que se celebraba. Pero eregida en provincia esta del Santo Evangelio pareció a los padres congregados ser de mucho trabajo y dificultad venir a los capítulos de la provincia los de aquel reino, en especial que venían a pie y eran muchas las leguas; por lo cual ordenaron que se hiciese custodia, con concierto que hubo de que de los frailes que viniesen de España a ayudar a la conversión les diesen a los de Mechoacan la tercia parte de ellos.

Con este título de custodia estuvo sujeta al provincial de esta provincia del Santo Evangelio por tiempo y espacio de 30 años, hasta que el año de 65, en el capítulo general que se celebró en Valladolid, se erigió en provincia, con título de los apóstoles San Pedro y San Pablo; porque como después de Cristo son los príncipes de la iglesia estos santos apóstoles, quisieron aquellos padres benditos, ya que la primer provincia tomaba por amparo y defensa de su ministerio a Cristo y su evangelio, que a ellos, que entraban en segundo lugar, les cupiese en suerte los que lo predicaron y fueron los primeros en el principiado, después de santísimo Maestro.

Ha tenido esta provincia, hasta pocos años ha, más de sesenta conventos; porque fuera de lo que es Mechoacan comprehendía otra provincia y reino más adelante, hacia el poniente, que llaman de Xalisco o Nueva Galicia, cuya cabeza es la ciudad de Guadalaxara, donde reside Audiencia Real y obispo, que se nombra de la Nueva Galicia. Mas el de Mechoacan tiene su silla en Guayangareo, llamado por otro nombre la ciudad Valladolid, aunque primero estuvo la silla episcopal en Pazquaro, ciudad principal de aquel reino, algunos años, donde, a dicho de muchos, estaba muy a cómodo; pero por ser más sano estotro sitio se pasaron a él, aunque no ha crecido el número de la gente, como se pensó; porque como todos se van al olor de el dinero y allí no lo hay, porque es tierra pobre y no hay trato en la ciudad, no quieren solares grandes en tierra sana y buena, sino plata y oro en sierras y barrancas.

Hay en este reino de Mechoacan otra provincia de la orden del gloriosísimo doctor de la iglesia San Agustín, cuyas casas fueron sujetas a la de

Mexico hasta el año de 1601, y por incomodidades que había de la una y otra parte se hubo de dividir. Tiene muchos y muy buenos conventos y algunos de muy sumptuosos edificios, y ha habido en ella y hay muy religiosos varones. Hay un convento, o dos, de los de nuestra señora del Carmen, y otras dos o tres casas de los padres de la compañía, una en Guayangareo y otra en Pazquaro, aunque estos padres no tienen cargo de doctrina, que toda la tienen al suyo clérigos y frailes franciscos y agustinos. Esta provincia de Mechoacan incluía en sí (como dejamos dicho) todo su reino y parte de la Nueva Galicia que se llama Xalisco; pero por parecerles a los religiosos de aquella parte que estaban muy distantes y difusos, como realmente lo estaban y que para su gobierno tenía necesidad de comisario que asistiese en la parte que faltaba el provincial, procuraron división, la cual alcanzaron en el capítulo general que se celebró en Toledo el año de 1606, la cual vino cometida al padre fray Juan de Ciesa, comisario actual de estas provincias. Y habiéndose parecido convenir la dicha división, con acuerdo y parecer de los padres de la provincia, a cuyos votos venía remitido, se hizo. Y en el capítulo provincial que se celebró el año de 1607, en la misma ciudad de Guadalaxara (hecha primero la división), se eligieron dos provinciales y ocho difinidores, eligiendo los de cada provincia, de por sí, su provincial y difinidores. Quedaron treinta y cuatro casas en la provincia de Xalisco. Y por ser el comisario que presidió, y el provincial, primeramente electo, hijos de la provincia de Santiago, en Castilla, y por ser el reino de Galicia y su patrón Santiago, la llamaron de este nombre. Fue el primer provincial el padre fray Juan de la Peña, hombre muy religioso y docto y lector jubilado; y el segundo que le sucedió se llamó fray Alonso de Villavicencio, hijo de la misma provincia, predicador y muy celoso del bien de la religión, con cuyo celo fue a España y Roma, siendo provincial, a procurar el bien de su dicha provincia; y en Mechoacan quedaron treinta conventos y más. Queda la provincia de Xalisco en grande disposición de acrecentar el número de sus conventos, por tener muchas tierras que le caen al poniente y norte, donde puede extenderse para edificar y erigir conventos en lo convertido y apaciguado, y en tierras de indios que aun no están reducidos y pueden entrar, y entran a convertirlos; y actualmente tiene seis casas de conversión, donde cada día ganan nuevos hijos a la iglesia de Dios. Y a esta parte y provincia de Xalisco honró nuestro Señor con los primeros mártires religiosos, de esta nueva iglesia indiana, como se verá en el libro último de esta obra que casi los más murieron en aquella santa provincia. El memorial de la orden, hecho por el señor obispo Gonzaga, pone menos número de casas en esta provincia; pero hase de advertir que en aquel tiempo que lo escribió, eran tantas como dice, pero después acá son las referidas; y lo mismo se ha de entender en todas las provincias, en el número de conventos y de frailes, porque después acá se han multiplicado, así en lo uno como en lo otro, los conventos y religiosos, lectores y predicadores.

A la de Mechoacan no le queda esta comodidad, porque está cercada por esta parte del oriente, de esta provincia del Santo Evangelio; y por la

del norte de la de Zacatecas; por la de el poniente de la de la Nueva Galicia o Xalisco; y de la del mediodía, de el mar del sur y partidos y beneficios de clérigos, y sin esperanza de poder ser más en ningún tiempo. Tiene esta provincia de Mechoacan un convento de monjas de Santa Clara, en el pueblo de Querétaro, que se fundó el año de 1605 por orden y devoción de don Diego, indio cacique de aquel pueblo, donde está una hija suya profesa; y dotó al convento de toda su hacienda y por su vida y días les da seis mil pesos cada año para su sustento. Es el pueblo de muy buen temple y muy regalado de frutas, así de las nativas, como de las traídas de Castilla, en especial higos y uvas. Hay grandísimo trato de ovejas, porque hay señores de ellas muy cuantiosos; y así es la fundación de este convento muy acertada, por haber muchos españoles ya en el dicho pueblo, aunque su fundación es de indios.

En todo lo de Xalisco no hay más ministros de doctrina que clérigos y frailes de San Francisco, aunque los padres agustinos de la provincia de Mechoacan tienen en ella dos o tres conventos. Llámase de Xalisco por un pueblo de este nombre, que está cerca de la ciudad de Compostela, donde al principio estuvo el Audiencia Real de este reino, y por ser arenisca la tierra, que esto quiere decir Xalisco. Entre los que plantaron nuestra santa fe en aquellas partes, y son dignos de perpetua memoria, tiene el primado el padre fray Martín de Jesús o de la Coruña, por haber sido allí el primero y principal prelado y uno de los doce, y tenido siempre en opinión de santo; está enterrado su cuerpo en el convento de los frailes menores de Pazquaro. En el segundo lugar entra el padre fray Antonio de Segovia, que vino de las casas recoletas de la provincia de la Concepción, varón de admirable santidad y vida, como se verá en el libro veinte de los ministros evangélicos. Fray Jacobo Daciaño, grandísimo letrado, griego y hebreo, natural de Dacia y era, cuando acá pasó, provincial actual en su provincia. Floreció también fray Miguel de Bononia, flamenco que supo cinco lenguas diferentes de indios, y en ellas predicó y convirtió a muchos. Fray Juan Vadiano, francés, de la provincia de Aquitania la Antigua. Estos dos (como dejamos dicho) fueron compañeros luego, al principio, de el bendito varón fray Martín de Jesús y con ellos fray Pedro de Garrovillas, que fue muy inteligente en la lengua indiana y quitó los abominables sacrificios de la provincia de Zacatula, y le acaeció en un día quebrantar mil ídolos. Fray Antonio de Beteta, que había sido maestro de novicios en el convento del Abrojo, cerca de Valladolid, y en esta tierra excelentísima lengua de los indios. Fray Ángel de Valencia, de la provincia de Valencia, y fue el primer provincial de esta provincia de Mechoacan. Fray Juan de San Miguel, famosa lengua y excelente predicador que hizo bajar de las montañas muchos indios que vivían por ellas y los juntó en poblazones en los llanos. Fray Maturino Gilberti, francés de la provincia de Aquitania, notable trabajador con las indias al cual ninguno se le aventajó en la lengua tarasca, hizo arte y vocabulario y doctrina en ella. Fray Juan de la Cruz, de la misma nación y provincia, gran ministro.

De la provincia de Castilla florecieron en esta de Mechoacan fray Fran-

cisco de Oropesa y fray Francisco de Torrijos. Y de el Andalucía, fray Gerónimo de la Cruz y fray Francisco de la Cruz, de quien se dice que se tañeron las campanas ellas mismas cuando murió. Fray Daniel, lego, italiano, fue ejemplarísimo en vida para aquellos indios, y de rarísima penitencia, enseñó a los indios el oficio de bordar, porque era gran maestro en él. Y no procedo más adelante en nombrar los varones santos que florecieron en aquella provincia de Mechoacan y Xalisco, porque quererlos contar todos sería proceder en infinito. Tienen estas dos provincias de largo más de ciento y veinte leguas y de ancho más de cincuenta. Han muerto en la provincia de Xalisco muchos, a manos de los bárbaros chichimecas, predicándoles la fe de Jesucristo.

CAPÍTULO XIII. *De la fundación de la provincia de Yucatán, y de los apostólicos varones que florecieron en ella*

YUCATÁN, QUE ALGUNOS LLAMAN CAMPECHE y otros Champopoton, es una provincia que por la mayor parte parece isla, a la manera de España, porque por las tres partes es cercada de mar aunque diferentemente; porque a Yucatán la cerca el mar por el oriente, poniente y septentrión, y solamente por la parte del mediodía entra en tierra firme; y así, por aquella parte se extienden más sus términos de norte a sur y de oriente a poniente; no tiene más de cien leguas. Está Yucatán trescientas leguas de Mexico, o poco menos, a la parte del oriente, algo desviada al mediodía; de suerte que las naos que vienen de España al puerto de la Vera Cruz la dejan a la mano izquierda. Es tierra cálida, aunque sana, por ser seca, que en la superficie no tiene ríos ni lagunas, porque toda el agua de que se sirven es de pozos y son de ríos, que corren por debajo de tierra. Los hombres mueren de pura vejez porque no hay las enfermedades que en otras tierras; y si hay malos humores el calor los consume; y así, dicen, que no son menester allí médicos.

Acerca de la fundación de aquella provincia en lo espiritual, y de la introducción de el santo evangelio en ella, es de saber que el primero que llegó allí a dar noticia de nuestra fe y predicar a los indios fue el padre fray Jacobo de Testera, en el año de 1534, con otros cuatro religiosos de su misma orden, siendo actualmente custodio de esta de el Santo Evangelio, antes que se erigiese en provincia; porque este padre, como hombre de singular espíritu y ferventísimo celo de la salud de las almas, no se contentó con procurar la doctrina y enseñamiento de los que tenía a su cargo, en lo que era el reino de Mexico y sus comarcas, sino que quisiera convertir y atraer al conocimiento de su criador, no sólo a todos los indios, mas aun a todas las gentes del mundo. Y con este deseo no dejó pedazo de tierra, de lo que entonces por acá estaba descubierto, que no anduviese; y así fue a Mechoacan y a lo de Guatemala, según lo

cisco de Oropesa y fray Francisco de Torrijos. Y de el Andalucía, fray Gerónimo de la Cruz y fray Francisco de la Cruz, de quien se dice que se tañeron las campanas ellas mismas cuando murió. Fray Daniel, lego, italiano, fue ejemplarísimo en vida para aquellos indios, y de rarísima penitencia, enseñó a los indios el oficio de bordar, porque era gran maestro en él. Y no procedo más adelante en nombrar los varones santos que florecieron en aquella provincia de Mechoacan y Xalisco, porque quererlos contar todos sería proceder en infinito. Tienen estas dos provincias de largo más de ciento y veinte leguas y de ancho más de cincuenta. Han muerto en la provincia de Xalisco muchos, a manos de los bárbaros chichimecas, predicándoles la fe de Jesucristo.

CAPÍTULO XIII. *De la fundación de la provincia de Yucatán, y de los apostólicos varones que florecieron en ella*

YUCATÁN, QUE ALGUNOS LLAMAN CAMPECHE y otros Champopoton, es una provincia que por la mayor parte parece isla, a la manera de España, porque por las tres partes es cercada de mar aunque diferentemente; porque a Yucatán la cerca el mar por el oriente, poniente y septentrión, y solamente por la parte del mediodía entra en tierra firme; y así, por aquella parte se extienden más sus términos de norte a sur y de oriente a poniente; no tiene más de cien leguas. Está Yucatán trescientas leguas de Mexico, o poco menos, a la parte del oriente, algo desviada al mediodía; de suerte que las naos que vienen de España al puerto de la Vera Cruz la dejan a la mano izquierda. Es tierra cálida, aunque sana, por ser seca, que en la superficie no tiene ríos ni lagunas, porque toda el agua de que se sirven es de pozos y son de ríos, que corren por debajo de tierra. Los hombres mueren de pura vejez porque no hay las enfermedades que en otras tierras; y si hay malos humores el calor los consume; y así, dicen, que no son menester allí médicos.

Acerca de la fundación de aquella provincia en lo espiritual, y de la introducción de el santo evangelio en ella, es de saber que el primero que llegó allí a dar noticia de nuestra fe y predicar a los indios fue el padre fray Jacobo de Testera, en el año de 1534, con otros cuatro religiosos de su misma orden, siendo actualmente custodio de esta de el Santo Evangelio, antes que se erigiese en provincia; porque este padre, como hombre de singular espíritu y ferventísimo celo de la salud de las almas, no se contentó con procurar la doctrina y enseñamiento de los que tenía a su cargo, en lo que era el reino de Mexico y sus comarcas, sino que quisiera convertir y atraer al conocimiento de su criador, no sólo a todos los indios, mas aun a todas las gentes del mundo. Y con este deseo no dejó pedazo de tierra, de lo que entonces por acá estaba descubierto, que no anduviese; y así fue a Mechoacan y a lo de Guatemala, según lo

certificó y afirmó un indio, criado suyo, que llevó consigo a España, cuando este apostólico varón fue al capítulo general de Mantua.

Fue, pues, el padre fray Jacobo de Testera a Yucatán y para entrar en la provincia envió delante ciertos indios mexicanos para que les certificaran cómo su ida era pacífica, a sólo darles noticia del verdadero Dios, sin más interés que la salud de sus almas, y pidiéndoles beneplácito para entrar en su tierra. Tuvieron los indios sus consultas y habida información bastante de que aquella gente religiosa no hacía agravios, sino que los reprehendían, en los que (como malos cristianos) los cometían, acordaron de recibirlos con condición que fuesen solos y no entrasen en su tierra españoles. Asentaron este concierto los religiosos, por consentimiento que llevaban de don Antonio de Mendoza, virrey que era de esta Nueva España. Porque de otra manera no querían los indios, por conocer a los españoles, por haber entrado en aquel reino el año de 26 y haber hecho en sus moradores matanzas y crueldades no pensadas. Hecho concierto de esto, por el tenor dicho, fueron los frailes muy bien recibidos y acariciados de los indios, en los cuales halló mucha disposición y aparejo para imprimir en ellos la palabra de Dios, a quien dieron muchas gracias por las muestras que daba de querer obrar en aquellas sus criaturas sus misericordias. Predicáronles el santo evangelio y diéronles noticia de la santa intención de los reyes de España. Tuvieron los indios mucho gusto de todo esto, quedando muy admirados de que había rey en Castilla; porque nunca tal se les había tratatado en los siete años pasados que habían tenido de guerra.

A cuarenta días que los religiosos predicaron vinieron a ellos los señores de la tierra, entregándoles todos sus ídolos para que los quemasen, con mucho gusto de recibir la doctrina evangélica. Comenzaron a juntar y enseñar a los hijos de los más principales, como se había hecho en lo de Mexico, y con ellos juntamente servían el custodio, y sus compañeros en las cosas de la iglesia; y trabajaban de apartar a los naturales de la tierra de el servició de los ídolos, con lo cual se les iba allegando mucha gente, así al bautismo como a los demás sacramentos. Ofreciéronse a hacer (y comenzaron luego a ponerlo por obra) iglesias y casas para los religiosos. Acudían de otras provincias a rogarles que les fuesen a predicar y dar noticia de aquel gran Dios que decían que estaba en el cielo, y de el gran rey que llamaban de Castilla. Lo que más admira es que más de una docena de señores de muchos vasallos y tierras, por consejo de los frailes, hicieron sus cortes cada uno en su distrito; y consultado el caso y recibidos los votos, se sujetaron de su propria voluntad al señorío de los reyes de Castilla, recibiendo al emperador como a rey de España, por señor supremo y universal, e hicieron ciertas señales como firmas, las cuales, con testimonio de los religiosos franciscos que allí estaban, llevó consigo el buen obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas, amparo y defensa de estos indios, cuando se fue a España.

Los segundos religiosos que llegaron a Yucatán fueron unos que el padre fray Antonio de Ciudad Rodrigo, siendo provincial de esta provincia de el Santo Evangelio, envió en busca de nuevas gentes para predicarles la

ley de Dios y reino de los cielos, como lo refiere el padre fray Toribio Motolinía, compañero suyo, que ambos eran de los doce. Dice, pues, el padre fray Toribio, que el de Ciudad Rodrigo envió el año de 37 cinco frailes a la costa de el Mar de el Norte, y que fueron predicando y enseñando a los naturales por los pueblos de Guazacualco y Tabasco, donde había una poblazón de españoles que se nombra Santa María de la Victoria, y llegaron a Xicalanco; y pasando la costa adelante fueron a Champoton y a Campeche, que los españoles llaman Yucatán, y en este camino, y entre estas gentes, se detuvieron dos años y hallaban en los indios habilidad y disposición para venir a nuestra fe y creencia, porque oían de grado y deprendían la doctrina cristiana (y esto era como la ausencia del padre fray Jacobo los dejó con la leche en los labios), y que estos frailes notaron en aquellos indios dos cosas. La una, que trataban verdad; y otra, que no tomaban cosa ajena, aunque estuviese muchos días caída en la calle. Esto es lo que dice el padre fray Toribio; y, según parece, aquellos cinco religiosos dieron la vuelta a Mexico al cabo de los dos años, porque no llevaron instrucción de quedarse por allá sino de volverse a la presencia de su prelado.

Los terceros que llegaron a Yucatán y comenzaron hacer allí asiento fueron cuatro religiosos que el mismo fray Toribio (de que hicimos mención ahora) envió allá desde Guatemala el año de 42 que pasa así: recién vuelto de el capítulo general de Mantua, por comisario general el padre fray Jacobo de Testera (que es el mismo que siendo custodio entró con cinco compañeros en aquella provincia) envió al sobredicho fray Toribio a Guatemala con doce frailes de los que había traido, que para este efecto había sacado de la provincia de Santiago, que es la de Salamanca; de los cuales el dicho fray Toribio, llegado a Guatemala y proveído todo lo que convenía para aquella tierra, envió desde allí los cuatro dichos a Yucatán, varones bien suficientes para plantar de nuevo lo que se pretendía, cuyos nombres fueron: fray Luis de Villalpando, buen letrado y notable religioso, y el primero que supo la lengua de aquella tierra, y que hizo arte y vocabulario en ella; fray Lorenzo de Bienvenida, que perseveró allí mucho tiempo y trabajó por aquella planta hasta hacer la provincia (como después se dirá); fray Melchior de Benavente, santo religioso, que por serle muy contrario a su salud el calor de aquella tierra, se vino muy en breve a esta de Mexico, adonde santamente perseveró, como se verá en su vida; fray Juan de Herrera, lego, que tuvo allí escuela muchos años y sacó muchos y muy hábiles discípulos, escribanos, lectores, y cantores; y después vino a esta provincia de Mexico y de aquí pasó a la custodia de Zacatecas, llevando de su buen espíritu en estas mudanzas, para alcanzar lo que por acá no pudiera, porque allí lo mataron los chichimecas, como han hecho a otros muchos frailes, según adelante se verá.

Con estos religiosos tuvo asiento la doctrina y predicación de nuestra santa fe en lo de Yucatán. Tras éstos fueron otros que les ayudaron y aprendieron aquella lengua, enseñándosela fray Luis de Villalpando, que por esto y por ser el primero que la supo y predicó, con ejemplo de esencial

religioso, es digno de eterna memoria. También lo es fray Lorenzo de Bienvenida, por lo mucho que trabajó y diversos viajes que hizo, hasta poner a Yucatán en forma y título de provincia. Porque contando sus peregrinaciones, cuanto a lo primero, no teniendo más de dos monasterios y uno en la ciudad de Mérida donde están los españoles, y otro en Campeche, vino a Mexico cerca de los años de 1550 y alcanzó de el padre fray Francisco de Bustamante, que a la sazón era comisario general de todas las Indias, que aquellas dos casas, por estar tan remotas, se hiciesen custodia por sí y fuese sujeta a esta provincia de Mexico. Después, teniendo algunas más casas fue al capítulo general de Aquila, en Italia, que se celebró año de 1559, y allí negoció que de aquella custodia de Yucatán y de la de Guatemala se hiciese una provincia, concertando que los capítulos se celebrasen a veces, y los provinciales también se eligiesen una vez de una parte y otra vez de otra; y cuando el provincial fuese de Yucatán, el guardián de Guatemala fuese vicario provincial de toda aquella parte, por estar lejos lo uno de lo otro; y cuando el provincial fuese de Guatemala, el guardián de Mérida fuese en Yucatán vicario provincial. Mas según la solicitud de fray Lorenzo no pudieron durar mucho estos conchavos, porque también fue al capítulo general de Valladolid y allí negoció que lo de Yucatán y lo de Guatemala, cada una de las partes, fuese provincia por sí y a la de Yucatán la intituló de San Joseph.

Tiene al presente esta provincia treinta y dos conventos, y no hay en todo aquel obispado otros religiosos, sino de San Francisco y de los obispos que hasta estos tiempos ha tenido los cuatro han sido frailes franciscos. De los que más trabajaron en aquella fundación y ministerio primero fue uno el padre fray Francisco de la Torre, de la provincia de Santiago, por ser muy buen religioso y lengua de aquellas gentes, y aunque fue algunas veces custodio y provincial, siempre se mostró a todos muy humilde, por lo cual era de todos, así españoles como indios, muy amado y respetado. Fray Diego de Landa, de la provincia de Castilla, fue también muy prima lengua de aquella nación y grande obrero en ella, por espacio de muchos años. Tuvo grandes contradiciones y persecuciones de españoles, porque les reprehendía ásperamente las tiranías que usaban con los indios, y aun de los mismos indios, porque halló ritos de idolatría, aun después de cristianos y los hizo castigar con algún rigor. Fue sobre esto a España y volvió por obispo de aquel reino, como se verá en su vida. Está muy concertada aquella provincia, así en lo que toca a religión de los frailes, como en la doctrina y aprovechamiento de los indios; y débelo de causar ser sola una la lengua de ellos, y ser de una sola orden los ministros; y lo principal no morar españoles en los pueblos de los indios.

CAPÍTULO XIV. *De la fundación de la provincia de Guatemala, y de algunos varones santos que en ella florecieron*

A PROVINCIA DE GUATEMALA CAE DOSCIENTAS y cincuenta leguas de Mexico, entre el oriente y mediodía. Es mucha tierra y doblada, aunque de poca gente; pero ella en sí muy templada, fértil y abundante de mantenimientos. Hubo en esta provincia primero religiosos de el glorioso patriarca Santo Domingo que de los de San Francisco; porque el año de 1538, siendo provincial en esta de Mexico, el padre fray Pedro Delgado, eligió algunos de sus religiosos que fuesen a fundarla, los cuales se llamaban fray Pedro de Angulo, que después fue obispo de la Vera Paz; fray Juan de Torres y fray Matías de Paz. Estos benditos religiosos fundaron la provincia de Guatemala, aunque su principal nombre es de Chiapa. Estuvo algunos años incorporada con esta de Mexico, pero dividióse de ella el año de 1551, en el capítulo que tuvieron en Salamanca, siendo general el padre fray Francisco Romeo; estos ministros, con otros que después fueron viniendo, administraron a los indios con grande ejemplo de santidad.

Luego el año siguiente, que fue de 39, salieron de la provincia de Santiago seis religiosos franciscos (según parece) pedidos por el primer obispo de Guatemala, don Francisco Marroquín, y a su costa los trajo a esta Nueva España y provincia de Mexico, y fueron éstos, fray Alonso de Casaseca, que el reverendísimo Gonzaga llama Eras, que fue prelado de los otros; fray Diego Ordóñez, fray Gonzalo Méndez, fray Francisco de Bustillo, fray Diego de Alva, sacerdotes, y fray Francisco de Valderas, lego. Partiéndose de aquí para Guatemala enfermó el prelado fray Alonso de Casaseca y murió en Tepeaca, donde está enterrado. Llegaron los cinco a la ciudad de Guatemala y fueron recibidos con mucha alegría, caridad y honra, así de los españoles como de los indios que ya tenían noticia de los frailes de San Francisco, y en gran manera deseaban gozar de su doctrina. Y luego, con particulares limosnas que se les hicieron, se compró un solar y sitio donde se edificase el monasterio.

Puestos en Guatemala estos cinco religiosos en lo que más cuidado pusieron fue en aprender alguna lengua de los indios; como eran compañeros y la gente mucha, con acuerdo de el mismo obispo y de la Real Audiencia, enviaron a España por frailes al lego fray Francisco de Valderas, hombre de toda confianza y muy diligente y, como tal, llegó con mucha brevedad a España y negoció que le diesen de la misma provincia de Santiago doce frailes; los cuales le dieron muy religiosos y doctos y los trajo por el mismo camino que él y sus compañeros primero habían venido. Desembarcaron en el puerto de San Juan de Ulúa, que es de esta provincia de Mexico, y por llevarlos de priesa a Guatemala, como el camino de aquí para allá es largo y trabajoso, y ellos venían fatigados de la mar, los más de ellos murieron; y así fue poca la ayuda que llevó el hermano lego.

No se podía acudir, por aquel tiempo, de esta provincia de el Santo Evangelio a todas partes; porque como eran tantas las gentes de su doctrina por muchos que los ministros fuesen no eran suficientes, ni bastantes a satisfacer; mayormente que aquellos años no eran muchos y estaban aguardando de Castilla socorro, por esta causa no le daban al reino de Guatemala. Pero fue la majestad de Dios servida, que cuando los unos y los otros estaban en su mayor angustia y trabajo, sintiendo la mucha necesidad de ministros coadjutores que tenían, vino el padre fray Jacobo de Testera del capítulo general de Mantua y trajo la comisión de estas Indias, y ciento y cincuenta frailes (que son los que dejamos dicho haberse solicitado por la majestad real del emperador don Carlos V de gloriosa memoria); y cuando llegó a esta provincia del Santo Evangelio envió con su comisión al padre fray Toribio Motolinía a la dicha provincia de Guatemala, con doce compañeros todos de la provincia de Santiago, como queda dicho.

Entre los religiosos que llevó el padre fray Toribio, fue uno fray Pedro de Betanzos, que en aquellos principios supo mejor la lengua de los indios que otros (que es muy bárbara y dificultosa) y en ella compuso arte y vocabulario, y después fray Francisco de la Parra la perficionó, añadiendo cuatro o cinco letras o, por mejor decir, caracteres, para mejor pronunciarla; porque no bastaban las de nuestro A.B.C. Dejó el padre fray Toribio aquellos religiosos en aquella provincia, y él se fue a otras tierras más adelante (como en su vida se dirá), y después de haber andado mucha parte de la tierra se volvió a esta provincia de Mexico y de allí a poco tiempo, después de su vuelta, comenzó a desmedrar aquella nueva planta y estuvo en términos de perderse por trabajos que hubo; mas remediólo Dios porque vino a esta sazón por comisario general el padre fray Francisco de Bustamante; y ayudado de el santo celo del buen obispo don Francisco Marroquín, varón apostólico y gran devoto de nuestra religión franciscana, se pusieron las cosas en buen punto; porque el dicho padre comisario, acompañando a don Antonio de Mendoza, su íntimo devoto y amigo, virrey de esta Nueva España, yéndose a embarcar para el Perú, donde iba proveído por virrey el año de 1551, pasó a la dicha provincia y llegado a Guatemala tuvo capítulo a los frailes y les dio título de custodia, de el nombre de Jesús; porque hasta allí no se regían sino por un comisario que ellos entre sí elegían o lo señalaba el prelado superior. Después, en el capítulo general de Aquila, año de 1559, por negociación de fray Lorenzo de Bienvenida (como queda dicho) de aquella custodia y de la de Yucatán, se hizo una provincia. Y últimamente, en el capítulo general de Valladolid, año de 65, ambas a dos custodias se hicieron provincias.

Tiene al presente esta de Guatemala veinte y ocho conventos y monasterios de nuestra orden, muchos de ellos bien pobres y de poca gente. Los padres dominicos tienen catorce conventos, sin los pueblos de visita, donde tienen casas mejores que las de nuestros monasterios. Demás de esto tienen buenos conventos en lo de Chiapa, que es de donde se denomina la provincia, y en la Vera Paz, que es todo una provincia. Los padres de la Merced tienen seis partidos, y los padres clérigos veinte y dos, todos en tierra

caliente, y rica, a causa del cacao que allí se hace, que (como en otra parte decimos) es fruta a manera de almendra y es moneda que corre por todos estos reinos.

La ciudad principal y cabeza del reino donde está la catedral y reside la Real Audiencia (llamada de los confines) se nombra también Guatemala, tomando el nombre universal de la provincia, aunque los españoles, cuando la comenzaron a poblar, la intitularon Santiago, tomando por su patrón a este bienaventurado apóstol.

Entre los religosos que en aquella provincia florecieron se pueden, con razón, contar los muy doctos y observadores padres fray Antonio Quixada y fray Diego Ordóñez, de la provincia de Santiago, aunque no acabaron en Guatemala sus días, sino el último en la custodia de Zacatecas; y el primero en el convento de Mexico, cuya vida se dirá adelante.

En el convento de Guatemala está enterrado fray Francisco de el Colmenar, que trabajó y perseveró allí muchos años, ayudando siempre a españoles e indios, con fama y opinión de santo. Fray Gonzalo Méndez fue perfectísimo varón y gran ministro de aquella tierra, que fue de los primeros que vinieron de la provincia de Santiago para aquella provincia, donde perseveró y acabó; cuya vida se escribe con los demás ministros evangélicos de esta universal conversión.

CAPÍTULO XV. *De la fundación de la provincia de Nicaragua, y de su aumento y estado*

A PROVINCIA DE NICARAGUA LE CAE A LA de Guatemala al oriente, hacia los reinos de el Perú, aunque entra en el número de las que se cuentan por de esta Nueva España, que contiene también a Costa Rica. Tuvo su principio de que el año de 1550 fue de Guatemala, a lo que llaman Costa Rica, fray Pedro de Betanzos, de la provincia de Santiago, a quien Dios comunicó gracia de lenguas; y habiendo trabajado mucho con los de Guatemala, cuya lengua supo escogidamente, como arriba queda dicho, quiso emplearse otra temporada con los de Costa Rica que estaban todavía infieles. Y acompañándole otros dos religiosos que habían venido de España con el licenciado Cavallón, hicieron mucho fruto en la conversión de aquellas gentes.

A este tiempo, fray Lorenzo de Bienvenida, que a la sazón estaba en Yucatán, fue a Guatemala; y sabiendo que fray Pedro de Betanzos había desamparado aquella custodia, e idose a lo de Costa Rica, fue en su demanda con intento de hacerle volver a Guatemala; mas acaecióle al revés, porque pudieron más las persuasiones de fray Pedro para hacerle quedar en su compañía que las suyas para moverle de su intento. Y desde poco tiempo se les juntó otro compañero, llamado fray Juan Pizarro, de la provincia de San Miguel, que habiendo estado algunos años en Yucatán, por

caliente, y rica, a causa del cacao que allí se hace, que (como en otra parte decimos) es fruta a manera de almendra y es moneda que corre por todos estos reinos.

La ciudad principal y cabeza del reino donde está la catedral y reside la Real Audiencia (llamada de los confines) se nombra también Guatemala, tomando el nombre universal de la provincia, aunque los españoles, cuando la comenzaron a poblar, la intitularon Santiago, tomando por su patrón a este bienaventurado apóstol.

Entre los religosos que en aquella provincia florecieron se pueden, con razón, contar los muy doctos y observadores padres fray Antonio Quixada y fray Diego Ordóñez, de la provincia de Santiago, aunque no acabaron en Guatemala sus días, sino el último en la custodia de Zacatecas; y el primero en el convento de Mexico, cuya vida se dirá adelante.

En el convento de Guatemala está enterrado fray Francisco de el Colmenar, que trabajó y perseveró allí muchos años, ayudando siempre a españoles e indios, con fama y opinión de santo. Fray Gonzalo Méndez fue perfectísimo varón y gran ministro de aquella tierra, que fue de los primeros que vinieron de la provincia de Santiago para aquella provincia, donde perseveró y acabó; cuya vida se escribe con los demás ministros evangélicos de esta universal conversión.

CAPÍTULO XV. *De la fundación de la provincia de Nicaragua, y de su aumento y estado*

A PROVINCIA DE NICARAGUA LE CAE A LA de Guatemala al oriente, hacia los reinos de el Perú, aunque entra en el número de las que se cuentan por de esta Nueva España, que contiene también a Costa Rica. Tuvo su principio de que el año de 1550 fue de Guatemala, a lo que llaman Costa Rica, fray Pedro de Betanzos, de la provincia de Santiago, a quien Dios comunicó gracia de lenguas; y habiendo trabajado mucho con los de Guatemala, cuya lengua supo escogidamente, como arriba queda dicho, quiso emplearse otra temporada con los de Costa Rica que estaban todavía infieles. Y acompañándole otros dos religiosos que habían venido de España con el licenciado Cavallón, hicieron mucho fruto en la conversión de aquellas gentes.

A este tiempo, fray Lorenzo de Bienvenida, que a la sazón estaba en Yucatán, fue a Guatemala; y sabiendo que fray Pedro de Betanzos había desamparado aquella custodia, e idose a lo de Costa Rica, fue en su demanda con intento de hacerle volver a Guatemala; mas acaecióle al revés, porque pudieron más las persuasiones de fray Pedro para hacerle quedar en su compañía que las suyas para moverle de su intento. Y desde poco tiempo se les juntó otro compañero, llamado fray Juan Pizarro, de la provincia de San Miguel, que habiendo estado algunos años en Yucatán, por

ciertas mohínas que tuvo con el gobernador, se fue en seguimiento de fray Lorenzo, que era el que más había sustentado aquello de Yucatán.

Estando pues estos cinco religiosos ocupados en aquella obra, pareciéndole a fray Lorenzo de Bienvenida que para lo mucho que allí había que desmontar eran pocos los obreros, embarcóse para España, donde recogidos treinta frailes volvió con ellos a Costa Rica, que es del obispado de Nicaragua, para donde fue luego proveído por obispo el padre fray Antonio de Zaías, de la misma orden franciscana, de la provincia del Andalucía. Y el mismo obispo procuró otros treinta frailes de la misma provincia y por su comisario fray Pedro Ortiz, y alcanzó del padre fray Francisco de Guzmán, que a la sazón era comisario general de Indias en Corte, que de los frailes que llevaba fray Pedro Ortiz en su compañía, y de los que estaban en Costa Rica, se hiciese una provincia, que se intitulase de San Jorge. El comisario lo concedió, por entonces, que era el año de 65. Mas porque no bastaba esta erección de prelado particular, sin la autoridad del capítulo general, después, en el que se celebró en París, año de 1579, se confirmó en provincia de San Jorge, con número de diez y siete conventos.

CAPÍTULO XVI. *De la fundación de la provincia de Zacatecas, y de los varones que florecieron en ella*

ZACATECAS ES UNA TIERRA DE MINAS, que le cae a esta ciudad de Mexico, a la parte del norte. Antes que la fe entrara en estos reinos no eran tierras habitadas de los indios, o ya por ser muy frías y usar ellos de poca ropa, o ya por ser demasiadamente secas y de pocas aguas. Verdad es que aunque no había pueblos formados de gente puesta en forma de república y policía, habíalos derramados y sin concierto por parcialidades y rancherías (como en otra parte decimos)[1] de los que llaman chichimecas; pero después que comenzó a crecer el número de los españoles y querer más plata que ciudades, dieron en catar las entrañas de aquellas tierras, y hallando los metales que deseaban comenzaron a fundar sus congregaciones y pueblos. De los primeros que hubo por allá fue la que ahora se llama la ciudad de Zacatecas. Y como el número de españoles era mucho y no bastasen los pocos clérigos que había para su administración, fundaron luego frailes de San Francisco en aquella ciudad.

Otra hay más adelante, en la villa que llaman Nombre de Dios, la cual fundaron fray Pedro de Espinareda, sacerdote, y fray Cintos de San Francisco, lego, que primero había sido conquistado y le había cabido en encomienda el pueblo y provincia de Hueytlalpan. Cuando estos dos benditos religiosos se vieron en el puesto de el pueblo de Nombre de Dios, que era la cosa que más deseaban, por verse entre infieles, a los cuales buscaban para convertirlos, postráronse en tierra y besándola dijeron: Ésta es nues-

[1] Supra tomo I. lib. 5. cap. 22 et cap. 35.

ciertas mohínas que tuvo con el gobernador, se fue en seguimiento de fray Lorenzo, que era el que más había sustentado aquello de Yucatán.

Estando pues estos cinco religiosos ocupados en aquella obra, pareciéndole a fray Lorenzo de Bienvenida que para lo mucho que allí había que desmontar eran pocos los obreros, embarcóse para España, donde recogidos treinta frailes volvió con ellos a Costa Rica, que es del obispado de Nicaragua, para donde fue luego proveído por obispo el padre fray Antonio de Zaías, de la misma orden franciscana, de la provincia del Andalucía. Y el mismo obispo procuró otros treinta frailes de la misma provincia y por su comisario fray Pedro Ortiz, y alcanzó del padre fray Francisco de Guzmán, que a la sazón era comisario general de Indias en Corte, que de los frailes que llevaba fray Pedro Ortiz en su compañía, y de los que estaban en Costa Rica, se hiciese una provincia, que se intitulase de San Jorge. El comisario lo concedió, por entonces, que era el año de 65. Mas porque no bastaba esta erección de prelado particular, sin la autoridad del capítulo general, después, en el que se celebró en París, año de 1579, se confirmó en provincia de San Jorge, con número de diez y siete conventos.

CAPÍTULO XVI. *De la fundación de la provincia de Zacatecas, y de los varones que florecieron en ella*

ZACATECAS ES UNA TIERRA DE MINAS, que le cae a esta ciudad de Mexico, a la parte del norte. Antes que la fe entrara en estos reinos no eran tierras habitadas de los indios, o ya por ser muy frías y usar ellos de poca ropa, o ya por ser demasiadamente secas y de pocas aguas. Verdad es que aunque no había pueblos formados de gente puesta en forma de república y policía, habíalos derramados y sin concierto por parcialidades y rancherías (como en otra parte decimos)[1] de los que llaman chichimecas; pero después que comenzó a crecer el número de los españoles y querer más plata que ciudades, dieron en catar las entrañas de aquellas tierras, y hallando los metales que deseaban comenzaron a fundar sus congregaciones y pueblos. De los primeros que hubo por allá fue la que ahora se llama la ciudad de Zacatecas. Y como el número de españoles era mucho y no bastasen los pocos clérigos que había para su administración, fundaron luego frailes de San Francisco en aquella ciudad.

Otra hay más adelante, en la villa que llaman Nombre de Dios, la cual fundaron fray Pedro de Espinareda, sacerdote, y fray Cintos de San Francisco, lego, que primero había sido conquistado y le había cabido en encomienda el pueblo y provincia de Hueytlalpan. Cuando estos dos benditos religiosos se vieron en el puesto de el pueblo de Nombre de Dios, que era la cosa que más deseaban, por verse entre infieles, a los cuales buscaban para convertirlos, postráronse en tierra y besándola dijeron: Ésta es nues-

[1] Supra tomo I. lib. 5. cap. 22 et cap. 35.

tra madre y aquí hemos de morir por Jesucristo, convirtiendo a su fe estos enemigos de ella. Y bien se vio el celo santo de estos apostólicos varones, y la fuerza de espíritu con que Dios los llevaba; pues dicen con David:[2] Éste es nuestro descanso, aquí haremos nuestra morada por haberla escogido para ella, no perdonando trabajos, ni huyendo peligros, ni deseando más que morir por Cristo y buscando gentes a quien dar noticia de su santísimo nombre, diciendo: Comencemos esta obra en el nombre de Dios, se le quedó al lugar este santo nombre; el cual, haciéndose villa después, conservó este nombre. Esta casa, que primero se tomó por la provincia del Santo Evangelio, con la de Zacatecas que era de la de Xalisco, se tomaron después, para la fundación de la nueva custodia; la cual se erigió con otras casas que fundaron en algunos otros parajes y reales de minas que por todas llegaron a número de siete. Y quedó sujeta a esta provincia del Santo Evangelio de la cual era proveída de frailes en el número y cantidad y según el ministerio que los había menester. Y por no tener en sus principios el número de religiosos necesario para poder votar en la elección de custodio, era nombrado por el provincial y difinidores de esta provincia en los capítulos provinciales que se celebraban. Después crecieron en número las casas y los religiosos y quedóles a ellos la elección; pero siempre con el reconocimiento al ministro provincial de esta provincia.

Fundóse después casa en el Saltillo, y fundóla el padre fray Lorenzo de Gavira, natural de Extremadura; pero dejóse después por muchos años y pasó este religioso a Topia, muchas leguas adelante, donde fundó otra en el pueblo de los indios, que hasta hoy permanece. Y gobernando la primera vez (de dos que ha sido virrey) don Luis de Velasco, el segundo, esta Nueva España, se hizo la pacificación de los indios chichimecas, como en el discurso de su gobierno se verá. Y para esta pacificación sacó de la provincia de Tlaxcalla cuatrocientos indios casados, los cuales envió a aquellas tierras y los repartió y puso en sitios convenientes, donde se hicieron congregaciones y juntas de estos chichimecas; siendo la primera en las minas ricas de San Luis, que llaman de Potosí, donde quedaron algunos de estos indios poblados, cuya poblazón se llama Tlaxcalilla. Y en Mizquitic, tres leguas adelante, otros; y otros en el agua, que dicen de el Venado, doce leguas adelante de Mizquitic y tres antes de las Charcas. Todas estas poblazones a la parte de el norte de esta ciudad de Mexico, de sesenta a ochenta leguas de distancia, y en cada una se edificó convento o monasterio de frailes franciscos, que son los que sacaron de Tlaxcalla y llevaron a situar en las dichas poblazones. Todas estas casas e iglesias se hicieron a costa del rey y se gastó en ella mucha hacienda. Otra se hizo en el Saltillo, volviéndolo a poblar como estaba de antes para mayor seguro de aquel paraje y reducir en él a los indios de guerra.

Otra poblazón se hizo en Colotlan, doce o catorce leguas de la ciudad de Zacatecas, al mediodía, yendo a la de Guadalaxara. Otra adelante de la misma ciudad de Zacatecas, treinta y cinco leguas, que se llamó la po-

[2] Psal. 133.

blazón de San Andrés, junto a Chalchihuites. Y todos estos tlaxcaltecas, con los chichimecas que allí se redujeron, son administrados de los mismos frailes franciscos, aunque después pasaron los indios de San Andrés a Chalchihuites, cinco leguas más acá. Esta reducción y retirada se hizo por haber muerto los chichimecas setenta tlaxcaltecas de los que allí estaban, do hirieron a fray Juan de Herrera su ministro, en la iglesia donde se habían hecho fuertes todos para defenderse; comiéronse muchas mujeres los bárbaros y llevároнse otras. Huyéronse luego los bravos, aunque ahora se han reducido al mismo puesto y se administran de los frailes, como antes en San Andrés los mismos frailes los trajeron. Por manera que de aquellas siete primeras casas y estas siete y otras que en otras nuevas tierras y reales de minas se fundaron, llegaron a número suficiente de poderla hacer provincia; y con esto se animaron los padres de aquella custodia de impetrar del pontífice breve y licencia para ello. Y el padre fray Juan Gómez, hijo de aquella provincia, deseoso de ver su madre ensalzada fue a España y trajo letras apostólicas para hacerla provincia; lo cual tuvo efecto en el año de 1604, por el mes de febrero. Para cuya erección y nuevo nombramiento llevó comisión del comisario general el padre fray Pedro de la Cruz, ministro provincial que era entonces de esta provincia del Santo Evangelio, hombre muy calificado, el cual fue a esta división personalmente para allanar y decidir todas las dificultades y cosas arduas que en el caso se ofreciesen, por ser tan docto y hombre maduro y compuesto y muy prudente para vencer cualesquier dificultades. En cuya compañía fui yo, por ser como era en la provincia su secretario y compañero; la cual división se hizo y erigió en provincia, con número de veinte y dos casas y monasterios. Y el primer provincial fue fray Alonso Caro, de la provincia de la Concepción, hermano de fray Diego Caro, comisario general que era a la sazón de esta Nueva España. Y por muerte del dicho comisario hubo de ir a España el dicho provincial, renunciando su oficio al segundo año. Túvose capítulo y fue electo el padre fray Gabriel Arias, hombre docto y muy gran predicador, y tenido en mucha y muy grande reputación de religioso en aquella tierra, hijo de esta provincia del Santo Evangelio. Y acabado su trienio fue electo el padre fray Diego maestro, hijo de la provincia de Burgos.

Llámase esta provincia de San Francisco, como se llamaba antes, siendo custodia y tiene disposición de extenderse en mucho número de casas, por las muchas tierras que en su contorno tiene de gentes chichimecas que aun no están convertidos, donde los padres de esta provincia han hecho y hacen muchas entradas y grande servicio a nuestro Señor y bien a aquellos pobres ciegos, deslumbrados con la carencia que tienen del bautismo.

Entre los religiosos que en esta provincia han florecido ha sido uno el padre fray Diego Ordóñez (de quien en otra parte ya hemos hecho mención), hijo de la provincia de Santiago, hombre venerable en su persona y muy adornado de letras y predicador famoso, arcediano que había sido de la santa iglesia catedral de Salamanca, la cual dignidad se le había dado siendo niño; murió en la dicha provincia siendo custodia y fue custodio en ella,

y está enterrado en el convento e iglesia de Sombrerete; murió de ciento y diez y siete años de edad y de hábito ciento y cuatro. Predicó un mes antes que muriese, aunque se desmayó en la silla donde estaba sentado, a poco rato que había comenzado. Y dígolo porque se vea la continuación de sus trabajos y cuán loablemente y con cuanto juicio dio fin a su decrepitud.

El padre fray Pedro de Heredia, hombre de mucho espíritu y celoso de la conversión de los indios chichimecas y bárbaros de estas tierras, estuvo tres años entre los del río de Piaztla, tierra caliente y trabajosa y de muchos mosquitos. Y aunque le ofendían rigurosamente, y el calor le fatigaba, lo sufría por amor de Dios, teniéndolo todo en poco por ganar en aquellas almas a Cristo crucificado. Su comida era un poco de maíz tostado y otras cosillas de poco regalo y sustancia. Y con ser aquella gente bárbara y fiera, nunca hicieron mal a este religioso, antes le estimaban y querían mucho; y no sólo en esta parte, pero en otras diversas donde estuvo; donde se veía que la mano de Dios obraba en la guarda y defensa de su siervo. Muchas veces le salieron los chichimecas a los caminos y le quisieron matar y le tiraron muchas flechas, y aunque le llegaban las flechas a la ropa, nunca pasaban a la carne y siempre le guardó Dios de estos peligros. Una vez le mataron un indio que iba junto a él; y otra, yendo huyendo de su furia, se le cansó el caballo en que iba y los indios le iban ya dando alcance y era fuerza cogerlo, y viéndose en tan conocido peligro se encomendó a Dios y a su madre y luego vido en aquel campo raso, junto a sí, otro caballo maneatado que se estuvo quedo y en él se salvó, proveyendo Dios a su siervo de remedio donde si así no fuera muriera a manos de aquellos bárbaros. Fue custodio de aquella custodia una vez y comisario de ella algunas y el primero hijo de ella. Trabajó mucho en su aumento y murió en su última vejez y está enterrado en el convento de Guadiana, donde años antes había sido un hermano suyo, factor de el rey y hizo aquel convento y casa.

Fray Diego de la Magdalena, lego de profesión, floreció en esta provincia con olor de mucha santidad. Este bendito religioso era natural de Villa Nueva de Barcarrota, en Extremadura; tomó el hábito en esta provincia de el Santo Evangelio; era de mucha oración y grande recogimiento de su alma, gran ministro y continuo obrero con los indios chichimecas, a los cuales enseñaba las oraciones y doctrina cristiana con mucha frecuencia, y no cesaba días y noches de aprovecharlos en la virtud. Anduvo cerca de un año entre los indios que llaman pataragueyes; y aunque algunas veces quisieron matarle nunca se atrevieron a hacerlo. Estuvo en diversas partes de aquella tierra y después de ya pacífica, asistió en el puesto de Santa María, seis leguas de las minas de San Luis, donde hizo vida muy áspera y penitente en la conservación de aquellos indios chichimecas que allí se habían congregado. Metió en su celdilla el cuerpo de un indio difunto, el cual tuvo consigo por mucho tiempo arrimado a la pared para la consideración de la muerte; y de ordinario traía consigo una calavera. Era celosísimo de la honra de Dios, y deseosísimo que nadie le ofendiese; y así sucedía, que sabiendo que alguno había pecado y perseveraba en su pecado,

se iba a él y le amonestaba paternalmente y procuraba después de inquirir si había puesto la enmienda; y si no la hacía, se indignaba contra él y con lágrimas le reprehendía, doliéndose de la ofensa que a Dios se hacía, como otro David,[3] que decía: Vi, Señor, los prevaricadores de vuestra ley y enflaquecíme y marchitéme, con ver que os quebrantaban la palabra, no guardando vuestra ley. Como quien dice: Tanto me encendía en enojo contra los pecadores obstinados que, como los que derriba la cólera cuando se sube a la cabeza, desmayaba y desflaquecía, no de ánimo cobarde sino de cólera que me derribaba. Porque para el justo, que siempre procura el amor de Dios, no hay mayores lanzadas que ver que todos no le amen; y no hay cosa que tanto le provoque a ira como ver que los hombres no temen la de su final juicio; y por esto este bendito varón, cuando veía que no aprovechaban ruegos ni amonestaciones, ni reprehensiones, lloraba y daba aviso a las justicias para que lo remediasen. En especial perseguía los amancebados y carnales, cuyos pecados suelen ser en una república más públicos que otros y menos castigados. Los últimos años de su vida estuvo en el pueblo de Tlaxcalilla, que está media legua de las minas de San Luis donde tenía cargo de aquellos indios y hospedaba al sacerdote que iba a decir misa los domingos y fiestas. En este lugar hizo cosas de más perfección que antes, aunque siempre las había hecho perfectas y se dispuso con más espíritu para seguir la jornada ordinaria que los hombres hacen de esta vida para esotra, como la candela que cuando está en términos de acabarse luce con más resplandor. Supo el día de su muerte que quiso Dios, por sus buenos servicios, hacerle cierto de el día de su descanso. Y dos antes se vino a las minas y pueblo de San Luis, y como conocido en él y que todos lo tenían por padre, andúvose despidiendo de ellos. Preguntábanle ¿qué a dónde iba? A lo cual respondía: Que a hacer una muy larga jornada. Llegó al convento y el guardián le preguntó lo que los demás, ¿qué a dónde iba? A lo cual, el santo de Dios, le respondió: Hijo mío, véngome ya a morir, que es llegado el tiempo de mi partida. Replicóle el guardián: Que por ventura no sería tan presto, sino que Dios le guardaría; y él respondió: Presto se verá. Pidió los sacramentos y diéronselos todos, con achaque de quebrado, y a dos días pasados dio su ánima a su criador, de vejez, que llegó a tener mucha. Murió de más de cincuenta años de hábito y religión, habiendo gastado en aquella tierra de Zacatecas más de los treinta y cinco o cuarenta. Hízosele un muy solemne entierro y concurrieron a él todos los indios de su pueblo y españoles de las minas, confesándolo todos por santo. Dícese de este santo varón que huían de él los amancebados porque los reprehendía ásperamente y reverenciaban su palabra. Vivió noventa y cinco años; y cuatro después de su muerte estaba su cuerpo entero.

También floreció en esta provincia su primer fundador, fray Pedro de Espinareda, de la provincia de Santiago. Era deseosísimo de la conversión de los infieles y alegrábase mucho cuando veía que iban frailes de esta pro-

[3] Psal. 118.

vincia de el Santo Evangelio, o de algunas otras partes a aquélla, a la enseñanza y doctrina de los indios; que como apostólico varón apetecía mucho el conocimiento de el santísimo nombre de Jesús. Fue muy gran lengua de los chichimecas; y después de haber trabajado con ellos muchos años, por diversas partes de aquellas larguísimas tierras murió en el Señor, habiendo sido el primero custodio de aquella custodia. Está enterrado su cuerpo en el convento de Zacatecas.

El padre fray Francisco Loranza fue grandísimo siervo de Dios y supo muy bien lengua mexicana; era de la provincia de Castilla; hizo grande fruto en aquellas tierras y convirtió muchos a la fe de Jesucristo, por cuyo amor trabajó muchos años en ellas con grande fidelidad de siervo de Dios; al cual le dirían en su muerte (que fue siendo muy viejo) porque fuiste siervo fiel, en el ministerio,[4] que te cupo de ministro evangélico, en el tiempo de su vida, ahora te haré mayorazgo de los gozos eternos; que quien sirve bien en lo poco, dando toda su voluntad en ello, merece que le den posesión en lo mucho que espera. Y pues los trabajos de la tierra, como dice San Pablo, respecto de los bienes de el cielo no son nada, y en ellos fue aprobada su constancia, recibe ahora en la gloria el bien infinito que esperas. Está enterrado en el convento de Chalchuites. Fue hombre de mucha y muy continua oración.

También el padre fray Martín de Veleña dio muestras de varón perfecto, que aunque fue casado en su mocedad, muerta la mujer y sabiendo la inquietud de el estado, de quien dice San Pablo,[5] es muy propio andar cuidadosos de cómo conservarán su vida y cómo agradará el marido a la mujer, satisfaciendo con las cosas de el mundo, se acogió a la casa de Dios, donde dice David que vale más un día que cien mil entre las vagueaciones de los hombres; y en ella, como tortolica sola, libre de la comunicación de la compañera, arrullarse en el árbol de la cruz, haciendo nido para su descanso en las cinco llagas de Jesucristo, por cuyos rasgos entraba y salía con lágrimas y suspiros; paseando el huerto florido que la esposa dice de su santísima pasión. Y como hombre que sabía bien el desasosiego que había dejado, aprovechábase de la quietud de espíritu en la soledad que es donde dice Dios que lleva a los que quiere y ama. Era muy pobre de las cosas temporales; la cual pobreza le nacía de su espíritu, pues pudiendo tener algo en el siglo todo lo dejó, como otro San Pedro, y la amó en la religión. Un hábito y sombrero (caso extraño) lo conservó tiempo de treinta años. De donde se infiere cuánto era el menosprecio de sí mismo, pues hábito de treinta años no lo tenía por viejo. Muchas veces le quisieron matar los chichimecas, con quien trataba y doctrinaba; pero siempre le guardó Dios de sus manos para mayores obras y servicios. Las hambres que pasó no es necesario decirlas; pues entre chichimecas son muchas, pues ellos no saben comer sino tunas y raíces. Porque aunque hay codornices y otras aves en aquellos campos, no saben cazarlas para sí, ni para dar a otros.

[4] Math. 24, 46.
[5] 1 Ad Cor. 7.

Murió en paz, como hombre santo y está enterrado en el convento de Zacatecas.

Fray Cintos, de San Francisco, fundador de la casa de Nombre de Dios y de los primeros evangelizadores de aquellas gentes chichimecas, aunque lego (como hemos dicho) fue varón apostólico; trabajó en doctrinar aquellos bárbaros algunos años, yendo en los últimos de su vejez a ella, con deseos grandes de aprovechar a sus prójimos para más merecer en su cansada edad la corona, que dice San Pablo,[6] que no se da sino a los que legítimamente han trabajado. Y aunque viejo en los años, muy renovado en el espíritu, como el águila que dice David,[7] y tan animado en reducir aquellos infieles al conocimiento de Dios, como otro Jacob que estando a la muerte le dijeron que entraba a verle su hijo Joseph;[8] y de la edad cansada sacó el amor las fuerzas que no tenía para levantarse; que quien a Dios ama, ni siente trabajos ni vejez, porque el amor de Dios todo lo facilita. Y así, este santo lego, cuando había de descansar no sólo del trabajo de las guerras pasadas, cuando ayudando al marqués del Valle, fue uno de los conquistadores de estos reinos, sino también de los pasados en la religión, después de fraile adonde sirvió en el estado humilde de lego, en los oficios que son de él, ayudando a los sacerdotes en todo lo que pudo a la conversión. Entonces, remozado en el espíritu, dice lo que la esposa: Levantarme he y iré a buscar al que ama mi ánima. El cual halló en aquellas tierras chichimecas, en la conversión y enseñanza de aquellos idólatras y gentiles. Y porque iba con estos deseos, luego al primer lance que se le ofreció, haciendo principio en su determinación, dijo: En el Nombre de Dios, y este se le quedó a aquel pueblo por nombre. Fue enterrado su cuerpo en el convento de esta dicha villa de Nombre de Dios, y su sepulcro es muy venerado, el cual está señalado con un marco que le tienen puesto para conocerle. Ha quedado entre los indios mucha memoria de él; el cual, mientras el compañero se ocupaba en las cosas de el ministerio de los sacramentos, el santo lego enseñaba a los indios las oraciones y a cantarlas en canto llano y devoto, y juntamente el *Pange lingua*, para que alabasen a Dios con este himno. Y hacía que de noche cantasen la doctrina, porque con el silencio de ella fuese Dios más dignamente alabado y los indios se acostasen con algún jugo de devoción. Y fue tal la costumbre que les quedó a todos los de aquella tierra, que aun después de muerto, muchos años no la tenían olvidada. A mí me contó un religioso de mucha fe que los indios chichimecas, de el Peñol Blanco, estando alzados y de guerra, se juntaban de noche en su iglesia y allí cantaban las oraciones y el *Pange lingua*, como el santo lego se lo había enseñado, no teniendo ningún ministro entre ellos; aunque después acá los han reducido a la paz y están a la doctrina de los frailes de San Francisco y tienen convento en San Juan de el Río y están muy sujetos y pacíficos.

[6] 2. Ad Tim. 3.
[7] Psal. 102.
[8] Genes. 48.

CAPÍTULO XVIII. *De algunas cosas sucedidas en el discurso de la fundación de esta provincia de Zacatecas*

I POR EXTENSO QUISIÉRAMOS CONTAR TODAS LAS COSAS sucedidas en las tierras de Zacatecas, y otros infieles que más acá y más adelante hay, sería hacer un libro muy cumplido y salir de el intento que llevo, que es dar breve noticia de su fundación y aumento, y por esto digo en suma que es la tierra donde más han padecido los ministros evangélicos y donde más sangre suya se ha derramado de cuantas hay en esta Nueva España; porque aquí han padecido trabajos con mucho riesgo de las personas, y muchas veces sin ningún fruto de sus buenos intentos. Aquí han sido muchos heridos, otros muertos y muchos más corridos y maltratados; cumpliéndose en ellos lo que dice el Apóstol a los hebreos de muchos que han padecido por Cristo y su ley, que fueron escarnecidos, azotados, encarcelados, apedreados, aserrados, asaeteados y pasados a punta de hierro. De estos que han muerto a manos de estos bárbaros infieles se hace libro aparte. Y así no diré aquí sino casos particulares que han sucedido en orden de su conversión.

En este año de 1609 están congregados en una poblazón, veinte leguas adelante de Santa Bárbara (que son doscientas y veinte de esta ciudad), más de cuatro mil indios de nación conchos. Estas gentes corren muchas leguas y son de condición dóciles. Congrególos un religioso de San Francisco, muy gran siervo de Dios, muy pobre y humilde, llamado fray Alonso de la Oliva, que desde que se ordenó de sacerdote se metió entre estas gentes bárbaras chichimecas y ha sufrido los trabajos de su conversión; y tiene esta cantidad dicha recogida en aquel sitio. Hale costado mucho trabajo tenerlos en aquella sazón.

En Guazamota, que es veinte leguas de San Francisco de el Mezquital, están dos frailes franciscos que tienen de paz y reducidos a doctrina los indios de aquella parte, y cada día están a riesgo de perder la vida; mas como perderla por Dios es ganarla, no temen que los bárbaros se la quiten, antes con ánimos de varones esforzados, tocan al arma contra Satanás, príncipe de las tinieblas, sin recelo de que mueva a algunos de estos sus ministros gentiles para matarlos. Éstos, en otros tiempos, mataron a fray Juan Cerrado, por sólo que les administraba doctrina, y predicaba. Pero aunque hay algunos ingratos a Dios y rebeldes a sus ministros, hay otros que los aman y oyen su palabra.

En confirmación de esto contaré un caso que sucedió. En estas partes de Guazamota hubo fama de haber muy ricas minas; y como hay hombres que gastan su vida buscándolas, hubo uno llamado Juan González que lo deseó; pero no se atrevía a hacer la entrada con recelo de que no le matasen los chichimecas. Pero como el interés abre camino donde muchas veces al ingenio de el hombre le falta, pensó de vestirse un hábito de San Francisco, porque sabía que viéndole los indios en aquel hábito y persuadiéndose a

que era fraile le dejarían andar las sierras y correría los lugares que buscaba. Hízolo así y vestido con el hábito (y al parecer hecho fraile de San Francisco) entró la tierra adentro. El demonio, que habla con los indios (como con cosa suya) luego les declaró el fraude. Pero como el hombre simple no lo sabía, creyendo que su hecho era oculto seguía su intento y comenzó a buscar minas y en ninguna parte las hallaba.

Viniéronse a él los indios y sin hacerse mal le dijeron: ¿Tú piensas que nosotros no sabemos que no eres fraile (como lo representas) sino hombre común como los otros que no son frailes? Pues sábete que ya te conocemos, pero no te haremos mal ninguno guardando respeto al hábito que traes, que es santo y de hombres santos. No temas y busca a lo que vienes y vete. Y tras esto que le dijeron fueron todos, unos tras otros a besarle el hábito y lo regalaron y sirvieron y tuvieron en mucha reverencia por la que tenían al hábito. Si éste no es caso admirable, díganlo los que lo han oído, que yo alabo a Dios en él, que por ser de su siervo San Francisco guardó al que lo llevaba vestido y se había fiado de su amparo y sombra. Y lo que más encarece este caso es que no sólo lo regalaban al tiempo que anduvo por aquellas sierras, sino que movidos algunos, algunas veces para matarle, los refrenaba mucho verle en el hábito.

Enseñábales a los indios la doctrina y ellos la oían de buena gana y le pedían que los industriase en las cosas de la fe, y así lo hizo el tiempo que estuvo entre ellos. Y cuando salió dio noticia de lo pasado; y viendo los prelados de aquella provincia la devoción de los indios, enviaron dos religiosos que asistiesen a su conversión, que son los que decimos que están hoy entre ellos.

El padre fray Juan Gómez, que al presente vive (y por esto no decimos muchas alabanzas que pudiéramos de él), ha trabajado mucho en aquella provincia y ha padecido entre estos chichimecas, como otros ministros celosos de el bien de estos indios. Y yendo una vez a predicar al Mazapil y al Saltillo, en el camino que hay de la una parte a la otra, cayó en manos de chichimecas, y lo llevaron y tuvieron consigo metido en una cueva a él y a un indezuelo que iba en su compañía. Dioles de lo que llevaba para comer (porque es toda tierra despoblada), estuvo tres días con ellos sin que le hiciesen mal. Al cabo de los cuales le preguntaron ¿qué quería hacer? Él respondió que lo que ellos quisiesen. Y con esta respuesta se hablaron entre sí y le soltaron y dejaron ir su camino. En el tiempo que tuvieron a los dos en su ranchería preguntaban al muchacho si era bueno o malo el fraile, y qué condición tenía; todo esto a fin de matarlo si no fuera a gusto la respuesta. Pero el muchacho dijo que era de la gente que los quería mucho y los regalaba y andaba entre ellos (que por ventura éstos no habían visto otro fraile) y con esto que les dijo se quietaron, y les dieron libertad a entrambos, como hemos dicho. Y los fueron acompañando cuatro leguas hasta el camino.

En los Cedros, que son haciendas de minas de Juan Guerra, cuatro leguas de el Mazapil, hubo grandes conversiones y se bautizaron muchos por mano de fray Juan Gómez, que fue enviado para este efecto; y porque la

casa que tenian los frailes aquí la pasaron al Saltillo, dejaron estos indios la doctrina de los clérigos. En una provincia que se llama Santa Lucía, setenta o ochenta leguas de Zacatecas, hay ahora gran conversión de indios infieles. Aquí mataron un fraile francisco, sacerdote, llamado fray Martín de Altamira, yéndoles a decir misa y administrar los sacramentos; y por la muerte de el fraile hicieron gran matanza en ellos los soldados que estaban de presidio. Hay frailes franciscos en esta conversión.

Siendo guardián fray Juan Gómez del pueblo de Colotlan, ya nombrado, descubrió siete leguas la sierra adentro otro, llamado Azcueztlan, cuyos moradores eran más de trescientos, los cuales eran idólatras y con facilidad los persuadió al conocimiento del verdadero Dios; y en pocos días que allí estuvo catequizó y bautizó más de cien personas. Un indio de este pueblo no pudo saber tan presto las cosas que se requieren para merecer el bautismo, y como el religioso se venía a su convento y él no quedaba bautizado, aunque lo pidió con mucha instancia, porque le dijo el inconveniente que había para no bautizarle, éste se vino tras él y trajo a su mujer consigo, olvidando su pueblo y casa de su padre (como dice el salmista) por merecer a Dios; y a los ocho días que vinieron pusieron tanto cuidado, márido y mujer, en lo que se les enseñaba, que fueron luego bautizados con mucha solemnidad, y el indio fue llamado Juan, y se volvieron a su pueblo con alegría de verse cristianos. Están pacíficos y reducidos a la fe todos los de este pueblo y son visitados de los religiosos de Colotlan. Otras más conversiones habría si hubiese ministros que entrasen la tierra adentro por esta serranía, porque cuando fuimos a la división de la provincia llegamos a este convento de Colotlan a visitarlo y vinieron muchos indios, así de los fieles como de los infieles a ver al prelado que, como hemos dicho, era el padre fray Pedro de la Cruz. Los cuales entre las cosas que le pidieron fue una, que les diese religiosos que asistiesen con ellos en sus poblazones, y prometían de tratarlos con todo regalo. Y diciéndoles que había dificultad de enviarlos por el poco seguro que se tenía de la gente y temor de que no los matasen, que se saliesen ellos acá a mejores tierras y que en ellas los visitarían y tendrían por hijos. Respondieron muchos de ellos que los frailes podían ir seguros, como fuesen solos, que ellos los servirían y oirían su doctrina; pero acompañados de españoles no era posible que se consiguiese lo que pretendían, porque luego los maltrataban y hacían el mal que podían; y que salir por acá fuera no lo harían por no verse luego esclavos de estos mismos españoles, que ellos tenían pueblos en su tierra y todo lo que habían menester en ella; y saliendo de ella todo lo perderían. Y no pudimos persuadirles a más, aunque muchos de ellos venían a este convento a confesarse, bautizarse y a oír los oficios divinos. Y en confirmación de su pacificación y deseos de tener religiosos en sus tierras, hase haber entrado entre ellos el padre fray Gabriel Arias, que fue provincial de aquesta misma provincia; y seis meses que anduvo por aquella serranía lo trataron con mucho regalo; y cuando quiso salir a su convento no lo dejaban venir y lloraban todos porque los dejaban. Son ahora visitados de este convento de Colotlan y hacen algunas entradas allá los religiosos de él.

CAPÍTULO XIX. *De la fundación de la custodia de Tampico, llamada de San Salvador, y de la provincia de San Diego de los Descalzos*

A CUSTODIA DE TAMPICO, LLAMADA de San Salvador, ha más de cuarenta años que se fundó en aquellas provincias que llaman la Guaxteca. Entraron en aquellas tierras los frailes de San Francisco, luego a los principios de la conversión de estas gentes. Fue el primer apóstol el padre fray Andrés de Olmos, cuya hazañosa vida, trabajos y virtudes, se dicen en el libro de los ministros evangélicos. Fundó algunas casas en Tampico y otras partes, las cuales llegaron a número de siete. Y por estar tan remotas y apartadas, para poder ser visitadas de los prelados ordinarios de esta provincia del Santo Evangelio, se erigió en custodia; pero por no tener los frailes suficientes para poder elegir ellos entre sí custodio, es la elección de el difinitorio de esta provincia del Santo Evangelio. Y así en los capítulos provinciales que se celebran en ella sale votado en la tabla de los oficios como un guardián que es por la mayor parte de los votos. Dura su oficio por tiempo de tres años, y en su custodia llama sus frailes a capítulo y eligen en él dos difinidores y proveen las casas de guardianes sin que para esto tenga recurso al provincial de la provincia. Tiene sello mayor y menor de su oficio y libra patentes en su custodia como el provincial. Viene el custodio al capítulo provincial y tiene voto en él en la elección de nuevo ministro y en ella acaba su oficio.

Conservó el número de siete casas esta custodia por muchos años; lo uno, por no haberse hecho entradas que obligasen a mayor extensión y difusión de ministros; y lo otro, porque los religiosos siempre han sido pocos. Pero de pocos años acá se han ido multiplicando las casas y han llegado a ser once o doce, y hay esperanzas de que serán más; porque se han hecho entradas donde se han pacificado sus gentes, y se les han dado ministros de doctrina. Provéela de frailes esta provincia del Santo Evangelio, así como también le da custodio. Han trabajado en ella los frailes de San Francisco, con gran perseverancia e increíbles trabajos, por ser la tierra pobre y en partes áspera, y en partes caliente. Dales el rey la limosna por entero, como acostumbra dársela a todos los demás religosos de otras provincias y órdenes mendicantes.

Hay algunos pueblos de pocos españoles en aquella tierra, como es Tampico y otros dos o tres.

Hay algunos conventos de frailes agustinos y algunos pocos partidos de clérigos. Murió en aquella tierra el apostólico varón fray Andrés de Olmos, y está enterrado en la villa de Tampico, en el monasterio de los frailes menores, cuya vida se dice en otra parte.

PROVINCIA DE SAN DIEGO

A PROVINCIA DE SAN DIEGO, DE LOS FRAILES DESCALZOS de San Francisco, se fundó en custodia pocos años ha; la cual tuvo principio en una casa y huerta que era de Agustín Guerrero, que el año de 1578 o 79 la dio para hospicio de los frailes que pasan a la provincia de la China, cuyo medio camino es este de la Nueva España, entre las dos navegaciones que hacen. Y en esta Nueva España, la jornada forzosa es a esta ciudad de Mexico de donde se avían para su viaje. Por esto pareció a los primeros ministros que pasaron a aquellas tierras que convenía tener casa donde hacer parada y salir de refresco para pasar adelante. Hízose así y fueles dada la casa y huerta (como hemos dicho) de Agustín Guerrero, hombre honrado y caballero de cuenta en esta ciudad, que era de la vocación de San Cosme y San Damián. Aquí se recogieron estos religiosos, aunque antes habían estado en una iglesia o ermita llamada de la Trinidad, y de los que quedaron, que no pasaron a China, poblaron otra casa y convento en el pueblo de San Mateo, llamado Huitzilopochco, que los españoles (corrompiendo el nombre) llaman Churubusco, dos leguas de esta ciudad, donde hay un clérigo que es beneficiado de aquellos indios. Esta casa es la segunda de estos padres y, según tradición de los antiguos, fue la primera que fundaron los primeros religiosos pobladores de esta provincia del Santo Evangelio. Y cuando no sea así, es lo cierto que fue fundada por ellos entonces o después y que la moraron por algún tiempo, por ser el pueblo de mucha gente y haber un señor en él, deudo muy cercano del emperador Motecuhzuma; a cuya contemplación se fundó casa y se le dieron frailes.

Fundadas estas dos casas fueron creciendo en más número los religiosos, así de los que venían de España para la China y se quedaban acá, como de los que tomaron el hábito en la misma tierra, para lo cual tenían autoridad y licencia; y por esto la pidieron al que gobernaba para poblar más casas para que cupiesen los muchos que ya había. Dióseles permiso para algunas y por intervalo de tiempo poblaron conventos en Tasco (que son minas y pueblo de españoles) y en las de Pachuca y otro en la ciudad de los Ángeles y otro en la de Guaxaca. Con este número de seis casas de custodia pasaron algunos años, regidos y gobernados por comisario particular descalzo que estaba con ellos, y eran sujetos a la provincia de San Gregorio de las Filipinas.

El primer convento que tuvieron fue el de San Cosme (como hemos dicho) pero porque la casa era ruin y de flacos cimientos, y su patrón Agustín Guerrero no les ayudaba para renovarla, y no tener ellos posible para hacerla, y también por estar algo lejos de la ciudad, de cuyas limosnas comen, la dejaron y la recibió esta provincia del Santo Evangelio, por estar en las huertas de esta ciudad, cuyos indios estaban en la administración de los frailes menores, que tienen cargo de la capilla de San Joseph. Ellos se pasaron a otro sitio que se les dio en la ciudad, junto del hospital de los

convalecientes, y de esta parte del tiánguez o mercado que llaman de San Hipólito. Allí hicieron casa, cuyos gastos han sido a cuenta de otro patrón que para su fundación recibieron.

Después de algunos años procuraron substraerse del gobierno y correspondencia de la China, e impetraron autoridad para poderla erigir en custodia; lo cual se hizo y quedó independiente de la provincia de San Gregorio. Y aunque a los principios tuvieron comisario distinto del general que asiste en las provincias de esta Nueva España, fueron después reducidos a la obediencia de el dicho comisario, y hasta ahora permanecen así. Han tomado de pocos años acá casa, que llaman de hospicio, en el puerto de Acapulco, donde se hace la embarcación para la China, sesenta leguas de esta ciudad, para el regalo y acogimientos de los religiosos que van y vienen, que son ordinarios, o yendo allá a la conversión de aquellas gentes o viniendo algunos de aquella tierra a negocios que se ofrecen acá y en España.

En esta casa de San Cosme (antes que esta provincia fuese custodía) moró el santo mártir fray Pedro Bautista, y predicó en esta ciudad apostólicamente y con grande crédito y concurso de gente que le seguía. Aquí hicieron parada (entre otros de loable vida) algunos que fueron singularísimos en religión, que con su ejemplo y aspereza, traían asombrada esta ciudad y muy cuidadosos a los vecinos de ella, para trocar vida y costumbres; y muchos tomaron el hábito de su instituto y profesaron y han procedido loablemente en estas partes y en la China. Fueron los primeros fundadores de esta provincia hijos de San Joseph en España; como también lo fueron los de la de San Gregorio, en Filipinas.

CAPÍTULO XX. *De la fundación y aumento de la provincia de Santa Elena, en la Florida*

LA FLORIDA ES UNA TIERRA CONTINUA de la Nueva España, corriendo la vuelta del norte, a fenecer a Cabo de Labrador. Tiene de frente la isla de Cuba que le cae al oriente y su principio es una punta de tierra que sale a la mar que se llama la Cabeza de los Mártires. Entre esta tierra de los Mártires y la isla de Cuba corre la Canal de Bahama, que llaman el Desembocadero, y por esta parte salen al mar ancho del viaje de España todos los navíos que pasan de Indias. Corre en esta canal norte sur, y queda a mano izquierda la tierra de la Florida. Esta tierra se descubrió a los principios del descubrimiento de la Nueva España y tuvo diversos sucesos en el discurso de tiempo, y entrando y saliendo españoles, hasta que ya quedaron de asiento, venciendo algunas dificultades que ofrecía la misma tierra. Para las variaciones que ha tenido quedó al fin fundado pueblo y presidió en el lugar que ahora llaman San Agustín. Luego, a los principios que los españoles quedaron de asiento en este lugar, entraron con ellos algunos religiosos de la orden de mi padre San Francisco; pero

convalecientes, y de esta parte del tiánguez o mercado que llaman de San Hipólito. Allí hicieron casa, cuyos gastos han sido a cuenta de otro patrón que para su fundación recibieron.

Después de algunos años procuraron substraerse del gobierno y correspondencia de la China, e impetraron autoridad para poderla erigir en custodia; lo cual se hizo y quedó independiente de la provincia de San Gregorio. Y aunque a los principios tuvieron comisario distinto del general que asiste en las provincias de esta Nueva España, fueron después reducidos a la obediencia de el dicho comisario, y hasta ahora permanecen así. Han tomado de pocos años acá casa, que llaman de hospicio, en el puerto de Acapulco, donde se hace la embarcación para la China, sesenta leguas de esta ciudad, para el regalo y acogimientos de los religiosos que van y vienen, que son ordinarios, o yendo allá a la conversión de aquellas gentes o viniendo algunos de aquella tierra a negocios que se ofrecen acá y en España.

En esta casa de San Cosme (antes que esta provincia fuese custodía) moró el santo mártir fray Pedro Bautista, y predicó en esta ciudad apostólicamente y con grande crédito y concurso de gente que le seguía. Aquí hicieron parada (entre otros de loable vida) algunos que fueron singularísimos en religión, que con su ejemplo y aspereza, traían asombrada esta ciudad y muy cuidadosos a los vecinos de ella, para trocar vida y costumbres; y muchos tomaron el hábito de su instituto y profesaron y han procedido loablemente en estas partes y en la China. Fueron los primeros fundadores de esta provincia hijos de San Joseph en España; como también lo fueron los de la de San Gregorio, en Filipinas.

CAPÍTULO XX. *De la fundación y aumento de la provincia de Santa Elena, en la Florida*

LA FLORIDA ES UNA TIERRA CONTINUA de la Nueva España, corriendo la vuelta del norte, a fenecer a Cabo de Labrador. Tiene de frente la isla de Cuba que le cae al oriente y su principio es una punta de tierra que sale a la mar que se llama la Cabeza de los Mártires. Entre esta tierra de los Mártires y la isla de Cuba corre la Canal de Bahama, que llaman el Desembocadero, y por esta parte salen al mar ancho del viaje de España todos los navíos que pasan de Indias. Corre en esta canal norte sur, y queda a mano izquierda la tierra de la Florida. Esta tierra se descubrió a los principios del descubrimiento de la Nueva España y tuvo diversos sucesos en el discurso de tiempo, y entrando y saliendo españoles, hasta que ya quedaron de asiento, venciendo algunas dificultades que ofrecía la misma tierra. Para las variaciones que ha tenido quedó al fin fundado pueblo y presidió en el lugar que ahora llaman San Agustín. Luego, a los principios que los españoles quedaron de asiento en este lugar, entraron con ellos algunos religiosos de la orden de mi padre San Francisco; pero

como la tierra ha estado tenida en opinión de pobre y los nuestros, por esta causa no se hayan multiplicado, así los ministros evangélicos eran pocos, y los que había eran contados por del gobierno del comisario general de la Nueva España, y él nombraba el prelado de ellos que de ordinario era el guardián del convento de San Francisco, de la Habana. De esta manera estuvo esta Florida, en lo tocante al ministerio evangélico, ganando los religiosos en la enseñanza de estos idólatras la más tierra que podían, aunque todo era poco por ser pocos los ministros y la tierra pobre, y los indios bárbaros y poco llegados a esta razón; y así, no eran más los religiosos que seis, cuatro sacerdotes y dos legos, cuya cabeza y prelado era el padre fray Francisco Marrón a quien llamaban custodio, y a la verdad lo era porque no me acuerdo haber estado el gobierno de esta Florida conjunto con el de la provincia del Santo Evangelio, que ha sido madre de todas las de esta Nueva España, y sé que siempre ha sido gobernada por los comisarios generales sin dependencia del provincial de la dicha provincia de Mexico.

Estando pues las cosas en este punto, y pareciendo ser necesarios más religiosos para la enseñanza de aquellas gentes y otros que se esperaba traer por medio de la predicación evangélica al suave yugo de la ley de Dios, hízose relación de esto a la católica majestad del rey Felipe II, nuestro señor y a su Real Consejo de las Indias, y concedieron doce religiosos para el dicho efecto. Para cuyo comisario fue nombrado fray Juan de Silva, predicador de la provincia de Castilla, que antes había estado en esta Nueva España. Los religiosos dichos eran de la misma provincia que por ser con nombre de nueva conversión se movieron de los que más hervían en espíritu y devoción, con ánimo de recibir muerte por Jesucristo, y por plantar su santa fe en los corazones de aquellos errados idólatras. Y por ser los primeros que parece haber fundado la custodia, que ahora es provincia, llamada de Santa Elena, pondré aquí sus nombres: fray Miguel de Añón, fray Pedro Fernández de Chozas, fray Pedro de Auñón, predicadores; fray Blas de Montes, fray Pedro Bermejo, fray Francisco Pareja (que después tradujo en lengua de los naturales la doctrina cristiana y la imprimió); fray Pedro de San Gregorio, fray Francisco de Velascola, fray Francisco de Ávila, fray Francisco de Bonilla, fray Pedro Ruiz, sacerdotes y confesores, y fray Pedro Vinegra, lego, que por su mucha virtud después, a puros ruegos, fue ordenado sacerdote. Llegados a la Florida se presentaron al padre fray Francisco Marrón, que era custodio. Los cuales fueron repartidos entre los indios por sitios y lugares apartados, para comenzar a predicar la palabra de Dios y coger el fruto de la doctrina evangélica.

Por esta manera dicha se gobernó esta custodia algunos años, hasta que el de 1603, en la congregación general celebrada en Toledo, se le adjudicaron las casas y conventos de la Habana, Cuba y Bayamo, y se erigió en custodia con número de once casas y conventos, y fue nombrado por custodio de la nueva custodia, fray Pedro Ruiz, uno de los nombrados entre los doce. Después acá han ido otros religiosos; y llegando a número suficiente para poder hacerse provincia, el año de 1612 fue erigida en tal pro-

vincia, en el capítulo general de Roma, con título de Santa Elena y nombrado provincial, en el mismo capítulo, fray Juan de Capilla, que es el primero que hay en esta dicha provincia.

MUERTE DE ALGUNOS RELIGIOSOS DE ESTA PROVINCIA DE LA FLORIDA A MANOS DE INDIOS

UANDO los doce religiosos nombrados llegaron a la Florida estaba la tierra toda alborotada y los soldados del presidio recogidos en él y ninguno osaba salir a pescar ni a cazar, por temor de los indios que los mataban; pero con su llegada fueron repartidos a diversas partes de ella; y con las persuasiones que les hacían y ley evangélica que les predicaban se fueron quietando. Mas como el demonio, acostumbrado a ser reverenciado por los moradores de ella, viese que los religiosos le eran estorbo a su adoración, solicitó el corazón de un cacique, mozo, de la provincia de Guale, para que apostatase de la fe que en el bautismo había recibido; el cual, enfadado de la doctrina evangélica y deseoso de volverse a la mala vida de sus pasados y a la muchedumbre de las mujeres y otros vicios que de ordinario entre idólatras e infieles corren, hizo conjuración con otros mozos de su mismo parecer para que le siguiesen en sus malos intentos, persuadiendo a los populares que era penosa la doctrina que se les predicaba, el ir a la iglesia a rezar, a oír misa y no dejarles vivir como antes en su libertad; y les dijo que dejasen el pueblo y se fuesen la tierra adentro a otros infieles que estaban en frontera, y así lo hicieron, y les persuadieron que matasen los religiosos que estaban repartidos por provincias, porque de no hacerlo se les seguía que los españoles entrarían a ellos y los sujetarían y privarían de su libertad y señoríos; lo cual hacían enviando delante frailes que los engañaban con la paz y luego se hacían señores de ellos. Y que muertos los religiosos matarían los soldados y quedarían libres de tan penosa y dura servidumbre. Con esto se movieron muchos de aquellos infieles y, acompañados de este cacique y otros, vinieron al pueblo llamado Tolomato, de noche sin ser sentidos, y se fueron a la iglesia y allí se estuvieron hasta el día; y luego que el religioso abrió las puertas de su casa le mataron, sin darle lugar a razón ninguna, y le cortaron la cabeza, y puesta en una pica la ataron a un madero, como en demonstración de traidor. Hecho esto, muchos de los del pueblo, o ya por voluntad o ya por temor que cobraron a los malhechores, se les juntaron e hicieron de su ejército. Luego el caciquillo hizo una plática muy larga y entre otras cosas les dijo que el motivo que habían tenido para dar muerte a aquel fraile era el privarlos de tener muchas mujeres y de seguir el gusto que la vida ofrece, y que era de parecer que muriesen todos los demás para poder mejor conseguir aquella libertad en que sus mayores habían vivido; y que por este que habían muerto estaban ya rompidas las paces entre ellos y los españoles y gobernador del rey, y que tanto habían de procurar vengar una como

vincia, en el capítulo general de Roma, con título de Santa Elena y nombrado provincial, en el mismo capítulo, fray Juan de Capilla, que es el primero que hay en esta dicha provincia.

MUERTE DE ALGUNOS RELIGIOSOS DE ESTA PROVINCIA DE LA FLORIDA A MANOS DE INDIOS

UANDO los doce religiosos nombrados llegaron a la Florida estaba la tierra toda alborotada y los soldados del presidio recogidos en él y ninguno osaba salir a pescar ni a cazar, por temor de los indios que los mataban; pero con su llegada fueron repartidos a diversas partes de ella; y con las persuasiones que les hacían y ley evangélica que les predicaban se fueron quietando. Mas como el demonio, acostumbrado a ser reverenciado por los moradores de ella, viese que los religiosos le eran estorbo a su adoración, solicitó el corazón de un cacique, mozo, de la provincia de Guale, para que apostatase de la fe que en el bautismo había recibido; el cual, enfadado de la doctrina evangélica y deseoso de volverse a la mala vida de sus pasados y a la muchedumbre de las mujeres y otros vicios que de ordinario entre idólatras e infieles corren, hizo conjuración con otros mozos de su mismo parecer para que le siguiesen en sus malos intentos, persuadiendo a los populares que era penosa la doctrina que se les predicaba, el ir a la iglesia a rezar, a oír misa y no dejarles vivir como antes en su libertad; y les dijo que dejasen el pueblo y se fuesen la tierra adentro a otros infieles que estaban en frontera, y así lo hicieron, y les persuadieron que matasen los religiosos que estaban repartidos por provincias, porque de no hacerlo se les seguía que los españoles entrarían a ellos y los sujetarían y privarían de su libertad y señoríos; lo cual hacían enviando delante frailes que los engañaban con la paz y luego se hacían señores de ellos. Y que muertos los religiosos matarían los soldados y quedarían libres de tan penosa y dura servidumbre. Con esto se movieron muchos de aquellos infieles y, acompañados de este cacique y otros, vinieron al pueblo llamado Tolomato, de noche sin ser sentidos, y se fueron a la iglesia y allí se estuvieron hasta el día; y luego que el religioso abrió las puertas de su casa le mataron, sin darle lugar a razón ninguna, y le cortaron la cabeza, y puesta en una pica la ataron a un madero, como en demonstración de traidor. Hecho esto, muchos de los del pueblo, o ya por voluntad o ya por temor que cobraron a los malhechores, se les juntaron e hicieron de su ejército. Luego el caciquillo hizo una plática muy larga y entre otras cosas les dijo que el motivo que habían tenido para dar muerte a aquel fraile era el privarlos de tener muchas mujeres y de seguir el gusto que la vida ofrece, y que era de parecer que muriesen todos los demás para poder mejor conseguir aquella libertad en que sus mayores habían vivido; y que por este que habían muerto estaban ya rompidas las paces entre ellos y los españoles y gobernador del rey, y que tanto habían de procurar vengar una como

muchas muertes; y así, era de parecer que los matasen a todos, porque todos juntos, con el temor del castigo, harían por defenderse y no venir a manos de los españoles. Vencidos los indios de estas razones fueron todos de este parecer y así se determinaron de ir matando los que estaban en su tierra. Persuadidos pues, estos sacrílegos homicidas, de este infernal consejo, salieron de aquí y fueron donde estaba el bendito varón fray Blas de Montes, que era en Topiqui, y le dijeron cómo venían a matarle, cómo habían hecho en Tolomato, que habían muerto al religioso que allí estaba. El religioso, que vido tanto número de indios juntos y conoció su determinación, les comenzó, con razones cristianas, a disuadirlos de aquel mal intento que traían; pero como un corazón obstinado no tiene vacíos donde quepa la razón, el de estos indios pervertidos no admitió ninguna, antes resueltos en lo contrario, le dijeron que no se cansase en predicarles sino que llamase a su Dios que lo valiese. El religioso, que no halló puerta por donde escapar la vida les pidió que ya que había de morir le dejasen decir misa y llevar aquel consuelo, y que después de muerto les rogaba, como a hijos, que enterrasen su cuerpo en la iglesia. Concediéronselo estos ministros de Satanás. Luego el religioso (como otro San Lorenzo los tesoros de la iglesia) repartió entre los indios pobres del pueblo la pobreza que tenía y se volvió a decir misa que por ser la última, es de creer, sería con grandes lágrimas y devoción. La cual acabada se hincó de rodillas delante de aquellos bárbaros homicidas y puestas las manos levantó los ojos al cielo y oró a Dios; y estando de esta manera este bendito varón, llegaron los indios y le dieron de palos y lo mataron, y lo enterraron en la misma iglesia como había pedido.

Luego que estos indios mataron a este santo religioso enviaron a decir al cacique de la isla de Guale que matasen los religiosos que los doctrinaban en su isla y que iban allá a ver si lo habían ejecutado, donde no, que él y los suyos morirían juntamente con los frailes. El cacique de esta isla amaba mucho a los religiosos, pero como menor en fuerzas que el otro, viendo la determinación de los homicidas y que él no era poderoso a estorbarlo, envió secretamente a decir a los frailes que se fuesen al presidio de los españoles, hasta que pasase la bárbara furia de los enemigos que venían sobre su tierra con ánimo de matarlos a él y a ellos, y que de esta manera se escaparían y él tendría excusa para librarse. El criado que vino con esta nueva no se atrevió a darla a los religiosos y volvió a su amo diciendo: que respondieron los padres que no se alborotase ni creyese que tal harían aquellas gentes que tenían por hijos. Pero el cacique, que estaba enterado de la verdad de su venida y aborrecimiento que les tenían, les volvió a enviar a decir que no aguardasen sino que se fuesen, si no querían que todos juntos muriesen. Esto hizo por tres días continuos creyendo que el mensajero no mentiría y les enviaba a ofrecer siempre barca y pasaje para la tierra firme. Pero como el mal criado nunca dijo nada a los religiosos y él no se atreviese de miedo a parecer en la iglesia de los frailes, pasaron tres o cuatro días en este engaño. Al cabo de los cuales llegaron los alzados y, sabiendo el capitán que no le habían obedecido, quiso matar al ca-

cique, pero él supo decirle tanto que se libró de la muerte; y para que no se entendiese que era comprehendido en la de los ministros de Dios se fue a ellos y dijo al guardián: Bien hubiera sido que me hubieras creído y te hubieras puesto en salvo; mas pues no has querido tomar mi consejo no será posible defenderte de estos que han venido a matarte. Los religiosos se turbaron y excusaron diciendo estar ignorantes de aquello y le dijeron que no tuviese pena que ellos muriesen, pues Dios así lo quería, que ellos estaban gozosos de recibir muerte por él y por la predicación de su evangelio; con esto se despidió el cacique y dijo: Quedaos con Dios, que yo me voy al monte a llorar vuestra muerte inocente y por no veros morir; y pues sois mis amigos y yo vuestro, os pido que después de muertos, pues habéis de poder tanto con Dios, le pidáis que haya de mí misericordia; y yo os prometo de volver a enterrar vuestros cuerpos porque no se los coman perros, que es el intento que estos falsos enemigos tienen. Con esto se fue el cacique, y a breves horas llegaron al monasterio los indios bárbaros homicidas y, saqueándolo, acometieron la muerte de los religiosos. Cuando los benditos frailes vieron su determinación y que no bastó razón ninguna para convencerlos, todos se arrodillaron y llamaron a Dios para la eterna vida de el alma. Arremetieron los indios y, con porras y macanas que traían, los golpearon en las cabezas y cuerpos. Uno de ellos, llamado fray Miguel de Añón, era muy querido de todos y al primer golpe que le dieron se movieron a compasión muchos de ellos y quisieran librarle, de lo cual se levantó contienda entre todos; y estando el santo religioso de rodillas, y ellos riñendo, vino por detrás uno de los gentiles que no había recibido agua de bautismo y diole un golpe en la cabeza con que lo mató, y con él hizo las paces y conformó a los contendores. Y dejando estos varones santos los sesos derramados por el suelo volaron sus almas a los descansos eternos.

Pasaron estos malhechores a otro lugar llamado Ospa, donde asistía el padre fray Francisco de Ávila. Fue su llegada de noche, estando ya recogido el religioso; llamaron a su puerta y como no les quería abrir por haber sentido el mal intento con que venían, trabajaban de quebrar la puerta de la celda. Viendo este padre que sus excusas no le valían les abrió y se salió fuera. Ellos, que tanto atendían a robar lo que hallaban, cuanto a matar a los que querían, se ocuparon en tomar primero lo que en casa había, queriendo cada uno ser primero en la presa de el despojo. Con esto tuvo lugar el religioso de hacerse afuera y meterse en un espeso juncal que cerca había. Pero hecho el saco de la casa salieron a buscarle y viéndolo en aquel lugar comenzaron a flecharle y con dos xaras le pasaron los hombros. Un indio, codicioso del hábito que llevaba vestido, fingiendo piedad rogó por él y lo sacó de entre ellos vivo. Luego lo desnudó y así desnudo lo entregó por esclavo para que les sirviese. Atáronle las manos y lleváronlo consigo la tierra adentro, con ánimo de quemarlo allá en su tierra. Pasó fray Francisco grandes trabajos en esta prisión, porque de las heridas de las flechas no tuvo quien le curase, ni sabía cómo; pero Dios, que vela sobre la guarda de el pobre y le socorre en la mayor necesidad, le fue medicina y le sanó

milagrosamente, de que los indios quedaron espantados, pero no convertidos, ni movidos a compasión de él; antes lo quitaban el pan y lo apuraban de hambre. Queriéndolo quemar lo ataron a un madero y prepararon al fuego y leña. Llamaba a Dios fray Francisco y pedíale socorro; pero puesto en este lugar, y el fuego delante, le pidieron que confesase que la ley de Jesucristo no era buena y que la adoración de sus falsos dioses era mejor, y que haciendo esto no le quemarían. El fraile, que de veras amaba a Dios y no temía los tormentos por la defensión de su honra, respondió con razones muy vivas, porque era muy aventajada lengua, que detestaba su falsa idolatría y confesaba la ley de Jesucristo su señor, por la cual quería morir. Quedaron espantados de el razonamiento que les hizo y de el esfuerzo que mostraba teniendo delante el fuego. Levantóse una señora principal que tenía un hijo en rehenes, en poder del gobernador, y dijo: Dejad libre ese fraile, que él me ha de traer mi hijo. Y como era mujer principal obedecieron los demás y le desataron de el palo donde le tenían puesto. Quisiéronlo casar con una moza hermosa a lo cual resistió como en lo demás había hecho, y dábase a la oración con lágrimas continuas pidiendo a Dios que pues no se había servido de su muerte, se sirviese de librarle de tantas tentaciones. Y en esto pasó el tiempo que estuvo en esta prisión y cautiverio, que fue un año, desnudo y sin ninguna ropa (siendo el invierno de aquella tierra tan riguroso como el de Castilla), servíalos en todas las cosas que le mandaban y cavaba la tierra para la cultura y labranza de el pan. Al cabo de este tiempo supo el gobernador cómo estaba vivo, y por dádivas que dio a los indios y libertad al que estaba en rehenes lo rescató y trajo entre cristianos. Así escapó la vida este religioso, habiendo estado en tanto riesgo de perderla. Pero Dios, que sabe todas las cosas, sabe también los fines de cada uno y lo que a este religioso estaba mejor para su servicio.

Fray Francisco de Velascola era natural de Castro de Urdiales y de la provincia de Cantabria, hombre de muy grandes fuerzas, por lo cual le temían los indios, y así no se le atrevían tan fácilmente como a los otros; y por esta causa aguardaron para matarle a poderle coger a traición; y así fue que, viniendo de fuera en una canoa o barquilla, llegaron los bárbaros, que estaban ensenados en una espesura de juncos y, asiéndole fuertemente por detrás, unos le tenían y otros le dieron muchos porrazos con las macanas que acostumbran, y de esta manera acabó su vida. Y es de creer que pues andaba evangelizando la palabra de Dios entre esta gente, y sirviéndole en este santo ministerio, en odio de el cual estos indios hacían este estrago, que ese mismo señor, por cuya ley padecía, le haría misericordia, en especial que era varón apostólico muy pobre y humilde, dado a la oración y todos ejercicios virtuosos.

Estando las cosas de la Florida en estos términos, se juntaron otros muchos indios de la tierra con otros salteadores y pasaron a querer matar a los moradores de la Isla de San Pedro, juntamente con los religiosos que allí los administraban. Para esto se previnieron de muchas armas, en especial de flechas, que es la común de que usan; juntaron mucho número de barquillas y acometieron el hecho. Estaba a esta sazón en el puerto un

bergantín castellano que había venido a dar socorro a los religiosos de la isla, de pan y otras cosas de que solían ser socorridos. Este bergantín no traía en su defensa y escolta más de un soldado y todos los demás eran marineros. Y como las cosas que van ordenadas por voluntad de Dios no están al querer y juicio humano, sucedió que queriendo salir de el puerto no pudieron, aunque diversas veces acometieron a ello los que lo gobernaban. Tampoco pudieron hacer este viaje por un caño que va corriendo por la parte de tierra firme, por el cual se puede hacer navegación sin engolfarse por el mar. Y con estos estorbos estuvieron espacio de treinta días, admirados de la imposibilidad de los tiempos. A esta coyuntura llegaron los dichos indios de guerra con determinación de saltar y destruir los moradores de la isla; pero como vieron en el puerto al bergantín castellano, creyeron haber en él gente de guerra que los defendiese y con esto desmayaron. El cacique de la tierra, que era su enemigo, convocó su gente y salió a la mar con muchas más barquillas de las que los contrarios traían (que eran pocas más de cuarenta) y acometiólos animosamente; los enemigos, que conocieron su fuerza, aunque al principio se defendieron, no pudieron tanto que no conociesen en breves horas su daño y así huyeron; y los que no pudieron por mar, saltaron en tierra y comenzaron a huir por lo más espeso de el monte, cada cual por donde más podía. Y de esta manera se desbarató la liga de los contrarios y se volvieron los amigos victoriosos. Estos indios, que pensaron escapar la vida en tierra, viendo que les era imposible volverse a salir, por no tener en qué, muchos de ellos desesperados de remedio se ahorcaron con las cuerdas de sus arcos y otros murieron de hambre en aquellos montes; y de esta manera perecieron todos sin quedar ninguno.

El gobernador, que supo lo que pasaba, salió a correr la tierra, pero por ser dificultosa, así de cenegales como de montañas, no pudo hacer efecto en nada, aunque les quemó los panes, de que hubo hambre aquel primer año en todo lo convecino de el presidio y murieron muchos de ella. Otros tres adelante la envió Dios por falta de las influencias de el cielo; y así andaban todos los de la Florida hambrientos, especialmente los conjurados en este alzamiento y traición, los cuales murieron, por justo juicio de Dios, todos en muy poco tiempo y confesaban que este castigo les venía por haber muerto a los religiosos. Pasado este azote de la mano poderosa del Señor comenzó a pacificarse la tierra y fueron reduciéndose sus moradores, y los ministros entrando en sus lugares. Han ido ganándole tierra al demonio y plantando la santa fe de Jesucristo, con lo cual esta nueva provincia de Santa Elena ha tenido lugar de conservarse y de crecer en mayor número de religiosos; y así, el año de 1612, fueron a la cultura de esta viña de el Señor veinte y tres religiosos. Y el de 1613 otros ocho, al mismo efecto; poniendo cuidado en solicitar esta nueva conversión el catolicísimo rey don Felipe III, nuestro señor, que vive hoy y viva muchos años para ésta y otras muy santas obras en que de ordinario se ocupa.

CAPÍTULO XXI. *De las jornadas y misiones que a los principios se hicieron para descubrir nuevas tierras y gentes; y cómo el Señor no permitió que alguno de los doce se emplease en otra parte*

DESPUÉS QUE EL SIERVO DE DIOS FRAY Martín de Valencia hubo predicado y enseñado, juntamente con sus compañeros, la palabra de Dios en Mexico, y en las provincias sus comarcanas, por espacio de ocho años, quiso, a ejemplo de Cristo nuestro redemptor, ir a otras ciudades y tierras a predicar y enseñar su santo evangelio. Porque los que traen fervor de el espíritu de Dios no descansan con el descanso corporal, dando alguna manera de ocio al cuerpo, conservándolo en las cosas ordinarias de los ejercicios espirituales, sino que lo sacan de los términos comunes para más aprovechar al prójimo en las cosas que son de caridad, en especial si depende de su cuidado la distribución y concierto de estas cosas. Y como estaban las de esta nueva planta, en lo que tocaba a la familia franciscana, al gobierno y cuidado de este varón apostólico, no descansaba con lo hecho hasta este tiempo, sino que deseando ensanchar los límites cristianos en esta nueva iglesia, en especial que por revelación divina sabía que había otras gentes que habían de ser traídas a esta misma fe y doctrina, vivía desasosegado hasta saber cuáles fuesen, y por esto no sólo enviaba sus frailes por este nuevo mundo, pero él en persona quería andarlo para que cuando pareciese en el tribunal de Dios, a dar cuenta de su oficio, pudiese descargarse con haber hecho el deber y no haber faltado en nada.

Con estas ansias y ánimo de verdadero apóstol determinó de ir a buscar otras provincias (como digo) donde Dios y su nombre, como en otro tiempo lo fue conocido en Judea, fuese conocido. Era prelado, a la sazón, este bendito padre; pero nombró un comisario y dejólo en su lugar, cumpliendo en esto con su oficio. Y de sus compañeros, y de otros que después habían venido de España en su busca, nombró otros ocho, y con ellos se fue a Tehuantepec, puerto en el Mar de el Sur, que dista de Mexico ciento y cincuenta leguas, para embarcarse allí y ir adelante con la cruz de el Señor que siempre traía sobre sus hombros; porque siempre tuvo, como cosa cierta, el varón santo que había otras muchas gentes por descubrir por aquellas partes de el Mar del Sur.

Para este viaje, que tanto deseaba, le había prometido el marqués del Valle navíos para ir, y que le pusiesen a él y a sus compañeros en la derrota que su espíritu le dictaba, adonde Dios le guiase, y allí libremente predicase el evangelio de Jesucristo, sin preceder conquista por armas. Estuvo en Tehuantepec esperando los navíos siete meses, que para aquel tiempo habían quedado los oficiales y maestros de darlos acabados. Y para cumplir mejor su palabra el marqués de el Valle, desde su villa de Quauhnahuac (que es donde de ordinario residía, que está once leguas de esta ciudad),

fue en persona a Tehuantepec al despacho de los navíos. Mas con toda la diligencia que él pudo tener no se acabaron en aquel tiempo, porque en esta tierra con mucha dificultad y costa, y muy a la larga, se echan los navíos a la mar; parece que aún no era llegado el tiempo que aquellas gentes se descubriesen, ni tampoco quiso Dios que faltase la presencia de tal padre a estas plantas tan tiernas en la fe; ni quiso (como luego diremos) que de los doce que él había escogido, para principio y fundamento de esta nueva conversión, alguno de ellos se ocupase en otra ninguna empresa.

Pues viendo el siervo de Dios fray Martín que los navíos le faltaban y que el capítulo de la custodia se acercaba (para el cual tiempo tuvo entendido que estaría de vuelta, dejadas ya descubiertas y conocidas otras gentes) volvióse a Mexico dejando en el puerto tres de sus compañeros, para que acabados los navíos fuesen a descubrir las tierras que deseaba.

En el tiempo que el bendito padre se detuvo en Tehuantepec no estuvo ocioso él ni sus compañeros, sino que demás de su acostumbrado ejercicio de la oración, en que entonces más que nunca se ocupaban, aparejando sus ánimas al Señor, pidiendo le cumpliese en ellos su divino beneplácito, también ayudaron a los naturales de aquella comarca, predicándoles por toda ella y volviéndoles en su propria lengua (que llaman tzapoteca) la doctrina que les enseñaban. Y lo mismo hicieron a la ida por donde pasaban.

Cosa era maravillosa lo que el santo fray Martín de Valencia anhelaba, y deseaba el descubrimiento de la China, aunque entonces aún no había noticia de ella sino que en espíritu (como hemos dicho y veremos en otro lugar más largamente) le estaba revelada; y, derramando muchas lágrimas, encomendaba continuamente a nuestro Señor este negocio, suplicándole tuviese por bien descubrir aquellos gentiles y traerlos al conocimiento de su santo nombre, incorporándolos en el gremio de su Iglesia. Decía, tratando el caso espiritualmente, que aquellas gentes que estaban por descubrir serían más hermosas y de más habilidad que estas de la Nueva España. Y a éstos descubiertos en estas Indias comparaba a Lía, la legañosa, y a los otros a Rachel. Decía más, que si Dios le diese vida estaba aparejado en su vejez, para emplear otros diez años con aquellas gentes como había hecho con éstas. Y este su ferviente deseo no perdió su mérito ante el acatamiento divino. Pero el Señor, que sabe todas las cosas y el tiempo de su mejor cumplimiento, no quiso que en el de este su siervo se descubriesen y fue servido de descubrirlas en el nuestro, para los que él tenía dispuestos y escogidos en ministros de aquella nueva conversión.

Considerando muy bien esto un muy íntimo familiar de el santo fray Martín, después de su muerte decía: que cuando es la voluntad de Dios que una gente infiel, capaz de recibir la fe católica, se descubra, para que esto venga a noticia de los fieles cristianos, lo quiere revelar a algunos siervos suyos que lo encomienden mucho al Espíritu Santo, y de ellos venga también a noticia de personas hábiles y tales cuales convienen para el tal descubrimiento; y así, con las oraciones de aquellos sus siervos, por una parte, y con la industria de los otros por otra, se merezca descubrir la tal gente y tierra. Y que de esta manera (por ventura) quiso Dios revelar a

su siervo fray Martín de Valencia las gentes que buscaba y deseaba ver, no para que él las viese sino para que con sus ruegos y de otros sus siervos las mereciesen descubrir y ver aquellos que ese mismo Dios tiene escogidos para ello y determinado que las descubran y conviertan.

Esto parece claro y manifiesto ser así, porque cuando Moysén sacó a los hijos de Israel de Egipto, no fue acaso incierto y dudoso, y a tierras de que no tuviesen noticia de ellas; porque para que se animasen a cumplir la voluntad de Dios, mucho antes lo tenía prometido a su siervo Abraham, cuando en el *Génesis*,[1] le declaró cómo los que habían de proceder de sus hijos habían de estar cautivos y peregrinos en tierra ajena; pero que de allí los sacaría y llevaría a aquella que a él y a los suyos les había dado, que era de los cananeos, &c. Y así cuando, mandó Dios a Moysén que los sacase de Egipto, le dice:[2] Junta los viejos y sabios de ese pueblo hebreo, y diles: El Dios y señor de vuestros padres me apareció, que es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y me dijo que os dijese que viendo vuestra mucha aflicción determinaba de sacaros de Egipto y llevaros a la tierra de los cananeos, hetheos, amorreos y fereceos, hebeos y jebuseos, que son las mismas gentes y naciones que antes había dicho a Abraham. Y esto para que conociesen y se acordasen que aquella promesa no era nueva sino antigua y hecha ya a sus padres pasados, y fiados de su antigüedad fuesen con confianza de recibir aquella merced tan alta y soberana que se les hacía, en tiempo que menos la aguardaban. Pues este prometimiento y relación no fue para que Abraham lo gozase, sino para que sabiendo aquello que estaba por venir y había de tener su cierto cumplimiento, por ser infalible la palabra de Dios, le pidiese favor y fuerzas para tolerar los males que aquellos sus descendientes habían de sufrir, y para que cuando llegase el tiempo no hubiese duda de su cumplimiento, incitando a las gentes a que en esto se dejasen a la disposición divina. Y aunque muchos profetas vieron con ojos proféticos los misterios de la encarnación de el hijo de Dios y unos lloraban por su cumplimiento y otros daban voces por su venida, no la merecieron, como en cierta ocasión dijo Cristo en su evangelio. Pero fueron todas estas revelaciones y promesas de el bendito advenimiento de Cristo, para que aquellos padres antiguos diesen priesa a Dios con oraciones y rogativas, para que nos hiciese este alto y soberano beneficio, y para disponer nuestros corazones en su venida, para que mejor le recibiésemos; pues no era cosa nueva saber que había de venir, habiéndose dicho y deseado tantos tiempos. Y por esto digo (en confirmación de las palabras de este devoto padre) que aunque Dios reveló al santo fray Martín el descubrimiento de la China, no fue para cometérselo a él, sino para que como siervo suyo le rogase y suplicase con oración continua, con disciplinas y ayunos, fuese servido de darles luz y claridad para conocer su error y ceguera, y que conocida, se convirtiesen a él, que es luz por esencia que alumbra todos los hombres que vienen en este mundo como dice San Juan;[3]

[1] Genes. 15.
[2] Exod. 3.
[3] Cap. 3. et 8.

y para que sabido de los cristianos que militan debajo de el estandarte de su ley, se muevan a buscar aquellas gentes descarriadas y ajenas de su evangelio y doctrina, para enseñarlas en ella y hacerlas dignas de sus divinos prometimientos.

Los tres religiosos que el santo prelado dejó en Tehuantepec, para que aguardasen los navíos y en ellos fuesen a descubrir tierras, tampoco quiso el Señor que saliesen con su intención, puesto que era santa y buena y seria por ventura, aplicándolo a nuestro propósito, porque el uno de los tres era de los doce primeros, es a saber, fray Martín de la Coruña, a quien se había encomendado el apostolado de Mechoacan. Porque, según parece, sabiendo que su capitán y caudillo, fray Martín de Valencia, se iba a embarcar en busca de otras nuevas gentes, con el mismo espíritu dejó la de Mechoacan en manos de sus compañeros y vino a Mexico, donde le acompañó y anduvo esta jornada con el dicho padre, aunque en ella, ni en otra que después intentó, no tuvo el beneplácito de Dios, antes le resistió y puso estorbos para que dejase los nuevos designios y volviese a su primer llamamiento, como al fin hubo de volver y acabar la vida en Mechoacan.

Embarcáronse, pues, entonces él y los otros en Tehuantepec, cuando estuvieron acabados los navíos; y al cabo de algunos días que navegaron, como iban a tiempo y no sabían la derrota que habían de llevar, cansáronse los marineros y también ellos mismos, y así los hubieron de echar en tierra en la costa de esta Nueva España. No escarmentó de ésta, este espiritual varón fray Martín de la Coruña, con el fervor de su buen espíritu, sino que quiso probar segunda vez lo que Dios ordenaba de él, y metióse en otros navíos que iban también en busca de tierras nuevas y fueron a parar a una isla donde no hallaron qué comer y padecieron mucha hambre, tanto que de ella murieron muchos españoles e indios que llevaban consigo. De suerte que compelidos de el gran trabajo y necesidad hubieron de volverse a esta tierra.

Otro de los doce, movido de celo de la religión, quiso ir con otros compañeros a la Isla Española, y llegados al puerto donde se habían de embarcar ordenó Dios un estorbo con que no pudo cumplir su viaje y se volvió. El primer provincial que se eligió, después que de custodia se hizo provincia esta de el Santo Evangelio, llamado fray García de Cisneros, uno de los doce, estaba determinado de pasar en España, pareciéndole que la obediencia de el sumo pontífice le obligaba a ir al santo Concilio Tridentino, que entonces se comenzaba, por ser prelado principal en esta nueva iglesia; y estándose aparejando para este viaje fue el Señor servido de atajarlo llevándolo a su gloria.

Fray Luis de Fuensalida, otro de los doce, después de haber sido acá custodio y sabido la lengua de los indios mejor que ninguno de sus compañeros se volvió a España, con cierto achaque que tomó para irse; mas su intento no fue sino de pasar en África a predicar a los moros y recibir martirio por amor de Jesucristo, como lo procuró en llegando allá, y tuvo licencia para ello, sino que después se la hizo revocar fray Pedro de Alcántara. Y teniéndole echado el ojo para provincial de su provincia de

San Gabriel, acordó de volver a esta Nueva España con deseo de enterrarse con sus compañeros. Mas esto no le concedió nuestro Señor (por ventura en pago y castigo de haber dejado su primera vocación, puesto que lo que él buscaba parecía de más perfección), porque murió en el camino, en la isla de San Germán, adonde quedó enterrado viniendo de vuelta para esta Nueva España.

CAPÍTULO XXII. *En que se prosigue la materia de las misiones y jornadas que hicieron algunos de los doce primeros religiosos de San Francisco*

NTRE LOS PRELADOS DE ESTA PROVINCIA, el que más cuidado tuvo de enviar ministros, que predicasen el Santo Evangelio por este nuevo mundo fue fray Antonio de Ciudad Rodrigo, que siendo provincial envió frailes por muchas y diversas partes a predicarlo y enseñarlo. En el año de 1537, recién electo en provincial, envió cinco frailes por la costa de el Mar de el Norte, que fueron predicando y enseñando la ley de Dios en las provincias de Huatzaqualco, Tabasco y Xicalanco, hasta llegar a Chanpoton (como arriba se dijo, tratando de la provincia de Yucatán), y en esta misión y predicación se detuvieron dos años. En el de 38 envió otros tres frailes en unos navíos de el marqués de el Valle, que fueron a descubrir por la Mar de el Sur y dieron en una tierra que, aunque al principio se sonó que era muy poblada y rica, como desean siempre los españoles que sea, después pareció ser pobre y no muy poblada; y a esta causa la dejaron, y se volvieron, y cuando se descubrió lo de Cíbola se supo cómo aquella tierra iba a confinar con la Florida; y a trechos poblada y fría como la de España.

En el mismo año de 38 envió otros dos frailes por tierra y por la misma costa de el Mar de el Sur, la vuelta hacia el norte por Xalisco y Nueva Galicia. Y yendo estos dos frailes en compañía de un capitán que iba también a descubrir nuevas tierras (aunque con diferentes fines) ya que pasaban la tierra que por aquella parte estaba descubierta, conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos; y el capitán escogió y se fue por el de la mano derecha, que parecía ir a la tierra adentro, declinada al norte. El cual, a muy pocas jornadas, dio en tan ásperas sierras y peñas que no pudiendo ir adelante fue compelido a volver atrás. De los dos frailes el uno cayó enfermo y también se volvió; y el otro, con dos intérpretes que llevaban compañía, tomó el camino de la mano izquierda, que iba hacia la costa, hallándolo abierto y seguido, y a pocas jornadas dio en tierra poblada de gente pobre; la cual salió al fraile teniéndole por cosa celestial y llamándole mensajero del cielo; y así salían a él a tocarle y besarle el hábito, pensando que había caído del cielo.

Estas gentes acompañaban a este religioso de jornada en jornada, dos-

San Gabriel, acordó de volver a esta Nueva España con deseo de enterrarse con sus compañeros. Mas esto no le concedió nuestro Señor (por ventura en pago y castigo de haber dejado su primera vocación, puesto que lo que él buscaba parecía de más perfección), porque murió en el camino, en la isla de San Germán, adonde quedó enterrado viniendo de vuelta para esta Nueva España.

CAPÍTULO XXII. *En que se prosigue la materia de las misiones y jornadas que hicieron algunos de los doce primeros religiosos de San Francisco*

NTRE LOS PRELADOS DE ESTA PROVINCIA, el que más cuidado tuvo de enviar ministros, que predicasen el Santo Evangelio por este nuevo mundo fue fray Antonio de Ciudad Rodrigo, que siendo provincial envió frailes por muchas y diversas partes a predicarlo y enseñarlo. En el año de 1537, recién electo en provincial, envió cinco frailes por la costa de el Mar de el Norte, que fueron predicando y enseñando la ley de Dios en las provincias de Huatzaqualco, Tabasco y Xicalanco, hasta llegar a Chanpoton (como arriba se dijo, tratando de la provincia de Yucatán), y en esta misión y predicación se detuvieron dos años. En el de 38 envió otros tres frailes en unos navíos de el marqués de el Valle, que fueron a descubrir por la Mar de el Sur y dieron en una tierra que, aunque al principio se sonó que era muy poblada y rica, como desean siempre los españoles que sea, después pareció ser pobre y no muy poblada; y a esta causa la dejaron, y se volvieron, y cuando se descubrió lo de Cíbola se supo cómo aquella tierra iba a confinar con la Florida; y a trechos poblada y fría como la de España.

En el mismo año de 38 envió otros dos frailes por tierra y por la misma costa de el Mar de el Sur, la vuelta hacia el norte por Xalisco y Nueva Galicia. Y yendo estos dos frailes en compañía de un capitán que iba también a descubrir nuevas tierras (aunque con diferentes fines) ya que pasaban la tierra que por aquella parte estaba descubierta, conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos; y el capitán escogió y se fue por el de la mano derecha, que parecía ir a la tierra adentro, declinada al norte. El cual, a muy pocas jornadas, dio en tan ásperas sierras y peñas que no pudiendo ir adelante fue compelido a volver atrás. De los dos frailes el uno cayó enfermo y también se volvió; y el otro, con dos intérpretes que llevaban compañía, tomó el camino de la mano izquierda, que iba hacia la costa, hallándolo abierto y seguido, y a pocas jornadas dio en tierra poblada de gente pobre; la cual salió al fraile teniéndole por cosa celestial y llamándole mensajero del cielo; y así salían a él a tocarle y besarle el hábito, pensando que había caído del cielo.

Estas gentes acompañaban a este religioso de jornada en jornada, dos-

cientas y trescientas personas juntas y a veces más de cuatrocientas. De estos que le acompañaban apartábanse los más de ellos, un poco antes de medio día, e iban a caza de liebres, conejos y venados, de que hay mucha abundancia en aquella tierra; y como ellos se saben dar buena maña en este ejercicio en poco tiempo traían mucha comida, y dando de ella primero al fraile repartían entre sí lo demás que quedaba; y de esta manera anduvo más de doscientas leguas. Y casi en todo este camino tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida y que tienen casas de terrado, y no sólo de un alto, sino de muchos altos y sobrados. Y otras gentes decían estar pobladas a las riberas de un grande río, adonde hay muchos pueblos cercados y que ha tiempos tenían guerras los señores de los unos pueblos con los de los otros; y que pasado aquel río estaban otros pueblos mayores y de gente más rica; y que también por aquella tierra había vacas mayores que las de España y otros animales muy diferentes de los de Castilla; y que de aquellos pueblos traían muchas turquesas, las cuales (y lo demás que está dicho) había entre aquella gente pobre, no que en aquellos pueblos se criase, ni en ninguna de sus tierras, sino que lo traían de los otros pueblos grandes adonde iban ha tiempos a trabajar y a ganar la vida, como hacen en España los jornaleros.

En demanda de esta tierra habían ya salido muchas y gruesas armadas por mar, y algunos ejércitos por tierra, y de todos la encubrió Dios, y quiso que un hombre, fraile descalzo, roto y mal remendado, la descubriese primero que otros. Y considérese esta verdad en la jornada que iba haciendo el capitán, que echó a manderecha para encontrarse con sierras inaccesibles, y que le obligaron a volverse; porque muchas veces quiere Dios que estas cosas no consistan, tanto en armas cuanto en confianza de ese mismo Dios que, como señor que es de todas las cosas, las allana las más veces, no tanto con guerra, cuanto con paz, por ser príncipe de ella. Y así fue, que cuando trajo la nueva este religioso a esta provincia de Mexico, al tiempo que la publicó, prometieron los que la gobernaban que no la conquistarían por hierro (como se ha conquistado casi todo lo que de Indias está descubierto), mas guardadas las condiciones y modificaciones que los doctores, teólogos y canonistas determinan; y que así se les predicaría el evangelio, al modo que tuvieron los apóstoles en la primitiva Iglesia, y según debe ser la predicación que se ha de hacer a los gentiles.

Buenas palabras eran éstas, si las obras conformaran con ellas; pero de estos buenos propósitos de nuestros españoles no hay que hacer caso, cuando ya tienen la masa entre las manos; porque entre ellos no hay hombre cuerdo a caballo. Como esta nueva fe derramó y voló brevemente por todas partes, como a cosa ya hallada, muchos, por muchas vías, se aprestaban con intento de ir en esta demanda. Era, a la sazón, provincial de esta provincia del Santo Evangelio, fray Marcos de Nisa, natural de la misma ciudad de Nisa, en el ducado de Saboya, hombre docto y muy religioso; el cual, por certificarse mejor de lo que aquel fraile había publicado, quiso ponerse a todo trabajo, tomando la delantera antes que otros se determinasen y fue con la mayor brevedad que pudo. Y hallando verdadera la

relación y señales que el fraile dio por las comarcas donde había llegado, dio la vuelta a Mexico y confirmó lo que el otro había dicho.

Visto esto por el virrey don Antonio de Mendoza, que a la sazón gobernaba él mismo, en persona, se apercibía para la jornada por más servir a su rey y señor y no permitir que aquellas gentes domésticas y simples fuesen tratadas de los españoles con la crueldad que estotras de las islas de Nueva España y Perú, sino que con ejemplo de toda caridad y humildad se les predicase la ley de Dios y su santo evangelio. Mas no tuvo efecto esta su determinación, porque no convenía privar esta tierra de la presencia de su persona, poniéndose en camino y viaje de tanta y tan larga distancia, cuyo suceso estaba dudoso; y así se lo aconsejaron todos, y a él le pareció sano el consejo. Y por esta causa, envió en su lugar a Francisco Vázquez Coronado, principal caballero y de celo cristiano, acompañado de mucha y muy lucida gente, con grande abundancia de bagaje y todas provisiones y de ganados de todas suertes; y diole por acompañado al provincial de San Francisco y otros religiosos.

Partió Francisco Vázquez Coronado, con su compañía, de Mexico por el año de 1540; y pasadas las provincias de Chiametla, Culhuacan y Cinaloa, que ya estaban descubiertas, entraron por el valle de Corazones y llegaron a las provincias de Cíbola, Tihuix, Quivira y otras muchas, hasta dar en la tierra de la Florida, de donde se volvieron con intento (según publicaban) de volver allá más de propósito. Y la ocasión que tomaron para volverse fue decir que les faltaba el agua, aunque pudo ser la principal ocasión no hallar en todas aquellas tierras otro Mexico como el de la Nueva España; porque ni Francisco Vázquez Coronado, que vivió después de vuelto poco tiempo, ni otro alguno se movió a volver a aquellas partes hasta que al cabo de cuarenta años (en el de 1581) movió Dios el corazón de un fraile viejo, muy devoto y celoso de la salud de las almas, por cierta relación que tuvo de unos indios, morando en el valle que llaman de San Bartolomé, a entrar la tierra adentro en busca de unas grandes poblazones que por ser tales las llamaban el Nuevo Mexico. Y para esto pidió licencia a sus prelados y dos sacerdotes que llevase consigo, como los llevó, mancebos teólogos de muy buen espíritu; y con doce soldados que les quisieron acompañar partieron en aquella demanda.

Fueron discurriendo hacia la parte del norte y, caminadas ya doscientas y cincuenta leguas, llegaron a una provincia que se llama de los Tihuas. Viendo los soldados que entraban en tierra poblada de cantidad de gente y que ellos eran pocos para resistir a los sucesos que se podían ofrecer en tanta distancia de la vivienda de los españoles y tan lejos del necesario socorro, acordaron de volverse; lo cual pienso no hiciera Fernando Cortés, si en aquella ocasión se viera, porque a los osados o animosos (dijo el otro poeta)[1] ayuda la fortuna.

Los frailes, que los vieron en esta determinación, animáronlos lo más que pudieron a la perseverancia; pero no queriendo los soldados se deter-

[1] Virgil. Aen. 10 et Probin. Claudian. Ovid. Metha. lib. 10.

minaron a proseguir su viaje, confiados de que aquella gente los había recibido amorosamente otras veces y los trataban con humanidad. Y anduvieron otras ciento y cincuenta leguas más, que todas son 400 de Mexico. Vueltos los soldados (que sin duda bastaran para el seguro de los religiosos) dieron noticia de cómo quedaban en aquel riesgo. Y entendiendo los prelados de la orden en poner diligencia de enviar gente, porque aquellos frailes no pereciesen, ofrecióse a ello Antonio Espejo, hombre honrado y rico y deseoso de emplear su hacienda en servicio de Dios y de su rey. Este capitán partió por el mes de noviembre del año siguiente de 82, con buena compañía de soldados y más de cien caballos y muchas armas, municiones y bastimentos y gente de servicio, y con él un fraile de San Francisco, llamado fray Bernardino Beltrán. Pasó por muchas provincias, donde siempre fue recibido de paz (como todo esto se puede ver en las relaciones que andan impresas), y halló que los religiosos habían sido muertos a manos de aquellos infieles, donde quedaron. Llamábanse fray Francisco López y fray Juan de Santa María, los sacerdotes, y el lego fray Agustín Rodríguez, cuyas muertes se pueden ver en el libro de sus vidas. Dio la vuelta para tierra de cristianos y llegó allá por principio de julio del año siguiente de 83. De suerte que con esta ocasión se descubrieron aquellas amplísimas tierras que llaman el Nuevo Mexico, para donde el año de 96, por orden y mandato del rey Felipe Segundo, de este nombre, envió el conde de Monte-Rey, virrey de esta Nueva España, por general de esta empresa a don Juan de Oñate, hijo de Christóbal de Oñate; y fueron con él religiosos de San Francisco, como después se dirá.

Este discurso se ha hecho por decir el origen que tuvo el descubrimiento de aquellas tierras que fue aquel religioso que envió el provincial de esta provincia a descubrir naciones infieles. El cual dio noticia de ellas el año 1538. Y luego el año de 39 entraron otros dos frailes por la parte de Mechoacan, a unas gentes que se llaman teules chichimecas, que ya otras veces habían consentido entrar en sus tierras frailes menores, y los habían recibido de paz y con mucho amor, aunque de los españoles siempre se habían defendido y vedádoles la entrada por ser gente belicosa; y tampoco a los españoles se les daba mucho, viendo el poco interese que podían sacar de ellos; pues poseen poco más que un buen arco con sus flechas, salvo si a los mismos indios pudieran cazar para venderlos por cautivos, que es el trato que en aquellos tiempos usaban; por donde los chichimecas y las demás naciones indianas siempre se han alterado y remontado (que antes de recibir estas malas obras nunca dejaron de recibir y acariciar a los que de nuevo entraban en sus tierras).

Pues en esta que ahora digo descubrieron aquellos dos frailes cerca de treinta pueblos pequeños, de hasta cuatrocientas o quinientas personas, los mayores de ellos. Éstos recibieron de muy buena voluntad la doctrina cristiana y trajeron sus hijos al bautismo. Y por tener más paz y disposición de recibir la fe, pidieron libertad de tributo por algunos años y que después lo darían moderado de lo que cogiesen y criasen en sus tierras. Y con esta condición darían la obediencia al rey de Castilla. Lo cual, todo se lo con-

cedió el virrey don Antonio de Mendoza, y así vinieron al gremio de la Iglesia.

De esta manera han hecho después acá los frailes franciscos muchas entradas por las tierras de estos que llaman chichimecas, que ocupan la tierra hacia el poniente y norte, en los contornos del reino de Mexico y de las provincias de Mechoacán y Xalisco y la Huaxteca, y son de muchas y muy diferentes lenguas, y andan como venados, sin tener casas ni policía de hombres. Y a muchos de ellos han traído los frailes a la obediencia de la santa madre Iglesia y de nuestros reyes de Castilla, y puéstolos en poblazones ordenados y echóles sus iglesias; y hoy en día hacen las provincias de Xalisco y Zacatecas, aunque no a pocos les ha costado la vida; porque alborotándose por vejaciones de españoles, luego lo pagan los frailes, como (con el favor de Dios) se verá parte de esto en los libros que restan.

CAPÍTULO XXIII. *De algunas cosas tocantes a la conversión de las Islas Filipinas y de su descripción y ministros*

CONSIDERANDO, CON CELO CRISTIANO Y RELIGIOSO, cuán grandes son los frutos que los ministros de el evangelio hacen en los anchísimos y extendidos reinos de Japón y Islas Filipinas, quiero muy en particular (aunque brevemente) dar alguna noticia de las cosas de aquellos reinos y tierras. Lo uno para gloria de nuestro Señor y para poner ánimo a los celosos de la salud de las almas, para que se aparejen y dispongan a ir a tan santa jornada. Y lo otro para destruir la mala opinión en que éstos tan sin razón tienen aquellas tierras; en la cual la han puesto algunas personas amadoras de sí mismas y poco celosas de el bien de las almas, o por no tener sus gustos tan a lo ancho como desean o por no haberse hallado allá con la salud corporal que quisieran, como si aquellos reinos y tierras tuvieran obligación de eternizar y perpetuar para que en ellas nunca haya enfermos o disgustosos; pues en la misma España y en todas las Indias y aun en la Tierra Santa, que Cristo nuestro Señor pisó con sus divinos pies, vemos que también se mueren y se disgustan y enferman los hombres. Y así diré aquí con toda verdad lo que hay, según por relaciones fidedignas que tengo en mi poder, con mucha particularidad se ha sabido. Y comenzando por lo primero que de aquellas provincias se descubrió, que son las Filipinas, diré después de su demarcación y aumento lo que otros con más extensión en otras ocasiones han dicho.

En las Islas Filipinas (como es muy notorio) anda, para gloria de Dios, muy viva la conversión de las almas, y hay en ellas muchos y muy buenos ministros de todas órdenes mendicantes, de padres dominicos, franciscos, agustinos, clérigos y padres de la Compañía de Jesús, y tienen todas religiones sus distritos.

Los padres dominicos tienen convento en la ciudad de Manila, en el cual

cedió el virrey don Antonio de Mendoza, y así vinieron al gremio de la Iglesia.

De esta manera han hecho después acá los frailes franciscos muchas entradas por las tierras de estos que llaman chichimecas, que ocupan la tierra hacia el poniente y norte, en los contornos del reino de Mexico y de las provincias de Mechoacán y Xalisco y la Huaxteca, y son de muchas y muy diferentes lenguas, y andan como venados, sin tener casas ni policía de hombres. Y a muchos de ellos han traído los frailes a la obediencia de la santa madre Iglesia y de nuestros reyes de Castilla, y puéstolos en poblazones ordenados y echóles sus iglesias; y hoy en día hacen las provincias de Xalisco y Zacatecas, aunque no a pocos les ha costado la vida; porque alborotándose por vejaciones de españoles, luego lo pagan los frailes, como (con el favor de Dios) se verá parte de esto en los libros que restan.

CAPÍTULO XXIII. *De algunas cosas tocantes a la conversión de las Islas Filipinas y de su descripción y ministros*

CONSIDERANDO, CON CELO CRISTIANO Y RELIGIOSO, cuán grandes son los frutos que los ministros de el evangelio hacen en los anchísimos y extendidos reinos de Japón y Islas Filipinas, quiero muy en particular (aunque brevemente) dar alguna noticia de las cosas de aquellos reinos y tierras. Lo uno para gloria de nuestro Señor y para poner ánimo a los celosos de la salud de las almas, para que se aparejen y dispongan a ir a tan santa jornada. Y lo otro para destruir la mala opinión en que éstos tan sin razón tienen aquellas tierras; en la cual la han puesto algunas personas amadoras de sí mismas y poco celosas de el bien de las almas, o por no tener sus gustos tan a lo ancho como desean o por no haberse hallado allá con la salud corporal que quisieran, como si aquellos reinos y tierras tuvieran obligación de eternizar y perpetuar para que en ellas nunca haya enfermos o disgustosos; pues en la misma España y en todas las Indias y aun en la Tierra Santa, que Cristo nuestro Señor pisó con sus divinos pies, vemos que también se mueren y se disgustan y enferman los hombres. Y así diré aquí con toda verdad lo que hay, según por relaciones fidedignas que tengo en mi poder, con mucha particularidad se ha sabido. Y comenzando por lo primero que de aquellas provincias se descubrió, que son las Filipinas, diré después de su demarcación y aumento lo que otros con más extensión en otras ocasiones han dicho.

En las Islas Filipinas (como es muy notorio) anda, para gloria de Dios, muy viva la conversión de las almas, y hay en ellas muchos y muy buenos ministros de todas órdenes mendicantes, de padres dominicos, franciscos, agustinos, clérigos y padres de la Compañía de Jesús, y tienen todas religiones sus distritos.

Los padres dominicos tienen convento en la ciudad de Manila, en el cual

hay comunidad de religiosos, tienen a Minondo y a Batan, y la provincia de Pangansinan y Cagayanes, adonde en pocos años han hecho grande obra en la conversión de las almas.

Los padres franciscos descalzos de la provincia de San Gregorio tienen también convento de comunidad en la ciudad de Manila, donde de ordinario hay treinta y cuarenta religiosos. Tienen también otro convento una legua de Manila, llamado San Francisco de el Monte, muy devoto y recoleto, adonde se recogen a dar a Dios algunos religiosos, cansados de la conversión, para volver otra vez de nuevo con nuevo espíritu y fervor a la conversión. Tienen también otros muchos conventos, así alrededor de Manila y en su laguna, como en toda la provincia de Camarines, que son treinta y seis o treinta y siete conventos. Tienen también los religiosos franciscos dos hospitales a cargo, en la ciudad de Manila; el uno es el Hospital Real de los españoles y el otro de los indios, edificado por el bienaventurado padre fray Juan Clemente, fraile lego y sin letras, mas muy alumbrado con particular espíritu, y luz del cielo para todas las obras de misericordia. En estos dos hospitales se ejercitan religiosos en las obras de caridad y misericordia con los próximos, adonde son curados los cuerpos y almas de los enfermos con notable ejemplo de todo el mundo y de todos los infieles de aquellos grandes reinos. Así como también los padres dominicos se ejercitan en curar los chinos o sangleyes, con extraña caridad, en otro hospital que tienen allí en la misma ciudad, adonde se ganan hartas almas para Dios.

Los padres agustinos están extendidos, así en Manila, a donde también tienen su casa de comunidad, como en la Pampanga, tierra muy rica y de Ilocos y pintados, donde han hecho mucho fruto en las almas.

Los padres de la Compañía se han extendido por las islas de Leytesamar y Ibabao, y allí andan también en la conversión.

La provincia que llamamos de Manila se extiende desde la contra costa de Mauban y vertientes de hacia Camarines, hasta la isla de Mindoro y sus vertientes. Es la ciudad de Manila, de un cuarto de legua de Box, en la cual habrá como quinientos vecinos españoles; mas de gentes extrañas hay infinito número. Es esta ciudad muy cálida y de no muy buen temple por estar orillas de el mar, por los rayos y reflejos de el sol de la misma agua de la mar; aunque con los muchos y buenos edificios de piedra que se han hecho y hacen, tiene algo mejor temple, y con las buenas comidas que en ella hay. Los conventos que tenemos en los montes que allá llaman tingues son de muy frescos temples y muy regalados y siempre hay buena marea. Comúnmente se muere allí la gente por ser destemplados con mujeres y en el vino, como de ello dan testimonio los médicos y, según Aristóteles, dos agentes de una misma especie se ayudan y refuerzan el uno al otro; fuego de el vino y fuego de la carne se ayudan mucho para destruir la flaca naturaleza de el hombre. Y esto es así verdad; y aunque lo es, que Manila y algunas otras partes de las islas son enfermizas, pero quien se guarda y llega a Dios, y templa sus demasiados y destemplados gustos, vive mucho y muchos años. Especialmente es tierra para viejos porque es

cosa extraña lo que viven porque el vino de aquella tierra los sustenta admirablemente como ya por larga experiencia se ha visto.

Hay en las Filipínas, fuera de Manila, otras poblazones de españoles como son la ciudad de Cáceres, en la provincia de Camarines, la villa de Otón y la ciudad de el Santísimo Nombre de Jesús de Cebri, y la villa de la Nueva Segovia, en Cagayanes. Hay muchos niños españoles y niñas y doncellas españolas.

Hay en las Filipinas mucho pan de trigo, no de la misma tierra porque nadie se ha dado a sembrarlo; pero tráese de Japón cada año en gran cantidad en dos o tres navíos, de que queda llena la tierra. Digo esto porque hay algunos tan temerosos de ir allá por entender que no hay pan de trigo, que piensan que la muerte está allí, a la lengua del agua, para cogerlos si no hay pan. Digo, pues, que hay pan de trigo y muy bueno y que todos, pobres y ricos, comen pan cuanto quieren, y se amasa en Manila y en las demás partes, y se vende el pan públicamente como en España y Mexico; y es el pan muy lindo, blanco y sabroso. Hay también mucha verdura, como coles, rábanos, lechugas, chile, tomates, frijoles y otras legumbres.

Fuera de esto hay mucho arroz que se da universalmente en toda la tierra, lindo, blanco y abundante y a veces a algunos les sabe más la morisqueta de el arroz que el pan, y engordan con él que es para alabar a Dios; y para la naturaleza que se contenta con poco basta tanta comida.

Hay mucho y muy buen vino de la tierra, de palmas de cocos, y le hacen como le quieren, o muy fuerte o muy templado, y lo adoban con un puño de arroz tostado y un huevo batido y un puño de azúcar, echado en la tinaja, y se pone como vino de Castilla en el color y sabor.

El vino de Castilla no falta, porque su majestad da a cada sacerdote una arroba cada año, y llevan mucho de el Perú y por la India de Portugal, y mucho vino de pasa. Hay vino de arroz muy lindo y sabroso, y nunca en Filipinas se vido a nadie morirse por falta de vino, sino por sobra de él.

Hay muchas y muy lindas aguas, ríos y fuentes, lindos valles, largas vegas, grandes montes, de muchas y muy ricas maderas; mucho y muy buen pescado; lo cual no se puede encarecer con pluma, y pasan todos en cuanto a este regalo muy buenas cuaresmas.

La gente de las islas es muy buena, los varones agudos y bien dispuestos y las mujeres hermosas y graciosas; y es toda gente de muy buenos entendimientos, y de natural alegre y no triste. Es gente que se viste muy bien, usan de terciopelo, raso, damasco, tafetán y mantas, y en algunas partes usan las mujeres traer una corona de oro que llaman salimán. Usan de orejeras grandes de oro, muy labradas y de ajorcas de oro en las muñecas y de otros adornos. Los hombres y mujeres son muy codiciosos, por lo cual trabajan siempre por ganar y tener hacienda, aunque hay algunas diferencias de lenguas; con todo eso, sabiendo la lengua de Manila y Camarines, que son generales, basta.

Reciben la fe muy bien y los santos sacramentos, y se esmeran en el santo sacramento de la penitencia, porque, aunque hayan cometido los más graves pecados, los confiesan con gran dolor y distinción; y a religioso ha

acaecido, haciendo a algunos hombres y mujeres exortación antes de la confesión, de que se confesasen enteramente de sus pecados, correrse ellos y ellas, diciendo: Pues, padre, ¿vengo yo aquí si no para descubrirte mis culpas y llagas, para salir curado?

Estas gentes de estas islas eran gentiles y adoraban ídolos, y no son moros como algunos falsamente los llaman; llamaban a sus ídolos Anito. Es gente que tiene mucho oro, esclavos, sementeras, tierras, labranzas y pesquerías. Dan limosna de buena gana a los religiosos, de lo que pueden y tienen.

Por ejemplo que se debe a gentes de tantos y tan diversos reinos y tierras, como allí hay, se celebran las festividades con grandísima solemnidad, especialmente la Semana Santa, y pone particular espíritu ver la mucha devoción que muestran aquellos nuevos pimpollos de la iglesia, con gran sentimiento de la pasión de nuestro señor Jesucristo, haciendo también ellos muchas disciplinas y mortificaciones en tales días.

Van a Manila naos de casi todo el mundo, que no es otra pequeña grandeza de aquella ciudad y de las Islas Filipinas, porque allí hay naos de castellanos y de portugueses de la India, y Macán, Maluco, Malaca, de la gran China, de el Japón, de Burney, de Siam, de Patán y de otros reinos y tierras que bastecen las Islas Filipinas de todos géneros de comida, como es de trigo y harina, de cosas aromáticas, nueces, castañas, higos, ciruelas, pasas, naranjas, peras y de todo género de conservas y otras muchas frutas. Danse en las Filipinas parras y hay uvas, aunque no en mucha cantidad, sino las que cada uno cría en su casa, y se dan tres veces al año, de cuatro en cuatro meses. En la ciudad de el Santísimo Nombre de Jesús de Cebri hay mucha miel blanca y de cañas dulces; hay panales, cera, melones, frutas de la tierra, pepinos, sandías; hay mucha caza, como venados, jabalíes, puercos caseros, gallinas, patos, caballos y yeguas; muchas estancias de vacas, muchas cabras y los campos llenos de búfanos. No sé que más se le puede pedir a la tierra.

Hay en la provincia de Camarines, que está ochenta leguas de Manila, dos altísimos montes, el uno de fuego y el otro de agua. El de agua tiene por sus faldas muchos y muy amenos pueblos, cuyas sementeras y huertas se riegan con los muchos y hermosos ríos que bajan de el alto monte; el otro monte de fuego es muy alto y puntiagudo y muy hermoso, y tan igual por todas partes, que parece un bello montón de trigo, y se ve de mar en fuera algunas leguas, llámase Mayongue y echa fuego por tres bocas, y de arriba se trae abajo gran cantidad de muy fina piedra azufre para la pólvora y otros menesteres de las armadas reales.

Hay águilas reales, garzas, patos, cuervos marinos, gansos, palomas, tórtolas y otras muchas aves y pájaros. Los portugueses traen de el Maluco muchas calandrias y papagayos, y de Japón y China, traen también muy lindos pájaros cantores. Hay también en Filipinas gran suma de papagayos blancos de mucha estima, y hay también en todas las islas muchos micos.

Véndense en el parián o mercado de los chinos y japoneses, en Manila, todo cuanto se puede imaginar de curiosidades, así de oro, plata y perlas

y aljófar, como de marfil, seda, loza, almizque, ámbar, canela, pimienta, clavo, nuez moscada y otra infinidad de cosas, como en Milán o España; y hay allí hombres de todos cuantos oficios hay en cualquiera buena república. Hay también cierto género de azafrán, que se coge allí, llamado casubha. Y sería cosa muy prolija querer relatar aquí por menudo todo lo bueno que hay en las Islas Filipinas. Y aunque tiemblan algunos de ir por allá, por el calor, digo otra vez que hay muchos pueblos y lugares muy templados y frescos y de muy linda vivienda.

CAPÍTULO XXIV. *Que trata de algunas cosas tocantes a la conversión de el Japón y de los ministros que han ido a aquellos reinos*

ESPUÉS DE EL MARTIRIO DE NUESTROS SEIS SANTOS religiosos (de el cual trataremos en el libro de los ministros evangélicos de estos reinos de las Indias) que por orden de el emperador Taycosama fue hecho en el Japón, en la ciudad de Nangasaqui, y salida de los españoles y otros religiosos que allí se habían quedado, quedóse el padre fray Gerónimo de Jesús, uno de sus compañeros, trocado el hábito y encubierto; y se entró escondido la tierra adentro, hasta que este emperador Taycosama murió, por cuya muerte entró en el imperio Dayfusama (que antes de ser emperador se llamó Yeyasudono) al cual había dejado su antecesor por gobernador de sus reinos, en compañía de otros cuatro gobernadores, hasta que tuviese edad para introducirse en él un hijo que dejaba de edad de doce años, casado con una nieta de Yeyasudono, lo cual el difunto hizo por ser este Yeyasudono uno de los más poderosos reyes de el Japón y hombre de mucho valor y esfuerzo; el cual, habiendo justiciado a los otros gobernadores que le quisieron echar de el gobierno, quedóse solo en él, y trocando el nombre, como lo acostumbran los emperadores de el Japón, se llamó Dayfusama, que quiere decir gran ventura. Y fuelo muy grande suya vencer a los cuatro gobernadores, porque en los campos y ejércitos que formaron los unos contra los otros sacaron los gobernadores 200 mil hombres, y Dayfusama solos 100 mil y con la mitad de la gente menos los venció y hizo justicia de ellos. Y fuelo también grande para el Japón, porque era moralmente, aunque gentil, bien inclinado, pacífico y poco codicioso; con esto comenzó a gobernar en conservación de el poderoso proprio suyo, llamado de el Quanto, los grandes y extendidos reinos de el Japón.

Luego que Dayfusama gobernaba se vino el padre fray Gerónimo al Miacoi, y tuvo orden de darse a conocer a un criado de Dayfusama y decirle muchas cosas de las Filipinas y de el rey de España, y de sus reinos y señoríos, especialmente de los que tenía en la Nueva España y Perú, de quién las Filipinas dependían y tenían correspondencia; y cuán bien le estaría a Dayfusama la amistad y trato con los españoles. Todas estas cosas

y aljófar, como de marfil, seda, loza, almizque, ámbar, canela, pimienta, clavo, nuez moscada y otra infinidad de cosas, como en Milán o España; y hay allí hombres de todos cuantos oficios hay en cualquiera buena república. Hay también cierto género de azafrán, que se coge allí, llamado casubha. Y sería cosa muy prolija querer relatar aquí por menudo todo lo bueno que hay en las Islas Filipinas. Y aunque tiemblan algunos de ir por allá, por el calor, digo otra vez que hay muchos pueblos y lugares muy templados y frescos y de muy linda vivienda.

CAPÍTULO XXIV. *Que trata de algunas cosas tocantes a la conversión de el Japón y de los ministros que han ido a aquellos reinos*

ESPUÉS DE EL MARTIRIO DE NUESTROS SEIS SANTOS religiosos (de el cual trataremos en el libro de los ministros evangélicos de estos reinos de las Indias) que por orden de el emperador Taycosama fue hecho en el Japón, en la ciudad de Nangasaqui, y salida de los españoles y otros religiosos que allí se habían quedado, quedóse el padre fray Gerónimo de Jesús, uno de sus compañeros, trocado el hábito y encubierto; y se entró escondido la tierra adentro, hasta que este emperador Taycosama murió, por cuya muerte entró en el imperio Dayfusama (que antes de ser emperador se llamó Yeyasudono) al cual había dejado su antecesor por gobernador de sus reinos, en compañía de otros cuatro gobernadores, hasta que tuviese edad para introducirse en él un hijo que dejaba de edad de doce años, casado con una nieta de Yeyasudono, lo cual el difunto hizo por ser este Yeyasudono uno de los más poderosos reyes de el Japón y hombre de mucho valor y esfuerzo; el cual, habiendo justiciado a los otros gobernadores que le quisieron echar de el gobierno, quedóse solo en él, y trocando el nombre, como lo acostumbran los emperadores de el Japón, se llamó Dayfusama, que quiere decir gran ventura. Y fuelo muy grande suya vencer a los cuatro gobernadores, porque en los campos y ejércitos que formaron los unos contra los otros sacaron los gobernadores 200 mil hombres, y Dayfusama solos 100 mil y con la mitad de la gente menos los venció y hizo justicia de ellos. Y fuelo también grande para el Japón, porque era moralmente, aunque gentil, bien inclinado, pacífico y poco codicioso; con esto comenzó a gobernar en conservación de el poderoso proprio suyo, llamado de el Quanto, los grandes y extendidos reinos de el Japón.

Luego que Dayfusama gobernaba se vino el padre fray Gerónimo al Miacoi, y tuvo orden de darse a conocer a un criado de Dayfusama y decirle muchas cosas de las Filipinas y de el rey de España, y de sus reinos y señoríos, especialmente de los que tenía en la Nueva España y Perú, de quién las Filipinas dependían y tenían correspondencia; y cuán bien le estaría a Dayfusama la amistad y trato con los españoles. Todas estas cosas

tuyo lugar el criado de Dayfusama de contárselas, el cual, muchos días había que el trato y comercio que los portugueses tenían asentado en Nangasaqui, deseaba tenerlo en sus reinos de el Quanto, de que era señor natural, para más ennoblecellos; y pareciéndole que por este camino se podía entablar, por lo que fray Gerónimo refería, le mandó llamar por el mes de diciembre de el año de 1600, que como hemos dicho había quedado oculto en Japón, por mandato y obediencia de el santo comisario y mártir de Cristo fray Pedro Bautista, para que si se encrueleciese la persecución contra los cristianos, quedase allí para animarlos y padecer con ellos, si necesario fuese.

Puesto fray Gerónimo en presencia de el emperador, le mostró mucho amor y afabilidad y preguntóle quién era. El religioso le contó cómo había quedado en Japón después de el martirio de sus compañeros y que era religioso de los que el gobernador de Manila había enviado, viviendo su antecesor Taycosama, a tratar de la paz y amistad de los españoles, y habían padecido, como era notorio, habiendo convertido cristianos y tenido algunos hospitales y casas en la corte y otras ciudades de Japón, curando los enfermos y haciendo otras obras de piedad, sin pretender otro premio, ni interés, más que servir a Dios y enseñar a las almas de aquel reino la ley y camino por donde se habían de salvar y servir a los prójimos en esto y en obras de caridad, especialmente a los pobres como él y los de su religión lo profesaban sin buscar ni tener bienes, ni haciendas en la tierra, viviendo y sustentándose de solas las limosnas que para ello les daban. Tras estas cosas le dijo quién era el rey de España y cómo era cristiano y los grandes reinos y estados que en el mundo poseía en todas partes, y que la Nueva España, Perú y Filipinas y la India eran suyas y todo lo gobernaba y defendía procurando, principalmente, el aumento y conservación de la fe de nuestro señor Jesucristo, Dios verdadero, que crió el universo; dándole a entender otras cosas tocantes a la religión cristiana, como mejor pudo, y que si quería amistad con su majestad y sus vasallos de Manila, él ternía mano para asentarla y con sus virreyes de la Nueva España y Perú, que le sería muy útil, y provechosa para todos sus reinos y señoríos de Japón.

Aunque todo le cuadró al emperador lo que había oído, esto último de la amistad y trato con los españoles, por el provecho e interés que de ello se le podía seguir, se le asentó mejor que todo, no reprobando por esto la religión cristiana de que fray Gerónimo había hablado. Mandóle estar en sus palacios y aun a su secretario mandó que tuviese cuenta con su regalo, dándole de comer y todo lo necesario. Trató, en esta vista y en otras que el emperador tuvo con fray Gerónimo (que ya salía en público y con su hábito de fraile menor), de lo que era amistad con el gobernador de Manila y que los españoles de ella viniesen con sus navíos y rescates, cada año, al Quanto, donde tendrían puerto y su contratación asentada, y que sus japones desde allí también navegasen a la Nueva España, donde tuviesen la misma amistad y trato. Y por entender que el viaje era largo y que para él había de menester navíos de españoles en que hacerlos, que el gobernador de Manila le enviase maestros y oficiales que los fabricasen; y que en

el dicho reino y puerto principal de el Quanto, que es a la banda de el norte de el Japón, tierra de montañas y abundante de minas de plata (que no se benefician por no haber quién lo sepa hacer), tenían su casa y morada fray Gerónimo y los compañeros que más quisiese entre los españoles que allí viniesen, como los de la compañía la tenían con los portugueses en Nangasaqui. Fray Gerónimo (que por cualquier vía que fuese deseaba volver a restituir la causa de sus religiosos y de la conversión de el Japón, por su mano, como habían comenzado, viviendo los mártires y que este fin solo le movía) no dudó de facilitar una y muchas veces sus deseos a Dayfusama, y certificarle ternían cierta conclusión por medio suyo y que en nada habría dificultad que lo impidiese; con lo cual Dayfusama se le mostraba favorable y más afecto a las cosas de Manila que lo había sido Taycosama, su predecesor, asegurando haría buena acogida a los españoles en Japón, y que los navíos que allá fuesen de arribada, o en otra cualquier manera, los mandaría aviar y despachar de todo lo necesario; y no consentiría que ningún japón saliese a robar, ni hacer daños en las costas de Filipinas. Y porque supo que de la isla de Zacuma, y de otros puertos de los reinos de abajo, habían aquel año salido seis navíos de corsarios japones que tomaron y robaron dos navíos de Chinas, que entraban en Manila con todas sus mercaderías, y hecho otros muchos daños en la costa de ella, los mandó luego buscar en su reino; y habiendo sido presos más de cuatrocientos hombres, a todos los hizo crucificar. Y asimismo mandó que los navíos de harinas y otras mercaderías, que iban cada año de Nangasaqui a Manila, no fuesen de allí adelante tantos, sino los que bastasen para la provisión de Manila, con licencia y voluntad del gobernador de ella, porque allá no pudiesen ser de daño ni perjuicio.

De todo esto y de la llamada de el emperador al padre fray Gerónimo, y de los favores que le hizo, resultó grande gloria a nuestro Señor y provecho a la conversión. Porque a la sombra de estos favores levantaron cabeza los padres de la compañía, que con la persecución y martirio de los santos frailes menores andaban escondidos y a sombra de tejado; y a la corona de Castilla y a sus provincias de Filipinas les estuvo muy a cuento. Y tanto lo hacía este bendito religioso por lo uno como por lo otro, aunque el servicio de Dios y el conocimiento de su santo nombre es primero en todo como el mismo Cristo lo dijo:[1] Buscad primero el reino de Dios y todas las otras cosas, tocantes al reino temporal, se os harán bien y a gusto. Por esto buscaba primero este santo religioso en la conversión de estos infieles el reino santo de los cielos, para que de recudida y segundariamente el de el rey Felipe tuviese aciertos buenos. Dijo pues un día el emperador a fray Gerónimo que se fuese a los reinos de el Quanto, que está ochenta leguas de el Miaco, y que le daba licencia para que allí edificase iglesia y predicase (negocio verdaderamente de el cielo); para esto le dio caballos y criados que le acompañasen.

[1] Math. 6.

En estos reinos de el Quanto están las universidades, donde se leen y aprenden todas las sectas que se guardan en Japón. Aquí está cerca un monte donde suben todos a hacer cierta reverencia al demonio. En otro monte hacen al demonio otra romería a la cual suben todos, hombres y mujeres, después de haberse lavado cincuenta días antes en un río frigidísimo que está abajo, y después suben arriba (a su parecer) purificados y limpios, y allí se les parece el demonio, a unos en forma humana, a otros en figura de cuervo, a otros de lechuza y a otros de culebra, y en otras espantosas formas y figuras. Yendo pues el padre fray Gerónimo a esta santa empresa, no quiso subir por el camino en los caballos que el emperador le había dado; antes mandó a los criados que subiesen ellos en ellos, sino era cuando ya no podía más de cansado que entonces subía, por muy breve espacio, en uno, para alivio de su trabajo; porque siempre procuró ir como hijo verdadero de San Francisco, lo cual todo dijeron los criados al emperador, de lo que él quedó muy edificado y dijo: ¿Quién me dice mal de estos padres franciscos, diciendo que vienen por espías para tomar mi reino? No tienen ellos talle de tomar un reino de mujeres. Llegó el padre fray Gerónimo al Quanto y luego hizo una iglesia, aunque pequeñita, con título de Nuestra Señora de el Rosario, adonde predicó muchos días y bautizó muchos gentiles y echó el demonio de el cuerpo de un niño, e hizo otras cosas maravillosas que se dejan de decir por brevedad.

CAPÍTULO XXV. *Que prosigue la materia de el pasado y de lo que a Manila escribió fray Gerónimo de Jesús, con cuyas cartas vino por embajador un criado de el emperador; y de los ministros que salieron de todas las tres órdenes para esta conversión y jornada*

EN ESTOS TIEMPOS APRETABA, CADA DÍA, Dayfusama más a fray Gerónimo para lo que había tomado a su cargo; y fray Gerónimo le respondió que ya había escrito y escribiría de nuevo sobre las dichas materias al gobernador y Audiencia Real que en Manila había, y pidió a Dayfusama que estas cartas y recaudos (para que fuesen con más autoridad y crédito) las llevase criado y persona de su casa, y Dayfusama lo tuvo por bien y las despachó con el capitán Chiquiro, japón infiel, su criado, que llevó un presente de armas diferentes al gobernador y las cartas de fray Gerónimo sin carta particular de Dayfusama, mas de lo que en su nombre fray Gerónimo decía, escribía y pedía y daba a entender el mejor estado que ya tenían las cosas de la paz y amistad de las Filipinas con el Japón, y lo que Dayfusama prometía y aseguraba; y que para afijar esto más, él le había prometido que los españoles irían con sus navíos de trato al Quanto, y que el gobernador le enviaría maestros y oficiales para fabricar navíos con que se navegase desde el Japón a la Nueva España, y el trato y amistad

En estos reinos de el Quanto están las universidades, donde se leen y aprenden todas las sectas que se guardan en Japón. Aquí está cerca un monte donde suben todos a hacer cierta reverencia al demonio. En otro monte hacen al demonio otra romería a la cual suben todos, hombres y mujeres, después de haberse lavado cincuenta días antes en un río frigidísimo que está abajo, y después suben arriba (a su parecer) purificados y limpios, y allí se les parece el demonio, a unos en forma humana, a otros en figura de cuervo, a otros de lechuza y a otros de culebra, y en otras espantosas formas y figuras. Yendo pues el padre fray Gerónimo a esta santa empresa, no quiso subir por el camino en los caballos que el emperador le había dado; antes mandó a los criados que subiesen ellos en ellos, sino era cuando ya no podía más de cansado que entonces subía, por muy breve espacio, en uno, para alivio de su trabajo; porque siempre procuró ir como hijo verdadero de San Francisco, lo cual todo dijeron los criados al emperador, de lo que él quedó muy edificado y dijo: ¿Quién me dice mal de estos padres franciscos, diciendo que vienen por espías para tomar mi reino? No tienen ellos talle de tomar un reino de mujeres. Llegó el padre fray Gerónimo al Quanto y luego hizo una iglesia, aunque pequeñita, con título de Nuestra Señora de el Rosario, adonde predicó muchos días y bautizó muchos gentiles y echó el demonio de el cuerpo de un niño, e hizo otras cosas maravillosas que se dejan de decir por brevedad.

CAPÍTULO XXV. *Que prosigue la materia de el pasado y de lo que a Manila escribió fray Gerónimo de Jesús, con cuyas cartas vino por embajador un criado de el emperador; y de los ministros que salieron de todas las tres órdenes para esta conversión y jornada*

EN ESTOS TIEMPOS APRETABA, CADA DÍA, Dayfusama más a fray Gerónimo para lo que había tomado a su cargo; y fray Gerónimo le respondió que ya había escrito y escribiría de nuevo sobre las dichas materias al gobernador y Audiencia Real que en Manila había, y pidió a Dayfusama que estas cartas y recaudos (para que fuesen con más autoridad y crédito) las llevase criado y persona de su casa, y Dayfusama lo tuvo por bien y las despachó con el capitán Chiquiro, japón infiel, su criado, que llevó un presente de armas diferentes al gobernador y las cartas de fray Gerónimo sin carta particular de Dayfusama, mas de lo que en su nombre fray Gerónimo decía, escribía y pedía y daba a entender el mejor estado que ya tenían las cosas de la paz y amistad de las Filipinas con el Japón, y lo que Dayfusama prometía y aseguraba; y que para afijar esto más, él le había prometido que los españoles irían con sus navíos de trato al Quanto, y que el gobernador le enviaría maestros y oficiales para fabricar navíos con que se navegase desde el Japón a la Nueva España, y el trato y amistad

con el virrey de ella, y que ya le había dado licencia Dayfusama para que fuesen religiosos al Japón e hiciesen cristianos y fundasen iglesias y monasterios, y le había dado un buen sitio en el Miaco, para una, y lo mismo sería en las demás partes y lugares de Japón que quisiese. Esta generalidad añadió fray Gerónimo y lo dijo con artificio y maña, para mover a los religiosos de las Filipinas a que todos tomasen de mejor gana a su cargo la solicitud de el negocio con el gobernador y Audiencia, para que con más facilidad se viniese en todo ello, por no perder lo mucho que este padre fray Gerónimo tenía andado, en orden de la conversión de aquellos reinos del Japón.

Llegó a Manila Chiquiro, japón, y dio su recaudo y presente al gobernador don Francisco Tello que estaba en el gobierno, pocos días había, y luego se trató del caso y de su despacho, con la respuesta que dio bien en qué pensar, en cómo se haría con el mayor acertamiento que ser pudiese en negocio tan grave; porque aunque se tenía por bien y de tanto provecho la amistad del emperador Dayfusama, y por cosa forzosa el procurarla y concluirla, aunque fuese venciendo algunas dificultades, y aunque a los españoles no les venía muy a cuento la navegación y comercio al Quanto, todavía se cumpliría su deseo con despacharle un navío con algunos rescates; pero que lo demás del trato y amistad con la Nueva España y enviar maestros y oficiales para edificar navíos en Japón, para aquella navegación en que Dayfusama insistía, y fray Gerónimo había asegurado se haría, era materia grave e imposible de poner en ejecución, por ser muy dañosa y de perjuicio para las Filipinas; porque la mayor seguridad que siempre han tenido con el Japón es no tener navíos los japones, ni saber de navegación; y las veces que han tenido intento de venir sobre Manila se ha quedado por este impedimento, que enviándoles oficiales y maestros que los hiciesen y enseñasen a hacer navíos de españoles era darles las armas que les faltaban para destruición suya. Y su navegación a la Nueva España, y hacer largos viajes, sería de grandísimos inconvenientes; y unas y otras materias eran de mucha calidad y consideración, y tales que no podía resolverlas, ni se podía en Manila sin darse de ellas cuenta a su majestad y su virrey de la Nueva España, a quien tocaban tanto.

Para tomar expediente en el negocio, y que el Japón no tardase en volver con su respuesta, se envió con el mismo navío que había venido a Dayfusama un presente moderado de cosas de España, en retorno de el que había traído, y que se le diese fray Gerónimo de su mano y se le escribió le dijese la voluntad con que el gobernador recibía la que Dayfusama le mostraba y la paz y amistad con los españoles y todo lo demás que por ellos hacía, y la conservaría y guardaría de su parte, y que el mismo año enviaría un navío de españoles con rescates, conforme a su deseo, al Quanto y lo despacharía con brevedad. Y en cuanto a la navegación que quería hacer a la Nueva España, y que para ello se le enviasen maestros que le fabricasen navíos para aquel viaje, era negocio que aunque el gobernador lo procuraría mucho y darle gusto en todo no era en su mano sin dar primero de ello cuenta a su majestad y a su virrey que tenía en la Nueva España, por-

que no tenía poder ni facultad para cosas fuera de su gobierno de las Filipinas, y que luego lo escribiría y trataría, y esperaba se haría allá bien, y hasta volver la respuesta de España que por fuerza había de tardarse tres años, por ser tan lejos Dayfusama, tuviese paciencia y se sufriese, pues no era más en su mano, ni se podía hacer otra cosa, y que cumpliese en todo con Dayfusama, con las mejores palabras que pudiese, entreteniéndole; y que no se embarcase con él de allí adelante, en prometerle y facilitarle semejantes cosas. Con este despacho partió al Japón el capitán Chiquiro, con su navío, el cual fue tan desgraciado en el viaje que sobre la cabeza de la Isla Hermosa se perdió, sin escaparse el navío ni la gente dél, de que hasta muchos días después no se tuvo noticia en Japón ni en Manila.

Con las cartas de fray Gerónimo de Jesús y novedades que escribió había en Japón, y licencia que decía tener de Dayfusama para hacer cristianos e iglesias, no sólo los religiosos descalzos de San Francisco, pero los demás de las otras órdenes de Santo Domingo y San Agustín, se movieron a pasar a Japón y no perder tiempo, y cada uno se abrazó de los navíos y capitanes japones que entonces había en Manila y habían venido con harinas que habían luego de volver para que los llevasen; especialmente la orden de Santo Domingo envió al reino de Cazuma cuatro religiosos, y por cabeza de ellos a fray Francisco de Morales, prior de Manila, en un navío que iba a aquella isla y provincia, diciendo los había enviado a llamar el rey de ella, que este solo aún no tenía dada la obediencia a Dayfusama. La orden de San Agustín envió dos religiosos al reino de Firando, en un navío que allí estaba de aquel puerto, y por cabeza a fray Diego de Guevara, prior de Manila, por entender serían bien recibidos de el rey de aquella provincia. La orden de San Francisco, en los navíos que iban a Nangasaqui, envió a fray Agustín Rodríguez, que primero había estado en Japón, en compañía de los mártires, y a un fraile lego, para que fuese al Meaco y estuviese en compañía de fray Gerónimo de Jesús.

Aunque se ofrecieron al gobernador algunas dificultades para la salida de estos religiosos de Manila y su ida a Japón tan apriesa, no fueron parte por la mucha instancia que todos hicieron con él, para que les dejase de dar la licencia que le pidieron. Llegaron los religiosos a las provincias a que iban y fueron en ellas recibidos, aunque más cortamente de lo que se habían prometido, y teniendo menos comodidad para su sustento de lo que habían menester, y las cosas de la conversión (en que pensaron habían de hacer grandes frutos y efectos) menos disposición de la que deseaban, porque muy pocos japones se hacían cristianos. Y a la verdad los reyes de aquellas provincias más los tenían por abrir en sus tierras, por medio suyo, trato y comercio con los españoles (que lo deseaban por sus intereses) que por la religión, a que no eran inclinados. Y aunque esto sea así (como entonces por aquellas tierras se platicaba) no es para desconfiar de la clemencia de el piadosísimo Dios, a cuyo cargo está la salvación de aquellas almas, porque de fines muy diversos sabe llevar las cosas a su mayor servicio. Abacuch iba a llevar pan a sus segadores que segaban sus mieses en

Judea, y lo llevó Dios a Babilonia para que diese aquel pan a Daniel,[1] que estaba en el Lago de los Leones. Labán venía contra Jacob con intento de ofenderle, y en el camino le trocó Dios el corazón y hace que el que viene con ánimo de reñir hable amorosamente y dé abrazo de paz a su yerno.[2] Esaú salía contra el mismo Jacob, que era su hermano, de quien estaba sentido por el mayorazgo que le tenía (a su parecer) usurpado; y cuando había de acometerle como enemigo, lo recibe y abraza como amigo y hermano.[3] San Pedro salió al mar a pescar peces y llamólo Cristo y hace que sea pescador de hombres.[4] Éstos y otros cien mil casos sabemos haber hecho Dios, trocando intenciones. Y aunque las de estos príncipes infieles y gentiles sin fe, fuesen movidos de su propio interés, no es acaso aquella moción, sino muy de acuerdo de Dios para encaminar, por aquel modo, lo que mejor y más a cuento le está a su servicio. Porque como las cosas de él no todas, conviene que sean ordenadas por milagro, habiéndole de hacer por medios humanos, suele muchas veces ser el medio de su ejecución lo que parece mera traza de un hombre; y cuando los gentiles antiguos mataban en odio de la fe a los siervos de Jesucristo, que la confesaban, pensando por este modo acabar a sus profesores, ordenaba Dios, por aquel mismo medio, que por uno que moría creyesen ciento, siendo entonces la fe de Jesucristo aquella verdadera hidra que falsamente los gentiles atribuyesen a otra cosa que cortándola Hércules (que es el idólatra y tirano) una cabeza, de ella nacían siete. Y si entonces tuvieron estos reyes por objeto al interés, Dios toma por medio de la conversión de aquellas almas este medio tan no pensado y desconocido. Y así digo que han de ser de mucho efecto aquellas entradas porque es la fe de Jesucristo de la calidad de la miel, que donde la hay se llegan importunamente las moscas. Y sin mucho trabajo (así como el azogue en la plata) ella misma se incorpora.

CAPÍTULO XXVI. *De lo que se despachó a Japón, y venida de el padre fray Gerónimo de Jesús a Manila, con licencia de el emperador Dayfusama, y de lo que negoció y su vuelta*

EL GOBERNADOR DON FRANCISCO TELLO, en cumplimiento de lo que había escrito, enviaría navío al Quanto; aparejó y puso luego a la vela un navío mediano, nombrado Santiago el Menor, con un capitán y marineros y los oficiales necesarios y con algunos rescates de palo colorado, cueros de venado y seda cruda y otras cosas. Salió este navío con orden de que fuese al Quanto, donde hallaría religiosos descalzos de San Francisco, y vendería sus rescates y volvería con el retorno y licencia de

[1] Dan. 14.
[2] Genes. 31.
[3] Genes. 33.
[4] Math. 4.

Judea, y lo llevó Dios a Babilonia para que diese aquel pan a Daniel,[1] que estaba en el Lago de los Leones. Labán venía contra Jacob con intento de ofenderle, y en el camino le trocó Dios el corazón y hace que el que viene con ánimo de reñir hable amorosamente y dé abrazo de paz a su yerno.[2] Esaú salía contra el mismo Jacob, que era su hermano, de quien estaba sentido por el mayorazgo que le tenía (a su parecer) usurpado; y cuando había de acometerle como enemigo, lo recibe y abraza como amigo y hermano.[3] San Pedro salió al mar a pescar peces y llamólo Cristo y hace que sea pescador de hombres.[4] Éstos y otros cien mil casos sabemos haber hecho Dios, trocando intenciones. Y aunque las de estos príncipes infieles y gentiles sin fe, fuesen movidos de su propio interés, no es acaso aquella moción, sino muy de acuerdo de Dios para encaminar, por aquel modo, lo que mejor y más a cuento le está a su servicio. Porque como las cosas de él no todas, conviene que sean ordenadas por milagro, habiéndole de hacer por medios humanos, suele muchas veces ser el medio de su ejecución lo que parece mera traza de un hombre; y cuando los gentiles antiguos mataban en odio de la fe a los siervos de Jesucristo, que la confesaban, pensando por este modo acabar a sus profesores, ordenaba Dios, por aquel mismo medio, que por uno que moría creyesen ciento, siendo entonces la fe de Jesucristo aquella verdadera hidra que falsamente los gentiles atribuyesen a otra cosa que cortándola Hércules (que es el idólatra y tirano) una cabeza, de ella nacían siete. Y si entonces tuvieron estos reyes por objeto al interés, Dios toma por medio de la conversión de aquellas almas este medio tan no pensado y desconocido. Y así digo que han de ser de mucho efecto aquellas entradas porque es la fe de Jesucristo de la calidad de la miel, que donde la hay se llegan importunamente las moscas. Y sin mucho trabajo (así como el azogue en la plata) ella misma se incorpora.

CAPÍTULO XXVI. *De lo que se despachó a Japón, y venida de el padre fray Gerónimo de Jesús a Manila, con licencia de el emperador Dayfusama, y de lo que negoció y su vuelta*

EL GOBERNADOR DON FRANCISCO TELLO, en cumplimiento de lo que había escrito, enviaría navío al Quanto; aparejó y puso luego a la vela un navío mediano, nombrado Santiago el Menor, con un capitán y marineros y los oficiales necesarios y con algunos rescates de palo colorado, cueros de venado y seda cruda y otras cosas. Salió este navío con orden de que fuese al Quanto, donde hallaría religiosos descalzos de San Francisco, y vendería sus rescates y volvería con el retorno y licencia de

[1] Dan. 14.
[2] Genes. 31.
[3] Genes. 33.
[4] Math. 4.

Dayfusama a Manila; con lo cual quedó proveído a todas las cosas de Japón, lo que pareció necesario según el estado que tenían.

Dayfusama, señor de Japón, que esperaba a Chiquiro, su criado, que había despachado a Manila con las cartas de fray Gerónimo de Jesús, apretaba al pobre fray Gerónimo, de manera, sobre los negocios que deseaba y con él había tratado, que para satisfacerle mejor, viendo que Chiquiro tardaba en la vuelta y lo poco que las razones valían con él, le pidió licencia para ir en persona a Manila donde trataría y concluiría con el gobernador los negocios personalmente y le trairía respuesta y que en la corte dejaba a fray Agustín Rodríguez y otro compañero que ya le habían venido por prendas y rehenes de su vuelta. El rey se lo concedió y le dio avío y se partió para Manila. Fue este favor de fray Gerónimo de Jesús bien envidiado y aun no faltaron personas que se lo quisieron estorbar; pero al fin el Señor le favoreció y sacó de malas intenciones y llevóle a las Filipinas, donde también llevó la cruz entera, donde había padecido martirio el santo vizcaíno y mártir fray Martín de la Ascensión, la cual fue recibida con grande honra y fiesta y alegría de toda la ciudad, llevándola desde el navío en hombros hasta el convento de San Francisco, los de la nación vizcaína que estaban en Manila. Allí supo el despacho que Chiquiro había llevado y comenzó a tratar de sus negocios con el gobernador don Francisco Tello, que entonces gobernaba, diciendo no había llegado Chiquiro a Japón, que daba sospecha de haberse perdido.

Así como se partió para Manila el padre fray Gerónimo, se partió también para el Quanto el emperador Dayfusama, para esperar allí el navío en que el dicho padre había de ir. Y también para castigar a cierto teniente suyo, llamado Nango, porque se le quería levantar con el reino. Llegó allá el emperador y castigó al traidor y sosegó sus tierras.

El navío que despachó el gobernador, no pudiendo doblar la cabeza de el Japón, para pasar la banda de el norte, arribó al puerto de Firando, donde los religiosos de San Agustín poco tiempo había tenían asiento; y surgió en él, y de allí el capitán envió a la corte el aviso de cómo no había podido pasar el Quanto, y las cartas para los religiosos, y lo que se le había de dar a Dayfusama. Los religiosos compañeros de fray Gerónimo le dieron los regalos que para él iban y le dijeron que aquel navío enviaba el gobernador a su disposición y mandado, y que los tiempos no lo habían dejado ir al Quanto. Dayfusama lo recibió, aunque no se dio por persuadido de lo que le decían, sino que eran cumplimientos para entretenerle. Ordenó que luego hiciese el navío sus rescates y que se volviese con algunas cosas que le dio para el gobernador, y que de allí adelante fuesen al Quanto, como se le había prometido, y con esto dio la vuelta a Manila.

Llegó fray Gerónimo de Jesús con tanta brevedad a las islas Filipinas (como se ha dicho) que hubo lugar de tratar con el gobernador don Francisco Tello los negocios que llevaba a cargo, con promesa de que se continuaría y enviarían al Quanto navíos para entretener a Dayfusama. Diole un buen presente el gobernador, que le llevase, de un rico espejo de Venecia, muy grande, vidrios, vestidos de Castilla, miel, algunos tibores y otras

cosas de que se sabía gustaría Dayfusama. Estando en Manila fray Gerónimo predicó y bautizó a grande suma de japones y entre ellos muchos señores y capitanes; porque en la ciudad de Manila hay mucho número de japones, así de los que vienen cada año a la contratación, como de otros muchos que viven allí y tienen su asistencia. Volvióse a Japón con su respuesta y cosas negociadas, donde siendo bien recibido de el emperador le dio a entender lo que traía negociado, y cómo su criado Chiquiro había sido bien despachado de el gobernador y no era posible menos de que se habría perdido, pues no había parecido en tanto tiempo, y le dio lo que llevaba de que holgó mucho.

Partió fray Gerónimo de Manila a veinte de mayo de 1601, llevando consigo otros dos religiosos, el uno sacerdote llamado fray Gómez de San Luis, el cual dos años antes había estado en Japón, aunque siempre preso por mandado de ciertas personas. El otro era fraile lego, gran enfermero, llamado fray Pedro Burguillos. Llegaron al puerto de Firando, en Japón, por San Pedro y San Pablo y fueron allí bien recibidos, aun de los mismos infieles; y con estar el rey y señor de Firando amostazado con los padres de la Compañía, recibió a los religiosos muy bien y con mucho amor, y ellos le visitaron a él, y él a ellos, con muestras de amor y benevolencia. Y después de haber estado allí algunos días descansando se partieron para adonde estaba el obispo de Japón, don Luis de Cerquera, al cual presentaron los recaudos que llevaban de la orden y de el gobernador, y unos breves de la santidad de el papa Clemente VIII, en que interpretativamente daba licencia para tener iglesias en Japón a los frailes franciscos, por cuanto su santidad concede a los religiosos de Japón gran cantidad de reliquias y *Agnus Dei*, los cuales manda su santidad que se pongan y coloquen en los conventos y hospitales de los padres franciscos, en Japón, concediendo su santidad grandes indulgencias en los días de los tales santos. Y aunque hicieron muchas diligencias los religiosos, rogando y suplicando de rodillas al obispo los admitiese a la conversión de tantas almas, como el demonio se lleva cada día por falta de ministros, no hubo remedio de inclinarse a misericordia. Respondiéndoles que el breve de Gregorio XIII estaba en su fuerza y que no estaba derogado y otras mil sequedades. Con lo cual, despedidos los religiosos, se fueron a la presencia de el emperador al Meaco, y de él fueron muy bien recibidos y hallaron entrañas de padre en el príncipe gentil.

Hallaron los religiosos enfermo al emperador, y con la alegría de la ida de los religiosos se alivió y alegró mucho y les dio colación (que es usanza suya, cuando va un huésped de estimación) y les mandó que viniesen allí otro día, y ellos lo hicieron así y allí le dieron un presente que le habían llevado de Manila, que aunque no era de cosas muy ricas, eran a lo menos curiosas y extrañas en Japón. Entre otras cosas sacó el padre fray Gerónimo algunas cosas de medicinas y le iba declarando al emperador cada cosa, y para lo que era, como la cañafístola y el ungüento de tabaco y otras medicinas; de todo lo cual holgaba mucho el emperador, y llamó allí un camarero suyo y le mandó que guardase todas aquellas medicinas y les fue-

se poniendo sus rétulos a cada cosa, y para lo que era; porque los japones son muy curiosos en esto de curarse, y andan algunos con algunos vasitos de medicinas colgadas de la cinta. Y apuntando el padre fray Gerónimo al religioso lego, llamado fray Pedro Burguillos, dijo al emperador: Señor, he aquí este padre que es gran médico y sabe muy bien curar cualquiera enfermedad y por eso lo traje, para que cure en el hospital a los enfermos. Holgó de ello el emperador, y llamando a un niño, deudo suyo, que allí estaba con la cabeza llena de sarna o lepra, le preguntó, ¿si sabía curar aquel niño? A lo cual respondió fray Pedro de Burguillos que sí curaría con el favor y ayuda de nuestro señor Dios; aunque después no hubo este efecto porque envió al muchacho fuera de la corte.

El padre fray Gerónimo, como tenía grandísimo deseo de tener un convento adonde recogerse con sus compañeros en Meaco, andaba buscando oportunidad para pedir al emperador licencia para edificar un convento; y aunque es uso de el emperador de Japón que todo lo que le piden sea por mediaderos y no por propria persona, y aunque los religiosos tenían buenos intercesores en algunos señores de Japón que allí estaban en la Corte, que les favorecían, pero el padre fray Gerónimo, confiando en Dios y no mirando a puntos humanos, entró un día, sin terceros, adonde estaba el emperador y hablando con un señor, casi al oído, en razón de desear tener convento en Meaco, miró en ello el emperador y dijo, ¿qué es eso? Respondió el padre fray Gerónimo y dijo: Señor, lo que yo estoy diciendo es que quería que vuestra alteza nos hiciese merced de señalarnos un sitio donde hiciésemos casa, porque no tenemos donde morar. Respondió el emperador y dijo: Désele, désele casa y señálesele sitio, y dijo que otro día se señalaría. Pero por ocupaciones que tuvo el emperador en aquellos dos o tres días no hubo lugar de ir a ver el sitio; en el cual tiempo comenzó a enfermar el padre fray Gerónimo de mal de muerte, porque el Señor quería premiar sus santas obras y trabajos; y al fin se lo llevó el Señor para sí en breves días. Y yendo los dos compañeros a hacer saber al emperador la muerte de el padre fray Gerónimo, mostró mucho sentimiento y les dio el pésame, prometiéndoles su favor.

Ya el bendito padre fray Gerónimo goza de el Señor, cuyas heroicas obras e inmensos trabajos, destierros y persecuciones que padeció en Japón, por el bien de aquellas almas, se las tiene Dios nuestro señor bien premiadas. Murió en la ciudad de Meaco, con notable sentimiento de todos los japones cristianos, por el mes de agosto de 1601. Quedaron los compañeros con la muerte de el bendito padre fray Gerónimo algo tristes, porque al fin era buena lengua y tenía grande experiencia de las cosas de aquellos reinos, como quien había estado en ellos tantos años; pero pasábanse lo mejor que podían y determináronse de pedir dos cosas al emperador. Lo uno, sitio para la casa, como lo había prometido al padre fray Gerónimo, día de San Luis, rey de Francia, santo de nuestra Tercera Orden. Y lo otro, una carta para el gobernador de Manila, porque el uno de ellos quería volver a las Filipinas a hacer saber a los prelados la muerte de el padre fray Gerónimo. Tratando este intento con algunos señores devotos dijeron

que procurasen primero la licencia para Manila, que lo de la casa hecho se estaba; porque se partía otro día el emperador para el Quando. Hiciéronlo así los religiosos y pidieron carta al emperador para Manila, para el gobernador, pidiendo religiosos en ella, la cual le dio muy de buena gana y la envió a los frailes con una persona de su palacio, y él se partió para el Quanto dejando también un presente que llevasen en su nombre al gobernador de las Islas Filipinas.

Partióse, pues, fray Pedro Burguillos para las dichas islas y llegando al puerto de Firando llegó casi con él, a un tiempo, un padre de la Compañía que iba a confesar los japones cristianos del navío que allí estaba, por ser Cuaresma. Más así como lo supo el rey y señor de Firando, se enojó mucho y quiso echar de allí aquel padre, aunque por ruegos de algunas personas nobles dio licencia para que sólo tres días pudiese confesar y que luego se fuese. Fray Pedro de Burguillos andaba con algunos recelos no le tomasen la carta o chapa de el emperador por fuerza; por cuanto, estando en el Meaco para partirle, se la había enviado a pedir debajo de cautela, para verla una persona de casa del emperador y el fraile no la quiso dar; y así la hubo de sacar de una cajita de oro en que iba, y colgársela al cuello para tenerla así más segura.

Allí en Firando traían al dicho fray Pedro muchos niños, con extraña devoción para que los bautizase, lo cual él hacía por su devoción. Entre los cuales una señora llamada doña Mencía le envió a decir que ella estaba recién parida de una hija, y que deseaba que su hija se bautizase y que por temor de su suegro no se atrevía a enviarla para que él la bautizase; pero que en su casa estaba una mujer cristiana que sabía muy bien bautizar, que le rogaba le enviase un nombre de una santa que ponerle a la niña, y fray Pedro Burguillos le envió al mensajero la vida y milagros de esta santa, para que allá se la relatase a aquella señora.

Partióse fray Pedro para Manila, por el mes de marzo de 1602 años, y llegó con buenos temporales a las Islas Filipinas; y llegando al embocadero de Mari-Vélez dieron fondo, porque por el mucho viento y corrientes no pudieron pasar adelante. Está este puerto de Mari-Vélez, de Manila, cinco o seis leguas. Y estando allí aguardando tiempo, una mañana descubrieron velas, y eran las naos que iban de el puerto de Acapulco, de la Nueva España, en las cuales iba el ilustre caballero don Pedro de Acuña, gobernador de las Islas Filipinas. Llegó una nao del gobernador a saber qué nao era la que allí estaba; y viendo que era del Japón y que venía en ella aquel religioso embajador, con mucha cantidad de personas principales de Japón, los mandó llamar el gobernador a su nao, y fue de él muy bien recibido el dicho fray Pedro Burguillos; y por dar ejemplo a todos aquellos japones, el dicho gobernador hizo muy gran acatamiento al religioso, besándole con mucha humildad las manos y hábito, sentándole cabe sí, mostrándose benévolo y afable a todos aquellos señores japones, mandándolos regalar. Sacó luego el religioso la carta dorada del emperador del seno, dándosela al gobernador, diciéndole le perdonase el haber sacado la carta de la cajita de oro, de como se la habían entregado, porque habían querido quitársela,

y que por más seguridad la había traído así. Holgóse mucho el gobernador de ver la carta y mucho más en ver que le pidiesen religiosos el emperador y los demás señores del Japón; y prometió al religioso de cumplir en todo la voluntad del emperador y darle muy buen despacho. Mandó el gobernador disparar algunas piezas de bronce para que los japones viesen la fortaleza y fuerza de nuestra artillería. Finalmente fueron todos a Manila y luego, por el mes de mayo siguiente, año de 1602, envió el gobernador don Pedro de Acuña al Japón, por una parte, diez y ocho religiosos, seis de la orden de mi padre San Francisco y seis de la orden de mi padre Santo Domingo, y seis de la orden del glorioso padre San Agustín. Iba por comisario de los nuestros el padre fray Agustín Rodríguez, compañero de los santos mártires; y por prelado de los padres dominicos el padre prior de Manila; y por prelado de los padres agustinos el padre fray Diego de Guevara, prior de Manila; y por otra parte fueron otros tres religiosos a los reinos de el Quanto, no con pequeña alegría de las religiones y ciudad de Manila y de los japones; porque todos los sobredichos religiosos eran muy perfectos en vida y doctrina. Con mucha razón podemos confiar en nuestro Señor que ha de suceder todo muy a honra y gloria y que hemos de tener buenas nuevas de aquellos reinos de muy felices sucesos.

CAPÍTULO XXVII. *De los provinciales que ha habido en esta provincia de el Santo Evangelio, desde que se fundó hasta ahora*

POR HABER SIDO ESTA PROVINCIA del Santo Evangelio principio, y cabeza de nueva iglesia, parece ser cosa justa hacer en este libro minuta de los prelados que hasta aquí ha tenido sucesivamente; y también porque no de todos ellos se hace memoria en el libro de los ministros evangélicos, y pues llegaron a punto de ser padres de los que en él se nombran, es razón que se tenga noticia de quiénes fueron; pues es de creer que fueron la nata de todos y la antorcha o candela, no abscondida debajo del celemín, sino sobre las cumbres de los más altos montes de la religión indiana, para dar luz y claridad (como el sol al mundo) a todos los hijos que han tenido debajo de su gobierno y obediencia.

Ya vimos, en el libro de la conversión, cómo con la venida de los primeros doce religiosos se instituyó esta provincia en custodia, no dependiente a ninguna provincia sino inmediata al ministro general de la orden de los frailes menores; y por primero custodio el varón santo fray Martín de Valencia, cuya apostólica vida se verá por extenso en el principio de el libro de los ministros evangélicos. Sucedióle en el oficio y fue segundo custodio uno de sus compañeros, llamado fray Luis de Fuensalida, de cuya persona se hace particular mención en el mismo libro. Acabado este su oficio volvieron a reelegir en tercero custodio al mismo padre fray Martín de Valen-

y que por más seguridad la había traído así. Holgóse mucho el gobernador de ver la carta y mucho más en ver que le pidiesen religiosos el emperador y los demás señores del Japón; y prometió al religioso de cumplir en todo la voluntad del emperador y darle muy buen despacho. Mandó el gobernador disparar algunas piezas de bronce para que los japones viesen la fortaleza y fuerza de nuestra artillería. Finalmente fueron todos a Manila y luego, por el mes de mayo siguiente, año de 1602, envió el gobernador don Pedro de Acuña al Japón, por una parte, diez y ocho religiosos, seis de la orden de mi padre San Francisco y seis de la orden de mi padre Santo Domingo, y seis de la orden del glorioso padre San Agustín. Iba por comisario de los nuestros el padre fray Agustín Rodríguez, compañero de los santos mártires; y por prelado de los padres dominicos el padre prior de Manila; y por prelado de los padres agustinos el padre fray Diego de Guevara, prior de Manila; y por otra parte fueron otros tres religiosos a los reinos de el Quanto, no con pequeña alegría de las religiones y ciudad de Manila y de los japones; porque todos los sobredichos religiosos eran muy perfectos en vida y doctrina. Con mucha razón podemos confiar en nuestro Señor que ha de suceder todo muy a honra y gloria y que hemos de tener buenas nuevas de aquellos reinos de muy felices sucesos.

CAPÍTULO XXVII. *De los provinciales que ha habido en esta provincia de el Santo Evangelio, desde que se fundó hasta ahora*

POR HABER SIDO ESTA PROVINCIA del Santo Evangelio principio, y cabeza de nueva iglesia, parece ser cosa justa hacer en este libro minuta de los prelados que hasta aquí ha tenido sucesivamente; y también porque no de todos ellos se hace memoria en el libro de los ministros evangélicos, y pues llegaron a punto de ser padres de los que en él se nombran, es razón que se tenga noticia de quiénes fueron; pues es de creer que fueron la nata de todos y la antorcha o candela, no abscondida debajo del celemín, sino sobre las cumbres de los más altos montes de la religión indiana, para dar luz y claridad (como el sol al mundo) a todos los hijos que han tenido debajo de su gobierno y obediencia.

Ya vimos, en el libro de la conversión, cómo con la venida de los primeros doce religiosos se instituyó esta provincia en custodia, no dependiente a ninguna provincia sino inmediata al ministro general de la orden de los frailes menores; y por primero custodio el varón santo fray Martín de Valencia, cuya apostólica vida se verá por extenso en el principio de el libro de los ministros evangélicos. Sucedióle en el oficio y fue segundo custodio uno de sus compañeros, llamado fray Luis de Fuensalida, de cuya persona se hace particular mención en el mismo libro. Acabado este su oficio volvieron a reelegir en tercero custodio al mismo padre fray Martín de Valen-

cia. El memorial de la orden hecho por el reverendísimo general fray Francisco de Gonzaga (que después fue obispo de Cicilia y ahora lo es de Mantua) dice que fue el tercero el padre fray Jacobo de Testera, y es yerro de cuenta del que le dio el memorial, o del que después lo trasladó en España; porque muy cierto es que el padre fray Martín fue dos veces custodio, el cual murió en el trienio del cuarto custodio, porque después que entró en la tierra no vivió más de once años; luego el tercero había de ser, pues no pudo ser el segundo, que le siguió en su primer trienio. Cumplidos sus tres años fue electo en cuarto custodio el padre fray Jacobo de Testera, de nación francés, varón de grande espíritu, paupérrimo y humildísimo juntamente con ser muy docto.

En el año de 1536 eligieron por primero provincial al padre fray García de Cisneros, uno de los doce, el cual murió habiendo ejercitado santamente sólo un año su oficio; y en su lugar fue electo por segundo provincial el padre fray Antonio de Ciudad Rodrigo, también de los doce. Acabado su trienio promovieron, por tercero provincial, al padre fray Marcos de Nisa; natural de la misma ciudad, en el Ducado de Saboya, hombre docto y religioso, que con celo de la salud de las almas empleó lo más del tiempo de su oficio en descubrir tierras nuevas en aquella parte que llaman Cíbola; y de los grandes fríos que pasó quedó gafo o tullido de pies y manos, y estaba morador en el convento de Xalapa, camino de la Vera Cruz, para esta ciudad de Mexico, que por ser tierra templada se había ido a recoger allí, y después, sintiendo que se le llegaba la hora de la muerte, por enterrarse con los santos viejos, se hizo traer a Mexico donde acabó la peregrinación de esta vida.

En cuarto provincial fue electo el venerable padre fray Francisco de Soto, que era de los doce, cuya inculpable vida y suaves costumbres se hallarán adelante, en otro libro. Cumplido su trienio fue electo en quinto provincial el padre fray Alonso Rangel, de la provincia de Santiago, que duró poco tiempo, porque embarcándose al principio de su provincialato, para ir al capítulo general de Nisa, se perdió el navío en que iba y murió en la mar. En su lugar fue electo en sexto provincial, el año de 1548, el padre fray Toribio Motolinía, del número de los doce, que fue curioso en muchas cosas; y entre otras, dejó memoria del modo que se tuvo en la conversión de estos naturales y otras antiguallas, de que yo me he aprovechado para esta historia. Después del padre fray Toribio eligieron en séptimo provincial (harto contra su voluntad) al muy docto y religioso padre fray Juan de Gaona, de la provincia de Burgos; y no lo fue más de un año, porque no pudo acabar con su delicada conciencia de pasar adelante; y así, tomando por achaque que le faltaba la vista, renunció el oficio y entró en su lugar, en octavo provincial, el bendito padre fray Juan de San Francisco, de la provincia de Santiago, que gobernó esta de el Santo Evangelio todos los tres años, los cuales cumplidos fue electo en noveno provincial el prudentísimo padre fray Francisco de Bustamante, de la provincia de Castilla; y porque el comisario general fray Francisco de Mesa se había de partir para el capítulo general de Aquila, al segundo año, se abrevió el capítulo en el

cual salió por décimo provincial el padre fray Francisco de Toral, de la provincia de el Andalucía. Y cumplído su oficio fue reelegido segunda vez, por undécimo provincial, el mismo padre fray Francisco de Bustamante; mas al segundo año le vino recaudo de España para que fuese comisario general, y a esta causa hubo de acortar el capítulo, en el cual salió, en su lugar, por doceno provincial, el padre fray Luis Rodríguez, de la provincia de Santiago, gran lengua mexicana y muy amable religioso, el cual por tentación o escrúpulo que tuvo de volverse a España, a los dos años, abrevió el capítulo y se fue a la provincia de San Miguel, donde también lo hicieron provincial y, ejercitando el oficio loablemente, acabó la vida en aquella provincia.

Sucedióle en el oficio de ésta, por decimotercio provincial, un su hijo, muy escogido, que en Mexico tomó el hábito, habiendo sido conquistador en estos reinos, el padre fray Diego de Olarte, cuya ejemplar vida se verá en su libro. Cumplido su oficio fue electo en decimocuarto provincial el padre fray Miguel Navarro, hombre amable y de entrañas sanísimas, de la provincia de Cantabria, a quien esta de el Santo Evangelio debe mucho por haberla mejorado en edificios de iglesias y casas, porque apenas hay alguna buena en que su diligencia y cuidado no haya tenido parte, en comenzarla o proseguirla o acabarla. En el convento de los Ángeles dejó de sí particular memoria, porque hizo una rica custodia, un buen órgano, una muy solemne pila de bautismo, y hizo acabar aquella iglesia que es de bóveda y edificio de los mejores de éstas Indias, que hasta entonces se hacía con mucha dificultad. Tras este cuidadoso padre eligieron en decimoquinto provincial al varón santo fray Alonso de Escalona, de la provincia de Cartagena, al cual sucedió por provincial decimosexto, el padre fray Antonio Roldán, profeso de esta provincia de el Santo Evangelio, religioso de mucha caridad y piedad con los pobres. Al cabo de su trienio fue electo en decimoséptimo provincial el benemérito padre fray Pedro Oroz, hijo de esta santa provincia. Dejó el oficio a los dos años y medio y entró en su lugar, por decimooctavo provincial, el incomparable varón fray Domingo de Aréyzaga, de la provincia de Cantabria. Después de cuyo trienio fue segunda vez reelecto el padre fray Miguel Navarro, en decimonono provincial; y a los dos años renunció su oficio y entró por vigésimo provincial el padre fray Pedro de S. Sebastián, profeso de esta provincia, y la rigió más de cinco años por faltar comisario que pudiese tener capítulo respecto de muchos trabajos que urdió el demonio, y el dicho padre provincial los pasó bien grandes porque hubo de ir a España, y en la mar cayó en manos de ingleses que lo llevaron a Inglaterra; y rescatado murió en España, en el convento de Tordelaguna, en la provincia de Castilla. Sucedióle en el cargo, por vigesimoprimo provincial, segunda vez, el padre fray Domingo de Aréyzaga. Todos estos padres son muertos, aunque viven en el cielo.

Al padre fray Domingo de Aréyzaga sucedió en el oficio, por vigesimosegundo provincial, el muy religioso y celoso padre fray Rodrigo de Santillana, profeso en esta provincia. Y por vigesimotercio el padre fray Estevan de Alzua que, después de haber regido loablemente la ma-

yor parte de su trienio, renunció el oficio a los dos años y ocho meses; y después de haberlo renunciado le vino cédula de su majestad, en que le hacía merced del obispado de Cuba, el cual renunció con grande ejemplo de todos, el cual (como otro Moysén, que quiso más padecer con los de el pueblo de Dios que ser rico y estimado en la casa de el rey Faraón) quiso también más ser pobre fraile menor, entre los otros pobres frailes, que obispo en Cuba, fuera de su orden. Al padre fray Estevan de Alzua, hijo de esta provincia de el Santo Evangelio, sucedió en vigesimocuarto provincial, el padre fray Juan de Lazcano, que lo fue un año y nueve meses; el cual, renunciando su oficio por enfermedad que tuvo, fue electo en vigesimoquinto ministro el padre fray Buenaventura de Paredes, que antes había sido custodio de la custodia de Zacatecas y había ido por procurador general de esta provincia a España; y a este padre le sucedió en el oficio de ministro provincial, por vigesimosexto, el doctísimo padre fray Pedro de la Cruz, lector de teología y calificador de el Santo Oficio, en cuya elección salieron por difinidores otros dos lectores de teología y uno de artes y el cuarto era hombre docto y singular predicador. Es de condición amable y más amigo de su recogimiento que de salir en público, aunque con los muchos oficios que ha tenido siempre lo ha estado; y por esta causa, a los dos años y medio de su gobierno, renunció el oficio y le sucedió en él, por vigesimoséptimo provincial, el padre fray Juan de Salas, calificador también de el Santo Oficio y hombre de mucho gobierno y celoso de la religión. Entró, acabado su trienio, por vigesimooctavo provincial el padre fray Juan de Elormendi, excelente predicador y muy acepto en la república, el cual ha sustentado el púlpito de San Francisco de esta ciudad de Mexico muchos años. Rigió y gobernó con muy loable proceder, por ser de condición afable y sufrida.

Sucedióle el padre fray Hernando Durán, nacido en la ciudad de los Ángeles, lector jubilado en santa teología, y es el vigesimonono provincial de esta provincia, y de tanta religión y celo, que con leer actualmente predicaba a los españoles e indios y nunca quiso ser guardián en muy buenas casas, sino que las renunció por leer y enseñar a sus hermanos y servir a su provincia. Todos estos padres ministros últimos son hijos de esta santa provincia, donde el santo evangelio ha tenido muy gran cosecha en las almas que ha segado para henchir aquellas trojes y graneros de el cielo, donde Dios es alabado y glorificado para siempre; y tienen estos padres ministros mucha parte en este merecimiento, pues dejando el sosiego y quietud de la celda andan fuera de ella, los años que les dura el oficio, hechos peregrinos, visitando los ministros evangélicos, que comunican a todos los fieles que militan en sus doctrinas los santos sacramentos. Dénoslos Dios tales en lo por venir que merezcan nombre de buenos ministros y prefectos provinciales.

CAPÍTULO XXVIII. *Que trata de los comisarios generales que ha habido en esta Nueva España*

SABIENDO HECHO SUMARIA RELACIÓN DE LOS provinciales que ha tenido esta provincia de el Santo Evangelio, dejando los de las otras provincias que aquí se describen porque no sé los que han sido, resta hacerla también de los comisarios generales que ha habido desde sus principios; los cuales comenzaron a ser nombrados casi en los primeros años de el descubrimiento de estas tierras, porque luego comenzó a haber provincias distintas, de distinto y particular provincial; y como cada uno no tenía más poder que el de su sola provincia, fue necesaria una cabeza que las comprehendiese a todas; y así se proveyó en España que lo hubiese de ordinario para todo lo que se ofreciese. El primero de los cuales (según se tiene noticia) fue un gran siervo de Dios, llamado fray Alonso de Rozas, de la provincia de Castilla, aunque en breve lo renunció y se quedó en esta provincia. Vivió en el convento de Huexotla y a su última vejez se hizo traer al convento de San Francisco de esta ciudad, donde murió y está enterrado. El segundo fue el padre fray Juan de Granada, de la provincia de el Andalucía, de quien quedó también loable fama de perfecto religioso. Por tercero fue elegido, en el capítulo general de Nisa, el doctísimo religioso el padre fray Francisco de Osuna, también de la provincia de el Andalucía; mas porque no pudo pasar a estas partes fue subrogado en su lugar el mismo padre fray Juan de Granada que antes lo había sido en el capítulo general, que fue celebrado en Mantua. Eligieron en cuarto comisario general al padre fray Jacobo de Testera, francés de nación que había ido por custodio de esta provincia, y porque vuelto a ésta murió en breve, le sucedió por quinto comisario el padre fray Martín de Hojacastro de la provincia de Burgos, que lo había acompañado; lo cual sucedió por virtud de la misma comisión, que rezaba que faltando el dicho padre fray Jacobo, le sucediese en el oficio y cargo el dicho padre fray Martín. El sexto comisario fue el padre fray Francisco de Bustamante, de la provincia de Castilla, residiendo en esta del Santo Evangelio, de quien entre los provinciales se ha hecho mención y se hará más adelante. El padre fray Francisco de Mena, de la provincia de Burgos fue el séptimo comisario general de estas partes. Vino de la provincia de la Concepción, donde se había transferido; y habiendo cumplido aquí su oficio, con mucha edificación y contento de todos, volvió a la provincia de la Concepción donde murió guardián de el convento de Valladolid. Fue notable predicador y de singular espíritu, demás de ser hombre de vida muy ejemplar y religiosa. Vuelto a España el padre Mena y celebrado el capítulo general de Aquila, en Italia, no se proveyó por entonces comisario general de Indias, hasta que siendo provincial el padre fray Francisco de Bustamante en esta provincia le vino segunda vez la comisión y fue octavo comisario general y con ella determinó de ir a España, haciéndole compañía los provinciales de Santo Domingo y San

Agustín, a tratar con el rey nuestro señor del remedio de muchos estorbos que en aquella sazón había para la doctrina de los indios, y murió en Madrid, como se contará en su vida.

Fue luego proveído por noveno comisario general el padre fray Juan de S. Miguel, de la provincia del Andalucía; y aunque al principio lo aceptó, desde ha poco tiempo lo renunció y no pasó a estas partes. El décimo fue el padre fray Diego de Olarte, hijo de esta provincia, que acabado de ser provincial en ella y siendo enviado injustamente a España por ciertos jueces que de allá vinieron, con título de amistad del marqués del Valle (cuando se dijo que se alzaba la tierra), volvió acá, con mucha honra, por comisario general. Y porque a causa de su mucha vejez y trabajos del viaje murió en llegando a tierra, entró en su lugar por onceno comisario general el padre fray Francisco de Ribera, de la provincia de Santiago. Había trabajado este padre muchos años en esta provincia, siendo muy buena lengua de los naturales y acepto predicador de los españoles, y así ejercitó su oficio de comisario con mucho celo de la virtud y de aprovechar a su religión. Y por cierta resistencia que hizo al mandato del virrey que a la sazón era, sobre que exhibiese los recaudos de su oficio, procuró que lo llamasen de España, adonde fue y murió en la provincia de San Miguel, que se había dividido de la de Santiago. Sucedióle en el cargo, por doceno comisario, el padre fray Miguel Navarro, de quien arriba se hizo memoria en la de los provinciales. Envió muy en breve la renunciación, y así vino proveído por decimotercio comisario el padre fray Rodrigo de Sequera, famoso predicador de la provincia de la Concepción. Después de él vino la comisión enviada de España al padre fray Pedro de Oroz, de esta provincia, que fue comisario decimocuarto en número (cuya vida se verá en su lugar), y porque también renunció el oficio vino proveído por decimoquinto comisario el padre fray Alonso Ponce, de la provincia de Castilla, el cual probó bien sus finos aceros de paciencia en sufrir destierros del príncipe que gobernaba, y otras persecuciones con ánimo invencible.

Por decimosexto comisario general sucedió al dicho el padre fray Bernardino de San Cebrián, de la provincia de la Concepción. Y acabando este padre su oficio, fue nombrado por decimoséptimo comisario general, el padre fray Pedro de Pila, provincial que había sido en su provincia de Mechoacan, e hijo de ella, cuando era custodia de esta del Santo Evangelio; el cual, por ser criado y cursado en esta Nueva España, fue recibido con especial aceptación y aplauso. Vínole cédula de obispo de Camarines en las Filipinas; y por hallarse ya viejo y cansado de caminos la renunció y se quedó en su oficio de comisario, y murió en él, luego que acabó de celebrar capítulo provincial en su provincia de Mechoacan, en el convento de Cinzonza, casa que había hecho, aumentando el pueblo, trayéndole título de ciudad, de vuelta del capítulo general que se tuvo en París, donde salió por general el padre fray Francisco de Gonzaga, al cual capítulo fue por custodio de su provincia.

Por muerte del sobredicho padre entró en el gobierno el padre fray Diego Muñoz, provincial nuevamente electo en aquella provincia, y tomado el

hábito en ella, y nacido en la ciudad de Cholulla, e hizo oficio de comisario por autoridad de la orden que así lo manda, por muerte de cualquier comisario en cualquier provincia que sea de esta Nueva España, hasta la venida del nuevo sucesor; y así tiene lugar de decimooctavo comisario en orden, por cuanto recibe los sellos del oficio de comisario y despacha con ellos los negocios que se ofrecen de todas las provincias, hasta entregarlos al nuevo prelado, que es nombrado por los mayores; hizo su oficio muy bien, por ser varón apostólico y muy cuerdo. Vino por decimonono comisario general el padre fray Diego Caro, de la provincia de Santiago, el cual murió en la de Mechoacan a poco tiempo, después de haber comenzado su oficio en la misma casa de Cinzonzan, donde había celebrado capítulo provincial; y salió electo el benemérito padre fray Miguel López, de la provincia de la Concepción, segunda vez al cabo de pocos años que lo había sido otra. Entró el sobredicho padre fray Miguel por comisario, como su antecesor fray Diego Muñoz lo había sido y gobernó las provincias, hasta que vino por vigesimoprimo comisario el padre fray Juan de Ciesa, de la provincia de Santiago. Al cual sucedió, por vigesimosegundo comisario general, el padre fray Juan Zurita, provincial que fue en su provincia de Canaria y vino a esta Nueva España año de 1609. Ahora es vigesimotercio comisario el padre fray Christóbal Ramírez, de la provincia de los Ángeles, lector de teología, y difinidor que ha sido en ella. Dios le dé buen acertamiento en su gobierno.

CAPÍTULO XXIX. *Donde se da razón de el Santo Oficio y de el tiempo que ha que pasó a estos reinos de la Nueva España*

EL SANTO OFICIO DE LA INQUISICIÓN (si bien lo notamos) desde sus principios, hallaremos que ha sido y es tan antiguo que su origen viene deducido desde la creación del primer hombre; porque a pocas horas de esta dicha creación hallamos que pecó, quebrantando el mandamiento de Dios y como transgresor fue luego buscado y juzgado de ese mismo Dios, y sentenciado por su delito, como consta de la Sagrada Escritura.[1] De manera que desde los principios de el hombre, poco después de su creación, sabemos haber habido actos inquisitorios, examinados y castigados por Dios, o por ministros suyos, así en el estado de la ley natural, como fue en Caín y en el general anegamiento del mundo, como después en el mismo estado de la ley natural y en la escrita por manos de Moysén, y otros sus ministros, en la adoración del becerro y otros pecados y alevosías que tuvieron. Pero aunque es verdad que en todas las edades del mundo los ha habido, con todo, parece haberse ilustrado y engrandecido más su autoridad en este estado de gracia y evangélico; en el cual, el mismo Dios humanado, Jesucristo nuestro señor, hizo entrega de él a su vicario San Pedro

[1] Genes. 3.

hábito en ella, y nacido en la ciudad de Cholulla, e hizo oficio de comisario por autoridad de la orden que así lo manda, por muerte de cualquier comisario en cualquier provincia que sea de esta Nueva España, hasta la venida del nuevo sucesor; y así tiene lugar de decimooctavo comisario en orden, por cuanto recibe los sellos del oficio de comisario y despacha con ellos los negocios que se ofrecen de todas las provincias, hasta entregarlos al nuevo prelado, que es nombrado por los mayores; hizo su oficio muy bien, por ser varón apostólico y muy cuerdo. Vino por decimonono comisario general el padre fray Diego Caro, de la provincia de Santiago, el cual murió en la de Mechoacan a poco tiempo, después de haber comenzado su oficio en la misma casa de Cinzonzan, donde había celebrado capítulo provincial; y salió electo el benemérito padre fray Miguel López, de la provincia de la Concepción, segunda vez al cabo de pocos años que lo había sido otra. Entró el sobredicho padre fray Miguel por comisario, como su antecesor fray Diego Muñoz lo había sido y gobernó las provincias, hasta que vino por vigesimoprimo comisario el padre fray Juan de Ciesa, de la provincia de Santiago. Al cual sucedió, por vigesimosegundo comisario general, el padre fray Juan Zurita, provincial que fue en su provincia de Canaria y vino a esta Nueva España año de 1609. Ahora es vigesimotercio comisario el padre fray Christóbal Ramírez, de la provincia de los Ángeles, lector de teología, y difinidor que ha sido en ella. Dios le dé buen acertamiento en su gobierno.

CAPÍTULO XXIX. *Donde se da razón de el Santo Oficio y de el tiempo que ha que pasó a estos reinos de la Nueva España*

EL SANTO OFICIO DE LA INQUISICIÓN (si bien lo notamos) desde sus principios, hallaremos que ha sido y es tan antiguo que su origen viene deducido desde la creación del primer hombre; porque a pocas horas de esta dicha creación hallamos que pecó, quebrantando el mandamiento de Dios y como transgresor fue luego buscado y juzgado de ese mismo Dios, y sentenciado por su delito, como consta de la Sagrada Escritura.[1] De manera que desde los principios de el hombre, poco después de su creación, sabemos haber habido actos inquisitorios, examinados y castigados por Dios, o por ministros suyos, así en el estado de la ley natural, como fue en Caín y en el general anegamiento del mundo, como después en el mismo estado de la ley natural y en la escrita por manos de Moysén, y otros sus ministros, en la adoración del becerro y otros pecados y alevosías que tuvieron. Pero aunque es verdad que en todas las edades del mundo los ha habido, con todo, parece haberse ilustrado y engrandecido más su autoridad en este estado de gracia y evangélico; en el cual, el mismo Dios humanado, Jesucristo nuestro señor, hizo entrega de él a su vicario San Pedro

[1] Genes. 3.

y a todos sus legítimos sucesores, como aquel que tenía comunicada de su padre eterno toda la potestad en el cielo y en la tierra, como él mismo lo dice de sí mismo, cuando dijo a San Pedro:[2] Apacenta mis ovejas.[3] Y en otra parte dice: Tú, convertido, confirma a tus hermanos.[4] Y así se refiere en muchos cánones del derecho,[5] por lo cual, de todas las cosas pertenecientes a la fe, son ellos los propios y legítimos jueces, por particular y expresa comisión de Dios que para ello tienen. Porque al vicario universal de la Iglesia, a quien ese mismo Dios tiene cometidas sus veces, conviene castigar con penas los pecados cometidos contra Dios.

Esta potestad inquisitoria, aunque es verdad que es propia y legítima del sumo pontífice y vicario de Dios que comenzó en San Pedro después de Cristo nuestro señor y se va continuando en sus legítimos sucesores, es también comunicada y derivada a los arzobispos y obispos, deducida de la que ese mismo sumo pontífice tiene de legítimo y propio oficio; porque, como dice Anacleto Papa, que rigió la silla apostólica a los ciento y dos años después de la encarnación de Cristo nuestro señor, faltando los apóstoles, les sucedieron en su lugar los obispos; a los cuales, los que los reciben y juntamente su católica doctrina, reciben a Dios en ellos.

De aquí tuvo principio en la primitiva Iglesia, que en todas las provincias de la cristiandad se juntaban a concilio provincial,[6] dos veces en el año, donde se hacía examen e inquisición jurídica de todas las cosas tocantes y pertenecientes a la fe y cosas eclesiásticas. Este uso y costumbre santa se guardó hasta la celebración de el Sexto Concilio Constantinopolitano que se celebró el año del señor de 681, donde se determinó que sola una vez en el año se hiciesen estas inquisiciones regulares en los concilios provinciales. Y lo mismo se confirmó en la séptima sínodo niceno, en tiempo de el papa Adriano, como lo afirma Zonaras,[7] año de 774 y está en el derecho. Y lo mismo dice Lucio, papa III, que rigió la Iglesia de Dios el año de 1181 de la encarnación del Señor. Así lo enseña el sacro concilio universal lateranense, celebrado en tiempo de Inocencio III, año de 1215, y se dice en el derecho.

Aunque lo dicho se fue continuando por este modo algunos años, no permaneció, o por estorbos que hubiese o por negocios otros que ocurrían, a ser estorbo a esta santa y general diligencia y examen.[8] Por lo cual el sumo pontífice, con madura deliberación, acordó que otros varones doctos y sabios, cristianos y católicos, fuesen elegidos para que como delegados de la sede apostólica se ocupasen en este santo y católico oficio, y lo ejercitasen con maduro y debido cuidado. Y de aquí parece haber tenido este Santo Oficio de Inquisición origen y principio de las legacías pontificias de tiempo acá de 400[9] años, poco más o menos, como lo prueba docta-

[2] Math. 16.
[3] Ioan. 21.
[4] Luc. 22.
[5] Canon ita dunc 19. dist. et Canon quamvis 21. dist.
[6] Canon. In novo Testamen. dist. 2.
[7] Zonar in Irene Can. quoniam dist. 18.
[8] Cap. ad abolendam, et cap. cum exis iuncto et cap. ut commissi de hæreticis.
[9] Cap. per hoc et cap. ne aliqui haeret.

mente Ludovico de Páramo, en su libro del origen de la Inquisición y Santo Oficio,[10] porque ántes de este tiempo los obispos lo ejercían con autoridad ordinaria.

El motivo que hubo para elegir y nombrar inquisidores (según el mismo Ludovico) fueron las herejías de los albigenses, que comenzaron en la Galia Narbonense, y dice ser el primero que se llamó inquisidor general el glorioso padre Santo Domingo, y porque he visto controversia y cuestión entre algunos, sobre cuál ha sido este primer inquisidor general, con autoridad apostólica, lo dejo por no ser mi particular intento controversar y contender con ellos, y paso a lo forzoso de mi razón y digo que sólo ha sido de mi intento decir el origen y principio de este santo tribunal, tan necesario en el mundo, para venir a tratar de él en estos reinos de la Nueva España, donde pasó, después de haberse pacificado por nuestros españoles; de el cual tanto provecho se le ha seguido a la cristiandad, plantándose en estas nuevas tierras por haber pasado a ellas gentes manchadas, que con su mala doctrina han querido contaminar el fortísimo muro de la verdadera fe de Jesucristo nuestro señor, que nuestra madre la santa Iglesia católica romana tiene, con que reconoce y confiesa a su celestial esposo Jesucristo, redemptor nuestro; por cuya misericordia se comenzaron a descubrir y entender, luego que entró en la tierra, las herejías y judaísmos que en ella se iban introduciendo; y fueron prendiendo y castigando los señores de este santo tribunal a estos contaminadores y obreros de maldad que se iban despeñando por el camino errado de su ceguera y malicia.

Vino, pues, el tribunal de el Santo Oficio a esta Nueva España, el año de 1571, reinando en España el católico rey don Felipe II de este nombre, de gloriosa y santa memoria, siendo inquisidor general el cardenal de Toledo, don Diego de Espinosa y gobernando esta Nueva España el prudentísimo virrey don Martín Enríquez. Recibióse este santo tribunal con muy grandes fiestas y aparato. Fue primer inquisidor el doctor don Pedro Moya de Contreras, por haber muerto el licenciado Juan de Cervantes, que venía por inquisidor, quedando el dicho doctor don Pedro Moya de Contreras, que después fue arzobispo de Mexico, visitador de la Real Audiencia y presidente de ella, con voto, gobernador y capitán general de este reino (como en otra parte decimos), y volviendo a España con la visita le mandó su majestad que visitase el Real Consejo de las Indias donde pasó a su presidencia y murió presidente en él. Fue en su tiempo fiscal de este dicho tribunal de el Santo Oficio don Alonso Fernández de Bonilla, y el año de 1563 el Consejo de su majestad, de la general inquisición, sede vacante, le dio título de inquisidor, y habiendo su majestad dado la visita de la Audiencia de Lima, en el Perú, y asistiendo en ella la misma majestad real, le promovió a la silla arzobispal de Mexico, por ser hombre de singular valor y muy calificadas prendas. Diósele título de fiscal al licenciado Alonso Granero. Y el año de 1574 el cardenal don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, inquisidor general, dio título al dicho licenciado Granero de

[10] Ludovic. a Para. de origin. Inquisit. lib. 2. tit. 1. cap. 1.

Ábalos de inquisidor de Mexico, y poco después fue electo obispo de las Charcas, en los reinos de el Perú, donde murió algunos años después.

Al licenciado Santos García se le dio título de fiscal, y el año de 1576 título de inquisidor, a quien su majestad dio el obispado de Guadalajara, en la Nueva Galicia, y murió en esta ciudad de Mexico siendo obispo de aquel obispado. Diósele título de fiscal al doctor Lobo Guerrero, y el año de 1599 el de inquisidor; y este mismo año de fiscal al doctor Martos de Bohorques; y el de 94 se dio título de inquisidor al licenciado don Alonso de Peralta, hombre muy calificado, y eminentísimo en las cosas de este Santo Oficio; el cual en su tiempo las aumentó y autorizó en el ser y punto que ahora tienen, con grandísimo ejemplo y recogimiento de personas, saber y letras muy aventajadas. Sirviendo este dicho oficio le hizo su majestad merced de el arcedinato de Mexico, para ayuda de costa de el inmenso gasto que había tenido en la exaltación y aumento de este santo tribunal. Luego fue promovido a arzobispo de la Plata, en los reinos de el Perú, donde ahora vive con gran nombre y loa de todos en aquella santa iglesia. Siendo inquisidor murió el catolicísimo rey Felipe II, de santa memoria y después de haberle celebrado sus honras y obsequias, la audiencia con el virrey y ciudad, con especial majestad y grandeza en esta ciudad de Mexico, se hicieron otro día por el tribunal de el Santo Oficio en el insigne y religiosísimo convento de Santo Domingo, con túmulo y ornato tan autorizado que compitió con el de la ciudad; y dejó tanto nombre que obligó a que de él se hiciese un muy copioso libro, por el doctor Ribera, canónigo de la catedral de Mexico, el cual anda impreso, que es de mucha elegancia y singular artificio por haberlo sido el túmulo que el dicho inquisidor don Alonso de Peralta ordenó. En este acto asistió solo con el fiscal Martos de Bohorques, por no tener a la sazón compañero; y porque anda de molde el dicho libro, me remito a lo que en él se dice.

En diez y siete de julio de 1599 don Pedro Portocarrero, inquisidor general y obispo de Cuenca, dio título de inquisidor al licenciado Gutierre Bernardo de Quirós, persona de grande suerte, de mucha virtud y prudencia, grandes letras y recogimiento, singular celador de la honra de Dios contra judíos y herejes; ayudando con muy singular cuidado al dicho inquisidor don Alonso (que es ahora arzobispo de la Plata) en este santo tribunal, en el reparo y enmienda de grandes relajaciones que se habían introducido en pechos poco temerosos de Dios, contra su santa ley y mandamientos, corrigiendo costumbres relajadas y castigando con fuego y otras penas, según disposición de el derecho a los culpados. Ahora está en el mismo oficio con nombre y fama de prudentísimo varón. Fue promovido el licenciado Lobo Guerrero, al arzobispado de el Nuevo Reino de Granada y por ser persona tal pasó al de Lima, en el Perú, donde al presente gobierna aquella iglesia.

El año de 1612 que vino la nueva, a esta Nueva España, de el fallecimiento y muerte de la serenísima reina doña Margarita, mujer de el catolicísimo rey don Felipe III, de este nombre, nuestro señor, se le hicieron en esta dicha ciudad de Mexico las exequias por el virrey y audiencia en la iglesia

mayor, como a tan alta majestad convenían; y siguiendo la costumbre que en esto ha tenido este santo tribunal, las celebró también, en el dicho convento de Santo Domingo, el dicho inquisidor Gutierre Bernardo, queriéndose mostrar muy aventajado en ellas; y así lo estuvo el túmulo y aparato, puesto en medio de la capilla mayor de la dicha iglesia (que es muy grande) tan adornado de paños, de figuras, letras y jeroglíficos, plata y cera, que parece excedía en traza y adorno el arte humana. Asistió solo en los oficios de vigilia y misa los dos días que duraron las honras, con el fiscal de el mismo tribunal, por haberse muerto su compañero Martos de Bohorques. Acompañáronle todos los oficiales de el Santo Oficio, religiosos, clérigos y seglares, que son en número muchos, con otro muy grande acompañamiento de gente, que hizo el acto muy lustroso. Y porque otro día por más menuda cuenta y en más larga relación, lo mucho que de este solemnísimo acto puede decirse, lo callo yo, engrandeciendo el valor y ánimo de su autor, donde mostró tenerle, haciendo cosa tan grandiosa, y juntamente el piadoso sentimiento de pérdida tan grande con muerte de tan santa y soberana señora.

Fue nombrado inquisidor, por el cardenal de Toledo, don Bernardo de Roxas y Sandoval, inquisidor general el licenciado Martos de Bohorques; y murió en el oficio a pocos años después de su nombremiento; y por fiscal al doctor don Juan de Velasco, por el mismo cardenal, arzobispo de Toledo, persona de mucha calificación, muy docto en su facultad, muy prudente y digno de mayores oficios. Por muerte de el dicho Martos de Bohorques se le dio título de inquisidor al licenciado Juan Gutiérrez Flores, que lo era de la santa inquisición de Mallorca, hizo subida a este santo tribunal de Mexico, por el dicho cardenal don Bernardo de Roxas. Es hombre muy autorizado y va con opinión de muy buen acertamiento por el mucho saber que ha mostrado en los oficios que ha tenido. Conserve Dios a los presentes su santo servicio y quiera que los que después les sucedieren sean tales como conviene, para la conservación de su santa fe, exaltación de su santo nombre y acrecentamiento de sus alabanzas eternas.

CAPÍTULO XXX. *De los autos generales que este Santo Oficio y Tribunal ha tenido en diversos tiempos en esta Nueva España, después que en ella entró*

EL PRIMER AUTO DE INQUISICIÓN QUE ESTE Santo Oficio tuvo fue el año de 1574; celebróse en la plazuela de el marqués de el Valle, entre la puerta de el Perdón de la iglesia mayor y casas de el dicho marqués. Fue auto muy solemne y autorizado; y como fue el primero concurrieron a él muchas gentes de diversas partes y muchas leguas apartados de esta ciudad, siendo inquisidores don Pedro Moya de Contreras y don Alonso Fernández de Bonilla. Hubo en él sesenta y tres penitentes; los veinte y uno reconciliados en persona por la secta de Martín Lutero, y cinco por

mayor, como a tan alta majestad convenían; y siguiendo la costumbre que en esto ha tenido este santo tribunal, las celebró también, en el dicho convento de Santo Domingo, el dicho inquisidor Gutierre Bernardo, queriéndose mostrar muy aventajado en ellas; y así lo estuvo el túmulo y aparato, puesto en medio de la capilla mayor de la dicha iglesia (que es muy grande) tan adornado de paños, de figuras, letras y jeroglíficos, plata y cera, que parece excedía en traza y adorno el arte humana. Asistió solo en los oficios de vigilia y misa los dos días que duraron las honras, con el fiscal de el mismo tribunal, por haberse muerto su compañero Martos de Bohorques. Acompañáronle todos los oficiales de el Santo Oficio, religiosos, clérigos y seglares, que son en número muchos, con otro muy grande acompañamiento de gente, que hizo el acto muy lustroso. Y porque otro día por más menuda cuenta y en más larga relación, lo mucho que de este solemnísimo acto puede decirse, lo callo yo, engrandeciendo el valor y ánimo de su autor, donde mostró tenerle, haciendo cosa tan grandiosa, y juntamente el piadoso sentimiento de pérdida tan grande con muerte de tan santa y soberana señora.

Fue nombrado inquisidor, por el cardenal de Toledo, don Bernardo de Roxas y Sandoval, inquisidor general el licenciado Martos de Bohorques; y murió en el oficio a pocos años después de su nombremiento; y por fiscal al doctor don Juan de Velasco, por el mismo cardenal, arzobispo de Toledo, persona de mucha calificación, muy docto en su facultad, muy prudente y digno de mayores oficios. Por muerte de el dicho Martos de Bohorques se le dio título de inquisidor al licenciado Juan Gutiérrez Flores, que lo era de la santa inquisición de Mallorca, hizo subida a este santo tribunal de Mexico, por el dicho cardenal don Bernardo de Roxas. Es hombre muy autorizado y va con opinión de muy buen acertamiento por el mucho saber que ha mostrado en los oficios que ha tenido. Conserve Dios a los presentes su santo servicio y quiera que los que después les sucedieren sean tales como conviene, para la conservación de su santa fe, exaltación de su santo nombre y acrecentamiento de sus alabanzas eternas.

CAPÍTULO XXX. *De los autos generales que este Santo Oficio y Tribunal ha tenido en diversos tiempos en esta Nueva España, después que en ella entró*

EL PRIMER AUTO DE INQUISICIÓN QUE ESTE Santo Oficio tuvo fue el año de 1574; celebróse en la plazuela de el marqués de el Valle, entre la puerta de el Perdón de la iglesia mayor y casas de el dicho marqués. Fue auto muy solemne y autorizado; y como fue el primero concurrieron a él muchas gentes de diversas partes y muchas leguas apartados de esta ciudad, siendo inquisidores don Pedro Moya de Contreras y don Alonso Fernández de Bonilla. Hubo en él sesenta y tres penitentes; los veinte y uno reconciliados en persona por la secta de Martín Lutero, y cinco por

la misma secta relajados y entregados al brazo seglar y quemados; los demás fueron penitenciados por diversos delitos.

Luego el año siguiente de 1575 hubo otro auto público, aunque no de tanta gente. Desde este año, hasta el de 1593, se celebraron otros siete autos en que hubo otra mucha copia de personas por varios delitos, que fueron desde el primero en número nueve.

El décimo auto se celebró en la plaza mayor de esta ciudad de Mexico, segundo domingo de Adviento, día de la Concepción Purísima de la virgen madre de Dios señora nuestra, a ocho de diciembre, año de 1596, en que hubo sesenta y siete personas. Fue auto muy famoso; por esta razón se pondrán aquí algunas circunstancias de él. Celebróse siendo inquisidor el doctor don Bartolomé Lobo Guerrero, electo arzobispo de el nuevo reino, y el licenciado don Alonso de Peralta, que ahora lo es de las Charcas, por otro nombre llamado de la Plata, siendo virrey de esta Nueva España don Gaspar de Zúñiga y Acebedo, conde de Monterrey, que estuvo presente. Vino con los señores de la audiencia hasta la puerta principal de la inquisición, después de haber salido los penitentes, donde le recibieron los inquisidores, y fueron en la forma acostumbrada, llevando el dicho virrey e inquisidor más moderno en medio al inquisidor más antiguo, yendo el virrey a la mano derecha. La Real Audiencia luego por su orden, y al fin della el doctor Martos de Bohorques, promotor fiscal del Santo Oficio, con el estandarte de la fe, y a su lado izquierdo don Juan de Altamirano, caballero de el hábito de Santiago, yerno de don Luis de Velasco, que ahora es marqués de Salinas y presidente de el Real Consejo de las Indias, que llevaba una de las borlas de el estandarte. Delante de él el secretario, alguacil mayor y receptor de el Santo Oficio. Luego el capitán de la guardia y alguacil mayor de la audiencia. Luego iba por su antigüedad el cabildo eclesiástico y universidad; a la mano derecha, haciendo cabeza, la dignidad que preside; a la izquierda iba el cabildo seglar, corregidor, alcaldes ordinarios, oficiales reales, regidores y ministros de la audiencia, mezclándose los unos con los otros, y adelante mucha copia de gente que precedió con este orden hasta su lugar, que le eligió en las casas de cabildo de la plaza mayor, donde se ordenó un sumptuoso asiento. Era su planicie un suelo, al nivel y aparejo de el pasamano y baranda de el alquería que formaba un bocel corrido, con sus molduras graciosas. En el vivo de esta cornisa se puso en forma de estrado el asiento, quedando plaza bastante para las sillas de los señores, virrey, inquisidores y audiencia. Por lo alto venía el dosel del tribunal, que con el aparato de colgaduras de seda y alfombras ricas y labradas que se tendieron por los espacios y suelo de el estrado, hacia gran majestad.

Fue cosa maravillosa la gente que concurrió a este célebre y famoso auto, y la que estuvo a las ventanas y plazas hasta la puerta y casas de el Santo Oficio, para ver este singular acompañamiento y procesión de los relajados y penitenciados que salieron con sogas y corozas de llamas de fuego y una cruz verde en las manos, llevando cada uno de éstos un religioso a su lado para que le exhortase a bien morir y un familiar de guarda.

Los reconciliados judaizantes, con sambenitos y familiares a sus lados. Los casados dos veces con corozas pintadas, significadoras de sus delitos. Las hechiceras con corozas blancas, velas y sogas. Otros, por blasfemos, con mordazas en las lenguas, en cuerpo, descubiertas las cabezas y velas en las manos, todos en orden, siguiendo unos a otros. Los de menores delitos delante, y por este orden los demás, quedando los relajados detrás y los dogmatistas y enseñadores de la ley de Moysén, como capitanes y caudillos, los últimos, con sus caudas sobre sus corozas, retorcidas y enroscadas, significando las falsas proposiciones de su falso magisterio y enseñanza con que fueron procediendo hasta su tablado, que hacía frente con el asiento de el tribunal, a cuyos pies había gradas, donde se sentaron los oficiales y ministros de el Santo Oficio por su antigüedad.

El tablado de los penitenciados fue maravilloso porque en su medio monteaba una media pirámide (que llaman media naranja) ceñida de gradas de medio círculo que subían hasta su extremidad, donde estuvieron por su orden los relajados. Los maestros dogmatistas en las más altas gradas y los otros asentados, como iban bajando; y por este orden las estatuas de los difuntos y ausentes relajados. Los reconciliados y los otros penitentes en bancos en la plaza del tablado. El alguacil mayor del Santo Oficio tuvo silla en la planicie del tablado. Púsose púlpito al lado derecho de el Santo Oficio, donde predicó el arzobispo de las Filipinas, don fray Ignacio de Santiváñez, de la orden de mi glorioso padre San Francisco. Otros dos púlpitos se pusieron a los colaterales de el tribunal, en que leyeron los relatores las sentencias, las cuales no se ponen aquí, por excusar prolijidad, que fueron varias, según los delitos; sólo digo que cada uno de estos porfiados judíos podía ser rabino en una sinagoga. Celebróse con grande majestad, quedando el pueblo con un poco asombro de los ritos y ceremonias de estos herejes judaizantes y delitos graves que allí se leyeron.

El año de 1602 se celebró otro auto de la fe, siendo inquisidores el licenciado don Alonso de Peralta, y el licenciado Gutierre Bernardo de Quirós, en el mismo lugar de la plaza mayor, de esta ciudad, con el adorno y aparato dicho, día de la Anunciación de la virgen Santísima María, a 25 de marzo. Predicó el arcediano de la santa iglesia de la misma ciudad, don Juan de Cervantes, obispo que es ahora de Antequera, por otro nombre Guaxaca, que era consultor del Santo Oficio. Por ser el acompañamiento y adorno del cadahalso y estrados, el mismo que queda dicho en el pasado, no lo refiero; sólo digo que tuvo este auto de aumento y añadidura una procesión, que se hizo el día antes en la tarde, trayendo una cruz grande verde, desde las casas de la inquisición, hasta el cadahalso, que se puso en lo alto de la media naranja y lugar de los penitenciados. Fue acto éste de grande autoridad y célebre en grandeza; concurrió a él infinito pueblo y fue muy solemne su acompañamiento, donde concurrieron también todas las órdenes y clerecía, con toda la caballería mexicana y muchas velas de cera encendidas. Toda aquella noche tuvo a su contorno muchas hachas y blandones de cera encendidos; y la velaron religiosos de las dichas órdenes y otras gentes y ministros del Santo Oficio.

Hubo ciento y tantos penitenciados. Entre los que quemaron fue un hereje, que por su pertinacia y dureza le quemaron vivo. Hubo estatuas de relajados y muchos de ellos por otros particulares delitos, algunos de los cuales los más enormes y sucios que jamás se han oído; porque sabe el demonio inventarlos para engañar a los hombres. Después acá ha habido otros autos, aunque no tan solemnes como los dos dichos, y cada año este santo tribunal acostumbra ya tenerlos con la solemnidad que le parece convenir al acto.

Está muy ilustrada esta santa inquisición porque ultra de ser el tribunal tan santo y estar siempre proveído de personas muy dignas del oficio, que cada día salen de él para obispos y arzobispos de diferentes iglesias, tiene calificadores de los señores de la Real Audiencia y otros particulares letrados doctos. Tiene patrocinadores, alguacil mayor, familiares, alcaide y otros oficiales necesarios para el buen despacho de los negocios. Hay cárcel perpetua, cerca de las de la inquisición, muy cumplida y abastecida de lo necesario.

CAPÍTULO XXXI. *De el número de monasterios y partidos de clérigos e iglesias que al presente habrá en esta Nueva España, y obispos y obispados que han sido en ella*

PARA QUE SE ALABE A NUESTRO SEÑOR DIOS, obrador de todo lo bueno en la muy amplia y extendida propagación de su santa fe y doctrina cristiana en esta Nueva España, que comenzó en solos doce frailes menores y pobres, como otros doce apóstoles pescadores, será bien hacer la suma de los monasterios de las órdenes que el día de hoy están edificados y de los partidos, donde residen clérigos con cargo de doctrinar a los naturales indios. Y comenzando por nuestra orden franciscana, pues fue la primera en este ministerio, digo que esta Nueva España tiene siete provincias. La primera, y madre de todas, es esta de Mexico, que se intitula del Santo Evangelio. La segunda, de los apóstoles San Pedro y San Pablo, de Mechoacan. La tercera, del Nombre de Jesús, de Guatemala. La cuarta, de San Joseph, de Yucatán. La quinta, de San Jorge, de Nicaragua. La sexta, de San Francisco, de los Zacatecas. La séptima, de Santiago, de la Nueva Galicia, como arriba extensamente se ha relatado.

Esta del Santo Evangelio tiene sesenta y seis monasterios, sin otras cinco o seis doctrinas o vicarías, donde asisten dos religiosos. Tiene más una costodia que es la de San Salvador de Tampico; de suerte que con las propias y las de su costodia tiene esta provincia del Santo Evangelio pocas más de noventa casas. La provincia de Mechoacan, juntamente con la de la Nueva Galicia y fronteras de infieles, que hasta ahora ha sido todo una provincia, tienen sesenta y más conventos. La de Guatemala tiene veinte y dos. La de Yucatán otros veinte y dos. La de Nicaragua tiene doce

Hubo ciento y tantos penitenciados. Entre los que quemaron fue un hereje, que por su pertinacia y dureza le quemaron vivo. Hubo estatuas de relajados y muchos de ellos por otros particulares delitos, algunos de los cuales los más enormes y sucios que jamás se han oído; porque sabe el demonio inventarlos para engañar a los hombres. Después acá ha habido otros autos, aunque no tan solemnes como los dos dichos, y cada año este santo tribunal acostumbra ya tenerlos con la solemnidad que le parece convenir al acto.

Está muy ilustrada esta santa inquisición porque ultra de ser el tribunal tan santo y estar siempre proveído de personas muy dignas del oficio, que cada día salen de él para obispos y arzobispos de diferentes iglesias, tiene calificadores de los señores de la Real Audiencia y otros particulares letrados doctos. Tiene patrocinadores, alguacil mayor, familiares, alcaide y otros oficiales necesarios para el buen despacho de los negocios. Hay cárcel perpetua, cerca de las de la inquisición, muy cumplida y abastecida de lo necesario.

CAPÍTULO XXXI. *De el número de monasterios y partidos de clérigos e iglesias que al presente habrá en esta Nueva España, y obispos y obispados que han sido en ella*

PARA QUE SE ALABE A NUESTRO SEÑOR DIOS, obrador de todo lo bueno en la muy amplia y extendida propagación de su santa fe y doctrina cristiana en esta Nueva España, que comenzó en solos doce frailes menores y pobres, como otros doce apóstoles pescadores, será bien hacer la suma de los monasterios de las órdenes que el día de hoy están edificados y de los partidos, donde residen clérigos con cargo de doctrinar a los naturales indios. Y comenzando por nuestra orden franciscana, pues fue la primera en este ministerio, digo que esta Nueva España tiene siete provincias. La primera, y madre de todas, es esta de Mexico, que se intitula del Santo Evangelio. La segunda, de los apóstoles San Pedro y San Pablo, de Mechoacan. La tercera, del Nombre de Jesús, de Guatemala. La cuarta, de San Joseph, de Yucatán. La quinta, de San Jorge, de Nicaragua. La sexta, de San Francisco, de los Zacatecas. La séptima, de Santiago, de la Nueva Galicia, como arriba extensamente se ha relatado.

Esta del Santo Evangelio tiene sesenta y seis monasterios, sin otras cinco o seis doctrinas o vicarías, donde asisten dos religiosos. Tiene más una costodia que es la de San Salvador de Tampico; de suerte que con las propias y las de su costodia tiene esta provincia del Santo Evangelio pocas más de noventa casas. La provincia de Mechoacan, juntamente con la de la Nueva Galicia y fronteras de infieles, que hasta ahora ha sido todo una provincia, tienen sesenta y más conventos. La de Guatemala tiene veinte y dos. La de Yucatán otros veinte y dos. La de Nicaragua tiene doce

monasterios. Y según esta cuenta hay en lo de la Nueva España doscientas y más casas o monasterios de la orden de nuestro padre San Francisco.

Los religiosos del bienaventurado patriarca Santo Domingo tienen al presente en esta Nueva España tres provincias, que es la de Mexico, Guatemala, y ahora la de Guaxaca, que ésta, con la de Mexico, había sido una hasta pocos años ha que se dividieron, y quedó esta de Mexico con cuarenta y ocho monasterios, y se llama de Santiago. Y la de Guaxaca, que se intituló de San Hipólito, con solos veinte y uno. La de Guatemala tendrá como veinte conventos con los que se cuentan en los obispados de la Vera Paz y Chiapa, que es de donde se denomina que son por todos los de Santo Domingo, noventa monasterios. Los religiosos de la orden del glorioso doctor San Agustín tenían sesenta y seis monasterios en esta provincia de Mexico, Mechoacan y Xalisco, que todo era una provincia; pero hanse dividido de pocos años acá, quedándose Mechoacan con título de provincia, en la cual se incluye lo tocante a Xalisco; y así, no sé qué casas han quedado en la una, ni en la otra, aunque esta de Mexico tiene diez o doce más, que se han aumentado en la sierra y otras partes, después que se hizo la división; de manera que son otras noventa, algunas más o menos.

En el arzobispado de Mexico hay setenta partidos de clérigos que administran a los indios, y cada partido tiene muchos pueblos de visita, como los tienen los conventos de los religiosos. Han sido prelados de este arzobispado, primero, el santo varón don fray Juan de Zumárraga, fraile francisco; tuvo título de obispo, por algunos años y, cuando le vino de arzobispo, murió. Segundo, don fray Alonso de Montúfar, dominico. Tercero, don Pedro Moya de Contreras, que gobernó algún tiempo esta Nueva España (como hemos dicho en otro lugar)[1] y murió en Madrid, siendo presidente del Consejo de Indias. Cuarto fue don Alonso Fernández de Bonilla, que siendo inquisidor apostólico en esta Nueva España, le vino la visita de las audiencias del Perú, y al cabo de algunos años que se había ocupado en ella, murió el arzobispo don Pedro Moya, y le sucedió en el arzobispado; pero no vino a él, aunque se consagró y encomendó el gobierno a don Juan de Cervantes, arcediano de esta su iglesia, que a cuatro o cinco años de ser arzobispo murió en aquellos reinos del Perú. Sucedióle don fray García de Santa María y Zúñiga, de la orden del excelentísimo doctor San Gerónimo; el cual vino al cabo de haber estado esta santa iglesia más de veinte años sin pastor, que con su presencia la consolase, y murió presto. Y fue proveído, después de su muerte, don fray García Guerra, de la orden de Santo Domingo, por cuya muerte fue electo don Juan Pérez de la Serna, canónigo de la magistral de la santa iglesia de Zamora.

Los padres de la Compañía de Jesús, en Mexico y en Tepozotlan, tienen dos colegios donde enseñan y doctrinan a los naturales, con mucho cuidado, sin otra casa de profesos, que tienen también en Mexico.

En el obispado de Tlaxcalla habrá cuarenta partidos o beneficios de

[1] Supra tomo I. lib. 3. cap. 25.

clérigos. Siempre se ha de entender que hablo de pueblos de indios, sin los que tienen entre los españoles. Han sido obispos de este obispado: primero, don fray Julián Garcés, dominico, y fue el primero que vino a esta Nueva España (porque entró en ella el año de 16), y tras él, el de 27, el obispo de Mexico, Zumárraga. Fue gran letrado este primero obispo dicho y muy pobre en su vestido, persona y servicio. La manera de cómo vino a ser obispo de este obispado es en esta forma: cuando se sonó el descubrimiento de la tierra y riqueza de Yucatán, Francisco de Garay, que gobernaba la isla de Xamaica, determinó de enviar a Diego de Camargo a descubrir, con uno o dos navíos, y descubrió la provincia de Pánuco, desde donde Grijalva se volvió hasta cien leguas hacia la Florida. Y atribuyendo a sí este descubrimiento envió a Castilla a suplicar al rey que le hiciese merced de esta gobernación, ofreciendo de poblar y conquistar aquellas provincias a su costa; pidió título de adelantado y ciertas leguas de tierra, con jurisdicción y otras mercedes. Y el año siguiente de 1519 se le dio el despacho en Barcelona. También Diego Velázquez, que por Juan de Grijalva tenía hecho ya el descubrimiento de esta tierra firme, había enviado a dar aviso al rey de todo lo hecho hasta entonces y pedía nuevas mercedes. Fue con esta legacía un padre clérigo, llamado Benito Martín, y andando solicitando la causa de Diego Velázquez, el obispo de Burgos hizo proveer por obispo de Cuba al padre fray Julián Garcés, de la orden de Santo Domingo, confesor suyo, maestro en teología, notable predicador y docto en lengua latina, en tanto grado que dijo el maestro Antonio de Lebrija que le convenía estudiar para saber más que aquel fraile. Y como Benito Martín fue bien recibido por las nuevas que llevó del descubrimiento y las riquezas, y con las muestras de ello a vueltas de los negocios que trataba por haber llevado relación que la tierra que se había descubierto de Cuba era isla, pidió por merced que le diesen el abadía de ella (que no salió menos que toda esta Nueva España, que los indios llamaban entonces Culhua, por ser culhuas los mexicanos que la señoreaban), y habiéndoselo concedido, sin saberse entonces lo que había de ser, fue pasado fray Julián Garcés de obispo de Cuba a obispo de Cozumel o de Santa María de los Remedios; pero entrambos se hallaron burlados, porque Cozumel se pensó que era muy gran cosa y salió poco y Culhua, que parecía poco, salió lo que es ahora la Nueva España. Anduvo después sobre ello gran controversia y moderóse con dar el obispado de Tlaxcalla al padre fray Julian Garcés, y cierta recompensa a Benito Martín. Segundo, don fray Martín de Hojacastro, francisco, cuya vida se trata en el libro de los ministros evangélicos. Tercero, don Francisco de Villa-Gómez. Cuarto, don Antonio de Molina, fraile del hábito de Santiago, que pasó a esta silla de la de Mechoacan. Quinto, don Diego Romano, cuyas letras mostraron bien los cargos que en España tuvo de inquisidor y otros; y por ser de tan buen nombre y tener ganada mucha opinión, se le encomendó la visita de el marqués de Villa-Manrique, y por su muerte sucedió en el obispado don Alonso de la Mota que ahora vive y pasó a él del de la Nueva Galicia, que es el de Xalisco o Guadalaxara, cuya primera provisión era de coadjutor

del dicho don Diego Romano por haber pedido, con instancia, al rey, persona que le ayudase, por hallarse ya muy viejo e impedido para la ejecución de su oficio pastoral, por estar muy falto de la vista corporal, y habíansele señalado seis mil pesos de pensión y renta en el obispado y promesa de futura sucesión. Y antes de cumplirse esto, por este orden, murió el dicho don Diego Romano y le vinieron las bulas al dicho don Alonso de la Mota de obispo de Tlaxcalla, donde ejercita su apostolado con mucho ejemplo de vida y cuidado grande de su oficio, donde primero fue deán, habiéndolo sido primero de Mechoacan, luego de Tlaxcalla, y de aquí pasó a Mexico con el mismo oficio, donde es natural y nacido para honra y gloria de su patria. También tienen los padres de la compañía en este obispado dos casas en la ciudad de los Ángeles una, y otra en la Vera Cruz, y otras dos los padres del Carmen, una en la Puebla y otra en la Villa de Carrión, que es la de Atrisco.

En el obispado de Mechoacan hay treinta y un partidos o beneficios de clérigos en pueblos de indios, sin otros trece o catorce que hay en pueblos de españoles y minas. De estos partidos de indios conozco yo alguno que corre por más de treinta y cinco leguas y lo administraba un solo clérigo, aunque después hubo dos que se iban trocando de una parte a otra. Los padres de la compañía tienen en Mechoacan dos colegios, uno en la ciudad de Valladolid, donde está la silla, y otro en Pazcuaro. Y tienen otra casa en San Luis de la Paz, donde hay chichimecas congregados y asisten allí dos religiosos. Han sido obispos de este obispado: el primero don Vasco de Quiroga, que había sido oídor en esta Audiencia de Mexico, uno de los cuatro y muy escogidos que la católica emperatriz, doña Isabel, envió para reformar aquesta audiencia. Segundo, don Antonio de Morales y Molina, que después pasó al obispado de Tlaxcalla, como hemos dicho. Tercero, don fray Diego de Chaves, agustino que murió electo antes de consagrarse. Cuarto, don fray Juan de Medina Rincón, meritísimo prelado, también agustino, que había sido provincial de su orden en esta provincia de Mexico, cuya apostólica vida pide libro particular y muy voluminoso, hombre de mucha oración, recogimiento, pobre, humilde y de mucha caridad, y celoso, en grande extremo, del culto divino y que sus clérigos fuesen santos. Quinto, don fray Alonso Guerra, dominico, por cuya muerte entró en el obispado don fray Alonso de Ulloa, dominico, que fue el sexto. Séptimo, un clérigo, llamado don Juan Fernández Rosillo, antes obispo de la Vera Paz y deán de la de Cartagena. Octavo, don fray Baltasar de Covarrubias, agustino, natural de esta ciudad de Mexico, el cual fue nombrado en el Río de la Plata y de allí promovido a Cáceres, en las Islas Filipinas y luego a Segovia, en las mismas islas; y con este título último pasó a esta Nueva España, y aguardando pasaje para hacer su jornada a la China le vino el obispado de Guaxaca, donde estuvo algún tiempo, y de aquél pasó, habrá dos o tres años, a este de Mechoacan, donde al presente rige aquella catedral y santa iglesia.

CAPÍTULO XXXII. *Que prosigue la materia de el pasado*

N EL OBISPADO DE LA NUEVA GALICIA, O Xalisco, hay solos once partidos o beneficios de clérigos en pueblos de indios, aunque se recompensa este breve número con otros treinta y tres que tiene en pueblos de españoles y en minas muchas que tiene, y en ellas siempre hay indios que las benefician. Los padres de la compañía tienen dos colegios en este obispado, uno en Guadalaxara y otro en Zacatecas y una casa en Guadiana; y en las provincias de Sinaloa hay otros en aquella conversión, y en las Parras. Han sido obispos en este obispado el primero don Pedro Malaver. Segundo, don fray Pedro de Ayala, fraile francisco. Tercero, don Francisco de Mendiola, que había sido oidor en aquella audiencia. Cuarto, don fray Domingo de Arcola, dominico. Quinto, don fray Pedro Xuárez de Escobar, agustino, varón de muy santa vida, el cual murió electo antes de consagrarse. Sexto, don Francisco Santos García, que había sido inquisidor en este reino. Séptimo, don Alonso de Mota, deán que a la sazón era de Mexico, habiéndolo sido antes de Tlaxcalla, como ya hemos dicho, y había sido electo obispo de Nicaragua y no lo quiso aceptar; y después le vino este obispado, de donde pasó al de Tlaxcalla, y ahora vive en él. Octavo, don Juan de Valle, de la orden de San Benito, que al presente vive en su obispado muy apostólicamente.

El obispado de Guatemala tenía veinte y dos partidos o beneficios de clérigos, aunque ahora dicen que son más de sesenta y son de los más ricos de esta Nueva España, por causa de el mucho cacao que allí se hace, y es la mejor mercadería de toda esta tierra, después de la grana. Tienen los padres de la Merced algunos conventos y doctrinas en este obispado. Han sido obispos en él, el primero, don Francisco Marroquín. Segundo, don Bernardino de Villalpando. Tercero, don fray Gómez de Córdova, de la orden de San Gerónimo. Cuarto, don fray Juan Ramírez, dominico, gran defensor de los indios y santísimo varón. Y por su muerte entró en el obispado el año de 1611 don fray Juan de las Cabezas, de la religiosísima orden de Santo Domingo, provincial que había sido de la provincia de Santo Domingo, en las Indias, y fue promovido a este dicho obispado de el de Cuba, donde lo era.

El obispado de Guaxaca tiene cuarenta partidos de clérigos, y son también ricos, porque entra en él la costa de la mar, y tierras de cacao y la Mixteca, tierra de mucha seda. Han sido obispos de este obispado, primero, don Juan de Zárate. Segundo, don fray Bernardo de Alburquerque, que había sido primero provincial de su orden de Santo Domingo, en esta provincia de Mexico y antes de todo esto lego, en la cual vocación profesó. Pero llegó después a tan alto estado de perfección y merecimiento que subió a las dignidades dichas para que Dios sea alabado en sus obras. Fue religioso de mucha humildad y ejemplo de santa vida. Tercero, don fray Bartolomé de Ledesma, de la misma orden. Y cuarto, don fray Baltasar

de Covarrubias, agustino. Quinto, don Juan de Cervantes, arcediano de esta santa iglesia de Mexico y catedrático de escritura, y que había sido muchos años gobernador de este arzobispado en diversas ocasiones, y vive al presente. Hay en esta ciudad de Guaxaca o Antequera colegio de los padres de la compañía.

En el obispado de Yucatán hay pocos partidos de clérigos y tampoco hay religiosos de otra orden, sino es de la de San Francisco. Han sido prelados de aquel obispado, primero, don fray Juan de la Puerta, fraile de San Francisco, murió en breve, después de electo. Segundo, don fray Francisco de Toral, de la misma orden, que había sido provincial de esta provincia de el Santo Evangelio. Tercero, don fray Diego de Landa, de la misma orden, que había trabajado muchos años y con grande ejemplo en aquella misma provincia, siendo en ella súbdito y prelado. Cuarto, don fray Gregorio de Montalvo, dominico. Quinto, don fray Juan Izquierdo, religioso franciscano. Sexto, don Diego de Mercado. Séptimo, don fray Gonzalo de Salazar, fraile agustino de esta ciudad de Mexico, que de presente vive.

En los obispados que restan, por estar muy lejos, no he podido saber los partidos o beneficios que tienen los padres clérigos. En el de Chiapa fue el primer obispo don fray Bartolomé de las Casas, fraile dominico, a quien todos los indios, y aun todos los reinos y provincias de las Indias, son en mucha obligación, por haber sido su incansable procurador ante nuestros católicos reyes por muchos años, y con grandes trabajos. Segundo obispo fue don fray Francisco Casillas, de la misma orden. Tercero, don fray Pedro de Feria, de la misma orden. Cuarto, don fray Andrés de Ubilla, que entonces había sido provincial de esta provincia de Mexico, en su orden de Santo Domingo. Otros tres o cuatro se proveyeron que no han pasado acá y a todos ha sucedido el que ahora es, también, de la misma orden.

En el obispado de Honduras han sido obispos, primero, don Christóbal de Peraza. Segundo, don fray Gerónimo de Corela, fraile gerónimo. Tercero, don fray Alonso de la Cerda, dominico. En el obispado de la Vera Paz han sido obispos, primero, don fray Pedro de Angulo, dominico. Segundo, don fray Tomás de Cárdenas, de la misma orden. Tercero, don fray Antonio de Herbias. En el obispado de Nicaragua fueron prelados, primero, un dominico, llamado Ulloa, que fue muerto por los dos hermanos Contreras, que se quisieron alzar con el Perú el año de cincuenta y uno. Fue proveído el padre maestro fray Alonso de la Vera Cruz y no lo quiso aceptar; aceptólo luego un Carrasco (cuyo nombre, con el de el antecesor, ignoro), y tras él entró por obispo don fray Gómez de Córdova, que después pasó a Guatemala. Sucedióle después don fray Antonio de Zayas, fraile francisco. Por muerte de éste fue proveído don Alonso de la Mota y no lo aceptó.

Todos los obispados aquí referidos son sufragáneos al arzobispado de Mexico, salvo este último de Nicaragua; mas pónese aquí, entre los otros, porque aquella provincia se cuenta por una de esta Nueva España. Muchos

de los nuestros que residen en la que, respecto de ésta, llamamos Vieja, y no entendiendo lo mucho que se extienden los reinos de las Indias, piensan que todo ello es un pedazuelo de tierra, y que el Perú y Nueva España es como de Madrid a Sevilla; y así, escribiendo a los deudos o amigos que por acá tienen, ponen en el sobre escrito: a fulano, en las Indias, sin poner más distinción, ni claridad, siendo más dificultoso el hallar al tal hombre o persona, que si dijera al bachiller en Salamanca; porque desde esta región de la Nueva España, cuya cabeza es Mexico y es parte de lo que se llaman Indias, hay a los reinos de el Perú, que también son Indias, poco menos de distancia que a España; y así es muy diferente región y contiene otras muchas provincias y obispados, de que aquí ninguna mención se hace, porque son muy distintas y remotas tierras la una de la otra. Finalmente, recopilado todo lo arriba dicho en el capítulo pasado y éste, y haciendo la cuenta más cierta que hacerse puede, hallo que, en lo que es Nueva España, habrá cuatrocientos conventos, pocos más o menos, o monasterios de religiosos de todas órdenes, y otros cuatrocientos partidos de clérigos, que son por todos ochocientas doctrinas o asistencias de ministros eclesiásticos, para ministerio de los sacramentos y doctrina cristiana. Y es mucho de notar lo que arriba se dijo, que cada uno de los conventos de los religiosos, y de los partidos de clérigos, tiene de visita muchas iglesias en pueblos y aldeas que están a cargo de su doctrina. Estas iglesias sería imposible poder yo, ni otro alguno, contar; mas por lo que esta provincia de el Santo Evangelio tiene de visita, que serán más de mil, se podrá considerar las muchas que habrá en las seis provincias de esta misma orden y en las de las otras órdenes, y en los partidos de obispados que aquí se han relatado. Conserve nuestro Señor estos sus nuevos cristianos y provéalos de tales ministros, cuales para su buena cristiandad son menester, que no es poco lo que importa esta petición.

CAPÍTULO XXXIII. *De lo mucho que escribieron los religiosos antiguos franciscanos en las lenguas de los indios*

LOS BIENAVENTURADOS DOCTORES SAN GERÓNIMO[1] y San Isidoro[2] hicieron particulares tratados en que dieron a los fieles noticia de los escritos eclesiásticos de la primitiva iglesia, a cuya imitación me pareció debía yo hacer siquiera un particular capítulo de esta materia, para que se entienda lo mucho que se debe a los primeros obreros de esta nueva iglesia y viña de el Señor, que no contentos con desmontarla, labrarla y cultivarla con el sudor de sus personas, quisieron dejar la prosecución de su labor, más fácil y suave para los ministros que les sucediesen, con el ejercicio de el lenguaje de estos naturales, que es el instrumento y medio necesario para predicarles el santo evangelio, e instruirlos en la vida cris-

[1] Div. Hier. de Scriptor. Ecclesiast.
[2] Div. Isidor. de Illustribus Viris et de ortu et obitu Sanctorum.

de los nuestros que residen en la que, respecto de ésta, llamamos Vieja, y no entendiendo lo mucho que se extienden los reinos de las Indias, piensan que todo ello es un pedazuelo de tierra, y que el Perú y Nueva España es como de Madrid a Sevilla; y así, escribiendo a los deudos o amigos que por acá tienen, ponen en el sobre escrito: a fulano, en las Indias, sin poner más distinción, ni claridad, siendo más dificultoso el hallar al tal hombre o persona, que si dijera al bachiller en Salamanca; porque desde esta región de la Nueva España, cuya cabeza es Mexico y es parte de lo que se llaman Indias, hay a los reinos de el Perú, que también son Indias, poco menos de distancia que a España; y así es muy diferente región y contiene otras muchas provincias y obispados, de que aquí ninguna mención se hace, porque son muy distintas y remotas tierras la una de la otra. Finalmente, recopilado todo lo arriba dicho en el capítulo pasado y éste, y haciendo la cuenta más cierta que hacerse puede, hallo que, en lo que es Nueva España, habrá cuatrocientos conventos, pocos más o menos, o monasterios de religiosos de todas órdenes, y otros cuatrocientos partidos de clérigos, que son por todos ochocientas doctrinas o asistencias de ministros eclesiásticos, para ministerio de los sacramentos y doctrina cristiana. Y es mucho de notar lo que arriba se dijo, que cada uno de los conventos de los religiosos, y de los partidos de clérigos, tiene de visita muchas iglesias en pueblos y aldeas que están a cargo de su doctrina. Estas iglesias sería imposible poder yo, ni otro alguno, contar; mas por lo que esta provincia de el Santo Evangelio tiene de visita, que serán más de mil, se podrá considerar las muchas que habrá en las seis provincias de esta misma orden y en las de las otras órdenes, y en los partidos de obispados que aquí se han relatado. Conserve nuestro Señor estos sus nuevos cristianos y provéalos de tales ministros, cuales para su buena cristiandad son menester, que no es poco lo que importa esta petición.

CAPÍTULO XXXIII. *De lo mucho que escribieron los religiosos antiguos franciscanos en las lenguas de los indios*

LOS BIENAVENTURADOS DOCTORES SAN GERÓNIMO[1] y San Isidoro[2] hicieron particulares tratados en que dieron a los fieles noticia de los escritos eclesiásticos de la primitiva iglesia, a cuya imitación me pareció debía yo hacer siquiera un particular capítulo de esta materia, para que se entienda lo mucho que se debe a los primeros obreros de esta nueva iglesia y viña de el Señor, que no contentos con desmontarla, labrarla y cultivarla con el sudor de sus personas, quisieron dejar la prosecución de su labor, más fácil y suave para los ministros que les sucediesen, con el ejercicio de el lenguaje de estos naturales, que es el instrumento y medio necesario para predicarles el santo evangelio, e instruirlos en la vida cris-

[1] Div. Hier. de Scriptor. Ecclesiast.
[2] Div. Isidor. de Illustribus Viris et de ortu et obitu Sanctorum.

tiana. Y así traeremos aquí a la memoria los tratados que compusieron o trasumptaron en la lengua mexicana y otras lenguas extrañas, que más parece habérselas infundido el Espíritu Santo, como a los santos apóstoles, que habérselas ellos adquirido por industria y diligencia humana, según fueron en ellas expertos y curiosos.

Comenzaron a dar esta lumbre algunos de los doce que primero vinieron; y, entre ellos, el que primero puso en arte la lengua mexicana y vocabulario fue el fray Francisco Ximénez. Tras él hizo luego una breve doctrina cristiana, fray Toribio Motolinía, la cual anda impresa. Fray Juan de Ribas compuso un catecismo cristiano y sermones dominicales de todo el año, un *Flos Sanctorum* breve, y unas preguntas y respuestas de la vida cristiana. Compuso también fray García de Cisneros otros sermones predicables. Estos cuatro fueron de los doce.

Después de estos cuatro, fray Pedro de Gante (aunque lego) compuso una copiosa doctrina que también anda impresa. Fray Juan de San Francisco compuso un sermonario bien cumplido y de muy buena lengua, unas colaciones llenas de santos ejemplos, muy provechosas para predicar a los indios. Fray Alonso de Herrera compuso en provecho y lengua de estos naturales un sermonario dominical y *De Sanctis*. Fray Alonso Rengel hizo un arte muy bueno de la lengua mexicana, y en la misma lengua hizo sermones de todo el año y también hizo arte y doctrina en la lengua otomí. Fray Andrés de Olmos fue el que sobre todos tuvo don de lenguas, porque en la mexicana compuso el arte más copioso y provechoso de los que se han hecho y hizo vocabulario y otras muchas obras que se cuentan en su vida; y lo mismo hizo en la lengua totonaca y en la guaxteca, y entiendo que supo otras lenguas de chichimecas, porque anduvo mucho tiempo entre ellos. Fray Arnaldo de Basacio, francés de nación, muy profundo teólogo, escribió muchos y muy copiosos sermones y de muy escogida lengua, y tradujo las epístolas y evangelios que se cantan en la iglesia por todo el año. Todo lo cual se estima en mucho.

Fray Juan de Gaona, doctísimo varón, fue muy primo en la lengua mexicana, y en ella compuso admirables tratados, aunque de todos no quedó memoria sino sólo de unos diálogos o coloquios que andan impresos de la lengua más pura y elegante que hasta ahora se ha visto, y otros de la pasión de nuestro redemptor de mano; los demás se quemaron por una grande desgracia. Fray Bernardino de Sahagún hizo arte de la lengua mexicana y unos sermonarios de todo el año, unos breves y otros largos, y una postila sobre los evangelios dominicales y otros muchos tratados de escogidísima lengua. Y como hombre que, sobre todos, más inquirió los secretos y profundidad de esta lengua, compuso un calepino (que así lo llamaba él) de doce o trece cuerpos de marca mayor, donde se encerraban todas las maneras de hablar que los mexicanos tenían en todo género de su trato, religión, crianza, vida y conversación. Éstos, por ser cosa tan larga, no se pudieron trasladar. Sacólos de su poder, por maña, uno de los virreyes pasados, para enviar a cierto coronista que le pedía con mucha instancia escrituras de cosas de Indias; y tanto le aprovecharán para su propósito,

como las coplas de don Gayseros. Fue este padre en esto desgraciado, que de todo cuanto escribió, sólo ha quedado un libro que intituló: *Psalmodia*, el cual hizo para que los indios cantasen en sus bailes cosas de edificación de la vida de nuestro salvador y de sus santos, con celo de que olvidasen sus dañosas antiguallas. Tradujo en lengua mexicana también la vida de San Bernardino, como se escribe en las corónicas de la orden, a petición de los indios de Xuchimilco que le tienen por patrón, de cuya vocación es la iglesia. Un vocabulario trilingüe, en latín, castellano y mexicano, que yo tengo en mi poder.

Fray Alonso de Escalona escribió muchos y muy buenos sermones de que se han aprovechado y aprovechan hoy día los predicadores, así de dominicas como de santos; y también escribió sobre los mandamientos de el decálogo. Fray Alonso de Molina fue el que más dejó impreso de sus obras, porque imprimió arte de la lengua mexicana, vocabulario y doctrina cristiana, mayor y menor; confesionario mayor y menor o más breve. Aparejos para recibir el Santísimo Sacramento de el altar y la vida de nuestro padre San Francisco. Fuera de esto tradujo en la misma lengua los evangelios de todo el año y las horas de nuestra señora (aunque éstas se recogieron por estar prohibidas en lengua vulgar). Tradujo también muchas oraciones y devociones para ejercicio de los naturales, porque aprovechasen en la vida espiritual y cristiana. Fray Luis Rodríguez tradujo los *Proverbios* de Salomón, de muy elegante lengua y los cuatro libros de el *Contemptus Mundi*, salvo que de el tercero libro faltaban los últimos veinte capítulos; éstos tradujo de poco tiempo acá el padre fray Juan Bautista, siendo guardián de Tetzcuco y limó y corrigió todos cuatros libros, de muchos vicios que tenían, por descuido de los escribientes que los trasladaban, una vez y otra, y los imprimió. Más un catecismo breve en lengua mexicana y otros muchos tratados que se contienen al principio de la primera parte, que imprimió de sermones y otros tratados, y tradujo muchos fragmentos de la Sagrada Escritura. El padre dicho fray Juan Bautista, nacido en esta tierra, lector de teología y religioso de gran ejemplo y observancia, ahora en nuestros tiempos ha ilustrado esta santa provincia y aprovechado a todas las de estos reinos con las obras que en romance y en lengua mexicana ha compuesto muy dignas de su ingenio y celo santo de el bien de las almas, en especial las advertencias que ha sido gran luz y alivio para los ministros de doctrina de este nuevo mundo. Ya falleció y nuestro Señor le habrá galardonado sus trabajos, ejemplo y doctrina.

Fray Maturino Gilberti, de nación francés, compuso y dejó impreso en lengua tarasca (que es la de Mechoacan) un libro de doctrina cristiana, de marca mayor, en que se contiene todo lo que al cristiano le conviene entender y saber para su salvación.

El santo varón fray Juan de Ayora, provincial que fue de Mechoacan, entre otros tratados, dejó uno impreso en lengua mexicana, del santo sacramento del altar. Fray Juan Bautista de Lagunas, provincial que también fue de Mechoacan, escribió en lengua tarasca y dejó impresos el arte y doctrina cristiana.

Fray Francisco de Toral, obispo que fue de Yucatan, supo primero que otro alguno la lengua popoloca de Tecamachalco; y en ella hizo arte y vocabulario y otras obras doctrinales. Fray Andrés de Castro, primer evangelizador de la nación matlatzinca, hizo en aquella lengua vocabulario, doctrina y sermones.

Fray Pedro de Palacios, excelente lengua otomí, hizo en ella un catecismo o doctrina cristiana, y también un arte para aprenderla; la cual corrigió y amplió después el padre fray Pedro Oroz, benemérito padre de esta provincia, al cual se deben gracias por lo mucho que en esta lengua otomí trabajó y no menos en la mexicana en la cual compuso unos copiosos sermones que por su muerte no salieron a luz y son muchos y para todo el año, a la manera que escribió el padre fray Felipe Díaz, fraile de San Francisco, de la provincia de Santiago. Y el padre fray Sebastián de Ribero compuso vocabulario, muy abundante y copioso, en lengua otomí; y otros muchos escribieron que no me ocurren.

Otros de otras religiones han escrito (en especial el padre que se dice de la Anunciación, de la orden del glorioso San Agustín) pero como no tengo cierta noticia de sus obras, no los nombro; y no por hacerles agravio, que bien saben todos los que saben cosas de Indias que todas tres órdenes mendicantes, Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, han trabajado en la doctrina y enseñanza de estos naturales indios, con grande fidelidad y cuidado, no perdonando ningún trabajo por excusar todos los que en la conversión se les han ofrecido y que ha habido y hay ministros de todas partes muy esenciales y curiosos, así en lengua, como en escritos pero no todos los conocí, ni conozco; y por la noticia y conocimiento que de los míos tengo, digo de éstos y no de otros. Otros que escriban dirán más que yo, y suplirán esta falta, que por no saber más cometo.

LIBRO VEINTE

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada
de la provincia de el Santo Evangelio, en Nueva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO VEINTE

En este libro se tratan las vidas de los apostólicos varones fray Martín de Valencia, primer prelado de esta Iglesia indiana y de sus once compañeros. También las de otros muchos que los siguieron en la administración de los sacramentos y murieron con grande olor y fama de santidad, como se verá por ejemplo en sus vidas e historias

PRÓLOGO

AL LIBRO VEINTE

EMORIA QUEDÓ EN LAS DIVINAS LETRAS (cristiano lector) de que aquel valeroso capitán de los ejércitos de Dios, Judas Macabeo, estando una vez para dar batalla a los enemigos del pueblo de Dios, viendo que los contrarios eran muchos y muy poderosos, esforzando y animando a los suyos, les dijo:[1] acordaos cómo fueron salvos nuestros padres. Como si les dijera: ¡oh!, mis conmilitones, valerosos capitanes y soldados de los ejércitos de Dios, que siempre en la virtud divina habéis sido vencedores, acordaos cómo se salvaron nuestros padres y antepasados, cómo se esforzaron, cómo varonilmente pelearon contra sus enemigos y nuestros. Palabras muy dignas de ser traídas y aplicadas a nuestro propósito, y de que nos debemos acordar; pues peleamos cada momento en la batalla espiritual, según lo que dice el Santo Job.[2] La vida del hombre es batalla sobre la tierra. Debemos, pues, traer a la memoria y ver cómo salvaron sus ánimas estos benditos padres y religiosos cuyas vidas aquí tratamos. Cómo esforzadamente pelearon contra sus enemigos espirituales, mundo, demonio y carne. Vencieron al mundo, primeramente, tomando el hábito de religión y huyendo de en medio de Babilonia y salvando sus ánimas, según el consejo de un profeta. Segundariamente, dejando y menospreciando su tierra y patria, la casa de sus padres,[3] toda su parentela, amigos y conocidos; pasando todo el mar océano, con mucho riesgo y peligro de sus vidas; viniendo a tierras remotísimas e incógnitas, al principio de su descubrimiento y entre gentes bárbaras. Cumplieron bien aquel mandato divino, hecho al santo patriarca Abraham:[4] Sal de tu tierra y de tus parientes y de la casa de tu padre y ven a la tierra, que yo te mostraré. Triunfaron del demonio, resistiendo sus gravísimas tentaciones. Supeditaron también su carne, sujetando la sensualidad a la razón, con ayunos, disciplinas, oraciones y otros ejercicios corporales y espirituales; que pudieron decir, con San Pablo:[5] Castigamos nuestros cuerpos y hémoslos hecho servir al espíritu; ¿por qué?, porque predicando a los otros no seamos hechos malos.

Según San Bernardo, de tres cosas nos hemos de acordar en las vidas de los santos. La primera es del buen ejemplo que nos dieron con su vida,

[1] 1 Mach. 4.
[2] Iob 7.
[3] Ier. 51.
[4] Genes. 12.
[5] 1. Ad Cor. 5.

mientras vivieron en este mundo. La segunda, de cotejar nuestra vida con la suya, para nuestra confusión. La tercera, de cómo nos favorecen ahora delante de nuestro señor Dios, en la gloria. Cuanto a lo primero, de ellos se puede decir aquello que el glorioso Pablo decía a los filipenses: Resplandecéis entre la nación mala y perversa, así como lumbreras en el mundo. ¿Quién podrá explicar al resplandor de las virtudes de estos santos padres? ¿Su fe, esperanza, amor de Dios y del prójimo? ¿Su justicia en dar a cada uno lo que es suyo? ¿Su fortaleza, en las adversidades de esta vida? ¿Su humildad entre las honras del mundo? ¿Su paciencia en las persecuciones? ¿Su abstinencia entre tanta abundancia de manjares? ¿Su oración, devoción, meditación y contemplación, entre tantas ocupaciones exteriores? ¿Su prompta obediencia y su pobreza, entre tantas ocasiones? ¿Su continua peregrinación, en tan largos y ásperos caminos? Fueron estos siervos de Dios tan consumados en la vida activa y contemplativa, que de el cuidado que tenían de los ejercicios de la una vida y de la otra, se puede decir aquello de Job:[6] Si durmiere diré: ¿Cuándo me levantaré? Y otra vez esperaré la tarde. Que es decir que cuando estaban en el sueño y quietud de la contemplación divina, estaban con cuidado, cuando se levantarían de ella para ir a ocuparse en los ejercicios de la vida activa y caridad del prójimo, como es bautizar, predicar, enseñar la doctrina cristiana, confesar, casar y hacer otros ejercicios semejantes. Y estando ocupados en ellos estaban otra vez con cuidado de que llegase la tarde para recogerse a los ejercicios de la vida contemplativa. ¡Oh!, bienaventurados padres, siervos de nuestro Señor, dechado de toda virtud, lumbreras que resplandecieron en el mundo, como hachas encendidas en el amor de nuestro señor Dios y del prójimo. ¡Oh! cómo les pareció que a ellos les fue mandado, después de los santos apóstoles, aquello del evangelio:[7] Iréis por todo el mundo y predicaréis el evangelio a toda criatura. Y para dar ejemplo a sus siervos confiesa el proprio redemptor que para esto nació y vino al mundo, para dar testimonio de la verdad;[8] esto es, para promulgar la ley evangélica y dar entera noticia de la fe a los hombres, mediante la cual se salvasen. Pues así, a imitación de Cristo nuestro redemptor, estos siervos suyos, cuyas vidas aquí tratamos, con ferventísimo celo, deseaban convertir a la fe de ese mismo Señor a los incrédulos, ganar las almas perdidas, encaminar las descarriadas, doliéndose de las ofensas que a Dios se hacían; y si tuvieran mil vidas, las pusieran todas por la salvación de una ánima pecadora.

Lo segundo, nos hemos de acordar de cotejar nuestra vida con la de estos santos, para confundirnos; porque cierto gran confusión nuestra es ver que estos santos religiosos fueron hombres como nosotros, formados de la misma carne y huesos, sujetos a las mismas miserias y flaquezas y que tanto nos excediesen en toda virtud, en el amor de Dios y del prójimo, en la penitencia, en la estrecha pobreza de sus personas y en todo lo demás que hicieron, así en la prompta obediencia que tuvieron a sus mayores, como

[6] Iob. 6.
[7] Marc. ult.
[8] Ioan. 18.

en la observancia de los preceptos y consejos del evangelio y nuestra regla.

Lo tercero que hemos de traer a la memoria es su favor, haciendo la de como nos favorecen ante el acatamiento divino, rogando a Dios por nosotros. Si mientras vivieron en este mundo cargados con la pesadumbre de la carne y ocupados con tantos cuidados fueron tan solícitos en rogar a Dios por nosotros y tuvieron tanto cuidado de nuestra salvación, ahora que están libres, así de la carne corruptible, como de todo negocio temporal, ¿con cuánto más cuidado y amor acudirán en la gloria a rogar a Dios por nosotros?

Y es de advertir que en las memorias de estos siervos de Dios los llamamos santos; no porque de nuestra autoridad los queramos canonizar, que esto pertenece solamente a la santa Iglesia romana y a su cabeza el sumo pontífice, mas sólo por la opinión y fama que dejaron de santidad; como San Pablo en muchas de sus epístolas llama santos a los nuevos creyentes que reciben la fe. Y si la santidad de estos perfectos varones no fue confirmada con la frecuencia de milagros que de los santos canonizados y de otros que aún no lo son, leemos: esto no se debe atribuir a la falta de sus merecimientos, sino a que nuestro señor Dios no ha querido hacer por sus siervos en esta tierra y nueva Iglesia los milagros que fue servido de hacer en la Iglesia primitiva, y después acá también en otras partes del mundo. Y la causa sólo su divina majestad la sabe (como en otra parte decimos).[9] Mas rastreando con nuestro bajo entendimiento podemos dar algunas razones de ello. Y es la primera, que no fueron menester pues el evangelio de Cristo se recibió sin alguna contradición, predicado por sus ministros, que es uno de los milagros y condiciones de la venida de el hijo de Dios al mundo (como allí decimos) y que no poca santidad arguye en ellos, pues bastó su vida inculpable sin otros milagros, para atraer a la fe los ánimos indómitos de aquestos gentiles, viendo en su vida la doctrina que predicaban. La segunda razón es que así como Dios ablandó con milagros la arrogancia y dureza de las primeras gentes que trajo a la fe, así quiso fortificar la ternura de estos flacos indios con sólida doctrina y ejemplos de vida, de los que se la predicaron, sin otras maravillas exteriores con las cuales pudiera ser (según su flaqueza) que tuvieran a los hombres por dioses o no en tanto las virtudes; y de esta manera, tuvieran a ser antes dañados que aprovechados; porque como San Agustín dice en el libro de las cuestiones, la razón porque no todos los santos y predicadores del evangelio hacen milagros, es porque los enfermos y flacos no sean engañados de perniciosísimos errores, creyendo haya en los tales milagros mayores bienes y virtud que en las obras de justicia que son las virtudes, con las cuales se compra la vida eterna. La tercera razón es que proveyó Dios sapientísimamente al peligro en que podían caer los promulgadores de la ley evangélica de estos tiempos, por no ser ellos tan santos como lo eran los apóstoles, ni estar confirmados en gracia, como ellos, viendo se hacían milagros por

[9] Supra lib. 15. cap. 46 et lib. 16. cap. 1.

ellos. Y así, dando nuestro Señor a todos seguros remedios ha hecho tan admirables cosas, y tan excelentes en esta nueva Iglesia como las hizo en la primitiva y en alguna manera mucho mayores. Porque mayor milagro es haber traído a tanta multitud de idólatras al yugo de la fe cristiana sin milagros que con ellos; que es lo que dijimos en la parte que arriba citamos. Mayor milagro es resucitar un alma muerta por el pecado y serle causa de eterna vida, que resucitar un muerto en el cuerpo que tarde o temprano ha de tornar a morir; porque por lo primero se hizo Dios hombre y murió, y lo segundo no le cuesta más que querer darle vida. Como se vido en el hijo de la viuda de Naín y en la resurrección de Lázaro y otras muchas. Mayor milagro es curar y sanar un vicioso de la enfermedad de un pernicioso vicio que un enfermo del cuerpo. ¿Quién no se admirará de ver gente tan desenfrenada en vicios carnales, como lo era ésta, antes que recibiese la fe católica, que se temple ahora y se abstenga, no sólo de los ayuntamientos ilícitos, mas también de los lícitos conyugales, por sola virtud? ¿A quién no pondrá espanto ver una gente, la más cruel del mundo, pues se mataban unos a otros sin ocasión alguna y se sacrificaban a sí mismos a los demonios, y se sacaban para esto su propria sangre con grande inhumanidad, que se traten el día de hoy con mucha paz y benevolencia y se ayuden y hagan bien los unos a los otros, como si fuesen hermanos? Otras razones hay para confirmar lo que aquí vamos probando, mas éstas bastan por ahora. Aunque a la verdad no faltaron algunos milagros, como en su lugar dijimos, con que nuestro Señor corroboró los flacos pechos de los nuevos creyentes y declaró la santidad de sus siervos, como se podrá ver en el discurso de sus vidas. Y si yo quisiera levantar mi bajo estilo en decir las alabanzas de estos apostólicos padres, bien sé que no pudiera llegar a poner sus loores en el proprio y necesario que merecen; porque son los que adornan, hermosean e ilustran nuestra religión seráfica en estas partes de las Indias y las otras del mundo, adonde llegare su fama. Y confieso que no es labor de mis manos pintar sus excelentes obras, sino del auxilio y favor divino, en el cual confío hará mi estilo rudo, claro e inteligible, y lo que va sin orden, concertado, declarando con palabras llanas y verdaderas (que en materia tal no caben otras) lo que he podido sacar a luz, con mucho trabajo mío y relaciones de religiosos antiguos y otras personas fidedignas y de verdad, lo que en el presente escribo, causando en esta obra la dilación del tiempo que se quede lo más por decir, por haber llegado tarde a tratar de tan esencial materia y no haber más rastro de ella, de el que suele quedar de un famoso y sumptuoso edificio antiguo y estragado que cuando mucho se parecen de él algunas reliquias de piedras quebradas, sueltas y esparcidas por el sitio. Nómbranse aquí los pueblos de donde fueron naturales y las provincias de donde vinieron; porque no es justo quitar esta honra a las patrias, que tan buenas plantas produjeron; y de los que no se supo se calló, porque en todo se tuvo cuenta con seguir la verdad, y así en este libro veinte se ponen las vidas de los claros varones y apostólicos obreros de esta nueva conversión, que acabaron en paz, con muerte natural. Y en el veinte y uno y último que se sigue se contarán las muertes

de los que las recibieron por la predicación del santo evangelio y confesión del nombre de nuestro salvador Jesucristo y de su santa fe católica, porque se proceda con más claridad.

CAPÍTULO I. *Que comienza a tratar la vida de el venerable apostólico varón, fray Martín de Valencia, primer prelado y evangelizador de la fe en los reinos de esta Nueva España*

UANTO MÁS TIENE DE VERDAD UNA HISTORIA, tanto mayor ánimo pone al que la escribe para tratarla con llaneza de palabras y desnuda de toda curiosidad humana, como tratando el príncipe de la Iglesia San Pedro de el misterio de la transfiguración de Cristo señor nuestro, lo dice por estas palabras:[1] No siguiendo el suave estilo de las doctas fábulas, hacemos manifestación de la virtud de nuestro señor Jesucristo. Como quien dice: Esta infalible verdad no la predico y digo con estilo de fabulosa elocuencia, cortando flores de retórica y componiendo con ellas un ramillete de lenguaje pulido y cortesano, entretejiendo entre pocas verdades cien mil mentiras, sino que la digo y predico con lenguaje casto y llano, desnudo de toda composición humana y vestido de el mismo Dios, que es verdad por esencia. Como si dijese el apóstol: Nadie piense que esto que digo es fábula o doctrina fabulosa, inventada de mi sola imaginación, como hicieron los gentiles antiguos, poetas y filósofos, que a vueltas de una verdad, dijeron muchas mentiras; pero es verdad infalible y probada con la misma virtud de Dios. Y esto mismo dijo San Pablo,[2] hablando de la predicación evangélica, con estas palabras: No predico (dice) con palabras persuasivas de humana sabiduría, compuestas de ingenios agudos y cavilosos, porque la verdad no ha menester invenciones; y desnudamente que se trate agrada más que todas las mentiras imaginables, adornada de toda retórica y policía; porque la verdad de lo uno, suple la falta de el adorno de lo otro.

Supuesta esta doctrina de estos dos sagrados apóstoles y tomándola por consejo, para seguirla en este libro, digo que esto obliga a un historiador, para que lo que ha de poner por escrito lo diga animosamente con el lenguaje suficiente y necesario a la narración, y la excusa de nota, cuando no multiplica palabras que parecerían demasiadas, y aun sospechosas en la pureza de la verdad que escribe. Y habiendo de tratar por principio de este libro la de mi bendito padre fray Martín de Valencia, fundador de esta Provincia de el Santo Evangelio, entro en ella con aventajado ánimo, por saber que son averiguadas verdades las que de ella he de escribir; y que para decirlas basta el estilo llano, con que siempre he procedido en todos estos mis libros, la cual vida escribió, tres años después de su muerte el gran siervo de Dios fray Francisco Ximénez, muy familiar de este varón

[1] 1. Petri. 1.
[2] 1. Ad Cor. 2.

santo, y uno de los once sus compañeros; y por ser el primero que fue nombrado para esta conversión con autoridad apostólica, así también se pone por primera su vida en este libro, donde hacemos un epílogo de otras de otros muchos hijos de San Francisco, que florecieron en estas Indias y murieron con fama y olor de santidad.

Fue, pues, el padre fray Martín de Valencia natural de la Villa de Valencia de don Juan, en tierra de Campos, la cual está situada entre la ciudad de León y la Villa de Benavente; hijo de padres honrados (según el mundo) y es de creer serían buenos cristianos, que es una de las calidades que más debe de florecer entre la gente noble y honrada, y que como tales, criaron a este su hijo en su tierna edad, con la leche de el temor de Dios, en loables y santas costumbres; pues según lo que está escrito, el árbol bueno es el que comúnmente da buen fruto;[3] y en otro lugar se dice: el buen hijo y sabio arguye doctrina en su padre.[4] De donde se debió de aprovechar Platón para decir que como son los hijos tal es el gobierno de la casa de su padre, pareciéndole a este sapientísimo filósofo que las costumbres buenas o malas de los padres, fácilmente las aprenden los hijos que se crían con ellos. Y muy raro acaece salir hijo virtuoso de padres viciosos, porque el tal sería como la rosa entre las espinas. Y esto decimos porque el mal ejemplo de los padres estraga la tierna edad de el hijo, y con la continua comunicación de el mal que ve hacer se habitúa el mancebo en él, y lo sigue después como cosa natural, por la mala costumbre que en él tiene. Verdad es que de la crianza de este siervo de Dios en su puericia y juventud, ni de sus primeras inclinaciones y costumbres en aquella edad, ninguna cosa hay escrita; porque él era tan humilde y despreciado, y tan señor de su lengua, que nunca trataba pláticas infructuosas, ni menos tocantes a su propia persona; pero bien se deja entender de la vida que en su media y postrimera edad hizo (en que permaneció y acabó) que la primera fue prevención de las bendiciones de dulzura de el Señor, como dice el salmo,[5] y que entonces hizo tales obras que mereció alcanzar de Dios la alteza de la perfección de vida y ser llamado a mayores cosas y tenido en perpetua memoria en la tierra, como creemos lo es también en los cielos; porque según dice el sabio[6] de los ejercicios y ocupaciones a que el hombre se aplica, se conoce la mala o buena inclinación de su mocedad.

La noticia que de este apostólico varón se tiene es desde que tomó el hábito de nuestro padre San Francisco, en el convento de Mayorga, de la provincia de Santiago; en la cual determinación fue muy guerreado de el demonio que, como astuto y experimentado, conocía de sus deseos y obras y vida pasada, en el hábito secular, la mejoría que con la mudanza de estado había de tener mudada la vestidura de el hombre viejo (como dice San Pablo)[7] en otro nuevo, según convenía a hijo legítimo y verdadero imitador de tal padre, como San Francisco. Y así padeció sobre el caso graves

[3] Math. 7.
[4] Prov. 23.
[5] Psal. 20.
[6] Prov. 20.
[7] Ad Col. 3.

y terribles tentaciones de inconvenientes y estorbos que el demonio le ponía por delante; porque como astuto que es no hace guerra al que tiene por suyo, que con el tal se descuida y deja seguir los caminos y senderos que quiere y se le antojan; pero al que se le va de las manos o no puede asirle con alguna culpa mortal, le pone estropiezos, muy a menudo, para que caiga; y en esta ocasión apercibe sus mañas y dispara toda su infernal artillería, que puede, como hace el carcelero, que cuando tiene seguros y a buen recaudo sus presos, lo está él y duerme a sueño suelto; lo cual no hace cuando le han escalado la cárcel y se le han ido de las manos y se han huido. Pero todas estas asechanzas infernales y estorbos diabólicos venció el bendito varón, ayudado de la gracia de Dios, que es el arnés fino, con que se favorecen los de la valía de Dios en las peligrosas luchas que tienen con el demonio. Tuvo por maestro el año de su noviciado al padre fray Juan de Argomanes, que después fue provincial en la misma provincia de Santiago. Siendo novicio leyó el libro de las conformidades de mi padre San Francisco, de cuya lección fue muy alumbrado su espíritu y comenzó a gustar y conocer la virtud de la pobreza, y a concebir ferventísimo celo de ella y deseo de la perfección; en tanto grado que siendo ya profeso y venida a su noticia la fama de la estrecha observancia y reformación que en algunas casas que ahora son de la provincia de la Piedad, en el reino de Portugal y en otras de Extremadura, hacía el varón de Dios, fray Juan de Guadalupe, que a la sazón allí residía, procuró de pasarse a ellas, no sin mucho trabajo y dificultades, que el adversario le causó y los religiosos de su provincia le pusieron por no perder su santa compañía, que en menos tiempo que otros hizo demonstración del fuego del Espíritu Santo, que en su alma ardía. Y así, como se dice en los *Proverbios*, que no se puede absconder en el seno, así tampoco este nuevo soldado de Jesucristo podía encubrirlo en los de su alma. Mas a todas las adversidades y contradiciones se ofreció de buena gana y voluntad, a trueque de alcanzar lo que su alma deseaba, que era estar en parte adonde con más estrecheza y rigor guardase la vida y regla que había profesado y tener por maestro y dechado un varón tan aprobado y perfecto religioso, como era fray Juan de Guadalupe. Porque si para saber ciencias humanas, dice San Gerónimo de Platón, que anduvo muchas partes de la Grecia buscando maestros de quien aprenderlas, con más razón se determinó fray Martín, para ir en busca de el que lo podía ser de las cosas que enseñan el camino del cielo, que es una ciencia que aunque todos los cristianos la platican, muy pocos la entienden; porque las más veces la interpretamos a nuestro gusto y no la obramos como suena y Dios la tiene declarada; y por esto dice Jesucristo en su Evangelio, que es muy estrecho el camino de el cielo y que muy pocos se determinan a pasar por él, siguiendo los más el camino ancho y espacioso de el infierno.

En compañía de este bendito religioso estuvo algún tiempo, siguiendo sus pisadas en pobreza y humildad, a la manera de San Hilarión, cuando fue a tomar ejemplo de vida y costumbres del glorioso San Antonio. Pero cuando este su apostólico maestro murió, que fue el año de 1505 y después

algún tiempo que estuvo ayudando a los compañeros del mismo fray Juan, volvió (ordenándolo el señor) a su provincia de Santiago, por las contradiciones grandes que tuvo al principio aquella custodia de San Gabriel, y vino hecho ya maestro en la escuela de virtudes y con deseo de honrar, y ayudar a su madre, adonde había profesado y de sembrar en ella la doctrina de aprovechamiento espiritual que había aprendido. Y esta vuelta no la hizo con demonstración de liviandad, sino habiendo sido primero rogado de los religiosos de la dicha provincia de Santiago, prometiéndole que le darían una casa donde pusiese toda la perfección y estrecheza que quisiese. Aceptó este partido y eligió su asiento junto a Belvis, donde edificó un monasterio que puso por nombre Santa María del Berrocal, y allí moró algunos años, y en su compañía fray Pedro de Melgar, compañero del padre fray Juan de Guadalupe; en cuya compañía había estado también después de la muerte del dicho fray Juan, dando tan buen ejemplo, y doctrina que en toda aquella tierra le tenían por un apóstol y todos lo amaban como a padre.

Con esta casa de Belvis, y otras seis que después dio la provincia de Santiago, y cuatro que tenían los compañeros de fray Juan de Guadalupe, solicitándolo el varón de Dios y otros de su espíritu, se fundó la custodia de San Gabriel, en mucha estrecheza y observancia, el año de 1516, no obstante que el memorial de la provincia de San Gabriel dice que el año de 1514. Y digo el año de 16 por autoridad del padre fray Toribio Motolinía, curioso investigador de los tiempos y verdades. Esto se hizo víspera de la Concepción de nuestra señora, y fue elegido por primer custodio fray Miguel de Córdova, varón de muy alta contemplación. Costóle este negocio a fray Martín de Valencia mucho trabajo, así del espíritu, como del cuerpo; porque demás de la continuación que por ello a Dios hacía y contradiciones que se le ponían, anduvo con otros compañeros largos caminos yendo a Roma y otras partes padeciendo mucha hambre, sed, cansancio y persecuciones. Y en estos caminos permitió el señor (para más merecimiento de su siervo) que una vez, en un despoblado, lo prendieron ciertos ladrones y queriéndose soltar no pudo tanto huir que no le alcanzasen, y por la fuga que hizo le dieron muchos palos, los cuales recibió con gozo, por amor de Dios, no quejándose, ni dando mal, por mal; mas antes, con mucha paciencia, rogando a Dios por los que le maltrataban y herían.

CAPÍTULO II. *De cómo con deseo de la soledad quiso entrar en la Cartuja, y no fue la voluntad del Señor que lo hiciese*

OMO, SEGÚN LA SENTENCIA DE LA MISMA VERDAD,[1] no puede ser escondida la ciudad que está asentada sobre el monte, ni puede dejar de dar luz la candela que está puesta en alto sobre el candelero, así, ni más, ni menos, no podía esconderse la virtud y perfección de vida de este bendito padre fray Martín; porque dado caso que el siervo de Dios era muy apartado de conversación y plática con seglares, amigo de soledad y recogimiento por gustar en la continua oración y meditación; cuán suave es el señor a los que en él solo esperan, como se dice en el salmo: No por esto dejaba de volar la fama de su santidad y vida religiosa, entre los poderosos del mundo que con tales nuevas se movían a desear gozar de sus sanos consejos y espíritual doctrina. De éstos fue uno el conde de Feria, que entre otros había oído decir grandes nuevas de su mucha religión y santidad de vida; el cual, teniendo esta loable noticia de su persona, en el primer capítulo que se celebró, después de hecha provincia la custodia de San Gabriel, rogó que pusiesen al santo varón fray Martín de Valencia en el monasterio de San Onofre de la Lapa, uno de los siete dichos que está dos leguas de Catra, en tierra del dicho conde. Pidió esto por su consolación, por esta fama que de él tenía. Y aunque algunas cosas a los principios parece que no van encaminadas a ningún particular fin y todas sean de providencia y voluntad divina, parece que lo fue ésta; porque estando allí puso paz y concordia entre las dos casas; es a saber, la de Pliego y la de Feria, que poco antes se habían juntado; que aunque el marqués y la marquesa eran bien casados, como muy buenos cristianos y generosos, los caballeros empero y criados de aquellas dos casas estaban muy discordes, y había entre ellos mucho descontento; que es muy propio de los santos y siervos de Dios, ordenar paces entre los desavenidos y discordes, para que la cizaña que el demonio ha sembrado en la tierra de sus corazones, con intento de tenerlos por posesión suya, se arranque y disipe, para que Dios haga en ellos su morada y coja de ellos el fruto de su santa gracia, que es paz, tranquilidad y concordia y amor del prójimo, con que se hagan dignos de tan alta misericordia y premio de su gloria.

El marqués envió por él una cuaresma, desde Montilla, donde le tuvo predicando y confesando, y confesó al marqués y trató de la conformidad, y puso (como dicho es) tanta paz y concordia entre las dos casas, que más les parecía a todos ángel de el cielo, que hombre de la tierra, atribuyendo a sus oraciones y santidad, la tranquilidad y sosiego que habían alcanzado. Y en toda aquella comarca hizo gran fruto, y donde quiera que estaba yo tenían por espejo y dechado de toda virtud y religión. Pero tenía el varón santo, por su gran humildad, tan contraria opinión de sí mismo, que con

[1] Math. 5.

andar ocupando en contínua oración y ser abstinentísimo y riguroso en la disciplina y aspereza de su carne, le parecía ser hombre inútil y sin provecho, y que no servía, ni agradaba a Dios ni hacía cosa que fuese meritoria (cosa muy común a los que de veras aman a Dios) y con este descontento de sí mismo, andaba imaginando qué haría y qué camino tomaría para darse a Dios enteramente, conforme al deseo de su espíritu, vocando a la oración y contemplación, con quietud y sosiego, el cual no tenía, por no poder huir la conversación de seglares, a cuya importunidad había dado entrada, constreñido de la pura caridad; pero con la licencia que de cada día más iba tomando, ya le era penosa su familiaridad; y pareciéndole que el mejor medio para alcanzar esto era hacerse fraile cartujo, después de haber pensado mucho en ello y encomendádolo a Dios, y habida licencia de su superior, púsose en camino para efectuarlo con la ejecución de la obra. Mas como la voluntad de nuestro señor (a la cual él siempre se sujetaba y quería cumplir) era que no dejase el hábito de su padre San Francisco quísole alumbrar, por ventura, por intercesión suya, y aun lo que yo creo es que, como le tenía hecho primer apóstol de estas indianas gentes, no quería que se despojase de el hábito con que había de entrar en esta nueva conquista espiritual, sino que lo conservara hasta que llegando el determinado tiempo le tuviese su espíritu en ver puesto en ejecución el deseo de la conversión de las almas, que años después le fue mostrada en visión y fue el estorbo en esta manera.

Caminando para el monasterio de la Cartuja, donde pretendía tomar el hábito, comenzóle a doler (sin ocasión alguna) un pie, tan reciamente, que no podía andar; hacía fuerza el siervo de Dios para pasar adelante y no podía, y como era tan sin ocasión y repentinamente, conoció su espíritu claramente que era estorbo de Dios, y que no era su voluntad que dejase el hábito que tenía; y así se volvió al convento de donde saliera. Este deseo de la falsedad en alguna manera se le cumplió en la casa y monasterio de Nuestra Señora de Monte Coeli de el Hoyo donde se mudó y aprovechó allí mucho en espíritu, por ser muy aparejada para la oración, recogimiento y silencio, a causa de estar en el yermo, fuera de toda conversación de seglares. Aquí fue el caballero de Cristo muy visitado y regalado de su fiel capitán y querido esposo Jesucristo; allí le hablaba al corazón, tierna y regaladamente, porque para esto lo llevó a la soledad y le dio la leche de la contemplación, que da a los que desnudos de las afecciones mundanas se visten de Dios y de su espíritu.[2]

[2] Os. 2.

CAPÍTULO III. *De algunas terribles tentaciones con que el demonio procuró de inquietar a este varón santo, de que por la divina gracia salió vencedor.*

N ESTE MISMO LUGAR DE NUESTRA SEÑORA de Monte Coeli de el Hoyo estuvo algún tiempo este siervo de Dios, donde también fue tentado y ejercitado en las astucias y combates de Satanás; porque a los que Dios quiere ensalzar, y escoge para sus siervos y privados, primero los quiere purgar y los hace pasar por el fuego de la tentación, como lo dice el salmista,[1] para traerlos después al refrigerio de las celestiales consolaciones y a la perfecta unión de el alma con su criador. Pretendiendo, pues, el varón de Dios recogerse muy de veras y darse a él, en este monasterio, permitiéndolo el mismo señor, para más aprovechamiento suyo, le procuró nuestro adversario muchas tentaciones y de muchas maneras. Una de las cuales fue que comenzó a tener gran sequedad y tibieza en la oración y aborreció el yermo; antes le daba contento el campo y las arboledas, y después los árboles le parecían demonios; no podía ver los frailes con amor y caridad, como solía; no tomaba sabor en cosa alguna espiritual, ni arrastraba a ella, sino con gran sequedad y desabrimiento, y vivía con esto muy atormentado. Vínole sobre esto una terrible tentación contra la fe, sin poder desecharla de sí. Parecíale que cuando celebraba y decía misa, no consagraba y como quien se hace grandísima fuerza, y con gran dificultad consumía el Santísimo Sacramento. Tanto le fatigaba aquesta imaginación que no quería celebrar, ni casi podía comer, y estaba ya tan flaco de la mucha abstinencia y penitencia y de la aflicción de su espíritu, que no tenía sino solos los huesos pegados a la piel y consumidas las carnes, como otro Job.[2] Parecíale a él que estaba muy rico y bueno, y que tenía tantas fuerzas que podría llevar mayor rigor consigo. Y pasando el día entero sin comer, otro día se hallaba con las mismas fuerzas que antes, y aun (según él decía) con más y sin gana de comer. Estuvo de esta manera sin comer cuatro o cinco días, y enflaquecía mucho su cuerpo. Importunábanle los frailes que comiese, y él decía que nunca con tantas fuerzas se había hallado como entonces, que no era pequeña sino muy grande y sutil tentación de Satanás para derrocarlo de tal manera que cuando ya lo sintiese de el todo sin fuerzas, lo dejase y desfalleciese, sin poder tornar en sí o enloqueciese, para lo cual ayudaba mucho velar tanto de noche, sin dormir, como él lo hacía. Mas como nuestro señor nunca desampara a los suyos, ni permite que caigan en la tentación, y es tan fiel que no deja ser tentado alguno más de aquello que puede sufrir, para que con la tentación tenga aprovechamiento en su alma,[3] dejó llegar a este su siervo hasta donde pudo sufrir la tenta-

[1] Psal. 65.
[2] Iob. 19.
[3] 1. Ad Cor. 10.

ción, sin detrimento de su alma; y tuvo por bien que una pobre mujer le alumbrase y diese medicina para ella, que es materia grande ésta para considerar nosotros la grandeza de nuestro Dios, que no escoge los sabios y letrados de el mundo, sino los simples y humildes, para usar sus misericordias, por medio de ellos, tomándolos por instrumento de sus maravillas, como hizo ésta por esta mujer simple que digo, lo cual acaeció en esta manera.

Como el varón de Dios fuese del monasterio del Hoyo a pedir limosna del pan a un lugar que se dice Robleda, la hermana de los frailes, viéndolo flaco y debilitado díjole en entrando en su casa: Ay, padre, y vos ¿qué habéis, que parece queréis expirar de flaco? Oyendo él estas palabras le fueron tan eficaces, que como si se las dijera un ángel, le cavaron el corazón, y como quien despierta de un gran sueño volvió en sí y comenzó a pensar cómo no comía casi nada. Y decía entre sí: Si por ventura aquello fuera tentación; y consideró y creyó que cierto lo era. Y habiéndose descubierto el enemigo que la causaba y atizaba, dejóle y cesó la tentación. Sintió luego el soldado de Cristo gran flaqueza y desmayo, y hallóse tan sin fuerzas que no se podía tener en los pies. Comenzó a comer moderadamente; y de allí adelante quedó más avisado para conocer las astucias y engaños de Satanás, que aunque pudiera haberlas advertido, como mi padre San Francisco, cuando le fue a persuadir que no fuese tan áspero y riguroso en la penitencia, según habría leído en las conformidades que leyó, cuando novicio; no es de todos espíritus conocerlas, si para ello no da ojos particulares Dios, que lo conoce y sabe sus mañas desde el principio de su creación; y es muy necesaria su ayuda, para entender sus tentaciones; que si sabe transfigurarse en ángel de luz (como dice San Pablo) también sabía tentar con aparencias de verdad, aunque sea sobre fundamentos de muy grandes mentiras, para cuya manifestación y descubrimiento es menester la lumbre y claridad divina, y mucho recato de parte de el tentado para no ser vencido y para salir vencedor. Deshiciéronse con esto todos los demás nublados de las imaginaciones y tentaciones espirituales que lo atormentaban. Y como bien purgado con la tentación pasada, volvió a gustar, con más suavidad, el manjar de vida, en el santísimo combite de el altar, y comenzó a amar de más cordial y nuevo amor a sus hermanos los religiosos, abrazándolos y mostrando quererlos meter en sus entrañas. Y perseverando en este amor de los frailes, con quien conversaba, trájolo Dios a un amor general de los prójimos; y tanto, que por amor de ellos vino a desear padecer martirio entre infieles, por convertirlos y salvar sus ánimas.

CAPÍTULO IV. *De el deseo que concibió de padecer martirio, por la salud de las almas y cómo, estando en España, le fueron mostradas en espíritu las gentes infieles que después vino a convertir*

EL MARTIRIO (QUE ES MORIR POR DIOS y por su ley, en las maneras que ya se saben y con las circunstancias que esta obra pide) no les es concedido a todos los que lo quieren, porque no es de sola voluntad de hombres, sino de Dios, que lo concede a quien es servido (como lo dice San Pablo) porque no basta quererle, ni ofrecerle a él, sino que Dios misericordioso, le haga digno de tan alto y glorioso triunfo; y así sucede que muchos que lo apetecen no lo alcanzan (como decimos en otro lugar) pero muchos hay y ha habido que han alcanzado el deseo de él con ardentísima voluntad de padecerle, de los cuales mi glorioso padre San Francisco fue uno, al cual llama la iglesia, por excelencia en el oficio que les rezamos, mártir de deseo, no porque fue martirizado de infieles, ni de gentes que tuviesen odio y aborrecimiento a la fe, sino porque de tal manera lo deseó que murió apeteciéndolo y se ofreció diversas veces a él, como se lee en su larga historia; pero no recibió esta tan ilustre prerrogativa, aunque en recompensa de esta merced le ilustró el señor, con la semejanza de las llagas de nuestro señor Jesucristo, imprimiendo las señales de ellas en su santa y bendita carne, que fue don de dones y merced de mercedes. Y aunque no fue martirizado de hombres, gozando de este beneficio, ardió siempre en estos deseos hasta que gloriosamente murió. De estos varones de deseos (como lo dijo el ángel al profeta Daniel)[1] fue mi padre y varón santo, fray Martín de Valencia, que alcanzó este ferviente deseo de ofrecerse al martirio, por la salvación de sus prójimos, con muchos ejercicios corporales y espirituales, de ayunos, vigilias y oraciones. Y creciendo en él con mucho fervor y no habiéndolo de alcanzar, porque lo tenía el señor predestinado para esta conversión indiana, quísolo consolar, mostrándole en espíritu lo que de él tenía determinado, en cumplimiento de este ardentísimo deseo; lo cual pasó de esta suerte. Rezando una noche los maitines en el coro y comunidad de el monasterio de el Hoyo, una feria cuarta, en tiempo de adviento (como decimos en el libro de la conversión de estas gentes)[2] luego en el principio de ellos comenzó a sentir una devoción interior, y a traer en la memoria la conversión de los infieles. Y pensando esto en muchos versos de los salmos que iba rezando, hallaba entendimientos a este propósito, de que mucho se gozaba su alma y espíritu. Aumentábasele más este deseo en aquel salmo[3] que comienza: *Eripe me de inimicis meis Deus meus,* donde dos veces se repite aquel verso: *Convertentur ad*

[1] Dan. 9.
[2] Supra lib. 15. cap. 6.
[3] Psal. 58.

vesperam, et famem patientur, ut canes: Convertirse han a la tarde y padecerán hambre como perros. Y decía, hablando consigo mismo: ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿Cuándo será esta tarde? ¿No sería en este tiempo? ¿No sería yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en las vísperas y fin de nuestros días y en la última edad de el mundo? Estas y otras cosas razonaba consigo el siervo de Dios, ocupando todos los salmos en deseos llenos de caridad y amor de el prójimo. Sucedió (por divina disposición) que acabados los salmos de los maitines, no siendo él semanero en los oficios, ni cantor, le encomendaron que dijese las lecciones, lo cual aceptó el siervo de Dios y con prompta obediencia y voluntad se levantó y las comenzó a decir. Y como esas mismas lecciones (que eran de el profeta Isaías) hiciesen a su propósito, porque hablaban de la conversión de las gentes y juntamente de la caridad con los prójimos, levantáronle más el espíritu y estando así leyéndolas al púlpito vio, súbitamente en espíritu, muchas ánimas de infieles, en gran número, que se convertían a la fe y venían como desaladas a recibir el santo bautismo. Fue tanto el gozo y alegría que su espíritu sintió, interiormente, que no fue en su mano dejar de mostrarlo de fuera; y así como hombre loco y fuera de juicio, comenzó a dar voces y decir tres veces, en alta voz: Loado sea nuestro señor Jesucristo. Y dicho esto quedó como fuera de sí, que no pudo pasar adelante. Los religiosos, viéndolo así, como atónito y como embriagado, no sabiendo el misterio, y pensando que enloquecía, lo llevaron a una celda y claváronle la ventana y cerrándole la puerta de la celda, se tornaron a acabar los maitines. El varón de Dios se quedó en la celda, absorto y fuera de sí, hasta otro día a hora de misa mayor que volvió de el éxtasi o rapto en que había estado; y como se halló encerrado y la celda obscura quiso abrir la ventana (que no había sentido cómo la clavaron) y no la pudo abrir. Sonrióse, conociendo que de temor de que no se echase por ella, pensando que estaba loco la habían cerrado y enclavado los frailes. Tornó a pensar y contemplar en la visión que había visto, y rogó a nuestro señor se la dejase ver con los ojos corporales y que él no muriese hasta verla cumplida. Fue el señor servido de concedérsela y viniendo a esta Nueva España (como ya dijimos) por diversas veces, vio multitud de indios pedir el bautismo, y juntarse con mucho deseo de oír y deprender la doctrina cristiana; entonces daba él infinitas gracias a Dios, porque le había hecho ver con los ojos corporales lo que en espíritu le había mostrado, y después descubrió a algunos religiosos, sus familiares, en esta Nueva España, para gloria de Dios, la revelación dicha; porque en España, donde él la había tenido, aunque fue pregutado de algunos, luego como volvió en sí, qué era lo que había visto, no lo quiso descubrir ni decir en público.

Después que el varón de Dios vio esta visión de los infieles y su conversión, inflamado en mayor caridad y amor de el prójimo, comenzó a procurar la ida entre ellos, suplicando a Dios en sus continuas oraciones que él lo ordenase, según su divino beneplácito; y rogando a sus amigos espirituales que encomendasen al señor cierta jornada que pensaba hacer, como

también poniendo alguna diligencia humana para ponerlo por obra, imaginando de pedir licencia para ir entre los moros de África, no sabiendo que aquella visión que le fue mostrada no se había de cumplir en ellos, sino en estos indios. Estando ya, pues, determinado de hacer esta jornada, pidió la licencia por tres veces y no le fue concedida, y la una vez de éstas que iba adonde estaba el prelado, como pasase un río que iba muy crecido, tuvo harto que hacer en pasarle, y enmedio de él soltó una biblia y otros librillos que llevaba para su espiritual consuelo. Y visto que el río se los llevaba encomendólos muy de corazón a nuestro señor y a su bendita madre, que se los guardasen, y después de haber pasado a la otra parte los fue siguiendo, y fuelos a tomar buen trecho de allí el río abajo, sin haber padecido detrimento alguno. En este intervalo tuvo revelación una persona muy espiritual, a quien Dios comunicaba muchos secretos, de que cuando fuese tiempo el señor llamaría a fray Martín y a otros que con él habían de ir y envió a decirle: Hermano fray Martín, sosegaos y no curéis de hacer la jornada que tratáis, porque no es ésa la voluntad de Dios. Estad seguro y cierto que cuando fuere tiempo convenible él os llamará, sin que vos lo procuréis. Sosegóse con esto fray Martín y doce años después el ministro general fray Francisco de los Ángeles, con mucho acuerdo y prevención, lo señaló y eligió para que viniese al negocio de la conversión de estas gentes indianas con doce compañeros.

CAPÍTULO V. *De la abstinencia, penitencia y otros ejercicios espirituales con que el siervo de Dios rendía su cuerpo a la obediencia de el espíritu*

DE EL MUCHO COMER, Y DEMASIADO BEBER, sabemos por las divinas letras, haber sucedido casos muy descompuestos y desatinados. De los de el pueblo de Dios se dice en el *Éxodo* que caminando por el desierto se sentaron a comer y a beber y se levantaron a idolatrar, que por ventura no lo hicieran, sino se demasiaran en las viandas y manjares. Y por esto es tan predicada y alabada la sobriedad y templanza; y ésta siguieron los hombres de razón y entendimiento, aun sin tener mandamiento que les obligara, sino sola la razón, que es madre de justificados efectos. Y aunque a esto sólo están obligados los hombres, por razón natural y por mandamiento evangélico y consejos apostólicos, no se contentan los santos y particulares amigos de Dios de obligarse a lo posible y ordinario, sino que sacando de quicios comunes la naturaleza, la obligan a otras particulares leyes que sean conformes al espíritu que tienen y amor con que a Dios aman; y por esto usan de particulares abstinencias, sabiendo (como dice el Apóstol) que de castigar el cuerpo se reduce al servicio de Dios; lo cual hacía este bendito varón, fray Martín; y por esto no sólo no se sujetaba a la oración común, con que los hombres pasan la vida y sustentan las

también poniendo alguna diligencia humana para ponerlo por obra, imaginando de pedir licencia para ir entre los moros de África, no sabiendo que aquella visión que le fue mostrada no se había de cumplir en ellos, sino en estos indios. Estando ya, pues, determinado de hacer esta jornada, pidió la licencia por tres veces y no le fue concedida, y la una vez de éstas que iba adonde estaba el prelado, como pasase un río que iba muy crecido, tuvo harto que hacer en pasarle, y enmedio de él soltó una biblia y otros librillos que llevaba para su espiritual consuelo. Y visto que el río se los llevaba encomendólos muy de corazón a nuestro señor y a su bendita madre, que se los guardasen, y después de haber pasado a la otra parte los fue siguiendo, y fuelos a tomar buen trecho de allí el río abajo, sin haber padecido detrimento alguno. En este intervalo tuvo revelación una persona muy espiritual, a quien Dios comunicaba muchos secretos, de que cuando fuese tiempo el señor llamaría a fray Martín y a otros que con él habían de ir y envió a decirle: Hermano fray Martín, sosegaos y no curéis de hacer la jornada que tratáis, porque no es ésa la voluntad de Dios. Estad seguro y cierto que cuando fuere tiempo convenible él os llamará, sin que vos lo procuréis. Sosegóse con esto fray Martín y doce años después el ministro general fray Francisco de los Ángeles, con mucho acuerdo y prevención, lo señaló y eligió para que viniese al negocio de la conversión de estas gentes indianas con doce compañeros.

CAPÍTULO V. *De la abstinencia, penitencia y otros ejercicios espirituales con que el siervo de Dios rendía su cuerpo a la obediencia de el espíritu*

DE EL MUCHO COMER, Y DEMASIADO BEBER, sabemos por las divinas letras, haber sucedido casos muy descompuestos y desatinados. De los de el pueblo de Dios se dice en el *Éxodo* que caminando por el desierto se sentaron a comer y a beber y se levantaron a idolatrar, que por ventura no lo hicieran, sino se demasiaran en las viandas y manjares. Y por esto es tan predicada y alabada la sobriedad y templanza; y ésta siguieron los hombres de razón y entendimiento, aun sin tener mandamiento que les obligara, sino sola la razón, que es madre de justificados efectos. Y aunque a esto sólo están obligados los hombres, por razón natural y por mandamiento evangélico y consejos apostólicos, no se contentan los santos y particulares amigos de Dios de obligarse a lo posible y ordinario, sino que sacando de quicios comunes la naturaleza, la obligan a otras particulares leyes que sean conformes al espíritu que tienen y amor con que a Dios aman; y por esto usan de particulares abstinencias, sabiendo (como dice el Apóstol) que de castigar el cuerpo se reduce al servicio de Dios; lo cual hacía este bendito varón, fray Martín; y por esto no sólo no se sujetaba a la oración común, con que los hombres pasan la vida y sustentan las

fuerzas naturales; pero de esto quitaba mucha parte y la muy limitada y escasa que quedaba, la mezclaba con pimienta de dolor y aun como hemos visto en el capítulo pasado sabía abstenerse cuatro y cinco días sin comer bocado, pareciéndole que en aquello servía a Dios. Su comida ordinaria era una escudilla de caldo; y por fiesta, siendo prelado, le echaba en ella el cocinero algunos bocados de carne. Demás de los ayunos de la iglesia y de la regla, ayunaba otros muchos días. Traía consigo ceniza para echar en el caldo y en lo demás que comía, por quitarle el sabor. Algunas veces, si estaba dulce el manjar, echábale agua con la ceniza, acordándose de el profeta, que dice:[1] Comía yo ceniza, así como pan y mezclaba mi bebida con llanto. Y también trayendo a la memoria aquellas palabras de el hijo de Dios, por otro profeta:[2] Acuérdate de mi pobreza, amargura y hiel. A la vejez aumentó la abstinencia, a ejemplo de el santo abad Hilarión, ayunando cuatro días en la semana, con pan y legumbres. Era este varón santo, observantísimo de su regla y vivió en suma penuria y estrecheza; y anduvo siempre descalzo. Vestía solo un hábito y debajo de él traía ceñido a las carnes un áspero silicio de cerdas. Tenía unas ásperas disciplinas y adonde quiera que llegaba tomaba por regalo azotarse mucha parte de la noche. La oración era su continuo y principal ejercicio, trayendo siempre delante de sí a Jesucristo crucificado.[3] Con esta memoria era tan áspero consigo, que no perdonaba a su cuerpo ningún género de penitencia, antes lo castigaba con mucho rigor; y así lo traía sujeto al servicio de el espíritu (como dice San Pablo)[4] ejercitando en él la mortificación de Jesús, con ayunos, vigilias, azotes, cansancio, frío y calor y otras penalidades voluntarias: porque los que son de Cristo (como en otra parte dice el mismo Apóstol)[5] mortificaron y crucificaron su carne con los vicios y deseos de el mundo. En el tiempo de sus enfermedades con que el señor mucho lo visitaba no quería cama más blanda que una corcha en España y una estera o petate en estas Indias, ni beber un poco de vino, ni tomar otras medicinas, ni curarse con otro médico, sino con el verdadero que es Jesucristo nuestro señor.

La última vez que fue prelado casi al cabo de su vida, no contentándose con los trabajos del oficio y los ejercicios acostumbrados de su continua oración y contemplación, y otros corporales que tenía, añadió otros, por no dar algún descanso a su cuerpo. En particular tomó por devoción hincar cada día las rodillas muchas veces, y a menudo en tierra; y por ventura, a imitación del apóstol Santiago el Menor, que traía callos en ellas, de tantas veces como las ponía en tierra, orando y hablando con Dios; y estaba en este ejercicio este apostólico imitador de este santo apóstol, cada vez que las hincaba, como un cuarto de hora, con que recibía mucha fatiga y cansancio, así por ser obra de mortificación, como por ser ya viejo; en la cual

[1] Psal. 101.
[2] Lam. 3.
[3] 1. Ad Cor. 9.
[4] 2. Ad Cor. 4.
[5] Ad Gal. 4.

edad no son las fuerzas iguales a muchos trabajos y penitencias. Y tanto le fatigaba este ejercicio que estando una vez en él en su celda, de noche y a deshora, un fraile, que estaba aposentado junto a ella, sintiéndolo gemir pensó que era otra cosa y llegando a la puerta de la celda, oyóle acezar, como hombre fatigado y cansado; y pensando que era algún demonio que lo fatigaba y que luchaba con el varón santo, fuelo a decir a otro religioso muy familiar de el siervo de Dios fray Martín, el cual, como sabia muy bien lo que era, le dijo, que no curase de especular mucho en aquel caso, porque era otra cosa de lo que él pensaba.

Y tenía tanto cuidado y solicitud en cumplir estos sus ejercicios, que nunca los perdía, por ocasión y ocupación que tuviese. Si alguna vez estaba ocupado o le era forzoso entender en las cosas de su oficio y se le pasaba la hora de sus ejercicios, como era estar en cruz o de rodillas o tomar alguna disciplina, o contemplar la vida y pasión de Cristo, después, en breve tiempo, volvía a cumplir lo que había dejado, teniendo los tales ejercicios como por cosa obligatoria; y decía a sus compañeros: Aún no he pagado hoy mis devociones.[6] Sabía muy bien lo que dice el Apóstol, que no son dignas las pasiones voluntarias que el hombre toma en el tiempo de esta vida, para merecer el premio de la eterna que nos está aparejado; y si lo son es mediante las que la humanidad santísima de nuestro redemptor por nosotros padeció. Por esto este siervo suyo, tan voluntariamente se abrazaba con ellas y las tomaba con promptitud de ánimo y corazón, llamándolas devociones para consolarse con esto. La impresión que en él hacía, la memoria de la pasión de el señor, claramente la experimentaban sus compañeros en su exterior apariencia, particularmente desde el domingo, que la iglesia intituía de pasión, hasta la pascua de resurrección, que son continuos quince días, porque en aquel tiempo se paraba tan flaco y debilitado, como si estuviera muy enfermo; y en llegando la pascua volvía luego en sí, como resucitando su espíritu, alegre y regocijadamente, con el mismo Cristo resucitado. Confesó el santo varón a algunos de sus familiares y compañeros, que esto procedía de el gran sentimiento interior que en aquel tiempo de la pasión su espíritu recibía, y que no era en su mano dejar de mostrar aquel sentimiento en lo exterior de su cuerpo. Y es así, porque un rostro macilento y flaco hace representación de el sentimiento de el alma, porque en él se toma el pulso de las pasiones de el corazón; pero esta declaración no la hizo acaso como hombre vano y jactancioso, sino forzado y compelido de la importunación que le hacían, apretándole qué sentía o qué enfermedad padecía. En otros tiempos usaba otras maneras de ejercicios, que era cantar después de maitines un cántico de divinas alabanzas, tan suave y apacible, que parecía cantarse con voz de ángel, a quien lo oía; mas lo que en aquel cántico decía, sólo Dios lo sabe, porque no había quién lo pudiese entender. Después de maitines apenas dormía, todo era, hasta la mañana, aparejarse para celebrar. Decía cada día misa, muy de mañana, donde de-

[6] Ad Rom. 8.

rramaba muchas lágrimas, muy cordiales y de gran devoción. Comúnmente se confesaba de dos a dos días. En adquirir y granjear las virtudes era muy solícito y sobre todas ellas trabajó por alcanzar la verdadera humildad, como fundamento de todas las otras. En esto ponía mayor diligencia, como quien tenía conocimiento de sí mismo; porque era, naturalmente, brioso y de complexión colérica y no hombre manso, no tierno, que fue mucha parte para comenzar y perseverar en su austeridad y rigor de penitencia. Mas considerando que no bastaba cumplir con Dios, en la interior humildad, conociendo su bajeza y vileza y despreciándose a sí mismo, sino que era menester cumplir también con los hombres, no ofendiéndolos con movimientos briosos de muestras exteriores; y así procuraba, con mucha solicitud y cuidado, de mostrarse manso y afable con todos y tenía una envidia santa a los que de su natural eran mansos y mortificados. Por esto solía decir a fray Francisco Ximénez (uno de los once compañeros que con él vinieron, y el más familiar suyo, que era como otro fray León, a quien llamaba fray oveja, nuestro padre San Francisco): ¡Oh hermano, quién fuera de vuestra condición! Y el bendito fray Francisco Ximénez respondía: ¡Oh hermano, quién tuviera vuestra virtud y perfección! Que más mérito es pelear y hacer el hombre contra su natural inclinación, que seguirse por ella, por buena que sea. Éstas y otras semejantes espirituales competencias da a entender fray Francisco Ximénez en su escritura, que pasaban entre los dos.

CAPÍTULO VI. *De la profunda humildad y desprecio de sí mismo que resplandeció en este apostólico varón*

ES CONSEJO SANTO EL QUE EL ECLESIÁSTICO[1] DA, diciendo: cuanto mayor y más estimado eres, tanto más te humilla en todas las cosas y tendrás gracia delante de Dios, porque es grande su poderío, y en esto es honrado de sus humildes. No carecía de esta sabiduría el santo fray Martín; antes por haber leído este lugar como sabio que era procuraba, no presumiendo de humilde sino procurando hacer las cosas que son de humildad, serlo en todas ellas, mostrándose ministro y siervo con los pobres y humildes súbditos que a su cargo tenía, sabiendo que dice Cristo:[2] El que quisiere ser mayor entre vosotros sea vuestro ministro, y el que primero sea vuestro siervo. De las cuales palabras tomaría motivo el varón de Dios, de ser uno de los más humildes de todos, ejercitando en sí los actos de humildad en que ponía a los otros; y aunque fueron muchos, y casi sin cuento, pondré en este capítulo solos dos, de los cuales es él primero: que siendo el siervo de Dios electo provincial segundo de la provincia de San Gabriel, año de 1522, vigilia de la Asumpción de Nuestra Señora, y visitando los conventos que estaban a su cargo, usaba de esta costumbre;

[1] Eccles. 3.
[2] Math. 20.

rramaba muchas lágrimas, muy cordiales y de gran devoción. Comúnmente se confesaba de dos a dos días. En adquirir y granjear las virtudes era muy solícito y sobre todas ellas trabajó por alcanzar la verdadera humildad, como fundamento de todas las otras. En esto ponía mayor diligencia, como quien tenía conocimiento de sí mismo; porque era, naturalmente, brioso y de complexión colérica y no hombre manso, no tierno, que fue mucha parte para comenzar y perseverar en su austeridad y rigor de penitencia. Mas considerando que no bastaba cumplir con Dios, en la interior humildad, conociendo su bajeza y vileza y despreciándose a sí mismo, sino que era menester cumplir también con los hombres, no ofendiéndolos con movimientos briosos de muestras exteriores; y así procuraba, con mucha solicitud y cuidado, de mostrarse manso y afable con todos y tenía una envidia santa a los que de su natural eran mansos y mortificados. Por esto solía decir a fray Francisco Ximénez (uno de los once compañeros que con él vinieron, y el más familiar suyo, que era como otro fray León, a quien llamaba fray oveja, nuestro padre San Francisco): ¡Oh hermano, quién fuera de vuestra condición! Y el bendito fray Francisco Ximénez respondía: ¡Oh hermano, quién tuviera vuestra virtud y perfección! Que más mérito es pelear y hacer el hombre contra su natural inclinación, que seguirse por ella, por buena que sea. Éstas y otras semejantes espirituales competencias da a entender fray Francisco Ximénez en su escritura, que pasaban entre los dos.

CAPÍTULO VI. *De la profunda humildad y desprecio de sí mismo que resplandeció en este apostólico varón*

ES CONSEJO SANTO EL QUE EL ECLESIÁSTICO[1] DA, diciendo: cuanto mayor y más estimado eres, tanto más te humilla en todas las cosas y tendrás gracia delante de Dios, porque es grande su poderío, y en esto es honrado de sus humildes. No carecía de esta sabiduría el santo fray Martín; antes por haber leído este lugar como sabio que era procuraba, no presumiendo de humilde sino procurando hacer las cosas que son de humildad, serlo en todas ellas, mostrándose ministro y siervo con los pobres y humildes súbditos que a su cargo tenía, sabiendo que dice Cristo:[2] El que quisiere ser mayor entre vosotros sea vuestro ministro, y el que primero sea vuestro siervo. De las cuales palabras tomaría motivo el varón de Dios, de ser uno de los más humildes de todos, ejercitando en sí los actos de humildad en que ponía a los otros; y aunque fueron muchos, y casi sin cuento, pondré en este capítulo solos dos, de los cuales es él primero: que siendo el siervo de Dios electo provincial segundo de la provincia de San Gabriel, año de 1522, vigilia de la Asumpción de Nuestra Señora, y visitando los conventos que estaban a su cargo, usaba de esta costumbre;

[1] Eccles. 3.
[2] Math. 20.

al tiempo de tomar las culpas a sus hermanos, él decía primero las suyas y se visitaba y tenía a sí mismo capítulo, poniéndose de rodillas enmedio de el coro y reprehendiéndose de sus proprios defectos; porque como dice el sabio,[3] el justo primero se acusa y reprehende a sí mismo y se desnudaba el hábito y hacía allí, en presencia de todos, una disciplina y besaba los pies a los frailes; entonces le veían el silicio, que jamás se lo quitaba de el cuerpo. Esto hacía no tanto por lo que a él tocaba, ni por mostrarse humilde, cuanto por dar a sus súbditos ejemplo de humildad y sujeción a la corrección, viendo que él, siendo prelado, se humillaba y corregía primero a sí mismo, a imitación de nuestro maestro Jesucristo que dijo: Si yo, maestro y señor, os lavo los pies, vosotros, que sois discípulos, debéis de hacer otro tanto. Y esto que hacía este bendito varón sería por ventura, no teniendo culpas de qué acusarse; pues vivía en todo con tanta vigilancia que más parecía hombre muerto a las cosas de el mundo, que vivo para tratarlas. Este mismo modo de corregir guardó en esta tierra, aun entre los indios, porque muchas veces, cuando por sus culpas los había de reprehender y hacer azotar, él mismo se disciplinaba primero delante de ellos, para que conociesen que de amor y caridad y deseo de su salvación, se movía a castigarlos y corregirlos; con lo cual ellos recibían el castigo con paciencia y hacimiento de gracias.

El otro ejemplo es que una vez, desde la provincia de San Gabriel, quiso ir a su patria, donde era natural y de todos conocido (por ventura por importunación de sus deudos) púsolo por obra y pareciéndole vanidad haberse puesto en aquel camino, y tenido aquel cumplimiento con sus parientes, llegado cerca del pueblo de Valencia de Don Juan, se paró a considerar para qué fin había tomado aquel trabajo y andado tanto camino; y teniéndolo por cosa de mundo y sin provecho, en venganza de sí mismo y pena de su culpa, con deseo grande que tenía de alcanzar la humildad y menosprecio de su persona, queriendo ser tenido de los hombres por loco, por amor de Dios quitóse el hábito, antes que entrase en el pueblo, y desnudo en carnes, con solos paños menores, echada la cuerda a la garganta, mandó al compañero que lo llevase de el diestro como a malhechor, por las calles de Valencia hasta la iglesia, y lo pasase por una calle donde moraban los más de sus parientes; porque como dice el glorioso padre San Agustín, la verdadera humildad no se ahoga, ni queda en el alma, sino sale en obras y efectos visibles. De esto nos dio ejemplo el mismo Dios hecho hombre, el cual (como dice San Pablo)[4] estando en forma de Dios se abatió, tomando forma de siervo, hecho en semejanza de los otros hombres y vestido de carne, como ellos, se humilló hasta la muerte y no cualquiera, sino muerte de cruz. Y ésta deseaba este apostólico varón; pero no cumpliéndosele estos deseos, a lo menos con la cuerda al cuello y llevada de el compañero, mostraría en su sentimiento el ultraje y menosprecio con que ese mismo señor Jesucristo fue llevado con soga a la garganta, por las calles

[3] Prov. 18.
[4] Ad Phil. 2.

de Jerusalén, al lugar público de el Calvario, donde fue crucificado. Hecho esto, sin más visitar a nadie, se volvieron por donde habían venido; con que los parientes y vecinos de aquel pueblo lo menospreciaron y tuvieron en poco, que era lo que él deseaba; porque por este fin hizo el siervo de Dios lo que aquí se ha dicho, con mucha fuerza y violencia que puso a su natural, para salir con semejante acto por amor de Jesucristo y por vencer a sí mismo. Y no me maravillo de que estas gentes, apartadas de esta tan profunda consideración, hiciesen ultraje y menosprecio de este varón santo, viendo en él un acto de santa mortificación y teniéndolo por hombre de estimación y grave; pues sabemos de Micol, el que hizo de su esposo David, cuando le vido bailar, en la presencia de el arca de el testamento, pareciéndole que desdecía aquel hecho de su mucha autoridad; porque donde corren leyes de mundo, no caben, ni son admitidos hechos de devoción.

Con éstos y otros semejantes ejercicios alcanzó fray Martín la virtud de la humildad que tanto deseaba, en gran perfección y hablaba de ella, como quien tanto había cursado en buscarla. Y afirma su muy íntimo y familiar compañero, fray Francisco Ximénez, que le vio hacer cosas y actos de humildad prodigiosos y le oyó palabras muy profundas de ella, alegando siempre aquellas del humildísimo Jesús, en el Evangelio:[5] Si no os hiciéredes como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Y no era menester contar particularidades de la humildad de este varón santo; pues sus obras y lo exterior de su vida no era otra cosa si no un continuo acto y dechado de esta virtud. Con venir a esta Nueva España por prelado y caudillo de los primeros religiosos, enviados a evangelizar en ella la fe católica, con toda la autoridad del sumo pontífice, como su legado, y con ser conocido de españoles e indios, en un tan gran imperio por tal prelado y cabeza de esta nueva iglesia, hasta que él mismo lo renunció; con todo esto nunca quiso subir de su bajo punto de fraile pobre y despreciado; antes mucho más en aquel tiempo se preció y arreó de la pobreza y menosprecio de sí mismo; porque ésta era la principal piedra que pretendió echar por fundamento del edificio de la ley evangélica, que él y sus compañeros vinieron a plantar, andando descalzo, desnudo y roto. Andaba solo, visitando toda la tierra, de provincia en provincia; porque como eran entonces pocos los frailes y cada uno de ellos tenía un millón de ánimas a quien acudir, no quería traer consigo compañero, porque se acudiese a lo más principal. Él mismo llevaba su zurrón y manto a cuestas, no consintiendo que indio ninguno (con haber tantos como había) se lo llevase. Y esto mismo hicieron otros prelados a ejemplo suyo; porque tanto como esto vale el ejemplo del prelado.

[5] Math. 18.

CAPÍTULO VII. *En que se prosigue la materia de el pasado, y de la paciencia de el santo fray Martín en las persecuciones*

OMO EL SIERVO DE DIOS ERA YA VIEJO de cincuenta años, cuando vino a esta Nueva España, no pudo darse mucho a la lengua de los naturales, y también por no dejar lo esencial que Dios le había comunicado de su oración y contemplación y ejercicios espirituales, y por esto supo poco de ella; empero con aquello poco hacía más que los otros, por ejemplo que daba de santa vida, y porque el señor le daba gracia y sabiduría, con que a todos, así religiosos, como seglares, españoles e indios, aprovechase mucho. Su ejercicio más ordinario entre los indios era enseñar a leer los niños, desde el a, b, c, hasta leer romance y latín, y la doctrina cristiana; haciéndoles, por medio de intérpretes, muchas pláticas saludables, conforme al talento de su edad, considerando que aquéllos habían de ser maestros de sus padres y de todos los demás, en las cosas de la fe, como lo fueron. Habiéndoles dado lección, poníase a orar en parte donde le viesen, y él a ellos; lo uno, porque no dejasen de leer y estudiar; y lo otro, por darles ejemplo de llegarse a Dios con la oración, conociendo que era necesario hacerlo así, para con los indios que más hacen lo que ven que lo que oyen. Poníalos, a sus tiempos, en oración, así vocal, como mental y después de maitines cantaba con ellos himnos y enseñábalos a rezar en cruz, levantados y abiertos los brazos, por espacio de siete *Pater Noster* y siete *Ave Marias*. Con esta doctrina sacó de ellos muchos discípulos y buenos, que después se dieron a la vida espiritual, conforme a su capacidad y sirvieron de ayudar en la predicación a los religiosos, que para esto no sabían tanta lengua como era menester.

Con los españoles, que a la sazón gobernaban la tierra, pasó el varón de Dios inumerables trabajos e increíbles aflicciones de espíritu, sobre defender la inmunidad de la iglesia, a cuyos mandamientos ellos no obedecían, ni hacían caso de excomuniones, ni otras censuras (como en otra parte decimos) y también por irles a la mano el varón apostólico, en los agravios y vejaciones que hacían a los indios y malos ejemplos que les daban, en notable perjuicio de la fe de Cristo que se les comenzaba a predicar. Por esta ocasión tomaron tanto odio y rencor al siervo de Dios y a sus compañeros, con ser todos perfectos varones, como si fueran mortales enemigos, persiguiéndolos en cuanto podían y levantándoles muchos falsos testimonios, de cosas feas que en su imaginación no cabían; hasta que quiso Dios que descubierta la malicia de los perseguidores, fuesen castigados, quedando apurada la inocencia de sus siervos.

A uno de ellos, que una vez quería hacer siniestra justicia de un hombre, le fue a hablar el santo fray Martín y díjole en secreto sus pensamientos cerca del negocio por donde él debiera desistir del agravio que hacía. Mas como vio que por esto no mudaba parecer, díjole que había de ser por

ello destruido y perdido; lo cual así se cumplió; porque después de haber estado un año en cárceles en esta Nueva España, lo llevaron a la corte del emperador a España, donde le costó el pleito mucha cantidad de hacienda y muchos años de inquietud.

Estimó en tanto el siervo de Dios fray Martín los trabajos que en este evangélico apostolado padeció, que afirmó el padre fray Toribio Motolinia, que dos años después de venidos a esta tierra, le oyó decir que en más estimaba los servicios que a nuestro señor Dios había hecho, en estos dos años que había trabajado en este apostolado y lo juzgaba de más merecimiento, que treinta años que estuvo en la religión en España, aunque los pasó en mucha oración y contemplación divina y en muchos ejercicios de penitencia, ayunos, disciplinas, desnudez, descalcez y otros santos ejercicios. Bien conforma esta su sentencia con lo que dice la Sagrada Escritura:[1] *Melior est iniquitas viri, quam benefaciens mulier:* que es decir, que más vale la distracción y obra activa del varón que se ocupa en las obras de misericordia, como son predicar y enseñar a tanta gente, y tan necesitada como era ésta (mayormente al principio de su conversión) que la bondad del puro contemplativo, que es como mujer, que poco más que a sí aprovecha, buscando su quietud y consolación propria. Cuanto más que este siervo de Dios y sus compañeros fueron consumados en entrambas vidas, activa y contemplativa: de día, ayudando a los prójimos en sus necesidades espirituales, y de noche (todo lo que la humana flaqueza permite) vacando a la vida contemplativa; conforme aquello del santo profeta:[2] En el día mandó Dios su misericordia, y en la noche sus cantares y alabanzas; no porque de día y de noche no ha de ser alabado Dios, sino porque de día se ofrece más el trato y comunicación del prójimo y es apto y dispuesto para las obras de caridad; y a la noche, con su serenidad y sosiego, ofrece más aparejo para la contemplación de Dios y de sus soberanos misterios. Y ésta fue la vida de nuestro redemptor, que de día andaba por las villas y castillos evangelizando el reino de Dios, y de noche trasnochaba en continua oración. A este propósito dice San Dionisio que de todas las cosas divinas, la más divina es obrar con Dios la salud de las almas. Bien concuerda con esto lo que dice San Gerónimo, escribiendo a Paulino, presbítero, que la santa rusticidad y simplicidad del recogimiento para sí solo aprovecha; y que cuanto edifica la iglesia de Dios con el ejemplo de la vida, tanto daña no resistiendo a los que destruyen esa misma iglesia. Todo este abono de la vida activa se entiende cuando es acompañada y adornada de la contemplativa; porque cada una de ellas, tomada por sí, ¿quién duda, sino que la contemplativa excede a la activa? Pues Cristo, verdad eterna, dijo a Marta que su hermana María había escogido la mejor parte, cuando la una andaba solícita en las cosas de su temporal hospedaje y la otra sentada a sus divinos pies contemplaba su mucho merecimiento y grandeza.[3]

[1] Eccles. 42.
[2] Psal. 41.
[3] Luc. 10.

CAPÍTULO VIII. *De la amistad espiritual que el santo fray Martín tuvo con el primer obispo de Mexico, y con fray Domingo de Betanzos, y cómo todos tres intentaron de pasar a la China*

EL SANTO OBISPO DON FRAY JUAN DE ZUMÁRRAGA, primero prelado de la iglesia de Mexico, cuando vino la primera vez de España, traía gran deseo de ver al santo varón fray Martín de Valencia y comunicarlo, por la fama de su santidad y, si posible fuese, tenerlo en su compañía, para mejor gozar de su espiritual conversación. Y como este meritísimo prelado era en extremo aficionado a la virtud y amicísimo de la compañía, conversación y amistad de los virtuosos y siervos de Dios, con este intento de gozar (si alcanzarlo pudiese) de la compañía santa de el bendito fray Martín, se fue para Tlaxcalla, donde a la sazón era guardián y descubrióle su corazón y deseo; cosa a la verdad muy ajena de la condición de el varón de Dios. El cual, aunque luego le pareció que aquello no le convenía para su recogimiento y contemplación, con todo eso lo encomendó muy de veras a nuestro señor en la oración, como quien nunca se determinaba en cosa alguna de importancia, ni la hacía, sin pedir a Dios su voluntad, que es muy propio de los santos (como en varias historias le leemos de muchos) y de Moysén, cuando consultó a Dios el castigo de aquel mancebo que en día de fiesta se ocupó en coger serojas para el fuego. Puesto, pues, el bendito varón en la oración, adormecióse (como siempre le acontecía en las visiones y revelaciones que tuvo, de algunas de las cuales se hará mención adelante) adormecido le pareció que se veía en la mar, en una barca sin remos, y que la mar hacía grandes olas y corría tempestad y andaba la barca casi para anegarse, de que tuvo mucho temor; y viéndose en agonía fuele dicho en espíritu que la mar es el siglo y salir de la clausura, y meterse en él es andar en barca sin remos, en peligroso mar, donde fácilmente la barca se anega y el navegante perece. Contó esto al obispo santo y dándoselo por respuesta se excusó con él. Mas no por esto le perdió el santo obispo la devoción que le había cobrado, antes de allí adelante se la tuvo mayor.

La misma devoción, afición y deseo de su compañía, tuvo el gran siervo de Dios y muy íntimo familiar del dicho santo obispo, fray Domingo de Betanzos, de la orden de los predicadores, y uno de los más memorables y perfectos varones que entre ellos ha habido en esta Nueva España (de quien en otra parte hemos hecho ya memoria) el cual, como no pudiese alcanzar lo que su corazón deseaba, sino muy de tarde en tarde, por ser ambos de diferentes órdenes y haber de residir, forzosamente, en diversos monasterios y por ventura en remotas provincias; ya que no podía tener consigo vivo al varón santo fray Martín, hízolo pintar en el monasterio de Tepetlaoztoc, una legua de la ciudad de Tetzcuco, donde el dicho fray

Domingo tenía lo más del tiempo su habitación y morada. Y permaneció allí aquesta su figura, hasta que un vicario de aquella casa, para hacer otro edificio desbarató la pieza donde el santo estaba retratado; y así se perdió su figura. Bien se trasluce de este retrato el cordial y tierno amor que este santo religioso tenía a mi bendito padre fray Martín; pues sabemos por historias ciertas[1] y verdaderas, que el rey Nino hizo imagen a su padre Belo, para reprimir en alguna manera la pena y desconsuelo que su muerte y ausencia le causaba; lo cual no hiciera si cordial y entrañablemente no le amara; porque si la abundancia de el corazón rebosa en la boca (como dice el adagio) mucho más manifiesto se hará ejecutado en las obras. Y así digo que el amor de este santo hombre era mucho, pues al que no podía comunicar vivo lo tenía en estampa a sus ojos puesto.

Estos tres varones de gran perfección, conviene a saber, el santo primero obispo de Mexico, don fray Juan de Zumárraga, fray Martín de Valencia, y fray Domingo de Betanzos, con el gran fervor de espíritu que tenían, y celo de la salvación de las almas, desearon mucho e intentaron de embarcarse y entrar en la mar, en busca de las gentes de la gran China, antes que hubiera la noticia que ahora hay de ella, ni de la navegación, si se podía hacer o no. El primero que esto intentó fue el santo fray Martín, porque tuvo revelación que había otras muchas gentes hacia la parte de el poniente, de más entendimiento y capacidad que estas de la Nueva España, y anhelaba su espíritu por ir a ellas y verlas en sus días y convertirlas a su Dios; el cual, puesto que las mostró en espíritu a este su siervo para que por sus ruegos y de otros semejantes las mereciesen ver y descubrir a aquellos que ese mismo Dios para ello tenía escogidos y determinado las descubriesen y convirtiesen; no quiso empero, que él las viese, ni fuese a buscarlas, sino que perseverasen él y sus compañeros en la vocación para que fueron llamados de la conversión de los naturales de esta Nueva España (como decimos en otra parte)[2] y fue así que partido el santo varón fray Martín con algunos compañeros al puerto de Tehuantepec, para embarcarse en los navíos, que don Fernando Cortés, marqués de el Valle había mandado hacer para este efecto, le impidió Dios la ida, que no le fue posible embarcarse. La causa (según algunos dicen) fue que, dando cara a los navíos, al tiempo de él partirse, hallaron que estaban podridos de carcoma o broma, atribuyéndolo a que se debió de labrar verde la madera o (por mejor decir) por ser así la voluntad de Dios que no ordenó por entonces aquel viaje. Y con este impedimento se hubieron de quedar y dejar lo que habían intentado él y el santo obispo (que ya había enviado a renunciar el obispado) y fray Domingo de Betanzos. Y algunos años después, por el crédito que habían dado a lo que con ellos tenía comunicado el siervo de Dios fray Martín, se determinaron de tornar a hacer aquel viaje; mas fueron también entonces impedidos; porque aunque es verdad que los hombres, cuando no saben por voluntad expresa de Dios las cosas de sus determinaciones, acometen casos, a su parecer de servicio suyo, muchas

[1] Supra tomo II. lib. 6. cap. 6 et 35.
[2] Supra lib. 16. cap. 28.

veces las estorba el mismo Dios, porque no es aquello lo que entonces quiere hasta que llega la sazón y coyuntura de que aquello tal se haga por otros medios y otras gentes que a él más le place. Y era tanta la confianza que llevaban en Dios de hallar lo que iban a buscar y la certidumbre de la navegación, en aquéllos no sabida, que poniendo la dificultad fray Domingo, en el vaso de el navío, dijo fray Martín, con mucho fervor: Metedme en una calabazo, que yo estoy seguro que me guiará y llevará el Señor adonde deseo.

CAPÍTULO IX. *De algunas visiones, revelaciones que el santo varón fray Martín tuvo de la conversión de los indios*

GRANDE PRUEBA ES DE LA AMISTAD que Dios hace a un hombre, cuando le revela sus secretos; y mucho tiene granjeado y ganado con Dios el que llega a tal estado que los merezca y los sepa. Aunque Abraham era muy querido de Dios y había recibido muchos favores de sus infinitas y poderosas manos (como en diversas partes de la Sagrada Escritura se dice)[1] ninguno mayor que decir Dios cuando iba al castigo de aquellas sucias y abominables ciudades. ¿Por ventura podré encubrir este hecho de Abraham? Como quien dice: siendo Abraham hombre a quien he hecho de tanta autoridad y tan particular, que le he dado nombre de amigo, ¿tengo de encubrirle un negocio tan grave como el que voy a hacer? No es posible que quepa tal extrañeza en mi amigable y benigna condición; porque tanta como ésta es la bondad de Dios y tanta la abundancia de su benignidad y amor, para con los que de veras ama y quiere. Siendo, pues, así que no ha hecho Dios cosa que primero no haya revelado a sus siervos y amigos los profetas (como se dice en las Sagradas Escrituras) bien podremos inferir la nobleza de su hidalguísimo trato, y la estimación que hace de los que se le dan por amigos que, siéndolo, les descubre su divino pecho y les manifiesta los secretos de su eternal sabiduría; de donde también se colige la amistad grande que les tiene y cómo se precia de amigo suyo.

De éstos parece haber sido uno mi santo padre fray Martín de Valencia, que como a querido y estimado suyo le hizo participante de algunas de sus visiones y revelaciones, en orden de la conversión de estas gentes de esta Nueva España y de otras remotas de otros distantes y lejanos reinos, como ya vimos en la visión que le fue comunicada de las almas que venían corriendo a la fe y al bautismo, estando despierto y leyendo las lecciones de los maitines, en comunidad en el coro; y después en otras diversas ocasiones, en especial de la conversión de las gentes chinas, de la cual tuvo algunas que según las refiere su muy familiar compañero, fray Francisco Ximénez, a quien el mismo santo las manifestó, son las siguientes: Vio una

[1] Genes. 17 et 18.

veces las estorba el mismo Dios, porque no es aquello lo que entonces quiere hasta que llega la sazón y coyuntura de que aquello tal se haga por otros medios y otras gentes que a él más le place. Y era tanta la confianza que llevaban en Dios de hallar lo que iban a buscar y la certidumbre de la navegación, en aquéllos no sabida, que poniendo la dificultad fray Domingo, en el vaso de el navío, dijo fray Martín, con mucho fervor: Metedme en una calabazo, que yo estoy seguro que me guiará y llevará el Señor adonde deseo.

CAPÍTULO IX. *De algunas visiones, revelaciones que el santo varón fray Martín tuvo de la conversión de los indios*

GRANDE PRUEBA ES DE LA AMISTAD que Dios hace a un hombre, cuando le revela sus secretos; y mucho tiene granjeado y ganado con Dios el que llega a tal estado que los merezca y los sepa. Aunque Abraham era muy querido de Dios y había recibido muchos favores de sus infinitas y poderosas manos (como en diversas partes de la Sagrada Escritura se dice)[1] ninguno mayor que decir Dios cuando iba al castigo de aquellas sucias y abominables ciudades. ¿Por ventura podré encubrir este hecho de Abraham? Como quien dice: siendo Abraham hombre a quien he hecho de tanta autoridad y tan particular, que le he dado nombre de amigo, ¿tengo de encubrirle un negocio tan grave como el que voy a hacer? No es posible que quepa tal extrañeza en mi amigable y benigna condición; porque tanta como ésta es la bondad de Dios y tanta la abundancia de su benignidad y amor, para con los que de veras ama y quiere. Siendo, pues, así que no ha hecho Dios cosa que primero no haya revelado a sus siervos y amigos los profetas (como se dice en las Sagradas Escrituras) bien podremos inferir la nobleza de su hidalguísimo trato, y la estimación que hace de los que se le dan por amigos que, siéndolo, les descubre su divino pecho y les manifiesta los secretos de su eternal sabiduría; de donde también se colige la amistad grande que les tiene y cómo se precia de amigo suyo.

De éstos parece haber sido uno mi santo padre fray Martín de Valencia, que como a querido y estimado suyo le hizo participante de algunas de sus visiones y revelaciones, en orden de la conversión de estas gentes de esta Nueva España y de otras remotas de otros distantes y lejanos reinos, como ya vimos en la visión que le fue comunicada de las almas que venían corriendo a la fe y al bautismo, estando despierto y leyendo las lecciones de los maitines, en comunidad en el coro; y después en otras diversas ocasiones, en especial de la conversión de las gentes chinas, de la cual tuvo algunas que según las refiere su muy familiar compañero, fray Francisco Ximénez, a quien el mismo santo las manifestó, son las siguientes: Vio una

[1] Genes. 17 et 18.

vez, en sueños, unos hombres varoniles delante de los cuales andaban unas aves aleando, como queriendo abalanzarse para volar, y llegaban con las puntas de las alas casi a los labios de aquellos hombres, los cuales recibían de sus alas (como de unos aventadores) un muy suave aire, con que eran consolados y recreados con gozo de sus ánimas. Fuele luego declarado en espíritu que aquellos hombres eran otras gentes idólatras que se habían de descubrir, personas varoniles de espíritu y capaces de oración y contemplación, y aquel aire o viento suave que las aves echaban y soplaban en sus labios y rostros, era la suavidad de la oración y consolación que de la contemplación recibirían. Otra visión vio en sueños una noche el varón de Dios; y era, unas bestias cargadas que iban por un camino muy trabajadas y cansadas, que parecía no podían ir adelante, ni sustentar las cargas que llevaban sobre sí; pero con todo su trabajo y fatiga llegaron al cabo de la jornada donde descansaron del camino. Vio luego otras bestias semejantes a las primeras que, aunque iban fatigadas con las cargas, caminaban más ligeramente y al parecer sin pesadumbre, y llegaron sin cansancio al cabo de la jornada. Luego le fue declarado que aquellas bestias, que con trabajo caminaban y soportaban sus cargas, eran los indios naturales de esta Nueva España; y las otras que iban por su camino, cargadas y sin pesadumbre, eran otras gentes que se habían de descubrir y convertir, de otro talento y capacidad, que sin compulsión ni temor se convertirían y llevarían con dulzura el yugo del Señor y su santa fe. Otra visión semejante tuvo en la forma siguiente: parecíale que estaba a la orilla de un río y de la otra parte del río vio dos mujeres, cada una con un niño en los brazos, y ambas parecía querer pasar el río hacia la parte donde el varón de Dios estaba. La una de ellas era fea y feo y legañoso también su hijo. La otra hermosa y por semejante manera lo era también el hijo y muy gracioso. Queriendo pasar el río la fea no podía y entró en el agua con temor y parecía que quería caer y las olas la turbaban e impedían; más, con todo su trabajo y temor, pasó el río. La hermosa, queriendo entrar, el niño, que en sus brazos tenía, mirando de hito al santo varón, con cara alegre y riéndose, alargaba la mano, mostrando querer pasar adonde él estaba; y luego que la madre entró con él en los brazos, pasó muy ligeramente y sin temor el río, que ningún detrimento, ni impedimento recibió de las olas ni de la corriente. Fuele declarado en espíritu que aquella mujer fea era esta Nueva España, o la iglesia de ella; cuyos hijos, que son los aquí convertidos, son feos y legañosos en sus principios y con trabajo pasan las olas de este mundo; pero finalmente llegan al puerto. Y aunque la iglesia no se puede decir fea, parece que habiendo respeto a los trabajos con que los naturales han sido compelidos en los principios de su cristiandad, en alguna manera se puede llamar fea, que así se llama en el libro de los *Cantares*, la esposa, no porque en sí misma lo fuese, sino por las aflicciones y trabajos que le han causado sus persecutores y enemigos. La mujer hermosa y graciosa es otra tierra nueva que se descubrirá, y nueva iglesia cuyos hijos también serán hermosos y graciosos; esto es, varones buenos y espirituales y de voluntad, sin compulsión alguna, se convertirán y serán constantes en la fe y guarda

de la ley y mandamientos de Dios; lo cual representaba aquel niño hermoso que en sus brazos tenía.

Con estas y otras semejantes visiones quiso nuestro señor revelar y manifestar a su siervo fray Martín aquellas gentes de la Gran China, de las cuales no había noticia en aquel tiempo, ni de la navegación y derrota que se había de tomar para descubrirlas. Mas ahora las vemos descubiertas y el camino para ellas cursado y trillado de los nuestros; y sabemos que es gente de mucha capacidad, policía y extraño gobierno; y no falta sino que mueva Dios el corazón de su rey, para que admita en sus tierras la predicación del Santo Evangelio; lo cual podemos creer será cuando hallare el Señor aparejados y dispuestos los corazones de los antiguos cristianos, con el verdadero celo de su honra y gloria, y de la salvación de aquellas almas, sin mezcla de interés de sus temporales haciendas y señoríos.

CAPÍTULO X. *De otras visiones semejantes a las pasadas*

LOS QUE NO SON MUY CURSADOS en las divinas letras y topan a cada paso en dificultades que su poco estudio les ofrece, podrían dudar si las visiones o revelaciones del capítulo pasado fueron ciertas o sólo ilusión de la fantasía por haber sido en sueños, y no en vela, donde los sentidos, así interiores como exteriores, usan de su facultad y naturaleza; porque dormido un hombre parece que también todos los sentidos duermen, pues están suspensos de sus naturales acciones. Pero para los que leen y son doctos no tengo que satisfacer en esto; pues saben que el rey Faraón vido en sueños la visión de las espigas y vacas, unas gruesas y gordas, y otras chupadas y flacas,[1] que aunque la inteligencia de visión no fue suya, sino del santo patriarca Joseph, fue el caso en sí cierto y verdadero, y fue esta visión en sueños. También cuando Abimelech, rey de Gerara, quitó la mujer a Abraham, dice la Sagrada Escritura[2] que le apareció Dios en sueño y amenazó de muerte, si no se la volvía. Daniel[3] dice en el capítulo séptimo de sus *Profecías* que vio en sueños una lucha de los cuatro vientos del cielo, que fueron cuatro reinos que le mostró Dios con las cosas que había de sucederles. Jacob tuvo también mandamiento de Dios en sueños, de ir al reino de Egipto, donde estaba su hijo Joseph, y donde había de multiplicar su generación en mucho número y gentío.[4] Y en el testamento nuevo leemos del santísimo Joseph, esposo de la siempre virgen y soberana María, que en sueños le habló el ángel y le mandó lo que había de hacer.[5] Y concluyendo con esta clara y manifiesta prueba dice Dios en el *Libro de los números*,[6] hablando con Aarón y María su hermana: Si

[1] Genes. 41
[2] Genes. 20.
[3] Dan. 7.
[4] Genes. 46.
[5] Math. 2.
[6] Num. 2, 6.

de la ley y mandamientos de Dios; lo cual representaba aquel niño hermoso que en sus brazos tenía.

Con estas y otras semejantes visiones quiso nuestro señor revelar y manifestar a su siervo fray Martín aquellas gentes de la Gran China, de las cuales no había noticia en aquel tiempo, ni de la navegación y derrota que se había de tomar para descubrirlas. Mas ahora las vemos descubiertas y el camino para ellas cursado y trillado de los nuestros; y sabemos que es gente de mucha capacidad, policía y extraño gobierno; y no falta sino que mueva Dios el corazón de su rey, para que admita en sus tierras la predicación del Santo Evangelio; lo cual podemos creer será cuando hallare el Señor aparejados y dispuestos los corazones de los antiguos cristianos, con el verdadero celo de su honra y gloria, y de la salvación de aquellas almas, sin mezcla de interés de sus temporales haciendas y señoríos.

CAPÍTULO X. *De otras visiones semejantes a las pasadas*

LOS QUE NO SON MUY CURSADOS en las divinas letras y topan a cada paso en dificultades que su poco estudio les ofrece, podrían dudar si las visiones o revelaciones del capítulo pasado fueron ciertas o sólo ilusión de la fantasía por haber sido en sueños, y no en vela, donde los sentidos, así interiores como exteriores, usan de su facultad y naturaleza; porque dormido un hombre parece que también todos los sentidos duermen, pues están suspensos de sus naturales acciones. Pero para los que leen y son doctos no tengo que satisfacer en esto; pues saben que el rey Faraón vido en sueños la visión de las espigas y vacas, unas gruesas y gordas, y otras chupadas y flacas,[1] que aunque la inteligencia de visión no fue suya, sino del santo patriarca Joseph, fue el caso en sí cierto y verdadero, y fue esta visión en sueños. También cuando Abimelech, rey de Gerara, quitó la mujer a Abraham, dice la Sagrada Escritura[2] que le apareció Dios en sueño y amenazó de muerte, si no se la volvía. Daniel[3] dice en el capítulo séptimo de sus *Profecías* que vio en sueños una lucha de los cuatro vientos del cielo, que fueron cuatro reinos que le mostró Dios con las cosas que había de sucederles. Jacob tuvo también mandamiento de Dios en sueños, de ir al reino de Egipto, donde estaba su hijo Joseph, y donde había de multiplicar su generación en mucho número y gentío.[4] Y en el testamento nuevo leemos del santísimo Joseph, esposo de la siempre virgen y soberana María, que en sueños le habló el ángel y le mandó lo que había de hacer.[5] Y concluyendo con esta clara y manifiesta prueba dice Dios en el *Libro de los números*,[6] hablando con Aarón y María su hermana: Si

[1] Genes. 41
[2] Genes. 20.
[3] Dan. 7.
[4] Genes. 46.
[5] Math. 2.
[6] Num. 2, 6.

entre vosotros hubiere algún profeta del Señor, le hablaré en visión o en sueños le manifestaré mi gusto y voluntad. De manera que una de las maneras de revelaciones que Dios tiene comunicadas a los hombres es en sueños; porque como para el poder de Dios no hay estorbo, ni impedimento, no hace al caso que uno duerma para manifestarle sus divinos y celestiales secretos, porque de cualquier manera le puede hacer sabidor de ellos y los hace verdaderos como son también los que comunica, en visión clara, a personas vigilantes y despiertas.

Siendo pues esto así digo que las que mi padre fray Martín tuvo no serían ilusión de la fantasía, sino cosas comunicadas de Dios, para que dichas a los hombres de aquellos tiempos se animasen a buscar medios para conseguir el descubrimiento de las tales gentes, que por ventura quería Dios que de ellos se tuviese ya noticia, por aquel modo y aun para que más se animasen el varón de Dios a desear la conversión de aquellas gentes, apeteciendo la comunicación y presencia de aquellos gentiles idólatras que parecían de mayor capacidad y talento que éstos de esta Nueva España; porque como el varón santo fray Martín era hombre de grande espíritu y de alta contemplación y continua oración, y muy ferviente en el amor de Dios; afligíase a veces y congojábase interiormente en ver la tibieza y frialdad que los indios de esta Nueva España, por su bajo talento mostraban en su conversión a Dios (puesto que todos recibieron la fe cristiana y sacro bautismo) y cuán poca aptitud tenían para el ejercicio de la santa oración y contemplación, por las grandes opresiones que tenían y trabajos en que nuestros españoles los ejercitaban. Por esta causa deseaba verse con otros infieles más capaces, y varones en cuya doctrina pudiese emplear el espíritu, que el Señor le comunicaba y hallar en ellos a los principios resistencia para ofrecer su vida y recibir la muerte con algún género de martirio, por verdad de la fe de Jesucristo. Y crecióle más este deseo cuando por las visiones contadas fue el Señor servido de mostrarle aquellas nuevas gentes tan capaces de razón, teniendo entendido que era su voluntad llevarlo entre ellas. Mas como no fuese ésta (según por lo sucedido se vido) antes con muy claras señales mostró el Señor no solamente a fray Martín, mas también a sus compañeros, que no era su voluntad que desamparasen a estos indios, para cuya conversión fueron llamados, ni que se empleasen en otra gente, como en efecto no lo permitió, aunque ellos lo intentaron; consolábalos el benignísimo Señor, en este su penoso apostolado, con lo que en una parte de aquellas visiones certificaba que, finalmente, aunque con algún trabajo, disgusto y dificultad, estos sus espirituales hijos de la Nueva España pasaban el río de su frialdad y tibieza, y llegaban al puerto con que se conseguía el deseado fruto de sus trabajos y con más mérito de los obreros; pues es cierto que a los mayores trabajos que por Dios se toman, corresponde mayor premio, como lo dice el Apóstol.[7]

Al propósito de esto vio el siervo de Dios otra visión, cerca de los indios de esta Nueva España, en la manera siguiente: vio una noche durmiendo

[7] 1. Ad Cor. 3.

una manada de ovejas en un valle lleno de yerba, y hacía frío, que había nevado y la yerba de el valle estaba como cubierta de nieve; pero era yerba verde y buena. Al cabo de aquel valle vio una iglesia hacia donde iban las ovejas paciendo de aquella yerba; mas por causa de el mucho frío y de la nieve, pacían con pena y trabajo, porque a vueltas de la yerba gustabán y comían de la nieve; y así rumiando y paciendo llegaron a la iglesia y se entraron en ella. Fuele luego dicho en espíritu que aquel valle era esta tierra de la Nueva España y las ovejas los indios naturales de ella, que pacían la yerba con el hielo y nieve; esto es, que oían y recibían la doctrina con mucha tibieza y hielo de espíritu; pero así con este trabajo todavía iban adelante gustando de ella, aunque mezclada de frialdad y tibieza, hasta llegar a la iglesia que es a la fe católica y gremio de la iglesia, no quedando fuera de ella, pues son cristianos y bautizados.

De esto se colige que no sólo es meritorio el trabajo de parte de los que los instruyen y administran, mas que también es mucha la ganancia de parte de esos mismos naturales que, como cuesta arriba y con opresión, son llevados y metidos en la iglesia; y de la necesidad hacen virtud, lo cual es mejor que no que nunca se hagan aptos para venir a la virtud, y que sin ella se vayan al infierno. Y como en los vicios la costumbre es otra naturaleza, así y mucho más en las virtudes, haciendo unos y otros actos (aunque sean cuesta arriba) aquellos actos convertidos en costumbre se hacen como cosa natural, y con facilidad y promptitud se ejercitan y ponen por obra; porque según el Filósofo el hábito facilita la potencia o para el bien o para el mal; de suerte que ya es muy dificultoso al hombre dejar de ejercitar la virtud; porque ya la tiene adquirida como condición natural por la mucha fuerza y violencia que a los principios se hizo; de tal manera que no solamente el espíritu se inclina a los ejercicios espirituales, pero aun mucho más la carne, conforme a aquello de el salmista: *Sitivit*[8] *in te Anima mea, quam multipliciter tibi caro mea.* Como quien dice: ¡Oh mi Dios, mi ánima tuvo sed de la virtud en vos y mi carne mucho más! Así vemos ya en algunos de estos naturales indios, mucha continuación y ejercicio en las cosas de virtud, mucha frecuentación de los sacramentos y firmeza en las cosas de nuestra fe, que a los principios se les hacía muy grave. Y algunos se hallan que se dan muy de veras a la oración mental y contemplación. Estos casos, con esto último de este capítulo, es de el bendito fray Francisco Ximénez, que lo escribió habrá cerca de sesenta años y después acá lo hemos visto verificado en el aprovechamiento de los indios.

Estando en España el varón de Dios fray Martín, en el monasterio de Nuestra Señora de Monte Coeli, le fue revelado y vio en visión una cosa que era ofensa de Dios y en mucho perjuicio de los prójimos si no se remediara, y por industria de el varón santo se remedió, a gloria de nuestro señor. Otras muchas revelaciones vio que por evitar prolijidad no se ponen aquí y se callan.

[8] Psal. 62.

CAPÍTULO XI. *De cómo el varón de Dios fue visto arrobado muchas veces; y de algunos milagros que de él se cuentan; y cómo lo visitaron los gloriosos padres San Francisco y San Antonio*

MUCHAS VECES FUE VISTO ARROBADO EL SANTO fray Martín y estar extático y fuera de sí y elevado en espíritu, como lo estuvo casi ocho horas cuando en espíritu vio la conversión de estas gentes indianas, estando en unos maitines, en España, según arriba se ha contado. Y en esto mostraba el santo varón el grande amor que Dios tenía; pues como dice el glorioso padre San Agustín, más está el ánima donde ama que donde anima; y el divino San Dionisio[1] dice que el amor divino hace éxtasi y arrobamiento, porque como el alma busca lo que ama y no lo halla en sí, hace por salir de sí para hallarlo. Y aunque esto hace el amor de Dios, no a todos les es concedido, porque es don particular de Dios. Ni tampoco digo que es condición y circunstancia necesaria de la santidad porque algunos habrá habido que no la hayan conseguido; pero digo que es manifestativa de la estimación que Dios hace de el alma a quien comunica esta merced, pues por algunos ratos la enajena de sí misma, por sólo empaparla y henchirla de la suavidad de sus dulzuras y que los espíritus vitales se suspendan en la vida humana, porque aquel breve tiempo goce de aquel bien infinito que en la eterna y soberana le ha de durar para siempre. Y volviendo a nuestro propósito digo que otra vez, estando huésped en el convento de San Francisco de Salamanca, el hermano que hospedaba los frailes en el pueblo de Cantalapiedra, andaba solo por el convento, mirándolo (porque a los tales se suele dar esta licencia) el cual, llegando a la hospedería abrió, acaso, la puerta de la celda, donde el siervo de Dios estaba aposentado y violo estar puesto en cruz y a lo que le pareció, levantado de el suelo y temblándole todo el cuerpo y los brazos, de tal suerte que le causó admiración y una espiritual consolación en su alma. Quedó de esto aquel hermano muy edificado y concibió nuevo amor y devoción a los frailes, más que hasta entonces les tenía.

En el monasterio de Belvis, de la provincia de San Gabriel, estando una vez predicando la pasión y llegando a aquel paso, cuando crucificaron a Cristo, fue tanto el sentimiento de su espíritu que salió de sí diciendo a grandes voces: clavo, clavo, clavo y se arrobó, quedándose yerto, arrimado al púlpito. Estando así, un religioso, gran siervo de Dios, llamado fray Diego de Almonte que se halló presente, con fervor de espíritu y santa sinceridad, comenzó a dar voces diciendo: Martín, Martín, estáte allá, no vuelvas acá. Llegaron algunos al santo y tiráronle recio de la falda muchas veces, mas no volvió en sí. Hicieron tras esto en él muchas experiencias para que volviese y acabase el sermón, de que el auditorio llevaba

[1] De Divin. Nom. cap. 4.

mucho gusto; pero no aprovechó cosa. Y así, a cabo de muy gran rato, lo bajaron del púlpito; y sacado de la iglesia lo metieron en casa de un hidalgo devoto, donde rodeado de gente, habiéndole punzado las carnes y hecho otras diligencias penosas, vino a abrir los ojos; y vuelto en sí dio un gran suspiro y dijo: ¡Oh, Dios os perdone, porque me habéis fatigado tanto, quitándome tan gran consuelo! Otras veces se arrobó de esta manera predicando la pasión; y la una de ellas que tornó en sí más presto quiso acabar su sermón y era ya la gente ida.

Morando en el monasterio de Belvis, yendo a la limosna a un lugar que se llama la Mesa de Ybor, siendo ya tarde y habiendo saludado a la hermana que lo hospedaba, se recogió en oración, en un corral de la casa. Y siendo ya buen rato pasado de la noche, queriendo la hermana darle colación, y viendo que no venía, le buscó por toda la casa; y como no lo hallase salió al corral y lo halló y vio en oración a un rincón, junto a un horno que allí estaba, elevado en Dios. Parecióle que estaba todo abrasado y encendido con gran resplandor que le rodeaba a él y al horno donde estaba arrimado y arrinconado, orando. De lo cual, admirada la hermana, relató después esta grandeza que vio en el santo; y quedó de esto memoria en aquella tierra, que hasta hoy dura. Otra vez, estando el siervo de Dios en oración, fuelo a llamar un religioso para cierto negocio que se ofrecía y por voces que le dio no le respondió. Tanto era lo que estaba absorto en Dios, por la oración y contemplación. Esto acaecía muchas veces, que los que lo iban a llamar lo veían tan fuera de sí y les respondía tan asombrado, como si despertara de un pesado sueño. Otras veces, aunque hablaba y comunicaba con los frailes, estaba como enajenado, que parecía no oía, ni veía, ni sentía con los sentidos corporales; porque tenía el espíritu con Dios, adonde más propriamente estaba presente que con los que hablaba.

En el pueblo de Tlalmanalco, como entrase una vez descuidadamente en su celda Antonio de Nava, que a la sazón era allí alcalde mayor, halló al santo fray Martín en oración, elevado en el aire, sobre la tierra. Lo mismo afirman haber visto el primero marqués del Valle, don Fernando Cortés, que lo visitaba muy a menudo. En el oratorio y cueva de Amaquemeca, según refiere el padre fray Toribio y uno de los doce, aparecieron al santo fray Martín los gloriosos San Francisco y San Antonio de Padua; y dejándolo en extremo consolado le certificaron, de parte de Dios, que era hijo de salvación; y lo mismo dice fray Francisco Ximénez, su íntimo compañero y arca de sus secretos.

Un venerable religioso, llamado fray Bernardino de Sahagún, que vino a esta Nueva España cinco años después de los primeros doce, refiere que siendo él conventual en el dicho pueblo de Tlalmanalco fue a visitar aquella casa el santo fray Martín, que era custodio la segunda vez, y como era pública voz y fama que se arrobaba en la oración, una mañana, acabando de rezar las horas canónicas, viendo que se había apartado el varón santo a un rincón que estaba a un lado de el coro, tuvo voluntad de ir a ver cómo estaba. Y llegado al lugar de donde le podía acechar vio una claridad, o otra cosa semejante (que no pudo determinar qué fuese) que lo encandiló

y privó de la vista, de suerte que no pudo ver cosa alguna, ni tampoco al siervo de Dios fray Martín que allí estaba; y así se volvió atrás, turbado y con miedo, de lo que interior, y exteriormente había sentido.

Este santo varón, fray Martín de Valencia, siendo guardián en el convento de Tlaxcalla, supo cómo en la sierra grande que le cae a esta ciudad al oriente, se veneraba y adoraba una diosa llamada Malalcueye, y la tenían por patrona y abogada de las pluvias y agua, a la cual invocaban en los años estériles y secos. Y para desarraigar y destruir esta perniciosa idolatría subió arriba, a lo alto de ella, el santo varón y quemó todos los ídolos y adornos idolátricos que halló en ella y levantó la cruz de nuestro salvador Jesucristo, y hizo una ermita, que llamó San Bartolomé. Al cual glorioso apóstol (demás de haber predicado a indios, en la India oriental, según se dice) le dio Dios poderío sobre los demonios para atarlos y desterrarlos y confundir su poder. Puso en la ermita quien la guardase para evitar y prohibir que nadie más de allí adelante invocase y llamase al demonio, dándoles a entender a los indios cómo solo Dios da el agua y a él solo debe pedirse.

CAPÍTULO XII. *De un hurto que se hizo en el convento de Santo Domingo de esta ciudad de Mexico, siendo prelado ordinario de esta nueva iglesia mexicana el santo fray Martín; y de la procesión que se hizo, donde salió desnudo el santo predicando*

SUCEDIÓ EN EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO de Mexico, en aquellos primeros años de su conversión, que una noche, estando cerradas las puertas de la iglesia de el dicho convento (como es uso) entraron, con atrevimiento sacrílego (que hasta hoy no se ha sabido quién) y descerrajando el sagrario hurtaron un cofrecito, cubierto de terciopelo bordado, dentro del cual estaba, en una custodia de plata el preciosísimo tesoro y divinísimo sacramento de la eucaristía. A la mañana vieron los religiosos abierto el sagrario y el desacato y hurto hecho; y saliendo del convento tristes, llorosos y descalzos por toda la ciudad, fueron a dar cuenta de el lastimoso caso al marqués del Valle don Fernando Cortés y a la Audiencia Real, y juntamente al santo fray Martín de Valencia, que era el que en aquellos tiempos tenía autoridad apostólica para las cosas espirituales de estos reinos, para que todos lo supiesen y ayudasen a llorar tal desgracia y no pensado acaecimiento; y procurasen, con poder eclesiástico y secular, haciendo las diligencias que tal caso requería, se descubriese tan pesado e inaudito hurto. Sintióse por todos en general este enorme y sacrílego caso con sentimiento de espíritu cristiano. Y viendo perdido este divino y celestial tesoro, con grande aflicción preguntábanse unos a otros

y privó de la vista, de suerte que no pudo ver cosa alguna, ni tampoco al siervo de Dios fray Martín que allí estaba; y así se volvió atrás, turbado y con miedo, de lo que interior, y exteriormente había sentido.

Este santo varón, fray Martín de Valencia, siendo guardián en el convento de Tlaxcalla, supo cómo en la sierra grande que le cae a esta ciudad al oriente, se veneraba y adoraba una diosa llamada Malalcueye, y la tenían por patrona y abogada de las pluvias y agua, a la cual invocaban en los años estériles y secos. Y para desarraigar y destruir esta perniciosa idolatría subió arriba, a lo alto de ella, el santo varón y quemó todos los ídolos y adornos idolátricos que halló en ella y levantó la cruz de nuestro salvador Jesucristo, y hizo una ermita, que llamó San Bartolomé. Al cual glorioso apóstol (demás de haber predicado a indios, en la India oriental, según se dice) le dio Dios poderío sobre los demonios para atarlos y desterrarlos y confundir su poder. Puso en la ermita quien la guardase para evitar y prohibir que nadie más de allí adelante invocase y llamase al demonio, dándoles a entender a los indios cómo solo Dios da el agua y a él solo debe pedirse.

CAPÍTULO XII. *De un hurto que se hizo en el convento de Santo Domingo de esta ciudad de Mexico, siendo prelado ordinario de esta nueva iglesia mexicana el santo fray Martín; y de la procesión que se hizo, donde salió desnudo el santo predicando*

SUCEDIÓ EN EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO de Mexico, en aquellos primeros años de su conversión, que una noche, estando cerradas las puertas de la iglesia de el dicho convento (como es uso) entraron, con atrevimiento sacrílego (que hasta hoy no se ha sabido quién) y descerrajando el sagrario hurtaron un cofrecito, cubierto de terciopelo bordado, dentro del cual estaba, en una custodia de plata el preciosísimo tesoro y divinísimo sacramento de la eucaristía. A la mañana vieron los religiosos abierto el sagrario y el desacato y hurto hecho; y saliendo del convento tristes, llorosos y descalzos por toda la ciudad, fueron a dar cuenta de el lastimoso caso al marqués del Valle don Fernando Cortés y a la Audiencia Real, y juntamente al santo fray Martín de Valencia, que era el que en aquellos tiempos tenía autoridad apostólica para las cosas espirituales de estos reinos, para que todos lo supiesen y ayudasen a llorar tal desgracia y no pensado acaecimiento; y procurasen, con poder eclesiástico y secular, haciendo las diligencias que tal caso requería, se descubriese tan pesado e inaudito hurto. Sintióse por todos en general este enorme y sacrílego caso con sentimiento de espíritu cristiano. Y viendo perdido este divino y celestial tesoro, con grande aflicción preguntábanse unos a otros

si sabían de él, y decíanse las palabras de el santo rey David:[1] ¿Dónde está tu Dios? Pero ignorando todos este hecho iban como en otro tiempo la esposa, en busca de su esposo, por las calles y barrios de la ciudad, diciendo a voces: ¿Por ventura, habéis visto por allá al amado de mi alma? Pero no hallando rastro de él quedaron confusos todos de este hecho.

Esta pérdida llegó muy al alma al marqués de el Valle, temiendo el escándalo de los recién convertidos a la fe; pero sobre todos lo sintió el santo fray Martín de Valencia y acordaron de hacer una procesión general, a la cual acudiesen los dos conventos (que eran los que entonces había) y toda la ciudad. Y señalando el día, concurrió todo el pueblo, así hombres como mujeres, y el Audiencia Real y marqués de el Valle. En la procesión iban todos los frailes descalzos y algunos cubiertos de ceniza las cabezas, como otros ninivitas, para pedir a Dios misericordia. Guiaba la procesión el santo fray Martín de Valencia, como caudillo espiritual de el pueblo cristiano, y llevaba una soga a la garganta, significando que él era el penitenciado y perverso pecador, por cuyas culpas había sucedido esta lastimosa pérdida. Iba predicando el varón santo fervorosísimamente, llevando por tema aquellas palabras que Cristo nuestro redemptor dijo a los que le iban a prender:[2] *¿Quem quaritis?* ¿A quién buscáis? Aquí ponderaba el santo cuán de veras nos ama el soberano señor, que por nuestro bien y remedio se allana tanto, que se deja manosear de manos sacrílegas, como se dejó prender, azotar y crucificar. Aquí reprehendía nuestra tardanza en acudirle y acriminaba nuestra culpa; ¿pues qué pecados le ultrajan, cuando nosotros no queremos recibirle en nuestras ánimas? Decía tales cosas, y con tal sentimiento, que levantaba la gente las voces al cielo; y no sólo lloraban los que tenían corazones tiernos, pero aun los más duros y obstinados se rendían y ablandaban al sentimiento. Y todos nobles y plebeyos, viejos y niños, derramaban abundantísimas lágrimas de devoción. Decía el santo y fervoroso religioso: Dios de mi alma, ¿qué trazas son éstas? ¿En tierra nueva permitís tal suceso? ¿No bastan las afrentas que procuran haceros los herejes en Inglaterra, Francia, Flandes y Alemania? Pero juicios secretos son de Dios (proseguía el apostólico varón) para que veamos que lo que en unos obra la herejía, en otros puede la codicia.

Fue este particular aviso de el cielo para que en esta tierra, donde el amor del oro y de la plata reina, haya temor de amarlo con demasía; pues a semejantes desórdenes y sacrilegios llega. Y por dejarnos con este temor no quiso Dios que pareciese el hurto, ni se descubriese el actor. Hubo grandes ofertas y promesas para quien diese noticia o hallase rastro del cofrecito custodia, y no se halló. Aunque después de muchos días pasados hallamos, junto a la laguna de Mexico, algunas reliquias del cofre y las trajeron al convento, donde se les renovaron a todos las lágrimas, conjeturando que para sacar la cajuela de plata, debían de haber quebrado a golpes el cofrecito y tratado sin la debida reverencia el santísimo sacramento.

[1] Psal. 47.
[2] Ioan. 18.

CAPÍTULO XIII. *De la muerte del bienaventurado fray Martín de Valencia*

NTRE LAS MUCHAS REVELACIONES que el santo varón fray Martín tuvo, le fue también dado a entender que había de morir en el campo y no en cama; como él lo dijo a un siervo de Dios, llamado fray Antonio Ortiz, más de diez años antes de su muerte; mas no le fue revelado en qué manera. Porque aunque Dios da la inteligencia de una cosa, no es de manera que de ella se conozca todo lo que el hombre quisiera en ella, sino sólo aquella parte que a Dios place y ve que conviene para el intento, que tiene en esa misma cosa que revela; porque mueve a sus profetas de diversas maneras; unas veces les revela unos misterios perfectamente y otros imperfectamente, y no con todas las circunstancias que contiene la cosa revelada. Esto parece en el profeta Elías,[1] al cual pidió Eliseo que le fuese comunicado su espíritu doblado; al cual respondió Elías: Cosa dificultosa has pedido; pero concedérsete ha, si cuando Dios me aparte de tu compañía me vieres ir; pero si no, no. Donde se ve claro que sabía que se había de conceder lo primero y no se le comunicó lo segundo, ni lo supo; porque a saberlo también se lo dijera, o no le pusiera el inconveniente; y por no saber si le había de ver cuando fuese llevado, tampoco sabía de cierto (como dice el Tostado) si le había de ser comunicado el espíritu que pedía. También cuando después el mismo Eliseo mandó a Joás, rey de Israel, que vibrase el arco que tenía en sus manos y no pasó de tres veces, le dijo, condolido de su poca ventura: Si lo enarcaras cinco y seis veces y siete, otras tantas vencieras a los de Siria; pero no serán más de tres, pues en solas tres te cansaste.[2] De donde se colige que sabía Eliseo perfectamente que si Joás hiriera la tierra siempre, siempre venciera al rey de Siria hasta destruirla y asolarla toda; y así sabía que si cinco veces hiriera la tierra, cinco veces venciera, y si seis, seis; pero no sabía las veces que Joás la había de herir, y creía que serían tantas que bastasen a vencerla y destruirla; de manera, que le fue revelado lo uno y no lo otro. De esta misma manera le sucedió al santo fray Martín, que aunque le fue revelado no haber de morir en cama, ni en poblado, no le fue mostrado el modo de su muerte, ni el lugar donde había de ser; y él, entendiendo por esto que había de morir mártir, conforme a su deseo y a lo que a nuestro señor en sus oraciones cotidianamente pedía, procuró en España de pasar a tierra de moros. Por esta causa, cuando le mandó la obediencia venir a esta tierra de la Nueva España a la conversión de los naturales de ella, que eran infieles, vino con gran júbilo y alegría de su alma, pensando hallar aquí lo que tanto deseaba. Después, visto que no podía conseguir la palma de martirio entre estos indios, porque luego todos ellos, sin dificultad alguna, recibieron la fe y se

[1] 4. Reg. 2.
[2] 4. Reg. 1.

sujetaron a la doctrina de la iglesia, intentó de pasar a la China. Este fue un año antes de su muerte, que fue el de 1533, siendo custodio y prelado de los frailes de esta Nueva España, la segunda vez. Mas como no hubo efecto esta su ida (como atrás se dijo) dio la vuelta para Mexico, habiendo andado en este camino, de ida y vuelta, más de trecientas leguas, por los rodeos que llevó y por la distancia del camino y asperezas de él, llegó a Mexico muy fatigado y enfermo de una pierna. Con todo esto, por ser tiempo de Cuaresma y pasión, cuando vino nunca se pudo acabar con él, que se calzase unas sandalias, antes se anduvo descalzo y la pierna arrastrando y los pies corriendo sangre, alabando al Señor con más ansias y deseos de gozarle, que hasta entonces había tenido. Porque como aquella resplandeciente candela de su alma habia estado alumbrando esta indiana iglesia, después que a ella vino en el candelero de su perfecta y penitente vida, vacando a la oración muy continuamente y dando olor de grande santidad a todos, ahora que se iba acabando daba más vivos y claros resplandores de santidad, diciendo con la esposa: Béseme Dios con el beso de su boca, porque ando desflaquecido con las ternuras de su santo amor. Y como cisne soberano, cuyo espíritu le decía que la vida se acababa, cantaba entonces a su Dios con voz interna de su alma, más suave y delicadamente que hasta entonces había cantado con David: Más vale, señor, un día de vuestra casa, que todos los que pasamos en esta vida mortal que vivimos. Y esto mismo había hecho antes, cuando padecía semejantes trabajos y enfermedades, con que siempre le visitaba el Señor. Y cuando padecía estas enfermedades, ninguno le vio curar con médico terreno, ni procurar medicinas humanas, poniendo toda su confianza en solas las celestiales y en sólo el verdadero médico Jesucristo, a ejemplo de la bienaventurada Santa Agueda, virgen y mártir.

En este camino último que hizo ganó mucho el varón de Dios de méritos y ganancias espirituales delante nuestro señor; porque allende del gran trabajo corporal fue la materia de darse más a Dios, con más ímpetu y fervor de espíritu. Y bien se pareció cuando vino de esta jornada que volvía otro nuevo hombre, no porque se hubiese trocado de malo en bueno, quien siempre fue bueno, sino porque venía revestido de nuevos afectos de amor de Dios, y muy más ejercitado en los actos de humildad y amor del prójimo, como decimos; y así lo mostraba por ejemplo de vida y de más profunda y perfecta humildad. En llegando a Mexico, mereció (según él lo deseaba) ser absuelto de la carga y oficio de prelado; porque luego como vino se cumplió el término de su trienio. Y tenido capítulo y electo otro en custodio, se fue a recoger al monasterio de Tlalmanalco. De este pueblo se iba algunas veces al oratorio, que antes había hecho en una cueva del monte de Amaquemeca, aunque no dejaba de trabajar en la doctrina de los indios, especialmente en su ejercicio de enseñar los niños. Mas fue poco tiempo el que allí estuvo; porque luego, año de 1534, le dio el mal de la muerte, que fue un dolor de costado.

Antes que le diese este mal, estando bueno, día de San Gabriel, dijo a su compañero: Ya se acaba. A lo cual preguntó su compañero: ¿Qué, pa-

dre? Calló el siervo de Dios y no respondió. De allí a poco tornó a decir: La cabeza me duele. Quién duda, si no que en esta ocasión oiría alguna palabra de Dios que le diría que ya era tiempo de ir a recibir el premio debido a sus buenas obras, que es el que se promete San Pablo, habiendo trabajado con fidelidad en su apostolado y ministerio, fiado de la palabra de Dios, que lo promete al que fielmente trabaja, y no dudo de que su ánima bendita recibiría en este día esta consolación; pues sabemos que más en estos tiempos que en los pasados se daba con mayor fervor y devoción a los ejercicios santos de la vida espiritual, como quien ya se anunciaba el fin de sus trabajos y premio que por ellos había de recibir en la bienaventuranza; y que oyendo alguna divina consolación, acerca de esto, diría al compañero: Ya se acaba. Como quien dice: mucho he deseado verme suelto de esta carne y gozarme con Cristo, que es el mismo deseo de San Pablo; y aunque tanto lo he deseado, no lo he conseguido; pero por la misericordia de Dios, ya llegan a colmo mis deseos y mi pena ya se acaba; y luego se sintió con calentura. Creciόle la enfermedad, por la cual le fue forzoso volverse con su compañero al convento de Tlalmanalco, y allí recibió los santos sacramentos. Y por ser el mal agudo, los compañeros acordaron de traerlo a la enfermería de Mexico. Puesto en camino y llegados con él al embarcadero de Ayotzinco, dos leguas de este dicho pueblo, lo metieron en una canoa para traerlo por la laguna. Mas apenas entró en ella cuando sintió ser la llegada la hora y mandóse sacar a tierra, para ponerse de rodillas. Estando así dijo a su compañero fray Antonio Ortiz (a quien muchos años antes había manifestado la revelación que no había de morir en cama): Hermano: *Fraudatus sum a desiderio meo*. Y volviéndose luego, por amor y deseo de su beatífica visión, a su criador, encomendándole su alma, le rindió el espíritu. De esta manera acabó el curso de su santa peregrinación este apostólico varón, las rodillas en tierra y los ojos vueltos al cielo, pudiendo decir con San Pablo: Nuestra conversión es en los cielos y gloriarse de que la pobreza, que tanto había amado en vida, la tuvo también en su muerte, pues la cama en que murió fue la tierra desnuda de que fue formado, y todo lo que en esta ocasión y discurso de su vida le faltó de bienes temporales le enriqueció Dios de los eternos de su gloria. Lo que este varón apostólico quiso decir en aquellas palabras: *Fraudatus sum a desiderio meo,* fue que quedaba defraudado de lo que deseó siempre su corazón, que era pasar de esta vida por martirio y que se había engañado en pensar que había de ver con sus ojos aquellas gentes de la China que el Señor le había mostrado en espíritu. Empero, no fue el varón santo engañado en la revelación, de que no había de morir en cama, pues murió en la tierra desnuda, puesto de rodillas sobre ella. Al punto que este siervo de Dios rendía el espíritu a su criador, llegó a suspenderle el cuerpo y tenerle la cabeza su íntimo amigo fray Antonio Ortiz, y recibiéndole en sus brazos se quedó difunto. Entonces se acordó fray Antonio, cómo estando entrambos en España, en la provincia de San Gabriel, antes que se ofreciese venir a las Indias, ni saber fray Antonio que por ordenación de Dios se les había de ofrecer ocasión de tan santa jornada, estando un

día el padre fray Martín tratando con el dicho fray Antonio cosas tocantes al provecho de sus almas, con un espíritu nuevo y voz que mostraba ser movida del Espíritu Santo, le había dicho el varón de Dios: Hermano fray Antonio, yo sé un fraile que de la otra parte del mar ha de morir en vuestros brazos. Lo cual vio fray Antonio cumplido en aquel punto, cuando vio al santo fray Martín rendido el espíritu en sus brazos y en el campo, como el santo había dicho a los frailes.

Volvieron los compañeros su cuerpo santo al monasterio de Tlalmanalco, y enterráronlo sin la prevención que suele haber con los semejantes cuerpos, no guardándole decoro de ponerlo en algún ataúd o caja, como reliquia que lo merecía, porque los frailes no lo advirtieron, o porque les pareció que más decía con su profunda humildad estar puesto sin ningún artificio en la desnuda tierra, que artificiosamente sepultado con pompa y aparato de los hombres, que se estiman en el mundo, cuyos cuerpos son metidos en cajas muy aforradas, como que allí no hubiese de llegar la corrupción y tras de ella los gusanos. Pero lo que yo más seguramente creo es que quiso Dios que aquellos frailes no pusiesen en caja aquel santo cuerpo, para que puesto en la tierra, en que fácilmente todos los demás se convierten, como por sentencia de Dios se lo dijo a nuestro padre Adán, se conociese, que era prenda suya, y que como tal la quería preservar de aquella corrupción; no porque esto sea circunstancia necesaria para la santidad (como en el Libro de San Aparicio dije, tratando de la incorruptibilidad de su cuerpo, a lo cual me remito) pero eslo para que se entienda que Dios, que lo guarda sin corrupción, se pagó mucho de su ánima, y que la tiene gozando de sus celestiales bienes. De esta manera quedó aquel santo cuerpo por entonces; pero luego se supo su muerte en toda la provincia, y el custodio, que le sucedió en el oficio, vino luego al pueblo de Tlalmanalco; y sabiendo que lo habían enterrado, sin más prevención que a los otros, mandó abrir la sepultura, y vieron el santo cuerpo, con tan linda disposición, como si estuviera vivo, que no debió de creerlo menos el custodio, pues hizo abrir el sepulcro. Mandó hacer una caja, y metido en ella, lo volvieron a enterrar; y por ser el difunto muy devoto del glorioso San Miguel, dijo la misa en este segundo entierro del glorioso Arcángel. Pusieron encima de la sepultura una lápida grande, y en ella escrito su nombre.

Luego comenzó Dios a hacer estimación de la santidad de este venerable varón, y la dio a conocer a los hombres; porque en esta ocasión afirmó una persona devota, que vio, desde que se comenzó la gloria hasta que el sacerdote consumió, al santo fray Martín estar levantado ante su sepultura, con su hábito, y cuerda, y las manos compuestas, y metidas en las mangas como lo usan los frailes, y los ojos bajos, como se cuenta de San Luis Obispo.

Tanto amor, y celo tuvo a la santa pobreza, que aun después de muerto, en su sepultura la quiso guardar. Porque quitándole del ataúd una tabla vieja, y poniéndole otra nueva pintada, por devoción de un fraile, fueron oídos en la sepultura grandes ruidos, hasta que le tornaron a poner la tabla vieja, y quitaron la nueva, que era curiosa: caso cierto muy de considerar,

y que obliga a admirarnos de los juicios de Dios, y a que no escudriñemos sus altas maravillas.

CAPÍTULO XIV. *De cómo se perdió el cuerpo de el varón de Dios fray Martín de Valencia, habiendo permanecido entero por más de treinta años después de su santa muerte*

COSA COMÚN Y ORDINARIA ES A TODOS LOS HOMBRES que descienden de la Masa de Adán, y son comprehendidos en el pecado original, la corrupción de los cuerpos; porque como el mismo Dios se lo dijo, era tierra, y en tierra se había de convertir: y esta herencia, que fue vínculo triste de aquel desastrado mayorazgo, ha venido corriendo por todos los siglos del mundo, y correrá hasta que se acabe: de manera, que corromperse los cuerpos, y convertirse en la nada que fueron formados, es cosa natural, y forzosa. Y esto es lo que pide Cristo Señor Nuestro a su padre eterno: No darás, señor, a tu santo, que vea la corrupción: No se convertirá (dice) mi cuerpo en polvo, ni ceniza en mi muerte; porque por particular privilegio, y gracia, se conservará entero hasta el tercero día de mi resurrección. De manera que cuando un cuerpo difunto se conserva por algún tiempo entero, y sin corrupción, como no intervengan remedios humanos, se ha de tener por cierto que es con particular providencia de Dios, porque éste es don de gracia, y no de naturaleza, que aunque fuera en la íntegra, y pura, antes de la comisión del pecado, era el hombre corruptible, y mortal, aunque esta potencia de morir, como dice Escoto, no se tradujera a acto. Pues esta circunstancia de conservarse los cuerpos enteros, y sin corrupción, es prueba de grande santidad porque por particular privilegio los conserva Dios, haciéndolos dignos de este beneficio, sacándolos del paso ordinario con que siguen su camino todos los demás hombres, dando Dios a entender por este modo, que como excedieron a otros en vida también se les aventajaron en muerte. La verdad de este caso, dejando lo común que a todos en general sucede, tenemos en el que cuenta San Gregorio del Santo Obispo de Perusa, llamado Herculano, que siéndole cortada la cabeza, por mandamiento del rey Totila, y echada con su santo cuerpo de los muros de la ciudad abajo, recogieron estas santas reliquias unos devotos suyos, y juntando la cabeza al cuerpo, lo enterraron, y juntamente enterraron en su sepulcro el cuerpo de un muchacho que también hallaron muerto junto al muro; fue esto en el asalto, que dio este rey a esta ciudad, por cuyo miedo, y por grandes hambres, que los ciudanos padecían, se habían auyentado muchos. Pero vueltos los más, y buscando algunos este santo tesoro para darle mejor y más decente sepultura, cuando cavaron, y descubrieron los cuerpos, hallaron el del muchacho podrido, y lleno de gusanos, por haber ya cuarenta días que era muerto y enterrado, y el de el Santo Obispo, no sólo no estaba con corrupción alguna, pero por par-

y que obliga a admirarnos de los juicios de Dios, y a que no escudriñemos sus altas maravillas.

CAPÍTULO XIV. *De cómo se perdió el cuerpo de el varón de Dios fray Martín de Valencia, habiendo permanecido entero por más de treinta años después de su santa muerte*

COSA COMÚN Y ORDINARIA ES A TODOS LOS HOMBRES que descienden de la Masa de Adán, y son comprehendidos en el pecado original, la corrupción de los cuerpos; porque como el mismo Dios se lo dijo, era tierra, y en tierra se había de convertir: y esta herencia, que fue vínculo triste de aquel desastrado mayorazgo, ha venido corriendo por todos los siglos del mundo, y correrá hasta que se acabe: de manera, que corromperse los cuerpos, y convertirse en la nada que fueron formados, es cosa natural, y forzosa. Y esto es lo que pide Cristo Señor Nuestro a su padre eterno: No darás, señor, a tu santo, que vea la corrupción: No se convertirá (dice) mi cuerpo en polvo, ni ceniza en mi muerte; porque por particular privilegio, y gracia, se conservará entero hasta el tercero día de mi resurrección. De manera que cuando un cuerpo difunto se conserva por algún tiempo entero, y sin corrupción, como no intervengan remedios humanos, se ha de tener por cierto que es con particular providencia de Dios, porque éste es don de gracia, y no de naturaleza, que aunque fuera en la íntegra, y pura, antes de la comisión del pecado, era el hombre corruptible, y mortal, aunque esta potencia de morir, como dice Escoto, no se tradujera a acto. Pues esta circunstancia de conservarse los cuerpos enteros, y sin corrupción, es prueba de grande santidad porque por particular privilegio los conserva Dios, haciéndolos dignos de este beneficio, sacándolos del paso ordinario con que siguen su camino todos los demás hombres, dando Dios a entender por este modo, que como excedieron a otros en vida también se les aventajaron en muerte. La verdad de este caso, dejando lo común que a todos en general sucede, tenemos en el que cuenta San Gregorio del Santo Obispo de Perusa, llamado Herculano, que siéndole cortada la cabeza, por mandamiento del rey Totila, y echada con su santo cuerpo de los muros de la ciudad abajo, recogieron estas santas reliquias unos devotos suyos, y juntando la cabeza al cuerpo, lo enterraron, y juntamente enterraron en su sepulcro el cuerpo de un muchacho que también hallaron muerto junto al muro; fue esto en el asalto, que dio este rey a esta ciudad, por cuyo miedo, y por grandes hambres, que los ciudanos padecían, se habían auyentado muchos. Pero vueltos los más, y buscando algunos este santo tesoro para darle mejor y más decente sepultura, cuando cavaron, y descubrieron los cuerpos, hallaron el del muchacho podrido, y lleno de gusanos, por haber ya cuarenta días que era muerto y enterrado, y el de el Santo Obispo, no sólo no estaba con corrupción alguna, pero por par-

ticular milagro se había vuelto a juntar la cabeza con el cuerpo, y todo junto estaba entero, y sano, sin género de mal olor, y tan fresco, y lindo, como si aquel día, y en aquella misma hora fuera muerto, y enterrado. ¿Quién no confesará esta por muy grande maravilla de Dios? Pues de estas hace algunas veces, conservando cuerpos de algunos siervos suyos, enteros, y sanos, preservándolos de toda putefración, y mal olor, o para que sea conocido por reliquia santa, o para que movidos los hombres del caso, alaben a Dios, que hace éstas, y otras cosas, que para hacerse se requiere su mucho, e infinito poder. Pues de éstos fue el cuerpo de mi venerable padre fray Martín, que aunque murió este santo, no consintió Dios que su cuerpo se resolviese en su primera formación sino que permaneciendo entero se conociese, que aquella incorruptibilidad que tenía era por particular favor de Dios y gracia, con que lo conservaba.

Estuvo este santo cuerpo, hasta que se perdió (que fueron más de treinta años) entero, porque la sepultura fue abierta muchas veces, con deseo que religiosos así de nuestra orden como de la de los predicadores tenían de verlo, y lo vieron muchos, porque los guardianes condescendían con ellos también con el mismo deseo. Mas desde el año de 1567 a esta parte no ha parecido, aunque el sepulcro se abrió algunas veces después, y entiendo fue permisión divina, el haberse totalmente perdido esta santa reliquia, porque demasiada curiosidad, o (por mejor decir) tentación era andar enterrando, y desenterrando tantas veces un cuerpo, que era tenido en reputación de santo: y pudiera Dios, alguna vez, hacer algún castigo, en algunos de estos curiosos, como otras veces ha acaecido, con menos ocasión. El mismo San Gregorio cuenta en el libro octavo de sus Epístolas,[1] y lo refiere César Baronio, en el tomo séptimo, que deseando un pontífice, devoto del invictísimo mártir San Lorenzo, renovar algunas cosas de su santo sepulcro, y no sabiendo de cierto la parte donde el santo cuerpo estaba, hizo cavar muchas, y súbitamente dieron con el lugar, donde le habían colocado ignorantemente, y sin prevención de los que cavaban. Y concluye diciendo, que todos los que se hallaron presentes, así cavadores, como otros, que estaban a descubrir las santas reliquias, que vieron el santo cuerpo, murieron unos luego, y otros después, y dentro de diez días no quedó de todos ellos ninguno vivo, con no haberse atrevido ninguno de ellos a tocar su santa carne. Qué hubiese sido la causa de esto, no lo sé, porque no hemos de medir los juicios de Dios con los nuestros; pero sé que quiere que se les guarde mucha reverencia a sus santos, en especial a estos santos cuerpos: y es de creer que quiere esto, pues Él, contra el curso natural de las cosas, los conserva libres de corrupción. Y de lo que nos hemos de admirar, en las veces que se abrió el santo sepulcro del varón de Dios, es de que Dios no hubiese hecho algo de esto en algunos de estos curiosos, como también nos admiramos de que muriesen tantos en el descubrimiento del Santo Mártir San Lorenzo, no habiendo procedido ningún desacato de tocarle. Y séase lo que se fuere, allí sucedió esto, y aquí permitió Dios que el cuerpo de este apostólico varón se perdiese, y no pareciese más, en pena

[1] Epist. 30.

de esta irreverencia y tentación, y enajenó esta santa prenda de aquel convento. Y el modo como se echó menos cuenta así el padre fray Gerónimo de Mendieta, en su libro escrito de mano.

Yo fray Gerónimo de Mendieta, que aqueste caso escribo, confieso haber caído en la misma culpa, y tentación, que otros antes de mí tuvieron, deseoso de ver el cuerpo del santo fray Martín; pero de tal manera, que no merecí verlo, como los otros, porque fui el primero, que lo hallé menos; lo cual aconteció de esta manera: El año de 1567, acompañando yo al ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, que a la sazón era el padre fray Miguel Navarro, llegamos al pueblo de Tlalmanalco, donde estaba el sepulcro del santo varón. Y como había oído de los mismos, que lo habían visto, religiosos de crédito, que estaba su cuerpo santo, entero sin corrupción, y que podía haber un año, poco más, o menos, que se había abierto su sepulcro, la última vez, y lo habían visto, importuné, y persuadí al dicho ministro, que ambos lo fuesemos a ver. Y llevando con nosotros algunos indios que quitasen la lápida con barras de hierro, y palancas, abierto el sepulcro, y cavado bien hondo, no hallamos el cuerpo, ni indicio de él, sino algunas astillejas de madera, que serían del ataúd en que fue sepultado, cosa que nos dejó admirados, y turbados. Hízose diligente inquisición entre los indios principales del pueblo, y entre los que de ordinario sirven en el convento (porque sin venir a su noticia, parecía imposible poderse sacar de allí el santo cuerpo) mas no se pudo hallar rastro entre ellos, ni menos lo supieron los frailes, ni hasta el día de hoy se ha podido saber cosa, con haberse publicado el año de 1580, unas letras apostólicas sobre este negocio, llenas de graves censuras. Este caso cuenta así este venerable padre; y así fue que desde entonces hasta ahora no ha parecido más, por ningunas diligencias, que se han hecho; y lo cierto es que lo tendrá guardado Dios donde su majestad sabe y es su voluntad, para cuando sea tiempo de manifestarse, que si no fuere en los nuestros o en otros después será muy cierto que parecerá en el del juicio universal, en la resurrección de todos los que en este mundo nacieron, cuando tomarán sus cuerpos y se presentarán ante el tribunal de Cristo, como dice el Apóstol, y allí le será dada gloria, juntamente con el alma, cuya compañía gozó viviendo.

CAPÍTULO XV. *De algunos milagros que se cuentan de este varón santo*

DE LOS MILAGROS, QUE DIOS EN ESTA Nueva España ha hecho en los principios de la conversión de estas gentes, tratamos en otra parte; pero en ésta digo que pocos públicos ha querido nuestro señor hacer, o obrar por sus siervos, con haber tenido tantos y tan apostólicos varones en el ministerio de la fundación de la fe en ella. La causa de esto, si no valen las que allí decimos, digo que él sólo lo sabe, porque no hay quien se tome con Dios a brazo partido para forzarle, que nos haga participantes de sus

de esta irreverencia y tentación, y enajenó esta santa prenda de aquel convento. Y el modo como se echó menos cuenta así el padre fray Gerónimo de Mendieta, en su libro escrito de mano.

Yo fray Gerónimo de Mendieta, que aqueste caso escribo, confieso haber caído en la misma culpa, y tentación, que otros antes de mí tuvieron, deseoso de ver el cuerpo del santo fray Martín; pero de tal manera, que no merecí verlo, como los otros, porque fui el primero, que lo hallé menos; lo cual aconteció de esta manera: El año de 1567, acompañando yo al ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, que a la sazón era el padre fray Miguel Navarro, llegamos al pueblo de Tlalmanalco, donde estaba el sepulcro del santo varón. Y como había oído de los mismos, que lo habían visto, religiosos de crédito, que estaba su cuerpo santo, entero sin corrupción, y que podía haber un año, poco más, o menos, que se había abierto su sepulcro, la última vez, y lo habían visto, importuné, y persuadí al dicho ministro, que ambos lo fuesemos a ver. Y llevando con nosotros algunos indios que quitasen la lápida con barras de hierro, y palancas, abierto el sepulcro, y cavado bien hondo, no hallamos el cuerpo, ni indicio de él, sino algunas astillejas de madera, que serían del ataúd en que fue sepultado, cosa que nos dejó admirados, y turbados. Hízose diligente inquisición entre los indios principales del pueblo, y entre los que de ordinario sirven en el convento (porque sin venir a su noticia, parecía imposible poderse sacar de allí el santo cuerpo) mas no se pudo hallar rastro entre ellos, ni menos lo supieron los frailes, ni hasta el día de hoy se ha podido saber cosa, con haberse publicado el año de 1580, unas letras apostólicas sobre este negocio, llenas de graves censuras. Este caso cuenta así este venerable padre; y así fue que desde entonces hasta ahora no ha parecido más, por ningunas diligencias, que se han hecho; y lo cierto es que lo tendrá guardado Dios donde su majestad sabe y es su voluntad, para cuando sea tiempo de manifestarse, que si no fuere en los nuestros o en otros después será muy cierto que parecerá en el del juicio universal, en la resurrección de todos los que en este mundo nacieron, cuando tomarán sus cuerpos y se presentarán ante el tribunal de Cristo, como dice el Apóstol, y allí le será dada gloria, juntamente con el alma, cuya compañía gozó viviendo.

CAPÍTULO XV. *De algunos milagros que se cuentan de este varón santo*

DE LOS MILAGROS, QUE DIOS EN ESTA Nueva España ha hecho en los principios de la conversión de estas gentes, tratamos en otra parte; pero en ésta digo que pocos públicos ha querido nuestro señor hacer, o obrar por sus siervos, con haber tenido tantos y tan apostólicos varones en el ministerio de la fundación de la fe en ella. La causa de esto, si no valen las que allí decimos, digo que él sólo lo sabe, porque no hay quien se tome con Dios a brazo partido para forzarle, que nos haga participantes de sus

determinaciones divinas; porque ni tiene consejero (como dice Isaías)[1] ni lo quiere, ni sus caminos y senderos, como dice Baruch,[2] hay quien los entienda. De manera que de su divino saber no alcanzamos más de aquello que su majestad divina es servida de darnos a entender y revelarnos. Por esto digo que a su solo juicio está reservado el porqué no hubo tantos milagros en esta indiana conversión, como en otras ha habido. Pero bajando de la alteza de este pensamiento, a la humildad de la consideración, con que semejantes cosas debemos tratar y decir, sólo hallo poderse creer que sería la causa como dijimos, haber recibido estos indios tan fácilmente la fe y los milagros (como dice San Pablo)[3] son para los infieles e incrédulos y no para los fieles; y habiéndola recibido tan fácilmente no sería necesario tanto número de ellos, como si con rebeldía y obstinación se hubiera introducido. Pero dado caso que no fuesen tantos, como en otras partes ha habido, no dejaron de ser algunos, y de éstos se verificaron parte de ellos en mi bendito padre fray Martín de Valencia; de los cuales diré aquí los que mejor se pudieron averiguar y se tienen por más ciertos, de los cuales es el primero:

Llevando al siervo de Dios un niño muy enfermo, en Tlalmanalco, para que lo bautizase, como tardase un poco el varón santo antes que llegase, murió el niño. Mostró de éste grande sentimiento fray Martín, y tomando al niño muerto en sus brazos lo llevó y puso sobre un altar y él se puso en oración. De allí a poco volvió a tomar el niño vivo, y bautizado lo dio a quien lo había traído. Este milagro se tiene por muy cierto y todo aquel tiempo, hasta el año de 1554, se traía muy en la memoria de los religiosos antiguos, que aun todavía vivían algunos de los doce primeros. Mas como en aquel tiempo los frailes eran pocos y andaban muy ocupados en la doctrina de los recién convertidos (que casi eran innumerables) y como no se pensaba que estas cosas se habían de escribir, no hubo quien las tomase a cargo; y así muchas se quedaron por averiguar. Cuando la santidad de este varón de Dios no se verificara en muchas cosas, que de su apostólica vida se dicen en este libro, ésta bastará para entender que era santo, pues por su oración y merecimientos le volvió Dios a la vida para que mereciera el agua de bautismo, sin la cual iba destituido de su gracia y ajeno de gozarle para siempre. Y que éste sea muy gran milagro, ¿quién lo duda? Porque si como dice el Filósofo, de la potencia al hábito, naturalmente no se viene con facilidad, mucho menos en las cosas que son sobrenaturales y de gracia, entre las cuales se cuenta la muerte que es apartamiento del cuerpo y del alma, lo cual se hace por voluntad de Dios, para nunca más volverse a juntar, ni hacerse compañía en la vida mortal que vivieron, hasta la última resurrección; y por esto, cuando sucede que un difunto resucita, se tiene por grandísimo milagro, y sobrepujante a todos los demás que recibe en orden de la conservación del individuo, porque es darle nuevo ser donde reciba los demás beneficios que se le hacen, en especial cuando

[1] Isai. 40.
[2] Baruch. 3.
[3] 1. Ad Cor. 14.

es en ocasión que por no haber recibido el agua del bautismo, son incapaces del reino de Dios, que aunque esto no hace a la esencia del milagro (porque tan milagro es en el infiel como en el fiel) al menos es circunstancia que más lo engrandece, pues le vuelve a poner en estado de que gane para aquel camino lo que por el de la muerte natural había perdido. Y este bien recibió este niño, hijo de padres cristianos, el cual por haberse acelerado la muerte había perdido, y aun pudo ser que así Dios lo ordenase para mayor manifestación de la santidad de su siervo fray Martín; porque muchas veces ordena Dios los milagros a este fin, para mayor calificación y conocimiento de su santidad y vida perfecta.

Uno de los religiosos que vieron el cuerpo del santo varón entero, fue uno llamado fray Juan de Oviedo, el cual murió siendo guardián de Tecamanalco y estaba privado del sentido del olfato, que no olía cosa alguna, y abriendo la sepultura donde estaba el santo cuerpo, sintió fragancia de suavísimo olor y fuele restituido luego el olfato, y de allí adelante, hasta que murió, no lo perdió. Contaba después este religioso el milagro, para gloria de Dios y de su siervo fray Martín; y decía más, que visto lo que él mismo en sí experimentaba, le tomó codicia de llevar alguna reliquia de aquel venerable cuerpo, y poniéndolo por obra, secretamente, le sacó un dedo de los menores de una mano; mas después, al tiempo que se tornaba a cerrar la sepultura, tuvo escrúpulo de llevarlo y volvíolo a echar dentro de ella.

Los viejos y principales de la ciudad de Tlaxcalla dan hoy día testimonio de otra obra miraculosa del santo fray Martín, y es que, el año de 1528, siendo allí guardián el mismo varón santo, hubo tan gran seca al tiempo que ya los maizales echaban su flor, que se iban secando y se caían al suelo de lacios y marchitos, tanto que decían los indios nunca tal haber visto en tiempo de su infidelidad. En esta necesidad tan grande acudieron al siervo de Dios, y con mucha instancia le pidieron suplicase a nuestro Señor se apiadase de ellos y los socorriese en tan extrema necesidad. Estaba entonces edificado el monasterio en San Francisco Cuitlixco, a la ladera de el otro cerro, en vista del que ahora está edificado en la misma ciudad de Tlaxcalla. Viendo, pues, el santo la necesidad y petición de los naturales, díjoles que se juntasen para hacer procesión a una cruz o humilladero que estaba donde después se edificó la iglesia que ahora es de la Natividad de Nuestra Señora. Llegado el día y junta la gente, el santo se desnudó el hábito y de rodillas se fue azotando hasta la cruz, con ser todo cuesta arriba y el camino agro y fragoso. Y como la oración penetra los cielos, en especial hecha de personas que están en gracia y más en orden del bien común, apenas hubieron acabado la procesión, cuando se armaron unas gruesas nubes y llovió aquella tarde un grande aguacero, y de allí adelante no faltó el agua; cosa con que a mi parecer quedarían aquellas nuevas plantas de esta iglesia indiana más fuertes en la fe del verdadero Dios, que estos ministros evangélicos les predicaban, y muy más aficionados a la devoción del santo, por cuya intercesión habían salido de aquel riesgo y peligro en que el tiempo los tenía.

Lo semejante a esto dicen los mismos indios haber acaecido otra vez que los llevó en procesión a otro lugar, llamado Tlaelpan, donde estaba otra cruz y él se fue también azotando y alcanzó de nuestro señor el agua, porque luego llovió, aunque la necesidad no era tanta como la vez pasada. También se dice que una mujer enferma sanó, encomendándose al siervo de Dios fray Martín; y que un religioso que era afligido de una grave tentación, fue de ella por él librado; y que también resucitó un muerto a él encomendado.

Estas cosas sucedieron en estas Indias; pero en España, antes que viniese acá, morando en la casa de Nuestra Señora de los Ángeles, fue un día a predicar a la Villa de Santa Cruz, que era recámara del obispo de Coria, y llegó por la mañana, ya alto el día y muy fatigado del camino a casa de los hermanos, en sazón que el hermano acababa de almorzar para irse al campo. Era este hermano devotísimo y recibiendo con mucha gracia a fray Martín y a su compañero dijo a su mujer que diese de almorzar a los frailes. La hermana dijo que no tenía bocado de pan, que lo que había en casa lo acababan de almorzar él y sus mozos. Pesóle de esto al hermano, e insistía mucho a la mujer que volviese a mirar si le había quedado algún pedazo en la caja; ella, sabiendo que no lo tenía, porfiaba en decir que no lo había en casa; de lo cual el hermano congojado volvió a replicar que todavía buscase si había algún pan, confiado que no faltaría para los siervos de Dios. Fray Martín, viendo con tal fe al hermano, que es la que dice Cristo que hace mover los montes, y que se pasen de una parte a otra,[4] le dijo a ella: Ora, hermana, id y mirad si halláis algún pan en vuestro arcaz, pues nuestro hermano quiere que lo vayáis a ver. Ella, por condescender con el santo, fue a su arcaz y lo halló lleno de pan reciente y fresco. Y viendo el repentino milagro volvió dando voces y diciendo lo que Dios en aquella ocasión había obrado. Y aunque lo fue grande, lo más que podemos alabar en él es que lo criase de nuevo (si acaso por ministerio de algún ángel no había sido puesto allí, traído de otra parte) para el regalo y consolación de su siervo fray Martín, como en otro tiempo hizo en el desierto, cuando con solos cinco panes hartó tanta multitud de gente que le seguía.[5] Viendo, pues, la casera este gran milagro, alabó a Dios en él y quedó desde entonces devotísima de los frailes, porque no lo era tanto como su marido, y con mucha alegría y confianza acogió y regaló a los frailes, de allí adelante.

Otra vez, morando el siervo de Dios en Nuestra Señora de Rocamador, fue a la Villa de la Torre, junto al Almendral, a pedir limosna, y llegó muy noche, con tiempo obscuro y tempestuoso de grande lluvia que les sobrevino; en tanta manera que él y su compañero venían muy fatigados y hechos agua. Llegaron de esta manera a casa de los hermanos que estaban ya en aquella hora acostados, la puerta de su casa cerrada y a obscuras. Ellos dieron de fuera golpes diciendo: *Deo gratias*. La hermana era devotísima, y como oyó los golpes dijo: Ay, frailes son y fue a levantarse y a abrirles. El hermano la detuvo diciendo: No son frailes, estad queda, de-

[4] Math. 17.
[5] Math. 14.

jadlo que ellos no vienen a tal hora. Pero perseverando los frailes en llamar, la hermana se levantó y cubrió, y fue para la puerta de la calle a abrirles, conociendo bien que eran frailes. Como la hermana iba a obscuras, y Dios que lo quería así, nunca pudo atinar con la puerta de su casa. Los frailes perseveraban, diciendo: Abridnos, hermana, por amor de Dios, que perecemos aquí. La buena hermana, congojada de no topar con la puerta y lastimada de sentir los frailes con tal tempestad en la calle, fue a buscar el candil y tampoco pudo dar con él. Fuese para su cocina, para buscar fuego y no pudo atinar con el hogar, ni con cosa que buscaba. Bien se puede presumir que los demonios que siempre se ocupan en hacer mal y molestar a los santos y siervos de Dios, andarían aquí algo vivos y acelerados, buscando trazas y manera cómo esta mujer no llegase tan presto a abrir a los frailes, para que más padeciesen al agua, siendo muy posible que los hubiese procurado tentar aquel día de alguna tentación, de las que suele y que no hubiese hallado entrada para su mal intento; y viendo que no podía hacerles daño en el alma, procurase que entonces le recibiesen en el cuerpo, y como en esto tardaba tanto y los frailes compelidos por su necesidad insistiesen llamando, ella llorando dijo: Ay padres míos, que no atino con estas puertas, ni con cosa en mi casa. Oído esto por fray Martín, dijo: Jesús sea con nosotros. Fue cosa maravillosa que en el instante que el santo fray Martín nombró el dulcísimo y resplandeciente nombre de Jesús, entró un rayo de claridad, por entre las puertas adentro, tal, que alumbró toda la casa y la hermana se vido en ella como de día, y vio y dio con su candil y lumbre y puertas y abrió y metió a los siervos de Dios en su casa, alumbrada de la claridad divina, que le duró todo lo que le fue necesario para este efecto, que fue buen rato. Y no es mucho que el nombre de Jesús, que alumbra las almas, que es la obra más hazañosa que Dios hizo, muriendo por ellas y sacándolas de pecado, fuese aquí ahora luz y claridad, para que esta mujer viese camino para el reparo de los siervos de Dios que estaban necesitados; siendo verdad, por confesión de San Pablo,[6] que en el nombre de Jesús se arrodillan las criaturas celestiales y terrenales y las infernales; el cual nombre, oído ahora, no sólo los arrodillaría, sino que los apartaría muy lejos de allí.

CAPÍTULO XVI. *De una carta que el siervo de Dios escribió al comisario general Cismontano, dándole cuenta de lo que se hacía en la conversión de los indios*

DE ESTE SIERVO DE DIOS SE DICE que escribió algunas cartas a España, dando verdadera relación del trabajo, que los religiosos en aquel tiempo tenían y del aprovechamiento de los naturales, en las cosas de la fe cristiana, las cuales, por la injuria de los tiempos, se han perdido. Una tan sola se halla impresa de molde, inserta en ciertos libros latinos, la cual

[6] Ad Phil. 2.

jadlo que ellos no vienen a tal hora. Pero perseverando los frailes en llamar, la hermana se levantó y cubrió, y fue para la puerta de la calle a abrirles, conociendo bien que eran frailes. Como la hermana iba a obscuras, y Dios que lo quería así, nunca pudo atinar con la puerta de su casa. Los frailes perseveraban, diciendo: Abridnos, hermana, por amor de Dios, que perecemos aquí. La buena hermana, congojada de no topar con la puerta y lastimada de sentir los frailes con tal tempestad en la calle, fue a buscar el candil y tampoco pudo dar con él. Fuese para su cocina, para buscar fuego y no pudo atinar con el hogar, ni con cosa que buscaba. Bien se puede presumir que los demonios que siempre se ocupan en hacer mal y molestar a los santos y siervos de Dios, andarían aquí algo vivos y acelerados, buscando trazas y manera cómo esta mujer no llegase tan presto a abrir a los frailes, para que más padeciesen al agua, siendo muy posible que los hubiese procurado tentar aquel día de alguna tentación, de las que suele y que no hubiese hallado entrada para su mal intento; y viendo que no podía hacerles daño en el alma, procurase que entonces le recibiesen en el cuerpo, y como en esto tardaba tanto y los frailes compelidos por su necesidad insistiesen llamando, ella llorando dijo: Ay padres míos, que no atino con estas puertas, ni con cosa en mi casa. Oído esto por fray Martín, dijo: Jesús sea con nosotros. Fue cosa maravillosa que en el instante que el santo fray Martín nombró el dulcísimo y resplandeciente nombre de Jesús, entró un rayo de claridad, por entre las puertas adentro, tal, que alumbró toda la casa y la hermana se vido en ella como de día, y vio y dio con su candil y lumbre y puertas y abrió y metió a los siervos de Dios en su casa, alumbrada de la claridad divina, que le duró todo lo que le fue necesario para este efecto, que fue buen rato. Y no es mucho que el nombre de Jesús, que alumbra las almas, que es la obra más hazañosa que Dios hizo, muriendo por ellas y sacándolas de pecado, fuese aquí ahora luz y claridad, para que esta mujer viese camino para el reparo de los siervos de Dios que estaban necesitados; siendo verdad, por confesión de San Pablo,[6] que en el nombre de Jesús se arrodillan las criaturas celestiales y terrenales y las infernales; el cual nombre, oído ahora, no sólo los arrodillaría, sino que los apartaría muy lejos de allí.

CAPÍTULO XVI. *De una carta que el siervo de Dios escribió al comisario general Cismontano, dándole cuenta de lo que se hacía en la conversión de los indios*

DE ESTE SIERVO DE DIOS SE DICE que escribió algunas cartas a España, dando verdadera relación del trabajo, que los religiosos en aquel tiempo tenían y del aprovechamiento de los naturales, en las cosas de la fe cristiana, las cuales, por la injuria de los tiempos, se han perdido. Una tan sola se halla impresa de molde, inserta en ciertos libros latinos, la cual

[6] Ad Phil. 2.

me pareció traducir en romance y poner en este lugar, para que de lo susodicho conste al cristiano lector. Escribióla año de 1531, siendo custodio la segunda vez en esta provincia del Santo Evangelio, al padre fray Matías Vueinsens, de nación francés, comisario general cismontano, de la orden de los menores, la cual dice así:

Reverendísimo padre fray Martín de Valencia, custodio de la custodia del Santo Evangelio y los demás frailes de la orden de los menores, de la regular observancia, que al presente están en esta Nueva España, hijos y súbditos de vuestro padre damos la fiel obediencia y besamos las manos de vuestro padre. Nosotros ciertamente estamos puestos en las últimas partes de el mundo, en Indias, en la Asia Mayor, adonde primeramente se ha comenzado a predicar por vuestros hijos y súbditos el evangelio de Cristo, y a brotar las nuevas plantas de la fe, en los surcos que antes estaban secos. Porque la gracia de el Salvador, embriagando con el vino de su divino amor sus arroyos (esto es los predicadores de su evangelio) con las goteras de sus palabras, ha multiplicado los frutos de su labranza. Porque hablando verdad, y no por vía de encarecimiento, más de un millón de indios han sido bautizados por vuestros hijos, cada uno de los cuales (principalmente los doce que juntamente conmigo fueron enviados del reverendísimo señor cardenal de Santa Cruz, nuestro padre fray Francisco de los Ángeles, siendo ministro general) ha bautizado más de cien mil. Todos ellos (salvo yo) han aprendido la lengua de los indios o (por mejor decir) diversas lenguas de ellos, y en ellas predican y enseñan los misterios de nuestra fe, a la innumerable multitud de gente que hay entre los mismos indios. Los niños, hijos de los grandes y principales, nos dan muy buena esperanza de la salud espiritual. Son estos instruidos de nuestros frailes y en vida y en costumbres, religiosamente criados, en nuestros conventos, que cuasi veinte tenemos ya edificados, con muy ferviente devoción, por manos de los mismos indios. En otras casas, que también han edificado junto a nuestros conventos, tenemos más de quinientos niños, en unas pocos menos y en otras muchos más, los cuales están ya instruidos en la doctrina cristiana, y los hijos predican a sus padres, en particular y en público, en los púlpitos, maravillosamente, y muchos de ellos son maestros de los otros niños. Cantan cada día las horas de nuestra señora y la misa, con mucha solemnidad y devoción. Levántanse cada noche a maitines en las iglesias, a la misma hora que los frailes. Son de tenacísima memoria, dóciles y claros, sin doblez alguna. Son pacíficos, que nunca se oye entre ellos contienda, ni alteración. Hablan mansamente, los ojos bajos. Las mujeres son de mucha honestidad y tienen, naturalmente, una mujeril vergüenza. Sus confesiones (en especial las de las mujeres) son de increíble pureza y de una nunca oída claridad. Reciben el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con grande abundancia de lágrimas. Tienen en mucho y respetan a los religiosos, principalmente a los nuestros, porque fueron los primeros que vieron y conocieron en su tierra, y por la gracia de Dios reciben de ellos muy buen ejemplo. A ellos más en particular que a los otros obedecen, y de ellos reciben, con gran devoción, los ayunos que han de ayunar y los demás

ejercicios penitenciales. Aprovechan mucho en la doctrina cristiana y tienen mucha afición a las cosas que son de nuestra santa fe católica, y las aprenden más presto y mejor que los hijos de los españoles, para honra y gloria de Dios nuestro señor, el cual sea bendito en los siglos de los siglos. Amén. De nuestro convento de Tlalmanalco, cerca de la gran ciudad de Mexico, de la custodia del Santo Evangelio, a doce días del mes de junio, año del señor de 1531.

CAPÍTULO XVII. *De la memoria que de el santo fray Martín hay en el pueblo de Amaquemecan; y de la veneración en que son tenidas sus reliquias*

A CÉLEBRE MEMORIA QUE DE EL SANTO fray Martín de Valencia se tiene hoy día en el pueblo de Amaquemecan, demanda que de ella se haga particular capítulo y mención. Para lo cual es de saber que este pueblo, llamado Amaquemecan, cae diez o doce leguas de esta ciudad de Mexico, al oriente, en la alda de un altísimo volcán de fuego, que echa, a tiempos, por una boca que en lo alto tiene, humaradas o nubes espesísimas de humo y ceniza. Era este pueblo (según el gobierno antiguo de los indios en su infidelidad) de la provincia de Tlalmanalco, donde el varón de Dios, fray Martín de Valencia tuvo su principal habitación en vida, y donde estuvo sepultado su cuerpo más de treinta años, después de su muerte. Y no sólo aquello (que no está más de dos leguas bien pequeñas de Tlalmanalco) sino mucho más tenían, a la sazón a su cargo y de visita los frailes nuestros que allí residían. Y después de ya cristianos y doctrinados los indios, fundaron su monasterio en Amaquemecan los padres de la orden de Santo Domingo.

Tiene Amaquemecan, al un cabo de su población, entre el poniente y medio día, un cerro, cuasi de la forma piramidal del volcán, bien prolongado en altura, gracioso y acompañado de alguna arboleda, de cuya cumbre se señorea y goza toda aquella comarca, que es un valle muy fresco, situado (como dicho es) al pie del volcán; y entre sus montañas, y en lo alto, a un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta o cincuenta estados, pocos más o menos, está una cueva, formada de la misma naturaleza, en la viva peña, de hasta quince pies, en ancho y algo más en largo y menos de alto, a manera de ermita, aparejada de todo lo del mundo para convidar a su morada a los que tienen espíritu de vida solitaria. Fray Juan Bautista Moles, en el memorial que hace de la provincia de San Gabriel, tratando de este lugar, dice estas palabras: El lugar de Amaquemecan está como doce leguas de la ciudad de Mexico, hacia oriente, puesta al pie de una montaña altísima, del cual sale una gran boca de fuego; allí vivió mucho tiempo el santo fray Martín de Valencia, cuando aquel pueblo y los alrededores estaban a cargo de los frailes menores. Y luego prosigue: No

ejercicios penitenciales. Aprovechan mucho en la doctrina cristiana y tienen mucha afición a las cosas que son de nuestra santa fe católica, y las aprenden más presto y mejor que los hijos de los españoles, para honra y gloria de Dios nuestro señor, el cual sea bendito en los siglos de los siglos. Amén. De nuestro convento de Tlalmanalco, cerca de la gran ciudad de Mexico, de la custodia del Santo Evangelio, a doce días del mes de junio, año del señor de 1531.

CAPÍTULO XVII. *De la memoria que de el santo fray Martín hay en el pueblo de Amaquemecan; y de la veneración en que son tenidas sus reliquias*

A CÉLEBRE MEMORIA QUE DE EL SANTO fray Martín de Valencia se tiene hoy día en el pueblo de Amaquemecan, demanda que de ella se haga particular capítulo y mención. Para lo cual es de saber que este pueblo, llamado Amaquemecan, cae diez o doce leguas de esta ciudad de Mexico, al oriente, en la alda de un altísimo volcán de fuego, que echa, a tiempos, por una boca que en lo alto tiene, humaradas o nubes espesísimas de humo y ceniza. Era este pueblo (según el gobierno antiguo de los indios en su infidelidad) de la provincia de Tlalmanalco, donde el varón de Dios, fray Martín de Valencia tuvo su principal habitación en vida, y donde estuvo sepultado su cuerpo más de treinta años, después de su muerte. Y no sólo aquello (que no está más de dos leguas bien pequeñas de Tlalmanalco) sino mucho más tenían, a la sazón a su cargo y de visita los frailes nuestros que allí residían. Y después de ya cristianos y doctrinados los indios, fundaron su monasterio en Amaquemecan los padres de la orden de Santo Domingo.

Tiene Amaquemecan, al un cabo de su población, entre el poniente y medio día, un cerro, cuasi de la forma piramidal del volcán, bien prolongado en altura, gracioso y acompañado de alguna arboleda, de cuya cumbre se señorea y goza toda aquella comarca, que es un valle muy fresco, situado (como dicho es) al pie del volcán; y entre sus montañas, y en lo alto, a un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta o cincuenta estados, pocos más o menos, está una cueva, formada de la misma naturaleza, en la viva peña, de hasta quince pies, en ancho y algo más en largo y menos de alto, a manera de ermita, aparejada de todo lo del mundo para convidar a su morada a los que tienen espíritu de vida solitaria. Fray Juan Bautista Moles, en el memorial que hace de la provincia de San Gabriel, tratando de este lugar, dice estas palabras: El lugar de Amaquemecan está como doce leguas de la ciudad de Mexico, hacia oriente, puesta al pie de una montaña altísima, del cual sale una gran boca de fuego; allí vivió mucho tiempo el santo fray Martín de Valencia, cuando aquel pueblo y los alrededores estaban a cargo de los frailes menores. Y luego prosigue: No

lejos del dicho monasterio está la dicha montaña, que de la altura de ella sale fuego, la cual montaña es muy adornada de árboles y de las cumbres de ella se descubre gran vista de tierras y en lo bajo está un valle muy ameno, rodeado de montañas. En la ladera de esta dicha montaña está la ermita del santo fray Martín. Por lo dicho en este capítulo se ve el yerro cometido en el dicho memorial, el cual lo sacó a la letra del que hizo el general Gonzaga, en latín, de toda la orden y no debe causar maravilla; pues escriben de tan lejos y con sola noticia de tierras tan remotas como éstas; lo cual será posible que nos suceda a los que por acá tratamos de otras cosas que no conocemos, porque es muy fácil errar en las cosas de noticia que pasan por muchas manos. Y lo cierto es en este caso que la serrezuela o monte donde está la cueva, está apartado de el volcán más de una legua y le cae al dicho pueblo de Amaquemecan al poniente, y esto hemos visto diversísimas veces que hemos pasado por él, y subido a su cumbre. Y volviendo al propósito digo que este lugar era singular recreación al espíritu del siervo de Dios fray Martín de Valencia, y todo cuanto pudo lo frecuentó; tanto que por gozar de él holgaba de morar en Tlalmanalco, más que en otro convento y muy a menudo se iba allí, así por visitar y doctrinar los indios de aquel pueblo, que estaban a su cargo, como por recogerse y darse todo a Dios en aquella cueva, sin ruido de gentes y sin bullicio de negocios. Allí pasaba, con mucho rigor, sus ayunos y cuarentenas; allí ejercitaba de veras sus acostumbradas penitencias; allí se le pasaban días y noches en continua oración y meditación de la pasión de Cristo crucificado, mortificando su carne con diversos géneros de aflicciones y castigos.

Cuéntase que cuando estaba en aquel monte y salía de la cueva a orar, por las mañanas, a un arboleda que está en lo alto de él, que se ponía debajo de un árbol grande, que allí estaba y en poniéndose allí se hinchía el árbol de aves que le hacían graciosa armonía, que parecía le venían a ayudar a loar a su criador. Y como él se partía de allí las aves también se iban y después de su muerte nunca más fueron allí vistas. También se cuenta en su historia que en aquel ermitorio le aparecieron al varón de Dios, mi padre San Francisco y San Antonio, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios, que era hijo de salvación. Los indios, que bien sabían en lo que el santo se ocupaba, estaban admirados de su austeridad y recibían grandísima edificación, y confirmaban en sus corazones la opinión que de su santidad tenían concebida, por las demás virtudes que en él conocían y doctrina que les enseñaba, viendo que sus obras conformaban con las palabras de su predicación evangélica, muy a la letra y no dudando ser santo y escogido de Dios.

Cuando este bienaventurado falleció pusieron a recado y guardaron con mucho cuidado la ropilla de su uso que pudieron haber, teniendo esta fe y devoción que nuestro Señor, por intercesión de su siervo y mediante aquellas sus prendas, les haría mercedes y los socorrería en sus necesidades; y fueron tan perseverantes en esta su devoción, que tuvieron estas reliquias por espacio de cuasi cincuenta años encubiertas, traspasándolas de mano

en mano, en las grandes pestilencias que en esta Nueva España han corrido, sin dar parte de ellas ni a los religiosos de San Francisco, que los tenían a cargo cuando el santo falleció, ni a los de Santo Domingo, que después entraron en aquel pueblo, hasta el año de ochenta y cuatro, que quiso nuestro Señor se descubriesen y manifestasen a todos por la manera siguiente.

Estaba, a la sazón, por vicario del monasterio de Amaquemecan, un venerable padre que había sido vicario provincial de la orden de los predicadores, en esta Nueva España, llamado fray Juan Páez, muy especial devoto del padre fray Martín de Valencia, por la fama que siempre ha volado de su santidad en estas regiones, entre los religiosos de todas las órdenes y seglares, así españoles como indios; y por contemplación de aquella cueva, donde se recogía a darse a Dios (que después acá siempre ha tenido por nombre la cueva del santo fray Martín de Valencia) procuró este devoto religioso de continuarse muchos años en aquella casa. Y en el dicho año de ochenta y cuatro, tratando él, en presencia de algunos indios que servían en el monasterio, con fervor y celo de las cosas del varón de Dios fray Martín, y mostrando deseo de saber de su cuerpo y reliquias, uno de los indios, que presentes estaban, le descubrió después en secreto cómo en el pueblo se guardaban muchos años había algunas reliquias de aquel santo, y diole noticia cómo y dónde las hallaría. Hizo luego inquisición sobre ello y sacadas por rastro, vino a hallar un silicio de cerdas y una túnica muy áspera que fueron del santo varón, y dos casullas pobres, de lienzo de la tierra, con que solía decir misa. Hallóse muy rico fray Juan Páez con estas prendas, y no cabía de placer y contento. Dio luego aviso a su provincial de lo que pasaba, mandáronle que las trajese al convento de Santo Domingo de esta ciudad de Mexico. Trájolas, sacando partido, que se las volviesen y no se quedasen con ellas. Viéronlas todos los frailes del convento y besáronlas con devoción y reverencia. Volvíólas el vicario al pueblo de Amaquemecan y púsolas con mucha veneración en la sacristía de su convento. Y comenzando a publicarse la invención de las reliquias acudieron muchas personas devotas a pedir algo de ellas. Dióseles algunas partecillas de la túnica y silicio. Mas visto que si el negocio iba adelante se las llevarían todas, tomó por mejor acuerdo guardarlas, adornando para ello la cueva del cerro. Puso a un lado de ella un altar, donde se dijese misa y a otro lado una gran caja tumbada que se cierra y sirve de sepulcro a un Cristo de bulto devotísimo, que yace en ella tendido, y a los pies del Cristo se guardan en una cajuela, con una redecilla de hierro, la túnica y silicio, de suerte que se pueden ver y no sacar fuera. Las casullas están a otro lado sueltas para mostrarse y poder ser vistas.

La cueva tiene sus puertas y buena llave con que se cierra y hay de continuo indios por guardas, en otra covezuela, cerca de ella. Éstos tañen a sus horas una campana que tienen en lo alto del cerro, cuando abajo tañen en el monasterio. Todos los viernes sube un sacerdote a celebrar en la ermita, en memoria de la pasión del Señor, venerada por el santo fray Martín, en aquel devoto lugar, con sus oraciones y lágrimas y ásperas penitencias. Es muy frecuente el concurso de los indios en todo tiempo, en especial

en aquel día, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real y muy cursado de los que van de la ciudad de Mexico a la de los Ángeles, y de la de los Ángeles a Mexico.

Cuando se muestran las reliquias es con mucha solemnidad. Sube el vicario con la compañía que se ofrece; tocan la campana y júntase gente, encienden algunos cirios, demás de la lámpara de plata que cuelga de una peña, enmedio de la ermita, aunque de día hay harta luz del cielo que entra por la puerta y van cantando los cantores en canto de órgano, algún motete lamentable de tiempo de Pasión. Llega el vicario, vestido con sobrepelliz y estola, abre la caja y hecha oración ante el sepulcro del Señor, inciensa al Cristo y después a las reliquias, y muéstralas a los circunstantes. Hace esto con tanta devoción, que juntamente con la oportunidad del lugar y la aspereza de aquellos vestidos y la memoria del santo y de la penitencia que allí hizo, ablanda los duros corazones; de suerte que apenas entra hombre en aquella cueva que no salga compungido y lleno de lágrimas.

CAPÍTULO XVIII. *En que se contiene la vida de fray Juan de Tecto, uno de los tres primeros evangelizadores antes de los doce*

AUNQUE LA VIDA DEL SANTO fray Martín de Valencia se ha puesto en el primer lugar de este libro, por haber sido el primero prelado que con autoridad apostólica y del general de la orden, pasó a estas partes a predicar el Santo Evangelio, es de saber, que un año antes habían venido a esta Nueva España tres religiosos, también franciscos, de nación flamencos, que por haberlos traído el mismo espíritu de la conversión de los infieles y hecho en el caso su posible, como perfectos varones que eran y muy siervos de Dios, es justo se haga de ellos memoria, como de primeros en tiempo, antes que se escriban las vidas de los compañeros del santo fray Martín de Valencia, y pasa en esta manera.

Como por todos los reinos y provincias de la cristiandad se divulgase la fama de cómo el valeroso capitán don Fernando Cortés, con otros españoles sus compañeros, habían descubierto y conquistado un nuevo mundo, en la región que llamaron Indias, lleno de gente idólatra y que deseaban ministros para convertirlos a la fe; comenzáronse a mover muchos religiosos de diversas naciones para venir entre ellos y predicarles la palabra de Dios; pero aunque fueron muchos los llamados por esta moción interior de espíritu, fueron pocos los escogidos que merecieron ver puestos sus fervorosos deseos en ejecución. Estos fueron tres muy señalados varones del convento de San Francisco de la ciudad de Gante; es a saber el guardián que a la sazón era del dicho convento, llamado fray Juan de Tecto, y dos súbditos suyos, el uno sacerdote, por nombre fray Juan de Aora, y otro

en aquel día, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real y muy cursado de los que van de la ciudad de Mexico a la de los Ángeles, y de la de los Ángeles a Mexico.

Cuando se muestran las reliquias es con mucha solemnidad. Sube el vicario con la compañía que se ofrece; tocan la campana y júntase gente, encienden algunos cirios, demás de la lámpara de plata que cuelga de una peña, enmedio de la ermita, aunque de día hay harta luz del cielo que entra por la puerta y van cantando los cantores en canto de órgano, algún motete lamentable de tiempo de Pasión. Llega el vicario, vestido con sobrepelliz y estola, abre la caja y hecha oración ante el sepulcro del Señor, inciensa al Cristo y después a las reliquias, y muéstralas a los circunstantes. Hace esto con tanta devoción, que juntamente con la oportunidad del lugar y la aspereza de aquellos vestidos y la memoria del santo y de la penitencia que allí hizo, ablanda los duros corazones; de suerte que apenas entra hombre en aquella cueva que no salga compungido y lleno de lágrimas.

CAPÍTULO XVIII. *En que se contiene la vida de fray Juan de Tecto, uno de los tres primeros evangelizadores antes de los doce*

AUNQUE LA VIDA DEL SANTO fray Martín de Valencia se ha puesto en el primer lugar de este libro, por haber sido el primero prelado que con autoridad apostólica y del general de la orden, pasó a estas partes a predicar el Santo Evangelio, es de saber, que un año antes habían venido a esta Nueva España tres religiosos, también franciscos, de nación flamencos, que por haberlos traído el mismo espíritu de la conversión de los infieles y hecho en el caso su posible, como perfectos varones que eran y muy siervos de Dios, es justo se haga de ellos memoria, como de primeros en tiempo, antes que se escriban las vidas de los compañeros del santo fray Martín de Valencia, y pasa en esta manera.

Como por todos los reinos y provincias de la cristiandad se divulgase la fama de cómo el valeroso capitán don Fernando Cortés, con otros españoles sus compañeros, habían descubierto y conquistado un nuevo mundo, en la región que llamaron Indias, lleno de gente idólatra y que deseaban ministros para convertirlos a la fe; comenzáronse a mover muchos religiosos de diversas naciones para venir entre ellos y predicarles la palabra de Dios; pero aunque fueron muchos los llamados por esta moción interior de espíritu, fueron pocos los escogidos que merecieron ver puestos sus fervorosos deseos en ejecución. Estos fueron tres muy señalados varones del convento de San Francisco de la ciudad de Gante; es a saber el guardián que a la sazón era del dicho convento, llamado fray Juan de Tecto, y dos súbditos suyos, el uno sacerdote, por nombre fray Juan de Aora, y otro

fray Pedro de Gante, lego. Solos estos tres religiosos hallaron ventura de cumplir sus deseos y pasar a esta Nueva España, antes que los doce, con sola licencia de su provincial y beneplácito del emperador, el cual alcanzaron con favor de los caballeros y señores flamencos, que como criados y oficiales del emperador, eran entonces poderosos en los reinos de España. Bien es verdad que el emperador quisiera detener a fray Juan de Tecto, para que no pasara acá, por ser su confesor; mas venciéronle sus ruegos y deseos y así lo dejó pasar. Venidos, pues, a las Indias el año de veinte y tres, comenzaron luego a deprender la lengua de los naturales y a recoger algunos niños, hijos de principales, en especial en la ciudad de Tetzcuco, donde hallaron acogida en casa del señor, que entonces gobernaba, que les dio un aposento y holgaba que industriasen a los de su casa y otros niños que se allegaban a su doctrina, aunque todo era poco lo que hacían, por no estar del todo la tierra asentada, ni tener ellos la autoridad que se requería, para tratar con aquélla gente que quería ser mandada con imperio, y en esta de Mexico hicieron menos, por estar esta ciudad recién destruida, aunque no dejaba de acudir aquí fray Juan de Tecto, solicitando a algunos principales que le diesen sus hijos para enseñarlos a leer y escribir.

Otro año siguiente llegaron los doce apostólicos varones que fue el de 1524. Y viendo que los templos de los ídolos aun se estaban en pie y los indios usaban sus idolatrías y sacrificios, doliéndose de que habiendo ministros evangélicos en la tierra, todavía se continuase aquella falsa religión, preguntaron a este padre fray Juan de Tecto y a sus compañeros, ¿qué era lo que hacían y en qué entendían, y qué habían hecho, o en qué habían entendido? A lo cual fray Juan de Tecto respondió: Aprendemos la teología, que de todo punto ignoró San Agustín; llamando teología a la lengua de los indios y dándoles a entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se había de sacar. Y dijo muy bien que San Agustín la había ignorado; porque como negó (con otros) ser habitable esta tierra, también ignoró las gentes que la poblaron y las lenguas que hablaban; y para ellos fue la mejor teología saber y entender su lengua, porque con esta inteligencia hicieron mucho fruto en sus almas y los convirtieron.

Este religioso varón fue doctísimo; tanto que se afirma de él no haber pasado a estas partes otro que en ciencia se le igualase. Leyó la santa teología antes que pasase a las Indias catorce años en la Universidad de París; de donde se colegirá que los ministros primeros de esta indiana iglesia no fueron ignorantes, como algunos falsa y maliciosamente quisieron decir. Y el fin de los días de este venerable varón fue que saliendo de Mexico don Fernando Cortés (que después fue marqués del Valle) a conquistar Las Hibueras, cerca de Honduras, en el año de 1525, llevó consigo a este siervo de Dios, porque no se hallaba sin su santa compañía y él gustó mucho de ello; porque no menos deseo tenía de convertir almas a Dios, que el capitán de conquistar tierras, y sucedió que yendo el marqués contra el capitán Christóbal de Olid, que se le había alzado, faltaron los bastimentos de tal suerte que mucha gente murió de hambre, y entre ellos el bendito fray Juan de Tecto, arrimándose a un árbol, de pura flaqueza, dio a Dios el alma,

que no fue pequeño género de martirio. Si San Pablo,[1] pone por blasón del justo padecer sed y hambre, diciendo de sí mismo y de los demás apóstoles y discípulos de la primitiva iglesia, andar hambrientos y necesitados de viandas, no será de menos valor morir de hambre, siendo en servicio de Dios y celo de la salvación del prójimo, como le sucede a este apostólico varón; porque si dar un jarro de agua, por amor de Dios y partir del pan ordinario con el pobre, es obra tan acepta a su majestad santísima; bien se sigue que padecer necesidad de estas cosas lo era también, y que lo pagará Dios, siendo sufrido y tolerado por su santo amor con muy crecidas ventajas, trocándoles la penuria presente por aquella hartura soberana; donde (como dice San Juan)[2] ni tendrán sed, ni hambre y le será convertida esta pena en gozos perdurables; de los cuales pienso que está gozando este venerable varón, trocando la hambre corporal del cuerpo por la hartura de la bienaventuranza. Y fue este religioso verdadero discípulo de Cristo, pues por su amor dejó la patria y su natural, dejó los deudos y parientes, dejó los amigos y conocidos; y finalmente la honra del mundo y propria voluntad; pues renunciando la guardianía que tenía y negándose a sí mismo tomó su cruz de penitencia y se fue en pos de Él y le siguió, mostrando el fuego de caridad que en su alma ardía, pues la puso a la muerte por sus amigos y prójimos, de cuya salvación tenía ferventísimo celo y andaba solícito y cuidadoso.

VIDA DE FRAY JUAN DE AORA, UNO DE LOS TRES PRIMEROS

FRAY JUAN DE AORA, UNO DE LOS TRES QUE (como dicho es) vinieron a esta Nueva España, año de 1523, era natural de Flandes, y sacerdote honrado, ya viejo cano cuando vino. Estúvose con fray Pedro de Gante siempre, en Tetzcuco, entendiendo en la doctrina y conversión de los naturales, hasta que fue servido el Señor de llevarlo para sí, dentro de pocos días. No se dice de él que hubiese aprendido lengua, ni cosa particular que hiciese; pero para conocer el espíritu de Dios que tenía, basta saber que siendo viejo y más necesitado de tiempo para descansar que para trabajar (que es muy proprio de la vejez apetecer quietud y descanso) no sólo no lo quiso, pero vino en busca de trabajos, haciéndose peregrino por nuestro señor Dios; de cuya bondad y misericordia confío le habrá dado el premio de sus apostólicos deseos, cuando las obras en que se ocupó en esta conversión hubiesen sido pocas, por haber sido poco el tiempo que entre estas indianas gentes estuvo: que como Dios es tan magnífico y liberal, reparte sus misericordias no midiéndolas con el tiempo ni con la edad, anteponiendo los postreros a los primeros, como se cuenta en la parábola de la viña y dando el mismo jornal a los unos que a los otros.[3]

[1] 1. Ad Cor. 4.
[2] Apoc. 7.
[3] Math. 21.

que no fue pequeño género de martirio. Si San Pablo,[1] pone por blasón del justo padecer sed y hambre, diciendo de sí mismo y de los demás apóstoles y discípulos de la primitiva iglesia, andar hambrientos y necesitados de viandas, no será de menos valor morir de hambre, siendo en servicio de Dios y celo de la salvación del prójimo, como le sucede a este apostólico varón; porque si dar un jarro de agua, por amor de Dios y partir del pan ordinario con el pobre, es obra tan acepta a su majestad santísima; bien se sigue que padecer necesidad de estas cosas lo era también, y que lo pagará Dios, siendo sufrido y tolerado por su santo amor con muy crecidas ventajas, trocándoles la penuria presente por aquella hartura soberana; donde (como dice San Juan)[2] ni tendrán sed, ni hambre y le será convertida esta pena en gozos perdurables; de los cuales pienso que está gozando este venerable varón, trocando la hambre corporal del cuerpo por la hartura de la bienaventuranza. Y fue este religioso verdadero discípulo de Cristo, pues por su amor dejó la patria y su natural, dejó los deudos y parientes, dejó los amigos y conocidos; y finalmente la honra del mundo y propria voluntad; pues renunciando la guardianía que tenía y negándose a sí mismo tomó su cruz de penitencia y se fue en pos de Él y le siguió, mostrando el fuego de caridad que en su alma ardía, pues la puso a la muerte por sus amigos y prójimos, de cuya salvación tenía ferventísimo celo y andaba solícito y cuidadoso.

VIDA DE FRAY JUAN DE AORA, UNO DE LOS TRES PRIMEROS

FRAY JUAN DE AORA, UNO DE LOS TRES QUE (como dicho es) vinieron a esta Nueva España, año de 1523, era natural de Flandes, y sacerdote honrado, ya viejo cano cuando vino. Estúvose con fray Pedro de Gante siempre, en Tetzcuco, entendiendo en la doctrina y conversión de los naturales, hasta que fue servido el Señor de llevarlo para sí, dentro de pocos días. No se dice de él que hubiese aprendido lengua, ni cosa particular que hiciese; pero para conocer el espíritu de Dios que tenía, basta saber que siendo viejo y más necesitado de tiempo para descansar que para trabajar (que es muy proprio de la vejez apetecer quietud y descanso) no sólo no lo quiso, pero vino en busca de trabajos, haciéndose peregrino por nuestro señor Dios; de cuya bondad y misericordia confío le habrá dado el premio de sus apostólicos deseos, cuando las obras en que se ocupó en esta conversión hubiesen sido pocas, por haber sido poco el tiempo que entre estas indianas gentes estuvo: que como Dios es tan magnífico y liberal, reparte sus misericordias no midiéndolas con el tiempo ni con la edad, anteponiendo los postreros a los primeros, como se cuenta en la parábola de la viña y dando el mismo jornal a los unos que a los otros.[3]

[1] 1. Ad Cor. 4.
[2] Apoc. 7.
[3] Math. 21.

Y si por haberse estado en Tetzcuco con fray Pedro de Gante, y no salido a la pelea y lucha con Satanás a otras partes, donde otros ministros evangélicos fueron, pareciere que hizo poco, digo, que en este pueblo hizo lo que pudo, doctrinando a los que en él se convertían; y mereció, con los demás soldados de Jesucristo, entrar a partes iguales de estimación y alabanza, como los soldados que en el ejército de David se quedaron a guardar el bagaje, cuando los otros fueron a quitar la presa a los contrarios que los había robado.

Su cuerpo de este anciano y venerable padre fue depositado en la misma casa del Señor que los había acogido, en una capilla, adonde por entonces decían misa, hasta que se edificó el convento que hoy permanece en la dicha ciudad de Tetzcuco, con vocación del bienaventurado San Antonio de Padua, donde siendo guardián el siervo de Dios fray Toribio Motolinía, uno de los doce lo trasladó del lugar donde primero estaba, a la sobredicha iglesia.

CAPÍTULO XIX. *De la vida de fray Pedro de Gante, lego, y uno de los tres primeros*

EL VARÓN DE DIOS FRAY PEDRO DE GANTE fue natural flamenco de la ciudad o Villa de Yguen, de la provincia dicha Budarda. El cual, por huir los peligros del mundo y deleites de la carne con que el demonio suele atraer y convidar a los mancebos, al tiempo que les comienza a hervir la sangre, tomó en su juventud el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religión de nuestro glorioso padre San Francisco.

Es doctrina de infalible verdad la que dice San Pablo,[1] que lo que sembrare un hombre, eso mismo cogerá; no quiere decir el Apóstol que lo que sembrare en número lo volverá a coger, sin ser más ni menos lo cogido que lo sembrado; porque muchas veces las semillas dan ciento por uno (como dice Cristo nuestro señor) y otras veces aun no rinden la misma cantidad sembrada, por contradiciones que tienen, así del tiempo como de otras cosas adversas que se les oponen; pero lo que quiere decir aquí el Apóstol es que si sembrare trigo, trigo cogerá, y si garbanzo, garbanzos, y de esta manera todo lo demás, y que para coger semillas se han de sembrar semillas. De manera que la misma especie que se siembra, ésa se coge. Pero hace de advertir que el principio del coger es el sembrar, porque sin sembrar no se conseguirá el fin que es el coger; y resolviendo lo dicho concluimos, con que el principio necesario para tener cosecha es sembrar el grano a sazón y tiempo. Esta verdad que en las semillas del pan y otras legumbres se verifica, es la misma que corre en la vida del hombre. Lo que sembrare (dice San Pablo) eso cogerá, porque el que sembrare en su carne cogerá corrupción; pero el que sembrare en espíritu, cogerá vida eter-

[1] 2. Ad. Cor. 9.

Y si por haberse estado en Tetzcuco con fray Pedro de Gante, y no salido a la pelea y lucha con Satanás a otras partes, donde otros ministros evangélicos fueron, pareciere que hizo poco, digo, que en este pueblo hizo lo que pudo, doctrinando a los que en él se convertían; y mereció, con los demás soldados de Jesucristo, entrar a partes iguales de estimación y alabanza, como los soldados que en el ejército de David se quedaron a guardar el bagaje, cuando los otros fueron a quitar la presa a los contrarios que los había robado.

Su cuerpo de este anciano y venerable padre fue depositado en la misma casa del Señor que los había acogido, en una capilla, adonde por entonces decían misa, hasta que se edificó el convento que hoy permanece en la dicha ciudad de Tetzcuco, con vocación del bienaventurado San Antonio de Padua, donde siendo guardián el siervo de Dios fray Toribio Motolinía, uno de los doce lo trasladó del lugar donde primero estaba, a la sobredicha iglesia.

CAPÍTULO XIX. *De la vida de fray Pedro de Gante, lego, y uno de los tres primeros*

EL VARÓN DE DIOS FRAY PEDRO DE GANTE fue natural flamenco de la ciudad o Villa de Yguen, de la provincia dicha Budarda. El cual, por huir los peligros del mundo y deleites de la carne con que el demonio suele atraer y convidar a los mancebos, al tiempo que les comienza a hervir la sangre, tomó en su juventud el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religión de nuestro glorioso padre San Francisco.

Es doctrina de infalible verdad la que dice San Pablo,[1] que lo que sembrare un hombre, eso mismo cogerá; no quiere decir el Apóstol que lo que sembrare en número lo volverá a coger, sin ser más ni menos lo cogido que lo sembrado; porque muchas veces las semillas dan ciento por uno (como dice Cristo nuestro señor) y otras veces aun no rinden la misma cantidad sembrada, por contradiciones que tienen, así del tiempo como de otras cosas adversas que se les oponen; pero lo que quiere decir aquí el Apóstol es que si sembrare trigo, trigo cogerá, y si garbanzo, garbanzos, y de esta manera todo lo demás, y que para coger semillas se han de sembrar semillas. De manera que la misma especie que se siembra, ésa se coge. Pero hace de advertir que el principio del coger es el sembrar, porque sin sembrar no se conseguirá el fin que es el coger; y resolviendo lo dicho concluimos, con que el principio necesario para tener cosecha es sembrar el grano a sazón y tiempo. Esta verdad que en las semillas del pan y otras legumbres se verifica, es la misma que corre en la vida del hombre. Lo que sembrare (dice San Pablo) eso cogerá, porque el que sembrare en su carne cogerá corrupción; pero el que sembrare en espíritu, cogerá vida eter-

[1] 2. Ad. Cor. 9.

na. Lo que quiere decir el Apóstol aquí, es que el hombre, o siembra obras de carne o de espíritu; por las obras de carne se entiende una vida licenciosa para todo mal; pero el fin de esta primera vida es corrupción; porque la carne, aunque más regalada sea (a la manera que es pensado en la caballeriza el caballo de rúa o de carrera) ha de tener fin corruptible muy en breve; pero con las obras de virtud da el hombre alimento al espíritu para que en lo futuro coja corona de gloria y de justicia; y esto es sembrar en carne o en espíritu. Y hablando más claramente atended a las obras de la sensualidad y vida mundana o a la vida virtuosa y santa que Dios manda que se viva. Y porque la carne es sujeta a corrupción, así si también las obras que no se encaminan a más fin que a vivir, según la carne, son perecederas y vanas; y como el ánima es espíritu que ha de vivir para siempre, así también las obras que van encaminadas al espíritu, son perdurables y son las que se piden en la vida del hombre, comenzándolas en la niñez o juventud, para que sembrándose esta buena semilla, con tiempo, se coja buen fruto de ella en la cosecha de la muerte; porque para que florezca y fructifique tiene necesidad de sembrarse en sus principios, en lo tierno de su edad; quiero decir a mucha sazón y conyuntura; porque si en sus años tiernos no comienza a sentir el jugo de la vida cristiana, sembrando la voluntad y entendimiento en la tierna de las virtudes, será como el grano de trigo que arrojado de la mano del labrador cae sobre piedras, donde con la fuerza del sol se consume y pierde, y no cae en la tierra bien arada y cavada, donde fructifique. De manera que aun viviendo el hombre con mucho cuidado, desde los primeros principios de su vida, ha menester para incorporarse en las virtudes Dios y ayuda. Porque como dijo el mismo Señor: El sentido y pensamiento del corazón humano son inclinados a mal desde su pequeña y muy tierna niñez. Por esto es menester enfrenar con tiempo la voluntad y encaminarla a Dios, para que hecha a su trato y comunicación, no sienta, por pesado, su suave yugo en los estropiezos y dificultades que en el discurso de su vida se le van ofreciendo. Del santo patriarca Jacob sabemos, por las divinas letras,[2] que fue muy querido de Dios, y este nombre le dio cuando le dijo: Hasta aquí te llamabas Jacob, que quiere decir, engañador, de aquí adelante te llamarás Israel, que quiere decir querido y escogido. De manera que el nombre que Dios le da es de querido y amado; pero si bien consideramos la causa, hallaremos que le hace este favor por haberle agradado y servido desde sus principios, habiéndose aprovechado bien el santo patriarca de las mercedes de Dios. Lo cual se colige de sus mismas palabras; porque bendiciendo a Manases y a Ephraín, les da su bendición diciendo: Dios, que me ha apacentado desde mi niñez, hasta el día presente, os bendiga. De manera que decir que le ha apacentado, es decir que ha cuidado de él y de todas sus cosas desde su muy tierna edad, y que ha habido correspondencia entre los dos, de parte de Dios en hacerle mercedes, y de la de Jacob de agradecérselas y servirle por ellas. De donde se debe inferir que de la continuación que tenía de

[2] Genes. 32.

comunicar con Dios, desde sus primeros años, tenía hecho hábito de perseverancia, y con esto acabó sus días diciendo: Yo voy a ser congregado con los de mi pueblo, que fue decir: Voy al lugar cierto de mi salvación, la cual he ido deseando y pretendiendo desde mi niñez, amando a Dios y sirviéndole. Esto hizo este apostólico varón fray Pedro de Gante, comenzando desde su floridad edad y tiernos años, a servir a Dios. Y para asegurar más el fervor de su espíritu y tenerlo sujeto a la virtud, trocó el estado y hábito de seglar en religioso, vistiéndose el de mi padre San Francisco (como decimos) y aunque por su suficiencia pudiera ser del coto, ordenándose de sacerdote, no quiso sino ser lego, por su grande humildad en la cual mudanza mostró bien ser varón de mucha caridad y maciza cristiandad, alumbrado por el espíritu de Dios, que a los soberbios resiste y a los humildes da gracia.

Morando, pues, en el convento de Gante y oyendo la nueva que por toda la tierra volaba, cómo don Fernando Cortés había descubierto y conquistado la tierra firme de la Nueva España, poblada y llena de gente bárbara e idólatra, fue movido, con espíritu de Dios y salvación de las almas y vino a ella en compañía de su mismo guardián fray Juan de Tecto y otro religioso, como arriba se dijo. Era fray Pedro de Gante muy ingenioso para todas las buenas artes y oficios provechosos a la humana y cristiana policía; y así parece que lo proveyó nuestro Señor, en los principios de la conversión de estos indios, necesitados de semejante ayuda, para que los guiase e industriase, no sólo en las cosas espirituales de la salvación de sus almas, mas también en las temporales de la humana industria, que a los rudos abren los ojos del entendimiento para entrar en las cosas del espíritu, conforme a lo que el Apóstol[3] dice: *Prius quod animale, deinde quod spirituale.* Fue el primero que en esta Nueva España enseñó a leer y escribir, cantar y tañer instrumentos musicales, y la doctrina cristiana, primeramente en Tetzcuco a algunos hijos de principales, antes que viniesen los doce, y después en Mexico, donde residió cuasi toda su vida, salvo un poco de tiempo que fue morador en Tlaxcalla.

En Mexico hizo edificar la sumptuosa y solemne capilla de San Joseph, a las espaldas de la humilde y pequeña iglesia primera de San Francisco, donde se juntan los indios para oír la palabra de Dios y los oficios divinos, y enseñarse en la doctrina cristiana, los domingos y fiestas, y recibir los santos sacramentos. También hizo edificar la escuela de los niños, donde a los principios se enseñaron los hijos de los señores de toda la tierra y ahora se enseñan los de la misma ciudad de Mexico. Y junto a la escuela, ordenó que se hiciesen otros aposentos o repartimientos de casas, donde se enseñasen los indios a pintar (como en otra parte decimos) y allí se hacían las imágenes y retablos para los templos de toda la tierra. Hizo enseñar a otros en los oficios de cantería, carpintería, sastres, zapateros, herreros y los demás oficios mecánicos, con que comenzaron los indios a aficionarse y ejercitarse en ellos. Su principal cuidado era en que los niños

[3] 1. Ad. Cor. 15.

saliesen enseñados, así en la doctrina cristiana, como en leer, escribir y cantar, y en las demás cosas en que las ejercitaba. Y por el consiguiente que los adultos diesen cuenta de la doctrina, y se juntasen todos los domingos y fiestas a oír misa, y la palabra de Dios. Entendía en examinar los que se habían de casar y aparejar los que se habían de confesar y los que habían de recibir el santísimo sacramento de la eucaristía. Predicaba, cuando no había sacerdote, que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien, puesto que era naturalmente tartamudo, que por maravilla los frailes le entendían, ni en la lengua mexicana los que la sabían, ni en la propia nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendían en su lengua, como si fuera uno de ellos. Compuso en ella una doctrina que anda impresa, bien copiosa y larga. Instituyóles las cofradías que tienen y fue siempre aumentando el ornato del culto divino, así en tener buena copia de cantores y minestriles, como en ornamentos para celebrar los oficios divinos en la capilla de San Joseph y en andas, cruces y ciriales, para las procesiones que no las debe de haber en tanto número en ninguna ciudad de la cristiandad.

CAPÍTULO XX. *Que prosigue la vida del apostólico varón fray Pedro de Gante*

En estas obras referidas y otras semejantes se ocupó este varón apostólico cincuenta años que vivió en esta tierra, con grandísimo ejemplo y honestidad de su persona, y con una libertad muy apostólica, sin pretender otro interés más que la gloria y honra de Dios y edificación de las almas, mediante la cual fueron sin número las que ganó para Cristo, deseando con San Pablo ser anatema por sus hermanos los convertidos, oponiéndose en su defensa a todos los que los ofendían y maltrataban. Y porque no bastaría a un hombre haber ganado para Dios (como dice San Pablo) todas las almas del mundo, si la suya estuviese a peligro y riesgo de perderla, procuraba, con la mayor fuerza de su espíritu, darse a Él e invocar su santísimo nombre (en el cual todos somos salvos) y para acudir a estos ejercicios espirituales, cómoda y debidamente tenía junto a la escuela, donde se enseñaban los muchachos una pequeña celda donde se recogía, a ratos, entre día, y allí se daba a la oración y lección, y otros ejercicios espirituales con que el alma se llega más a Dios y se hace una con él, por gracia; y partiendo el tiempo dejaba el regalo de la comunicación con Dios y salía, a ratos a ver lo que hacían los discípulos y otras gentes que tenía a su cargo.

Fue muy querido este varón de Dios de esta nación indiana, lo cual se verificó en todo el discurso de su vida y fue muy estimado de ellos. Porque siendo fraile lego y haber otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios y prelados de la orden que los confesaban y predicaban, sólo cono-

saliesen enseñados, así en la doctrina cristiana, como en leer, escribir y cantar, y en las demás cosas en que las ejercitaba. Y por el consiguiente que los adultos diesen cuenta de la doctrina, y se juntasen todos los domingos y fiestas a oír misa, y la palabra de Dios. Entendía en examinar los que se habían de casar y aparejar los que se habían de confesar y los que habían de recibir el santísimo sacramento de la eucaristía. Predicaba, cuando no había sacerdote, que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien, puesto que era naturalmente tartamudo, que por maravilla los frailes le entendían, ni en la lengua mexicana los que la sabían, ni en la propia nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendían en su lengua, como si fuera uno de ellos. Compuso en ella una doctrina que anda impresa, bien copiosa y larga. Instituyóles las cofradías que tienen y fue siempre aumentando el ornato del culto divino, así en tener buena copia de cantores y minestriles, como en ornamentos para celebrar los oficios divinos en la capilla de San Joseph y en andas, cruces y ciriales, para las procesiones que no las debe de haber en tanto número en ninguna ciudad de la cristiandad.

CAPÍTULO XX. *Que prosigue la vida del apostólico varón fray Pedro de Gante*

En estas obras referidas y otras semejantes se ocupó este varón apostólico cincuenta años que vivió en esta tierra, con grandísimo ejemplo y honestidad de su persona, y con una libertad muy apostólica, sin pretender otro interés más que la gloria y honra de Dios y edificación de las almas, mediante la cual fueron sin número las que ganó para Cristo, deseando con San Pablo ser anatema por sus hermanos los convertidos, oponiéndose en su defensa a todos los que los ofendían y maltrataban. Y porque no bastaría a un hombre haber ganado para Dios (como dice San Pablo) todas las almas del mundo, si la suya estuviese a peligro y riesgo de perderla, procuraba, con la mayor fuerza de su espíritu, darse a Él e invocar su santísimo nombre (en el cual todos somos salvos) y para acudir a estos ejercicios espirituales, cómoda y debidamente tenía junto a la escuela, donde se enseñaban los muchachos una pequeña celda donde se recogía, a ratos, entre día, y allí se daba a la oración y lección, y otros ejercicios espirituales con que el alma se llega más a Dios y se hace una con él, por gracia; y partiendo el tiempo dejaba el regalo de la comunicación con Dios y salía, a ratos a ver lo que hacían los discípulos y otras gentes que tenía a su cargo.

Fue muy querido este varón de Dios de esta nación indiana, lo cual se verificó en todo el discurso de su vida y fue muy estimado de ellos. Porque siendo fraile lego y haber otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios y prelados de la orden que los confesaban y predicaban, sólo cono-

cían a fray Pedro de Gante por particular padre, y a él acudían con todos sus negocios, trabajos y necesidades; y así dependía de él, principalmente, el gobierno de los naturales de toda esta ciudad de Mexico, y su comarca, en lo espiritual y eclesiástico; tanto, que solía decir el segundo arzobispo don fray Alonso de Montúfar de la orden de los predicadores: Yo no soy arzobispo de Mexico, sino fray Pedro de Gante, lego de San Francisco. Y a la verdad, aunque no lo era en la sazón que el arzobispo lo decía, lo pudiera haber sido antes en la vacante, por muerte de su santo antecesor fray Juan de Zumárraga, si este bendito y humilde lego, quisiera ordenarse de sacerdote; porque el emperador Carlos V, de gloriosa memoria, como era de su patria y tenía entera noticia de su apostólica vida y veneración de su persona, lo estimaba en mucho y le convidó con el arzobispado de Mexico; pero el religioso santo, huyendo esta tan alta dignidad, escogió permanecer en su estado humilde de lego, tomando el consejo del Sabio,[1] que dice: Está firme en tu testamento y en él conserva con todos y envejécete en la obra de sus mandamientos; que es decir: no mudes propósito en el estado que escogieres para servir a Dios en él, antes con varonil firmeza permanece en él, como dice Hugo Cardenal, y platica con Dios, hablando a solas con él y con los hombres, predicándoles y enseñándoles sus santos mandamientos, según aquello del profeta Micheas:[2] Estará permaneciente, en la fortaleza del Señor, y no en la propia suya, y con esta misma te apacentarás y envejecerte has en la guarda de sus mandamientos con perseverancia; porque como dice Cristo:[3] el que perseverare hasta la fin, éste será salvo. De donde debían tomar documento los hermanos legos de nuestra sagrada religión, que no estimando la vocación santa, con que Dios los trajo a ella, cansados de verse legos y arrepentidos de no tener estado igual a los sacerdotes, pretenden pasar, y de hecho se pasan algunos del un estado al otro, siendo cosa más cierta que dudosa, que viviendo en el estado de legos el tiempo que lo fueron, con consuelo y estimación de los demás, pierden estas cosas en el otro estado, que aunque le gozan no se hizo para ellos, como ni las armas de Saúl para David, que poniéndoselas para ir contra el gigante, se hallaba embaraçado con ellas, hasta que se las quitó y se puso en el traje que usaba, cuando hacía rostro y acometía a los osos y leones que querían hacer presa en su ganado; y por ventura ofenden gravemente a Dios, pues le dán en su divino rostro, con el estado en que los había puesto. Lo cual consideraría prudentemente este enterísimo varón, sabiendo que la mujer de Loth, por haber vuelto la cara atrás, en la salida de Sodoma, fue convertida en estatua de sal; y que dice Cristo,[4] que el que pone la mano en el arado y mira atrás, no es convenible al reino de los cielos y se refiere en la regla de mi padre San Francisco; la cual este lego apostólico sabía muy de memoria. Y aunque es verdad que pudiera pasar de el un estado al otro, sin escrúpulo, por mandárselo así la obediencia, no quiso, porque

[1] Eccles. 11.
[2] Mich. 5.
[3] Math. 10 et 24.
[4] Luc. 9, 62.

la conciencia delicada y temerosa no sólo huye del pecado, pero también de todas las ocasiones de él, y tiembla, atemorizada en las cosas que no hay temores. Viniéronle, en veces, tres licencias, sin procurarlas él, ni saber de ellas, para ordenarse sacerdote. La primera de el papa Paulo Tercero. La segunda de el capítulo general, celebrado en Roma, siendo generalísimo de la orden fray Vicente Lunel; porque oyendo su fama los padres que allí se juntaron, les pareció que tal varón no debía estar en estado de lego. La tercera de un nuncio apostólico, que estuvo en la corte del césar Carlos V, y sería, por ventura, a contemplación del mismo césar, que (según queda dicho) aun arzobispo le quería hacer, y tomaría este medio para ejecutar su intento; porque siendo ya sacerdote fuera más fácil reducirlo a la aceptación del arzobispado; mas todo esto desechó y no lo quiso el verdadero siervo de Jesucristo, sólo por ganar a ese mismo Cristo humilde; queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocación, con que fue llamado de Dios al estado monástico.

Mostró muy tierno y singular amor a los indios naturales de aquesta tierra; y porque tuviesen suficiente doctrina escribió algunas cartas a los religiosos flamencos de su nación, exhortándolos a que viniesen a esta nueva tierra a cultivar la viña del Señor, que en aquellos tiempos estaba falta de obreros. También los naturales le tenían mucho amor a este siervo de Dios, en especial estos de Mexico, como lo mostraron claro volviendo fray Pedro de Gante de la ciudad de Tlaxcalla, donde por la obediencia había morado un poco de tiempo, para esta dicha de Mexico, porque le salieron a recibir en la laguna grande de Tetzcuco, con una muy hermosa flota de canoas, haciéndole una solemne fiesta, a manera de guerra naval, con sumo regocijo. Y de esta manera le metieron en la ciudad y todos sus moradores le acompañaron hasta dejarlo en el convento, con muchas danzas y regocijos que puso el caso en grande admiración a todos, sin ser poderoso el santo lego a disuadirlos, ni apartarlos del recibimiento y juegos que para él le habían ordenado.

Trabajó el santo fray Pedro de Gante en esta viña de Cristo, especialmente en los principios, quebrantando muchos ídolos y destruyendo sus templos; edificó más de cien iglesias, dentro de esta ciudad y fuera en sus alrededores, donde se invocase el nombre del verdadero Dios, que es una de sus mayores alabanzas y materia de grande merecimiento, por cuanto fue ministro de baldonar al demonio, destruyéndole los lugares de su adoración falsa y de poner en lugar de ellos las cosas santas donde su santo nombre es alabado, y en muchas de ellas hoy día se dice misa de ordinario, por asistir en ellas ministros eclesiásticos, y en otras se dice algunas veces en el año, y en muchas la mayor parte de él. Y si Salomón es tan nombrado en las Sagradas Escrituras, porque edificó casa a Dios, donde sólo se colocó el Arca de el Testamento que contenía en sí las tablas de la ley[5] y otras cosas que allí se especifican; no es de menos nombre este santo fraile que no sólo edificó la capilla de San Joseph, como dejamos dicho, donde cada

[5] 2. Reg. 5 et 6.

día se dice misa sino todas estas iglesias dichas: que dado caso que ninguna de ellas llega a la sumptuosidad del templo que Salomón edificó, hácenle mucha ventaja en los misterios que en ellas se celebran, en el sacrificio santo de la misa y otras cosas con que aventaja esta ley de gracia, a la pasada de los judíos.

Bien creerá, quien conociere las astucias del demonio, que no dejaría de tentar a este bendito varón, de muchas maneras, para que vencido en una recuperase parte del gusto que siempre le quitaba, con la guerra continua que le hacía, en derribarle sus templos y aperrear y derribar sus estatuas; pero como Dios era el adalid y capitán de esta causa; aunque su varonil soldado obraba con su gracia estas victorias, y por esto el demonio le perseguía y guerreaba, salía victorioso y triunfante de su malicia, pudiéndolo todo en aquel que lo confortaba, como el apóstol dice. Y aunque procuró tentarle de muchas maneras, como hemos dicho, su mayor tentación fue quererse tornar a Flandes y dejar tan alta empresa como tenía comenzada en esta grandiosa conversión; mas con la ayuda del Señor que permite la tentación todo aquello que sufren las fuerzas del tentado, y no más, venció esta tentación y fue quebrado, como dice David,[6] el lazo de Satanás, y el siervo de Dios libre, según él lo confesó en una carta que escribió a los religiosos de Flandes.

No dejó de tener persecuciones este bendito religioso, porque apenas se hallan gentes que sean de la valía de Dios y de su recámara, que no hayan pasado por agua y fuego, como dice el salmista,[7] bebiendo tragos de tribulación y angustia, o ya con celos indiscretos de los que los persiguen o ya por testimonios falsos que les levantan, que como son piedras para aquel celestial edificio que Dios ha levantado en su real palacio, valas labrando con la escoda y pico de la tribulación, para que asienten de cuadrado, en la parte que les cupiere de gloria; y así le sucedió a este bendito varón, y que aunque era de muy aprobada vida, tuvo sus persecuciones; y aun la ida a morar a Tlaxcalla no dejó de ser mordedura de alguno que le mordió con rabia, atribuyendo al siervo de Dios, cosa que no había cometido; pero mientras se declaró la verdad, saltó la calumnia y fue sacado de Mexico y enviado al dicho convento de Tlaxcalla, donde prosiguió en su ministerio, sin descaecer punto en su antiguo espíritu, así en las cosas de la caridad de el próximo, como el aprovechamiento de la virtud; pero como después se supo su inocencia y se probó por muchas maneras, fue vuelto a esta ciudad, donde era muy necesario, y fue recibido en ella de la manera que dejamos dicho.

Llegó fray Pedro de Gante a los últimos años de su vida, que fueron muchos, y adoleció de la enfermedad de la muerte, en la cual se dispondría, como aquel que en vida había cuidado tanto de morir bien. Murió en San Francisco de esta ciudad año de 1572, con cuya muerte sintieron los naturales grande dolor y pena y la mostraron en público; porque demás de acudir a su enterramiento copioso concurso de ellos, con grande derrama-

[6] Psal. 123.
[7] Psal. 65 et 106.

miento de lágrimas, los más de ellos se pusieron luto por él, manifestando el sentimiento que les causaba la falta de tan verdadero padre. Y después de haberle hecho muy solemnes exequias, todos ellos en común se las hicieron, en particular cada cofradía por sí y cada pueblo y aldea de la comarca y otras personas particulares, con largas y abundantes ofrendas, e hiciéronle su cabo de año con mucha solemnidad. Fue tanto lo que ofrecieron por el siervo de Dios fray Pedro, que hinchieron el convento de San Francisco de Mexico aquel año de provisión y vituallas. Pidieron su cuerpo los naturales a los prelados de la orden, para sepultarlo en su solemne capilla de San Joseph; concediéronselo y tiénenlo allí el día de hoy en mucha veneración, y por mucho tiempo duró allí su figura al natural de pincel; y aun hasta ahora dura un lienzo donde al pie de una cruz está el apostólico varón hincado de rodillas; y casi en todos los principales pueblos de esta Nueva España lo tienen pintado, juntamente con los doce primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio.

Una india mexicana tenía por devoción vestir algunos frailes, y queriendo una vez hacer esta limosna, después de la muerte de este santo varón, fuelo a tratar con un religioso llamado fray Melchor de Benavente, que en aquella sazón tenía cargo de la doctrina de los indios en la dicha capilla de San Joseph, y díjole: padre, yo quiero vestir cinco religiosos y a ti con ellos, que todos seréis seis. Y fuelos nombrando por sus proprios nombres, y entre ellos nombró al santo varón fray Pedro de Gante, que (como dicho es) era ya difunto: a lo cual respondió fray Melchor de Benavente: hija, ¿no sabes, que fray Pedro de Gante pasó de esta vida y es difunto? Ella replicó: padre, yo doy en ofrenda un hábito a fray Pedro de Gante, dalo tú a quien quisieres: no sé qué encarecer más de estas dos cosas, o la fe de aquesta buena mujer para con fray Pedro, o la bondad del religioso que aun después de muerto dejaba corazones aficionados a su devoción y caricia; pero alabemos entrambas cosas y demos gracias a Dios, que así obra en sus ministros y siervos y pidámosle gracia, para que seamos del número y cuenta de ellos a quien sea toda alabanza. Amén.

CAPÍTULO XXI. *Vida de el padre fray Francisco de Soto*

FRAY FRANCISCO DE SOTO FUE EL SEGUNDO de los doce primeros que vinieron a fundar esta provincia de el Santo Evangelio. Salió para estas partes de la provincia de San Gabriel, aunque había tomado el hábito en la de Santiago. Era varón de juicio naturalmente muy claro y de gran prudencia. En España había sido guardián de Villalpando y Benavides; y en esta provincia lo fue después de muchos conventos. Eligiéronlo muchas veces en difinidor; y fue cuarto provincial de esta provincia; los cuales oficios ejercitó el siervo de Dios con mucha loa y prudencia. Cuando fue provincial visitó la provincia siempre a pie y descalzo. Hizo el oficio de

miento de lágrimas, los más de ellos se pusieron luto por él, manifestando el sentimiento que les causaba la falta de tan verdadero padre. Y después de haberle hecho muy solemnes exequias, todos ellos en común se las hicieron, en particular cada cofradía por sí y cada pueblo y aldea de la comarca y otras personas particulares, con largas y abundantes ofrendas, e hiciéronle su cabo de año con mucha solemnidad. Fue tanto lo que ofrecieron por el siervo de Dios fray Pedro, que hinchieron el convento de San Francisco de Mexico aquel año de provisión y vituallas. Pidieron su cuerpo los naturales a los prelados de la orden, para sepultarlo en su solemne capilla de San Joseph; concediéronselo y tiénenlo allí el día de hoy en mucha veneración, y por mucho tiempo duró allí su figura al natural de pincel; y aun hasta ahora dura un lienzo donde al pie de una cruz está el apostólico varón hincado de rodillas; y casi en todos los principales pueblos de esta Nueva España lo tienen pintado, juntamente con los doce primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio.

Una india mexicana tenía por devoción vestir algunos frailes, y queriendo una vez hacer esta limosna, después de la muerte de este santo varón, fuelo a tratar con un religioso llamado fray Melchor de Benavente, que en aquella sazón tenía cargo de la doctrina de los indios en la dicha capilla de San Joseph, y díjole: padre, yo quiero vestir cinco religiosos y a ti con ellos, que todos seréis seis. Y fuelos nombrando por sus proprios nombres, y entre ellos nombró al santo varón fray Pedro de Gante, que (como dicho es) era ya difunto: a lo cual respondió fray Melchor de Benavente: hija, ¿no sabes, que fray Pedro de Gante pasó de esta vida y es difunto? Ella replicó: padre, yo doy en ofrenda un hábito a fray Pedro de Gante, dalo tú a quien quisieres: no sé qué encarecer más de estas dos cosas, o la fe de aquesta buena mujer para con fray Pedro, o la bondad del religioso que aun después de muerto dejaba corazones aficionados a su devoción y caricia; pero alabemos entrambas cosas y demos gracias a Dios, que así obra en sus ministros y siervos y pidámosle gracia, para que seamos del número y cuenta de ellos a quien sea toda alabanza. Amén.

CAPÍTULO XXI. *Vida de el padre fray Francisco de Soto*

FRAY FRANCISCO DE SOTO FUE EL SEGUNDO de los doce primeros que vinieron a fundar esta provincia de el Santo Evangelio. Salió para estas partes de la provincia de San Gabriel, aunque había tomado el hábito en la de Santiago. Era varón de juicio naturalmente muy claro y de gran prudencia. En España había sido guardián de Villalpando y Benavides; y en esta provincia lo fue después de muchos conventos. Eligiéronlo muchas veces en difinidor; y fue cuarto provincial de esta provincia; los cuales oficios ejercitó el siervo de Dios con mucha loa y prudencia. Cuando fue provincial visitó la provincia siempre a pie y descalzo. Hizo el oficio de

predicador apostólico excelentísimamente, predicando la fe de Cristo con mucho fervor de espíritu entre los españoles e indios; aunque por haber venido ya anciano, no supo mucha lengua mexicana. Celaba, como otro Finees,[1] la honra de Dios y muy particular la observancia de la pobreza, de la cual era amicísimo. Haciéndose la iglesia del convento de Xuchimilco, le dijeron que en lo alto de la capilla mayor ponían ciertas figuras, labradas de piedra. Oyólo el padre fray Francisco, y aunque la obra no era de mucha sumptuosidad, sino bien moderada, con grande angustia de su corazón respondió a los que se lo decían. Esto es dar una higa de piedra a la santa pobreza. Tanto era el amor y celo que a la pobreza tenía. Siendo ministro provincial le escribió un religioso que se acordase de él, pues sabía la lengua de los naturales, para poder ser guardián, en algún convento de los que están en sus pueblos; porque como la condición humana sigue su natural brío, este religioso descubrió la flaqueza de su ambición, que mientras no estamos confirmados en gracia, no estamos excusados de los resabios de la carne y vemos que esta mancha cayó en el mejor paño del colegio apostólico, donde hubo controversia, sobre la mayoría y suprema dignidad de la tenencia de Cristo, aunque allí solo se dice que lo conferían entre sí y aquí salió de madre y llegó a ponerse en las orejas del prelado. Leyó la carta el santo prelado y teniendo compasión de la dolencia de su oveja, le respondió con otra breve y compendiosa, refiriéndole tan solamente aquellas palabras del apóstol:[2] *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo, tamquam Aaron;* con las cuales quedó aquel religioso reprehendido y curado. Dábale el santo varón a entender por ellas que por la misma razón que uno procuraba prelacías, no las merece, y que aquellos son dignos de ellas, que huyéndolas y teniéndolas por penosa carga, son promovidos a ellas, y las aceptan puramente por Dios; el sea servido de persuadirnos esta verdad para que la conservemos en nuestros corazones.

Traía siempre este bienaventurado varón delante sus ojos, como otro David, al señor y todas sus pláticas y conversaciones eran de Dios. Era templadísimo en el comer, que como hombre llegado a Dios, sabía lo que dice Próspero,[3] en el libro de la *Vida contemplativa*, que la templanza hace a un hombre abstinente, recatado, sobrio y modesto, honesto, callado y vergonzoso, y que si mora en el ánima, refrena las liviandades, templa las desordenadas codicias de la carne; aumenta los santos deseos de las cosas buenas; ahuyenta y castiga los apetitos malos y ciegos; desvía los malos pensamientos y trae muy compuesta y bien regida el alma. Y no sólo era templado en el comer; pero de ninguna manera bebía vino, aunque se le ofreciese necesidad, sufriéndola con ánimo varonil, como aquel que en otras muchas cosas se tenía vencido a sí mismo; pero si algún religioso tenía necesidad de él, y mostraba tener escrúpulo de beberlo, como los demás no lo bebían, por ser costoso, a causa de traerse en aquellos tiempos muy poco de España, el siervo de Dios fray Francisco le quitaba el escrúpulo,

[1] Num. 25.
[2] Ad Heb. 5.
[3] D. Prosp. Aquitania de vita contempla., lib. 3, cap. 27 et 33.

y le decía que por su necesidad lo bebiese templadamente, aunque estuviese delante de los indios, en sus pueblos, que antes ellos recibirían en ello documento de cómo lo habían de beber, viendo al religioso beber poco y aguado; y esto hacía, a imitación de San Pablo[4] que dio el mismo consejo a su discípulo Timoteo, por la necesidad que de él tenía y dolores de estómago que pasaba. Este varón santo, en una virtud fue extremado, que dado caso que era muy escrupuloso para sí, guardando mucho en su persona aquel memorable dicho de San Gregorio que dice: que es de buenas ánimas y santas, temer culpa donde no hay; con todo esto tuvo singular gracia en quitar escrúpulos a los otros.

Pretendían los españoles de esta Nueva España, por aquellos tiempos, pedir al emperador Carlos V el repartimiento perpetuo de los pueblos de los indios, y para autorizar más su petición y justificar la causa solicitaron a los religiosos de las tres órdenes que les diesen para ello sus firmas y parecer, porque sabían, muy a la clara, que sin ellas el católico emperador no había de condescender con ellos. Ganaron los españoles, con facilidad, el parecer de los demás religiosos, salvo el de los nuestros, a cuya causa formaron queja contra ellos, hasta llamarlos enemigos del bien común y hombres que en todo querían ser particulares. Viendo, pues, nuestros religiosos que la malicia y odio de los seglares cada día crecía más, hubieron de ablandar y para justificar su razón dijeron que pues el padre fray Francisco de Soto estaba electo por discreto para el capítulo general y de camino para España, adonde había de tratar negocios con la majestad real, la provincia comprometía en él, sobre este caso, para que el parecer que él diese fuese el de todos. Los seglares, con intervención de unos y de otros, tanto supieron persuadir al siervo de Dios, que lo redujeron a su opinión, haciéndole firmar, juntamente con los otros, más por importunación que de entera voluntad. Pero haciendo después mucha reflexión en ello, y mirándolo con más madureza y advertencia, cayó en su alma un escrúpulo muy grande, hallándose arrepentido de lo que había hecho. Y no pudiendo sufrir la inquietud que esto le causaba, rogó que le mostrasen la escritura que se había firmado, para estar más advertido de lo que en ella se contenía. Mostráronsela y él, viendo su firma, rompióla y echándosela en la boca, tragósela, diciendo que había sido engañado. La razón que movía entonces a contradecir estas encomiendas que los conquistadores pretendían de estos indios era porque como no había servicios personales ni otras ocupaciones que ahora tienen los miserables, padecían mucho los encomendados, porque servían a sus amos con grandes violencias y tiranías y echaban la hiel en su servicio, lo cual no padecían los que estaban incorporados en la corona real, y por esto ponían diligencia los ministros evangélicos, para excusarlos de esta esclavitud: todo lo cual no corre ahora, antes parece que están algunos de ellos amparados y favorecidos, porque como pagan tributo, procuran su conservación sus dueños, si les valiese cuando los que gobiernan hacen nuevas imposiciones y acrecentamientos de servicios. Sin-

[4] 1. Ad Tim. 5.

tieron mucho los interesados este hecho y fue ocasión de otra persecución mayor para nuestros religiosos, porque en Mexico les quitaron las limosnas y los afrentaban cuando los veían; y pidiendo limosna de pan, decían algunas mujeres: ¿pues cómo, los frailes no comen papel, para qué piden pan? Empero el Señor, que no desampara a sus siervos, no permitió pasar adelante esta persecución, antes, por su infinita bondad, se allanó todo y vivieron los religiosos algo más quietos.

Enviado a España, con negocios de la provincia, en favor de los naturales y pasando por Tlaxcalla, prometió a los indios de volver a verlos acabados los negocios a que iba, dándole nuestro Señor vida. Embarcóse año de 1546. Llegado a España y estando en la corte del emperador, llegaron nuevas de la muerte del santo arzobispo de Mexico, don fray Juan de Zumárraga, y queriendo proveer aquella iglesia de otro semejante prelado, el emperador y su consejo enviaron a convidar al siervo de Dios fray Francisco de Soto con el arzobispado; lo cual el humilde y apostólico varón rehusó, con mucha instancia, teniendo todas las honras del mundo por estiércol, sólo por ganar a Jesucristo, verdadera riqueza y honra de las ánimas. Para lo cual alegó muchas razones con que le dejaron de insistir en ello y él quedó con suma alegría y consolación de espíritu. Si éste fue acto heroico y de corazón varonil, díganlo los ambiciosos, pues en orden de conseguir una dignidad semejante, no sólo no hacen actos repugnantes al menosprecio y ultraje de la dignidad, pero muéstranlos positivamente con apariencias y acciones bien conocidas de quererlo recibir hoy, antes que desecharlo mañana. Y no es poca fortaleza de un varón de Dios tener tan rendido el gusto de la sensualidad al freno del espíritu, que cosa de tanta estimación la suelte, por sólo gozar de los regalos del esposo celestial, en la soledad de la celda.

Pasó en España muchos trabajos por los caminos, así de cansancio, por su vejez y descalcez, como de falta de provisión, por ir desproveído de todo lo temporal y necesario conforme al consejo que dio Cristo nuestro señor a sus discípulos, en el Evangelio,[5] y también por no ser bien acogido ni recibido de sus propios hermanos los frailes, a causa de una comisión que llevaba para coger hasta cierto número de ellos, los que le pareciese para ministros de los indios; lo cual los guardianes de España ásperamente llevaban. Mas todo esto pasó el varón santo con mucha paciencia e igualdad de corazón.

Enfermó en el convento de San Francisco de Sevilla y viéndose cercano a la muerte pidió, con muchas lágrimas, a nuestro Señor le diese vida para poder cumplir a los indios convertidos, la palabra que les había dado de tornar a esta Nueva España a verlos; y esto para sola su honra y ampliación de su santa fe católica. Y como el señor haga la voluntad de los que le temen y oye su ruego, oyó el de su siervo y alcanzó entera salud. Descubría a todos el deseo que tenía de volver a esta Nueva España y morir y enterrarse entre los otros sus compañeros. Oyó esto un mercader rico

[5] Luc. 10. 4.

de la misma ciudad, muy aficionado suyo y devoto de la orden, y consoló al siervo de Dios, prometiéndole que si moría en España, antes de embarcarse para Indias, le haría traer sus huesos para enterrarlos en la Nueva España, en el convento de San Francisco de Mexico, con sus hermanos y compañeros. Lo cual oyendo él, con grandísimo júbilo de su corazón y agradeciéndoselo, le echó mil bendiciones. Estando para embarcarse en el puerto de San Lúcar de Barrameda, subiase cada día a una ermita que está en la huerta del convento de San Francisco, y mirando a la mar (porque desde allí se parece) y derramando muchas lágrimas le decía: Oh mar, tómame allá y pásame de esotra parte. Hermana mar, concédeme esto y llegado lo allá, muérame luego. Estas y otras semejantes palabras decía el varón santo, con que mostraba el deseo que tenía de convertir almas a su criador y morir entre los religiosos de su celo y espíritu; lo cual nuestro Señor le concedió, porque a cabo de pocos días se tornó a embarcar para esta Nueva España; y parece haber tenido este varón santo espíritu de profecía, porque en la nao en que venía supo cómo se hacían muchas ofensas a Dios, y amonestándolos y pidiéndoles, de parte de Dios, que se apartasen de ofenderle y no queriendo tomar su santo consejo, les dijo a todos: esta nao no llegará al puerto en salvamento; y así sucedió, como él lo dijo, porque en San Germán se perdió y no llegó a tierra firme. Paréceme, que éstos no fueron tan cuerdos como los de la ciudad de Ninive, que oyendo las amenazas del profeta Jonás[6] se volvieron a Dios, e hicieron penitencia de sus yerros cometidos y pecados pasados, con que le aplacaron; antes, como necios y locos, debieron de perseverar en la pertinacia de esotros desatinados, que mofando del santo profeta Isaías, le repetían aquel *manda, remanda, expecta, reexpecta:* como quien dice: no hace sino cansarnos con tantas amenazas con que nos representa los castigos de Dios y nunca vienen ni se cumplen; mas como Dios no los envía cuando el hombre piensa, sino cuando conviene a su divina venganza, llegan, sin pensar, cuando menos los aguardan, como les sucedió a estos tristes mareantes, que no creyendo (por ventura) al apostólico fraile, harían burla de él y tendrían en poco sus palabras. Entró fray Francisco en otra nao y llegó a esta Nueva España, año de 1550. Pasó por Tlaxcalla y predicó a los indios a quien había prometido de volver; y estando en el púlpito, vieron todos un resplandor de fuego que cercaba al santo varón y levantóse un gran ruido y alteración entre la gente.

Túvose luego el año siguiente de 1551, por el mes de septiembre, capítulo provincial, y predicó el sermón de él y fue allí electo en primer difinidor. Enfermó en el mismo capítulo y visitándolo el médico, le dijo: padre, aparejaos para morir, porque se os va acabando la vida. Palabras son estas que en semejante trance suelen causar angustia y turbación a los hombres que están engolfados en las cosas de la vida; pero como este siervo de Dios la tenía ajustada, con la cuenta que había de ir a dar a Dios, no sólo no le turbaron, pero alegrándose con tales nuevas respondió con mucho

[6] Ion. 3.

ánimo: ¿pués qué he hecho, pobre de mí, en tantos años que ha que indignamente tengo el hábito, sino traer siempre aquesta hora delante de los ojos y aparejarme para morir? En cuya consideración dijo el glorioso padre San Gerónimo:[7] Fácilmente menosprecia todas las cosas el que trae siempre delante de los ojos la muerte. Aparejóse y dispúsose con largo apercibimiento y prevención, aprovechándose del consejo del Espíritu Santo, que dice de los que en este caso se descuidan. Gente son estos tales sin consejo y prudencia, ojalá supiesen y entendiesen y proveyesen sus postrimerías. Recibió, con mucha devoción, los santos sacramentos; y cuando le ungieron con el olio santo, respondió a todas las oraciones que el sacerdote ministro le decia. Hecha y firmada por él la tabla del capítulo, antes que se leyese, pasó bienaventuradamente de esta vida a la inmortal, a recibir el premio de sus fieles trabajos, viendo allí juntos sus compañeros y hermanos, como lo tenía muy deseado y fue de ellos honrado en sus exequias, enterrándose también entre sus compañeros difuntos en San Francisco de Mexico.

CAPÍTULO XXII. *Donde se trata la vida de fray Martín de la Coruña*

FUE FRAY MARTÍN NATURAL DE LA CORUÑA y tercero en número de los doce. Llamóse, por otro nombre, fray Martín de Jesús. Vino de la religiosa provincia de San Gabriel; y aunque habría mucho que decir de sus buenos principios en la religión, no decimos nada de ellos; porque como en aquellos primeros tiempos no hubo escritores que con cuidado solicitasen esta causa, quedaron en silencio grandezas que si se escribieran pusieran en espanto; en especial que estos santos obreros de esta viña del Señor, más se ocupaban en convertir infieles que en hablar vana y arrogantemente de sus obras y hechos; por lo cual decimos con brevedad lo que pudo quedar en memoria de algunos y apuntamientos que otros escribieron; y no me alargo en ellos porque la verdad de la historia, ni sufre añadiduras ni consiente glosas. Y así decimos de este siervo de Dios, fray Martín de la Coruña (según lo que de su vida se pudo colegir) que fue varón de grande perfección en toda virtud, principalmente en la paciencia; porque sabía este siervo de Dios que dice Cristo,[1] que cada uno poseerá su ánima en la paciencia que tuviere. Y el *Eclesiástico*,[2] que así como el fuego es prueba de un vaso de barro, así también lo es a los hombres justos la tentación de la tribulación. Y así se mostraba pacífico y compuesto en la ocasión que por desmandada y rigurosa que viniése jamás le alteró el alma; antes, con demasiado sufrimiento, toleraba cualquier trabajo o tri-

[7] Div. Hier. in Epitaph. Marcel et in Psal. 89.

[1] Luc. 21.

[2] Eccles. 2.

ánimo: ¿pués qué he hecho, pobre de mí, en tantos años que ha que indignamente tengo el hábito, sino traer siempre aquesta hora delante de los ojos y aparejarme para morir? En cuya consideración dijo el glorioso padre San Gerónimo:[7] Fácilmente menosprecia todas las cosas el que trae siempre delante de los ojos la muerte. Aparejóse y dispúsose con largo apercibimiento y prevención, aprovechándose del consejo del Espíritu Santo, que dice de los que en este caso se descuidan. Gente son estos tales sin consejo y prudencia, ojalá supiesen y entendiesen y proveyesen sus postrimerías. Recibió, con mucha devoción, los santos sacramentos; y cuando le ungieron con el olio santo, respondió a todas las oraciones que el sacerdote ministro le decia. Hecha y firmada por él la tabla del capítulo, antes que se leyese, pasó bienaventuradamente de esta vida a la inmortal, a recibir el premio de sus fieles trabajos, viendo allí juntos sus compañeros y hermanos, como lo tenía muy deseado y fue de ellos honrado en sus exequias, enterrándose también entre sus compañeros difuntos en San Francisco de Mexico.

CAPÍTULO XXII. *Donde se trata la vida de fray Martín de la Coruña*

FUE FRAY MARTÍN NATURAL DE LA CORUÑA y tercero en número de los doce. Llamóse, por otro nombre, fray Martín de Jesús. Vino de la religiosa provincia de San Gabriel; y aunque habría mucho que decir de sus buenos principios en la religión, no decimos nada de ellos; porque como en aquellos primeros tiempos no hubo escritores que con cuidado solicitasen esta causa, quedaron en silencio grandezas que si se escribieran pusieran en espanto; en especial que estos santos obreros de esta viña del Señor, más se ocupaban en convertir infieles que en hablar vana y arrogantemente de sus obras y hechos; por lo cual decimos con brevedad lo que pudo quedar en memoria de algunos y apuntamientos que otros escribieron; y no me alargo en ellos porque la verdad de la historia, ni sufre añadiduras ni consiente glosas. Y así decimos de este siervo de Dios, fray Martín de la Coruña (según lo que de su vida se pudo colegir) que fue varón de grande perfección en toda virtud, principalmente en la paciencia; porque sabía este siervo de Dios que dice Cristo,[1] que cada uno poseerá su ánima en la paciencia que tuviere. Y el *Eclesiástico*,[2] que así como el fuego es prueba de un vaso de barro, así también lo es a los hombres justos la tentación de la tribulación. Y así se mostraba pacífico y compuesto en la ocasión que por desmandada y rigurosa que viniése jamás le alteró el alma; antes, con demasiado sufrimiento, toleraba cualquier trabajo o tri-

[7] Div. Hier. in Epitaph. Marcel et in Psal. 89.

[1] Luc. 21.

[2] Eccles. 2.

bulación que le venía; y no hubo hombre, de cuantos le vieron y trataron, que dijese haberle visto alguna vez impaciente, ni desasosegado, que es muy proprio de una alma, que está llena de Dios; porque como Dios la hinche, no queda vacío donde quepa.

Era en la oración muy continuo, y andando por los caminos y sentado a la mesa, no se apartaba de ella, por ser la mejor parte que se puede escoger en la vida humana, como le dijo Cristo a Marta, en favor de su hermana Magdalena.[3] De este continuo orar le sucedió muchas veces salir fuera de sí, y quedarse extático y elevado, como le vieron muchos, y en muchas ocasiones. Esto certificaron varones santos y de mucho crédito. En especial se dice que siendo guardián de la Villa de Quauhnahuac, después que volvió de una larga y trabajosa jornada, que hizo con el capitán don Fernando Cortés a la California, un religioso, gran siervo de Dios, llamado fray Juan Quintero, morador de el dicho convento, lo halló dos veces apartado en oración, encendido el rostro, a la manera que está el fuego del fervor con que oraba y estaba hablando con Dios. Y no es maravilla que de tan continuo trato y comunicación con él, saliese tan encendido; pues de sola una vez que Moysén subió al monte a hablarle, bajó (como dice la Sagrada Escritura)[4] con tanto resplandor en su rostro que para que pudiesen verle los hijos de Israel se lo cubría con un velo. Fue este bendito varón muy austero y riguroso para su cuerpo y hombre de grande penitencia, con que domaba la carne y la desflaquecía; porque así domada y vencida no hiciese guerra al espíritu, que tan peligrosa es a los que se dejan vencer de ella. Tuvo ferventísima caridad para con los prójimos; condición muy propria de el que tiene a Dios en su alma; porque el que ama a Dios, ama y quiere a su prójimo; y como el divino maestro dio su ánima y vida por él, así también el cristiano y apostólico discípulo debe desentrañarse a imitación suya, por su aprovechamiento. El santo fray Francisco de Soto daba testimonio de la grande santidad de este siervo de Dios, diciendo que lo tenía por tan santo, como a fray Martín de Valencia; que no es de poca consideración este testimonio; lo uno por ser de varón tan religioso, como en el capítulo de su vida dejamos dicho, y que siendo tal le pareciese fray Martín de la Coruña tan religioso en su vida y tan particular en sus obras. Y lo otro por ser comparado a un varón como mi bendito padre fray Martín, de quien tanto dejamos dicho. Pero no hay que maravillar, pues también se verifica de él, lo que de el glorioso obispo y confesor San Martín, que partía la capa con el prójimo.

A este santo varón envió el dicho padre fray Martín, siendo custodio y primer prelado de esta indiana iglesia (como en otro lugar decimos) a la provincia y reino de Mechoacan, año de 1525, juntamente con el cacique, señor de aquella tierra, que vino a Mexico a pedir ministros, para la conversión y enseñanza de sus naturales. Y así fue el siervo de Dios fray Martín de la Coruña, el primero evangelizador de aquellas gentes, donde se mostró verdadero discípulo de Jesucristo, edificando iglesias, destruyendo

[3] Luc. 10.
[4] Exod. 29, 17 et 34, 35.

templos idolátricos, quebrantando ídolos infernales, de los cuales juntó muchos, que eran de oro y plata y piedras de mucho valor; y haciendo montón de todos los echó en la profunda y honda laguna, que llaman de Cinzontzan, no estimando el oro que tanto entonces codiciaban nuestros españoles; porque con su menosprecio y ultraje fuera Dios más conocido y estimado y todo lo que pudo quemar, echó en un gran fuego, que mandó hacer enmedio de la plaza. Convirtió muchos a la fe, con la frecuencia de su santa doctrina y continuas predicaciones, que para esto trabajó mucho en aprender su lengua, viviendo entre ellos vida más angélica que humana. Muchos años antes de su muerte le quitó nuestro Señor los movimientos de la sensualidad, haciéndole tan señor de sí, que en estas cosas no parecía hombre; merced grande y soberana, la cual sabemos haber concedido al angélico doctor Santo Tomás de Aquino y que San Pablo (según muchos doctores) andaba pleiteando con ella, y rogó a Dios por tres veces que lo librase de sus continuas e importunas asechanzas; pero fuele respondido que confiase en la divina misericordia que no le faltaría su gracia. Continuó su apostólica vida en aquel reino de Mechoacán y murió en el convento de Pázcuaro, y está allí enterrado. Después de muerto quedó su cuerpo con grande fragancia de olor y suavidad y sus carnes tan hermosas y tiernas como las de un niño, que hasta en esto quiso Dios mostrar la santidad de su siervo, porque el olor y fragancia de Cristo, que dice el apóstol, que son los justos y santos obreros suyos, esa misma quiso que quedase en aquel santo cuerpo, para que así como lo sujetó al alma viviendo, después de muerto, le diese esa misma alma el suave olor que tenía en ser de Cristo. Afirmaron los clérigos de aquella iglesia y otros vecinos del mismo pueblo de Pázcuaro, que un sábado de mañana, después de muerto y enterrado, lo vieron vestido de vestiduras blancas, puesto sobre un altar, en la iglesia donde está enterrado y con dos candelas encendidas, en el mismo altar y otras cuatro sobre su sepultura. Lo mismo dicen que vieron otra segunda vez, en lo cual quiso mostrar nuestro Señor la gloria que este su siervo gozaba, concediéndole lo mismo que dejamos dicho del bendito padre fray Martín de Valencia, que se apareció sobre su sepulcro, donde lo vieron en pie y vestido de su hábito. Con que se confirma lo que el varón de Dios fray Francisco de Soto dijo, comparando la santidad del uno a la del otro, que quiso Dios que siendo ambos participantes de un nombre lo fuesen en la pureza de vida y se manifestasen en muerte: Él sea bendito para siempre por todo.

CAPÍTULO XXIII. *Vida de fray Juan Xuárez, uno de los doce primeros*

RAY JUAN XUÁREZ VINO DE LA PROVINCIA de San Gabriel y es el cuarto en número de los doce primeros apostólicos varones. En el primer capítulo que estos padres tuvieron en la ciudad de Mexico, después de su venida a estas partes, fue electo fray Juan por primero guardián del convento de Huexotzinco, que fue de los cuatro conventos en que se repartieron estos apostólicos varones, luego que llegaron (como dejamos dicho) adonde dejó memoria entre los indios, de su mucha religión y santidad. Después se ofreció que cierto capitán iba a conquistar la Florida, y por el celo de la conversión de aquella gente fue en su compañia fray Juan Xuárez, llevando por su compañero a fray Juan de Palos, lego y allí murieron ambos de hambre con otros que también perecieron en aquella costa. Bien pienso yo que pues el intento que llevaba era de convertir almas, que se convertiría Dios a su buena intención y le trocaría aquella hambre con que acababa la vida, en hartura y abastanza de los bienes del cielo, donde dice David que espera hartura en los gozos de aquella bienaventuranza; y es así que si los que dan de comer por amor de Dios tienen premio en el cielo, según la verdad de ese mismo Dios, los que sufren hambre por él y mueren con ella que les será dada hartura de pan celestial de gloria.

El padre fray Juan Bautista Moles, en el memorial que recopiló de su provincia de San Gabriel dice, que el que hizo el memorial de la provincia del Santo Evangelio (el cual parece haber leído en Roma, porque se lo prestó el S. general fray Francisco Gonzaga, a quien se le envió de esta provincia) se engañó en nombrar a este padre fray Juan Xuárez, que no se llamaba sino fray Alonso Xuárez. Yo digo que el padre fray Alonso sería otro, pues dice murió en aquella provincia de San Gabriel y de fray Juan quedó memoria que murió en la costa de la Florida, como aquí se dice. Cuanto y más que se ha de creer al original de la obediencia, que los doce trajeron, que se guarda en el archivo de San Francisco de Mexico, y yo lo he tenido en mi poder, de donde lo trasladé para insertarlo en el libro pasado de la venida de estos benditos padres, adonde se nombra fray Juan y no fray Alonso. También se ha de creer a la tradición antigua, que en estas partes hay, que donde quiera que se hallan pintados y con sus nombres, le intitulan fray Juan y no fray Alonso. Y de los que viven ahora conocieron a algunos de los doce y cuando nombraban a los compañeros, le llamaban a él fray Juan y no fray Alonso.

Por haber estado tan poco en esta provincia, quedó tan corta la memoria de este padre; mas no podemos negar que ya que no sepamos algunas particulares hazañas de su mucha virtud y penitencia y trabajos que padeció en su peregrinación de mar y tierra, con celo de la salud de las almas, en el ministerio de las que tuvo a su cargo el tiempo que le duró en aquellos

principios y de los muchos encuentros y combates que el demonio le daría en la batalla espiritual, a lo menos que su memoria y nombre no se haya de eternizar en el cielo; pues dice el Espíritu Santo que el justo será en eterna memoria.[1] Y él fue justo y obró justicia, y sin duda alcanzó las promesas que Dios tiene hechas a los que le temen[2] y aman con sencillo corazón.

CAPÍTULO XXIV. *Vida de fray Antonio de Ciudad Rodrigo, quinto en número de los doce primeros evangelizadores de esta indiana iglesia*

STE SIERVO DE DIOS FRAY ANTONIO fue natural de Ciudad Rodrigo, de donde tomó el sobrenombre y quinto en el número de los doce. Vino de la provincia de San Gabriel. En esta del Santo Evangelio fue el segundo provincial que en ella hubo y guardián de muchos conventos. Era varón de mucha penitencia y muy austero en el comer y beber; porque más atendían los varones de aquel tiempo a conversar en el cielo, como lo dice San Pablo,[1] y a ejercitarse en las obras de caridad con el prójimo, que a cuidar de su regalo y descanso, porque sabían que no le hay sino es en Dios y en las cosas de su servicio; y era tanto lo que en esto trabajaban que con ser en aquel tiempo el trabajo de los religiosos muy grande y continuo, por ser ellos pocos y los indios muchos y acaecer a algunos de ellos predicar todas las fiestas, tres sermones, en tres lenguas diferentes y después cantar la misa y bautizar cantidad de niños y confesar los enfermos y enterrar los difuntos, cuando los había, con todo esto vivían en tanta penuria y tomaban las cosas necesarias a su sustento, con tanta moderación y templanza, que cierto pone admiración. Andaban descalzos y con hábitos viejos y remendados. Dormían en el suelo y un palo o piedra por cabecera. Ellos mismos traían un zurroncillo en que llevaban el breviario y algún libro para predicar, no consintiendo que se lo llevasen los indios. Su comida era tortillas, que es el pan de los indios, hecho de maíz, y ají, que acá llaman chile y capulíes, que son cerezas de la tierra y tunas. Su bebida siempre fue agua pura, porque vino no lo bebían ni lo que ofrecían querían recibir. Ésta, pues, fue la vida de aquellos primeros varones de Dios y apostólicos ministros, y entre todos, de los más aventajados fue el siervo de Dios fray Antonio, tan escaso en su regalo cuanto largo y pródigo en su abstinencia.

Siendo guardián del convento de Mexico, el santo primer arzobispo de esta ciudad, don fray Juan de Zumárraga le envió, una víspera de Pascua, una botija de vino para regalo de los religiosos, y llevándola el portero a la celda del bendito guardián, y diciendo cómo el arzobispo la enviaba para

[1] Psal. 3.
[2] Ad Heb. 2.
[1] Ad Phil. 3.

principios y de los muchos encuentros y combates que el demonio le daría en la batalla espiritual, a lo menos que su memoria y nombre no se haya de eternizar en el cielo; pues dice el Espíritu Santo que el justo será en eterna memoria.[1] Y él fue justo y obró justicia, y sin duda alcanzó las promesas que Dios tiene hechas a los que le temen[2] y aman con sencillo corazón.

CAPÍTULO XXIV. *Vida de fray Antonio de Ciudad Rodrigo, quinto en número de los doce primeros evangelizadores de esta indiana iglesia*

STE SIERVO DE DIOS FRAY ANTONIO fue natural de Ciudad Rodrigo, de donde tomó el sobrenombre y quinto en el número de los doce. Vino de la provincia de San Gabriel. En esta del Santo Evangelio fue el segundo provincial que en ella hubo y guardián de muchos conventos. Era varón de mucha penitencia y muy austero en el comer y beber; porque más atendían los varones de aquel tiempo a conversar en el cielo, como lo dice San Pablo,[1] y a ejercitarse en las obras de caridad con el prójimo, que a cuidar de su regalo y descanso, porque sabían que no le hay sino es en Dios y en las cosas de su servicio; y era tanto lo que en esto trabajaban que con ser en aquel tiempo el trabajo de los religiosos muy grande y continuo, por ser ellos pocos y los indios muchos y acaecer a algunos de ellos predicar todas las fiestas, tres sermones, en tres lenguas diferentes y después cantar la misa y bautizar cantidad de niños y confesar los enfermos y enterrar los difuntos, cuando los había, con todo esto vivían en tanta penuria y tomaban las cosas necesarias a su sustento, con tanta moderación y templanza, que cierto pone admiración. Andaban descalzos y con hábitos viejos y remendados. Dormían en el suelo y un palo o piedra por cabecera. Ellos mismos traían un zurroncillo en que llevaban el breviario y algún libro para predicar, no consintiendo que se lo llevasen los indios. Su comida era tortillas, que es el pan de los indios, hecho de maíz, y ají, que acá llaman chile y capulíes, que son cerezas de la tierra y tunas. Su bebida siempre fue agua pura, porque vino no lo bebían ni lo que ofrecían querían recibir. Ésta, pues, fue la vida de aquellos primeros varones de Dios y apostólicos ministros, y entre todos, de los más aventajados fue el siervo de Dios fray Antonio, tan escaso en su regalo cuanto largo y pródigo en su abstinencia.

Siendo guardián del convento de Mexico, el santo primer arzobispo de esta ciudad, don fray Juan de Zumárraga le envió, una víspera de Pascua, una botija de vino para regalo de los religiosos, y llevándola el portero a la celda del bendito guardián, y diciendo cómo el arzobispo la enviaba para

[1] Psal. 3.
[2] Ad Heb. 2.
[1] Ad Phil. 3.

los religiosos, salió de ella, diciendo a grandes voces: silicios, silicios, no vino, no vino. Y puesto que los religiosos le rogaron mucho que por el contento y respecto de quien lo enviaba se quedase en casa para la sacristía, nunca lo quiso recibir, cumpliendo con palabras, con el arzobispo, enviándole las gracias por la limosna que a sus hijos hacía y suplicándole que pues los amaba no permitiese que se relajasen y pusiesen malas costumbres, que aquel vino se podía emplear en otras personas que más lo hubiesen menester. De esta manera celaba este bendito varón la perla preciosa de la pobreza y yo no sé qué diga a tanto escrúpulo, ni qué pueda entender de alma tan recatada, sino lo que dice San Gregorio, que es de limpias conciencias temer pecado y culpa donde no le hay.

Fue a España, en nombre de todos los religiosos de esta tierra, para negociar con el emperador Carlos V que los indios fuesen relevados de tantos trabajos y vejaciones, como en aquellos principios padecían, en especial para que se diese libertad a los que injustamente tenían por esclavos. Y ciertamente la solicitud y diligencia de este siervo de Dios fue entonces de grande eficacia para el remedio de esta tierra, porque si pasara adelante la mala costumbre de los esclavos, ya no hubiera indio en toda ella.

El cristianísimo emperador informado de lo que pasaba envió cédulas y ordenanzas muy favorables, así para esto de los esclavos como para que se moderasen los tributos, y para que la doctrina de los indios fuese muy favorecida. Escribía también en particular, al mismo fray Antonio, encargándole le diese aviso si se cumplían o no sus cédulas y provisiones.

Fue este siervo de Dios electo en obispo de la Nueva Galicia, mas él, por su mucha humildad, no lo quiso aceptar. Volvió de España, año de 1529, y trajo consigo veinte religiosos que fueron después escogidos ministros y obreros en esta viña de el Señor. Vivió en el ministerio evangélico muchos años después de los cuales adoleció de la enfermedad de que murió año de 1553. Y viniéndolo a visitar el médico del convento de Mexico, llamado el doctor Alcázar y viendo que tenía poco de vida, le dijo: padre, encomendaos a Dios porque ya es llegada vuestra hora. A lo cual respondió el santo varón, con gran júbilo y alegría de corazón, como si le hubieran dado unas nuevas de mucho contento. ¡Oh señor doctor, Dios os dé buenas nuevas, como vos a mí me las habéis dado! Quedó el médico de esto tan edificado que salió de la enfermería derramando lágrimas y diciendo: bendito seais vos, señor Dios, en vuestros siervos y amigos, que si a mí, pecador, me dijeran que me iba muriendo, se me juntara el cielo con la tierra; pero no hay que maravillar de estos dos diferentes sentimientos; porque el bendito fraile, como andaba ajustado en sus cuentas, con Dios, no temía parecer en su presencia a darlas de su vida; pues de el justo se verifican aquellas palabras de San Pablo, que dicen: Deseo despojarme de esta vida mortal y estar con Cristo en la perdurable y eterna; y el médico, que entonces no debía de estar en semejante disposición, lloraba los temores con que había de parecer en aquel justo y tremendo tribunal, donde aun el mismo justo (como dice David) teme la presencia del juez; porque nadie sabe, como también dice el Apóstol, si es digno de amor o de odio. Está sepul-

tado este bendito varón en el convento de San Francisco de Mexico, adonde murió, y su alma (según nuestra fe) está esperando aquel dichoso día en el cual ha de vestirse de él, resucitando glorioso y recibiendo el premio de gloria que, según yo creo, ahora goza.

CAPÍTULO XXV. *Vida del padre fray Toribio Motolinía*

FUE EL PADRE FRAY TORIBIO EL SEXTO, en número de los doce, natural de Benavente, en España y profeso de la provincia de Santiago y traspuesto después en la recolección de la provincia de San Gabriel, como casi todos los doce lo fueron. Llamábase fray Toribio de Benavente y cuando llegaron a esta tierra de las Indias, como él y sus compañeros venían descalzos y con hábitos pobres y remendados, mirándolos así los indios decían muchas veces este vocablo, Motolinía, hablándose unos a otros, que en la lengua mexicana quiere decir, pobre o pobres. Fray Toribio, con el deseo que traía de aprenderla, como les oyese tantas veces aquel vocablo, preguntó que qué querían decir; y como le dijesen que quería decir pobre, dijo: Éste es el primer vocablo que sé en esta lengua, y porque no se me olvide, éste será, de aquí adelante, mi nombre; y desde entonces dejó el nombre de Benavente y se llamó Motolinía. Era varón muy espiritual, de mucha y continua oración; pero entre otras virtudes que en él resplandecían, la castidad fue la principal, la cual guardó en sí con extrañísimo ejemplo y cuidado; de donde infiero que era muy amado de Dios, pues le conservaba en tanta limpieza y castidad; la cual virtud es muy de su gracia, sin cuyo favor y amparo no se conserva (como lo dice Salomón en el *Libro de la sabiduría)*[1] y era tan celoso de ella que a un religioso grave y ejemplar, por sólo que le vio una vez llegar la mano al rostro de una niña, que su madre traía en los brazos para que la bendijese, lo reprehendió. Tanto como esto puede la virtud, cuando está con veras arraigada en el alma. Y como es de pechos celosos de la honra de Dios, trabajar mucho para atraerle las almas que con su preciosa sangre redimió, trabajaba siempre, así en enseñar la doctrina cristiana y cosas de nuestra santa fe, a los naturales recién convertidos, como en bautizar, de lo cual era amicísimo. Bien lejos estaba del corazón de este santo varón, lo que dice el Espíritu Santo en los *Proverbios*, del perezoso, que excusándose de trabajar dice: Un león está en la calle y enmedio de la plaza he de ser muerto. Pues sin temer trabajos, ni perdonar caminos, seguía la fuerza de su espíritu en busca de ánimas, deseando la salvación de todos, imitando a nuestro maestro Jesucristo, que en la cruz mostró este deseo, bautizándolo con nombre de sed, diciendo también con el Apóstol: Más he trabajado que otros; pero estos trabajos no han sido de mis solas fuerzas, sino de la gracia de Dios que me ha ayudado en todo. Con este espí-

[1] Sap. 8.

tado este bendito varón en el convento de San Francisco de Mexico, adonde murió, y su alma (según nuestra fe) está esperando aquel dichoso día en el cual ha de vestirse de él, resucitando glorioso y recibiendo el premio de gloria que, según yo creo, ahora goza.

CAPÍTULO XXV. *Vida del padre fray Toribio Motolinía*

FUE EL PADRE FRAY TORIBIO EL SEXTO, en número de los doce, natural de Benavente, en España y profeso de la provincia de Santiago y traspuesto después en la recolección de la provincia de San Gabriel, como casi todos los doce lo fueron. Llamábase fray Toribio de Benavente y cuando llegaron a esta tierra de las Indias, como él y sus compañeros venían descalzos y con hábitos pobres y remendados, mirándolos así los indios decían muchas veces este vocablo, Motolinía, hablándose unos a otros, que en la lengua mexicana quiere decir, pobre o pobres. Fray Toribio, con el deseo que traía de aprenderla, como les oyese tantas veces aquel vocablo, preguntó que qué querían decir; y como le dijesen que quería decir pobre, dijo: Éste es el primer vocablo que sé en esta lengua, y porque no se me olvide, éste será, de aquí adelante, mi nombre; y desde entonces dejó el nombre de Benavente y se llamó Motolinía. Era varón muy espiritual, de mucha y continua oración; pero entre otras virtudes que en él resplandecían, la castidad fue la principal, la cual guardó en sí con extrañísimo ejemplo y cuidado; de donde infiero que era muy amado de Dios, pues le conservaba en tanta limpieza y castidad; la cual virtud es muy de su gracia, sin cuyo favor y amparo no se conserva (como lo dice Salomón en el *Libro de la sabiduría)*[1] y era tan celoso de ella que a un religioso grave y ejemplar, por sólo que le vio una vez llegar la mano al rostro de una niña, que su madre traía en los brazos para que la bendijese, lo reprehendió. Tanto como esto puede la virtud, cuando está con veras arraigada en el alma. Y como es de pechos celosos de la honra de Dios, trabajar mucho para atraerle las almas que con su preciosa sangre redimió, trabajaba siempre, así en enseñar la doctrina cristiana y cosas de nuestra santa fe, a los naturales recién convertidos, como en bautizar, de lo cual era amicísimo. Bien lejos estaba del corazón de este santo varón, lo que dice el Espíritu Santo en los *Proverbios*, del perezoso, que excusándose de trabajar dice: Un león está en la calle y enmedio de la plaza he de ser muerto. Pues sin temer trabajos, ni perdonar caminos, seguía la fuerza de su espíritu en busca de ánimas, deseando la salvación de todos, imitando a nuestro maestro Jesucristo, que en la cruz mostró este deseo, bautizándolo con nombre de sed, diciendo también con el Apóstol: Más he trabajado que otros; pero estos trabajos no han sido de mis solas fuerzas, sino de la gracia de Dios que me ha ayudado en todo. Con este espí-

[1] Sap. 8.

ritu de apóstol se disponía a ir lejas tierras, porque los niños no se muriesen sin bautismo. Fue a la provincia de Quauhtemala, llevando consigo algunos religiosos ejemplares y celosos de la salvación de las almas, y con ellos plantó allí la fe de Jesucristo y hizo muy gran fruto en aquellos naturales. Pasó adelante de Quauhtemala, por ver dos religiosos extranjeros que tuvo noticia andaban en la conversión de los indios, en las provincias de León y Nicaragua; y también por ver un volcán de fuego que está en aquella tierra, que es cosa de admiración, como decimos en otro lugar, y allí hacemos memoria de él muchas veces. Era de esto tan amigo que teniendo relación cierta de estas maravillas de naturaleza, las procuraba ver y las escribía, para que todos los que lo supiesen alabasen a Dios en ellas, como él lo alababa cuando las veía. Volviendo después a esta Nueva España y siendo guardián en la ciudad de Tetzcuco, hubo un año gran seca en toda la tierra y los panes estaban muy bajos, que no crecían, por falta de agua y quemados de los grandes soles. En este tiempo predicó un día a los naturales, con gran fe y fervor de espíritu, y mandóles fuesen en procesión, azotándose, a una iglesia de Santa Cruz que está junto a la laguna grande, y que con toda devoción pidiesen a Dios agua y tuviesen esperanza que no se la negaría. Hiciéronlo así y fue con ellos el santo fray Toribio; y vueltos de la procesión, en llegando al monasterio, comenzó a llover y de allí adelante siempre llovió, hasta que granó el maíz y fue aquel año de mucha cosecha. También acaeció que otro año vinieron tantas aguas y tan continuas que no cesaba de llover de día y de noche; tanto que no sólo los panes se perdían en el campo, mas también las casas, como eran de adobes, se caían. Mandó el varón santo a los indios que fuesen en procesión, azotándose a la iglesia de Santa Cruz; y volviendo de la procesión quiso nuestro señor que luego cesase el agua, como antes cayese muy recia y con ímpetu. Después todo aquel verano llovió templadamente, como lo habían menester; con lo cual los indios quedaron muy edificados y más firmes en la fe cristiana. Todo lo cual se cree haber concedido nuestro Señor por los méritos de este su siervo; porque los ama tanto (a los que lo son verdaderamente suyos) que parece poner en sus manos las llaves de su omnipotencia, como sucedió en otro tiempo con el profeta Elías,[2] que haciendo cesar las aguas de los cielos, por espacio de tres años las hizo comunicar a la tierra, después de esta esterilidad, en la manera que fueron necesarias para fertilizarla y que volviese a dar fruto; porque la petición del justo es eficaz para Dios en especial para cuando se sigue de ella algún bien común de pobres.

Cayó enfermo y estando cercano a la muerte, pocos días antes, tomóle gran deseo y fervor de decir misa; y como el que ha comunicado toda la vida a Dios, con particular comunicación, no se halla ni puede hallar bien ausente, determinó de decirla, donde a solas con él se las hubiese, como el esposo con la esposa, en la soledad de la quietud y sosiego del alma. Hizo poner recaudo en un altar para decirla en el claustro antiguo de San

[2] 3. Reg. 17 et 18.

Francisco de Mexico, y allí fue casi arrastrando, porque no quiso dejarse traer de alguno; que el amor que sentó en la cama a Jacob, para recibir a su hijo Joseph, cuando le dijeron que iba a visitarlo, le animó a este esclarecido varón para que abrazado de él llegase al lugar donde el señor de cielo y tierra había de ser su huésped en lecho y mesa del altar, donde se le había de comunicar sacramentado, haciendo fuerza en los pies de su devoción, con que vencía la flaqueza de sus fuerzas corporales, y con este fervor de espíritu dijo su misa. Y diéronle la extremaunción, poco antes de completas. Acabado de recibir este sacramento, dijo a los religiosos, que presentes estaban, que fuesen a decir completas, que a su tiempo él los llamaría. Enviólos a llamar, acabadas las completas; y estando todos juntos en su presencia y habiéndoles dado su bendición, con muy entero juicio, dio el alma a su criador. El obispo de Xalisco, don fray Pedro de Ayala, de la orden de nuestro padre San Francisco, que presente se halló a su finamiento, le cortó un pedazo de la capilla de el hábito, que tenía vestido el siervo de Dios, porque le tenía mucha devoción, y en reputación de santo, como en la verdad lo era. Murió en el convento de San Francisco de Mexico, donde está enterrado, día del glorioso mártir español San Lorenzo, cuyo muy particular devoto era. Enterráronlo el mismo día, con la misa del santo, en lugar de la de difuntos. En cuyo introito se cantan aquellas palabras: *Confesio et pulchritudo in conspectu eius, etc.* Las cuales, con harta congruidad se pueden aplicar a este apostólico varón, gran confesor de Cristo y hermoso por el ornato de toda virtud, amicísimo de la pobreza evangélica, celoso de la honra de Dios, muy observante de su regla y ferventísimo en la conversión de los naturales, de los cuales bautizó, por cuenta que tuvo en escrito, más de cuatrocientos mil, sin los que se le podrían olvidar; lo cual, lo que lo escribió, lo ví firmado de su nombre. Fue el último que murió de los doce, y sexto provincial, en esta provincia del Santo Evangelio. Escribió algunos libros, los cuales son: *De Moribus Indorum. Venida de los doce primeros padres, y lo que llegados acá hicieron. Doctrina cristiana, en lengua mexicana* y otros *Tratados de materias espirituales y devotas.*

CAPÍTULO XXVI. *En que se contienen las vidas de los siervos de Dios, fray García de Cisneros y fray Luis de Fuensalida*

EL SÉPTIMO DE LOS DOCE FUE fray García de Cisneros, el cual vino de la provincia de San Gabriel, con los demás sus compañeros. Era muy avisado y circunspeto en sus cosas, celoso y muy amigo de la observancia de su profesión; y échase de ver que sería tal; pues los apostólicos padres de aquellos primeros tiempos no dudaron de hacerle cabeza de su pequeñuela grey, agradando al Padre eterno, darle el reino en el mando temporal de esta familia franciscana, que como a pegujal suyo tenía guardada

Francisco de Mexico, y allí fue casi arrastrando, porque no quiso dejarse traer de alguno; que el amor que sentó en la cama a Jacob, para recibir a su hijo Joseph, cuando le dijeron que iba a visitarlo, le animó a este esclarecido varón para que abrazado de él llegase al lugar donde el señor de cielo y tierra había de ser su huésped en lecho y mesa del altar, donde se le había de comunicar sacramentado, haciendo fuerza en los pies de su devoción, con que vencía la flaqueza de sus fuerzas corporales, y con este fervor de espíritu dijo su misa. Y diéronle la extremaunción, poco antes de completas. Acabado de recibir este sacramento, dijo a los religiosos, que presentes estaban, que fuesen a decir completas, que a su tiempo él los llamaría. Enviólos a llamar, acabadas las completas; y estando todos juntos en su presencia y habiéndoles dado su bendición, con muy entero juicio, dio el alma a su criador. El obispo de Xalisco, don fray Pedro de Ayala, de la orden de nuestro padre San Francisco, que presente se halló a su finamiento, le cortó un pedazo de la capilla de el hábito, que tenía vestido el siervo de Dios, porque le tenía mucha devoción, y en reputación de santo, como en la verdad lo era. Murió en el convento de San Francisco de Mexico, donde está enterrado, día del glorioso mártir español San Lorenzo, cuyo muy particular devoto era. Enterráronlo el mismo día, con la misa del santo, en lugar de la de difuntos. En cuyo introito se cantan aquellas palabras: *Confesio et pulchritudo in conspectu eius, etc.* Las cuales, con harta congruidad se pueden aplicar a este apostólico varón, gran confesor de Cristo y hermoso por el ornato de toda virtud, amicísimo de la pobreza evangélica, celoso de la honra de Dios, muy observante de su regla y ferventísimo en la conversión de los naturales, de los cuales bautizó, por cuenta que tuvo en escrito, más de cuatrocientos mil, sin los que se le podrían olvidar; lo cual, lo que lo escribió, lo ví firmado de su nombre. Fue el último que murió de los doce, y sexto provincial, en esta provincia del Santo Evangelio. Escribió algunos libros, los cuales son: *De Moribus Indorum. Venida de los doce primeros padres, y lo que llegados acá hicieron. Doctrina cristiana, en lengua mexicana* y otros *Tratados de materias espirituales y devotas.*

CAPÍTULO XXVI. *En que se contienen las vidas de los siervos de Dios, fray García de Cisneros y fray Luis de Fuensalida*

EL SÉPTIMO DE LOS DOCE FUE fray García de Cisneros, el cual vino de la provincia de San Gabriel, con los demás sus compañeros. Era muy avisado y circunspeto en sus cosas, celoso y muy amigo de la observancia de su profesión; y échase de ver que sería tal; pues los apostólicos padres de aquellos primeros tiempos no dudaron de hacerle cabeza de su pequeñuela grey, agradando al Padre eterno, darle el reino en el mando temporal de esta familia franciscana, que como a pegujal suyo tenía guardada

en estas Indias, ocupada en la siega de tanta mies, como entonces había. Y así fue, que haciéndose provincia esta que antes era custodia del Santo Evangelio, en el capítulo general de Nisa, año de 1535, y teniéndose capítulo en esta Nueva España, dejando el oficio de cuarto y último custodio de ella, el venerable padre, digno de eterna memoria por su mucha virtud y letras, fray Jacobo de Testera, que después fue comisario general de estas partes, con unánime consentimiento de los padres vocales, y por sus muchos méritos y virtud, fue fray García electo en primero provincial de esta provincia. Este oficio hizo el siervo de Dios, con mucha prudencia y aceptación de todos, en el cual mostró la sal de la prudencia con que han de ser salados y saboreados los manjares del gobierno. Y aunque esto sólo pudiera ocuparle y traerle entretenido, no se embarazaba tanto en ello, que no cuidase de sus hijos, los recién convertidos, dejando muchas veces a Dios en la oración y contemplación, por buscarse y hallarse, como Marta en la vida activa de la predicación, con este celo de ver muy estendido su santo conocimiento, y muy aprovechados los que se disponían a creerle. Por esto trabajaba mucho con los indios y predicábales muchas veces su santa palabra. Y porque en su ausencia no faltase este manjar espiritual de las almas, escribía muchos sermones en lengua de los mismos naturales y dejábaselos en los pueblos por donde pasaba, para que los más hábiles de ellos los leyesen y predicasen a los otros, en los domingos y fiestas, cuando se juntaban en la iglesia, los cuales hoy día los tienen en mucho y guardan muchos de los indios. Sabía muy bien que no vive el hombre con solo el pan material; más también con toda palabra que sale de la boca de Dios. Instituyó el Colegio de Santiago Tlatelulco (que es el que en otra parte decimos) a contemplación de los célebres varones, don Antonio de Mendoza, primero visorrey de esta Nueva España y don fray Juan de Zumárraga, primero arzobispo de Mexico. Puso por lectores en él, religiosos santos y doctos, como fueron fray Arnaldo de Basacio, fray Andrés de Olmos, fray Juan de Gaona y fray Bernardino de Sahagún. Al colegio intituló de Santa Cruz, y en él enseñan a leer y escribir los niños, hijos de los naturales, comarcanos a la ciudad de Mexico y otros de más lejos, como allí dijimos.[1] También se fundó, siendo este dicho padre provincial, la Ciudad de los Ángeles, que es la segunda de españoles en esta Nueva España, y fue el que más orden, traza y calor dio para ello, juntamente con el padre fray Toribio Motolinía, de quien también hacemos mención en la misma fundación y ambos la pusieron el nombre de los Ángeles. Teniendo el mismo oficio quiso partirse a los reinos de Castilla, a dar cuenta al emperador y a los prelados de su orden, de muchas necesidades y trabajos que esta nueva iglesia padecía. Y estándose aparejando para esta jornada le dio una enfermedad de que murió; y es de creer fue a gozar de Dios para siempre en su gloria, según lo bien y apostólicamente que vivió. Están sus huesos en el convento de San Francisco de Mexico.

El padre fray Luis de Fuensalida fue el octavo, en número, de los doce, porque debía de ser menos antiguo que los otros siete, primero nombrados.

[1] Supra tomo II, lib. 15, cap. 43.

Tomó el hábito en la provincia de San Gabriel, hombre muy prudente, amigo de su profesión y de toda virtud; pero aunque vino después de ellos a la religión, no fue de los postreros en los deseos de servir a Dios, y de aprovechar a las almas, en especial de los infieles, que se habían descubierto en estas Indias, y vino con los demás a ellas, movido de este santo celo, donde cuando llegó entendía, moderadamente, en la obra de los indios y de su conversión, por no perder sus ejercicios de oración y devoción, porque debía de considerar que importa poco ganar las almas de todos los del mundo, para Dios, si la propria del que las gana (como dice el apóstol) padece algún detrimento y anda distraído, y por no incurrir en este daño partía el tiempo, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Daba a Dios (digo) su espíritu a ratos, en la oración, y a ratos salía a conversar con el prójimo, enseñándole su santa doctrina y evangelio. Fue electo en segundo custodio, después que lo dejó de ser la primera vez el santo fray Martín de Valencia. Aprendió la lengua mexicana y predicó en ella, primero que otro alguno de los doce sus compañeros, y entre ellos fue el que mejor la supo. Diéronle el obispado de Mechoacan y para ello le enviaron cédula del emperador Carlos V; pero, como sabía (como dice el Apóstol)[2] que el que lo desea, desea buena carga, no sólo no quiso aceptarlo por su mucha humildad, sino que renunciándolo dio a entender que no sólo no lo quería, pero que ni por el pensamiento le pasó desearlo.

Llegó, a esta sazón, la nueva a esta tierra, cómo la goleta era tomada y ganada de los infieles, y vínole deseo de pasar a África a predicar a los moros y padecer martirio, por Jesucristo. Por este respecto fue a España, tomando por ocasión que iba a dar cuenta al emperador y al general de la orden del estado de esta tierra, y llegado a España alcanzó la licencia que pretendía, para pasar a África, con otros frailes; pero como esta palma del martirio no es del que la quiere, sino de Dios que lo ordena, como dice San Pablo. Aunque la alcanzó esta licencia, no la pudo cumplir, porque el venerable fray Pedro de Alcántara, que a la sazón era provincial en la provincia de San Gabriel, se la revocó por ventura, porque nuestro Señor determinaba de él otra cosa, o porque le pareció al provincial que aquella provincia tenía necesidad de semejante varón, como era fray Luis, y así pareció, pues fue después en ella difinidor y guardián de los principales conventos que tiene. Pasados algunos años, y teniendo los padres de aquella provincia puestos los ojos en él, para elegirlo por provincial de ella, acordó de volverse a esta Nueva España, diciendo que desde aquí quería levantarse a juicio con sus santos hermanos y compañeros que en otra tierra había dejado. Tornando, pues, de vuelta a estas partes, año de 1545 acabó en el Señor, bienaventuradamente, en la isla de San Germán, donde está enterrado. Bien podemos decir de este siervo de Dios lo que canta la iglesia del glorioso San Martín, que puesto que no pasó de esta vida por cuchillo de persecución, no por eso perdió la palma y corona del martirio, pues lo deseó y sacó licencia para ello.

[2] Ad Tim. 3.

CAPÍTULO XXVII. *Del santo fray Juan de Ribas*

STE BENDITO PADRE FRAY JUAN DE RIBAS es el noveno en número de los doce primeros. Tomó el hábito de religión, en la provincia de San Gabriel, el cual era sumamente pobre de las cosas temporales y de la voluntad, con mucha más pureza, porque sabía este apostólico varón que entre las virtudes en que Cristo señor nuestro instituyó la bienaventuranza, fue la primera la pobreza de espíritu, la cual incluye en sí, no sólo el enajenamiento de todas las cosas temporales, pero todo el deseo de tenerlas, que es lo que en ella se alaba; porque como se dice en el libro de preceptos eclesiásticos, cosa buena es dar los bienes con moderada dispensación a los pobres; pero mejor es darlos todos con intención de seguir a Cristo, pobre y necesitado y ajeno de riquezas, y estando desasido de ellas padecer necesidad con Cristo; y ésta (como dice el Tostado)[1] es una pobreza recibida voluntariamente que nace del espíritu y no de las mismas cosas que se dejan y renuncian y esto con deseo vivo y eficaz de seguir a Cristo, la cual dice que es grande perfección. Ésta, pues, tuvo este varón apostólico, preciándose muy de pobre. Y aunque en su tiempo se guardaba la regla de nuestro padre San Francisco, con harta estrechura en esta Provincia del Santo Evangelio, con todo eso, anhelando con ardentísimo deseo a mayor perfección, este varón de Dios y otros diez o doce con él, hombres de mucho espíritu y religión, procuraron nueva reformación. Con este intento quisieron hacer otra provincia, por sí, la cual llamaron la Insulana, denominándola así del general de la orden, que a la sazón era fray Andrés de la Ínsula. Para este fin el santo fray Juan de Ribas dejó la guardianía de Cuernavaca, y en orden de conseguir su fin anduvieron muchas tierras buscando asiento idóneo para su propósito: y como la paloma que sacó Noé del arca, para que reconociese la tierra, que no hallando lugar donde descansar ni tener reposo, se volvió al arca:[2] así estos benditos padres, después de haber vagueado por muchas partes de los lugares que escogían para su nueva fundación, no hallando ninguno a su gusto, se volvieron a esta sagrada arca de la provincia del Santo Evangelio, de donde habían salido, haciendo nido en ella (como dice Job)[3] para su morada y muerte. Aquí reposó este celoso religioso y amador de la santa pobreza, y estuvo de asiento y fue muchas veces definidor y guardián del convento de México.

Era celosísimo de la observancia de su regla, y especialmente de la pobreza; y en los capítulos, diciendo lo que sentía sobre las cosas que tocaban a la guarda de ella, se encendía tanto en fervor de espíritu que no era en su mano dejar de echar espumajos por la boca, en particular en un capítulo provincial, adonde se ventiló si se recibiría el colegio que ahora tienen en la Ciudad de los Ángeles los padres de Santo Domingo (el cual primera-

[1] Tost. in cap. 5. Math. verb. Beati Pauperes.
[2] Genes. 8.
[3] Iob. 39.

mente dejaba su fundador Luis Romano a la provincia del Santo Evangelio, si nuestros religiosos los quisiesen recibir) comenzando a dar su parecer los que a la sazón eran prelados; y habiendo persuadido el uno de ellos como hombre que tenía energía y retórica, con muchas razones y ejemplos de cosas pasadas en España, que convenía se recibiese, oyólo el santo fray Juan de Ribas, y viendo que por ser prelado de tanta autoridad y letras, el que lo había persuadido, la mayor parte de los votos le seguirían, como de hecho le siguieran; llegada su vez, que fue luego de los primeros, habló con tanto espíritu y celo, fundando el contrario parecer en la estrecha obligación de nuestra profesión a la santa pobreza, con razones muy claras y ejemplos que para ello trajo, deshaciendo los contrarios, que no hubo religioso que después osase contradecirle, sino que todos votaron conforme a su parecer, diciendo que no se recibiese. Tanto era lo que estimaba la perla preciosa de la santa pobreza, como esto; y no sólo la celaba en los otros, mas en sí proprio la amaba, viviendo paupérrimo y andando siempre descalzo. Si este celo y pobreza de este apostólico varón la consideramos, según la superficial vista del mundo, reírnos hemos de que haya quién la defienda y se haga escudo de su amparo. Porque considerando un pobre, según leyes de mundo, es cosa ridiculosa a todos, de todo carece y de todo tiene necesidad, anda mal vestido, come poco y bebe menos, duerme sobre la tierra, sin cama y no hay cosa más ultrajada y de menos estimación, que un pobre; los amigos le dejan, los parientes lo desconocen y niegan, y la república lo menosprecia y huyen de él todos, como de inficionado de peste; y así dice el Espíritu Santo:[4] Las riquezas aumentan amigos muchos; pero del pobre huyen los que solían ser suyos. Al pobre no se le da honra, estímanlo en poco para los oficios de honra y antes lo apartan de ellos y parece que todos le tratan con desdén; y por esto añade el *Eclesiástico*:[5] Habla el rico y todos con atención le oyen y alaban su razón, y la celebran, encareciéndola por más divina que humana; y habla el pobre y dicen todos: ¿Quién es éste? Como quien dice: en hablando el pobre todos son a taparle la boca y a decirle que calle, de manera que el pobre, por serlo, es abatido, según las leyes del mundo; pero, según la de Dios, el pobre (que lo es por sólo servirle) es el rico, en su soberana casa; y a estas solas riquezas atiendan los que menosprecian las temporales por ellas. Y esto amaba el bendito fray Juan de Ribas, y lo estimaba en el mayor precio de las riquezas de su alma. Siendo guardián del convento de Tlaxcalla, le dijeron que el santo varón fray Toribio Motolinía hizo en el convento de Atrisco (donde entonces era guardián) unas dalmáticas de raso, harto pobres. Sintiólo tanto fray Juan de Ribas, verdadero amador de la pobreza, que con aflicción grande de su espíritu y mucho sentimiento respondió al que se lo había dicho. Decid a nuestro hermano fray Toribio, que se quite el nombre de Motolinía (que quiere decir pobre) pues no muestra serlo, en sus obras. Era también fray Juan sincerísimo, que no cabía en su pensamiento ningún género de malicia, ni sospecha siniestra de alguno.

[4] Prov. 19.
[5] Eccles. 13.

Fue grande predicador de los indios, en su lengua mexicana, mostrando en los sermones sumo deseo de la salvación de sus almas. Hacíales representar los misterios de nuestra santa fe y las vidas de algunos santos, en sus propias fiestas; porque mejor lo pudiesen recibir y tener en la memoria, por ser las cosas de ejemplos más vivas para la memoria, que las dichas de palabra. Morando en el convento de Tetzcuco, día de San Juan Bautista, dijo misa, con la mayor devoción que pudo y sin tener enfermedad ninguna, y otro día siguiente, que fue a veinte y cinco de junio del año de 1562, dio el alma a su criador, estando con todo su juicio y alabando el santísimo nombre de Jesús, puesto de rodillas en tierra y de pechos sobre su pobre cama. Está sepultado en el mismo convento de Tetzcuco, y después de pasados algunos años, de su loable fallecimiento, sacaron su cabeza del lugar donde estaba enterrado su cuerpo y no sé con qué intento, pero ahora está puesta en una concavidad pequeña que cabaron en la pared en la capilla mayor, al lado del evangelio, junto a un altar de Nuestra Señora, y tiene una rejita de hierro para que no puedan sacarla y un velo que la cubre. Aquí la tienen, con mucha veneración, y la estiman por reliquia de santo. Escribió algunos tratados, en la lengua mexicana, y son éstos: *Doctrina cristiana o catecismo. Sermones dominicales de todo el año. Flos sanctorum*, traducido en la lengua; y otro, que se intitula: *Preguntas y respuestas, cerca de la vida cristiana.*

CAPÍTULO XXVIII. *Vida del santo fray Francisco Ximénez*

ES ESTE VARÓN DE DIOS EL DÉCIMO de los doce. Vino con ellos de la provincia de San Gabriel, donde tuvo el hábito de religión. Fue muy docto en el derecho canónico, donde se verá que no eran hombres idiotas y simples estos benditos primeros religiosos, como falsamente algunos les quisieron argüir (como dejamos dicho en otra parte)[1] y debió de aprender esta ciencia este venerable varón, en el siglo, antes de tomar el hábito de la sagrada religión franciscana, porque en ella no se lee esta facultad. Era varón de gran sinceridad y humildad; y por esto *dilectus Deo et Hominibus*, amado de Dios y de los hombres (como dice el *Eclesiástico*[2] de Moysén) por su mucha afabilidad y benevolencia con todos, amigo y celoso de su profesión, y aunque pudiera ser sacerdote luego que tomó el hábito, pues tenía ciencia y saber para ello, su humildad fue tanta que en España no quiso ordenarse de misa, hasta que habiendo de pasar a estas partes se ordenó por la necesidad que para la conversión de los indios habría de sacerdotes, aunque era hombre ya de edad y fue el primer sacerdote que cantó misa nueva en este nuevo mundo. Envióle el emperador cédula, para ser primer obispo de Quauhtemala; mas por quedar en el estado hu-

[1] Supra lib. 16. cap. 7.
[2] Eccles. 45.

Fue grande predicador de los indios, en su lengua mexicana, mostrando en los sermones sumo deseo de la salvación de sus almas. Hacíales representar los misterios de nuestra santa fe y las vidas de algunos santos, en sus propias fiestas; porque mejor lo pudiesen recibir y tener en la memoria, por ser las cosas de ejemplos más vivas para la memoria, que las dichas de palabra. Morando en el convento de Tetzcuco, día de San Juan Bautista, dijo misa, con la mayor devoción que pudo y sin tener enfermedad ninguna, y otro día siguiente, que fue a veinte y cinco de junio del año de 1562, dio el alma a su criador, estando con todo su juicio y alabando el santísimo nombre de Jesús, puesto de rodillas en tierra y de pechos sobre su pobre cama. Está sepultado en el mismo convento de Tetzcuco, y después de pasados algunos años, de su loable fallecimiento, sacaron su cabeza del lugar donde estaba enterrado su cuerpo y no sé con qué intento, pero ahora está puesta en una concavidad pequeña que cabaron en la pared en la capilla mayor, al lado del evangelio, junto a un altar de Nuestra Señora, y tiene una rejita de hierro para que no puedan sacarla y un velo que la cubre. Aquí la tienen, con mucha veneración, y la estiman por reliquia de santo. Escribió algunos tratados, en la lengua mexicana, y son éstos: *Doctrina cristiana o catecismo. Sermones dominicales de todo el año. Flos sanctorum*, traducido en la lengua; y otro, que se intitula: *Preguntas y respuestas, cerca de la vida cristiana.*

CAPÍTULO XXVIII. *Vida del santo fray Francisco Ximénez*

ES ESTE VARÓN DE DIOS EL DÉCIMO de los doce. Vino con ellos de la provincia de San Gabriel, donde tuvo el hábito de religión. Fue muy docto en el derecho canónico, donde se verá que no eran hombres idiotas y simples estos benditos primeros religiosos, como falsamente algunos les quisieron argüir (como dejamos dicho en otra parte)[1] y debió de aprender esta ciencia este venerable varón, en el siglo, antes de tomar el hábito de la sagrada religión franciscana, porque en ella no se lee esta facultad. Era varón de gran sinceridad y humildad; y por esto *dilectus Deo et Hominibus*, amado de Dios y de los hombres (como dice el *Eclesiástico*[2] de Moysén) por su mucha afabilidad y benevolencia con todos, amigo y celoso de su profesión, y aunque pudiera ser sacerdote luego que tomó el hábito, pues tenía ciencia y saber para ello, su humildad fue tanta que en España no quiso ordenarse de misa, hasta que habiendo de pasar a estas partes se ordenó por la necesidad que para la conversión de los indios habría de sacerdotes, aunque era hombre ya de edad y fue el primer sacerdote que cantó misa nueva en este nuevo mundo. Envióle el emperador cédula, para ser primer obispo de Quauhtemala; mas por quedar en el estado hu-

[1] Supra lib. 16. cap. 7.
[2] Eccles. 45.

milde que había elegido de fraile menor, no lo quiso aceptar, acordándose de aquellas palabras del *Eclesiástico:*[3] Permanece en tu testamento (que es decir, en la vida humilde y llana de fraile, que escogiste) y trata de las cosas de tu profesión y envejécete en la obra de la obediencia y en los preceptos y mandamientos de la religión; porque como dice el Espíritu Santo en unas palabras, antes de estas referidas: Hay quien trabajando poco se enriquece mucho y éste es el precio de su premio poniendo su gloria y su contento, en decir: Ya he hallado en este estado descanso para mí, y ahora comeré de mis riquezas y rentas y no sabe este tal el tiempo que durará este estado, y cuando vendrá la muerte que se lo quite todo. Por esto no lo quiso aceptar este varón de Dios, fray Francisco, y lo que más estimaba era la oración mental, de la cual nunca apartaba su ánima y andaba tan embebido y absorto en Dios, que tenía necesidad de compañero que le hiciese comer y mudar la ropa. Y no es mucho que si el otro filósofo, contemplando el movimiento de los cielos, estando una vez sentado a la mesa para comer, extendiendo el brazo para tomar el pan, se quedó elevado y no atinó con la comida que este santo varón, contemplando la grandeza y majestad de aquel que crió los cielos se elevase y anduviese tan fuera de sí, que no se acordase de comer manjar corporal por comer el espiritual, que en la oración se le administraba. Muchas veces le preguntaban si había comido y no se acordaba de ello, y esto no por falta de memoria y buen entendimiento (que tal lo tenía) mas por andar siempre en continua oración mental, tratando con Dios, extático y fuera de sí, como enajenado de sus potencias y sentidos.

Siendo guardián del convento de Cuernavaca tenía en su compañía a un religioso, gran siervo de Dios, llamado fray Miguel de las Garrovillas, el cual enfermando, el guardián, usando de su mucha caridad, lo trajo en un caballo a la enfermería de Mexico, para que fuese curado. Y descansando ambos en el camino se soltó el caballo y huyó por lo más alto de la sierra, y para buscarlo y preguntar por él ninguno de los dos se acordó de qué color era; tanto era su pensamiento en Dios, que aun de las cosas que traían entre manos no se acordaban. Fue uno de los primeros que aprendieron la lengua mexicana y la supo muy bien, y el primero que hizo de ella arte y vocabulario, y en ella escribió muy buenas cosas. Examinó también todos los libros y tratados que en esta lengua se habían escrito, por particular comisión, que se le dio para ello. Predicó mucho a los españoles e indios, y de todos era generalmente amado, en especial de los religiosos que en esta Nueva España entonces comenzaron a venir a entender en el ministerio de los indios que fueron los dominicos y agustinos, con quien siempre trataba.

Cuando visitaba los pueblos de los indios, guardaba este orden. En llegando a ellos se entraba en la iglesia a hacer oración y acabada brevemente la oración se asentaba y hacía una plática a los indios que allí estaban juntos; porque ésta fue, desde el principio de su conversión, su loable cos-

[3] Eccles. 11.

tumbre de salir todo el pueblo o poco menos en dos hileras, los hombres en una y las mujeres en otras, a recibir al religioso que les iba a administrar doctrina, y los santos sacramentos. En esta plática les decía la causa de su venida, que era para darles el pan y mantenimiento de la palabra de Dios, y los medicamentos necesarios para la salud de las almas, a los que espiritualmente estuviesen dolientes. Y tras esto, habiéndolos preparado con los avisos que para ello se requieren, primeramente confesaba los que hallaba enfermos y después a los sanos que lo pedían. Este mismo modo han usado ordinariamente los siervos de Dios, obreros de esta viña, en las visitas que hacían, tomando este trabajo (sobre el del camino) por descanso y refrigerio.

Adoleció este santo varón de una grave enfermedad que nuestro Señor le dio, para prueba de su paciencia y más mérito suyo. Y estando en la cama, muy descaecido, sin poderse mover, ni rodear, oyó que le traían el Santísimo Sacramento del cuerpo de nuestro redemptor Jesucristo, y levantóse con mucho fervor de espíritu y puso las rodillas en tierra, con gran ímpetu de devoción que parecía haber cobrado nuevas fuerzas, y así lo recibió. Dio santamente el espíritu al Señor, en el convento de San Francisco de Mexico, donde está enterrado. Después de muerto, el enfermero de aquel convento que se decía fray Lucas de Almodóvar, devoto y santo religioso, conociendo la mucha santidad del siervo de Dios fray Francisco Ximénez, y por la devoción que le tenía, le cortó un dedo de la mano, el cual se le perdió al cabo de un año, sin saber cómo, ni dónde, aunque lo traía siempre en la capilla del hábito. Confesó después este religioso (que era varón de mucha verdad y religión) que en un año que lo trajo consigo no se secó, sino que estaba fresco y daba de sí tanta fragancia de olor que le confortaba. El día que murió en Mexico el santo fray Francisco, en Tuchpa, que es en la provincia de Xalisco, sesenta leguas de Mexico, otro santo varón, llamado fray Daniel, lego, con quien el difunto tenía capitulada hermandad espiritual, como muchos religiosos lo usan en sus religiones lo supo, y el mismo día, fray Daniel dijo a un religioso, en cuya compañía estaba; ha sido nuestro Señor servido de llevar hoy a su gloria al padre fray Francisco Ximénez. Créese, piadosamente, que el mismo fray Francisco, por la hermandad que entre sí tenían, le aparecería por la voluntad del señor. Escribió este bendito padre, con mucha curiosidad y concierto, la vida del santo fray Martín de Valencia, tres años después de su muerte, como quien había sido el más íntimo familiar suyo.

CAPÍTULO XXIX. *De fray Andrés de Córdova y fray Juan de Palos, legos*

ENTRE LAS COSAS EN QUE MÁS RESPLANDECIÓ la sabiduría divina una fue la vocación de sus santos apóstoles, para por ellos conquistar el mundo. No buscó armas, no máquinas, no pertrechos de guerra, ni municiones; no fuerzas de hombres valientes, ni riquezas; no poderío, ni nobleza de linaje, mas unos pobres pescadores flacos, sin letras, ni nombre. Esto nos dice muy claro el Apóstol:[1] Las cosas que el mundo tiene por bobería, eligió Dios para confundir los sabios; y las cosas flacas para confundir las fuertes; y las menospreciadas, y sin nobleza, para confundir las altas. La razón de esto da el glorioso padre San Agustín,[2] diciendo: Si fuera elegido para la predicación del Evangelio algún rey, dijera: Mi dignidad fue elegida. Si los hombres ricos dijeran nuestras riquezas fueron elegidas; si el emperador dijera que su poderío; si el orador, que su elocuencia; si el sabio, que su sabiduría. A solos los pobres, sin letras, nombre ni linaje, les dice Cristo nuestro bien: Venid en pos de mí. Esto se verificó muy bien en los doce apóstoles, por cuya predicación se promulgó la ley cristiana por todo el mundo; y ahora últimamente en este nuevo mundo, por algunos religiosos pobres y sin letras. Entre los tres primeros el uno fray Pedro de Gante, lego, hombre de mucho espíritu, virtud y celo de las almas; y entre los doce (cuyas vidas contamos) fray Juan de Palos, de quien luego haremos mención y fray Andrés de Córdova, de quien ahora tratamos. Este siervo de Dios fue lego simple, mas muy sabio en las cosas del espíritu y servicio del Señor. Vino de la provincia de San Gabriel, y es el undécimo en número, entre los doce. Los viejos santos de esta provincia daban testimonio de su mucha religión, y virtud, y cuán ejemplar obrero fue en esta viña de Cristo. Aprendió la lengua mexicana, y en ella predicó muchas veces a los naturales. Discurrió, por diversas partes, para convertir infieles, siendo mandado por la obediencia; conviene a saber, Mexico, Mechoacan y Xalisco. Pasó santamente a la vida inmortal a recibir el premio de sus santos trabajos. Sus huesos están, con mucha veneración, guardados en una caja de piedra, detrás del altar de la capilla mayor de el convento de Yzatlan, de la provincia de Xalisco, con los de otros cuatro santos frailes que fueron muertos por los indios infieles, en defensión de la santa fe católica. Éstos fueron fray Antonio de Cuéllar, guardián de aquel convento; fray Juan Calero, lego, fray Francisco Lorenzo, sacerdote y otro fraile mancebo, llamado fray Juan.

Fray Juan de Palos fue el duodécimo en número de los doce primeros. Vino de la provincia de Andalucía, lo cual pasó de esta manera: En la obediencia, que el padre generalísimo fray Francisco de los Ángeles (que

[1] 1. Ad Cor. 1.
[2] De Civit. Dei lib. 18. cap. 49.

después fue cardenal de Santa Cruz) dio a los primeros padres que vinieron a esta Nueva España, venían señalados trece, con su prelado, el santo fray Martín de Valencia; entre los cuales venían fray Joseph de la Coruña, sacerdote, y fray Bernardino de la Torre, lego. Quedáronse estos dos en España por la ocasión que en otro libro se dijo; y porque viniese cumplido el número de doce eligieron los demás, con mucho acuerdo, a fray Juan de Palos, lego y muy virtuoso, que moraba en el convento de San Francisco de Sevilla. Fue en esta tierra muy ejemplar trabajador y predicó muchas veces a los indios en la lengua mexicana que aprendió. Acompañó, por la obediencia, a fray Juan Suárez cuando fue a la Florida, con el capitán Pánfilo de Narváez, donde murió de hambre, como en la vida de fray Juan Suárez se dijo; y como fueron compañeros en la peregrinación y muerte, es de creer lo son también en la gloria. Como fue su vida tan corta en esta Nueva España, fue también poco lo que se supo de ella.

CAPÍTULO XXX. *En que se contiene la vida de el santo obispo fray Juan de Zumárraga, y primeramente de su familia, hasta que fue electo en obispo de Mexico*

FUE ESTE VARÓN SANTO VIZCAÍNO, natural de la villa de Durango, adornado de todas virtudes y buenas letras. Tomó el hábito de la religión de nuestro padre San Francisco en el convento de Nuestra Señora de Aranzazu, de la provincia de Cantabria, que entonces se contaba de Burgos; pero como le quería Dios para entregarle las llaves de esta primera iglesia mexicana, no consintió que esta apostólica antorcha estuviése abscondida en aquellas tierras remotas y apartadas; y así le sacó de ellas diciéndole al corazón, como a otro Abraham, de palabras:[1] Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, que quiero que vayas a otras que yo te mostraré, donde te haré padre de muchas gentes. Y como en las cosas ocultas que Dios ordena para los fines que él se sabe, no hay resistencia de parte del que ha de ejecutarlas, como se vido en Jonás,[2] cuando enviándolo a Nínive se iba a Tarso; así parece haber sucedido en este santo varón, que aunque vizcaíno criado en aquella provincia de Cantabria, sin haber salido de ella le tomó gana de dejarla y salirse más a fuera, donde la voz oculta de el Señor le llamaba; y así se pasó a la de la Concepción, no huyendo de la aspereza y religión que tanto se ha conservado en aquella santa provincia, sino buscando más rigor de vida y mortificación, viviendo en casas de el sayal y recoletas; y fue en ella muchas veces guardián y difinidor, y una provincial; los cuales oficios ejercitó con muchísima prudencia y cristiandad.

Siendo guardián de la religiosa Casa de el Abrojo, cerca de Valladolid, tuvo allí una Semana Santa el cristianísimo emperador Carlos V, nuestro

[1] Genes. 12.
[2] Ion. 1, 3.

después fue cardenal de Santa Cruz) dio a los primeros padres que vinieron a esta Nueva España, venían señalados trece, con su prelado, el santo fray Martín de Valencia; entre los cuales venían fray Joseph de la Coruña, sacerdote, y fray Bernardino de la Torre, lego. Quedáronse estos dos en España por la ocasión que en otro libro se dijo; y porque viniese cumplido el número de doce eligieron los demás, con mucho acuerdo, a fray Juan de Palos, lego y muy virtuoso, que moraba en el convento de San Francisco de Sevilla. Fue en esta tierra muy ejemplar trabajador y predicó muchas veces a los indios en la lengua mexicana que aprendió. Acompañó, por la obediencia, a fray Juan Suárez cuando fue a la Florida, con el capitán Pánfilo de Narváez, donde murió de hambre, como en la vida de fray Juan Suárez se dijo; y como fueron compañeros en la peregrinación y muerte, es de creer lo son también en la gloria. Como fue su vida tan corta en esta Nueva España, fue también poco lo que se supo de ella.

CAPÍTULO XXX. *En que se contiene la vida de el santo obispo fray Juan de Zumárraga, y primeramente de su familia, hasta que fue electo en obispo de Mexico*

FUE ESTE VARÓN SANTO VIZCAÍNO, natural de la villa de Durango, adornado de todas virtudes y buenas letras. Tomó el hábito de la religión de nuestro padre San Francisco en el convento de Nuestra Señora de Aranzazu, de la provincia de Cantabria, que entonces se contaba de Burgos; pero como le quería Dios para entregarle las llaves de esta primera iglesia mexicana, no consintió que esta apostólica antorcha estuviése abscondida en aquellas tierras remotas y apartadas; y así le sacó de ellas diciéndole al corazón, como a otro Abraham, de palabras:[1] Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, que quiero que vayas a otras que yo te mostraré, donde te haré padre de muchas gentes. Y como en las cosas ocultas que Dios ordena para los fines que él se sabe, no hay resistencia de parte del que ha de ejecutarlas, como se vido en Jonás,[2] cuando enviándolo a Nínive se iba a Tarso; así parece haber sucedido en este santo varón, que aunque vizcaíno criado en aquella provincia de Cantabria, sin haber salido de ella le tomó gana de dejarla y salirse más a fuera, donde la voz oculta de el Señor le llamaba; y así se pasó a la de la Concepción, no huyendo de la aspereza y religión que tanto se ha conservado en aquella santa provincia, sino buscando más rigor de vida y mortificación, viviendo en casas de el sayal y recoletas; y fue en ella muchas veces guardián y difinidor, y una provincial; los cuales oficios ejercitó con muchísima prudencia y cristiandad.

Siendo guardián de la religiosa Casa de el Abrojo, cerca de Valladolid, tuvo allí una Semana Santa el cristianísimo emperador Carlos V, nuestro

[1] Genes. 12.
[2] Ion. 1, 3.

rey y señor; y como por mandado de su majestad se hiciése muy larga limosna al monasterio, de comida y de todo lo demás necesario al sustento de los religiosos, de ninguna cosa de cuantas le dieron, se quiso el buen prelado aprovechar para sí, ni para sus frailes, más todo lo mandó repartir entre pobres; y él y sus frailes se pasaron con su acostumbrada pobreza. Vino esto a noticia de el emperador; el cual, como viese al siervo de Dios celebrar los oficios de aquella semana, con singular devoción y gravedad, y contemplase en él toda religión, reposo, santidad y mortificación en su persona, lo tuvo de allí adelante en mucho precio y estima. Y no es maravilla que representase este santo varón toda esta compostura exterior, siendo religioso de tan santa vida como lo fue; pues el corazón (como dice el *Eclesiástico*)[3] muda los semblantes de el rostro, así en el bien como en el mal, por ser la parte más esencial de el cuerpo, en el cual están más vivamente todos los sentidos, y en especial en los ojos (como dice el Filósofo)[4] por las muchas y varias diferencias a que mira, y por esto se descubre lo interior de el alma y corazón, mucho más en ellos que en otra parte ninguna de el cuerpo, y en él son conocidos los cuerdos y los que no lo son; y como cuando Dios está en un alma, la trae devota y grave, no puede dejar de hacer esta manifestación en su compostura; y ésta es la que mostraba este varón apostólico y la que el emperador y todos los que lo trataban veían en él. Y como desde entonces concibió mucha y muy grande opinión de su mucha gravedad y prudencia; luego, desde a poco tiempo, hizo que le fuese encomendado el oficio de la Santa Inquisición, para que (pues era vizcaíno y sabía la lengua de aquella tierra) fuese a castigar y enmendar el abuso de las brujas que en Vizcaya se levantaba. Hizo aquel oficio con mucha rectitud y madureza; y por esto, y por sus muchos merecimientos, lo eligió el emperador en primero obispo de Mexico. Rehusó esta dignidad, todo cuanto pudo, el humilde y apostólico varón; mas fue compelido por la obediencia de su superior a aceptarlo. Donde se verifica lo que dejamos dicho, que Dios le sacó de Cantabria a esta provincia de la Concepción, para ponerlo a los ojos de este cristianísimo príncipe, para que viéndolo le encomendase este oficio para que Dios le tenía escogido. Hecho obispo, antes de consagrarse, pasó a estas partes de la Nueva España, año de 1528, con título de electo obispo y protector de los indios, y con grandes poderes de el invictísimo césar Carlos Quinto, para ejercitar esta defensión de menores.

Venido a la Nueva España, como era el santo obispo tan celoso de la honra de Dios y viese la tierra muy disoluta en costumbres, sin temor de la justicia divina, procuró reformarla con todo su posible; pero como cuando la relajación está introducida y puesta en manos de hombres poderosos es imposible, o a lo menos dificultoso el reparalla, no fue esta diligencia gustosa para ninguno de los interesados; y así fue esto ocasión para que siendo él, obispo a todos muy amable, los que en esta tierra estaban apoderados de los indios y se servían de ellos, le cobrasen odio y rencor a él y a

[3] Eccles. 13.
[4] Rhet. lib. 2. cap. 6.

los demás religiosos que miraban por la honra de Dios y por la cristiandad y amparo de los recién convertidos, y los persiguiesen, como a capitales enemigos. Eran los autores de toda esta maldad los mismos que gobernaban la tierra, en ausencia de el gobernador don Fernando Cortés, que como dejamos dicho en otra parte,[5] no sólo no querían ver en este reino quien les contradijese, pero aún algunos de ellos tenía mandado que en el puerto de la Vera Cruz no se obedeciese ningún mandato, que de los reinos de Castilla viniese; y los que con toda esta libertad vivían, mal sufrirían a los que se la rechazaban. Sucedió, pues, que habiendo sacado un hombre que estaba retraído en el convento de mi padre San Francisco de Mexico, y llevándolo a la cárcel, estando puesto entredicho, lo querían sacar a justiciar. Viendo esto el siervo de Dios fray Juan de Zumárraga, con algunos de sus clérigos y con una cruz, toda cubierta de luto fue a la cárcel, a que le diesen el preso y no lo justiciasen, pues le valía la inmunidad de la iglesia, la cual, de oficio, estaba obligado a defender. Los ministros de la justicia, que estaban por la parte de dentro, no sólo con palabras, mas también con armas, se pusieron a defender que no llegasen los eclesiásticos a la puerta de la cárcel. Y no advirtieron estos descomulgados ministros, a que dice Cristo nuestro señor, en defensa de los sacerdotes.[6] El que os tocare me toca a mí en las niñas de mis ojos.

Y no paró aquí el atrevimiento, sino que pasó adelante y levantaron en esta persecución al siervo de Dios, y a aquellos santos religiosos de aquel tiempo, muchos falsos testimonios de cosas feas y deshonestas, que aún la imaginación de ellas no cabía en pechos tan llenos de Dios como los suyos. Escribieron contra estos santos varones al emperador y a su Consejo de Indias para desacreditarlos, por si informasen contra ellos de lo que pasaba. Y por otra parte pusieron la diligencia posible para no dejar pasar a España cartas suyas, como en efecto no las pudieron enviar, hasta que un marinero vizcaíno se ofreció al santo obispo, en secreto, de llevarlas y darlas en su mano al emperador (como en otra parte decimos). Y así lo cumplió, que las llevó dentro de una boya, muy bien breada y echada a la mar, hasta que la pudo sacar a su salvo; y llegado a España las puso en manos de la cristianísima emperatriz, en ausencia del emperador, la cual las leyó con muchas lágrimas, sintiendo los grandes trabajos y persecuciones que el siervo de Dios y los otros religiosos padecían. Y mandó luego, con toda brevedad, despachar navío para la Nueva España, y deponer de sus oficios al gobernador y oidores y embarcarlos para España, los cuales murieron mala muerte, en breve tiempo. Y aquí se verificó, lo que luego dice Dios por el mismo santo profeta Zacarías:[7] Veis aquí cómo yo levanto mi mano sobre ello, no amagando a herir, sino hiriéndolos en todo lo más que pueden ser castigados en la vida, que es afrentarlos y hacerlos tratar con despecho, y serán rendidos y avasallados de aquellos que ellos antes persiguieron, como les sucedió; y los que acá quedaron, que habían sido en informar

[5] Supra tomo I. lib. 15. cap. 22 et lib. 5.
[6] Zach. 2.
[7] Zach. 2, 9.

falsamente de los santos religiosos, se desdijeron públicamente, con testimonio de escribano.

Proveyó, dende a poco, la emperatriz, gobernadora que era de los reinos de España, otros jueces para la Audiencia Real de Mexico, buenos cristianos y temerosos de Dios y envió a llamar al obispo para que se consagrase. Volvió por este mandato a España, año de 1532, con harta pobreza de dineros y de lo demás (según lo mucho que le convenía negociar) para su consagración. En España defendió, con pecho apostólico, la inocencia de los religiosos, y suya y quitó (en lo que pudo) la miseria y vejación de los afligidos indios. Anduvo por España, pobre y penitentemente, animando a los religiosos que veía ser para ello, a que viniesen a tan santa empresa, como era la conversión de tantas almas a la fe de Cristo. Tornó consagrado a esta Nueva España, año de 1534, con mucha honra y valor como su persona y vida lo merecían. Tenía más tierno amor a los indios convertidos, que ningún padre tiene a sus hijos. En sus enfermedades y trabajos lloraba con ellos y nunca se cansaba de servirlos y llevarlos sobre sus hombros, como verdadero pastor. Fue parte para moderar los tributos que entonces daban, así al rey, como a los encomenderos, de oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas ricas, y para que no fuesen vejados con el trabajo de los sumptuosos edificios de casas que hacían para los españoles. Antes de su ida a España había escrito al emperador y a su Consejo de Indias, suplicando que a los indios esclavos, se diese libertad por el inicuo abuso que cerca de esto pasaba, pues los que los tenían era con mal título y contra conciencia. Y lo mismo escribieron otros graves religiosos de aquel tiempo, y lo solicitaba en corte el obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas, a lo cual acudió con mucho acuerdo el dicho Consejo; y se envió la primera provisión, para que fuesen libertados los indios esclavos, antes que este santo obispo fuese a España, firmada de la emperatriz año de 1530. Y después que de allí volvió con otros mayores favores, que trajo, lo solicitó con mucha diligencia, hasta que tuvo el debido efecto.

Dijéronle a este varón de Dios una vez, ciertos caballeros, que no gustaban de verlo tan familiar para con los indios: mire vuestra señoría señor reverendísimo, que estos indios como andan tan desarrapados y sucios dan de sí mal olor; y como vuestra señoría no es mozo, ni robusto, sino viejo y enfermo, le podría hacer mucho mal el tratar tanto con ellos. El obispo les respondió, con gran fervor de espíritu: Vosotros sois los que oléis mal y me causáis con vuestro mal olor, asco y disgusto, pues buscáis tanto la vana curiosidad y vivís en delicadezas como sino fuésedes cristianos, que estos pobres indios me huelen a mí al cielo y me consuelan y dan salud, pues me enseñan la aspereza de la vida y la penitencia que tengo de hacer, si me he de salvar. Ocupábase siempre (o los más días que podía) en doctrinarlos, y para esto tenía un lugar diputado a las espaldas de su iglesia mayor, donde tenía púlpito y altar para decirles misa, y allí enseñaba la doctrina cristiana a sus nuevas plantas, diciéndoles él mismo las cuatro oraciones y aguardando a que fuesen respondiendo; y de esta manera toda la demás doctrina de artículos y mandamientos, como si fuera

maestro de niños, asalariado para esto, y no sólo a indios, pero también a los negros y gente de servicio de los españoles. Y para saber el aprovechamiento que tenían iba preguntando a uno el *Pater noster*, a otro el *Ave María*, y a otro el *Credo*, y de esta manera discurría por la demás doctrina; y al que preguntaba y no sabía, reprehendía, como padre muy amoroso, y lo amonestaba caritativamente, representándole la obligación que tenía, siendo cristiano, en saber aquellas cosas que eran forzosas para su cristiandad. Bien se echa de ver en este cuidado el deseo que tenía de la salvación de las almas, y lo poco que cuidaba de su estimación, a imitación de Cristo señor nuestro, que a trueque de justificar pecadores comía con ellos y se les entraba por las puertas y no hacía caso del poco que de él hacían los fariseos, por verle ocupado en estas cosas.

CAPÍTULO XXXI. *De cómo el santo varón, con ser obispo, fue observantísimo de su regla y muy solícito en su oficio, y de la abstinencia, pobreza y humildad que siempre tuvo*

FUE ESTE BENDITÍSIMO PRELADO MUY AMIGO de la virtud y de virtuosos, y acérrimo reprehendedor de vicios y viciosos, y tan enemigo de la ociosidad que no permitía que alguno de su casa estuviese ocioso; fue amicísimo de la limpieza, por lo cual jamás consintió que mujer alguna entrase en su casa, aunque fuese necesaria al servicio de ella, ni nunca consintió que por alguna ocasión subiese mujer a lo alto y aposentos de ella, antes lo tenía todo cerrado, como un monasterio, porque sabía (como quien también sabía) que la ocasión suele derribar los más fuertes y robustos corazones, como sucedió a David, en la vista de Bersabé; y a Holofernes, en la de Judith, y el que ama el peligro (como dice el Espíritu Santo)[1] perecerá en él y trairía a la memoria aquellas palabras del sabio,[2] en los *Proverbios*, que dice: El que ama la puridad y limpieza del corazón, será querido y amado del rey, por la graciosidad y honestidad de sus palabras, porque en ellas se trasluce su corazón, diciendo Cristo que la abundancia de él rebosa por la boca, y siendo tal será estimado del rey del cielo, que es Dios, y de los de la tierra, que son los hombres,[3] los cuales (como dice Lira) antiguamente no consentían a ninguno en su servicio y presencia, que no fuese limpio y casto. Y esta virtud, que tanto resplandecía en este bendito prelado, debió de ser mucha parte para conocer en él el invictísimo emperador la idoneidad que tenía para ser padre primero de esta mexicana iglesia que, aunque es verdad que en todos tiempos son necesarias personas tales, fue, empero, muy conveniente que en aquellos primeros resplandeciese la perfección de este venerable y religioso padre, donde la altura de

[1] 2. Reg. 11. Iudith 10.
[2] Prov. 22.
[3] Math. 12.

maestro de niños, asalariado para esto, y no sólo a indios, pero también a los negros y gente de servicio de los españoles. Y para saber el aprovechamiento que tenían iba preguntando a uno el *Pater noster*, a otro el *Ave María*, y a otro el *Credo*, y de esta manera discurría por la demás doctrina; y al que preguntaba y no sabía, reprehendía, como padre muy amoroso, y lo amonestaba caritativamente, representándole la obligación que tenía, siendo cristiano, en saber aquellas cosas que eran forzosas para su cristiandad. Bien se echa de ver en este cuidado el deseo que tenía de la salvación de las almas, y lo poco que cuidaba de su estimación, a imitación de Cristo señor nuestro, que a trueque de justificar pecadores comía con ellos y se les entraba por las puertas y no hacía caso del poco que de él hacían los fariseos, por verle ocupado en estas cosas.

CAPÍTULO XXXI. *De cómo el santo varón, con ser obispo, fue observantísimo de su regla y muy solícito en su oficio, y de la abstinencia, pobreza y humildad que siempre tuvo*

FUE ESTE BENDITÍSIMO PRELADO MUY AMIGO de la virtud y de virtuosos, y acérrimo reprehendedor de vicios y viciosos, y tan enemigo de la ociosidad que no permitía que alguno de su casa estuviese ocioso; fue amicísimo de la limpieza, por lo cual jamás consintió que mujer alguna entrase en su casa, aunque fuese necesaria al servicio de ella, ni nunca consintió que por alguna ocasión subiese mujer a lo alto y aposentos de ella, antes lo tenía todo cerrado, como un monasterio, porque sabía (como quien también sabía) que la ocasión suele derribar los más fuertes y robustos corazones, como sucedió a David, en la vista de Bersabé; y a Holofernes, en la de Judith, y el que ama el peligro (como dice el Espíritu Santo)[1] perecerá en él y trairía a la memoria aquellas palabras del sabio,[2] en los *Proverbios*, que dice: El que ama la puridad y limpieza del corazón, será querido y amado del rey, por la graciosidad y honestidad de sus palabras, porque en ellas se trasluce su corazón, diciendo Cristo que la abundancia de él rebosa por la boca, y siendo tal será estimado del rey del cielo, que es Dios, y de los de la tierra, que son los hombres,[3] los cuales (como dice Lira) antiguamente no consentían a ninguno en su servicio y presencia, que no fuese limpio y casto. Y esta virtud, que tanto resplandecía en este bendito prelado, debió de ser mucha parte para conocer en él el invictísimo emperador la idoneidad que tenía para ser padre primero de esta mexicana iglesia que, aunque es verdad que en todos tiempos son necesarias personas tales, fue, empero, muy conveniente que en aquellos primeros resplandeciese la perfección de este venerable y religioso padre, donde la altura de

[1] 2. Reg. 11. Iudith 10.
[2] Prov. 22.
[3] Math. 12.

la vida secular era tanta; que para parecer república muy desconcertada y perdida esta de la Nueva España, ya le faltaba muy poco y viniera, sin duda, a dar muy grande caída, si los hombres de tan apostólico prelado, con la ayuda de los pobres frailes mendicantes que entonces había en ella no la sustentaran.

No le daban gusto las ceremonias excusadas del mundo, y aborrecía los cumplimientos vanos y sin provecho. En su comer, beber y vestir, era muy limpio, aunque comía y vestía pobremente, y solía decir que el clérigo y religioso habían de traer sus vestiduras limpias, aunque pobres y remendadas, por la dignidad de su oficio. Siendo obispo vivió como muy perfecto religioso, así en preciarse de la humildad y pobreza, en lo que tocaba a su persona, vistiéndose como en la orden, de áspero vestido y durmiendo en pobre cama, como en levantarse a maitines a media noche y comer siempre con lección y silencio, y no permitir que se trajesen a su mesa más raciones y platos de lo que suelen comer, comúnmente, los religiosos en sus conventos; porque sabía este bendito prelado que aunque quedaba libre (siendo obispo) de las reglas y estatutos de la religión, cuanto a su obligación legal (aunque no de los tres votos esenciales) no quedaba libre de esta obligación, cuanto al vínculo moral, cómo dicen algunos sumistas; porque cosa de mucha edificación es, teniendo la mitra y báculo, preciarse también de fraile, guardando lo que los otros frailes guardan; y así lo dice Cayetano,[4] y esto conservó este apostólico varón todo el tiempo de su vida. Los tapices y paños de su casa eran muchos y buenos libros, porque era amicísimo de letras y de los que las tenían con humildad.[5] En las misas y órdenes que celebraba y otros actos pontificales, y en predicar la palabra divina su muy venerable persona, representaba bien la dignidad que tenía. Mas fuera de estos tiempos y oficios de autoridad, tratábase como fraile menor, humilde, acordándose de Cristo señor nuestro, que dice por San Mateo:[6] Que el hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir; y en otras palabras, antes de éstas, que advierta el que ha de ser prelado en su iglesia que ha de ser humilde ministro y, el primero en dignidad, siervo de todos en todas las cosas.

Y como era verdadero ministro evangélico hacía el oficio de la crisma y confirmación, con tan gran espíritu y lágrimas, que movía a devoción a los que presentes se hallaban, y cuando lo ejercitaba no se acordaba de comer, porque tenía por manjar hacer la voluntad de nuestro señor Dios, dándoles a estos nuevamente convertidos el sacramento, que con devoción pedían, ni jamás se cansaba, ni había otro remedio para acabar más de quitarle la mitra de la cabeza, y ausentarse los padrinos; porque si esto no hacían estuviera hasta la noche confirmando. Cuando iba a confirmar, y visitar su obispado, las más veces iba casi solo o con muy poca gente, por no dar vejación a los indios, y confirmábalos con candelas que él de su casa llevaba, por no los echar en costa y porque algunos no dejasen de confir-

[4] Caietan. in corpore 27 qq cap. 27.
[5] Div. Thom. 2. 2 q. 85. art. 8.
[6] Math. 20.

marse, por falta de un real o medio que podía valer la candela, considerando su mucha pobreza y miseria. Era tan fraile de Santo Domingo y de San Agustín, en la aficción, familiaridad y benevolencia, como de San Francisco, porque con una misma igualdad de amor y voluntad, trataba con todos, así en obras como en palabras, con lo cual era a todos amabilísimo. Esforzábalos mucho y amonestábalos a que aprendiesen las lenguas de los indios y a que trabajasen, sin cansarse, en la viña tan amplia del Señor, donde estaban puestos por sus obreros. Defendíalos también de los que los perseguían y calumniaban, oponiéndose a sus contrarios, como la gallina al gavilán, cuando le acomete a sus pollos; acordábase este santo obispo, que dice Dios en los *Proverbios*:[7] Haz bien, cuando pudieres hacerlo. Y que dice San Pablo:[8] Que el que lo es ha de ser caritativo y misericordioso, y en ninguna cosa más se manifiesta la misericordia que en dar limosna y hacer bien a pobres y necesitados. Por esto hacía muy grandes y largas limosnas a los religiosos, dándoles, en común y en particular, lo que habían menester de libros, vestuarios y otras cosas, y ofreciéndose a todo lo demás que le quisiesen pedir. Proveía, abundantemente, lo necesario a las enfermerías de los tres conventos de Mexico, que en aquel tiempo no había otros; y porque sabía que esta obligación de dar limosna es muy propia de los eclesiásticos, en especial de los obispos, por ser como despenseros y mayordomos de los pobres: por esto también, en la misma ciudad, hacía otras muchas limosnas a mujeres viudas y huérfanos y pobres necesitados; y todos se admiraban, cómo con tan poca renta hacía tanta limosna. Una vez, no teniendo que dar a un indio que le pidió limosna, le dio el paño con que se limpiaba el rostro. Edificó en Mexico las casas arzobispales y el Hospital de San Cosme y San Damián para curar en él los enfermos de enfermedades contagiosas. Edificó también la enfermería antigua de el monasterio de San Francisco, adonde estuvo su retrato, sacado al natural. Y no dejó de importunar a los religiosos, que le dejasen edificar todo el monasterio; lo cual ellos no permitieron por el mucho celo que aquellos benditos padres tenían y amor a la santa pobreza. En Durango, su patria, puso cierta renta para sustento de religiosas beatas y para que fuesen proveídos los frailes y pobres que allí llegasen.

Cuando le venía de España algún pariente, hacíale que ejercitase el oficio que sabía, y con él ganase de comer; y decíale que no esperase mayorazgos ni mercedes, por ser deudo de obispo; y favorecíale en lo que justificadamente podía, por ser lícito a los obispos dar de comer a sus deudos pobres, para que no caigan de su estado y se conserven en él; pero no más de lo lícito y honesto; para cuyo ejemplo tenemos al santísimo pontífice Pío Quinto, honra, y gloria de la orden de Santo Domingo, que siendo príncipe de la iglesia, no quiso, a petición de los señores cardenales, dotar a una sobrina suya con más de mil ducados; porque decía este santo varón que como a pobre la casaba y para su sustento era muy sobrada aquel dote; y este admirabilísimo y ejemplar caso nos dejó escrito, para perpetua memo-

[7] Prov. 3.
[8] 1. Ad Tim. 3.

ria, Navarro, en su tratado, de las rentas eclesiásticas. Visitaba los hospitales y él mismo curaba los enfermos, con mucha caridad. Su librería, que era mucha y buena, repartió, dejando parte de ella a la iglesia mayor y parte a los conventos de las tres órdenes. Sabía que la carne mortificada sirve mejor al espíritu y el cuerpo penitente, se sujeta mejor a la razón; por esto ayunaba los ayunos de la regla de nuestro padre San Francisco, como cuando estaba sujeto a la orden y algunas veces la cuaresma, que llaman de los benditos, porque el bienaventurado San Francisco, mi padre, echó su bendición a los que la ayunasen, que es desde la fiesta de los Reyes, hasta cuarenta días continuos. Sin esto ayunaba otros días por su devoción. Y porque el demonio no tuviese parte en las culpas que por omisión o remisión podía cometer, como hombre, iba los viernes al monasterio de San Francisco y decía su culpa en el capítulo de los frailes, como los mismos frailes lo acostumbran y recibía, con extraña humildad, las reprehensiones y penitencias que le daba el que allí presidía; y esto hizo más veces el tiempo que estuvo electo, antes de consagrarse. Una vez colgaron en su casa unos paramentos de lienzo de la tierra; y como fuese (como solía) al convento de San Francisco, dijéronle algunos frailes, sus amigos y devotos, que ya era obispo y no fraile, pues había compuesto su casa como obispo. Sintió esto dentro de su alma el santo prelado; y volviendo a su casa, él mismo comenzó a derribar los paramentos o cortinas, y decía a los de su casa con lágrimas: Dícenme, que ya no soy fraile, sino obispo; pues yo más quiero ser fraile, que obispo. ¡Oh bienaventurado varón, que pudiendo usar de estas colgaduras honestas, siendo, como era, obispo, cedió el derecho de su dignidad y lo sujetó al estado de pobre fraile de San Francisco! Y porque de éstos hay pocos, los señala como con el dedo, el Espíritu Santo,[9] y dice: ¿Quién es éste y alabarle hemos? Y mostró muy bien desear más ser fraile pobre, que obispo; pues luego procuró renunciar el obispado, aunque no tuvo efecto su renunciación; porque ni el papa, ni el emperador quisieron condescender con su petición.

Cuando no tenía compañero religioso que lo confesase en su casa, se iba a confesar al convento de San Francisco, que no está cerca, sino algo lejos y se volvía a celebrar a su iglesia, llevándose él mismo el breviario en sus manos, para rezar el oficio divino, y no desdecía esto a su santa autoridad. Aconteció una vez que un hombre honrado, que había venido de el Perú a la ciudad de Mexico, vio a este santo obispo, de esta manera ir solo por la calle, y pareciéndole persona de autoridad, preguntó, ¿quién era aquel fraile? Y como le dijesen que era el obispo de la ciudad, maravillado de su mucha humildad y llaneza, dijo: ¡Oh dichosa ciudad, que tal obispo ha merecido tener! No condenó los coches, ni las mulas, pues a la dignidad episcopal se debe toda estimación y autoridad; pero alabo a Dios, en éste su siervo, que tanto se autorizaba con su humildad. Andando algún camino, cuando le acontecía llevar en su compañía religiosos de alguna de las órdenes no quería subir en un humilde jumento, que para alivio de su vejez

[9] Eccles. 31.

traía, más caminaba a pie con ellos; porque en aquel tiempo todos los religiosos de las tres órdenes, aunque fuesen prelados superiores, andaban a pie y muchos de ellos descalzos. Los religiosos, con mucha importunación, le rogaban que subiese en la bestia, pues para eso la llevaba, y que no convenía que una persona de su edad y dignidad se igualase con ellos. A lo cual les respondía, que pues los siervos de Dios andaban a pie, no era justo que él en su compañía anduviese a caballo. Supo este santo varón el día y hora de su muerte, y díjolo a muchos; y como candela, que cuando se acaba da mayores resplandores, así doblaba los trabajos en todo, castigando más su cuerpo y reduciéndolo a servidumbre (como dice el Apóstol) porque sabía que en premio de estos humanos servicios, le había de enriquecer Dios con riquezas de el cielo y hacerle libre de el pesado y cargoso tributo, y pecho que pagan los desventurados hombres en el infierno. Y considerando que pasarían algunos años, después de su muerte, antes que viniese otro prelado que pudiese confirmar, mandó dar aviso por todos los pueblos de la comarca de Mexico, para que en aquella ciudad se viniesen a confirmar los que no se hubiesen confirmado y a recibir el olio santo y crisma los que no lo habían recibido, cuando se bautizaron, que eran muchos; los cuales juntos en la solemne capilla de San Joseph, que está en el patio de el monasterio de San Francisco, confirmó y puso la crisma, y olio santo, a los que no lo habían recibido, ayudándole, en estos actos, muchos sacerdotes que se hallaron presentes.

CAPÍTULO XXXII. *Con cuánta dificultad aceptó la dignidad arzobispal el santo fray Juan de Zumárraga, y de su bienaventurada muerte y sentimiento que por él hizo toda la ciudad*

YA SE HABÍAN PASADO CUARENTA Y SEIS AÑOS de la conquista de esta tierra, y veinte y siete que había obispos en ella, habiendo sido el eruditísimo varón don fray Julián Garcés el primero de Tlaxcalla, y este santo fray Juan, de Mexico y otros en otras partes, con que las Indias estaban ilustradas; pero para que de todo punto lo estuviese la dignidad eclesiástica faltaba arzobispo, y este cuidado, aunque ninguno de los de acá le tenían, porque cada cual estaba contento con su suerte, le tuvo muy grande el gloriosísimo emperador, que como padre de estas gentes, trabajaba por magnificarles el reino, impetró de la Silla Apostólica, Bulas para que fray Juan de Zumárraga, que era obispo de Mexico, fuese arzobispo, por ser prelado de la ciudad imperial de el reino mexicano. Éstas le vinieron con cartas de el mismo emperador, las cuales recibió en el pueblo de Ocuituco, pocos días después de lo referido en el fin de el capítulo pasado, donde estaba confirmando; porque como decimos, viéndose tan viejo y cercano a la muerte, trabajaba en este ministerio con la continuación que a los principios, cuando vino a la tierra de la Nueva España. Estos nuevos

traía, más caminaba a pie con ellos; porque en aquel tiempo todos los religiosos de las tres órdenes, aunque fuesen prelados superiores, andaban a pie y muchos de ellos descalzos. Los religiosos, con mucha importunación, le rogaban que subiese en la bestia, pues para eso la llevaba, y que no convenía que una persona de su edad y dignidad se igualase con ellos. A lo cual les respondía, que pues los siervos de Dios andaban a pie, no era justo que él en su compañía anduviese a caballo. Supo este santo varón el día y hora de su muerte, y díjolo a muchos; y como candela, que cuando se acaba da mayores resplandores, así doblaba los trabajos en todo, castigando más su cuerpo y reduciéndolo a servidumbre (como dice el Apóstol) porque sabía que en premio de estos humanos servicios, le había de enriquecer Dios con riquezas de el cielo y hacerle libre de el pesado y cargoso tributo, y pecho que pagan los desventurados hombres en el infierno. Y considerando que pasarían algunos años, después de su muerte, antes que viniese otro prelado que pudiese confirmar, mandó dar aviso por todos los pueblos de la comarca de Mexico, para que en aquella ciudad se viniesen a confirmar los que no se hubiesen confirmado y a recibir el olio santo y crisma los que no lo habían recibido, cuando se bautizaron, que eran muchos; los cuales juntos en la solemne capilla de San Joseph, que está en el patio de el monasterio de San Francisco, confirmó y puso la crisma, y olio santo, a los que no lo habían recibido, ayudándole, en estos actos, muchos sacerdotes que se hallaron presentes.

CAPÍTULO XXXII. *Con cuánta dificultad aceptó la dignidad arzobispal el santo fray Juan de Zumárraga, y de su bienaventurada muerte y sentimiento que por él hizo toda la ciudad*

YA SE HABÍAN PASADO CUARENTA Y SEIS AÑOS de la conquista de esta tierra, y veinte y siete que había obispos en ella, habiendo sido el eruditísimo varón don fray Julián Garcés el primero de Tlaxcalla, y este santo fray Juan, de Mexico y otros en otras partes, con que las Indias estaban ilustradas; pero para que de todo punto lo estuviese la dignidad eclesiástica faltaba arzobispo, y este cuidado, aunque ninguno de los de acá le tenían, porque cada cual estaba contento con su suerte, le tuvo muy grande el gloriosísimo emperador, que como padre de estas gentes, trabajaba por magnificarles el reino, impetró de la Silla Apostólica, Bulas para que fray Juan de Zumárraga, que era obispo de Mexico, fuese arzobispo, por ser prelado de la ciudad imperial de el reino mexicano. Éstas le vinieron con cartas de el mismo emperador, las cuales recibió en el pueblo de Ocuituco, pocos días después de lo referido en el fin de el capítulo pasado, donde estaba confirmando; porque como decimos, viéndose tan viejo y cercano a la muerte, trabajaba en este ministerio con la continuación que a los principios, cuando vino a la tierra de la Nueva España. Estos nuevos

recados le pusieron en grande angustia; porque él, por su mucha humildad, no quería aceptar esta dignidad, diciendo, que aun para la que tenía de obispo no era digno, cuanto más para otra superior. Los religiosos de todas las órdenes, por otra parte, le aconsejaban que la aceptase, si no eran dos, de quien él hacía mucha cuenta. Y habiéndose vuelto de el pueblo de Ocuituco a Mexico, y estando perplejo y dudoso en lo que haría, porque los ciudadanos de Mexico no le fuesen a importunar que aceptase la nueva dignidad, acordó de partirse para un pueblo que se llama Tepetlaoztoc, que dista de Mexico ocho leguas, donde a la sazón era morador su muy íntimo amigo y siervo de Dios fray Domingo de Betanzos, de la orden de los predicadores, en cuyas manos, como lo decía el bendito pontífice, deseaba morir.

Salió de Mexico, víspera de Pascua de Espíritu Santo, después de media noche, y diose tanta priesa a caminar en un jumento, harto humilde, de que siempre usaba, que llegó a las nueve de el día al dicho pueblo de Tepetlaoztoc, donde fue alegremente recibido de los religiosos de el monasterio. Diéronle allí, al tiempo de el comer, un poco de vino, mas por muchos ruegos y persuasiones que para ello le hicieron, no pudieron acabar con él que lo bebiese, aunque la necesidad que traía era grande, por su vejez y cansancio. Esto hizo porque sabía este apostólico varón que los religiosos de aquel convento no lo habían de beber, y por no tenerse por más digno que ellos, no lo quiso hacer; tanto como esto era recatado en el buen ejemplo y huía de la singularidad, temiendo santamente no parecer más que otro, en el trato, ya que se conocía por menor que todos, en la humildad, de lo que de sí mismo sentía. Y bien apartado estaba de este templadísimo y abstinentísimo varón, el temor de San Pablo,[1] que dice a los que lo beben, que huían de su demasía, porque en él está la destemplanza y soltura, en la carnal torpeza. Estuvo allí cuatro días, platicando y confiriendo sobre si aceptaría o no la dignidad de arzobispo; y en ellos confirmó 14 500 indios, trabajo muy excesivo para hombre de tanta edad, que pasaba de ochenta años. Esto certificó el vicario que entonces era de aquel monasterio, porque hizo contar las vendas de los confirmados.

El jueves siguiente, después de Pascua, le dio su mal de orina, de que era muy apasionado y púsolo en tanto aprieto que tuvo necesidad de volverse a la ciudad, donde Dios quería, que muriese. Vino con él su muy grande amigo, fray Domingo de Betanzos, que como deseaba morir en sus brazos, parece que quiso Dios cumplirle sus deseos, obligándole a que fuese por él a su casa. Fue creciendo el mal y afligiéndole la orina, que en mucha edad es muy trabajosa, en especial apoderada de un cuerpo tan sin regalo, y hecho a sufrir trabajos continuos; y una hora antes que muriese dijo a los religiosos que con él estaban: ¡Oh padres, cuan diferente es verse el hombre en el artículo de la muerte o hablar de ella, porque en aquel paso el más justo teme y le parece difícil la jornada! Esto mismo vemos en el santo abad Hilarión, que murió de la misma edad que nuestro santo obispo,

[1] Ad Ephes. 5.

que llegándosele la hora y afligiéndosele el alma de verse morir, le dijo: Sal, ¿qué temes?, sal, ánima mía, ¿qué dudas? Has servido a Dios casi setenta años y temes de morir? Pues cierto es que era santo este venerable abad; pero la hora de la muerte es tan rigurosa, que a los muy santos hace temblar la barba y afligírseles el corazón, y con este sentimiento debió de decirlas este santo obispo. Palabras son, pues, éstas, que deben causar espanto a todos aquellos que no sólo no se disponen a morir, pero ni aun se acuerdan que son mortales, ni que han de llegar a verse en el mismo paso. Porque si este apostólico varón, que toda su vida la había gastado en componer sus causas para el buen despacho de ellas, en esta hora teme el haber de desenvolverlas en la sala y tribunal de Dios, ¿qué hará el que no las ha ajustado, ni tiene libro de gasto, teniendo en su alma el de el recibo de tantas mercedes y beneficios, como de Dios ha recibido? Acordábase este escrupulosísimo prelado, que dice San Pablo, que es trabajosa carga el serlo, y que deben velar mucho por la grey encomendada porque son pastores y están obligados a dar cuenta de sus ovejas y mirar que ninguna se lleve el lobo de el infierno, por negligencia y descuido suyo; y que si así no se hace es caso horrendo y crudo, como dice San Pablo,[2] caer en las manos de Dios vivo, que es decir, Dios enojado, a diferencia de Dios muerto, que es puesto en una cruz, haciendo a todos misericordia,

Recibió los sacramentos de la eucaristía, y extremaunción, y luego dio su alma a Dios diciendo aquellas palabras que Cristo dijo en la cruz, pasando de esta vida caduca y mortal a la soberana y eterna: *In Manus tuas Domine commendo spiritum meum;* en los brazos de el apostólico varón fray Domingo, cumpliéndole Dios el deseo que tenía de verse morir en ellos, pudiendo decir en su glorioso tránsito: *Non sum fraudatus a desiderio meo,* que no había sido defraudado en su deseo, a diferencia de el otro apostólico varón, mi padre, fray Martín de Valencia, que deseando morir mártir, y creyéndolo así (como en su historia vimos) no murió, sino en el embarcadero de Chalco, donde dijo las mismas palabras, añadiendo al principio: *Fraudatus sum,* defraudado me han mis esperanzas, y mi pensamiento ha estado trocado; pero Dios, que así lo ordenó, sabe lo más acertado de estos fines y llevó al primer prelado de la religiosísima orden de mi seráfico padre San Francisco, el santo fray Martín de Valencia, en aquel desierto para darle su gloria y, a este primer pontífice mexicano, nuevamente electo en arzobispo, desde su humilde y pobre cama, en los brazos de este su especial y caro amigo, que no lo desamparó, hasta que murió bienaventuradamente. Fue su tránsito domingo, después de la fiesta de el Corpus Cristi, a las nueve de la mañana, año de 1548, estando con todo su juicio, sin turbación alguna y siendo de edad de más de ochenta años, como hemos dicho. Mandóse enterrar en el monasterio de San Francisco, con los frailes, sus hermanos. Pero por haber sido el primer prelado de la iglesia de Mexico y tan apostólico, no consintió la clerecía de ella carecer de tan santa reliquia y así le enterraron en la iglesia mayor, a la puerta de el sagrario, junto al

[2] Ad Heb. 10.

altar mayor, a la parte de el evangelio; que no se le pudo dar otro sepulcro más preeminente.

Su muerte se supo, milagrosamente, aquel mismo día por toda la comarca de Mexico y se hizo espantoso llanto en todas las ciudades y pueblos, y todos se cubrieron de luto. Fue mucha la gente que concurrió a su sepultura, y con tantas lágrimas y sollozos de los religiosos y clérigos fue sepultado, que no se podrían hacer los oficios acostumbrados. Jamás fue visto tan doloroso sentimiento por prelado. El virrey y oficiales de la Real Audiencia estuvieron a su entierro, vestidos de lobas negras, dando muchos gemidos y suspiros que no los podían disimular. El llanto y alarido de el pueblo era tan grande y espantoso que parecía ser llegado el día de el juicio. Nuestro Señor ha hecho algunos milagros por su siervo, después de su muerte. El más auténtico es que, algunos años antes de su muerte, había vedado el apostólico varón, por causas justas que le movieron los bailes y danzas profanas y representaciones poco honestas, que se hacían en la procesión general de la fiesta de Corpus Cristi, donde tanta atención y reverencia se requiere. Y aun para dejar más fundada esta reformación, juntamente con una muy provechosa doctrina cristiana que él mismo compuso, hizo imprimir un tratado de Dionisio Cartujano, de el modo como se deben hacer las procesiones, con reverencia y devoción. Y después de muerto el siervo de Dios, en sede vacante, pareció a algunos de los de el cabildo que se tornasen a hacer aquellas farsas y bailes que antes se hacían. Estando pues ya aparejados los representantes y todo a punto, el mismo día de la sagrada fiesta, por la mañana llovió, en tanta manera que no fue posible hacerse la procesión acostumbrada por las calles, como se suele hacer. Visto por el cabildo de la iglesia y advirtiendo que aquello era permisión divina por haber tenido en poco el mandato de el varón santo, determinaron que de allí adelante no se hiciesen aquellos juegos y danzas; y así se guardó todo el tiempo de la sede vacante, que fueron seis años, aunque después acá se han vuelto a introducir ésas y otras muchas cosas. Escribió este santo obispo una carta al ministro general, y a todos los demás padres vocales de la orden de los frailes menores, que se congregaron en capítulo general en la ciudad de Tolosa, de Francia, año de 1532; la cual, para que el cristiano lector alabe a Dios, viendo el fruto que aquellos santos religiosos, en aquel tiempo hacían, se tradujo de latín en romance, y es la que se sigue:

CAPÍTULO XXXIII. *En que se contiene una carta que el santo obispo fray Juan de Zumárraga escribió al capítulo general, celebrado en la ciudad de Tolosa de Francia*

MUY REVERENDOS PADRES: SABED que andamos muy ocupados, con grandes y continuos trabajos en la conversión de los infieles, de los cuales (por la gracia de Dios) por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico padre San Francisco, de la regular observancia se han bautizado más de un millón de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios, las armas resplandecientes de la santa cruz. Y lo que pone admiración es que, antiguamente en su infidelidad, tenían por costumbre en esta ciudad de Mexico, cada año, sacrificar a sus ídolos más de veinte mil corazones humanos; y ahora no a los demonios, mas a Dios son ofrecidos con innumerables sacrificios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos; por lo cual, al mismo solo Dios sea honra y gloria, el cual es adorado con reverencia en aquellos lugares por los niños, hijos de estos naturales. Hacen muchos de éstos algunos ayunos, disciplinas y continuas oraciones, derramando lágrimas y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños y otros mayores saben bien leer, escribir y cantar, y hacer punto de canto. Confiésanse a menudo y reciben con mucha devoción el Santísimo Sacramento del altar, y con grande alegría predican la palabra de Dios a sus padres, industriados para ello de los religiosos. Levántanse a media noche a maitines, y dicen el oficio entero de nuestra señora, a quien tienen muy particular devoción. Acechan, con mucho cuidado, adonde tienen sus padres escondidos los ídolos y se los hurtan, y con fidelidad los traen a nuestros religiosos; por lo cual algunos han sido muertos, inhumanamente, por sus propios padres; más bien coronados en la gloria con Cristo. Cada convento de los nuestros tiene otra casa junto, para enseñar en ella a los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio y una devota capilla. Son estos niños muy humildes y obedientes a los religiosos y ámanlos más que a sus padres, y tratan verdad con ellos. Son castos y muy ingeniosos, especialmente en el arte de pintura, y han alcanzado buena ánima con Dios; bendito sea él por todo. Entre los frailes más aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno particular, llamado fray Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de más de seiscientos niños. Y cierto, él es un principal paraninfo, que industria los mozos y mozas, que se han de casar, en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio; e industriados los hace casar en los días de fiesta, con mucha solemnidad. Para la manutenencia, y doctrina de las mozas, envió de España la serenísima emperatriz doña Isabel, seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes, y mandó, por sus cé-

dulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas, que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten a la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios de varones religiosos. Después, ellos y ellas enseñan a sus padres gentiles, lo que aprendieron; por lo cual parece haber dicho de ellos el profeta David:[1] De la boca de los niños y de los que aún maman, hiciste, señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, a quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De Mexico, doce de junio de 1531 años.

CAPÍTULO XXXIV. *De la noticia que se tiene del cuerpo de este santo obispo fray Juan de Zumárraga, y de las cosas maravillosas que sucedieron en su descubrimiento*

A NOTICIA QUE SE TIENE DEL CUERPO de este varón de Dios, primer obispo de Mexico, es en esta manera: más de treinta y cinco años después de su bienaventurada muerte quisieron bajar el suelo y gradas del altar mayor, donde estaba enterrado, porque eran muchas y estaba alto; había servido en su juventud y mocedad, al dicho obispo, Pedro de Nava, hijo de padres nobles y principales de la misma ciudad, y aficionado a las cosas de la iglesia, estudió y se ordenó de misa, y por su mucha virtud y honradas calidades, llegó a ser canónigo de la misma santa iglesia de Mexico; y siéndolo en esta sazón, y habiendo servido al santo y habiéndolo tenido más por padre (el tiempo que le sirvió) que por amo y señor, habíale cobrado un amor muy entrañable, y ayudaba a este particular amor haber visto en él siempre muchas de las cosas que de su santa vida quedan referidas, como quien sabía las interiores de su recámara, donde hacía el santo obispo mucha de su continua y áspera penitencia; y como en esta ocasión la vido muy ajustada a su deseo, le tomó gana de querer ver el cuerpo santo, por satisfacerse de cómo estaba, pareciéndole que tan singular vida como la suya debía de estar galardonada con algún particular don concedido a su bendito cuerpo. Y con estas ansias de verle se concertó con otro clérigo, llamado Alonso Ximénez, que a la sazón era sacristán, y después llegó a ser racionero de la misma iglesia, y después fraile en la religiosísima orden de mi padre San Francisco, y juntamente llamó el dicho canónigo a otro hermano suyo, llamado Alonso de Nava, que por ser para esta tan santa obra, prestó muy alegre consentimiento; y concertados los tres fueron aquella noche, algo a deshora, con muy grande recato, y llevando azadas para el caso, comenzaron a cavar porfiosamente, a quien más

[1] Psal. 8.

dulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas, que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten a la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios de varones religiosos. Después, ellos y ellas enseñan a sus padres gentiles, lo que aprendieron; por lo cual parece haber dicho de ellos el profeta David:[1] De la boca de los niños y de los que aún maman, hiciste, señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, a quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De Mexico, doce de junio de 1531 años.

CAPÍTULO XXXIV. *De la noticia que se tiene del cuerpo de este santo obispo fray Juan de Zumárraga, y de las cosas maravillosas que sucedieron en su descubrimiento*

A NOTICIA QUE SE TIENE DEL CUERPO de este varón de Dios, primer obispo de Mexico, es en esta manera: más de treinta y cinco años después de su bienaventurada muerte quisieron bajar el suelo y gradas del altar mayor, donde estaba enterrado, porque eran muchas y estaba alto; había servido en su juventud y mocedad, al dicho obispo, Pedro de Nava, hijo de padres nobles y principales de la misma ciudad, y aficionado a las cosas de la iglesia, estudió y se ordenó de misa, y por su mucha virtud y honradas calidades, llegó a ser canónigo de la misma santa iglesia de Mexico; y siéndolo en esta sazón, y habiendo servido al santo y habiéndolo tenido más por padre (el tiempo que le sirvió) que por amo y señor, habíale cobrado un amor muy entrañable, y ayudaba a este particular amor haber visto en él siempre muchas de las cosas que de su santa vida quedan referidas, como quien sabía las interiores de su recámara, donde hacía el santo obispo mucha de su continua y áspera penitencia; y como en esta ocasión la vido muy ajustada a su deseo, le tomó gana de querer ver el cuerpo santo, por satisfacerse de cómo estaba, pareciéndole que tan singular vida como la suya debía de estar galardonada con algún particular don concedido a su bendito cuerpo. Y con estas ansias de verle se concertó con otro clérigo, llamado Alonso Ximénez, que a la sazón era sacristán, y después llegó a ser racionero de la misma iglesia, y después fraile en la religiosísima orden de mi padre San Francisco, y juntamente llamó el dicho canónigo a otro hermano suyo, llamado Alonso de Nava, que por ser para esta tan santa obra, prestó muy alegre consentimiento; y concertados los tres fueron aquella noche, algo a deshora, con muy grande recato, y llevando azadas para el caso, comenzaron a cavar porfiosamente, a quien más

[1] Psal. 8.

podía, sólo con el interés de gozar, sin estorbo ni impedimento, de aquella venerable y celestial reliquial: cavaron todo el hondo de la tierra que tenía la sepultura, que se conocía ser aquel el lugar, porque sobre él estaba colgado y pendiente el sombrero verde pontifical que usaban, pero no derechamente donde estaba la caja, sino al soslayo un poco, de manera que la descubrieron por un lado de ella; y por no volver a cavar de nuevo, por ser mucho el tiempo que requería para ello y temer algún estorbo, determinaron de quitar la tabla, que le correspondía aquel lado por donde la descubrieron y en desclavándola, salió de ella tanta fragancia de olor, que los dejó muy alentados y contentos, y fue creciendo de manera que parecía estar perfumada y muy sahumada la iglesia; y porque no se divisaba el cuerpo con la obscuridad de la caja, llegaron la candela y el primero que llegó a ver el santo cuerpo, y metió dentro la cabeza para mejor verlo, fue el dicho canónigo, lo uno por haberle servido y llevarle el amor que en vida le había tenido mas apriesa que a los compañeros (como otro San Pedro que se anticipó a San Juan, cuando conocieron a Cristo, que aunque San Juan conoció primero, fue Pedro el que primero llegó) y metiendo la cabeza en el ataúd, vido aquella santa imagen entera, vestido de pontifical, con la casulla blanca, guarnecida de argentería, con que le habían enterrado y en su cabeza puesta una mitra de raso o tafetán, con la misma argentería por orla, y levantadas sus manos y juntas, como cuando las juntamos para hacer alguna deprecación al cielo; tenía en sus dedos los anillos pontificales y la cabeza despegada del cuerpo, con el peso de la mitra y caído un poco hacia bajo; y lo que más admira y espanta es que el cabello de la barba, siendo muy corto cuando lo enterraron, estaba entonces crecido, más de cuatro o cinco dedos. Si esto creció luego, a los principios que aquel santo cuerpo fue puesto en aquel lugar con el jugo que tuvo de la carne, que aun no se había consumido, no lo sé, porque esta determinación la dejó para los señores médicos, que profesan esta facultad; que aunque yo por ser filósofo tuviera licencia para decir algo, no quiero meterme a trasegar bártulos ajenos, sólo digo, siguiendo mi facultad de teólogo y historiador, que cuando aquello hubiese sido cosa natural, en haber crecido en tanta largura, parece sobrenatural y cosa de milagro, conservarse tanto tiempo sin corrupción; porque vemos que un cuerpo sin alma, que es la que le da vida, en desamparándolo se le yela la sangre, y luego le entra la corrupción, y cuerpo corrupto no puede sustentar cosa en sí que tenga el mismo ser y entereza que tenía antes, cuando se vivificaba en él, según la vida que tenía, así en acto vegetativo como sensitivo, o otro cualquiera que le perteneciese, por razón de su especie y estar este cabello de barba en ella, con esta disposición dicha, no parece cosa natural; y no siéndolo ha de serlo sobrenatural; la cual es hecha por particular providencia de Dios, que lo conserva en aquel ser que antes tenía. Y dado caso que querramos decir que suele el cabello conservarse más tiempo que la carne, como parece en cuerpos que se descubren en algunas sepulturas que se abren para enterrar a otros en ella, que aunque está consumida la carne y convertida en tierra, está el cabello todavía en su misma forma, con todo digo, que

no dura tantos años en este ser, porque a pocos que se pasan se deshacen, como la experiencia nos lo enseña. De manera que por lo dicho queda averiguado ser milagro que aquellos venerables cabellos de este apostólico varón estuviesen por aquel tiempo enteros y en su mismo lugar donde Dios lo conservaba (y de presente debe de conservarlos, porque nunca más se ha abierto aquel santo tesoro) y aunque parecía estar entero su cuerpo no lo certifican los que lo vieron, sólo dijo el dicho canónigo (que fue el que llegó a su rostro) que parecía deshacerse en ceniza y polvo la parte que de él tocaba y asía; llamó, con espanto y presteza, al compañero Ximénez para que también lo viese y alabase a Dios en su santa vista y gozase de la misma gloria y fragancia suavísima que de la caja salía; y el dicho padre Ximénez se llegó y lo vido, con grandísimo respeto y recato, no hartándose de alabar a Dios en sus maravillosas obras; llegó también el tercero, Alonso de Nava, y gozó de lo mismo, no cesando los tres de dar gracias a Dios de haberles dejado ver aquel santo tesoro. Pero dicen que fue tanto el temor que les puso la veneración de su persona, que se les erizaron y levantaron los cabellos de la cabeza; y no es maravilla pues ya aquello que allí veían, aunque era cosa humana, no era por humano modo conservado en aquella forma que lo veían, sino por disposición divina que pertenece a la vida inmortal que se consigue después de esta mortal que vivimos, donde los cuerpos han de permanecer enteros y gloriosos; y siendo esta visión ya milagrosa, no es maravilla (como digo) que causase temor reverencial y asombro, y con él gozaron de grande contento; porque las cosas que son de Dios, aunque cuando se ven ponen asombro, no es para atemorizar y matar, sino para que con más respeto y atención se vean. Así le sucedió al profeta Ecechiel, en la visión que vido en Babilonia; y a San Juan en la Isla de Pathmos, acerca de las revelaciones de su Apocalipsi,[1] y a otros santos varones que han merecido los aparecimientos divinos, que han recibido asombro con ellos; pero luego han quedado muy fortalecidos y conortados, como lo quedaron estos tres testigos de esta bendita visión, que quiso Dios que lo fuesen, para la certificación de este milagro; y no uno solo, porque el caso quedase sin raspa de duda; pues dice Cristo[2] que en la boca de dos o de tres está toda verdad.

No quiso el devoto canónigo irse de allí sin llevar reliquia de su santo cuerpo; y llegando a sus manos le quitó una sortija de oro muy llana y sin adorno ninguno, la cual tenía una pequeña esmeralda, que era del oficio episcopal y juntamente un dedo de la mano, y con esto quedó contento, pareciéndole llevaba muy grandes y estimables reliquias, como en realidad de verdad lo eran; y lo que más debe encarecerse aquí es que el anillo o sortija, como había tantos años que estaba debajo de tierra (aunque metido en caja) por ser la de la ciudad tan húmeda, por participar del salitre de la laguna, parecía tener algún moho, y limpiándola el canónigo con un paño, comenzó luego la piedra a sudar y creció el sudor hasta hacer una

[1] Apoc. 1, 17.
[2] Math. 18.

gota de agua gruesa. Espantado del caso, llamó a los compañeros para que también la viesen; y espantados del milagro limpiaron el agua que había manado, y volvió otra vez a sudar de la misma manera que antes. Y no queriendo el dicho canónigo hacer más experiencia, porque parecía que era tentar a Dios, lo ató en una trenza de la camisa y puesta al cuello se apartó y debió de querer dar Dios a entender a estos devotos hombres, que presentes estaban en este milagro y sudor, que tenía el santo obispo manos tan generosas y largas que así como el agua apretada en el puño, no queda de ella nada, porque toda se sale entre los dedos, así los bienes eclesiásticos y de sus rentas, puestos en ellas, salían por entre los dedos como agua derramada, haciendo limosnas muy copiosas como en el discurso de su vida dejamos referidas, y también para dar a entender la limpieza de su pura y religiosa conciencia, la cual pureza representaban los antiguos en el agua, porque es la que purifica y limpia todo lo sucio y asqueroso de la ropa estragada. Y finalmente, quiso Dios mostrarles la estimación en que se había de tener aquel santo cuerpo; pues cosa que había estado en sus manos daba, contra su natural, agua, donde jamás la había habido. Y habiendo pasado las cosas dichas volvieron a pegar la tabla al ataúd, que era muy ancho y grande, y entonces cesó de salir aquella fragancia de olor que antes salía; y cubriéndolo de tierra, como de primero estaba, se fueron alabando a Dios en su santo. Guardó estas reliquias este devoto eclesiástico, como dedo y sortija de santo apóstol, que lo fue primero de la iglesia mexicana.

Esto me certificó el mismo Alonso de Nava, más de treinta años después de haber sucedido y débese creer, por la grande autoridad de su persona, porque por ser tal ha andado, desde muy mozo, ocupado en oficios reales, en lo mejor de esta Nueva España, donde siempre ha dado muy gran razón de sus oficios; al cual en los últimos tercios de su vida fue Dios servido de privarle de la vista de los ojos corporales, por ventura, para que con los del alma contemple esta que entonces vido, y otras que le importen para su salvación. Y así lo hace; y porque dice el espíritu Santo que ninguno ha de ser alabado mientras viviere; callo de él otras muchas cosas que de su vida y recogimiento pudiera decir; sólo digo que ha perdido el rey y el reino, en perderle, un muy grande y aventajado ministro, muy padre de los indios y vigilante coadjutor de los ministros evangélicos, para las cosas de la administración de los sacramentos y obra de doctrina. Y certifica, más para gloria de Dios y honra de su santo obispo, que estando de parto su mujer, doña Mariana de la Mota, hermana del señor don Alonso de la Mota, que ahora es dignamente obispo de Tlaxcalla, se le atravesó la criatura en el vientre y estando a mucho riesgo y peligro, por no poder nacer y ambos a punto de morir, el dicho canónigo su hermano sacó de un escritorio la reliquia del anillo que allí tenía guardado y se lo puso, con grande fe y devoción, sobre la barriga de la preñada, y luego que lo puso obró el poder de Dios de sus acostumbradas misericordias y vieron todos cómo, dando un vuelco la criatura, se puso en la postura y manera que había de nacer, y nació, luego, sin lesión suya, ni riesgo de su madre, el cual vive y se llama don Alonso de Nava. Esta sortija guardó el padre Pedro de

Nava, su tío, algunos años, hasta que sabiendo de ella el padre fray Diego de Mendoza, fraile de San Francisco, guardián de su convento de Mexico, hizo instancia en pedirla, y por ser hombre de grande veneración y respeto, se la dio, quedando con desconsuelo de haberla dado, por tenerla por preciosa y singular reliquia. Sea Dios alabado, que sabe hacer de éstas y otras semejantes maravillas.

CAPÍTULO XXXV. *De algunos religiosos de santa memoria, de aquellos tiempos, especialmente de los padres fray Juan de Rozas, que fue el primer comisario de esta Nueva España, y de fray Juan de Granada, fray Antonio Maldonado y fray Antonio Ortiz*

OMO YA EN AQUELLOS PRIMEROS TIEMPOS de la conversión de estas gentes indias crecía el número de los ministros evangélicos, en esta familia franciscana de las Indias, se determinó por los prelados generales de la orden que hubiese uno en estas partes, con nombre de comisario general de ellas, porque ya por entonces comenzaban a derramarse los religiosos por muchas y varias provincias y reinos, ocupados en su evangélico ministerio, para que como cabeza general acudiese a las cosas extraordinarias del gobierno, como el generalísimo de la orden, si presente estuviera. Para lo cual fue electo en este oficio, por primer comisario general de esta Nueva España, el padre fray Alonso de Rozas, de la provincia de Castilla, por su mucha prudencia y religión, y vino a ella el año de 1531. Y como en esta tierra hubiese tanta observancia en los religiosos de aquel tiempo, renunciando el oficio, por parecerle cosa muy cargosa y de grande impedimento para su quietud, se quedó en ella y vivió siempre con mucha penitencia y santidad de vida y ejemplo, sin aprender la lengua de los indios, o porque la memoria no le ayudaba o porque le debía de ser el trato y comunicación de ellos, estorbo para su recogimiento y oración continua. Y como nuestro adversario Satanás anda, de ordinario, rodeando los hombres (como dice San Pedro)[1] para ver a quién se podrá tragar, viendo que a este bendito religioso no le podía entrar por ninguna culpa, de las muchas que debía de persuadirle, se contentó con inquietarlo, usando de sus mañas antiguas, que son procurar con más violencia inquietar a los varones más perfectos. Fue tan fuerte la tentativa con que le acometió que le venció, haciéndole dejar la tierra, que ya que en ella no le quitaba a ninguno de sus infieles, por comunicación que con ellos tuviese, a lo menos debía de ofenderle con las santas oraciones con que pediría a Dios continuamente la luz y claridad para las almas de tantos infieles como entonces había; y vencido por este modo (como otros muchos) la dejó y se fue a España. Ido a España, donde le pareció, que había conseguido todo lo que podía desear,

[1] 1. Petri. 5.

Nava, su tío, algunos años, hasta que sabiendo de ella el padre fray Diego de Mendoza, fraile de San Francisco, guardián de su convento de Mexico, hizo instancia en pedirla, y por ser hombre de grande veneración y respeto, se la dio, quedando con desconsuelo de haberla dado, por tenerla por preciosa y singular reliquia. Sea Dios alabado, que sabe hacer de éstas y otras semejantes maravillas.

CAPÍTULO XXXV. *De algunos religiosos de santa memoria, de aquellos tiempos, especialmente de los padres fray Juan de Rozas, que fue el primer comisario de esta Nueva España, y de fray Juan de Granada, fray Antonio Maldonado y fray Antonio Ortiz*

OMO YA EN AQUELLOS PRIMEROS TIEMPOS de la conversión de estas gentes indias crecía el número de los ministros evangélicos, en esta familia franciscana de las Indias, se determinó por los prelados generales de la orden que hubiese uno en estas partes, con nombre de comisario general de ellas, porque ya por entonces comenzaban a derramarse los religiosos por muchas y varias provincias y reinos, ocupados en su evangélico ministerio, para que como cabeza general acudiese a las cosas extraordinarias del gobierno, como el generalísimo de la orden, si presente estuviera. Para lo cual fue electo en este oficio, por primer comisario general de esta Nueva España, el padre fray Alonso de Rozas, de la provincia de Castilla, por su mucha prudencia y religión, y vino a ella el año de 1531. Y como en esta tierra hubiese tanta observancia en los religiosos de aquel tiempo, renunciando el oficio, por parecerle cosa muy cargosa y de grande impedimento para su quietud, se quedó en ella y vivió siempre con mucha penitencia y santidad de vida y ejemplo, sin aprender la lengua de los indios, o porque la memoria no le ayudaba o porque le debía de ser el trato y comunicación de ellos, estorbo para su recogimiento y oración continua. Y como nuestro adversario Satanás anda, de ordinario, rodeando los hombres (como dice San Pedro)[1] para ver a quién se podrá tragar, viendo que a este bendito religioso no le podía entrar por ninguna culpa, de las muchas que debía de persuadirle, se contentó con inquietarlo, usando de sus mañas antiguas, que son procurar con más violencia inquietar a los varones más perfectos. Fue tan fuerte la tentativa con que le acometió que le venció, haciéndole dejar la tierra, que ya que en ella no le quitaba a ninguno de sus infieles, por comunicación que con ellos tuviese, a lo menos debía de ofenderle con las santas oraciones con que pediría a Dios continuamente la luz y claridad para las almas de tantos infieles como entonces había; y vencido por este modo (como otros muchos) la dejó y se fue a España. Ido a España, donde le pareció, que había conseguido todo lo que podía desear,

[1] 1. Petri. 5.

en orden de su quietud, volvió de nuevo a hallarse más inquieto por ser la vida del hombre (como dice Job)[2] una continua guerra sobre la tierra, y ser muchas veces ordenación de Dios, que las cosas que los hombres toman para su consuelo sean para más inquietud y desasosiego de su vida. Esto parece haberle sucedido a este bendito religioso en la vuelta a España, donde, aunque se daba a la oración, en ella no sentía el gusto que deseaba, antes le parecía que Cristo de la cruz le hablaba y le decía: que ¿por qué lo había dejado así en aquella cruz, y lo había vuelto las espaldas, buscando su propia consolación? Y considerando muchas veces ser aquella inspiración del Señor, dio la vuelta a estas partes y fue dos veces custodio de Mechoacan y Xalisco, antes que se levantase en provincia y, cargado de días y lleno de buenas obras, dio el ánima a su criador el año de 1570, en el convento de la ciudad de Mexico, donde está enterrado.

Fray Juan de Granada, natural de la misma ciudad de Granada, vino de la provincia de Andalucía, que entonces aún no se había dividido a esta del Santo Evangelio. Era varón muy religioso y confirmado en virtud, muy pobre y anduvo siempre descalzo. Fue este padre el segundo comisario general que tuvo esta Nueva España, después del venerable varón fray Alonso de Rozas. Y confirma esto ser él de gran virtud, pues lo escogieron los padres de la religión, en España, para que ejercitase este oficio en estos reinos indianos, que en esto se esmeraban mucho los prelados que los enviaban, como cosa que tanto importa que es tener cabeza sana y buena, y no con vaguidos, como en otro tiempo las tuvo la república de Israel; por lo cual, el corazón, que son los ciudadanos, andaba triste y melancólico y unos ni otros no tenían salud, como dice el profeta.[3] Ejercitó, con grande aprobación de vida y de prudencia, este oficio, por lo cual fue segunda vez substituido en comisario general, por el muy docto padre fray Francisco de Osuna, que en el capítulo general de Nisa, celebrado el año de 1535, salió electo en comisario general de las Indias, y por negocios importantes que se le ofrecieron, no pudo ejercer este cargo, ni pasar a ellas. Visitó siempre fray Juan de Granada los conventos de su comisión, a pie y descalzo, cosa que no podía dejar de causar mucha edificación a todos, siendo dechado y ejemplo para que todos sus hijos le imitasen; porque (como dice Platón) cual es el padre, tal es el gobierno de la casa. En este oficio acabó la vida santamente, dejando olor de mucha santidad y está enterrado en el convento de San Francisco de Mexico.

Fray Antonio Maldonado fue natural de Salamanca, hijo de muy nobles padres, y era mayorazgo de tres cuentos de renta; por lo cual fue desposado con una doncella, hija de un señor de vasallos; y aunque era tan principal en el siglo hizo poca estimación de su nobleza; y teniéndola en poco por ganar a Cristo crucificado, despreciólo todo y tomó el hábito de mi padre San Francisco, lo cual pasó de esta manera. El día de las fiestas de su desposorio entró en un torneo que ordenaron caballeros, deudos y amigos suyos, vestido de muy ricos vestidos, tales cuales su valor y nobleza

[2] Iob. 7.
[3] Psal. 145.

lo requerían, y habiendo sacado (por ventura) de la fiesta alguna vana gloria, le acaeció que en toda la noche siguiente no pudo dormir, ni tomar sueño, representándosele a menudo aquellas palabras de un poeta que dicen: *Sic transit gloria mundi:* así pasa la gloria de el mundo. Fue tanto lo que le desvelaron, que le tuvieron muy inquieto toda la noche; y bien pienso yo que aqueste desvelo nacería de alguna visita que Dios le estaba haciendo a su alma, diciéndole lo que a la esposa: Ábreme, querida mía, regalada mía, mira que estoy al yelo, y tengo cubierta la cabeza de el rocío de la noche.[4] Y aunque estas palabras no fueron sensibles, ni las apercibió con los oídos corporales, seríanle, a lo menos, fuertes impulsos de su ánima, y no haciéndose rehacio, ni perezoso de los expresos y excusas con que respondió la esposa, se levantó a abrirle antes que se le ausentase; lo cual parece, porque fue tan vehemente aquella representación y tanta la impresión que en él hizo esta inspiración divina, que luego otro día por la mañana, tocado de la mano de el Señor, se fue a San Francisco, dejando los gustos de las bodas, y pidió el hábito y se lo dieron, con mucha admiración y edificación de todos. ¿Quién dudará de que éste no fue llamamiento de Dios? No de los ordinarios y comunes, sino de los que se hacen con particular moción y mano poderosa, que es lo que pedía la esposa, diciendo:[5] Traedme, esposo mío, tras vos, con impulso y fuerza, para que yo corra por los olores de vuestros ungüentos, que es por el camino de vuestra santa y eficaz vocación. Y echóse muy bien de ver, en este varón santo, ser esto así, porque perseveró en su santa vocación y profesó con el mismo espíritu que había tomado el hábito; y después de profeso, por más penitencia y mortificación, se pasó a la religiosa provincia de San Gabriel, y de allí a esta Nueva España, donde vivió como apostólico varón, penitente, paupérrimo y riguroso, en tratar su cuerpo; y aunque no supo la lengua de los naturales, porque vivió en esta tierra pocos años, predicó y edificó mucho con su vida y ejemplo. Fue guardián en el convento de San Francisco de Mexico; y teniendo aquel cargo tan honroso, él mismo, en persona, iba con un costal a las huertas a pedir algunas cosas que eran necesarias para la enfermería y cura de los enfermos, y los traía a cuestas, acto por cierto de notabilísima humildad y menosprecio de sí mismo y de el mundo, y a los semejantes alaba el gloriosísimo padre San Gregorio,[6] diciendo que dentro de sí mismos tienen el pasto de la contemplación, y de parte de fuera el de las buenas obras, y que con las devociones interiores engordan el alma, y con las buenas obras exteriores andan satisfechos por defuera. Esto se verifica bien en este santo varón, pues siendo tan noble, como dejamos dicho, desestimó la nobleza temporal, y vacando a Dios en continua oración, tenía también por honra servir a los enfermos, trayendo él mismo sobre sus hombros las cosas necesarias para sus curas y remedios. Vestía un solo hábito, y ése lleno de muchos remiendos, sin otra ropa alguna. Falleció en el mismo convento de San Francisco de Mexico, donde yace sepultado.

[4] Cant. Canticorum 5.
[5] Cant. Canticorum 1.
[6] Div. Gregor. lib. 6. in cap. 16. 1. Reg. 1.

Los santos religiosos de aquellos primeros tiempos de la conversión de estas gentes indianas, así como eran pocos y todos hechos a una doctrina, así también parece que caminaban por un mismo camino de perfección y estrecheza, comiendo poco y trabajando mucho, y celando la pobreza, no sólo en la aspereza de sí mismos sino también en todas las cosas que eran de el servicio de los conventos; y de éstos fue uno el venerable padre fray Antonio Ortiz, que fue varón de mucha virtud, y perfección y celo de la observancia de la pobreza; el cual vino de la provincia de San Gabriel, y siguiendo este apostólico celo de pobreza la guardó en todas las cosas que pudo. Siendo guardián de el convento de San Francisco, de Mexico, no permitió que se usasen en él ornamentos de seda, sino solamente de paño; y yo los conocí muchos años después, porque los padres de aquel tiempo querían que resplandeciese la pobreza en el paño y no en las sedas; mas otros, que después los siguieron, fueron introduciéndolas, y no sin gran razón, pues es en orden de el culto divino y ornato de las cosas sagradas, dedicadas a Dios. Y si en su santo templo antiguo de Jerusalén ordenó tanto ornato como nos cuentan las Sagradas Escrituras, no es menor el que se les debe en este estado evangélico a las iglesias, ministros y altares, pues son mayores los misterios que con ellos se representan; y vemos, que aún en tiempo de nuestro padre San Francisco se usaba adornar muy costosamente los altares y había frontales, con campanillas de plata; de donde fray Junípero las quitó una vez para dar a un pobre; y si esto no vale, valga decir, que estas iglesias nuestras son de indios, y que ellos las adornan y con sus limosnas se hacen las cosas de ellas, y en las de los españoles, que son muy pocas, se han hecho con particulares limosmas también suyas. De manera que ahora se usa de esto, con este intento dicho; y entonces, con el que aquellos santos padres tuvieron, de mostrarse no solamente pobres en sí, sino también en los adornos eclesiásticos; y todos van a un fin, que es de servir a Dios, unos pobremente, como el mismo Cristo señor nuestro lo representaba en el portal y pesebre de Belén; y otros con más adornos y arreos, considerándolo resucitado y glorioso, vestido de los recamados y brocados de su gloria. En este mismo convento de Mexico mandó al portero que no recibiese más de un cuarto de carnero de limosna para cada día, que como eran pocos los frailes entonces y muchos los seglares limosneros, enviaban limosna, en mucha abundancia, a los religiosos. Bien se colige de este mandato hecho al portero, que el pecado de gula, cometido en el Paraíso Terrenal, no era el que reinaba en el alma de este apostólico varón; antes se conoce de él que amaba mucho la abstinencia de San Juan, que se contentaba con langostas y miel silvestre.[7] Porque (como en otra parte decimos) aunque estos benditos padres abundaban de aves y otras carnes, dejaban de comerlas por amor de Dios, y sólo se contentaban con yerbas y legumbres, a veces muy mal guisadas y otras crudas y verdes; y así no quería, este amador de la pobreza, que se recibiese sino lo necesario; no cuidando (como dice Cristo)[8] de el comer, ni de el beber, porque el padre celestial

[7] Math. 3.
[8] Math. 6.

que los tenía a su cargo los proveía, así como también a los pajarillos que andan por el campo. Fue notable predicador y reprehendedor de vicios, con libertad cristiana. Pero como la verdad (según el otro poeta)[9] engendra odio y pare rencor e ira, y los que gobernaban en aquellos tiempos cometían grandes injusticias por las cuales después fueron privados de sus oficios y castigados por mandado de la cristianísima emperatriz doña Isabel; este varón apostólico, con santo celo, sin algún temor se las reprehendía; porque no es varón fuerte (como dice el glorioso San Bernardo)[10] el que en la ocasión no muestra ánimo varonil y determinado, creciendo en esfuerzo para contradecir a la maldad, cuando ella también crece. Pero así como Herodes, por las que San Juan le decía, le mandó matar por incitación de su manceba Herodías, que no podía sufrir tan ásperas reprehensiones; así estos obreros de maldad, no recibiendo la palabra de Dios para su corrección y enmienda, sino con la indignación de aquellos que dijeron de Cristo que era contrario a sus obras, ya que no lo mataron, como Herodes a San Juan, y como los judíos a Cristo, a lo menos quisiéronlo echar una vez de el púlpito afrentosamente. Pero como el siervo de Dios no buscaba su honra, sino la de Dios, que es el que cuida de las de todos (como dijo su unigénito hijo) y las juzga, no sólo no se tuvo en esta ocasión por deshonrado, mas antes lo tuvo por singular honra, sufriéndolo por amor suyo, como otro San Pablo, con mucha paciencia; porque ellos alcanzasen misericordia; a lo cual anima el glorioso padre San Agustín,[11] diciendo: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, les es muy necesario sufrir trabajos e injurias de los malos y pecadores, y que en virtud no son tan buenos como ellos, y que sean despreciados como tontos y necios; y con esto pierden la autoridad de las cosas de esta vida; pero hácense participantes de las de la bienaventuranza; pero este desprecio y burla se convierte después sobre los burladores y menospreciadores, trayéndolos Dios a estado miserable y pobre, y abatiendo su soberbia con ignominia pública. Volvió al convento este santo fraile con tanta alegría, como si le hubieran dado alguna joya de mucha estima, aunque a la verdad, ninguna pudo ser tan rica para su alma como ésta; pues para el que de veras ama a Dios no hay regalos tan sabrosos como los trabajos y afrentas; de los cuales, como dice Jeremías,[12] se hartó ese mismo Cristo nuestro señor.

Fue después a España, donde llegó a tiempo que los padres de la provincia de San Gabriel estaban congregados para celebrar su capítulo; y sabido por ellos cómo fray Antonio Ortiz había desembarcado en Sevilla, como conocían su santidad y prudencia para gobernar lo eligieron, en ausencia, por provincial, obligándole con esto a que no se volviese a las Indias, y así se quedó entre ellos; pero, acabado su trienio, con el fervor grande que tenía de espíritu y deseo de padecer martirio por Jesucristo nuestro redemptor, procuró la licencia con mucha instancia; y alcanzada

[9] Terent. in Andria. 11.
[10] Espist. 256 ad Eugen.
[11] T. 3. Sententiis.
[12] Lam. 3.

pasó a África; y predicando con mucho fervor a los moros, sufrió de ellos gravísimos tormentos y, entre otros, hubo vez que lo tuvieron atado a un pesebre, entre bestias, sin darle de comer en tres días más de el alcacer o yerba que daban a los caballos, y vivía en esta vida tan alegre como si le administraran manjares muy dulces y regalados: que para serle suave este tratamiento, no es de creer sino que este varón santo (como docto que era) trairía a la memoria los cansancios de su maestro Jesucristo, contemplados desde el pesebre y cuna, hasta la cama de la cruz, en cuyo medio, ya que los malhechores y enemigos no le administraron yerba, a lo menos mezcláronle hiel y vinagre, que le dieron a beber. No tuvo efecto el deseo de este santo fraile de acabar con martirio, guardándolo Dios para el bien y gobierno de su provincia, donde fue electo segunda vez en provincial, y acabó después en santa vejez, con martirio de continua penitencia, en el convento de Santa Margarita, cerca de los años de 1560.

CAPÍTULO XXXVI. *De otros varones santos de aquellos tiempos*

FRAY FRANCISCO DE LEDESMA VINO DE LA santa provincia de San Gabriel poco tiempo después de venidos los doce; y por haber durado pocos años en esta tierra no hay de él otra memoria particular, más de que la dejó muy loable de su mucha perfección y observancia de la regla, que era el celo común de todos aquellos santos religiosos, corriendo todos (como dice San Pablo)[1] en este certamen y lucha de la vida monástica, a alcanzar el premio de la perfección en la vida religiosa, sobre que todos contendían y peleaban, queriendo, a porfía, ser cada cual el que llevase el premio de la ventaja que promete Dios al que legítimamente peleare. Fue en aquellos principios maestro de novicios, en el convento de Mexico, y sacó muchos discípulos, grandes siervos de Dios. Porque aunque dice Platón[2] que la crianza de los hijos es difícil, y siempre llena de temores por las caídas que suelen dar los enseñados en cosas que desdicen, de las que deben hacer con todo cuando la doctrina es de Dios y se recibe de buena voluntad y con devoto corazón, ese mismo Dios la apoya y conserva y da gracia para que vaya a más y no a menos, por ser efecto de la gracia no sólo conservar el bien, sino aumentarlo. Así se dice que le sucedió a este bendito padre que ayudado de el caudal divino creció el trato de su santa doctrina y la introdujo en los corazones de estos sus aprovechados discípulos; y según la fama que dejó se puede decir de él lo que escribe el Espíritu Santo, en el libro de *La sabiduría*, tratando del varón usto. Era agradable su ánima a Dios, por esto lo sacó de enmedio de las maldades. Está enterrado en el convento de Mexico.

[1] 2. Tim. 2.
[2] Plat. lib. 3. de. Sapientia.

pasó a África; y predicando con mucho fervor a los moros, sufrió de ellos gravísimos tormentos y, entre otros, hubo vez que lo tuvieron atado a un pesebre, entre bestias, sin darle de comer en tres días más de el alcacer o yerba que daban a los caballos, y vivía en esta vida tan alegre como si le administraran manjares muy dulces y regalados: que para serle suave este tratamiento, no es de creer sino que este varón santo (como docto que era) trairía a la memoria los cansancios de su maestro Jesucristo, contemplados desde el pesebre y cuna, hasta la cama de la cruz, en cuyo medio, ya que los malhechores y enemigos no le administraron yerba, a lo menos mezcláronle hiel y vinagre, que le dieron a beber. No tuvo efecto el deseo de este santo fraile de acabar con martirio, guardándolo Dios para el bien y gobierno de su provincia, donde fue electo segunda vez en provincial, y acabó después en santa vejez, con martirio de continua penitencia, en el convento de Santa Margarita, cerca de los años de 1560.

CAPÍTULO XXXVI. *De otros varones santos de aquellos tiempos*

FRAY FRANCISCO DE LEDESMA VINO DE LA santa provincia de San Gabriel poco tiempo después de venidos los doce; y por haber durado pocos años en esta tierra no hay de él otra memoria particular, más de que la dejó muy loable de su mucha perfección y observancia de la regla, que era el celo común de todos aquellos santos religiosos, corriendo todos (como dice San Pablo)[1] en este certamen y lucha de la vida monástica, a alcanzar el premio de la perfección en la vida religiosa, sobre que todos contendían y peleaban, queriendo, a porfía, ser cada cual el que llevase el premio de la ventaja que promete Dios al que legítimamente peleare. Fue en aquellos principios maestro de novicios, en el convento de Mexico, y sacó muchos discípulos, grandes siervos de Dios. Porque aunque dice Platón[2] que la crianza de los hijos es difícil, y siempre llena de temores por las caídas que suelen dar los enseñados en cosas que desdicen, de las que deben hacer con todo cuando la doctrina es de Dios y se recibe de buena voluntad y con devoto corazón, ese mismo Dios la apoya y conserva y da gracia para que vaya a más y no a menos, por ser efecto de la gracia no sólo conservar el bien, sino aumentarlo. Así se dice que le sucedió a este bendito padre que ayudado de el caudal divino creció el trato de su santa doctrina y la introdujo en los corazones de estos sus aprovechados discípulos; y según la fama que dejó se puede decir de él lo que escribe el Espíritu Santo, en el libro de *La sabiduría*, tratando del varón usto. Era agradable su ánima a Dios, por esto lo sacó de enmedio de las maldades. Está enterrado en el convento de Mexico.

[1] 2. Tim. 2.
[2] Plat. lib. 3. de. Sapientia.

Fray Alonso de Herrera fue natural de Castilla la Vieja, de cerca de Burgos. Estudió leyes, siendo mancebo, en la Universidad de Salamanca, y aunque salió docto en aquella facultad y pudiera por ella seguir el camino que otros legistas han llevado, debió de meditar con más apretada consideración la ley de Dios y cuán estrecha es la vía por donde se camina al cielo y cuán ancha y carretera la que las leyes humanas y del mundo abren para el infierno. Y cavando en él este temeroso pensamiento dejó de pretender plazas y oficios seglares, y determinó de venirse a los jardines de Dios, donde apacienta sus ganados, con recreaciones del cielo, que es la religión. Con esta determinación tomó el hábito en el convento de San Francisco de la misma ciudad de Salamanca, aunque después, con otros que buscaban más perfección, se pasó a la provincia de San Gabriel, que entonces florecía en toda perfección, de donde vino a esta del Santo Evangelio. Pero como el demonio, que siempre acecha a los hombres por ver en ellos qué caminos llevan, y el que él podrá tomar para perturbarle, vido en el santo varón el de su mucho celo y religión; reparó en que si este religioso se diese al trato de la conversión, haría mucho fruto en las almas, deduciéndolo de su buena habilidad y del espíritu con que pasó a las Indias; comenzó con las astucias que suele a disuadirle interiormente de este propósito; y por ventura, representándole la quietud de la celda de la provincia que había dejado, que es un disfraz con que entra Satanás, transfigurándose (como dice San Pablo)[3] en ángel de luz, persuadiendo razones falsas que en la apariencia parecen buenas. De aquí debió de nacerle que a los principios anduvo muy tentado de volverse a España y dejar la obra de la conversión de los indios. Y como en las cosas que parece que pueden ser de nota siempre el que las comete no querría ser solo, porque la compañía de algunos parece que encubre la gravedad de lo hecho, no sólo este tentado religioso lo andaba para irse, sino que también persuadía lo mismo a otros como queriendo hacer tropa de gente para acometer un caso tan inconsiderado, pues era la mies mucha y pocos los obreros, habiendo de ser al contrario que no sólo había de persuadir a los que había en la tierra que permaneciesen, sino también ponerse en continua oración para rogar a Dios (como dice Cristo)[4] que enviase obreros a su viña; y la razón con que los persuadía era decirles que no era esta gente en quien se podía hacer fruto alguno. Bien se parece ser tentación de Satanás, que le cegaba, para que no viese el mucho que otros antes habían hecho y el que en sus tiempos se hacía, según queda dicho en los libros de la conversión de estas gentes. Y para que mejor se conozca sucedió que estando un día en su celda, encerrado y afligido con esta tentación, salió de ella con nuevo espíritu y fervor, como hombre que despertaba de un grave y pesado sueño, y rogó a su prelado que le mandase, por obediencia, confesar y predicar a los indios, porque así convenía al servicio de Dios y quietud de su alma. ¿Quién no dirá que ésta es aldabada de Dios y la primera fue tentación del demonio? Y aquí le debió de acudir el Señor, como dice David que

[3] 2. Ad Cor. 11.
[4] Math. 20.

hace en otras ocasiones, dispertando sobre la vela y guarda de esta alma tentada, como uno que despierta de un muy profundo y descuidado sueño, y así le tocó con la mano de su misericordia y abrió los ojos de la consideración cristiana, para que viese el camino errado que llevaba. A este súbito espíritu y repentina petición acudió luego su prelado, mandándoselo por obediencia y quedó, desde aquella hora, libre de la tentación; porque es tan fiel Dios (como dice San Pablo)[5] que no permite la tentación, más de hasta en grado posible y fuélelas enviar para mayor prueba de los tentados. Y de allí adelante vivió sin inquietud, ni escrúpulo alguno, y fue siempre gran trabajador en la obra de los naturales, y su particular patrón y defensor. Supo, elegantemente, la lengua mexicana y compuso en ella muy buenos sermones de todas las dominicas y de las fiestas de los santos. Era religioso muy esencial y celoso de la guarda de su regla; confesaba y predicaba a españoles y a indios, y a todos satisfacía con sus letras, prudencia y urbanidad. En las juntas y congregaciones que entonces hacían los religiosos de las órdenes, entre sí, o con los obispos de esta Nueva España, era de mucho crédito y valor su parecer, y entre las personas de calidad, y cuenta se hacía mucha de él y era muy estimada su persona. Fue guardián de principales conventos de esta provincia y comisario de ella cerca de dos años, por el santo fray Martín de Valencia, que era custodio cuando anduvo procurando y ordenando el deseado viaje de la China. Murió bienaventuradamente en santa vejez y yace su cuerpo en el convento de Mexico.

Fray Christóbal de Zamora fue hombre de claro linaje; llamóse en el siglo don Christóbal Romero, y era mayorazgo y copero de la reina doña Leonor, hermana del emperador Carlos V, que casó con el rey de Francia Francisco de Valois. Pero como estas noblezas de sangre no son las que por sí mismas salvan a los hombres, ni los hacen bienaventurados, sino la humildad con que cada uno se conoce por deudor de Dios, en todos los bienes que de su mano santísima se reciben, no hizo asiento el corazón de este prudente varón, en las que conocía de su nobleza; antes, considerando que dice Cristo que el que se humillare será ensalzado, hizo suelta al mundo de esta obligación en que le tenía puesto; y dejando los palacios reales con el tropel de desasosiegos que en ellos corren, vínose, oculta y secretamente, a un convento de religiosos de San Francisco, de la religiosa provincia de los Ángeles, y pidió en él el hábito de novicio; pero preguntándole de qué tierra era y si era de gente limpia (que son condiciones que se ponen a los que lo toman en nuestra sagrada religión) él no lo quiso decir, y por ventura lo debió de hacer por no ser conocido y porque la nobleza que ya no estimaba en el siglo, no entrase a hacerle guerra en la religión; porque muchas veces haciendo su oficio la carne, sigue su natural condición y la soberbia sin freno sobaja a otros y derriba al mismo que la tiene, cuando con ánimo no la resiste; y es cierto, como dice San Gregorio, que a muchos les acontece anteponer la nobleza de la sangre a la del espíritu, y con esta ceguera ultrajar y tener en poco a aquellos que conoce ser menos que ellos.

[5] 1. Ad Cor. 10.

en linaje. Por esta razón, y por venir más vestido de Dios, este bendito mancebo que de mundo no quiso decir quién era y por la misma los frailes de aquella provincia no quisieron recibirle al hábito. Fuese a la provincia de San Gabriel y allí lo tomó; y ocultando el sobrenombre llamóse de Zamora. Vino después a esta Nueva España y aprendió luego la lengua de los indios mexicanos para ayudarles a salvar, y trabajó en esta obra con mucha edificación y provecho de las almas, y fue mucha su humildad, y echase de muy bien ver ser así, pues la nobleza natural que Dios le dio no quiso manifestarla, sabiendo que la que corre en la casa de Dios es muy diferente y que la virtud del alma es la que vale y que no es más noble uno de cuanto es más virtuoso, como se lo dijo Cristo a los fariseos cuando se preciaban de hijos de Abraham que les respondió: Si sois hijos de Abraham haced las obras que Abraham hizo; como si les dijera, si Abraham fue noble, y de él tomáis la nobleza, también fue muy virtuoso y debéis también imitarle en la virtud. Porque si sólo se atendiese a la nobleza y no a la bondad del alma, muchos ha habido nobles que no han sido virtuosos, y no por nobles han merecido nada con Dios, porque solos aquéllos son de su gusto, que menospreciando la nobleza del mundo, se adornan y visten de las riquezas y nobleza de Dios, que es la humildad con que cada uno se conoce por pequeño, en su soberana y celestial presencia. Fue esencial religioso, varón de mucha perfección y santidad, y en extremo pobre y con razón; pues huyendo de las riquezas (pues era mayorazgo y tenía rentas) se vino a buscar pobreza entre los remiendos del sayal y hábito pobre de San Francisco, teniendo por espinas que punzan el alma (como dijo Cristo)[6] las riquezas, y a los que las aman les suele ser amargas, y aunque parecen hermosas, son, al fin, como los cabellos de Absalón, de los cuales se dice en el *Segundo de los reyes*,[7] que eran de tanta hermosura que se vendían cada año por muy aventajado precio, en pública almoneda; pero también se dice de ellos que le eran de mucho trabajo y pesadumbre, y que con el peso de ellos traía un poco inclinada la cabeza, por lo cual traía ordinarios dolores en ella. De manera que se tenían su descuento, y al cabo vinieron a dar mal cabo de él. Por lo cual, huyendo este apostólico varón de este riesgo y peligro, se vino a la desnudez de Francisco, crucificado con Cristo, desnudo de bienes temporales y vestido de pobreza y menosprecio de ellos. Fue muy dado a la oración y traía siempre un hábito áspero y remendado. Cuando dormía fuera del convento, por la obediencia, henchía de yerba la copa del sombrero que traía, harto viejo y esto le servía de almohada. Murió santamente y está enterrado en el convento de San Joseph del pueblo de Tulla, donde fue guardián. Y lo que hay mucho que engrandecer en la prudencia de este santo varón es que nunca, en todo el tiempo que fue fraile, quiso descubrir quién era, ocultando su nacimiento; pero Dios, que estaba pagado de su humildad, manifestó, después de muerto, lo que en vida él tanto había ocultado. Y aquí se me representa la conversación en la casa de su padre, de San Alejo, que siendo

[6] Luc. 18.
[7] 2. Reg. 14.

tan noble vivió tan humilde y pobremente, debajo de una escalera, recibiendo de sus criados el pan de su continuo mantenimiento; pero quiso Dios que el desconocido en aquel humilde traje, cuando vivía, fuese conocido por principal y noble, muriendo; y es de creer que pues no estimó la vida temporal, por servir a Dios, que está gozando con sus santos la inmortal y gloriosa que dura para siempre.

CAPÍTULO XXXVII. *En el cual se contienen las vidas de los apostólicos varones fray Diego de Almonte, fray Francisco del Pedroso y fray Juan de Perpiñán*

FRAY DIEGO DE ALMONTE, DE LA RELIGIOSA PROVINCIA de San Gabriel, vino a estas partes con los segundos religiosos arriba contenidos. Era varón de santa simplicidad, juntamente con ser muy entendido, porque no era simplicidad la suya, de la que hace a un hombre falto de entendimiento, sino de aquella simplicidad que para Dios es sabiduría, y la que él mismo enseña a los suyos; de la cual se admiraron en San Pedro y en San Juan los del pueblo de los judíos, cuando hablando una vez de la muerte y pasión de su maestro Jesucristo, dijeron tales y tan altas cosas, que los pontífices y todos los presentes, sabiendo que era gente simple y sin letras, se admiraban y encogían los hombros; pero esto era porque estaban llenos del Espíritu santo, como dice luego el sagrado texto,[1] y muy enseñados en la sabiduría de Dios. De manera que ésta era la simplicidad de este varón santo fray Diego. Y veníale también muy bien el nombre de simple, por la pacificación del alma que tenía, por ser mansísimo de corazón, a la cual mansedumbre llama San Gregorio[2] simpleza, declarando aquellas palabras de Dios que dicen del santo Job, que era hombre simple, y dice que en esta simpleza se entiende la mansedumbre. Así la tenía muy en extremo fray Diego de Almonte, y era amigo de toda virtud y perfección. Era hombre de mucha paciencia, que es calidad, que se hermana con la mansedumbre, y fue muy conocida en el santísimo Job. Fue muy dado a la oración, que es la lección que enseña la observancia de todas estas virtudes, porque en ella se medita Dios que en cuanto hombre, es en quien relucen todas ellas, por haber sido el ejemplo perfectísimo de todas. Juntamente fue gran celador de la santa pobreza, porque es como piedra fundamental de la ilustrísima religión franciscana. Y porque tanta virtud no le desquiciase de los humildes cimientos de su conocimiento, le visitó el Señor con una grave y penosa enfermedad de asma, como a otro San Pablo,[3] que le mezcló el contento de la gloria celestial con una pasión que le hacía guerra, para que si lo uno volase lo otro apesgase y con el peso de esto se reprimiese esotro. Por esta enfermedad de asma, que este santo varón padecía, no podía darse

[1] Ac. Apost. 4.
[2] Div. Gregor. in cap. 1. Iob.
[3] 2. Ad Cor. 12.

tan noble vivió tan humilde y pobremente, debajo de una escalera, recibiendo de sus criados el pan de su continuo mantenimiento; pero quiso Dios que el desconocido en aquel humilde traje, cuando vivía, fuese conocido por principal y noble, muriendo; y es de creer que pues no estimó la vida temporal, por servir a Dios, que está gozando con sus santos la inmortal y gloriosa que dura para siempre.

CAPÍTULO XXXVII. *En el cual se contienen las vidas de los apostólicos varones fray Diego de Almonte, fray Francisco del Pedroso y fray Juan de Perpiñán*

FRAY DIEGO DE ALMONTE, DE LA RELIGIOSA PROVINCIA de San Gabriel, vino a estas partes con los segundos religiosos arriba contenidos. Era varón de santa simplicidad, juntamente con ser muy entendido, porque no era simplicidad la suya, de la que hace a un hombre falto de entendimiento, sino de aquella simplicidad que para Dios es sabiduría, y la que él mismo enseña a los suyos; de la cual se admiraron en San Pedro y en San Juan los del pueblo de los judíos, cuando hablando una vez de la muerte y pasión de su maestro Jesucristo, dijeron tales y tan altas cosas, que los pontífices y todos los presentes, sabiendo que era gente simple y sin letras, se admiraban y encogían los hombros; pero esto era porque estaban llenos del Espíritu santo, como dice luego el sagrado texto,[1] y muy enseñados en la sabiduría de Dios. De manera que ésta era la simplicidad de este varón santo fray Diego. Y veníale también muy bien el nombre de simple, por la pacificación del alma que tenía, por ser mansísimo de corazón, a la cual mansedumbre llama San Gregorio[2] simpleza, declarando aquellas palabras de Dios que dicen del santo Job, que era hombre simple, y dice que en esta simpleza se entiende la mansedumbre. Así la tenía muy en extremo fray Diego de Almonte, y era amigo de toda virtud y perfección. Era hombre de mucha paciencia, que es calidad, que se hermana con la mansedumbre, y fue muy conocida en el santísimo Job. Fue muy dado a la oración, que es la lección que enseña la observancia de todas estas virtudes, porque en ella se medita Dios que en cuanto hombre, es en quien relucen todas ellas, por haber sido el ejemplo perfectísimo de todas. Juntamente fue gran celador de la santa pobreza, porque es como piedra fundamental de la ilustrísima religión franciscana. Y porque tanta virtud no le desquiciase de los humildes cimientos de su conocimiento, le visitó el Señor con una grave y penosa enfermedad de asma, como a otro San Pablo,[3] que le mezcló el contento de la gloria celestial con una pasión que le hacía guerra, para que si lo uno volase lo otro apesgase y con el peso de esto se reprimiese esotro. Por esta enfermedad de asma, que este santo varón padecía, no podía darse

[1] Ac. Apost. 4.
[2] Div. Gregor. in cap. 1. Iob.
[3] 2. Ad Cor. 12.

tanto a los ejercicios de la penitencia, como deseaba. Pero al profeta Daniel[4] llamó Dios varón de deseos; y como al que los tenía buenos, que es aun salir de los términos comunes de el posible, le acudió Dios a consolar; así haría a este bendito religioso, que hacía lo que podía, según sus fuerzas y deseaba hacer más en el servicio de Dios y maceración de la carne. Dábale suma pena oír cosa de murmuración; porque dice el sabio:[5] Guardaos de la murmuración, que no es de ningún provecho y apartad la lengua de la detracción; porque la lengua que miente, mata al alma. Y si alguna vez los oía, excusaba lo mejor que podía a los murmurados y evitaba las tales pláticas, y como era varón de deseos mostrábalos de ver reformada la orden de nuestro padre San Francisco. Y con ser él tan reformado y perfecto religioso, quisiera que esta reformación comenzara por él mismo, que es lección, aprehendida de Cristo nuestro señor, de quien se dice en los actos de los apóstoles[6] que primero obró, que enseñó; y manifiéstase muy bien, pues hizo demonstración de sus obras en las bodas de Caná, en el milagro que allí hizo de el vino, y después de bautizado de San Juan, entrándose en el desierto a ayunar, y todo esto antes de comenzar su predicación; a cuya imitación, en lo posible, quisiera este verdadero discípulo de el soberano maestro Jesucristo ser el primero de la reformación, antes que predicarla a los otros. Y así, cuando vino a esta provincia de el Santo Evangelio, con comisión de el ministro general fray Andrés de la Ínsula, para que doce frailes escogidos fundasen una provincia recoleta y reformada, él con ser viejo y enfermo se ofreció a ser uno de ellos, diciendo con Isaías:[7] *Ecce ego, mitte me,* y anduvo en compañía de los demás, con harto trabajo, por diversas tierras, buscando asiento para su provincia, llamada de ellos Insulana; puesto que no tuvo efecto su deseo y por inconvenientes que se ofrecieron; a cuya causa se volvieron todos a esta provincia, donde el siervo de Dios, fray Diego, antes de esto había sido guardián de principales conventos y difinidor. Acabada la peregrinación de esta vida, en venerable vejez, dio su alma a Dios, que lo crió y hizo tan buen religioso. Está enterrado en San Francisco de Mexico.

Fray Francisco de el Pedroso vino de la provincia de los Ángeles a esta de Mexico ya viejo, luego después de los primeros; y con toda su edad, según por su dicho parece, supo algo de la lengua de los indios para poderlos doctrinar y aprovechar, que es muy proprio de espíritus fervorosos y llenos de el amor de el prójimo no reparar en años, cuando la caridad clama; porque así como no busca cosas suyas, así también se ocupa en las ajenas, en especial en las que son cerca de la salvación, por ser benigna y misericordiosa. Y refiere en sus escritos el padre fray Toribio Motolinia, uno de los doce, haber dicho que pensaba y creía haber servido más a Dios, en poco más de dos años en la conversión de los indios, que en cuarenta que en España vivió con el hábito de San Francisco. Y podemos decir de

[4] Dan. 11.
[5] Sap. 1.
[6] Ac. Apost. 1.
[7] Isai. 6.

este venerable varón, que aunque fue de los postreros (quiero decir que llegó a esta viña de el Señor, a la undécima hora de su vida) trabajó de manera en ella que mereció premio y paga con los que gastaron todo el día en cultivarla, como dijo Cristo en la parábola.[8] Y el mismo padre fray Toribio da testimonio de la santidad de este siervo de Dios, diciendo así: este padre es de los viejos de la provincia de los Ángeles, y uno de los que con buen ejemplo y santo celo trabajaron en aquella santa provincia y de los que con más fervor se ocuparon muchos años en las predicaciones y confesiones; y en oración mental pocos había entre ellos más ejercitados, porque acompañaba lo uno a lo otro; y con el encendimiento de amor divino que de ella sacaba, impelía al espíritu para predicar al prójimo; porque de otra manera fuera como la campana que llama a otros a misa y se queda ella fuera. Murió luego, a los principios de la conversión de esta gente, y su alma bendita subió a la gloria y bienaventuranza, a recibir el premio de sus trabajos.

Fray Juan de Perpiñán, de la provincia de Aragón, vino a esta de el Santo Evangelio primero que otros y después de los doce primeros fundadores de ella. Era muy gran letrado y supo bien la lengua de los indios; y como sabía que la primera puerta para el cielo, en este estado de gracia y evangélico, es la de el bautismo, sin el cual nadie se puede salvar, como dice San Juan, trabajaba entre estas gentes infieles mucho, bautizándolos, y así bautizó innumerables de ellos con el increíble fervor y celo que tenía de su salvación, deseando que la intención que Cristo tuvo en la cruz, que fue de que todos se salvasen, no se defraudase en la eficacia, como no se había menoscabado en la suficiencia; pues su muerte sacrosanta fue bastantísima para salvar no solos los hombres de este solo mundo, sino también los de otros mil, si los criara. Por este respecto nunca se cansaba de oírlos de confesión; y tanto se ocupaba en esto que le llamaban los otros religiosos, mártir de los indios; y es así porque las cosas que entonces pasaban, podían servir de martirio a cualquiera que con paciencia y por amor de Dios lo llevaba. Y porque el mucho trabajo que tenía en este ministerio evangélico, no se mezclara con alguna vanagloria, aunque podía decir con San Pablo[9] que había trabajado más que otros, permitió ese mismo Dios y señor de lo criado, que padeciese una muy grave tentación de la carne para que también pudiese decir con él mismo: Hame sido dado un estímulo de carne, un ángel de Satanás que me atormente; pero aunque la tentación de el pecado sensual le duró por algún tiempo, la venció con la continua oración con que a Dios pedía remedio; porque este género de demonio (como dijo Cristo) no se vence, sino con ayuno y oración. Y quedó desde el mismo día que venció esta infernal tentación, con tantas fuerzas espirituales, que nunca más le acometió como le sucedió a Santo Tomás de Aquino, como se cuenta en su leyenda. Y por haber sido tan grande trabajador, con los naturales, lo amaban ellos mucho, que así lo acostumbran, con sus buenos y particulares ministros; y cuando murió hicieron por

[8] Math. 20 et 21. Luc. 20.
[9] 2. Ad Cor. 12.

él extraño sentimiento, y se hallaron tantos en su entierro que no cabían en el patio de el convento de Mexico (con ser muy grande) todos con candelas encendidas en sus manos, y los que no cabían dentro estaban por las calles de la misma suerte. Está enterrado en el mismo convento de San Francisco y su santa ánima debemos creer fue a gozar de Dios a su gloria.

CAPÍTULO XXXVIII. *De la vida de el santo fray Andrés de Olmos*

SI CON ATENCIÓN SE MIRA LA VIDA, PENITENCIA y obras heroicas de este santo varón fray Andrés de Olmos, se hallará haber sido uno de los muy perfectos religiosos que ha tenido esta Nueva España, amado de Dios (como dice el *Eclesiástico* de Moysén)[1] y de los hombres, cuya memoria es en bendición y a quien hizo Dios en la gloria, semejante a los santos y lo engrandeció y sublimó en el temor de los enemigos; y en sus palabras y santa doctrina aplacó los monstruos bravos de los chichimecas. Fue este santo religioso natural de tierra de Burgos, cerca de Oña, hijo de honestos y muy cristianos padres; de cuya cristiandad se debe creer criarían a su hijo en los primeros años de su puericia, en temor de Dios y disciplina (como dice San Pablo)[2] no provocándolo con su mal ejemplo a ira, ni enojo contra nadie. Y después de algún tiempo de asistencia con sus padres, en sus años tiernos, fue al pueblo de Olmos, que es cerca de Valladolid, donde tenía una hermana casada y allí se crió con ella y llegó a edad de mancebo; y de este pueblo tomó el sobrenombre o apellido de Olmos, que después usaba. Y como ya en estos años de mozo tenía algunos principios de virtud, no se derramó el honesto mancebo a las vagueaciones de el mundo; antes recogiendo sus cuidados se dio al estudio de los sacros cánones y leyes, para tener (como dice el Sabio)[3] ciencia y entendimiento. Y aunque este ejercicio es virtuoso y es escalón para subir por él a mayor estado, no lo quiso en la vida seglar, pareciéndole que la libertad en el mancebo es licencia tácita para derramarse a cosas impertinentes y vanas. Por lo cual, llegando a edad de veinte años y considerando la oportunidad grande que en la religión hay, para mejor servir al Señor, determinóse de dejar el mundo y entrar en ella. Hízolo así y tomó el hábito de los menores de mi glorioso padre San Francisco, en el convento de Valladolid, de la provincia de la Concepción.

Después de hecho religioso vivió con mucho temor de Dios y observancia de su regla; porque las buenas costumbres, que cuando niño aprendió, no solo no las olvidó, pero llevólas muy adelante y fuelas acrecentando; porque es sentencia de el Espíritu Santo[4] que el hábito, que el mancebo

[1] Eccles. 4.
[2] Ad Ephes. 6.
[3] Prov. 1.
[4] Prov. 22.

él extraño sentimiento, y se hallaron tantos en su entierro que no cabían en el patio de el convento de Mexico (con ser muy grande) todos con candelas encendidas en sus manos, y los que no cabían dentro estaban por las calles de la misma suerte. Está enterrado en el mismo convento de San Francisco y su santa ánima debemos creer fue a gozar de Dios a su gloria.

CAPÍTULO XXXVIII. *De la vida de el santo fray Andrés de Olmos*

SI CON ATENCIÓN SE MIRA LA VIDA, PENITENCIA y obras heroicas de este santo varón fray Andrés de Olmos, se hallará haber sido uno de los muy perfectos religiosos que ha tenido esta Nueva España, amado de Dios (como dice el *Eclesiástico* de Moysén)[1] y de los hombres, cuya memoria es en bendición y a quien hizo Dios en la gloria, semejante a los santos y lo engrandeció y sublimó en el temor de los enemigos; y en sus palabras y santa doctrina aplacó los monstruos bravos de los chichimecas. Fue este santo religioso natural de tierra de Burgos, cerca de Oña, hijo de honestos y muy cristianos padres; de cuya cristiandad se debe creer criarían a su hijo en los primeros años de su puericia, en temor de Dios y disciplina (como dice San Pablo)[2] no provocándolo con su mal ejemplo a ira, ni enojo contra nadie. Y después de algún tiempo de asistencia con sus padres, en sus años tiernos, fue al pueblo de Olmos, que es cerca de Valladolid, donde tenía una hermana casada y allí se crió con ella y llegó a edad de mancebo; y de este pueblo tomó el sobrenombre o apellido de Olmos, que después usaba. Y como ya en estos años de mozo tenía algunos principios de virtud, no se derramó el honesto mancebo a las vagueaciones de el mundo; antes recogiendo sus cuidados se dio al estudio de los sacros cánones y leyes, para tener (como dice el Sabio)[3] ciencia y entendimiento. Y aunque este ejercicio es virtuoso y es escalón para subir por él a mayor estado, no lo quiso en la vida seglar, pareciéndole que la libertad en el mancebo es licencia tácita para derramarse a cosas impertinentes y vanas. Por lo cual, llegando a edad de veinte años y considerando la oportunidad grande que en la religión hay, para mejor servir al Señor, determinóse de dejar el mundo y entrar en ella. Hízolo así y tomó el hábito de los menores de mi glorioso padre San Francisco, en el convento de Valladolid, de la provincia de la Concepción.

Después de hecho religioso vivió con mucho temor de Dios y observancia de su regla; porque las buenas costumbres, que cuando niño aprendió, no solo no las olvidó, pero llevólas muy adelante y fuelas acrecentando; porque es sentencia de el Espíritu Santo[4] que el hábito, que el mancebo

[1] Eccles. 4.
[2] Ad Ephes. 6.
[3] Prov. 1.
[4] Prov. 22.

hubiere hecho en alguna costumbre, ése permanecerá en él en los años de su vejez; y por esta causa amonesta el Filósofo que a los niños se les enseñen buenas costumbres y los ejerciten en ellas; para que haciendo hábito en ellas no las olviden y se les aquerencien. Y así ocupaba este recogido y devoto religioso el tiempo, en aprender las divinas letras con que después fructificase en la viña de el Señor. Era en aquella sazón guardián de la religiosa casa de el Abrojo el santo fray Juan de Zumárraga; y siéndole dada comisión de el Santo Oficio, a contemplación de el emperador Carlos Quinto (como en su vida queda dicho)[5] para castigar las brujas de Vizcaya, escogió por su compañero, para negocio tan grave, a fray Andrés de Olmos; visto su gran espíritu, acompañado de letras y religión. Y después, siendo el mismo fray Juan de Zumárraga promovido al obispado de Mexico, tornó a elegir al dicho fray Andrés para compañero de peregrinación tan larga, y lo trajo consigo a esta Nueva España, por alivio de sus espirituales trabajos, año de 1528; y también para ayuda de la conversión de sus ovejas, conociendo (como en espíritu) la luz que de él había de salir, para alumbrar los pobres y miserables naturales de esta tierra que andaban en tinieblas. Y así fue dado, como por luz y maestro, a toda la Nueva España (como lo dice Isaías[6] de Cristo nuestro redemptor, acerca de toda la gentilidad, a la cual había de alumbrar por fe) y la alumbró este varón santo, como ministro suyo, por espacio de cuarenta y tres años que en ella vivió, enseñando la ley de Dios con sus sermones escritos y santidad de vida.

Era fray Andrés de mediana estatura y buena complexión, y así aparejado para cualesquier trabajos y penitencias corporales; por lo cual escogió para sí las tierras más ásperas y necesitadas y, sobre todo, porque era muy amigo de la cruz de Cristo y quería que le cupiese gran parte de ella, verificando su misma sentencia que dice: Que el que gusta de seguirle tome su cruz y trabajos.[7] Con este fervor y disignio aprendió todos los géneros de lenguas que le parecieron de mayor necesidad y más universales, como son la mexicana, totonaca, tepehua y guaxteca; con las cuales corrió las más provincias de esta Nueva España, con celestial fervor y celo de la salvación de las almas; dando de sí, como luz divina, evangélico resplandor. Los inmensos trabajos que este varón santo sufrió, andando siempre a pie, por montañas y sierras fragosísimas, y por valles, barrancas y tierras hondas, de calores insufribles, sin ningún género de regalo, pues en aquel tiempo ni pan, ni vino, ni carne, ni otra cosa de las que hoy se usan, había; ¿quién podrá ponerlos en suma tan pequeña? Y ¿quién habrá que los crea? Especialmente entre gente que parece tener espíritu de contradición para contradecir a la razón y verdad, y para deshacer las vidas y obras maravillosas de los varones santos, midiéndolas con la bajeza de su entendimiento y pusilanimidad de espíritu que tienen; no osando acometerlas y huyendo de ellas con el temor que su primera vista les causa, como Tobías,[8] cuando

[5] Supra cap. 30.
[6] Isai. 49.
[7] Matth. 1.
[8] Tob. 6.

vido aquel gran pescado que abierta la boca se vino para él, de el cual, de temor, huyó y se apartó de el agua, habiendo de ser al contrario, que no sólo no había de huir, mas antes hacerle rostro para cogerle, pues en su hiel estaba la medicina para la salud de su padre; así que los tales, como gente cobarde que dan a huir de muy pequeños trabajos, sólo se ocupan y desvelan en cómo apocar los de los santos de Dios. Pero como esta determinación y sentencia no está al juicio humano, que aun en lo muy acertado yerra, sino al de Dios, que pesa, con peso de su eterna sabiduría, todas las cosas que los hombres hacen, ordena, cómo por el mismo caso sean para siempre sublimados y gloriosos, acá en el mundo y allá en la gloria perdurable. Y como los santos sólo procuraron agradar a su Dios y señor, así Él dispone cómo sean más honrados. Por esta misma manera acaeció a este varón apostólico, que (permitiéndolo Dios para más mérito suyo) no le faltaron émulos y perseguidores, andando por los yermos desterrado, cansado y trabajado, evangelizando la palabra divina, todo comido de mosquitos y por esto su rostro como leproso llagado; mas como prudentísima serpiente cerraba sus oídos al canto de los detraedores y murmuradores y callaba los bienes que Dios le comunicaba, tomando por remedio cubrirse de silicio y dar ceniza por pan a su apetito (como dice David) considerando que Dios, a quien él deseaba tanto agradar, le había de dar fiel tutor y defensor, aunque los pecadores, a quien el santo procuraba convertir, y cuyos vicios reprehendía, se le volvían contrarios; condición propia del mal cristiano, llevar mal la reprehensión y estorbo de su mala vida.

CAPÍTULO XXXIX. *De la humildad del santo varón fray Andrés de Olmos, y ejercicio que tenía en convertir gente bárbara y cómo Dios, milagrosamente, lo guardaba entre ellas, y del deseo que tenía que todos empleasen bien el tiempo*

ERA ESTE VARÓN SANTO MUY HUMILDE, y teníase por vilísimo e indigno de algún bien en la tierra, mostrándose en esto ser de aquellos que dice Dios por Isaías,[1] que los mira, con amor y voluntad, por ser de corazón humildes y pobrecillos en su estimación. Huía de las honras mundanas, como de conocido peligro para su salvación; por esta causa se alejaba de poblado y de la frecuencia y conversación de gentes, porque los religiosos de la provincia no le hiciesen prelado, que lo deseaban mucho, por su virtud y letras; y así se alejó más de la comarca de Mexico, pasando desde Hueytlalpan a las sierras de Tuzapan, donde estuvo algunos días y convirtió y bautizó todo aquella gente, y aprendió y supo muy bien la lengua totonaca. Después dejando ministros en aquella tierra, pasó a la costa de Guaxteca, predicando por aquella tierra de Pánuco y Tampico, hasta entrar en los chichimecas bravos, que confinan con la Floridad, que son

[1] Isai. 66.

vido aquel gran pescado que abierta la boca se vino para él, de el cual, de temor, huyó y se apartó de el agua, habiendo de ser al contrario, que no sólo no había de huir, mas antes hacerle rostro para cogerle, pues en su hiel estaba la medicina para la salud de su padre; así que los tales, como gente cobarde que dan a huir de muy pequeños trabajos, sólo se ocupan y desvelan en cómo apocar los de los santos de Dios. Pero como esta determinación y sentencia no está al juicio humano, que aun en lo muy acertado yerra, sino al de Dios, que pesa, con peso de su eterna sabiduría, todas las cosas que los hombres hacen, ordena, cómo por el mismo caso sean para siempre sublimados y gloriosos, acá en el mundo y allá en la gloria perdurable. Y como los santos sólo procuraron agradar a su Dios y señor, así Él dispone cómo sean más honrados. Por esta misma manera acaeció a este varón apostólico, que (permitiéndolo Dios para más mérito suyo) no le faltaron émulos y perseguidores, andando por los yermos desterrado, cansado y trabajado, evangelizando la palabra divina, todo comido de mosquitos y por esto su rostro como leproso llagado; mas como prudentísima serpiente cerraba sus oídos al canto de los detraedores y murmuradores y callaba los bienes que Dios le comunicaba, tomando por remedio cubrirse de silicio y dar ceniza por pan a su apetito (como dice David) considerando que Dios, a quien él deseaba tanto agradar, le había de dar fiel tutor y defensor, aunque los pecadores, a quien el santo procuraba convertir, y cuyos vicios reprehendía, se le volvían contrarios; condición propia del mal cristiano, llevar mal la reprehensión y estorbo de su mala vida.

CAPÍTULO XXXIX. *De la humildad del santo varón fray Andrés de Olmos, y ejercicio que tenía en convertir gente bárbara y cómo Dios, milagrosamente, lo guardaba entre ellas, y del deseo que tenía que todos empleasen bien el tiempo*

ERA ESTE VARÓN SANTO MUY HUMILDE, y teníase por vilísimo e indigno de algún bien en la tierra, mostrándose en esto ser de aquellos que dice Dios por Isaías,[1] que los mira, con amor y voluntad, por ser de corazón humildes y pobrecillos en su estimación. Huía de las honras mundanas, como de conocido peligro para su salvación; por esta causa se alejaba de poblado y de la frecuencia y conversación de gentes, porque los religiosos de la provincia no le hiciesen prelado, que lo deseaban mucho, por su virtud y letras; y así se alejó más de la comarca de Mexico, pasando desde Hueytlalpan a las sierras de Tuzapan, donde estuvo algunos días y convirtió y bautizó todo aquella gente, y aprendió y supo muy bien la lengua totonaca. Después dejando ministros en aquella tierra, pasó a la costa de Guaxteca, predicando por aquella tierra de Pánuco y Tampico, hasta entrar en los chichimecas bravos, que confinan con la Floridad, que son

[1] Isai. 66.

más de cuatrocientas leguas de tierra, hacia la parte del norte. Cosa maravillosa que siempre buscaba las tierras más ásperas y estériles para plantar la fe; porque se temía que se quedarían sin ella los que en ellas vivían, si acaso rehusasen los otros ministros la aspereza, peligros, destemplanza y esterilidad de ellas, porque eran habitadas de gentes fieras y caribes, que se andan por los campos como brutos animales (como en otra parte hemos dicho)[2] sin edificar casas, ni sembrar para coger; y a estas mismas partes vino este bendito varón a dar algún alivio a su cansada vejez, lleno de enfermedades, que cobró en las tierras destempladas por donde había peregrinado, pudiéndose llamar más propiamente peregrino en estas tierras, que morador de ellas, a semejanza de otro Jacob[3] que lo anduvo por muchas; ya sirviendo a Labán, su suegro, tantos años en Mesopotamia, ya en Sochot; ya en Sichen; ya en Hebrón o en Mambre; y últimamente en Egipto, en tiempo de la grande hambre de Palestina, donde preguntándole el rey Faraón por los años que tenía, dijo que eran ciento y treinta, pocos y malos. No llegó a éstos este santo viejo fray Andrés, pero pasó de ochenta y casi en estos últimos andaba en aquella peregrinación serrana, donde por testimonio de cartas suyas, escritas a Juan de Torres de Lagunas, que andaba por aquellas serranías en busca de estas gentes bárbaras que hacían daño en los españoles, y las he tenido en mi poder; está averiguado su mucho cansancio, trabajos y enfermedades; pero no desflaquecido en el espíritu, porque antes en ellas se mostraba más animado, alentando al capitán general y a sus soldados que siguiesen a los malhechores, no en orden de hacerles mal, sino de prenderlos y reducirlos a la santa fe de Jesucristo, para cuya ayuda él se ofrecía, no reparando en las pocas fuerzas del cuerpo, ni recelando las dificultades de los caminos, no estimando lugar, ni habitación conocida en la tierra, diciendo con San Pablo: Que nuestra ciudad permaneciente son los cielos.

Con todo esto, después de tantos años de vida, tan bien gastada, conquistaba y ganaba de nuevo a Cristo, con más ánimo y espíritu, que en la mocedad hombres, que son más inhumanos y carniceros que las fieras del campo, entre las cuales vivía tan alegre y sin recelo, como si fueran muy domésticos españoles; y así hacía entre ellos sus ermitas y chozuelas, con sus altares y retretes, para su reposo, como si no viviera entre una gente que se comen unos a otros, y que no tienen temor, ni vergüenza, ni ley, ni razón, más del arco y flechas, con que derriban los pajaritos que van por el aire volando; pero no era esto sin particular milagro y voluntad de Dios, que cegaba aquellos bárbaros y aplacaba su fiereza y crueldad para que no se encarnizasen en su siervo, aunque hambrientos y deseosos de sus carnes, como lo afirmó por escrito un venerable religioso de la orden de San Agustín, que lo trató y conversó treinta años; el cual dice, que le confesaron los mismos indios bárbaros que un Jueves Santo fueron a su ermita, con intento de matarlo, y que por hacerle salir fuera, le flecharon la cubierta de la casilla que era de paja, con flechas, en que pendían manojuelos de

[2] Lib. 21 in prolog.
[3] Genes. 31 et 33 et 35.

yerba seca, encendidos; y viendo que el fuego no prendía en la choza, cobraron tanto pavor y miedo, que se volvieron huyendo, sin seguirlos nadie donde se verifica muy bien lo que dice el Espíritu Santo:[4] Huye el malo, sin que nadie le persiga y el justo queda como león fuerte y confiado y sin temor ninguno; y es la causa, porque el pecado es siempre cobarde, y así acobarda al que le acomete, como se verificó en Caín, que matando a su hermano Abel, quedó desalentado para poder vivir la vida natural, segura y quietamente, pareciéndole que donde quiera que estuviese, estaba a riesgo y peligro;[5] lo que no tiene la virtud, porque como tiene a Dios por amparo, no recela nada el virtuoso y santo; porque sabe que cuando muera en su defensa será recibido en refrigerio como dice el Sabio.[6]

Los mismos indios dieron testimonio ante el gobernador de aquella tierra, que se llamaba Alonso Ortiz de Zúñiga, que muchas veces salieron a matar a este varón santo, y que las flechas que le tiraban se volvían con la misma furia contra ellos. Y no parece este menor milagro, que el que sucedió en el monte Gargano, en la cueva que eligió para su devoción el arcángel San Miguel, donde el que tiró la flecha la volvió a recibir en su misma persona; y viendo el caso conocieron el milagro los circunstantes. De esta misma manera le sucedió a este santo religioso con estos bárbaros hombres; los cuales, viendo la maravilla, no le osaban hacer mal ninguno, antes se le venían mansos, como corderos, porque por la confianza y fe, que en Dios tenía, se cumplía en él lo que de otros santos y padres antiguos dice San Pablo,[7] que vencieron reinos y naciones, obraron justicia y consiguieron las cosas prometidas, atando las bocas de los leones y resistiendo la fuerza del fuego, ordenando Dios que suspendiesen su acción sobre la choza y casa pajiza de este su apostólico ministro, y con el espanto que les causaban estas cosas le reverenciaban y estimaban como a hombre del cielo, y demás de cuarenta leguas la tierra adentro venían a oír de su boca las palabras de Dios, y a recibir el santo bautismo; y por su respeto, aun después de él muerto, los indios bárbaros, cuando encontraban algún fraile de San Francisco por aquellas sierras, dejando los arcos y flechas, se venían a él, de rodillas y puestas las manos, diciendo: Andrés, dando a entender en esto que por fray Andrés de Olmos le hacían aquella reverencia, teniéndolos en la misma estimación que a él le tenían, viviendo y aun hasta el día de hoy tienen estos indios serranos en mucha estimación a los mismos religiosos de San Francisco, que andan entre ellos. Y con haberse después perdido gran parte de lo que este santo hombre ganó, se coge en muchos el fruto de su predicación, perseverando en la fe; y muchos de aquellos infieles, vienen hoy día a buscar los sacramentos y fe de la iglesia católica.

Traía fray Andrés, por común dicho a cada paso, y como por bordón, la cruz adelante, significando en esto que como soldado de la bandera de Cristo, escogido para ganar el reino de los cielos, no había de volver pie

[4] Prov. 28.
[5] Genes. 4.
[6] Sap. 4.
[7] Ad Heb. 11.

atrás, mas cada momento ofrecerse a más trabajos, penitencia y cruz, que son las armas con que se entra en aquel fuerte reino de los cielos, porque padece fuerza, como el mismo Cristo lo dice,[8] el cual no conquistan sino valientes y esforzados. Estas palabras, de más de ser noticia común, entre todos los que le conocieron y saber que así las decía, las vide firmadas de su nombre, en muchas cartas apostólicas y santas que escribía a diversas personas, y estas mismas afirma el padre fray Gerónimo de Mendieta haberle oído dar por respuesta, cuando venía a los capítulos, a los religiosos, que compadeciéndose de su mucho trabajo, viéndole ya viejo y asmático y comido todo el rostro de mosquitos, y con otras enfermedades, le importunaban que se quedase ya a descansar en la tierra de Mexico, a lo cual no respondía otra cosa, sino su común dicho: Hermanos la cruz adelante; y decía esto con un fervor que bien mostraba (como otro San Pablo)[9] no gloriarse, sino en la cruz de nuestro redemptor Jesucristo, huyendo de todo consuelo, descanso y recreación humana; por lo cual ya no echaba menos las cosas que el apetito naturalmente suele desear, ni sentía en ellas gusto, ni olfato, porque comía cualquier cosa de mal sabor y olor, como si fuera sabrosa y olorosa. Su principal regalo y consuelo era trabajar, por salvar ánimas y acudir siempre a la parte más necesitada y desamparada de ministros, diciendo con el *Eclesiástico*,[10] que la ociosidad enseña mucha maldad y desventura, y debía de considerar el trabajo de aquella mujer, de quien dice Salomón en los *Proverbios*[11] que nunca comía pan en ociosidad sino siempre trabajando. Y como este siervo de Dios aprovechaba tan bien el tiempo así también se compadecía de los que lo empleaban mal y no gastaban el que Dios les dio en granjear el cielo para que fueron criados, y para que se ocupasen en algo y andar él también ocupado, sin rato de descanso, ni reposo, y que no estuviesen ociosos. Tradujo de latín en metro castellano el libro de *Hæresibus*, de el padre fray Alonso de Castro, con gran curiosidad y artificio y con mucha erudición y doctrina; y también dos epístolas de dos judíos rabinos, una de las cuales anda inserta en las partes teologales de San Antonio de Florencia: pensando él con su bondad que por aquella vía aprovecharían el tiempo los que mal lo expendían. Compuso en la lengua mexicana un auto de el Juicio Final, el cual hizo representar, con mucha solemnidad en la ciudad de Mexico, en presencia de el virrey don Antonio de Mendoza, y de el santo arzobispo don fray Juan de Zumárraga, y de innumerable gente, que concurrió de toda aquella comarca, con que abrió mucho los ojos a todos los indios y españoles, para darse a la virtud y dejar el mal vivir y a muchas mujeres erradas, para que movidas de temor y compungidas, se convirtiesen a Dios. Sacó también, en la misma lengua, para avivar los juicios bajos de los naturales, las pláticas que los viejos y señores mexicanos hacían a sus hijos y vasallos y otros muchos libros y tratados que abajo se contarán.

[8] Math. 11.
[9] Ad Gal. 6.
[10] Eccles. 33.
[11] Prov. 31.

CAPÍTULO XL. *De el espíritu de profecía que tuvo este santo varón fray Andrés de Olmos, y de su bienaventurada muerte y de algunos milagros que en ella acontecieron*

L ESPÍRITU DE DIOS QUE COMO DICE San Juan[1] donde quiere expira, y mostrándose rico en su misericordia y muy liberal con su santo siervo, fray Andrés, no se contentó con comunicarle una, ni dos gracias, con que por ellas fuese conocido por siervo suyo, sino que alargando la mano de su omnipotencia, le hizo capaz de muchas, que en él concurrieron, haciendo junta y montón de ellas en este apostólico varón; verificándose en su apostólica persona, las que dice San Pablo,[2] que un mismo espíritu, que es Dios (en el cual están todas esencialmente y sin división) las da y divide en muchas, como más ve que conviene, según su santa voluntad. Porque si bien lo miramos, hízole merced de darle el don de lenguas, pues supo tantas (como queda dicho) el de la sabiduría, el de la ciencia, el de curar y sanar enfermos, de predicar, de interpretar las escrituras y lo que más es, el don de profecía, que por ser de cosas que aún no se saben es muy particular gracia de Dios, por cuanto esto parece ser sólo suyo, que es saber y alcanzar lo por venir, que a los hombres es oculto; o ya sea de cosas pasadas, como se lo reveló a Moysén; o ya de las presentes, como a Santa Elisabeth, cuando la Virgen santísima entró a visitarla, que conoció por espíritu profético la encarnación de el hijo de Dios, y que venía en sus entrañas; o ya de cosas futuras y por venir, como ha manifestado a otros muchos que las han dicho; y esta merced, tan particular y tan propria de Dios, se la comunicó a este su siervo, como parecerá en dos casos que se siguen. El uno fue que, visitándole un sobrino suyo, en el pueblo de Hueytlalpan, supo lo que de él había de ser y relató las cosas futuras que le habían de acaecer y delante de él y de su compañero las lloró, como Cristo señor nuestro la ruina de Jerusalén, cuando dijo: Si conocieses las cosas de tu desgracia y males, que sobre ti han de venir: y así como acullá se verificaron las que el Señor les anunció y todas acaecieron, así también acaecieron éstas y se cumplieron en este hombre, sin faltar un punto de como el santo varón las dijo. El otro caso fue que, poco antes que pasase de esta vida, le trajeron un enfermo para que lo confesase, y después de haberle oído de penitencia le dijo: andad con Dios, hermano, que sola una hora me llevaréis de delantera, y no más; lo cual sucedió así, como lo dijo, porque una hora después de muerto aquel enfermo, murió este santo varón.

Estando ya en los últimos años de su vida se rebelaron los indios chichimecas, que este santo varón fray Andrés de Olmos había convertido, lo cual fue causa de caer en una grave enfermedad que le acabó la vida. Recogióse en un pueblo de españoles, entre tanto que aquellos indios se alla-

[1] Ioan. 3.
[2] 1. Ad Cor. 12.

naban donde, con sus santas amonestaciones y vida apostólica, procuraba desarraigar los vicios de la gente de aquel pueblo que, como solos y apartados de justicia, vivían más sueltamente que otros que la temen de cerca; y muchos oían sus paternales amonestaciones con ternura, como cera puesta al sol, que la derrite; y otros que debían de ser de los que ya el demonio tenía por suyos, no sólo no las oían bien, pero tornábanse de la condición de el barro que a los rayos y calor de el mismo sol se endurece; y convertían la ponzoña de su malicia contra el honor y reputación de este santo. Pero como Dios, que sabe los corazones y que tenía muy asido de su gracia el de fray Andrés, no consentía que la limpieza de su pura y delicada conciencia lo pasase tan mal, que fuese estragada de manos tan pecadoras; y así ordenó que esta su santa inocencia fuese pública a los que querían obscurecer su claro y refulgente nombre. Y así sucedió que estando un día en aquel pueblo, tratando de la devoción que a la Virgen, madre de Dios, se debe, se levantó una llama de fuego muy grande, entre sus pies, y lo fue cercando y se le subió hasta la cabeza; y pensando que ya eran cumplidos sus días, alzó las manos en alto, volviéndose a Dios, atemorizado (por ventura) de tan repentino suceso. Levantóse entonces un su devoto, con quien el santo hablaba, para apagarle el fuego; mas por presto que llegó ya había cesado la llama; quedando su cuerpo y ropa, sin rastro, ni olor de el fuego, que parece que era de la calidad de el otro fuego que Moysén vido asido de la zarza que ardía, y no se quemaba porque era fuego encendido con la mano omnipotente de Dios, que en él representaba altos y soberanos misterios,[3] y en esta ocasión pienso que lo encendió en la circunferencia y contorno de este santo varón, para purificar con ella mancha de las lenguas que murmuraban su santa vida; dando a entender por este modo que cuerpo que así es purificado, con el fuego de la caridad y amor de Dios, no tienen que argüirle lenguas humanas; así como también lo fueron los labios de el profeta Isaías,[4] con el fuego de el altar con que el ángel lo purificó. Admiráronse grandemente los circunstantes de el caso, y el santo viejo, que conoció ser público y manifiesto a todos, no ensoberbeciéndose con el fariseo de el templo, que no hacía sino alabarse, sino humillándose con el publicano y atribuyendo a Dios la gloria de sus misterios, dijo: Finalmente la cruz adelante (que era su común dicho) haciéndose muchas gracias; porque tan señaladamente le favorecía. Túvose por indicio este milagro de que ya su resplandeciente ánima quería desamparar aquellos cansados miembros de su cuerpo, y volar a la gloria de aquel Señor que vive en gloria inacesible; y así fue, porque aquel mismo año pasó de esta vida a la inmortal; lo cual conoció manifiestamente el espíritu de este famoso y gran ministro de Dios, porque luego se fue la tierra adentro a las serranías, donde se habían hecho fuertes aquellos indios bravos; y haciendo junta de muchos de ellos, con estar muy agravado de la enfermedad, como candela que ya va dando los últimos resplandores de su luz, que son mayores y más claros, así les comenzó a predicar por algunos

[3] Exod. 3.
[4] Isai. 6.

días, con extraño espíritu y fervor, como codiciosa abeja, labrando el panal de la suave y dulce palabra de Dios, que como dice David[5] es más dulce que la miel que labran ellas.

Después de haber asistido algún tiempo con ellos, sintiendo su santo espíritu, que ya era tiempo de partir a otra compañía más durable y permaneciente, que la que con aquellas gentes bravas había tenido, que era la de los santos en la gloria, despidióse de ellos, como otro San Pablo, diciéndoles las mismas palabras que el Apóstol a los de Éfeso:[6] lo sé, que ya no me habéis de ver más la cara, todos los que presentes estáis, por cuyas tierras y serranías he pasado predicando el reino de Dios, por lo cual os hago protestación en este día, que estoy inocente y libre de toda injuria y calumnia con que pueda ser argüido. Yo os he enseñado la ley de Dios y os he declarado su evangelio, por lo cual os pido que viváis muy cuidadosos en su servicio y guarda de sus mandamientos, y díjoles juntamente que se iba a morir y que se redujesen a la obediencia de la iglesia, y viniesen de paz al visorrey y arzobispo, que ellos los recibirían con amor y proveerían de ministros para su doctrina. Los indios, con muchas lágrimas y sentimiento, como los otros de Éfeso, colgados del cuello de Paulo, le besaban sus manos, doliéndose grandemente de que les decía que ya no le habían de ver más. Y de esta manera se despidieron de su verdadero padre y apóstol, teniendo por cierto que no le habían de ver más, pues él lo decía. De allí se vino luego a Tampico, pueblo de españoles, donde le fatigó la enfermedad hasta que murió. Habíasele hecho al siervo de Dios una apostema, de sus muchos y continuos trabajos, que le reventó cuando quiso expirar. Viendo, pues, que su hora se le acercaba (que el mismo Dios, que le dio a conocer otras cosas, dicen, que lo hizo cierto de ésta) llamó a la gente de la casa donde estaba, que era ajena, porque aun en esto quiso Dios que le faltase propiedad al verdadero pobre de Cristo, y queriéndoles agradecer el bien que le habían hecho en hospedarle en ella, les repartió sus riquezas, no las de aquel rico que ni aun migajas quiso dar al pobre Lázaro,[7] sino un rosario, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un silicio; y echándoles la bendición comenzó a decir el credo con una muy grande devoción, y en acabándolo de decir dio su alma al señor Dios, a quien en vida había querido, como entonces en muerte lo confesaba. En el mismo punto se le transfiguró el rostro, en tan agradable y angélico semblante, que a todos daba notable consuelo; y los que presentes se hallaron sintieron una fragancia de tan suave olor que afirmaban no haberlo semejante en la tierra; puesto que antes que muriese era grave de sufrir el mal olor que de la apostema y de otros acidentes de la enfermedad en sí tenía. En la hora que expiró se oyó una música del cielo, entre los indios, de diversos instrumentos, como de trompetas, flautas y chirimías, y acudieron todos corriendo a la iglesia, adonde les parecía oír la música, preguntando si había venido de fuera alguna persona de cuenta a quien con tanta fiesta

[5] Psal. 118.
[6] Ac. Apost. 20.
[7] Luc. 16.

recibían, y no sería sino la que acompañaba aquella ánima santa, en el recibimiento que los ángeles le harían en aquella corte celestial donde iba a recibir el premio de los trabajos que por Dios había padecido en la tierra.

Mostraron los naturales, por la muerte de su apóstol, notable sentimiento, y todos se cubrieron de luto; y lo que echa el sello en las alabanzas de este santo es que un hombre pecador, que estaba muy mal con él y decía de sus cosas el mal que podía, viéndose confuso con tantas maravillas, como en la muerte del siervo de Dios se veían, se fue para el lugar donde tenían puesto su cuerpo muerto, y arrojándose a sus pies, con gran ímpetu de lágrimas y suspiros, daba voces diciendo: Éste era varón santo, y él me decía la verdad; mas yo como malo no la quería creer. Y no es de menor consideración esto que todo lo pasado acerca de las maravillas que Dios obró por este su siervo, pues trae a verdadera confesión de la mucha virtud que en él había, al cual, viviendo, le menospreciaba y tenía por pecador y malo. Porque como este tiempo de la muerte es de verdades quiere Dios que se digan, aunque sea por fuerza, como pasó en la pasión de su unigénito hijo, que los que en la cruz le baldonaron y mofaron de su deidad, teniéndolo por embajdor y que engañaba al pueblo, después de haber expirado se vuelven a creer lo contrario; y hiriéndose los pechos dicen: Verdaderamente éste era hijo de Dios. Y a esta imitación quiere su majestad santísima que este hombre confiese esta verdad; porque así como ya en aquella santa muerte de Cristo comenzaba a labrar en el mundo la fuerza de su santa pasión y hacer fruto aquellas sus santas palabras, dichas en favor de los ofensores: Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen; de donde emanó moverse las entrañas de Dios para darles conocimiento del yerro. Así debió de suceder en este caso que, habiendo subido a los cielos el ánima de este apostólico religioso, debió de pedir perdón para este hombre desalmado; y como le debió de alcanzar él de sus culpas, en testimonio y prendas de tanto bien, le envió Dios la penitencia en esta vida, cuya parte fueron estos suspiros y lágrimas, dándole también un cáncer en los labios, con que solía detraer de su santo; y así se le comieron, y mucha parte del rostro, de la cual enfermedad murió purgado en el hospital de San Cosme y San Damián de Mexico, habiéndose primero desdicho y vuelto la honra que había quitado al siervo de Dios, por instrumento público de escribano, que confirma esto lo dicho, de haberle sido intercesor con Dios, pues pudo persuadirse a que para salvarse tuvo necesidad de desdecirse, cosa que se siente mucho y que muy pocos hacen por lo cual se van al infierno.

De la misma suerte aconteció a otro, que puso lengua en el varón santo, porque le reprehendía su vida descuidada, el cual murió de una enfermedad contagiosa y sin poder confesarse, con haber ministro y sacerdote en la villa donde murió, aunque fueron los fines diferentes de ambos y sería en este segundo causa de este mal fin la obstinación y pertinacia que tendría en su pecado o la vergüenza de haber de volver a decir lo contrario de lo que antes había afirmado, que es velo que pone el demonio a los semejan-

tes, para que callen, pegándoles la lengua al paladar, como dice el Profeta,[8] con que enmudecen y no satisfacen en caso tan importante.

Otro español, que amaba mucho al siervo de Dios y le hacía algunos beneficios, estando enfermo de cierta pasión penosísima, el día que trasladaron su santo cuerpo se llegó a su sepultura, y tomando de la tierra donde había estado sepultado, y reverenciándola, sanó luego y quedó libre de aquel mal. Para que se entienda por esto que Dios no se olvida de tomar venganza de aquellos que a sus siervos persiguen y maltratan, como lo dice él mismo, cuando se la dejan a él, y como también se acuerda de gratificar a los que hacen bien a los suyos; porque como dice también en otra parte, toma por suyas las obras de caridad que por él se hacen a sus pobres y pequeñuelos.

Murió el santo fray Andrés de Olmos año de 1571, a ocho días del mes de octubre. Los ornamentos de los altares, y los con que el santo decía misa (aunque pobres y de poco valor) quedaron con tanta fragancia de olor, después de su muerte, que los religiosos y españoles seglares que cerca de sí los tenían, alababan a Dios por ello y afirmaban que aquella suavidad y olor sobrepujaba a los olores de la tierra, y así lo tenían por manifiesto milagro. Escribió este padre bendito muchos tratados en diversas lenguas; entre los cuales se hallan los siguientes: *Arte de la lengua mexicana* (cosa muy particular y de mucha erudición, y de él me he aprovechado para saber profundamente la lengua, y para leerla a otros religiosos, a quien la he leído). *Vocabulario*, en la misma lengua. *El juicio final*, en la misma lengua. *Pláticas, que los señores mexicanos hacían a sus hijos. Libro de los siete sermones*, en la misma lengua. *Tratado de los siete pecados mortales, y sus hijos*, en la misma lengua. *Tratado de los sacramentos*, en la misma lengua. *Tratado de los sacrilegios*, en la misma lengua. *Arte de la lengua guaxteca. Vocabulario*, de la misma lengua. *Doctrina christiana*, en la misma lengua. *Confesionario*, en la misma lengua. *Sermones*, en la misma lengua. *Arte de la lengua totonaca. Vocabulario*, de la misma lengua. Y otros muchos libros y tratados, en que ocupó los años que vivió en estas Indias en el ministerio evangélico y apostolado a que fue llamado. Y cargado de éstas y otras obras santas con que ilustró la tierra; murió en el Señor, dejando de sí memoria eterna y nombre de apóstol de estas Indias.

[8] Psal. 21.

CAPÍTULO XLI. *Que trata de la vida del apostólico varón fray Diego de Olarte, y de la del religioso padre fray Juan de Alameda*

QUE EL RELIGIOSO VARÓN, fray Diego de Olarte, natural de la villa de Medellín, en Extremadura, aunque su dependencia y abolengo (según parece) traía de las montañas. En esta tierra fue conquistador, en compañía del excelente capitán y marqués del Valle don Fernando Cortés. Fue hombre de mucha suerte en el mundo y valeroso soldado en la guerra, y así también lo fue después en la religión; al cual llamándolo Dios de enmedio de los tropeles de aquellos primeros tiempos de la milicia temporal, a la espiritual, donde la lucha no es de la carne y sangre (como dice San Pablo)[1] sino contra los príncipes y potestades de las tinieblas, le vistió de las armas de ese mismo Dios, para resistir la fuerza de tan mortales y feroces enemigos. Tomó el hábito en San Francisco de Mexico, al tiempo que comenzaban a plantar esta nueva viña del Señor aquellos doce apostólicos varones, primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio, cuya vida imitó en el fervor y celo de la observancia de la regla y de la conversión de los naturales, y en el rigor de la penitencia, en la cual excedió aun a algunos de ellos, porque en cuarenta años que vivió en el hábito, siempre anduvo descalzo y sin túnica. Su cama eran unas tablas, sin ropa, con sola una estera (que llaman petlatl) y no dormía tendido en ella, sino arrimado a la pared. Continuamente ayunaba y casi nunca cenaba; jamás bebió vino (aunque tuvo hartas y grandes necesidades) por mortificar su carne, acordándose de lo que dice el Apóstol,[2] que en el vino hay lujuria. Mas cuando caminaba en compañía de algún religioso, que sentía tener necesidad o flaqueza, llevaba una botilla con vino para darle: tanta era su caridad y no me admira menos su abstinencia, habiendo sido hombre trabajado en el siglo, con el continuo ejercicio de las almas. Pero como en la milicia espiritual son mayores las fuerzas del espíritu que las de la carne, y éstas se granjean, con abstinencia y mortificación del cuerpo, cuando más castigado está, entonces está más sujeto al servicio del alma; por esto no se curaba este bendito varón tanto de las fuerzas corporales, como de las espirituales, y por ganar éstas usaba de abstinencia y del ayuno y mortificación, no queriendo beber licor que dándole vigor y fuerzas tuviese enemigo capital en ellas, para derribarle del alto estado de la virtud y perfección. Con los huéspedes era muy cumplido y largo, y procuraba de hacerles todo regalo, a imitación del patriarca Abraham,[3] que aguardándolos a la puerta de su tabernáculo les daba, con mucha largueza, de lo que tenía en su casa, haciéndoles mucho agasajo y tratamiento, tal como parece en los tres mancebos que se le aparecieron en el valle de Mambre. Este bendito religioso

[1] Ad Ephes. 6.
[2] Ad Ephes. 5.
[3] Genes. 18.

a todos convidaba e importunaba que comiesen, y para persuadirlos a ello (con su mucha caridad) tomaría él primero un bocado y haría como que comía.

Tenía con su buen espíritu eficacia en las palabras, para persuadir lo bueno y disuadir lo malo; de esto bastará traer un solo ejemplo: Estaba un novicio en el convento de San Francisco de Mexico, muy tentado y aun determinado de dejar el hábito y no bastando con él largas pláticas, y persuasiones de muchos siervos de Dios, le habló este bendito padre diciéndole bien pocas palabras, las cuales fueron bastantes, no sólo a quitarle totalmente la tentación, que entonces tenía, mas también para hacerle después estar muy contento en el estado que había tomado y vivir como bueno y devoto religioso. Después que entró en la religión nunca quiso subir a caballo, ni para pasar ríos, ni para subir asperísimas sierras, ni por otra ocasión, cualquiera que fuese; aunque muchas veces tuvo de ello necesidad; y dice el venerable padre fray Gerónimo de Mendieta: Yo le acompañé un año, siendo provincial de esta provincia; y pasando sierras muy ásperas, en tierras calidísimas (como son hacia Teutitlan, y de Tlatlauhquitepec a Hueytlalpan, que entonces eran casas nuestras) le vido, en veces, tan descaecido de el gran calor de el sol, caminando por las tardes, que no podía dar paso adelante; y cuando lo daba le era forzoso tenderse en el suelo, que parecía querer expirar. Y como los indios, previniendo la inminente necesidad, llevasen caballos de respeto para los tales caminos fragosos, y ellos y él le importunasen que subiese un poco (siquiera por no llevar la compañía penada) nunca lo podían acabar con él; sino que al dicho padre compañero le decía que subiese a caballo, que él no lo había menester. Otras veces en caminos pedregosos y llenos de espinas (que los hay muchos en estas tierras, en especial en las cálidas) se iba lastimando, rozando y desangrando los pies; y le rogaban se pusiese unas sandalias, pues Cristo nuestro redemptor las permitió a sus apóstoles,[4] y nunca se las quiso calzar, sino que a todo respondía: Ya poco queda. Fue increíble el tesón que tuvo, en cosas de rigor y penitencia de su cuerpo; consolándose en todo con aquellas palabras, ya poco queda. Dando por esto a entender que el tiempo que le restaba de vida era poco. Porque (como dice el Apóstol)[5] el tiempo es breve y con la brevedad de él se acaban los trabajos y penalidades de esta vida, con las cuales se merece la gloria; como también lo dice el mismo apóstol:[6] Por éstas, lo que al presente es momentáneo de tribulación, y fácil de llevar, en gran manera obra en nosotros muchos méritos de gloria.

No aprendió este siervo de Dios muchas letras, porque era soldado cuando entró en religión y hombre en días; y también, porque en aquella sazón en esta tierra había poco ejercicio de letras (que todos los religiosos, por la mucha falta de ministros se ejercitaban en la conversión de los indios, y así no había lugar de estudiar); mas por el buen espíritu que tenía, y por saber bien la lengua mexicana, fue uno de los mejores predicadores en ella, que

[4] Marc. 6.
[5] 1. Ad Cor. 7.
[6] 1. Ad Cor. 4.

hubo en su tiempo y de los que más fruto hicieron, y de los que más los indios quisieron y amaron y como en la primitiva iglesia de el tiempo de los apóstoles, dijo Cristo[7] que les daría a los de su escuela, boca y sabiduría para hablar, porque sola su gracia era el estudio de estos primeros cristianos, así también en esta Indiana acudía Dios con sus dones y los comunicaba a estos apóstolicos varones, y aprendían más en la oración y comunicación con Dios, que pudieran aprender en estudios donde muchas veces sola la letra mata y el espíritu es el que da vida, come dice el Apóstol. Y fue este religioso varón de tan buen entendimiento, plática y discreción, que en congregaciones y juntas de personas sabias de todas las órdenes, tenía su dicho y parecer mucha autoridad. Y con este crédito y reputación, y ser muchas veces guardián de el convento de Mexico y definidor de la provincia, y después provincial, tuvo grande cabida con los virreyes y gobernadores de esta Nueva España, y con el segundo marqués de el Valle, don Martín Cortés, y también por haber sido criado de su padre; lo cual (al parecer de el mundo) le hizo daño, mas en otro sentido provecho; porque para purgar algunas culpas, que por ventura se le pudieron pegar de la privanza de palacio, y de tratar con los grandes; permitió el Señor le sucediese lo que al cabo de su vejez le sucedió. Y fue que los jueces visitadores, enviados a esta Nueva España, por mandado de el rey don Phelipe nuestro señor, el año de 1567, sobre la rebelión que se dijo, haciendo información contra el marqués de el Valle[8] y otras personas, tuvieron al siervo de Dios por sospechoso, y como a tal lo enviaron a los reinos de España, cosa que para su hábito, canas y autoridad, se tuvo por muy afrentosa. Mas llegado a España él dio tan buena cuenta de su persona, ante la real presencia, que quedó muy enterado de la inocencia y santidad de el varón. Y entendiendo claramente su majestad la sinceridad de este siervo de Dios y ser hombre apostólico, sintió mucho el haberle dado tanto trabajo como era el de tan largo viaje. Y dicen que le ofreció un obispado y que, no lo queriendo aceptar, dijo que su majestad lo diese a quien mejor lo mereciese, que el obispado que él deseaba, y la merced que se le podía hacer era dejarle volver entre sus hijos, a quien él entrañablemente amaba y había criado para Dios. Y así por orden de su majestad le tornó a enviar su Consejo de Indias con religiosos, y con mucha honra, por comisario general de toda la Nueva España; porque aunque permite muchas veces Dios que sus siervos padezcan afrentas y aflicciones, no a lo menos, de manera que en ellas perezcan y pierdan el honor que han granjeado en su servicio,[9] como sucedió a Joseph en el testimonio que su ama, ciega de enojo y pasión, por no haber condescendido con su mal propósito, le levantó, por lo cual estuvo en el poder de la justicia muchos años, y en la cárcel, de la cual fue sacado después con mucha honra y puesto en el segundo lugar de el reino, después de el rey. Y de esta manera le sucedió a este bendito varón que no siendo comprehendido en la culpa que le acomulaban, salió de las ma-

[7] Luc. 21.
[8] Supra tomo I. lib. 5. cap. 1.
[9] Genes. 39.

nos de los jueces honrado y, si quisiera, sentado en una silla episcopal; pero estimó más ser despreciado con los humildes indecitos de su pueblo (como otro Moysén, con los de el pueblo de Dios, como dice el Apóstol) que contado en el número de los obispos de el reino; y así se vino a la Nueva España, donde llegó tan alcanzado de salud por los trabajos pasados que no pudo pasar de los términos de Tlaxcalla; mas volviendolo de allí a la enfermería de el convento de San Francisco, de la Ciudad de los Ángeles, acabó el curso de esta vida muy santamente, recibidos los santos sacramentos, año de 1569, y está allí enterrado.

Fray Juan de Alameda vino de la provincia de la Concepción, con el santo obispo don fray Juan de Zumárraga, el año de 1528, que en venir en su compañía y en aquellos primeros años de la conquista de esta tierra, se echará bien de ver ser apostólico religioso; pues es cierto que los buenos gustan de la compañía de los buenos y siempre parece que se buscan los unos a los otros. Aprendió luego la lengua de los naturales, y súpola muy bien, y trabajó con ella fielmente, predicando y confesando, siendo súbdito y prelado, que lo fue lo más de el tiempo que acá vivió por sus buenas partes, y porque entonces convino. Pasó el pueblo de Huexotzinco (que entonces tenía más de cuarenta mil vecinos) de las barrancas donde estaba, al lugar y sitio adonde ahora está; y edificó el monasterio que tiene, que fue obra muy insigne; fue muy puro y casto y amó mucho esta virtud, porque sabía cuánto la ama Dios y la alabanza que tienen los limpios y castos, y así huía todo lo que podía de la conversación de las mujeres; porque como dice San Agustín, el más eficaz engrudo para pescar almas, es la mujer, y entre todos los vicios el que más estraga el alma es la sensualidad y deleitación de la carne, la cual pone hastío en la palabra de Dios. Por esto, y por ser ofensa de Dios, aborrecía este vicio este siervo de Dios; y tanto llegó a ofenderle, sólo oírlo, que siendo ya muy viejo, renunció de todo punto las confesiones (según se entendió) por ser tan celoso y amigo de esta castidad y limpieza, que aun en confesión le era odioso y aborrecible oír el vicio contrario a ella. Fue muy religioso y concertado en su manera de vivir y gran republicano; con lo cual adornó, en gran manera, los pueblos adonde residió, que fueron muchos, y entre ellos el pueblo de Tula, adonde fue guardián el año de 1539; el cual puso en mucha policía y en muchas cosas lo ilustró, como los naturales de él han dado de ello testimonio. Falleció cerca del año de 1570, y está enterrado en el convento de Quauhquechuela, cuya iglesia él había edificado.

CAPÍTULO XLII. *De el santo varón fray Juan de San Francisco, de su entrada en la religión y venida a esta tierra, y de algunas cosas milagrosas con que nuestro Señor lo ilustró y adornó*

STE VARÓN SANTO FUE NATURAL de un pueblo llamado Veas, en el reino de Murcia. Estando estudiando en la Universidad de Salamanca, tocando de la mano de el Señor, acordó dejar el mundo, lleno de tantos peligros y tomar el hábito de religión, en el convento de nuestro padre San Francisco, de la misma ciudad; donde habiendo pasado el tiempo de su noviciado, y acabado el curso de sus estudios, acordó de pasar a esta provincia de el Santo Evangelio, en esta Nueva España, el año de 1529, con celo muy ferviente de la conversión de los indios. Fue varón de mucha oración y contemplación y juntamente grande obrero en la labor de la viña de el Señor, en la cual ocupaba lo más de el día, por la muchedumbre de creyentes que en aquel tiempo ocurrían a recibir el bautismo y doctrina de la iglesia católica, y por la falta de ministros que entonces había para este efecto. A la noche acudía a la oración y recogimiento interior, diciendo aquellas palabras de el Profeta: En el día encomendó el Señor las obras de misericordia, y en la noche sus alabanzas. Con lo cual fue tenido por uno de los señalados obreros que en esta Nueva España había, así en santidad de vida como en doctrina y fruto de los naturales. Fue electo en octavo ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, después de haber renunciado este oficio el muy docto y religioso varón fray Juan de Gaona. Era sincerísimo, juzgando de la pureza de su alma, que todos eran de su manera. Y así de ninguna persona puesta en estado de religión podía imaginar cosa de pecado; y es muy propio de los semejantes esta condición; porque como dice Cristo por San Mateo:[1] Si tu ojo fuere limpio y claro, todo tu cuerpo lo será; queriendo decir en esto (como dice Lira)[2] que si la intención es justa y buena, lo serán también las obras, y éstas resplandecían en este santo varón con grandísimo exceso, lo cual fue causa que el oficio de provincial que tuvo no lo ejercitase al gusto de algunos; porque hallando culpas en ciertos súbditos las exageró y castigó con todo rigor, por el excesivo fervor de espíritu en que le encendía el celo de la honra de Dios, no pudiendo tolerar sus ofensas, y así era fuerte reprehendedor de vicios, porque se le representaban como monstruos, apartados y aborrecidos de su pensamiento, como otro Elías que celando la honra de Dios hizo matar a todos los sacerdotes idólatras de la reina Jezabel, atemorizando con su santo celo a todo el pueblo de Israel.[3]

Nunca, de noche, metía lumbre en su celda, y lo mismo aconsejaba a sus compañeros diciendo que de noche mejor se gusta de Dios, sin lumbre

[1] Math. 6.
[2] Lira in hunc locum.
[3] 3. Reg. 8.

material; porque como dice David, Dios es la luz verdadera que alumbra las tinieblas:[4] y en otra parte, la luz de mis pies sois vos, Señor,[5] y la candela encendida de mis caminos y senderos. Y en tanta manera guardaba esto que aun siendo ministro provincial no permitía que, tañido al Ave María, se le diesen cartas ni le tratasen de negocios, hasta haber dicho misa otro día, porque decía él aquellas palabras de Cristo:[6] Bástale al día su trabajo. Y porque las cosas que se ofrecían del oficio, en aquel tiempo, eran tan pocas y leves, que en cualquier hora se les daba suficiente despacho. En lo demás traía su vida tan concertada que ninguna ocasión bastaba a sacarle de su punto. En diciendo misa (que era ordinariamente en saliendo de prima) se recogía en su celda para dar las gracias, en que se detenía gran rato; puerta y ventanas cerradas. Salido de allí se ocupaba, lo más del día, en las cosas anexas a su oficio, y en la doctrina y ministerio de los naturales, sin tomar tiempo de alivio, como es permitido, porque tenía tanto cuidado de la pureza de su conciencia, que en ninguna cosa dejaba derramar sus sentidos. Fue electo este bendito religioso en obispo de Yucatán; la cual elección él renunció por su humildad, alegando que no era idóneo para semejante cargo; caso bien digno de considerar y que a muy pocos acontece; porque aunque es carga (como dice el Apóstol,[7] según declaración de San Gerónimo, y se pone en la glosa ordinaria) no es pesada para algunos, pareciéndoles que tienen hombros para llevarla; y no advierten que es cruz, y que por llevarla bien y con las circunstancias debidas dio con Cristo nuestro bien en el suelo, arrodillando con ella, siendo pontífice que supo a lo que sabían los dolores de esta carga.

Cuando se ordenó de misa dijo a los compañeros que con él se ordenaban: ¿No habéis visto el carácter de el alma? Yo lo vi, cuando se me imprimió en ella, por el orden sacro que hoy he recibido. Esto parecerá a alguno imposible, por ser el carácter invisible; pero también el alma es invisible y con todo eso puede uno entender el conocimiento de la limpieza que en ella tiene, revelándoselo el Señor, y así no es inconveniente ver uno y entender cuando el carácter se le imprime, revelándoselo el Señor con los modos y maneras a la divina majestad, vistas y sabidas, por figuras representativas de esta impresión. Y aunque es verdad católica, que ninguno puede saber con certidumbre de fe si es amado de Dios en esta vida; pero si Dios lo quiere revelar, como lo reveló a muchos santos, y entre ellos a la Magdalena y a San Pablo, y a nuestro padre San Francisco y a otros, pues es señor absoluto, Él les puede conceder este privilegio particular; y así lo pueden saber, como este su siervo vio y entendió el carácter que se le imprimió. Y permitiría el Señor que lo descubriese para afirmar la fe de alguno que por ventura vacilaba en ella. Cuando vino de España trajo gran deseo de saber la lengua más general de los indios, para poder predicarles la palabra de Dios y enseñarles las cosas de la fe cristiana, y

[4] Psal. 17.
[5] Psal. 118.
[6] Math. 6.
[7] 1. Ad Tim. 3.

pedíalo a nuestro Señor con continuas lágrimas y oraciones. Y estando una noche en contemplación en su celda, en el convento de Tlaxcalla, vino sobre él un grande resplandor y admirado dijo: *Dominus illuminatio mea*, que quiere decir: el Señor es el que me alumbra. Y súbitamente se le manifestó que le era concedida, por don de el cielo, la lengua mexicana, que es la más general. Y no es maravilla para Dios, pues es muy ordinario efecto de su omnipotencia éste, como lo manifestó el día de Pentecostés en sus sagrados discípulos, dándoles la inteligencia no sólo de una sola lengua, sino de muchas, que muchas naciones hablaban, como se lee en los *Actos apostólicos*.[8] Y estos milagros, aunque son en orden de el provecho de su santa iglesia, también cayó este dicho sobre santidad muy grande, de que este santo varón era ilustrado: y luego otro día siguiente comenzó a predicar en ella, con grande admiración de los naturales; y en ella compuso un muy cumplido *Sermonario* y unas *Colaciones* de diversas materias, llenas de maravillosos ejemplos, en muestra de la merced que Dios le había hecho en manifestarle aquella lengua, para que predicase sus misterios, con lo cual hizo mucho fruto en la conversión de los indios, destruyendo la idolatría, desbaratando muchos templos de los demonios, quebrantando infinidad de ídolos y bautizando grande número de infieles en diversas provincias.

CAPÍTULO XLIII. *De cómo nuestro Señor libró a este su siervo de el demonio que lo quería matar, y cómo fray Juan de San Francisco libró también otro indio, que el demonio le persuadía que se ahorcase*

NA DE LAS PROVINCIAS, DONDE MÁS FRUTO HIZO, y donde más trabajó este siervo de Dios, fue la de Tehuacán, pueblo principal (como en otra parte decimos) y particularmente dedicado a la cultura y servicio de los demonios, en su antigüedad, conforme a la etimología de el nombre que parece significar lugar de los dioses; y así era grande el número de los ídolos que en aquel pueblo había; y como el celo del varón de Dios era que sólo un Dios verdadero fuese adorado y destruídos todos los demás, que fingidamente usurpaban este nombre, hizo recoger el siervo de Dios de éstos todos los que pudo, con intento de que en un día señalado se hiciese un solemne sacrificio a la divina majestad, destruyendo y asolando públicamente aquella abominación, y para esto mandó llamar a todos los principales de el pueblo, y estando juntos les dijo que convenía mucho al servicio de nuestro Señor se juntasen todos los indios de aquella comarca y provincia, allí en la cabecera, para el día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, porque tenía muchas cosas que decirles, y que ellos diesen orden cómo esto se hiciese y no hubiese falta. Hiciéronlo así los principales, como

[8] Ac. Apost. 4.

pedíalo a nuestro Señor con continuas lágrimas y oraciones. Y estando una noche en contemplación en su celda, en el convento de Tlaxcalla, vino sobre él un grande resplandor y admirado dijo: *Dominus illuminatio mea*, que quiere decir: el Señor es el que me alumbra. Y súbitamente se le manifestó que le era concedida, por don de el cielo, la lengua mexicana, que es la más general. Y no es maravilla para Dios, pues es muy ordinario efecto de su omnipotencia éste, como lo manifestó el día de Pentecostés en sus sagrados discípulos, dándoles la inteligencia no sólo de una sola lengua, sino de muchas, que muchas naciones hablaban, como se lee en los *Actos apostólicos*.[8] Y estos milagros, aunque son en orden de el provecho de su santa iglesia, también cayó este dicho sobre santidad muy grande, de que este santo varón era ilustrado: y luego otro día siguiente comenzó a predicar en ella, con grande admiración de los naturales; y en ella compuso un muy cumplido *Sermonario* y unas *Colaciones* de diversas materias, llenas de maravillosos ejemplos, en muestra de la merced que Dios le había hecho en manifestarle aquella lengua, para que predicase sus misterios, con lo cual hizo mucho fruto en la conversión de los indios, destruyendo la idolatría, desbaratando muchos templos de los demonios, quebrantando infinidad de ídolos y bautizando grande número de infieles en diversas provincias.

CAPÍTULO XLIII. *De cómo nuestro Señor libró a este su siervo de el demonio que lo quería matar, y cómo fray Juan de San Francisco libró también otro indio, que el demonio le persuadía que se ahorcase*

NA DE LAS PROVINCIAS, DONDE MÁS FRUTO HIZO, y donde más trabajó este siervo de Dios, fue la de Tehuacán, pueblo principal (como en otra parte decimos) y particularmente dedicado a la cultura y servicio de los demonios, en su antigüedad, conforme a la etimología de el nombre que parece significar lugar de los dioses; y así era grande el número de los ídolos que en aquel pueblo había; y como el celo del varón de Dios era que sólo un Dios verdadero fuese adorado y destruídos todos los demás, que fingidamente usurpaban este nombre, hizo recoger el siervo de Dios de éstos todos los que pudo, con intento de que en un día señalado se hiciese un solemne sacrificio a la divina majestad, destruyendo y asolando públicamente aquella abominación, y para esto mandó llamar a todos los principales de el pueblo, y estando juntos les dijo que convenía mucho al servicio de nuestro Señor se juntasen todos los indios de aquella comarca y provincia, allí en la cabecera, para el día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, porque tenía muchas cosas que decirles, y que ellos diesen orden cómo esto se hiciese y no hubiese falta. Hiciéronlo así los principales, como

[8] Ac. Apost. 4.

el siervo de Dios se lo mandara; y estando aquel día todos allí juntos y mandando sacar todos los ídolos que había juntado, les predicó el engaño y ceguedad en que los demonios enemigos del género humano los habían puesto a ellos y a sus antepasados, haciéndoles adorar aquellas sus feas estatuas, y ofrecerles su propia sangre y la de sus hijos, en ofensa y desacato del verdadero Dios que crió los hombres a su imagen y semejanza, para que a Él solo sirviesen y adorasen, con sacrificios de alabanza. Acabado su sermón, luego allí delante de todos, mandó a los mozuelos fieles que tenía doctrinados en la fe, que quebrantasen y desmenuzasen aquellos ídolos que él tenía para aquel efecto aparejados y puestos en hilera; lo cual ellos, sin detenimiento, lo hicieron, no dejando figura de ellos entera. Y el mismo fray Juan con sus propias manos hizo pedazos el ídolo principal, diciendo aquellos versos del salmista:[1] *Simulachra gentium, argentum at aurum, etc.* Los ídolos de los gentiles no son más que plata y oro y obras de sus manos. Tienen ojos y no ven, orejas y no oyen. Y como llegaba a la boca se la quebraba diciendo las mismas palabras del salmo: Boca tienen y no hablan. Y así hacía de las manos y pies, diciendo las palabras del verso que trataba de aquello, hasta que lo dejó tronco. Cosa de admiración que en una inmensa multitud de infieles, que al espectáculo estaban presentes, no hubo alguno que le osase contradecir, con ser él solo y no tener de su parte más que los muchachuelos que había enseñado y bautizado, hijos de los mismos infieles; pero tenía a Dios, que con su ayuda no dudó Moysén en el desierto de derribar el ídolo que los de su pueblo tenían puesto en el altar del demonio, ni temió convertirlo en ceniza y dárselo a beber a los que con él habían pecado, del cual hecho quedó ufano vencedor, y sus adoradores confusos y muertos.[2] Con este ánimo, que la causa de Dios le puso a este bendito religioso, acometió este hecho, pudiendo decir con David:[3] Como un prodigio y maravilla estoy hecho a estos muchos indólatras, y enmedio de sus iras no temo, porque os tengo, Señor, por mi fuerte ayudador y defensor en sus celadas. Y así como tenía por su parte la razón y la verdad, así convencidos por ella no podían dejar de conocer, naturalmente, que no podía haber más que un Dios todo poderoso, invisible, y que aquellas estatuas o figuras no podían ser de dioses, sino de cosas malas y aborrecibles. Mas el maldito demonio, inventor de todas ellas, afrentado de aquel hecho, el mismo día apareció a un indio infiel, natural de Tehuacán, que andaba por otros pueblos, veinte leguas de allí, buscando su menester, y no se había hallado en aquel espectáculo, y apareciéle en la forma y figura del ídolo, que el santo varón con sus propias manos había quebrantado, y con las mismas heridas y mellas que en la estatua había hecho, y díjole que mirase cuál le había parado aquel sacerdote cristiano, que en el pueblo de Tehuacán estaba, y que si se tenía por su fiel servidor fuese luego a vengar aquella injuria. El indio espantado de verle en aquella forma y tan lastimado, le respondió que lo haría de

[1] Psal. 113.
[2] Exod. 32.
[3] Psal. 70 et 117.

muy buena voluntad; pero temía a los caciques y pueblo que guardaban a aquel sacerdote con mucho cuidado. Replicóle el demonio y díjole que tomase un pesado garrote y no temiese, pues era valiente, que él le ayudaría, y con aquel garrote se metiese dentro del monasterio, en el lugar secreto de las necesidades, adonde el santo había de acudir, y que allí le diese con él y lo matase, que luego se podría salir fuera sin que alguna persona lo viese, ni se sabría quién lo hubiese muerto. El indio tomó luego el camino con voluntad de hacer lo que el demonio le mandaba, y llegando al pueblo fuese secretamente al monasterio, y puesto en aquel lugar que le señaló el demonio, entrando en él el bendito padre, descargó aquel ministro de Satanás el palo sobre él, pensando matarlo de aquel golpe. Mas el Señor, que libró a David de las astucias y traiciones de Saúl, y que no duerme sobre la guarda de Israel, porque lo guardaba para mayores cosas, no quiso que le acertase, pasándole el palo por las espaldas sin hacerle mal ninguno.[4] Sintiendo lo que pasaba y visto el hecho dio voces fray Juan, y acudiéndole su compañero, no tuvo lugar el indio de escaparse. Y preguntándole qué era la causa porque lo quería matar, contó por extenso cómo el demonio le había persuadido lo que queda dicho. El indio, viendo su engaño, se convirtió a la fe cristiana, y recibió el santo bautismo. De esta manera deshace Dios las astucias de Satanás y juntamente las de sus ministros, los hombres malos, tomando los mismos medios que ellos toman en su favor para destruirlos y afrentarlos. Los hermanos de Joseph pensaron que con venderle se escapaban de adorarle, como él antes había soñado;[5] pero ese fue el medio que Dios tomó para que después ellos los reverenciaran, diciéndoles el mismo Joseph: Vosotros pensasteis mal contra mí, y así lo ejecutasteis; pero Dios convirtió aquel mal en bien y trocó el hecho y por el mismo camino que pensasteis huir de mí habéis caído en mis manos. Lo mismo sucedió a los de la viña que cuenta Cristo señor nuestro en su parábola, que dijeron: Matemos al heredero y quedarnos hemos con la heredad;[6] y fue al contrario, porque por el mismo caso que lo mataron, la perdieron. De esta manera sucede al demonio en esta ocasión con este indio que por donde pensó ganarle, matando al religioso, siervo de Dios y ministro de Cristo, lo perdió, porque ordenándolo Dios muy diferente de lo que él había tramado, no salió con su intento y de donde pensó sacar honra, de ahí sacó ultraje y menosprecio, y Dios verdadero fue conocido, y esta alma perdida, recuperada y ganada para el cielo; que yo pienso, que de este manifiesto engaño sacaría mayores ansias de ser bueno y de seguir la verdadera ley, que enseña el camino cierto de la salvación.

Entre muchos indios (que no tienen cuenta) convirtió y bautizó este apostólico varón a un sacerdote de los ídolos, en el mismo pueblo de Tehuacán. Y sucedió que, estando en Mexico el santo fray Juan, cayó este indio en una muy grave enfermedad, y apareciéronle los demonios, en figura de su padre y madre (engaño suyo que viene corriendo desde el Paraíso Terrenal,

[4] Psal. 120.
[5] Genes. 50.
[6] Math. 21.

donde tomando figura fingida y contraria de la que era, engañó con ella a la mujer primera)[7] y dijéronle que estaban en una muy deleitosa tierra, donde tenían mucho descanso, que se fuese con ellos. El indio les respondió que le placía. Tomáronlo luego en brazos y lleváronío cerca de allí a una arboleda, y dijéronle que se ahorcase; y como este pobrecito no entendía las astucias de este nuestro cruel adversario (como Cristo nuestro señor, cuando en la tentación le persuadía a que se echase del pináculo del templo, que no quiso y quedó vencido el demonio en aquel pensamiento) determinóse a hacerlo, creyendo ser así verdad lo que le persuadían; y estando para hacerlo por la persuación dicha de los demonios, apareciéle un fraile, de la misma forma y figura que fray Juan de San Francisco, que a la sazón (como dicho es) estaba en Mexico reprehendiéndole, ¿por qué se había olvidado tan presto de lo que le había enseñado, y por qué había creido a los demonios sus enemigos que le engañaban en figura de sus padres? Comenzó entonces el indio a dar voces y llamar a Dios y en el punto los demonios desaparecieron y lo dejaron. Y teniendo el indio por cierto que era el mismo fray Juan el que le había aparecido, le salió a recibir al camino cuando volvía de Mexico, y poniéndose de rodillas delante de él le pidió perdón de sus yerros, dándole gracias porque lo había librado del infierno. Y como cayese en la cuenta este varón santo, por la relación que le daba el indio, cómo nuestro Señor lo había librado del lazo de Satanás, dio gracias a su majestad, por la merced que le hacía, en que por su ángel (aunque en figura suya, para honra de su evangelio) había socorrido a aquel pobrecito indio, al cual amonestó que de allí adelante estuviese firme en la doctrina de Jesucristo, y no diese crédito a las mentiras y embustes de los demonios.

CAPÍTULO XLIV. *De cómo el siervo de Dios fray Juan de San Francisco resucitó un niño, y cómo le aparecieron nuestro padre San Francisco y Santa Clara; y de su dichosa muerte*

AUNQUE LOS MILAGROS QUE DIOS SIEMPRE ha hecho y hace en el mundo van en orden de algún bien y causa, así universal como particular de su iglesia, no podemos negar (como en otra parte decimos) que muchos de ellos van ordenados al conocimiento de la bondad y santidad de sus siervos, para que los hombres que no los conocen por la limpieza de su alma, por ser cosa oculta y a solo Dios manifiesta, los conozcan por estas obras exteriores que Dios hace por ellos, queriéndolos engrandecer y honrar por este modo. Esto vemos en la resurrección que el profeta Elías hizo en el hijo de la mujer sareptánea que, dándoselo a su madre, le dijo ella: Ahora conozco en este hecho que eres varón de Dios, y que la palabra de Dios es verdadera en tu boca; y esto dijo porque conoció que aquella re-

[7] Genes. 3.

donde tomando figura fingida y contraria de la que era, engañó con ella a la mujer primera)[7] y dijéronle que estaban en una muy deleitosa tierra, donde tenían mucho descanso, que se fuese con ellos. El indio les respondió que le placía. Tomáronlo luego en brazos y lleváronío cerca de allí a una arboleda, y dijéronle que se ahorcase; y como este pobrecito no entendía las astucias de este nuestro cruel adversario (como Cristo nuestro señor, cuando en la tentación le persuadía a que se echase del pináculo del templo, que no quiso y quedó vencido el demonio en aquel pensamiento) determinóse a hacerlo, creyendo ser así verdad lo que le persuadían; y estando para hacerlo por la persuación dicha de los demonios, apareciéle un fraile, de la misma forma y figura que fray Juan de San Francisco, que a la sazón (como dicho es) estaba en Mexico reprehendiéndole, ¿por qué se había olvidado tan presto de lo que le había enseñado, y por qué había creido a los demonios sus enemigos que le engañaban en figura de sus padres? Comenzó entonces el indio a dar voces y llamar a Dios y en el punto los demonios desaparecieron y lo dejaron. Y teniendo el indio por cierto que era el mismo fray Juan el que le había aparecido, le salió a recibir al camino cuando volvía de Mexico, y poniéndose de rodillas delante de él le pidió perdón de sus yerros, dándole gracias porque lo había librado del infierno. Y como cayese en la cuenta este varón santo, por la relación que le daba el indio, cómo nuestro Señor lo había librado del lazo de Satanás, dio gracias a su majestad, por la merced que le hacía, en que por su ángel (aunque en figura suya, para honra de su evangelio) había socorrido a aquel pobrecito indio, al cual amonestó que de allí adelante estuviese firme en la doctrina de Jesucristo, y no diese crédito a las mentiras y embustes de los demonios.

CAPÍTULO XLIV. *De cómo el siervo de Dios fray Juan de San Francisco resucitó un niño, y cómo le aparecieron nuestro padre San Francisco y Santa Clara; y de su dichosa muerte*

AUNQUE LOS MILAGROS QUE DIOS SIEMPRE ha hecho y hace en el mundo van en orden de algún bien y causa, así universal como particular de su iglesia, no podemos negar (como en otra parte decimos) que muchos de ellos van ordenados al conocimiento de la bondad y santidad de sus siervos, para que los hombres que no los conocen por la limpieza de su alma, por ser cosa oculta y a solo Dios manifiesta, los conozcan por estas obras exteriores que Dios hace por ellos, queriéndolos engrandecer y honrar por este modo. Esto vemos en la resurrección que el profeta Elías hizo en el hijo de la mujer sareptánea que, dándoselo a su madre, le dijo ella: Ahora conozco en este hecho que eres varón de Dios, y que la palabra de Dios es verdadera en tu boca; y esto dijo porque conoció que aquella re-

[7] Genes. 3.

surrección era acto sobrenatural, y que habiéndose hecho por la oración de Elías era señal que era siervo suyo, a cuyas oraciones acudía, como a peticiones de siervo amado y querido. Lo mismo sucedió en Eliseo, en la otra resurrección del otro niño, con quien se ajustó y lo dio resucitado a la madre; la cual, viendo el milagro, se arrojó a sus pies y le adoró, no como a Dios, sino como a siervo y ministro suyo, por cuya intercesión había hecho Dios aquel milagro.[1] Y aunque es verdad que estos casos pasaron en el tiempo de la ley antigua, mucho, con mayor grandeza y pujanza, los manifestó Dios en la de gracia, así en su santísimo hijo Jesucristo, como en sus sagrados apóstoles; porque así como esta ley era más perfecta que aquella, así los ministros de ésta fueron más aventajados que los de aquella, como dice el Tostado.[2] Y así parece (dejadas otras cosas) que aun en el orden de hacer milagros se les aventajaron los apóstoles a aquellos santos primeros padres, porque ellos los hicieron por sí mismos, quiero decir por sus propias personas, como parece en la resurrección, que hizo Eliseo, que no bastó la venida de su criado Gieci, ni su báculo, sino que él en persona vino y mereció la resurrección. Y este mayor y más excelente grado de perfección lo concedió a sus apóstoles, como parece, que llevando un infiel la túnica de San Juan Evangelista, y poniéndola sobre ciertos cuerpos difuntos, resucitaron luego.[3] Y pasando San Pedro por las calles, le sacaban enfermos, en sus camas y lechos, para que tocándoles su sombra sola sanasen. De manera que estos milagros han sido siempre hechos en orden de una de estas dos cosas y con mayor exceso en este estado evangélico, que en aquel de la ley escrita, donde ha querido Dios engrandecer más a los ministros de ésta, que a los de aquélla. Y aunque esto se verificó en los sagrados apóstoles de Cristo, a quienes estaban prometidas tantas cosas en la venida de su maestro al mundo, con todo no cesaron en solos ellos, sino que pasaron estas maravillas a otros tiempos y ministros evangélicos, según la necesidad y ocasiones que se han ofrecido en la iglesia santa de Dios. Y aunque en esta Indiana no fueron necesarios muchos en orden de introducir la fe en ella (como en otra parte decimos) hizo Dios algunos, por muchos de sus siervos, para que viéndolos los contenidos en ellos, o se confirmasen más en la fe que habían recibido, o conociesen por particular siervo de Dios aquel ministro, por cuya intercesión Dios lo hacía; y de éstos fue uno el apostólico varón fray Juan de San Francisco, que habiéndole librado, milagrosamente, de las manos de aquel idólatra que dejamos referido en el capítulo pasado que venía a vengar la injuria hecha a la imagen del demonio, como si aquella venganza fuera propia suya, sino de Dios, a quien falsamente tenía en ella usurpada su deidad, donde se manifestó misericordioso con su siervo; y habiendo librado también al otro, que le persuadía el mismo demonio, que se ahorcase, representándole la persona de el mismo religioso, que lo aseaba y reprehendía el hecho, pasó adelante este amor y hízole aún más poderoso, para que con sola una ben-

[1] 4. Reg. 4.
[2] Tost. in 4. Reg. 4.
[3] Ac. Apost. 5.

dición que echase sobre un difunto, lo resucitase; lo cual pasó de esta manera. Un niño de pequeña edad murió de una grave enfermedad que le sobrevino; y viéndole su madre muerto y confiando en la santidad del santo varón fray Juan de San Francisco, trájoselo a su presencia, pidiéndole con mucha fe y devoción que le echase su bendición, porque creía que con ella daría Dios vida a su hijo. Bendíjolo el santo varón y luego el niño muerto se levantó sano; que no es pequeña la admiración que causa el caso; pues a sola la bendición de este religioso se levantó vivo el que a su presencia habían traído muerto; haciendo Dios esta maravilla o por mucho que con él merecía su siervo, o por la perfecta fe de la madre, o por confirmar a los infieles en ella; y por no errar, digo, que por todas tres cosas juntas lo haría Dios; y cuando sea por alguna particular se queda a su determinación santa y oculta. Y trayéndole después los padres al hijo, agradeciéndole la merced tan grande que les había hecho en darle vida a su niño, el siervo de Dios, con mucha humildad, se excusaba de ello, diciendo que la grande fe de su madre le había recuperado la vida.

En el mismo convento de Tehuacán estando un día fray Juan recogido en su celda en oración, después de haber celebrado, le aparecieron visiblemente nuestro padre San Francisco y Santa Clara, y le hablaron con mucha familiaridad, y entre otras cosas le dijeron: Estos indios guardan lo que vosotros prometisteis, que es pobreza, obediencia y humildad. Fue la vida de este varón santo tan llena de maravillas, que se le hace mucho agravio en quererlas reducir a brevedad. Mas porque no podemos dejar de seguirla, por no ser enfadosos, contentémonos con lo dicho de su vida y tratemos de su dichosa muerte, para dechado de bien morir y testimonio de quien él era. Siendo guardián en el convento de Quauhnahuac, supo un año antes el día de su fin; y así dijo a su compañero fray Rodrigo de Bienvenida, que sin falta había de morir antes que se tuviese capítulo. Y pasó así, que dos meses antes que se celebrase, cayó enfermo; y sirviéndole en aquella enfermedad el dicho fray Rodrigo, le dijo: Hermano, no curéis de hacer cosa para mi salud, porque todo es excusado, que lo que me dijo fray Antonio de Ciudad-Rodrigo se ha de cumplir. Era fray Antonio de Ciudad-Rodrigo uno de los doce primeros, y había más de dos años que era muerto, y la noche antes le había aparecido y dicho que se aparejase, porque aquella sería la última enfermedad, de la cual había de morir; y díjole también otras muchas cosas, de las cuales sola una descubrió a fray Rodrigo de Bienvenida; y era, que Dios estaba muy airado por la poca justicia que había en la Nueva España; y siendo esto así, no hay que maravillar que sucedan tantas cosas de desastres en ella; pues sabemos que la ira de Dios contra un reino es la destruición y ruina del mismo reino; y por no cansar a los que lo leyeren, no traigo ejemplos infinitos de esto, que han experimentado otras muchas repúblicas del mundo; basta decir que esta mexicana está tan otra de lo que era a sus principios, que ya no se conoce por ella; y los que entonces eran, ni son, ni han quedado en sus hijos; porque apenas sabemos cuales hayan ido a más, sino todos muy a menos; y aunque no lo queremos advertir, es cosa cierta que son penas de pecados; y quiera

Dios que tras lo temporal no vayan las almas. Acaeció esto casi cuarenta días antes de su glorioso tránsito, en los cuales no entendía en otra cosa que en aparejarse para él, tratando a solas con Dios. Partió para Mexico, despidiéndose de todos, como quien sabía muy bien que no los había de ver más. Llegado allá recibió los santos sacramentos con suma devoción, respondiendo él mismo al ministro que le daba la santa unción, puestas sus manos y los ojos, clavados en un crucifijo. Después de haberlos recibido acabó la presente vida, dando el alma a su criador y diciendo aquellas últimas palabras que el salvador del mundo dijo en la cruz: *In manus tuas domine commendo spiritum meum.*[4] Murió un viernes a las once del día, año de 1556. Este mismo día, casi a la media noche, apareció el santo varón en Cuernavaca a una devota mujer española, a quien él, en vida, solía oír de penitencia, y le dijo que doce horas había estado en purgatorio, y que ya se iba a la gloria. Otro día, después de su muerte, apareció también a su íntimo compañero fray Rodrigo de Bienvenida, el cual lo vio a deshora, par de sí, estando en su lecho recostado, resplandeciendo la celda como la luz de la mañana, y tomándole de los brazos le dijo que se esforzase a bien vivir y servir al Señor; y en el instante que esto dijo desapareció. Estos aparecimientos quiso Dios hacer a estas dos personas, para que si la una había sabido que había estado doce horas en el purgatorio, la otra supiese que se iba al cielo, deducido de aquella claridad y refulgencia con que le apareció en la celda, y para que juntamente ambos lo testificasen y manifestasen a otros.

Fue fray Rodrigo de Bienvenida varón de mucha santidad, de quien abajo se dirá, el cual afirmaba muchas veces, y al padre fray Gerónimo de Mendieta se lo dio por escrito, cómo había visto al santo varón fray Juan, en esta visión, vestido con su hábito, como el sol resplandeciente. Y no es cosa nueva, ni de admiración decir que algunos grandes siervos de Dios y santos hayan padecido penas de purgatorio y hayan tenido necesidad de algunos sufragios; así como San Severino, obispo de Colonia, de quien escribiendo Pedro Damiano[5] dice, que estando en las penas resplandeció con milagros. Este santo, aun purgando sus culpas, obraba maravillas milagrosas. De Pascasio, diácono, dice San Gregorio[6] en los *Morales*, que fue de tanta santidad, que llevando su cuerpo a enterrar, llegó un endemoniado a las andas en que lo llevaban y tocando en su dalmática fue librado, y después apareció a San Germán, obispo de Capua, y le dijo que estaba haciendo penitencia en unos baños, porque en cierta cisma se acostó a la parte de Lorenzo, contra el papa Symaco, aun después de ser desechado Lorenzo, y dada sentencia contra él. De manera que no es de maravillar esto, en especial en personas que han tenido oficios, porque por bien que se hagan nunca faltan algunas omisiones o remisiones o excesos, que aunque no sean notables, son de alguna culpa, especialmente para la cuenta de aquel santo tribunal de Dios, donde tan delgadamente se tocan todos los puntos de residencia.

[4] Luc. 23.
[5] Div. Petr. Damian. in Epístola ad Desiderium Casinens. Abb.
[6] Div. Gregor. lib. 4. Dialog. cap. 40.

CAPÍTULO XLV. *De fray Alonso Rengel, quinto ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY ALONSO RENGEL, DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO, vino en compañía del venerable padre fray Antonio de Ciudad Rodrigo, juntamente con fray Juan de San Francisco, el año de 1529. Era hombre de buena habilidad y suficiencia de letras, y sobre todo muy ejemplar y grande obrero en la conversión de los indios. Y como lo que más le daba cuidado a este siervo de Dios era la salvación de las almas de estas gentes, que entonces había muchas por convertir y puestas en la servidumbre del demonio, aprendió en breve tiempo las dos lenguas más generales de esta Nueva España; es a saber, mexicana y otomí, para aprovechar en ellas a los que las hablaban, y las puso en arte, particularmente la mexicana, de la cual hizo arte muy perfecta y sirvió muchos años a los que la aprendieron; y en la misma lengua compuso sermones muy buenos de todo el año. En la otomí, fue el primero que la alcanzó a saber, aunque es bárbara y muy dificultosa, y el primero también que en ella predicó la palabra de Dios, y su Evangelio, en las provincias de Xilotepec y Tula, que eran las más populosas de indios otomíes, y en sus comarcas, donde convirtió innumerables gentes a la fe de nuestro Señor Jesucristo, y las bautizó y destruyó todos los ídolos de aquellas provincias con sus templos y altares, con mucho riesgo de su vida. Porque los sacerdotes y ministros de ellos, no pudiendo llevar en paciencia, que tan abarrisco y de tropel les quemasen sus dioses, y a ellos los privasen de sus antiguas prevendas, trataron muchas veces de matarlo, como también lo sentían los que el demonio tenía en el mundo, en tiempo de los apóstoles en la primitiva iglesia, los cuales ayudados de la persuasión y rabia del demonio, eran poderosos para hacerlos matar, y ellos mismos les procuraban la muerte; y así lo quisieron hacer estos otomíes, y en dos partes lo quisieron poner por obra. La primera vez, junto a un cerro de un pueblo llamado Chiapa, y la otra cerca de otro, que se dice Tepetitlan. Mas el Señor, cuya obra hacía, lo libró de sus asechanzas, porque la vida de este su siervo era necesaria para la salvación de muchas almas, y también porque entendiesen aquellos ciegos ministros del infierno, que el Dios a quien servía este apostólico varón, era el todo poderoso; pues aunque querían ellos matarlo no podían, y lo libraba de sus manos, como en otro tiempo al profeta Elías de las de la reina Jezabel,[1] quando le mató sus profetas y derribó su altar, y destruyó su sacrificio, porque el demonio, que la traía ciega en la idolatría, le ponía ánimo para que vengase la afrenta hecha a sus ministros y servicio, aunque en nada pudo nada.

Dicen hoy día los viejos de aquel tiempo, naturales de Tula, que la causa porque recibieron entonces la predicación de tan buena gana de este siervo

[1] 3. Reg. 18.

de Dios y de sus compañeros, y los oían y obedecían, era principalmente por la pobreza voluntaria y paciencia que en ellos veían. Y que otras dos cosas les cuadraron mucho de la nueva religión, las cuales hicieron mucho al caso, para que ellos diesen más crédito a la predicación evangélica; la una era ver que la ley de Dios y sus divinas palabras se predicaban, proponían y declaraban públicamente a todo el pueblo, y se pretendía satisfacer a todos de aquellas verdades, lo cual no hacían los ministros de sus ídolos, porque nunca daban razón al pueblo de las cosas de su religión, antes querían que todo les fuese encubierto, salvo lo que ellos les querían decir y mandar para el culto y adoración de los demonios, y para los propios provechos de ellos mismos. La otra era el ornato, limpieza y buena compostura, con que los sacerdotes cristianos y ministros del Santo Evangelio celebraban los oficios divinos, lo que los otros de los ídolos hacían al contrario, porque se tiznaban y ponían en sus rostros máscaras feas para sus diabólicos ritos y usaban de cantos y músicas infernales, y de otras cosas que ponían espanto. Era este bendito varón amigo de su profesión y observancia, austero y penitente, y sobre todo celosísimo de la salud espiritual de las almas; y así trabajó con los indios hasta el fin de su vida, con mucho ejemplo y santidad. Fue también muy ejercitado en la humildad y mortificación y cuando pasaba a estas partes, estando en el convento de San Lúcar, entró una vez en el relitorio, desnudo, azotándose; y lo mismo hizo acá en el convento de Mexico, de lo cual fue muy reprehendido como él lo deseaba, y así lo sufría con mucha alegría. Ejercitó muchas veces el oficio de guardián y del convento de Tula lo fue dos o tres veces, donde (según dan testimonio los naturales) trabajó grandemente en predicar y doctrinarlos, y en hacerles la iglesia que ahora tienen sumptuosa, porque él fue el que la comenzó. También fue quinto ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio el año de 1546; yendo a un capítulo general de Asís, con negocios graves de esta tierra, murió en la mar, la muerte de los siervos de Dios que mueren bienaventuradamente por el celo de su honra.

CAPÍTULO XLVI. *Que trata de el venerable padre fray Bernardino de Sahagún*

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, NATURAL del mismo pueblo de Sahagún, siendo estudiante en Salamanca, tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de aquella ciudad, y enseñado bastantemente en las cosas divinas, pasó a esta Nueva España, con fray Antonio de Ciudad-Rodrigo, el año de 1529, juntamente con los arriba nombrados, que en aquellos tiempos eran todos escogidos varones y venían con espíritu de verdaderos apóstoles. Era este religioso varón de muy buena persona y rostro, por lo cual, cuando mozo, lo escondían los religiosos

de Dios y de sus compañeros, y los oían y obedecían, era principalmente por la pobreza voluntaria y paciencia que en ellos veían. Y que otras dos cosas les cuadraron mucho de la nueva religión, las cuales hicieron mucho al caso, para que ellos diesen más crédito a la predicación evangélica; la una era ver que la ley de Dios y sus divinas palabras se predicaban, proponían y declaraban públicamente a todo el pueblo, y se pretendía satisfacer a todos de aquellas verdades, lo cual no hacían los ministros de sus ídolos, porque nunca daban razón al pueblo de las cosas de su religión, antes querían que todo les fuese encubierto, salvo lo que ellos les querían decir y mandar para el culto y adoración de los demonios, y para los propios provechos de ellos mismos. La otra era el ornato, limpieza y buena compostura, con que los sacerdotes cristianos y ministros del Santo Evangelio celebraban los oficios divinos, lo que los otros de los ídolos hacían al contrario, porque se tiznaban y ponían en sus rostros máscaras feas para sus diabólicos ritos y usaban de cantos y músicas infernales, y de otras cosas que ponían espanto. Era este bendito varón amigo de su profesión y observancia, austero y penitente, y sobre todo celosísimo de la salud espiritual de las almas; y así trabajó con los indios hasta el fin de su vida, con mucho ejemplo y santidad. Fue también muy ejercitado en la humildad y mortificación y cuando pasaba a estas partes, estando en el convento de San Lúcar, entró una vez en el relitorio, desnudo, azotándose; y lo mismo hizo acá en el convento de Mexico, de lo cual fue muy reprehendido como él lo deseaba, y así lo sufría con mucha alegría. Ejercitó muchas veces el oficio de guardián y del convento de Tula lo fue dos o tres veces, donde (según dan testimonio los naturales) trabajó grandemente en predicar y doctrinarlos, y en hacerles la iglesia que ahora tienen sumptuosa, porque él fue el que la comenzó. También fue quinto ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio el año de 1546; yendo a un capítulo general de Asís, con negocios graves de esta tierra, murió en la mar, la muerte de los siervos de Dios que mueren bienaventuradamente por el celo de su honra.

CAPÍTULO XLVI. *Que trata de el venerable padre fray Bernardino de Sahagún*

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, NATURAL del mismo pueblo de Sahagún, siendo estudiante en Salamanca, tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de aquella ciudad, y enseñado bastantemente en las cosas divinas, pasó a esta Nueva España, con fray Antonio de Ciudad-Rodrigo, el año de 1529, juntamente con los arriba nombrados, que en aquellos tiempos eran todos escogidos varones y venían con espíritu de verdaderos apóstoles. Era este religioso varón de muy buena persona y rostro, por lo cual, cuando mozo, lo escondían los religiosos

ancianos de la vista común de las mujeres. Aunque era tan virtuoso que ninguna cosa le perturbó su buen espíritu; porque desde su tierna edad se lo tenía ofrecido a Dios. Llegado a esta tierra aprendió en breve la lengua mexicana, y súpola tan bien, que ninguno otro hasta hoy se le ha igualado en alcanzar los secretos de ella, y ninguno tanto se ha ocupado en escribir en ella como él; porque demás de los sermones que escribió doblados, de todo el año, y una muy elegante postila sobre las epístolas y evangelios dominicales, y el modo y pláticas que los doce primeros padres tuvieron en la conversión de los señores y principales de esta tierra, y doctrinas y otros tratados, que compuso, como parecerá al fin de este capítulo. Escribió otros once libros de marca de pliego en que se contenían, en curiosísima lengua mexicana, declarada en romance, todas las materias de las cosas antiguas que los indios usaban en su infidelidad, así de sus dioses e idolatría, ritos y ceremonias de ella, como de su gobierno, policía y leyes y costumbres de mayores, y de todo género de conversación y trato humano que ellos tenían, antes que los españoles viniesen. Los cuales libros también compuso, con intento de hacer un calepino (como él decía) en que diese desmenuzada toda la lengua mexicana en su propiedad y naturaleza, según los mismos indios la usaban, que era obra de maravilloso artificio, y hízolo por ver que se iba ya corrompiendo por la mezcla de la nuestra, por la conversación española con que los indios iban perdiendo su modo natural y curioso de hablar, y tomando nuestra barbaridad con que la hablamos, por no entenderla de raíz. De éstos tuve yo el de la conquista de esta tierra, de que me he aprovechado para mucho, de lo que digo en ella. Y tuvo tan poca dicha este bendito padre en el trabajo de sus escritos, que estos once libros, que digo, se los sacó con cautela un gobernador de esta tierra, y los envió a España, a un coronista que pedía papeles de Indias, los cuales allá (por no entenderse la lengua) servirán de papeles para especias. Y de los demás, que acá quedaron, no pudo imprimir sino solos unos cantares, para que en sus bailes los cantasen los indios en las festividades de nuestro Señor y de sus santos. Escribió también otro vocabulario, que llamó *Trilingue*, en lengua mexicana, castellana y latina, de grandísima erudición, en este ejercicio de la lengua mexicana. Desarraigando la idolatría, predicando, contestando, doctrinando los indios y escribiendo para su aprovechamiento empleó este varón de Dios 61 años, que vivió en esta tierra. Particularmente se ocupó la mayor parte de ellos en sustentar y mejorar (como mejoró y adornó) el Colegio de Santa Cruz, que está pegado al convento de Tlatelulco en Mexico; donde sin descansar un día trabajó hasta la muerte en la instrucción y doctrina de los niños, hijos de principales indios, que allí concurrían de toda la tierra, a enseñarse más perfectamente a leer y escribir, y a saber latinidad y medicina, según su menester y cosas de policía y buenas costumbres.

Fue fray Bernardino religioso, muy macizo cristiano, celosísimo de las cosas de la fe, deseando y procurando, con todas sus fuerzas, que ésta se imprimiese muy de veras en los nuevos convertidos. Por lo cual escribió muchas y muy buenas advertencias para los ministros evangélicos de estas

gentes, haciendo muy particulares diligencias con los virreyes y gobernadores de el reino, para que corrigiesen y amonestasen algunas que se conocían aún no estar corregidas, ni enmendadas, en especial la de el palo volador, en el cual hacían recordación de una de sus muy particulares idolatrías; y aunque se quitó por algunos años, volvió después a usarse, pareciéndoles a los que lo han permitido, que los que ahora viven no van con aquella intención de idolatrar, sino con sólo intento de continuar el juego y regocijo que en aquello tenían.[1] Amó mucho el recogimiento y continuaba, en gran manera, las cosas de religión; tanto, que con toda su vejez nunca se halló que faltase de maitines, y de las demás horas; porque ésta es cosa cierta que el árbol bien guiado, desde su tierna plantación queda después de viejo de la misma manera que se fue criando; y como este bendito padre nunca dejó de ocuparse en cosas de religión y de virtud desde sus tiernos años, no se olvidaba de ella en ningún tiempo. Y así como el fuego no puede esconderse en el seno, sin que queme, así tampoco el de la virtud y devoción, sin que se manifieste en continuas obras buenas, como siempre las tuvo fray Bernardino. Era manso, humilde, pobre, y en su conversación avisado y afable a todos. En su juventud fue guardián de principales conventos, y en aquella edad tuvo algunas persecuciones y censuras, acerca de las cosas que escribía en la lengua mexicana, pareciéndoles a los que las contradecían, que no era bien escribírselas a los indios en su lengua, porque con ellas no se ocasionasen a volver a seguirlas y así en el vocabulario *Trilingue*, que hizo, dice en su prólogo estas palabras: Va en romance toda esta gramática histórica: *Ne dedisse videamur ansam Rabinis: qui sæpe expugnaverunt me a juventute mea*. Por desocasionar a los que se preciaban de maestros en ella, de argüirle, los cuales le habían hecho contradición en todo tiempo. Y después, por espacio de casi 40 años, se excusó de este cargo de guardián; aunque en veces fue difinidor de esta provincia de el Santo Evangelio y visitador de la de Mechoacan, siendo custodia. En su vida fue muy regalado y concertado, y así vivió más tiempo que ninguno de los antiguos, porque lleno de buenas obras fue el último que murió de ellos, acabando sus días en venerable vejez, de edad de más de 90 años. La manera de su muerte fue que dándole la enfermedad de el catarro, que el año de 1590 corrió generalmente, temiendo los compañeros sacerdotes, mancebos, que se les fuese entre las manos en el convento de Santiago, donde vivía, importunábanle que se dejase llevar a la enfermería de Mexico, para ser curado o a lo menos, ya que no quería curarse, enterrarse con los santos viejos, sus compañeros, como él mismo lo deseaba. A lo cual él les respondía, diciendo: Callad, bobillos, dejadme, que aún no es llegada mi hora. Mas tanta priesa le dieron, que por no serles pesado, hubo de ir a la enfermería, y dijo al enfermero: Aquí me hacen venir aquellos bobillos de mis hermanos, sin ser menester. El enfermero le regaló algunos días, con que se volvió a su convento de Tlatelulco; y al cabo de algunos días volvió a recaer y entonces dijo: Ahora sí, que es llegada la hora. Mandó traer, ante sí, a sus hijos, los indios que criaba en el colegio, y despidién-

[1] Supra tomo II. lib. 10. cap. 38.

dose de ellos fue llevado a Mexico, donde acabado de recibir devotamente todos los sacramentos, en el convento de San Francisco, de la dicha ciudad, murió bienaventuradamente en el Señor y está allí enterrado; a cuyo entierro concurrió mucha gente y los colegiales de su colegio, con opas y becas, haciendo sentimiento de su muerte. Escribió este excelentísimo varón fray Bernardino de Sahagún, demás de lo dicho en este capítulo, los tratados siguientes: Primeramente, *Declaración parafrástica, y el símbolo de quicumque vult.* Y otra, *Declaración del mismo símbolo, por manera de diálogo. Plática para después de el bautismo de los niños. La vida y canonización de San Bernardino. Lumbre espiritual. Leche espiritual. Bordón espiritual. Espejo espiritual. Espiritual y manjar sólido. Escalera espiritual. Regla de los casados. Fruta espiritual. Impedimento de el matrimonio. Los mandamientos de los casados. Doctrina para los médicos. Tratado de siete colaciones, muy doctrinales y morales.*

CAPÍTULO XLVII. *De los venerables padres fray Jacobo de Testera y fray Miguel de las Garrovillas*

FRAY JACOBO DE TESTERA FUE DE NACIÓN francés, natural de la ciudad de Bayona de Francia y de gente noble, cuyo hermano servía de camarero al rey Francisco. Era varón muy enseñado en las divinas letras y religioso muy observante de su profesión, pobre, humilde, alegre y gracioso de condición, y de extremado fervor en las cosas del servicio de Dios y salud de las almas. Y como las cosas de la fe, en estas partes de las Indias, eran en aquellos tiempos de tanto nombre en todas las otras partes del mundo, no le pareció a este apostólico varón ser menos que otros en venir a ellas, llamado de la voz oculta del Señor que le quería acá para su ministro; y con este espíritu del celo de la salvación de estas almas, vino (como decimos) a estas partes de la Nueva España con fray Antonio de Ciudad-Rodrigo, el año de 1529, aunque algunos quieren que el de treinta. Antes que pasase a estas partes, estuvo en España poco menos de veinte años, predicando parte de ellos en la corte del emperador, con grande aplauso y aceptación; aunque la mayor parte de ellos ejercitó este oficio en la ciudad de Sevilla. Venido a esta tierra, como no pudiese tomar tan en breve, como él quisiera, la lengua de los indios para predicar en ella, no sufriendo su espíritu dilación (como era tan ferviente) dióse a otro modo de predicar, que fue por intérprete, trayendo consigo, en un lienzo, pintados todos los misterios de nuestra santa fe católica, y un indio hábil, que en su lengua les declaraba a los demás todo lo que el siervo de Dios decía, con lo cual hizo mucho provecho entre los indios, y también con representaciones de que mucho usaba.

Como supo que los indios del reino de Yucatán todavía se estaban idólatras, por falta de doctrina, partióse para allá el año de 1531. En Champotón comenzó a enseñar los hijos de los más principales, siguiendo el estilo

dose de ellos fue llevado a Mexico, donde acabado de recibir devotamente todos los sacramentos, en el convento de San Francisco, de la dicha ciudad, murió bienaventuradamente en el Señor y está allí enterrado; a cuyo entierro concurrió mucha gente y los colegiales de su colegio, con opas y becas, haciendo sentimiento de su muerte. Escribió este excelentísimo varón fray Bernardino de Sahagún, demás de lo dicho en este capítulo, los tratados siguientes: Primeramente, *Declaración parafrástica, y el símbolo de quicumque vult.* Y otra, *Declaración del mismo símbolo, por manera de diálogo. Plática para después de el bautismo de los niños. La vida y canonización de San Bernardino. Lumbre espiritual. Leche espiritual. Bordón espiritual. Espejo espiritual. Espiritual y manjar sólido. Escalera espiritual. Regla de los casados. Fruta espiritual. Impedimento de el matrimonio. Los mandamientos de los casados. Doctrina para los médicos. Tratado de siete colaciones, muy doctrinales y morales.*

CAPÍTULO XLVII. *De los venerables padres fray Jacobo de Testera y fray Miguel de las Garrovillas*

FRAY JACOBO DE TESTERA FUE DE NACIÓN francés, natural de la ciudad de Bayona de Francia y de gente noble, cuyo hermano servía de camarero al rey Francisco. Era varón muy enseñado en las divinas letras y religioso muy observante de su profesión, pobre, humilde, alegre y gracioso de condición, y de extremado fervor en las cosas del servicio de Dios y salud de las almas. Y como las cosas de la fe, en estas partes de las Indias, eran en aquellos tiempos de tanto nombre en todas las otras partes del mundo, no le pareció a este apostólico varón ser menos que otros en venir a ellas, llamado de la voz oculta del Señor que le quería acá para su ministro; y con este espíritu del celo de la salvación de estas almas, vino (como decimos) a estas partes de la Nueva España con fray Antonio de Ciudad-Rodrigo, el año de 1529, aunque algunos quieren que el de treinta. Antes que pasase a estas partes, estuvo en España poco menos de veinte años, predicando parte de ellos en la corte del emperador, con grande aplauso y aceptación; aunque la mayor parte de ellos ejercitó este oficio en la ciudad de Sevilla. Venido a esta tierra, como no pudiese tomar tan en breve, como él quisiera, la lengua de los indios para predicar en ella, no sufriendo su espíritu dilación (como era tan ferviente) dióse a otro modo de predicar, que fue por intérprete, trayendo consigo, en un lienzo, pintados todos los misterios de nuestra santa fe católica, y un indio hábil, que en su lengua les declaraba a los demás todo lo que el siervo de Dios decía, con lo cual hizo mucho provecho entre los indios, y también con representaciones de que mucho usaba.

Como supo que los indios del reino de Yucatán todavía se estaban idólatras, por falta de doctrina, partióse para allá el año de 1531. En Champotón comenzó a enseñar los hijos de los más principales, siguiendo el estilo

que se había tenido en esto de Mexico, y trabajaron mucho él y sus compañeros que llevó consigo en apartar la gente de aquella tierra del culto y servicio de los ídolos; y era mucho el fruto que iban haciendo. Mas como el enemigo del género humano no deja de estorbar todos los bienes que puede, viendo la medra y aprovechamiento de aquella gente, y lo que se disminuía su falsa adoración, procuró de impedir también esta santa obra por medio de algunos soldados españoles, que aunque fueron necesarios para la conquista y sujeción de los indios, fueron también muchos de ellos muy dañosos y nocivos para su conversión; porque como no atendían a más que a buscar oro y plata, no se curaban de otros medios, ni trazas, sino de aquellas que les podían hacer. Poseedores de esto, en especial en aquella tierra de Yucatán, donde (como decimos en otra parte) entraron ciertas gentes de éstas a hacer esclavos para las minas, y a las vueltas hicieron grandes maldades; los cuales, viendo que los religiosos tenían los indios ya domésticos y juntos en sus escuelas, comenzaron a desordenarse en servirse de ellos. Fray Jacobo, más celoso de la honra de Dios que de la suya, les iba a la mano en esto y en otras cosas y excesos que hacían, oponiéndoseles, con varonil pecho, en defensa de sus nuevos convertidos, por donde comenzaron a tener entre sí, disenciones los unos a los otros; y tales obras hicieron los españoles al bendito fray Jacobo y tal tratamiento, que le compelieron a dejarlos y volverse a Mexico, donde luego lo eligieron por cuarto custodio de la custodia que entonces era del Santo Evangelio, año de 1533. Fue a ver la tierra de Mechoacan, y puso diligencia para que toda se poblase de religiosos. Envió también a fray Toribio Motolinía con otros religiosos, a lo de Guatemala, para que lo poblase de monasterios, donde los naturales fuesen doctrinados. De suerte que todo lo anduvo y todo lo proveyó, o por su persona o por sus comisarios, como otro San Pablo[1] que andaba solícito en la provisión y cuidado de todas las iglesias, sabiendo que dice Cristo por San Juan[2] hablando con sus apóstoles y ministros: yo os elegí y puse para que hagáis fruto y que vuestro fruto dure y permanezca; y por San Mateo:[3] Id por el mundo y bautizad y predicad mi Evangelio. Por lo cual se desvelaba este apostólico varón en esto, y no pudiendo por sí mismo en todo, elegía otros de su mismo espíritu y celo, que le ayudasen, enseñado del mismo Apóstol, que para la obra de la predicación, se valió de San Clemente y otros compañeros, como lo dice a los filipenses.[4] Y después de haber trabajado en esta viña del Señor todo lo que pudo, y habiendo acabado su oficio de custodio de la custodia del Santo Evangelio, le eligieron los padres de esta provincia por custodio para el capítulo general de Mantua, que se celebró el año de 1541 y a la vuelta trajo muchos religiosos de España y vino por comisario general de todas las Indias, y que por muerte suya le sucediese (como le sucedió) fray Martín de Hoja-Castro, que había ido por su compañero al dicho capítulo.

[1] 2. Ad Cor. 1.
[2] Ioan. 6 et 15.
[3] Math. 10.
[4] Ad Phil. 4.

Fue este varón de Dios aficionadísimo a la conversión y doctrina de los indios y de que los religiosos se extendiesen a todas partes, porque a todos alcanzase la palabra de Dios y ministerios de los sacramentos, porque como hombre sabio que era, sabía lo que costó a Dios un alma y que Cristo Señor nuestro, considerando en la muerte de Lázaro la de un pecador,[5] se enterneció y comenzó a sollozar y luego lloró, y el alegría que le causaron los discípulos, cuando volviendo de predicar de aquéllas partes donde fueron enviados, le dijeron el fruto que habían hecho, como lo dice San Mateo y para este efecto fueron enviados de dos en dos y sabiendo (como digo) todo esto, hacía todo su posible por extender el reino de Dios en los corazones de estos nuevos convertidos. Era celosísimo de la santa pobreza y muy dado a la oración, humildísimo y despreciado de sí mismo, sobre manera, tanto, que afirmó quien lo vido, que siendo prelado superior, le acaecía estar remendando su ropilla públicamente, aunque fuese en la portería. Acabó el curso de su vida en venerable vejez, y enterróse en el convento de San Francisco de Mexico.

Fray Miguel de las Garrovillas, natural del mismo pueblo, tomó el hábito en la provincia de la Piedad, en el reino de Portugal, y fue discípulo de aquel gran religioso fray Juan de Guadalupe, de quien hablamos en otra parte. Y así como en el mal dice el Espíritu Santo,[6] que el que toca la pez, no deja de quedar manchado de ella, así también en la virtud vale mucho el buen ejemplo y compañía de los buenos, para aprender de ellos y ser uno virtuoso y bueno; pero después se pasó a la santa provincia de San Gabriel, por la célebre fama de su recolección y santidad, dende la cual vino a esta del Santo Evangelio, en compañía del memorable varón fray Alonso de Escalona, el año de 1531. No supo la lengua de los indios, mas por ejemplo de vida predicó y fue firme pilar de esta nueva iglesia. Tampoco se dio al estudio de las letras, aunque tenía un juicio muy claro y se mostraba en sus razones filósofo natural, mas era muy enseñado por el Espíritu Santo, cuya ciencia (sin estudios humanos) hace sapientísimos a los hombres, en cuya escuela aprendió a ser ferviente en el celo de toda virtud y de la perfecta guarda de su profesión, ejercitando en suma mortificación, menosprecio del mundo, aspereza de vida y en continuo ejercicio de la santa oración, que es la ciencia de las ciencias y donde todos los más santos del mundo han aprendido lo más que han enseñado. Tenía con esto un apacible conversación que a todos daba contento; porque la serenidad de un alma donde Dios está se manifiesta en lo exterior del cuerpo, especialmente en el rostro que es la parte donde se le toma el pulso al corazón, manifestando en él el bien o el mal que pasa. Su comida era una escudilla de sopas, hechas con el agua caliente del caldero que había para lavar la loza de la comunidad, y unas pocas de cerrajas o otra yerba de la huerta, y con esto pasó lo más de la vida, hasta que faltándole la virtud natural, por la mucha vejez, llegando a los noventa años, le hicieron comer carne y beber un poco de vino y calzarse unas sandalias, porque siempre había

[5] Ioan. 11 et 12.
[6] Eccles. 13.

andado descalzo y con sólo un hábito de sayal, grosero y lleno de remiendos. Era tanto el deseo que tenía de llegar a la perfección de la vida pobre y estrecha, que como otros siervos de Dios, con este mismo celo y espíritu, se apartase de esta provincia del Santo Evangelio, con licencia del general de la orden, fray Andrés de la Ínsula, para hacer casas de nueva recolección donde hallasen más cómodo; este siervo de Dios, de edad de más de ochenta años, se fue con ellos y anduvo muchas tierras por los confines de la Nueva Galicia y otras partes, caminando a pie, como siempre lo acostumbró, y sin túnica, con un fervor increíble, como si entonces comenzara a tomar la cruz de Cristo y seguirle por el camino estrecho de la penitencia. Certificó un gran siervo de Dios, amigo de este varón santo, y que fue su prelado y lo confesó generalmente, que no había sentido de él en su confesión haber conocido mujer en su vida, ni sabido qué cosa era. Murió santamente en el Señor, en edad decrépita, de más de cien años y está enterrado en el convento de Tetzcuco.

CAPÍTULO XLVIII. *Vida del santo fray Alonso de Escalona*

NACIÓ ESTE SIERVO DE DIOS fray Alonso en la villa de Escalona, cerca de Toledo. Careciendo de padre y andando en el servicio de su madre, siendo de edad de casi diez y ocho años, acordó de dejar el mundo y entrar en religión, y fue a tomar el hábito de nuestro padre San Francisco, a la provincia de Cartagena, por ventura, por no ser estorbado de la madre, que muchas veces (no mirando a más que a lo presente) se enternecen de manera que son causa de impedir buenos propósitos. Desde el principio de su vocación propuso este determinado mancebo de servir siempre a nuestro Señor con toda fidelidad, y así lo guardó como fiel siervo suyo, hasta el fin de su vida. Estudiando las artes, después de hecha su profesión en el convento donde recibió el hábito, saliendo de el coro de noche vio, desde el claustro alto, que en el bajo jugaban a los bolos; y oía que los que jugaban decían todo lo que se suele decir cuando se juega aquel juego, y el estruendo de cómo los derribaban; y púsole gran temor porque sabía que todos los frailes estaban en el coro y que no había otra gente en casa que pudiese jugar aquel juego, mayormente que hacía obscuro y el lugar no era decente para aquel ejercicio; y acrecentóle más el temor, ser él gran jugador de ellos y muy inclinado a este entretenimiento, por parecerle honesto y sin perjuicio a la vida monástica que había profesado. Y como varón prudente, de el cual dice el Sabio[1] que sabe encaminar sus pasos, consideró que en aquel juego que jugaba deservía en algo a Dios, perdiendo en él el tiempo que tan precioso es para servirle, y con esta consideración y atemorizado de el ruido, pidió licencia a su prelado para dejar aquel convento y pasarse a otro, y fuele concedida, y allí trocó el estudio

[1] Prov. 23.

andado descalzo y con sólo un hábito de sayal, grosero y lleno de remiendos. Era tanto el deseo que tenía de llegar a la perfección de la vida pobre y estrecha, que como otros siervos de Dios, con este mismo celo y espíritu, se apartase de esta provincia del Santo Evangelio, con licencia del general de la orden, fray Andrés de la Ínsula, para hacer casas de nueva recolección donde hallasen más cómodo; este siervo de Dios, de edad de más de ochenta años, se fue con ellos y anduvo muchas tierras por los confines de la Nueva Galicia y otras partes, caminando a pie, como siempre lo acostumbró, y sin túnica, con un fervor increíble, como si entonces comenzara a tomar la cruz de Cristo y seguirle por el camino estrecho de la penitencia. Certificó un gran siervo de Dios, amigo de este varón santo, y que fue su prelado y lo confesó generalmente, que no había sentido de él en su confesión haber conocido mujer en su vida, ni sabido qué cosa era. Murió santamente en el Señor, en edad decrépita, de más de cien años y está enterrado en el convento de Tetzcuco.

CAPÍTULO XLVIII. *Vida del santo fray Alonso de Escalona*

NACIÓ ESTE SIERVO DE DIOS fray Alonso en la villa de Escalona, cerca de Toledo. Careciendo de padre y andando en el servicio de su madre, siendo de edad de casi diez y ocho años, acordó de dejar el mundo y entrar en religión, y fue a tomar el hábito de nuestro padre San Francisco, a la provincia de Cartagena, por ventura, por no ser estorbado de la madre, que muchas veces (no mirando a más que a lo presente) se enternecen de manera que son causa de impedir buenos propósitos. Desde el principio de su vocación propuso este determinado mancebo de servir siempre a nuestro Señor con toda fidelidad, y así lo guardó como fiel siervo suyo, hasta el fin de su vida. Estudiando las artes, después de hecha su profesión en el convento donde recibió el hábito, saliendo de el coro de noche vio, desde el claustro alto, que en el bajo jugaban a los bolos; y oía que los que jugaban decían todo lo que se suele decir cuando se juega aquel juego, y el estruendo de cómo los derribaban; y púsole gran temor porque sabía que todos los frailes estaban en el coro y que no había otra gente en casa que pudiese jugar aquel juego, mayormente que hacía obscuro y el lugar no era decente para aquel ejercicio; y acrecentóle más el temor, ser él gran jugador de ellos y muy inclinado a este entretenimiento, por parecerle honesto y sin perjuicio a la vida monástica que había profesado. Y como varón prudente, de el cual dice el Sabio[1] que sabe encaminar sus pasos, consideró que en aquel juego que jugaba deservía en algo a Dios, perdiendo en él el tiempo que tan precioso es para servirle, y con esta consideración y atemorizado de el ruido, pidió licencia a su prelado para dejar aquel convento y pasarse a otro, y fuele concedida, y allí trocó el estudio

[1] Prov. 23.

de las letras en el de la santa oración, a la cual se dio, ganando grados de día en día, contra el demonio; como los que en las batallas que tienen contra sus enemigos les ganan tierra, deseando quedar por señores de el campo. En esta vida pasó algunos años, después de los cuales, siendo guardián en San Miguel de el Monte, una legua de Alcocer, oyendo decir la falta que había de ministros en estas partes, para la conversión de los indios, doliéndose de tantas almas como el demonio había tenido engañadas y la necesidad que padecían de el pan de la doctrina, inspirado de el Señor, pasó a esta Nueva España el año de 1531. Llegado a esta tierra estuvo tres años en Tlaxcalla, donde siendo guardián el siervo de Dios fray Luis de Fuen-Salida, comenzó a deprender la lengua mexicana. Y como tenía tenacísima memoria y deseo de saberla, para poder aprovechar a la salud de tantas almas, en breve tiempo salió con ella y la supo muy bien y en ella hizo sermones que han aprovechado a muchos predicadores de los indios mexicanos; porque hasta entonces no había otros libros con que aprovecharse los que aprendían la lengua, los cuales después se tradujeron en la lengua achí o de Guatemala. Juntó en la misma ciudad de Tlaxcalla casi seiscientos niños, y enseñóles a leer, escribir y cantar, y la doctrina cristiana.

Después de algunos años que como antorcha o lámpara encendida en el templo de el Señor había dado resplandores muy claros de su virtud, conociéndola aquellos primeros santos religiosos, y juntamente con esto las buenas partes de prudencia que en el siervo de Dios concurrían, luego le dieron cargos y fue dos o tres veces maestro de novicios en el convento de Mexico, donde sacó muchos discípulos; y tuvo algunos hijos espirituales que fueron grandes siervos de Dios, y ayudaron a la provincia, con vida, ejemplo, letras y cargos que administraron. Fue también guardián de muchos conventos de la provincia y algunas veces difinidor.

En las vidas de algunos padres arriba puestas, se ha tocado el caso de la Provincia Insulana, que ellos y otros (de quien abajo se hará mención) pretendieron fundar de nuevo, con celo de más perfección y observancia de la regla, pareciéndoles que con la multiplicación de religiosos iba ya declinando el rigor de la pobreza y estrechura en que se había fundado esta provincia de el Santo Evangelio; y uno de los que esto pidieron con mucha instancia, al ministro general fray Andrés de la Ínsula, fue este bendito padre fray Alonso de Escalona, y viendo el despacho para que se pusiese en efecto, juntáronse los que eran de el concierto en su congregación, ocho sacerdotes y cuatro legos, todos varones apostólicos, muy escogidos y perfectos, y de conformidad eligieron por primero provincial de la provincia nuevamente erigida, al siervo de Dios fray Alonso de Escalona; el cual, como buen caudillo y pastor, quiso encaminar su pequeña grey hacia lo interior de el desierto, como otro Moysén, buscando la soledad, y anduvo con ellos por diversas partes, tomando el tiento de la tierra, por ver donde mejor podrían hacer su asiento. Mas porque esta división fuera en aquel tiempo de mucho daño y dispendio de la provincia de el Santo Evangelio, así en perder aquellos tan buenos hombres, como otros que después los siguirían; no permitió nuestro Señor que hallase *ubi requiescerent pedes eo-*

rum, porque en todas partes hallaban muchos inconvenientes y dificultades; por lo cual, de común consentimiento, hubieron de dar la vuelta como la paloma al arca de Noé,[2] y sujetarse como se sujetaron de nuevo a la provincia. Entonces se ofreció necesidad de enviar religiosos a la provincia de Guatemala, que fue el año de 1554, el bendito fray Alonso gustó de tomar aquel trabajo y fue electo en prelado, de nueve religiosos que allá fueron, y los llevó, con grande religión y ejemplo, caminando siempre a pie, y descalzo, en trecientas leguas que hay de camino, no queriéndose aprovechar aun de unas suelas o sandalias, como las usaban los apóstoles, en tiempo de Cristo, como lo dice San Marcos,[3] que el usar de estas suelas, no es andar calzados; porque según era el fervor de su espíritu, las sandalias aún le parecían calzado. En Guatemala estuvo algunos años, procurando de reformar lo que por falta de ministros estaba caído. Mas después, viendo que era ya poco el provecho que allá hacía, y que de esta provincia de el Santo Evangelio lo llamaban con mucha instancia, hubo de dar la vuelta, trayendo consigo por compañero un religioso, hijo de aquella provincia, llamado fray Francisco Gómez (que ahora vive) por hallarlo conforme a su corazón y espíritu. Y fue esto causa, en alguna manera, para que ambos a dos hubiesen de volver otra vez a Guatemala; porque pasando algún tiempo, como aquella provincia aún no estaba bien assentada, siendo comisario general de esta Nueva España fray Francisco de Bustamante, de buena memoria, como buen prelado que era, queriendo remediar aquella quiebra y no hallando mejor medio que enviar al mismo fray Alonso de Escalona, que había visto y palpado las necesidades de aquella tierra, y que tenía tan buenas partes para salir con lo que emprendiese y parecióle enviar con él al mismo fray Francisco Gómez por su compañero, el cual había traído de allá porque era de mucha importancia, así para su consuelo, como para el efecto que se pretendía por ser fray Francisco Gómez esencial religioso y muy buena lengua en aquella tierra. Atento a esto los compelió a ambos y mandó por obediencia que volviesen a la dicha provincia. Fue su partida el año de 1562, y hizo esta jornada caminando a pie y descalzo el santo viejo, como siempre lo usaba, sin túnica, ni bordón, ni sombrero que le amparase de el sol y de el agua, ni otro regalo más de el que los indios de los pueblos por donde pasaba, por amor de Dios les daban a él y a su compañero. Caso extraño y casi increíble, porque los soles de toda aquella tierra son tan recios que aun a la sombra ofenden, y los caminos tan fragoso y ásperos, que aun las bestias bien herradas apenas van seguras de mancarse, pero acordábase el apostólico varón, que dice Cristo por San Mateo[4] a sus discípulos, cuando los envió a predicar, que no llevasen dinero, ni despensas, ni calzado (que se entiende por el entero o cerrado) ni bordón, sobre que arrimarse. Y aunque aquellos consejos (como dicen los doctores) tienen su declaración, no quiso entenderlos, sino según la simplicidad de la letra, por parecerle convenirle más aquello para domar su carne

[2] Genes. 8, 9.
[3] Marc. 6, 9.
[4] Math. 10. Luc. 10. Marc. 6, 9.

y reducirla a mayor perfección. En Guatemala, como la lengua de aquella tierra es diversa de la mexicana, con deseo de aprovechar a todos, siendo de edad de casi setenta y cinco años, la aprendió, y en ella confesaba los naturales de aquella tierra, siendo como es, bárbara y dificultosa. Habiendo estado de esta última vez en aquella provincia seis años, trabajando con los indios y ayudando a la reformación de ella, con gran ejemplo de vida, se volvió a esta de el Santo Evangelio. Lo uno porque halló disfavor y contradición en el obispo, que pretendía no entendiesen los religiosos en la obra de la conversión de los indios (guerra ordinaria que algunos tienen aunque los que bien sienten tienen lo contrario) y lo otro porque le enviaron una licencia de el ministro general, para volverse a esta provincia, procurada por el provincial de ella fray Diego de Olarte. Prosiguiendo su camino por la mixteca, y entrando un día en uno muy pedregoso viole un hombre que criaba seda en aquel lugar, y como contemplase la aspereza de el camino y la mortificación y desnudez de el bendito viejo, edificado de esto dijo: Ahora veo lo que en mi vida no he visto, aunque he visto mucho; y es que un viejo como éste camine por tierra tan fragosa, descalzo y con solo un habitillo, sin sombrero, ni bordón. Llegó a esta provincia el año de 1568, habiendo pasado por el camino los mismos trabajos que a la ida y aun mayores, por caminar en tiempo de Cuaresma y de muchas aguas, que fueron aquel año tempranas.

CAPÍTULO XLIX. *De cómo el dicho bendito padre fue electo en provincial y de sus muchas virtudes y ejercicios espirituales y bienaventurada muerte*

CELEBRÓSE CAPÍTULO PROVINCIAL en el convento de San Francisco de Mexico; y como la veneración de su persona era tanta, pusieron los vocales los ojos en él y eligiéronle en quintodécimo ministro provincial, después que acabó su trienio la primera vez, el padre fray Miguel Navarro. Hizo este oficio lo mejor que pudo, aunque su mucha edad no le ayudaba teniendo siempre celo de la observancia de la regla y de la religión, visitando la provincia a pie y descalzo y lo que las fuerzas no le ayudaban, suplía su incansable espíritu con el cual alentaba mucho a los frailes que regía, avergonzándose muchos de verle en tanta vejez, tan penitente y que no le seguían en aquel mismo rigor con que se trataba. Porque esto causa el buen ejemplo en el prelado; así como el que no fuese tal causaría mucho daño; que por esto dice Cristo nuestro Señor que es pastor bueno porque no sólo conoce sus ovejas,[1] sino porque también las trae pastoreadas, con el pasto de su celestial doctrina y guardadas de el veneno, de el mal ejemplo con que se desbaratan y se dejan ir a la boca de el lobo infernal, para que se las trague; y por esto dice por San Juan que el buen pastor

[1] Ioan. 10.

y reducirla a mayor perfección. En Guatemala, como la lengua de aquella tierra es diversa de la mexicana, con deseo de aprovechar a todos, siendo de edad de casi setenta y cinco años, la aprendió, y en ella confesaba los naturales de aquella tierra, siendo como es, bárbara y dificultosa. Habiendo estado de esta última vez en aquella provincia seis años, trabajando con los indios y ayudando a la reformación de ella, con gran ejemplo de vida, se volvió a esta de el Santo Evangelio. Lo uno porque halló disfavor y contradición en el obispo, que pretendía no entendiesen los religiosos en la obra de la conversión de los indios (guerra ordinaria que algunos tienen aunque los que bien sienten tienen lo contrario) y lo otro porque le enviaron una licencia de el ministro general, para volverse a esta provincia, procurada por el provincial de ella fray Diego de Olarte. Prosiguiendo su camino por la mixteca, y entrando un día en uno muy pedregoso viole un hombre que criaba seda en aquel lugar, y como contemplase la aspereza de el camino y la mortificación y desnudez de el bendito viejo, edificado de esto dijo: Ahora veo lo que en mi vida no he visto, aunque he visto mucho; y es que un viejo como éste camine por tierra tan fragosa, descalzo y con solo un habitillo, sin sombrero, ni bordón. Llegó a esta provincia el año de 1568, habiendo pasado por el camino los mismos trabajos que a la ida y aun mayores, por caminar en tiempo de Cuaresma y de muchas aguas, que fueron aquel año tempranas.

CAPÍTULO XLIX. *De cómo el dicho bendito padre fue electo en provincial y de sus muchas virtudes y ejercicios espirituales y bienaventurada muerte*

CELEBRÓSE CAPÍTULO PROVINCIAL en el convento de San Francisco de Mexico; y como la veneración de su persona era tanta, pusieron los vocales los ojos en él y eligiéronle en quintodécimo ministro provincial, después que acabó su trienio la primera vez, el padre fray Miguel Navarro. Hizo este oficio lo mejor que pudo, aunque su mucha edad no le ayudaba teniendo siempre celo de la observancia de la regla y de la religión, visitando la provincia a pie y descalzo y lo que las fuerzas no le ayudaban, suplía su incansable espíritu con el cual alentaba mucho a los frailes que regía, avergonzándose muchos de verle en tanta vejez, tan penitente y que no le seguían en aquel mismo rigor con que se trataba. Porque esto causa el buen ejemplo en el prelado; así como el que no fuese tal causaría mucho daño; que por esto dice Cristo nuestro Señor que es pastor bueno porque no sólo conoce sus ovejas,[1] sino porque también las trae pastoreadas, con el pasto de su celestial doctrina y guardadas de el veneno, de el mal ejemplo con que se desbaratan y se dejan ir a la boca de el lobo infernal, para que se las trague; y por esto dice por San Juan que el buen pastor

[1] Ioan. 10.

va delante guiándolas, cuya voz conocen sus ovejas; pero al malo no le siguen, antes huyen de él, porque como pernicioso ofende a su rebaño.

Todo el tiempo que vivió en la orden mostró bien cuánto amaba la preciosa margarita de la santa pobreza, porque lo mostraba en el uso de todas sus necesidades corporales. Contentábase con una refección al día; y mediante esta costumbre usaba de otra para su ejercicio espiritual, que mientras los otros religiosos estaban en el refectorio cenando, él se azotaba en su celda con mucha crueldad, castigando su cansado cuerpo, por tenerlo sujeto al espíritu. No bebía vino sino cuando tuvo el oficio de provincial o en otra manera, por causa de el camino largo, y entonces era un poco al comer y muy aguado y para ello había de ser muy importunado de los compañeros. Los libros que tenía eran hasta dos o tres, espirituales y devotos, y el breviario. Eran los paños menores que traía de lienzo flaco de la tierra, y cuando estaban gastados él mismo los remendaba y le duraban mucho. Jamás traía túnica, sino sólo un hábito, y ése había de ser de el más grosero sayal que hallase, y él solo lo cortaba y cosía sin ayuda de otro. Siendo provincial y visitando la provincia en tiempo de invierno, por el valle que llaman de Toluca, tierra frigidísima, como iba el viejo santo a pie y descalzo y con solo su habitillo estrecho, sin bordón, ni sombrero, viéndolo un español, y admirado de ver en un viejo tanta mortificación y penitencia dijo, con mucha devoción y fe: En tiempo del patriarca Abraham, perdonaba Dios a las ciudades de Sodoma y Gomorra por diez justos que se hallasen en ellas; mas yo creo que por este santo religioso perdonaría Dios a todo el mundo. Tanta fue la edificación que aquel hombre recibió de este varón santo. Holgaba de ser menospreciado y tenido en poco; y por esto todos los jueves de la Semana Santa se desnudaba y se hacía llevar con una soga a la garganta al púlpito; y allí públicamente se azotaba, y predicaba la pasión de el Señor a los indios, en la cual el redemptor de la vida la llevó sobre su cuello, en demonstración de hombre malhechor, siendo el bienhechor de el mundo, y fue azotado como hombre vil y bajo, siendo el más alto sujeto de el cielo, y de la tierra. Celebraba todos los días, si no era en algún camino, adonde no hallaba recaudo; y siendo ya muy viejo hacía lo proprio, aunque tenía una enfermedad de no poder tragar lo que comía, y por esto ya en los últimos años de su vida no comía con los frailes, sino antes o después de ellos; y yo que lo escribo serví algún tiempo al santo en el convento de Tlacupa, que es una legua de Mexico, y le picaba la poca carne que comía, porque no podía ya pasarla por habérsele cerrado la garganta y tragar con mucha dificultad. Amaba la soledad, y holgaba de estar solo, como quien sabía cuán bien se gusta Dios a solas y sin testigos, y que en ella amamanta Dios, con pechos de cien mil regalos, a los que le buscan, como dice por el profeta Oseas.[2] Por esto buscaba los lugares solos y apartados de ruido; y una temporada estuvo en el pueblo de Chiauhtla, que está poco más de un cuarto de legua de el de Tetzcuco (las iglesias, quiero decir, porque las casas casi están continuadas) que entonces no había religiosos de asiento

[2] Os. 2.

en él, como los hay ahora y como ermitaño solitario pasaba en aquel lugar muy recogida vida, así en abstinencias particulares como en oración y disciplinas; íbase por algunos días a unas sierras, que le caen cerca, a distancia de media legua, y de una y subido en lo áspero y alto de ellas, se pasaba sin comer y sin beber algún tiempo, y allí hacía cosas de varón muy perfecto. Levantábase siempre antes de maitines; y cuando no había otro que tuviese este cuidado, o si el que lo tenía se descuidaba, él despertaba a los demás, al punto de la media noche; y nunca dejó de hacer esto, caminando por cansado que llegase a la posada; y si alguna vez dormía en el campo, allí encendía lumbre a la media noche, y rezaba los maitines, y tenía su oración mental; la cual tampoco perdía a prima noche, a las completas; y finalmente era muy continuo y perseverante en seguir el coro y lugares de la comunidad. Conocióse en él gran paciencia y humildad, pobreza, penitencia y mortificación; de suerte que se puede decir de él, con verdad, que era un espejo de virtudes para todos los religiosos de su tiempo.

Cuando caminaba no quería rezar el oficio divino caminando, como algunos lo hacen; mas parábase en el camino, para rezarlo con más quietud y devoción; porque decía que pues para comer se sentaban de reposo y no comen caminando los que caminan, que más justo era lo hiciesen así para las alabanzas de el Señor, para las cuales se requiere quietud y atención; porque dice Dios: Antes de la oración apareja tu ánima y no seas como hombre que tienta a Dios;[3] como si dijese, con ultraje y menosprecio. Y la iglesia santa, en sus consejos, nos amonesta que recemos las horas y oficio divino, con estudio y devoción, que es decir, con cuidado y advertencia, de que hablamos en él con Dios; y es cosa justa que sea con todo el respeto debido; porque si para hablar con un rey que está parado, no nos pasearíamos, porque sería suma descortesía, mucho menos con Dios, que excede en grandeza y majestad a todos los reyes de el mundo, y es el rey supremo de todo lo criado. Por esto sabía de memoria casi todo el salterio y decía que lo había aprendido cuando caminaba, por ir siempre ocupado en cosas buenas y santas. No dormía acostado de el todo, sino arrimada la almohada a un rincón de la cama, y recostado en ella. Su cama era una manta vieja para cubrir las tablas, y cubríase con el manto que para sólo aquello se servía de él.

[3] Eccles. 10.

CAPÍTULO L. *Donde se ponen algunas cosas en que parece que el santo fray Alonso de Escalona mostraba tener espíritu de profecía, y otras cosas maravillosas con que el Señor le favoreció*

NO ERA EL FERVOR DE DEVOCIÓN DEL SANTO fray Alonso de Escalona para menos, que para recibir de la mano de Dios, que le alentaba, muchas y muy grandes mercedes que siempre le hizo, porque como hombre que se preciaba de su siervo, siendo sustentado con su divina gracia, trabajaba como buen siervo por acrecentar aquel talento evangélico que le dio para que se vandease y lo trajese en el trato de su servicio; y así caminaba en el ejercicio de las buenas obras, con tanto fervor, que se echaba muy bien de ver (como en las maravillas que Moysén hizo en Egipto, en presencia del rey Faraón) que era en ellas el dedo de Dios, que es su poderío, y que como a querido suyo le ayudaba en todo lo que le convenía para su buena conservación. Y no sólo en esto se le mostraba padre cuidadoso, sino también en otras cosas ocultas que le manifestaba, se le mostraba amigo, como en otro tiempo de Abraham, cuando iba a destruir aquellas obstinadas y pervertidas ciudades de Sodoma, y sus convecinas que no quiso pasar adelante hasta manifestarle el secreto, para que como justo, les impetrara favor, si lo merecían. De esta manera, pues, se hubo en algunas cosas con este su siervo, para acreditar su santidad, con los que por algún modo y manera querían creer menos de lo que él era. En comprobación de esto sucedió, que siendo este santo religioso morador del convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, moraba allí otro religioso, mancebo, que estudiaba las artes, el cual, estando interiormente afligido y desconsolado con una grave tentación de tristeza que le había sobrevenido, sin hallar remedio humano que pudiese apartarlo de la ahincosa tentación que le aquejaba, un día, estando en vísperas en el coro, considerando su tribulación y el poco remedio que tenía, miró al siervo de Dios, que las estaba rezando también en el mismo coro y dijo entre sí: Si este hombre es tan santo, como dicen, ¿cómo no ve y conoce la tribulación en que estoy, y me llama y consuela, como lo hacían nuestro padre San Francisco y San Antonio, y otros santos? Los cuales veían las tentaciones ocultas y secretas de los frailes, y los llamaban y consolaban. Esto me parece que es lo mismo que sucedió a Simón, con Cristo nuestro redemptor, cuando le convidó a comer a su casa, que entró la Magdalena y le ungió sus sacrosantos pies, y se los limpió con sus cabellos,[1] que viendo lo que pasaba dijo: Si éste fuera profeta, como dicen, supiera quién era esta mujer, y cuán indigna del acto que hacía y excusara este escandaloso hecho. Pero como en esta ocasión Cristo nuestro redemptor satisfizo a este casero, respondiéndole a su corazón y pensamiento, así también abrió los

[1] Luc. 7.

ojos del alma a este santo religioso, para que conociese lo que el mancebo estudiante había pensado y dicho en lo secreto de su pecho. Y acabadas las vísperas, luego inmediatamente antes de salir de la ordenación (que es adonde los frailes se juntan para ver lo que les manda la obediencia, en saliendo del coro) lo llamó y llevó a su celda y le dijo: ¿Hermano mío, qué habéis?, ¿qué turbación es la que tenéis? Mirad que no entristecerá al justo (como dice el Espíritu Santo)[2] cualquier cosa que le sucediere, porque tiene a Dios por defensa y guarda, y con éstas le dijo otras palabras llenas de mucha devoción y santidad, con que aquel religioso quedó, espiritualmente consolado, y juntamente espantado y fuera de sí, en ver cómo el santo viejo acudía en semejante necesidad a favorecerle con tanta caridad, y también temeroso, que casi huía de él, entendiendo que le conocía y sabía sus pensamientos.

El penúltimo año de la vida de este apostólico varón moraba en el convento de Tlacupa, y como jamás dejaba de ir al coro y de rezar en comunidad con los otros religiosos sucedió una vez que, al tiempo de las completas, vinieron huéspedes de obligación al dicho convento, y como eran pocos los religiosos de casa, el guardián y los otros quedáronse con ellos, y mandó el dicho guardián a un mancebo, de los que en la orden llaman coristas, que aún no son de misa, que fuese a rezarlas con el santo viejo. El mancebo, que se quisiera quedar con ellos, por ayudar en el hospedaje y hospicio que a los recién llegados se hacía, fue algo de mala gana y murmurando, y notando de muy puntual y demasiado rezador al viejo llegó al coro, donde ya le aguardaba, porque así había sucedido otras algunas veces. Rezadas las completas y queriéndose salir el mancebo para llevar lumbre a los huéspedes que quedaban abajo, en el *De profundis*, le dijo el santo fray Alonso: Hermano, nunca murmuréis de los viejos y ayudadles en todo lo que pudiéredeis, que es obra de mucha caridad, y mirad que os digo que, en faltando los que hay en la provincia ahora, la veréis con mucha mala ventura y arruinada. Fue tanto el temor que el religioso mozo cobró de oír estas palabras, y de entender que había sabido lo que él en lenguaje confuso y casi mudo había dicho, que no supo qué responder, y confuso del caso se salió espantado y como fuera de sí, y de allí adelante le miraba con otros ojos y le temía, como si las cosas de su corazón las hubiera de mirar y ser el juez de ellas. Y sucedió después lo que dijo, acerca de los trabajos de la provincia, muerto él y otros pocos santos viejos de su tiempo. Otro caso semejante al primero le acaeció a otro religioso, con este santo viejo, en que mostró tener espíritu de profecía, sabiendo las cosas que naturalmente le eran ocultas.

Siendo provincial el varón de Dios había mandado a su compañero que no cuidase de llevar nada de comer, aunque las jornadas fuesen largas y despobladas, acordándose de aquellas palabras que Cristo señor nuestro dijo a sus discípulos:[3] cuando os envié por el mundo sin zurrón, ni otro refugio humano, ¿por ventura faltoos algo? Lo cual guardó el compañero

[2] Prov. 11.
[3] Luc. 10 et 21.

inviolablemente; lo uno, porque era religioso obediente; y lo otro, por no disgustar al prelado que se lo había mandado. Pero caminando una vez por unos montes ásperos del pueblo de Zacatlan, veinte y seis leguas de Mexico, y tierra muy doblada, hallóse el santo viejo provincial con algún descaecimiento y flaqueza de estómago, y preguntó al compañero, que se llamaba fray Juan de la Mota, si llevaba algo de comer que se lo diese, porque iba desmayado, al cual el dicho compañero respondió que no, porque así se lo había mandado. Pero Dios, ante cuyos ojos están las necesidades de sus siervos (como dice David)[4] y que a los desamparados cuervos de sus padres, cuando están en el nido no los olvida, enviándoles rocío del cielo con que los sustenta, se acordó de su cansado y necesitado siervo, en este lugar tan imposibilitado de remedio y súbitamente apareció delante de ellos un hombre que les dio un pan y un jarro de agua, el cual luego desapareció de sus ojos, sin verle más, ni saber de dónde había venido. Quién fuese este hombre no lo supieron, como digo; pero tengo para mí que sería algún ángel del Señor, por cuya administración suele favorecer a los suyos, que como tenía puesta su confianza en Dios este bendito hombre, sucedióle ser proveído de él (como dice David)[5] porque de los que le siguen y buscan el reino de Dios, aunque se descuiden de sí mismos, no se descuida Dios de ellos; como parece por San Mateo,[6] cuando entrando Cristo en un navichuelo con sus dicípulos, ellos no se acordaron de llevar pan y cuando lo advirtieron (que debió de ser en ocasión de tener hambre) congojáronse del descuido; pero el proveedor de todas las cosas que iba con ellos, dice San Marcos,[7] que viéndolos atribulados les dijo: ¿Qué pensamientos tristes son los vuestros porque os falta pan y os descuidasteis de traerle? ¿Pues no os acordáis, que repartí cinco, entre cinco mil hombres y que hartándolos con ellos sobró mucho? Como quien dice, lo mismo será aquí de ese solo pan que lleváis, si conviniere, porque los milagros y maravillas que he hecho no sólo sirvieron de remediar las necesidades presentes sino también de enseñaros que recordandoos de ellas, en las futuras, tengáis perpetua confianza de mi auxilio y favor. De esta confianza andaba lleno el santo fray Alonso, no como hombre temerario y ganoso de ver hacer a Dios milagros en su favor sino como siervo humilde que creía, cuando se le ofreciese la necesidad y trabajo, le ayudaría. Y así le sucedió en otra ocasión, casi lo mismo, pasando la sierra alta nevada de Tlalmanalco, que está conjunta al volcán que humea, donde Dios le administró el pan como en el desierto el maná a los israelitas.

Un religioso como testigo de vista, dio testimonio que morando él en compañía de este siervo de Dios fray Alonso, puso un día recado el santo viejo en la mesa, y en su misma ración puso una pera podrida, y advirtiendo en ello este testigo, dijo entre sí: ¿Qué pera es esta que pone en su ración este viejo?, como murmurando de él que hacía invenciones y extremos, y

[4] Psal. 24 et 30.
[5] Psal. 54.
[6] Math. 16.
[7] Marc. 8.

cuando querían acabar de comer quiso el viejo comer por postre la pera podrida, que en su ración había puesto, y en aquella sazón entró un niño en el refectorio, que traía una pera muy hermosa, la cual dio al santo viejo y la comió, y dijo a este religioso: Compañero, en mi vida he comido cosa más sabrosa. Y sería así, porque si se ha de atribuir a milagro (según lo parece) viniendo aquella pera por orden de Dios, trairía el sabor y dulzura de sus misericordiosas manos, que a lo amargo endulza, como hizo en tiempo de Eliseo[8] cuando con un poco de harina que echó en la olla el Profeta, le quitó el amargo grande que tenía. Y así quiso Dios que su siervo fray Alonso no comiese la pera podrida, que de fuerza había de ser amarga, estando podrida, porque por ventura la debía de querer comer, por sólo dar amargor a su boca, sintiendo el que Cristo nuestro señor gustó en la cruz, con la mixtura del vino que en ella le administraron; y como Dios penetra los sentimientos del corazón, recibiría este tan cordial de su penitente siervo, y dándolo por ejecutado excusaría su mal sabor y lo trocaría en el dulce y sabroso de su milagrosa pera.

Este mismo religioso dijo que una vez habiendo gran falta de agua, por haber mucho que no llovía, y que por esta causa padecían los panes, un día comenzó a cubrirse de una nube el cielo y puestas las manos el bendito viejo, alzó los ojos en alto y dijo: Ea, Señor, haced como quien sois, enviadnos agua. Hecha esta breve oración, que era de hombre humilde, de la cual dice el *Eclesiástico*, que penetrara las nubes, dentro de poco rato llovió mucho por la bondad divina, con que se remedió la falta que había de agua, y los panes de aquella comarca, recibiendo el beneficio del cielo, prosiguieron en crecer. Dícese también que viniendo de Guatemala este apostólico varón, en cierto pueblo le salió una india con un niño hijo suyo que se le había muerto, y que, presentándoselo con lágrimas la consoló y orando a Dios resucitó el niño y se lo llevó su madre. Todo esto puede Dios y muchas veces lo dispone por medio de semejantes siervos suyos, porque quiere la que hace mercedes, que vayan hechas por ruegos de los que más le sirven, para que se entienda que si los reyes temporales tienen privados y gente de su boca, a cuyos ruegos acude el rey, así el que lo es de los cielos y de la tierra, los tiene, por quienes hace mercedes muy copiosas al mundo.

CAPÍTULO LI. *De la bienaventurada muerte del siervo de Dios fray Alonso de Escalona, y cosas que sucedieron*

EN ESTOS Y OTROS SANTOS EJERCICIOS SE OCUPABA el siervo de Dios fray Alonso de Escalona. Y llegando a la edad de ochenta y ocho años, habiendo servido fielmente los setenta en la orden de mi esclarecido padre San Francisco, y en esta Nueva España cincuenta y dos, trabajando en doctrinar y predicar a indios y españoles, todo este tiempo, lle-

[8] 4. Reg. 4.

cuando querían acabar de comer quiso el viejo comer por postre la pera podrida, que en su ración había puesto, y en aquella sazón entró un niño en el refectorio, que traía una pera muy hermosa, la cual dio al santo viejo y la comió, y dijo a este religioso: Compañero, en mi vida he comido cosa más sabrosa. Y sería así, porque si se ha de atribuir a milagro (según lo parece) viniendo aquella pera por orden de Dios, trairía el sabor y dulzura de sus misericordiosas manos, que a lo amargo endulza, como hizo en tiempo de Eliseo[8] cuando con un poco de harina que echó en la olla el Profeta, le quitó el amargo grande que tenía. Y así quiso Dios que su siervo fray Alonso no comiese la pera podrida, que de fuerza había de ser amarga, estando podrida, porque por ventura la debía de querer comer, por sólo dar amargor a su boca, sintiendo el que Cristo nuestro señor gustó en la cruz, con la mixtura del vino que en ella le administraron; y como Dios penetra los sentimientos del corazón, recibiría este tan cordial de su penitente siervo, y dándolo por ejecutado excusaría su mal sabor y lo trocaría en el dulce y sabroso de su milagrosa pera.

Este mismo religioso dijo que una vez habiendo gran falta de agua, por haber mucho que no llovía, y que por esta causa padecían los panes, un día comenzó a cubrirse de una nube el cielo y puestas las manos el bendito viejo, alzó los ojos en alto y dijo: Ea, Señor, haced como quien sois, enviadnos agua. Hecha esta breve oración, que era de hombre humilde, de la cual dice el *Eclesiástico*, que penetrara las nubes, dentro de poco rato llovió mucho por la bondad divina, con que se remedió la falta que había de agua, y los panes de aquella comarca, recibiendo el beneficio del cielo, prosiguieron en crecer. Dícese también que viniendo de Guatemala este apostólico varón, en cierto pueblo le salió una india con un niño hijo suyo que se le había muerto, y que, presentándoselo con lágrimas la consoló y orando a Dios resucitó el niño y se lo llevó su madre. Todo esto puede Dios y muchas veces lo dispone por medio de semejantes siervos suyos, porque quiere la que hace mercedes, que vayan hechas por ruegos de los que más le sirven, para que se entienda que si los reyes temporales tienen privados y gente de su boca, a cuyos ruegos acude el rey, así el que lo es de los cielos y de la tierra, los tiene, por quienes hace mercedes muy copiosas al mundo.

CAPÍTULO LI. *De la bienaventurada muerte del siervo de Dios fray Alonso de Escalona, y cosas que sucedieron*

EN ESTOS Y OTROS SANTOS EJERCICIOS SE OCUPABA el siervo de Dios fray Alonso de Escalona. Y llegando a la edad de ochenta y ocho años, habiendo servido fielmente los setenta en la orden de mi esclarecido padre San Francisco, y en esta Nueva España cincuenta y dos, trabajando en doctrinar y predicar a indios y españoles, todo este tiempo, lle-

[8] 4. Reg. 4.

gósele el de su muerte el cual, conociéndole por ventura, por particular inspiración o revelación de Dios, se vino al convento de San Francisco de Mexico, por sus propios pies, descalzo y con sólo un hábito vestido. Y entrando por la portería, y preguntándole el portero que, ¿dónde iba? le respondió: Véngome a morir, que ya es tiempo. Entró en la enfermería y acostóse en una cama, sin sábanas (porque aunque se las daban no las quiso y así vestido como estaba estuvo cinco o seis días en ella, sin más enfermedad que su vejez; porque así lo dijo el médico, que entonces curaba a los enfermos en casa. Aquí estuvo como un apóstol, haciendo actos muy particulares para aguardar la voz del Señor, no durmiendo con descuido, como las vírgenes locas de la parábola de Cristo, sino velando con las sabias y prudentes, aparejando la lámpara de su ánima, con el olio de la continua oración. Y así el sábado siguiente, que se contaron diez días del mes de marzo, del año de 1584, a las ocho de la noche dio el ánima a su criador; el cual no aguardó a llamarle a la media noche, como hizo el esposo a esotras vírgenes, sino cuatro horas antes; porque como todo el tiempo de su frailía le había estado aguardando, por pureza y perfección de vida, no tuvo necesidad de aquel breve rato, para mayor preparación. A cuya muerte me hallé presente y aunque por razón de su fortísima complexión, forcejeó mucho el ánima, desamparando el cuerpo quedó tan sereno y hermoso que no parecía muerto, el que antes era vivo. No se heló este santo cuerpo, como los de los otros difuntos a breve rato que son muertos, antes vimos todos en él una blandura y tractabilidad, como pudiera tenerla estando durmiendo. Y puesto en las andas le puso el enfermero en sus manos una palma y todos corrieron a cortar flores a la huerta, y le coronaron con ellas y se las sembraron por cima de su cuerpo. Los religiosos, conociendo su santidad y viendo de presente la maravillosa hermosura y blandura de sus carnes, con mucha devoción le cortaron los cabellos de la corona y las uñas de las manos y pies, y cada uno procuraba tener en su poder alguna cosa que fuese reliquia de este santo.

De esta manera estuvo este santo cuerpo en el capítulo donde se depositó aquella noche hasta otro día que, aunque se acostumbra enterrarse los religiosos a la misa mayor si hay tiempo de poder recibir este beneficio, no se guardó con este apostólico varón por no pervertir la celebración de la misa y sermón del día, que era domingo de Cuaresma. Y me parece que debió de ser ordenación divina dilatarlo para la tarde, a cuyo entierro concurrió la mayor parte de la ciudad, que como decimos, era domingo de Cuaresma y se dejó el sermón por sólo acudir a su solemnísimo entierro. Vinieron religiosos muchos de todas órdenes, sin ser llamados de los hombres, aunque las voces de Dios, que penetran los corazones, entraron por ellos con tanta eficacia que los trajo a honrar este religioso y funesto acto. Sacaron en hombros este santo cuerpo los priores de nuestros gloriosos padres Santo Domingo y San Agustín, de los conventos de la misma ciudad y otros maestros y hombres graves de las mismas órdenes, porque el que no llegaba al lecho o andas donde iba, no se tenía por dichoso. Hecho el oficio, con toda solemnidad, llegamos a echar el cuerpo en la sepultura

(que como entonces no había mucha curiosidad en los religiosos, no se advirtió en enterrarle con particular caja) y se deslizaba de las manos y brazos como si estuviera vivo, estando sus miembros muy tractables y blandos. Y atribuyéndolo todos a muy grande milagro, llegaron los religiosos de las otras órdenes a cortarle del hábito pobre con que lo enterraron; y fue tanta la priesa que hubo y el estorbo que causó la gente, que acudió a recibir de esta santa reliquia, que no fue posible echarlo en la fosa y sepultura, y teniéndolo en el aire, le despojaron el hábito y lo dejaron en cueros. Trajeron otro hábito que le vistieron y no se lo hubieron puesto y tocado a sus santas carnes, cuando volvieron a rompérselo y hacer muy menudos pedazos; a cuyo repartimiento había tanta gente y tantas voces y gritos, que parecía día de juicio; trajeron otro hábito y sucedió lo mismo que con los dos primeros. Y viendo los prelados la indecencia con que se trataba el santo cuerpo, por despojarle de sus ropas y que si muchos hábitos le vistieran todos se los rompieran y quitaran, con la mayor fuerza que se pudo lo apartamos de la gente, y echamos en la sepultura desnudo y lo cubrimos con mucha priesa, por vernos libres del tropel que sobre el sepulcro cargaba. Y de esta manera quedó allí en la tierra desnuda el cuerpo desnudo de este apostólico varón, que viviendo en vida mortal se preciaba de tan pobre que, si no era forzoso para cubrir sus carnes, no usaba de otra ninguna ropa.

No pienso que fue sólo descuido de los religiosos enterrar aqueste santo cuerpo sin caja sino juntamente cuidado de Dios para que se conociese que aquella blandura de miembros que tenía, cuando lo enterraron, no era cosa casual sino prevención de la mano poderosa de Dios; el cual, como no duerme, como dice el salmista, en la guarda de Israel tampoco deja de manifestar las maravillas que obra en sus siervos. Y así sucedió en esta ocasión, que advirtiendo el comisario general, que entonces era el apostólico y venerable varón fray Pedro de Oroz, y el provincial fray Pedro de San Sebastián, la indecencia con que se había enterrado el cuerpo de el santo varón fray Alonso, y que era razón vestirlo y ponerlo en una caja, como a cuerpo que creían ser de santo, según la larga experiencia que tenían de su santidad; mandaron que de secreto el enfermero fray Pedro Manzano, y el sacristán fray Pedro Lázaro y otro religioso, entrasen a las ocho de la noche en la iglesia y cavasen el lugar de la sepultura, y que estando hecho los llamasen, que querían ver el cuerpo y enterrarlo como debían. Hiciéronlo así, pero como el ámbar o algalia, donde quiera que está no puede ser su olor disimulado, así fue que el de la santidad de este santo varón no se pudo ocultar, por más que lo pretendieron y fue muy público en el convento, a lo cual concurrieron los más de él; y aunque cuando lo enterraron habían pisado la tierra y el cuerpo, con pisones, cuando lo desenterraron le hallaron sin lesión alguna y tan tractables sus miembros, como el día que lo enterraron, con ser ya este el tercero que estaba debajo de la tierra. Estaba muy hermoso y sin ningún mal olor: tratáronlo todos como a cuerpo santo y le besaron los pies y manos, con mucha devoción, y por haber mandado los prelados que no le cortasen cosa de su cuerpo, se

abstuvieron algunos de los presentes de hacerlo. Y fue tanto el contento que recibieron, en ver y tratar aquel cuerpo santo, que se estuvieron en este acto hasta la media noche, alabando a nuestro Dios y señor en sus santos. Vistiéronle un hábito y metido en una bien labrada caja lo volvieron a enterrar, donde debe de permanecer entero, si ya no es que el edificio nuevo de la nueva iglesia, con lo que ha sumido y levantado el agua, con la humedad no lo ha corrompido. Aunque ni agua, ni fuego bastan a consumir a los santos, cuando Dios es su amparo y guarda, como se vido en los tres mozos de el horno de Babilonia, y en San Clemente en el mar, y en otros muchos se ha visto. Allí yace esta santa reliquia, hasta el juicio final, si Dios en otro tiempo antes no la descubre o manifiesta; el cual sea alabado por siempre.

CAPÍTULO LII. *Que trata de los benditos y religiosos varones, fray Marcos de Nisa y fray Jacinto de San Francisco*

DIOS, COMO PIADOSO Y CUIDADOSO DE ESTA su viña indiana, la cual había descubierto a nuestros españoles, andaba por todas las partes de la cristiandad haciendo gente para traerla a éstas, en los principios de su conversión. Porque como corrió la fama por todas ellas de el grandísimo gentío, hallado en las nuevas tierras, y que padecían grande necesidad de doctrina, muchos se movían con la inspiración interna de Dios a venir a ellas. Y entre otros grandes siervos de Dios que vinieron, fue uno fray Marcos de Nisa, natural de la misma ciudad de Nisa, en el ducado de Saboya; el cual partió para esta Nueva España el año de 1531, sin reparar en las muchas leguas que por mar y tierra tenía que caminar, a fin de hacer esta jornada. Y habiéndola hecho con mucho trabajo, hasta la Isla de Santo Domingo, no luego se vino a esta Nueva España; porque oyó que la tierra de el Perú era recién conquistada, para donde se partió, con fervor y celo de aprovechar a las gentes idólatras allí descubiertas; pero Dios, que le quería para ministro de éstas, no le quietó el corazón en aquellas, porque las halló con mucha inquietud y muy desacomodadas para sus intentos, y así se vino luego a la Nueva España a esta provincia de el Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes fue recibido con mucho gusto y a pocos años elegido en tercero ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón fray Antonio de Ciudad-Rodrigo; y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso (como decimos en otra parte) y satisfecho en alguna manera de las poblazones que por allí había volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos en compañía de el capitán Francisco Vázquez de Coronado, que fue por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dio la vuelta, no con menos trabajos que a la ida, y resultóle de aquella tan larga jornada

abstuvieron algunos de los presentes de hacerlo. Y fue tanto el contento que recibieron, en ver y tratar aquel cuerpo santo, que se estuvieron en este acto hasta la media noche, alabando a nuestro Dios y señor en sus santos. Vistiéronle un hábito y metido en una bien labrada caja lo volvieron a enterrar, donde debe de permanecer entero, si ya no es que el edificio nuevo de la nueva iglesia, con lo que ha sumido y levantado el agua, con la humedad no lo ha corrompido. Aunque ni agua, ni fuego bastan a consumir a los santos, cuando Dios es su amparo y guarda, como se vido en los tres mozos de el horno de Babilonia, y en San Clemente en el mar, y en otros muchos se ha visto. Allí yace esta santa reliquia, hasta el juicio final, si Dios en otro tiempo antes no la descubre o manifiesta; el cual sea alabado por siempre.

CAPÍTULO LII. *Que trata de los benditos y religiosos varones, fray Marcos de Nisa y fray Jacinto de San Francisco*

DIOS, COMO PIADOSO Y CUIDADOSO DE ESTA su viña indiana, la cual había descubierto a nuestros españoles, andaba por todas las partes de la cristiandad haciendo gente para traerla a éstas, en los principios de su conversión. Porque como corrió la fama por todas ellas de el grandísimo gentío, hallado en las nuevas tierras, y que padecían grande necesidad de doctrina, muchos se movían con la inspiración interna de Dios a venir a ellas. Y entre otros grandes siervos de Dios que vinieron, fue uno fray Marcos de Nisa, natural de la misma ciudad de Nisa, en el ducado de Saboya; el cual partió para esta Nueva España el año de 1531, sin reparar en las muchas leguas que por mar y tierra tenía que caminar, a fin de hacer esta jornada. Y habiéndola hecho con mucho trabajo, hasta la Isla de Santo Domingo, no luego se vino a esta Nueva España; porque oyó que la tierra de el Perú era recién conquistada, para donde se partió, con fervor y celo de aprovechar a las gentes idólatras allí descubiertas; pero Dios, que le quería para ministro de éstas, no le quietó el corazón en aquellas, porque las halló con mucha inquietud y muy desacomodadas para sus intentos, y así se vino luego a la Nueva España a esta provincia de el Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes fue recibido con mucho gusto y a pocos años elegido en tercero ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón fray Antonio de Ciudad-Rodrigo; y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso (como decimos en otra parte) y satisfecho en alguna manera de las poblazones que por allí había volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos en compañía de el capitán Francisco Vázquez de Coronado, que fue por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dio la vuelta, no con menos trabajos que a la ida, y resultóle de aquella tan larga jornada

una grave enfermedad, de que quedó tullido hasta la muerte. Era fray Marcos varón muy religioso, docto y celoso de la conversión y salvación de las almas; por la cual se sacrificaba a Dios en todos los riesgos y peligros que se le ofrecían, atendiendo más (siendo provincial) a dar pasto de doctrina a sus ovejas que a tomar refección para el descanso de su cuerpo, diciendo que su manjar verdadero era hacer la voluntad de el padre celestial que está en los cielos. Murió santamente en el convento de Mexico, donde está enterrado.

Fray Jacinto de San Francisco (que corrompido el vocablo, lo llamó el vulgo fray Cintos) fue conquistador de esta Nueva España en compañía de el marqués de el Valle don Fernando Cortés, al cual le cupieron en repartimiento los pueblos de Hueytlalpan y Tlatlauhquitepec, cuando por orden de el emperador se repartieron; donde andando trabajando por hacerse rico, a costa de el sudor y sangre de los indios que tenía en encomienda, al tiempo que más engolfado estaba en la codicia de las cosas temporales (que es la que más inquieta a los hombres y los desasosiega) le volvió Dios el corazón y lo redujo a su rebaño, escogiéndolo para sí y haciéndole renunciar todas las cosas, de todo punto, con aceleración y presteza, por la manera siguiente. Enviando una vez de Hueytlalpan unos indios criados suyos a otro pueblo, dos leguas de allí, a cosas que le importaban, supo cómo otros indios infieles los habían cautivado y los querían sacrificar a sus ídolos. Causóle cuidado esta nueva y apercibiéndose de guerra tomó luego camino para allá, con la gente que pudo de sus tributarios, y procuró librar a los que estaban en tanto riesgo y peligro de sus vidas. Mas como las cosas no están al albedrío de el hombre, ni a su voluntad, por ser Dios el supremo disponedor de todas, por permisión divina suya, sucedió muy al revés de lo que pensaba; porque los indios infieles prevalecieron contra él en tanta manera que haciéndole volver las espaldas lo siguieron muy gran trecho con deseo de matarlo; y bajando por una cuesta abajo, le dieron tantas pedradas y golpes que se tuvo por milagro haber entonces escapado con la vida. De otros peligros semejantes contaba el haberle librado Dios, por su infinita misericordia, como a quien tenía escogido para servirse de él en la religión. Y así en aquella presura, con ir turbado y medio muerto, tuvo ventura en desembarazarse y escaparse de sus enemigos, caminando por un arroyo arriba fuera de camino.

Cuando se vio solo y que ninguno le seguía, apeóse de el caballo y echóse a descansar en el campo sobre la tierra, donde fue arrebatado en espíritu, ante el tribunal de Dios, y duramente reprehendido porque tenía esclavos que pasaban de quinientos; y fuele dicho que si quería salvarse dejase los pueblos que tenía en encomienda y los esclavos, con todo lo demás que traía su corazón cautivo. Y en volviendo en sí y despertando, puso luego por obra, sin detenimiento alguno, lo que le fue mandado, obedeciendo el consejo de el Profeta que dice: Si oyéredes hoy la voz de el Señor, no queráis endurecer vuestros corazones, ni tardes de convertirte a tu Dios (como dice el mismo por el *Eclesiástico)*[1] ni difieras tu conversión, dilatándola de día en día, por-

[1] Eccles. 17.

que súbitamente y sin pensar viene su ira, y en el tiempo de su venganza te destruirá y desmenuzará, y te convertirá en nada. Con este temor, que de la visión cobró, se fue derecho a su casa, herido de la saeta de la voz divina y dio libertad a todos sus esclavos, y dispuso de todo cuanto había en ella, no para morir en la vida corporal, como le amonestó el profeta Isaías al rey Ecechías, sino para darle de mano en el desprecio de todas las cosas y seguir a Cristo, pobre y humilde en el estado de la religión. Y despojado el siervo de Dios, Jacinto, de todos los bienes de la tierra, tomó el hábito de religión en San Francisco de Mexico, y no para el coro, aunque sabía bien leer y escribir, más para lego. Y después de profeso, sirvió en aquel convento de portero muchos años, con grandísimo ejemplo y edificación de toda aquella ciudad que le tenía en mucha estima y veneración; tuvo deseo de que los indios, que eran de los pueblos que habían estado en su encomienda, quedaran libres de todo tributo y lo procuró con todas sus fuerzas, después de fraile, mas no los pudo libertar para siempre, por ser hacienda que de los encomenderos vuelve a la corona real de Castilla; pero con todo fue medio para que fuesen reservados de tributo por algunos años. Y procuró que se les diesen ministros religiosos, y fueron de ellos doctrinados con mucho cuidado, aunque andando el tiempo se hubieron de dejar aquellos conventos a clérigos, por falta muy grande que hubo en aquellos tiempos de religiosos.

Desde el principio de su conversión, hasta lo último de su vida, resplandeció en él todo género de virtud y santidad. Andaba de continuo como extativo y arrobado en Dios, por donde muchas veces hacía falta en los cumplimientos exteriores que eran a su cargo. Y puesto de propósito en la oración, era tanta la vehemencia con que su espíritu se allegaba a Dios, que las más veces quedaba elevado y absorto, fuera de sí, como hombre sin sentido, y a las veces rompía este fervor, en voces que daba, sin saber lo que se hacía, como hombre ajeno de los sentidos. Tuvo ferviente celo de la salvación de las almas, con el cual a todos amonestaba la guarda de la ley de Dios. Y cuando veía mancebos solteros españoles, considerando el peligro de aquella edad, compadecíase de ellos y deseaba (si fuera posible) que todos entraran en religión; y a los que podía se lo persuadía, como aquel que sabía de la una vida y de la otra, deseando con espíritu de Dios, que todos se libraran de los peligros de el mundo, en que él se había visto. También procuraba por los indios todo lo posible, solicitando que se les diesen ministros para que de ordinario tuviesen doctrina. Y creciendo en él cada día más el fervor de la caridad, pareciéndole al cabo de su vejez que se le había pasado la vida sin aprovechar al prójimo, pidió licencia a sus prelados para ir a ayudar a convertir los indios chichimecas que había en las fronteras de los Zacatecas. La cual alcanzó de sus prelados, y concedida, fue a esta jornada en compañía de fray Pedro de Espinareda, gran religioso y siervo de Dios, de la provincia de Santiago, y de otros dos sacerdotes, el año de 1560; y en poco tiempo pacificaron aquella tierra, por más de cincuenta leguas y hicieron poblaciones de aquella gente alarbe, que ahora están en policía y cristiandad. Ayudó mucho el siervo de Dios fray

Jacinto, y con mucha fidelidad en esta conquista de ánimas, por espacio de cinco o seis años.

Cuando llegaron de nuevo adonde después edificaron la villa, que ahora está poblada, llamada de el Nombre de Dios, era una tarde y día de ayuno, y llegaron fatigados de hambre porque aquel día no habían comido bocado; y como iban a pie y cansados, echáronse a descansar en el suelo, arrimados los unos a los otros, por causa de el frío, que lo hace muy grande en aquella tierra. Y un indio, que iba con ellos, movido por ventura de la moción de Dios, se allegó a un arroyo que pasa junto a la villa y halló en la ribera de él doce peces grandes, muy hermosos, que en esta tierra se llaman bagres, y son como los barbos de España; y muy alegre de verlos cargó de ellos y llevóselos a aquellos santos religiosos, a los cuales, con ellos, la Divina Providencia quiso proveer en aquella necesidad, como en otro tiempo a los que le seguían por el desierto, hartó con cinco panes y dos peces, multiplicándolos en tanta cantidad que sobró abundantemente. Y así, como don, enviado de tan larga mano, lo recibieron estos religiosos con mucha consolación de su espíritu, dándole por él muchas gracias; y aunque por entonces no entendieron el grande misterio, después conocieron más claramente haber sido aquella provisión milagrosa; la cual quiso nuestro Señor hacer por los méritos de su siervo fray Jacinto; porque desde entonces acá, nunca en aquel arroyo se ha hallado tal pescado.

Quince días antes de su fallecimiento, estando bueno y sano, no cesaba de cantar (como otro cisne que ya siente su muerte) con los indios mozuelos, nuevos cristianos; y provocaba a su mismo guardián a que cantase con él lo mismo, y decíale que le comunicaba Dios cosas nuevas que nunca, hasta entonces, se las había comunicado. Al cabo de estos días, saliendo al patio, fuera de la casilla donde moraban, le mordió un alacrán bien pequeño, en cuya picadura conoció su muerte. Y visto por el santo varón que su muerte se le acercaba, confesóse generalmente con el dicho guardián. El cual afirmó después (para gloria de nuestro Señor) no haber hallado en este su siervo que pecase mortalmente, después que entró en la religión; caso de que debe ser Dios muy alabado, pues con tanta eficacia guardó el corazón de este su siervo, por todo el tiempo que fue fraile. Recibió todos los santos sacramentos con mucho espíritu y devoción; y encomendando al Señor la fe y cristiandad de los indios, pasó de esta vida a la eterna, año de 1566. Enterraron su cuerpo debajo de el dormitorio, que entonces servía de iglesia y trasladándolo, al cabo de un año, a la iglesia nueva que se acababa de hacer, lo hallaron todo entero, tan sólo el hábito gastado, y algunos afirmaron que olía muy suavemente; y no hay que maravillar de que así estuviese el cuerpo de este santo lego, que aunque es verdad que no sirvió en esta conversión, diciendo misa, ni confesando, como los sacerdotes, sirvió al menos en otros ministerios necesarios y concernientes a ella; por lo cual mereció con ellos parte de este dichoso premio; como sucedió en el ejército de David,[2] que tanta parte llevaron en los despojos los que

[2] 1. Reg. 30.

habían quedado a guardar el bagaje, como los que se hallaron en la guerra peleando. Y si la santidad de muchos la ha manifestado Dios en conservando, sin corrupción, sus cuerpos, como (fuera de otros muchos de el mundo) se ha verificado en algunos de estos reinos indianos, que en ellos se han ocupado en la predicación evangélica, también la quiso dar a entender de este su siervo, por este modo de conservación y suavidad de olor que de sí echaba, queriendo Dios que por éste se coligiese el de su religiosa y santa vida. Está enterrado en la villa de el Nombre de Dios, en medio de la capilla, con sepultura señalada. Es muy grande la memoria que de este santo religioso tienen los españoles de Mexico que le alcanzaron a conocer.

CAPÍTULO LIII. *Que trata de el venerable, y religioso padre fray Jacobo Daciano*

FRAY JACOBO DACIANO FUE NATURAL de el reino de Dacia, y fue de la casa y sangre real de aquel reino; el cual, tocado de la mano poderosa de Dios, en la cual, como dice el Sabio,[1] está el corazón de el rey, dejó el mundo y tomó el hábito de la orden de nuestro padre San Francisco en la misma provincia de Dacia, donde ayudado de su divina gracia fue creciendo en virtud y letras, deseando ser pobre en la casa de el Señor, antes que rico en la de los reyes, no queriendo confiar en el favor de los príncipes (como amonesta David)[2] en el cual no hay salud porque, como advierte de ellos Teodoreto, algunos tienen limitado el gobierno, y al mejor tiempo se les acaba, y aun no les queda ayuda para sí mismos, o ya que lo tengan perpetuo son mortales y semejantes a vanidad (como en otra parte dice el mismo salmista)[3] y todo acaba con larga o corta vida que Dios es servido de darles. Por esto se preció este verdadero seguidor de Cristo nuestro redemptor, de unirse más a su divina gracia que al favor de la sangre real de donde procedía. Fue uno de los más insignes teólogos que había en todo el reino, el cual supo las lenguas, hebrea y griega, en aventajadísimo grado. Llegó en su provincia a ser provincial, por las muchas partes que en él concurrían de nobleza, letras y religión. Fue grande perseguidor de herejes luteranos (que los había en aquel reino, en aquella sazón, que aclamaban libertad de conciencia) con los cuales disputó muchas veces y muchos años. En este medio tiempo sucedió que un obispo, tocado de esta diabólica lepra procuró, en diversas ocasiones, de atraerlo al error de su desventurada ceguera, por ventura, pareciéndole que siendo tocado de ella y provincial podría fácilmente inficionar a otros muchos de sus frailes para que aquella mala secta, como mancha, cundiese. Pero el varón de

[1] Sap. 21.
[2] Psal. 145.
[3] Psal. 102 et 143.

habían quedado a guardar el bagaje, como los que se hallaron en la guerra peleando. Y si la santidad de muchos la ha manifestado Dios en conservando, sin corrupción, sus cuerpos, como (fuera de otros muchos de el mundo) se ha verificado en algunos de estos reinos indianos, que en ellos se han ocupado en la predicación evangélica, también la quiso dar a entender de este su siervo, por este modo de conservación y suavidad de olor que de sí echaba, queriendo Dios que por éste se coligiese el de su religiosa y santa vida. Está enterrado en la villa de el Nombre de Dios, en medio de la capilla, con sepultura señalada. Es muy grande la memoria que de este santo religioso tienen los españoles de Mexico que le alcanzaron a conocer.

CAPÍTULO LIII. *Que trata de el venerable, y religioso padre fray Jacobo Daciano*

FRAY JACOBO DACIANO FUE NATURAL de el reino de Dacia, y fue de la casa y sangre real de aquel reino; el cual, tocado de la mano poderosa de Dios, en la cual, como dice el Sabio,[1] está el corazón de el rey, dejó el mundo y tomó el hábito de la orden de nuestro padre San Francisco en la misma provincia de Dacia, donde ayudado de su divina gracia fue creciendo en virtud y letras, deseando ser pobre en la casa de el Señor, antes que rico en la de los reyes, no queriendo confiar en el favor de los príncipes (como amonesta David)[2] en el cual no hay salud porque, como advierte de ellos Teodoreto, algunos tienen limitado el gobierno, y al mejor tiempo se les acaba, y aun no les queda ayuda para sí mismos, o ya que lo tengan perpetuo son mortales y semejantes a vanidad (como en otra parte dice el mismo salmista)[3] y todo acaba con larga o corta vida que Dios es servido de darles. Por esto se preció este verdadero seguidor de Cristo nuestro redemptor, de unirse más a su divina gracia que al favor de la sangre real de donde procedía. Fue uno de los más insignes teólogos que había en todo el reino, el cual supo las lenguas, hebrea y griega, en aventajadísimo grado. Llegó en su provincia a ser provincial, por las muchas partes que en él concurrían de nobleza, letras y religión. Fue grande perseguidor de herejes luteranos (que los había en aquel reino, en aquella sazón, que aclamaban libertad de conciencia) con los cuales disputó muchas veces y muchos años. En este medio tiempo sucedió que un obispo, tocado de esta diabólica lepra procuró, en diversas ocasiones, de atraerlo al error de su desventurada ceguera, por ventura, pareciéndole que siendo tocado de ella y provincial podría fácilmente inficionar a otros muchos de sus frailes para que aquella mala secta, como mancha, cundiese. Pero el varón de

[1] Sap. 21.
[2] Psal. 145.
[3] Psal. 102 et 143.

Dios, que seguía la ley verdadera de Jesucristo, mostrándose siervo leal suyo, no sólo no consintió con esta porfiosa persuasión que le hacia este mal enseñado prelado, pero condenábasela por muy mala. Y viendo el desventurado hereje que no valían razones para con el siervo de Dios, a quien el mismo Dios se las daba muy eficaces para contradecirle, como en otro tiempo a sus verdaderos seguidores y defensores de su ley, diciéndoles:[4] No sois vosotros los que habláis sino el espíritu del Padre, que habla por vuestra boca, quiso poner en la violencia de las manos la fuerza que sus palabras no tenían. Y estando cierto día tratando lo mismo con él y viéndolo tan constante, ya desconfiado de poderlo convencer, dijo en lengua latina (que el santo no entendía) a uno de sus criados que lo matase en saliendo. Pero el compañero que llevaba, que era un fraile lego, lo entendió y despedidos del obispo le dijo: Padre, ¿dónde vais, que os han de matar? Pero como el santo fraile confiaba en Dios, en cuyas manos tenía puesta toda su defensa, y sabía que había sacado libre del lago de los leones al profeta Daniel,[5] el cual había sido puesto en él por calumnia de sus envidiosos enemigos, no temiendo el mandato del tirano hereje, respondió sin turbación al compañero: No es llegada la hora de mi muerte, que más trabajos tengo de padecer; que parece el mismo lenguaje de San Pablo, cuando le mandó el Espíritu Santo volver a Jerusalén, que dijo faltarle muchos trabajos por pasar, los cuales le estaban aparejados en Jerusalén.[6] Y debió de decir esto este nuevo Elías, celoso de la honra de Dios, con algún particular espíritu, e impulso suyo, pues sucedió como lo dijo; porque aunque estaban avisados estos ministros de maldad, para matarlo, sin recibir mal, ni daño, se falló a vista de todos (que fue caso de espanto) y se fue a su casa. Gran mal descubre este caso, pues en él vemos lo que la malicia puede cuando no es refrenada de la mano poderosa de Dios, pues por no querer este varón de Dios heretizar, lo mandaba matar este mal prelado; así como también a Daniel,[7] por no haber querido hincar la rodilla a la imagen falsa de aquel fingido dios, que en ella quiso representarse Nabucodonosor. Pero así como en aquel lago cosió Dios las bocas de los leones, para que a su siervo no le tocasen, así en esta ese mismo Dios ató las manos a estos leones infernales para que no ofendiesen a su fraile que tanto cuidaba de su honra, por la cual no adoraba la maldad representada en la imagen de la herejía.

Conociendo, pues, este varón de Dios el riesgo en que estaba metido entre tantos enemigos de la verdadera fe y ley de Dios, que como otros ciegos fariseos la interpretaban mal y seguían caminos errados y de perdición, no temiendo morir en defensa de la verdad de las Sagradas Escrituras y Evangelio Santo de Dios sino temiendo los lazos y astucias del demonio, con las cuales pudiera darle algún traspié y derribarle de la alteza de la verdadera fe, que profesaba; huyó de enmedio de Babilonia (como amones-

[4] Math. 10. 20.
[5] Dan. 6.
[6] Ac. Apost. 20.
[7] Dan. 3.

tó a otros el profeta Jeremías)[8] para salvar su ánima, llamado de las inspiraciones de Dios, como en otro tiempo Abraham,[9] con expresas palabras, diciéndole el mismo Señor, que sacó a este santo patriarca de entre idólatras, que saliese de la compañía de aquellos herejes a otras tierras, donde le haría padre espiritual de muchas gentes, como lo fue en estas Indias, en tantos como convirtió y doctrinó en ellas. Y con este oculto llamamiento de Dios, dejando su patria y provincia, donde actualmente era provincial, se salió del reino y se vino a tierra de católicos, pasando en esta peregrinación y caminos, muchos trabajos, hasta que llegó a España, la cual jornada hizo a pie, y pidiendo de puerta en puerta, como verdadero pobre de Jesucristo y hijo de su humilde y pobre Francisco. Pero como la pobreza evangélica representada en Cristo y en sus ministros, pareció siempre a los necios hombres del mundo, necedad y bajeza (como dice San Pablo) por esto la gente baja y común, burlaba de este siervo de Dios, viéndola tan al vivo representada en él. Y como los necios, de quien dice el Espíritu Santo[10] que en algún día dirán: Nosotros, locos y desatinados, teníamos la vida de los justos por locura y disparate, y como a disparatados y locos los tratábamos, riéndonos de ellos. Así sucedió en muchas partes con este varón apostólico, que lo ultrajaban y menospreciaban, y los muchachos lo escarnecían, como a otro Eliseo[11] y le tiraban con lodo. En lo cual, y en otros muchos trabajos que padeció, mostró siempre el rostro alegre, tolerándolos con grandísima paciencia, acordándose que Jesucristo señor nuestro, siendo Dios, fue burlado, escarnecido y escupido, con mucho más baldón y menosprecio.

Después que estuvo en España y supo la necesidad que había de ministros en estas Indias, fuese al emperador Carlos V, de inmortal memoria, pidióle con instancia favor para pasar a ellas. Y entendida por su majestad, su santidad, letras y nobleza, y con esto su muy ardiente deseo de entender en la conversión de los nuevamente convertidos, le dio cédulas reales, muy favorables en su recomendación para el virrey y Real Audiencia de esta Nueva España, y pasó a esta provincia del Santo Evangelio, que entonces era la madre de todas las casas que había fundadas en estos reinos. Aquí se ocupó algunos años el verdadero siervo de Dios en la administración de los naturales de ella, dilatando la santa fe católica en todo cuanto podía, y enseñando a los indios la ley de Dios, con los mayores afectos de caridad que podía, porque en esto fue muy vigilante y cuidadoso. Pero deseando aun servir y trabajar más en la viña del Señor, se pasó a la de los apóstoles San Pedro y San Pablo, en Mechoacan y Xalisco, que entonces era custodia, y en ella, en la parte de Mechoacan, donde era innumerable la mies y pocos los obreros, aprendió la lengua tarasca, la cual supo en breve tiempo muy bien, y la ejercitó con sus naturales mucho tiempo, haciendo grandísimo fruto en su conversión, ganando tierra al demonio y desterrando

[8] Ier. 15.
[9] Genes. 12.
[10] Sap. 5.
[11] 4. Reg. 2.

cada día más la idolatría. Predicábales muy a menudo, y con grande espíritu, viéndose claramente en su buena vida verificada su doctrina, porque manifestaba con obras lo que enseñaba con palabras. Fue el primero que les administró el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, de donde se tomó principio para administrárseles de allí adelante.

Era este siervo de Dios tan benigno y afable, que robaba los corazones de todos los que le comunicaban, como se dice del seráfico doctor San Buenaventura. Y era tan padre de los indios que le venían de pueblos muy apartados y lejos, a ver y comunicarle sus trabajos; él los consolaba y animaba con eficacísimas palabras, en lo cual tenía gracia admirable. Y aunque fue muy ilustre y famoso por letras y nobleza, mucho más, sin comparación, lo fue por haber alcanzado la verdadera ciencia de la profundísima humildad y conocimiento de sí mismo, como aquel que sabía que a los humildes da Dios gracia, y que resiste a los soberbios, como dice Santiago en su *Canónica*,[12] por encubrir todo cuanto podía sus buenas obras de los ojos de los hombres, haciéndolas manifiestas a solo Dios, que las veía desde sus altos y soberanos cielos, y sabe pagarlas (como dice Cristo) con ventajas de muy colmada gloria. Y como la oración y contemplación es el fuego con que se atizan todas las demás virtudes, para estar siempre inflamadas en la perfecta caridad de Dios y del prójimo, por esto no cesaba este apostólico varón de administrarles este necesario instrumento, siendo casi continuo en ella, así de día como de noche, hurtando de este soberano y celestial ejercicio sólo el tiempo necesario de otras necesidades forzosas en la cual era tan devoto que parece que traía derretido el corazón en ella. Era sumamente pobre y muy abstinente y muy prompto a todas las cosas de obediencia. Era limpísimo en la honestidad de su persona. Nunca bebió vino, ni anduvo a caballo en todo el tiempo que fue religioso. Era tanta la opinión que con los indios tenía de santo, que con mucha fe y devoción le traían los niños enfermos, para que los bendijese; y valía tanto con Dios que con sola su bendición sanaban. Bendecía pan, que daba a los enfermos, y muchos de ellos sanaban de grandes y rigurosas enfermedades. Y como la verdadera caridad no busca su propio regalo, tratábase muy sin él y todo lo convertía en el provecho del prójimo; y así era, que no negaba el sacramento de la penitencia a muchos españoles que venían de muchas partes a confesarse con él, por la mucha fama de su santidad y letras, a los cuales oía con grande paciencia y los amonestaba con grande fervor de espíritu y celo de la salvación de sus almas. Parece haber tenido espíritu de profecía, o a lo menos tanta cabida con Dios que se lo reveló, porque siendo guardián del convento de Cinzontzan mandó una mañana, después de haber rezado prima, poner la tumba, y celebrar una misa de *Requiem* por el emperador Carlos V, de gloriosa memoria, diciendo que era ya muerto, la cual nueva no se supo en esta tierra, hasta algunos meses después que vino la flota que la trajo, y entonces se le hicieron las honras generales en todo el reino. Pero en esta ocasión quiso Dios (a lo que creo) que este

[12] Epist. Iac. 1.

bendito religioso le pagase luego a los principios de su fallecimiento con esta buena obra y otras ocultas que haría, la que recibió del cristianísimo príncipe, dándole licencia y favor para pasar a estas partes, donde tanto deseaba. Llegó a su última vejez, y en ella le ocurrió una grave enfermedad, y queriendo los compañeros hacerle algunos remedios no lo consintió, diciendo que eran excusados porque había de morir de aquella enfermedad; y así fue que a pocos días dio su espíritu y ánima a Dios, bienaventuradamente, en el convento de Santa María de Jesús, del pueblo de Tarecuato, siendo guardián de él. Verificóse en su muerte el fervor de fe, con que siempre sirvió a nuestro Señor y defendió la verdad de su santa ley contra los herejes, confesándola como muy católico cristiano. Fue tenido y estimado de todos los que le conocieron por muy santo y cuando le nombraban decían el santo fray Jacobo. Está enterrado en el mismo convento de Tarecuato.

CAPÍTULO LIV. *De los padres fray Pedro de las Garrovillas y fray Juan de San Miguel*

FRAY PEDRO DE LAS GARROVILLAS DEBIÓ DE SER natural del mismo pueblo de su nombre, porque en aquellos tiempos que él tomó el hábito usaban mucho esto los religiosos santos que lo daban, por excusar sobrenombres y apellidos profanos que manifiestan nobleza. Fue profeso en la provincia de San Miguel; el cual, encendido en un santo celo de la honra de Dios y dilatación de su ley, vino a estas Indias y pasó a la provincia de Mechoacan, donde para efectuar sus buenos deseos aprendió la lengua tarasca, en la cual enseñó a los naturales de aquel reino las cosas necesarias para su cristiandad y salvación, obrando en su persona lo que predicaba con muy grande y esclarecido ejemplo, que es el que nos representa San Lucas en los *Actos de los apóstoles*,[1] de Cristo nuestro señor, diciendo que primero obró que enseñó; siendo así que obraba perfectísimamente lo que enseñaba al pueblo. Fue observantísimo religioso y no perdonó ningún trabajo por extender y ampliar esta viña del Señor. Y en esto no atendiendo a las palabras del perezoso, según las refiere el Sabio[2] que dice: Fuera anda el león, y temo que enmedio de las plazas me ha de quitar la vida. Porque aunque es verdad que en aquellos tiempos andaba suelto el que dice San Pedro[3] y bramando por todas partes, con rabia de ver su infernal reino destruido, con todo eso no le temió este santo religioso, el cual, olvidado de su fiereza se metió entre muchos bárbaros gentiles (que los había cuando pasó a estas partes) y los convirtió a la santa fe de Jesucristo, en especial en la tierra de los motines y Zacatula, a la costa del

[1] Ac. Apost. 1.
[2] Prov. 22.
[3] 1. Petri. 5.

bendito religioso le pagase luego a los principios de su fallecimiento con esta buena obra y otras ocultas que haría, la que recibió del cristianísimo príncipe, dándole licencia y favor para pasar a estas partes, donde tanto deseaba. Llegó a su última vejez, y en ella le ocurrió una grave enfermedad, y queriendo los compañeros hacerle algunos remedios no lo consintió, diciendo que eran excusados porque había de morir de aquella enfermedad; y así fue que a pocos días dio su espíritu y ánima a Dios, bienaventuradamente, en el convento de Santa María de Jesús, del pueblo de Tarecuato, siendo guardián de él. Verificóse en su muerte el fervor de fe, con que siempre sirvió a nuestro Señor y defendió la verdad de su santa ley contra los herejes, confesándola como muy católico cristiano. Fue tenido y estimado de todos los que le conocieron por muy santo y cuando le nombraban decían el santo fray Jacobo. Está enterrado en el mismo convento de Tarecuato.

CAPÍTULO LIV. *De los padres fray Pedro de las Garrovillas y fray Juan de San Miguel*

FRAY PEDRO DE LAS GARROVILLAS DEBIÓ DE SER natural del mismo pueblo de su nombre, porque en aquellos tiempos que él tomó el hábito usaban mucho esto los religiosos santos que lo daban, por excusar sobrenombres y apellidos profanos que manifiestan nobleza. Fue profeso en la provincia de San Miguel; el cual, encendido en un santo celo de la honra de Dios y dilatación de su ley, vino a estas Indias y pasó a la provincia de Mechoacan, donde para efectuar sus buenos deseos aprendió la lengua tarasca, en la cual enseñó a los naturales de aquel reino las cosas necesarias para su cristiandad y salvación, obrando en su persona lo que predicaba con muy grande y esclarecido ejemplo, que es el que nos representa San Lucas en los *Actos de los apóstoles*,[1] de Cristo nuestro señor, diciendo que primero obró que enseñó; siendo así que obraba perfectísimamente lo que enseñaba al pueblo. Fue observantísimo religioso y no perdonó ningún trabajo por extender y ampliar esta viña del Señor. Y en esto no atendiendo a las palabras del perezoso, según las refiere el Sabio[2] que dice: Fuera anda el león, y temo que enmedio de las plazas me ha de quitar la vida. Porque aunque es verdad que en aquellos tiempos andaba suelto el que dice San Pedro[3] y bramando por todas partes, con rabia de ver su infernal reino destruido, con todo eso no le temió este santo religioso, el cual, olvidado de su fiereza se metió entre muchos bárbaros gentiles (que los había cuando pasó a estas partes) y los convirtió a la santa fe de Jesucristo, en especial en la tierra de los motines y Zacatula, a la costa del

[1] Ac. Apost. 1.
[2] Prov. 22.
[3] 1. Petri. 5.

mar del sur, tierra en extremo áspera y muy caliente, donde usaban horrendos y abominables sacrificios; a la cual iba el apostólico varón a pie, y sin regalo ninguno, discurriendo de pueblo en pueblo, corriendo todas aquellas serranías, que son de mucha y espantable aspereza. Y como la obra era de Dios mostró el mismo Señor la largueza de su divina mano para con él en el mucho fruto que hizo, porque desarraigó, casi de todo punto, la idolatría, que tantos años había que el demonio, sembrador de maldad, la tenía sembrada en los corazones de aquellos idólatras, no reparando en la ira y saña de los ministros de los ídolos, que muchas veces quisieron matarle, sabiendo este apostólico varón que el que menosprecia su vida y la ofrece a la muerte en este mundo, por la honra de Dios, ese mismo Dios la enriquecerá de gloria en la bienaventuranza;[4] y que dice San Pablo[5] que el morir en esta demanda es ganancia. Por esto, no cuidando de su vida, ni temiendo la muerte, se abalanzaba a todo lo que veía convenir para desarraigar la idolatría y plantar la santa fe católica, aconteciéndole vez quemar, en sólo un día, mil ídolos juntos, haciéndola causa de Dios, que dice por Isaías:[6] ¿Qué imágenes son éstas, a quien me habéis comparado? Y en el libro de la *Sabiduría*,[7] el incomutable nombre de Dios vivo y verdadero lo atribuyeron a los maderos y piedras. Y no sólo el esforzado soldado de Cristo hacía estos heroicos y cristianos hechos, por sus solas manos, sino que vencía, con eficacia del cielo, los corazones de los infieles, para que con las suyas hiciesen este bardón al demonio diciéndoles, por ventura, cuando se estaban quemando: levantad los ojos al cielo y veréis quién hace esto, que es lo que dice luego el mismo Profeta,[8] porque si éstas fueran imágenes de Dios verdadero, no consintiera quemarlas; pero son del demonio, que os trae engañados y por eso arden tan apriesa.

En estas cosas del acrecentamiento de la santa fe de Jesucristo señor nuestro se ocupaba, en tierras de Zacatula, este varón de Dios, por algún tiempo; pero como los ministros eran pocos en aquellos principios y no dejaba compañero en el monasterio de Cinzontzan, donde tenía su asistencia, volvíase a él a doctrinar a los nuevos convertidos, que por aquella laguna había dejado, porque no le sucediese que por ir adelante a evangelizar a otros, dejase otras gentes dudosas y flacas en la fe que habían recibido. Y en esta jornada dispendía algunos días, por ser más de cien leguas de camino, del un extremo al otro, andaba todo esto a pie, sin subir a caballo. Y este santo varón pienso que es el que puso una cruz de piedra en aquella costa, en un cabezo de sierra muy alto y fragoso (como digo en otra parte) por ser él el que anduvo toda aquella tierra, si ya no es que alguno otro que entró por esta parte de Mexico la puso en aquel lugar. Pero séase de este bendito religioso o de otro el hecho, él fue de mucho ánimo y atrevimiento, porque según ésta no parece ser posible poder llegar allí manos humanas, porque son menester alas para volar a él. Era este

[4] Math. 9.
[5] Ad. Phil. 1.
[6] Isai. 40.
[7] San. 4.
[8] Isai. 40.

varón de Dios muy pobre, nunca usó más ropa que la ordinaria que se le concedía por su regla, muy obediente y continuo en la oración, y sobre manera considerado y escaso en sus palabras; porque sabía que los coloquios y pláticas demasiadas (como dice San Pablo)[9] destruyen las buenas y santas costumbres, y reprehendía a los que hablaban palabras ociosas e infructuosas de las cuales (como dice San Mateo)[10] se ha de dar cuenta a Dios el día del juicio. Era de condición benigno y muy apacible, en cuya serenidad mostraba la interior de su alma. Tenía gracia muy especial en persuadir paz, teniendo muy en la memoria la que Cristo señor nuestro dejó tan encomendada a los que nos preciamos de cristianos, y la trataba con santas y eficaces persuasiones y amonestaciones; lo cual se verificó y experimentó muchas veces en negocios arduos y graves. Créese que perseveró por todo el tiempo de su vida en la virtud heroica de la virginidad; y así parece haber tenido el fin que su inculpable vida merecía. Tomóle la muerte en la santa obra de la predicación evangélica, que nunca la dejó hasta el fin de su vida, pasando su edad de más de setenta años. Está enterrado su venerable cuerpo en el convento del mismo pueblo de Cinzotzan.

Fray Juan de San Miguel fue religioso de mucho nombre en la provincia de Mechoacan, en aquellos primeros tiempos; el cual, viendo que para aprovechar las almas de los naturales de aquel reino era necesario saberles hablar en lenguaje, que unos a otros se entendiesen, aprendió su lengua muy bien, en la cual les predicó muchos años, con gran fruto y aprovechamiento de los indios. Y para mejor efectuar el celo grande que tenía de su conversión, bajó muchas gentes que vivían en lugares ásperos y montuosos, a tierras más llanas, fértiles y frescas, donde fundó pueblos muy ordenados, haciendo a sus moradores dignos del nombre de hombres, porque carecían de él, en las montañas donde vivían, por estar muy derramados y apartados unos de otros; en lo cual padeció muchos trabajos. Y lo que más se debe encarecer en este hecho es la eficacia que su palabra tuvo en aquellas bárbaras gentes, pues pudo persuadirles caso tan hazañoso, haciéndoles dejar los lugares de su nacimiento y crianza, y trayéndoles a otros que no conocían. Pero como el intento era de repastarlos en los campos de la doctrina evangélica, ayudábale Dios, milagrosamente, convenciendo los corazones de los indios con las razones y palabras de su siervo; y así hay muy grande memoria de este varón de Dios en aquellos reinos, así por haberles dado luz de doctrina, con que saliesen de la ceguedad y error en que estaban, adorando ídolos falsos, como también por el increíble trabajo que en reducirlos a más policía padeció, sentando pueblos en que hoy viven situados los pocos que han quedado, de aquellos innumerables que entonces eran.

Fue este republicano varón el primero que trató de hacer hospitales en todos los pueblos de aquellas provincias, y los fundó generalmente así en los que ahora están a la doctrina de los religiosos de mi padre San Francisco, como en todos los otros que administran otros religiosos y clérigos, a fin de que en ellos se curasen los enfermos que hubiese en el pueblo y los pa-

[9] 1. Ad Cor. 5.
[10] Math. 13.

sajeros que por ellos pasasen, si cayesen enfermos. Aquí se da posada a los caminantes y se administran los sacramentos de la penitencia y extremaunción. A todos puso la vocación de Nuestra Señora de la Concepción, y en todos fundó cofradía de la misma denominación, y fiesta de nuestra Señora, entrando con ella todos los que querían, voluntariamente, sin pagar asiento, ni entrada. Ordenó que de estos cofrades entrasen sirviendo cinco o seis cada semana, con sus mujeres, para el regalo y cuidado de los enfermos, a los cuales hacen limosna, según su posibilidad. El orden que puso para que hubiese siempre sustento para los enfermos fue que en cada un año se juntase toda la comunidad del pueblo (sin que nadie se excusase) y beneficiasen una sementera de trigo y otras semillas, y de lo procedido se comprasen medicinas y otras cosas necesarias; y hasta ahora se conserva y guarda este orden que aquel bendito religioso dejó. Y fue de tanto efecto en aquella tierra este recurso que, en la pestilencia grande que hubo, año de 1577, donde murieron la mayor parte de los indios, estuvieron en algunos hospitales de éstos más de cuatrocientos enfermos, donde eran servidos y proveídos con mucho cuidado y caridad y se les administraban, con facilidad, los sacramentos; lo cual era de todo punto dificultoso fuera de allí, respecto del mucho número de los enfermos y pocos los ministros que andaban administrándolos. Lo mismo se usa en la provincia de Xalisco, así en tener todos los pueblos hospitales, como ser de la misma vocación, cofradía y servicio, porque entonces era todo una provincia; y así ambas provincias deben a este bendito padre este beneficio. Falleció, como hombre apostólico y gran ministro de esta indiana iglesia, en el convento de Santa María de Jesús de Tarequato, donde está enterrado, con mucha veneración, su cuerpo.

CAPÍTULO LV. *Vidas de los apostólicos padres fray Antonio de Beteta y fray Maturino Gilberti*

EL PADRE FRAY ANTONIO DE BETETA TOMÓ EL HÁBITO de nuestro glorioso padre San Francisco, en la santa provincia de la Concepción en el muy religioso convento del Abrojo donde, después de muy aprobada vida y religión, fue maestro de novicios; y es de creer que siendo, como era, esencialísimo religioso sacaría discípulos muy cortados al talle de su devoción, especialmente en aquella santa casa que ha sido, y es, espejo clarísimo de virtud y santidad; y con ardentísimo celo y caridad, inflamado de promulgar y dilatar la ley evangélica, pasó a estas partes de las Indias y en la de Mechoacan aprendió la lengua tarasca y con grande fervor de espíritu se ocupaba en el continuo trabajo de la predicación, con singular ejemplo de inculpable vida; haciendo este oficio (como dice San Pablo) importuna y oportunamente, arguyendo y persuadiendo la doctrina evangélica con mucha paciencia y mansedumbre. Y con la perseverancia que tuvo en este mi-

sajeros que por ellos pasasen, si cayesen enfermos. Aquí se da posada a los caminantes y se administran los sacramentos de la penitencia y extremaunción. A todos puso la vocación de Nuestra Señora de la Concepción, y en todos fundó cofradía de la misma denominación, y fiesta de nuestra Señora, entrando con ella todos los que querían, voluntariamente, sin pagar asiento, ni entrada. Ordenó que de estos cofrades entrasen sirviendo cinco o seis cada semana, con sus mujeres, para el regalo y cuidado de los enfermos, a los cuales hacen limosna, según su posibilidad. El orden que puso para que hubiese siempre sustento para los enfermos fue que en cada un año se juntase toda la comunidad del pueblo (sin que nadie se excusase) y beneficiasen una sementera de trigo y otras semillas, y de lo procedido se comprasen medicinas y otras cosas necesarias; y hasta ahora se conserva y guarda este orden que aquel bendito religioso dejó. Y fue de tanto efecto en aquella tierra este recurso que, en la pestilencia grande que hubo, año de 1577, donde murieron la mayor parte de los indios, estuvieron en algunos hospitales de éstos más de cuatrocientos enfermos, donde eran servidos y proveídos con mucho cuidado y caridad y se les administraban, con facilidad, los sacramentos; lo cual era de todo punto dificultoso fuera de allí, respecto del mucho número de los enfermos y pocos los ministros que andaban administrándolos. Lo mismo se usa en la provincia de Xalisco, así en tener todos los pueblos hospitales, como ser de la misma vocación, cofradía y servicio, porque entonces era todo una provincia; y así ambas provincias deben a este bendito padre este beneficio. Falleció, como hombre apostólico y gran ministro de esta indiana iglesia, en el convento de Santa María de Jesús de Tarequato, donde está enterrado, con mucha veneración, su cuerpo.

CAPÍTULO LV. *Vidas de los apostólicos padres fray Antonio de Beteta y fray Maturino Gilberti*

EL PADRE FRAY ANTONIO DE BETETA TOMÓ EL HÁBITO de nuestro glorioso padre San Francisco, en la santa provincia de la Concepción en el muy religioso convento del Abrojo donde, después de muy aprobada vida y religión, fue maestro de novicios; y es de creer que siendo, como era, esencialísimo religioso sacaría discípulos muy cortados al talle de su devoción, especialmente en aquella santa casa que ha sido, y es, espejo clarísimo de virtud y santidad; y con ardentísimo celo y caridad, inflamado de promulgar y dilatar la ley evangélica, pasó a estas partes de las Indias y en la de Mechoacan aprendió la lengua tarasca y con grande fervor de espíritu se ocupaba en el continuo trabajo de la predicación, con singular ejemplo de inculpable vida; haciendo este oficio (como dice San Pablo) importuna y oportunamente, arguyendo y persuadiendo la doctrina evangélica con mucha paciencia y mansedumbre. Y con la perseverancia que tuvo en este mi-

nisterio hizo grandísimo fruto en las almas de aquellos bárbaros infieles. Era muy devoto y de mucha y continua oración, que es la que dice el Espíritu Santo[1] que penetra los cielos, en la cual empleaba todo el tiempo que se desocupaba de la administración de los naturales; porque siempre traía partida su vida en una de estas dos cosas y nunca salía del coro, desde que entraba en él a maitines, hasta después de prima. ¿Y quién duda que, en este continuo y perseverante tiempo de oración, no estaría pidiendo a Dios la conversión de aquellas gentes, en cuya doctrina se ocupaba? Porque es doctrina del sabio[2] que el que ama a Dios ruega ahincadamente por los pecados y se abstiene de cometerlos. Y había hecho tan continuo hábito en las cosas de la observancia de la religión, que aunque estuviese solo guardaba todas sus ceremonias y loables costumbres y ejercicios; porque como sabía que hay Dios que desde lo ascondido de sus cielos ve todo lo que los hombres hacen, no desistía de su ordinario ejercicio porque estas cosas las hacía por él y no por los hombres. Y aunque era muy áspero para sí, era muy benigno y caritativo para los otros, y por esto muy amado y respetado de todos. Y como la santidad y buena vida no se esconde porque en todas las cosas resplandece y se descubre, no podía este venerable varón encubrir la que Dios le había comunicado (aunque no presumía de ella, por ser muy humilde y cuerdo) y así fue muchas veces prelado, provincial, comisario, custodio, difinidor y guardián; los cuales oficios administró con entera satisfacción y grande rectitud de su conciencia, estimando en más (como dice el Espíritu Santo)[3] su buen nombre y crédito que cuantos tesoros y riquezas tiene el mundo; temiendo a Dios, que es rey de reyes y señor de señores, velando sobre la guarda de su grey, como aquel que según dice San Pablo[4] ha de dar cuenta de ella, no queriéndose hallar en aquel punto como el otro mayordomo de maldad que había disipado la hacienda de su verdadero señor y dueño, sabiendo que amenaza Dios por Ecechiel[5] a los pastores y prelados de Israel, diciendo de ellos que serían castigados, porque en lugar de dar pasto a sus ganados se lo quitaban, por apacentarse y regalarse a sí mismos, comiendo y bebiendo a costa de sus simples y humildes ovejas. Y echarse ha de ver la rectitud de este apostólico prelado, sabiendo que era muy pobre, que vestía muy humildemente, comía con grande moderación y sólo aquello que podía bastar para sustentar la vida. Andaba a pie y descalzo; y aunque era impedido con ocupaciones (que nunca les faltan a los oficios) nunca dejó de seguir el coro y comunidad. Y como de estos cargos, cuando se ejercitan a pie y con estas rigurosas circunstancias, siempre se recrecen achaques y dolencias, cayó en una muy penosa y larga, que no fue la menor prueba de su virtud y santidad, la admirable paciencia y sufrimiento con que la toleraba y sufría, cantando muchas veces con grande alegría y júbilo de su corazón el *Te Deum laudamus*, sabiendo que dice

[1] Eccles. 35.
[2] Eccles. 3.
[3] Eccles. 7.
[4] Ad Rom. 14. Ad Heb. 13.
[5] Ez. 3.

el Sabio:[6] Cuando Dios te visitare no descaezcas, ni desmayes; porque a los que de veras ama los regala con enfermedades, tratándolos como padre amoroso que castiga al hijo; y bienaventurado el hombre que alcanza esta ciencia y sabe aprovecharse de ella. Con este conocimiento que tenía pasaba con sus graves y importunos males hasta que se le llegó la dichosa y feliz hora de su muerte, la cual supo por revelación del cielo. Y como en aquellos primeros tiempos no había tanto número de religiosos como ahora, faltaban aun los necesarios en aquel convento donde estaba y debió de pedir a Dios lo consolase con enviarle algunos que en aquel paso le acompañasen; y alcanzándolo, como lo deseaba, dijo mucho ante los que se habían de hallar a su fallecimiento; los cuales vinieron, como el santo lo había dicho, y no a argüir con él, como los otros tres amigos de Job lo hicieron, sino a hacerle santa y amigable compañía en este su fin y acabamiento; con los cuales se alegró y dio gracias a Dios de su venida, pareciéndole que, pues en aquello le había oído, le haría misericordia en todo lo demás que le importaba para su salvación y fenecimiento. Dos horas antes que muriese llamó a los religiosos para que asistiesen con él en aquel punto y tratando cosas de Dios con ellos les pidió que otro día celebrasen por las ánimas de purgatorio, que así convenía, y encomendándose a Dios le rindió el espíritu, con grande demonstración de santo. El cual falleció en el convento de Santa Ana de Zacapo, en la misma provincia de Mechoacan.

Fray Maturino Gilberti era de nación francés, de la provincia de Aquitania, en Francia. Era gran teólogo y muy enseñado en las divinas letras, porque estudió con cuidado (como dice Salomón)[7] en la sabiduría de los antiguos, siguiendo las verdades teológicas de los santos y sabios, vacando de ordinario en los profetas y Escrituras Sagradas. No dejó, por estas ocupaciones, de seguir los estudios de las demás virtudes, siendo muy temeroso de Dios y muy escrupuloso en cualquier género de culpa; porque sabía (como dice Lactancio)[8] que todo el oficio de la virtud es no pecar; del cual ninguno puede tener buen uso, no conociendo a Dios con temor reverenrencial. Por esto se mostraba humilde y despreciado en todas las cosas de esta vida, deseando sumamente vivir más para el servicio del prójimo que no para sí mismo. Con este celo santo pasó a estas Indias y fue a la provincia de Mechoacan, donde aprendió la lengua tarasca, en la cual aprovechó muy mucho a sus naturales y fue de ellos muy amado y querido; y con mucha facilidad ponían en ejecución y por obra todo lo que en sus santas amonestaciones y predicaciones les persuadía; porque veían en él, los nuevos convertidos, que hacía lo mismo que predicaba y enseñaba (cosa necesarísima para los que enseñan, en especial a estos indios naturales, que tanto se mueven por el ejemplo exterior) por lo cual amonesta Cristo por San Mateo,[9] diciendo a los predicadores: Resplandezca vuestra luz, delante

[6] Prov. 3.
[7] Eccles. 39.
[8] Lact. lib. 6 de Div. Inst. cap. 5.
[9] Math. 5.

de los hombres, de tal manera que campee en todas vuestras obras, para que por ellas sea glorificado vuestro padre Dios que está en los cielos. Y San Pablo añade en otra parte una santa amonestación, diciendo: sea vuestra compostura y modestia muy clara y conocida de los hombres, porque en todo seais ejemplo (dice a los filipenses)[10] a los hombres, así en la doctrina como en la integridad y gravedad de vida. Cuando veía afligidos a los indios que doctrinaba, lloraba con ellos de compasión, diciendo con San Pablo: ¿Quién de vosotros está enfermo que no lo esté yo juntamente con él? Y los consolaba con las más tiernas y amorosas palabras que podía. Fue muy observante de la regla que había profesado, viéndose en él grandísima perfección de vida evangélica. Ocupábase mucho en obras de caridad y en aprovechamiento del prójimo. Compuso en la misma lengua tarasca muchos y elegantes libros, y arte, con que facilitó la dificultad que había en aprenderla y predicarla, y fue tan perfecto en ella que hasta ahora no ha habido ministro ninguno, así religioso como clérigo, que con mucho le iguale, no teniendo en poco todos imitarle y seguirle en algo; todos en general se aprovechan de sus libros impresos, llenos de muy santa y sana doctrina. Verificándose en sus obras y escritos lo que dice el Espíritu Santo del Sabio,[11] que como lluvias que envía el cielo a la tierra para hartarla de agua, así él da la sabiduría de sus palabras en grande abundancia, para hartura de los ignorantes que no saben. Toda su vida se ocupó este santo varón en esto, teniendo por descanso en los grandes trabajos que en otras cosas padecía gastar lo restante del tiempo en estos ejercicios. Cumpliéndose en él lo que luego dice el mismo Sabio que muchos juntamente alabarán su sabiduría y que permanecerá por muchos siglos. Y porque estos ejercicios de caridad tienen por apoyo y arrimo la oración, para que sean santos y meritorios, siendo hechos en gracia por esto no se apartaba de ella y hurtaba los más ratos que podía, para comunicar con Dios a sus solas; sabiendo que dice Dios por Isaías:[12] En el silencio y confianza está vuestra fortaleza. Era en grande manera honesto y muy obediente. Anduvo siempre a pie hasta estar muy impedido de enfermedad de gota. Todo su lenguaje era muy casto y todas sus pláticas enderezadas al amor de Dios. Tuvo grandísima paciencia y sufrimiento en la tolerancia de su casi continua enfermedad de gota. Rogaba con grandísima instancia a nuestro Señor que le llevase de esta vida, en el convento de la ciudad Cinzontzan, para acabar el curso de ella, donde había comenzado la predicación evangélica. Y como las oraciones de los justos son oídas de Dios (como dice Salomón)[13] le concedió a este su siervo esta petición que tan ahincosamente le pedía. Y así le sucedió que viniendo a morar a él, y preguntándole qué ¿dónde iba?, dijo que a morir a Cinzontzan, como le sucedió, donde murió bienaventuradamente; después de muerto le quedó el rostro tan sereno y bien compuesto que más parecía que dormía,

[10] Ad Phil. 21.
[11] Eccles. 39.
[12] Isai. 30.
[13] Prov. 15.

que no que estaba difunto. Fue muy llorado de todos, en especial de los indios, de cuya salvación tenía ardentísimo deseo; y decía con grandes ansias y muy vivas lágrimas aquellas palabras de Jeremías:[14] Pidieron los pequeñuelos pan y no había quién se los partiese. De esta manera acabó el curso de su vida este apostólico varón, y está enterrado su santo cuerpo en el convento de los frailes menores de aquel pueblo de Cinzontzan.

CAPÍTULO LVI. *De fray Juan Fucher y fray Antonio de Huete*

FRAY JUAN FUCHER, DE NACIÓN FRANCÉS, VINO de la provincia de Aquitania a esta tierra, algunos años después que fue descubierta de nuestra nación española. Era en París doctor de leyes, antes que tomase el hábito. Después de fraile estudió la santa teología y sacros cánones, y en todas tres facultades fue consumadísimo letrado, de quien se verifican aquellas palabras del *Eclesiástico*,[1] que dicen: Encaminarle a Dios en las cosas de sus consejos y en la disciplina de su enseñanza, y manifestarle ha lo obscuro y secreto de su doctrina, y alumbrado de Dios la hará clara y manifiesta a otros, y gloriarse ha en el estudio de todas estas cosas, así para saberlas para sí como para darlas a entender a otros. Y cierto parece haberle traído nuestro Señor a esta tierra, en aquellos tiempos, para luz de esta nueva iglesia, como lo fue en más de cuarenta años que en ella vivió, mayormente en los principios, antes de la promulgación del santo Concilio Tridentino. Porque como en aquel tiempo los matrimonios clandestinos eran válidos, y se casaban de ordinario grandísima suma de indios, nuevos cristianos, ofrecíanse por momentos gravísimas dificultades para las cuales fuera menester la consulta de una universidad toda, para desatarlas; con todas las cuales se acudía de trecientas leguas alrededor de Mexico, a sólo el decreto de este doctísimo y santo varón, para la declaración de ellas, y a todas respondía por escrito, con admirable claridad la resolución de ellas. Y no solamente le preguntaban lo tocante, cerca de este artículo, sino de todos los pertenecientes a la administración de los demás sacramentos y de otra cualquier materia que se ofreciese, como a verdadero manantial de sabiduría que parece que en tantas dificultades y dudas como por momentos se ofrecían, no era él el que hablaba sino el espíritu de su padre Dios que hablaba en él. Y a estas interrogaciones y dudas acudían, no sólo la gente común, mas también los oidores y letrados de la ciudad de Mexico, y la clerecía y religiosos de todas las órdenes. Y así fueron inumerables los casos a que respondió, haciendo muchas veces tratados enteros para la respuesta de ellos. Y en todas las consultas que en su tiempo se tuvieron en la ciudad de Mexico y juntas de prelados, su parecer se tenía por última decisión del caso que se trataba. Por lo cual prosigue el Sabio (después

[14] Lam. 4.

[1] Eccles. 39.

que no que estaba difunto. Fue muy llorado de todos, en especial de los indios, de cuya salvación tenía ardentísimo deseo; y decía con grandes ansias y muy vivas lágrimas aquellas palabras de Jeremías:[14] Pidieron los pequeñuelos pan y no había quién se los partiese. De esta manera acabó el curso de su vida este apostólico varón, y está enterrado su santo cuerpo en el convento de los frailes menores de aquel pueblo de Cinzontzan.

CAPÍTULO LVI. *De fray Juan Fucher y fray Antonio de Huete*

FRAY JUAN FUCHER, DE NACIÓN FRANCÉS, VINO de la provincia de Aquitania a esta tierra, algunos años después que fue descubierta de nuestra nación española. Era en París doctor de leyes, antes que tomase el hábito. Después de fraile estudió la santa teología y sacros cánones, y en todas tres facultades fue consumadísimo letrado, de quien se verifican aquellas palabras del *Eclesiástico*,[1] que dicen: Encaminarle a Dios en las cosas de sus consejos y en la disciplina de su enseñanza, y manifestarle ha lo obscuro y secreto de su doctrina, y alumbrado de Dios la hará clara y manifiesta a otros, y gloriarse ha en el estudio de todas estas cosas, así para saberlas para sí como para darlas a entender a otros. Y cierto parece haberle traído nuestro Señor a esta tierra, en aquellos tiempos, para luz de esta nueva iglesia, como lo fue en más de cuarenta años que en ella vivió, mayormente en los principios, antes de la promulgación del santo Concilio Tridentino. Porque como en aquel tiempo los matrimonios clandestinos eran válidos, y se casaban de ordinario grandísima suma de indios, nuevos cristianos, ofrecíanse por momentos gravísimas dificultades para las cuales fuera menester la consulta de una universidad toda, para desatarlas; con todas las cuales se acudía de trecientas leguas alrededor de Mexico, a sólo el decreto de este doctísimo y santo varón, para la declaración de ellas, y a todas respondía por escrito, con admirable claridad la resolución de ellas. Y no solamente le preguntaban lo tocante, cerca de este artículo, sino de todos los pertenecientes a la administración de los demás sacramentos y de otra cualquier materia que se ofreciese, como a verdadero manantial de sabiduría que parece que en tantas dificultades y dudas como por momentos se ofrecían, no era él el que hablaba sino el espíritu de su padre Dios que hablaba en él. Y a estas interrogaciones y dudas acudían, no sólo la gente común, mas también los oidores y letrados de la ciudad de Mexico, y la clerecía y religiosos de todas las órdenes. Y así fueron inumerables los casos a que respondió, haciendo muchas veces tratados enteros para la respuesta de ellos. Y en todas las consultas que en su tiempo se tuvieron en la ciudad de Mexico y juntas de prelados, su parecer se tenía por última decisión del caso que se trataba. Por lo cual prosigue el Sabio (después

[14] Lam. 4.

[1] Eccles. 39.

de las palabras arriba dichas): Muchos alaban y alabarán su sabiduría, mientras durare la memoria de los hombres y su nombre será eternizado y buscado por los siglos y generaciones, buscando y estimando su doctrina como dice Lira, de San Agustín y otros doctores, y dejando muchos discípulos, que se han aprovechado de sus inmensos y continuos trabajos. Y fue tan seguido en su acreditado parecer que dijo un religioso muy docto de la orden de San Agustín a su muerte: Pues el padre Fucher es muerto, todos podemos decir que quedamos en tinieblas. Y como sabía (según la doctrina de Job)[2] que nace el hombre para el trabajo, como el buey para el yugo, por esto sacaba sus estudios de los quicios ordinarios y los doblaba, no sólo en el ministerio y enseñanza de los españoles sino también en el de los indios. Y así, cuando vino a esta tierra, aprendió la lengua mexicana en muy pocos días y compuso un arte de ella y la ejercitó, confesando y predicando a sus pobres naturales, aunque su principal ocupación fue en el estudio de las letras y ciencias que había en su juventud aprendido, en el cual era continuo e incansable, fuera del tiempo que se daba a la oración, que no era poco sino buena parte del día y mucha de la noche; porque sabía (como dice San Agustín)[3] que es la vida breve, y esa incierta, y quería que, cuando el esposo llegase a llamar, no le hallase desapercibido. Fue religioso observantísimo de su regla y muy pobre; y tanto que, con ser tan profundo letrado y tan ocupado en el continuo estudio de todas facultades, no tenía otro libro de su uso sino el derecho canónico, y éste por tenerle rubricado de su mano; todos los demás que había menester los buscaba en la librería del convento donde moraba. Era obedientísimo a sus prelados, y esta obediencia, juntamente con su profundísima humildad, se verificó una vez que le mandó, cierto prelado que tenía, que dijese la culpa y que se despojase para recibir una disciplina; lo cual hizo el siervo de Dios, con tanta humildad y silencio como pudiera un novicio muy sujeto y rendido, en el año de su aprobación; estando el santo viejo, ya en los últimos de su vida, que tales parecerían aquellas venerables y ancianas canas postradas en aquel suelo, considérelo el devoto y cristiano lector; porque no siendo por ninguna culpa mortal sino por solo antojo de un riguroso prelado bien es de creer que su rostro en aquel suelo estaría ganando mayores merecimientos de gloria en la bienaventuranza. Fue honestísimo a maravilla. Siempre fue muy amigo de todas las obras de humildad y gran seguidor del coro, sin faltar jamás de maitines, donde se quedaba hasta dadas las tres de la mañana. Murió santamente en Mexico, el año de 1572, y está allí enterrado. Escribió mucho y muy doctamente. Algunos de sus tratados, por falta del debido cuidado, se han desparecido y derramado por diversas partes. Los que al presente se hallan son los siguientes: De *Electionibus per Scrutinium celebrandis conformiter ad Concilium Tridentinum. Expositiones diversorum diplomatum pro Fratribus Indiarum in Evangelici ministerii favorem. Antidotus infirmorum: hoc est, quomodo absolvendi infirmi loquela privati. De Iudice Ecclesiastico. Manuale Prælatorum. De Cognitionis Spi-*

[2] Iob 5.
[3] De Verb. Domini Serm. 16.

ritualis tertia specie. De Iusta delinquentium punitione. De Immunitate Ecclesiarum. Itinerarium Catholicum. Y otras muchas obras bien doctas y necesarias para la utilidad de esta nueva iglesia.

Fray Antonio de Huete, natural del mismo pueblo, fue hijo de don Alonso Álvarez Carrillo y Toledo, caballero principal y señor de Cerbera y de otras dos villas; y aunque en el mayorazgo y herencia seguía en la casa de su padre, no por esto gastó el tiempo de su niñez, en cosas seglares y profanas, como hacen otros mancebos que son herederos de algunos mayorazgos; antes anteponiendo a estas cosas, que enseñan soltura y libertad, las honestas y virtuosas que son las letras. Diose, desde niño, a los estudios de la latinidad y retórica, y juntamente al de los sacros cánones en Salamanca, y fue en aquella facultad graduado de doctor. A cuyos tiernos y bien empleados años podemos aplicar aquellas palabras del gloriosísimo San Gregorio,[4] que dice: Muchos mancebos vemos aventajarse a los viejos en bondad de vida y en costumbres; por lo cual se les anteponen y aventajan en merecimiento; y lo que les falta en edad y años lo recompensan y suplen con virtuosas costumbres. Y así digo, según el apóstol San Pablo, que ninguno ultraje ni menosprecie la mocedad o edad tierna del mancebo, si lo que le falta de años lo suple de virtudes, porque la venerable vejez no consiste en número grande de años, sino en el acrecentamiento de las virtudes y costumbres buenas. Y como se había criado este ilustre mancebo, en esta honestidad de vida, y hecho hábito en las continuas vigilias de los estudios estimó la sabiduría en más que todo el oro y la plata y cuantas riquezas tiene el mundo (como dice Salomón)[5] y así, despreciándolo por Cristo y el mayorazgo que tenía de un cuento de renta, recibió el hábito de religión del glorioso padre San Gerónimo (cuyo particular devoto era) en el monasterio de Santa Marta de Zamora, y por humildad y por no ser conocido se quitó el nombre y apellido de su linaje, conforme a la costumbre de aquella santa orden, y de allí adelante se llamó fray Antonio de Huete. Pero como los caminos de Dios son secretos al juicio humano, no fue éste, que este Siervo de Dios escogió, el que le puso en el último estado de su vida religiosa sino sólo el que le trajo al estado de religión, para pasar de la otra, donde acabase la caduca y mortal que vivía. Y así fue que después que vivió en aquella religión santa algunos años, con grande ejemplo de vida y costumbres, movido por la fama de la observancia y penitencia en que florecían los frailes menores de la provincia de los Ángeles en la Sierra Morena, habida primero licencia de sus prelados, tomó en aquella provincia el hábito de religión de nuestro padre San Francisco. Mas como siempre anhelase a mayor perfección, plantándose a la sazón en estas Indias de la Nueva España esta misma religión, juntamente con la fe católica, por aquellos doce apostólicos varones y otros sus coadjutores, en mucha observancia del Santo Evangelio, religión, pobreza y penitencia, pasó acá en compañía del venerable padre fray Jacobo de Testera, el año de 1542. No supo la lengua de los indios; y así, en treinta y un años

[4] Div. Gregor. ad Teoh mili.
[5] Prov. 22.

que vivió en esta tierra, siempre moró en el convento de Mexico, y fue confesor incansable de los españoles y de todos amado y venerado por su mucha humildad, sinceridad y bondad, y las demás virtudes que en él generalmente resplandecían. Y entre ellas fue mucho de notar su mortificación y silencio, porque en ningún tiempo, aunque fuese en juntas de religiosos que se congregaban para consolarse y solazarse en las grandes festividades, le vieron hablar ociosamente sino sólo en lo que era necesario responder con breves palabras a lo que se le preguntaba o se ofrecía haber de cumplir en buen comedimento; porque como sabio que era sabía que el silencio es virtud loable. Y se verificó en este callado siervo de Dios lo que dice el elocuentísimo San Ambrosio:[6] Que los mayores fundamentos de las virtudes son la paciencia del callar y la oportunidad de hablar, y el menosprecio de las riquezas; lo cual todo guardó muy puntualmente fray Antonio y en esto se mostró muy perfecto. Porque como dice San Gregorio:[7] aquél sabe bien hablar que sabe bien callar. Y Valerio Máximo refiere de Xenocrates que, preguntándole una vez ¿por qué callaba tanto?, respondió: porque algunas veces me ha pesado de hablar, y nunca de haber callado; mayormente que de el silencio nace muy grande quietud al alma y del hablar grandes inquietudes. Gastaba el tiempo que le sobraba de las obras de caridad, en el ejercicio de la oración, en la cual era muy ferviente y derramaba muchas lágrimas; en tanta manera que el lugar y asiento que tenía en el coro dejaba continuamente regado de ellas; que no son de menor consideración que las de la bendita Magdalena, que fueron nacidas de espíritu; y en tan copiosa abundancia que bastaron a regar los santos pies de Jesucristo. Era devotísimo del glorioso San Gerónimo, porque en su día nació y recibió el hábito de su religión y la profesó; y así también quiso nuestro Señor que en el mismo día acabase el destierro de esta presente vida, sin preceder alguna enfermedad, más de que acabadas las vísperas el día del arcángel San Miguel se fue a la enfermería, con achaque de alguna indisposición; y aquella noche pidió todos los sacramentos, y recibidos dio el ánima a su criador, cuando se acababa la misa de su particular devoto San Gerónimo. Y como el sacerdote que la dijo publicase al pueblo su fallecimiento, acudieron todos con mucha devoción a ver su cuerpo y tomar por reliquia alguna cosa de su hábito, por haberlo tenido en opinión de hombre santo y escogido de Dios. Enterróse en el dicho convento de Mexico.

[6] Lib. 1. de Offic.
[7] Lib. 7. de Sap. dictis.

CAPÍTULO LVII. *Vida del apostólico varón fray Antonio de Segovia*

L VARÓN DE DIOS, FRAY Antonio de Segovia, vino de la provincia de la Concepción a estas Indias, hombre ya de edad de cuarenta años. Crióse en las casas recoleras de aquella provincia; y, aunque en edad tan madura, no le fueron de impedimento los años para aprender la lengua mexicana, la cual supo bien y en ella predicó y enseñó a los indios, otros más de cuarenta que vivió entre ellos. Y aunque como otra Ruth, que siguió los segadores de Booz, fue tras los primeros de esta mies evangélica indiana, no dejó en el rebusco de la siega de hallar manojos de espigas, muy colmados de indios infieles en las partes de Xalisco y Guadalaxara, que trillar en las eras del Señor; en las cuales tierras se ocupó muy apostólicamente. En estas partes dichas convirtió muchas bárbaras naciones, que como son confines de esta Nueva España no habían podido los ministros evangélicos, que hasta entonces había, asistir ni residir de ordinario en ellas; por lo cual aun se estaban en su infidelidad aguardando el rocío del cielo, como los pollos de los cuervos cuando en el nido los desamparan sus padres. Hizo muchas entradas entre aquellos indios infieles, a pie y descalzo, sin más compañía que la de algunos muchachos indios sacristanes, fiándose, enmedio de la ferocidad de tantos bárbaros, de sólo el abrigo y amparo de Dios; creyendo que él sólo basta contra todo lo criado, cuando presta su favor al que en él confía; como se verificó en David,[1] oponiéndose a la pujanza y soberbia de su suegro, el rey Saúl, que con ejércitos poderosos le buscaba para matarlo. De los cuales indios infieles convirtió este siervo de Dios muchos, y quitó inmensidad de idolatrías y abominaciones que usaban con notable fruto, que en sus almas hacía. Era este varón santo de suma honestidad y limpieza, observantísimo de su profesión, muy entero y constante en el rigor de la penitencia, con que dio grandísimo ejemplo a todos los que le conocieron. Fue templadísimo en el comer y en el beber, y nunca bebía vino; y aunque había abundancia de aves que le ofrecían para comer los indios que doctrinaba, nunca quería sino unas yerbas mal guisadas o raíces de hortaliza y otras veces alguna fruta con el pan de maíz, que es el ordinario sustento de los indios. Jamás comía carne y fuera de los ayunos obligatorios tenía otros de devoción en que traía todo el tiempo del año repartido. Si alguna vez (aunque éstas eran muy particulares y raras) comía algún otro manjar extraordinario y fuera de su costumbre lo destemplaba con agua fría o con ceniza, o con hiel de vaca, que siempre la tenía de respeto, para mezclarla con los manjares que comía; pudiendo decir con el salmista:[2] La ceniza comía, en lugar de pan, y mi bebida era mezclada con lágrimas y gemidos. Este género de mortificación y penitencia era con mayor exceso los viernes; en los cuales hacía más particular

[1] 1. Reg. 19.
[2] Psal. 101.

memoria del vino mirrado y amargo, que dicen los evangelistas dieron a beber a Cristo en la cruz.[3] Vestía muy pobremente y de un sayal vil y grosero y todo el hábito muy roto y remendado. Tomaba muy poco sueño y dormía sobre una tabla dura y desnuda de ropa, más apropiada para dar tormento al cuerpo que descanso. Y por sumar su mortificación en breves palabras, digo que era un vivo espectáculo de penitencia y sus obras tenidas por maravillosas y más que humanas. Traía por túnica perpetuo silicio de cerdas de caballo, anudadas, de espantable aspereza, y paños menores de lo mismo, vistiendo sus carnes al modo que Adán cuando fue echado del Paraíso, que fue vestido de túnica de pellejos, que es la ropa ordinaria de los santos penitentes, enseñándonos Dios en esto ser muy necesaria esta ropa penitencial, después de haberse desnudado Adán de la de gracia en el Paraíso; de la cual dice David[4] haberse vestido Jesucristo nuestro Señor, diciendo en persona suya, en el salmo sesenta y ocho: Mi vestidura fue silicio, que fue la aspereza de ropas que vistió, viviendo, según lo declara Lira. Y el mismo David[5] dice de sí mismo que cuando le afligía el rey Saúl, su suegro, se vestía de silicio, para alcanzar de Dios su divina consolación y alegría. De éste se vistió el patriarca Jacob para llorar la muerte de su hijo Joseph, que pensaba ser difunto cuando le trajeron su túnica ensangrentada.[6] De éste usó el rey Achab, en cierta amenaza que le hizo Dios por sus culpas, aunque la pena de ellas en lo temporal la pasó a su hijo, como se dice en el tercero de los *Reyes*.[7] De este vestido vestía este santo penitente, domando con él su carne, como dice San Pablo, y sujetándola a la servidumbre del espíritu. Azotábase de día y de noche muchas veces, cruel y desapiadadamente; porque con la penitencia del silicio hace muy buena consonancia el azote y disciplina.

Repartía el tiempo por muy concertada manera, acudiendo a la caridad del prójimo a sus horas determinadas, doctrinando muy cuidadosamente a los naturales; los cuales tenía tan bien industriados que aun ahora se les echa bien de ver la buena doctrina con que se criaron. Compadecíase de ellos y los consolaba en sus trabajos, como la madre que ve en necesidad al hijo que mucho quiere. Y cuando el caso lo requería, los reprehendía y castigaba ásperamente; por lo cual era de ellos tan amado como obedecido. Hacía una cosa muy nueva y peregrina en esta tierra, que le procedía de su grande espíritu y devoción; y era que, en los pueblos de los indios, donde residía, iba a pedir de puerta en puerta, por amor de Dios, lo que había de comer; y de las yerbas cocidas que le daban tomaba muy tasadamente lo necesario para su sustento, en manera que con mucha moderación satisfaciese su necesidad; y decía que no había de comer él, mejor que aquellos que se lo daban, que eran los indios, cuyo sustento es de muy poco cuidado y substancia; conformándose con ellos, por no parecer escandaloso

[3] Marc. 15.
[4] Genes. 3.
[5] Psal. 34.
[6] Genes. 37.
[7] 3. Reg. 21.

en el regalo de su mantenimiento, y por ventura acordándose del gran Bautista San Juan, que comía yerbas y langostas y miel silvestre, en el desierto, donde andaba haciendo penitencia. Era tanta su abstinencia que cuando llegó a viejo estaba muy debilitado; por lo cual le mandaron los prelados, por obediencia, que en lo tocante a la comida obediese a otro religioso, que le habían dado, como por procurador y ayo. Nunca llevaba cosa de sustento para ningún camino, ni jornada que hiciese, por larga que fuese; dejándose en las manos de la Divina Providencia, no como temerario, apeteciendo milagros, sino como siervo fiel, confiando en la misericordia infinita de nuestro señor Dios, que a todos los que en él confían comunica el pan suficiente de su sustento. Jamás pervertía el orden y costumbre de la devoción con que pagaba el oficio divino, y se daba a la oración y contemplación; en la cual era muy continuo y siempre la tenía de rodillas, puestas las manos, el rostro alto y muy alegre, con diferentes sentimientos de gustos espirituales y divinos, como aquel que había entrado en la botillería del esposo,[8] donde le eran administrados vinos, adobados con los sabores del cielo, de cuyo gusto traía llena el alma. Estos mismos tenía cuando rezaba el oficio divino, o algunos versos de él, especialmente pronunciando, al fin de los salmos el *Gloria Patri*. Pagábalo con admirable y extraordinaria devoción. Hallábase, por cuenta, que desde que se levantaba a maitines, hasta la hora ordinaria de el comer, empleaba más de las ocho horas de este tiempo en oración. Porque como había gustado cuan suave es el Señor (como amonesta David) no quería apartarse jamás de este gusto, alegrándose y regocijándose en él, como dice de sí misma la esposa,[9] en las palabras que se siguen a la sentencia pasada. Confesaba muy a menudo a todos los que venían a confesarse con él, por ser el medio la confesión, de la reconciliación, que hace el pecador con Dios, y por desearles a todos la salvación que es la que pretendió Cristo nuestro señor en su pasión y muerte.

Una de las cosas en que se verificó el crédito, que este varón santo tenía con los indios que había convertido, fue que habiéndose alzado las belicosas y feroces naciones de las provincias y pueblos del valle de Xuchipilla, Tlaltenanco y Nochiztlan, substrayéndose de la obediencia dada a los reyes de Castilla, se confederaron de secreto, con otros muchos indios que había de paz, de que se vino a encender un fuego que abrasaba toda la tierra, y en este alzamiento se arriesgaba la cristiandad de todos; y fue en tanto extremo que obligó al virrey don Antonio de Mendoza a ir él en persona, al remedio de este grande y conocido daño; pero cuando llegó a sus tierras los halló empeñolados y fortalecidos en una sierra de increíble y espantable aspereza, y peñas tajadas, donde era imposible subir ninguno de los nuestros, sin riesgo notable de la vida. Y aunque este valeroso capitán y virrey llevaba consigo más de cincuenta mil indios de guerra, y otros muchos españoles, no halló por dónde acometerle, si no era muriendo los que se aventurasen a querer hacer la entrada. Por lo cual, viéndose atajado, cometió a la prudencia lo que las fuerzas y ánimo no podían; y fue el caso

[8] Cant. Canticorum. 1.
[9] Cant. Canticorum. 1.

que como el santo fray Antonio de Segovia los había bautizado y doctrinado, ordenó que fuese a ellos y los redujese de paz, prometiéndoles todo buen tratamiento a los que llana y mansamente se volviesen a sus lugares y pueblos; lo cual hizo el apostólico varón, tan sabia y prudentemente que subiendo a lo alto de la sierra, con grande trabajo y fatiga (como otro Jonatás, asiendo por lo áspero y fragoso de las peñas, con su criado, para acometer a sus enemigos los filisteos)[10] lo recibieron de paz y se alegraron con su presencia, y les reprehendió el mal acuerdo que habían tomado en aquel hecho. Y oyéndole con reverencia y amor los allanó y bajó a lo llano, y entregó a la obediencia de los susodichos reyes. Tanto como esto podía el crédito del santo fray Antonio con aquellos indios; los cuales, desde entonces, hasta ahora nunca más se rebelaron.

Era tan ferviente en la oración este santo religioso, que muchas veces se quedaba fuera de sí y extático, como se verificó en diversas ocasiones; en especial se dice que una vez, morando en el convento de Guadalaxara, sucedió que buscando un retraído la justicia de la ciudad en el dicho convento, antes de las Ave Marías, estaba el santo viejo en oración en el coro, y catando toda la casa llegaron todos al coro, con el ruido que suelen los que hacen semejantes catas, y muchos sin el comedimiento que deben, y viendo al santo de rodillas, se fueron a él y le cataron toda su ropa, hasta mirarle las faldas, con sospecha de que le tendría debajo, escondido en ellas; lo cual todo pasó sin que el santo hiciese movimiento ninguno; ni sintiese nada, porque estaba arrobado y absorto en Dios. Pasó aquella furia y llamando a los religiosos a cenar, bajó el santo fray Antonio con los demás, a la voz de la capanilla, y como tratasen los religiosos con el guardián el caso, puso atención fray Antonio de Segovia en oírlo, porque de él nada sabía. Y pareciéndole que no habían entrado en el coro, dijo en voz que todos lo entendieron: Tan seguro hubiera estado el retraído en el coro, como donde lo estuvo de la justicia, porque yo estaba allá a esa hora y no los vi, ni sentí su ruido, ni entraron dentro. Miráronse unos a otros los religiosos y siendo cierto que habían entrado todos los ministros de justicia dentro, porque algunos de ellos los habían acompañado, conocieron que el bendito padre estaba en elevación mental y éxtasis, en aquella hora, y que por eso no los había visto, ni sentido; y alabando a Dios no le respondieron nada. Otra noche le vieron elevado y alto del suelo cercado de gran claridad, demonstración grande de su mucha santidad y no menor indicio de lo que Dios le amaba.

Fue diversas veces custodio, comisario y guardián, los cuales oficios administró con grande rectitud y ejemplo, teniendo siempre a Dios en la intención de cuanto hacía, a quien mucho se encomendaba para acertar en su buen gobierno. Y es cierto que si al que hace lo que debe y es en sí, no le niega Dios su gracia (como dicen los doctores sagrados[11] que no le faltaría a este apostólico prelado, pues para acertar tanto se lo encomenda-

[10] 1. Reg. 14.
[11] Div. Thom. 1.2. q. 109 et lib. 3 contra Gentes cap. 149 et in Epistola de Pauli Ad Rom. cap. 10. sect. 3.

ba. En su última y cansada vejez vino a perder la vista de los ojos, con la fatiga de la aspereza y rigor de la penitencia, lágrimas y ordinarias vigilias. Y después de haberle quitado Dios los ojos del cuerpo, se mostraba tan fervoroso en su servicio que en todo lo que podía no descaecía de su servicio, como otro Tobías[12] en el fervor de su devoción; y con este apostólico espíritu jamás dejó (aunque ciego) de confesar y predicar a los indios; lo cual hacía, haciéndose sacar fuera al púlpito. Su estudio para estas predicaciones era leerle un indio que traía consigo, para este efecto, el sermón o materia, que había de predicar y con esto tomaba motivo para otras cosas que les decía, y de esta manera los doctrinaba. Esta ceguera que Dios le envió fue en tiempo que era custodio de Mechoacan, antes que se erigiera en provincia; y como en aquella sazón se celebraba capítulo en esta del Santo Evangelio, vino a él a pie, en compañía del compañero que traía, que parece cosa de milagro por la grande distancia de tierra que hay enmedio, y ser la de aquel reino áspera y monstruosa y haber hasta la ciudad de Huexotzinco (que fue donde se celebró el capítulo) mas de setenta o ochenta leguas. Sólo podemos decir que Dios le guiaba y guardaba de tantos tropiezos, como era fuerza haber en los caminos, como también le tenía el alma asida con su gracia, para servirse de ella; porque nunca, aunque perdió la vista del cuerpo, aflojó en la fortaleza del alma; antes parecía que cada día se mostraba mas fortalecido en ella.

Después que este santo varón perdió la vista, comulgaba tres días de la semana y todas las festividades principales; y certificó el padre fray Diego de Aguilar (que era también santo religioso y fue su confesor) haberle dicho muchas veces que veía la hostia consagrada y cuando llegaba al altar a recibir el Santísimo Sacramento; que aunque Dios le tenía privado de la vista, para no ver todas las otras cosas, se la comunicaba en este acto para que se consolase en ver el pan sacramentado que recibía; donde también le haría otros particulares favores de gustos incomparables que ni él los diría, ni acertaría a decirlos, aunque quisiese; como aconteció a San Pablo,[13] que habiendo visto la gloria de Dios oyó divinos secretos que no eran explicables, ni por ninguna manera convenía que se dijesen. Requebrarse ya esta santa alma con Dios, diciendo aquellas palabras de la esposa:[14] Veislo, allí está, detrás de aquella pared de blancura, mirando por las ventanas de aquellos accidentes, derramando sobre mí, por los huecos de aquellas celosías, infinitos dones y bienes de gracia. Veís allí a mi querido, que me está diciendo: Levántate y vente a mí con presteza amiga mía, paloma mía y hermosa mía, que ya es pasado el invierno de tus trabajos, que porque descansases de ellos no te he dejado ojos más que para esta ocasión, donde me alegro de regalarme contigo. Ya es llegada la primavera en estos cansados años en que te hallas. Ya comienzan las flores a dar fragrancia de olor, y todos los árboles fructíferos de gloria retoñecerán en ella. Éstas y otras cosas se estarían diciendo este soberano esposo y esta ánima santa,

[12] Tob. 2, 13.
[13] Ac. Apost. 9.
[14] Cant. Canticorum. 2.

en esta ocasión y otras muchas cosas que se contemplan mejor que se dicen; y en confirmación de que pasaría esto y mucho más, entre los dos, lo cual nosotros no alcanzamos, podemos traer lo que certificó un religioso, lego, gran siervo de Dios; el cual morando en el convento donde estaba el santo fray Antonio, yendo a encender la lámpara del coro, a la hora de las Ave Marías, dejaba en el refectorio haciendo colación a los religiosos que había en casa, y cuando llegó cerca de él oyó voces de gente que rezaba a versos, y cuando se asomó a la puerta del coro, vido al santo varón fray Antonio hincado de rodillas, enmedio de dos muy hermosos mancebos, los cuales le estaban ayudando a rezar completas, diciendo los salmos a versos y el coro estaba tan claro y resplandeciente como si el sol estuviera y lo bañara. Quedó el lego maravillado de esta visión, y no advirtiendo el milagro, dudó en sí habían venido del refectorio aquellos mancebos que ayudaban a rezar al santo viejo; y por certificarse mejor de su duda, bajó abajo y mirando por el refectorio halló que estaban todos en él, como los había dejado y volviendo a subir a certificarse de aquel milagro, cuando llegó al coro había desaparecido la visión, que es muy creíble serían ángeles los que con él rezaban; pues fue cierto que no eran hombres revestidos de cuerpos mortales, porque no los había en el convento, sino eran los pocos religiosos que estaban en casa, y todos ellos estaban en aquella sazón en el refectorio; y el Señor, que le daba ojos para ver el Santísimo Sacramento, que recibía cuando comulgaba, le enviaría ángeles que rezasen con él y le acompañasen, como a siervo suyo. Y finalmente tuvo tanta opinión de santo, entre todos los que lo trataban y conocían, que estando el apostólico varón fray Alonso de Escalona una vez, con otro religioso de su mismo espíritu, haciendo memoria de muchos religiosos que conocían y tenían en grande crédito de perfectos, habiendo contado muchos dijo el bendito religioso: Padre fray Alonso, ¿cómo nos olvidamos del padre de Segovia? A lo cual, dándose el santo viejo una palmada en la frente, respondió: Verdaderamente es el más santo y más perfecto de cuantos hemos nombrado. Cuyo testimonio (en lo que nosotros podemos entender) debe ser estimado; pues por lo que de este santo fray Alonso de Escalona decimos en su vida se puede colegir su mucha santidad; y cuanto mayor era la de fray Antonio de Segovia, de la que podemos contar en este capítulo, pues este santo varón la anteponía a todas las de todos los que dejamos en este libro referidos, según que le parecía por las cosas grandiosas que en él hallaba.

Una de las cosas que sucedieron verificadamente, que este santo varón dijo mucho antes que sucediesen, fue que habiendo fallecido don fray Pedro de Ayala, religioso de la orden de nuestro padre San Francisco, obispo que era de la Nueva Galicia, afirmó este bendito varón que el que le había de suceder no había de ir de otra provincia y que estaba en la tierra; y mucho después de haberlo dicho fue electo en su lugar don Francisco Gómez de Mendiola, oidor que era de la Real Audiencia de la misma gobernación de la Nueva Galicia; donde se verificó el dicho del apostólico varón fray Antonio de Segovia, a quien debió de revelárselo el Señor, por ventura, en ocasión que muerto ya el obispo de aquel reino le pediría otro que

fuese el conveniente para aquella iglesia, en tiempos tan necesitados de tales prelados, para la conversión y conservación de los indios, que entonces eran plantas tiernas en la fe y tenían necesidad de padres benignos y misericordiosos que les administrasen el pan de la doctrina evangélica, con la caridad que Cristo tuvo en la cruz cuando murió por los pecadores, haciéndose pontífice compasivo y piadoso. Llegósele, finalmente, el tiempo de entrar por el camino que sigue toda universa carne (como dice David) que es el de la muerte y falleció con grande serenidad y quietud de espíritu, en el convento de San Francisco de la ciudad de Guadalajara, donde está enterrado su santo cuerpo. Murió de ochenta y cuatro años, habiendo servido los cuarenta y cuatro en la conversión y enseñanza de los indios.

CAPÍTULO LVIII. *Vida de el excelente varón fray Martín Sarmiento de Hojacastro, segundo obispo de Tlaxcalla*

FUE ESTE EXCELENTE VARÓN FRAY Martín Sarmiento, natural de Hojacastro, pueblo del condestable de Castilla, cerca de Santo Domingo de la Calzada, hijo de padres nobles, según el mundo y católicos cristianos. Desde su tierna edad fue inclinado a toda virtud y frecuentaba las iglesias y oía en ellas con toda voluntad y atención las misas y la palabra de Dios. Y como en los tiernos años de la edad del hombre, se traslucen las inclinaciones que más predominan en él, como dice el Filósofo,[1] comenzó el niño Martín a dar muestra del paño fino que en su alma regía, para consagrarse a Dios cuanto llegase a edad de más razón y conocimiento de las cosas; y como profetizando cuán grande predicador y prelado había de ser en los tiempos venideros, cuando volvía a su casa, después del sermón, se subía en una silla y predicaba, a una su hermana mayor y a otros de casa, el sermón que había oído y encomendado a la memoria lo más que de él había podido; y acabada su plática decía a su hermana que le besase la mano, porque había de ser obispo (como también se lee de San Ambrosio, que hacía lo mismo) y no queriéndosela besar la hermana le ponía la mano en la boca por fuerza para que se la besase, por lo cual muchas veces fue azotado de ella. Creciendo, pues, en la edad, y siendo ya de quince años, tomó el hábito de religión, de mi padre San Francisco, en el convento de San Bernardino de la Sierra, que está cerca de el pueblo llamado Fresneda, de la provincia de Burgos. Acabado el año del noviciado, estudió sus cursos de artes y teología, y en ella salió muy docto e insigne predicador; donde se verificó lo que en su niñez había ensayado. Fue ordenado sacerdote por la obediencia de sus prelados, de edad de veinte y dos años; y desde entonces, hasta que vino a la Nueva España, siempre fue vicario del coro, por la mucha suficiencia que para ello tenía. Era admirable lector, diestro cantor, tañedor de órgano y de muy clara y sonorosa

[1] Arist. Polit. lib. 7. cap. 15.

fuese el conveniente para aquella iglesia, en tiempos tan necesitados de tales prelados, para la conversión y conservación de los indios, que entonces eran plantas tiernas en la fe y tenían necesidad de padres benignos y misericordiosos que les administrasen el pan de la doctrina evangélica, con la caridad que Cristo tuvo en la cruz cuando murió por los pecadores, haciéndose pontífice compasivo y piadoso. Llegósele, finalmente, el tiempo de entrar por el camino que sigue toda universa carne (como dice David) que es el de la muerte y falleció con grande serenidad y quietud de espíritu, en el convento de San Francisco de la ciudad de Guadalajara, donde está enterrado su santo cuerpo. Murió de ochenta y cuatro años, habiendo servido los cuarenta y cuatro en la conversión y enseñanza de los indios.

CAPÍTULO LVIII. *Vida de el excelente varón fray Martín Sarmiento de Hojacastro, segundo obispo de Tlaxcalla*

FUE ESTE EXCELENTE VARÓN FRAY Martín Sarmiento, natural de Hojacastro, pueblo del condestable de Castilla, cerca de Santo Domingo de la Calzada, hijo de padres nobles, según el mundo y católicos cristianos. Desde su tierna edad fue inclinado a toda virtud y frecuentaba las iglesias y oía en ellas con toda voluntad y atención las misas y la palabra de Dios. Y como en los tiernos años de la edad del hombre, se traslucen las inclinaciones que más predominan en él, como dice el Filósofo,[1] comenzó el niño Martín a dar muestra del paño fino que en su alma regía, para consagrarse a Dios cuanto llegase a edad de más razón y conocimiento de las cosas; y como profetizando cuán grande predicador y prelado había de ser en los tiempos venideros, cuando volvía a su casa, después del sermón, se subía en una silla y predicaba, a una su hermana mayor y a otros de casa, el sermón que había oído y encomendado a la memoria lo más que de él había podido; y acabada su plática decía a su hermana que le besase la mano, porque había de ser obispo (como también se lee de San Ambrosio, que hacía lo mismo) y no queriéndosela besar la hermana le ponía la mano en la boca por fuerza para que se la besase, por lo cual muchas veces fue azotado de ella. Creciendo, pues, en la edad, y siendo ya de quince años, tomó el hábito de religión, de mi padre San Francisco, en el convento de San Bernardino de la Sierra, que está cerca de el pueblo llamado Fresneda, de la provincia de Burgos. Acabado el año del noviciado, estudió sus cursos de artes y teología, y en ella salió muy docto e insigne predicador; donde se verificó lo que en su niñez había ensayado. Fue ordenado sacerdote por la obediencia de sus prelados, de edad de veinte y dos años; y desde entonces, hasta que vino a la Nueva España, siempre fue vicario del coro, por la mucha suficiencia que para ello tenía. Era admirable lector, diestro cantor, tañedor de órgano y de muy clara y sonorosa

[1] Arist. Polit. lib. 7. cap. 15.

voz; sobre todo fue muy acepto a todos los religiosos, por su afabilidad y santa conversación.

Estando en Valladolid, oyendo segunda vez la teología, que con mucha aceptación leía allí el doctísimo padre fray Juan de Gaona, y enviando la cristianísima emperatriz a este dicho padre fray Juan de Gaona a estas partes, se determinó a venir a ellas y partió con él y con otros santos religiosos a esta tierra de la Nueva España con grande fervor de espíritu, a ser obrero en la viña de el Señor, año de 1538. Y viéndose acá, comenzó luego a trabajar en ella, con muy grande ejemplo y virtud; y fue compañero y secretario del comisario general fray Juan de Granada y anduvo con él visitando la provincia de Mechoacan, a pie. Acercándose en esta sazón el capítulo general, que se celebró en Mantua, el año de 1541, por la mucha confianza y crédito que de fray Martín se tenía, lo enviaron los padres de esta provincia de el Santo Evangelio al dicho capítulo, con la voz del provincial, en compañía del venerable varón fray Jacobo de Testera, que iba también a aquel capítulo, por discreto de la provincia; y para que si fray Jacobo faltase, por ser de mucha edad y enfermo, y el viaje largo negociase fray Martín en su lugar, por la provincia. Celebrado el capítulo, en él asistieron ambos, llegando a Mantua con salud; el ministro general, por la misma forma, proveyó de comisario general de esta Nueva España y Perú, a fray Jacobo de Testera, y que muriendo él, dentro de los seis años de generalato, quedase con el oficio fray Martín de Hojacastro. Y así fue que, vueltos a Mexico, desde a pocos días, murió fray Jacobo y quedó fray Martín por comisario general. Ejercitó este oficio cinco años, religiosa y prudentemente; y visitó en persona las provincias del Santo Evangelio y Mechoacan, y las otras de la Nueva España, caminando siempre a pie. Y al Perú envió sus comisarios o visitadores, por no poder ir en persona. Acabándosele el oficio determinó partirse otra vez a España a dar cuenta dél, delante del capítulo y ministro general; y estando en el puerto, para embarcarse, se levantó una grande tempestad con que se hizo pedazos el navío en que había de ir y se ahogaron muchos que en él iban. Y entendiendo por esto el apostólico varón que no era la voluntad de Dios que saliese de la provincia se quedó en ella, y en el capítulo siguiente que se tuvo en el convento de Tetzcuco fue electo en difinidor y guardián de Tlaxcalla, donde viendo la necesidad que había en la provincia de ser enseñados algunos que carecían de la lengua latina, para entrar a oír las ciencias ordinarias, que a los religiosos se leen, con mucha humildad leyó la gramática a algunos que en su compañía tenía, no atendiendo a que había sido comisario general. Y considerando que Cristo nuestro señor se humillaba y siendo señor se hacía siervo, para administrar a los necesitados y faltos de su divina enseñanza, y hacía juntamente el oficio de guardián, con grande aplauso y contento de todos.

Vaco en este tiempo el obispado de Tlaxcalla, por muerte del primer obispo fray Julián Garcés, de la orden de los predicadores y teniendo el emperador Carlos Quinto particular noticia de las muchas prendas y suficiencia de fray Martín, lo eligió en segundo obispo de Tlaxcalla. Y no

queriendo fray Martín aceptar esta dignidad, por parecerle desigual a sus humildes fuerzas, fue llamado a Mexico por el santo varón fray Toribio Motolinía, uno de los doce primeros que a la sazón era vicario provincial, el cual le rogó juntamente, con otros santos religiosos, aceptase aquel cargo que su majestad le enviaba, para consolación de todos y principalmente de los naturales que los había Dios proveído de padre y pastor, cual ellos lo habían menester. Y también porque se veía manifiestamente venir aquello de la mano de Dios y no por medios humanos, pues él, ni otro por él, no lo había pretendido; de lo cual el excelentísimo varón se excusaba diciendo que cruz tan pesada no se atrevía a echarla sobre hombros tan flacos como los suyos. Viendo la resistencia que hacía y que no había palabras de ruego que bastasen, mandóle entonces el santo fray Toribio hincar de rodillas, y hincado de rodillas fray Martín, le preguntó si lo conocía por prelado. Y respondió fray Martín que sí, y que en ello se tenía por muy dichoso. Replicóle entonces el santo vicario que, pues lo tenía por prelado, le mandaba, por santa obediencia, en virtud del Espíritu Santo, aceptase la voluntad de Dios que él se ofrecía, y los demás religiosos, que presentes estaban, a encomendarlo a nuestro Señor en sus sacrificios y oraciones. Aceptó luego el electo obispo, diciendo que con los favores de la obediencia y oraciones de tales religiosos, él lo aceptaba; lo cual dio gran contento a todos y en particular al prudentísimo don Antonio de Mendoza, virrey de esta Nueva España, que mucho deseaba verle obispo por sus grandes prendas. Y como el que es verdadero humilde nunca se ensoberbece con los oficios, ni títulos de dignidad, antes, cuando se ven ensalzados, más se conocen por indignos, no se ensoberbeció este excelente prelado con la nueva dignidad; antes, como si fuera un fraile de los comunes y ordinarios, se partió luego para su obispado a pie y pidió a los prelados de esta provincia, que mientras le venían las bulas de su Santidad le diesen por maestro al muy docto y santo varón fray Juan Fucher, para que le leyese los sacros cánones, que en esta ciencia era este varón santo muy eminente y consumado (como en su vida dijimos) y así se le concedieron, en lo cual mostró este celoso prelado las ganas que tenía de saber bien apacentar su grey, diciendo el Espíritu Santo[2] a los reyes y príncipes que gobiernan: Amad la sabiduría, para que perpetuamente reinéis; y luego vuelve a reforzar esta misma razón, diciendo: Amad la luz de la sabiduría todos los que sois cabezas de república. Y como cosa tan necesaria, a todos los prelados les amonesta en los *Proverbios*,[3] diciendo al que lo es: Pon cuidado en conocer a tu oveja y considera las necesidades de tu ganado. Las cuales no puede bien remediar el pastor que no tiene ciencia para tratarlas. Fue al convento de Cholula y vivió allí como uno de los otros frailes, haciéndose oyente del sobredicho padre. Viniéronle en breve las bulas y partióse luego a la ciudad de Huaxacac, para consagrarse. Vuelto a su obispado lo recibieron con mucho regocijo, haciéndole particulares fiestas, dando todos, grandes y pequeños, muchas gracias a nuestro Señor, porque les había dado tal prelado y pastor, general-

[2] Sap. 6.
[3] Prov. 27.

mente a todos tan acepto, así a religiosos y clérigos, como a los seglares; porque a todos hacía obras de verdadero padre, con tanta igualdad y benevolencia que en ninguna ocasión se pudo notar en él algún indicio de parcialidad o afición, más a los de su orden que a los de las otras mendicantes que entonces había.

Demás de esta discreción y prudencia (que es la que gobierna todas las virtudes) dotó nuestro Señor de otras muchas gracias a este meritísimo pontífice, y tantas cuantas en un prelado se pueden desear. Su aspecto y presencia era grave y venerable, con una benignidad y afabilidad que a todos daba alegría, y le tenían respeto y reverencia. Cuando celebraba órdenes o hacía otro cualquier acto pontifical, holgaban los curiosos de hallarse presentes por la mucha destreza con que los ejercitaba. Su plática era graciosa y de mucha eficacia; por esta causa él era el que concordaba los discordes y hacía las paces y amistades entre personas de cuenta y concluía los negocios de dificultad en toda la tierra, porque su boca estilaba panales de miel (como dice el Espíritu Santo)[4] mezclando dulzura en sus discretas razones. En el sínodo provincial que celebraron los obispos de esta Nueva España, el año de 1555, él fue el que más se señaló, y a él solo encomendaron los demás que ordenase las Constituciones Sinodales que entonces se publicaron e imprimieron. A los naturales (como a pobres y destituidos de favor) tuvo singular y paternal afición, con que los consoló y favoreció todo lo que pudo. Mostróse verdadero padre de pobres y con su pobreza (que era entonces mucha, pues sólo gozaba las quinientas mil maravedís que de la caja real le daban) les ayudaba y proveía. Y solía decir muchas veces, con angustia de su corazón: ¿Qué sentirá un obispo pobre, que ve tantos necesitados y tantas viudas y doncellas huérfanas y no tiene con qué remediarlos? Bien diferente pastor era este santo obispo de los que refiere el profeta Ecequiel,[5] de los cuales decía Dios que se apacentaban a sí mismos, sin dolerse de las necesidades de sus ovejas antes, tratándolas mal, se aprovechaban de su sudor y trabajo, y las tresquilaban muy inhumanamente. Fue querido y amado de todos en general; y por su mucha virtud pedido por arzobispo de Mexico, del cabido de aquella santa iglesia, después de la muerte del santo fray Juan de Zumárraga. Vivió con mucha honestidad de su persona y jamás ensució su cuerpo con algún acto carnal, como lo afirmó un venerable padre que lo confesó muchas veces, y fue su íntimo compañero y amigo. Visitaba su obispado personalmente, sin llevar más pajes ni serviciales que un compañero de la misma orden. Confirmaba grandísimo número de indios, y como era entonces la gente mucha, porque ninguno quedase privado de este sacramento de la confirmación, lo ejercitaba todo el día entero hasta quedar muy cansado y fatigado. Habiendo una vez confirmado infinidad de indios en el pueblo de San Felipe, dos leguas de Tlaxcalla, tres días que en él estuvo, le dio una noche el mal de la muerte, que fue un dolor de costado, y llamando a su compañero le

[4] Cant. Canticorum. 4.
[5] Ez. 34.

dijo de esta suerte: Padre bendito, a mí me ha dado enfermedad y creo es la postrera del mal de la muerte, vámonos a casa. Saliendo el buen obispo de los aposentos de la iglesia, para ponerse en camino, vio en el patio de ella grande multitud de indios, hombres, mujeres y niños, que lo esperaban para que los confirmase, y habiendo compasión de ellos dijo al compañero: Estos pobres, ¿cuándo se confirmarán, si yo no los confirmo? Y respondiendo el compañero que Dios le daría salud para que volviese, habida oportunidad, y los confirmase; replicóle el buen obispo: No quiera Dios que yo los deje de confirmar ahora y los envíe desconsolados, tráiganme luego recaudo. Confirmólos allí a todos, que eran muchos, lo cual fue ocasión que se le inflamase más la calentura. Partióse luego para la Ciudad de los Ángeles, donde está la silla obispal y no quiso ir a sus casas; mas fuese derecho al convento de San Francisco, diciendo que quería morir entre los religiosos sus hermanos. Y así fue que recibidos en aquel convento todos los sacramentos como bueno y fiel cristiano dio el alma a su criador, abrazado con un muy devoto crucifixo, habiendo gobernado la iglesia que Dios le encomendó, con mucho ejemplo, y cristiandad. Sacaron su cuerpo del monasterio de San Francisco y llevároнlo a su iglesia, con gran copia de sacerdotes, clérigos y religiosos de las tres órdenes. Fue su muerte muy sentida y llorada de todos, y particularmente de los naturales que como a padre muy tiernamente lo amaban. El virrey don Luis de Velasco, el primero, supo la muerte de este apostólico varón estando platicando con el obispo de Mechoacan don Vasco de Quiroga, y sintiéndola mucho dijo al obispo: Grandes son, señor, los secretos de nuestro Dios, que a los que había de dejar (según nuestro parecer) lleva; y a los que había de llevar deja, y decía muchas veces que había perdido en él buen obispo, padre y amigo verdadero. También el arzobispo de Mexico don fray Alonso de Montúfar, estando en el pueblo de Tzinacantepec, supo la muerte de este excelente pontífice, y con muchas lágrimas se levantó de la mesa (que estaba sentado para cenar) y se retrajo a su aposento, diciendo que esta nueva iglesia había perdido su principal pilar: Tanto era el amor y respeto que todos le tenían.

CAPÍTULO LIX. *De algunos religiosos dignos de memoria de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY ALONSO DE MOLINA VINO con sus padres, niño, a estas partes de la Nueva España, luego como se conquistó. Y como era de poca edad aprendió con facilidad la lengua de los indios mexicanos. Y cuando comenzaron los primeros doce padres a cultivar esta viña de el Señor, sabiendo que la madre de este niño Alonso tenía otro hijo con él, le pidieron quisiese dárselo para que les ayudase en el ministerio de los indios, y la devota madre, como otra Ana, madre del profeta Samuel, consideran-

dijo de esta suerte: Padre bendito, a mí me ha dado enfermedad y creo es la postrera del mal de la muerte, vámonos a casa. Saliendo el buen obispo de los aposentos de la iglesia, para ponerse en camino, vio en el patio de ella grande multitud de indios, hombres, mujeres y niños, que lo esperaban para que los confirmase, y habiendo compasión de ellos dijo al compañero: Estos pobres, ¿cuándo se confirmarán, si yo no los confirmo? Y respondiendo el compañero que Dios le daría salud para que volviese, habida oportunidad, y los confirmase; replicóle el buen obispo: No quiera Dios que yo los deje de confirmar ahora y los envíe desconsolados, tráiganme luego recaudo. Confirmólos allí a todos, que eran muchos, lo cual fue ocasión que se le inflamase más la calentura. Partióse luego para la Ciudad de los Ángeles, donde está la silla obispal y no quiso ir a sus casas; mas fuese derecho al convento de San Francisco, diciendo que quería morir entre los religiosos sus hermanos. Y así fue que recibidos en aquel convento todos los sacramentos como bueno y fiel cristiano dio el alma a su criador, abrazado con un muy devoto crucifixo, habiendo gobernado la iglesia que Dios le encomendó, con mucho ejemplo, y cristiandad. Sacaron su cuerpo del monasterio de San Francisco y llevároнlo a su iglesia, con gran copia de sacerdotes, clérigos y religiosos de las tres órdenes. Fue su muerte muy sentida y llorada de todos, y particularmente de los naturales que como a padre muy tiernamente lo amaban. El virrey don Luis de Velasco, el primero, supo la muerte de este apostólico varón estando platicando con el obispo de Mechoacan don Vasco de Quiroga, y sintiéndola mucho dijo al obispo: Grandes son, señor, los secretos de nuestro Dios, que a los que había de dejar (según nuestro parecer) lleva; y a los que había de llevar deja, y decía muchas veces que había perdido en él buen obispo, padre y amigo verdadero. También el arzobispo de Mexico don fray Alonso de Montúfar, estando en el pueblo de Tzinacantepec, supo la muerte de este excelente pontífice, y con muchas lágrimas se levantó de la mesa (que estaba sentado para cenar) y se retrajo a su aposento, diciendo que esta nueva iglesia había perdido su principal pilar: Tanto era el amor y respeto que todos le tenían.

CAPÍTULO LIX. *De algunos religiosos dignos de memoria de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY ALONSO DE MOLINA VINO con sus padres, niño, a estas partes de la Nueva España, luego como se conquistó. Y como era de poca edad aprendió con facilidad la lengua de los indios mexicanos. Y cuando comenzaron los primeros doce padres a cultivar esta viña de el Señor, sabiendo que la madre de este niño Alonso tenía otro hijo con él, le pidieron quisiese dárselo para que les ayudase en el ministerio de los indios, y la devota madre, como otra Ana, madre del profeta Samuel, consideran-

do la obra piadosa que hacía, lo ofreció con mucha voluntad al templo del Señor, donde vistiéndole un hábito servía en él como si fuera religioso, leyendo a la mesa y en otros ministerios, como el mismo Samuel hacía en el servicio de la casa de Dios. Y así como Samuel nunca más volvió a la de sus padres, después que su madre lo trajo a ella, así también este niño Alonso se quedó en la de San Francisco, sirviéndoles a los religiosos de intérprete y enseñándoles a algunos de ellos la lengua mexicana. Y llegando a edad de poder entrar en noviciado tomó el hábito en Mexico y siempre fue creciendo en toda virtud y buena religión, como el que tan bien enseñado estaba en ella, de tantos y tan benditos padres como había tenido por maestros. Fue único en saber bien la dicha lengua de los mexicanos para aprovecharse de ella, en la cual, con mucha suavidad y gracia particular que nuestro Señor le comunicó, predicó cincuenta años, con mucho contento y consuelo de los naturales: los cuales han dado mucha muestra de su aprovechamiento en las ciudades y pueblos, donde oyeron a este siervo de Dios y a otros semejantes buenos predicadores. Escribió también en la misma lengua muchas cosas, muy bien escritas. Es a saber: *Arte de la lengua mexicana. Vocabulario de la misma lengua. Dos doctrinas: Mayor y menor. Confesonario mayor,* muy cumplido, y *Confesonario menor. La vida de nuestro P. S. Francisco. Aparejo para recibir la sagrada comunión.* Todas estas obras andan impresas y se ayudan mucho de ellas todos los ministros de esta iglesia y los indios y muchos de los españoles seglares. Y así, sin duda, este siervo de Dios es el que más lumbre ha dado a esta iglesia, en lo tocante a esta materia. Es de creer piadosamente que está en gloria eterna gozando de sus muchos y fieles trabajos, porque acumuló a ellos grande observancia de nuestra sagrada religión, y celo ferventísimo de la honra y gloria de nuestro señor Dios y amparo de los pobres naturales. Murió con mucho aparejo que el Señor le dio, mediante una larga enfermedad que tuvo y está sepultado en el convento de San Francisco de Mexico.

Fray Juan de Burujon, lego, vino de la religiosa provincia de San Gabriel, año de 1531. Fue muy austero y penitente, mientras tuvo salud, que fue en todo el tiempo de su mocedad; pero después, en la vejez lo visitó nuestro Señor, con continuas enfermedades, por lo cual ya no podía seguir aquel rigor de penitencia con que había comenzado, aunque lo que faltaba en la maceración de su carne debía de acrecentar en la oración; porque se dice de este bendito religioso, por cosa cierta, que veía visiblemente a nuestro señor Jesucristo, en el santísimo sacramento del altar, en forma corporal y que le aparecía también la gloriosa Magdalena. Y siendo así, que era de esta manera visitado, es de creer que tendría obras que lo mereciesen, siendo contínuo en el servicio y comunicación con Dios. Pasó de esta vida al Señor, en el convento de San Francisco de Mexico, donde yace su santo cuerpo sepultado.

Fray Pedro del Castillo, natural de la Montaña, del valle de Guriezo, siendo mancebo y queriendo huir de los peligros del mundo, entró en la religión de nuestro padre San Francisco, tomando el hábito en el convento

de Almazán, de la provincia de la Concepción. Movido por el celo de la honra de Dios y salvación de las almas, vino a esta Nueva España, año de 1534, donde halló algunos varones santos del mismo hábito y espíritu, con los cuales, discurriendo por diversas partes y evangelizando la palabra de Dios, convirtió multitud de infieles a la fe de Jesucristo y los trajo al gremio de la santa iglesia romana, particularmente en las provincias de Tlaxcalla y Xilotepec, y en los pueblos de Tula y Tepexic. Era varón perfecto de suavísimas costumbres, muy ejemplar y observante, pobre y despreciado, en la paciencia se mostraba otro Job. Acaecíale levantarse antes del alba, a confesar los indios y ocupado todo el día en este ejercicio se olvidaba de comer, hasta que lo llamaban, sin dar algún indicio en su aspecto de cansancio, disgusto o impaciencia, aunque la gente que confesaba (por ser bárbara y de muy poco talento) era ocasionada para cansar y hacer impacientes, pechos de diamantes; y mostrábase así tan sufrido, porque sabía que Cristo nuestro señor, andando ocupado en la obra de la redención del hombre y ofreciéndole de comer sus discípulos, dijo:[1] Yo tengo manjar que comer, el cual vosotros no sabéis, ni conocéis; y como no lo entendieron los discípulos, les dijo otra vez: Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió al mundo, que es mi padre. Esta consideración traía al siervo de Dios cuidadoso en la continuación de este sacramento, por traer por él las almas de estos nuevos cristianos a su Dios y criador. Visitóle el señor y tocóle con su mano (como a tan escogido siervo suyo) con una prolija enfermedad de cota, en pies y manos, que hasta la muerte lo tuvo tullido, padeciendo continuos dolores; mas ninguno jamás le oyó quejarse, ni salir de su boca palabra que no fuese de mucha paciencia y conformidad con la voluntad del Señor, a quien él daba muchas gracias por semejantes regalos, cantando loores divinos, cuando más le apretaban los dolores, pudiendo decir con el santo Job:[2] Si los bienes los recibimos a montones de las manos del Señor, ¿por qué también no sufrimos los males con paciencia? Dios los da y Dios los quita: su santo nombre sea bendito. Y porque la prueba de su paciencia fuese más conocida de los hombres, le privó también nuestro Señor a este su siervo de la vista corporal, en el cual trabajo mostró tener grandísima paciencia.

Cuando hablaba con alguna persona era con tanta afabilidad y alegría de su rostro que daba bien a entender cuán llena estaba su alma de Espíritu Santo, que según el Apóstol,[3] su fruto es gozo espiritual. En todo tiempo, estando sano o enfermo, fue para sí muy austero y castigaba su cuerpo con mucho rigor, trayendolo al servicio del espíritu. Con toda su vejez y enfermedades no traía más ropa que un hábito de áspero sayal, sin túnica. Antes que se tullese anduvo siempre descalzo y dormía sobre unas tablas desnudas de toda ropa, después de tullido no dejó por eso de trabajar, como de antes, en la obra de los naturales, haciéndose llevar en una silla, de pue-

[1] Ioan. 5.
[2] Iob. 2.
[3] Ad Gal. 4.

blo en pueblo, no cesando de predicar, confesar y doctrinar, llevando adelante y creciendo en él el fervientísimo celo de la salvación de las almas, que le había movido a aprender las dos lenguas mexicanas y otomí. En los pueblos de los indios, cuando así los visitaba, no consentía que le pusiesen colchón en la cama donde había de dormir; y si hallaba alguno puesto luego lo hacía quitar y reposaba sobre las tablas, con alguna manta vieja, considerando por ventura que Cristo nuestro señor durmió el sueño de la muerte en el madero duro de la cruz, desnudo de sus vestidos y ropas. Comía con alegría los manjares más gruesos y comunes que había y poníanle fastidio los delicados y particulares.

En la oración era continuo y ferviente, rezaba el oficio divino, conforme al breviario, aunque estaba ciego, porque tenía en la memoria mucha parte de él y ayudábale otro religioso. También rezaba el oficio de los frailes legos, y muchas coronas de Nuestra Señora, con otras oraciones y devociones. Confesábase y comulgaba a menudo; porque según la verdad infalible del sabio,[4] el justo se muestra en sus principios y siempre humilde, acusándose de sus defectos y negligencias, y esto con tantas lágrimas que ponía mucha devoción y compunción al ministro que le administraba estos sacramentos. Tenía particular cuidado que en su celda no faltase agua bendita, para remedio de las muchas y graves tentaciones con que el demonio suele acometer a los más perfectos. No contento con lo que él por su persona trabajaba por la salvación de las almas, deseaba mucho que todos los religiosos supiesen la lengua de los indios, para ayudarlos; y así, a los que no sabían lengua les persuadía que la aprendiesen, y se ofrecía a enseñárselas y se ocupaba, con grande voluntad en ello, en especial enseñaba la lengua otomí, por ser muy dificultosa y bárbara, sin cansarse de día y de noche en responder a todo lo que le preguntaban. Por estar ciego rogaba muchas veces a algunos religiosos o indios que sabían leer, le leyesen en un vocabulario que tenía de la lengua otomí, porque no se le olvidase y por esta causa dejase de predicar en ella. Predicaba todos los domingos y fiestas, salvo cuando le aquejaban los dolores de su enfermedad de gota. Amaba a los naturales muy tiernamente y defendíalos de los agravios y desafueros que algunos españoles les hacían.

En la obediencia era promptísimo, que aunque estaba tullido y ciego, si su prelado le mandaba ir a visitar los naturales en sus pueblos (por ser como era este siervo de Dios muy buena lengua), luego le hacía llevar a ellos y les predicaba y consolaba, en sus trabajos y aflicciones. Y si el provincial le enviaba alguna obediencia, para ser conventual en otra parte, luego que se la daban la cumplía, sin excusa; porque tenía su voluntad puesta en la de su prelado, como verdadero hijo de obediencia. Queriendo, pues, nuestro Señor dar, el premio de tantos trabajos a este su fiel siervo, que había trabajado más de cuarenta años, en aquesta su nueva iglesia, una noche, después de maitines, sacó su ánima de la cárcel del cuerpo y la llevó a su gloria, para gozar de su esposo para siempre. Murió este bienaventu-

[4] Prov. 18.

rado padre en el convento de San Joseph de Tula, año de 1577. Su cuerpo está enterrado en el mismo convento, junto a las gradas del altar mayor. A su entierro se hallaron muchos religiosos capitulares, que iban a un capítulo, que entonces se celebraba en Mexico.

CAPÍTULO LX. *De otros religiosos memorables de aquellos tiempos*

FRAY FRANCISCO DE LAS NAVAS, DE LA PROVINCIA de la Concepción, vino a esta del Santo Evangelio, el año de 1538 con otros seis religiosos que envió la serenísima emperatriz doña Isabel. Fue el primero que comenzó a bautizar la nación de los indios, llamados popolocas, en el Valle de Tecamachalco, el año de 1540, y bautizó en dos meses, pasados de doce mil; después aprendió la lengua mexicana y la supo muy bien, y en ella trabajó muchos años, hasta el de setenta y ocho que murió, siendo guardián de el convento de Tlatelulco. Enterróse en el de Mexico, donde primero había sido guardián. Fue fraile de muy ejemplar vida y muy observante en su regla y profesión.

Fray Antonio de San Juan fue primero clérigo y arcipreste en tierra de Campos, donde era natural. Tomó el hábito de los menores en la provincia de la Concepción y de allí pasó a estas partes de la Nueva España, con deseo de ganar almas para Dios, que es el que traían todos los que en aquellos tiempos pasaban a estas Indias. Y aunque era hombre de mucha edad, cuando vino a ellas, aprendió la lengua de los indios mexicanos, y la supo y trabajó en esta viña de Cristo, con mucha solicitud y ejemplo; cuyos trabajos recibió el Señor aunque, al poner del sol de su vida, llamándole para ellos, como a los penúltimos que el padre de familias llamó para su heredad, haciéndolo participante de este mérito evangélico, en cuyo ministerio empleó todo lo que le quedó de vida, hasta que murió. Hiciéronlo guardián del convento de Tula, el año de 1543, y fue el primero que comenzó a dar allí el Santísimo Sacramento de la Eucaristía a los indios, por donde de este siervo de Dios, tienen en aquel pueblo particular memoria. Y también, porque siendo allí segunda vez guardián, el año de 1550, comenzó a edificar por mandado del ministro provincial fray Toribio Motolinía, la iglesia que aquel pueblo al presente goza, dedicada al glorioso confesor San Joseph; la cual acabó, tornando tercera vez por guardián, el año de 1554, juntamente con esto edificó mucho a los indios de aquel pueblo en las cosas de nuestra fe cristiana y buenas costumbres, y en el ornato del culto divino. Está enterrado en el convento de San Francisco, de la ciudad de Mexico, donde murió, lleno de muchos años y buenas y apostólicas obras.

Fray Lucas de Almodóvar, de profesión lego, vino de la provincia de los Ángeles. Fue notable enfermero y de mucha caridad y ejercitó este

rado padre en el convento de San Joseph de Tula, año de 1577. Su cuerpo está enterrado en el mismo convento, junto a las gradas del altar mayor. A su entierro se hallaron muchos religiosos capitulares, que iban a un capítulo, que entonces se celebraba en Mexico.

CAPÍTULO LX. *De otros religiosos memorables de aquellos tiempos*

FRAY FRANCISCO DE LAS NAVAS, DE LA PROVINCIA de la Concepción, vino a esta del Santo Evangelio, el año de 1538 con otros seis religiosos que envió la serenísima emperatriz doña Isabel. Fue el primero que comenzó a bautizar la nación de los indios, llamados popolocas, en el Valle de Tecamachalco, el año de 1540, y bautizó en dos meses, pasados de doce mil; después aprendió la lengua mexicana y la supo muy bien, y en ella trabajó muchos años, hasta el de setenta y ocho que murió, siendo guardián de el convento de Tlatelulco. Enterróse en el de Mexico, donde primero había sido guardián. Fue fraile de muy ejemplar vida y muy observante en su regla y profesión.

Fray Antonio de San Juan fue primero clérigo y arcipreste en tierra de Campos, donde era natural. Tomó el hábito de los menores en la provincia de la Concepción y de allí pasó a estas partes de la Nueva España, con deseo de ganar almas para Dios, que es el que traían todos los que en aquellos tiempos pasaban a estas Indias. Y aunque era hombre de mucha edad, cuando vino a ellas, aprendió la lengua de los indios mexicanos, y la supo y trabajó en esta viña de Cristo, con mucha solicitud y ejemplo; cuyos trabajos recibió el Señor aunque, al poner del sol de su vida, llamándole para ellos, como a los penúltimos que el padre de familias llamó para su heredad, haciéndolo participante de este mérito evangélico, en cuyo ministerio empleó todo lo que le quedó de vida, hasta que murió. Hiciéronlo guardián del convento de Tula, el año de 1543, y fue el primero que comenzó a dar allí el Santísimo Sacramento de la Eucaristía a los indios, por donde de este siervo de Dios, tienen en aquel pueblo particular memoria. Y también, porque siendo allí segunda vez guardián, el año de 1550, comenzó a edificar por mandado del ministro provincial fray Toribio Motolinía, la iglesia que aquel pueblo al presente goza, dedicada al glorioso confesor San Joseph; la cual acabó, tornando tercera vez por guardián, el año de 1554, juntamente con esto edificó mucho a los indios de aquel pueblo en las cosas de nuestra fe cristiana y buenas costumbres, y en el ornato del culto divino. Está enterrado en el convento de San Francisco, de la ciudad de Mexico, donde murió, lleno de muchos años y buenas y apostólicas obras.

Fray Lucas de Almodóvar, de profesión lego, vino de la provincia de los Ángeles. Fue notable enfermero y de mucha caridad y ejercitó este

oficio muchos años, en el convento de San Francisco de Mexico, con mucho ejemplo y observancia de su profesión. Tuvo don de curar con lo cual hizo muchas curas muy señaladas en religiosos y seglares, así españoles como indios; de los cuales, como pobres, más se compadecía. El prudente virrey de esta Nueva España, don Antonio de Mendoza, desahuciado de los médicos en una enfermedad grave que tuvo, se curó con él; y fray Lucas lo dejó sano, mediante la voluntad Divina; que parece que quería Dios que se cumpliese en este su siervo, lo que dice el apóstol San Pablo[1] que comunica el Espíritu Santo el don de curar a los que más le place y es su santa voluntad. Entendiéndose esta donación y gracia, con este devoto y bendito religioso, y como dotado de esta merced nunca el doctor Alcázar, médico famoso de la ciudad de Mexico, se quería curar con otro sino con este siervo de Dios, pareciéndole que más curaba por milagro que por ciencia, que para curar tuviese. De las otras órdenes venían enfermos religiosos a la enfermería de San Francisco a curarse con él, como lo hizo el muy venerable y bendito padre maestro fray Alonso de la Vera Cruz, honra de su religión y luz de estas Indias Occidentales, de la orden del glorioso padre San Agustín, en una grave enfermedad que tuvo y volvió sano y contento a su monasterio; con otros muchos hizo lo mismo que por evitar prolijidad no se cuentan. Murió fray Lucas en el convento de Mexico, cerca de los años de 1550. Al tiempo de su muerte apareció una cruz en el aire, y grande, sobre la enfermería donde acababa de expirar el santo lego y donde tanto se había abrazado con la cruz de Cristo, ejercitando aquel oficio y obra de tanta caridad; la cual cruz vieron algunas personas seglares devotas del convento; y admirados de ello lo vinieron a decir a los religiosos y hallaron que en aquel mismo tiempo acababa de expirar el siervo de Cristo fray Lucas de Almodóvar, muy devoto de la santísima cruz.

Fray Juan de Gaona de la provincia de Burgos y natural de la misma ciudad, hijo de buenos padres, tomó allí el hábito de religión de nuestro seráfico padre San Francisco, en su mocedad, y habiendo oído su curso de artes y teología, en la misma provincia, fue a reformarse y perficionarse en éstas y otras muchas ciencias a la Universidad de París, que a la sazón florecía muchísimo más que ahora en letras. Tuvo allí por su principal maestro en la teología escolástica, al famoso doctor, el padre fray Pedro de Cornibus; el cual conocida la habilidad y excelente sujeto de fray Juan de Gaona, puesto que tuvo muchos hábiles discípulos, aunque muchos de ellos faltasen del general, subido a la cátedra miraba a todas partes, y como viese presente a fray Juan de Gaona, con sólo él se contentaba, diciendo: *Sufficit mihi unicus Gauna*. Bástame a mí solo Gaona por oyente para que no sea infructuoso mi trabajo. Tanta era la opinión que este doctor tenía de su habilidad e ingenio. Salió de sus estudios este religioso varón, excelentísimo latino y retórico, razonable griego, muy acepto predicador; y sobre todo, profundísimo y gran teólogo; y lo que más es de estimar, religiosísimo en sus costumbres y celoso de la guarda de su profesión y regla. Volvió de París a su provincia de Burgos, donde le mandaron leer la santa teología; y como can-

[1] 1. Ad Cor. 12.

dela puesta sobre alto candelero (como dice Cristo nuestro señor) comenzó a extender la fama y luz de su sabiduría y religiosa persona, por las provincias de España, entre los frailes de la orden. Residía entonces la corte del emperador Carlos Quinto, de inmortal memoria, en Valladolid, y los padres de aquella provincia, que es de la Concepción, atento al concurso que había de personas principales cortesanas que acudían a aquel convento de Valladolid a oír las lecciones y ver los ejercicios que los religiosos tenían en sus estudios, pidieron con mucha instancia al ministro general, que les diese por lector de aquel convento a fray Juan de Gaona, por lo que tocaba al honor y decoro de toda la orden; y así el general le mandó venir allí para aqueste efecto. Estando en aquella corte leyendo teología, como la serenísima emperatriz doña Isabel, gobernadora de los reinos de Castilla, en ausencia del emperador, su marido, con la afición y celo que tenía de favorecer las cosas de las Indias, anduviese buscando religiosos, tales cuales en aquel tiempo convenían para la conversión y manutenencia de estas nuevas gentes, puso los ojos en fray Juan de Gaona, considerando su religión y letras, y encargóle que con otros escogidos religiosos pasase a esta provincia de Mexico. Viendo, pues, el prudente varón, que esto venía de mano de Dios, pues ni el venir al convento, ni salir dél para esta jornada, había sido solicitud suya, apercibióse luego para tan larga y peligrosa jornada y llegó acá con los demás, el año de 1538.

Luego que vino comenzó a aprender la lengua mexicana; y para mejor darse a ella dejó por diez años los libros y estudios graves de las letras, y salió con ella, de tal suerte que la supo como el que mejor en su tiempo; como parece claro en los *Coloquios*, que compuso en ella, que andan impresos y es lo que más se ha estimado de todo cuanto en esta lengua se ha escrito; porque en la pureza y elegancia de lengua, excede a todos los demás, y en la materia muestra bien el autor su espíritu y sabiduría. Sólo este librito ha quedado de su memoria, y en latín una *Apología*, contra un famoso teólogo extranjero, al cual convenció de un error que tuvo y lo hizo retratar, aunque no está impresa; y a esta causa, por ventura, se perdería como se han perdido otros tratados suyos, de mucha erudicción, que compuso así en latín, como en la lengua de los indios. Su predicación, en la ciudad de Mexico, fue de grande aceptación y edificación entre los españoles, mayormente por su mucho recogimiento que jamás salía del convento, ni tenía cumplimientos de visitas con alguna persona, ni aun con el mismo virrey; y juntamente por su extraña compostura y honestidad en el púlpito; tanto que las señoras y matronas de Mexico daban con esto en rostro a sus hijas, diciéndoles que tuviesen por dechado al padre Gaona, en la guarda de sus ojos y sentidos, y compostura de su persona, que propiamente parecía (como suelen decir) una dama. No se ensoberbeció este apostólico varón, con las gracias de que Dios lo adornó, antes fue humilde, sobre manera, aprovechándose de la doctrina de Cristo, cuando viniendo los discípulos de predicar y diciéndole que en su nombre habían lanzado demonios de los cuerpos humanos les dijo: No queráis gloriaros en eso, sino en saber que sois de los escogidos de Dios. Y así este bendito padre,

preciándose más de ser de los del gremio y aprisco de Dios, se humillaba cuanto podía. Y siendo tan docto se puso a leer gramática a los frailes, y también a los indios, en el Colegio de Tlatelulco, y de ellos sacó retóricos y artistas, que fueron después para leer a religiosos mancebos, por la falta que entonces había de frailes lectores. Y esto hizo con grande promptitud de obediencia, sabiendo que dice Cristo que no es el discípulo mayor que el maestro; y que siéndolo él se humilló y bajó a lavar los pies de sus discípulos. Y con este conocimiento, siendo guardián, él era el primero que tomaba la escoba para barrer y para hacer los demás oficios de humildad; y esto se verificó más en Xuchimilco que siendo allí guardián y lector, y labrándose cierto edificio, que se hacía, salía fuera del convento por tierra, con una espuerta y le seguían sus discípulos y los principales del pueblo, tomando ejemplo de su buen caudillo y pastor. Enflaquecía su cuerpo con ayunos, vigilias y penitencias. En el Adviento y Cuaresma, con predicar en el convento y en la ciudad, se pasaba con una escudilla de caldo, de lo que se guisaba, y un solo huevo de ración principal. El celo que tenía de la salvación de los naturales era muy grande, y así los ayudaba en cuanto podía. Eligiéronlo en séptimo ministro provincial de esta provincia, después que acabó su oficio el santo fray Toribio Motolinía, año de 1552, lo cual él rehusó todo lo que pudo, alegando insuficiencia y poca salud; mas al fin, contra toda su voluntad, lo hubo de aceptar; y antes que pasase un año, por escrúpulos que tenía, con título de faltarle la vista lo renunció y se lo aceptaron. Murió lleno de buenas obras y está enterrado en el convento de San Francisco de Mexico.

CAPÍTULO LXI. *De otros santos varones, dignos de memoria, que florecieron en esta provincia*

FRAY CHRISTÓBAL RUIZ VINO A ESTA Nueva España de la provincia de la Concepción, en compañía de fray Juan de Gaona, y de los otros, el año de 1538. No supo lengua alguna de los indios, porque siempre residió en el convento de Mexico, donde fue dos veces guardián y algunas difinidor de esta provincia de el Santo Evangelio. Era religioso de muy concertada vida y mucho ejemplo y dado al ejercicio de la oración, del cual compuso un libro pequeño, que anda impreso. En este bendito padre se verificó la elección que los santos doctores hacen; y en particular el bienaventurado San Gregorio en su pastoral, del buen pastor y prelado, en quien deben andar acompañadas ambas vidas, activa y contemplativa; porque tuvo gracia en regir un convento, no perdiendo por esta ocupación la quietud y ejercicio de la contemplación. Acabó santamente en el Señor, e yace su cuerpo en el convento de Mexico.

Fray Alonso de Ordoz, natural de Soria, tomó el hábito de religión en

preciándose más de ser de los del gremio y aprisco de Dios, se humillaba cuanto podía. Y siendo tan docto se puso a leer gramática a los frailes, y también a los indios, en el Colegio de Tlatelulco, y de ellos sacó retóricos y artistas, que fueron después para leer a religiosos mancebos, por la falta que entonces había de frailes lectores. Y esto hizo con grande promptitud de obediencia, sabiendo que dice Cristo que no es el discípulo mayor que el maestro; y que siéndolo él se humilló y bajó a lavar los pies de sus discípulos. Y con este conocimiento, siendo guardián, él era el primero que tomaba la escoba para barrer y para hacer los demás oficios de humildad; y esto se verificó más en Xuchimilco que siendo allí guardián y lector, y labrándose cierto edificio, que se hacía, salía fuera del convento por tierra, con una espuerta y le seguían sus discípulos y los principales del pueblo, tomando ejemplo de su buen caudillo y pastor. Enflaquecía su cuerpo con ayunos, vigilias y penitencias. En el Adviento y Cuaresma, con predicar en el convento y en la ciudad, se pasaba con una escudilla de caldo, de lo que se guisaba, y un solo huevo de ración principal. El celo que tenía de la salvación de los naturales era muy grande, y así los ayudaba en cuanto podía. Eligiéronlo en séptimo ministro provincial de esta provincia, después que acabó su oficio el santo fray Toribio Motolinía, año de 1552, lo cual él rehusó todo lo que pudo, alegando insuficiencia y poca salud; mas al fin, contra toda su voluntad, lo hubo de aceptar; y antes que pasase un año, por escrúpulos que tenía, con título de faltarle la vista lo renunció y se lo aceptaron. Murió lleno de buenas obras y está enterrado en el convento de San Francisco de Mexico.

CAPÍTULO LXI. *De otros santos varones, dignos de memoria, que florecieron en esta provincia*

FRAY CHRISTÓBAL RUIZ VINO A ESTA Nueva España de la provincia de la Concepción, en compañía de fray Juan de Gaona, y de los otros, el año de 1538. No supo lengua alguna de los indios, porque siempre residió en el convento de Mexico, donde fue dos veces guardián y algunas difinidor de esta provincia de el Santo Evangelio. Era religioso de muy concertada vida y mucho ejemplo y dado al ejercicio de la oración, del cual compuso un libro pequeño, que anda impreso. En este bendito padre se verificó la elección que los santos doctores hacen; y en particular el bienaventurado San Gregorio en su pastoral, del buen pastor y prelado, en quien deben andar acompañadas ambas vidas, activa y contemplativa; porque tuvo gracia en regir un convento, no perdiendo por esta ocupación la quietud y ejercicio de la contemplación. Acabó santamente en el Señor, e yace su cuerpo en el convento de Mexico.

Fray Alonso de Ordoz, natural de Soria, tomó el hábito de religión en

el devoto convento de San Francisco del Monte, cinco leguas de Córdova, de la provincia del Andalucía. Vino a esta del Santo Evangelio el año de 1538. Aprendió las dos lenguas, mexicana y otomí, y en ambas predicó muchos años la palabra de Dios. Vivió en mucha austeridad y abstinencia. Comía una sola vez al día y entonces poco. No bebió vino hasta que siendo muy viejo, por la necesidad que tenía, bebía un poco, rogándoselo el prelado y otros religiosos. Mas aunque era tan riguroso para sí, era de mucha caridad para los demás y acudía con entera voluntad a sus necesidades, así corporales, como espirituales; porque sabía que son bienaventurados los misericordiosos y que alcanzan de Dios misericordia (como dice Cristo). Jamás negó a alguno el oírle de penitencia, ora fuese indio, ora español; porque a todos igualmente comunicaba la caridad de sus piadosas entrañas, y en estas obras de caridad era incansable. Fue muy afable con todos y andaba siempre lleno de alegría espiritual. Parecía en su persona hombre que su conversación y trato tenía en el cielo (como dice San Pablo) porque andaba siempre elevado y trasportado en Dios; y todos veían en él la observancia de la regla, la promptitud en obedecer, la pobreza singular, la profunda humildad, ferviente celo de la salud espiritual de los prójimos; devoción en rezar el oficio divino y celebrar las misas y muy alta contemplación. Levantábase cada noche a las once y luego rezaba los maitines antes de la comunidad; y con los demás religiosos los rezaba otra vez en el coro, que era acto de grandísimo merecimiento y en que mostraba su ferviente devoción. Y como el demonio veía en el apostólico varón tanta perseverancia en su santa vida, ganoso de verle caído de tan alta perfección, molestábale sumamente con diversas tentaciones: mas confortado del Señor, con grandes vigilias y oraciones, alcanzó victoria contra el enemigo, poniéndosele el mismo Señor por ejemplo, cuando en el desierto le venció[1] con ayunos, vigilias y oración, apartándose de su divina presencia, avergonzada y confusamente. En la oración recibió muchas mercedes de nuestro Señor; las cuales él con mucho cuidado encubría, a imitación del rey David, que dice en el salmo:[2] Abscondí, Señor, vuestras palabras en mi pecho, para no pecar, ni ofender la franqueza de vuestras mercedes y misericordias. Y el que revela los misterios, que es el secreto que se le encomienda (como dice el Sabio)[3] hácese indigno de recibir mercedes ni beneficios; y los de Dios deben ser guardados, cuando por alguna causa justa no conviene que sean dichos. De día estaba a la continua, estudiando en la librería, o en la celda; y juntaba a la lección la santa oración; porque como otro San Buenaventura, cuando especulaba con el entendimiento lo rumiaba con el afecto de la devoción. De noche nunca metía lumbre en la celda, porque sacado el tiempo del sueño que tomaba (que era muy poco) todo lo demás gastaba en oración. Tuvo singular celo y cuidado de la guarda de la honestidad.

Fue muchas veces guardián en la provincia y en este oficio muy grato

[1] Math. 4.
[2] Psal. 18.
[3] Prov. 20.

y amable a todos los naturales. En el pueblo, llamado Textlalpa, cerca de Tula, le trajeron al siervo de Dios una india otomí para que la bendijese porque parecía estar endemoniada. Metiéronla por fuerza en la iglesia, porque de otra suerte no quería entrar, y puesta ante el santo viejo, él por su mucha humildad se excusaba de bendecirla y rogaba al compañero (aunque más mozo) que la bendijese, mas como el compañero, teniendo el respeto debido al santo varón, no lo quisiese hacer, él finalmente la bendijo y luego la india comenzó a dar muy recios temblores, que a los presentes ponía miedo y espanto como despidiendo al mal huésped, que dentro de sí tenía. Mandóle luego se santiguase ella propia; lo cual hecho quedó libre aquella mujer del demonio, que nunca más le volvió aunque quedó muy fatigada; pudiendo decir este varón de Dios lo que los discípulos dijeron a Cristo: Señor, en vuestro nombre lanzamos los demonios de los cuerpos. Pero era tan humilde que aun esto no se atrevió a decir, mas antes lo atribuyó a la señal de la cruz que sobre sí se hizo aquella mujer. Vino a enfermar de la orina y dureza de vientre este padre bendito, siendo morador del convento de Tula, y lleváronlo a la enfermería de Mexico, trayendo en su compañía un santo lego, llamado fray Francisco Ximénez, que eran de un mismo espíritu, donde le serví yo los días que estuvo en ella; y como el mal parece proceder de frío, mandóle el médico dar unos baños en una tina, y cuando entraba en ella comenzaba a cantar un verso de un romance de nuestro padre San Francisco que dice: Estábase San Francisco en los montes, apartado; y cuando llegaba a estas segundas palabras, aunque había comenzado alegre y contento, comenzaba a llorar luego con grandes sollozos, y en cesando de llorar volvía a comenzar el verso y luego lloraba; de manera que jamás lo proseguía, ni podía, sin reventar en lágrimas y en la cama, de noche y de día, no hacía otra cosa sino cantar himnos a Nuestra Señora, en voz entonada y baja, y los remataba con lágrimas. Y entre otros muchos que lo visitaban fue uno el vicario del convento, y le rogó el siervo de Dios se acordase de él en sus oraciones, y lo encomendase a Dios siete días continuos, los cuales cumplidos y recibidos los santos sacramentos, lleno de muchas virtudes y santas obras, pasó al Señor el año de 1584. Está enterrado en el dicho convento de San Francisco de la ciudad de Mexico.

Fray Hernando de Leyva, lego, fue natural de Cidamon, en la Rioja, cerca de Santo Domingo de la Calzada, sirvió a la orden hartos años en la provincia de Burgos, donde tomó el hábito, con mucho ejemplo y trabajo de su persona, porque desde que le tomó se ocupó en estos ejercicios humildes Y es cierto (como dice Cicerón)[4] que la costumbre de los trabajos hace más fácil y llevaderos los dolores de su carga y peso; y como también dice Averroes, le es cosa muy suave al hombre aquello que toda su vida ha tenido en uso. Por esto amaba este santo lego los trabajos, por continuos que fuesen y se deleitaba en ellos, como si fueran de su natural suaves. Y como la perseverancia en la virtud no se puede continuar sin grande ayuda

[4] Cicer. Tuscula. 9. lib. 2. sup. 1. poetriae.

del Señor, dábase muy de veras a la oración, en la cual fortificaba su espíritu y lo renovaba, como el águila que dice David,[5] y con este fervor de espíritu que tenía deseaba ser anatema por sus hermanos (como otro San Pablo)[6] y morir por ellos. Y como oyese decir que en aquel tiempo los frailes legos ayudaban en la predicación y doctrina de los indios que se bautizaban en esta Nueva España, tomóle gana de venir a ella, siguiendo a los sacerdotes que venían a esta pelea, como el otro armero o paje de lanza de Jonatás, cuando subió al lugar donde estaban los filisteos; el cual, juntamente con su amo, les hicieron cruda y mortal guerra. Vino, pues, a esta provincia del Santo Evangelio y en todo el tiempo que vivió en ella (que fueron muchos años) fue morador en el convento de Cuernavaca, dando grandísimo ejemplo de santidad, penitencia y castigo de su cuerpo (que es el libro en que este santo varón estudiaba); no aprendió la lengua, ni se aplicó a tratar con gentes; porque puesto que el intento de su venida fue ayudar en la conversión de los naturales, y sabía leer y escribir y entendía algo de latinidad, era por otra parte simplicísimo y muy dado a la oración, soledad y recogimiento; y así se quedó en los ejercicios de su estado de lego, en que se había criado en España, y pudo ser la causa de trocar parecer, hablarle Dios al corazón con aquellas palabras del Sabio,[7] que dicen: Está en tu testamento y trata y comunica en solas las cosas concernientes a él, y envejécete en la observancia y guarda de sus mandamientos, espera en Dios y estate quedo en tu lugar. Era sumamente penitente y su cama era sola una tabla, con una estera encima; y por ser de su natural complexión frío, y por su mucha edad faltarle el calor, tenía una manta con que se cubría, hecha de muchos remiendos que él mismo cosía. Su hábito (como de pobre) era muy viejo y lleno de remiendos. Mucho tiempo le sirvió de almohada una concavidad que hizo en la pared, donde metía la cabeza, hasta que su prelado le mandó que la tapase por el daño que de ello le podía venir. Desde entonces, hasta que murió, tuvo un palo esquinado por cabecera, sin poner cosa alguna encima de él para más atormentar su cuerpo. Las sandalias que traía eran las que otros religiosos, de muy viejas, habían desechado, porque las remendaba, cosiéndolas con un grueso cordel, y para que entrase hacía los agujeros con un clavo, golpeándolo con un martillo, de suerte que había de andar el pie sobre aquellos gruesos cordeles, y duros, que más parecía que traía las sandalias para ejercicio de penitencia que para regalo, y de aquella manera le duraban muchos años. Nunca comía carne, mas contentábase con pan y fruta; en su última vejez, para poder dormir, cenaba de noche un par de huevos, hechos en tortilla con sebo.

En la oración fue muy continuo, y ocupaba mucho tiempo en ella. Recogíase luego en anocheciendo y levantábase a las diez, antes de media noche, y luego se iba delante del Santísimo Sacramento, donde estaba en oración y contemplación, hasta las tres de la mañana. En todo lo que

[5] Psal. 102.
[6] Ad Rom. 9.
[7] Eccles. 11.

hacía y trabajaba entre día, jamás se le quitaba el *Pater Noster* o *Ave María* de la boca; lo cual guardó todo el tiempo de su vida, que fueron más de ochenta años. Y porque la ociosidad, que es enemiga del ánima (como dice nuestro padre San Francisco)[8] no le apagase el espíritu de la santa oración y devoción, al cual las otras cosas deben servir, nunca supo estar ocioso, especialmente en su vejez, por lo cual, o cavaba un rato o escardaba, o podaba los árboles, o barría los caminos de la huerta. Palabra de murmuración jamás se oyó de su boca, ni de presentes, ni ausentes, ni muertos, ni vivos, aunque no fuesen conocidos de los circunstantes. Aborrecía también las palabras ociosas, como cosa de que se ha de dar estrecha cuenta, y siempre quería oír y tratar cosas de edificación.[9] Tuvo mucha caridad con los pobres y como los indios lo son, casi generalmente, por contentarse con poco y sembrar poco, compadecíase mucho de ellos. Subíase sobre las bóvedas de la iglesia y miraba si los indios tenían calabazas sobre sus terrados (porque allí las ponen para conservarlas entre año, porque es su comida más común y si no las veía angustiábase, pareciéndole que no tenían qué comer; y él mismo sembraba en la huerta del convento muchas y otras hortalizas, para sustento de los pobres, a los cuales cada día los mandaba hacer una olla para darles de comer; para lo cual pidió a la marquesa del Valle una caldera. Cuando veía españoles siempre les amonestaba lo que les convenía para su salvación, y que siempre diesen buen ejemplo a los indios. Decíales que se acordasen de aquello que dice San Pablo:[10] Un Dios, una fe, un bautismo, un Dios y padre de todos. Finalmente vivió y murió como muy santo religioso, y por tal lo tuvieron todos los que lo conocieron, así religiosos como seglares, indios y españoles. Enterráronlo junto a la portería de la casa vieja, donde él muchos años dio de comer a los pobres y necesitados. Su figura está pintada hoy día a la entrada de la portería, por memoria de tan santo y memorable varón.

Fray Francisco Cimbrón vino de la provincia de la Concepción, donde tomó el hábito. Era en el siglo caballero conocido de la ciudad de Ávila. Y porque la virtud y santidad es el esmalte de la caballería y nobleza de sangre, fue en la religión muy observante religioso, celador de la pobreza y limpieza y de la salvación de las almas, y fue también muy estudioso y recogido, fuera del tiempo que ocupaba en la obra de los indios, en cuya conversión y doctrina trabajó muchos años fielmente, y fue guardián en muchos conventos y siéndolo en el de Cuernavaca murió y está allí enterrado.

[8] Div. Francisci Asisi in opusc.
[9] Math. 12.
[10] Ad Ephes. 4.

CAPÍTULO LXII. *De otros venerables padres que han florecido en virtud y santidad en estas provincias de las Indias*

EL VENERABLE VARÓN FRAY DIEGO ORDÓÑEZ fue hijo de nobles padres, y guiando Dios su espíritu en su niñez, como otro Moysén su ganado a lo interior del desierto inclinóse a los estudios de las divinas letras, en las cuales aprovechó mucho, y aunque pequeño en la edad era muy grande en la madurez de su entendimiento. Y como sus padres lo vieron aprovechado en los estudios de las letras, procuráronle una dignidad en la santa iglesia de Salamanca, de donde él era natural, y fue en ella arcediano. Pero aunque aquel camino en que se habia puesto luego a los primeros años de su puericia era para hacerse de la suerte y heredad de Dios, parecióle al bendito mancebo que tras del señuelo de la dignidad podía estar la trampa de su desenvoltura, y que el anzuelo del oficio podía traer incorporado el cebo de la vanidad, porque aunque es verdad que él en sí es muy santo y digno de ser mirado con respeto, muchas veces acontecería (como en las demás cosas) que no revistiéndoselo un sujeto tal, y que mejor puede servirlo, sería la dignidad, no sólo no honrada como merece, pero ultrajada en lo que ella en sí no desmerece. Esto vemos en los dos sacerdotes, hijos de Aarón, que estando revestidos de una dignidad tan alta, como era el sacerdocio, llegaron a la administración de su oficio con menos decencia de la que debían, por lo cual envió Dios fuego sobre ellos, que les quitó la vida. De manera que aunque la dignidad eclesiástica de suyo es santa podría caer, a veces, en personas que en vez de conservarla en su gravedad y honorificencia, la deslustrasen y bajasen mucho de su majestad y grandeza. Y aunque este mancebito Diego no se había descompuesto en aquellos sus primeros años en cosa por la cual pudiese ser notado de corto o demasiado en el nuevo oficio eclesiástico que le fue concedido, con todo eso, recelando (como suele recelarlo la conciencia limpia) en otros tiempos después los sucesos de su vida, hizo renunciación de ella y de todas las cosas seglares, y entróse en religión, tomando el hábito de mi glorioso padre San Francisco, en su mismo convento de Salamanca, donde vivió muchos años y se hizo muy consumado letrado. Después, movido por celo de la salvación de estas gentes indianas, pasó a esta Nueva España, y fue a la provincia de Guatemala, donde residió algunos años; pero como era tan gran letrado y muy conocido en la doctrina de Escoto, diose más a la predicación de los españoles que a aprender la lengua de los indios; y esto porque no le dejaban con muchos negocios con que le ocupaban y casos a que respondía. Y así sucedió que cuando vino el Santo Oficio de la Inquisición a esta Nueva España, sabiendo los señores primeros inquisidores la mucha suficiencia de este grave varón, enviaron por él a la provincia de Guatemala y lo trajeron a esta del Santo Evangelio, para calificador de su santo tribunal, y lo mismo hicieron del padre fray Antonio

Quixada, que estaba en la provincia de Yucatán; los cuales dos venerables y ancianos padres (que en esta sazón lo eran mucho) fueron los primeros calificadores del Santo Oficio que hubo en esta Nueva España.

Era este apostólico varón fray Diego Ordóñez, muy pobre y muy humilde; seguía la vida común en su comida y vestuario. Era muy ferviente y celoso de la honra de Dios y muy honesto y casto en su persona, conservándose en esta excelentísima virtud con la misma pureza que había tomado el hábito. Era muy buen predicador y su palabra era eficaz, y en sus últimos años la hacía mucho más persuasiva la veneración de su persona, porque como pasaba de ciento y diez años, y tenía venerable aspecto, y toda su cabeza y barba más blanca que la nieve, hacía particular moción en los corazones de los que lo veían en el púlpito predicando. Fue grande defensor de la doctrina de Escoto y tuvo muchas y muy grandes controversias con otros, en razón de esto. Estaba tan ejercitado en las predicaciones que sin mucho estudio predicaba; y no reparaba en que le encomendasen el sermón, poco antes que la ocasión se ofreciese, como lo vi en el pueblo de Toluca, donde llegando a sazón que se había de predicar a una festividad grande que concurría el guardián del convento, que era nuestro lector de teología, le rogó que predicase, y lo aceptó, y puesto en el púlpito hizo demonstración del caudal grande de su mucho estudio. No traía libros consigo, sino una biblia y concordancias, y no sé si otro alguno más, y con éstos discurría por las partes que se le ofrecía y caminaba.

Era este bendito religioso de su natural pacífico y enemigo de ruidos y desasosiegos, y pareciéndole que en estos bullicios y estruendos de oficios de correspondencia con tribunales fuera de la orden, no podía tener quieto el espíritu, determinó de pasar a Zacatecas, que entonces era custodia de esta provincia del Santo Evangelio, donde estuvo algunos años, y en ella fue custodio; y después de haber aprovechado en mucha y muy sana doctrina a los moradores de aquellas tierras y minas, se recogió al convento del Real de Sombrerete, ya como candela que está acabando las luces de sus llamas, y en estos últimos tiempos de su vida estaba muy achacoso, así de la pesadumbre de la mucha edad, como de otros males que padecía. Pero el espíritu, como no se rige por las fuerzas de la carne, mostrábalo tan fuerte en estos tiempos de su última vejez como si estuviera en los años de su mocedad; y lleno de el amor de Dios predicaba casi a la continua. Y un mes antes que muriese predicó, por poder decir aquellas palabras del apóstol San Pablo:[1] Bien he peleado y el curso de mi vida he fenecido en la demanda de la predicación evangélica, en todas las partes que me se ha ofrecido y he guardado la fe, que a mi Dios prometí no sólo en el bautismo, y después en la religión guardando, como mejor he podido, la regla a que me obligué; pero también en el oficio de evangelizador que tomé a mi cargo; ya no resta sino que Dios cumpla su promesa y palabra, dándome la corona que de sus misericordiosas manos espero, no por las obras de justicia (como en otra parte dice el Apóstol)[2] que he hecho, sino por su sola

[1] 2. Ad tim. 4.
[2] Ad Tit. 3.

misericordia, por la cual fue servido de salvarnos. Este último sermón que predicó fue en la iglesia parroquial de los clérigos, donde le llevaron en una silla, por no tener fuerzas para ir en sus pies, y fue con tanto desflaquecimiento de sus fuerzas naturales que a poco más de un cuarto de hora que hablaba le dio un desmayo, que fue el último vale de sus sermones. Trajéronlo al convento, y aunque luego volvió en sí, no fue para ejercitar más el oficio. Pasados treinta días después de este en que se desmayó, murió con la misma preparación y fuerza de espíritu que siempre había mostrado en el servicio del Señor; cuya muerte fue sentida de todos y su cuerpo enterrado en el mismo convento de Sombrerete, con grandísima veneración. Murió de edad de ciento y diez y siete años, y de hábito ciento y cuatro, por haber tomado el de la religión muy niño, y tenía casi noventa años de sacerdote.

Fray Ángel de Valencia vino de la misma provincia de Valencia y pasó a la de Mechoacan, donde aprendió la lengua de los naturales, y en ella se ocupó espacio y tiempo de cuarenta años. Era religioso de muy aprobada vida, y en todo muy adornado de virtudes. El cual, habiendo llegado a los postreros años de su vida (que fueron muchos), díole la enfermedad de la muerte, y estando ya casi para tragarla arrebatóle en espíritu, como otras veces le había acontecido; y al cabo de un grande rato que había estado absorto, y en elevación mental, volvió como el que despierta de un muy pesado sueño, y dijo estas palabras:[3] *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domine mei ad me?* Que son las palabras que dijo Santa Elisabet a la virgen María, cuando entró a visitarla; de las cuales tomaron motivo todos los religiosos circunstantes, de creer y tener por muy cierto que la virgen sacratísima le debía de haber hecho visita, de quien en vida este siervo de Dios había sido muy devoto. Murió luego, después de haber dicho estas palabras; y yo creo que esta virgen santísima, como madre de misericordia, vendría por él para llevárselo consigo al cielo; porque la opinión que este apostólico varón tenía era de muy perfecto religioso. Murió en el convento de San Francisco de la ciudad de Guadalajara, provincia de Xalisco, y está su cuerpo allí enterrado.

Fray Gerónimo de la Cruz vino de la provincia del Andalucía a estas partes de las Indias, y pasó a las de Guadalajara, donde aprendió la lengua y administró a los indios la doctrina del Santo Evangelio; por cuya defensa y amparo padeció muchos y muy grandes trabajos, como la gallina que tiene debajo de sus alas los pollos que cría, cuando el gavilán la acomete, que por defenderlos de él recibe en sus carnes el golpe de sus uñas. Tuvo grandes persecuciones de hombres tiranos, que no sirven sino de hacer mal; pero el siervo de Dios, alentado con aquellas palabras del Salvador que dice a sus discípulos:[4] Seréis llevados con denuestos y oprobios a los tribunales de los jueces, acusados de falsas e infernales calumnias, que os acumularán; pero en semejantes ocasiones no os turbéis ni recibáis temor, ni queráis pensar lo que habéis de responder: en semejantes ocasiones os dará Dios palabras con que os defendáis y confundáis a vuestros perseguidores.

[3] Luc. 1.
[4] Math. 10, 17 et seqq.

Esto animaba mucho a este siervo de Dios, y puesta en él su confianza salía siempre victorioso de todas las que sus enemigos (o por hablar más propriamente, los que lo eran de Dios) le acumulaban. Todas las cuales sufrió el ministro evangélico con grandísima paciencia y tolerancia. Murió, cumplido de buenos días, en el convento de Guadalaxara, de la dicha provincia de Xalisco, con grandes demonstraciones de santo, y está su cuerpo sepultado en la capilla mayor del dicho convento.

Fray Daniel, lego, de nación italiano, de la provincia de Santiago pasó a esta Nueva España, con santo celo de aprovechar a estas nuevas plantas del Señor. Y después de haber estado algunos años en esta provincia del Santo Evangelio, fue enviado a la custodia de Mechoacan, donde se ocupó en su humilde ministerio todo el tiempo de su vida, enseñando a los indios la doctrina cristiana. Era muy adornado de virtudes, muy áspero en su persona; tanto, que trajo cincuenta años una cota de malla a raíz de las carnes. Era de mucha caridad y fue el primero que enseñó a bordar a algunos indios, por ser muy consumado en esta arte; y hay todavía de su mano algunos ornamentos que en aquellos primeros tiempos bordó, en esta provincia del Santo Evangelio, que aunque no son costosos, son muy curiosos. Murió con muy grande opinión de santo, así entre los españoles, como los indios y está enterrado en el convento de Guadalaxara, de la misma provincia de Xalisco.

CAPÍTULO LXIII. *De otros religiosos de santa vida de esta provincia del Santo Evangelio y de los Arcos, que llaman de Otumpa, por donde trajo el agua al pueblo el apostólico varón fray Francisco de Tembleque*

FRAY ALONSO DE TOPAS VINO de la provincia de Santiago; y habiendo estado en esta del Santo Evangelio, tres o cuatro años, se halló muy desconsolado y tentado por dar la vuelta a España, como ha acontecido a otros muchos, y no paró hasta que con importunaciones (sin saber la lengua, ni atender en la obra de los naturales) alcanzó de los prelados licencia para ello. Vuelto a la provincia, y morando en el convento de Salamanca, le mandó su guardián que fuese a pedir por ciertas aldeas comarcanas la limosna de la paja, que de ordinario se pide. Obedeció fray Alonso con mucha humildad, y llegando a un lugar donde nunca había estado, una mujer serrana (la cual afirmó nunca haber visto) le preguntó ¿qué era lo que buscaba? Y respondiendo fray Alonso que demandaba paja para el convento de Salamanca; le replicó ella: Desventurado de vos, padre, que dejastes de ocupar la vida en sustentar almas hambrientas del pan celestial, y venís ahora a buscar mantenimiento para las bestias. Hicieron y penetraron tanto el corazón de fray Alonso estas palabras, como saeta, arrojada de la mano de Dios, que luego a la hora, dejada la demanda de

Esto animaba mucho a este siervo de Dios, y puesta en él su confianza salía siempre victorioso de todas las que sus enemigos (o por hablar más propriamente, los que lo eran de Dios) le acumulaban. Todas las cuales sufrió el ministro evangélico con grandísima paciencia y tolerancia. Murió, cumplido de buenos días, en el convento de Guadalaxara, de la dicha provincia de Xalisco, con grandes demonstraciones de santo, y está su cuerpo sepultado en la capilla mayor del dicho convento.

Fray Daniel, lego, de nación italiano, de la provincia de Santiago pasó a esta Nueva España, con santo celo de aprovechar a estas nuevas plantas del Señor. Y después de haber estado algunos años en esta provincia del Santo Evangelio, fue enviado a la custodia de Mechoacan, donde se ocupó en su humilde ministerio todo el tiempo de su vida, enseñando a los indios la doctrina cristiana. Era muy adornado de virtudes, muy áspero en su persona; tanto, que trajo cincuenta años una cota de malla a raíz de las carnes. Era de mucha caridad y fue el primero que enseñó a bordar a algunos indios, por ser muy consumado en esta arte; y hay todavía de su mano algunos ornamentos que en aquellos primeros tiempos bordó, en esta provincia del Santo Evangelio, que aunque no son costosos, son muy curiosos. Murió con muy grande opinión de santo, así entre los españoles, como los indios y está enterrado en el convento de Guadalaxara, de la misma provincia de Xalisco.

CAPÍTULO LXIII. *De otros religiosos de santa vida de esta provincia del Santo Evangelio y de los Arcos, que llaman de Otumpa, por donde trajo el agua al pueblo el apostólico varón fray Francisco de Tembleque*

FRAY ALONSO DE TOPAS VINO de la provincia de Santiago; y habiendo estado en esta del Santo Evangelio, tres o cuatro años, se halló muy desconsolado y tentado por dar la vuelta a España, como ha acontecido a otros muchos, y no paró hasta que con importunaciones (sin saber la lengua, ni atender en la obra de los naturales) alcanzó de los prelados licencia para ello. Vuelto a la provincia, y morando en el convento de Salamanca, le mandó su guardián que fuese a pedir por ciertas aldeas comarcanas la limosna de la paja, que de ordinario se pide. Obedeció fray Alonso con mucha humildad, y llegando a un lugar donde nunca había estado, una mujer serrana (la cual afirmó nunca haber visto) le preguntó ¿qué era lo que buscaba? Y respondiendo fray Alonso que demandaba paja para el convento de Salamanca; le replicó ella: Desventurado de vos, padre, que dejastes de ocupar la vida en sustentar almas hambrientas del pan celestial, y venís ahora a buscar mantenimiento para las bestias. Hicieron y penetraron tanto el corazón de fray Alonso estas palabras, como saeta, arrojada de la mano de Dios, que luego a la hora, dejada la demanda de

la paja, dio la vuelta para el convento y contó a su prelado lo que le aconteciera, diciendo que aquella no era mujer, sino ángel que Dios le enviara; y como ciervo, herido de la saeta del estímulo de la conciencia, no sosegó hasta alcanzar otra vez licencia y volver (como volvió) a esta Nueva España, con tanto fervor y espíritu, que luego aprendió la lengua de los indios y trabajó fielmente en su conversión y doctrina. Y a la verdad de creer es que si aquella mujer no fue ángel en figura de mujer, que a lo menos quiso nuestro Señor abrir su boca, como abrió antiguamente las de las mujeres sibilas, e inspirarle lo que había de hablar para proveer su viña de un tan bueno obrero, a tiempo que tenía necesidad de muchos; porque entonces se verificaba aquello del Evangelio, que dice:[1] La mies ciertamente es mucha, mas los obreros pocos. Y también lo que dice Jeremías:[2] Los niños pidieron pan (conviene a saber) de las almas, y no había quién se lo partiese. Fue este siervo de Dios amigo de su profesión, y muy celoso de la salud de las almas. Cayó enfermo, siendo morador en el convento de Quahquechola y, trayéndolo al de la Ciudad de los Ángeles para ser curado, dijo a su compañero que lo llevaba que no pensaba volver más al convento de donde venía, porque se iba a morir. Y así fue como él lo dijo, que de aquella enfermedad acabó el destierro de esta vida y fue a gozar de Dios. Está enterrado en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles.

Fray Juan de Romanones, natural de un pueblo así llamado, en el reino de Toledo, tomó el hábito de los frailes menores en la provincia de Castilla, de donde vino a esta de el Santo Evangelio, con tan buen espíritu y celo de la salvación de las almas que luego aprendió la lengua mexicana, y en ella predicó y trabajó con los indios más de cuarenta años, y compuso en ella muchos y muy buenos sermones y otros tratados, y tradujo fragmentos de la Sagrada Escritura, por ejercicio suyo y utilidad de los predicadores de indios, porque fue una de las mejores lenguas mexicanas que en esta tierra ha habido. Entró en la religión de poca edad y conservóse por la gracia divina, en la sinceridad e inocencia de su puericia; y fue tanta que una vez, siendo presidente en una casa de comunidad donde había mancebos, cometió una culpa uno de ellos en el coro, estando rezando el oficio divino y, acabado, mandóle despojar para azotarlo, y como no tuviese disciplina en la manga, quitóse un orillo de paño con que traía ceñida la túnica, y con él le dió cinco azotes. El corista, viendo su sinceridad y queriendo probar hasta qué punto llegaba, comenzó a quejarse, como que le dolían los azotes cuando se los daba, a lo cual dijo el santo viejo: Eso quiero yo bobillo, que te duelan, para que con el dolor de ellos enmiendes tu culpa. Bien se coligió de este caso la sinceridad de alma que Dios había puesto en este su santo siervo; y con ser dotado de sinceridad tan pura vivió juntamente en la estrecha observancia de fraile menor en todo; y como vivió así súbdito, como guardián, religiosa y santamente, también murió como muy escogido siervo de Dios, con un espiritual júbilo de ningún santo apenas oído. Había dicho aquel mismo día misa, y a la hora

[1] Luc. 10.
[2] Lam. 4.

que sintió la voz del esposo celestial que lo llamaba para las bodas celestiales, fue en persona a su guardián y pidióle mandase dar luego la extremaunción, y le llamase los frailes, porque se quería despedir de ellos. Y aunque parecía no ser tiempo, ni estar en disposición para aquello, hízose por su importunidad y consuelo. Y acabado de recibir el olio santo, y decir algunas palabras de edificación a sus hermanos, comenzó en voz entonada (que en su tiempo la tuvo muy buena) a cantar el himno de la madre de Dios (cuyo especial devoto era) que comienza: *¡Oh gloriosa domina!*, y en diciendo las últimas palabras, *in sempiterna sæcula. Amen*, dio el espíritu a su criador. Está enterrado en el convento de Cholulla, donde murió.

Fray Francisco de Tembleque, natural del pueblo de Tembleque, en tierra de Toledo, vino también de la provincia de Castilla, juntamente con el apostólico varón fray Juan de Romanones, cuyo indiviso y singular compañero fue todo el tiempo, o casi lo más de él que estuvieron en esta Nueva España. Aprendió la lengua mexicana, suficientemente para confesar a los indios, y aunque no se dispuso a predicar en ella con el aparato acostumbrado, leíales por un libro la doctrina o sermón que le parecía convenirles, según el tiempo y ocasión en que se hallaba. Era varón de muy constante y determinado ánimo, lo cual se conoció en muchas y diversas ocasiones; una de las cuales fue que morando en el convento de Otumpa, que es ocho leguas de esta ciudad de Mexico, a la parte del norte y viendo que toda aquella provincia carecía de agua, que por ser muy alta la tierra no tiene fuentes, ni arroyos, y que de tiempo de su gentilidad usaban de unas balsas que por otro nombre se llaman jagüeyes, en los cuales se recoge el agua llovediza, como en otro tiempo se recogía en la piscina de Jerusalén, llamada Bethsaida, la cual bebían estos naturales, y aún de presente la beben en muchas partes de aquellas comarcas, por el discurso del año. Y viendo que la de estas balsas o jagüeyes llovediza, con que estos indios pasaban su año y se sustentaban, se la encenagaban los españoles con sus ganados y bestias, por ser camino pasajero para el puerto de la Vera Cruz y otras partes, e ir por él todas las cuadrillas de carros y carretas que siguen este viaje, y por esta causa estar ya estos dichos jagüeyes tales que ya no bebían sus desventurados moradores, sino cieno y lodo en lugar de agua, de que iba enfermando y muriendo mucha gente. Condoliéndose el caritativo religioso de tan extrema necesidad de los pobres indios, trató en su corazón de remediarla, determinándose de traer agua al pueblo, acometiendo en esto una hazaña que grandes y poderosos reyes del mundo apenas se atrevieran a salir con ella, ni él tampoco pudiera disponerse a semejante obra (aunque diga el Poeta[3] que a los atrevidos ayuda la fortuna) si no fuera con inspiración de Dios y particular auxilio de la gracia divina, que es el que todo lo vence y pone los medios fáciles en las más obscuras y pesadas dificultades. Fue, pues, la traza traer agua corriente a Otumpa, de nueve o diez leguas adelante, hacia la misma parte del norte, jurisdicción del pueblo de Cempoala, que en tiempos atrás era una muy gran provincia, sa-

[3] Virgil. lib. 10. Aen.

cándola de muy pequeños manantiales y de parte (al parecer y juicio humano) mucho más baja que adonde había de venir, estando metida entre cerros y barrancas. Tuvo muchas contradiciones para ello, no sólo de seglares, mas también de los frailes que se lo atribuían a temeridad, y decían que consumiría los indios de aquella provincia con el trabajo grande que habían de tener y, al cabo de haberse cansado y muerto, no saldría con su intento. Empero, el siervo de Dios fray Francisco, que tenía mirado y tanteado el caso, haciéndose prudente y sabio basilisco, tapó sus orejas a los pareceres y razones contrarias que hombres que no lo entendían daban, y comenzó su obra, y la prosiguió con la mano poderosa de Dios, hasta que salió con ella y proveyó de muy escogida agua a la provincia de Otumpa, a la de Cempoala, su convecina, en cuyos términos halló su origen (como dejamos dicho) dejando alcantarillas de trecho a trecho por todo el caño, para provisión de los vecinos. Duró la obra diez y seis o diez y siete años, los cinco de los cuales se detuvo en edificar una altísima puente o arco, por donde pasase el agua, sobre una honda y ancha barranca, que se puede contar (como la dicen todos los que la ven) por una de las maravillas del mundo. Corre el caño del agua, que este siervo de Dios trajo a Otumpa (que es una atarjea de grandísima y fuerte argamasa) por distancia de 160 u 496 pies de marca, que son más de quince leguas, por los muchos rodeos que lleva; pasa por tres puentes que edificó en tres barrancas; la primera de cuarenta y seis arcos; la segunda de trece; y la tercera (que es la mayor y casi de milagro) de sesenta y siete, y esta puente corre de un extremo a otro, en distancia de 3 u 178 tercias, que son mil y cincuenta y nueve varas y una tercia. El arco de enmedio de esta tercera puente tiene de altura ciento y veinte y ocho pies, que son cuarenta y dos varas, y dos tercias y de ancho tiene sesenta, que son veinte y tres varas y una tercia, que a los que ven cosa tan maravillosa les pone asombro y espanto. Y lo que más se encarece es que si fuera paso para ello podía pasar por debajo de él un navío grande a la vela tendida. De este arco de enmedio van después disminuyendo los demás laterales de la misma manera que la barranca va subiendo, hasta que el caño o atarjea vuelve a coger el suelo por donde va corriendo el agua y es cosa tan fuerte que desde que se hizo, que ha más de sesenta años, hasta ahora no se ha quebrado parte de este caño, ni ha rezumado el agua (que es cosa muy ordinaria en otras) por ninguna parte de él, ni con temblores, ni por otro ningún acontecimiento; donde se echa de ver la grandeza de la obra y cómo tuvo este bendito religioso mucha mano y ayuda de Dios para hacerla.

De esta empresa a que se puso este siervo de Dios se pueden ponderar tres cosas notables. La primera, su admirable ingenio e industria con que hizo obra tan insigne, segura y perfecta, sin haber aprendido en su vida semejante arte, ni oficio. La segunda su extremado y crecido ánimo, con que emprendió lo que grandes señores, con buenos maestros, dificultaran y temerían de emprender. La tercera, su increíble perseverancia, con que pasó adelante en esta obra que duró más de diez y seis años, y teniendo las infinitas contradiciones que decimos haber tenido; pero todo lo suple

la caridad, cuya propriedad y atributo (según Aristóteles, referido por el angélico doctor Santo Tomás)[4] es más amar que ser amado; y así se abalanza a todo, sin esperanza de premio; porque si este apostólico varón lo hubiera de aguardar de los hombres, no lo había en la tierra satisfactorio, ni él pienso que pudiera, por ninguno de el mundo, tolerar lo que sólo por el amor de Dios hizo; porque la caridad todo lo sufre (como dice San Pablo)[5] y todo lo tolera. En esta parte de esta tercera puente dicha, que es la más grandiosa y dificultosa obra del edificio, edificó este apostólico varón una devota ermita, dedicada a la Natividad del Señor, y la llamó Santa María de Belén, donde decía misa y doctrinaba y consolaba a los indios de la obra. Junto a esta capilla hizo una casita para sí, donde se recogía de noche, y algunos ratos del día, tan estrecha en todo que en la celda donde dormía apenas cabía la cama y una mesita, donde tenía su breviario y algún otro libro, por ser este varón de Dios muy penitente y pobre. Duró la obra de esta puente cinco años.

En esta obra tan larga y penosa no tuvo el buen padre fray Francisco de Tembleque más compañero que un grande gato pardo, que cazaba de noche en el campo; y al amanecer, o reír del alba, traía a su amo la caza que había hecho de conejos o codornices para la comida de aquel día, que parece cosa increíble pero es purísima verdad; y muchos religiosos vieron esta maravilla que pasando por allí hicieron en la ermita noche, sólo por ver la obra y satisfacerse del cuidado del gato, por correr con voz común por toda la tierra lo que hacía, y cómo se sustentaba a sí y a su amo. Y no se maravillará de esto el que supiere las grandezas de Dios, y que un cuervo traía de comer a San Pablo, primer ermitaño, y que otra cierva venía cada día a dar leche a San Blas, a una cueva, donde hacía penitencia.

Vivió después de esta tan insigne obra, fray Francisco muchos años, y fue guardián del convento de San Francisco, de la Ciudad de los Ángeles y de otras partes, y difinidor de la provincia, siendo siempre amado de todos, súbdito y prelado, por su religiosa y agradable condición y conversación. Morando en el convento de Cempoala, y habiendo ido una vez a vísperas al coro, quedóse en él rezando, como otras veces lo acostumbraba, al cabo de un grande rato que había pasado oyó grandísimo ruido, que le pareció que venía sobre la iglesia de la parte del poniente; y pareciéndole ser fuera de los límites humanos, abrió la ventanilla del coro, por ver qué cosa fuese; y no la hubo abierto cuando vido un grandísimo bulto, muy negro, a manera de culebra, y salió de él repentinamente una luz, como rayo, despidiéndola con un muy recio trueno, y dándole en los ojos al siervo de Dios, lo derribó en el suelo, casi como muerto; y volviendo en sí, ya había pasado aquella espantosa y repentina visión, y levantándose de la tierra le pareció que un ojo se le había saltado del casco y que estaba colgado y pendiente de su parte y lugar propio; volviósele otra vez a su lugar, pero nunca más vido con él desde aquella hora. Éste es un embuste de Satanás que (como decimos en otra parte y contamos este mismo caso) lo

[4] Div. Thom. cap. 2. q. 27. art. 1.
[5] 2. Ad Cor. 15.

acostumbraba el demonio entre estos indios idólatras, que era como una manera de encantamiento con que favorecía a unos, para contra otros, en algunos lances peligrosos.

Al cabo de su vida y en su última vejez lo visitó nuestro Señor, con los regalos que suele enviar a sus muy particulares escogidos, privándolo de la vista corporal del otro ojo que le quedaba, poco más de un año antes de su muerte, con que fue bien ejercitado y purificado, mediante la virtud de la paciencia que la tuvo, como otro Job o como otro Tobías.

CAPÍTULO LXIV. *De otros santos religiosos de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY MELCHOR DE BENAVENTE, NATURAL de Benavente, tomó el hábito en la provincia de San Gabriel, de donde pasó a ésta, del Santo Evangelio, con celo de la salud de las almas. Vivió siempre en mucha religión y vida ejemplar hasta la muerte. Tuvo singular celo de la honra de Dios nuestro Señor y de la fe de su santa iglesia y de ayudar a salvar los indios con los cuales trabajó fielmente, haciendo mucho fruto en su conversión y doctrina. Fue algunas veces difinidor en esta provincia y guardián del convento de Mexico y de otras casas. Y siéndolo de Tulantzinco, renunció la guardianía para irse con los otros a la reformación de la Insulana, como en otras muchas partes hemos dicho y referido. Caminando una vez de Quauhtinchan, donde era guardián, a otro pueblo en compañía de otro religioso, su súbdito, le dijo el bendito guardián que para honra de Dios confesaba que en más de treinta años que había tratado con los naturales, por ocasiones que le dieron, jamás había perdido la paciencia ni sentido turbación. Obra por cierto heroica y de tan perfecto varón, como él era; porque los naturales, por ser en aquellos tiempos faltos de las cosas de la fe y pulicia castellana, eran torpes y pesados y muy ocasionados para hacer perder la paciencia, cada momento, a los que con ellos trataban; pero obraba aquí Dios, cuyo siervo era fray Melchor; y estando lleno de su amor y caridad, no era posible menos sino que se sufriese y reportase, por ser efecto suyo, como dice el apóstol San Pablo,[1] ser sufrida. Estando una vez sentado hablando con un religioso pasó por delante de ellos una tortolilla, la cual él llamó con mucha simplicidad. Obedecióle luego aquella avecita y vino volando y púsosele en la mano con grande familiaridad, y dende a poco voló y fuese. Volvió segunda vez y tornósele a poner en la mano; que quiso Dios que a la santidad de este su siervo acompañase la fuerza de la obediencia que en la creación de el hombre puso en él, haciéndole inferiores todas las cosas criadas y dándole potestad y dominio sobre ellas; la cual por su inobediencia se la negaron, y se le subtrayeron todas, desconociéndolo como a enemigo de ella. Pero en esta ocasión de

[1] 1. Ad Cor. 13.

acostumbraba el demonio entre estos indios idólatras, que era como una manera de encantamiento con que favorecía a unos, para contra otros, en algunos lances peligrosos.

Al cabo de su vida y en su última vejez lo visitó nuestro Señor, con los regalos que suele enviar a sus muy particulares escogidos, privándolo de la vista corporal del otro ojo que le quedaba, poco más de un año antes de su muerte, con que fue bien ejercitado y purificado, mediante la virtud de la paciencia que la tuvo, como otro Job o como otro Tobías.

CAPÍTULO LXIV. *De otros santos religiosos de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY MELCHOR DE BENAVENTE, NATURAL de Benavente, tomó el hábito en la provincia de San Gabriel, de donde pasó a ésta, del Santo Evangelio, con celo de la salud de las almas. Vivió siempre en mucha religión y vida ejemplar hasta la muerte. Tuvo singular celo de la honra de Dios nuestro Señor y de la fe de su santa iglesia y de ayudar a salvar los indios con los cuales trabajó fielmente, haciendo mucho fruto en su conversión y doctrina. Fue algunas veces difinidor en esta provincia y guardián del convento de Mexico y de otras casas. Y siéndolo de Tulantzinco, renunció la guardianía para irse con los otros a la reformación de la Insulana, como en otras muchas partes hemos dicho y referido. Caminando una vez de Quauhtinchan, donde era guardián, a otro pueblo en compañía de otro religioso, su súbdito, le dijo el bendito guardián que para honra de Dios confesaba que en más de treinta años que había tratado con los naturales, por ocasiones que le dieron, jamás había perdido la paciencia ni sentido turbación. Obra por cierto heroica y de tan perfecto varón, como él era; porque los naturales, por ser en aquellos tiempos faltos de las cosas de la fe y pulicia castellana, eran torpes y pesados y muy ocasionados para hacer perder la paciencia, cada momento, a los que con ellos trataban; pero obraba aquí Dios, cuyo siervo era fray Melchor; y estando lleno de su amor y caridad, no era posible menos sino que se sufriese y reportase, por ser efecto suyo, como dice el apóstol San Pablo,[1] ser sufrida. Estando una vez sentado hablando con un religioso pasó por delante de ellos una tortolilla, la cual él llamó con mucha simplicidad. Obedecióle luego aquella avecita y vino volando y púsosele en la mano con grande familiaridad, y dende a poco voló y fuese. Volvió segunda vez y tornósele a poner en la mano; que quiso Dios que a la santidad de este su siervo acompañase la fuerza de la obediencia que en la creación de el hombre puso en él, haciéndole inferiores todas las cosas criadas y dándole potestad y dominio sobre ellas; la cual por su inobediencia se la negaron, y se le subtrayeron todas, desconociéndolo como a enemigo de ella. Pero en esta ocasión de

[1] 1. Ad Cor. 13.

la voz de este santo religioso acude esta avecita, movida del movimiento del poder de Dios, para que se conozca que si al uno por inobediencia le desconocieron, al otro por obediente a la ley de Dios y a sus mandatos le rinden esta obediencia. Visto aquello por el siervo de Dios, y no pudiendo encubrir el milagro, rogó, con humildad, al religioso que con él estaba que no lo dijese a persona alguna mientras él viviese; lo cual aquel religioso cumplió, que no lo descubrió hasta la muerte del santo varón. Era fray Melchor de muy gran celo de la santa pobreza y de su estado y profesión, de la cual ninguna ocasión lo pudo apartar. Fue hombre de oración continua y muy ferviente. Siendo guardián del convento de Quauhtinchan, quiso nuestro Señor llevarlo para sí, con aparejo de una gravísima enfermedad con que padeció intensos dolores y tormentos, con grandísima paciencia, porque sabía que dice Dios en el libro del *Eclesiástico*:[2] Todo lo que te fuere aplicado recíbelo y sufre en los dolores, y entre humildad muestra paciencia. Y es la razón porque así como en el fuego y crisol se prueba la fineza del oro, así también el hombre en la hornaza de la tribulación y dolores. Y así como le fue aconsejado, lo hizo este siervo de Dios fray Melchor; y acabó el curso de la vida con ellos, recibidos muy devotamente todos los santos sacramentos, lleno de muchas obras virtuosas y santas; y enterróse en el convento de San Francisco, en la Ciudad de los Ángeles, donde murió.

Fray Rodrigo de Bienvenida tomó el hábito de religión en la provincia de Santiago, y de allí vino a la provincia de Guatemala con otros religiosos; de donde después vino a esta del Santo Evangelio. No estudió más que latinidad en la Universidad de Salamanca: más con todo eso era de un ingenio tan claro y tan entendido, leído y tan cuidadoso en todo lo que pertenecía al oficio sacerdotal que no le faltó cosa para ser muy curioso eclesiástico y excelente ministro del Santo Evangelio. Y así lo fue él en esta nueva iglesia; porque luego que vino a ella se dio a aprender la lengua mexicana y la supo y en ella trabajó más de treinta años, con gran fidelidad y ejemplo; y así en esta provincia, como en las partes de Xalisco, que entonces era custodia de ella; y en la costa del Mar del Sur, cerca del valle de Balderas, bautizó muchos indios, que fray Francisco Lorenzo había sacado de entre ásperas sierras y puesto en acomodados sitios. Fue fray Rodrigo amicísimo de la pobreza, abstinencia, honestidad y de todo otro cualquier género de virtudes y muy cuidadoso en ejercitarse en ellas. Fue muy dado a la oración y devoción y lectura de libros espirituales. Y como la boca (según dijo Apuleyo) es una puerta de la razón o del entendimiento, y el lugar donde hace cortes la memoria, por donde descubre sus pensamientos y el portal de el ánima por el cual más fácilmente se descubre y manifiesta, que por otra cualquier parte del cuerpo, así en la de este bendito religioso se manifestaba la pureza de su conciencia y limpieza de sus pensamientos; porque toda su conversación era tratar cosas de devoción y animar a los religiosos a la guarda de su profesión y regla trayendo por ejemplo la san-

[2] Eccles. 2.

tidad y perfección de los primeros padres que plantaron la fe y religión en esta tierra: porque a los más de ellos o casi todos los conoció y conversó, y fue curioso más que otro alguno, en notar y hacer memoria de sus vidas y religiosas costumbres. Y así, este siervo de Dios fue el que más lumbre dio para lo que aquí escribo, porque dio vuelta a toda esta tierra cuatro o cinco veces, siendo compañero y secretario de los provinciales, cuando Mechoacan y Xalisco eran de esta provincia. Y como hombre que todo lo anduvo, conoció a muchos religiosos y supo de la tierra muchas particularidades. Acabó la vida siendo guardián de Huexotzinco, el año de 1575, y está sepultado en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, donde murió. Este religioso es a quien apareció, después de su muerte, el santo varón fray Juan de San Francisco, como se dijo en la historia de su vida; y de aquí se conocerá que debía de ser de buen espíritu; pues hombre tan santo como fray Juan, le comunicaba y hacía amistad y manifestaba sus pensamientos.

Fray Francisco de Bustamante, muy docto y religioso varón, fue natural del reino de Toledo y recibió el hábito de religión en aquella provincia de Castilla, donde tuvo mucho valor y estima por sus letras, religión y virtud; y fue electo en custodio para el capítulo general que se celebró en Mantua, el año de 1541. Y como de esta provincia del Santo Evangelio fuese con el mismo cargo al dicho capítulo fray Jacobo de Testera, y en su compañía fray Martín de Hojacastro, ambos hombres eminentes, por cuya relación entendió fray Francisco de Bustamante el mucho fruto que en esta tierra de la Nueva España hacían los religiosos mendicantes en aquella sazón; hecha la expedición del capítulo y pedida licencia a los prelados, se vino con aquellos padres a esta Nueva España, el año siguiente de 1542, donde sirvió a Dios nuestro Señor con mucho ejemplo de su persona y edificación de todos. Fue muy enseñado en las divinas letras ...eio, artes y teología en esta provincia. Era buen poeta latino y excelente y acepto predicador, con lo cual hizo mucho fruto en las ánimas. Por ser hombre prudentísimo y de gran gobierno, fue dos veces comisario general de todas las Indias, y otras dos veces provincial de esta provincia del Santo Evangelio, los cuales oficios ejercitó con mucho cuidado y celo de la honra de Dios, discurriendo por todas las partes y provincias que eran a su cargo. Y con ser hombre que pasaba de cincuenta y cinco años, cuando tuvo estos cargos, siempre andaba a pie, si no era por verse necesitado en largo camino cuando iba a otra provincia; con cuyo ejemplo los frailes que tenía a su cargo se animaban a seguir las cosas de virtud, con mucho espíritu, viendo el que su celoso prelado tenía en todas las cosas. De donde se colige la necesidad grande que hay, de que los que gobiernan y son prelados, hagan con debido cuidado todo lo que fuere en sí, por dar ejemplo a los menores que tienen a su cargo. Y hay de aquellos de los cuales dice el profeta Ecechiel que se regalan y apacientan a sí mismos, que comen la nata de la leche de la religión, y visten la lana de sus ovejas; porque (como adelante prosigue el Profeta)[3] les ha de ser pedida muy estrecha cuenta dellas, diciendo Dios·

[3] Ez. 34.

Vivo lo (que es como juramento) que porque no han cuidado de mis ganados y porque por su causa se han introducido desconciertos y relajaciones, les tengo de quitar los oficios con afrenta e ignominia, y les tengo de pedir cuenta de ellas, como pastor verdadero que soy de las almas y les tengo de hacer gormar lo que de ellas hubieren comido. Todo lo que tocaba al oficio de este prudentísimo varón, lo hacía con tal gracia que a todos daba contento y a ninguno dejaba quejoso: calidad necesarísima en un prelado para que los súbditos no teman de llegarse a él con sus necesidades, a imitación de Dios, hecho hombre, que recibia a los pecadores con amor y misericordia, a diferencia de cuando no lo era, que tenía por blasón Dios de venganzas, y nadie se atrevía a mirarle a la cara, ni aun oír la fortaleza de su palabra, sino que los de su pueblo pedían a Moisén que él les hablase por él. Y es grande lástima que llegue un pobre a pedir consuelo en su aflicción y en lugar y vez de dársele lleve por respuesta lo que Roboán,[4] hijo de Salomón, dijo a los afligidos de su pueblo: Si mi padre os azotaba con correas yo os tengo de azotar con escorpiones; y si él os echó una sola carga yo he de echar sobre vuestros hombros dos; porque a tanto rigor es fuerza que revienten los menores, y que procuren dar con ella en el suelo y desamparen (perdiendo el respeto) al que los tiene a su cargo y busquen más las cosas de su gusto que las que tocan a la religión. De los religiosos de las otras órdenes y seglares era muy venerado y querido este discreto varón.

La primera vez que acabó su provincialato fue por morador al convento de Cuernavaca, a aprender la lengua mexicana perfectamente, puesto que la entendía días había y allí dio grande ejemplo de humildad y mostró el desprecio de su persona, no queriendo beber un poco de vino, que le querían dar, por ser hombre en días y necesitado del estómago, mas suplía esta necesidad bebiendo agua cocida con hojas de un árbol que llaman ahuacate, queriendo padecer mengua por amor de Dios y con celo de la santa pobreza. Era muy dado a la oración y su principal estudio para la predicación era consultarla primero con Dios. Cuando la segunda vez fue electo en comisario general andaba la doctrina de los indios muy desfavorecida, y ellos muy supeditados, de los que buscan antes el interese del cuerpo que la salud de las almas; a cuya causa fue importunado de los religiosos de las tres órdenes, fuese a España a dar aviso de ello a la majestad del rey don Phelipe, nuestro señor, juntamente con las provinciales de las órdenes de Santo Domingo y San Agustín. Y puesto que la mar le hacía notable daño lo aceptó por el bien público y servicio que a Dios se hacía. Y en España trabajó todo lo que pudo porque se remediase lo que en el caso convenía, aunque fue sin provecho, porque no halló el favor que merecían sus buenos deseos. Y junto con esto el Señor fue servido de llevarlo, en breve, a gozar de la verdadera dignidad que sus fieles ministros poseen en el cielo; y así acabó este destierro en Madrid, adonde está enterrado en el convento de San Francisco. Partió de acá para los reinos de España, año de 1561, y murió en el siguiente de 1562.

[4] 3. Reg. 12. 1. Paral. 1.

CAPÍTULO LXV. *Vidas del apostólico varón y primer obispo de Yucatán, don fray Francisco de Toral, y de otros ilustres varones de esta provincia del Santo Evangelio*

DON FRAY FRANCISCO DE TORAL, PRIMER obispo de Yucatán, fue natural de Ubeda, y en su tierna edad se abrazó con el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religión de nuestro glorioso padre San Francisco, en la provincia de Andalucía. Con celo de la salvación de las almas vino a esta del Santo Evangelio, donde vivió con mucho ejemplo y observancia de su regla. Fue el primero que aprendió la lengua popoloca, dificultosísima de aprender, y la enseñó a otros frailes, y la puso en arte y método para más facilitarla. Aprendió también la mexicana y trabajó en ambas lenguas fidelísimamente en la provincia y comarca de Tecamachalco. Bautizó allí gran número de popolocas y mexicanos, y plantó en ellos la doctrina y fe cristiana, y púsolos en policía lo mejor que pudo; por lo cual en aquella provincia le tuvieron y tienen por primer apóstol de aquella nación popoloca; y así lo nombran y tienen, pintada su figura e imagen, en el convento de Tecamachalco, en memoria de lo mucho que con ellos trabajó. Fue electo en custodio de esta provincia del Santo Evangelio para el capítulo general que se celebró en Salamanca, el año de 1553. Anduvo la mayor parte de España buscando religiosos observantes y celosos del bien de las almas, para obreros de esta viña del Señor, y siempre a pie, con un pobre hábito de sayal remendado, con que dejaba muy edificados a todos los religiosos de los conventos por donde pasaba. Dio la vuelta a ésta Nueva España el año siguiente de 1554, trayendo consigo treinta y seis religiosos. Pocos años después fue electo en décimo ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, el cual oficio ejercitó con común aprobación y contento de todos sus súbditos, porque los gobernó, con mucha discreción y madureza. En acabando su oficio fue luego electo en primer obispo de Yucatán; porque aunque primero había sido electo otro de la misma orden, llamado fray Juan de la Puerta, no llegó a su obispado. Aceptó esta dignidad el siervo de Dios, constreñido por la obediencia, y por no haber en aquel obispado otros ministros del evangelio, sino solos religiosos de San Francisco; y por el deseo que tenía de ayudar a los naturales, a los cuales siempre tuvo entrañable afición de verdadero padre, antes de consagrarse se partió otra vez para España, a negocios que se le ofrecieron de su obispado, deseando poner su persona por el remedio de sus ovejas, como buen pastor (como dice Cristo), el cual no repara en morir por guardarlas y defenderlas de las bocas de los hambrientos lobos que las siguen por matarlas; y de España volvió a su obispado, consagrado y con algún remedio acerca de lo que fue a negociar. Al cabo de algunos días, deseando la quietud de su celda, pareciéndole que estaba como pece fuera de las aguas de la religión, y muy inquieto con el oficio pastoral, y también

deseando enterrarse entre los santos religiosos que en esta provincia del Santo Evangelio había conocido, renunció muchas veces el obispado; pero como era conocida la necesidad que en el reino de Yucatán había de la persona de este venerable obispo, nunca se le aceptó su renunciación. Y dado caso que no fue oído en sus ruegos para la dejación que hacía de su oficio, fue oído del Señor en los deseos que siempre tuvo de morir, en esta santa provincia del Santo Evangelio entre los hermanos que en ella había dejado; y así se los cumplió, porque viniendo de Yucatán a Mexico, a algunos negocios, estando aposentado en el convento de San Francisco, acabó el curso de esta vida en él, como a Dios se lo había pedido; porque sabe Dios acudir a los gustos de los que le aman y sirven con fidelidad, rodeando las cosas para este cumplimiento como más ve que conviene. Enterróse enmedio de la capilla mayor de la iglesia vieja, y allí yace su cuerpo. Murió en el mes de abril del año de 1571.

Fray Miguel de Torrejoncillo, vino de la provincia de Murcia. Fue muy ejemplar religioso, a todos apacible y grato, y aficionado a los naturales. Aprendió la lengua mexicana y predicó en ella muchos años, sin cansarse, aunque era hombre muy pesado y muy necesitado por sus continuas enfermedades, mas por ellas no aflojaba de su rigor, caminando siempre a pie y haciendo lo demás que por su regla había profesado. Era varón de mucha paciencia y perseverancia en el trabajo de la obra apostólica, siendo (como era) viejo, y tan pesado y enfermo. Mostrábase incansable en oír confesiones y no había más diferencia en él del tiempo de la Cuaresma, al de entre año, porque perpetuamente confesaba todo el día, entre semana y predicaba los domingos. Y en estos santos ejercicios acabó la vida presente y pasó a la eterna, año de 1572, dejando mucho consuelo espiritual a los que le vieron morir, muerte tan bienaventurada como la que murió en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, donde yace su cuerpo sepultado y su alma se cre, piadosamente, que está gozando de Dios por haberle servido en la obra de la conversión de estos naturales, con tanta fidelidad y trabajo ordinario que por su amor tuvo, y si servir a Dios es reinar (como dice el Apóstol)[1] también será el premio de su servicio la gloria perdurable, pues la promete a todos aquellos que se precian de ser sus fieles y leales obreros.

Fray Juan de Béjar vino también de la provincia de Murcia, con el comisario general fray Jacobo de Testera, el año de 1542. Fue varón de grande ejemplo y virtud y andaba de continuo lleno de alegría, con que mostraba claro la pureza de su conciencia, y limpieza de su alma y cómo en ella moraba el Espíritu Santo. Consolador porque uno de los indicios ciertos de que mora Dios en un alma, es la alegría exterior con que sus siervos se ocupan en su servicio. Jamás le vio alguno enojado, turbado o impaciente, puesto que algunas veces estuvo tullido. Su mayor regocijo y alegría era tratar del niño Jesús, y de su sagrada madre y de San Joseph, su muy particular devoto, que para él era la plática más frecuente y cotidiana. Y no es maravilla que fuese esta su continua conversación y trato;

[1] 1. Ad Cor. 4.

pues es cierto (como dice Cristo)[2] que donde el hombre tiene su tesoro allí tiene su corazón, y que si el tesoro de este devoto y tierno religioso era Dios, y su hijo humanado, que en él había de tener puestos los gustos de su corazón, haciendo demonstración de ellos en las palabras de su boca;[3] pues la abundancia de él se manifiesta por ella, como el mismo Señor[4] dice en otra parte. Viendo la imagen en que comúnmente se pintan estas tres personas, cantábale al niño y ofrecíale mil regalos, como si lo tuviera vivo en carne, diciéndole con la requebrada esposa:[5] Mi querido para mí y yo para él, ofreciéndole manojuelos de mirra de lágrimas tiernas, que son con las que descansa un alma enamorada de los requiebros dulces del Señor. Saludaba a la virgen su madre con muchas alabanzas de sus virtudes; y gozábase con San Joseph del altísimo privilegio que Dios le había comunicado, en haberlo hecho padre putativo y ayo de su unigénito hijo y esposo de su madre. Era sobremanera devotísimo de este santo patriarca y encumbraba esta su prerrogativa todas las veces que se le ofrecía materia, con muchas y eficacísimas razones que por la devoción le eran comunicadas. Donde él se hallaba no había de predicar otro en la fiesta de este glorioso santo, y tenía escritos muchos y muy doctos sermones que de él había compuesto. Fue este siervo de Dios la principal causa y medio por la excelencia de su predicación, para que el glorioso San Joseph fuese recibido por patrón de toda esta Nueva España, cuya casa, principalmente en todas, ella es la capilla de su nombre que está en el patio de San Francisco de la ciudad de Mexico. Era tanta la devoción que tenía a la gloriosa virgen Nuestra Señora, que en cada imagen suya que encontraba había de decir la oración del *Ave María*, aunque fuese muchas veces en una hora. Siendo (como era) predicador viejo, tenía tanta humildad que en el convento donde moraba servía a sus compañeros en los oficios del refectorio y cocina. Vino a enfermar y estando cercano de la muerte le dijo el médico: Padre, vos sois religioso y siervo de Dios, y así os tengo de decir la verdad. Sabed que tenéis de vida solas dos horas, por tanto aparejaos y poneos bien con Dios; al cual respondió el varón santo: Dios os consuele, señor, que me dáis tan buenas nuevas por la gracia del Señor; no me dicta la conciencia cosa que me dé pena; y así aparejado estoy para cuando sea la voluntad de mi Dios. Dijo esto con tanta alegría de espíritu que el médico no pudo dejar de llorar, viendo la promptitud con que aquel siervo de Dios moría; y, por el contrario, la mucha pesadumbre con que los hombres del mundo acaban. Falleció muy viejo y está enterrado en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, donde había sido guardián.

Fray Andrés de Castro vino de la provincia de Burgos, de la cual ciudad era natural y hijo de padres nobles. Desde su niñez fue muy inclinado a la virtud y desprecio de las cosas caducas y mundanas, criado en cristiana disciplina y ejercicio de las letras. Y como cuando el árbol tierno desde

[2] Math. 6.
[3] Math. 12.
[4] Luc. 6.
[5] Cant. Canticorum. 2.

sus principios va bien guiado, engruesa con el discurso de el tiempo y se envejece en aquella buena disposición en que fue puesto, así este bendito varón, enseñado en santas y honestas costumbres, prosiguió con ellas hasta la muerte, enderezando todos los actos de su vida en el servicio de el Señor, por cuyo amor despreció todas las que el mundo pudo ofrecerle; y siendo de edad para recibir el hábito de religión, lo recibió en el convento de San Francisco de la misma ciudad de Burgos; y acabado su año de la aprobación y hecho profesión, oyó en aquella provincia su curso de artes y teología; y después fue maestro de novicios en ella, por su ejemplar vida y religiosas costumbres. Y queriendo después aprovechar más en las divinas letras, fue con licencia de su prelado a Salamanca, donde por espacio de cuatro o cinco años, se dio al estudio de la sagrada teología, oyendo segunda vez los cuatro libros de las Sentencias, del doctísimo maestro fray Andrés de Vega, y aprovechándose de la doctrina de los famosos predicadores fray Francisco del Castillo y fray Alonso de Castro, todos tres de la orden de los menores, eminentísimos hombres en letras, y luz de nuestra sagrada religión. Y como la ciudad, situada sobre el monte (como dice Cristo)[6] no puede ser abscondida y volase la fama, por entonces, de la nueva iglesia, fundada en estas indianas partes por aquellos apostólicos ministros de el evangelio, los frailes menores, que como enseñados de aquel fundador soberano de la celestial Jerusalén la fundamentaron con piedras de humildad y la levantaron de estos humildes cimientos con paredes y muros de riquísimas piedras de virtudes, torreándola y almenándola con la doctrina de el Santo Evangelio, con que tan maravillosamente la hermosearon. Pues como esta fama volase por el mundo, juntamente con la observancia y perfección evangélica en que vivían los primeros fundadores de esta provincia de el Santo Evangelio y el gran fruto que hacían en la conversión de tan innumerables gentes, como las que entonces doctrinaban y bautizaban en esta Nueva España, deseando el siervo de Dios fray Andrés participar de ambos a dos inestimables aprovechamientos, pasó a estas partes el año de 1542, con el padre fray Jacobo de Testera. Aprendió luego la lengua mexicana y después, entrando en el valle de Toluca, aprendió la matlatcinca, que es lengua bien bárbara y dificultosa de aprender, y fue el primero evangelizador de aquella lengua y nación, porque antes de él ningún otro religioso la supo, ni después de él, casi por espacio de veinte años. Compuso en ella (porque otros la aprendiesen) *Arte y vocabulario, Doctrina cristiana y sermones* de todo el año. Y casi todo el tiempo que vivió en esta tierra, que sería poco menos de cuarenta años, se ocupó en la conversión, enseñamiento y ministerio de aquellas gentes; y así no se podría contar, con facilidad, el número de los que trajo a la fe, bautizó y confesó, porque era continuo e incansable obrero en la viña de el Señor. Y para plantarla, extirpó muchas idolatrías, supersticiones y vicios que había en la nombrada nación. Su ordinario predicar era tres sermones, en tres lenguas diversas, todos los domingos y fiestas. El primero a los indios mexicanos; el segundo a los matlatcincas; y el tercero a los españoles. Y muchas veces le acaecía, después de este trabajo

[6] Math. 5.

cantar la misa, y bautizar los niños que eran muchos, y enterrar los muertos que había; y tras esto, contentarse con un jarro de agua fría, y no querer beber vino, con celo de guardar la pobreza, por ser costoso en esta tierra, aunque entonces valía más barato que ahora. Y si por dar un jarro de agua fría al pobre promete Dios la bienaventuranza qué gloria dará al que la bebe, después de tantos trabajos, por darle la de la doctrina evangélica, que es a la que el mismo Dios llama diciendo:[7] Venid todos los sedientos a las aguas, que sin dinero se dan y son administradas con gracia. ¡Oh!, bienaventurado varón, que alcanzó de Dios tanta que pudo enseñar en lenguas tantas y tan diversas a los que llegaron a comprar sin dinero, poniendo por precio de esta compra los méritos de la pasión de Jesucristo, administrándoles estas aguas evangélicas con tanto trabajo corporal y espiritual como pasaba, pudiéndose decir de este incansable varón lo que Jacob dijo de su hijo Isacar en su profecía:[8] Jumento fuerte y muy recio para la carga, pues llevaba sobre los hombros de su espíritu y cuerpo el trabajo de tres sermones y misa cantada, y el bautismo de tantos niños y otras cosas que en el ministerio se le ofrecían. Jamás cesaba de oír confesiones, habiendo quien se confesase; y nunca le faltaban, porque él discurría algunas veces entre año por toda aquella provincia (que es bien áspera y fragosa) y los buscaba por montes, cerros y barrancas, y se estaba todo el día (dejado el tiempo en que decía misa, rezaba el oficio divino y comía) quitada la capilla al sol, oyendo confesiones, que otro no lo pudiera sufrir, ni un solo día; y podía decir como la esposa:[9] No me queráis considerar en el color moreno que tengo, porque es efecto que en mí ha hecho el sol; y es así que andaba curtido y de color trocado por la continuación que tenía de andar al sol, sin atender al daño que le hacía; porque como traía el amor de Dios por amparo, hacíale sombra su santo espíritu para no sentir sus inclemencias y fuerza. Todo el demás tiempo que le restaba de la obra de los indios, ocupaba en la oración mental, en la cual era muy devoto y ferviente, y muy continuo en la lección de las Sagradas Escrituras. Nunca quiso ser guardián, aunque muchas veces se lo rogaron; sólo una vez le compelieron por la obediencia a que lo aceptase y dende a pocos días renunció la guardianía; aunque por sus muchas partes de letras, religión y prudencia fue en veces electo en difinidor de la provincia. Era muy amigo de la quietud de su celda, por lo cual no quería entender en negocios temporales sino solamente en sus ejercicios espirituales. Mas con todo este su recogimiento era afable y amable a todos, así religiosos como seglares, españoles e indios, porque a todos agradaba su santa y apacible conversación, y de todo fue siempre tenido por varón santo. Muchas veces intentó de dejar aquella gente matlatzinca y morar entre mexicanos porque como era solo en tratar con ellos, y ellos eran gente bárbara, entonces teníanlo ya cansado y harto con sus cosas. Y así les solía decir que no había de volver a ellos hasta que se enmendasen de algunos vicios de que les repre-

[7] Ioan. 7.
[8] Genes. 49.
[9] Cant. Canticorum. 1.

hendía algunas veces. Pero en tomando el camino para salirse de entre ellos luego le salían al encuentro hombres, mujeres y niños, y unos se le ponían delante, como por muro, otros se abrazaban con él y hacían grandes llantos, y al cabo le tomaban en peso y lo volvían al monasterio, y con esto se quedaba. Y con todo esto pasaba porque sabía que dice San Pablo[10] que era deudor a los griegos, y a los bárbaros, a los sabios y hombres que poco saben; y consideraba que en doctrinar a éstos ganaba corona de mayor merecimiento. Porque así como el sano (como dice Cristo)[11] no tiene necesidad de médico, sino el enfermo, así también el hombre docto y leído no tiene necesidad de doctrina, sino el ignorante y simple. Era muy pesado de carnes y corpulento, y de muy delgadas piernas, y por tenerlas flacas y delgadas le causó aquella corpulencia, a la vejez, hinchazón de los pies, y tal enfermedad de ellos que no podía andar. Mas con todo eso no dejó, hasta la muerte, sus acostumbrados ejercicios y trabajos del apostolado, haciéndose llevar a caballo mientras pudo andar en él; y cuando más no podía (por importunación de los mismos indios) se dejaba llevar en andas, de pueblo en pueblo, no perdonando trabajo ninguno, a fin de hacer caridad al prójimo, diciendo con San Pablo, cuando habló con los varones de Éfeso:[12] No estimo la vida corporal en orden de mi provecho en tanto que me la conserva Dios y yo acabo con el curso de ella y con el ministerio de el Evangelio que me fue entregado por Jesucristo, mi señor. Fue observantísimo en su profesión y celador de ella, pobre y de mucha abstinencia. Su comer ordinario era sola una vez al día, salvo cuando por la obediencia o caridad, siendo llamado, cenaba alguna poca cosa. Acabó bienaventuradamente en santa vejez, en el convento de Toluca, año de 1577, y está allí sepultado.

CAPÍTULO LXVI. *De algunos otros religiosos señalados en santidad de aquestos tiempos*

FRAY JUAN OSORIO FUE EN EL SIGLO caballero principal de Ocaña, en el reino de Toledo. Vino a esta Nueva España en compañía del virrey don Antonio de Mendoza, de quien fue respetado y tenido en mucha estima; porque era fray Juan (aun en el hábito seglar en que estaba) hombre de mucho punto y gravedad en todas sus cosas. Ofrecióselе un negocio con que volvió a España; y despachado en corte, por el emperador, para tornar segunda vez a la Nueva España, halló en Sevilla muchos religiosos, grandes siervos de Dios, que traía en su compañía fray Jacobo de Testera, volviendo del capítulo general de Mantua, entre los cuales venían

[10] Ad Rom. 1.
[11] Luc. 5.
[12] Ac. Apost. 20.

hendía algunas veces. Pero en tomando el camino para salirse de entre ellos luego le salían al encuentro hombres, mujeres y niños, y unos se le ponían delante, como por muro, otros se abrazaban con él y hacían grandes llantos, y al cabo le tomaban en peso y lo volvían al monasterio, y con esto se quedaba. Y con todo esto pasaba porque sabía que dice San Pablo[10] que era deudor a los griegos, y a los bárbaros, a los sabios y hombres que poco saben; y consideraba que en doctrinar a éstos ganaba corona de mayor merecimiento. Porque así como el sano (como dice Cristo)[11] no tiene necesidad de médico, sino el enfermo, así también el hombre docto y leído no tiene necesidad de doctrina, sino el ignorante y simple. Era muy pesado de carnes y corpulento, y de muy delgadas piernas, y por tenerlas flacas y delgadas le causó aquella corpulencia, a la vejez, hinchazón de los pies, y tal enfermedad de ellos que no podía andar. Mas con todo eso no dejó, hasta la muerte, sus acostumbrados ejercicios y trabajos del apostolado, haciéndose llevar a caballo mientras pudo andar en él; y cuando más no podía (por importunación de los mismos indios) se dejaba llevar en andas, de pueblo en pueblo, no perdonando trabajo ninguno, a fin de hacer caridad al prójimo, diciendo con San Pablo, cuando habló con los varones de Éfeso:[12] No estimo la vida corporal en orden de mi provecho en tanto que me la conserva Dios y yo acabo con el curso de ella y con el ministerio de el Evangelio que me fue entregado por Jesucristo, mi señor. Fue observantísimo en su profesión y celador de ella, pobre y de mucha abstinencia. Su comer ordinario era sola una vez al día, salvo cuando por la obediencia o caridad, siendo llamado, cenaba alguna poca cosa. Acabó bienaventuradamente en santa vejez, en el convento de Toluca, año de 1577, y está allí sepultado.

CAPÍTULO LXVI. *De algunos otros religiosos señalados en santidad de aquestos tiempos*

FRAY JUAN OSORIO FUE EN EL SIGLO caballero principal de Ocaña, en el reino de Toledo. Vino a esta Nueva España en compañía del virrey don Antonio de Mendoza, de quien fue respetado y tenido en mucha estima; porque era fray Juan (aun en el hábito seglar en que estaba) hombre de mucho punto y gravedad en todas sus cosas. Ofrecióselе un negocio con que volvió a España; y despachado en corte, por el emperador, para tornar segunda vez a la Nueva España, halló en Sevilla muchos religiosos, grandes siervos de Dios, que traía en su compañía fray Jacobo de Testera, volviendo del capítulo general de Mantua, entre los cuales venían

[10] Ad Rom. 1.
[11] Luc. 5.
[12] Ac. Apost. 20.

los insignes prelados, que después fueron fray Francisco de Bustamante y fray Francisco de Toral. Viendo fray Juan este santo y poderoso ejército de religiosos que venía de refresco a socorrer a los otros primeros soldados, que en la milicia de Cristo habían levantado la bandera y estandarte de su santa fe, en estas Indias, que llevaban ya de vencida al demonio, echándolo fuera de este reino (como de él lo dijo Cristo) y pareciéndole que era mejor y más segura la conquista de las almas, que aquellos apostólicos varones venían a hacer, que la del oro y plata de las Indias, que los hombres del mundo con tanto afán buscan, por el cual sufren trabajos y fatigas; y que (como dice el Espíritu Santo)[1] no aprovechan nada en el tiempo de la venganza; y como dice San Agustín,[2] el oro es materia de trabajos, peligro de los que lo poseen (como se puede verificar en el rey Midas) es destruición de las virtudes, mal señor y traidor siervo. Considerando, pues, todo esto este siervo de Dios, fuese a los religiosos y rogóles humildemente lo admitiesen a su compañía; ellos lo tuvieron por bien y le dieron el hábito en la ciudad de Sevilla para fray Juan, como él lo pidió, puesto, que tenía suficiencia para ser del coro, y le persuadieron a ello los mismos religiosos, mas no quiso sino escoger el más bajo estado de la religión, por dejar el mundo y sus honras más de veras. Que como para la paga de gloria que Dios hace, no mira en tiempo, ni en estados, sino sólo en el agradamiento de los que le sirven, así tampoco debe mirar el siervo de Dios el estado que mejor le está para su estimación sino el que le conviene para ser de los que Dios cuenta por suyos, especialmente sabiendo que es condición suya, hacer morada en los corazones humildes; y como dice el real profeta David:[3] Mira Dios con ojos de misericordia la oración de los humildes, y que no menosprecia sus ruegos y deprecaciones; diciendo también el *Eclesiástico:*[4] Cuanto mayor y más noble fueres, humíllate más en todas las cosas y hallarás gracia por ello ante Dios, atendiendo a las palabras del glorioso doctor San Agustín,[5] hablando en persona de Dios que dice: aprended de mí, no a fabricar el mundo, no a criar todo lo visible e invisible, no las cosas maravillosas que en el mundo he obrado, ni el resucitar muertos, sino que soy manso y humilde de corazón; y si piensas edificar un alto y sumptuoso edificio, primero que lo ejecutes piensa el fundamento que para él es necesario, que es de humildad; esto dice el glorioso doctor San Agustín. Y aprovechándose desta santa doctrina este varón de Dios, tomó el hábito para lego. Trajéronlo aquellos padres, novicio, el año de 1542, y cumplido el tiempo hizo profesión en el convento de Mexico, donde ejercitó el oficio de sacristán muchos años, con gran veneración y curiosidad en el servicio de los altares y cosas del culto divino y con grande ejemplo de su persona y edificación de toda aquella ciudad, que de ver tan humilde y diferenciado un hombre que poco antes habían conocido en tanta estima y reputación, hallaban no poca materia de confundirse y de alabar a Dios en

[1] Prov. 11.
[2] Div. Augt. de verb. Domini.
[3] Psal. 101.
[4] Eccles. 3.
[5] Div. Augt. de verb. Domini.

sus obras. Fue apasionado este siervo de Dios de terrible melancolía, de que el demonio, enemigo de todo bien se debía de aprovechar para perseguirle cruelmente, teniendo envidia a su continua oración y santos ejercicios; porque en ellos le era tan importuno y molesto que casi lo traía al punto de desesperación, por momentos. Mas el Señor, que está con el justo en la tribulación (como dice David)[6] y que no permite ser tentado (como dice el apóstol San Pablo)[7] más de lo que puede llevar, la permitía en este su siervo para más provecho suyo, y lo libraba de ella y lo guardaba. Sintiéndose ya cansado y viejo, y por tratar más a sus solas con el esposo de su alma, en la soledad de su espíritu y para aparejarse más quietamente para cuando lo llamase a las bodas de la bienaventuranza, pidió a los prelados le quitasen el cargo de la sacristía. Fuele por ellos concedido esto; y así, desembarazado de cuidado y ocupado en sola la oración y contemplación, acabó sus días en paz; y fue sepultado en el mismo convento de San Francisco de Mexico, año de 1581.

Fray Francisco de Villalva fue natural de una aldea, cerca de Burgos, llamada Quintanapalla. Hijo de padres limpios y buenos cristianos, recibió el hábito de religión de los menores, en el convento de San Francisco de la dicha ciudad; y habiendo conversado santamente por algunos años en aquella provincia, vino a esta del Santo Evangelio, año de 1545 (poco más o menos) y trabajó en ella más de treinta años, con mucho ejemplo y santidad de vida. Era muy observante de su regla y de conciencia delicadísima, y muy tímida de caer en alguna ofensa de Dios; condición propia del que ama no ser causa de ofensa a lo que ama; lo cual se verifica en el santo viejo Tobías,[8] que después que cegó, trayendo su mujer un cabrito a casa, en precio de cierta obra que había hecho y oyéndolo balar el santo hombre dijo: Mirad no sea hurtado, vuélvasele a su dueño, porque no nos conviene comer cosa habida furtivamente, lo cual procedía de limpieza de conciencia y de temor reverencial que tenía a Dios. Y así dijo sabiamente San Bernardo:[9] ¿Qué cosa hay más dulce ni más quieta que la buena conciencia? La cual, ni los daños ni las afrentas de las palabras, ni otra cualquier cosa de ofensa teme. Y por esta causa fue muy pocas veces guardián; y las que lo fue, era constreñido por la obediencia. Mas del convento de Mexico jamás lo quiso ser, ni lo pudieron acabar con él, aunque le pusieron censuras para que lo fuese, dando él por excusa que no tenía para ello suficiencia. Eligiéronlo diversas veces en difinidor de la provincia, lo cual él aceptaba, pareciéndole, que en aquel oficio no había peligro de la conciencia. Teníase por cosa cierta que se conservó, con el favor divino, en perpetua virginidad. Y a esto bien fácilmente se persuadía, quien conocía su angélica conversación y pureza; de la cual se colegía tener esta virtud y las demás, que en un perfecto religioso se pueden desear. Fue excelente obrero de esta mies y agosto del Señor y con sus predicaciones, confesiones, amo-

[6] Psal. 90.
[7] Ad Cor. 10.
[8] Tob. 2, 21.
[9] Div. Bernar. in de Consc.

nestaciones y buenos ejemplos, se multiplicó el campo del Señor y le hizo cada día más fértil, produciendo árboles fructuosos y tan altos que llegaron hasta la vida eterna. Falleció en santa y venerable vejez, el año de 1577, y su cuerpo descansa en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles.

Fray Diego de la Peña vino de la provincia de San Gabriel, en compañía de Luis de Fuensalida, uno de los doce primeros que volvía de España; y muriendo fray Luis en la Isla de San Germán (como ya en su vida dijimos) fray Diego prosiguió su viaje y llegó a esta Nueva España. Siendo niño cayó en una fuente de agua honda y estuvo en lo bajo de ella mucho tiempo; y sacándolo como por muerto para enterrarlo, el niño Diego salió vivo y sin lesión alguna, porque lo tenía Dios guardado para servirse de él en la religión de nuestro glorioso padre San Francisco, como después pareció; porque en ella fue religioso muy observante, amigo de la santa pobreza, celoso de su estado y de toda virtud y muy notable en vida, ejemplo, doctrina y fervor apostólico. Traía un solo hábito, contentándose con sólo traer el cuerpo vestido de sayal, que le cubriese las carnes: que a no ser necesario por la honestidad (después del pecado de Adán) pienso que anduviera desnudo, según era el fervor que tenía en la guarda de la pobreza, y siempre anduvo descalzo; y todo lo demás de su abstinencia y penitencia conformaba con estas muestras del paño. Aprendió la lengua mexicana con la cual trabajó fielmente en la conversión de los indios, predicándoles y confesándolos con fervor de espíritu. Fue uno de los que comenzaba la reformación de la Insulana (como se dijo atrás) y para este efecto renunció la guardianía de Tepepulco. Murió en el convento de Mexico, donde está enterrado. Fray Melchor de Benavente (de quien arriba se hizo mención) grande amigo y familiar de fray Diego, estaba este día de su muerte en una ermita de Santa Isabel, una legua, poco menos, de Mexico; y a las ocho de la noche o poco después, que era cuando murió el varón bendito, la cama en que estaba ya acostado el dicho fray Melchor, súbitamente cayó y dio con él en tierra; y fuele mostrado, por voluntad del Señor, que su amigo fray Diego había entonces expirado. Y acordándose que había perdido un amigo de tanta bondad y pureza de alma, y que él quedaba solo, sin tal amigo, en este valle de lágrimas, lloró mucho, con gran ternura y sentimiento, aunque se alegró de saber que iba a recibir el premio de sus santas obras.

Fray Lorenzo de Villanueva fue natural de Villanueva de Barcarrota, en Extremadura, y hijo de padres cristianos y limpios. Tomó el hábito de nuestro glorioso padre San Francisco en el convento de San Onofre de la Lapa, de la provincia observantísima de San Gabriel, donde después fue diversas veces guardián. Vino ya hombre mayor a esta provincia del Santo Evangelio, siendo actualmente guardián del convento de los Ángeles, en compañía de fray Luis de Fuensalida, que moraba con él en aquella casa, cuando vinieron los despachos a fray Luis, para que viniese a esta Nueva España segunda vez y que trajese frailes. Y con el amor que ambos se tenían y celo de las almas, dejando el oficio de guardián fray Lorenzo, pasó

acá, juntamente con fray Diego de la Peña y otros. Y con toda su edad aprendió la lengua de los indios y con ella trabajó, con mucha fidelidad, cuarenta años en la viña del Señor, doctrinando y confesando a los naturales y ejercitando en ellos otras muchas obras de caridad, como son curarlos en sus enfermedades; y sobre todo dándoles singularísimo ejemplo con su vida angélica, que para los enseñados y doctrinados es la más eficaz predicación en sus ministros. Por esto dijo el apóstol San Pablo[10] a los corintios: Castigo mi cuerpo y póngolo debajo de dura servidumbre, porque por ventura no me suceda que predicando a otros las virtudes que deben seguir, yo me quede sin ellas y reprobado. Y Cristo nuestro señor dice: De tal manera resplandezca la luz de vuestra doctrina delante de los hombres que vean en ella vuestras obras buenas, para que por ellas sea alabado vuestro padre Dios, el cual está en los cielos. Y San Gregorio[11] acompaña a estas otras palabras, diciendo: Yo, que prohíbo las cosas ilícitas a mis menores, estoy obligado a imitarlos en las buenas que les amonesto; porque es hombre muy necio el que es el primero en la amonestación, y el último en aprender el bien que amonesta. Y según dijo Aristóteles:[12] Más mueven los ejemplos que las palabras; y ésta fue la causa porque Cristo señor nuestro, cuando predicaba, hablaba a los oyentes por parábolas y ejemplos, porque con ellos hacía mas intelegible su doctrina y el mismo Señor enseñó primero (como en los actos de los apóstoles se dice) con obras que con palabras. Vivió en el hábito este virtuoso varón, más de sesenta años, en los cuales fue muy penitente, ayunando siempre a pan y agua, con alguna fruta y una escudilla de caldo. Y con esta abstinencia lo traía Dios con un rostro alegre, colorado y hermoso, como a Daniel[13] y sus compañeros que no queriendo comer de los manjares de Nabucodosor, se mantenían y andaban más hermosos y lozanos que los otros, con solas legumbres y agua. Y lo mismo se verifica de la hermosísima Judith,[14] que habiendo vestido silicio y hecho penitencia, con ayuno continuo de algunos días, con lo cual había de tener el rostro marchito y macilento; pero nota la Sagrada Escritura que iba más hermosa al campo de Holofernes después del ayuno, de lo que antes ella era, porque el Señor le había acrecentado su hermosura. Anduvo siempre este varón santo descalzo y con sólo un hábito, sin túnica. Fue muy observante de su regla, y por ninguna ocasión dejó de andar a pie; y acaecíale, algunas veces, andando camino, quedarse medio muerto de dolor de una quebradura grande que tenía, y viéndolo así algún español, que acaso por allí pasaba, convidarlo con una cabalgadura, y jamás aprovechar con él para que subiese en ella. Al fin de sus días, por algún tiempo, fue muy visitado del Señor, con enfermedad de perleña, en sola la lengua, que casi le quitó la habla, por lo cual ya no decía misa, y toda la mañana se estaba en la iglesia oyen-

[10] 1. Ad Cor. 9.
[11] Div. Gregor. et bebetur 2. q. 7. Paul.
[12] Lib. 10. de Coelo.
[13] Dan. 1.
[14] Iudith 10. et 11.

do con muy grande devoción, las que se decían. Íbase muchas a orar al altar mayor, delante del Santísimo Sacramento, en cuya presencia se fervorizaba tanto que parece que salía fuera de sí y besaba (al parecer) en el aire, tan a menudo y con tanto ruido de besos que sonaba muy lejos la fuerza con que los formaba. Muchas veces lo vimos de esta manera, hablando con un lenguaje confuso, que bien creíamos tener alguna visión divina presente; hacía ademanes de abrazos, llegando las manos a su pecho tan apretadamente como si abrazara alguna persona muy querida. Daba voces otras veces, sin reparar en que hubiese alguna persona que le oyese, que era indicio del fervor de espíritu con que oraba. Fue también muy acometido de graves tentaciones de escrúpulos, especialmente le debía de hacer guerra el demonio, con representarle algunas dificultades de la fe, y estando de rodillas en la oración se le oían algunas palabras acerca de esto, diciendo a veces: Dios Trino y Uno. No, no, sino Trino y Uno, yo creo, yo creo, Jesús, Jesús, y otras así semejantes. Por esto andaba muchas veces por la casa muy afligido y en cualquiera parte de ella que encontraba algún mancebo corista le hacía hincar de rodillas y que le dijese el Credo y cuando llegaba a pronunciar las palabras que debían de ser de su tentación, hacía que otra vez y otras muchas, las repitiese. Con estas cosas se andaba ejercitando este varón de Dios en la pelea continua que traía con el demonio con las cuales piadosamente se puede creer, mereció mucho en el acatamiento divino; y esto se conoció bien claro porque en aquel tiempo fueron más continuos sus espirituales ejercicios y resplandeció más el fervor de su devoción. Murió en el convento de San Francisco de Mexico, de edad decrépita, de cien años, poco más o menos, correspondiendo su dichosa muerte a su buena y santa vida. Está sepultado en el dicho convento de Mexico.

Fray Juan de Bastida, digno de memoria entre los santos varones que ha habido en esta tierra, fue natural de Villanueva de Barcarrota, en extremadura, de gente llana y esmerada en vida cristiana, sobrino del dicho padre fray Lorenzo de Villanueva, ya nombrado. Tomó el hábito de religión, en la provincia de San Gabriel, de donde vinieron los primeros doce y otros siervos de Dios tras ellos. Y este religioso padre (aunque de aquella provincia) vino entre los últimos, cerca de los años del Señor de 1550, mas no fue el postrero en seguir las pisadas de los primeros, porque fue de los esenciales religiosos que esta provincia del Santo Evangelio ha tenido, como verdadero hijo de San Francisco por la estrecha observancia de su regla; y aunque llegó, como los otros obreros que el padre de familias llamó para la labor de su viña, a la undécima hora (como dice San Mateo),[15] aventajóse a otros que habían sido primeros, dejándolos atrás, como el buen segador que se aventaja en una grande haza de trigo a otros sus compañeros que entraron en ella a segar con el tiempo más aventajado, porque aprendió luego la lengua mexicana, que fue la hoz con que segó almas para Dios, en esta abundantísima mies indiana para que fue llamado y traído; y como buen peón, que para trabajar se desarropa y casi desnudo y descalzo se abalanza a su labor, así este siervo de Dios, usando de un hábito vil y de

[15] Math. 20.

sayal muy grosero, siguió las horas que le quedaron del sol, que fue todo el tiempo que le restó de vida, no atendiendo a cómo vestía, sino a servir en su ministerio, con fidelidad de siervo que por sólo amor servía (como otro Jacob a Labán su suegro) por el amor de la bienaventuranza. Y con tener desde su niñez cierta enfermedad que él decía venirle en herencia de sus padres y abuelos, que eran las piernas todas llagadas, como medio desolladas o quemadas, o llenas de fuentes que le traían el rostro como atericiado, con todo nunca usó andar a caballo, sino siempre a pie, aunque fuese por sierras y ásperas montañas, ni trajo calzado, ni lienzo, ni otra ropa más de su hábito y manto de sayal grosero (como decimos) ni dejó jamás de acudir al coro, a maitines y todas las otras horas. Fue uno de los doce que con celo de reformación quisieron fundar de esta provincia de Mexico otra más recoleta, que llamaron Insulana, aunque no hubo efecto, como arriba en las vidas de otros sus compañeros se ha tocado. Con ser hombre sin letras, más de entender un poco de latín, por su vida ejemplar y celo ferventísimo de la observancia de su profesión, fue diversas veces electo en difinidor y guardián de Mexico, y de otras casas principales de la provincia; y ejercitó estos oficios con mucha aceptación y aprovechamiento de sus súbditos. Supo la lengua mexicana en breve tiempo, luego como vino de España como queda dicho, y en ella trabajó fielmente por espacio de cuarenta años, confesando y predicando a los indios, e instruyéndolos en cristianas costumbres; y era tanta la afición que le cobró, por ver que con ella había hallado medio suficiente para encaminar los hombres idólatras a Dios, que el que le quería hacer lisonja y alcanzar de él lo que le pedía, le hablaba en lengua mexicana; de que recibía tanto contento que no negaba cosa justa que por esta industria se le pidiese. En estos ejercicios de doctrinar y evangelizar la palabra de Dios, se envejeció este siervo de Dios, hasta que el Señor fue servido de llevarlo para sí y darle el premio de sus trabajos con muerte de mucho contento y aparejo, conforme a la vida que había vivido. Está enterrado en el convento de San Francisco de Mexico.

CAPÍTULO LXVII. *De otros santos religiosos, dignos de memoria, de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY FRANCISCO DE MARQUINA, NATURAL de la ciudad de Victoria, de la provincia de Cantabria, hijo de padres cristianos y nobles, según el mundo, pasó a esta Nueva España con celo de la salud espiritual de los indios, el año de 1549. Aprendió luego la lengua mexicana y trabajó en ella con los naturales fidelísimamente. Tuvo una prerrogativa y gracia, concedida y comunicada de Dios, de atraer a sí las voluntades de todos los que lo trataban; con lo cual fue amabilísimo a todos los religiosos y seglares, así españoles como indios; tanto, que entre los muchos y grandes siervos de Dios que ha tenido esta provincia del Santo Evangelio, particularmente él tuvo en vida y le quedó después de la muerte el título de *Dilectus*

sayal muy grosero, siguió las horas que le quedaron del sol, que fue todo el tiempo que le restó de vida, no atendiendo a cómo vestía, sino a servir en su ministerio, con fidelidad de siervo que por sólo amor servía (como otro Jacob a Labán su suegro) por el amor de la bienaventuranza. Y con tener desde su niñez cierta enfermedad que él decía venirle en herencia de sus padres y abuelos, que eran las piernas todas llagadas, como medio desolladas o quemadas, o llenas de fuentes que le traían el rostro como atericiado, con todo nunca usó andar a caballo, sino siempre a pie, aunque fuese por sierras y ásperas montañas, ni trajo calzado, ni lienzo, ni otra ropa más de su hábito y manto de sayal grosero (como decimos) ni dejó jamás de acudir al coro, a maitines y todas las otras horas. Fue uno de los doce que con celo de reformación quisieron fundar de esta provincia de Mexico otra más recoleta, que llamaron Insulana, aunque no hubo efecto, como arriba en las vidas de otros sus compañeros se ha tocado. Con ser hombre sin letras, más de entender un poco de latín, por su vida ejemplar y celo ferventísimo de la observancia de su profesión, fue diversas veces electo en difinidor y guardián de Mexico, y de otras casas principales de la provincia; y ejercitó estos oficios con mucha aceptación y aprovechamiento de sus súbditos. Supo la lengua mexicana en breve tiempo, luego como vino de España como queda dicho, y en ella trabajó fielmente por espacio de cuarenta años, confesando y predicando a los indios, e instruyéndolos en cristianas costumbres; y era tanta la afición que le cobró, por ver que con ella había hallado medio suficiente para encaminar los hombres idólatras a Dios, que el que le quería hacer lisonja y alcanzar de él lo que le pedía, le hablaba en lengua mexicana; de que recibía tanto contento que no negaba cosa justa que por esta industria se le pidiese. En estos ejercicios de doctrinar y evangelizar la palabra de Dios, se envejeció este siervo de Dios, hasta que el Señor fue servido de llevarlo para sí y darle el premio de sus trabajos con muerte de mucho contento y aparejo, conforme a la vida que había vivido. Está enterrado en el convento de San Francisco de Mexico.

CAPÍTULO LXVII. *De otros santos religiosos, dignos de memoria, de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY FRANCISCO DE MARQUINA, NATURAL de la ciudad de Victoria, de la provincia de Cantabria, hijo de padres cristianos y nobles, según el mundo, pasó a esta Nueva España con celo de la salud espiritual de los indios, el año de 1549. Aprendió luego la lengua mexicana y trabajó en ella con los naturales fidelísimamente. Tuvo una prerrogativa y gracia, concedida y comunicada de Dios, de atraer a sí las voluntades de todos los que lo trataban; con lo cual fue amabilísimo a todos los religiosos y seglares, así españoles como indios; tanto, que entre los muchos y grandes siervos de Dios que ha tenido esta provincia del Santo Evangelio, particularmente él tuvo en vida y le quedó después de la muerte el título de *Dilectus*

Deo et hominibus. Era tanto el contento que daba a todos su buen reposo, prudencia y santa conversación que con ser mozo, en tiempo de tan santos y tantos viejos, ya le pronosticaban que si vivía algunos años había de ser provincial de la provincia. No es mucho esto, como dice la glosa en el *Libro de Judith*;[1] porque justa cosa es que el que hierve en amor de Dios sea de todos tenido por digno de toda honra; y añade Hugo Cardenal que el glorioso mártir San Sebastián, siendo tan mozo como era, fue muy querido y amado de todos los que le conocían; y da la razón diciendo: Que no era mucho que se llevase las voluntades de los hombres tras sí, el que tenía la de Dios en su alma, de cuya gracia estaba lleno. Esta misma opinión tenía granjeada este bendito religioso, con los frailes y todos los demás que le trataban; por lo cual le pronosticaban éstas y otras mayores cosas futuras. Mas era diferente del de los hombres el consejo y juicio de Dios;[2] el cual, porque le era agradable su ánima, como lo era su conversación a los hombres, se dio priesa a sacarlo de enmedio de los peligros del mundo; y fue así que este siervo de Dios oyó su curso de artes y teología en esta provincia del angélico mancebo fray Miguel de Gornales, en el convento de Xochimilco, donde lo leyó, de donde vino el dicho fray Francisco por discreto del capítulo provincial que se celebró en el de Huexotcinco en aquella sazón, que fue acabado este curso; y luego inmediatamente fue compelido por la obediencia y harto contra su voluntad, a que fuese por guardián del convento de Xalapa, donde con los trabajos de la visita (que entonces era mucha y de tierra muy áspera, y caliente) y con achaque de un recio aguacero que sobre él cayó, en aquellos caminos, vino a enfermar y murió en breve bienaventuradamente en el Señor. Enterróse en el mismo convento de Xalapa.

Fray Antonio Quixada, sacerdote, y predicador teólogo, fue natural de Medina del Campo, nacido de padres nobles. Siendo muchacho de poca edad lo enviaron sus padres a la Universidad de Salamanca donde, habiendo oído los sacros cánones, queriendo seguir las pisadas de un religioso, tío suyo que a la sazón era provincial de la provincia de Santiago, tomó el hábito en el convento de San Francisco de Salamanca. Hecha profesión después de haberlo ocupado algún tiempo en ejercicios de la disciplina regular y religiosa, le dieron estudio de artes y teología; en lo cual aprovechó mucho saliendo muy bien con todo lo que se le enseñaba; porque notablemente era estudioso y recogido, y de condición muy sincera, pacífica y quieta. Y después que algunos años estuvo en aquella provincia, con loable conversación y fama de buen religioso, llamólo el Señor para servirse de él, en estas partes de las Indias. Vino primeramente a la provincia de Quauhtemala, donde con las prendas que tenía de buenas letras, no le dieron lugar para que se diese a la lengua de los naturales; y así se ocupó siempre en ayudar con sus letras a los españoles en las predicaciones, confesiones y casos de conciencia que le preguntaban. Fue en aquella provincia electo en custodio; y después de algunos años, por la mayor necesidad

[1] Iudith 10.
[2] Sap. 4.

que de su persona había en la de Yucatán, se pasó a ella, donde estuvo poco menos de diez años ejercitando los mismos oficios de confesión y predicación con los españoles y edificándolos grandemente con su loable vida y ejemplo. De allí vino a esta provincia del Santo Evangelio, con negocios que se le ofrecieron; y juntamente con deseo de ver si su buen concierto, asiento y religión era conforme a la fama que tenía; y estando bien satisfecho de lo que de ella había oído, se quedó en ella por morador y residió en Mexico lo restante de su vida, que fueron quince años; edificando con su ejemplo y doctrina, como en las demás partes lo había hecho; sirviendo juntamente de calificador del Santo Oficio, en compañía del padre fray Diego Ordóñez, y leyendo santa teología a los religiosos. Con ser este bendito padre tan docto en letras, era de un natural y condición tan sincera y entendía tan poco de las cosas del mundo, como hombre sin malicia, que cualquiera le hacía creer lo que le decía en las cosas y casos de acá del mundo, aunque fuesen tales que no había razón para creerlas. Por haber entrado muchacho en la religión y no ser nada atrevido, ni malicioso, se tiene por cierto que no conoció a mujer, ni fue contaminado del vicio de la carne. Y así, con loable fama de vida y santa conversación, acabó su curso en el convento de San Francisco de Mexico, siendo de casi ochenta años de edad y de hábito, poco menos de sesenta. Está sepultado en el dicho convento de Mexico.

CAPÍTULO LXVIII. *Que trata la apostólica vida del venerable padre fray Gonzalo Méndez*

ENTRE OTROS RELIGIOSOS, DIGNOS de eterna memoria, que con celo de la salvación de las almas desterrándose de su patria pasaron a las Indias, fue muy esclarecido e insigne el padre fray Gonzalo Méndez, ínclito fundador de la santa provincia de Jesús, de Guatemala, y grande ministro del evangelio en aquella tierra. Fue este santo fundador natural de la ciudad de Guadalaxara, en el reino de Toledo, y en su mocedad tomó el hábito de nuestro padre San Francisco, en la provincia de Santiago y con otros religiosos de ella se pasó a la Nueva España, con grandes trabajos que se le ofrecieron en este camino, porque le anduvo todo a pie. Fundó en el reino de Guatemala una custodia, y en ésta y en la de Yucatán fue custodio, antes que fuesen provincias y en entrambas fundó muchos conventos, iglesias, escuelas y seminarios de niños donde les doctrinaban las cosas de la fe. Convirtió muchos indios y bautizó muchos de ellos; y finalmente fue un gran ministro de Dios y muy observante de su regla, muy penitente y contemplativo, y en la oración tuvo muchas visiones y le reveló Dios grandes cosas. Fue honestísimo y huyó tanto de la conversación de las mujeres, que mirarlas a la cara no quería. Ayunaba mucho y guardó toda su vida las tres Cuaresmas, la de la iglesia, el Adviento del señor y la que en la orden se llama de los Benditos. Y por mejor decir toda su vida

que de su persona había en la de Yucatán, se pasó a ella, donde estuvo poco menos de diez años ejercitando los mismos oficios de confesión y predicación con los españoles y edificándolos grandemente con su loable vida y ejemplo. De allí vino a esta provincia del Santo Evangelio, con negocios que se le ofrecieron; y juntamente con deseo de ver si su buen concierto, asiento y religión era conforme a la fama que tenía; y estando bien satisfecho de lo que de ella había oído, se quedó en ella por morador y residió en Mexico lo restante de su vida, que fueron quince años; edificando con su ejemplo y doctrina, como en las demás partes lo había hecho; sirviendo juntamente de calificador del Santo Oficio, en compañía del padre fray Diego Ordóñez, y leyendo santa teología a los religiosos. Con ser este bendito padre tan docto en letras, era de un natural y condición tan sincera y entendía tan poco de las cosas del mundo, como hombre sin malicia, que cualquiera le hacía creer lo que le decía en las cosas y casos de acá del mundo, aunque fuesen tales que no había razón para creerlas. Por haber entrado muchacho en la religión y no ser nada atrevido, ni malicioso, se tiene por cierto que no conoció a mujer, ni fue contaminado del vicio de la carne. Y así, con loable fama de vida y santa conversación, acabó su curso en el convento de San Francisco de Mexico, siendo de casi ochenta años de edad y de hábito, poco menos de sesenta. Está sepultado en el dicho convento de Mexico.

CAPÍTULO LXVIII. *Que trata la apostólica vida del venerable padre fray Gonzalo Méndez*

ENTRE OTROS RELIGIOSOS, DIGNOS de eterna memoria, que con celo de la salvación de las almas desterrándose de su patria pasaron a las Indias, fue muy esclarecido e insigne el padre fray Gonzalo Méndez, ínclito fundador de la santa provincia de Jesús, de Guatemala, y grande ministro del evangelio en aquella tierra. Fue este santo fundador natural de la ciudad de Guadalaxara, en el reino de Toledo, y en su mocedad tomó el hábito de nuestro padre San Francisco, en la provincia de Santiago y con otros religiosos de ella se pasó a la Nueva España, con grandes trabajos que se le ofrecieron en este camino, porque le anduvo todo a pie. Fundó en el reino de Guatemala una custodia, y en ésta y en la de Yucatán fue custodio, antes que fuesen provincias y en entrambas fundó muchos conventos, iglesias, escuelas y seminarios de niños donde les doctrinaban las cosas de la fe. Convirtió muchos indios y bautizó muchos de ellos; y finalmente fue un gran ministro de Dios y muy observante de su regla, muy penitente y contemplativo, y en la oración tuvo muchas visiones y le reveló Dios grandes cosas. Fue honestísimo y huyó tanto de la conversación de las mujeres, que mirarlas a la cara no quería. Ayunaba mucho y guardó toda su vida las tres Cuaresmas, la de la iglesia, el Adviento del señor y la que en la orden se llama de los Benditos. Y por mejor decir toda su vida

fue una continua cuaresma y ayuno perpetuo; porque después que pasó a las Indias, de tal manera se sacrificó a Dios, por la virtud de la abstinencia, que nunca comió carne, ni pescado, sino yerbas, raíces o frutas, ni probó vino. Y aunque por sus oficios fue algunas veces a Mexico a tratar negocios con el comisario general de Indias, trecientas leguas de donde él estaba y otras tantas de vuelta, siempre las anduvo a pie y descalzo, y no trajo más de un hábito de sayal a raíz de las carnes. Su cama era una tabla, sin otra ninguna cosa, y por cabecera un madero; de lo cual, después de su muerte (como de reliquias muy preciosas) se hizo el altar que hoy está en el coro del convento de Guatemala. Fue tan pobre este bendito padre y menospreciador de las riquezas, oro y plata de las Indias, que nunca tuvo más que el breviario en que rezaba; y cuando era provincial, una escribanía, para despachar los negocios del oficio. Fue gran seguidor del coro en tanto grado que, estando enfermo de la enfermedad de la muerte, hacía que dos frailes le llevasen a él, y a decir misa a la iglesia; y a los que se lo estorbaban decía le dejasen, porque no había gloria en la tierra como el altar y coro. Visitándole en su última enfermedad el presidente de la Audiencia de Guatemala y el obispo de aquella ciudad, a entrambos, hizo pláticas muy espirituales de las obligaciones de su oficio, y a los frailes una, con mucha devoción y lágrimas. Y poco antes de su muerte, habiendo recibido los sacramentos en el convento de San Francisco de Guatemala, uno de los que él fundó en esta provincia, pasó al Señor, a los cinco de mayo de 1582, un sábado a la hora de la misa de Nuestra Señora, como él mismo lo había dicho mucho antes de su muerte, la cual se divulgó luego por la ciudad; y así, acudieron a su entierro infinitos indios, llorándole tiernamente, porque le tenían todos por padre. Su cuerpo llevaron en hombros hasta la sepultura, el obispo de la Vera Paz (que acertó a hallarse presente) y el presidente y dos oidores de la Real Audiencia, y hizo el entierro y dijo la misa el obispo de Guatemala, don Gómez de Córdova, e yo hice el oficio de diácono (dice el padre fray Juan Casero, en cuyas manos este bendito padre expiró, que es el que escribe esto en una relación firmada y jurada que me envió, de la vida y muerte de este siervo de Dios, especialmente de aquellas cosas que él vio por sus ojos) y vi que todos le levantaban por santo y le quitaban la ropa, hasta las flores de las andas, por haber tocado su cuerpo las llevaban por reliquias.

Ocupadísimo andaba este santo fundador en la conversión de los indios y fundación de su provincia de Guatemala, cuando hizo Dios un castigo en los mismos que conquistaron la tierra, de los más ejemplares y espantosos que los siglos han oído, y es fuerza se sepa la causa de él, por justificar la de Dios que quiso castigar pecados tan escandalosos y atroces como estos hombres habían hecho tantos robos, crueldades, muertes y tiranías, con que despoblaron muchas tierras; y mataron muchos inocentes y al mismo rey, caciques y señores de la tierra, quemaron en vivas llamas, destruyeron toda la provincia de Luzcatán y gran parte de la costa del mar del sur; y quemaron y mataron más de cinco cuentos de indios, todos (o los más) sin recibir el bautismo y sin conocimiento de Dios, y esto en diez y

seis años que duraron.[1] Estas cosas y otras muchas, que de intento callo, sucedieron siendo el capitán y caudillo el que gobernaba el reino, con título de adelantado; plegué a Dios haya tenido misericordia de su alma y se haya contentado con el ejemplar castigo que hizo de él en esta vida, porque murió atropellado de un caballo; y preguntando ¿qué le dolía?, respondió siempre que el alma. Este adelantado, con su gente, tan llenos de oro y riquezas, como cargados de pecados y abominaciones, después de haber hecho sangrienta guerra a los indios, se volvieron a gozar de su paz a Guatemala, donde fundaron la ciudad de Santiago; la cual, apenas se hubo acabado, cuando en venganza de sus fundadores la destruyó Dios con un diluvio tan milagroso y espantable, como si a porfía se conjurara el cielo y la tierra contra esta gente y su ciudad. Y así, el día de Nuestra Señora de septiembre, del año de 1542, se abrieron las cataratas del cielo y comenzó a llover tan recia y continuamente tres días enteros, que parecía se anegaba todo el mundo; y se cuenta que se vieron por el aire y se oyeron cosas de grande espanto Y de un volcán, a dos horas de la noche, salió tan grande avenida de agua que se llevaba las casas enteras y traía rodando los peñascos por las calles, tan grandes como veinte cuerpos de bueyes y como grandísimas cuevas. Ahogáronse seiscientas personas y hubo casa en que se ahogaron cuarenta; y la primera que llevó este diluvio fue la de este adelantado; y pareció justicia de Dios se comenzase el castigo y la ejecución de la pena por la casa del que tuvo mayor culpa. Ahogó el diluvio a su mujer, con once criadas suyas, justo castigo del cielo porque dijo que ya no le podía Dios hacer mayor mal que haberle quitado su marido; y así acabó él y ella, y otros muchos de aquellos conquistadores, cómplice de su pecado. Y la ciudad quedó tan asolada y destruida que los que escaparon vivos quedaron tan escarmentados que no la quisieron más habitar; y así fundaron otra de nuevo a la cual llamaron Santiago de Guatemala, que fue el mismo nombre que tenía la primera.

No fue el santo fundador de esta santa provincia el primero que predicó en ella la fe a los indios, porque muchos años antes la habían ya predicado y convertido a muchos los santos y venerables padres fray Toribio Motolinía y fray Andrés de Olmos, con otros religiosos de su santo celo y buen espíritu; aunque no sé que fundasen conventos de la orden, o porque los conquistadores susodichos no lo consintieron, por no tener testigos de sus cosas; o porque como los indios andaban tan alborotados con la guerra y maltratamiento que los hacían no hallaron bastante disposición por entonces. Y así, dejando esta tierra, se fueron a predicar a otras partes de las Indias; hasta que el año de 1540 trajo Dios nuevos obreros de esta orden al reino de Guatemala, que fue el bienaventurado padre fray Gonzalo Méndez, con seis compañeros, con los cuales y otros doce que le vinieron de España, predicó la fe en esta tierra y fundó en ella la custodia del Nombre de Jesús de Guatemala, sujeta a la provincia del Santo Evangelio; la cual, el año de 1559 en el capítulo general de Aquila, fue eregida en provincia, quedándose con el mismo nombre que antes se tenía.

[1] Supra tomo I. lib. 3. cap. 34.

Fue este santo fundador varón de aventajadísimo espíritu, de mucha oración y contemplación, y en ella muy regalado de Dios. Tuvo algunas revelaciones de las cuales sola una contaré, que por tenerla comprobada con papeles, tan auténticos, que en juicio contraditorio harán fe y ser la materia tan grave para honra y gloria de Dios, la quise poner aquí, asegurando al lector que ninguna cosa en esta historia me ha puesto mayor cuidado, que averiguar la verdad de las que en ella se escriben, no sólo para enterarme yo de ellas, sino para que todos lo estén. Y para que conste de la que en sí contiene el caso del capítulo siguiente, después de haberlo sabido por relación de dos padres sacerdotes graves y ancianos, y el uno de ellos provincial y varón doctísimo, de cuya autoridad y buen crédito no se puede tener sospecha; para que ninguno la tenga, de caso tan maravilloso y grave, hice otras diligencias para poderle poner en historia; y a vuelta de ésta supe que en un convento de la orden había testimonio de esto; y así le fui luego a buscar y le hallé, que es del tenor siguiente.

CAPÍTULO LXIX. *Que contiene el testimonio de cómo reveló Dios a su siervo que el emperador Carlos V fue libre de las penas de el purgatorio*

FRAY JUAN CASERO, MINISTRO PROVINCIAL de la provincia del Nombre de Jesús, de Guatemala, de la orden de nuestro seráfico padre San Francisco, a todos los que vieren la presente relación hacemos fe y verdadero testimonio, que no tiene más palabras ni menos de las que fueron dichas por el muy reverendo padre fray Gonzalo Méndez, cuyo tenor y circunstancia son las presentes.

En el año de 1582, viernes a cuatro días del mes de mayo, en nuestro convento de San Francisco, en Guatemala, que es una de las provincias que nuestra orden sagrada tiene fundada en estas Indias de la Nueva España, y cargo de su doctrina, desde los principios de su conquista, estando el muy reverendo padre fray Gonzalo Méndez, provincial de ella tan a lo último de su vida que luego sábado, cinco de mayo murió, siendo de edad de setenta y seis años, o pocos más de los cuales había gastado cuarenta y uno entre los indios de esta tierra, predicando, confesando y administrando a los religiosos de esta provincia y la de Yucatán, habiendo sido en ella ministro provincial; y siéndolo actualmente de esta provincia la segunda vez, y estando muy en lo último de su vida, llegó el enfermero al general de teología, donde yo estaba leyendo la lección de prima y me dijo que el padre provincial me llamaba; y entrando en su celda me mandó ir a decir misa, y que devotamente encomendase a Dios cierto negocio; y hecho esto volviese luego a su presencia, y cuando volví me tomó juramento y mandó por santa obediencia que hasta después de su muerte no se dijese a ninguna persona lo que me quería decir; y luego dio muchos suspiros y grandes

Fue este santo fundador varón de aventajadísimo espíritu, de mucha oración y contemplación, y en ella muy regalado de Dios. Tuvo algunas revelaciones de las cuales sola una contaré, que por tenerla comprobada con papeles, tan auténticos, que en juicio contraditorio harán fe y ser la materia tan grave para honra y gloria de Dios, la quise poner aquí, asegurando al lector que ninguna cosa en esta historia me ha puesto mayor cuidado, que averiguar la verdad de las que en ella se escriben, no sólo para enterarme yo de ellas, sino para que todos lo estén. Y para que conste de la que en sí contiene el caso del capítulo siguiente, después de haberlo sabido por relación de dos padres sacerdotes graves y ancianos, y el uno de ellos provincial y varón doctísimo, de cuya autoridad y buen crédito no se puede tener sospecha; para que ninguno la tenga, de caso tan maravilloso y grave, hice otras diligencias para poderle poner en historia; y a vuelta de ésta supe que en un convento de la orden había testimonio de esto; y así le fui luego a buscar y le hallé, que es del tenor siguiente.

CAPÍTULO LXIX. *Que contiene el testimonio de cómo reveló Dios a su siervo que el emperador Carlos V fue libre de las penas de el purgatorio*

FRAY JUAN CASERO, MINISTRO PROVINCIAL de la provincia del Nombre de Jesús, de Guatemala, de la orden de nuestro seráfico padre San Francisco, a todos los que vieren la presente relación hacemos fe y verdadero testimonio, que no tiene más palabras ni menos de las que fueron dichas por el muy reverendo padre fray Gonzalo Méndez, cuyo tenor y circunstancia son las presentes.

En el año de 1582, viernes a cuatro días del mes de mayo, en nuestro convento de San Francisco, en Guatemala, que es una de las provincias que nuestra orden sagrada tiene fundada en estas Indias de la Nueva España, y cargo de su doctrina, desde los principios de su conquista, estando el muy reverendo padre fray Gonzalo Méndez, provincial de ella tan a lo último de su vida que luego sábado, cinco de mayo murió, siendo de edad de setenta y seis años, o pocos más de los cuales había gastado cuarenta y uno entre los indios de esta tierra, predicando, confesando y administrando a los religiosos de esta provincia y la de Yucatán, habiendo sido en ella ministro provincial; y siéndolo actualmente de esta provincia la segunda vez, y estando muy en lo último de su vida, llegó el enfermero al general de teología, donde yo estaba leyendo la lección de prima y me dijo que el padre provincial me llamaba; y entrando en su celda me mandó ir a decir misa, y que devotamente encomendase a Dios cierto negocio; y hecho esto volviese luego a su presencia, y cuando volví me tomó juramento y mandó por santa obediencia que hasta después de su muerte no se dijese a ninguna persona lo que me quería decir; y luego dio muchos suspiros y grandes

sollozos y derramando muchas lágrimas dijo: Temo la justicia de Dios si ha de ser tan rigurosa conmigo, como mis pecados merecen y como lo fue con el emperador Carlos V, y aunque he sido gran pecador no temo muerte ni pena, como yo no pierda a Dios. Y prosiguió diciendo: También tengo la memoria de lo que os quiero decir, como si ahora se me representara y no lo he dicho (ni aun en confesión) a ninguna persona. Consoléle al bendito viejo lo mejor que pude, el cual, tomándome juramento otra vez, y entre sus manos y las mías, dijo: Desde que tuve uso de razón tuve tanto amor al emperador Carlos V que todos los días de mi vida hice particular oración por él, con más instancia que por otra ninguna persona, hasta que un día, cuatro años después de su muerte, acabando yo de decir misa, en la cual le encomendé a Dios como solía, me fui al coro, y estando en él haciendo la acostumbrada oración por él, vi una visión, no sé si con los ojos del cuerpo o con los del alma, sólo sé que fue todo en breve tiempo, y estando yo despierto y libre de mis sentidos, porque ni era hora de sueño, ni yo estaba en disposición de poder dormir; y me hallé, acabado el caso, como de antes estaba. Vi un juicio formado y sobre una silla de majestad sentado el juez, que era Dios, y al rededor de él muchos santos y ángeles y vi que traían a juicio un hombre muy afligido, y en su semblante y aspecto parecía le sacaban de alguna larga y penosa cárcel. Venía lleno de prisiones, arrastrando muchas y largas cadenas, y vi también que los demonios le acusaban de grandes e inormes pecados que contra Dios había cometido, sin haber hecho penitencia de ellos, y los mismos demonios que le acusaban presentaban por testigos a todos aquellos ángeles y santos, y yo conocí muy bien a este reo, que era el emperador Carlos V; y aunque tantos demonios le acusaban y venía el pobre tan miserable y afligido, no parece le dio esto mucha pena ni respondió cosa en su disculpa, solamente levantó los ojos y con sumo acatamiento y respeto los puso con mucha confianza en aquel soberano juez, como quien le pedía declarase la verdad de aquella causa; y sin hablar Dios palabra mostró en sí mismo a todos los santos y ángeles, que en aquellos crímines de que el emperador era acusado no había tenido culpa, por haberlo hecho como ministro de la justicia de Dios y con revelación particular de su divina majestad, y así había de ser premiado por ello. Por lo cual el emperador quedó tan alegre y contento que fue cosa de espanto; y los ángeles y santos adoraron a Dios en aquel secreto juicio y muy contentos y alegres ahuyentaron a los demonios; y tomándole el mismo Dios al emperador por la mano le llevó a la gloria consigo. Esto vide y quisiera yo decirlo a su hijo nuestro rey, y para decírselo yo al presidente y obispo los llamaba; por lo cual, si yo muriere os mando lo comuniquéis con ellos. Y si les pareciere conviene para gloria de Dios lo escribiréis. Y con esto acabó y yo lo fui luego a escribir y se lo volví a leer, y dijo estaba bien, y de aquel original es éste un verdadero traslado. En testimonio de lo cual di ésta, firmada de mi nombre y sellada con el sello mayor de mi oficio, que es fecha en nuestro convento de San Francisco de Guatemala, día de Todos Santos, año de 1583. Fray Juan Casero, ministro provincial.

Digo yo fray Pedro Oroz, comisario general de las Indias en la Nueva España, de los menores de nuestro seráfico padre San Francisco, que este traslado está bien, y fielmente sacado de un original que me envió el padre fray Juan Casero, provincial de la provincia de Guatemala, sellado con el sello mayor de su oficio, y firmado de mi nombre. En Coatlichan, a veinte y cuatro de marzo de 1584. Fray Pedro Oroz.

Digo yo fray Francisco de la Concepción, guardián del dicho convento de San Miguel de Coatlichan y notario del muy reverendo padre fray Pedro Oroz, comisario general arriba nombrado, que es verdad que lo corregí el sobredicho traslado, con el original arriba contenido y está verdaderamente sacado, y es verdad todo lo contenido en el acto precedente. Testigos que se hallaron presentes fray Pedro Serrano y fray Christóbal Sánchez y fray Antonio Bocardo y fray Gabriel Arias. Fecha en el convento de Coatlichan, en veinte y cuatro de marzo de 1584. Fray Francisco de la Concepción.

Este testimonio es un traslado de traslado, por lo cual en derecho no hace fe y porque a todos le haga, en negocio tan importante y grave, sabiendo yo que era vivo el sobredicho padre fray Juan Casero que envió este testimonio, le escribí que enviase esta relación de este caso, jurada y firmada de la misma manera que sucedió; y me envió otro testimonio original que concierta con el susodicho, e yo juro *in verbo Sacerdotis* que lo que aquí digo y lo que en entrambos testimonios se contiene es una misma cosa; salvo que en este último se añade la cláusula siguiente, que sucedió después de haberse escrito el primero.

Yo traté esto con los dichos señores, presidente y obispo de Guatemala, y dijeron que para gloria y honra de Dios y del emperador Carlos Quinto, convenía mucho diese de ello noticia al rey nuestro señor don Phelipe Segundo, de este nombre, que entonces reinaba en España. Y como el caso se divulgase llegó a oídos del padre fray Pedro Oroz, comisario general de las Indias en la Nueva España; y luego con el mismo que envió a visitar esta provincia y a presidir en el capítulo, donde yo salí por provincial dos meses después de la muerte del venerable padre fray Gonzalo, me lo mandó, con testimonio firmado de mi nombre y sellado con el sello de mi oficio; y así lo hice, y él se le envió al rey nuestro señor. Y viniendo yo después a España, llegado a Madrid, me dijo el padre fray Lucas de Allende, que hacía oficio de comisario general de Indias en la corte, que él en persona llevó el sobredicho testimonio al rey nuestro señor don Phelipe Segundo, y se le dio en su mano y delante de él le leyó; y guardándole en su pecho dijo: Con razón estimo yo vuestra orden, padre, pues de ella me vienen tantos consuelos. Y algunos días después me dijo en Toledo el reverendísimo general de la orden, nuestro padre fray Francisco de Sosa, que había visto este testimonio con firma, en manos del rey don Phelipe, nuestro señor, tercero de este nombre, nieto del sobredicho emperador don Carlos Quinto, que le enviaba al Escorial, al cual me remito; y lo que en éste digo es verdad, y de ella doy fe y testimonio. En seis días del mes de marzo de 1607 años. Fray Juan Casero.

Fray Pedro de Ballesteros, ministro provincial y siervo en esta provincia de Cartagena, digo que por cuanto el padre fray Juan Casero, predicador, con instancia me ha pedido autorizase este testimonio, contenido en las dos hojas de arriba, en que se contiene una fe que da de un caso, acontecido en la provincia de Guatemala, de Indias. Por ésta digo que me consta ser dado por el dicho padre, porque él me le leyó y le firmó de su nombre; y juró en mi presencia ser todo lo contenido verdad, de que yo el secretario doy fe. En nuestro convento de Santa María de las Vertas, a cinco de mayo de 1607 años. Fray Pedro de Ballesteros, ministro provincial. Fray Francisco Donoso, secretario.

CAPÍTULO LXX. *De la vida del apostólico varón fray Francisco Gómez*

EL SANTO Y APOSTÓLICO VARÓN FRAY Francisco Gómez fue natural de la ciudad de Valladolid, en los reinos de Castilla, hijo de nobles padres; en su puericia y niñez fue de ellos enseñado en los ordinarios principios de leer y escribir, que son las cosas primeras que los buenos y cuidadosos padres enseñan a sus hijos; lo cual aprendió el niño Francisco en muy breves años juntamente con la latinidad, en que salió aventajado por ser de muy buen ingenio y de singular memoria. En los tiernos años de su edad fue entregado de los dichos sus padres a un tío suyo, en la ciudad de Burgos, para que apartado del regalo paterno supiese de los trabajos que pasan los que sin padres se crían. Siendo ya este santo varón de edad de catorce o quince años, sucedió que el santo obispo de Mexico, fray Juan de Zumárraga, volvió de esta Nueva España a Castilla a cosas importantes que tenía que tratar con la majestad del invictísimo emperador don Carlos Quinto, de gloriosa memoria, tocantes a estos reinos de las Indias, como protector que era de los indios (como en la vida de este santo obispo decimos) y concluidas sus causas y volviéndose a esta Nueva España, llegó a Burgos y posó en la casa de este niño, por ser muy amigo del dicho su tío Mendiola. Y agradándose de su modestia y habilidad le pidió con instancia que se lo diese, para traerlo consigo, pareciéndole que en los años futuros, dándole Dios vida, sería de mucho provecho en esta tierra; especialmente que en aquellos tiempos estaba toda ella muy necesitada de españoles, por ser poco el número de ellos que entonces había. Concedióselo de buena voluntad, lo uno, por ser el santo obispo varón tan venerable que no se le podía negar y, lo otro, porque le pareció al dicho su tío que viniendo en su compañía no venía por criado, sino por hijo; y que no sólo no perdería parte de la mucha virtud que ya mostraba, sino que iría creciendo en ella con el ejemplo de tan santo y apostólico maestro. El muchacho Francisco, que lo sintió, comenzó a hacer sentimiento de niño, llorando dejar al tío que tenía por padre; pero para obligarle a que saliese de Bur-

Fray Pedro de Ballesteros, ministro provincial y siervo en esta provincia de Cartagena, digo que por cuanto el padre fray Juan Casero, predicador, con instancia me ha pedido autorizase este testimonio, contenido en las dos hojas de arriba, en que se contiene una fe que da de un caso, acontecido en la provincia de Guatemala, de Indias. Por ésta digo que me consta ser dado por el dicho padre, porque él me le leyó y le firmó de su nombre; y juró en mi presencia ser todo lo contenido verdad, de que yo el secretario doy fe. En nuestro convento de Santa María de las Vertas, a cinco de mayo de 1607 años. Fray Pedro de Ballesteros, ministro provincial. Fray Francisco Donoso, secretario.

CAPÍTULO LXX. *De la vida del apostólico varón fray Francisco Gómez*

EL SANTO Y APOSTÓLICO VARÓN FRAY Francisco Gómez fue natural de la ciudad de Valladolid, en los reinos de Castilla, hijo de nobles padres; en su puericia y niñez fue de ellos enseñado en los ordinarios principios de leer y escribir, que son las cosas primeras que los buenos y cuidadosos padres enseñan a sus hijos; lo cual aprendió el niño Francisco en muy breves años juntamente con la latinidad, en que salió aventajado por ser de muy buen ingenio y de singular memoria. En los tiernos años de su edad fue entregado de los dichos sus padres a un tío suyo, en la ciudad de Burgos, para que apartado del regalo paterno supiese de los trabajos que pasan los que sin padres se crían. Siendo ya este santo varón de edad de catorce o quince años, sucedió que el santo obispo de Mexico, fray Juan de Zumárraga, volvió de esta Nueva España a Castilla a cosas importantes que tenía que tratar con la majestad del invictísimo emperador don Carlos Quinto, de gloriosa memoria, tocantes a estos reinos de las Indias, como protector que era de los indios (como en la vida de este santo obispo decimos) y concluidas sus causas y volviéndose a esta Nueva España, llegó a Burgos y posó en la casa de este niño, por ser muy amigo del dicho su tío Mendiola. Y agradándose de su modestia y habilidad le pidió con instancia que se lo diese, para traerlo consigo, pareciéndole que en los años futuros, dándole Dios vida, sería de mucho provecho en esta tierra; especialmente que en aquellos tiempos estaba toda ella muy necesitada de españoles, por ser poco el número de ellos que entonces había. Concedióselo de buena voluntad, lo uno, por ser el santo obispo varón tan venerable que no se le podía negar y, lo otro, porque le pareció al dicho su tío que viniendo en su compañía no venía por criado, sino por hijo; y que no sólo no perdería parte de la mucha virtud que ya mostraba, sino que iría creciendo en ella con el ejemplo de tan santo y apostólico maestro. El muchacho Francisco, que lo sintió, comenzó a hacer sentimiento de niño, llorando dejar al tío que tenía por padre; pero para obligarle a que saliese de Bur-

gos le dijeron que no iba sino por una carta que el dicho señor obispo le había de dar en cierta parte del camino, que no se fiaba de otro que de él y de su cuidado. Con este engaño salió en su compañía y llegaron al puerto de San Lúcar, donde se habían de embarcar para hacer el viaje. Francisco, que más atendía a volverse a la compañía de otros dos primos suyos, que en Burgos había dejado, que a la del santo obispo, en cada lugar que llegaban importunábale diciendo: Que le diese la carta para volverse, porque se alejaba mucho y temía ser reprehendido en tanta tardanza. De esta manera le fueron entreteniendo hasta el dicho puerto de San Lúcar, donde se embarcó sin valerle ninguna excusa, ni la voluntad contraria que mostraba.

Llegados a esta Nueva España, año de 1533, prosiguió Francisco el estudio de las letras, cuyos principios ya traía sabidos de España. Y como era naturalmente inclinado a la virtud creció en ellos tanto que en breve tiempo salió bien enseñado. Y pagado el santo obispo Zumárraga de su saber le aventajó a todos los mayores de su casa. Y siendo muy mozo le ordenó de misa y le hizo su secretario, en el cual oficio le sirvió ocho años. Corrió la fama de la virtud y saber del padre Francisco Gómez vulgarmente; porque así como la brasa no se puede encubrir en el seno sin que luego humee, así la virtud, que es don de Dios, no puede ocultarse por más que quiera encubrirse, de que vivía gozoso el santo obispo. Era virrey entonces de esta Nueva España el ilustrísimo don Antonio de Mendoza (de quien hacemos memoria en otra parte)[1] y oyendo decir la fama que de este venerable varón corría, pidióle al obispo que tuviese por bien de dárselo. Hízolo así el obispo, aunque sintió la falta que le hacía. Entró en palacio y servíale al virrey de secretario; y cuando comía le leía a la mesa, porque fue uno de los mejores lectores que en esta tierra se han conocido. Estuvo en esta vida otros ocho años; pero como el espíritu le inclinaba a mayor perfección de vida, andaba el bendito padre Francisco Gómez muy inquieto con la de palacio; y tocado del impulso divino tomó el hábito de religión monástica en el religiosísimo convento de mi glorioso padre San Francisco de Mexico, donde pasó el año de su noviciado, aprovechando en la virtud con grandes acrecentamientos de ella, gozando de Dios a sus solas con el regalo que sabe comunicar a los que de corazón se le ofrecen. Después de profeso se ofreció enviar a la provincia de Guatemala al santo fray Alonso de Escalona para cosas que en la dicha provincia se ofrecían (como decimos en su vida) y diósele por compañero; el cual le acompañó en esta jornada a pie y pobremente, como el santo fray Alonso acostumbraba. En aquella tierra aprendió brevemente la lengua achi, que es la de sus naturales y muy dificultosa de aprender, porque le había comunicado Dios el don de lenguas que refiere su apóstol San Pablo y en ella aprovechó algunos años. Volvió a esta provincia de Mexico y en ella confesaba y predicaba a los mexicanos en su lengua mexicana, por ser uno de los que más profundamente la supieron; la cual enseñó a muchos religiosos, persuadiéndoles a que la aprendiesen para aprovechar a los indios, diciéndoles que era el oficio que Dios les tenía encomendado en este Nuevo Mundo. Y así,

[1] Supra tomo I. lib. 5. cap. 9, 10 et 11.

amaba a los indios como si fueran hijos nacidos de sus entrañas porque el amor que nace de la caridad hace a sus amantes tiernos. Era sumamente pobre y jamás usaba de más ropa que la ordinaria que la orden concede. Fue castísimo todo el tiempo de su vida y no sólo en la obra sino también en sus palabras y era tan bien hablado en lo justo y decidero que deleitaban sus razones. Y por ser de tan gran juicio y talento fue muchas veces compañero de prelados superiores; y aunque por sola la obediencia aceptaba su compañía, mostraba con actos exteriores lo que su alma sentía verse fuera de su rincón y recogimiento; y temía tanto verse por esta vía distraído que excusaba todo cuanto podía palabras y conversaciones seglares; por esta causa huía de ellos y no los trataba. Fue tan especial en este cuidado que con tener en esta ciudad de Mexico parientes y deudos muy honrados, jamás les escribió ni quiso verlos por más que lo desearon. Y cuando algún prelado le mandaba que le acompañase, aceptaba su compañía, con condición que no le habían de obligar a entrar en la dicha ciudad de Mexico, donde tenía sus deudos. Lo cual, fácilmente le concedían, por ser justa su demanda. Y así sucedía que cuando llegaban a los conventos comarcanos de la dicha ciudad se quedaba en uno de ellos, dándose a Dios todo aquel tiempo que había de gastar en darse a la conversación y trato de los hombres. Era amigo del desprecio y abatimiento y se turbaba mucho cuando le entraba alguno en la celda, pareciéndole que aquella visita era en razón de estimarle; y no quisiera que se acordaran de él sino que todos le tuvieran en ultraje y menosprecio. Huía todo lo posible la opinión de que le tuviesen por buen fraile; porque decía que todo era lazo para caer de la humildad, y quería que sus obras a sólo Dios fuesen manifiestas, que es el que de lo abscondido de sus cielos ve las de cada uno y sabe el peso y valor que tienen. No era parlero en los beneficios que de ordinario recibía de sus misericordiosas manos (que los sabe comunicar largamente a los que a él sólo quieren y por él desprecian los de este mundo caduco y breve) y así, guardaba este tesoro en lo secreto de su corazón, como joya que tanto valía, porque el mercader trapacero de la vanagloria no le engañase y robase tan alta y celestial mercadería; y en esta virtud se igualó a los más apostólicos y perfectos varones que han florecido en este Nuevo Mundo, cuyo discípulo él había sido. Si algunos religiosos, en pláticas espirituales que con él tenían, le preguntaban algo que a él le parecía, que era en razón de saber lo que el Señor le comunicaba no respondía; y sin querer mostraba con señales exteriores cuán rica tenía el alma de las mercedes de Dios y consolaciones del cielo. Era muy dado a la oración mental, y en ella gastaba muchas horas del día; y tan absorto y elevado andaba en su amado y dulce Jesús, que muchas veces comiendo, si le sabía bien algún manjar de los que a la mesa se servían, levantaba el rostro y ojos al cielo y decía: Bendito sea el que te crió para un pecador como yo, y con el bocado en la boca se quedaba por un largo espacio elevado y suspenso, sin atender a lo que hacía. Tenía también muchas y muy ásperas disciplinas. Si se acusaba en la confesión, que de ordinario hacía, de haberse descuidado en los ejercicios espirituales, en que de ordinario andaba ocupado, luego decía

que de verdad no se apartaba de Dios. Y echábase bien de ver, pues continuamente se apartaba del mundo, por sólo llegarse a él; y podía decir con el glorioso apóstol San Pablo: Vivo yo, mas no soy yo, porque vive en mí Jesucristo. Era muy buen escribano, en especial, se había dado a hacer letras que llaman de redondo; y los ratos que pudiera tener ociosos y desocupados, se ocupaba en escribir las palabras de la consagración de que se usa en los altares; y él mismo las iluminaba y pintaba y las daba a los conventos de la provincia, porque en aquellos primeros tiempos había falta de esto. Nunca quería ser prelado de ninguna manera que fuese, aunque lo pudo ser muchas veces de todos los oficios que hay en una provincia; y se excusaba de ellos con las mejores excusas que podía. Era muy continuo seguidor del coro y jamás faltaba de él las veces que podía; y siempre rezaba en compañía el oficio divino. En todo el tiempo que vivió en la orden jamás se quitó hábito, ni túnica. Y con haber padecido más de treinta años enfermedad de gota, no usó de lienzo ni de otro algún regalo. Era abstinentísimo y nunca en sus enfermedades comió carne los días prohibidos por la santa iglesia romana y por la regla, así en Cuaresma como en Adviento, viernes y sábados; y siempre ayunó todos los ayunos de la orden, sin tener respeto a sus largas y prolijas enfermedades. El camino que hizo a la provincia de Guatemala fue con tanta abstinencia que ni él ni su compañero, con ser la jornada de más de trecientas leguas y a pie, no comían carne y se contentaban con sólo pan y agua y alguna naranja, cuando la tenían; porque sabían que no con sólo pan se sustenta el hombre, sino con la palabra de Dios, que procede de su boca; la cual traía siempre este santo y apostólico varón en su corazón y memoria. Fue muy enfermo de los ojos; y pienso que esta enfermedad le procedió de las muchas lágrimas que derramaba y los traía de ordinario encendidos y encarnizados. De esto vino a cegar en su última vejez. Estuvo ciego más de diez años; pero la ceguera de los ojos corporales no le privaba de la vista espiritual de su alma, ni de sus continuos ejercicios, antes con mucho más fervor de espíritu continuaba el coro, en especial a los maitines, que como había sido hombre de felicísima memoria sabía todo el salterio, y muchas otras cosas del rezado con que acompañaba a los demás religiosos que rezaban. Comulgaba comúnmente todos los días de fiesta y los otros más que le parecía, por no privarse de este tan singular regalo, haciéndose llevar de ordinario a la iglesia para esto; y siempre oía muy atenta y devotamente misa. Vivió noventa y cinco años y en la religión los sesenta y cinco. Y cargado de buenos días murió en el Señor a los 1611 de su nacimiento y venida al mundo, a los catorce días del mes de marzo, cuando celebra la orden de nuestro glorioso padre San Francisco la translación del seráfico doctor San Buenaventura, en el convento del glorioso apóstol San Andrés de Cholulla. Súpose su bienaventurada muerte luego en el convento grande de la dicha ciudad, por los frailes menores; y el guardián y conventuales fueron por su cuerpo, para darle honrada sepultura en el dicho convento grande; pero hicieron contradición los de San Andrés y los indios de aquella cabecera, por no perder tesoro tan estima-

ble; y así fue enterrado allí, con grandísima solemnidad y aplauso; porque quiere Dios que los que huyen de el mundo, viviendo en él, el mundo los busque en muerte para honrarlos y premiarlos; y así yace allí este santo cuerpo, en la capilla de aquel eremitorio. Dejó escritos de su mano algunos memoriales de vidas de algunos santos religiosos de su tiempo, de que en algo yo me he aprovechado para escribirlas, que van en esta larga historia y las he sacado con toda la puntualidad, conforme a sus memoriales, sin faltar en cosa alguna, porque siempre me he preciado de escribir verdades.

CAPÍTULO LXXI. *De la vida del venerable y santo varón de Dios, fray Domingo de Aréizaga, de esta provincia del Santo Evangelio*

EL VENERABLE VARÓN FRAY Domingo de Aréizaga fue natural de Villa Real, pueblo conjunto a Legazpi, en la raya de Guipúzcoa. Desde su niñez se crio en la ciudad de Vitoria, donde tomó el hábito en el convento de San Francisco de aquella ciudad, siendo muchacho de mucha simplicidad (como los hay y se crían en aquella tierra) luego que se ordenó de misa pasó a esta Nueva España, el año de 1554, con deseo de emplearse en la viña del Señor. El comisario que lo trajo (que después fue obispo de Yucatán, fray Francisco de Toral, primero apóstol y evangelizador de la lengua popoloca), conociendo la bondad y virtud de este mancebo, lo escogió y llevó consigo a la provincia de Tecamachalco (que es de los popolocas) para que aprendiese aquella lengua, la cual aprendió en muy breve tiempo; y sabida fue luego enviado al estudio donde, comenzando desde los primeros rudimentos de la gramática latina, prosiguió un curso de artes y otro de la sagrada teología; con todo lo cual salió muy doctamente, porque demás de ser hombre de muy buen entendimiento, era de muy tenaz memoria (cosa muy necesaria para la adquisición de las ciencias) y ayudaba mucho a esto tener su ánima muy desnuda de otros cuidados, porque no los había en el pecho de este santo religioso sino de sólo servir a Dios y aprender las letras que tan doctamente le enseñaba el excelentísimo varón fray Francisco de Bustamante, que leyó sus cursos en el convento de Tecamachalco, donde el apostólico varón fray Domingo había aprendido la lengua de aquella nación y provincia, en la cual también aprovechaba a sus moradores, sin embarazarse ni impedirse de sus estudios, haciendo como el buen soldado Judas Macabeo, que con una mano jugaba y blandeaba la espada contra los enemigos que venían a contradecirle la reforma de los muros de la ciudad de Jerusalén, y con otra acudía al reparo del edificio y muro de su pueblo. Perseguía este valeroso religioso al demonio con la espada de la palabra evangélica, con que doctrinaba a los nuevos y visoños soldados de la milicia del Señor que, habiendo dejado los errados senderos de la idolatría, caminaban ya por los ciertos y conocidos de la ley de Dios,

ble; y así fue enterrado allí, con grandísima solemnidad y aplauso; porque quiere Dios que los que huyen de el mundo, viviendo en él, el mundo los busque en muerte para honrarlos y premiarlos; y así yace allí este santo cuerpo, en la capilla de aquel eremitorio. Dejó escritos de su mano algunos memoriales de vidas de algunos santos religiosos de su tiempo, de que en algo yo me he aprovechado para escribirlas, que van en esta larga historia y las he sacado con toda la puntualidad, conforme a sus memoriales, sin faltar en cosa alguna, porque siempre me he preciado de escribir verdades.

CAPÍTULO LXXI. *De la vida del venerable y santo varón de Dios, fray Domingo de Aréizaga, de esta provincia del Santo Evangelio*

EL VENERABLE VARÓN FRAY Domingo de Aréizaga fue natural de Villa Real, pueblo conjunto a Legazpi, en la raya de Guipúzcoa. Desde su niñez se crio en la ciudad de Vitoria, donde tomó el hábito en el convento de San Francisco de aquella ciudad, siendo muchacho de mucha simplicidad (como los hay y se crían en aquella tierra) luego que se ordenó de misa pasó a esta Nueva España, el año de 1554, con deseo de emplearse en la viña del Señor. El comisario que lo trajo (que después fue obispo de Yucatán, fray Francisco de Toral, primero apóstol y evangelizador de la lengua popoloca), conociendo la bondad y virtud de este mancebo, lo escogió y llevó consigo a la provincia de Tecamachalco (que es de los popolocas) para que aprendiese aquella lengua, la cual aprendió en muy breve tiempo; y sabida fue luego enviado al estudio donde, comenzando desde los primeros rudimentos de la gramática latina, prosiguió un curso de artes y otro de la sagrada teología; con todo lo cual salió muy doctamente, porque demás de ser hombre de muy buen entendimiento, era de muy tenaz memoria (cosa muy necesaria para la adquisición de las ciencias) y ayudaba mucho a esto tener su ánima muy desnuda de otros cuidados, porque no los había en el pecho de este santo religioso sino de sólo servir a Dios y aprender las letras que tan doctamente le enseñaba el excelentísimo varón fray Francisco de Bustamante, que leyó sus cursos en el convento de Tecamachalco, donde el apostólico varón fray Domingo había aprendido la lengua de aquella nación y provincia, en la cual también aprovechaba a sus moradores, sin embarazarse ni impedirse de sus estudios, haciendo como el buen soldado Judas Macabeo, que con una mano jugaba y blandeaba la espada contra los enemigos que venían a contradecirle la reforma de los muros de la ciudad de Jerusalén, y con otra acudía al reparo del edificio y muro de su pueblo. Perseguía este valeroso religioso al demonio con la espada de la palabra evangélica, con que doctrinaba a los nuevos y visoños soldados de la milicia del Señor que, habiendo dejado los errados senderos de la idolatría, caminaban ya por los ciertos y conocidos de la ley de Dios,

capitaneados con esta su santa doctrina; y juntamente vacaba a los estudios de las sagradas ciencias, con maravilloso esfuerzo de su espíritu; de manera que con lo uno no cesaba en lo otro. Salió, en pocos años, muy buen letrado, y fue tenido en mucho su parecer y opinión. Fue creciendo en autoridad y merecimiento, tanto como en su aprovechamiento y religión. Era de rostro honesto y grave, y de muy autorizada persona y composición. Considerando, pues, los prelados superiores, la gravedad de su persona, el peso de su buen juicio y las muestras que daba de su extremado acierto, le encomendaron en veces las visitas de otras provincias, las cuales hizo a pie y con mucho crédito y aprobación de los moradores de ellas. Fue en esta de el Santo Evangelio dos veces guardián del convento de Mexico, y otras de otras muchas partes; fue otras dos veces difinidor, y otras dos provincial; los cuales oficios (en especial el de provincial) ejercitó con suma aceptación de los religiosos y seglares. En la lengua bárbara que aprendió fue de los que mejor la supieron y en ella trabajó muchos años, confesando y predicando y rigiendo en lo espiritual a los nuevos convertidos. En el tiempo de su primer provincialato se determinó en el capítulo general, celebrado en París, año de 1578, que los generales de la orden fuesen octenios y los provinciales cuadrienios, añadiéndoles un año en su oficio y cargo; pero cuando llegó la noticia de este estatuto y constitución a las Indias, ya se había pasado el año y medio del provincialato del dicho padre fray Domingo, y había tenido su capítulo intermedio o congregación, en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, a la cual había presidido el prudentísimo prelado, que a la sazón era comisario general de esta Nueva España, fray Rodrigo de Sequera; después de la cual, luego inmediatamente, se fue a los reinos de Castilla el dicho padre comisario, y prosiguiendo con lo restante de su oficio el dicho padre fray Domingo, y pasando a las Filipinas frailes descalzos de la misma orden, a la conversión de las gentes chinas, que entonces andaba esta jornada muy fervorosa, encendióse el santo varón en espíritu de Dios; para pasar con ellos a sembrar su santa palabra entre ellos; y entregando el sello de la provincia al difinidor más antiguo, se pasó a la casa de hospicio, donde los siervos de Dios descalzos estaban hospedados. Pero pareciéndoles a los padres graves de la provincia, que era grande la pérdida que les venía en perderle, fueron allá y le trajeron con grandísimos ruegos, obligándole con muchas y muy eficaces razones que le dijeron. Y viéndose defraudado en su apostólico propósito, llamó a capítulo al cumplimiento del tiempo de los tres años y renunciando el uno, hizo elección de nuevo provincial, en la cual presidió él por no haber comisario en la tierra, con que quedó aliviado de la carga que por entonces le afligía. Después se ofrecieron negocios graves en la provincia; que obligaron a los padres graves de ella a enviarlo a España a su buen despacho y conclusión; lo cual hizo el siervo de Dios con grandísima puntualidad y obediencia, y volvió a las Indias, después de haberlos concluido y en lugar de dejarle descansar lo volvieron a elegir segunda vez, en ministro de la provincia; lo cual aceptó el varón de Dios con voluntad, pareciéndole que aquello debía de convenir; pues todos, sin discrepar ninguno de los vocales,

le habían elegido. Y acabado su trienio, a poco tiempo pasado, le volvieron a hacer guardián de San Francisco de Mexico, donde acabó la vida.

Muchas y muy escogidas virtudes pudiera relatar quien supiera mejor que yo considerar las de este siervo de Dios, así para el ornato de su persona, hábito y profesión, como para los oficios que ejercitó de prelado; pero acontecerme ha lo que al otro pintor, que mandándole pintar el rey Alejandro un gigante feroz y desemejado en un cuadro pequeño, de el tamaño de la palma de la mano, el discreto pintor hinchió el hueco de el cuadro, con la figura de un hombre fornido y fuerte; y otro a sus pies, muy débil y pequeñito, que con demonstración de espanto y asombro le estaba midiendo con una vara el dedo pulgar del pie; representando en este ademán y asombro la desemejanza que aquel hombre hacía a los otros comunes y ordinarios de la naturaleza. No es posible, como digo, que en este pequeño cuadro y suma de la historia de este gigante varón pueda decir lo mucho que fue, ni cuán hombre entero y varonil se mostró en todo; pero con lenguaje corto, como con vara de espanto y asombro, decimos que demás de ser humilde, sincero, afable y benigno con todos, fue tan honesto por todo el espacio de su vida, que no se pudo sospechar de él palabra, ni pensamiento que maculase la integridad de su limpieza. No sabía tratar cosa de burlas, ni podía oir lo que era ajeno de verdad y razón; y jamás se le oyó palabra que tocase a la honra del prójimo. Era de grandísimo secreto y tanto que con traer compañero o secretario, siendo provincial, en extremo arreado entre otras muchas virtudes de ésta del secreto y silencio, que parece que era cortado al talle de su corazón, nunca escribía carta a sus súbditos, sino de su propia mano, porque entendiesen todos que no comunicaba con otro alguno las cosas que tocaban a sus frailes, por leves que fuesen. Si se considera bien esta virtud veremos que es muy propia de un prelado, porque muchas veces se acobarda un súbdito de manifestar su dolor y llaga a un prelado, sólo porque otro no sepa de que pie cojea, ni el mal que le fatiga. Y por ser esto tan necesario, dice Máximo Mártir en un sermón,[1] que amonestaba Sócrates a sus discípulos que por todo el tiempo de su vida guardasen tres cosas, sobre todas las del mundo. La primera, prudencia en el ánima; la segunda, vergüenza en el rostro; y la tercera, silencio en la lengua. Bien guardó este aviso este excelentísimo varón, pues era prudente en su gobierno, vergonzoso y muy remirado en todo su trato y conversación, y muy secreto y callado en todos los negocios que hacía. Mostróse observantísimo de la santa pobreza y obligaciones de su regla. Nunca usó más vestido ni calzado del que por ella es concedido. En el andar a pie fue muy severo y continuo; y cuando se cansaba, arrimábase sobre el bordón, y parábase por un rato hasta que tomaba aliento y luego proseguía su camino; y con ser los caminos de sus visitas tan largos y continuos jamás subió a caballo. Permitía algunas veces en caminos ásperos y fragosos que el compañero fuese a caballo; porque no quería medir la tolerancia de las fuerzas ajenas con las suyas, ni hacer prueba de la fortaleza del espíritu del que le acompañaba. Poco después que dejó el oficio

[1] Max. in Serm. 41.

de provincial, esta segunda vez, le hicieron guardián de San Francisco de Mexico; y como de los muchos trabajos y caminos tan continuos (aunque era hombre robusto y fuerte) no pudo la carne (que como dice el santo Job,[2] no es de bronce) dejar de quedar sentida, molida y flaca, recreciósele una hinchazón o tumor en un pie que fue causa de perder la vida; porque como era poco regalado y traía los pies desnudos y los años eran ya sesenta, fue creciendo el humor y haciendo continuos los dolores; y por hacer alguna evacuación para relevar y mitigar parte de ellos tomó una purga; y otro día, después della (que es cuando más se ha de guardar el purgado) se levantó; y como no usaba de más ropa que la ordinaria y no se abrigó, pasmóse, y a otro día, a la misma hora, murió, con todos los sacramentos; que aunque su muerte fue en tan pocas horas de enfermedad fue en una muy grande y larga disposición de vida; cuya muerte (que fue a las siete de la mañana) se divulgó luego por la ciudad y envió a decir el virrey que entonces gobernaba que se dilatase su entierro hasta la tarde, porque se quería hallar presente. Hízose así, en el cual concurrieron frailes franciscos de todos los conventos comarcanos, a esta ciudad (que fueron muchos) y los de todas las órdenes y los obispos de Chiapa, don fray Andrés de Ubilla; y el de Guadalaxara, don Francisco Santos García, que a la sazón se hallaron en la ciudad de Mexico, y la Audiencia y ciudad, con mucha clerecía y con tanto gentío, como si para un acto público y muy forzoso se hubiera llamado. Hizo el oficio de este entierro el obispo de Chiapa; y llegando revestido con la capa a las andas, donde estaba el santo cuerpo, le besó los pies con mucha devoción y reverencia; y lo mismo hicieron otros muchos teniéndolo por hombre santo y morador del cielo. Sacaron este santo cuerpo de la sacristía, donde le habían puesto en las andas, y haciendo procesión con él, por el claustro, salió por la portería al medio del patio y se depositó en la capilla de San Joseph, al pie de la grada del altar mayor, hasta que se acabase la iglesia nueva, que entonces se iba reedificando. Pero ordenólo Dios muy diferentemente; porque muriendo después algunos años el bendito fray Francisco de Gamboa (de quien adelante haremos memoria, que fue gran padre de los indios mexicanos y muy hijo de este apostólico varón) y pidiendo ser enterrado en la capilla de los indios, abrieron sepultura en la misma de fray Domingo, cuyos huesos (cuando fueron a echar en ella al difunto) comenzaron a tomar los circunstantes, con alaridos y voces infinitas, aclamando todos y diciendo ser reliquias de santo: Sacó la cabeza un religioso y aunque en el convento se tuvo por entonces en mucha veneración, fue corriendo de mano en mano y de pueblo en pueblo, hasta que llegó al de Tecamachalco, que era donde había servido a Dios y predicado a la gente de toda aquella provincia tantos años, donde fue enterrada con la decencia que tal varón merecía. Y se me ofrece considerar que no quiso Dios que la cabeza que viviendo se había ocupado tanto en las alabanzas de su servicio en aquella tierra estuviese fuera de ella, sino haciendo compañía a otros que por su doctrina y santas predicaciones había enviado al cielo; y por esto quiso que volviese a tener lugar de sepultura

[2] Iob. 6.

a aquel donde también le había tenido para sus divinas alabanzas. Fue su muerte llorada, con particular sentimiento, confesando todos a una voz ser muy notable la falta que hacía su persona a las cosas de la religión y a la satisfacción del pueblo; pero como su ánima era necesaria a lo que yo creo, para hinchir una de aquellas sillas de los predestinados, cuyo número ha de ser cumplido según está determinado en la voluntad de Dios, quiso que faltase en la tierra entonces (pues es cierto que en algún tiempo había de faltar) para que desde aquel día comenzase su ánima a gozar del estado seguro y cierto de su salvación, como por lo que queda dicho de su vida, debemos piadosamente creerlo.

CAPÍTULO LXXII. *De otros excelentes varones de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY MIGUEL DE GORNALES FUE NATURAL de la isla de Mallorca. Vino a esta provincia del Santo Evangelio el año de 1555, de edad de veinte y ocho años; varón (aunque tan mozo) escogido entre millares de ciencia y santidad de vida. Puédese decir de este angélico varón lo que Alejandre de Ales solía decir del seráfico doctor San Buenaventura, que parecía no haber pecado Adán en aquel hombre. Luego en llegando a esta tierra leyó un curso de artes y teología, con tanta autoridad, destreza, gracia y aprobación de los oyentes, y de los demás hombres doctos de aquellos tiempos, como uno de los más famosos y consumados doctores del mundo. Y no hay de que espantarnos por esto, pues el Espíritu Santo,[1] que en él moraba y es verdadera sabiduría, abre la boca de los mudos y hace fecundas y elegantes las lenguas de los niños. Andaba tan ocupado en sus ejercicios que parecía no quedarle tiempo para tomar las necesidades corporales. Tenía seis horas de oración mental (que era su principal y continuo ejercicio) y componía juntamente unos comentarios que cada día daba a sus discípulos, por ser el texto de Orbello, que leía muy breve, los cuales comentarios o escolios, por estar llenos de mucha erudición e ingenio, los tienen muchos en grande estima y precio. Leía sus lecciones y tenía cada día sus normas y repeticiones y componía otros tratados de mucha substancia; lo cual (como otro Paulo)[2] podía bien hacer en aquel que lo confortaba. Celebróse en aquella sazón capítulo provincial en el convento de Huexotzinco; y como viniese a él de las partes de Xalisco el santo viejo ya ciego, fray Antonio de Segovia, y oyese la fama del bendito mancebo, comunicóse con él; conociéronse ambos los espíritus inflamados en el amor divino y quedaron con más deseo de comunicarse más por entero y de más cerca. Persuadió entonces el santo viejo al bendito mozo, que fuese a las partes de Xalisco que allá haría gran servicio a nuestro señor, y más fruto a las al-

[1] Sap. 10.
[2] Ad Phil. 4.

a aquel donde también le había tenido para sus divinas alabanzas. Fue su muerte llorada, con particular sentimiento, confesando todos a una voz ser muy notable la falta que hacía su persona a las cosas de la religión y a la satisfacción del pueblo; pero como su ánima era necesaria a lo que yo creo, para hinchir una de aquellas sillas de los predestinados, cuyo número ha de ser cumplido según está determinado en la voluntad de Dios, quiso que faltase en la tierra entonces (pues es cierto que en algún tiempo había de faltar) para que desde aquel día comenzase su ánima a gozar del estado seguro y cierto de su salvación, como por lo que queda dicho de su vida, debemos piadosamente creerlo.

CAPÍTULO LXXII. *De otros excelentes varones de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY MIGUEL DE GORNALES FUE NATURAL de la isla de Mallorca. Vino a esta provincia del Santo Evangelio el año de 1555, de edad de veinte y ocho años; varón (aunque tan mozo) escogido entre millares de ciencia y santidad de vida. Puédese decir de este angélico varón lo que Alejandre de Ales solía decir del seráfico doctor San Buenaventura, que parecía no haber pecado Adán en aquel hombre. Luego en llegando a esta tierra leyó un curso de artes y teología, con tanta autoridad, destreza, gracia y aprobación de los oyentes, y de los demás hombres doctos de aquellos tiempos, como uno de los más famosos y consumados doctores del mundo. Y no hay de que espantarnos por esto, pues el Espíritu Santo,[1] que en él moraba y es verdadera sabiduría, abre la boca de los mudos y hace fecundas y elegantes las lenguas de los niños. Andaba tan ocupado en sus ejercicios que parecía no quedarle tiempo para tomar las necesidades corporales. Tenía seis horas de oración mental (que era su principal y continuo ejercicio) y componía juntamente unos comentarios que cada día daba a sus discípulos, por ser el texto de Orbello, que leía muy breve, los cuales comentarios o escolios, por estar llenos de mucha erudición e ingenio, los tienen muchos en grande estima y precio. Leía sus lecciones y tenía cada día sus normas y repeticiones y componía otros tratados de mucha substancia; lo cual (como otro Paulo)[2] podía bien hacer en aquel que lo confortaba. Celebróse en aquella sazón capítulo provincial en el convento de Huexotzinco; y como viniese a él de las partes de Xalisco el santo viejo ya ciego, fray Antonio de Segovia, y oyese la fama del bendito mancebo, comunicóse con él; conociéronse ambos los espíritus inflamados en el amor divino y quedaron con más deseo de comunicarse más por entero y de más cerca. Persuadió entonces el santo viejo al bendito mozo, que fuese a las partes de Xalisco que allá haría gran servicio a nuestro señor, y más fruto a las al-

[1] Sap. 10.
[2] Ad Phil. 4.

mas, por haber allí más falta de ministros. Condescendió fray Miguel a la persuación del viejo y diole la palabra, que si la obediencia se lo mandase iría de buena voluntad. El prelado superior, que gustaba de favorecer las partes más necesitadas, solicitado del viejo fray Antonio, dio una obediencia a fray Miguel para que en acabando de leer la teología fuese por morador a Mechoacan, que entonces era custodia de esta provincia, y contenía en sí también la parte de Xalisco, y así lo cumplió. Fue cosa maravillosa cuán en breve aprendió dos lenguas, la mexicana y tarasca; porque en muy pocos días que acá se detuvo, acabado el curso que leía, entendió la mexicana y por los caminos iba confesando en ella. La tarasca supo bien, dentro de ochenta días después que llegó a Mechoacan; con la cual acudía a las necesidades espirituales de los naturales, con tanta caridad y fervor de espíritu que parecía un ángel de Dios en la tierra. Mas ¡hay dolor!, que la muerte derribó las esperanzas que todos tenían concebidas de su ciencia y religión. Acabó el curso de esta vida muy mozo, para condenar nuestro descuido; porque (como dice el Espíritu Santo)[3] el justo muerto condena los vivos malos y la juventud difunta del mancebo santo arguye y acusa la larga vida y mala del pecador. Murió en el convento de Pazcuaro de la provincia de Mechoacan, donde yace su santo cuerpo sepultado.

Fray Alonso Dávila nació en la ciudad de Mexico, de esta Nueva España, de padres nobles, según el mundo, y ejemplares en su vida cristiana. Dio fray Alonso, siendo mancebo, grandes muestras y esperanzas de ser notable varón, si viviese; porque desde su niñez fue bien inclinado y aplicado a toda virtud y de una conciencia muy delicada y temerosa de ofender a Dios aun en cosas livianas. Era de singular ingenio y habilidad; y así salió muy buen latino y teólogo; siendo en lo primero discípulo del doctísimo fray Juan de Gaona, y en lo segundo del angélico fray Miguel de Gornales. Aprendió también en breve tiempo (demás de la mexicana) la lengua totonaca, con celo de ayudar a aquellos naturales; porque entonces tenía la provincia los tres conventos que después se dejaron: Xalatzinco, Tlatlauhquitepec y Hueytlalpa. Y en este último, siendo fray Alonso presidente, por ser tierra muy cálida y enferma, cobró el mal de la muerte, que todo lo allana; y así no perdonó a este religioso en su floreciente edad. Tal es la inconstancia y fragilidad de aquella miserable vida. Agradando a Dios, fue amado de él; y viviendo entre los malos y pecadores que hay en el mundo (como dice el Espíritu Santo)[4] fue trasladado a la otra vida. Murió, porque la malicia no pervirtiese su entendimiento. Está enterrado en el convento de mi glorioso padre San Francisco, de la Ciudad de los Ángeles.

Fray Juan de Unza, lego, fue natural de la villa de Zaraoz, en la provincia de Guipúzcoa. Fue buen cirujano en el siglo; el cual, por haber sido homicida, se recogió en el hospital de Nuestra Señora de Guadalupe, donde salió consumadísimo en este arte de la cirugía. Y pasando a estas partes de las Indias, tocado de la mano del Señor, tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de Mexico, por ventura, con ánimo de pade-

[3] Sap. 4.
[4] Sap. 4.

cer martirio en alguna de las partes donde a fe se plantaba entonces, porque deseaba pagar la muerte que debía por esta manera de pasión. Castigaba su cuerpo con mucha austeridad y rigor y muchas penitencias. Comía una vez al día, y entonces no más que un poco de caldo de la olla, con algunas legumbres; y nunca gustaba carne. Siempre anduvo descalzo y con sólo un pobre hábito; levantábase cada noche a las diez a orar, y entonces se daba una disciplina con mucha crueldad. Todo el tiempo que vivió fue enfermero y curaba los enfermos con ferviente caridad y hizo en muchos de ellos, así frailes como indios, curas más maravillosas que naturales; porque para todas las que hacía se encomendaba mucho a Dios, y decían los médicos de él que curaba con ciencia y santidad. Cuando moría algún enfermo de los que curaba aquella noche (fuera de lo acostumbrado) se azotaba crudamente, por si acaso por algún descuido suyo no había sido bien curado el difunto. Amaba mucho la santa pobreza y celaba la regla y observancia de ella. Por esta causa, habiendo venido de España los religiosos descalzos de nuestra orden de San Francisco (aunque él andaba tan descalzo y pobre como ellos) parecióle que en su compañía viviría con más rigor y penitencia, y así se pasó a ellos. Y no parando en esto su deseo, con celo de aprovechar a los más necesitados, con el talento que Dios le dio, así en los cuerpos como en las almas, se partió con ellos para las Islas Filipinas; siendo (como era) viejo, y por ventura por ver si alcanzaba el martirio que tanto deseaba; y estando para embarcarse en el puerto de Acapulco le dio el mal de la muerte, con el cual acabó el curso de su peregrinación, el año de 1581. Enterróse en el mismo puerto.

Fray Francisco de León fue primero arcediano de la iglesia catedral de Tlaxcalla, que tiene su silla en la Ciudad de los Ángeles. Tenía hecho voto de religión (según se entendió) y queriendo cumplir lo que a Dios había prometido, según el consejo del Espíritu Santo, por boca de David,[5] que dice: Haced voto y cumplidlo a vuestro señor Dios, pidió el hábito de nuestro padre San Francisco en un capítulo provincial celebrado en el convento de Huexotzinco. Tomáronse para ello los votos de todos los capitulares que presentes se hallaron; los cuales, teniendo consideración al mucho fruto que en el hábito clerical hacía (porque era un espejo de santidad y entendía en continuas obras de misericordia, sustentando muchos pobres públicos y secretos), votaron que no se le diese el hábito, a lo menos por entonces, hasta que viniese prelado de aquella iglesia, porque era sede vacante. Venido que fue el obispo, que sucedió al difunto, perseveró el buen arcediano en su demanda; porque no fue el espíritu de este santo varón frío como el de el otro mancebo que, llegando Cristo a preguntarle ¿qué debía hacer para seguirle?,[6] y diciéndole que vendiese cuanto tenía y lo distribuyese entre los pobres, se entristeció y se fue desconsolado de su presencia, sino que, no reparando en cosa de esta vida, las tuvo todas en poco por seguir a Jesucristo. Entró fraile menor con mucho ejemplo y edificación de todos: y como él era antes gran siervo de Dios, así después

[5] Psal. 75.
[6] Math. 9. Luc. 18. Marc. 10.

lo fue en la religión, viviendo en toda bondad y santidad hasta la muerte. Cayó enfermo en el convento de Mexico y, estando para expirar, preguntáronle algunos religiosos si había resignado en manos de su prelado las cosillas que tenía de su uso. Volvió entonces el rostro a ellos y díjoles: Yo (bendito sea mi Dios) no tengo que dejar sino en sus divinas manos esta alma que él crió. Parece que quiso este apostólico varón aprovecharse de la sentencia de Cristo que dijo:[7] Las zorras tienen cuevas y los pájaros del cielo nidos, y el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Dando a entender por ella estar destituido de todas las cosas de la vida, y no tener nada en ella que pudiese llamar propria, entregando su espíritu a su padre en la cruz, desnudo de sus ropas y vestido de su prompta y puntual obediencia. Murió santamente, conforme a la vida que hizo, y enterróse en el convento de San Francisco de Mexico. Preguntándole una vez cierto religioso, amigo suyo, ¿qué le parecía de la vida monástica, y de la orden de San Francisco?, respondió: Vine tarde; dando a entender que quisiera haber venido antes para más gozar de la comunicación con Dios, como en aquel poco de tiempo la había tenido. Puédese decir de este siervo de Dios: *Consummatus in brevi. explevit tempora multa;* porque fue muy perfecto en todo, abstinente, muy penitente, descalzo y de mucha oración, muy pobre y de gran caridad, y así trabajó lo posible en la obra de los naturales.

Fray Gerónimo de Mendoza, de la ilustre sangre de los Mendozas, vino a esta Nueva España mancebo seglar. Y aunque por la nobleza de su linaje el virrey le encomendaba cargos principales, viéndose honrado el noble mancebo, mostraba alguna madureza, ejecutando recta justicia; mas con todo esto no dejaba sus liviandades y travesuras, siendo juntamente recio de condición, y a esta causa penoso y desabrido; y sobre todo indevoto de religiosos, que sólo verlos le era cosa aborrecible. Mas Dios, que es poderoso para hacer, de corazones acerados y diamantinos, hijos de Abraham, le hizo merced de traerlo entre ellos, hecho (como otro Paulo) mansísimo cordero, de lobo carnicero,[8] y de vaso de ignominia, trasladado en vaso de honra, para que hiciese penitencia de las culpas pasadas y mereciese ser contado en el número de los apostólicos varones. Tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de Mexico; y después de profeso, oyó sus cursos de artes y teología y salió predicador; fue su conversión manifiestamente mudanza de la mano diestra del altísimo señor, como dice el salmo;[9] la cual no está abreviada para poder salvar, como también lo dice en otra parte;[10] porque cuando siendo seglar fue notado de malas inclinaciones; tanto y mucho más floreció, desde que entró en la religión, en santas y muy religiosas costumbres. Anduvo siempre descalzo y con sólo un hábito de grueso sayal. Tuvo ferventísimo celo de la salvación de las almas; con el cual, pedida licencia a sus prelados, entró muchas leguas la tierra adentro de los indios bárbaros, llamados chichimecas, hacia lo de

[7] Math. 8. Luc. 9.
[8] Luc. 3.
[9] Psal. 76.
[10] Isai. 59.

Copala, padeciendo mucha hambre, sed, cansancio, aguaceros, frío y calores, por la diferencia de los temples de esta tierra, y trayendo la vida a mucho riesgo y peligro, por ser aquella gente como alarbes, a trueque de traellos a la fe de Jesucristo. Y con este mismo celo se partió a España, en compañía del venerable padre fray Francisco de Bustamante, comisario general de estas partes, a pedir favor al rey y a su consejo, para la conversión de aquellas gentes, y en aquella demanda murió en la corte del católico rey don Felipe. Mas no carecerá de premio su santo y celoso deseo, en la corte celestial; pues dice Cristo en su evangelio[11] que un jarro de agua fría terná su galardón. Está sepultado este siervo de Dios en la villa de Madrid, en el convento de San Francisco.

CAPÍTULO LXXIII. *Vida del muy religioso padre fray Gerónimo de Mendieta*

L PADRE FRAY GERÓNIMO DE MENDIETA fue natural de la ciudad de Victoria en Guipúzcoa, tomó el hábito en la de Bilbao, en el convento de nuestro padre San Francisco, siendo muchacho de poca edad; el cual, siendo mancebo ordenado de misa, pasó a las Indias, año de 1554, con el celo que otros santos varones de aquellos tiempos le comunicaron de la conversión de las almas. Era de buena habilidad y muy prudente y sagaz en sus razones. Oyó sus cursos de artes y teología en el convento de Tuchmilco, del excelentísimo mancebo fray Miguel de Gornales, de quien ya dejamos referida alguna parte de las muchas, de virtud y santidad que en él concurrían, salió muy aprovechado en ellos, aunque por ser algo tardo de lengua, como otro Moisén, no predicaba a españoles; pero servíanle de Aarón sus manos, que con la pluma en ellas no había Cicerón, ni Demóstenes más elegante en sus razones. Aprendió la lengua mexicana con eminencia, y más por milagro que con industria humana; porque pidiéndole a Dios, con oración continua (que es la que penetra los cielos), la inteligencia de ella para poderse dar a entender a los indios, le sucedió en el convento de Tlaxcalla, donde era morador, sentir haberle sido concedido de Dios este soberano y especialísimo don; porque aunque la aprendía con mucho cuidado, le parecía que mucha de ella, que jamás había sabido, leído, ni oído, se le venía a la memoria, *perquodam reminisci* (como él decía) por un particular recuerdo, como de cosa que se había sabido otra vez y volvía a la memoria por particular acto de recordación. Predicaba en ella por intérprete, por ser, como digo, algo tardo de lengua, dando por escrito el sermón a su intérprete y asistiendo el elocuentísimo varón a él, lo declaraba el indio al pueblo con toda la elegancia posible. Llamábanle el Cicerón de la provincia, por el grave estilo de su razonar; y por esto las más veces que se escribía a España, al rey, al consejo y la orden, en cuerpo de comu-

[11] Math. 10.

Copala, padeciendo mucha hambre, sed, cansancio, aguaceros, frío y calores, por la diferencia de los temples de esta tierra, y trayendo la vida a mucho riesgo y peligro, por ser aquella gente como alarbes, a trueque de traellos a la fe de Jesucristo. Y con este mismo celo se partió a España, en compañía del venerable padre fray Francisco de Bustamante, comisario general de estas partes, a pedir favor al rey y a su consejo, para la conversión de aquellas gentes, y en aquella demanda murió en la corte del católico rey don Felipe. Mas no carecerá de premio su santo y celoso deseo, en la corte celestial; pues dice Cristo en su evangelio[11] que un jarro de agua fría terná su galardón. Está sepultado este siervo de Dios en la villa de Madrid, en el convento de San Francisco.

CAPÍTULO LXXIII. *Vida del muy religioso padre fray Gerónimo de Mendieta*

L PADRE FRAY GERÓNIMO DE MENDIETA fue natural de la ciudad de Victoria en Guipúzcoa, tomó el hábito en la de Bilbao, en el convento de nuestro padre San Francisco, siendo muchacho de poca edad; el cual, siendo mancebo ordenado de misa, pasó a las Indias, año de 1554, con el celo que otros santos varones de aquellos tiempos le comunicaron de la conversión de las almas. Era de buena habilidad y muy prudente y sagaz en sus razones. Oyó sus cursos de artes y teología en el convento de Tuchmilco, del excelentísimo mancebo fray Miguel de Gornales, de quien ya dejamos referida alguna parte de las muchas, de virtud y santidad que en él concurrían, salió muy aprovechado en ellos, aunque por ser algo tardo de lengua, como otro Moisén, no predicaba a españoles; pero servíanle de Aarón sus manos, que con la pluma en ellas no había Cicerón, ni Demóstenes más elegante en sus razones. Aprendió la lengua mexicana con eminencia, y más por milagro que con industria humana; porque pidiéndole a Dios, con oración continua (que es la que penetra los cielos), la inteligencia de ella para poderse dar a entender a los indios, le sucedió en el convento de Tlaxcalla, donde era morador, sentir haberle sido concedido de Dios este soberano y especialísimo don; porque aunque la aprendía con mucho cuidado, le parecía que mucha de ella, que jamás había sabido, leído, ni oído, se le venía a la memoria, *perquodam reminisci* (como él decía) por un particular recuerdo, como de cosa que se había sabido otra vez y volvía a la memoria por particular acto de recordación. Predicaba en ella por intérprete, por ser, como digo, algo tardo de lengua, dando por escrito el sermón a su intérprete y asistiendo el elocuentísimo varón a él, lo declaraba el indio al pueblo con toda la elegancia posible. Llamábanle el Cicerón de la provincia, por el grave estilo de su razonar; y por esto las más veces que se escribía a España, al rey, al consejo y la orden, en cuerpo de comu-

[11] Math. 10.

nidad, a él se le encomendaban las cartas y lo mismo era por acá a los virreyes y otros personajes graves, porque había puesto Dios en su decir mucha eficacia. Por esto le amaban mucho los prelados; y así fue compañero de muchos y le encomendaban negocios arduos y de importancia, confiando de su industria y buen talento su buen despacho. En comprobación de esto sucedió que en cierto capítulo que se celebró en esta provincia del Santo Evangelio, en aquel siglo dorado cuando se contentaban los de esta sagrada religión como los de los primeros siglos del mundo, con castañas y manzanas, como refiere Virgilio,[1] y otras legumbres para sólo pasar lo forzoso de la vida, que los padres congregados en él le encomendaron los oficios de la tabla, así de guardianes como de intérpretes (porque el guardián que no era lengua llevaba uno, como ahora también se usa) y le dijeron que comprometían en él, por la satisfacción que de su buen juicio tenían; y que mientras la estaba haciendo y distribuyendo ellos lo estarían encomendando a Dios en las horas ordinarias del coro y misa, y con otras particulares oraciones. Y encargándose fray Gerónimo de la dicha tabla y distribución de oficios la hizo, como mejor supo y Dios se lo dio a entender, porque entonces nadie pedía, ni a nadie por peticiones ni ruegos se daba. Acabada la dicha tabla hizo juntar a Difinitorio y en él la leyó; y como la iba leyendo la iban aprobando los padres de él y el prelado superior confirmando. De manera que ni añadieron ni quitaron de como venía en el borrón; y firmándola la leyeron y se concluyó el capítulo; de donde se infieren dos cosas: la una, el crédito grande que de este padre Mendieta tenían todos y el buen juicio que en esto mostró; y lo otro, el poco cuidado que causaban entonces los oficios, pues más se atendía a la oración que a procurarlos; cosa necesarísima para el buen acierto de un capítulo, porque si cuando se va a él van ya los ruegos por delante, muy mal se podrá concluir, porque ya allí no será poderosa la razón, sino el afición y ruegos que han precedido. Por esto aquel caudillo de Dios Moisén, cuando venía capitaneando su pueblo por el desierto no hacía cosa que a esto tocase que no fuese comunicada con Dios, y teniendo de él respuesta y resolución de lo que había de ser hecho; y hay de vosotros (dice Dios) que hacéis concilios y juntas que no son mías, y urdís tela y no va la trama hecha por mi espíritu, añadiendo culpas a culpas que sólo atendéis a los favores humanos, colgando vuestras esperanzas de confianza de los hombres, y no preguntasteis a mi boca, aguardando vuestro favor de los poderosos del mundo, porque esa vuestra confianza y favores se os han de convertir en confusión, vergüenza e ignominia. Y en orden de que estas cosas de elecciones fuesen ordenadas a solo el servicio de Dios y buen gobierno de las provincias, escribió una carta al ministro general fray Francisco de Gonzaga, en la cual le pedía se hiciese una hermandad entre diversas personas (como diremos después) que aunque no tuvo efecto mostró en el aviso que dio lo que deseaba, como cristiano y prudente religioso.

Fue este siervo de Dios muy cuidadoso del bien y aprovechamiento de estos naturales indios; para cuya causa acompañó al padre fray Miguel

[1] Æn. Lib. 8 et ibi Servius.

Navarro, año de 1569, que fue por custodio al capítulo general que se celebró en Francia; en cuya jornada padeció muchos trabajos y volvió el de adelante de 73 con frailes para esta provincia del Santo Evangelio; aunque había determinado de quedarse en aquellas partes, y era morador en Castro de Urdiales. Pero viendo que la obediencia le constreñía no quiso hacer resistencia a Dios; y sacrificándole de nuevo su voluntad se arrojó en los brazos de su misericordia y volvió a la tierra donde fue bien recibido, así por ser quien era, como por traer socorro de religiosos de que estaba necesitada la provincia. Fue antes de esta jornada y después de ella, muchas veces, guardián de los mejores conventos, y una nombrado de San Francisco de Mexico, aunque la renunció, otras dos veces difinidor. Y en todos estos oficios se mostraba muy prudente, seguía la vida común, así en la comida como en el vestuario y calzado, sin usar de lienzo ni otra ropa que excediese a la ordinaria. Era muy devoto de la madre de Dios y de los misterios que suelen contemplarse, cuando se reza su corona y rosario, los cuales hacia pintar en una tabla en las casas donde estaba y las ponía en el coro para que todos participaran de aquella devoción; y hay de estas tablas en algunas partes. De donde me persuado a que tiene por esto mucho merecimiento en la divina presencia de Dios; porque si según regla de derecho, el que da la causa del daño parece haber causado aquel daño; el que da la causa de la devoción parece participar en el merecimiento de aquella devoción; la cual les ha quedado a muchos que después acá la han continuado. Pintaba en algunas partes todos los misterios de nuestra redempción, para que los indios mejor los entendiesen y otras muchas cosas de las Sagradas Escrituras del Testamento Viejo,[2] porque era religioso muy ocupado. Y cuando no tenía qué hacer (después de los ratos de su oración y devociones) se ocupaba en rotular los libros de la librería y convento; porque decía que el fraile ocioso estaba en grande peligro y riesgo de su conciencia. Y es así, porque como dice el Espíritu Santo,[3] la ociosidad enseña mucha malicia. Y luego prosigue: obrad vuestra obra antes del tiempo (conviene a saber) de el Juicio; porque entonces (como dice Cristo)[4] ninguno podrá obrar. Y como dice San Pablo,[5] el que no trabaja, no come. Y el glorioso padre San Chrisóstomo[6] añade otras palabras diciendo: Perversos y malos nos hacemos con la ociosidad. Y si no, véase en David que, por andar ocioso y vagabundo por las azuteas o corredores de su casa, cometió pecado con Bersabé, y por él mató a su marido Urias. Y así dice Séneca,[7] que es muy torpe la caída que se da por ociosidad y negligencia. Por esto nunca estaba ocioso este discretísimo varón, antes se ocupaba, a veces, haciendo oficio de Marta, trabajando de sus manos y a veces el de María, ocupándose en la oración y contemplación. Tuvo este religioso

[2] D. de vi. Bon. rapt. S. ante §. Si cum servum. cap. saepe. 50. dist. cap. de coetero de homicidio, cap. fin. de iniuriis.
[3] Eccles. 33.
[4] Eccles. 51.
[5] 2. Thes. 3.
[6] Div. Chrisost. sup Ioan. hom. 28.
[7] Senec. in Epist. 1.

treinta y nueve hermanos, y con él se cerró el número de cuarenta, todos habidos de su padre, de legítimo matrimonio en tres mujeres que tuvo, una sucesiva de otra, y él fue el menor de todos; cosa que causa admiración por ser tan rara y como tal traía pintada esta multiplicación, señalados los hijos que de cada una de las tres tuvo y la dejó en algunos conventos pintada. Era hombre muy sufrido y muy compuesto en sus razones; guardaba mucho silencio y hacía muy continuas y ordinarias disciplinas; jamás dejaba de seguir el coro, a todas las horas, hasta que ya fue muy viejo y cayó en la última enfermedad, de la cual murió. Había pedido a Dios, muchas y diversas veces, que se la diese tal que en ella pudiese purificar la conciencia de algunos defectos que no tuviesen bien satisfechos ni pagados; porque, aunque hacía lo que le parecía convenir para la satisfacción de ellos, sabía que dice David:[8] Los delitos, ¿quién los entiende? Y por esto decía luego: De las cosas ocultas que yo no entiendo, purificadme y limpiadme, Señor. Por lo cual pedía este siervo de Dios, a ese Señor soberano, que le diese en esta vida enfermedad con que padeciese, para que cuando llegase la muerte hallase en su penitente cuerpo obras penitenciales satisfactorias (de congruo) a las culpas y defectos que por omisión o inadvertencia no hubiese enteramente pagado y satisfecho. Fue la enfermedad un desbarato del estómago que rompió en sangre; la cual le duró mucho tiempo y le obligó a irse a la enfermería, donde estuvo muchos meses padeciendo de ella mucho. Mostró en esta enfermedad grandísima paciencia y nunca la perdió por más que le afligiese; porque consideraba este considerado varón que siendo de la mano poderosa del Señor, y concedida a su petición, que le había de ser regalo. Por esto decía con el glorioso padre San Agustín: Aquí, Señor, quemad y cortad, porque en el fin de mis dolores me perdonéis para siempre. Murió de esta enfermedad, bienaventuradamente, en el convento de San Francisco de Mexico, en 9 días del mes de mayo, del año de 1604. Escribió muchas cosas, en especial el libro que intituló: *Historia eclesiástica indiana,* el cual envió a España al padre comisario general de Indias para que lo hiciese imprimir; obra, cierto, grandiosa y de mucho trabajo y gusto, no sé qué se hizo. Otro libro escribió, en que recopiló muchos avisos y constituciones para esta provincia, y para la reforma de la vida y muchas cartas de grande erudición escritas a diferentes propósitos; el cual libro tengo en mi poder, y de él, y de algunos borrones del primero, me he aprovechado mucho en estos míos; en especial en las cosas de la conversión de estas gentes indianas y de las vidas de los religiosos que en ellos refiero, porque fue muy curioso investigador de estas cosas; aunque es verdad que también se aprovechó de los trabajos de otros santos religiosos, para lo que de ellos escribió. Estuvo en esta provincia más de cincuenta y cinco años y de hábito tenía más de sesenta, el cual acabó el curso de su apostólica peregrinación en santa vejez. Y para que se vea la elegancia de su estilo y juntamente el espíritu de su devoción, pondré aquí una carta que con celo santo del servicio de Dios escribió al genera-

[8] Psal. 18.

lísimo de la orden fray Francisco de Gonzaga, y luego el intento que le movía a escribirla.

CARTA PARA EL MINISTRO GENERAL FRAY FRANCISCO GONZAGA, PERSUADIÉNDOLO A TRATAR CIERTA ESPIRITUAL Y MUY PROVECHOSA COFRADÍA

LUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO PADRE NUESTRO, *previa paterna benedictione*. Conozco que yo no había de hablar en cosa de espíritu y celo, mayormente ante vuestra reverendísima paternidad, en cuyas obras el pastoral gobierno tan copiosamente resplandece, mas por la misma razón, con ser yo tan flaco e indigno fraile, por ver con cuánto cuidado vuestra paternidad nos guía a sus ovejas, por el derecho camino que lleva a los celestiales pastos, me ha movido el espíritu a servir a su santo celo, con mi pobre cornadillo. Bien sabe vuestra paternidad reverendísima (y ningún hombre de consideración creo lo ignora) que todos los trabajos y daños de la iglesia de Dios; principalmente resultan de verificarse tan de veras en nosotros aquello que el Apóstol dice:[9] *Omnes quæ sua sunt, quærunt, non quæ Iesuchristi*. Y no es maravilla que el espíritu divino nos desampare y deje de regir, conforme a nuestro menester, y permita que caigamos en grandes errores y males, pues nosotros le usurpamos su oficio y nos alzamos con su gobierno, no dejándole hacer lo que él sabe que conviene sino queriendo nosotros concertar lo que se nos antoja; trato en cosa de elecciones y provisiones de oficios, a lo menos eclesiásticos, que derechamente a sólo el Espíritu Santo pertenecen. Y, si fuese posible retraer de esta ceguera a los que inconsideradamente se dejan caer en ella, pienso que sería la más heroica e importante obra que sobre la tierra se podía hacer y que sería gran parte y el todo no sólo para aplacar la ira de la majestad divina, escapándonos del castigo que justamente esperamos, mas aun para que fuese el Señor servido de obrar en nuestros tiempos nuevas misericordias, renovando y dilatando su iglesia con maravillosos efectos. Y para alcanzar tan inmenso bien como éste, paréceme que con mucho cuidado se debrían buscar y poner todos los medios posibles. Y el más útil que yo hallo es solicitar los que hacerlo pueden, los corazones de los eclesiásticos, a que sobre este caso cada uno forme santos y firmes propósitos, y con particular y cotidiana oración lo encomienden a Dios. Y sería para este fin ayuda eficacísima ordenar una confraternidad de todos los que *toto corde et animo libentísimo* quisiesen entrar en ella y se les concediesen de la silla apostólica notables indulgencias y gracias; las cuales consiguiesen guardando fielmente lo propuesto, que es lo contenido en el papel que va dentro de esta carta. Represéntolo a V.P.R. como a quien principalmente y más que otro puede en el caso conseguir lo que se pretende, induciendo a ello su pequeña grey en nombre de menores y *alias* tan dilatada y extendida por todo el orbe. Y si en esto

[9] Ad Phil. 2.

lísimo de la orden fray Francisco de Gonzaga, y luego el intento que le movía a escribirla.

CARTA PARA EL MINISTRO GENERAL FRAY FRANCISCO GONZAGA, PERSUADIÉNDOLO A TRATAR CIERTA ESPIRITUAL Y MUY PROVECHOSA COFRADÍA

LUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO PADRE NUESTRO, *previa paterna benedictione*. Conozco que yo no había de hablar en cosa de espíritu y celo, mayormente ante vuestra reverendísima paternidad, en cuyas obras el pastoral gobierno tan copiosamente resplandece, mas por la misma razón, con ser yo tan flaco e indigno fraile, por ver con cuánto cuidado vuestra paternidad nos guía a sus ovejas, por el derecho camino que lleva a los celestiales pastos, me ha movido el espíritu a servir a su santo celo, con mi pobre cornadillo. Bien sabe vuestra paternidad reverendísima (y ningún hombre de consideración creo lo ignora) que todos los trabajos y daños de la iglesia de Dios; principalmente resultan de verificarse tan de veras en nosotros aquello que el Apóstol dice:[9] *Omnes quæ sua sunt, quærunt, non quæ Iesuchristi*. Y no es maravilla que el espíritu divino nos desampare y deje de regir, conforme a nuestro menester, y permita que caigamos en grandes errores y males, pues nosotros le usurpamos su oficio y nos alzamos con su gobierno, no dejándole hacer lo que él sabe que conviene sino queriendo nosotros concertar lo que se nos antoja; trato en cosa de elecciones y provisiones de oficios, a lo menos eclesiásticos, que derechamente a sólo el Espíritu Santo pertenecen. Y, si fuese posible retraer de esta ceguera a los que inconsideradamente se dejan caer en ella, pienso que sería la más heroica e importante obra que sobre la tierra se podía hacer y que sería gran parte y el todo no sólo para aplacar la ira de la majestad divina, escapándonos del castigo que justamente esperamos, mas aun para que fuese el Señor servido de obrar en nuestros tiempos nuevas misericordias, renovando y dilatando su iglesia con maravillosos efectos. Y para alcanzar tan inmenso bien como éste, paréceme que con mucho cuidado se debrían buscar y poner todos los medios posibles. Y el más útil que yo hallo es solicitar los que hacerlo pueden, los corazones de los eclesiásticos, a que sobre este caso cada uno forme santos y firmes propósitos, y con particular y cotidiana oración lo encomienden a Dios. Y sería para este fin ayuda eficacísima ordenar una confraternidad de todos los que *toto corde et animo libentísimo* quisiesen entrar en ella y se les concediesen de la silla apostólica notables indulgencias y gracias; las cuales consiguiesen guardando fielmente lo propuesto, que es lo contenido en el papel que va dentro de esta carta. Represéntolo a V.P.R. como a quien principalmente y más que otro puede en el caso conseguir lo que se pretende, induciendo a ello su pequeña grey en nombre de menores y *alias* tan dilatada y extendida por todo el orbe. Y si en esto

[9] Ad Phil. 2.

no acierto suplico a V.P.R. sea lo perdonado, recibiéndose mi intención, que es buena y santa, y guarde nuestro Señor, &c.

PROTESTACIONES QUE HABÍAN DE HACER LOS HERMANOS DE ESTA CONFRATERNIDAD

O, NO MOVIDO PÚRAMENTE POR AGRADAR A nuestro señor Dios y por le servir con libertad cristiana y apostólica, y por ser cosa importante a mi salvación y al bien general de la religión que profesé, digo que propongo firmemente las cosas que aquí se siguen, y que con toda voluntad procuraré de guardarlas y volver por ellas en lo que buenamente pudiere.

Primeramente, propongo de no pretender en mi vida oficio de mi orden, ni de fuera de ella, ni para mí ni para otro, sino desear siempre que Dios elija para los tales oficios aquellos que mejor los pudieren ejercitar en servicio suyo y en utilidad de la república cristiana.

Lo segundo, propongo de no pretender interés temporal ni para mí ni para otro, antes aborrecerlo y evitarlo cuanto pudiere en mis hermanos, mayormente cosa tocante a dineros o pecunia.

Lo tercero, propongo de no hacer diferencia de personas, por ser de esta tierra o de la otra de esta provincia, o de la otra, sino sólo aficionarme al virtuoso y religioso de donde quiera que sea, por su virtud y religión; y apartarme del que tuviere espíritu de divisiones y parcialidades, como del mismo demonio.

Lo cuarto, propongo de encomendar cada día a Dios, particularmente a todos los que tuvieren estos mismos propósitos, como a hermanos verdaderos en Cristo. Y asimismo propongo de ofrecer a Dios las veces que yo pudiere, esta siguiente oración, o el intento de ella.

Altísimo y omnipotentísimo Dios y señor nuestro, yo pecador (o pecadora) indigno o indigna de parecer ante vuestro divino acatamiento, con toda humildad os suplico seais servido de darnos a todos aquellos que por vuestra gracia y misericordia gozamos del glorioso nombre de cristianos, espíritu y celo de vuestra honra y gloria y santo servicio; y que esto, sobre todas las cosas, deseemos, pretendamos y procuremos con todas nuestras fuerzas, y que en esto nos empleemos, ocupemos y desvelemos, y de esto nos preciemos y gloriemos, dejando todas pretensiones humanas y temporales intereses, los cuales, vos Señor, seais servido de aniquilar y destruir y desarraigar totalmente de nosotros, y confundir a los que presumieren y porfiaren de querer salir con ellos, dejándolos defraudados de sus vanos deseos, para que así confusos (si quiera por esta vía) se conviertan a desear, pretender y buscar el sumo eterno, incomparable, verdadero y único bien que sois vos nuestro Dios y señor. Y mediante esta vía y otras que vos sabéis convenir, seais servido de abrir la puerta para que entre la predicación de vuestro Santo Evangelio en todas las tierras de los infieles y que

no acierto suplico a V.P.R. sea lo perdonado, recibiéndose mi intención, que es buena y santa, y guarde nuestro Señor, &c.

PROTESTACIONES QUE HABÍAN DE HACER LOS HERMANOS DE ESTA CONFRATERNIDAD

O, NO MOVIDO PÚRAMENTE POR AGRADAR A nuestro señor Dios y por le servir con libertad cristiana y apostólica, y por ser cosa importante a mi salvación y al bien general de la religión que profesé, digo que propongo firmemente las cosas que aquí se siguen, y que con toda voluntad procuraré de guardarlas y volver por ellas en lo que buenamente pudiere.

Primeramente, propongo de no pretender en mi vida oficio de mi orden, ni de fuera de ella, ni para mí ni para otro, sino desear siempre que Dios elija para los tales oficios aquellos que mejor los pudieren ejercitar en servicio suyo y en utilidad de la república cristiana.

Lo segundo, propongo de no pretender interés temporal ni para mí ni para otro, antes aborrecerlo y evitarlo cuanto pudiere en mis hermanos, mayormente cosa tocante a dineros o pecunia.

Lo tercero, propongo de no hacer diferencia de personas, por ser de esta tierra o de la otra de esta provincia, o de la otra, sino sólo aficionarme al virtuoso y religioso de donde quiera que sea, por su virtud y religión; y apartarme del que tuviere espíritu de divisiones y parcialidades, como del mismo demonio.

Lo cuarto, propongo de encomendar cada día a Dios, particularmente a todos los que tuvieren estos mismos propósitos, como a hermanos verdaderos en Cristo. Y asimismo propongo de ofrecer a Dios las veces que yo pudiere, esta siguiente oración, o el intento de ella.

Altísimo y omnipotentísimo Dios y señor nuestro, yo pecador (o pecadora) indigno o indigna de parecer ante vuestro divino acatamiento, con toda humildad os suplico seais servido de darnos a todos aquellos que por vuestra gracia y misericordia gozamos del glorioso nombre de cristianos, espíritu y celo de vuestra honra y gloria y santo servicio; y que esto, sobre todas las cosas, deseemos, pretendamos y procuremos con todas nuestras fuerzas, y que en esto nos empleemos, ocupemos y desvelemos, y de esto nos preciemos y gloriemos, dejando todas pretensiones humanas y temporales intereses, los cuales, vos Señor, seais servido de aniquilar y destruir y desarraigar totalmente de nosotros, y confundir a los que presumieren y porfiaren de querer salir con ellos, dejándolos defraudados de sus vanos deseos, para que así confusos (si quiera por esta vía) se conviertan a desear, pretender y buscar el sumo eterno, incomparable, verdadero y único bien que sois vos nuestro Dios y señor. Y mediante esta vía y otras que vos sabéis convenir, seais servido de abrir la puerta para que entre la predicación de vuestro Santo Evangelio en todas las tierras de los infieles y que

de ellos sea recibido con aceptación y júbilo: *Ut convertantur ad te omnes gentes et fiat unum ovile, et unus pastor ecclesiæ tuæ toto orbe terrarum et adveniat regnum tuum, et fiat voluntas tua sicut in cælo ita et in terra. Amen.*

CAPÍTULO LXXIV. *En que se contiene la vida del siervo de Dios fray García de Salvatierra*

FRAY GARCÍA DE SALVATIERRA FUE NATURAL de un pueblo del mismo nombre que cae en Extremadura. Su padre era hijodalgo, aunque labrador y hombre del campo, y de buena hacienda. Según parece no tenía hermano varón; porque muertos sus padres (siendo él todavía mozo) quedó con la casa y acogía en ella a los frailes de San Francisco, como lo hicieron sus padres que eran hermanos de la orden. Dotólo Dios de una sincerísima ánima desde su niñez, con que no tuvo pensamiento de casarse ni aficionarse a las cosas del mundo, más de vivir llana y simplemente ocupándose en la labor de aquella hacienda que le había quedado hasta la edad de treinta años, poco más o menos. En aquel tiempo fue tocado de la mano del Señor y llamado para el estado de perfección con santas y particulares inspiraciones que recibía su espíritu; a las cuales él respondió sin dilación con toda promptitud y brevedad, determinando de dejar el mundo y entrar en alguna religión donde sirviese a Dios y salvase su ánima. Mas conociéndose por ignorante e insuficiente para elegir el estado que para este efecto le convenía acordó dos cosas. La una, hacer una romería para pedir a nuestro Señor lo alumbrase en el camino que había de tomar para más le agradar; y la segunda, aconsejarse con personas de ciencia y experiencia que se lo enseñasen. Y para lo primero se ofreció una de las solemnidades en que en la ciudad de Jaén se muestra la santa Verónica; y ésta escogió el mozo García para su romería, y la cumplió con algunos trabajos que pasó en el camino. Y para lo segundo, viendo a un letrado que le pareció buen hombre, díole dos reales porque le diese parecer y dijese en qué orden podría ser religioso y salvar su ánima; el letrado le respondió que le parecía lo más acertado ser fraile en la orden de San Gerónimo, que es abastada de lo necesario, donde sin la inquietud de buscarlo tendría seguro el vestir y comer; y no en orden mendicante, como la de los frailes menores donde todo era penuria y miseria, y donde había de andar distraído buscando lo necesario para sí y para los otros frailes. De esta respuesta no quedó satisfecho García; y pasando su camino adelante aposentóse en un mesón para dormir una noche, donde llegó juntamente un pobre que le dijo: Hermano, si hubieres de ser religioso entra en la orden de San Francisco y serás pobre perfecto y no te faltará cosa alguna, porque donde quiera que llegares hallarás lo necesario a la vida humana y sin cuidado de caballos irás donde te enviaren y escoge el estado de lego, que es el más seguro. Y como si este hombre fuera mensajero de Dios enviado del cielo a solo este fin, así le cuadró esto mucho al buen

de ellos sea recibido con aceptación y júbilo: *Ut convertantur ad te omnes gentes et fiat unum ovile, et unus pastor ecclesiæ tuæ toto orbe terrarum et adveniat regnum tuum, et fiat voluntas tua sicut in cælo ita et in terra. Amen.*

CAPÍTULO LXXIV. *En que se contiene la vida del siervo de Dios fray García de Salvatierra*

FRAY GARCÍA DE SALVATIERRA FUE NATURAL de un pueblo del mismo nombre que cae en Extremadura. Su padre era hijodalgo, aunque labrador y hombre del campo, y de buena hacienda. Según parece no tenía hermano varón; porque muertos sus padres (siendo él todavía mozo) quedó con la casa y acogía en ella a los frailes de San Francisco, como lo hicieron sus padres que eran hermanos de la orden. Dotólo Dios de una sincerísima ánima desde su niñez, con que no tuvo pensamiento de casarse ni aficionarse a las cosas del mundo, más de vivir llana y simplemente ocupándose en la labor de aquella hacienda que le había quedado hasta la edad de treinta años, poco más o menos. En aquel tiempo fue tocado de la mano del Señor y llamado para el estado de perfección con santas y particulares inspiraciones que recibía su espíritu; a las cuales él respondió sin dilación con toda promptitud y brevedad, determinando de dejar el mundo y entrar en alguna religión donde sirviese a Dios y salvase su ánima. Mas conociéndose por ignorante e insuficiente para elegir el estado que para este efecto le convenía acordó dos cosas. La una, hacer una romería para pedir a nuestro Señor lo alumbrase en el camino que había de tomar para más le agradar; y la segunda, aconsejarse con personas de ciencia y experiencia que se lo enseñasen. Y para lo primero se ofreció una de las solemnidades en que en la ciudad de Jaén se muestra la santa Verónica; y ésta escogió el mozo García para su romería, y la cumplió con algunos trabajos que pasó en el camino. Y para lo segundo, viendo a un letrado que le pareció buen hombre, díole dos reales porque le diese parecer y dijese en qué orden podría ser religioso y salvar su ánima; el letrado le respondió que le parecía lo más acertado ser fraile en la orden de San Gerónimo, que es abastada de lo necesario, donde sin la inquietud de buscarlo tendría seguro el vestir y comer; y no en orden mendicante, como la de los frailes menores donde todo era penuria y miseria, y donde había de andar distraído buscando lo necesario para sí y para los otros frailes. De esta respuesta no quedó satisfecho García; y pasando su camino adelante aposentóse en un mesón para dormir una noche, donde llegó juntamente un pobre que le dijo: Hermano, si hubieres de ser religioso entra en la orden de San Francisco y serás pobre perfecto y no te faltará cosa alguna, porque donde quiera que llegares hallarás lo necesario a la vida humana y sin cuidado de caballos irás donde te enviaren y escoge el estado de lego, que es el más seguro. Y como si este hombre fuera mensajero de Dios enviado del cielo a solo este fin, así le cuadró esto mucho al buen

García; y sin más detenerse dejó la hacienda en poder de una hermana que tenía y fue a pedir el hábito al provincial de la provincia de San Miguel (que es la de Extremadura) el cual, como ya lo conocía, se lo dio luego. Esto contó el mismo fray García al último guardián que tuvo, preguntándole de su vida pasada y la manera de su conversión a la religión; y añadió más, que siendo recién profeso lo envió su guardián a cierto camino a acompañar a otro fraile, donde halló cumplido lo que aquel pobre le había dicho; y en el Evangelio[1] se lee que al pobre evangélico sin llevar talega, ni zurrón e yendo descalzo, no le faltaría lo necesario. Porque como perdiesen el camino y llegasen ya de noche cerca de un arroyo que de fuerza habían de pasar, y no se atreviesen a pasarlo por correr con mucho ímpetu, estando pensando qué harían en aquella necesidad, vieron buen trecho de sí una candela o fuego en una cabañuela de pastores, y determinaron de irse a ella, aunque no vían camino por do guiasen. Y con ser esto así e ir ellos descalzos no les empecieron infinitas púas de juncos que por allí había, ni cantidad de mastines que con furia salieron a ellos para morderlos y herirlos; llegados a la choza fueron muy bien recibidos de los pastores que estaban haciendo migas y cociendo leche para su cena, los cuales por su venida doblaron la ración; y viendo esto fray García dio muchas gracias a nuestro Señor por haber visto cumplido lo que el pobre le había dicho, que a do quiera que llegase hallaría lo necesario, atribuyendo todo lo que se ha dicho al merecimiento de su compañero. Al cabo de algunos años, habiendo sido portero en los conventos de Ornachos y Alcántara, lo enviaron sus prelados con otros religiosos que venían a reformar a los frailes de la Isla de Santo Domingo; y porque no tuvo efecto la reformación, por causas que para ello hubo, fray García, con un sacerdote llamado fray Hernando Pobre, se vino a esta provincia del Santo Evangelio donde residió muchos años en diversos conventos; y donde más tiempo estuvo fue en el de Toluca, sirviendo principalmente de portero a causa de haber siempre en aquella casa estudio de mancebos.

Era fray García tan pobre en el uso de las cosas, tan abstinente, humilde, sufrido y mortificado, y tan perfecto en toda virtud, que desde que pasó a estas partes, de todos los que lo conocieron y conversaron, siempre fue tenido por hombre santo, verdadero imitador de nuestro padre San Francisco. Azotábase con grande crueldad y muchas de sus disciplinas hacía en una ermita de la huerta del convento, cuyas paredes y suelo estaban bañadas de sangre, de la que de los azotes derramaba, y esto vimos diversas veces; y encareciendo su santidad encogíamos los hombros y alabábamos a Dios en su siervo. Entre todas las virtudes que en él resplandecieron, su caridad se señaló más, la cual tenía con todos, y particularmente con los pobres y enfermos. En la oración y contemplación era continuo, sin cesar que nunca Dios se apartaba de su memoria; y así decía él, cuando alguno le preguntaba ¿qué hacía? Amar a Dios con continuo pensamiento. Y esto confirmó pocas horas antes que muriese, diciendo: Sabe Dios que le he

[1] Luc. 22.

procurado amar, desde que lo conozco, con continuo pensamiento. A esta causa andaba como transportado y absorto; que no atendía, ni respondía a lo que le decían, especialmente en el lugar de su ordinario asiento, que era en el tránsito de la portería, delante de un crucifijo, donde después de muerto lo pintaron. Allí lo vio un religioso agustino, llamado fray Luis de Ramos (que entonces era huésped en aquel convento de Toluca, y salía a la portería), arrebatado en éxtasis, con el rostro encendido como un fuego; y aunque le habló no le respondió, ni sintió salir de casa. Y lo mismo dijo haber visto en veces el organista del convento, llamado Juan de Vargas Becerra. Con los seglares que acudían a la portería a sus negocios, siempre hablaba de Dios, y lo mismo con los frailes dentro de casa; y ninguno le oía hablar palabra ociosa sino todas de edificación. Muchas veces le oían cantar, así de día como de noche, andando arrebatado en Dios, estas palabras: Señor mío Jesucristo, para siempre seáis bendito de mí y de todo espíritu. Como su sinceridad era extremada, y no menos el respeto y obediencia que tenía a su prelado, instigaban los frailes a su guardián que le preguntase cosas de su vida pasada, por curiosidad de saberlas y alabar a Dios en la santidad de su siervo, porque realmente lo tenían por santo, sin hallar cosa de que le pudiesen tachar, y él respondía simplemente a lo que su prelado le preguntaba, aunque algunas veces con turbación y temor, si era cosa que le podía acarrear propria alabanza; porque es propriedad de los santos el temor y la reverencia, y atribuir a Dios todo lo bueno que en sí conocen, diciendo con David:[2] Señor, no a nosotros, sino a vos, se debe toda gloria y alabanza. En especial mostró este recato y sujeción, preguntándole una vez cerca de su virginidad, si la había guardado toda su vida, porque se turbó, no sabiendo qué decir; y por no mentir, no respondió otra cosa sino que sabía Dios que le había sido fiel en su amor y servicio; y es de creer que si no hubiera conservado esta preciosa margarita de la limpieza y virginidad, que no diera esta respuesta, en especial poniendo a Dios por testigo, ante cuyos ojos (como dice el Profeta) todas las cosas están desnudas de duda y son muy claras y manifiestas, y están vestidas con limpieza de toda verdad.

CAPÍTULO LXXV. *Que prosigue la vida del santo fray García, y cosas maravillosas que Dios obró por él y de su santa muerte*

COSAS MARAVILLOSAS OBRÓ EL SEÑOR por medio de este su siervo en diversas ocasiones que se ofrecieron, de las cuales es una, que morando en el pueblo de Tehuacan, que es tierra caliente y hay gran copia de hormigas, eran notablemente molestas al santo fray García en la oficina del refectorio, porque no dejaban cosa que se pudiese comer, según la mucha cantidad que cargaba de ellas sobre cada cosa de lo que allí se ponía.

[2] Psal. 113.

procurado amar, desde que lo conozco, con continuo pensamiento. A esta causa andaba como transportado y absorto; que no atendía, ni respondía a lo que le decían, especialmente en el lugar de su ordinario asiento, que era en el tránsito de la portería, delante de un crucifijo, donde después de muerto lo pintaron. Allí lo vio un religioso agustino, llamado fray Luis de Ramos (que entonces era huésped en aquel convento de Toluca, y salía a la portería), arrebatado en éxtasis, con el rostro encendido como un fuego; y aunque le habló no le respondió, ni sintió salir de casa. Y lo mismo dijo haber visto en veces el organista del convento, llamado Juan de Vargas Becerra. Con los seglares que acudían a la portería a sus negocios, siempre hablaba de Dios, y lo mismo con los frailes dentro de casa; y ninguno le oía hablar palabra ociosa sino todas de edificación. Muchas veces le oían cantar, así de día como de noche, andando arrebatado en Dios, estas palabras: Señor mío Jesucristo, para siempre seáis bendito de mí y de todo espíritu. Como su sinceridad era extremada, y no menos el respeto y obediencia que tenía a su prelado, instigaban los frailes a su guardián que le preguntase cosas de su vida pasada, por curiosidad de saberlas y alabar a Dios en la santidad de su siervo, porque realmente lo tenían por santo, sin hallar cosa de que le pudiesen tachar, y él respondía simplemente a lo que su prelado le preguntaba, aunque algunas veces con turbación y temor, si era cosa que le podía acarrear propria alabanza; porque es propriedad de los santos el temor y la reverencia, y atribuir a Dios todo lo bueno que en sí conocen, diciendo con David:[2] Señor, no a nosotros, sino a vos, se debe toda gloria y alabanza. En especial mostró este recato y sujeción, preguntándole una vez cerca de su virginidad, si la había guardado toda su vida, porque se turbó, no sabiendo qué decir; y por no mentir, no respondió otra cosa sino que sabía Dios que le había sido fiel en su amor y servicio; y es de creer que si no hubiera conservado esta preciosa margarita de la limpieza y virginidad, que no diera esta respuesta, en especial poniendo a Dios por testigo, ante cuyos ojos (como dice el Profeta) todas las cosas están desnudas de duda y son muy claras y manifiestas, y están vestidas con limpieza de toda verdad.

CAPÍTULO LXXV. *Que prosigue la vida del santo fray García, y cosas maravillosas que Dios obró por él y de su santa muerte*

COSAS MARAVILLOSAS OBRÓ EL SEÑOR por medio de este su siervo en diversas ocasiones que se ofrecieron, de las cuales es una, que morando en el pueblo de Tehuacan, que es tierra caliente y hay gran copia de hormigas, eran notablemente molestas al santo fray García en la oficina del refectorio, porque no dejaban cosa que se pudiese comer, según la mucha cantidad que cargaba de ellas sobre cada cosa de lo que allí se ponía.

[2] Psal. 113.

No pudiendo sufrir esto el siervo de Dios mandóles por obediencia, con gran sinceridad, que se fuesen y no entrasen más allí, lo cual ellas cumplieron inviolablemente, que aunque llegaban a la puerta de la oficina, ninguna de allí adelante se vio entrar dentro. Esto contó, muchos años antes que fray García muriese, su guardián que a la sazón era en Tehuacan, al padre fray Gerónimo de Mendieta, siendo su guardián en Tlaxcalla, hombre de toda verdad y muy esencial religioso. Y como este milagro era tan notorio, preguntóle después otro su guardián, morando el siervo de Dios en Toluca, ¿cómo había desterrado las hormigas de la oficina de Tehuacan? A lo cual respondió fray García que viéndose afligidísimo por no poder guardar cosa de comer en aquella oficina, un día, con esta aflicción, hizc oración a la gloriosa Santa Ana, pidiéndola fuese intercesora para que se viese libre de aquella plaga; y luego, confiando en Dios, se levantó y mandó a las hormigas se saliesen fuera todas, sin quedar alguna, y no entrasen más allí; y parece que movidas de aquella obediencia se salieron luego todas fuera y nunca más volvieron, aunque llegaban a la puerta y a la ventana. Y que de esto se había de dar la gloria (después de Dios a la gloriosa Santa Ana). Cuando iba a morar a aquel convento de Toluca le tomó la noche en una visita de Coyohuacan, que ambas son villas del marqués del Valle, y la iglesia de aquella visita es de la vocación de la bienaventurada Santa Lucía. A la mañana, cuando quiso partir de allí para proseguir su camino, no le fue posible descubrir un indio que lo guiase y le llevase cierto hatillo que traía consigo; y estando afligido porque se hacía tarde y temía que había de llover y no podría hacer jornada, púsose en oración delante del altar de la santa y le pidió le socorriese en aquella necesidad. Hecha su oración salió a la puerta de la iglesia que mira hacia el camino real y vio venir por él, hacia sí, dos indios de gentil disposición, y llegados junto a él les preguntó ¿de dónde eran y adónde iban? Ellos le respondieron que eran de Toluca y que para allá iban. Rogóles entonces fray García que lo guiasen y le llevasen aquella ropilla, pues pesaba poco y ellos iban descargados; lo cual, de muy buena voluntad, hicieron. Llegados a Metepec, donde hay monasterio nuestro, una legua de Toluca, fray García los acarició, habiéndoles preguntado sus nombres y el barrio donde tenían sus casas; y lo uno y lo otro le dijeron. El siervo de Dios les dijo luego que le esperasen y les sacaría algo que comiesen y entróse dentro, dejándolos a la puerta. Volviendo luego prestamente para despedirlos no halló rastro de ellos. Llegado a Toluca inquirió por sus nombres y barrio que le dijeron; mas tampoco los pudo descubrir. Instando fray García sobre esto y preguntando por ellos muchas veces le contó a su guardián lo que le había pasado con ellos y añadió que vivía con este dolor de no haberlos hallado para agradecerles y satisfacerles la caridad y buena compañía que le hicieron, dando gracias a Santa Lucía, que oyó su oración. Mas puesto que fray García no lo declarase así, todos los que lo supieron tuvieron por entendido que aquéllos fueron ángeles, enviados de Dios para aquel ministerio, como el ángel San Rafael para acompañar al mozo Tobías[1] en su

[1] Tob. 3.

viaje, porque si fueran indios aguardaran la comida y se hallaran sus nombres y barrios; y también parece cosa extraordinaria llegar al tiempo y punto de aquella urgente necesidad.

Un vecino de Toluca, llamado Miguel González, dio testimonio que llegando él a la portería de aquel convento, rabiando de dolor de muelas de que andaba notablemente atormentado, el siervo de Dios fray García le preguntó qué era la causa de su venida y la pena que traía y que comunicándole su dolor el santo varón le puso un dedo sobre todas las muelas, con que se sintió luego sano y nunca más le volvió el dolor.

Doña Ana de Reinoso, mujer de Nicolás de Robles, dijo también que llegando ella, en días de parir, a la portería del dicho convento a pedir confesor, y estando allí sentada y triste, llegó el santo fray García, y habiéndole ella rogado que la encomendase a Dios, el santo le respondió que no tuviese pena, que el día siguiente, a la hora que él esto le decía, habría parido un hijo; lo cual sucedió así como lo dijo.

Al síndico del mismo convento de Toluca, llamado Francisco Rodrigue Magallánes, habiéndosele muerto la primera mujer con quien había casado y estando viudo de ella, le dijo que no casase segunda vez porque padecería muchos trabajos y que vería la justicia por su casa, y le llevarían a su mujer sin poderlo remediar; mas él no curando de lo que el siervo de Dios le decía, dos años después le sucedió todo lo susodicho, que la justicia le sacó la mujer de casa sin saber él la causa, porque había pedido divorcio; y esto contó él con lágrimas a un religioso.

Habiendo pestilencia en el pueblo, de que morían muchos niños, fue este varón santo con un sacerdote a un obraje de un español llamado Juan García, y todos los niños que le sacaron para que los bendijese y tocase con sus manos vivieron, y los demás casi todos murieron; lo cual contó después el dicho Juan García y otros españoles. Algunos días antes que muriese de una enfermedad prolija que tuvo, estuvo muy inquieto en la cama, y de cuando en cuando se levantaba con sobresaltos sobre ella, diciendo: Ea, ea, como quien riñe con alguno; y dos, o tres días antes que expirase, habiendo estado una noche en extremo inquieto, después de las dos de la mañana, se levantó con gran furia, diciendo las mismas palabras: Ea, ea, con más priesa que de antes y dio en las tablas de la cama un muy gran golpe, y dijo en alta voz: Caído ha el espíritu; con lo cual se tornó a acostar, quedando muy sosegado y lo estuvo hasta que dio el alma a Dios; fue esto lucha que el siervo de Dios tuvo con el adversario enemigo nuestro, que le debía de tentar en algunas cosas de la fe, por ver si le podía derribar de la alteza de su perfección, para que incurriendo en alguna desesperación o duda de las cosas que hasta entonces había creído, tuviese entrada para sus falsas y detestables persuaciones. Y así, esta lucha que este santo lego tenía era espiritual, la cual se hace con repugnancia de voluntades como fue la que hubo en el cielo entre Michael y sus ángeles con el príncipe de las tinieblas Lucifer y sus secuaces, en el principio de su creación;[2] el cual, pugnando por el apetito de la semejanza de Dios, le con-

[2] Supra tomo II, lib. 6, cap. 37.

tradecía San Miguel, diciendo: ¿Quién como Dios en el cielo ni en la tierra? Y con esta repugnancia que le hizo, acompañado de los espíritus que fueron de su parecer vencieron al demonio, cayendo de aquella perfección y alteza a la mísera de la culpa y tinieblas en que ahora Dios lo tiene condenado, como dice el santo profeta Isaías[3] y lo refieren algunos doctores; de manera que la lucha espiritual es con armas espirituales repugnantes, unas de otras; pero como no reinaba pecado en el espíritu de este lego santo, no podía el demonio vencerle; antes él, fortificado con la gracia de Dios, le hacía guerra; y esto es lo que amonesta San Pablo,[4] diciendo: No queráis dar lugar en vuestra alma al demonio, que es como si dijese: No consintáis en sus persuasiones, porque con ellas hace la guerra; y Santiago dice:[5] Resistid al demonio y huirá de vosotros, y esto es no dar lugar ni entrada al demonio, con repugnancia de voluntad; la cual tenía este apostólico varón, y con ella fue Dios servido que en esta ocasión le venciese, y que quedase sosegado y victorioso. Al tiempo de su muerte se cumplió lo que él algunos días antes había dicho, que no moriría desacompañado; y fue así que como los religiosos del convento, por ser Cuaresma andaban fuera confesando los indios por las visitas, vinieron todos al convento sin ser llamados en un mismo día, y queriéndose otra vez partir para volver a su obra, les fue forzoso tornar del camino para hallarse en su muerte, que fue un día, a las tres de la tarde, año de 1591. El pueblo todo, sin ser convocado, se juntó a ver muerto al que siempre en vida tuvieron por santo y lo vieron, sin comparación, muy más hermoso que cuando vivo, y más tratable y blanco su cuerpo que antes, y lo estuvo otro día siguiente, después de haber estado toda una noche sobre el suelo frío. Y no sólo tratable, mas aun caliente, según lo afirmaron muchos españoles que sin podérselo estorbar los frailes llegaron con sus manos a sus pechos y espaldas, habiéndole rompido el hábito y llevado sus pedazos por reliquias. Pasados diez meses, después de su muerte, estando el guardián del convento ausente, el presidente, que en su lugar quedó, teniendo muy gran deseo de ver aquel cuerpo santo por su devoción, hizo abrir la sepultura y hallólo entero y convocó a todo el convento para que lo viesen y alabasen al Señor. Estaba sin corrumpción alguna, los ojos enteros, los cabellos y barba como cuando murió, tan pegados que con mucha dificultad le pudieron arrancar algunos. La ternilla de la nariz y las orejas sanas y buenas, que tirando de ellas no había manera de dar de sí, y el hábito y capilla no estaban podridos, ni en la sepultura había algún género de mal olor. De casi todo lo arriba dicho que pasó en Toluca, en vida y muerte del varón santo fray García de Salvatierra, dieron testimonio de ello seis sacerdotes, firmado de sus nombres.

[3] Isai. 14. Mairon. lib. 2. sent de 8. q. 2.
[4] Ad Ephes. 4.
[5] Epist. Iac. 4.

CAPÍTULO LXXVI. *Donde se contiene la vida del venerable padre fray Alonso Urbano*

L VENERABLE PADRE FRAY ALONSO URBANO fue natural de el pueblo de Mondéjar, en el reino de Toledo; y tomó el hábito de nuestro padre San Francisco en la provincia de Castilla, en el convento de San Juan de los Reyes, de la misma ciudad de Toledo, siendo mancebo de poca edad, donde estudió artes y teología y pasó a estas partes de las Indias a esta provincia del Santo Evangelio, siendo mozo, aunque ya predicador. Era hombre de muy gran recogimiento y aprendió luego en los primeros años que vino las lenguas mexicana y otomí, y en ambas predicaba con mucha propriedad. Era muy devoto de Nuestra Señora; y así le predicaba los sermones de sus festividades con grande fervor de espíritu; y entre otras que tenía de su devoción eran tres las fiestas que solemnizaba mucho; una era la natividad de Cristo nuestro señor, porque aquí comenzaron los misterios de nuestra redempción; y otra la del Santísimo Sacramento, porque en ella se nos dejó en manjar para sustento de nuestra alma; y la otra la de la Asumpción de la virgen María, donde fue a recibir el premio de sus muchos merecimientos. Y aunque en todas mostraba pureza y fervor de espíritu, en éstas era doblado, como el que pidió el profeta Eliseo, a su santo maestro y padre Elías. Era muy ardiente en su devoción y espíritu y algunas veces, lleno de la consideración de la observancia de la regla que había profesado, decía que era gran pecador y que vivía como animal bruto; pues que estando tan obligado a Dios por particulares votos no hacía mucha y muy particular penitencia, dejando de comer lo que comúnmente se come y comiendo solamente maíz y otras cosas semejantes. Era muy pobre y no usaba de más vestido del que por la regla le era concedido; y en su celda no tenía adorno ninguno; y contentábase con un librito de la doctrina, traducida en lengua otomí, y decía: Que para ocuparse y leer le bastaba aquel solo libro, y así no tenía ninguno de su uso; aunque para predicar a españoles sacaba alguno de la librería del convento. Era hombre muy caritativo y mostraba esta caridad mucho más con los indios; a los cuales amaba tiernamente y nunca les dio vejación ninguna; y cuando oía decir que alguno era blando y amoroso con ellos se alegraba y decía que así habían de ser tratados, aprendiendo de nuestro maestro Jesucristo que dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde, y no cruel y severo, castigando sus culpas como padre muy benigno, deseando la enmienda de ellas con amor y misericordia. En estos actos le vi diversas veces, siendo mi guardián, condolido grandemente del pecado o culpa que hubiesen cometido, y los llamaba bestezuelas y pobrecillos. A los que veía afables y mansos de condición les persuadía a que aprendiesen la lengua de los indios, en especial la otomí; porque sabía que los indios habían menester semejantes ministros, por la mansedumbre que naturalmente tienen y rogábaselo afec-

tuosamente, ofreciéndoseles por maestro. Fue muchas veces guardián de muchas casas, las más principales de la provincia y difinidor otras tres o cuatro. Y siéndolo una vez y guardián juntamente del convento de Tetzcuco, como era de espíritu devoto y continuo en la oración, deteníase en los cuartos de maitines y completas, en la suavidad de ella; y como la devoción no es igual en todos hubo alguno que murmuraba su tardanza y atribuíalo a que como era difinidor se debía de divertir aquellas horas en algunas cosas de gobierno. Y como vino a su noticia esta sospecha y plática, respondió: *Coram Christo Iesu,* que no pienso en aquellos ratos que estamos en el coro, sino en mis pecados que son los mayores del mundo; en lo cual se conoció su humildad y paciencia, que ni reprehendió el temerario juicio ni dejó de confesarse por pecador. Después de los cuartos ordinarios de la oración iba a prima noche al Santísimo Sacramento y rezaba de rodillas la estación y deteníase algún poco más en la consideración de aquel misterio, y decía que no le era posible irse a acostar sin tomar primero la bendición al Santísimo Sacramento, y esto es muy de creer por la costumbre grande que de ello tenía; porque según el Filósofo el hábito facilita la potencia para el mal o el bien, de que se ha engendrado.

Era muy socorrido en las necesidades de los pobres, diciendo con San Pablo: ¿Quién está enfermo y necesitado entre vosotros que no lo sienta yo con él? Y así se verificó esta compasión, entre otras muchas, una vez que siendo guardián del mismo pueblo de Tetzcuco, e yendo a Chiauhtla, que está contiguo a él, que ahora es convento y entonces eremitorio, a visitar al santo padre fray Alonso de Escalona, recibió un papel de una mujer pobre y conocida, por ser entonces pocos los españoles del pueblo, en el cual le representaba la mucha necesidad que padecía en su persona y en sus hijos; y como tenía el corazón compasivo, movióse a muy grande sentimiento y mostró el papel al santo penitente fray Alonso de Escalona; y leído y considerada la mucha pobreza y necesidad que representaba la pobre y necesitada mujer, volvióse al dicho fray Alonso Urbano y díjole: ¿Cómo nos llamamos nosotros pobres, teniendo en la mesa de Dios la comida segura ordinariamente? Ésta sí es verdaderamente pobre, pues siempre falta en la suya, lo que a nosotros nos sobra en la nuestra. Y tratando esto más profundamente estos santos varones, confirieron las cosas de su obligación y concluyeron su visita y plática, con enviarle el santo Escalona unos chicubites de pan y de maíz; y el guardián vuelto a su convento hizo que cada semana se le diese de limosna lo suficiente de pan y carne para el sustento de su casa. Decía este santo varón que el que más necesidad padecía y más mala ropa vestía era en la república más afligido de todos, en especial de la justicia. Y es así, porque como lo afirma el Espíritu Santo:[1] Habla el pobre y todos le hacen callar. Y cuando faltan las riquezas, como dijo el otro sabio, se halla un hombre solo; porque como la pobreza no tiene puerta por donde le entre el interés y codicia, y el mundo está tan lleno de esto (proseguía este discreto religioso) no hay quien arrostre al

[1] Supra. cap. 27.

pobre; y así añadía, diciendo: Sois pobre, pues esperad, que vos llevaréis, que no os habéis de escapar de mala ventura. Lloraba, de ordinario, trabajos de pobres y enterneciase mucho en esta consideración.

Si alguno era castigado por sus culpas y él se hallaba presente, luego lloraba porque sentía mucho el pecado que el reo había cometido y no menos la afrenta que por él padecía. Estas lágrimas parece que son aprendidas de las que Cristo nuestro señor derramó dobre la ciudad de Jerusalén, cuando viéndola desde el monte Olivete,[2] y considerando su destruición y ruina, por los pecados de sus moradores, lloró sobre ella, sintiendo lo uno y lo otro. Esto se verificó en este compasivo siervo de Dios una vez que viniéndose a la presencia del padre comisario, que a la sazón lo era el V. P. fray Rodrigo de Sequera, ciertos religiosos de otra provincia donde habían sido delincuentes, a los cuales habiéndolos recíbido y castigado el dicho comisario y reducido a muy buen concierto por mano del mismo guardián fray Alonso Urbano, se los dejó en casa para que los tuviese en casa de disciplina por algún tiempo, el cual lo aceptó y dio en guarda al padre fray Juan de Macorra, religioso de grande satisfacción y buen celo y espíritu de siervo de Dios, al cual encargó el guardián que tuviese gran cuenta con su regalo; porque aunque estaban presos no les faltase la caridad y consuelo, diciendo que su aflicción les bastaba y que no tenía necesidad de médico el sano (como dijo Cristo)[3] sino el enfermo; y que a los pecadores vino a llamar Cristo y no a los justos. Y es así que dejando las noventa y nueve ovejas en su rebaño (como dice en su *Parábola*)[4] salió a buscar la una que se había desmandado y perdido.

Aborrecía pláticas ociosas y los nombres de burlas que suelen ponerse algunas personas. Y siendo guardián del convento de Tulantzinco, tenía comunidad de más de treinta frailes, porque había estudio de artes; y pasando un día por donde estaban algunos de estos estudiantes oyó de paso uno o dos nombres que habían puesto a otros, y sintiéndolo mucho (aunque lo disimuló por entonces) fuese a la celda, y considerando la calidad de cada uno de los que tenía a su cargo, aplicóles la virtud que más en ellos conocía, y escribiólas en un papel; y después en comunidad, estando todos juntos, hizo una plática donde afeó y abominó aquel modo de poner nombres; y queriéndolos enseñar, como padre, dijo: Los nombres que se han de poner a los religiosos son éstos, y comenzó diciendo: El humilde fulano, porque le parecía estar en aquél la virtud de la humildad; el celoso fulano, porque tenía celo de religión, como otro Elías de la de Dios contra los idólatras; el caritativo zutano; y de esta manera fue discurriendo por todos dando a cada uno una prerrogativa, según le parecía tenerla, y así distribuyó por sus hijos las virtudes que más les cuadraban; en que se conoció el celo de su caridad y el deseo que tenía de que todo fuese dicho en servicio de Dios y en amor y caridad del prójimo.

En la pestilencia del año de 1577, siendo guardián del mismo convento

[2] Luc. 19.
[3] Luc. 5.
[4] Math. 12. Luc. 15.

de Tulantzinco, fue a confesar a la provincia de Tlaxcalla, donde llegó primero la enfermedad, y estuvo por toda su tierra dos meses trabajando con grande espíritu en el remedio espiritual y corporal de los enfermos, y cuando entró en su jurisdicción se volvió a su casa y comenzó a cuidar de sus enfermos con grandísima solicitud, haciendo guisar carne en el convento para darles y él en persona, con un compañero, andaba por las casas de los enfermos administrándoles la comida, no causándole asco ni horror el mal olor de la peste (que era muy malo y muy contagioso) y animaba a todos sus compañeros a la caridad y cuidado de los apestados, repartiéndolos por barrios y calles para que la caridad que se les hacía alcanzase a todos.

Un Viernes Santo, siendo guardián del convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, después de haberse sentado debajo de la mesa a comer pan y agua, como lo acostumbran los frailes menores en esta provincia , vino en él el espíritu de Dios, y considerando las afrentas que Cristo señor nuestro había pasado aquel día, y cuán ignominiosamente le habían puesto en la cruz, llamó a un religioso llamado fray Bernardino de Zamudio, y teniéndose en el suelo le dijo que le pisase la boca; y rehusándolo el religioso se lo mandó por obediencia; y así le puso el pie en su boca y se la pisó por un rato; y dijo el bendito guardián en voz que todos lo oyeron: ¿que hayan hoy crucificado a mi señor Jesucristo, y que yo esté comiendo? Era también de muy grande recogimiento y jamás salía de casa. Y siendo guardián del convento de San Francisco de Mexico le pidió un fraile licencia para irse a espaciar y holgar por algunos días; y la respuesta fue decirle que después tratarían de aquello, y en el refectorio sacóle a las culpas y díjole que un hombre amortajado cómo era posible, que tuviese ánimo de irse a holgar, pues la mortaja era indicio de la muerte. Y negándole la licencia fundó sobre esto una plática muy devota y espiritual, con que el fraile quedó consolado y la comunidad muy edificada.

Cuando vinieron los primeros religiosos descalzos para la China era guardián de Tetzcuco y movióse a ir con ellos sin dar parte de esta su determinación a nadie. Y salió a su nuevo viaje día de San Juan Evangelista, trocando el hábito común de la observancia, en el más estrecho que usan. Llegó a Cuernavaca, aunque con contradición y repugnancia de todos, en especial del apostólico varón fray Domingo de Arcizaga, que era provincial; y aunque se lo rogó y persuadió mucho, encargándole la conciencia por las lenguas que sabía, no aprovechó nada hasta que dieron noticia de ello al virrey, don Martín Enríquez, y le escribió con el provincial juntamente, y con esto le volvieron a la provincia. Predicaba este siervo de Dios tres sermones en una misma mañana a los mexicanos, otomíes y castellanos y era incansable en la obra y doctrina de ellos. Tuvo a cargo los indios de Mexico en la Capilla de San Joseph y nunca, hasta que murió, dejó de predicarles. Fue algunas veces guardián del convento de Tulla y así, en estos últimos años de su vejez, residió en él. Y siendo guardián la última vez, aunque siempre fue muy observante y penitente, mucho más se fervorizó en esto en los últimos días de su vida. Llegó a estar muy flaco y qui-

tósele la gana del comer y por esta causa le daban mucha pena en pedirle que comiese; y respondía: si pudiera lo comiera, sin que nadie me lo aconsejara. Pero con todo esto, aunque no comía como los frailes querían, todavía pasaba algo; pero en los días que eran de pescado no comía, en ninguna manera, carne, ni quebrantaba la forma del ayuno. Tenía de costumbre este caritativo religioso salir a la puerta de los conventos donde estaba a dar pan a los niños que se juntaban a recibirlo; y para esto llevaba de ordinario tres o cuatro en las mangas; y si se le acababa, por ser muchos los que recibían, enviaba por más, porque todos llevasen de la caridad que les hacía. Y en este convento de Tulla no olvidó esta su santa costumbre; pero como faltó los últimos días de su vida, porque ya no salía de la celda, lo echaron menos los niños y entraron a buscarle a su celda; y porque no faltase la caridad con que los tenía acariciados hacía llevar el pan arriba y partido sobre la mesa aguardaba, y en viendo abrir la puerta de la celda, si era algún niño el que entraba se alegraba y hacíale tomar un mendrugo, y abrazábalo y despedíalo con mucho contento y alegría.

La última misa que dijo fue día de San Bartolomé, por agosto, y luego por septiembre recibió el viático, cinco días antes de su muerte que fue domingo; y para recibirle se puso de rodillas en el suelo y puestas las manos habló con sus frailes, pidiéndoles perdón del mal ejemplo que podía haberles dado (propriedad de santos reconocerse siempre por pecadores) luego se tendió en el suelo y puso su rostro en tierra (como diciendo, tierra eres y en tierra te has de convertir) recibióle con mucha devoción y lágrimas, y todos los presentes se deshacían en ellas. Pidió luego la extremaunción y dijo que se la diesen de día, por no dar mala noche a sus compañeros. Después de haberla recibido díjole el padre fray Juan Macorra que fue el que le ungió: Ya, padre guardián, estará contento, que está dispuesto para irle a tener con Dios en los cielos; y oyendo estas palabras el enfermo abrazóse con él, muy apretadamente, con el gusto que recibió de haberlo oído; porque no le hay mayor para un desterrado de su patria y que desea verla, que es el tratarle de ella y que ha de llegar tiempo en que la ha de ver y gozar. De esto se alegraba el otro pastor Títiro,[5] cuando decía que después de algunos años de ausencia y destierro volvería a ver su pobre choza y cabaña. Y San Pablo,[6] cuando decía, nuestra conversación es en los cielos; como diciendo que el mayor gusto de ella era tratar de aquella patria soberana.

Esto fue miércoles en la tarde, diez y siete de este dicho mes y pidióle licencia para irse a ver con el virrey don Luís de Velasco, que a la sazón estaba en un pueblo llamado Huehuetoca, que había ido a ver el desagüe que hacen de la laguna de Tzumpanco, y concedióselo para otro día, que era jueves; y llegada la mañana fuese a despedir el dicho fray Juan Macorra de él y díjole el bendito padre fray Alonso: ¿Pues cómo, padre y amigo, ahora que más lo he menester se me quiere ir? ¿Pues no somos amigos? Mire, que le he tenido por hijo y amigo tantos tiempos como ha que nos

[5] Eleg. 1.
[6] Ad Phil. 3.

conocemos, no se vaya, que quiero que me honre en mi muerte y que entierre mi cuerpo. Replicóle el religioso diciendo: Padre, ese modo de morir va a la larga y no habrá necesidad de mí tan presto; pero cuando lo sea yo volveré mañana viernes y asistiré con vuestra reverencia. Respondió el varón apostólico: Si se va hoy, mañana cuando vuelva me hallará muerto y enterrado, por su vida que no se vaya sino que aguarde para enterrarme y en esto quiero que me pague el amor que le tengo; con estas persuaciones se quedó el religioso. Llegado el día del viernes, pasólo todo en sus continuas meditaciones y oraciones, hasta las cinco de la tarde que le dio un parasismo, con que perdió la habla, aunque luego volvió de él; pero aunque tornó en sí y tuvo muy buen juicio y sentido a todo lo que le decían, no hablaba. Y de esta manera estuvo espacio de tres horas, hasta casi las ocho de la noche que fue Dios servido de dar fin a sus trabajos y llevarse para sí su santa ánima, sin los sentimientos que otros cuerpos tienen cuando los desamparan las almas que les han hecho compañía, aunque mostró un poco de congoja al despedirse.

Quedó su cuerpo en la cama, como si estuviera vivo y vestido de la mortaja con que se enterró, que es el hábito, porque ni en vida ni en muerte jamás se lo quitó, ni usó de camisa ni lienzo, ni aun para morir (en tanta flaqueza como tenía) se la puso. Enterráronle otro día sábado, con misa de cuerpo presente, a la cual acudió toda la gente del pueblo y jurisdicción, llorando la ausencia de su santo padre, y cuando le echaron en la sepultura casi lo despojaron del hábito, porque cortaban de él como de reliquias de tan santo hombre; y por su orden le fueron besando los pies. Otro día pidieron los indios del pueblo una misa, y la ofrendaron de pan y vino y otras muchas cosas; y lo mismo hicieron los pueblos de visita, cada uno por sí y decían: ¿Qué será de nosotros, que ya nos ha faltado este santo a quien teníamos por padre? Murió de edad de más de ochenta y cinco años y de hábito y religioso sesenta y seis. No tuvo enfermedad ninguna más de habérsele quitado la gana del comer. Murió con el silicio a raíz de las carnes, como lo había acostumbrado en vida. Fue virgen, según se presume, porque lo dijo alguna vez en confesión, tratando de algún pensamiento que le había ocurrido acerca de alguna deshonestidad. Jamás consintió que le echasen sábanas en su pobre cama, remitiendo todos sus regalos en la presencia de Dios donde como dice David hay hartura de todos los bienes, y entonces se harta el alma cuando aparece su santa gloria, de la cual creo que goza este apostólico varón, cuyo cuerpo está enterrado en la iglesia de este convento de Tulla, haciendo compañía a otros santos cuerpos que de allí se han de levantar a ser gloriosos con sus santas y benditas ánimas el día del Juicio.

CAPÍTULO LXXVII. *Del varón santo fray Hernando Pobre*

FRAY HERNANDO POBRE, POR OTRO NOMBRE, de la Puebla, tomó el hábito de religión en el reino de Portugal, en la muy religiosa provincia de la Rábida, donde fue guardián por sus méritos y religión; y pareciéndole que aunque en la dicha provincia se podía vivir, con mucha observancia de la regla, como siempre allí se ha hecho, mas con todo, advirtiendo en lo que dice San Gregorio, que no hay sacrificio más acepto a Dios que el celo de las almas, como muy celoso de ellas se vino a esta provincia del Santo Evangelio donde vivió como muy santo y perfecto religioso. El santo varón fray Alonso de Escalona (cuya vida arriba hemos contado) daba testimonio de él diciendo que era uno de los más perfectos religiosos que había en la orden de nuestro padre San Francisco; y era tan riguroso en su penitencia que siendo (como dicho es) guardián en la provincia de la Rábida no podían sufrir tanto rigor los que con él moraban. Fue varón de profunda humildad, mortificado en la guarda de sus sentidos, dado a los ejercicios espirituales, en especial a la devota oración y altísima contemplación; por las cuales virtudes muchas veces se arrobaba quedando por espacio de tiempo extático y como muerto, sin algún sentido. Andaba tan arrobado y elevado en Dios que siendo hebdomadario (como nosotros decimos) o semanero para comenzar el oficio divino y cantar la misa conventual, muchas veces se acababa de cantar nona y no se acordaba de irse a vestir hasta que lo llamaban; y después de haber dado muchos golpes a la puerta de su celda, salía como adormecido y fuera de sí. Y vistiéndose en la sacristía muchas veces se iba al altar con sola el alba, si no le advertían de ello los que presentes se hallaban. Morando este santo varón en el convento de Xalapa y estando una noche en oración en el coro, entró allí otro religioso y vio en él una luz y claridad, como si fuera de día; y no sabiendo lo que fuese se tornó a salir con alguna turbación y espanto. Otro día siguiente el santo fray Hernando preguntó a este religioso: ¿A qué hora había ido al coro la noche pasada y si había sentido o visto alguna cosa? Con lo cual aquel religioso entendió ser el siervo de Dios el que estaba en el coro, al tiempo que él entró en él, y por quien había allí tanta luz y claridad; y no es maravilla, pues dice David:[1] Llegados a Dios, y seréis alumbrados y vuestra cara no será avergonzada ni confundida; y Teodoreto dice haberse verificado esta verdad en el santo Mojsén, cuando habló con Dios en el monte de cuya presencia y comunicación salió con rayos de claridad y resplandor en su cara; al cual no podían ver los de su pueblo, sin cubrirse el rostro con un velo; y por esto prosigue el santo rey David:[2] Gustad y veréis cuán suave es el Señor, cómo en realidad de verdad lo es a todos

[1] Psal. 33.
[2] Psal. 33.

aquellos que a él se llegan; el cual sabe dar con el gusto del alma la claridad del cuerpo, como este religioso la vio en el bendito fray Hernando, estando orando y comunicando con Dios. Un hombre, vecino del pueblo de Tlalmanalco, vio muchas veces arrobado y fuera de sí, por espacio de dos horas, a este siervo de Dios y de intento se iba tras él al coro, en acabando de oír su misa; y afirmaba este hombre que cuando estaba en el rapto este santo varón, con ser feo de rostro se le tornaba tan hermoso que era contento mirarle. Morando en la provincia de Xalisco, en tiempo de unos grandes terremotos que hubo en aquella tierra, se cayó el convento de Amaquemecan, donde moraba, y cayó sobre él una viga y mucha tierra, sacáronlo de allí tan molido y quebrantado que de allí a tres días dio el ánima al Señor.

CAPÍTULO LXXVIII. *Vida del venerable padre fray Pedro Oroz y las de fray Francisco de Liñán y fray Francisco de Aiaia*

EL MUY RELIGIOSO PADRE FRAY PEDRO OROZ fue natural de la ciudad de Pamplona, en el reino de Navarra y pasó a estas partes de las Indias, mozo de poca edad, con el cuidado que los demás siempre han venido y vienen de tener riquezas; y aunque es verdad que los hombres trazan los caminos de su vida en la manera que mejor alcanzan, como no saben los fines de ella ni los medios por donde han de llegar a ellos síguenla, como el ciego que va a tiento por un camino que no sabe, y como el que a obscuras entra en un aposento donde para ver tiene necesidad de la luz del sol o de la candela; pero de enmedio de las tinieblas de esta ignorancia sacó el poderoso Dios al dichoso mancebo y dándole por guía la luz con conocimiento de las cosas del mundo, haciéndole entender que siendo ciego, como es, para adestrar a los que en él confían, mal puede guiar a los ciegos hombres que se rigen por él, como Cristo redemptor nuestro lo dice en su Santo Evangelio;[1] trájole al desierto de la religión franciscana, por donde caminan sus verdaderos hijos a la tierra prometida de aquella ciudad soberana y nueva Gerusalén, de quien tanto dice San Juan en su *Apocalipsi*,[2] para donde todos caminamos haciendo de su celestial gracia columna de fuego con que nos va alumbrando en la noche de esta vida, como en aquellos tiempos antiguos a los de Israel. Tomó el hábito en San Francisco de Mexico donde se crió con aquellos santos y primeros padres en toda santidad y religión. Estudió artes y teología y fue docto en ella. Aprendió las lenguas mexicana y otomí, y en ellas ejercitó mucho tiempo la predicación evangélica y escribió muchos y muy doctos sermonarios, en especial en la mexicana, para todo el año, así del tiempo como de las festividades de los santos. Fue muchas veces guardián de las

[1] Math. 15.
[2] Exod. 13.

aquellos que a él se llegan; el cual sabe dar con el gusto del alma la claridad del cuerpo, como este religioso la vio en el bendito fray Hernando, estando orando y comunicando con Dios. Un hombre, vecino del pueblo de Tlalmanalco, vio muchas veces arrobado y fuera de sí, por espacio de dos horas, a este siervo de Dios y de intento se iba tras él al coro, en acabando de oír su misa; y afirmaba este hombre que cuando estaba en el rapto este santo varón, con ser feo de rostro se le tornaba tan hermoso que era contento mirarle. Morando en la provincia de Xalisco, en tiempo de unos grandes terremotos que hubo en aquella tierra, se cayó el convento de Amaquemecan, donde moraba, y cayó sobre él una viga y mucha tierra, sacáronlo de allí tan molido y quebrantado que de allí a tres días dio el ánima al Señor.

CAPÍTULO LXXVIII. *Vida del venerable padre fray Pedro Oroz y las de fray Francisco de Liñán y fray Francisco de Aiaia*

EL MUY RELIGIOSO PADRE FRAY PEDRO OROZ fue natural de la ciudad de Pamplona, en el reino de Navarra y pasó a estas partes de las Indias, mozo de poca edad, con el cuidado que los demás siempre han venido y vienen de tener riquezas; y aunque es verdad que los hombres trazan los caminos de su vida en la manera que mejor alcanzan, como no saben los fines de ella ni los medios por donde han de llegar a ellos síguenla, como el ciego que va a tiento por un camino que no sabe, y como el que a obscuras entra en un aposento donde para ver tiene necesidad de la luz del sol o de la candela; pero de enmedio de las tinieblas de esta ignorancia sacó el poderoso Dios al dichoso mancebo y dándole por guía la luz con conocimiento de las cosas del mundo, haciéndole entender que siendo ciego, como es, para adestrar a los que en él confían, mal puede guiar a los ciegos hombres que se rigen por él, como Cristo redemptor nuestro lo dice en su Santo Evangelio;[1] trájole al desierto de la religión franciscana, por donde caminan sus verdaderos hijos a la tierra prometida de aquella ciudad soberana y nueva Gerusalén, de quien tanto dice San Juan en su *Apocalipsi*,[2] para donde todos caminamos haciendo de su celestial gracia columna de fuego con que nos va alumbrando en la noche de esta vida, como en aquellos tiempos antiguos a los de Israel. Tomó el hábito en San Francisco de Mexico donde se crió con aquellos santos y primeros padres en toda santidad y religión. Estudió artes y teología y fue docto en ella. Aprendió las lenguas mexicana y otomí, y en ellas ejercitó mucho tiempo la predicación evangélica y escribió muchos y muy doctos sermonarios, en especial en la mexicana, para todo el año, así del tiempo como de las festividades de los santos. Fue muchas veces guardián de las

[1] Math. 15.
[2] Exod. 13.

casas principales de la provincia y una de San Francisco de Mexico; y por ser tan esencial fraile fue electo dos o tres veces en difinidor y una en provincial. Vínole la comisión de esta Nueva España; la cual, aunque con muchos ruegos y persuaciones, aceptó, por obviar inconvenientes que de no aceptarla se recrecían; y salió a visitar la provincia de Mechoacan (que entonces era toda una con la de Xalisco o Nueva Galicia) a pie y sin ningún ruido, y lo mismo hizo siendo provincial, porque era varón apostólico; pero como amaba más la quietud de su celda y el regalo de sus libros que la comisión, envió luego a renunciar el oficio con mucha fuerza; y así lo dejó y se volvió al convento de Santiago Tlatelulco donde estuvo algunos años con el cargo del Colegio de Santa Cruz, donde entonces había colegiales de toda la provincia que aprendían gramática y medicina. Era muy pobre, así en su vestuario como en su celda. Seguía la vida común de la religión y los maitines a media noche con los demás religiosos. Deleitábase en la oración mental los ratos que podía hurtar a las ocupaciones de sus oficios los cuales hizo con grande aceptación de los frailes y seglares. Era de mansa y apacible condición y no se turbaba con ninguna cosa de impaciencia. Castigaba con misericordia a imitación de Cristo, que dice por su Profeta: Misericordia quiero y no sacrificio. Y era muy celoso del servicio de Dios y de que todos le amasen y sirviesen. Nunca desfalleció en sus continuos ejercicios, aunque llegó a muy venerable vejez y en ella le dio Dios una enfermedad penosa que le duró por muchos meses; y queriéndole dar el premio que promete a los que fielmente le sirven agravóle la enfermedad, y aunque era grave por ser de descomposición del estómago, siempre el santo viejo la fue tolerando en pie, sin hacer cama y nunca dejaba de decir misa; la cual decía con grandísima devoción y muy atentamente, derramando lágrimas en la consideración de aquellos santos misterios; pero dos días antes de su dichoso tránsito no pudieron los débiles cimientos de los pies sufrir más la carga del terrestre cuerpo; y desflaquecido con la enfermedad se acostó en la cama, después de haber dicho misa; y entrándole a visitar el guardián, entre otras cosas, le dijo que se esforzase; y el enfermo le preguntó que ¿para qué? A lo cual el guardián le dijo, que porque confiaba en Dios que le daría salud y más vida para que le sirviese. A esto replicó el santo viejo, diciendo: no, padre, porque aunque indigno de las mercedes de Dios, ha muchos años que le tengo pedido y suplicado me dé esta enfermedad y sin mirar a mis culpas me la ha concedido, y así tengo de morir de ella. Estúvose este día en la cama; y a la noche del siguiente llamó a un religioso que le acompañaba y díjole con instancia que no le dejase entrar a nadie en la celda, porque no quería que le inquietasen en la comunicación con Dios, por estar ya cerca de ir a darle cuenta y en toda ella estuvo orando los más ratos de ella, porque fueron muy pocos los que tuvo de sueño, y esto con más ahincosos actos de amor que nunca, como aquel que ya más de cerca estaba aguardando el común paso de todos los mortales, para partir de esta vida caduca y breve a la eterna y perdurable, donde el que teme crece más en sus temores, y el que ama se fervoriza más en el amor; y cuando volvía del poco y leve sueño que había

tomado, decía estas palabras: *Convertantur ad te Domine omnes gentes, at diligant te;* las cuales repetía muchas veces y las debía de decir, acordándose de esta niña evangélica que él con los demás obreros del Señor había plantado en esta Nueva España; y sintiendo la falta que algunos tienen de doctrina, donde no es conocido Jesucristo nuestro Señor por la predicación de su Santo Evangelio, y los deseos que siempre tuvo de que fuese uno el pastor y otro el rebaño, y que el extraño y mercenario que es el demonio no tuviese parte en las almas de estos indios, por razón de no ser apacentados con su evangélica doctrina. Y venida la mañana, poco antes de las seis, dijo al compañero que llamase los religiosos del convento y que le trajesen la extremaunción; lo cual se hizo y a media hora después de haberla recibido dio su ánima a Dios. Murió en el convento de Santiago Tlatelulco, donde a la sazón estaba el comisario general que entonces lo era el padre fray Pedro de Pila, y quisieran los religiosos llevar su cuerpo al convento de San Francisco, que está cerca, pero fue tanto el concurso de los naturales y el clamor de que no les quitasen tan santa prenda que, movidos de su devoción y fe, los prelados lo dejaron y lo enterraron con grande solemnidad en la capilla de San Diego de la iglesia vieja. Concurrieron a su entierro todas las tres órdenes mendicantes, sin ser llamados, que sólo tuvieron la vocación de Dios que llama al corazón, para que acompañen y honren los cuerpos de sus siervos. Dijéronse tres misas cantadas; la primera dijo el guardián del convento; la segunda otra persona de mucha dignidad; y la tercera, que fue con la que se enterró, el comisario general fray Pedro de Pila. Fue su muerte poco antes de un capítulo intermedio o congregación que se celebró en el pueblo y convento de Tlalmanalco, año de 1597, por el mes de julio; y habiéndose de hallar en ella como difinidor que entonces era, le escribió el religioso a quien se había dado cargo de hospedero, como ya le tenía celda donde estuviese quietamente, según su espíritu y conforme se le debía a su grave y venerable persona; y dijo luego que leyó la carta: Querrá Dios que antes de ver la celda en Tlalmanalco me haya hecho merced de ver su cara; y así fue que murió a diez días del mes de junio, que fue un mes antes (pocos días más) de cuando se celebró la congregación; y concluyendo con las congregaciones de la tierra fue a ser participante de la de los bienaventurados (según lo creo) en el cielo. Su cuerpo está sepultado en el lugar dicho, aunque como desbaratamos la iglesia vieja, para hacerla nueva, que ahora hice en el mismo pueblo, quedó fuera de ella para después trasladarlo dentro en la grada del altar mayor; lo cual no se ha hecho por estorbos que ha habido, pero es tanta la devoción de los indios y mi cuidado, acompañado de ella, que todos los años el día de la comemoración de los difuntos le ponen tumba con hábito y muchos blandones de cera y flores y allí se le dice un responso cantado, muy solemnemente, y concurre a él toda la gente del pueblo.

Fray Francisco de Liñán fue natural del reino de Valencia, y fue varón de grande perfección. Pasó a estas Indias con deseo de aprovechar a las almas, en especial se ocupó con los españoles, los cuales trataba y confesaba con tanto amor y caridad, que admiraba a todos los que lo veían; y

todo el tiempo que no le ocupaba la obediencia en las cosas de comunidad, se estaba en el confesionario, confesando con grandísima continuación, porque deseaba la salvación de todos y sabía que la confesión es el medio necesario para reconciliarse con Dios el pecador, después de haberle ofendido con pecados actuales; y que no era tan presto el hombre en confesar sus pecados con las circunstancias que la verdadera confesión pide, cuanto es Dios en perdonarlos, según aquello que dice David:[3] Confesaré a Dios mi injusticia, y tú, Señor, perdonaste la impiedad de mi pecado. Y de tal manera los acariciaba y consolaba a todos que siempre le buscaban para confesarse con él, teniéndolo por padre; cosa cierto muy necesaria para el confesor; porque de tal manera se le ha de reprehender la culpa al que peca que salga de la reprehensión enmendado y no obstinado; porque la medicina que se aplica a una llaga es para que sane y no para que más se emponzoñe. Y esto tenemos muy ejemplificado en el redemptor del mundo en muchos lugares de su Evangelio; y puede más la persuación que se hace con palabras blandas y eficaces, que la que es hecha con severidad y crudeza; porque como la palabra de Dios es eficaz y cortadora (como dice San Pablo) dicha con grano de sal de prudencia, imprímese en las almas y corta lo dañado de lo podrido del corazón; y esto enseñan todos los hombres sabios que tratan esta materia. Y como dice Columela:[4] No basta haber reprehendido al que ha pecado si no le es enseñado el camino recto por donde debe caminar; y esto debe ser hecho con prudencia, de la cual era dotado este bendito religioso, y con ella no sólo reprehendía las ofensas hechas contra Dios sino que también les aplicaba razones con que persuadía a la enmienda de las culpas. Jamás se vido su rostro turbado, antes muy amoroso y risueño, y así trataba a todos con grandísimo amor y suavidad de palabras. Era simplicísimo para las cosas del mundo; porque ni tenía natural para aplicarle a ellas, ni su vida en la religión, le dio lugar a saberlas. Fue maestro de novicios en el convento de San Francisco de la ciudad de Zacatecas, tres años, siendo custodia de esta provincia, donde crió hijos en la orden, enseñándoles mucha virtud y religión. Traía de ordinario un sayuelo de silicio a raíz de las carnes, y dormía sobre unas tablas rasas y tenía un palo por cabecera, sin otro refrigerio ni regalo. Era quebrado y afligíale mucho esta enfermedad; pero sufría los dolores con mucha paciencia, dando gracias a Dios porque así lo visitaba. En especial mostró este constantísimo sufrimiento en la última enfermedad que tuvo, de la cual murió, porque lo regaló el Señor con ella mucho tiempo; y aunque los dolores crecían nunca supo abrir su boca para quejarse, diciendo con el pacientísimo Job: Si recibimos de Dios los bienes a montones, ¿por qué también no sufriremos los males que nos envía? Era muy devoto de nuestra señora la virgen María, y así le rezaba muchas devociones; y cuando se hallaba muy agravado de sus dolores enviaba a llamar al vicario del coro, y le rogaba que le cantase sus himnos y antífonas; y cuando éste no podía, rogaba que otro religioso que estaba en el convento, de muy buena

[3] Psal. 31.
[4] Colum. lib. 7.

voz, se los cantase; porque con la suavidad de estas alabanzas se suspendía y alababa más vehementemente a Dios en sus dolores. Y como era de los del número de sus escogidos ordenó este amoroso padre de las misericordias que aquel largo purgatorio que tanto le había afligido en su larga y muy grave enfermedad se le acabase antes de morir. Y así sucedió, por disposición suya, que ocho días antes que muriese se le quitaron todos cuantos dolores le afligían y estuvo tan alegre y contento con ellos, como si mal ninguno hubiera padecido. Esto fue por todos los días de la Semana Santa, desde el Sábado de Ramos; y debía de querer la majestad de Dios que cuando se hacía memoria de los que Él padeció en la cruz por el hombre, como entonces nos lo representa la iglesia se suspendiesen en este su siervo para darle a entender que él los había tomado en sí, para aliviarle de ellos, como dice el Profeta. Murió el Sábado Santo y enterraron su cuerpo el domingo a la misa mayor, aplicándole los oficios de la Pascua, y vínole muy bien, según la opinión de santo que de él se tenía; porque como Pascua quiere decir tránsito, les pareció a los religiosos que tanto le conocían que el paso que hizo de esta vida mortal a la inmortal no había sido sino un tránsito breve de las penas de la vida a la gloria perdurable. Está sepultado en el convento de San Francisco, de la Ciudad de los Ángeles, donde murió; y todos los que lo vieron morir creyeron que luego le llevó Dios a hacerle compañía en la holganza de sus celestiales coros. Pusiéronle en sus manos algún rato antes de su muerte una candela de cera bendita encendida; y aunque murió, nunca la dejó, por más de dos horas, hasta que para amortajarle se la quitaron. Fue súbdito, en la provincia de Valencia, del santo fray Pedro Nicolás Fator, de quien decía grandes cosas y muchas que de su santidad había aprendido; y siendo discípulo de tan gran santo, no era mucho que ayudado con la gracia de Dios, le imitase en mucho de la santidad que tenía. Murió a veinte y uno del mes de abril del año de 1590.

Fray Francisco de Ayala, lego, fue natural del Condado, en los reinos de Castilla, y tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de Mexico; ya hombre de madura edad comenzó su frailía con grande ejemplo y religión. Era de condición mansa y así era muy caritativo con todos. Comenzó luego desde sus principios a darse a la oración, cosa muy necesaria para el que quiere acertar a concertar su vida y hacerla grata a Dios, en la cual fue muy fervoroso. Después de maitines se quedaba en la oración por muy largo espacio, conservando esta perseverancia hasta que murió. Era muy penitente y castigaba con rigor su cuerpo y hacía muchas y muy largas disciplinas. Era muy callado y amigo del silencio; cosa muy enseñada en la religión; porque como dice Santiago:[5] Sea el hombre diligente para oír, pero muy tardo para hablar. Y San Isidoro[6] dice: Sean muy pocas tus palabras y quita lo más que pudieres del hablar, porque no se excusa de culpa el mucho decir; y el hombre hablador es necio; porque el discreto y sabio usa de pocas palabras. Y en

[5] Epist. Iac. 1.
[6] Div. Isidor. Solil. q. 4. cap. 31.

otra parte dice: El que no reprime las palabras ociosas, fácilmente pasa de ellas a otras más de riesgo y peligrosas. Esto guardaba este bendito lego, como si lo hubiera aprendido en los lugares citados; aunque es de creer le enseñaría Dios esta doctrina, como hombre que cursaba en su escuela y que se preciaba de su humilde y callado discípulo; porque en la escuela de Dios se enseña mucho más perfectamente que en la de Platón aquella doctrina del silencio en los principios del saber, donde primero enseñaba aquel filósofo a callar, que a hablar y a olvidar la mala doctrina que se traía aprendida de otras escuelas; y olvidada ésta, introducía en su nuevo discípulo la que sentía por más segura, cierta y sana. Así que los primeros rudimentos que en las escuelas de Dios se aprenden son la humildad y el silencio; y sobre estos principios de maravillosa virtud sienta Dios la eficacia de su doctrina y saca hombres muy aventajados en esta ciencia de santidad, como se verifica en este bendito lego que, callando y oyendo (como dice San Gregorio), se hizo sabio. Era grande trabajador y con esto excusaba la ociosidad y huía de toda murmuración que es una de las siete cosas que dice el Sabio[7] que aborrece Dios. Tenía este santo lego hecha hermandad espiritual don otros dos religiosos de su mismo espíritu; el uno de los cuales, llamado fray Bartolomé de Heredia, enfermó de un mal agudo y grave, de que murió en el convento de Toluca, donde fray Francisco de Ayala era morador; y llamándolo el enfermo al tiempo de su muerte le dijo: hermano fray Francisco, ya sabe que somos hermanos y que la verdadera hermandad es para la muerte; y pues me muero, encomiéndeme a Dios y no se olvide de sí mismo, que en este mismo año ha de morir; palabra rigurosa y sentencia de mucha consideración. Murió el religioso sacerdote y fueron de tanta impresión para el lego sus palabras que, como si fuera este aviso de algún ángel del Señor, así las creyó; y desde entonces prosiguió su vida con doblados ejercicios en la virtud del los que hasta allí había tenido; y después de maitines nunca salía del coro, y se ponía en cruz, sintiendo en esta manera de orar los dolores que Cristo señor nuestro padeció crucificado en ella. Ocho meses o nueve pasados del aviso que el difunto le dio se ejecutó la sentencia divina, muriendo este penitente religioso, porque murió día de Todos Santos, a primero de noviembre del año de 1601, habiendo muerto el dicho fray Bartolomé de Heredia la Cuaresma antes del mismo año. Y quiso Dios, para nuestra piadosa fe, que muriese tal día, para que se entienda que le dio gloria cuando la iglesia celebra la de Todos los Santos en común, donde a las vueltas de tantos, su bendita ánima mereciese el mismo premio. No estaba prendado este temeroso religioso de las cosas de esta vida, como lo están los que por amarlas y tenerlas se deshacen del verdadero amor de Dios, y de su servicio; los cuales, como prendados de ellas, nunca tienen orejas para oír los avisos del Señor; y cuando están asidos de su justicia, no se persuaden a que lo es, pero aun aborrecen a los que con ánimo cristiano quieren desengañarlos. Éstos son de los que dice el Profeta que enfadados de las amonestaciones de los siervos de Dios y sus ministros, dicen: habladnos cosas de gusto

[7] Prov. 6.

y de placer (como quien dice) y no las de temor y desconfianza. Éstos son también los que considera el Espíritu Santo, que dicen:[8] Breve es el tiempo de nuestra vida y muy cercado y rodeado de hastío y enojos, y en nada tenemos refrigerio; por lo cual concluyen luego diciendo: Venid y gocemos de las cosas deleitables de la vida presente, y usemos de todo a nuestra voluntad; untémonos con ungüentos preciosos, mezclados de almizcle y ámbar; bebamos buenos vinos adobados; no se nos pase la flor de la vida sin el regalo de estas cosas; coronémonos con rosas, antes que se marchiten y no haya campo ni prado que no corramos, viviendo suelta y lujuriosamente. Pues viviendo esta vida lo semejante y deseando permanecer por mucho tiempo en ella, ¿cómo es posible que presten el ánimo y las orejas para oír lo contrario de ella? ¿Cómo querrán creer que en el menosprecio de todas estas cosas está la salvación y la bienaventuranza? Pues apercíbanse los semejantes que así viven asidos de estas cosas engañosas del mundo, para oír aquella rigurosa sentencia que se dio al otro rico del Evangelio, que se deleitaba en la muchedumbre de sus posesiones y riquezas, sin acordarse de Dios y de sus juicios diciéndole: Necio, mal aventurado, esta noche te será quitada el ánima del cuerpo y morirás y ejecutará Dios en ti, con penas de infierno, el castigo merecido por tus malas obras, pues viviendo no quisiste creer el engaño grande que consigo traen las cosas perecederas de esta vida, ni menos quisiste oír a los pregoneros de Dios, que son los que te aconsejaban el bien y te abominaban y contradecían el mal; y estás tan ciego que aun para haberte de decir al tiempo de tu muerte que te confieses es necesario que sea por mil rodeos; y no son menos necesarias las astucias y cautelas para persuadirte a que hagas testamento y dispongas lo forzoso de tu vida. Bienaventurados aquellos que oyendo tratar de la muerte no sólo no se turban ni amedrentan, pero suspiran por ella, como San Pablo que dice: Deseo morir y estar con Cristo; y se alegran en pensar que se acaba esta vida mortal a cuyo fin y acabamiento comienza la inmortal y eterna. Y cuando esta voz de la muerte suena en los oídos de los siervos de Dios, no es para temer el mal, sino para apercibirse mejor para el bien, doblando el ejercicio de sus buenas obras y disponiendo la lámpara de su ánima para la venida del esposo a la media noche de la muerte, para que hallándolo apercibido suba con él a los gozos perdurables de las soberanas bodas; como le sucedería a este apercibido lego, después que fray Bartolomé de Heredia a su muerte le leyó la citación de la determinación divina, diciéndole que aquel mismo año que él moría, había de morir. Murió finalmente como vivió; y en su muerte y después de ella le llamaba santo todo el pueblo, y siempre fue tenido en esta opinión de todos. Murió en Toluca y está enterrado junto a fray Bartolomé de Heredia, que era también religioso de muy buen espíritu.

[8] Sap. 2.

CAPÍTULO LXXIX. *Vidas de los muy religiosos padres fray Juan de Nafarmendi, fray Francisco de Gamboa, y fray Pedro de Aguirre*

L PADRE FRAY JUAN DE NAFARMENDI fue de nación vizcaino, y tomó el hábito de mi glorioso padre San Francisco en la provincia de Cantabria. Pasó a estas partes de la Nueva España con deseo de emplearse en la conversión de estos naturales indios, por haber sido de los religiosos que vinieron de España, casi a los principios del descubrimiento de de estas Indias, aunque fue de los últimos que de ellos murieron. Era varón sabio y muy docto en la sagrada teología y muy estudioso, aunque no tenía libros de su uso porque era en gran manera pobre. Predicó muchos años la palabra de Dios a los españoles, muy doctamente, aunque por ser balbuciente y tartamudo no se declaraba bien, ni se apercibían mucho sus palabras. Supo la lengua mexicana y aprovechó en ella mucho a los indios. Era de condición colérica, pero reprimíase como varón justo, no derramando de ella lo que la fuerza de su natural le ofrecía; porque sabía que dice Cristo,[1] que son bienaventurados los mansos, y quería participar de esta bienaventuranza, ya que no por condición natural, a lo menos por represión, que hacía de lo contrario a que se inclinaba, en que mostraba tener muy grande merecimiento. Seguía la vida común de la religión, así en la comida como en el vestido. Era muy recogido y dado a la oración. Muchas veces le hicieron guardián en esta provincia; pero él, temiendo el riesgo y peligro de los oficios, se excusaba de serlo y decía que sabía que en renunciarlos consistía su salvación; y contaba de cierto religioso que ofreciéndole un obispado no lo quiso aceptar, y que después de haberlo renunciado tuvo revelación, que si lo aceptara se había de condenar en él; y decía que él sabía que le había de suceder lo mismo si era prelado; y por ser muy esencial religioso y temeroso de su conciencia se puede presumir que así se lo tenía persuadido Dios por revelación o inspiración divina. Era muy hijo de su religión; y cuando oía decir que en algo se ilustraba o aumentaba su honor se alegraba sumamente. Aborrecía los vicios y sentía mucho que hubiese en los pueblos donde residía hombres viciosos, y procuraba el remedio de la relajación por los medios que más convenibles le parecía. Ultrajaba y tenía en poco las cosas de la vida; y tenía por muy común adagio y refrán estas palabras del Sabio: *Et tandem mori*. Y es de creer que el que tan ordinariamente las decía traería muy en la memoria la muerte con cuya consideración disponía para morir la vida. Llegó a muy crecida vejez y murió en el convento de San Bernardino de Xuchimilco, a veinte y siete de febrero, del año de 1598 y allí yace sepultado.

El padre fray Francisco de Gamboa fue natural de la provincia de Ala-

[1] Math. 5.

ba, en Vizcaya, hijo de padres nobles. Siendo niño de poca edad salió de su tierra (como es común a muchos de aquella provincia) y vino a Castilla; de donde en compañía de un tío suyo que vino por secretario del prudentísimo virrey don Martín Enríquez pasó con él por paje a esta Nueva España. A pocos años después de estar en la tierra murió el tío en servicio del virrey, a cuya sombra y amparo servía el muchacho Francisco. Fue la muerte de este caballero desgraciada, porque le mataron sin causa y a traición de donde tomó motivo fray Francisco de apartarse de los peligros inciertos de la vida y seguir el camino más seguro de su salvación. Pidió licencia al virrey, su amo, para ser fraile, y examinado su buen espíritu se la dio; y tomó el hábito de nuestro padre San Francisco en el religiosísimo convento de Mexico, donde profesó y estudió la sagrada teología del sapientísimo varón fray Juan de Salmerón, de la provincia de Castilla, natural del reino de Toledo, que viniendo a estas partes ilustró con sus letras y saber esta provincia del Santo Evangelio, sacando muchos y muy doctos discípulos que después de él han leído nuestros cursos, así de artes como de teología, así en esta provincia como en otras de esta Nueva España, con grande aprobación, y crédito de todos los hombres doctos de esta tierra y universidad mexicana. Fue predicador nuestro Gamboa; pero por parecerle que era corto en el lenguaje castellano, aunque lo hablaba bien, no predicaba. Aprendió la lengua mexicana y luego desde los principios que dejó sus estudios se ocupó en su ministerio. Estuvo, en veces, muchos años en la célebre y memorable capilla de San Joseph, en la administración de los naturales, que la primera vez que los tuvo a cargo eran casi todos los indios de la ciudad de Mexico, feligreses de la dicha capilla, sacados los de San Pablo que estaban a la doctrina de los padres agustinos de la misma ciudad. Era muy ocupado y jamás sabía estar ocioso; por lo cual se le encargaron muchas obras, en especial la iglesia de San Francisco, la cual acabó con muy gran brevedad; en la cual obra trabajó el siervo de Dios muy ahincosamente y hizo el retablo de ella, que es de los mejores del mundo. Hizo una torre en la misma capilla de San Joseph, que ilustra todo el sitio; donde como en la catedral (por serlo de los indios, como decimos en otra parte) se repican las campanas en días festivos y otras ocasiones que se ofrecen. Enriquecióla de muchos y muy costosos ornamentos; y dio al convento el más rico y preciado que tiene su sacristía. Fue guardián de casas principales de la provincia; y siéndolo del convento de Quauhnahuac hizo cuatro puentes de piedra en cuatro partes distintas de su jurisdicción, que eran muy necesarias en los ríos donde se hicieron. Fue la obra grandiosa y el trabajo inmenso; porque la tierra era caliente y los mosquitos muchos y el tiempo de ayuno, porque fue el del Adviento; y comía muy limitadamente, y muchas veces se contentaba con solas tortillas de maíz, tostadas y secas. Sufría todo el sol del día sin ningún resguardo de sombrero; y más parecía, entre los indios de la obra, hombre de acero que de carne mortal. Hizo el segundo claustro de la casa de Xuchimilco, siendo guardián de ella. Fue hombre muy devoto y deseoso de estampar la devoción de la pasión de Cristo en los corazones de todos los cristianos;

porque el que ama a Dios no sólo desea estimarlo, pero quiere y procura que todos los conozcan y estimen y amen; que es lo que amonesta David en el salmo,[2] diciendo: Los que amáis a Dios aborreced el mal; porque Dios guarda las ánimas de los santos y los libra de las manos de los pecadores; y como dice San Pablo:[3] el amor es sin engaño y el que ama aborrece el mal y se allega al bien; por esto instaba este fervoroso religioso en que todos fuesen devotos y amigos de las cosas de la religión cristiana, y por esto instituyó la procesión de la Soledad en la capilla de San Joseph, la primera vez que fue vicario de ella, que es una de las cosas más solemnes del mundo, como en su lugar dijimos; la segunda, que volvió al mismo puesto, ordenó la estación de los viernes a los naturales, haciendo la representación de un paso de la pasión de Cristo nuestro señor, en el discurso del sermón que se predica. Y en su tiempo se instituyeron unas representaciones de ejemplos, a manera de comedias, los domingos en la tarde después de haber habido sermón; a los cuales dos actos, de viernes y domingo, es sin número la gente que se junta, así de indios como de españoles. Y de todas estas tres cosas referidas me cabe parte, porque yo fui el primero que prediqué y exhorté el asiento de la dicha cofradía de la Soledad, y introduje las representaciones de los ejemplos los domingos, y hice en la lengua mexicana estas dichas comedias o representaciones, que fueron de mucho fruto a estas gentes, y ahora lo son; porque desde entonces ya se acostumbran por algunos ministros, en muchas partes o haciéndolas ellos de nuevo, o aprovechándose de las muchas que yo tengo hechas y otras que el padre fray Juan Bautista, mi lector de teología, luz de esta santa provincia y de toda la Nueva España, hizo de mucha elegancia y erudición, y también fui el primero que en el dicho lugar prediqué los sermones de los viernes, en compañía de este devoto religioso, de que sean dadas muchas gracias a Dios, a quien se debe toda alabanza y gloria, no atribuyéndome en estas cosas más del trabajo que en compañía de este celoso padre tuve, y aplicándole a él el fervor con que solicito todas estas cosas. Era muy pobre y despreciábase mucho en su persona, no haciendo estimación de sí mismo. Su ropa ordinaria era la que por la regla le era concedida, y su calzado cacles o sandalias, y siempre desnudo el pie. Era buena lengua mexicana; y aunque pudiera predicar en ella nunca se atrevió, por la cortedad de ánimo que tenía, temiendo cometer en aquel acto alguna falta; y plugiera a Dios que todos los que son ministros de estas indianas gentes tuvieran estos temores; porque de aquí naciera en algunos abstenerse de oficio, que pide mucha perfección de lengua, o que la aprendieran mejor que la saben. Fue muy curioso ministro y él fue el primero que enseñó la música de cornetas en la capilla de San Joseph, y en otras partes y chirimías y vihuelas de arco; lo mismo hizo en Santiago Tlatelulco, donde fue guardián, y allí instituyó la estación de los pasos de los viernes, como en la dicha capilla de San Joseph. Siendo guardián de esta dicha casa y trabajando en derribar la iglesia, por estar muy arruinada y caída parte de

[2] Psal. 96.
[3] Ad Rom. 22.

la capilla mayor, le dio la enfermedad de la muerte; y como era hombre tan trabajado y cuidaba poco de su regalo no hizo caso los primeros días de ella; y como era tabardete fuese incorporando y apoderándose de la sangre, y cuando se vino a conocer era sin remedio. Lleváronlo a la enfermería de San Francisco, donde a breves días murió con grande sentimiento de todos los religiosos que le conocían, e indios que le tenían por padre. Había pedido, con instancia, ser enterrado en la capilla de San Joseph, donde tanto había trabajado, así en los edificios materiales de ella (porque hizo mucho en ella) como en los espirituales de las almas; así en la administración de los sacramentos como en la doctrina, de que fue muy cuidadoso, y fuésele concedido. Murió el día de la Magdalena, que es a veinte y dos de julio, a las siete de la mañana, año de 1604. Fue su muerte luego sabida por toda la ciudad de los indios, los cuales se movieron para venir a enterrarle. Fue caso de milagro que habiendo de ser el entierro a la tarde del mismo dia vinieron los cantores de todas las cuatro cabeceras de Mexico (con no estar ya a nuestra doctrina los de San Pablo, ni San Sebastián) y trajeron sus cruces negras, y los de Santiago, donde era guardián, también con cruz, acompañándolas todos los señores y principales de la república, así de la parte de Tlatelulco, como de la de Tenuchtitlan, con infinidad de número de mujeres todos con candelas de cera encendidas en las manos, y casi todos vestidos de luto; y todo este acompañamiento entró en el convento a sacar el cuerpo de su querido padre, haciendo muy grande sentimiento en haberlo perdido. Venían delante seis cruces, las cinco referidas y detrás de ellas la del convento, que parecía el acto una representación del día del Juicio; porque por una parte tanta candela encendida y seis cruces que iban delante, y por otra el clamor y sollozos de la gente, hacían el acto muy particular y de más consideración que los ordinarios; iban diciendo algunos: santo Gamboa, ruega por nosotros pecadores; de donde se puede colegir la limpieza del trato que el bendito religioso con todos había tenido; pues gente que tanto le conocía, por el mucho tiempo que le había comunicado, no sólo no dudaba de su bondad, pero confesaba a voces la pureza de vida con que los había tratado. Sacáronlo por la portería del convento, y lleváronlo por el patío con grande solemnidad; y puesto enmedio de la capilla, sobre una tarima alta enlutada se le hizo el oficio de su entierro; y al llevarlo a la sepultura (que fue la misma del venerable padre fray Domingo de Aréizaga, como en su vida decimos) fueron los gritos y clamores tantos y tan recios que apenas se oía el canto de su oficio; y cargó la gente a tomar de su hábito, teniéndolo por reliquia; tanto que, aunque lo estorbaban algunos religiosos que lo defendían, no pudieron, y así lo echaron desnudo en la sepultura y lo cubrieron. Hallóse presente a este entierro don Pedro de Otalora, oidor de esta Real Audiencia de Mexico, hijo del licenciado Otalora, jubilado del Consejo Real de Castilla, primo segundo del difunto (y muy buen cristiano y rectísimo juez) el cual, viendo todo lo que pasaba comenzó a llorar muy tiernamente y dijo que no lloraba sintiendo la ausencia del difunto sino de contento, de ver que un solo deudo, que reconocía en esta tierra, tuviese muerte tal y tan hon-

rada y tan enriquecida de conjeturas de su predestinación y gloria y que cuando no le amara, por lo que le tiraba la sangre, le tuviera en mucha reverencia y precio, habiendo visto lo sucedido en su entierro. Asistió a él también, sin ser llamado, el doctor Marcos de Bohorques, que ahora es inquisidor de estos reinos y entonces era fiscal, en el mismo Tribunal del Santo Oficio. Hízosele su novenario y honras, así en la dicha capilla de San Joseph, como en el convento de Santiago; y fue muy ofrendado de los indios, de pan, vino y fruta, en ambas partes. Después le hicieron el cabo de año, con grandísima solemnidad. Y a dos años pasados vino a mí una india, del mismo pueblo de Tlatelulco (porque fui el que le sucedí en la guardianía) y me trajo dos candelas y pidió una misa, diciendo que la intención fuese por el ánima del padre Gamboa, que tal día como aquél había muerto dos años había. Dijéronse por él otras muchas misas, pedidas por indias particulares de ambas partes, Tenuchtitlan y Tlatelulco. Y podemos decir lo que los magos de Faraón,[4] que el dedo de Dios estaba aquí pues esta moción fue hecha sin ser llamados, con tanto aparato y adorno como todos trajeron. Sea Dios alabado, que se muestra poderoso en sus maravillas.

Fray Pedro de Aguirre fue natural de Villa Real, en la provincia de Guipúzcoa. Siendo niño, de poca edad, tomó el hábito de la sagrada religión de mi seráfico padre San Francisco, en el convento de Nuestra Señora de Aranzazú, en la provincia de Cantabria; y era tan niño cuando le tomó que aun para profesar aguardó dos años, por no tener la edad que la orden y el santo concilio tienen determinado. Y siendo corista pasó a esta del Santo Evangelio en compañía del venerable varón fray Gerónimo de Mendieta, la segunda vez que vino a las Indias; y acá se ordenó de misa y estudió artes y teología, con mucho cuidado y recogimiento. Después de haber estudiado le fue encomendada la vicaría de monjas del convento de Santa Clara, de la dicha ciudad de Mexico, que es de los más ilustres e insignes de las Indias, por ser hombre de grandísima honestidad. Fuelo dos veces o tres de éste y del de San Juan de la Penitencia, de la misma ciudad. Era muy callado y excusaba cuanto podía las pláticas y palabras superfluas y que no eran de mucha edificación. Fue maestro de novicios del convento de San Francisco de Mexico donde criaba las nuevas plantas que a la orden venían con mucha religión; hacíales paternales amonestaciones y persuadíalos a que fuesen muy devotos del apóstol San Andrés, al cual tenía muy particular devoción; porque decía ser el primer cristiano del mundo por haber sido el primer discípulo de Cristo. Éralo también de Nuestra Señora, con particulares actos de ternura y amor. La disciplina ordinaria que hacía con sus novicios era larga y rigurosa, de tres misereres, y juntaba al *Miserere* muchedumbre de oraciones de santos que debían de ser sus particulares devotos. Nunca usó de más ropa que la ordinaria, y traía los pies desnudos sin escarpines. Fue muy pobre en las cosas de su uso y ayunaba de ordinario todos los años la cuaresma intermedia que hay del Adviento, a

[4] Exod. 8.

la de la iglesia que se llaman de los Benditos, para alcanzar la bendición paterna que echa nuestro padre San Francisco a los que de voluntad la ayunan, como el mismo santo lo dice en su regla. Era muy afable con todos y nunca se demasiaba en palabras aunque le ocasionasen para perder la paciencia; la cual mostró en muchas ocasiones que se le ofrecieron. Fue guardián del convento de San Cosme dos veces y hizo todo lo bajo de la casa nueva y convento que ahora se habita. Dícese que guardó perpetua virginidad, que es una de las virtudes más altas y heroicas de la vida humana, y así la alaba el Espíritu Santo, diciendo en el libro de *La sabiduría*:[5] Oh qué hermosa y linda es la casta generación; y Cristo redemptor nuestro dice:[6] si tu ojo fuere simple todo tu cuerpo será résplandeciente y claro; y San Pablo,[7] considerando la hermosura y bondad de esta virtud dice a Timoteo: guárdate casta y limpiamente. Y no sólo ha sido alabada esta excelente virtud de los que han tenido luz de Dios verdadero, pero también de aquellos que en muchas cosas la mezclaron con ignorancias y vanidad; y así sucedió que una vez oyendo decir Pitágoras a un hombre bestial y necio, que más quería la conversación y trato venéreo con las mujeres que la compañía y trato sabio de los filósofos,[8] dijo: también los puercos se deleitan más en el cieno hediondo que en el agua limpia. Pues siendo uno casto, de necesidad (como dice el divino Crisóstomo),[9] ha de tener por acompañados el ayuno y la templanza, porque sin estas dos cosas muy en breve se destruye y ayudada de ellas fácilmente se corona; de lo cual se colige que este bendito religioso guardó este aviso para conservarse en esta tan soberana virtud, ayudado para ello de la gracia de Dios que es la que todo lo puede en todo. Murió de menos de cincuenta años en el convento de San Francisco de Mexico, en diez y nueve de agosto del año de 1606 y allí esta su cuerpo sepultado.

CAPÍTULO LXXX. *Vidas de los apostólicos varones fray Francisco de Reinoso, fray García de Cañete y fray Francisco Sánchez*

EL APOSTÓLICO VARÓN FRAY FRANCISCO DE REINOSO fue natural de los reinos de Castilla, y tomó el hábito en el convento de San Francisco de Mexico cuando esta provincia del Santo Evangelio florecía en grande religión y santidad; y como se se crió en aquel siglo dorado de virtud conservóla en todo lo que pudo por todo el discurso de su vida. Fue varón apostólico, pobre sumamente y muy penitente. Vestía un hábito de muy grosero sayal y nunca traía más calzado que unas sandalias hechas de ne-

[5] Sap. 6.
[6] Math. 6.
[7] 1. Ad Tim. 5.
[8] Diogenes de Vita moribus Philosop.
[9] Div. Chrisost. Hom. 50 supr. Psal.

la de la iglesia que se llaman de los Benditos, para alcanzar la bendición paterna que echa nuestro padre San Francisco a los que de voluntad la ayunan, como el mismo santo lo dice en su regla. Era muy afable con todos y nunca se demasiaba en palabras aunque le ocasionasen para perder la paciencia; la cual mostró en muchas ocasiones que se le ofrecieron. Fue guardián del convento de San Cosme dos veces y hizo todo lo bajo de la casa nueva y convento que ahora se habita. Dícese que guardó perpetua virginidad, que es una de las virtudes más altas y heroicas de la vida humana, y así la alaba el Espíritu Santo, diciendo en el libro de *La sabiduría*:[5] Oh qué hermosa y linda es la casta generación; y Cristo redemptor nuestro dice:[6] si tu ojo fuere simple todo tu cuerpo será résplandeciente y claro; y San Pablo,[7] considerando la hermosura y bondad de esta virtud dice a Timoteo: guárdate casta y limpiamente. Y no sólo ha sido alabada esta excelente virtud de los que han tenido luz de Dios verdadero, pero también de aquellos que en muchas cosas la mezclaron con ignorancias y vanidad; y así sucedió que una vez oyendo decir Pitágoras a un hombre bestial y necio, que más quería la conversación y trato venéreo con las mujeres que la compañía y trato sabio de los filósofos,[8] dijo: también los puercos se deleitan más en el cieno hediondo que en el agua limpia. Pues siendo uno casto, de necesidad (como dice el divino Crisóstomo),[9] ha de tener por acompañados el ayuno y la templanza, porque sin estas dos cosas muy en breve se destruye y ayudada de ellas fácilmente se corona; de lo cual se colige que este bendito religioso guardó este aviso para conservarse en esta tan soberana virtud, ayudado para ello de la gracia de Dios que es la que todo lo puede en todo. Murió de menos de cincuenta años en el convento de San Francisco de Mexico, en diez y nueve de agosto del año de 1606 y allí esta su cuerpo sepultado.

CAPÍTULO LXXX. *Vidas de los apostólicos varones fray Francisco de Reinoso, fray García de Cañete y fray Francisco Sánchez*

EL APOSTÓLICO VARÓN FRAY FRANCISCO DE REINOSO fue natural de los reinos de Castilla, y tomó el hábito en el convento de San Francisco de Mexico cuando esta provincia del Santo Evangelio florecía en grande religión y santidad; y como se se crió en aquel siglo dorado de virtud conservóla en todo lo que pudo por todo el discurso de su vida. Fue varón apostólico, pobre sumamente y muy penitente. Vestía un hábito de muy grosero sayal y nunca traía más calzado que unas sandalias hechas de ne-

[5] Sap. 6.
[6] Math. 6.
[7] 1. Ad Tim. 5.
[8] Diogenes de Vita moribus Philosop.
[9] Div. Chrisost. Hom. 50 supr. Psal.

quén, o de cuero muy baladí y de poco precio. Era muy dado a la oración y seguía las cosas de comunidad aunque estuviese solo, como si estuviera en compañía de muchos frailes. Fue mi guardián en la vicaría o eremitorio de Chiauhtla, media legua de Tetzcuco, y los dos solos hacíamos las ceremonias que muchos juntos acostumbran, diciendo antes de comer y de cenar el *De profundis,* por los bienhechores, e yendo después con el *Miserere* a la iglesia a dar gracias como se acostumbra. Si se le dijera a este siervo de Dios: padre, ¿por qué sois tan puntual en estas cosas que no son de pecado mortal, estando solo, pudiendo pasar sin ellas? Sé muy de cierto (según era su grande espíritu) que dijera: hágolas porque me está Dios mirando en cuya presencia (como dice el Apóstol)[1] no hay criatura que sea invisible y todas las cosas se están desnudas, manifiestas y claras; y porque sé que tiene el fraile esta obligación; y aunque los hombres no pueden juzgarme ni condenarme en esta omisión de ceremonias, está Dios, que es el testigo y juez, como dice por su profeta Jeremías:[2] y como testigo ve mi corazón y lo que hago; y como juez condena mis omisiones y negligencias. Lo cual movió a la otra Santa Susanna, a no hacer lo que aquellos desconcertados y descompuestos viejos la persuadían, aunque la amenazaban con muerte. Porque el buen cristiano y monje perfecto más debe de atender a que los ojos de Dios están mirando que a la nota y apuntamientos que el hombre puede hacer; porque es muy fácil de engañar a los hombres, pero no a Dios, que a todo está atento y en todo tiene suma vigilancia. Era muy abstinente y en toda la semana no se mataba más de una gallina y un pollo, y cada día comían en el refectorio un cuarto de ella, dándola casi toda al compañero y a los demás que tenía de mesa, y a la noche no cenaba. No quería nada sobrado en el convento, contentándose con lo suficiente, y aun de aquesto quitaba lo más que podía. Esto se verificó en el pueblo de Iztacalco, una legua de la ciudad de Mexico, donde de algún tiempo a esta parte está siempre un fraile de asistencia, y allí estuvo algunos años este siervo de Dios hasta que murió; al cual ofrecían los indios algunas cosas de comida como era, pan, huevos, pollos u otras cosillas a éstas semejantes. Pero el siervo de Dios, que estaba solo y comía poco y no quería lo que sobraba, no recibía muchas de las cosas que le daban; por lo cual se afligían los del pueblo, por ser gente los indios que se afrentan y corren mucho, si no se les recibe lo que dan y se vinieron a quejar de ello al provincial que a la sazón era el padre fray Pedro de la Cruz, cuyo compañero y secretario yo era; y todos los cargos que le ponían al muy religioso padre eran, que tal día no quiso recibir un pollo y tal día tantos huevos; y de esta manera iban discurriendo por todas sus quejas y cargos; al cual escribió el dicho padre provincial que por el consuelo de los que hacían la limosna la recibiese, aunque luego volviese a darlo todo por amor de Dios a otros pobres necesitados. Con esto quedaron muy consolados y contentos los bienhechores y el santo conocido por muy abstinente y pobre. Era muy celoso de la honra de Dios y muy singular en la

[1] Hab. 13.
[2] Ier. 29.

castidad y limpieza; y así la celaba en otros como la guardaba en sí. No bebía vino ni andaba a caballo aunque se le ofreciese muy forzosa necesidad. Traía la cabeza lastimada y llena de postillas; y lo mismo las piernas, de los soles que pasaba y penitencia que hacía; y con todo esto nunca se trataba con más regalo de éste que queda referido. Llegó a muy viejo y enfermó de una larga enfermedad de la cual estuvo mucho tiempo en la enfermería de San Francisco de Mexico, donde murió sabiendo el día y hora de su muerte. Y con estar su cuerpo lastimado, viviendo, y no ser hermoso de rostro quedó tan lindo que no parecía el que era, viviendo, y sus miembros estaban tan tratables y blandos como si estuviera durmiendo; y de esta manera estuvo todo el tiempo que tardaron en darle sepultura; y como murió con grande opinión de santo le tomaban algunas cosas de su hábito y cuerpo por reliquias; coronáronlo con flores y en sus manos le pusieron una palma; y de esta manera lo enterraron a ocho de diciembre del año de 1603, en la dicha iglesia de San Francisco.

Fray García de Cañete, lego, tomó el hábito en San Francisco de Mexico y fue varón de muy grande santidad. Fue de los antiguos de esta provincia y sirvió de portero muchos años, en el mismo convento de San Francisco. Era muy dado a la oración. Comía lo ordinario de la comunidad, que es poco y no muy bien guisado. Vestía de sayal grosero y nunca usó de lienzo, aun en su última vejez que llegó a tener más de noventa años. Celaba la pobreza en sí y en los demás religiosos, y guardaba mucho silencio en todas ocasiones. Era varón sabio y prudente y muy caritativo. Si algún novicio (como suele acontecer en los noviciados de las órdenes) estaba desconsolado y quería dejar el hábito y volverse al siglo, sentíalo grandemente y persuadíale lo contrario, diciéndole muchas razones muy eficaces para disuadirle de aquella sugestión y tentación en que estaba, representándole los peligros de la vida secular y la quietud y sosiego que en su alma tiene el que sirve a Dios; lo cual (aunque lego) sabía decir muy bien por ser bien entendido y discreto. De esta manera persuadía a algunos y los quietaba; y con esto quedaba el santo lego alegre, pareciéndole que había ganado aquel alma para Dios, ayudado con su gracia. Andaba a pie y seguía con mucha puntualidad las comunidades. Y en su mocedad, y cuando tuvo fuerzas, trabajaba mucho, porque era muy ocupado. Seguía las comunidades en lo que le permitían sus oficios, confesando y comulgando a sus tiempos, no faltando jamás de ayudar una misa, cuando menos cada día, si no era de los de la mayor, por tabla. Era muy compuesto en su persona y jamás se veía ninguna descomposición en él, ni quitada la capilla; y así andaba en la mortificación de su persona como si fuera fraile amortajado para echarlo en la sepultura; en cuya compostura mostraba el siervo de Dios la de su alma; porque el sosiego con que andaba en el servicio de Dios manifestaba en lo exterior de su rostro y acciones; siendo cosa cierta (como dice Cristo)[3] que la abundancia del corazón sale por la boca y que en él se fomentan los malos pensamientos, los homicidios, hurtos, adulte-

[3] Math. 12. Luc. 6.

rios, falsos testimonios y otras cosas semejantes a éstas; y que todo esto se manifiesta en lo exterior por cuanto no puede ser encubierto. Al contrario de la buena conciencia, de la cual dice San Bernardo[4] que siempre está retonecida y muy florida de buenas obras, la cual no se aflige con los trabajos, causa contento al que la tiene, es consuelo del que muere y dura para siempre. Ésta tenía este bendito religioso muy delicada y pura, según que por sus obras se manifestaba; y así pienso que era a Dios muy grata. Llegó a muy crecida vejez y fuese debilitando su cuerpo hasta quedar casi sin substancia; y murió en la enfermería de Mexico donde estuvo recogido mucho tiempo por no tener ya fuerzas para poder salir de ella, andaba (según decían) con el año y murió el de 1595 a treinta de agosto, y de hábito y religión más de sesenta. Está enterrado su cuerpo en el mismo convento de San Francisco.

Fray Francisco Sánchez fue lego, tomó el hábito en San Francisco de Mexico y sirvió muchos años en la cocina del dicho convento y de ésta lo pasaron a la de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, donde tuvo una grave enfermedad, y en ella se le apareció nuestro padre San Francisco. Después de sano volvió otra vez a la de Mexico, porque era hombre robusto y grande trabajador. En este bendito fraile concurrieron muchas y muy heroicas virtudes. Fue pobre a maravilla sin reconocer cosa suya más de los paños menores y ropa que traía vestida. Era muy penitente y abstinente, andaba a pie las jornadas que le mandaba hacer la obediencia; porque no tenía otros caminos que hacer ni más huelgas, ni regalos que estar trabajando en servicio de los religiosos en los oficios que tenía; de donde se debe inferir el gusto grande que traía en el servicio de Dios, pues por servirle en sus religiosos y siervos se olvidaba de los que podía tener proprios, lícitos y honestos. Jamás perdió la paciencia ni se vido su rostro turbado; porque aunque de su natural era manso y pacífico ponía cuidado en no salir de su paso por mucho que le incitasen a ello. Esto se verificó diversas veces siendo cocinero del dicho convento de San Francisco de Mexico, donde al repartir de la comida suele haber algunas ocasiones con los que sirven; y si le daban priesa (no pudiendo más, por ser mucha la gente que comía) sufría una y dos veces lo que le decían sin darse por entendido; y si pasaba adelante la molestia dejaba de repartir las raciones y sentábase y cantaba diciendo: que no le había de quitar el demonio el merecimiento de aquel día; repartía la comida y trabajaba en aquel oficio con grandísima alegría, ofreciendo a Dios este trabajo con la condición que pide el *Eclesiástico*,[5] diciendo: en toda buena obra o dádiva que hicieres, muestra tu rostro alegre; y San Pablo dice: que ama Dios al que alegremente da las cosas que ofrece; lo cual hacía este sufridísimo siervo suyo con la mayor alegría y júbilo del alma que podía y esto nacía de tener en ella suma quietud y paz; y así dice Cesáreo en sus admoniciones:[6] que el verdadero gozo no se posee, sin tener paz y justicia, y la primera (y como raíz de todo) es

[4] Div. Bern. serm. 6.
[5] Eccles. 35.
[6] Caesar. in admon. 2.

la justicia, y la segunda es la paz y la tercera el gozo y la alegría; porque de la justicia nace la paz y de la paz el gozo; y añade Hugo[7] estas palabras: ¿Quieres nunca estar triste? Pues vive bien, porque la buena vida siempre tiene gozo; bien se infiere ser tal la de este siervo de Dios fray Francisco, pues jamás se airaba y siempre andaba alegre y nunca mostró tristeza en su rostro, antes mucha alegría con que mostraba la de su buen espíritu. Esta segunda vez que fue cocinero, en este dicho convento, se encargó de la ropería, y sin haberlo aprendido en el siglo cortaba la ropa de los frailes y la cosía, como si aquello sólo tuviera por oficio; ocupábase en esto los ratos que no pedía su asistencia la cocina, y en lo uno y en lo otro era muy continuo y puntual; de manera que con ser oficios muy distintos el uno del otro los juntó en sí como si fueran muy vecinos, porque la caridad con que los hacía era igual para entrambos. A todo cuanto le pedían daba buen despacho y nunca sabía hablar mala palabra a nadie. Dormía poco y velaba mucho y no faltaba de maitines; de donde se iba a la cocina a poner la olla para dar de comer a los frailes. Dotóle Dios de esta mansedumbre natural ya dicha, para poder sufrir y llevar con suavidad el inmenso trabajo de la cocina; y así se ejercitó en ella casi todo el tiempo de su vida. Murió siendo ya viejo y de hábito muchos años en la religión, siendo el de su fin y acabamiento el de 1593, en veinte días del mes de abril, cuyo cuerpo está enterrado en el mismo convento, habiendo tenido una muerte muy santa y apostólica.

CAPÍTULO LXXXI. *Vidas de otros apostólicos varones de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY DIEGO DE CAÑIZARES VINO a esta provincia de el Santo Evangelio entre los varones apostólicos de aquellos primeros tiempos de la conversión de estos indios. Era docto en la teología y muy buen predicador. Era elocuentísimo y muy gran retórico; y en los sermones que hacía tenía gracia de enternecer los ánimos de los oyentes en todas las ocasiones que quería. Era muy devoto de la madre de Dios y ponía sumo cuidado en predicar al pueblo sus alabanzas. Aprendió la lengua mexicana con grande excelencia y predicaba en ella con grande suspensión de los oyentes. Fue guardián de muchas casas de las de más autoridad y cuenta de la provincia; y luego las renunciaba teniéndose por incapaz para su gobierno; procediendo esto más de humildad y menosprecio de los oficios que de insuficiencia para ejercitarlos; porque era hombre de muy buen juicio y de agradable y santa conversación. Era muy grave en su persona, y de su compostura y acciones (como dice el *Eclesiástico*)[1] se conocía su muy extremado juicio. Era muy recogido y pobre y seguía la vida común de los frailes. Dábase a la oración, en que era fuerza que gastase gran parte de su

[7] Hugo, lib. 3 de ani.
[1] Eccles. 19.

la justicia, y la segunda es la paz y la tercera el gozo y la alegría; porque de la justicia nace la paz y de la paz el gozo; y añade Hugo[7] estas palabras: ¿Quieres nunca estar triste? Pues vive bien, porque la buena vida siempre tiene gozo; bien se infiere ser tal la de este siervo de Dios fray Francisco, pues jamás se airaba y siempre andaba alegre y nunca mostró tristeza en su rostro, antes mucha alegría con que mostraba la de su buen espíritu. Esta segunda vez que fue cocinero, en este dicho convento, se encargó de la ropería, y sin haberlo aprendido en el siglo cortaba la ropa de los frailes y la cosía, como si aquello sólo tuviera por oficio; ocupábase en esto los ratos que no pedía su asistencia la cocina, y en lo uno y en lo otro era muy continuo y puntual; de manera que con ser oficios muy distintos el uno del otro los juntó en sí como si fueran muy vecinos, porque la caridad con que los hacía era igual para entrambos. A todo cuanto le pedían daba buen despacho y nunca sabía hablar mala palabra a nadie. Dormía poco y velaba mucho y no faltaba de maitines; de donde se iba a la cocina a poner la olla para dar de comer a los frailes. Dotóle Dios de esta mansedumbre natural ya dicha, para poder sufrir y llevar con suavidad el inmenso trabajo de la cocina; y así se ejercitó en ella casi todo el tiempo de su vida. Murió siendo ya viejo y de hábito muchos años en la religión, siendo el de su fin y acabamiento el de 1593, en veinte días del mes de abril, cuyo cuerpo está enterrado en el mismo convento, habiendo tenido una muerte muy santa y apostólica.

CAPÍTULO LXXXI. *Vidas de otros apostólicos varones de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY DIEGO DE CAÑIZARES VINO a esta provincia de el Santo Evangelio entre los varones apostólicos de aquellos primeros tiempos de la conversión de estos indios. Era docto en la teología y muy buen predicador. Era elocuentísimo y muy gran retórico; y en los sermones que hacía tenía gracia de enternecer los ánimos de los oyentes en todas las ocasiones que quería. Era muy devoto de la madre de Dios y ponía sumo cuidado en predicar al pueblo sus alabanzas. Aprendió la lengua mexicana con grande excelencia y predicaba en ella con grande suspensión de los oyentes. Fue guardián de muchas casas de las de más autoridad y cuenta de la provincia; y luego las renunciaba teniéndose por incapaz para su gobierno; procediendo esto más de humildad y menosprecio de los oficios que de insuficiencia para ejercitarlos; porque era hombre de muy buen juicio y de agradable y santa conversación. Era muy grave en su persona, y de su compostura y acciones (como dice el *Eclesiástico*)[1] se conocía su muy extremado juicio. Era muy recogido y pobre y seguía la vida común de los frailes. Dábase a la oración, en que era fuerza que gastase gran parte de su

[7] Hugo, lib. 3 de ani.
[1] Eccles. 19.

recogimiento. Amonestaba a todos la virtud y la devoción de la virgen María nuestra señora. Excusaba los cumplimientos mundanos y decía que eran negocios, cuya etimología interpretaba él diciendo: *nec otium;* como quien dice que al que anda en ellos no le queda tiempo para vacar a otra cosa, y abominábalos mucho y sentía ver que algún religioso se ocupase en ellos. Era muy devoto y tierno en la misa cuando la decía y trataba aquel misterio con mucha gravedad y reposo. Murió en santa vejez, teniendo más de sesenta años de hábito. Está enterrado en el convento de San Francisco y fue su fallecimiento el de 1597, a treinta días del mes de abril.

Fray Francisco García tomó el hábito de lego en el convento de San Francisco de Mexico; y fue natural del reino de Galicia; era ya hombre cuando le tomó; y desde sus principios en la religión dio muestras de mucha virtud y perfección. Siguió en la cocina de este dicho convento al santo fray Francisco Sánchez, arriba nombrado, la primera vez que la dejó. Era hombre de muy áspera condición; pero hacíase fuerza en reprimirla por imitar a Cristo señor nuestro que dice: Aprended de mí que soy manso de corazón; y el Profeta lo compara al cordero que va a la muerte, mansa y humildemente. Todo lo que tenía de recia condición tenía de disposición para ser penitente, y así lo era en grande manera; porque aunque guisaba la olla para la comunidad, nunca (o muy pocas veces) gustaba la carne de ella. Su comida ordinaria eran unas habas cocidas en sola agua y muchas veces las mezclaba con ceniza, haciendo del agua y de ella lejía para colar las tripas. Era dado a la oración y de noche, después de haber cerrado la cocina, se subía a las azuteas de la casa donde rezaba, mirando al cielo. Tendíase de espaldas sobre una escalera de piedra áspera y rigurosa, por donde se subía a lo alto de la iglesia; y en aquel tormento se estaba por muy gran rato de tiempo. Nunca estaba ocioso y siempre se ocupaba en algún trabajo por no dar motivo al Demonio de que le tentase en la ociosidad, pareciéndole que basta su malicia en todo tiempo. En este tiempo se comenzó la iglesia nueva de San Francisco; y para su buen avío y abasto de la piedra necesaria para la obra le pusieron en la cantera de Nuestra Señora de los Remedios, dos leguas de la ciudad; a lo cual acudió muy religiosamente con grande ejemplo de todos y la sustentó hasta que se acabó la iglesia, que duró su obra espacio de doce años. Murió lleno de buenas obras en el convento de San Francisco, en el de 1602, a cinco de febrero; y está sepultado en la iglesia que tanto trabajo le costó su piedra.

Fray Francisco Ruiz fue natural de Ayamonte, vino de seglar a esta Nueva España; y siendo hombre maduro y de edad perfecta tomó el hábito en el convento de San Francisco de Mexico, sirvió con mucha humildad en las cosas de los oficios de los legos. Tenía hecho voto de ser fraile cuando le tomó; y el motivo fue el siguiente. Tenía el señor de su pueblo un león enjaulado, y era tan manso que llegaban donde estaba todos los que querían y le traían la mano sobre el cerro y le ponían la cabeza en la boca para que con la lengua se la lamiese, jugando con él como con un cordero, como dice el *Eclesiástico*[2] que hacía el rey David con ellos. Y

[2] Eccles. 47.

entre otros que llegaron una vez fue uno fray Francisco, y comenzando a lamerle la cabeza debió de sentir suavidad en el gusto, y no guardando el decoro que a los demás (como bestia sin razón) le arrojó los brazos al cuello; y asiéndole la cabeza con las uñas lo metió casi toda en la boca, porque era animal feroz y grande, y comenzó a apretar los dientes para comer de ella. El mancebo, que se vido asido y en tan conocido peligro de la vida y no sabiendo cómo escapar, por estar solo y agarrado de un león, volvióse a Dios (por ventura habiendo oído en alguna ocasión que libró a Daniel de los que estaban en el lago de Babilonia y a David de otras muchas ocasiones en que se vido con ellos) y pidiéndole favor hizo voto de ser fraile de San Francisco si le libraba. No es tan presta la madre que ve maltratar al hijo delicado y tierno, que lo está criando al regalo de sus pechos asido de algún animal nocivo y cruel, cuanto lo fue Dios, que ama más tiernamente que las madres, al socorro del afligido mancebo, y al instante que hizo el voto entró en el lugar de la leonera el que tenía a cargo el león, y dándole con una vara por detrás soltó la presa por volver a la parte donde sintió el golpe. Con esto quedó libre Francisco y dando gracias a Dios puso en su corazón de cumplir su santo voto y servir a Dios en religión, hízolo así (como dejamos dicho). Fue hombre de grandísima humildad y menosprecio de sí mismo; diósele el cargo de sacar piedra tezontle, que es la ordinaria con que se edifica en esta ciudad de Mexico, para el edificio de la casa nueva que por entonces se comenzó en San Francisco; y que asistiese en un pueblo llamado Santa Marta, muy conjunto a la misma pedrera que está a nuestra doctrina, donde todos los domingos se dice misa. Aquí estuvo este devoto religioso algunos años ocupado en el ministerio de sacar piedra hasta que murió. Cuidaba de la doctrina de los indios y recogía todos los días en el patio de la iglesia los muchachos y muchachas del pueblo, y con mucho amor y caridad les enseñaba la doctrina cristiana y hacía rezar; y dejándolos en este ejercicio al cargo y guarda de los indios viejos que acuden a este ministerio en todas las partes donde hay doctrina, iba a la pedrera, donde ya tenía la gente de servicio y solicitaba su piedra y la sacaba con gran temor y resguardo de su conciencia. Vestía muy pobremente y andaba de ordinario muy roto y remendado. Comía muy limitadamente y las más veces unas yerbas mal guisadas. Cuando le preguntaban, ¿cómo estaba? Respondía, como salvaje en el campo, al agua, al sol y al frío; y casi no se engañaba porque como su regalo era poco o ninguno y el trabajo inmenso, al sol y al aire (como él decía), estaba tan quemado y trocado su natural color que lo parecía. No se contentaba con el trabajo de solicitar la piedra sino que a éste añadía otro de sus solas manos, y era hacer cestos de mimbre de muchas maneras, los cuales repartía por los conventos comarcanos para el servicio del refectorio y otras oficinas; y los daba a personas particulares, devotas de la orden, porque eran algunos de los que hacía de mucha curiosidad; y recibía en retorno de ellos algunas cosas para su sustento y el de los indios que le ayudaban; ganándolo como otro San Pablo que dice a los de Éfeso: bien sabéis que las cosas necesarias de mi uso y las que han habido menester los que me

acompañan las han administrado mis manos. Y de este trabajo se precia, en la primera que escribe a los corinthios,[3] diciendo: trabajando y obrando de nuestras manos. Y a los de Tesalia[4] dice: ya sabéis, hermanos, nuestro trabajo y fatiga causada de trabajar de día y de noche. Y en la segunda añade:[5] no comemos el pan de balde; mas ganámoslo con el trabajo y fatiga de nuestras manos, así de día, como de noche. Y Cristo redemptor nuestro dice por San Lucas:[6] digno es el que trabaja del precio de su trabajo. Esto hacía este bendito lego, ganando el pan que comía con el trabajo de sus manos; porque para agradar a los que le hacían caridad y limosna, les correspondía con estas cestas muy lindas y curiosas. Era muy sufrido y siempre andaba revestido de paciencia. Era muy callado y miraba mucho por la honra de su prójimo, como se manifestó en muchas ocasiones, excusando todo cuanto podía descubrir cualquier defecto que de otro supiese. Era muy caritativo y mostraba esta caridad con los indios que tenía a su cargo, no sólo en buscarles de comer y lo necesario (como queda dicho), sino también acudiendo a sus particulares necesidades y en sus enfermedades curándolos y buscándoles los remedios en sus aflicciones. Por esto los indios lo reconocían por muy padre; y aunque los domingos iba del convento un religioso a decirles misa a Santa Marta, no era él el que los gobernaba, sino fray Francisco, a quien reconocían. Era dado a la oración y sacaba de ella la tolerancia de la trabajada vida que traía, porque era mucho el trabajo, poco el regalo y mucho menor el avío; porque como todo había de ser de limosna y no siempre hay limosneros faltaba lo necesario y nunca la necesidad, y siempre procuraba que no fuese a menos la obra que tenía a su cargo. En este ejercicio se ocupó más de veinte años; y aunque era mucho el trabajo hizo mayor su sufrimiento, ayudado de la gracia de Dios, a quien procuraba agradar y servir en todo. Murió santamente en el mismo convento de San Francisco de la dicha ciudad, a veinte del mes de julio del año de 1597, donde está enterrado.

CAPÍTULO LXXXII. *Que trata de otros varones apostólicos de estos tiempos que son dignos de memoria*

FRAY MIGUEL DE RODORATE VINO de la provincia de Valencia y estuvo muchos años en esta del Santo Evangelio ocupado en su ministerio de confesar y administrar a indios y a españoles. De aquí pasó a la custodia de Tampico, enviado por la obediencia, donde se ejercitó algunos años en el mismo ministerio, aunque después volvió a la provincia por causas forzosas que lo obligaron, donde como apostólico varón pasaba su vida, en grande mortificación de su cuerpo. Era muy templado en el comer

[3] 1. Ad Cor. 4.
[4] 1. Ad Tes. 2.
[5] 2. Ad Tes. 3.
[6] Luc. 10.

acompañan las han administrado mis manos. Y de este trabajo se precia, en la primera que escribe a los corinthios,[3] diciendo: trabajando y obrando de nuestras manos. Y a los de Tesalia[4] dice: ya sabéis, hermanos, nuestro trabajo y fatiga causada de trabajar de día y de noche. Y en la segunda añade:[5] no comemos el pan de balde; mas ganámoslo con el trabajo y fatiga de nuestras manos, así de día, como de noche. Y Cristo redemptor nuestro dice por San Lucas:[6] digno es el que trabaja del precio de su trabajo. Esto hacía este bendito lego, ganando el pan que comía con el trabajo de sus manos; porque para agradar a los que le hacían caridad y limosna, les correspondía con estas cestas muy lindas y curiosas. Era muy sufrido y siempre andaba revestido de paciencia. Era muy callado y miraba mucho por la honra de su prójimo, como se manifestó en muchas ocasiones, excusando todo cuanto podía descubrir cualquier defecto que de otro supiese. Era muy caritativo y mostraba esta caridad con los indios que tenía a su cargo, no sólo en buscarles de comer y lo necesario (como queda dicho), sino también acudiendo a sus particulares necesidades y en sus enfermedades curándolos y buscándoles los remedios en sus aflicciones. Por esto los indios lo reconocían por muy padre; y aunque los domingos iba del convento un religioso a decirles misa a Santa Marta, no era él el que los gobernaba, sino fray Francisco, a quien reconocían. Era dado a la oración y sacaba de ella la tolerancia de la trabajada vida que traía, porque era mucho el trabajo, poco el regalo y mucho menor el avío; porque como todo había de ser de limosna y no siempre hay limosneros faltaba lo necesario y nunca la necesidad, y siempre procuraba que no fuese a menos la obra que tenía a su cargo. En este ejercicio se ocupó más de veinte años; y aunque era mucho el trabajo hizo mayor su sufrimiento, ayudado de la gracia de Dios, a quien procuraba agradar y servir en todo. Murió santamente en el mismo convento de San Francisco de la dicha ciudad, a veinte del mes de julio del año de 1597, donde está enterrado.

CAPÍTULO LXXXII. *Que trata de otros varones apostólicos de estos tiempos que son dignos de memoria*

FRAY MIGUEL DE RODORATE VINO de la provincia de Valencia y estuvo muchos años en esta del Santo Evangelio ocupado en su ministerio de confesar y administrar a indios y a españoles. De aquí pasó a la custodia de Tampico, enviado por la obediencia, donde se ejercitó algunos años en el mismo ministerio, aunque después volvió a la provincia por causas forzosas que lo obligaron, donde como apostólico varón pasaba su vida, en grande mortificación de su cuerpo. Era muy templado en el comer

[3] 1. Ad Cor. 4.
[4] 1. Ad Tes. 2.
[5] 2. Ad Tes. 3.
[6] Luc. 10.

y no comía más que una vez al día; y desde el jueves, hasta el sábado, pasaba el viernes sin comer pan, ni cosa guisada; lo más que hacía era ir a la huerta y coger unas hojas de cardo santo, que son amargas como hiel, y las traía al refectorio y se las comía. Bien verá el que con ojos cristianos mirare este hecho que en ser la comida tan amarga y en día de viernes, que fue en el que Cristo estuvo enclavado en la cruz, por nuestros pecados, que sería a contemplación de la hiel que gustó en ella; y puédese creer, porque era muy dado a la oración, y en ella le hacía muy particular gusto la memoria de la pasión de Jesucristo nuestro señor; jamás vagueaba por el convento donde moraba, ni salía de la celda, si no era para el altar y coro, o cosas de caridad del prójimo. Era muy pobre y usaba de muy poca ropa. Celaba la honra de Dios, como otro Finees,[1] y procuraba atraer a los pecadores a su servicio. Era humilde sobre manera y mostró esta humildad en muchas ocasiones que se le ofrecieron, en especial una vez que, descomponiéndose cierta persona con otra, fray Miguel rogó, con palabras blandas, al descompuesto, que se abstuviese de tanta cólera como mostraba; y la petición del siervo de Dios, que le había de reprimir por ser muy amorosa y blanda, le fue fuego, con que más se encendió; y vuelto contra él le trató mal de palabra, llamándole muchas veces de fingido y hipócrita. El santo fray Miguel, que vido que por caritativa amonestación y buena obra que le hacía le respondía con tanta soltura y libertad, postróse a sus pies y oyó con paciencia las malas palabras con que continuaba. Y bien pienso (según era de sufrido) que si el hombre descompuesto llegara entonces a darle una bofetada le volviera la otra mejilla, según la doctrina de Cristo,[2] para recibir en ella otra. Estábase en los cuartos de la oración, después de completas y maitines, una y dos horas; y era el primero que entraba en el coro a las alabanzas de Dios. Llegó a ser muy viejo; y casi sin conocérsele enfermedad murió en el convento de Quauhquechollan, el año de 1609, a diez y seis días del mes de enero. Tuvo muerte muy particular y milagrosa, y allí yace su venerable cuerpo sepultado.

Fray Miguel de Estivales fue de nación vizcaíno, y en el estado secular fue soldado en el castillo de Tánger; y después de haber seguido la milicia algunos años pasó a las Indias, donde estuvo otros algunos ocupado en buscar dinero, como todos los demás (que es lo que a todos cuadra) y aunque llegó a tener algún caudal no era el que le henchía el vacío del alma, ni le cuadraba; porque como el alma es triangulada con las tres potencias, que son: entendimiento, voluntad y memoria, no es posible que ajuste al cuadro de las cosas del mundo, por no tener las líneas iguales el uno que el otro. Por esto la muy dichosa de fray Miguel fue conociendo que lo que más ajustado venía al triángulo dicho de su alma era solo Dios, que es triangular en tres divinas personas que son: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por esto, menospreciando todo cuanto la vida ofrece en la casa del mundo, lo dejó y se vino a la de Dios, tomando el hábito de mi glorioso padre San Francisco, en Mechoacan, siendo custodia de esta provincia del Santo

[1] 1. Mach. 2.
[2] Math. 5. Luc. 6.

Evangelio. En ella trabajó como varón apostólico, en especial en la parte de Xalisco, en compañía del santo fray Francisco Lorenzo, andando entre los indios infieles, trayéndolos de paz y fundándoles pueblos en las partes más seguras y capaces de la serranía, por donde andaban como en la vida del dicho fray Francisco diremos en el libro que se sigue. Era fray Miguel muy austero y penitente, nunca bebió vino, sino fue pocos años antes de su muerte, y esto era muy poco luego por la mañana, para poder acudir al trabajo del día; porque era ya hombre de más de 80 años, en los cuales jamás dejó de seguir el tesón de sus ocupaciones y cuidaba de la huerta del convento y cavaba en ella como si fuera mancebo de poca edad. Era pobrísimo y vestía muy vil y despreciadamente. Era muy dado a la oración y nunca faltaba de ella; y aunque por alguna causa faltase alguna vez el cuarto de completas en la casa donde estaba, jamás lo dejaba él ni pervertía en sus ejercicios el orden de sus devociones. Sucediéronle algunos casos particulares de visiones que Dios quiso que viese por las cosas secretas que él se sabe; de los cuales fue uno éste: viviendo en Mechoacan, siendo custodia, tuvo estrecha y particular amistad con otro religioso sacerdote de su mismo espíritu; y entre otras condiciones que en ella tenían profesadas fue una que el que de los dos muriese primero se le apareciese al otro, si así fuese la voluntad de Dios y le dijese el estado en que en la otra vida estaba. Sentada esta condición y promesa vínose fray Miguel a esta provincia y el amigo quedóse en la de Mechoacan. Y pasados muchos años, después de ausentes, sucedió que morando fray Miguel en el convento de Tlaxcalla con el padre fray Francisco de Lenguarte, que era guardián del dicho convento, un día de Cuaresma, casi a la puesta del sol, estaba el dicho fray Miguel en el refectorio, poniendo en la mesa el poco de pan y fruta que los religiosos habían de hacer colación. Y sacando agua de una tinaja que estaba a la entrada de él, le pareció al bendito lego que a sus espaldas había entrado un religioso dentro y metídose en la oficina donde están las cosas del proveimiento y servicio de la mesa creyó ser uno de los religiosos del convento y que entraría a satisfacer alguna necesidad para alivio del cansancio del día, que por ser cuaresma y ellos pocos, y los indios muchos, era el trabajo inmenso. Aguardó fray Miguel un poco, entendiendo ser así verdad que estaba dentro para cerrar la puerta; y viendo que se tardaba llamóle por su nombre; pero como no salía entró dentro, y no viendo a nadie creyó haber sido alguna ilusión de su engañada fantasía. Esta misma noche, después de maitines como lo tenía de costumbre, se quedó en el coro después de haber salido los demás frailes a rezar prima en sus celdas para irse al confesonario a comenzar las confesiones, porque en aquellos tiempos las comenzaban dos y tres horas antes del día. Y estando solo el lego vido que de un rincón de él salió un fraile muy compuesto, cogidas las manos y puesta su capilla y el rostro encendido, que se iba para él; al cual conoció con la claridad del fuego que de su cara salía y vido ser el religioso amigo con quien en Mechoacan había dejado hecho el concierto; pero como le cogió de repente y desapercibido se turbó en verle; y aunque quiso preguntarle quién era y qué quería, no acertó y fué-

sele alejando hacia el antepecho del mismo coro y allí se le desapareció. Salió turbado el lego y fuese a la celda del guardián y contóle lo que había pasado; el guardián, que era prudente, no se alteró, antes animando a fray Miguel le dijo: que si otra vez lo viese lo conjurase de parte de Dios para que declarase la necesidad que tenía. Pasóse este día, y venida la noche del siguiente iba fray Miguel al coro a encender la lámpara que de noche arde y sirve de alumbrar el Santísimo Sacramento; y al salir por la puerta alta del dormitorio al claustro se encontró otra vez con él y casi le dio en el rostro con la llama de fuego que salía del difunto de que se turbó mucho más que la primera vez; y volviéndole las espaldas la visión se fue con paso presuroso por el paño del claustro que corre hacia la sacristía; y aunque lo siguió, sacando ánimo del temor que había cobrado, no atinó con las palabras que el guardián le había dicho, y así no tuvo ningunas eficaces con que obligarle a que se detuviese, y de esta manera se le desapareció. Conoció de cierto ser su amigo y creyó ser ya difunto y encomendólo a Dios con muy particulares oraciones y disciplinas, y el guardián (a quien dio luego cuenta de todo) hizo lo mismo, con todos los otros religiosos del convento. Otro día, andando cuidadoso fray Miguel, pareciéndole que el alma de aquel religioso debía de estar en necesidad, fuese al coro a la hora de la siesta, para encomendarlo a Dios, en presencia del Santísimo Sacramento, y estando rezando por él vídolo estar en el altar mayor, vueltas las espaldas al coro, arrimado a las barandas que entonces el altar tenía, y con la misma compostura que las dos veces antes. Salió con priesa por irse a ver con él y halló la puerta cerrada por donde entran a la iglesia; y no pudiendo entrar se volvió al coro y no lo vido, ni nunca más le apareció. Encomendólo a Dios con mucho cuidado de allí adelante, por mucho tiempo, y haciendo diligencia después supo cómo era ya difunto cuando se le apareció, y aunque era religioso de mucha virtud y religión, como en el tribunal de Dios se hila tan delgado, y en él apenas el justo se salva, como dice San Pedro en su *Canónica*,[3] porque por muchas tribulaciones se ha de entrar en los cielos, según se dice en los *Actos de los apóstoles*,[4] la vida del hombre, aunque parezca muy justificada, tiene algunas motas que nunca se esconden a los ojos limpidísimos de Dios, y toda nuestra justicia, como dice el Profeta,[5] es como paño sucio y ensangrentado de la mujer enferma; por lo cual hemos de creer y tener por cierto que muchas cosas no están abastecidas de justicia, ni son tales que merezcan nombre delante de Dios y por esto las purifica por los modos y medios que él se sabe, para que cuan lo parezca en su gloria no lleven falta que pueda notarse; y sería así que las que este honesto religioso había hecho aunque tuviesen la satisfacción que llega a merecer la gracia por la cual se hacen los hombres dignos de Dios, no tuviese toda la limpieza en lo venial y circunstancias que excusan de purgatorio; y que por esta causa se lo hubiese dado Dios en la forma y manera que fray Miguel lo había visto, queriendo mostrar en esta

[3] 1. Petri 4.
[4] Ac. Apost. 24.
[5] Isai. 64.

visión que limpiaba el difunto del moho de lo imperfecto y amonestaba al vivo, la perfectísima observancia de sus obligaciones.

Estando en Mechoacan, en la ciudad de Tzintzontzan, vido una vez, que su guardián estaba dando la comunión a ciertas personas que comulgaban, cómo había volado una forma del altar e ídose a la boca de una mujer que no comulgaba (como decimos en otra parte), de lo cual dio noticia al sacerdote que decía la misa, y se verificó luego allí el milagro. Era este bienaventurado lego muy espiritual y huía todas las conversaciones ociosas. Llegó a edad decrépita, aunque siempre conservándole Dios la entereza del juicio. Murió en el convento de Tlaxcalla con las muestras de santidad que había vivido. Cuando le enterraron concurrió todo el pueblo sin ser llamado y le rompieron todo el hábito con que iba amortajado, llevando de él, cada cual lo que podía, por reliquia; y aunque le vistieron otro aconteció lo mismo; y de otro, o otros dos, sucedió otro tanto; y así lo enterraron como pudieron, sin aguardar ya más estruendo y rumor del que se había levantado. Murió en doce días del mes de septiembre del año de 1599. Fue la conversión de este religioso la muerte de fray Antonio de Cuéllar, como en ella se dirá, por haberse hallado en el pueblo donde lo martirizaron.

Fray Fernando del Valle fue de nación gallego. Tomó el hábito ya de más de cuarenta años de edad, en el convento de San Francisco de Mexico; y la hacienda que en el siglo había adquirido, la dejó a una hija, que dejó en él. Y como hombre, que todo lo dejaba por amor de Dios (como dijo San Pedro a Cristo)[6] no trató en la orden, de más de tener al mismo Dios por premio, procurando, con obras buenas, y santas, que se verificasen en él sus palabras, que dicen: Vosotros, que dejásteis todas las cosas, y me seguisteis, recibiréis ciento por uno, y poseeréis la vida eterna. Fue muy pobre en la religión, y seguía, con grande perseverancia, las comunidades; y todo el día (como la obediencia no le ocupase en alguna obra de sus manos) no se le caían de ellas las cuentas, y siempre andaba rezando. En el coro era muy ferviente en la oración, y nunca faltaba de maitines. Moró siempre en el convento de San Francisco; y tenía a su cargo, el reparo de todos los terrados de la casa, que era un trabajo insufrible, y los tenía tan limpios, y tan asentados (con ser todos de tierra) como si fueran encalados, muy bruñidos. Era muy sufrido, y vestía muy pobremente. Tenía mucha caridad, en especial para con los mancebos de la orden; porque como mozos, tienen algunos más necesidades del estómago, que los otros más hechos a la vida monástica. Por esto solía traer, cuando iba fuera, alguna cosa de comer, que les daba, diciendo, que aquellos eran los necesitados, por ser los más encerrados de la orden. Pedía, a su tiempo, limosna de trigo, para el convento, y recogía mucha cantidad; porque le tenían por santo, los que se la daban, porque su exterior era de grandísimo ejemplo. Quitóle Dios la vista de los ojos en su última vejez y estuvo sin ella algunos años, hasta que murió; en el cual tiempo, como ya no tenía ojos para ver, no

[6] Math. 19.

tenía oficio ninguno en casa y todo el tiempo de día y de noche lo gastaba en rezar y llorar a sus solas, y con tanto tesón que admiraba la devoción de su alma. Bien pienso yo que le quitó Dios los ojos corporales porque con los del alma viese mejor las culpas que en el estado secular había cometido y los defectos con que había vivido; para que puestos delante de la consideración los llorase él antes que Dios llegase a ponerselos en la sala de su tremendo juzgado; como refiere David[7] que dice este mismo señor al olvido de sus culpas: argüirte he y ponerte he a los ojos los pecados que tú has traído con olvido a tus espaldas. Bien tuvo tiempo este bendito varón de conocerlas, en especial en este tiempo de su ceguera, y de alcanzar perdón de cualquier yerro que contra Dios hubiese cometido. Porque siendo verdad (como lo es) que haciendo penitencia el malo y pecador, como lo dice por su profeta Ecechiel,[8] de sus culpas y pecados, y guardando la justicia de Dios, que vivirá vida y no morirá; y que de todos los pecados que hubiere hecho y cometido no se acordará más, y que vivirá en la justicia que hubiere hecho; cierto es que habiéndola guardado este bendito lego con muchas y muy buenas obras que le vimos hacer en la orden que le haría merced; y así tengo para mí que el quitarle la vista fue misericordia que con él usó para hacerle padecer en aquel trabajo algún purgatorio que por remisiones, omisiones y comisiones, debía de ser a cargo a las cuentas que con Dios tenía. Murió con grande olor de santidad en el mismo convento de San Francisco de Mexico, a ocho de agosto del año de 1603.

CAPÍTULO LXXXIII. *De otros varones bienaventurados de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY FRANCISCO XIMÉNEZ, LEGO, era natural de Guadalcanal y pasó secular a estas Indias, y en Mexico vivió algunos años donde fue casado y tuvo hijos; uno de los cuales tomó el hábito de mi padre San Francisco en la provincia de Mechoacan, llamado fray Pedro Ximénez, gran lengua tarasca; otro se quedó con él en el estado secular en que vivía; y muerta la mujer sucedió que el hijo que le había quedado se atravesó con otro, y viniendo a las manos salió el padre a defenderle y mató al contrario. Fue medio éste para perder su hacienda y venirse a la religión. Era de condición muy recia y mal sufrido; pero luego que tomó el hábito de nuestro glorioso padre San Francisco, en su Convento de Mexico, como otro Saúl,[1] fue mudado en otro varón. Era hombre mayor, y luego en la casa de Dios comenzó a disponerse para servirle, no comiendo el pan con ociosidad, como dice el Espíritu Santo,[2] de la otra mujer hacendosa. Comenzó luego a darse a la oración y en ella aprovechó de manera que ya la

[7] Psal. 49.
[8] Ez. 18.
[1] 1. Reg. 10.
[2] Prov. 31.

tenía oficio ninguno en casa y todo el tiempo de día y de noche lo gastaba en rezar y llorar a sus solas, y con tanto tesón que admiraba la devoción de su alma. Bien pienso yo que le quitó Dios los ojos corporales porque con los del alma viese mejor las culpas que en el estado secular había cometido y los defectos con que había vivido; para que puestos delante de la consideración los llorase él antes que Dios llegase a ponerselos en la sala de su tremendo juzgado; como refiere David[7] que dice este mismo señor al olvido de sus culpas: argüirte he y ponerte he a los ojos los pecados que tú has traído con olvido a tus espaldas. Bien tuvo tiempo este bendito varón de conocerlas, en especial en este tiempo de su ceguera, y de alcanzar perdón de cualquier yerro que contra Dios hubiese cometido. Porque siendo verdad (como lo es) que haciendo penitencia el malo y pecador, como lo dice por su profeta Ecechiel,[8] de sus culpas y pecados, y guardando la justicia de Dios, que vivirá vida y no morirá; y que de todos los pecados que hubiere hecho y cometido no se acordará más, y que vivirá en la justicia que hubiere hecho; cierto es que habiéndola guardado este bendito lego con muchas y muy buenas obras que le vimos hacer en la orden que le haría merced; y así tengo para mí que el quitarle la vista fue misericordia que con él usó para hacerle padecer en aquel trabajo algún purgatorio que por remisiones, omisiones y comisiones, debía de ser a cargo a las cuentas que con Dios tenía. Murió con grande olor de santidad en el mismo convento de San Francisco de Mexico, a ocho de agosto del año de 1603.

CAPÍTULO LXXXIII. *De otros varones bienaventurados de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY FRANCISCO XIMÉNEZ, LEGO, era natural de Guadalcanal y pasó secular a estas Indias, y en Mexico vivió algunos años donde fue casado y tuvo hijos; uno de los cuales tomó el hábito de mi padre San Francisco en la provincia de Mechoacan, llamado fray Pedro Ximénez, gran lengua tarasca; otro se quedó con él en el estado secular en que vivía; y muerta la mujer sucedió que el hijo que le había quedado se atravesó con otro, y viniendo a las manos salió el padre a defenderle y mató al contrario. Fue medio éste para perder su hacienda y venirse a la religión. Era de condición muy recia y mal sufrido; pero luego que tomó el hábito de nuestro glorioso padre San Francisco, en su Convento de Mexico, como otro Saúl,[1] fue mudado en otro varón. Era hombre mayor, y luego en la casa de Dios comenzó a disponerse para servirle, no comiendo el pan con ociosidad, como dice el Espíritu Santo,[2] de la otra mujer hacendosa. Comenzó luego a darse a la oración y en ella aprovechó de manera que ya la

[7] Psal. 49.
[8] Ez. 18.
[1] 1. Reg. 10.
[2] Prov. 31.

tenía por muy amiga y amada; sabía que era pecador y homicida y que tenía a cuestas, como otro Caín,[3] la muerte de su hermano Abel, la de aquel desventurado que luego de sus manos cayó a sus pies muerto. Por esto no sólo se ocupaba, como María, en los deleites de la contemplación, sino también como Marta,[4] en otras obras de virtud y penitencia. Andaba descalzo y no vestía más que un solo hábito, y traía una estera áspera por túnica, hasta la cinta. Trabajaba en las cosas del servicio de la casa, donde era morador, con grande fidelidad y cuidado. Guardaba mucho silencio y nunca se llegaba a conversaciones de pasatiempo. Era tan perseverante en la oración, que se pasaba una hora y dos de rodillas enmedio del coro, y puestas las manos sin hacer movimiento ni desmán alguno; y aunque el demonio algunas veces le quería inquietar con algún ruido que hacía, jamás movía el siervo de Dios el semblante con que estaba; en que se echa de ver la merced que había alcanzado de Dios en tanta serenidad con que estaba; y en la vida que hacía tan singular y santa se podía traslucir que si pecó con David[5] matando a Urías, que también hizo penitencia como él para alcanzar perdón de su pecado. Era su comer muy poco y ayunaba mucho. Murió en mucha y santa vejez, en primero de diciembre de 1596. Está enterrado en San Francisco de Mexico.

Fray Pedro Vázquez de Vega fue natural de San Martín de Val de Iglesias y era hijo de nobles padres; estuvo hasta de sesenta años en el siglo, en el cual fue dos veces casado. Era escribano público de la ciudad y tenido de todos en mucha estimación. Tuvo mucha hacienda y del primer matrimonio un hijo que en la orden de Santo Domingo fue muy estimado, y tuvo cargos muy eminentes; y entre ellos fue prior de su casa de Mexico, que es convento de grande autoridad y religión. Tocado, pues, de la mano poderosa de Dios (el cual dice que le es más fácil a una maroma entrar por el hueco de una aguja que el rico en el reino de los cielos)[6] dejó el mundo y todo lo que en él poseía y tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de la misma ciudad de Mexico. Su mujer, que no lo deseaba menos porque demás de ser virtuosa era moza, y no podía quedar en el siglo habiendo de conseguir su marido ser fraile en nuestra orden, según se contiene en nuestra regla, entró también en el convento de Santa Lucía, cuyo nombre fue a los principios Las Recogidas. Y por ser Pedro Vázquez hombre de cuenta en la ciudad se halló el virrey, don Martín Enríquez, en el hábito de entrambos y en su profesión; la cual hizo ella al año cumplido, a la misa mayor de la mañana; y tomado testimonio de esto y trayéndoselo a fray Pedro, profesó a la tarde del mismo día, con tanto júbilo y placer que bien pronosticaba su gozo presente el que en la religión había de tener por todo el espacio de su vida. Era fray Pedro, en el estado secular, hombre mal sufrido, pero quedó en la religión tan otro que no parecía el que antes era. No perdió la

[3] Genes. 4.
[4] Luc. 10.
[5] 3. Reg. 1.
[6] Math. 19. Marc. 10.

viveza de condición que tenía, pero trocóla en sufrimiento. Desde que tomó el hábito hasta que murió no usó más que sandalias o suelas en los pies, sin más género de calzado; ni de más ropa que la ordinaria que la regla concede. Fue de grande edificación en la república este hecho y verse después tan humilde en la religión, porque no prometía esta tan celestial mudanza la vida regalada y de obstentación que en el mundo tenía; especialmente que, como dice Gerónimo Sabonarola,[7] tres cosas son las que pervierten el sentido y ofuscan el juicio, es a saber: el temor, la hacienda y el amor; las cuales tres cosas era fuerza que tuviesen poseído el corazón de este religioso, el temor de perder lo adquirido, el amor de la mujer y la hacienda, que suele ser el dios de los mundanos, por la cual desconocen a Dios verdadero; pero Dios nuestro señor, que da el corazón al hombre en su nacimiento y creación lo sabe trocar cuando él es servido, y ponerle freno cuando más desbocado corre tras la codicia de las cosas y cuando no sabe dónde va a parar. Había vivido fray Pedro en el estado secular sesenta años, gozando la vida en gustos y pasatiempos, amontonando riquezas por todos los caminos que podía, y cuando la muerte había de venir (según el curso ordinario de la vida) a darle y saltearle en los caminos por donde hacía las jornadas de sus deleites llegó Dios, y tocándole el corazón convirtió el peligroso tránsito de la muerte en el paso a la religión, donde le sirvió por espacio de otros veinte años. Viose bien que había dejado muy de su voluntad las riquezas y bienes que en el estado secular poseía, pues siendo fraile nunca jamás las apeteció, donde obró Dios en su corazón un hecho maravilloso, pues le aplacó el fuego de la codicia, que como dice el Filósofo es condición muy propria de los viejos. Fue pobrísimo sobre manera, y aun los paños menores los tenía sencillos, sin usar más de los que traía puestos. Vestía muy grosero sayal, y nunca quería que fuese del común que los demás vestían. Era muy templado en el comer y beber y muchas veces pasaba el día con pan y agua. Desde que tomó el hábito le fue encomendado el cuidado del relox y tañer a maitines, y jamás faltó todo el tiempo que estaba en casa, aunque viniese de fuera muy cansado. Cuando salía del convento decía estas palabras: llévanos, Señor, y tráenos con bien como no te ofendamos. Tenía cuidado de fregar las ollas todos los días en la cocina, y no consentía que otro le ganase en esto por la mano. Era limosnero del convento para el trigo que se recogía de limosna en los altos, que son las laderas de la serranía, que está a la parte del poniente de la ciudad; el cual ministerio ejercitaba con tanta edificación de los labradores y gente que lo trataban, que más le tenían por ángel del cielo que hombre de la tierra. Nunca dormía en cama ni se cobijaba más que con su manto viejo. Dormía por las heras, al aire y frío de la noche, si le daban cama lo agradecía, pero no la tomaba. Sus pláticas todas eran de Dios y exhortaba a todos que despreciando el mundo se diesen a él, cada cual en su estado como mejor pudiese. Repartíales cuerdas y cuentas benditas, acompañadas de palabras fervorosas y de santidad, porque era muy discreto; las cuales recibían con tanta devoción que tanto las estima-

[7] Sabon. in locis communibus.

ban por ser de sus manos como por ser benditas. Tenía cargo en el convento de hacer las escobas de palmas con que se barre y no sólo las hacía con grande contento y liberalidad, más cuando le faltaban palmas para hacerlas iba por ellas a pie, al pueblo de Quauhnahaac que está doce leguas de Mexico, porque nunca subió a caballo después de fraile, en ninguna jornada que se le ofreciese. Esto vimos siempre en él, en especial se verificó esta perseverancia una vez que habiéndole faltado palmas para hacer las escobas de que se había encargado, salió un día de mañana de San Francisco con su manto al hombro (como siempre lo acostumbraba) y a las cinco de la tarde tenía hecha su jornada, habiendo caminado las doce leguas que hay de Mexico al dicho pueblo. Quedamos espantados los que lo vimos por parecernos que hombre de su edad (que pasaba de más de setenta y cinco años) no era posible tener tanto vigor y fuerzas; pero como le llevaba el fuego del amor de Dios y el contento de verse en su santo servicio, todo lo tenía por nada y decía que Dios le daba fuerzas y que su amor y memoria lo esforzaban. Jamás estaba ocioso y siempre ocupaba el tiempo en algo; porque no hay cosa que tanto importe como gastarlo, según la obligación de cada uno; porque el tiempo se le dio al hombre para que en él consiguiese su fin. Y como al ángel se le dio para eso un plazo breve, al hombre se le dio largo, que aunque no puede esta vida ser larga para vivir, eslo para merecer; pues como dice San Pablo: del comer, del dormir y de las demás acciones de la vida, puede el justo sacar cielo. Esto hacía este siervo de Dios fray Pedro, teniendo a Dios por blanco de sus continuos trabajos, y deseaba tanto tener tiempo para servirle que viéndose hombre de sesenta años, cuando tomó el hábito, suspiraba y decía que se holgara de que Dios le diera vida para pagar el diezmo de sus años, dándole uno por diez en su casa, ya que al mundo había dado diez por uno; y como Dios sabe pagar ciento por uno oyó su petición y satisfízole el deseo, dándole de vida no solos seis que pedía sino más de veinte que vivió. Murió en el convento de San Francisco de Mexico (donde siempre fue morador) a catorce de agosto, año de 1599 y más de ochenta de edad.

CAPÍTULO LXXXIV. *Vidas de los santos religiosos legos fray Diego Sánchez y fray Diego de Guadalcanal*

FRAY DIEGO SÁNCHEZ FUE NATURAL de Ayamonte, tomó el hábito para lego en el convento de San Francisco de Mexico. Anduvo siempre descalzo hasta su última vejez. Era muy quebrado y sufría su mal con mucha paciencia, aunque eran muchos los dolores que sentía. No bebía vino hasta que estuvo muy cercano a la muerte, por su mucha necesidad y era muy abstinente. Era dado a la oración en la cual tuvo mucha perseverancia. Lo que más resplandecía en este siervo de Dios (aunque en todo se mostraba muy gran varón) fue la caridad, porque parecía andar

ban por ser de sus manos como por ser benditas. Tenía cargo en el convento de hacer las escobas de palmas con que se barre y no sólo las hacía con grande contento y liberalidad, más cuando le faltaban palmas para hacerlas iba por ellas a pie, al pueblo de Quauhnahaac que está doce leguas de Mexico, porque nunca subió a caballo después de fraile, en ninguna jornada que se le ofreciese. Esto vimos siempre en él, en especial se verificó esta perseverancia una vez que habiéndole faltado palmas para hacer las escobas de que se había encargado, salió un día de mañana de San Francisco con su manto al hombro (como siempre lo acostumbraba) y a las cinco de la tarde tenía hecha su jornada, habiendo caminado las doce leguas que hay de Mexico al dicho pueblo. Quedamos espantados los que lo vimos por parecernos que hombre de su edad (que pasaba de más de setenta y cinco años) no era posible tener tanto vigor y fuerzas; pero como le llevaba el fuego del amor de Dios y el contento de verse en su santo servicio, todo lo tenía por nada y decía que Dios le daba fuerzas y que su amor y memoria lo esforzaban. Jamás estaba ocioso y siempre ocupaba el tiempo en algo; porque no hay cosa que tanto importe como gastarlo, según la obligación de cada uno; porque el tiempo se le dio al hombre para que en él consiguiese su fin. Y como al ángel se le dio para eso un plazo breve, al hombre se le dio largo, que aunque no puede esta vida ser larga para vivir, eslo para merecer; pues como dice San Pablo: del comer, del dormir y de las demás acciones de la vida, puede el justo sacar cielo. Esto hacía este siervo de Dios fray Pedro, teniendo a Dios por blanco de sus continuos trabajos, y deseaba tanto tener tiempo para servirle que viéndose hombre de sesenta años, cuando tomó el hábito, suspiraba y decía que se holgara de que Dios le diera vida para pagar el diezmo de sus años, dándole uno por diez en su casa, ya que al mundo había dado diez por uno; y como Dios sabe pagar ciento por uno oyó su petición y satisfízole el deseo, dándole de vida no solos seis que pedía sino más de veinte que vivió. Murió en el convento de San Francisco de Mexico (donde siempre fue morador) a catorce de agosto, año de 1599 y más de ochenta de edad.

CAPÍTULO LXXXIV. *Vidas de los santos religiosos legos fray Diego Sánchez y fray Diego de Guadalcanal*

FRAY DIEGO SÁNCHEZ FUE NATURAL de Ayamonte, tomó el hábito para lego en el convento de San Francisco de Mexico. Anduvo siempre descalzo hasta su última vejez. Era muy quebrado y sufría su mal con mucha paciencia, aunque eran muchos los dolores que sentía. No bebía vino hasta que estuvo muy cercano a la muerte, por su mucha necesidad y era muy abstinente. Era dado a la oración en la cual tuvo mucha perseverancia. Lo que más resplandecía en este siervo de Dios (aunque en todo se mostraba muy gran varón) fue la caridad, porque parecía andar

deshecho en ella. Fue muchos años refitolero en el mismo convento de San Francisco, en el cual oficio se mostró tan amoroso con los frailes que jamás les negó cosa que le pidiesen por amor de Dios, y mientras más daba parece que más abundaba todo. Llegó un año a valer tan caro el vino que fue exceso; por lo cual, como el guardián sabía que fray Diego no negaba nada de lo que se le pedía, le mandó que a nadie diese vino si no fuese por orden suya, después de muy examinada su necesidad; porque no había más de una pipa en el refetorio. Oyólo fray Diego, y como tenía hecho hábito de dar lo que le pedían, cuando le nombraban a Dios y le ponían su santo amor por delante, olvidóse del mandato del guardián y no cesó de continuar en su caridad; y como ya las tazas ordinarias de la mesa eran menos y las extravagantes no tantas, crecieron en secreto más las peticiones al refitolero; el cual preguntaba al que pedía diciendo: ¿hermano, trae necesidad? Y respondiéndole que sí, decía luego: pues contra la necesidad y caridad no hay mandamiento. De esta manera consolaba a todos cuantos llegaban sin reparar en el gasto excesivo que hacía; porque era más que el que solía tener antes de ordinario; y como esto iba encaminado al celo de la caridad y a la necesidad del prójimo, fue Dios servido de irlo multiplicando en tanta manera que duró la pipa mucho más tiempo del que había de durar, aun por la orden que el guardián lo había mandado; siendo así que aun la mitad de aquel tiempo no pudiera si Dios, con sus poderosas manos, no lo hubiera ido exprimiendo de la vid y cepa de santa misericordia que el que en Canaá de Galilea tuvo poder de convertir el agua en vino, en la necesidad del combite y comida, donde fue llamado, le tuvo también en esta ocasión para hacer que el vino se multiplicase en poder de su siervo fray Diego; el cual, con fe viva, de que no le faltaría lo que por su santo amor distribuía y daba, no reparaba en darlo cuando lo pedían. Era juntamente hortelano, con ser refitolero y trabajaba en la huerta los ratos que le vagaban del refetorio, con tanto cuidado que parecía, en la limpieza y mucha planta con que la tenía, que no cuidaba de otra cosa. Tenía quien le ayudase en este trabajo pero no se reservaba de cavar con sus proprias manos. Nunca le faltaba verdura en la huerta, en todo tiempo, ora fuese de invierno, ora de verano, para el convento y otros muchos devotos que venían o enviaban por ella; y era tan linda en todo tiempo que más parecía milagrosa que sembrada y nacida naturalmente. Y no es maravilla pues cuanto hacía era en orden de servir a Dios y de hacer bien al prójimo; y era para los santos y siervos de Dios (como él decía) en cuyo servicio se esmeraba. Cansóse el santo lego del oficio de refitolero, no por flojedad ni ocio, que en dejarlo pretendiese, sino porque él de suyo es cansable; y porque como sus años eran muchos le afligía ya mucho más la quebradura de que era apasionado. Pidió con instancia dejarlo, lo cual le fue concedido y absuelto de él, un sábado por la mañana. Luego a la tarde le enviaron por limosna de pan, como se acostumbra. Él, muy contento de verse libre del refetorio, fue a su demanda como otras veces lo había hecho siendo refitolero. Y llegando a una casa a dar golpes a la puerta salió a él un feroz perro y le mordió una pierna, pasándole la pan-

torrilla de parte a parte con los dientes. Volvióse a casa muy lastimado y lleváronlo a la enfermería. Estuvo en la cura más de tres meses, el cual tiempo andaban los frailes descarriados en el refetorio; porque no hallaban en el que le sucedió la caridad con tanta abundancia como en él tenían; todos (en especial los mozos) iban a él y le decían que por haberlos dejado huérfanos y desamparados, por buscar su sola quietud, había permitido Dios que el perro le mordiese y que estuviese padeciendo lo que nunca le había acontecido en tantas veces como había ido a pedir limosna. Lloraban con él y él se enternecía con ellos; y viendo el amor con que sus hijos le buscaban, como otro San Martín, que movido de caridad decía a Dios: si todavía soy necesario no rehúso el trabajo, decía el santo lego: Aquí estoy, hágase la voluntad de la obediencia y no la mía. Volvió el prelado a mandarle que prosiguiese en su oficio; y así lo hizo con gran júbilo y placer de todos. Estuvo algunos años después hasta que agravándole la enfermedad con otras que le concurrieron lo dejó y fuese a morar a la provincia otomítica, donde había comenzado a gustar en la oración y recogimiento los gustos del Señor en los principios de su frailía, en compañía de religiosos, grandes siervos de Dios, con quien en la religión se había criado. Allí servía a Dios con grande fervor de su ánima, dándose muy de veras a él en todo cuanto hacía. Sobrevínole una enfermedad de hidropesía en que padeció más de un año, y algunas veces le afligía en ella el demonio; y vez hubo que le arrojó de la cama al suelo, de que quedó muy lastimado. Pero como era éste el crisol en que Dios probaba el oro de su paciencia y sufrimiento no hacía sentimiento ninguno, antes decía: no piense el maldito que ha de vencer, aunque más patillas sea. Murió en la enfermería de Mexico, a veinte y tres de mayo del año de 1610, y su cuerpo está sepultado en el mismo convento de San Francisco.

Aunque ha habido en esta santa provincia otros frailes legos, de quien justamente se pudiera hacer memoria, como de muy conocidos siervos de Dios, concluyo este tratado de los claros varones de esta provincia del Santo Evangelio con la vida de fray Diego de Guadalcanal, lego, por haber sido en muchas cosas semejante al bienaventurado San Diego de Alcalá; pues ya tenemos que en el nombre conforman y en el estado de legos y fueron también naturales de una misma comarca y tierra; es, a saber, el uno de San Nicolás, pueblo cerca de Constantina, y el otro de Guadalcanal; y en la vida y muerte harto semejantes también, como aquí parecerá. Tomó el hábito fray Diego de Guadalcanal en el convento de Mexico y fue de los primeros que en esta provincia profesaron. Y como de su natural era hombre simple y sin malicia, de la que el siglo a sus hijos enseña, y se crió con santos religiosos, perseveró en aquella santa simplicidad por todo el discurso de su vida, que fue poco menos de sesenta años en el hábito de la religión, sirviendo a aquellos primeros evangelizadores de esta nueva iglesia con grandísima fidelidad y ejemplo de vida; ayudándolos a destruir ídolos y a plantar la fe del Evangelio, con el talento que el Señor le había comunicado. Fue amigo de los pobres y tuvo siempre cuidado, donde quiera que estaba, de darles de comer y los socorría en sus necesi-

dades. Era muy devoto y dado a la oración y recogimiento y muy observante y amigo de la santa pobreza. Tenía dichos y consejos saludables con que persuadía a la virtud a sus hermanos los frailes y a los seglares que lo trataban como amigo y celoso de lo bueno, y enemigo de lo malo y vicioso; y a veces los ponía por escrito, porque más se dilatasen las fimbrias de su caridad. Visitóle el Señor (como lo bía hacer con sus escogidos) al cabo de sus días, siendo de edad de más de ochenta años, morando en el convento de Tepeacac, con una enfermedad de las graves y recias que un cuerpo humano puede pasar; siendo (como fue) de sola una mano, como la que le dio y acabó al bienaventurado San Diego, de apostema o nacido en un brazo. Mas la enfermedad de este siervo de Dios, fray Diego, fue cosa nunca vista ni conocida en cuerpo humano, como lo afirmaron el médico y cirujano que lo curaron en la Ciudad de los Ángeles, hombres muy expertos en sus oficios; y así no le supieron dar nombre. Era una carnosidad que se le crió en el envés de la mano, a manera de clavo, que lo trajo atormentado, por espacio de dos años, en que se le dieron muchos cauterios de fuego y se le hicieron otras curas penosísimas que aunque parecía quedaba sano volvía luego a criar aquel clavo hasta que le horadó y abrió la mano de una parte a otra, y finalmente lo llevó a la sepultura, porque fue necesario irle cortando los dedos de la mano uno a uno, y al cabo toda la mano. Fue tanta la paciencia del siervo de Dios en este su trabajo que el médico y cirujano estaban admirados, y no lo podían curar sin lágrimas, llamándole otro San Francisco porque nunca le oyeron quejar, ni decir otra palabra en los cauterios y tormentos, sino Jesús María. No menos quedó edificado de la paciencia el enfermero, el cual dio testimonio, que por todo el discurso de esta su enfermedad le sintió que traía grandísimas batallas con el demonio; porque pasando de noche por delante de su celda, descuidado, al servicio y necesidades de los otros enfermos, le oía hablar como si platicara con otra persona. Y parándose a escuchar a la puerta, entendía que confutaba al demonio las cosas que le ponía delante, haciendo cuenta de su vida y en lo que había ofendido a Dios, y alegando que de aquello ya había hecho penitencia y que Dios era misericordioso. Y a otras cosas respondía que aquello lo había hecho por la obediencia y no tenía para que darle razón de ello. Otras veces parecía que lo tentaba en las cosas de la fe; y esta tentación, dice un padre sacerdote que había mucho tiempo que la padecía; porque morando los dos juntos en un convento le vio andar inquieto sobre esto e ir muchas veces al coro de noche, donde protestaba delante del Santísimo Sacramento que creía todo lo que tiene y cree la santa madre iglesia; esto protestó más de veras al tiempo de su muerte, recibiendo todos los sacramentos con grandísima devoción como la tuvo en vida, no dejando de oír todas las misas que celebraban en la iglesia de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, todo el tiempo de su enfermedad, hasta que murió bienaventuradamente en el Señor, y está sepultado su cuerpo en el mismo convento.

CAPÍTULO LXXXV. *Donde se da razón, en común, de otros religiosos que acabaron su vida con olor de santidad*

TROS MUCHOS RELIGIOSOS MURIERON con grande olor de santidad en esta provincia del Santo Evangelio y en otras de las demás de esta Nueva España que, por la poca curiosidad y cuenta de los primeros tiempos, carecen de particular historia sus alabanzas y buena vida, de los cuales fueron fray Alonso de Guadalupe, del cual dicen que vido a Jesucristo nuestro señor en la cruz de la Vega de Santo Domingo; fray Juan de Albís, fray Juan de Pelayos, fray Andrés de Zárate, fray Pedro de San Vicente y fray Andrés de Campo y fray Serafín y otro siervo de Dios (cuyo nombre ignoro) que llamaron el Mallorquín, y fray Luis Francés, hombre muy docto y de muy ilustre sangre; fray Luis de Soto, teólogo consumado, y fray Francisco Ledesma; fray Francisco Tercero, licenciado en leyes, cuando tomó el hábito, murió en el convento de San Francisco de los Ángeles, siendo guardián de Huexotzinco; fray Juan de Fuensalida y el muy religioso padre fray Francisco Morante que había sido conquistador con el marqués del Valle en esta Nueva España, y dejó los pueblos de su encomienda y tomó el hábito en San Francisco de Mexico; fray Miguel de Seseña, fray Francisco Malaver y fray Andrés de Toledo, varón muy celoso de la guarda de su regla y de la santa pobreza; fray Francisco de Lintorne murió en el convento de la Puebla; y porque era guardián del de Tlaxcalla le pidieron los indios de la dicha ciudad, y por su devoción se lo dieron. Era varón de Dios y muy perfecto, y tomó el hábito en Mexico ya muy hombre, y con haber estado enterrado en la primera sepultura dos días y dos noches, cuando lo sacaron no dio ningún mal olor de sí y con grande solemnidad lo trasladaron al convento dicho de Tlaxcalla; y fue tanto el gentío que concurrió de la misma provincia de Tlaxcalla que con haber cinco leguas de una parte a otra hicieron procesión hombres y mujeres sin moverse ninguno de su lugar, desde la una ciudad a la otra, hasta que pasó el cuerpo; y después de haber pasado le siguieron los que se iban quedando y todos traían candelas de cera encendidas en sus manos; fray Alonso de Casaseca y fray Juan de Mora, fray Gonzalo de Medina, que fue señor de pueblos en esta Nueva España y vino con Fernando Cortés; fray Juan de Babia fue apostólico varón, y muriendo en Mechoacan dijo con lágrimas el custodio, que era otro santo religioso llamado fray Alonso de Rozas: paréceme que veo esta custodia sola, sin fray Juan de Babia; fray Ángel de Valencia y fray Gerónimo de la Cruz; fray Marcos de Morán cuyo rostro, después de muerto, le quedó muy claro y resplandeciente; cuyo resplandor mostró la pureza de su bendita alma y santa vida; fray Agustín de Teca, grande apóstol y predicador de los indios; y fray Pedro de San Francisco; fray Juan de Escalona, hijo de la provincia de Mexico, varón apostólico que fue en ella muchas veces guardián y maestro de novicios,

murió en el Nuevo Mexico, convirtiendo y bautizando las gentes idólatras de aquel reino. Fue comisario en él algunos años y renunció la comisión. Era muy pobre, muy devoto y dado a la oración. Era de condición muy sencilla y de muy grande caridad, celoso del bien y salud de las almas de los infieles que convertía a la santa fe de Jesucristo; fray Alonso de Escobar, murió con opinión de muy siervo de Dios, en el mismo oficio de evangelizar su santa palabra, en la misma provincia del Nuevo Mexico; fray Cristóbal de Salazar, que estuvo con estas mismas gentes algún tiempo ocupado en lo mismo. Era muy devoto religioso y permaneció (según se dice) en perpetua limpieza y virginidad por haber tomado el hábito muy niño, profesó en el religiosísimo convento de San Francisco de Mexico y viniendo de aquella tierra a ésta, a dar razón de lo que acerca de la conversión pasaba y era necesario para su mayor aumento, murió en el camino en un despoblado y los que venían con él dejaron enterrado su cuerpo al pie de un árbol, por no ser posible traerlo a poblado por estar muy lejos de él, y notaron el lugar para que se supiese por haberse muerto con opinión de santo. Era criollo y hijo de gente muy noble. Éstos fueron todos sacerdotes de muy aprobada vida y santidad.

Otros legos hubo, más de los ya nombrados que les sucedió lo mismo que a estos padres sacerdotes referidos, que por poco cuidado que hubo en los antiguos no se tiene mucha memoria de ellos, de los cuales fueron fray Alonso de Getafe, fray Juan del Bodonal, fray Francisco de los Ángeles y fray Luis de Carrizales; fray Miguel Navarro fue muy caritativo y penitente, y no lo fue menos fray Juan Paton; fray Juan Lozano fue hijo de la provincia de Mechoacan, era sumamente pobre y tenía tanta caridad con todos, en especial con los mancebos y nuevos en la religión, y acudíales tan paternalmente a sus necesidades, que por esta causa le llamaron fray Juan Gallina y era más conocido por este nombre que por esotro; porque así como la gallina cría sus pollos y los ampara y abriga entre sus alas, así este bendito y caritativo religioso recogía en las de su caridad todos los pobres y necesitados. Era muy humilde y pobre; y con ser muy viejo caminaba a pie con su mantico a cuestas y muy dado a la oración mental y con ella venció muchas tentaciones del enemigo y muchas y diversas veces le hallaron arrebatado en espíritu y levantado del suelo en el aire, y se hicieron muchas experiencias en estos sus transportamientos y elevaciones, y jamás hizo sentimiento en ellas por el arrebatamiento de su santa alma que la tenía en Dios. Murió en el convento de Guayangareo, donde era portero y allí está su santo cuerpo sepultado.

Otros muchos siervos de Dios no se nombran en esta historia porque ignoramos sus nombres, aunque los hubo muy aventajados en santidad; pero ya que a nosotros se nos han ido de la memoria creo, piadosamente, que con los ya referidos están escritos en los cielos; y otros muchos hay que por ser vivos ahora pierden la memoria que de ellos se pudiera y debiera hacer, porque: *Nemo laudatur in vita sua*, y ninguno sabe: *An more, vel odio dignus sit;* y como dice Hesiodo: es muy antiguo y no menos celebrado este adagio y dicho: *Non posse vitam hominum dignosci ante quam defunctus*

sit aliquis, bona ne an mala contigerint cuipiam; dice este discreto varón que no puede ser conocida digna, ni conocida cabalmente, la vida del hombre, estando en carne mortal y pasible, ni los bienes ni los males que le pueden acontecer viviendo; por esto se callan las de estos dichos religiosos hasta que en otros tiempos Dios las manifieste, siendo servido de ello al cual sean dadas gracias infinitas por todo. Amén.

LIBRO ÚLTIMO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesta por fray Juan de Torquemada de la Provincia de el Santo Evangelio en Nueva España

ARGUMENTO DEL LIBRO VEINTE Y UNO

Fray Juan Calero, lego, hijo de la Provincia del Santo Evangelio, es el primer mártir de esta iglesia indiana; fue martirizado de los chichimecas. Fray Antonio de Cuéllar, su guardián, también en la guardianía de Ezatlan, por los mismos que había doctrinado. Fray Juan de Padilla y fray Juan de la Cruz, con otros dos donados van a la jornada de Cibola, con Francisco Vázquez Coronado. Muere allá fray Juan de Padilla a manos de indios. No se sabe de él, De la Cruz, aunque se cree que murió mártir. Vuélvense los donados por maravilloso modo. Son martirizados fray Bernardo Cosin, fray Juan de Tapia y otros religiosos. Fray Francisco Lorenzo hace muchas entradas entre infieles, acompañado de fray Miguel de Estiváliz, lego, y muere a manos de ellos. A fray Francisco, fray Juan Cerrato, fray Pablo de Acevedo y fray Juan de Herrera, los matan los indios en Cinaloa. Mueren en el Portezuelo, junto a la villa de San Miguel, fray Francisco Doncel y fray Pedro de Burgos. En el Nuevo Mexico, fray Agustín Rodríguez, lego, fray Juan de Santa María y fray Francisco López, sacerdotes. Matan a fray Luis de Villalobos, yendo a Guadalaxara. En Guaynamota a fray Andrés de Ayala y fray Francisco Gil. A fray Andrés de la Puebla en el camino de Tapia; y en las Charcas a fray Juan del Río.

PRÓLOGO
AL LIBRO VEINTE Y UNO

EL AMAR EL HOMBRE A OTRO, en ninguna cosa tanto se muestra (cristiano lector) como en dar por él su vida; según la misma verdad lo pronunció por su boca, diciendo:[1] ninguno tiene mayor caridad que aquel que pone su vida por sus amigos. Y esto es lo más que puede hacer uno por otro; porque naturalmente ninguna cosa hay más amada, ni tanto como la propria vida, según está escrito en el *Libro de Job*.[2] Cuanto tiene dará el hombre por guardar y conservar su vida; y ninguna cosa más teme que la muerte que de todos los trabajos es el más horrible y terrible. Y conforme a esto aquél ama más a Dios que lo que más quiere, que es la vida, le ofrece por su amor y servicio. A esta causa bien se concluye que el martirio es la obra de mayor amor de Dios que puede ser y es acto perfectísimo, y el mayor servicio que a Dios podemos hacer. Mas si queremos extender este nombre de martirio a lo que lo extienden los santos doctores y maestros de la vida espiritual, que es a la mortificación de la carne y trabajos voluntarios padecidos por Dios, bien podemos decir que muchos padecen martirio sin muerte; y que todos los que de veras sirven a Dios son mártires; pues como dice un santo: la vida de un cristiano, según el Evangelio, cruz y martirio es.[3] Y San Crisóstomo[4] dice: martirio es abstenerse de pecar el hombre y ejercitarse en cumplir los mandamientos divinos. Sin hierro (dice San Gregorio) podemos ser mártires, si verdaderamente guardamos la paciencia en nuestro corazón. Y en otra parte dice: sufrir afrentas y amar al que nos aborrece martirio es oculto. La pobreza voluntaria dice San Bernardo[5] que es género de martirio. Pues si esto es así, mártires con razón se podrán llamar los que padecen trabajos voluntariamente por Cristo. Mártires son los que sirven a Dios, guardando sus santos mandamientos. Mártires los que andan desnudos y descalzos por Cristo. Mártires los que andan hambrientos, comiendo manjares viles y de ésos poco; más por sustentar la naturaleza que por satisfacer a la hambre; y ni más ni menos los sedientos y los perseguidos e infamados de los minis-

[1] Ioan. 15.
[2] Iob. 2.
[3] Clem. Alex. str. Lib. 4. Div. Greg. in Evang. Homil. 35.
[4] Div. Ioan Chrisost. Homil. in Psal. 22 et Homil. in cap. 2. Ad Cor.
[5] Div. Bern. in Festo Sanctorum, serm. 1 in fine. Idem. sup. Cant. Serm. 30.

tros de Satanás, por la justicia. De esta manera de martirio podemos decir que fueron mártires los santos varones cuyas vidas quedan arriba escritas en el libro pasado. Mas aquellos de quien queremos tratar en este último y presente no sólo fueron mártires, en esta forma, sino que añadiendo a sus ejemplares y apostólicas vidas lo que a todo lo demás excede, que es haberlas ofrecido y recibido la muerte, por la confesión y exaltación del nombre de nuestro salvador Jesucristo y de su santa fe, merecieron que con más proprio título los podamos llamar mártires a boca llena. Y para advertencia de los que sabiendo poco han querido sentir que no es martirio este que estos santos hombres padecieron, quiero que lean lo que en el libro décimoquinto, en el capítulo treinta y dos, dejo dicho, donde me remito diciendo solamente en este lugar cómo la razón del martirio no sólo consiste en que sea *in odium fidei* (como allí dijimos) aborreciendo la fe de Jesucristo directamente, sino también todo acto de cualquier virtud y toda evitación de pecado, aunque sea venial (como sea por sola la fe de Jesucristo, y ordenada a este fin) y ésta es justa causa de martirio. Porque si sólo es en orden de defender una virtud moral, como es defender la borrachera que es vicio contra la virtud de la templanza, como no sea más de por defender esta virtud moral, aunque muera por ello, no será mártir. Pero si es en orden de las cosas de la fe y porque en prohibir este vicio consiste estorbar algún pecado cometido contra Dios y su fe, ésta será causa de martirio. Y a lo dicho añado que tres causas son forzosas las del martirio. La primera es que al tormento recibido siga la muerte natural del cuerpo, que el que es atormentado, si en los tormentos no muere de muerte acelerada o dilatada, nacida de aquellos tormentos no se llamará mártir. La segunda que concurra causa de martirio, que es que sea por la defensión de la fe de Jesucristo o por la razón arriba dicha, en defensa de alguna virtud moral; no en cuanto virtud sólo sino en cuanto es por la fe de Jesucristo. La tercera, que el martirio sea voluntario; y esto lo enseña Santo Tomás[6] en su segunda parte. Pues que estos benditos religiosos, hayan muerto de esta manera ¿quién lo dudará? Si no es que ya llega a tanto la ceguera y la pasión, ¿que éstas verdades parezcan sueño? Por el discurso de las vidas de todos se verá cómo el intento que tuvimos fue introducir la fe de Jesucristo en los corazones de aquellas gentes idólatras e infieles; y ellos, aunque la recibieron al principio, después la dejaban; porque por por ella se les prohibían muchas abominaciones y pecados que acostumbraban; y por no dejarlos aborrecían y querían mal a los ministros que se los estorbaban; los cuales no reparando en el daño que les podían hacer y les hacían, los exhortaban, amonestaban y reprehendían y les quitaban los dioses falsos que adoraban. Que hubiesen muerto de los tormentos causados por estos enemigos claro se ve, pues morían a sus manos, unos de rodillas y otros exhortándoles la ley de Dios y las cosas de su servicio. Que fuese voluntaria esta muerte, ¿quién lo negará? Pues ellos se ofrecían a ella y la andaban buscando con ansias y suspiros, no en orden sólo de

[6] Div. Thom. 2. q. 124. art. 1.

morir, sino de morir, por la fe de Jesucristo, y por plantar su ley santísima, en las almas de aquellas gentes que no le conocían.

Una de las alabanzas que el esposo hace a la esposa, que es la iglesia, es decirle[7] huerto cerrado y fuente sellada. Llámala huerto por la amenidad y frescura de plantas que en sí tiene, y cerrado por la guarda con que Dios le tiene, así de su divina providencia como de los ángeles, en cuya tutela la ha puesto y tantos pertrechos de prelados y ministros que la cercan y rodean; que es lo que nota David,[8] diciendo: los montes están en su contorno y Dios en el circuito de su pueblo. Llámala fuente por la muchedumbre de aguas celestiales que de ella manan, con que están continuamente regando las almas de los fieles. De la cual fuente se entienden aquellas palabras de Isaías:[9] sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador; y esotras que dicen:[10] todos los sedientos venid a las aguas; porque si Cristo (según San Juan)[11] dice de todos los que reciben su gracia: el que bebiere del agua que yo diere se hará en él una fuente que siempre esté manando para la vida eterna; y en otra parte dice:[12] el que tiene sed véngase a mí y beba, y correrán de su vientre ríos caudales de agua viva. Luego bien se sigue que la iglesia es fuente que recibiendo de Cristo su santo esposo, como de mar de inmensas aguas de gracia, las del divino espíritu que las tendrá para repartirlas por sus fieles. De aquí nacen aquellas emisiones que luego prosigue el esposo, que son las plantas, como dice Almonacirio que nacen en este huerto soberano de la católica iglesia, que son los que renacen en ella por el sacramento del bautismo. Y luego dice que su hermosura es como la del granado; porque de la misma manera que en la granada, debajo de una corteza hay muchos granos encerrados; así, ni más ni menos, debajo de una misma fe y una religión cristiana y unos mismos sacramentos, hay muchos cristianos que por el bautismo de Cristo le imitan en la muerte, como testifica San Pablo[13] diciendo: los que estamos bautizados en Cristo Jesús somos bautizados en su muerte. Pero Almonacirio es de parecer que este huerto cerrado, lleno de granados y otras plantas, sean aquellos enjambres o monasterios de monjes que en tiempo de San Marcos Evangelista florecieron en Palestina y en Alexandría; de los cuales Filón Judío[14] y Josepho, con San Gerónimo,[15] hacen memoria. Porque la vida monástica se compara muy propriamente al árbol de la granada; porque debajo de la corteza dura y amarga se comprehenden, por modo muy admirable, muchos granos puestos y asentados con grandísimo concierto de muy grande gusto y sabor. Tales son los monjes y los verdaderamente religiosos que debajo de la corteza dura y amarga de la penitencia, conservan los granos dulces de

[7] Cant. Canticorum. 4.
[8] Psal. 124.
[9] Isai. 11.
[10] Isai. 55.
[11] Ioan. 4.
[12] Ioan. 7.
[13] Ad Rom. 6.
[14] Phil. de vit. contemplativ. ser. de suplic. virt.
[15] Div. Hier. de Script. Eccles.

la diciplina monástica, todos guardando entre sí suave gusto de orden y concierto.

Pues aquí debemos notar que así como los granos de la granada, a los principios son blancos, antes que lleguen a su última sazón, así son los religiosos en la vida monástica, haciendo disciplinas, ayunando y rezando y haciendo otros actos de virtud, con que maceran sus cuerpos, para que llegue el rocío de la gracia a madurarlos para el cielo. Pero siguiendo lo que otros dicen: estas granadas de este huerto celestial de la iglesia, son los mártires, significados por los granos colorados de la granada, que es el derramamiento de sangre que hacen por la confesión y predicación de la fe y doctrina de Jesucristo; pues estos granos son los que la iglesia nuestra madre ofrece a su esposo Jesucristo en las ocasiones que se le ofrecen; y aunque la iglesia es una no desde sus principios se introdujo en todas las partes del mundo, sino que poco a poco ha ido entrando en las tierras conforme los hombres las han ido descubriendo; y después que hizo ásiento en estas partes de las Indias, no se contentó con ofrecer a Dios muchos que por sola confesión de fe, acompañada con el bautismo y buenas obras le ha enviado al cielo, sino que como huerto y jardín soberano suyo, donde tanta variedad de árboles de virtud hay plantados le ha ofrecido granadas de los granados del martirio, coloreados estos granados con la sangre que por Jesucristo derramaron; y éstos ha ofrecido a esta Nueva iglesia indiana, su humilde hija la orden de San Francisco para que conozca en este hecho el amor, con que la sirve y los ansiosos suspiros y deseos con que la ha amado; de los cuales el primero, que fue fray Juan Calero, lego, fue hijo suyo, tomado el hábito en el convento de San Francisco de Mexico, de esta provincia del Santo Evangelio; y si las madres se gozan en la prosperidad y buena ventura de sus hijos, campo tienes grande, madre mía y provincia santa, donde espaciarte para correr las carreras de tu dichosa alegría; pues uno de los hijos que engendraste no temiendo el cuchillo del tirano, se abalanzó a ofrecerle la vida por sólo ganar a Dios en su muerte; y si Cebola, mancebo romano, porque cuando le quisieron matar, metió el brazo en el fuego diciendo: *En tibi, ut sentias quan vile corpus sit iis qui magnam gloriam petunt*. Que estima en poco el cuerpo el que muere por la honra, cuanto de más estimación es este mancebo franciscano que no sólo ofrece el brazo al hierro, sino el corazón y el pecho a la flecha, para que por él abra puerta por donde le salga el alma, para irse volando al cielo. Pues si considero (madre mía) tu condición, bien sé de ella que no sólo no le estorbarías morir por Jesucristo, pues trajiste tus hijos de España a sólo fin de que por esta santa fe de Jesucristo muriesen; antes deseando su martirio como otra mujer macabea, animándolo le dirías sus mismas palabras que son éstas: hijo mío, ten misericordia de mí y advierte que te traje los meses del noviciado en mi vientre, y te di la leche de la religión con que en los principios de ella te criaste y te tengo puesto ya en edad madura y perfecta para que me honres; pídote encarecidamente, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y a todas las cosas que hay en ella y considera que todo esto lo hizo Dios de nada y al hombre con ello; por lo cual no temas el

cuchillo del tirano, mas con ánimo varonil de siervo de Dios recibe la muerte que ves delante; con esta exhortación, de consideración pía, le amonestó esta madre santa a este su obediente hijo, y animado de la gracia de Dios y confesando su fe santa recibió el martirio. Y porque este santo varón, con los demás que esta celosa madre y evangélica provincia le ha ofrecido, y de éstos fueron los varones evangélicos que se dicen en este libro haber sido muertos a manos de indios bárbaros que comúnmente de nuestros españoles son llamados chichimecas, será menester dar aquí noticia de la calidad, costumbres y religión de esta gente, demás de lo dicho de ellos en otra parte para que leyendo o oyendo el que fuere curioso este nombre de chichimeco, acuda a este lugar y entienda la significación del vocablo y conozca la rareza y fiereza, y vida bestial de los tales.

Chichimeca es nombre común entre nosotros los españoles y entre los indios cristianos, de unos indios infieles y bárbaros, que no teniendo asiento cierto (especialmente en verano) andan discurriendo de una parte en otra, no sabiendo qué son riquezas ni deleites ni contrato de policía humana. Traen los cuerpos del todo desnudos, duermen en la tierra desnuda aunque sea empantanada, con perpetua soledad. Sufren mortales fríos, nieves, calores, hambre y sed; y por éstas y otras cosas adversas que les sucedan no se entristecen. Comen carnes de venados, vaca, mulas, caballos, víboras y de otros animales ponzoñosos, y ésas (cuando más bien aderezadas) por lavar y medio crudas, despedazándolas con las manos, dientes y uñas, a manera de lebreles. Diferéncianse de los indios de paz y cristianos, en lengua, costumbres, fuerzas, ferocidad y disposición de cuerpo por la vida bestial en que se crían. Son dispuestos, nervosos, fornidos y desbarbados, y en alguna manera pueden ser tenidos por monstruos de naturaleza, pues en sus costumbres son tan diferentes de hombres, cuanto su ingenio es casi semejante al de los brutos. No tienen reyes ni señores, mas entre sí mismos eligen capitanes o caudillos, grandes salteadores, con quien andan en manadas movedizas, partidas en cuadrillas. Tampoco tienen ley alguna ni religión concertada, aunque adoran y reverencian al demonio y con él comunican las cosas de la guerra, y cuando la respuesta les infunde ánimo y coraje se determinan y aventuran; y si cobardía dejan de dar la batalla, aunque más les favorezca la ocasión, cólera y apetito y certidumbre de la victoria. Sacrifícanse ante ídolos de piedra y barro, sangrándose de las orejas y otras partes del cuerpo. De la religión cristiana tienen mucha noticia por los frailes menores (y no otros) que siempre andan entre ellos; y si alguno se convierte es con mucho trabajo y perseverancia de los ministros; y con todo esto no han sido pocos los que nuestros frailes han traído y reducido a hacer vida política, en poblaciones donde los han juntado y doctrinado y hecho cristianos, aunque este fruto ha costado las vidas de los que aquí se nombrarán y de algunos otros que no habrán venido a mi noticia.

Tienen estos chichimecas, entre sí, guerras civiles muy sangrientas y enemistades mortales, así nuevas como antiguas, heredadas de mano en mano de sus antepasados, y éstas por livianas ocasiones, porque los unos entra-

ron en tierras de los otros a cazar o coger alguna fruta; lo cual parece haber sido permisión o provisión divina, para conservación de los indios cristianos y de paz, que más se han conservado por la discordia de los chichimecas que por su valor y fuerzas; porque si los chichimecas se pudieran conformar y hacer a una para de mancomún hacerles guerra, cierta cosa es que no halláran en todos los indios de esta Nueva España resistencia; y aun los españoles, en días pasados les tuvieron harto temor porque llegaron a hacer saltos en pueblos, no muchas leguas de Mexico y no han sido pocos los que han muerto a sus manos. Pelean desnudos, embijados o untados con matices de diferentes colores, con solos arcos medidos a su estatura, labrados con pedernales de que también son las puntas de las flechas, que miradas en sí parecen frágiles y de menospreciar; porque son de caña y puestas en sus manos no hallan reparo; y así, metidos ellos y encendidos en la batalla, es cosa increíble como con espantable ferocidad menosprecian el resto de los que se les ponen delante, aunque sean hombres armados y de caballos encubertados. La certinidad, ánimo, destreza y facilidad con que juegan esta diabólica arma no se puede explicar. Son tan alentados, ligeros y sueltos en correr, que por maravilla los alcanzan los caballos. Muchos ejemplos se podían contar del estrago que han hecho en los españoles; pero basta uno solo que acaeció en tiempo que gobernaba el conde de Coruña o el marqués de Villa Manrique, cerca de un paso que llaman la Entrada de las Bocas, antes de Zacatecas donde, no muchos de los chichimecas desnudos, con solas sus flechas (como he dicho) de caña, dejaron muertos una capitanía de más de cincuenta soldados, armados ellos y sus caballos a uso de guerra, con arcabuces y lanzas sin escapárseles uno sólo que llevase la nueva. Eran muchos los daños que cada año hacían en los tiempos pasados, matando españoles e indios cristianos y robando hacienda de mucho valor por el camino de Zacatecas y de otras minas de aquella comarca, y en estancias que hay muchas de ganado mayormente. Ha sido nuestro Señor servido que por medio de nuestros religiosos y diligencia de los virreyes hayan venido de paz de algunos años a esta parte pidiéndola ellos mismos de la suya. Y en esta buena obra no poco se les debe a los indios de la provincia de Tlaxcalla (demás de la obligación antígua de haberse, por medio de ellos, ganado esta tierra)[16] porque dieron al virrey don Luis de Velasco el Segundo cuatrocientos vecinos, casados, con sus mujeres y hijos, para que fuesen a poblar, juntamente con los chichimecas que venían de paz, para con su comunicación y comercio se pusiesen en policía y en costumbres cristianas; y para ello se hicieron seis poblaciones con sus monasterios de frailes menores que los enseñen y doctrinen. Y aunque al principio, en la una población, algunos de ellos de diferente apellido se alzaron y mataron a los tlaxcaltecas, los de las otras poblaciones preciándose de más fieles castigaron a los delincuentes; y después acá están todos pacíficos. Éstas, pues, son las gentes a cuyas manos han muerto estos religiosos, cuyas vidas se ponen en este libro siguiente.

[16] Lib. 2. cap. 82. et lib. 4. in prolog. et 67, 90 et seqq. L. 1.

CAPÍTULO I. *De fray Juan Calero, primer mártir de los cristianos viejos, en esta nueva iglesia, en la santa provincia de Xalisco*

FRAY JUAN CALERO FUE EL PRIMER MÁRTIR de los cristianos viejos, en esta tierra; y digo que fue el primero de los cristianos viejos porque de los cristianos nuevos primero fue martirizado un niño indecito, de la provincia de Tlaxcalla, llamado Cristóbal, como dejamos dicho en el libro quince,[1] y después de él otros dos, también tlaxcaltecas, entre Quauhtinchan y Tecali, como se contó en el mismo libro. Y porque algunos ponen por primero de los antiguos cristianos a un religioso francés, llamado fray Bernardo Cosin, digo que se yerran por no haber visto lo que cerca de esto dejó escrito el padre fray Toribio Motolinía, a quien se debe dar entero crédito por haber lo uno y lo otro pasado en su tiempo; el cual, habiendo contado y celebrado con palabras de espiritual gozo el martirio de fray Juan Calero, añade las que se siguen diciendo: dos cosas saco yo de aquí para mí, por las cuales querría mucho alabar y bendecir a Dios. La una ver que el primer mártir de este nuevo mundo tomó Dios del humilde estado de los menores y de los legos, donde había tantos y tan antiguos sacerdotes con tan grandes deseos de morir por Jesucristo y que con esta hambre y sed pasaron el mar y vivieron entre estos infieles del occidente, y que da Dios a aqueste humilde lego la primera corona de martirio. La otra es que este primer mártir fue hijo de esta nueva iglesia y que en esta provincia del Santo Evangelio tomó el hábito, trece años antes que lo martirizasen; de lo cual yo tomo argumento y señal, que Dios quiere hacer grandes mercedes a esta su nueva esposa. Éstas son las palabras formales del padre fray Toribio, donde claramente parece cómo primero fue muerto fray Juan Calero, que fray Bernardo Cosin; y también se entiende cómo llamándolo primer mártir habla de los que de Europa pasaron a estas partes y no de todos en general; pues el mismo padre fray Toribio, como testigo de vista, que en aquellos tiempos estaba en el convento de Tlaxcalla, cuenta también el martirio del indio Cristobalico, que pasó muchos años antes.

Pues para entender de raíz la ocasión de la muerte de fray Juan Calero, y también la de su guardián, que tras ella se seguirá, es de saber que en el año del Señor de 1539 se comenzó a fundar un monasterio de frailes menores en un pueblo llamado Ezatlan, que es en la gobernación de la Nueva Galicia o provincia de Xalisco. En este monasterio fue primero guardián

[1] Supra. lib. 15. cap. 30, 31 et 32.

un fraile, llamado fray Antonio de Cuéllar, de la provincia de Santiago, que había tomado el hábito en el convento de San Francisco de Salamanca. Este religioso trabajó fielmente en doctrinar, enseñar y traer a nuestra santa fe a los indios de aquel pueblo y provincia, con todos los comarcanos que son de los que llamamos chichimecas, los cuales hasta entonces poco o nada habían oído de la palabra de Dios, y en espacio de año y medio, con la gracia divina, y con su buen ejemplo y doctrina, trajo muchos pueblos a la obediencia de nuestra santa madre iglesia y confesión de la santa fe católica, bautizando muchos niños y algunos adultos, según que cada uno de ellos se iba disponiendo de su parte; y algunos que estaban derramados por los montes o quebradas los recogió y redujo a que morasen en comunidad, y a que hiciesen pueblos ordenados en traza, como en nuestra España. En este medio tiempo sucedió tenerse capítulo en la ciudad de Mexico, según es costumbre en las religiones y para venir al capítulo el guardián fray Antonio de Cuéllar dejó en su lugar, por presidente o vicario de la casa, a otro sacerdote que moraba en su compañía, y con él a fray Juan Calero, lego, que (según parece) sabía la lengua de los indios y había trabajado mucho con ellos ayudando a su guardián, en cuya ausencia, el año de 1541, se alzaron ciertos indios de aquella provincia de Xalisco llamados caxcanes, y desamparando sus pueblos y la fe cristiana que habían recibido, se subieron a las serranías de Tequila; y tras ellos se alzaron también los de un pueblo que era de la visita de Ezatlan, de los que aquellos religiosos habían convertido y los tenían debajo de su doctrina. El sacerdote que presidía en la casa no debía de saber la lengua de los indios; por lo cual fray Juan, que los había doctrinado, viendo la grande ofensa que aquellos sus ahijados hacían a Dios, en apostatar de su fe y recelándose que si no volvían a poblado habían de ser muertos por los españoles o (a mejor librar) dados por perpetuos esclavos, movido con celo de la salvación de aquellos bárbaros y con caridad cristiana, pidió licencia a su presidente para ir a aquellas serranías a reducirlos y traerlos a sus pueblos donde antes estaban. El sacerdote, que tenía las veces del prelado, túvolo por bien, considerando que la obra que quería hacer fray Juan era piadosa y santa y él mismo le animó a ello y se lo mandó; y como el primer paso en los peligros es hacer oración a Dios y pedirle el favor y ayuda de su mano diestra; como lo hizo Judith para vencer a Holofernes, acudió este fervoroso siervo suyo a Él; y aunque siempre era muy cuidadoso en su servicio y en la oración, ahora dobló sus vigilias, sus disciplinas y ayunos, peleando varonilmente contra las tentaciones, quebrantando su voluntad propria; sujetándola a la ajena, porque el cuerpo obedeciese al ánima, y ambos juntos a Dios. Con esta preparación que este bendito lego hizo se dispuso para la jornada; juntando a lo dicho la confesión y comunión el primer día de pascua de Espíritu Santo; en el cual día fueron fortalecidos por él los corazones y ánimos de los apóstoles de Cristo para oponerse a las fuerzas del demonio y contradicciones del mundo; y con este ejemplo que fray Juan tuvo a los ojos, encomendándose siempre a nuestro Señor con mucha devoción y puesta su ánima con Dios, tomó su camino para la serranía donde los alzados

estaban. Llegado a Teqùila llamólos amorosamente como solía; y juntos hízoles un razonamiento muy espiritual y devoto, persuadiéndolos a que no dejasen la fe que habían recibido para salvar sus ánimas y no se dejasen engañar del demonio que deseaba y procuraba llevarlos consigo al perpetuo fuego del infierno; que se volviesen a su asiento y población, adonde los religiosos y padres suyos espirituales, que como a hijos los amaban, los habían puesto; que él ofrecía y prometía de alcanzarles perdón de los yerros pasados en que habían sido culpados por matar ciertos españoles, y por haber levantado de nuevo un ídolo e invocado a los demonios. Los chichimecas que oyeron esta plática, como conocían a fray Juan por hombre de vida inculpable, y sabían que los amaba, recibieron sin alteración sus palabras; y diéronle por respuesta que se volviese a su monasterio que ellos sabían lo que les convenía y mirarían lo que habían de hacer. Vista su determinación y que no era posible llevarlos consigo, volvíase fray Juan para su convento. Porque dice el Sabio: donde no hay orejas para oír no derrames las palabras de tu boca. Llegaron a este tiempo otros de aquellos bárbaros que no oyeron la plática; mas sabiendo a lo que el siervo de Dios venía (como eran más culpados en la muerte de los españoles y en los demás delitos que habían cometido y andaban ya encarnizados y ofrecidos del todo al demonio) tomaron por afrenta que aquel religioso hubiese ido a predicarles otra vez la fe de Cristo y sacarlos de su antigua idolatría; y a esta causa determinaron de matarlo y fueron en su seguimiento. Algunos dicen que una india fue la que los incitó e indignó contra el siervo de Dios (como otra Jezabel al rey Achab, contra el inocente Nabot; y como Herodías al rey Herodes contra San Juan Bautista),[2] diciéndoles que no serían hombres si no matasen aquel fraile que allí, donde estaba, los iba a vender y engañar. Como quiera que sea los bárbaros siguieron a aquella mansa oveja con sus arcos y macanas que son unos palos anchos de encina que les sirven de espadas o porras. Como el santo mártir los vio venir de aquella manera conoció que lo venían a matar; y vuelto a ellos comenzóles a predicar y a detestar el mal intento con que venían y la ofensa que a Dios hacían en no creerle y en matarle, porque les aconsejaba aquella santa doctrina. Pero los indios a nada atendían, si no era a matarle; púsose de rodillas dando gracias a nuestro Señor por la merced que le hacía, en que le matasen por su amor y por la confesión de su santa fe. Los bárbaros, sin guardarle el respeto que hasta entonces le habían tenido, dispararon en él sus flechas y asaeteado cayó en tierra confesando el nombre de Dios entre aquellos descreídos. Los cuales, no contentos con lo hecho con las macanas le quebraron los dientes y muelas en la boca, diciendo: ya no nos predicarás más cosas del cielo ni del infierno, ni hemos menester ni queremos tu doctrina. No fue pequeña la ofensa que estos bárbaros hicieron a Dios en este hecho; porque en decir que ya no querían oír cosas del cielo, ni del infierno, ni la predicación evangélica, ofendieron a la fe que es la que enseña ser esto necesario para conseguir la vida eterna; y no menos injuria

[2] 3. Reg. 21. Marc. 6.

recibió la palabra de Dios en cuya comparación el oro muy preciado (como dice el Sabio) es arena muy deshecha y menuda; y aunque el oro falte nunca ella ha de faltar; y cuando los hombres cesasen por negligencia propria de predicarla, las piedras darían voces; y vemos que los niños inocentes, muriendo y no hablando, confesaron la fe y fueron mártires; porque en ellos y en cada uno de ellos buscaban al niño Jesús; y en cada uno que mataban creían que Jesús moría; por esto se atrevieron estos excomulgados homicidas a matar a este predicador de Jesucristo, creyendo que muerto él cesaría la doctrina; pero engañáronse porque entonces comenzó a echar raíces y a reforzarse más para proseguir adelante, y ellos quedaron burlados y el santo lego hecho mártir. Y no contentos con lo hecho (con ser el caso inhumano) diéronle también con la macana muchos golpes en la cabeza; y aunque de muchas partes le corría sangre, viendo que aun no estaba del todo muerto, lo acabaron de matar a pedradas. De suerte que este bienaventurado mártir padeció los tormentos de los gloriosos mártires San Esteban, que fue apedreado, San Sebastián, asaeteado, Santa Polonia, quebrantados los dientes y Santo Tomás, arzobispo cantuariense, a quien fue rajada la cabeza.

Llevaba este santo religioso en su compañía cuatro indios cristianos de los que servían en la iglesia, dos niños que ayudaban a misa a los frailes y dos otros mayores. De estos últimos, el uno llamado Francisco se escapó y llevó la nueva a Ezatlan, de lo que había sucedido. Los otros tres no quisieron huir sino morir con su padre y maestro con el cual se abrazaron llorando, viendo la crueldad con que lo trataban; y abrazados con él los mataron aquellos descreídos bárbaros cuyas ánimas piadosamente podemos creer que el santo mártir las llevó consigo al cielo. Los de Ezatlan, haciendo cuenta que los bárbaros llevarían su cuerpo para comerlo o ofrecerlo a sus ídolos, como solían hacer a otros (o por ventura por ser los enemigos muchos) no fueron en su busca, hasta que al cabo de cinco días se supo cómo los cuerpos de los muertos estaban todavía en el campo. Entonces fue por ellos un español llamado el capitán Diego López de Zúñiga con alguna gente que tenía, y halló el cuerpo del bendito fray Juan, fresco, sin corrupción alguna, y la sangre tan fresca como si entonces lo acabaran de martirizar; y los cuerpos de los indios, sus compañeros, estaban comidos de adives o lobos o de ciertas aves carniceras, llamadas auras, de que hay gran multitud por esta tierra que viendo cuerpo muerto en el campo, de muy lejos lo huelen y lo van a comer. Y no pienso que esto fue acaso sino con particular acuerdo de Dios para que en aquel hecho se conociesen sus grandes maravillas; porque estar un cuerpo muerto (y más en tiempo de calores) al sol y sin corromperse no es pequeño milagro; lo cual comprueba la sangre fresca que en él se vido; y ver también que los tres de los compañeros indios estaban comidos y sólo su cuerpo guardado sin mácula ni corrupción; en lo cual quiero creer que quiso mostrar el misericordiosísimo Dios cuan grata le había sido la muerte de aquel su siervo; el cual, no habiendo tenido temor ni vergüenza de confesarle por verdadero Dios entre sus enemigos, él toma la mano ahora en preservar su cuerpo y guar-

darlo intacto y fresco, para que los que lo viesen conociesen en el milagro que ese mismo Dios le había hecho digno de su gracia, y de aquel alto merecimiento de morir en su defensa, confesando su santo nombre. Y así se tuvo por milagro que el cuerpo de este santo no estuviese comido; y juntamente con esto que a cabo de cinco días no tuviese alguna corrupción o mal olor, siendo tiempo de calores como dejamos dicho, porque fue muerto a 10 de junio, año de 1541, primero día de Pascua de Espíritu Santo. Llevado el santo cuerpo a Ezatlan, el sacerdote, su compañero, le vistió un hábito, porque el suyo llevaron los bárbaros para memoria de su bestial triunfo; mas queriéndolo enterrar los españoles que se hallaron presentes, se lo quitaron a pedazos, viendo la fragancia que de sí echaba aquel santo cuerpo de tantos días muerto. Fue enterrado con mucha devoción y solemnidad, y con voz de santo, en el convento del dicho pueblo. También es de advertir que fray Juan Calero tuvo tres nombres (porque ninguno se equivoque en ellos pensando que son diferentes) el uno Calero, que era el proprio y que en el siglo tenía. También se llamó fray Juan de Esperanza; y con razón, porque nunca perdió la que tuvo de morir por la confesión del nombre y fe de nuestro señor Jesucristo. Llamáronle otros fray Juan del Espíritu Santo, cuya gracia siempre moraba en su ánima y tenía ordenado que acabase su vida con martirio en la santa festividad, que para él sería (sin duda) verdadera Pascua y día del alegría de su corazón.

CAPÍTULO II. *De fray Antonio de Cuéllar, guardián del dicho monasterio de Ezatlan, provincia de Xalisco*

EL GUARDIÁN DE ESTA CASA DE EZATLAN, llamado fray Antonio de Cuéllar había ido en esta sazón (como queda dicho) al capítulo que se celebraba en la ciudad de Mexico, de donde partió, despedido el capítulo, por fin del mes de mayo y llegó a Ezatlan mediado junio; y como cuando Moisén,[1] bajando del monte de recibir la ley, halló al pueblo idolatrando, así este siervo de Dios, cuando volvió del capítulo a Ezatlan, halló la tierra muy alborotada y muchos pueblos alzados y puestos en arma, y que se habían vuelto a la idolatría, a las vueltas de los infieles, los que eran cristianos, por los cuales había entrado en la sierra fray Juan Calero (como queda dicho en el capítulo pasado) y que los españoles se habían ya encontrado con los indios infieles y los indios con los españoles; en los cuales reencuentros habían muerto muchos indios de la una parte; y de la otra, cerca de treinta españoles. Y como el bendito fray Antonio era padre de aquella república, por haberla comenzado a poner en policía y predicado la palabra de Dios a sus moradores, luego como llegó comenzó a tratar paces entre los españoles y entre algunos de los pueblos que menos culpa tenían; y trajo muchos indios de paz y tornáronse a asentar y asegurar en

[1] Exod. 32.

darlo intacto y fresco, para que los que lo viesen conociesen en el milagro que ese mismo Dios le había hecho digno de su gracia, y de aquel alto merecimiento de morir en su defensa, confesando su santo nombre. Y así se tuvo por milagro que el cuerpo de este santo no estuviese comido; y juntamente con esto que a cabo de cinco días no tuviese alguna corrupción o mal olor, siendo tiempo de calores como dejamos dicho, porque fue muerto a 10 de junio, año de 1541, primero día de Pascua de Espíritu Santo. Llevado el santo cuerpo a Ezatlan, el sacerdote, su compañero, le vistió un hábito, porque el suyo llevaron los bárbaros para memoria de su bestial triunfo; mas queriéndolo enterrar los españoles que se hallaron presentes, se lo quitaron a pedazos, viendo la fragancia que de sí echaba aquel santo cuerpo de tantos días muerto. Fue enterrado con mucha devoción y solemnidad, y con voz de santo, en el convento del dicho pueblo. También es de advertir que fray Juan Calero tuvo tres nombres (porque ninguno se equivoque en ellos pensando que son diferentes) el uno Calero, que era el proprio y que en el siglo tenía. También se llamó fray Juan de Esperanza; y con razón, porque nunca perdió la que tuvo de morir por la confesión del nombre y fe de nuestro señor Jesucristo. Llamáronle otros fray Juan del Espíritu Santo, cuya gracia siempre moraba en su ánima y tenía ordenado que acabase su vida con martirio en la santa festividad, que para él sería (sin duda) verdadera Pascua y día del alegría de su corazón.

CAPÍTULO II. *De fray Antonio de Cuéllar, guardián del dicho monasterio de Ezatlan, provincia de Xalisco*

EL GUARDIÁN DE ESTA CASA DE EZATLAN, llamado fray Antonio de Cuéllar había ido en esta sazón (como queda dicho) al capítulo que se celebraba en la ciudad de Mexico, de donde partió, despedido el capítulo, por fin del mes de mayo y llegó a Ezatlan mediado junio; y como cuando Moisén,[1] bajando del monte de recibir la ley, halló al pueblo idolatrando, así este siervo de Dios, cuando volvió del capítulo a Ezatlan, halló la tierra muy alborotada y muchos pueblos alzados y puestos en arma, y que se habían vuelto a la idolatría, a las vueltas de los infieles, los que eran cristianos, por los cuales había entrado en la sierra fray Juan Calero (como queda dicho en el capítulo pasado) y que los españoles se habían ya encontrado con los indios infieles y los indios con los españoles; en los cuales reencuentros habían muerto muchos indios de la una parte; y de la otra, cerca de treinta españoles. Y como el bendito fray Antonio era padre de aquella república, por haberla comenzado a poner en policía y predicado la palabra de Dios a sus moradores, luego como llegó comenzó a tratar paces entre los españoles y entre algunos de los pueblos que menos culpa tenían; y trajo muchos indios de paz y tornáronse a asentar y asegurar en

[1] Exod. 32.

sus poblaciones, como de antes estaban; porque los españoles lo amaban mucho y no menos los indios; y él se daba tal maña (mediante la gracia de Dios) que todos lo tenían por padre. Por esta causa habían rogado mucho a los prelados en el capítulo que no se lo mudasen a otra parte, más que le mandasen volver a Ezatlan, porque tenía puesta muy buena orden en lo espiritual y también en lo temporal y en todo le daba Dios gracia; y entonces más particularmente convenía mucho su vuelta para pacificar la tierra que tan alborotada estaba. Pues como él anduviese en aquellas obras de ángel de paz, procurándola entre todos y aumentando amor y caridad y destruyendo la discordia y guerra que los demonios sembraban, le llegó una obediencia de su provincial para que fuese a llevar un fraile a otro monasterio de un pueblo llamado Tzapotlan, porque en su compañía iría consolado, hízolo así el santo guardián; y dejando el fraile en su monasterio volvióse a su casa. Y a la vuelta fuese con algunos indios que lo acompañaban por un pueblo llamado Ameca, que está cuatro leguas de Ezatlan. Este pueblo de Ameca era uno de los que el siervo de Dios, fray Antonio, había recogido y poblado en un buen asiento, trayendo allí los indios de los montes por donde estaban derramados como salvajes, para que juntos, cerca de su iglesia, viviesen como hombres en policía y fuesen enseñados en la doctrina cristiana. Cuando entró en el pueblo hallólo medio despoblado, que los más de los indios andaban en el monte alzados de guerra; hízolos llamar fray Antonio, y como supieron que era venido y que los convidaba con la paz, acudieron muchos al balido; mas otros, menospreciando y teniendo en poco sus palabras, no quisieron venir a su presencia sino quedarse alzados y certeros en compañía de los de otros pueblos que andaban de guerra. Asegurados y consolados los que de paz habían venido, un viernes doce de agosto, día de la bienaventurada Santa Clara, ayuntado el pueblo predicóles y, dicha misa, bautizó muchos niños; y después de comer partióse para su monasterio.

Enmedio del camino que hay de este pueblo al de Ezatlan se hace una serranía áspera, donde un capitanejo de los alzados, con otros indios llamados yugualuzos lo aguardaron. Y aunque el santo religioso (viendo que venían con mal intento) no se alteró ni demudó, antes los saludó y habló mansamente; ellos, revestidos de la malicia de su padre Satanás, cuyos corazones como el de otro Judas para vender a su maestro estaban ya llenos de su infernal ponzoña, no sólo no estimaron su paternal y mansa salutación; pero olvidados del respeto que como a sacerdote y ministro de Dios le tenían, le respondieron con fiera inhumanidad y crueles flechas, y tan sin piedad le tiraron que entre otras con que le hirieron el cuerpo le enclavaron tres por el rostro y la una de ellas le entró por la boca y le salió por el celebro; y cayendo en tierra le dieron muchas pedradas y palos en la boca y por todo el cuerpo, como si fuera algún cruel enemigo, habiéndoles sido verdadero y amoroso padre. Y dejándolo de esta manera por muerto se fueron aquellos apóstatas y parricidas alegres en dejarlo por muerto. Los indios que acompañaban al santo mártir, escapándose, fueron con toda brevedad a dar aviso de lo que pasaba, unos a Ezatlan y otros a Ameca,

de donde había salido. Éstos llegaron más presto por estar Ameca más cerca, y halláronlo muy al cabo. Lleváronlo a su pueblo, y aplicándole aquella noche y el otro día siguiente todas las medicinas y remedios que pudieron, vivió aquel día llamando y bendiciendo a Dios y rogando por aquellos que (en la verdad) fueron sus bienhechores. Bien mostró este santo varón haber aprendido en la escuela de Dios esta santa doctrina, enseñándonosla Cristo, enclavado en la cruz, rogando al Padre por el perdón de sus crucifixores;[2] y San Esteban,[3] como verdadero discípulo de este gran maestro hizo lo mismo, dándonos doctrina en esto de que estamos obligados a hacer otro tanto. Luego otro día que fue domingo de mañana, vigilia de la Asumpción de Nuestra Señora, dio su alma a su criador. Cuando llegaron los frailes de Ezatlan con otros españoles e indios, ya el bendito padre era difunto. Los del pueblo de Ameca quisieron mucho quedar con el cuerpo y enterrarlo allí; mas los frailes por ninguna vía quisieron consentir en ello sino llevarlo como lo llevaron a enterrar al monasterio de Ezatlan, juntamente con su compañero fray Juan Calero. El día de la fiesta de la madre de Dios fue sepultado, habiendo concurrido gran número de gente, llorando todos amargamente su cruel muerte. Fueron tantos los llantos y gemidos con que lo enterraron, que ni los frailes podían hacer el oficio, ni alguno se podía contener, sin derramar muchas lágrimas, acordándose del buen padre que perdían; y todos, grandes y pequeños, lo predicaban y aclamaban por mártir de Jesucristo, uno de los españoles que presentes se hallaron a los enterramientos de fray Juan Calero y de su guardián, fray Antonio de Cuéllar, considerando las mercedes que Dios hace a sus siervos no solamente en la vida, mas también en la muerte, honrándolos con corona de martirio, compungido de devoción y deseo de imitar a aquellos bienaventurados, determinó de tomar aquel hábito de los frailes menores; y en cumplimiento de el llamamiento que Dios en él hizo fue luego a un convento de los de Mechoacan (que entonces era custodia de esta provincia) y allí recibió el hábito de nuestro padre San Francisco, para lego. Llámabase fray Miguel de Estivález, religioso, que fue siempre de grande ejemplo y muy trabajador no sólo en su humilde oficio y estado de lego, mas también en la conversión de los infieles, por el buen espíritu y celo que el Señor le comunicó, como dijimos en su vida, y se verá en la del santo fray Francisco Lorenzo. Es aquí de notar una cosa que no debe vacar de misterio, y es el significado de éste nombre Ezatlan, que en lengua mexicana quiere decir lugar de las aguas o arroyos de sangre, donde nuestro Señor fue servido de comprobar con la verdad de la obra, el significado del nombre del pueblo, escogiéndolo por lugar no sólo donde fuese derramada la primera sangre que ofrecieron sus mártires de esta nueva iglesia, sino también por lugar donde se depositasen y guardasen los cuerpos de otros mártires, más que en alguna otra parte de esta tierra; porque también están allí sepultados otros dos, sin los ya nombrados, como adelante se verá en sus lugares.

[2] Luc. 23.
[3] Ac. Apost. 7.

CAPÍTULO III. *De fray Juan de Padilla y fray Juan de la Cruz, su compañero, de la santa provincia de Xalisco*

NO SE HA DESCUBIERTO TIERRA, en toda esta Nueva España, que no hayan sido en ella los primeros maestros de doctrina, religiosos de la orden de los frailes menores; y la primera piedra del fundamento, el derramamiento de su sangre y el glorioso martirio, que por amor de Cristo nuestro señor padecieron con santo celo de servirle y agradarle en la conversión de los infieles en tierras incógnitas, ocultas y remotas. Uno de los dignos de perpetuo nombre y memoria en este género de virtud fue el varón de Dios fray Juan de Padilla, de la provincia del Andalucía; el cual vino a esta Nueva España con celo de la conversión de los naturales de ella, y en esta provincia del Santo Evangelio fue el primer guardián del convento de Tulantzinco; mas viendo que por esta comarca de Mexico ya por la gracia de Dios todos los indios sin alguna resistencia habían recibido la fe de nuestro salvador Jesucristo, con el ferviente deseo que tenía de la conversión de todos los infieles, se transfirió a la custodia de Mechoacan y Xalisco, que son fronteras de los chichimecas, indios bárbaros que entonces todavía eran infieles, donde siendo guardián de Tzapotlan pasó al descubrimiento de Cibola, seiscientas leguas la tierra adentro, hacia el norte, en compañía de su prelado superior que era el provincial de esta provincia del Santo Evangelio, fray Marcos de Niza, cuando el virrey, don Antonio de Mendoza envió un ejército de soldados a conquistar aquella tierra y por capitán general a Francisco Vázquez Coronado, hombre de ilustre sangre y de mucha cristiandad, de quien los religiosos recibieron toda caridad y buen tratamiento. Los religiosos eran cinco y entre ellos, después del provincial, los más conocidos, fray Juan de Padilla y fray Juan de la Cruz; en particular fray Juan de Padilla estorbaba a los soldados muchos agravios y ofensas de Dios que (como gente libertada y licenciosa) suelen cometer donde quiera que llegan; y en la conversión y doctrina de los infieles que hallaba por el camino, se ocupaba lo que la brevedad del tiempo le daba lugar; acabado aquel prolijo y penoso viaje en que tardaron más de dos años, viendo los españoles que no había por todo aquello minas de oro, ni de plata, por ser tierra de muy extendidos llanos, desembarazadas de sierras y sin puertos de mar para la contratación, se volvieron a Mexico y los tres religiosos con ellos; solos los dos siervos de Dios, fray Juan de Padilla y fray Juan de la Cruz, firmes y constantes en su buen propósito, con ánimo varonil se quedaron y permanecieron en su buen intento en la conversión de aquellos infieles, en un pueblo llamado Tiguex, y con ellos quedó un Andrés del Campo, portugués, y dos indios donados de Mechoacan.

Estuvieron estos religiosos en aquel pueblo algunos días, bien quistos y muy aceptos; y como a fray Juan de Padilla no se le quietase el espíritu con

el celo y deseo que traía consigo de hallar más indios, para traerlos al conocimiento y fe de Cristo nuestro señor, o por ventura de hallar lo que alcanzó, que fue morir por su divino amor y servicio, inquirió entre la gente de aquel pueblo si había otra más la tierra adentro Respondiéronle que sí, que andaría algunos días por pueblos de poca gente, mas pasada aquélla caminaría tres lunas (que son tres meses de camino) por muy buena tierra y muy poblada de gente; holgó mucho el varón santo de oír esto, y queriéndolo ver por sus proprios ojos se partió de allí con la compañía del portugués y donados, contra la voluntad de los indios de aquel pueblo que mucho lo amaban; quedó fray Juan de la Cruz solo, en confianza de la voluntad que le mostraban para enseñarlos en las cosas de nuestra santa fe y religión cristiana. El santo varón fray Juan de Padilla, apenas hubo salido de la comarca de aquellos indios que le hacían amistad cuando halló los enemigos que le habían de dar la muerte; y serían los contrarios de los otros que por haber recibido pacíficamente a los siervos de Dios y recibídolos por padres espirituales y maestros de la fe que les predicaban la enemistad que éstos tenían con sus discípulos, la quisieron mostrar en el maestro; el cual, como vio venir para sí aquellos bárbaros en orden de guerra con sus arcos y flechas, no queriendo que los compañeros peligrasen rogó al portugués que pues llevaba caballo, huyese de aquellos crueles matádores y salvase consigo a los dos donados que por ser indios ligeros le podrían seguir y escaparse, mientras aquellas bestias carniceras se ocupaban en su persona, a quien principalmente venían a buscar, y así se hizo; el siervo de Dios se hincó de rodillas y puesto en oración aguardó la furia de los bárbaros que ya venían cerca, encomendando su ánima al Señor, por cuyo amor y fe la ponía. Los crueles carniceros en un punto le cargaron de flechas y de esta manera murió asaeteado este bienaventurado; los donados, viéndose desamparados de su buen padre y caudillo, como ovejas sin pastor, determinaron de volverse a su patria Mechoacan donde nacieron; y porque la manera de su vuelta fue maravillosa y ellos muy virtuosos, haré de ellos segunda vez mención en este lugar; porque puesto que la hice arriba en otro libro, tratado de donados, no fue tan particular como se requería. Son estos dos hermanos que allí nombré, Lucas y Sebastián, naturales de la provincia de Mechoacan, y eran niños tiernos cuando los españoles y religiosos en ella entraron; y entendiendo sus padres que la gente española comía carne humana, se los quisieron ofrecer y sacrificar; mas los niños, huyendo de la muerte se escondieron hasta que manifiesto el engaño se descubrieron y se dieron a los religiosos; los cuales los criaron en buenas costumbres y les enseñaron de fundamento la fe cristiana. Imprimióse tan bien en ellos esta enseñanza que salieron en ella señalados y muy hábiles y virtuosos y ayudaron mucho a la conversión de los otros en esta nueva iglesia; su penitencia (aunque es casi natural en los indios) era muy voluntaria y gobernada por razón y discreción, y su habla y conversación como de muy perfectos religiosos. Predicaron muchos años a sus naturales convertidos y por convertir, y ganaron muchas almas a su criador. En esta entrada de Cibola acompañaron a pie y descalzos a los religiosos, y les

ayudaron mucho en la predicación de el Evangelio. Dieron la vuelta a la Nueva España milagrosamente; porque como la tierra es tan larga, llana y sin camino, no atinaban a volver. Y viéndose perdidos y rodeados de necesidad, que es madre de invenciones, ocurrióles a la imaginación una muy de devoción y santa; y fue que hicieron una cruz de maderos y con grande devoción propusieron de traerla consigo a cuestas, trocándose y remudándose a veces hasta llegar a puerto seguro, confiados que con tal compañía no se podrían perder; y así les valió y guió la cruz que cuando menos se cataron, se hallaron en Colhuacan, tierra de cristianos. En este camino también les acompañó un perro, como a Tobías otro, y les valió mucho para su sustento porque les cazaba liebres y conejos de que se mantuvieron todo aquel tiempo que duró su peregrinación; y como traían la santa cruz de Jesucristo con humildad, y vestidos con el hábito pobre de San Francisco, acertaron a entrar por puertas de cristianos, como el otro emperador Eraclio cuando con humildad metió por las de Jerusalén la santa y verdadera, en que murió el mismo maestro y señor Jesucristo; a diferencia de cuando con pompa y majestad quiso entrar dentro, que no pudo. Pasados algunos días, enfermó Sebastián y acabó santamente el curso de esta vida. Y piadosamente podemos creer que fue a gozar de Dios y que recibió en la gloria el premio de sus buenas obras y trabajos. Lucas perseveró con mucha constancia en la virtud; por lo cual fue muy estimado de todos, así españoles seglares y religiosos, como indios. Hizo muchas entradas y de mucho fruto y efecto entre la gente infiel, de cuyas manos lo libró el Señor; y al cabo murió de enfermedad andando en la conquista de los chichimecas de Zacatecas. Era tanta su virtud y tan ejemplar su vida que se trató entre los religiosos de hacerlo fraile profeso; y en efecto se hiciera si no fuera por no abrir la puerta para que otros indios pidieran también el hábito. Del siervo de Dios, fray Juan de la Cruz, no se supo otra cosa más de que quedó solo en aquel pueblo de Tiguex (como queda dicho) para enseñar a los indios las cosas de nuestra fe y vida cristiana, de que ellos holgaron mucho y en señal de regocijo lo tomaron en brazos y hicieron otras demonstraciones de contento; entiéndese moriría mártir, porque nunca más se supo de él; y es de creer que con el buen espíritu que tenía iría en busca de infieles, para evangelizarles la palabra de Dios; pues en orden de esto estaba entre ellos y andaba fuera de la compañía de sus hermanos por hacer del rebaño y manada de Dios aquellos que no le conocían; y habiendo como hay, dos géneros de martirios como dice San Gregorio,[1] uno público que es el que se padece en el cuerpo, muriendo por la fe, y otro en el ánima y deseo de padecer por Cristo, así también (dice luego) podemos ser mártires aunque no haya hierro que mate, porque lo puede ser uno de deseo; el cual, aunque no consiga la excelente palma del de sangre, merecerá ante Dios la que gana por haberlo deseado y apetecido, y así le sucedería a este santo varón, si ya no es (como decimos) que murió mártir; lo cual sabe Dios, debajo de cuyo amparo y abrigo quedó encomendado. Era religioso muy observante y de aprobada vida, y por

[1] Supr. Evang. Tom. 35.

ello muy respetado de todos; tanto, que el capitán Francisco Vázquez Coronado tenía mandado a sus soldados que se destocasen cuando oyesen el nombre de fray Juan de la Cruz; grande certinidad de su mucho merecimiento y de que Dios le daría en su gloria el premio de los trabajos que por él padeció en la tierra.

CAPÍTULO IV. *De fray Bernardo Cosin y fray Juan de Tapia y otros religiosos que fueron martirizados*

HABIENDO PROBADO CON SUFICIENTE AUTORIDAD, de quien no lo podía ignorar que fray Bernardo Cosin no fue el primero que murió a manos de chichimecas, quise poner a fray Juan de Padilla, después de fray Juan Calero y de su guardián en el tercero lugar, porque sucedió su muerte casi en un mismo tiempo; y de fray Bernardo no he sabido de cierto el año en que murió, ni se tiene al presente otra noticia más de que era de nación francés y religioso celosísimo de la salvación de las almas; y se verifica bien, pues deseando convertirlas al conocimiento de su criador con ferviente espíritu, no dudó de meterse la tierra adentro entre los indios bárbaros, llamados chichimecas, hacia la serranía que nombran los españoles la Nueva Vizcaya adelante de las minas de los Zacatecas, llevando consigo algunos indios amigos y de paz que le acompañaron; pasó por aquella serranía con mucho trabajo y peligro, evangelizando el reino de Dios que es la obra a que vino Cristo, como dice el profeta Isaías,[1] y por San Lucas[2] las refiere de sí mismo el mismo Señor, diciendo: fui enviado al mundo a evangelizar a los pobres y a sanar los contritos y quebrantados de corazón, predicando a los cautivos (como en el mismo lugar dice Isaías) a aquellos que están aherrojados con grillos de pecados y anegados en las tinieblas de la ciega idolatría.[3] Esto, pues, iba haciendo este celoso ministro de la honra de Dios, predicando como otro San Juan bautismo y penitencia a aquellos serranos que no sabían de uno ni de otro, ni sentían de Dios verdadero nada y conocían la deidad muy vil y bajamente, pues aun de aquello que reconocían por Dios no tenían casi estimación, ni reverencia. Sucedió que le encontraron ciertos indios bárbaros infieles, y enarcando sus arcos y tirando flechas para matarlo, las flechas se tornaban a los que las tiraban, sin llegarle al santo al hilo de la ropa; porque quería Dios que aquellos bárbaros que no entendían su majestad y grandeza por la palabra del Evangelio, que su siervo les andaba predicando, conociesen su poderío, por ejemplo manifiesto y claro retornándoles las flechas con la misma violencia y fuerza con que las enviaban; por como obstinados y pertinaces en su malicia, como otro Faraón, que tenía endurecido el corazón, por lo cual no hacía caso de las maravillas que Moisés obraba en su presencia

[1] Isai. 61.
[2] Luc. 4.
[3] Math. 3.

ello muy respetado de todos; tanto, que el capitán Francisco Vázquez Coronado tenía mandado a sus soldados que se destocasen cuando oyesen el nombre de fray Juan de la Cruz; grande certinidad de su mucho merecimiento y de que Dios le daría en su gloria el premio de los trabajos que por él padeció en la tierra.

CAPÍTULO IV. *De fray Bernardo Cosin y fray Juan de Tapia y otros religiosos que fueron martirizados*

HABIENDO PROBADO CON SUFICIENTE AUTORIDAD, de quien no lo podía ignorar que fray Bernardo Cosin no fue el primero que murió a manos de chichimecas, quise poner a fray Juan de Padilla, después de fray Juan Calero y de su guardián en el tercero lugar, porque sucedió su muerte casi en un mismo tiempo; y de fray Bernardo no he sabido de cierto el año en que murió, ni se tiene al presente otra noticia más de que era de nación francés y religioso celosísimo de la salvación de las almas; y se verifica bien, pues deseando convertirlas al conocimiento de su criador con ferviente espíritu, no dudó de meterse la tierra adentro entre los indios bárbaros, llamados chichimecas, hacia la serranía que nombran los españoles la Nueva Vizcaya adelante de las minas de los Zacatecas, llevando consigo algunos indios amigos y de paz que le acompañaron; pasó por aquella serranía con mucho trabajo y peligro, evangelizando el reino de Dios que es la obra a que vino Cristo, como dice el profeta Isaías,[1] y por San Lucas[2] las refiere de sí mismo el mismo Señor, diciendo: fui enviado al mundo a evangelizar a los pobres y a sanar los contritos y quebrantados de corazón, predicando a los cautivos (como en el mismo lugar dice Isaías) a aquellos que están aherrojados con grillos de pecados y anegados en las tinieblas de la ciega idolatría.[3] Esto, pues, iba haciendo este celoso ministro de la honra de Dios, predicando como otro San Juan bautismo y penitencia a aquellos serranos que no sabían de uno ni de otro, ni sentían de Dios verdadero nada y conocían la deidad muy vil y bajamente, pues aun de aquello que reconocían por Dios no tenían casi estimación, ni reverencia. Sucedió que le encontraron ciertos indios bárbaros infieles, y enarcando sus arcos y tirando flechas para matarlo, las flechas se tornaban a los que las tiraban, sin llegarle al santo al hilo de la ropa; porque quería Dios que aquellos bárbaros que no entendían su majestad y grandeza por la palabra del Evangelio, que su siervo les andaba predicando, conociesen su poderío, por ejemplo manifiesto y claro retornándoles las flechas con la misma violencia y fuerza con que las enviaban; por como obstinados y pertinaces en su malicia, como otro Faraón, que tenía endurecido el corazón, por lo cual no hacía caso de las maravillas que Moisés obraba en su presencia

[1] Isai. 61.
[2] Luc. 4.
[3] Math. 3.

con el poder de Dios; así éstos no atendieron a que era mano poderosa suya la que les volvía las saetas por el aire; y prosiguiendo con su ánimo bestial para no convertirse, se fueron admirados y confusos, y lo dejaron. Llegó hasta el valle, que dicen de Guadiana, donde reparó y se detuvo en el ejercicio que llevaba de la predicación evangélica. Y entendiendo en esta obra, al cabo de algunos días, lo mataron aquellos ingratos e inhumanos bárbaros, no dando lugar el demonio (por permisión divina) para que por entonces saliesen de su poder y cautiverio; porque como mercenario y ladrón que acomete a hacer presa al ganado ajeno, habiéndose visto sin éste, que en toda la mexicana y otras naciones sus conjuntas, por la misericordia de Dios, le habían quitado los ministros evangélicos que le andaban haciendo guerra, desterrado como príncipe tirano y echado fuera, solicitaba los corazones de aquellos desventurados indios, y los guardaba con grande cuidado por ser ya pocos los que le quedaban en las tinieblas de la idolatría, por esta Nueva España; aunque después, por discurso de tiempo, vinieron muchos de ellos a la confesión de nuestra Santa Fe, y creencia cristiana, recibiendo el bautismo.

En el año de 1555 mataron cruelísimamente los bárbaros chichimecas a dos frailes menores; que como en aquel tiempo no se advirtió en inquirir sus nombres, en la de ahora por la injuria de los tiempos no hay quién los pueda saber, más de que el uno era sacerdote y viejo, y el otro fraile, mancebo; lo que de cierto sabemos es que muriendo por la fe de Jesucristo (como se entiende que murieron) sus nombres están escritos en los memoriales de Dios y puestos en los registros de los cielos, y de esto nos debemos gozar como lo aconsejó Cristo señor nuestro a los discípulos que vinieron a darle cuenta del fruto que habían hecho. Y será posible que en otro algún tiempo se vengan a saber; como aconteció de los cuatro Coronados que por no saber sus nombres fueron conocidos con solo éste, hasta que Dios los manifestó y dio noticia de ellos.

En el año siguiente de 1556 entró por el valle de Guadiana, adelante de las minas de los Zacatecas, fray Juan de Tapia, hijo y profeso de la provincia de la Concepción (que es la de Valladolid) predicando a los bárbaros naturales de aquella tierra y el Evangelio y palabra de Dios. Este padre bienaventurado, llegando a mejor sazón que su antecesor, fray Bernardo Cosin (porque era la que ya Dios tenía determinada para la salud de algunas de aquellas almas) fue oído la primera vez como otro San Pablo en Atenas, predicándoles el artículo de la Resurrección y teniendo suspensos a los oyentes con la grandeza de la doctrina que les predicaba le oyeron otro día (como también los atenienses al Apóstol)[4] y otros algunos más; y ayudado con la eficacia del Divino Espíritu que favorecía a Paulo hizo este siervo de Dios mucho fruto en ellos, y bautizó diez mil indios en poco tiempo; y hecha esta memorable obra volvió a la ciudad de Guadalaxara, cabeza de aquel obispado de la Nueva Galicia o Xalisco, al capítulo que entonces allí se celebraba a dar cuenta y razón a su prelado de lo que deja-

[4] Ac Apost. 17.

ba hecho. Trajo consigo muchos indios chichimecas de los recién convertidos, como los exploradores de la tierra de promisión, el racimo de uvas para alentar a los de su pueblo a la entrada en ella; para que viendo por sus ojos el prelado la necesidad que aquella gente tenía de doctrina, movido de compasión le diese licencia para volver entre ellos y proseguir su intento que era la conversión de las almas. Fuele concedida la licencia para ello; y volviendo segunda vez a esta su empresa y obra de caridad, en el camino, cuatro leguas de Zacatecas, lo flecharon y mataron unos bárbaros, llamados cuachichiles, hincado el siervo de Dios de rodillas y con un crucifijo en las manos. Fue fray Juan religioso de muy loable vida y observante de su profesión, y de grande espíritu y celo de la conversión de los infieles, en la cual se ocupó mucho tiempo hasta que fue muerto por ellos; ayudándole en tan santa obra el indio Lucas, uno de los donados de quien arriba se ha hecho mención. Enterraron a fray Juan en el convento de Zacatecas, custodia que era entonces de esta provincia del Santo Evangelio.

CAPÍTULO V. *De fray Francisco Lorenzo, de su santo celo y ocupación en la conversión de los infieles, en la santa provincia de Xalisco*

FRAY FRANCISCO LORENZO FUE NACIDO y criado en la ciudad de Granada, de padres nobles, según la carne. Recibió el hábito de religión en la orden de nuestro padre San Francisco, de edad de diez y ocho años. Antes de entrar en ella dio cuenta de lo que determinaba hacer a sus padres, porque fuese con su beneplácito y bendición. Hízoseles de mal a los padres el intento de su amado hijo, por no tener otro sino a él solo. Y porque no lo pusiese por obra ordenaron de casarlo luego; y para ello buscaron una doncella, hija de un noble vecino de aquella ciudad. Tratado el casamiento y concertado a contento de ambas partes y señalado el día en que se había de efectuar el prudente mancebo, guiado por Dios que le quería para las bodas del cielo, después de haberle servido en su santa casa el tiempo de su vida, no le puso en voluntad que consintiese; disimuló con sus padres, vista la priesa que se daban, hasta llegar el tiempo del matrimonio. El mismo día de él, vestido de vestiduras de boda se fue al monasterio de San Francisco de la dicha ciudad de Granada, y en él recibió con mucha humildad y devoción el hábito de religión. Pasados algunos años después que loablemente conversó con los religiosos de aquella provincia, siendo ya sacerdote con celo de la conversión de los infieles y salvación de sus almas pasó a estas partes de la Nueva España, donde padeció inmensos trabajos discurriendo a pie y descalzo por tierras incultas y calurosas, donde hay infinidad de diversos mosquitos, de día y de noche, muy penosos y nocivos, caminos fragosos, espantosos de ver y dificultosos de pasar, sierras de mucha aspereza y tan encumbradas que como otro Atlante que fingieron los poetas, parecen sustentar los cielos.

ba hecho. Trajo consigo muchos indios chichimecas de los recién convertidos, como los exploradores de la tierra de promisión, el racimo de uvas para alentar a los de su pueblo a la entrada en ella; para que viendo por sus ojos el prelado la necesidad que aquella gente tenía de doctrina, movido de compasión le diese licencia para volver entre ellos y proseguir su intento que era la conversión de las almas. Fuele concedida la licencia para ello; y volviendo segunda vez a esta su empresa y obra de caridad, en el camino, cuatro leguas de Zacatecas, lo flecharon y mataron unos bárbaros, llamados cuachichiles, hincado el siervo de Dios de rodillas y con un crucifijo en las manos. Fue fray Juan religioso de muy loable vida y observante de su profesión, y de grande espíritu y celo de la conversión de los infieles, en la cual se ocupó mucho tiempo hasta que fue muerto por ellos; ayudándole en tan santa obra el indio Lucas, uno de los donados de quien arriba se ha hecho mención. Enterraron a fray Juan en el convento de Zacatecas, custodia que era entonces de esta provincia del Santo Evangelio.

CAPÍTULO V. *De fray Francisco Lorenzo, de su santo celo y ocupación en la conversión de los infieles, en la santa provincia de Xalisco*

FRAY FRANCISCO LORENZO FUE NACIDO y criado en la ciudad de Granada, de padres nobles, según la carne. Recibió el hábito de religión en la orden de nuestro padre San Francisco, de edad de diez y ocho años. Antes de entrar en ella dio cuenta de lo que determinaba hacer a sus padres, porque fuese con su beneplácito y bendición. Hízoseles de mal a los padres el intento de su amado hijo, por no tener otro sino a él solo. Y porque no lo pusiese por obra ordenaron de casarlo luego; y para ello buscaron una doncella, hija de un noble vecino de aquella ciudad. Tratado el casamiento y concertado a contento de ambas partes y señalado el día en que se había de efectuar el prudente mancebo, guiado por Dios que le quería para las bodas del cielo, después de haberle servido en su santa casa el tiempo de su vida, no le puso en voluntad que consintiese; disimuló con sus padres, vista la priesa que se daban, hasta llegar el tiempo del matrimonio. El mismo día de él, vestido de vestiduras de boda se fue al monasterio de San Francisco de la dicha ciudad de Granada, y en él recibió con mucha humildad y devoción el hábito de religión. Pasados algunos años después que loablemente conversó con los religiosos de aquella provincia, siendo ya sacerdote con celo de la conversión de los infieles y salvación de sus almas pasó a estas partes de la Nueva España, donde padeció inmensos trabajos discurriendo a pie y descalzo por tierras incultas y calurosas, donde hay infinidad de diversos mosquitos, de día y de noche, muy penosos y nocivos, caminos fragosos, espantosos de ver y dificultosos de pasar, sierras de mucha aspereza y tan encumbradas que como otro Atlante que fingieron los poetas, parecen sustentar los cielos.

No descansaba este varón apostólico, aun en tiempo de invierno (que sólo oírlo causa admiración) por los crecidos ríos, profundas barrancas y horrendos despeñaderos que pasaba, que aun los mismos indios, temiéndolos, se están en este tiempo quedos. Y todas estas dificultades vencía el insaciable deseo que el siervo de Dios tenía de libertar tanta infinidad de ánimas de la opresión del demonio, ofreciendo y poniendo a peligro y notorio riesgo su vida temporal, por ganar al prójimo la eterna. Y esto sólo por el amor de Cristo, de que andaba inflamado con caridad cristiana. Causaba espanto a los naturales su tolerancia y sufrimiento, que con serles a ellos natural el andar a pie y descalzos por caminos ásperos y pedregosos cuando el santo varón caminaba, no podían tener con él, que ya tenía el uso convertido en naturaleza. Hizo notable fruto en la conversión de los indios infieles con su predicación y vida ejemplar; y destruyó en muchas partes la idolatría con sus ritos y sacrificios gentílicos. Era austero en el tratamiento de su cuerpo; y por esto sufrió mucha hambre, sed, cansancio, frío, calor y otras muchas persecuciones y contradicciones que le acarreó el demonio. Su vestido era un hábito sin túnica, y un mantillo sin otra cosa alguna. Tenía de noche hora y media de oración mental, en la cual era muy ferviente; y jamás la dejaba por cansado y fatigado que llegase del camino. Dice Séneca que a los ánimos generosos los sustenta el trabajo; y el que rehúsa el trabajo debe carecer de nombre; porque no es del esforzado varón temer ninguno que ofrezca la vida. Y en otra parte dice:[1] ¿Quién hay que sea hombre que no se anime para las cosas honestas y que no apetezca los trabajos justos, y que no acometa a las cosas de honra que traen en sí peligro? Pues si esto aconseja este varón sabio, aun en sólo las cosas honestas de la vida, cuanto con más razón deben ser abrazadas si son en servicio de Dios y aprovechamiento en la virtud y bien del prójimo. Por esto no descansaba este varón santo, ni tenía por trabajos los que padecía, porque el amor de Dios los aligeraba y disminuía su peso. Su ejercicio ordinario era convertir almas a su criador y poner en pueblos y policía la gente convertida, haciéndoles iglesias y dándoles imágenes para que ante ellas rezasen y se encomendasen a Dios. Derrotó muchos templos de ídolos y hubiéranle muerto muchas veces por ello, si nuestro Señor no lo guardara para obra tan santa y apostólica. Andaba de ordinario acompañado con otro religioso; y dormían siempre o en el campo, en chozas que hacían de ramos de árboles, o entre los ídolos en sus proprios templos, que entre aquella gente bárbara de chichimecas no eran más que unos montones o cerros de tierra, grandes y altos con poco edificio, donde tenían sus ídolos. Acaecía muchas veces llegar donde habían de descansar, bien fatigados del camino y cuestas, y a las veces mojados de aguaceros y lluvias, desmayados de hambre y a media noche, y el descanso del siervo de Dios fray Francisco era rezar luego sus maitines, y tener su hora y media de oración mental. Cosas son estas que no son de solas fuerzas humanas sino de la gracia divina que fortalece los corazones y hace fácil lo dificultoso. Si dormía en el campo el manto le servía de colchón y fraza-

[1] Lib. de Providencia cap. 2.

da, y un manojo de yerbas de cabecera. Una estera de la tierra, tendida en el suelo, era la mesa y manteles en que comía y los manjares maíz tostado que los mexicanos en su lengua llaman cacalotl. Edificó este santo religioso el monasterio de Ahuacatlan de la provincia de Xalisco; y fue el primero guardián que en él hubo; y en sus peregrinaciones, su singular y continuo compañero, fray Miguel de Estiváliz, lego, que vivió mucho tiempo después, de quien en otras partes de esta historia se ha hecho mención.

Lo primero que en este pueblo de Ahuacatlan hicieron fue poner escuela para enseñar la doctrina cristiana a todos los niños de aquella provincia, conforme a la costumbre que todos los religiosos tienen en esta Nueva España. Antes que el varón santo a este pueblo viniera, habíanse alzado los moradores de él y remontádose por las serranías; y entre ellos un indio sacristán que guardaba las cosas de la sacristía. Su madre de éste fue delante de fray Francisco y de su compañero después que llegaron al pueblo, y les preguntó si habían de quedar en él de asiento. Respondiéronle que ¿para qué lo preguntaba? A lo cual les replicó ella que si habían de perseverar en aquel pueblo, les daría ciertas cosas del servicio del altar, que las tenía guardadas en su casa en una caja de caña que ellos llaman petlacalli, porque un hijo suyo, de los que andaban alzados, había sido sacristán en aquella iglesia y las había sacado de ella y llevado a su casa. Los religiosos la dijeron que habían venido allí a hacer monasterio en que habitar y enseñar la ley de Dios. Entonces la buena mujer les trajo dos casullas de Damasco y dos cálices de plata, unos corporales y otras cosas de servicio de la iglesia. Viendo fray Francisco tanta fidelidad en una india alabó a Dios y animándose dijo a su compañero fray Miguel que se serviría mucho nuestro Señor en que comenzasen a sembrar su divina palabra por aquellas sierras donde los indios andaban remontados.

Así lo hicieron, que poco a poco los fueron allegando y recogiendo en sus poblaciones; y habiendo juntado en aquel valle de Ahuacatlan diez y seis pueblos de paz, y edificado muchas iglesias, partiéronse para otro valle llamado Ahuaxocotlan, donde después le dieron la muerte como el mismo fray Francisco lo tenía dicho que aquellos indios lo habían de matar. Los españoles, que entonces andaban por allí, y los indios de paz estorbábanles que no fuesen a aquel valle de Ahuaxocotlan, conociendo la gente cuán peligrosa era, diciendo que los matarían. Mas ellos no dejaron por eso de ir, aunque por entonces quiso nuestro Señor que los recibiesen pacíficamente; tanto que en viendo a los religiosos se amansaron como unas ovejas, siendo aquellos bárbaros la gente más feroz y brava que hay por toda aquella tierra. Ayuntólos fray Francisco en cinco pueblos, donde fundaron iglesias y pusieron doctrina y con esto se volvieron a su monasterio de Ahuacatlan. Después de haber descansado algunos días determinaron de partirse para otros indios bárbaros llamados tecoxquines, que estaban doce leguas de allí; y llegados a un pueblo llamado Oztoticpac, los indios de él lo desampararon y se huyeron a la sierra. Y viendo que nadie les salía al camino fuéronse a aposentar a la casa donde los indios tenían el ídolo del sol; y como con cuidado mirasen por todas partes si parecía alguno a la

tarde vieron uno que estaba escondido entre unas matas, al cual rogaron que se fuese con ellos; acompañólos el indio y ellos lo regalaron y acariciaron cuanto pudieron; y sabido de él que los del pueblo habían huido de miedo que cobraron, cuando supieron que venían frailes entendiendo que con ellos vendrían españoles seglares, enviaron a este indio a que los llamase y certificase que podrían venir seguros. Aún no había pasado una hora después que partió el indio, cuando vinieron con él otros veinte y cinco; a los cuales dio a entender fray Francisco cómo no venían a sus pueblos a hacerles algún mal o agravio, mas antes mucho bien y a darles a conocer el verdadero Dios y declararles cómo le habían de servir y agradar. Con esta seguridad luego otro día por la mañana vinieron al pueblo a ver lo que el padre quería, como seiscientas personas, hombres y mujeres, sin los niños que criaban, que a los mayorcillos no los osaban traer porque no se los quitasen, sabiendo que los religiosos los recogían y ponían en escuelas para que aprendiesen la doctrina cristiana. El siervo de Dios, como vio aquella gente junta, consolólos espiritualmente proponiéndoles la palabra de Dios y atrayéndolos a la confesión de su santa fe. Ellos, en agradecimiento de el amor que les mostraba, le dijeron que holgaban mucho con su venida; porque bien sabían que eran padres espirituales y que no hacían mal a nadie ni querían cosas del mundo; mas que habían miedo de los cristianos (que así llaman ellos a los españoles seglares) porque era gente codiciosa y los afligían para sacarles oro y plata. Dieron luego de comer a los religiosos e hicieron en presencia de ellos un baile con mucho contento y regocijo. Fray Francisco y su compañero les trazaron los sitios donde habían de poblar y juntarse; y en la primera iglesia que se levantó pusieron una imagen del apóstol Santiago, la cual después quedó con la vocación del mismo santo.

De aquí partieron para otro pueblo de la misma lengua donde los recibieron con mucha alegría y los saludaron, según su costumbre. Edificaron en él otra iglesia que pusieron por nombre San Miguel, dándoles una imagen del mismo santo, e hicieron lo propio en otros cinco pueblos y con esto se volvieron a su monasterio. Después que hubieron descansado algunos días, como el principal descanso del siervo de Dios fray Francisco no era otro sino trabajar en convertir almas a su Dios, dio la vuelta con su compañero fray Miguel para Ahuaxocotlan, donde antes habían estado y puesto doctrina. La segunda noche después que llegaron fueron avisados de los del pueblo, cómo otros indios vecinos y enemigos suyos los querían venir a matar, así a los religiosos como a ellos, por haberlos recibido en su pueblo. A fray Francisco y a su compañero les pareció era bien ausentarse de allí, porque aquellos indios no recibiesen detrimento alguno por su causa. Muy conforme fue esta huida que estos apostólicos varones hicieron al consejo de Cristo, que dice por San Mateo: cuando fuereis perseguidos en esta ciudad, huid de los perseguidores e idos a otra; porque aunque es verdad como dice Clemente Alexandrino que no es malo sufrir la persecución ni la muerte que se nos ofrece; es al menos necesario excusar todo lo que fuere posible el mal que otro quiere hacer en ofensa de

Dios, persiguiendo al prójimo y el que se ofrece al peligro pudiendo huir de él es audaz y temerario; porque si lo matan habiéndose podido librar y no queriendo hácese participante del pecado de aquel homicidio porque ayuda en él a la mala y depravada intención del homicida. A esto añade Lira que hay dos maneras de huir de la muerte, una cuando los enemigos buscan al que quieren matar, no en orden de aborrecer la fe de Jesucristo, sino por sólo matar al que desean. Y de esta manera le sucedió a San Pablo en Damasco,[2] por lo cual se salió huyendo, escapándose por el muro en una espuerta. Pero cuando la persecución es en orden de ultrajar la fe y ser directamente contra la rectitud de la justicia, no debe huir el perseguido por cuanto tiene obligación, según cristiano, a estar firme en su defensa, pero no constando esto con certidumbre, antes pareciendo que es más provechoso el huir por algún bien que de la fuga se siga debe hacerse. Esto hicieron estos santos religiosos por haberles dicho que por estar ellos en el pueblo venían a matarlos, y por excusar que no hiciesen aquel daño en ellos; pero no les valió la salida y ausencia que hicieron, porque apenas hubieron salido del pueblo cuando llegaron los contrarios y todos los moradores de él dieron a huir, haciendo lugar a los enemigos que venían los cuales entraron dentro y quemaron todos los cinco pueblos que los frailes hicieron edificar y mataron seis muchachos de los que enseñaban la doctrina cristiana.

Sabida esta nueva por los religiosos el día siguiente, recibieron mucha pena y en particular por la muerte de los muchachos; y dentro de pocos días tornaron a reedificar los cinco pueblos y pusieron de nuevo doctrina en ellos. Viendo fray Miguel que los indios andaban por matarlos dijo a su guardián, fray Francisco, que dejase aquella tierra, pues era tan peligrosa y los indios bárbaros los acechaban para matarlos. A lo cual respondió el siervo de Dios, con sereno rostro, que bien sabía que aquellos indios lo habían de matar; mas que por eso no había de dejar de evangelizar y predicar la palabra de Dios para que aquellos infieles viniesen en conocimiento suyo y se les abriese camino para su salvación. Bien sabía nuestro redemptor (dijo él) que había de morir a manos de los judíos, mas no por eso los desamparó ni los dejó de predicar y hacerles buenas obras; y pues tan alta majestad murió por mí a manos de su pueblo, no será mucho que muera yo por Él a manos de estos bárbaros. Tornóle a decir fray Miguel que con todo aquel espíritu sería lo más acertado dejar aquel valle y no tentar a Dios. A esto le respondió con un celo santo, diciendo que no le tratasen más de aquella materia porque con ella le daba mucha pena; y con esto, dieron vuelta a su monasterio.

[2] Ac. Apost. 3.

CAPÍTULO VI. *De otras entradas que hicieron fray Francisco Lorenzo y su compañero fray Miguel de Estiváliz*

PREDICANDO SAN PABLO[1] A LOS DE ATENAS unos creyeron el artículo que predicaba y otros, riéndose de él, no le creyeron; y así se salió de entre ellos, como se cuenta en los Actos Apostólicos; porque aunque es verdad como dice San Crisóstomo que los convenció en aquella materia, sospechó el poco fruto que sacaban algunos de los que oían; y por eso los dejó y se fue. Esto mismo sucedía al apostólico varón fray Francisco Lorenzo en las predicaciones que entre estas bárbaras gentes hacía. Porque aunque es verdad que los convencía de sus errores y les comprobaba con la doctrina evangélica la falsedad de vicios que seguían; como tenían hecho hábito en ellos no se apartaban de seguirlos muchos de los que los oían y por esto algunas veces los dejaba aguardando la mano poderosa de Dios que viniese sobre ellos, para persuadirles su santa doctrina. Pero como la palabra evangélica y predicación de ella no se ha de dejar, según el precepto del mismo Apóstol, antes se ha de persuadir oportuna e importunamente; por esto, aunque algunas veces los dejaba, otras volvía con nuevo fervor y espíritu dolido de que el demonio los tuviese debajo de su infernal poderío. Y como su fe era viva confiaba en la clemencia del todo poderoso Dios que lo que una vez no se había efectuado en los corazones de aquellos idólatras, otra tendría entrada y sazón buena, por cuanto el corazón del hombre es voltario teniendo (como dice Cristo) doce horas el día, en cada cual de ellas puede mudarse. Por esto iba y venía a tiempos como padre, herido de la compasión que aquellos sus nuevos hijos le causaban. Por esto hicieron estos benditos padres otra entrada, pasados algunos días, por tierra de los tecoxquines que habían dejado de paz y con doctrina; y tomaron consejo con ellos si sería bueno ir entre unos indios bárbaros que poseían una tierra llamada Amaxocotlan. Los indios respondieron que no, porque eran enemigos suyos y gente cruelísima, que no les perdonarían la muerte, pudiéndosela dar. Y como el que ama a Dios no teme la muerte, no obstante esto, acordaron de ir allá y los del pueblo les dieron un indio por intérprete, que hablase por ellos y juntamente los guiase. Antes de llegar a Amaxocotlan enviaron los religiosos un mensajero a los indios diciéndoles que iban a visitarlos y a consolarlos, que les rogaban los recibiesen pacíficamente. Tuviéronlo por bien los indios de aquel pueblo y saliéronlos a recibir. La salutación que éstos les hicieron fue llevar sendos ramos en las manos y decir ciertas palabras en su lengua y desviarse luego para atrás, y conforme a su posible los regalaron. Fundaron allí los religiosos cuatro pueblos con sus iglesias; y dejándoles suficiente doctrina se volvieron a su convento.

Después de algunos días se partieron para otra provincia que los espa-

[1] Ac. Apost. 17.

ñoles llamaron de los Frailes, porque los naturales de ella traían coronas grandes abiertas, como las de los Frailes, y redondas, por encima de las orejas. Antes de llegar a esta provincia bajaron al Valle de Banderas, donde había muchos árboles de cacao, fruta a manera de almendras de que se hace una bebida fresca, y corre por moneda menuda en toda esta Nueva España. No quisieron detenerse en aquel valle; lo uno porque los españoles que tenían aquella granjería del cacao (como siempre) querrían tener ocupados los indios en labrarlo, no gustarían de que viniesen los frailes a embarazarlos en hacer poblaciones; y lo otro porque en caso que los pudieran juntar sin contradicción, era hacerles mala obra a los mismos indios, a causa que estando juntos los tuvieran más a mano los españoles para servirse de ellos, y ellos acabarse, como al cabo lo hicieron. Por esta razón se quedaron por entonces fray Francisco y su compañero en las faldas de la sierra, y allí juntaron siete pueblos, haciéndoles sus iglesias y dándoles recaudo de doctrina. El modo que éstos tenían de saludar era alzar el dedo hacia arriba y bajar la cabeza, y luego se iban. Llegaron después de esto a la provincia de los Frailes y tomaron posada en la casa del ídolo del Sol, que entre ellos era tenido por el más principal. Allí fueron a verlos algunos de aquellos naturales. Saludaban éstos bajando la cabeza y diciendo algunas palabras en su lengua; y dichas se iban luego. Otro día se juntó mucha gente adonde estaban los religiosos; y el siervo de Dios, fray Francisco, les hizo una plática declarándoles a lo que venían. A lo cual los indios acudieron bien, diciéndoles que holgaban mucho de su venida y de recibir la fe que les predicaban; mas que no querían que españoles entrasen en sus tierras. Los religiosos los aseguraron de lo que temían; y los indios de ello satisfechos luego se sujetaron a lo que ellos ordenasen. Vista su prompta voluntad les hicieron edificar allí una iglesia y les dieron para ella una imagen de San Antonio y trazóse el sitio del nuevo pueblo, con mucho contento de todos. Edificaron también en el valle, donde esta gente vivía, otros seis pueblos con sus iglesias, y otros seis en el contorno del valle, también con sus iglesias; y para todas ellas dieron imágenes de que siempre iban bien proveídos.

Acabado de poner todo esto en orden dijeron los religiosos a los indios que querían caminar para otra gente, que les pusieron nombre los Coronados, porque también traen coronas, como estotros, aunque de diferente manera, y enemigos capitales de ellos. Los que ya se habían dado por amigos se lo estorbaban diciéndoles mucho mal de aquella gente. Mas como el apostólico varón, fray Francisco, tenía ya ofrecida su vida a Cristo, no le ponía temor la ocasión de perderla; y así tomó su camino para la tierra de los Coronados; y quisiéronlo acompañar veinte capitanes de aquéllos con mucha gente armada. Al primer pueblo que llegaron fue Chacalla, y no hallaron en él gente, porque los moradores habían dado a huir. Entendiendo pues el varón santo fray Francisco, que huían de miedo de los capitanes que lo acompañaban, rogóles que se volviesen a sus casas, porque ellos se querían quedar allí solos. Tomaron esto muy a mal los capitanes, porque sabían cuán inhumanos y fieros eran aquellos sus enemigos a quien

iban a ver los religiosos; mas porque les insistieron mucho se hubieron de volver quedando los religiosos solos. Llegó luego a ellos un indio viejo, el más principal de aquel pueblo, por saber de su venida, al cual dieron razón de ella; y preguntáronle qué tantos pueblos había en aquella punta de serranía que llegaba hasta la Mar del Sur (porque toda esta tierra que los religiosos corrían era costa del mar) y el indio le respondió que había diez y siete pueblos. Envió fray Francisco indios mensajeros a llamar los moradores de ellos y todos vinieron. El modo de saludar de esta gente era alargar la mano hacia los religiosos y besarla luego como alguno de nuestros españoles lo usan.

Puestos en orden estos indios, conforme a los demás por donde habían pasado, partieron de allí fray Francisco y su compañero para Amaxocotlan, donde tenían los naturales de aquella tierra recogidos todos los ídolos de ella, y allí acudían todos como a principal oráculo a hacer sus ritos y sacrificios. Aposentáronse en la casa del ídolo del Sol donde los recibieron alegremente; pasando adelante vieron otras dos casas o templos de ídolos en la costa del mar; y preguntó fray Miguel a los que los acompañaban, a qué dioses estaban dedicados aquellos templos; y fuele respondido que el uno era dedicado al dios de la guerra y el otro al dios del pescado. Quisiéronlos ver y subieron a lo alto de ellos y vieron ambos ídolos con sus insignias, al dios de la guerra con una saeta en la mano y al del pescado con un pece. Sacó fray Miguel secretamente fuego de un pedernal que traía y pegó fuego a las casas, que como lo más era de paja luego ardieron y se quemaron, y entonces salió huyendo un sacerdote de los ídolos que estaba escondido.

Partiéronse luego de aquel lugar para proseguir su camino, y tuvieron noticia que los bárbaros de aquella tierra trataban de matarlos; y sabido esto por cosa cierta fray Francisco dijo a su compañero que se aparejase de su parte y se encomendasen muy de veras a Dios y después él ordenase lo que fuese servido. Así lo hicieron que toda aquella noche se estuvieron aparejando lo mejor que pudieron para recibir la muerte por Jesucristo. Fray Miguel se confesó con su guardián; y el guardián se postró por el suelo, derramando muchas lágrimas y pidiendo a Dios misericordia de sus culpas, puesto un crucifijo encima de un escriño de la tierra, y ellos hincados de rodillas delante de él, a ratos rezaban y a ratos se consolaban, el uno al otro y animaban, diciendo que tuviesen mucha esperanza que les sucedería bien, pues ellos no hacían aquella jornada ni peregrinación, por buscar oro, ni plata, ni otros bienes temporales, sino sólo por buscar ánimas perdidas y redimidas por la pasión y sangre del hijo de Dios. Ese mismo Dios, que libró a David tantas veces de sus enemigos y cuando más cercado le tenían salía triunfando de en medio de ellos, oyó los gemidos de sus siervos y estuvo con ellos en su tribulación (como dice el mismo David,[2] por haberlo experimentado en sí, demás de saber que es propria condición esta de Dios) y aunque fue así verdad que mientras hacían estos

[2] Psal. 45 et 58.

aparejos los religiosos se habían juntado más de docientos bárbaros con sus arcos y flechas para matarlos, y los tenían ya cercados y vieron la muerte al ojo y les oyeron decir mueran, mueran; quiso nuestro Señor en un instante mudarles la voluntad; porque tomando otro parecer se sentaron (que es señal, entre los indios bárbaros, de no querer hacer mal) y se pusieron más mansos que corderos. Visto esto salió el santo fray Francisco a ellos y hízoles un razonamiento, persuadiéndoles a recibir la fe cristiana y perseverar en ella, guardando los mandamientos de Dios. Oyéronle de buena gana y dijéronle que holgaban de que los religiosos estuviesen con ellos; y los visitasen; mas no querían que los españoles seglares viniesen con ellos. Y porque se recelaban que luego habían de venir tras ellos, por eso los querían matar. Asegurároníos de este recelo por entonces; y de aquí se volvieron fray Francisco y su compañero a su convento; y aunque aquellos indios les rogaban e importunaban mucho que se quedasen allí con ellos no pudieron acudir a ello por haber muchos días que andaban fuera de casa y era necesario tener cuidado con todo.

CAPÍTULO VII. *De la prosecución de este santo varón en su predicación, y cómo los infieles lo mataron con otro compañero*

POCO ERA EL DESCANSO QUE EL SIERVO de Dios fray Francisco Lorenzo tomaba en su monasterio, acordándose de las muchas ánimas que el enemigo llevaba al infierno de aquellos indios infieles por donde él había andado, y del peligro en que quedaban los recién convertidos, sin el resuello y ayuda de la palabra de Dios, dicha y administrada por boca de sus ministros. Y así dio en breve la vuelta, juntamente con su compañero fray Miguel, a los pueblos de Amaxocotla, donde fueron recibidos de sus discípulos con mucho contento. Guardaba el santo fray Francisco este modo en el bautizar: que a los niños luego los bautizaba y a los adultos catequizaba y enseñaba la doctrina; y estando ya en ella instruidos los bautizaba. Persuadíales que no se embijasen (que es teñirse el cuerpo de negro o de otras colores) y que le trajesen los ídolos que tenían guardados; y que el que tenía dos mujeres dejase la una, quedando con la primera. Todo esto hacían aquellos indios de buena gana, por el deseo que tenían de bautizarse. Usaban estos indios de Amaxocotla, traer barbas postizas, hechas de oro, plata o cobre; y para esto se quitaban las pocas que le concedió naturaleza. Traían presas las postizas con unos clavitos algo larguillos, con una cabezuela ancha, como de medio real; y poníanse dos órdenes de ellas en el contorno de la boca. Mandáronles que se quitasen estas barbas, lo cual ellos hicieron sin dilación; y del oro, plata y cobre que de ellas salió, hicieron diez y siete campanas de a quintal que pusieron en diez y siete iglesias. No eran estos indios de la condición del otro rey

aparejos los religiosos se habían juntado más de docientos bárbaros con sus arcos y flechas para matarlos, y los tenían ya cercados y vieron la muerte al ojo y les oyeron decir mueran, mueran; quiso nuestro Señor en un instante mudarles la voluntad; porque tomando otro parecer se sentaron (que es señal, entre los indios bárbaros, de no querer hacer mal) y se pusieron más mansos que corderos. Visto esto salió el santo fray Francisco a ellos y hízoles un razonamiento, persuadiéndoles a recibir la fe cristiana y perseverar en ella, guardando los mandamientos de Dios. Oyéronle de buena gana y dijéronle que holgaban de que los religiosos estuviesen con ellos; y los visitasen; mas no querían que los españoles seglares viniesen con ellos. Y porque se recelaban que luego habían de venir tras ellos, por eso los querían matar. Asegurároníos de este recelo por entonces; y de aquí se volvieron fray Francisco y su compañero a su convento; y aunque aquellos indios les rogaban e importunaban mucho que se quedasen allí con ellos no pudieron acudir a ello por haber muchos días que andaban fuera de casa y era necesario tener cuidado con todo.

CAPÍTULO VII. *De la prosecución de este santo varón en su predicación, y cómo los infieles lo mataron con otro compañero*

POCO ERA EL DESCANSO QUE EL SIERVO de Dios fray Francisco Lorenzo tomaba en su monasterio, acordándose de las muchas ánimas que el enemigo llevaba al infierno de aquellos indios infieles por donde él había andado, y del peligro en que quedaban los recién convertidos, sin el resuello y ayuda de la palabra de Dios, dicha y administrada por boca de sus ministros. Y así dio en breve la vuelta, juntamente con su compañero fray Miguel, a los pueblos de Amaxocotla, donde fueron recibidos de sus discípulos con mucho contento. Guardaba el santo fray Francisco este modo en el bautizar: que a los niños luego los bautizaba y a los adultos catequizaba y enseñaba la doctrina; y estando ya en ella instruidos los bautizaba. Persuadíales que no se embijasen (que es teñirse el cuerpo de negro o de otras colores) y que le trajesen los ídolos que tenían guardados; y que el que tenía dos mujeres dejase la una, quedando con la primera. Todo esto hacían aquellos indios de buena gana, por el deseo que tenían de bautizarse. Usaban estos indios de Amaxocotla, traer barbas postizas, hechas de oro, plata o cobre; y para esto se quitaban las pocas que le concedió naturaleza. Traían presas las postizas con unos clavitos algo larguillos, con una cabezuela ancha, como de medio real; y poníanse dos órdenes de ellas en el contorno de la boca. Mandáronles que se quitasen estas barbas, lo cual ellos hicieron sin dilación; y del oro, plata y cobre que de ellas salió, hicieron diez y siete campanas de a quintal que pusieron en diez y siete iglesias. No eran estos indios de la condición del otro rey

Midas, que por guardar el oro y plata que tenía murió entre ello de hambre.[1]

Volviéndose otra vez para su convento pasaron por Cacalotla, donde bautizaron cuatrocientas personas; y de allí fueron adelante por los tecoxquines. Y porque se decía que algunos de ellos (que eran sacerdotes de los ídolos) andaban alzados por un monte, y que allí tenían su casa de idolatría, rogó fray Francisco a los indios de aquel pueblo que se los trajesen. Ellos respondieron que no se atrevían ni osaban llegar a ellos porque les tenían mucho temor. Y viendo que por esta vía no tenía efecto su deseo, acordó de decirlo a su compañero fray Miguel y preguntóle, si tenía ánimo para subir a la sierra y traer atados aquellos sacerdotes de los ídolos que estaban allí alzados. A esto respondió fray Miguel que sí y que iría de buena gana si él se lo mandase. Díjole entonces su guardián que se hincase de rodillas y haciéndolo así, el esforzado lego mandóle por obediencia que subiese a la sierra y trajese de ella a aquellos sacerdotes de los ídolos, maniatados. No acometió más osadamente Sansón al león que le salió al encuentro, cuando iba en compañía de sus padres a la ciudad de Thamnatha, a celebrar sus bodas con la hija del otro filisteo,[2] como se mostró el pecho de este obediente lego, después de habérselo mandado; y aunque el caso era de mucho riesgo, esforzado con el mérito de la obediencia partió para allá; y llegado a la casa donde los sacerdotes de los ídolos estaban, se puso a la puerta, llamando la ayuda del Señor y mandóles salir fuera. No hay corderos más sujetos al pastor, cuando ven que por todas partes los rodea, que estos obstinados sacerdotes lo estuvieron a fray Miguel; y a la voz que oyeron salieron de la cueva obedeciendo lo que se les mandaba, por ventura, temiendo que los quemaría dentro de la casa si no salían. No fue sino que la voz del Señor que hace temblar los cedros en el monte, y que las aguas amansen la furia de sus ondas los amedrentó y los sacó por la melena, con la fuerza de su omnipotencia; y así como iban saliendo los iba fray Miguel maniatando. Uno de ellos le dijo que era cristiano bautizado y que se llamaba Juan, y que sólo había subido allí a llevar de comer a aquellos sacerdotes del templo. A éste no quiso atar, antes le mandó que le ayudase a atar a los demás, y así lo hizo. Bajólos de esta manera al llano, a la presencia de su guardián; los cuales juntos dieron gracias a Dios por haber dado a su siervo aquella victoria e yéndose de allí los llevaron todos a su convento de Ahuacatlan, y allí los tuvieron un mes, enseñándoles la doctrina cristiana y las cosas de nuestra fe. Enviáronlos después a sus pueblos, y encargáronles mucho el cuidado de la doctrina de los otros y que cada día recogiesen los niños en las iglesias para enseñársela; porque así como habían sido ministros del demonio para su condenación, como dijo en cierta ocasión San Pablo,[3] lo fuesen también ahora del verdadero Dios para su salvación.

Tuvieron después noticia el santo fray Francisco y su compañero que

[1] Claud. in Rufin. lib. 1.
[2] Iud. 14.
[3] Ad Rom. 6.

otros indios de lejos de allí se habían alzado y acordaron de ir entre ellos y reducirlos a sus pueblos donde antes estaban. Llegados allá recibiéronlos aquellos indios con mucho contento y el guardián fray Francisco les predicó y les dijo a lo que iban, que era a volverlos a su asiento y población que habían dejado. Ellos lo aceptaron, porque en ver a este apostólico varón fray Francisco les parecía que veían un ángel del cielo y no tenían cara para ir contra lo que les mandaba. Así se juntaron y recogieron en el sitio que él les señaló, donde les trazó su iglesia. También tuvieron noticia que otros indios se habían alzado y remontado en las sierras de Xocotlan; fueron allá, donde con la misma voluntad los recibieron, y con beneplácito de todos ellos edificaron en las mismas sierras cinco pueblos con sus iglesias y en ellas pusieron doctrina, como lo acostumbraban en todas las demás provincias.

Había algunos días que fray Francisco y su compañero sabían cómo los indios que mataron al siervo de Dios, fray Juan Calero (como arriba queda dicho) llevaron su hábito y con él hicieron una estatua, y que cada año, el día que lo mataron, celebraban fiesta, en memoria de aquella victoria que (a su parecer) habían alcanzado, en matar un destruidor de sus ídolos. Entraron, pues, fray Francisco y su compañero entre estos bárbaros con mucho ánimo y reprehendiéronlos duramente de que se gloriasen de tan gran mal como habían hecho, por el cual deberían llorar todos los días de su vida para alcanzar perdón de su pecado. Después de haberles predicado lo que convenía para el remedio de sus almas, pidiéronles el hábito del santo mártir, y ellos con toda liberalidad lo dieron. Edificáronse entonces por industria de estos siervos de Dios tres pueblos con sus iglesias, y recibieron los indios doctrina; y hecho esto se volvieron a su monasterio donde el santo varón fray Francisco era guardián. Celebróse en aquella sazón capítulo en el convento de Guadalaxara, cabeza de la Nueva Galicia, y en él apartaron a fray Miguel de Estiváliz de la compañía del buen padre fray Francisco Lorenzo, enviándolo a morar a otra parte; y fray Francisco salió electo en guardián del convento de Ezatlan. Este apartamiento fue causa de que fray Miguel no fuese muerto a manos de indios, como él antes había deseado; pero como el martirio no es obra de hombres sino de Dios que escoge para él a los que le parece, no haciendo agravio a los que deja sin llegar a él, aunque mucho lo deseen, hizo este apartamiento por las causas ocultas que su majestad se sabe. Apartados pues los dos continuos compañeros, y estando fray Francisco Lorenzo en la casa de Ezatlan, y pasados algunos días diole voluntad al bienaventurado padre de visitar (como solía) los indios de Cacalotlan, en la provincia de Amaxocotlan. Son estos los indios que el santo padre había profetizado antes, y dicho a fray Miguel su compañero que lo habían de matar, como de hecho lo hicieron; y como ya las cosas se iban acercando para su muerte, el espíritu que siempre andaba cuidadoso en las obras de la conversión, hasta rendirse al cuchillo por la defensión y ampliación de ella, le movió en esta ocasión a hacer esta jornada (y sería por ventura) con impulso de el cielo, para que muriendo a manos de aquellos indios gozase este apostólico varón la gloria

del triunfo del martirio, concedido a sus fervientes deseos y a los medios que tanto tiempo había andado poniendo en ellos para conseguirlo y alcanzarlo. Llevó en su compañía para este viaje a un religioso mancebo, llamado fray Juan; cuando allá llegaron los indios los recibieron con mucha alegría, abrazándolos y mostrando gran regocijo; mas los malvados infieles, vecinos de aquella comarca, que siempre tuvieron pesar del fruto que el siervo de Dios hacía en la conversión de las ánimas, como supieron que era venido, a la segunda noche que había que estaba en el pueblo, dieron sobre él con mano armada y mataron diez y siete personas de los indios cristianos, y como el santo fray Francisco oyó el estruendo de los bárbaros y entendió la mortandad que hacían en los indios cristianos dijo a su compañero: Ea, hermano, ahora es tiempo de ganar el reino de los cielos; porque como dice Cristo señor[4] nuestro, padece fuerza y no le conquistan y alcanzan, sino son los animosos y esforzados. Encendió luego unas candelas delante del altar y hincóse de rodillas encomendándose a nuestro Señor. Entrávase el virtuoso mancebo fray Juan en su aposento para hacer lo mismo y los enemigos corrieron tras él, y al entrar de la puerta lo mataron a macanazos. Tornaron luego a la iglesia, donde estaba el bienaventurado fray Francisco de rodillas con un crucifijo en la mano, y diéronle con una macana un terrible golpe en la cabeza, con lo cual se le cayó al santo mártir el crucifijo de las manos; díjole entonces el bárbaro que lo hería: ¿Piensas que te ha de valer ése? Y acabólo de matar con mucha crueldad; ¡oh excomulgada palabra y digna de hombre bestial y bárbaro! ¿Qué cosa hay en el cielo, ni en la tierra, en que podamos ser salvos, sino es en Jesucristo?[5] ¿Qué amparo tuvo el ladrón en la cruz para salvarse, sino a Jesucristo? Al cual, confesándolo por Dios y diciéndole que se acuerde de él en el reino de los cielos, le dice: Hoy serás conmigo en el Paraíso; si el hijo de Dios no quiso en la cruz librarse de la muerte corporal, como los burladores le pedían diciendo: Si es hijo de Dios descienda de la cruz y líbrelo Dios de ella; a otros ha hecho salvos, si es hijo de Dios descienda ahora de la cruz y creeremos en él, no fue porque no pudo sino por librarnos a nosotros de ella, ya que había de ser por aquel modo de redempción; y así no desciende de la cruz vivo, sino que bajan de ella su santo cuerpo muerto. Y dado caso que sucedió acerca de la vida corporal a este santo religioso, lo que el indio le decía no se verificaba en la vida del alma, la cual ganaba con la muerte de su cuerpo en la bienaventuranza, que es la libertad perfecta; pues es cierto que mientras vive en esta vida caduca y breve, está encarcelada y en prisiones, como dice San Pablo. No contentos aquellos lobos carniceros con ver tanta sangre derramada, por satisfacer más a su bestial crueldad y apetito, quemaron la iglesia y todo lo demás de la casa en que se hospedaban los religiosos y huyeron de allí.

Luego otro día los indios cristianos que quedaron dieron noticia de todo lo pasado a los españoles que estaban en unas minas, dos leguas de aquel sitio, los cuales fueron a Cacalotla y llevaron los cuerpos del santo guar-

[4] Math. 11.
[5] Luc. 23.

dián y mártir, fray Francisco Lorenzo, y el de su compañero fray Juan, para enterrarlos en su monasterio de Ezatlan, donde juntamente con otros mártires están sepultados. Como supieron los indios de las serranías, por donde el siervo de Cristo fray Francisco Lorenzo había predicado el Santo Evangelio, la muerte de su apóstol y predicador, fueron a pedir justicia de ella y a quejarse delante de los oidores, que solían residir en la ciudad de Compostela, ellos respondieron a la querella, que uno de la dicha audiencia iría a hacer información de aquel caso y castigaría a los delincuentes, con todo rigor. Partió para este efecto el oidor Contreras con cien hombres españoles y cuatro mil indios cristianos, de los mismos que el santo fray Francisco había bautizado. Quedáronse los españoles en los llanos y vertientes de las sierras, por ser aquella tierra muy fragosa y áspera, y los indios subieron a lo más alto y dificultoso, porque sabían bien la tierra. Acorralaronlos de tal suerte a los enemigos, que a ninguno de ellos dejaron a vida, salvo ocho o nueve, los más principales de ellos, que trajeron vivo a los cuales el oidor mandó ahorcar para castigo ejemplar de los bárbaros y de toda aquella comarca. Serían como seiscientos los yocotecuanes que muricron y desde entonces quedó despoblada aquella su tierra.

Débese notar en estos discursos, entradas y predicación, que el santo fray Francisco Lorenzo hacía entre estos bárbaros chichimecas, que en el mismo ejercicio se ocupaban, y en él murieron los demás religiosos que ellos y los otros mataron; cuyas muertes con brevedad aquí se escriben, porque no hubo quien diese la relación, por extenso, de sus entradas y predicaciones como la pudo dar fray Miguel de Estiváliz de la predicación de fray Francisco Lorenzo, como testigo de vista y compañero de sus trabajos; de manera que esta historia del bienaventurado fray Francisco Lorenzo sirve de dar a entender a los lectores, en qué ocupaciones y ejercicios, y en qué estado tomó la muerte a los demás siervos de Dios, que en este libro decimos haber muerto a manos de chichimecas y de otros infieles.

CAPÍTULO VIII. *De otros religiosos que murieron por confesión de la fe y predicación de el Santo Evangelio*

FRAY JUAN CERRATO, NATURAL DEL CONDADO de Niebla tomó el hábito en el convento de San Francisco de Mexico donde, desde los principios de su vocación, dio muestras de mucha virtud; y perseverando en ella fue tan amado de todos que cada uno de los religiosos deseaba su compañía; mas, puesto que de todos era amigo, su verdadera amistad tenía él colocada y puesta en Jesucristo. Esto nos enseña el mismo Dios[1] diciendo: buscad al Señor y su santa virtud con él, buscad siempre su cara; y a esto se llegan las palabras de San Basilio que dice: quien quiere gustar de verdadera amistad aprenda a amar dulce y suavemente a Cristo, porque Cristo

[1] 3. Paral. 16.

dián y mártir, fray Francisco Lorenzo, y el de su compañero fray Juan, para enterrarlos en su monasterio de Ezatlan, donde juntamente con otros mártires están sepultados. Como supieron los indios de las serranías, por donde el siervo de Cristo fray Francisco Lorenzo había predicado el Santo Evangelio, la muerte de su apóstol y predicador, fueron a pedir justicia de ella y a quejarse delante de los oidores, que solían residir en la ciudad de Compostela, ellos respondieron a la querella, que uno de la dicha audiencia iría a hacer información de aquel caso y castigaría a los delincuentes, con todo rigor. Partió para este efecto el oidor Contreras con cien hombres españoles y cuatro mil indios cristianos, de los mismos que el santo fray Francisco había bautizado. Quedáronse los españoles en los llanos y vertientes de las sierras, por ser aquella tierra muy fragosa y áspera, y los indios subieron a lo más alto y dificultoso, porque sabían bien la tierra. Acorralaronlos de tal suerte a los enemigos, que a ninguno de ellos dejaron a vida, salvo ocho o nueve, los más principales de ellos, que trajeron vivo a los cuales el oidor mandó ahorcar para castigo ejemplar de los bárbaros y de toda aquella comarca. Serían como seiscientos los yocotecuanes que muricron y desde entonces quedó despoblada aquella su tierra.

Débese notar en estos discursos, entradas y predicación, que el santo fray Francisco Lorenzo hacía entre estos bárbaros chichimecas, que en el mismo ejercicio se ocupaban, y en él murieron los demás religiosos que ellos y los otros mataron; cuyas muertes con brevedad aquí se escriben, porque no hubo quien diese la relación, por extenso, de sus entradas y predicaciones como la pudo dar fray Miguel de Estiváliz de la predicación de fray Francisco Lorenzo, como testigo de vista y compañero de sus trabajos; de manera que esta historia del bienaventurado fray Francisco Lorenzo sirve de dar a entender a los lectores, en qué ocupaciones y ejercicios, y en qué estado tomó la muerte a los demás siervos de Dios, que en este libro decimos haber muerto a manos de chichimecas y de otros infieles.

CAPÍTULO VIII. *De otros religiosos que murieron por confesión de la fe y predicación de el Santo Evangelio*

FRAY JUAN CERRATO, NATURAL DEL CONDADO de Niebla tomó el hábito en el convento de San Francisco de Mexico donde, desde los principios de su vocación, dio muestras de mucha virtud; y perseverando en ella fue tan amado de todos que cada uno de los religiosos deseaba su compañía; mas, puesto que de todos era amigo, su verdadera amistad tenía él colocada y puesta en Jesucristo. Esto nos enseña el mismo Dios[1] diciendo: buscad al Señor y su santa virtud con él, buscad siempre su cara; y a esto se llegan las palabras de San Basilio que dice: quien quiere gustar de verdadera amistad aprenda a amar dulce y suavemente a Cristo, porque Cristo

[1] 3. Paral. 16.

es verdadero amor; por el cual quiso desamparar este su aficionado siervo la compañía de sus queridos padres y hermanos e irse a las fronteras de los infieles chichimecas a procurar su conversión y salvación de sus almas. El asiento de esta su mudanza fue a lo de Xalisco, que entonces era custodia de esta provincia del Santo Evangelio, donde siendo guardián del monasterio de Tzapotlan pidió licencia a su custodio para entrar la tierra adentro a predicar a los infieles bárbaros de Zacatecas, llamados chichimecas. El custodio se la dio juntamente con su bendición, viendo el espíritu y fervor que tenía para semejante empresa. Anduvo algunos días fray Juan desbastando la rudeza de aquella gente; y habiendo traído algunos al conocimiento de su criador y al gremio de la santa iglesia católica, y estando entendiendo en su doctrina y administración de la palabra de Dios, los enemigos de la fe lo mataron dentro de la iglesia en un pueblo llamado Atotonilco, flechándole con grande inhumanidad y así dio el alma a quien se la dio, acabando esta vida mortal del cuerpo corruptible por martirio y fue a gozar de la inmortal y eterna.

Fray Pablo de Acevedo, sacerdote de nación portugués, tomó el hábito en la provincia de Santa Cruz, que es en la Isla Española que por otro nombre llaman de Santo Domingo y de allí, oída la fama de lo mucho que los religiosos servían a nuestro Señor en esta provincia del Santo Evangelio, mediante la conversión y administración de los indios, alcanzó licencia para venirse a ella. De su santo celo y aprobada vida dan testimonio los que le conocieron, diciendo que siempre se conoció de su conversación y religiosas costumbres ser muy siervo de Dios, celador de su honra y de la salud de las almas y muy afable y caritativo con todos; éstas son las cosas que amonesta San Pedro en su segunda canónica a los fieles diciendo: vivid la vida de manera que en vuestra fe se conozca virtud en la virtud, ciencia en la ciencia, la abstinencia en la abstinencia, paciencia en la paciencia, piedad en la piedad, amor, y en el amor caridad; y por tenerla este bendito religioso con las gentes que andaban perdidas y aún no conocían el día de su conversión y salud eterna que consistía en el conocimiento de Dios verdadero, andaba buscando ocasión de verse entre ellos, la cual le ofreció Dios como él deseaba, porque fue escogido y enviado por la obediencia con otros tres religiosos a la entrada que hizo el gobernador Francisco de Ibarra, del hábito de Santiago, en la Nueva Vizcaya, sobre la demanda de Copala en tiempo del virrey don Luis de Velasco, el Primero. Fue de mucho efecto la persona de fray Pablo en esta jornada, así para evitar daños y ofensas de nuestro Señor, que hicieron los soldados si él no se le estorbara con santas amonestaciones (las cuales ellos recibían de gana por la buena gracia que el Señor le había comunicado para tratar con todos) como en dar avisos y buenos consejos al gobernador, que como temeroso de Dios deseaba acertar en todo; y juntamente con esto, en lo principal, que era la conversión de los bárbaros infieles; donde se verificó lo que luego dice el mismo San Pedro,[2] diciendo: estas cosas dichas que os amonesto, como arriba quedan referidas, no os dejarán vacíos, ni sin fruto, en el conoci-

[2] 2. Petri.

miento de Jesucristo nuestro Señor; y así era, que respetando su persona por tanto bueno como en él veían, oían con afición lo que les amonestaba; y como los amaba con amor de hermano, obligábalos a todo lo que les decía. Después de haber trabajado con ellos por algún tiempo, estando en el pueblo que llaman Cinaloa, entendiendo en tan santa obra aquellos bárbaros ingratos y desconocidos lo mataron a flechazos, por causa de un mulato que era odioso a los indios; el cual, por saber bien su lengua de ellos servía algunas veces de intérprete a fray Pablo y trocaba las palabras y sentencia del religioso; de suerte que los puso en grande indignación contra él. Y como no vive más el leal de cuanto quiere el traidor, llegó a punto que los indios le perdieron el amor que le tenían y le convirtieron en odio mortal con que le aborrecían. Y estando fray Pablo inocente de este trato doble le vinieron a quitar la vida injustamente; mas no carecerá del premio en la gloria de sus fieles trabajos, porque acudiendo a sus obligaciones con la fidelidad que debía hizo cierta su vocación (como más abajo dice San Pedro),[3] porque sirviendo a estas gentes, sin ofensa de Dios y con caridad y amor de salvarlos (como ellos por su parte no lo estorbaran) le fue de mucha importancia esta mala paga, para serle administrada muy cumplidamente la entrada en el reino de los cielos.

Fray Juan de Herrera, lego, vino a esta Nueva España el año de 1541, en el número de doce religiosos que sacó de la provincia de Santiago, fray Jacobo de Testera para Quauhtemala, adonde los envió desde Mexico con el padre fray Toribio Motolinía, el año de 1542. Fray Toribio, llegado con ellos a Quauhtemala, envió desde allí cuatro a Yucatán, y entre ellos fue uno fray Juan de Herrera, aunque lego, fraile muy hábil y suficiente para predicar a los recién convertidos, como lo hizo allí en Yucatán, porque aprendió en breve la lengua de los indios, y tuvo escuela para enseñar a los niños y sacó muchos buenos discípulos, lectores, escribanos y cantores, como se dijo en otra parte. Al cabo de quince o pocos más años que se ocupó en este ejercicio, pareciéndole que en esta provincia del Santo Evangelio, por ser muy mucha la gente podría emplear con más fruto el buen talento que Dios le había comunicado, vino a Mexico cerca de los años de 1560 y estuvo algunos en esta provincia, trabajando con buen ejemplo en su oficio de lego, sirviendo a los sacerdotes religiosamente, porque eran ya muchos y había buenas lenguas y no era necesario que los legos les ayudasen en la doctrina de los indios. Ofrecióse en esta sazón la jornada arriba dicha que hizo el gobernador Francisco de Ibarra a tierra de chichimecas; y conocido el espíritu de fray Juan de Herrera y su buen celo, de entender en la conversión de los infieles, enviólo el prelado en compañía de fray Pablo de Acevedo y con él mismo hizo asiento en el pueblo de Cinaloa. Residía allí, como queda dicho, un mulato perverso y malo, por cuya causa mataron los indios a fray Pablo. Éste tenía cargo de cobrar de los indios los tributos que habían de dar a su amo; y sobre esta continua cobranza los molestaba mucho y maltrataba. Vista tanta vejación por los indios acordaron todos de conformidad matar al mulato; mas en vida de fray Pablo

[3] Div. Petri ubi supra.

no se atrevían, como veían que se servía de él, de intérprete y él les daba a entender que lo que les pedía o mandaba era con autoridad del religioso que era su guardián; pero teniendo ya muerto a fray Pablo, luego dieron tras el mulato y lo mataron en presencia de fray Juan de Herrera; y con esta muerte pagó los embustes que hacía y la ocasión que dio para que el dicho fray Pablo muriese. Y como un yerro suele ser causa de otro mayor no contentos estos encarnizados homicidas con el cometido en la muerte de fray Pablo, y luego la del mulato, y advirtiendo que viviendo fray Juan les quedaba testigo de sus atroces delitos, como si no lo quedara Dios por muy abonado de sus maldades, fueron de parecer que matasen también a fray Juan (puesto que estaban bien con él, pues él les hacía obras de verdadero padre) y así lo pusieron por obra y lo mataron; y mataron juntamente a todos los indios cristianos y amigos que habían llevado de otras partes para servicio de aquella iglesia y casa. Dejaron los cuerpos muertos en el campo y se acogieron a las sierras, donde estos indios chichimecas tienen su guarida. Sabido este hecho por los españoles de la comarca, fueron por los cuerpos para hacerlos enterrar, y hallaronlos todos comidos de los coyotes o adives hasta los huesos (porque en aquellas partes hay multitud de ellos, que aun los cuerpos muertos suelen sacar de debajo de la tierra) y sólo el cuerpo del siervo de Dios, fray Pablo de Acevedo, hallaron entero, que no habían tocado en él estos animales; pero tan revenido y encogido que parecía cuerpo de algún niño, siendo hombre corpulento y de muchas carnes. Aquí pienso yo quiso nuestro Señor mostrar en esto que había guardado sin lesión, y entero, el cuerpo de su siervo fray Pablo para que se conociese por este modo su inocencia, la cual no estaba tan manifiesta como la de fray Juan de Herrera, por la ocasión que tomaron los indios de matarlo, creyendo que les era contrario y sustentaba las vejaciones del mulato, según él se lo daba a entender siendo falsísimo, porque fray Pablo era conocido por aficionadísimo a los indios y muy celoso de su defensa y amparo. Y como Dios ama a los suyos y no quiere que quede opinión ni sospecha de su buena vida y obras santas con que le han servido, ordenó por su particular providencia cómo hacer manifiesto lo contrario de lo que se les acomula; lo cual se vido en esta ocasión, en guardar este cuerpo de las bocas de estos animales, sin razón para que en dejarlo entero entre los otros comidos se conociese la particular voluntad de Dios con que se hacía; y que cuerpo así guardado del amparo de Dios no podía dejar de ser cosa suya, sin raspa, ni mancha, de lo que se le acomulaba.

Fray Francisco Doncel vino a esta Nueva España de la provincia de la Andalucía, donde tomó el hábito de religión. Con no ser antiguo en la tierra ni de mucha edad, por sus méritos y suficiencia lo hicieron guardián del convento de la Villa de San Felipe, que es poblada de españoles en la provincia de Mechoacan. Sucedió que hubo de ir a la ciudad de Mexico a tratar ciertos negocios con el virrey don Martín Enríquez, porque toda la confianza de aquella frontera pendía del cuidado de los frailes. Concluidos los negocios y volviendo para su monasterio, llegó a la villa de Salaya, donde tomó en su compañía a fray Pedro de Burgos, sacerdote anciano

y siervo de Dios que poco antes se había mudado de esta provincia del Santo Evangelio, donde tomó el hábito, a aquella de Mechoacan, con celo de ayudar a la conversión de los infieles que todavía perseveran en aquellas fronteras; porque en esta provincia todo está llano y puesto en estilo de cristiandad. Partieron estos religiosos, ambos juntos, de la misma villa de Salaya, para la de San Miguel; y al pasar de un portezuelo que llaman de Chamacuero, dieron sobre ellos unos indios chichimecas infieles, de los que aborrecen el nombre cristiano y con mucha crueldad los mataron con flechas. Aquí les cumplió Dios a entrambos sus deseos, muriendo a manos de aquellos enemigos de su santa ley pudiendo decir con la santa mártir de Cristo, Inés: lo que deseamos ya lo vemos, lo que esperábamos ya lo tenemos y confiamos de unirnos en el cielo, con aquel Señor que en la tierra hemos amado y deseado morir por él. Fue sabido este caso por los españoles, vecinos de la villa de San Miguel y fueron por sus cuerpos y los enterraron en su iglesia.

CAPÍTULO IX. *De tres religiosos que murieron en demanda de la conversión de los infieles y aumento de la santa fe católica*

FRAY AGUSTÍN RODRÍGUEZ, LEGO NATURAL del condado de Niebla, tomó el hábito de religión en esta provincia del Santo Evangelio, donde sirvió a sus hermanos muchos años en el oficio de lego con singular ejemplo de su persona y con extremada caridad para con todos, así enfermos como sanos. Era muy penitente y hacía disciplinas muy crueles con ramales de malla; traía siempre silicio a raíz de sus carnes y era muy dado a la oración, y muy perseverante en ella. Siendo ya viejo en edad movióle el espíritu y celo de la salvación de las almas, a que pidiese licencia a sus prelados para ir a morar a la custodia de Zacatecas, que confina con los chichimecas infieles, donde siempre se hacen entradas por la predicación del Santo Evangelio y conversión de aquella gente bárbara, como de los precedentes capítulos se colige. Fuele concedida por ser muy conocido y probado su buen espíritu; y llegado a Zacatecas anduvo peregrinando algunos días por entre aquellos bárbaros, siendo de todos ellos recibido como ángel de paz, sin contradicción ninguna, viendo su santa simplicidad, ejemplo de vida y celo que mostraba de todo su bien. Y él, con deseo de sacar copioso fruto para Cristo de entre aquellas espinas y abrojos de infidelidad, pareciéndole que era muy poco lo que él por su sola persona podía hacer (en especial no siendo sacerdote) volvió en veces a esta provincia a pedir a los prelados, enviasen obreros a aquella viña del Señor tan inculta. Mas como por acá no sobraban los frailes, para lo mucho que había que hacer y proveer, volvíase siempre sólo el buen fray Agustín hasta que últimamente, teniendo su asiento y morada en un valle que llaman de San Bartolomé, ciertos indios, viendo el gran deseo que mostraba de descubrir nuevas gentes

y siervo de Dios que poco antes se había mudado de esta provincia del Santo Evangelio, donde tomó el hábito, a aquella de Mechoacan, con celo de ayudar a la conversión de los infieles que todavía perseveran en aquellas fronteras; porque en esta provincia todo está llano y puesto en estilo de cristiandad. Partieron estos religiosos, ambos juntos, de la misma villa de Salaya, para la de San Miguel; y al pasar de un portezuelo que llaman de Chamacuero, dieron sobre ellos unos indios chichimecas infieles, de los que aborrecen el nombre cristiano y con mucha crueldad los mataron con flechas. Aquí les cumplió Dios a entrambos sus deseos, muriendo a manos de aquellos enemigos de su santa ley pudiendo decir con la santa mártir de Cristo, Inés: lo que deseamos ya lo vemos, lo que esperábamos ya lo tenemos y confiamos de unirnos en el cielo, con aquel Señor que en la tierra hemos amado y deseado morir por él. Fue sabido este caso por los españoles, vecinos de la villa de San Miguel y fueron por sus cuerpos y los enterraron en su iglesia.

CAPÍTULO IX. *De tres religiosos que murieron en demanda de la conversión de los infieles y aumento de la santa fe católica*

FRAY AGUSTÍN RODRÍGUEZ, LEGO NATURAL del condado de Niebla, tomó el hábito de religión en esta provincia del Santo Evangelio, donde sirvió a sus hermanos muchos años en el oficio de lego con singular ejemplo de su persona y con extremada caridad para con todos, así enfermos como sanos. Era muy penitente y hacía disciplinas muy crueles con ramales de malla; traía siempre silicio a raíz de sus carnes y era muy dado a la oración, y muy perseverante en ella. Siendo ya viejo en edad movióle el espíritu y celo de la salvación de las almas, a que pidiese licencia a sus prelados para ir a morar a la custodia de Zacatecas, que confina con los chichimecas infieles, donde siempre se hacen entradas por la predicación del Santo Evangelio y conversión de aquella gente bárbara, como de los precedentes capítulos se colige. Fuele concedida por ser muy conocido y probado su buen espíritu; y llegado a Zacatecas anduvo peregrinando algunos días por entre aquellos bárbaros, siendo de todos ellos recibido como ángel de paz, sin contradicción ninguna, viendo su santa simplicidad, ejemplo de vida y celo que mostraba de todo su bien. Y él, con deseo de sacar copioso fruto para Cristo de entre aquellas espinas y abrojos de infidelidad, pareciéndole que era muy poco lo que él por su sola persona podía hacer (en especial no siendo sacerdote) volvió en veces a esta provincia a pedir a los prelados, enviasen obreros a aquella viña del Señor tan inculta. Mas como por acá no sobraban los frailes, para lo mucho que había que hacer y proveer, volvíase siempre sólo el buen fray Agustín hasta que últimamente, teniendo su asiento y morada en un valle que llaman de San Bartolomé, ciertos indios, viendo el gran deseo que mostraba de descubrir nuevas gentes

para convertirlas a Dios, le dieron relación de unas grandes poblaciones que había lejos de allí; que por ser de tanta gente después las llamaron el Nuevo Mexico. Y para certificarle si esto era verdad metióse la tierra adentro por la parte que le señalaron hacia el norte, y halló buenas poblaciones y tuvo noticia de otras mayores; de suerte que enterado de la verdad que los indios le habían dicho dio la vuelta para Mexico y pidió religiosos para la conversión de aquellas nuevas gentes.

El prelado le dio dos sacerdotes por entonces que se ofrecieron para aquella jornada hasta recibir aviso de lo que más conviniese. Llamábase el uno, que fue por superior de los compañeros, fray Francisco López, que había venido de la provincia del Andalucía, y el otro fray Juan de Santa María, de nación catalán, ambos mancebos virtuosos y teólogos que actualmente salían del estudio. Acompañáronlos en este viaje (que fue año de 1581) diez o doce soldados que se les juntaron de su mera voluntad, aunque con diferente espíritu del que estos religiosos llevaban; porque habiendo andado 250 leguas dende Mexico, y viendo que se metían muy lejos del socorro si lo hubiesen menester, y entre mucha gente, siendo ellos tan pocos, acordaron de dar vuelta para tierra de cristianos, como lo hicieron. Los frailes prosiguieron su viaje, viendo que los naturales de aquellas tierras por todas ellas los recibían amorosamente, y pasaron otras 150 leguas más adelante hasta el Nuevo Mexico (que ellos fueron los que le pusieron este nombre). Vista la copiosa mies que el Señor les ponía en las manos y que los indios infieles no hallaban dificultad para resistir a la predicación evangélica, como se veían solos trataban del modo que tendrían para dar noticia a sus prelados de la gran necesidad que había de enviar más obreros. A esto se ofreció fray Juan de Santa María, mozo dispuesto para todo trabajo y aparejado en la voluntad para padecer cualquiera cosa por amor de Jesucristo.

Era fray Juan naturalmente inclinado y aficionado a saber cosas de astrología, a cuya causa comúnmente de todos era llamado el astrólogo. Fundado en este conocimiento que tenía de las estrellas, tomó otro camino para volver, diverso del que habían llevado, para ver lo que por allí hallaría de nuevo. Apenas había andado tres jornadas cuando lo mataron los indios infieles con un género de muerte cruel y fue que acostándose a dormir, descansando junto al camino, le echaron una muy grande losa encima de la cabeza, que le quitó la vida sin poder respirar; aquí se verifican aquellas palabras del santísimo padre y pastor de la iglesia universal San Gregorio,[1] que dice: donde quiera está la muerte, donde quiera hay gemidos, lágrimas y pérdidas y desolación, donde quiera somos heridos y donde quiera estamos rodeados y llenos de amargura; pero aunque es verdad que nunca faltan en ninguna parte, porque el mundo en todas ellas está puesto en maligno, las que son tolerables por amor de Dios son remuneradas con gloria, como para mí tengo que la está gozando este devoto religioso; cuyo intento era salir a tierra de cristianos a persuadirles la entrada entre aque-

[1] Hom. 12.

llos infieles para convertirlos a Dios, aumentando el rebaño de Cristo y apocando la manada del demonio que ya andaba por los arrabales de esta ciudad y casa de Jesucristo, como el que huye de lo poblado por ser ya conocido por malo, y andar entre aquellos que por no conocerle admiten sus astucias y marañas. Tomó fray Juan el hábito de religión en esta provincia del Santo Evangelio y siempre dio muestras de mucha virtud con su recogimiento, religión y humildad; de lo cual hace creer que de continuo andaba aparejado en el alma, para lo que Dios ordenase de su vida, mayormente andando en la obra que traía entre manos de la conversión de las gentes.

Quedaron ocupados en esta administración fray Francisco López y fray Agustín Rodríguez, en el pueblo donde tomaron su asiento, procurando de saber la lengua de los indios, para predicarles con más claridad la ley de Dios que por señas y rodeos les enseñaban. Entendiendo ellos en esta buena obra sucedió que vinieron un día a aquel pueblo, donde estaban ciertos indios de la comarca, enemigos de los de su hospedaje, con mano armada para matarlos, por ventura, porque habían acogido a los religiosos en su compañía y los sustentaban. Salió fray Francisco a reprehenderles de lo mal que hacían y persuadirles que se dejasen de discordias y rencores y tuviesen paz con sus vecinos, pues todos eran unos. Los bárbaros, que no conocían a Dios, ni respetaban a sus ministros como otro Faraón que diciéndole Moisén[2] lo que Dios le mandaba, dijo: ¿Quién es el Señor para que yo oiga su voz y haga lo que tú dices? Mirábanse unos a otros y decían: ¿Quién es este pregonero que así nos sale a pregonar lo que no queremos oír? Y volviendo contra él su ira no le aguardaron más razones y lo flecharon a una todos, y dieron con él muerto en tierra. En este hecho bestial se conocerá la dureza de los corazones de estos bárbaros; pues dice el Espíritu Santo:[3] con la paciencia se ablanda el príncipe, y la lengua suave y blanda quebranta la dureza del corazón. Éstos, como duros de razón y de entendimiento, no sólo no se ablandaron con las buenas y suaves amonestaciones de este celoso religioso; pero convertidos en animales fieros y sin razón, cargaron sobre él como a blanco de su rabia, haciéndole mira de sus flechas. Fue de grandísima lástima la muerte de estos religiosos en su florida juventud y con tan poco fruto de lo que pretendían hacer, siendo suficientes para cualquier empresa de batalla espiritual que se les ofreciera contra el príncipe de las tinieblas.

Era fray Francisco López natural de la ciudad de Sevilla, hijo de honestos padres y criado en buenas costumbres; y así desde su niñez se dio siempre a la virtud. Tomó el hábito de religión en el convento de Xerez de la frontera a los diez y siete años de su edad; era notable su modestia y mortificación en la vista y el silencio que guardaba, con ser afable y alegre de rostro, por lo cual era de todos amado.

El bendito siervo de Dios fray Agustín quedó sólo entre aquellos infieles, con cinco indios cristianos mexicanos que habían llevado consigo para que

[2] Exod. 6.
[3] Prov. 52.

les ayudasen en la conversión y doctrina de los idólatras; y como era solo, e ya sobre sí y rebelados los indios, no podía sufrir los pecados y abominaciones que públicamente se hacían y reprehendíalos a veces con blandura y a veces con la libertad cristiana que tenía, sin temor de la muerte que habían dado a sus compañeros; la cual, aunque va obrada por ministerio de ministros humanos, no es suya sino de Dios que entra en sus corazones por lenguaje de estos hombres, que son los instrumentos con que se comunica con ellos. Esta majestad y condición de Dios comprueba la entrada que Moisén hizo a Faraón pidiéndole libertad para su pueblo, representándole su voluntad y procurando moverle con razones. Siendo, pues la obra de Dios, y los hombres sus ministros, de creer es que los dispondrá con las calidades que convienen para la digna administración de aquel ministerio, en especial cuando el ministro le ofrece de voluntad el corazón para que obre en él, como en cosa suya, como haría este su siervo fray Juan, cuyo sobrenombre era el de su santísima madre; a la cual él siempre se encomendaría, añadía aspereza, amenazándolos con el castigo de Dios y penas eternas del infierno, como otro San Juan que decía a los fariseos:[4] hijos de víboras y de serpientes, ¿quién os ha de librar de la ira de Dios que ha de librar de la ira de Dios que ha de venir sobre vosotros? Ellos, no queriéndolo sufrir (porque no hay mayor rabia ni tormento para el malo que verse reprehender del bueno) lo mataron dentro de pocos días y después a los indios cristianos que con él estaban, porque no quedasen por testigos de sus maleficios. A lo menos no quedaron ellos sin castigo porque en busca de los frailes y en demanda de aquellas tierras fue luego Antonio Espejo (como se dijo en otra parte) el cual los dejó bien hostigados.

CAPÍTULO X. *De otros religiosos que han sido muertos por los chichimecas, en odio de la fe cristiana que predicaban en la provincia de Xalisco*

EL AÑO SIGUIENTE DE 1582 MATARON LOS INDIOS chichimecas infieles a otro sacerdote llamado fray Luis de Villalobos, flechándolo en un camino cursado de cristianos, entre Zacatecas (de donde él salió con obediencia de su prelado) y la ciudad de Guadalaxara, para donde iba con negocios de la orden, no lo mataron por otra ocasión, más de por el aborrecimiento y enemistad que tienen a los cristianos; porque como se les predica lo contrario de lo que ellos hacen contradiciéndoles sus borracheras y vicios, no quieren tener buena opinión de los que a esto les persuaden; y por esto en las ocasiones que han podido han mostrado esta rabia y enemistad que les tienen. Era este religioso de la misma custodia de Zacatecas, que era anexa entonces a esta provincia del Santo Evangelio.

Fray Andrés de Ayala tomó el hábito en la provincia de Mechoacan,

[4] Math. 3.

les ayudasen en la conversión y doctrina de los idólatras; y como era solo, e ya sobre sí y rebelados los indios, no podía sufrir los pecados y abominaciones que públicamente se hacían y reprehendíalos a veces con blandura y a veces con la libertad cristiana que tenía, sin temor de la muerte que habían dado a sus compañeros; la cual, aunque va obrada por ministerio de ministros humanos, no es suya sino de Dios que entra en sus corazones por lenguaje de estos hombres, que son los instrumentos con que se comunica con ellos. Esta majestad y condición de Dios comprueba la entrada que Moisén hizo a Faraón pidiéndole libertad para su pueblo, representándole su voluntad y procurando moverle con razones. Siendo, pues la obra de Dios, y los hombres sus ministros, de creer es que los dispondrá con las calidades que convienen para la digna administración de aquel ministerio, en especial cuando el ministro le ofrece de voluntad el corazón para que obre en él, como en cosa suya, como haría este su siervo fray Juan, cuyo sobrenombre era el de su santísima madre; a la cual él siempre se encomendaría, añadía aspereza, amenazándolos con el castigo de Dios y penas eternas del infierno, como otro San Juan que decía a los fariseos:[4] hijos de víboras y de serpientes, ¿quién os ha de librar de la ira de Dios que ha de librar de la ira de Dios que ha de venir sobre vosotros? Ellos, no queriéndolo sufrir (porque no hay mayor rabia ni tormento para el malo que verse reprehender del bueno) lo mataron dentro de pocos días y después a los indios cristianos que con él estaban, porque no quedasen por testigos de sus maleficios. A lo menos no quedaron ellos sin castigo porque en busca de los frailes y en demanda de aquellas tierras fue luego Antonio Espejo (como se dijo en otra parte) el cual los dejó bien hostigados.

CAPÍTULO X. *De otros religiosos que han sido muertos por los chichimecas, en odio de la fe cristiana que predicaban en la provincia de Xalisco*

EL AÑO SIGUIENTE DE 1582 MATARON LOS INDIOS chichimecas infieles a otro sacerdote llamado fray Luis de Villalobos, flechándolo en un camino cursado de cristianos, entre Zacatecas (de donde él salió con obediencia de su prelado) y la ciudad de Guadalaxara, para donde iba con negocios de la orden, no lo mataron por otra ocasión, más de por el aborrecimiento y enemistad que tienen a los cristianos; porque como se les predica lo contrario de lo que ellos hacen contradiciéndoles sus borracheras y vicios, no quieren tener buena opinión de los que a esto les persuaden; y por esto en las ocasiones que han podido han mostrado esta rabia y enemistad que les tienen. Era este religioso de la misma custodia de Zacatecas, que era anexa entonces a esta provincia del Santo Evangelio.

Fray Andrés de Ayala tomó el hábito en la provincia de Mechoacan,

[4] Math. 3.

muchos años antes que se dividiese. Fue religioso muy observante de su regla, pobre a maravilla y no usaba más que de un hábito y manto vil y viejo, y era de mucha oración y callado. Era muy manso de corazón y siempre ocupado en cosas de virtud como yo le conocí y puedo dar testimonio de estas cosas que en él todos conocían y veían. Tomó el hábito ya hombre de madura edad; y luego que se ordenó de sacerdote comenzó a entender en la conversión de los indios chichimecas, en especial con los de la serranía de Guaynamota, que cae en lo interior del reino de Xalisco, los cuales convirtió y tuvo de paz espacio de once años; y siendo guardián de este dicho monasterio el de 1585, tenía en su compañía dos religiosos sacerdotes, llamado el uno fray Francisco Tenorio y el otro fray Francisco Gil. Era fray Francisco Gil nacido y criado entre los mismos indios chichimecas de Guaynamota; porque sus padres tenían una encomienda de indios cerca de éstos, y sabía muy bien la lengua que hablaban; amábanlo mucho los indios por haberse criado entre ellos y por ser con ellos amoroso, y así lo trataban como a hijo, aunque le respetaban como a sacerdote. Era valiente y muy esforzado el fray Francisco y con un arco y flechas en las manos hacía rostro a muchos enemigos juntos; y era tanta su destreza que de muchas flechas que le tiraban (como se vido en ocasiones) de todas se guardaba y defendía como si fuera uno de los muy diestros y astutos chichimecas. Sucedió pues que ciertos españoles, habiendo descubierto unas minas en los términos de aquel pueblo, pretendieron poblar allí contra la voluntad de los indios que no lo consentían. Los españoles acudieron a la Real Audiencia de Guadalaxara, con carta de favor que les dio el guardián, pareciéndole que los religiosos de aquel monasterio tendrían más seguridad con la asistencia de los españoles, por ser los indios de aquella tierra chichimecas bárbaros, aunque ya los más de ellos cristianos; pero no tan asentados que se hiciese entera confianza de ellos. Volvieron los españoles con mandato de la dicha Real Audiencia y entraron a hacer asiento en el pueblo no obstante la contradicción de los indios, que recibieron de ello mucha pena; y sabido que los religiosos les habían dado favor para esto concibieron grande odio contra ellos, y comenzaron a fabricar cómo los matarían. No se supo que tuviesen otra ocasión sino ésta (a lo que se sospechó) aunque para ellos poca era menester estando mezclados con infieles, enemigos capitales de cristianos y de la misma ley y vida cristiana. Esta consulta pasó entre once capitanes, señores de once familias y todos cristianos bautizados y quedó determinado que el domingo siguiente, cuando se juntasen en la iglesia todos los pueblos a misa, allí fuese el sacrificio. Entre éstos había uno, llamado don Miguel, que aunque fue en la consulta y concedió con todos por temor de que no le matasen, no sintió bien del hecho, lo uno por ser cristiano y lo otro por amar mucho a los religiosos que lo habían bautizado, en especial a fray Andrés que los había traído a la fe y convertido, y lo estimaban como a santo y como dolido del mal que contra los benditos frailes se trazaba, vino al guardián y en mucho secreto le dijo lo que pasaba y que morirían sin falta, si no se ponían en cobro. El santo fray Andrés, confiando en Dios y sabiendo que otras veces le habían querido matar y se habían arrepentido,

le dijo al cacique que agradecía el aviso, pero que no temía la cólera de sus hijos, porque a ellos se les aplacaría, como otras veces lo habían hecho; a esto replicó don Miguel diciendo: mira, padre, que nunca han estado tan encarnizados como ahora; y para que entiendas ser verdad lo que te digo verás cómo el domingo no vienen a misa niños ni viejos, sino todos los fuertes y mancebos con sus arcos y flechas, porque éste es el concierto; pasado esto el uno de estos religiosos, llamado fray Francisco Tenorio, fue el sábado al Real de las Minas a decir misa el domingo a los españoles, tanto por haber creído las palabras del aviso y no parecerle aguardar, cuanto porque los de las minas tuviesen misa que no había otro ministro que se la dijese, sino los frailes. Llegado el domingo comenzó a venir la gente a misa y solos vinieron varones, sin las mujeres y todos apercibidos de guerra. Entonces creyeron el guardián y fray Francisco Gil, su compañero, ser verdad lo que don Miguel les había dicho. Vinieron a esta sazón dos soldados de un presidio que estaba cerca con sus arcabuces a oír misa; díjoles el guardián lo que pasaba y que les pedía se estuviesen con advertencia mientras la misa; díjola el guardián muy devotamente, como el que celebraba sus obsequias y decía misa de cuerpo presente. Los indios, que vieron a los soldados con arcabuces, no ejecutaron su mal intento temiendo el daño que podía venirles de los soldados. Disimularon por entonces y acabada la misa comenzáronse a dividir por diversas partes los indios; y como vieron los frailes que de miedo de los soldados no les habían hecho mal los indios, rogóles el guardián que no se fuesen aquel día hasta que se desenojasen aquellos sus apasionados hijos; hiciéronlo así ellos hasta la tarde, pero viendo que los indios andaban inquietos y desasosegados, mirando por una parte y por otra, y temiendo que si se quedaban allí aquella noche corrían riesgo por ser pocos y venir desapercibidos de munición y de pólvora, no se atrevieron a esperar y dijeron a los frailes que se fuesen con ellos, que saliendo de día los defenderían y pondrían en salvo, y así los indios no se atreverían a cometerlos. El guardián, no persuadiéndose a que tendrían ánimo para matarlos, ni hacer tal traición a Dios, por cuyo amor los estaban allí doctrinando, díjoles que se fuesen y defendiesen sus vidas, ya que no querían aguardar con ellos la noche, que se venía acercando, que los dos harían rostro a los indios porque no pareciese que de miedo se iban y dejaban la casa de Dios desamparada; porque si la voluntad suya era de que muriesen no rehusarían la muerte por su santa fe y palabra. Fuéronse los españoles ya casi a puesta del sol y no hubieron bien salido del pueblo cuando aquellas bestias carniceras, que como aves de rapiña habían estado hambrientos todo el día aguardando la ocasión de su caza, llegaron al convento con alaridos y voces como si se hubieran juntado contra algún pujante y poderoso ejército, del cual, habiéndolo vencido, pudieran sacar gloria de la victoria y esgrimiendo sus bastones y cimbrando sus arcos entraron dentro, no a prender a los siervos de Dios, como los judíos cuando llegaron al huerto donde Cristo señor nuestro estaba orando, para darle siquiera después algunas horas de vida, sino como sayones emperrados deseosos de que ni por minutos ni instantes la tuvieran.

Visto esto por los religiosos se encerraron dentro, no como fortalecidos de pertrechos humanos para librarse de su furia, sino como corderos humildes y mansos puestos en lugar del sacrificio. El guardián, tomó por más seguro lugar la sacristía, y puesto de rodillas delante de una imagen, encomendó a Dios su espíritu; mas los malvados parricidas, bestialmente encruelecidos pegaron fuego al convento para que su hecho tuviese el fin que deseaban. Entraron dentro de la sacristía donde el guardián estaba y sacándolo fuera, al patio, se les hincó de rodillas, afeándoles el hecho y la cuenta estrecha que de él habían de dar a Dios que lo miraba. A esta sazón llegó un indio que era del servicio del monasterio y diole en la cabeza con una porra o macana, y segundóle con otro golpe de que cayó aquel santo cuerpo en tierra sin alma. A este tiempo el compañero, viendo que se quemaba la casa, salióse a la huerta; y aunque comenzó al principio a defenderse (como hombre que sabía, al cual no osaban acometer de golpe, temiendo la valentía con que se animaba) después le pareció que era aquello excusado y mejor morir por Cristo, pues sin ocasionar su muerte aquellos bárbaros crueles se la daban y hincándose de rodillas con mucho sosiego, aguardóla con ánimo de verdadero cristiano y religioso; la cual le dieron con porras o macanas, cargándolo de muchos golpes con ellos. Cortáronles las cabezas a entrambos y llevároselas para hacer banquete con ellas y sus cuerpos dejaron troncos y descabezados en un muladar que estaba junto a la iglesia. Echaron las cabezas de estos benditos padres a cocer, y la del santo fray Andrés coció tres días, con continuo fuego y nunca la hallaron sazonada para comerla. Viendo su dureza dejaron de porfiar y arrojáronla con el cuerpo, como cosa inútil y sin provecho. La del compañero limpiaron de la carne y la traían consigo en señal de victoria según que todos los chichimecas lo tienen de costumbre. Milagro era este de no cocer en tantos días cosa tan delicada, para que compungidos de su yerro pidieran perdón a Dios de su culpa y le glorificaran en sus grandezas y maravillas. Pero ciegos como otro Faraón, que aunque veía las que Dios obraba en su palacio y casa, no las conocía, ni se movía a estimarlas por tales, no se dieron por entendidos ni confesaron la gloria de Dios, ni se les dio nada por lo hecho; antes encarnizados en la sangre de aquellos mansos corderos, rabiando por beber más, intentaron de levantarse con la tierra y fueron sobre una estancia que estaba seis o siete leguas de allí, y la pusieron fuego y quemaron algunos españoles que en ella estaban. Súpose luego todo lo sucedido por toda aquella tierra; y por orden del audiencia vino de Zacatecas el capitán Juan de Zayas con su compañía de soldados y otras dos que allí se juntaron, que fueron muchos los españoles que se recogieron y acompañándose de dos mil indios amigos les entraron la tierra, más por milagro que naturalmente por ser todo serranía y no haber más de un puerto por donde se entra a lo interior donde estaban y con cautelas que tuvieron los juntaron y a todos los pusieron en collera, hombres y mujeres, niños y viejos, y de esta manera los trajeron a Guadalaxara. Ahorcaron en el camino dos o tres culpados, por no atreverse a traerlos vivos que recelaban se les huirían con pacto del demonio, que creían tener hecho y

casi lo verificaron una vez que se les fue uno de ellos de las manos, pareciendo el caso imposible. Entraron en la ciudad, con grande ordenanza, con presa de más de mil cautivos de los cuales deszocaron algunos, otros azotaron y a todos los demás, chicos y grandes, dieron por esclavos. Los doce de éstos, que eran las cabezas y capitanes, los ahorcaron; los cuales fueron a la horca en collera y un religioso con cada uno, esforzándolos a la muerte y al arrepentimiento del caso. Yo fui uno de estos que los fueron acompañando y me cupo en suerte uno, llamado don Juan, tan pertinaz en su pecado que se fue sin arrepentimiento de él al infierno, no valiendo para su conversión ninguna razón que se le decía, ni ser el último que murió, en cuya presencia ahorcaban a los otros y le amonestaban que se convirtiese; mas ni esto ni detener su muerte, casi por todo el día, no valió para ablandarse; de esta manera desmereció este desventurado hombre ser contado con los hijos verdaderos de la iglesia; porque aunque lo era por el bautismo, no lo fue por verdadera fe ni obras y pudo ser que fuese este el orígen de aquella maldad y que la hubiese él primeramente solicitado y que por haber sido causa de tantos daños no fuese digno de perdón en su culpa y pecado. Los dados por esclavos duraron poco tiempo en su esclavonía, porque unos se murieron y otros se huyeron de sus amos y se fueron a sus tierras. La ocasión de la muerte de estos religiosos es la que se ha contado, según los españoles dicen; mas yo digo que la principal fue el querer ellos tornar a su idolatría, a que son muy fáciles por instigación del demonio y retroceder y apostatar de la fe, por ventura por persuasión de los otros infieles sus vecinos, y tomaron por ocasión tan sólo el escribir la carta el guardián; porque como dice el Espíritu Santo:[1] ocasiones busca el que quiere apartarse del amigo y vese claro en la muerte de este don Juan, que jamás quiso confesar la fe que en el bautismo había recibido, antes con enfado oía las cosas que yo le iba diciendo. Este principal, llamado don Miguel ha sido siempre fiel, y después acá ha pedido muchas veces vuelvan a poner allí religiosos, mas no lo ha querido hacer la provincia en detestación de tan gran maleficio como allí se hizo y para escarmiento de los otros pueblos de aquella frontera, hasta de algunos años a esta parte que los religiosos de aquella santa provincia de Xalisco les han dado ministros y tienen convento y guardián, con otros religosos y ministros a instancia de los mismos indios, y por orden del Audiencia Real, y allí y en otras naciones comarcanas se va haciendo mucho fruto cada día. También es de considerar que este religioso fray Francisco Tenorio no se halló en esta muerte o por guardarlo Dios para otras cosas de su servicio; porque era muy observante religioso o porque no todos llegan a merecer estas muertes semejantes (aunque las deseen) porque sólo son de Dios que las dispone para los que él es más servido.

[1] Prov. 18.

CAPÍTULO XI. *Del fin y muerte que tuvieron tres religiosos de la orden de San Francisco que se quedaron en la Isla de Guadalupe, entre los indios idólatras de ella, pasando a las Indias*

L AÑO DE 1605 FUERON RELIGIOSOS DE San Francisco a las Indias de la Nueva España, y otros juntamente con ellos para pasar a las Islas Filipinas donde de ordinario han sido pedidos para la conversión y enseñanza de aquellas gentes. Haciendo, pues, su navegación con deseo grande de hallar mies suficiente para ejercitar su buen espíritu llegaron a la Isla de Guadalupe, que es lugar donde las flotas de Indias de presente paran, a rehacerse de agua y de otro algún refresco; y como la cosa que más se desea en la navegación es la tierra, llegados a ésta salieron a ella muchos, entre los cuales fueron tres religiosos de los ya dichos que pasaban a la China, los dos sacerdotes y el uno lego. Viéndose en este lugar y ganosos y encendidos en deseo de convertir almas, se metieron una legua la tierra adentro, siguiendo las riberas de un río grande que sale de las faldas de la dicha sierra. En este paraje hallaron una población pequeña de solas veinte casas (porque según relación verdadera en toda la isla no hay otro lugar formado de ellas) llegados aquí saludaron a sus moradores y con semblante alegre les hablaron. Los indios, que como idólatras y salvajes no repararon en el respeto que los cristianos tienen al hábito sagrado de mi glorioso padre San Francisco, siguiendo su bestial barbaridad en vez de acariciarlos los prendieron con desprecio y los desnudaron de sus pobres y humildes hábitos y los dejaron con solos los paños de la puridad. Y tres de los más principales de ellos se repartieron entre sí los tres dichos religiosos; y aunque les mandaban como a esclavos les daban de comer lo mismo que ellos comían.

La gente de la flota, habiendo reparado su necesidad se volvió a los navíos; y como en el de los religiosos echaron menos a los tres fue grande la turbación que sintieron aunque hicieron muchas diligencias para buscarlos no bastó ninguna para hallarlos. Con esta imposibilidad y desconsuelo siguieron su viaje con notable sentimiento de todos los que en la flota venían. Los pobres religiosos que en tierra quedaban servían a sus amos en las cosas que se les mandaba; y con el contrario temple de la tierra y andar desnudos y apaleados, y diferencia de viandas, que era del cazabi que estas gentes tienen por pan y otras cosas, a la nación española desacostumbradas, vinieron a desflaquecerse y perder mucho de las fuerzas naturales; en especial uno de los sacerdotes (cuyo nombre ignoro) y cayó en una larga y prolija enfermedad. El amo, que no quería curar a su criado como médico, sino servirse de él como de esclavo, viendo que no sanaba y que no merecía el pan que comía, determinó de matarle; y un día tomó una hacha de hierro en sus manos y vínose para él determinado a quitarle la vida. El humilde religioso, que le vido venir y conoció su determinación, aunque

siempre se encomendaba a Dios y rezaba, dobló en esta ocasión sus oraciones y hincándose de rodillas levantó sus manos y ojos al cielo, aguardando la muerte. El bárbaro caribe, no reparando en el humilde y devoto acto, antes ciego de su pasión (que es propria de tiranos) le hirió con la hacha fuertemente en la cabeza, de la cual herida murió luego el religioso, quedando tendido a los pies de este carnicero lobo aquel manso cordero que aun para balar no le quedó aliento.

Los otros dos que quedaron servían a sus amos con agrado y contento de ellos. Y en otra ocasión, que en el año siguiente se ofreció de pasar por allí flota, ordenó el cacique, amo del dicho religioso lego, con parecer y acuerdo de los otros principales que él, con otros dos criados de su casa, entrasen en una barquilla que llaman piragua y fuesen al general de ella, a pedirle de su parte y de la de los demás de la isla que tuviesen trato y comercio con los moradores de ella, porque querían paz con los españoles y hacerse cristianos. Pero zozobrando la piragua o barquilla (con un poco de temporal recio que les sobrevino) se trastornó y a nado volvieron a salir todos tres a tierra. Aquí se apartó el fraile de los indios y metido por lo espeso de la montaña nunca más le vieron, y así no tuvo efecto la embajada que llevaban. Súpose después que mataron a este dicho religioso en la misma isla, por ser imposible escaparse de ellos, no habiendo paso por tierra para otra parte y siéndole forzoso buscar la comida para sustentar el cuerpo.

Fray Blas (que así se llamaba este tercero religioso y era lector de artes en el convento de San Francisco de Córdova, de la provincia de Granada, cuando hizo esta jornada) como hombre sabio supo servir tan bien que tuvo gracia con su amo; y aunque le hacía servir como a esclavo le regalaba como a hijo. Este bárbaro tenía familia y hijos, y enfermándole uno que mucho quería dijo a fray Blas: tú me dices siempre que tu Dios es todo poderoso, y siéndolo no le será dificultoso sanar a mi hijo; pídele que así lo haga, que en ello recibiré todo el placer imaginable. Fray Blas, que fiaba en Dios y lo atendía a la infidelidad del bárbaro que lo pedía, hízole oración devota, pidiéndole en ella, lo que el indio demandaba para que por este medio aquella idólatra gente creyese, y su nombre santísimo fuese conocido y ensalzado. Hecha esta oración dijo sobre él un Evangelio y luego, milagrosamente, fue sano el enfermo. Con este milagro y con las continuas persuasiones y amonestaciones de fray Blas, este cacique y los demás moradores de aquella isla determinaron de convertirse a la fe de Jesucristo, y fundar casa al religioso y hacer iglesia para rezar en ella; y para esto señalaron sitio, deseando mucho tener paz y amistad con los españoles. Esto así determinado pareció a los indios dar parte y cuenta de esta su determinación a los de la Isla Dominica, que son sus convecinos; y para esto fue allá el amo de fray Blas y lo llevó consigo, y oídos entrambos de los moradores de la dicha isla, con haber sido siempre guerreros y enemigos nuestros consintieron entonces en esta determinación; y sentadas condiciones y hecha confederación entre todos, llegó un navío de franceses con mercaderías y cosas que aquellos indios rescatan a precio de otras de la misma isla. Fray

Blas, que vido la ocasión y sabía que por sí mismo no podía conseguir las cosas que con los indios había tratado, determinó de salir a tierra de cristianos para dar razón de lo hecho y volver con ornamentos y avío para decir misa y ejercitar las cosas concernientes a los sacramentos y fe de Jesucristo. Y concertándose secretamente con un francés, se metió en el navío, en el cual vino a Puerto Rico con ánimo de pasar a España a dar cuenta de todo a sus prelados; y como era hombre docto y muy ejemplar religioso, el gobernador de la isla le rogó se quedase la Cuaresma, que de próximo venía a predicarles. Movido este religioso de sus ruegos se quedó allí para este efecto; y como los trabajos pasados habían sido muchos y por ventura no había llegado la hora del llamamiento de aquellas gentes, fue Dios servido que adoleciese de una grave enfermedad, de la cual murió quince días antes del Miércoles de la Ceniza, con opinión de muy bendito y ejemplar religioso. Fue sepultado su cuerpo con grande veneración en un sepulcro honroso. Éste fue y predicar su santo nombre; salieron de sus tierras y provincias y pasaron estos trabajos dichos. Sea Dios alabado y bendito que sabe todas las cosas y los fines que a los hombres mortales están determinados.

CAPÍTULO XII. *De la muerte de otros dos religiosos de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY ANDRÉS DE LA PUEBLA, SACERDOTE y confesor antiguo de la provincia de Castilla, vino a esta de el Santo Evangelio, movido de el celo que otros muchos siervos de Dios trajeron de la salvación de las almas. En ella trabajó fielmente muchos años, viviendo ejemplar y loablemente y siendo amado de todos por su religiosa conversación. Fue bien probado en la virtud de la paciencia, en cierta persecución que tuvo muy grave, que pedía estar muy llegado a Dios para sufrirla y tolerarla. Fue éste un preparativo para lo que después había de padecer ofreciendo la vida por amor de Jesucristo y por la salud de las almas, redimidas con su preciosa sangre; porque inflamado con fervor de espíritu en este celo y deseo, pasó en su última vejez a la custodia de Zacatecas, con intento de no parar hasta el Nuevo Mexico (que entonces se trataba de su descubrimiento) a convertir aquellos bárbaros infieles. Y como no se aparejase aún en aquella sazón el viaje para allá, siendo actualmente guardián en la villa que llaman Sombrerete, pidió licencia al custodio para ir a predicar el Evangelio a otros bárbaros que deseaban recibir la fe en cierta parte que llaman Topia. Alcanzada la licencia, siguiendo su camino para allá, lo mataron los chichimecas infieles, azotándolo crudamente, colgado de un árbol; y después de asaeteado le desollaron la cabeza como lo tienen de costumbre. Despidiéndose este siervo de Dios en la ciudad chichimecas. Murió de la manera dicha, año de 1586.

Blas, que vido la ocasión y sabía que por sí mismo no podía conseguir las cosas que con los indios había tratado, determinó de salir a tierra de cristianos para dar razón de lo hecho y volver con ornamentos y avío para decir misa y ejercitar las cosas concernientes a los sacramentos y fe de Jesucristo. Y concertándose secretamente con un francés, se metió en el navío, en el cual vino a Puerto Rico con ánimo de pasar a España a dar cuenta de todo a sus prelados; y como era hombre docto y muy ejemplar religioso, el gobernador de la isla le rogó se quedase la Cuaresma, que de próximo venía a predicarles. Movido este religioso de sus ruegos se quedó allí para este efecto; y como los trabajos pasados habían sido muchos y por ventura no había llegado la hora del llamamiento de aquellas gentes, fue Dios servido que adoleciese de una grave enfermedad, de la cual murió quince días antes del Miércoles de la Ceniza, con opinión de muy bendito y ejemplar religioso. Fue sepultado su cuerpo con grande veneración en un sepulcro honroso. Éste fue y predicar su santo nombre; salieron de sus tierras y provincias y pasaron estos trabajos dichos. Sea Dios alabado y bendito que sabe todas las cosas y los fines que a los hombres mortales están determinados.

CAPÍTULO XII. *De la muerte de otros dos religiosos de esta provincia del Santo Evangelio*

FRAY ANDRÉS DE LA PUEBLA, SACERDOTE y confesor antiguo de la provincia de Castilla, vino a esta de el Santo Evangelio, movido de el celo que otros muchos siervos de Dios trajeron de la salvación de las almas. En ella trabajó fielmente muchos años, viviendo ejemplar y loablemente y siendo amado de todos por su religiosa conversación. Fue bien probado en la virtud de la paciencia, en cierta persecución que tuvo muy grave, que pedía estar muy llegado a Dios para sufrirla y tolerarla. Fue éste un preparativo para lo que después había de padecer ofreciendo la vida por amor de Jesucristo y por la salud de las almas, redimidas con su preciosa sangre; porque inflamado con fervor de espíritu en este celo y deseo, pasó en su última vejez a la custodia de Zacatecas, con intento de no parar hasta el Nuevo Mexico (que entonces se trataba de su descubrimiento) a convertir aquellos bárbaros infieles. Y como no se aparejase aún en aquella sazón el viaje para allá, siendo actualmente guardián en la villa que llaman Sombrerete, pidió licencia al custodio para ir a predicar el Evangelio a otros bárbaros que deseaban recibir la fe en cierta parte que llaman Topia. Alcanzada la licencia, siguiendo su camino para allá, lo mataron los chichimecas infieles, azotándolo crudamente, colgado de un árbol; y después de asaeteado le desollaron la cabeza como lo tienen de costumbre. Despidiéndose este siervo de Dios en la ciudad chichimecas. Murió de la manera dicha, año de 1586.

En un pueblo que llaman las Charcas, tierra de Zacatecas, residía por ministro de la doctrina un religioso siervo de Dios, llamado fray Juan del Río; y estando ocupado en el ejercicio de la conversión de los naturales de aquella tierra, que eran nuevos en la fe, sucedió un día que faltaron los españoles vecinos del pueblo y, no habiendo quedado más que dos soldados por guarda supiéronlo los enemigos chichimecas, y viniendo un escuadrón de ellos al pueblo robaron los carneros que los cristianos tenían de común para su sustento, y se fueron con ellos, como los sabeos y caldeos cuando saltearon el ganado de Job. Los dos soldados salieron en su seguimiento tras ellos, cada uno por su parte, y el religioso, pareciéndole que los chichimecas matarían a aquellos dos hombres por ser tan pocos, y que si él fuese le tendrían respeto, tomó de presto un caballo y fue en su seguimiento; y cuando llegó halló que acababan de matar al soldado que primero llegara, y el otro asomaba por otra parte; mas los enemigos no curaron de ir contra él sino contra el fraile, y disparando sus flechas hincaron muchas de ellas por todo su cuerpo; y viendo que no hacían en él mella, pues no caía del caballo, antes con mucho esfuerzo les hablaba y rogaba que se apaciguasen y le oyesen, quedaron grandemente espantados; pero la causa porque no le herían era porque el religioso, como muy penitente, en lugar de silicio traía a raíz de las carnes una cota de malla. Y visto por los infieles que en el cuerpo no prendían las flechas tiráronle a la cabeza, y atravesada con tres o cuatro de ellas cayó muerto en tierra. Con esto el otro soldado, que era portugués, llamado Moreira, tuvo lugar de escaparse. Era este fray Juan del Río, hermano de Rodrigo del Río a quien por sus muchos méritos, siendo un pobre soldado aunque buen hidalgo, el rey don Felipe nuestro señor envió un hábito de Santiago y lo hizo caballero y gobernador de aquella frontera que llaman la Nueva Vizcaya.

De todos estos religiosos aquí referidos y otros que yo ignoro, muertos a manos de los chichimecas, a solo Dios se deje el juicio de cuáles alcanzaron la palma y corona de martirio; mas ya que otros no la alcanzasen a lo menos sábese de ellos que eran ministros de Dios, de vida loable y ejemplar y murieron andando ocupados en la predicación y doctrina del Evangelio de Cristo, con ferviente celo de la conversión de las ánimas erradas al conocimiento y servicio de su criador, por donde piadosamente se debe creer que recibieron, sin alguna duda, el premio de sus fieles trabajos y que gozan de Dios en la bienaventuranza del cielo.

Y concluyendo esta larga historia, en tres volúmenes o partes, distribuida, me ha parecido acabar con aquellas dulces y suaves palabras que el venerable beda en los remates de los opúsculos hechos a las epístolas de San Pablo, y comentos del excelentísimo doctor de la iglesia San Agustín, concluye diciendo a Dios: A ti te suplico (buen Jesús) que al que diste gracia, para que a cabo de tanto tiempo pudiese sacar del pozo de tu clemencia, dulce y suavemente las cosas que aquí van escritas, le concedas también (padre benigno y misericordioso) que merezca llegar en algún tiempo a ti, que eres fuente de sabiduría eterna, y que mientras vivo en esta vida seas mi amparo y guía. Demás de esto suplico muy humildemente a todos aque-

llos que leyeren estos escritos, que los reciban con amor y con caricia, y rueguen a Dios por mí, así en las fuerzas del cuerpo como del alma. Y si algo hubiere bueno en ellos, de ello sean dadas gracias a Dios; y que las cosas que me han parecido dignas de ser anotadas sean de fruto para los creyentes. Y pues estas palabras son tales, así lo suplico a todos en estos inmensos trabajos que en ellos he tenido.

La obra de fray Juan de Torquemada –*Los veinte y un libros rituales y Monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblazones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra*– publicada por vez primera en Sevilla, 1615, es rica crónica de crónicas acerca del México antiguo y el primer siglo de vida de la Nueva España.

Una segunda edición de la *Monarquía indiana* apareció en Madrid, en 1723. De esta última se han hecho, en décadas recientes, dos reproducciones en offset. Sin embargo, de tiempo atrás, era patente la necesidad de preparar, con adecuada metodología y sentido crítico, una nueva edición de esta obra, atendiendo específicamente a la larga serie de problemas que cabe plantearse en torno a ella. Entre otras cosas, parecía necesario, con absoluto respeto al texto, modernizar la ortografía para hacer más fácil su lectura. Importaba asimismo precisar y valorar en cada caso las fuentes de información de que se sirvió Torquemada; esclarecer su concepto de la historia y tomar en cuenta su apreciación del mundo indígena y de las realidades novohispanas. La presente edición, preparada en equipo por los participantes en el Seminario de Cultura Náhuatl, a cargo del doctor Miguel León-Portilla, se ofrece así enriquecida con amplios estudios, en que se aprovechan otras fuentes documentales, todo lo cual constituye materia de un volumen complemento de esta publicación.

Al incluir esta edición de la *Monarquía indiana*, en la *Serie de historiadores y cronistas de Indias*, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional pretende facilitar el aprovechamiento del gran caudal de noticias que fray Juan de Torquemada, como fruto de sus largos años de trabajo, reunió y estructuró en esta obra que es uno de los clásicos de la historiografía mexicana.

Ilustración de la portada:
El trabajo del hombre indígena (*Códice Osuna*)